

CIÓ

050251

HISTORICAL

BRI 45

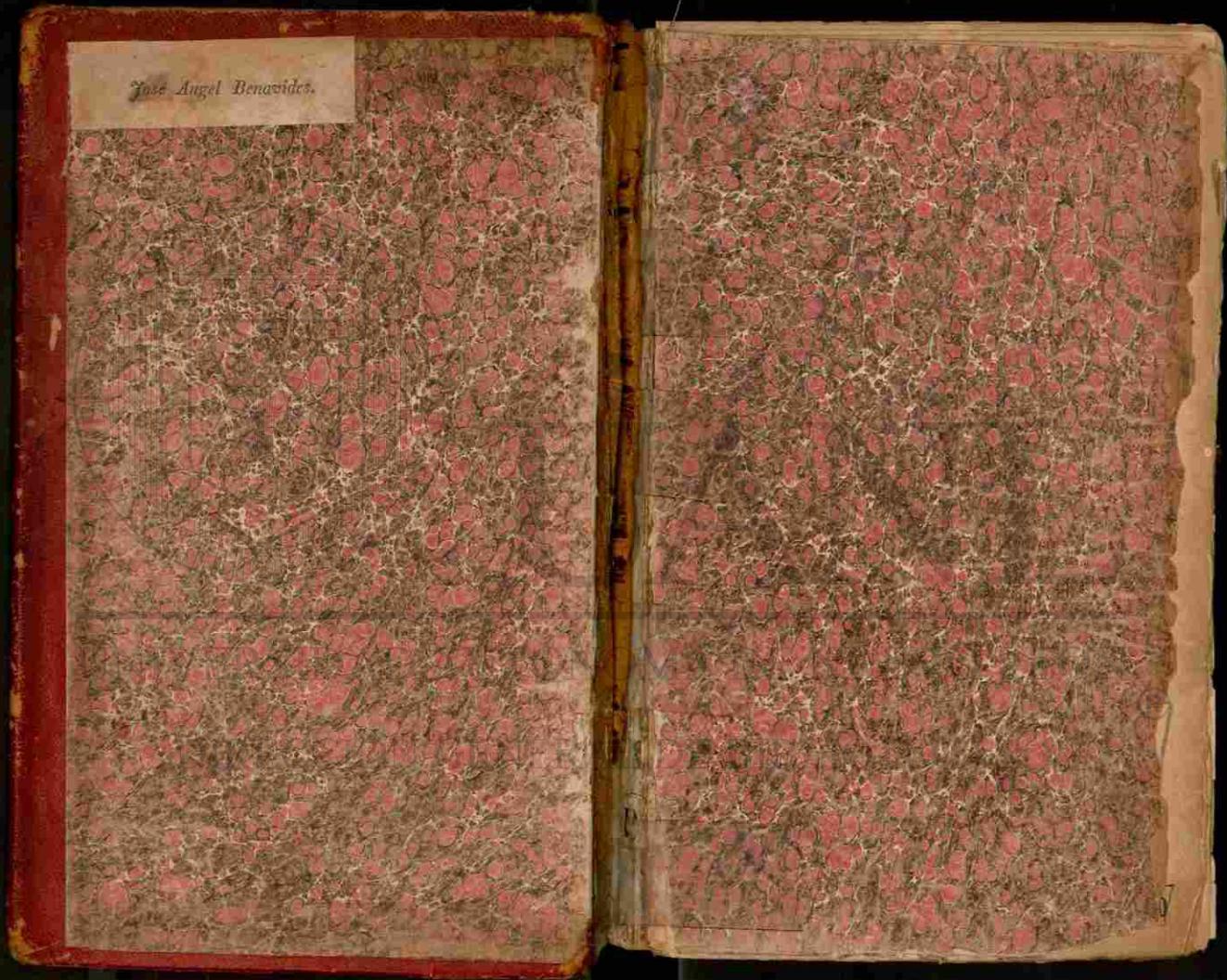
R4

V. 1

C. 1

ERALE DE

José Angel Benavides.





641-6473

HISTORIA DE LA IGLESIA

DESDE SU FUNDACION
HASTA EL PONTIFICADO DE N. S. S. P.
GREGORIO XVI



POR Mr. RECEVEUR,
FONDO EMETERIO
Y TRADUCIDA DEL FRANCÉS POR
BIBLIOTECA RELIGIOSA DE MADRID.

Es con mexicana, aumentada con la continuación de la historia hasta el actual pontificado del Sr. Pio IX, un apéndice de la historia eclesiástica de nuestra América, y adornada con estampas.

PUBLICALA M. GALVAN,

CÓN LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.



MEXICO.
Imprenta de la Voz de la Religión, calle de San Juan de Letran núm. 3.

1852.



38470

BR 173

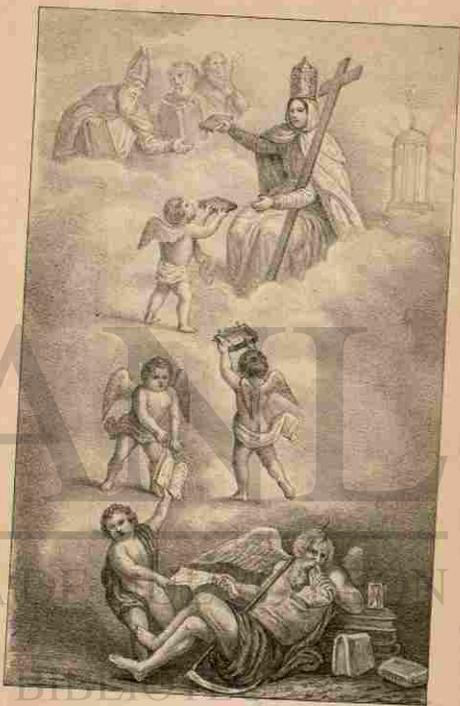
21
v. 1

HISTORIA

DE LA U. N. O.
 ALERE VE
 FONDO ALFONSINO
 VALVERDE Y
 PUBLICA M. GALVAN



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. N. O.



HISTORIA DE LA IGLESIA



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

132090

PROLOGO.

Pudiera parecer por lo menos inútil la publicación de una historia de la Iglesia, cuando tantas la han precedido; pero tanto nos animó la acogida, y aun las excitaciones que se nos hicieron al primer anuncio de nuestra tarea, que nos atrevimos á creer que á pesar del positivo mérito de aquellas, no todas corresponden á los deseos y necesidades del mayor número de lectores. La de Fleury, aunque bajo muchos títulos estimable, acaso no presenta bastante orden y progresion en la narracion de los hechos: principia á describir un periodo, le interrumpe, vuelve á continuar y vuelve á dejarle para trasladar otros sucesos; de manera que pierde el lector el hilo á cada momento, y no puede enlazarle sino á fuerza de continuado trabajo y en medio de la confusion que este método causa, sin conseguir otra cosa que la relacion de las épocas: por otra parte incluye en varios puntos opiniones que la severa critica no puede aprobar usando de justa imparcialidad; y tambien arredra por su grande extension, no obstante que concluye en tiempos distantes del presente.

Menos dilatada la obra de Berault-Boreastal, tampoco encadena mas ventajosamente los hechos, y tiene ademas el grave defecto de emplear con profusion la fraseología declamatoria y multitud de palabras en vez de relaciones útiles é instructivas. Con facilidad se advierten en ella la confusion y oscuridad que da al verdadero carácter de los hechos esa enftática verbosidad, y cuanto ha contribuido á que por falta de critica y estudio se hayan deslizado muchos defectos, especialmente en los primeros siglos de aquella historia. No dejaremos de señalar algunos para confirmar el parecer que acabamos de anticipar; pero omitiremos desde ahora nuevas observaciones para no molestar á nuestros lectores con la monótona repetición de ellos.

Mucho tiempo hace que mereció el olvido general, á que está re-

ducida, la historia de Choisy, que verdaderamente carece de mérito, como no se equivoque con el su estilo peculiar, á veces reprobable, y muy pocas convenientes á la dignidad que exige semejante clase de obras. Por otra parte, el autor recorre superficialmente las materias, omite infinidad de hechos importantes, ó se limita á indicarlos sin descender á pormenores. Para ser breve, como intenta parecerlo, no deja de espaciarse en muchas ocasiones en materias políticas ó sobre asuntos profanos, que no tienen relacion con los de que se trata. Finalmente, su obra menos tiene de historia de la Iglesia, que de compendio superficial y anecdótico de la universal.

Los Siglos cristianos de Ducreux tienen mas nobleza y dignidad tanto en el fondo como en su método, y traen una serie de reflexiones, algunas bastante interesantes, sobre el estado de la Iglesia en diferentes épocas; pero se conoce que el autor no se propuso principalmente escribir la historia, ni en compendio siquiera, de la Iglesia. Mas intentó entresacar sucesos principales, que sirviesen de texto ó de pruebas para sus reflexiones; y aun se hallan algunas ideas de mas atrevimiento y presuncion que exactitud, dando lugar á varias criticas no desistidas de fundamento.

Se han publicado dos compendios de la historia de Fleury, uno del señor Racine, y otro por Morenas. Han tenido ambos muy poca aceptación, y caducaron aunque por razones diferentes. El primero dividido por artículos, segun la diversidad de las materias, no ofrece un cuerpo de historia seguido, y ademas está muy incompleto, y con frecuencia escrito bajo la inspiracion preocupada de la secta á que su autor pertenecia. Los últimos volúmenes, sobre todo, no son mas que un panegirico de varios entusiastas oscuros del partido jansenista. El compendio de Morenas, mas ventajosamente concebido, carece en su totalidad de método y de interés. Al punto se advierte en él una taracea de piezas al azar recogidas, pero sin union conveniente. Su lectura es muy molesta, porque adolece su estilo de una sequedad insuportable; y es continue el abuso de cortar las materias, entrelazando indigestos episodios.

El obispo de Vence Godeau compuso una historia de la Iglesia desde el principio del mundo hasta el siglo IX. Generalmente se aprecia por la nobleza é interés de su estilo, por la eleccion y distribucion de los hechos; y algunos criticos la prefieren bajo todos aspectos á la de Fleury, de la que se distingue tambien por su notoria imparcialidad. Con todo, ademas de que se halla muy distante de una feliz conclusion, supuesto que no pasa tampoco del siglo IX, contiene muchas veces anticuadas, expresiones y frases desusadas, que debilitan el mérito de su estilo. No nos detendremos en tratar de otras, que apenas merecen el nombre de concisos compendios y sin interés, ni tampoco de las propias para los eruditos, ya sea por su forma, ó por su extension, ó por el idioma en que están escritas; porque será bastante lo dicho, para que se entienda

el motivo que nos ha determinado á emprender esta nueva historia de la Iglesia, y para ofrecer tambien el plan que nos propusimos seguir. Tratamos, pues, de reunir todos los sucesos importantes de la historia de la Iglesia en una obra menos extensa que la de Fleury, menos difusa y mas exacta que la de Berault-Beracastel, mas metódica y menos superficial que otros compendios; el establecimiento y los progresos del cristianismo, los resultados de su influencia en las ideas y costumbres de la sociedad, el completo y detenido cuadro del gobierno y estado de la Iglesia en los diferentes siglos, las vidas de sus mas ilustres pontífices, las obras de sus doctores, los combates de los mártires, las virtudes y milagros de los santos mas ó menos conocidos, la historia de las órdenes religiosas, la disciplina eclesiástica, las decisiones de los concilios, el origen y transformacion de las heregias, y finalmente la sucesion de todos los acontecimientos interesantes en todas estas materias. Cuidaremos, á pesar de los estrechos limites que nos hemos propuesto, de presentar siempre esta inmensa variedad de hechos con todos los pormenores necesarios, para que se comprenda el encadenamiento y verdadero carácter que los enlaza.

La razon por qué fastidia y aprovecha poco la lectura de los compendios, es porque unos se limitan á un frío relato de hechos incoherentes, sin extenderse ni á las causas, ni á las consecuencias, ni á la mayor parte de las circunstancias que pueden caracterizarlos, y porquo los otros, aunque ofrecen un cuadro seguido y mas ó menos perceptible en su totalidad, descurran lo accesorio y los pormenores indispensables para fijar bien la verdad. Hemos procurado apartarnos de estos dos defectos; es decir, presentar de pronto y hacer resaltar el cuadro general en sus justas proporciones y las conexiones de los sucesos en particular, á fin de que los lectores puedan conocerlos minuciosamente y clasificarlos en su lugar respectivo. Juzgamos que el modo de presentarlos en su mejor aspecto y con sus respectivas relaciones, es omitir las palabras superfluas, las reflexiones inútiles, los hechos comunes y sin transcendencia.

Bien se advertirá que es casi imposible en la historia mas extensa, y mucho mas en los límites de la nuestra, reunir todos los hechos sin faltar ninguno, ademas de que no reportaria ventaja semejante prodigalidad, y aun seria perjudicial, en cuanto habia de causar confusion en lo principal, é interrumpir la serie de los sucesos mas importantes. Así lo mas prudente es hacer una oportuna eleccion de aquellos que arrojan una efectiva utilidad para la instruccion ó para la edificacion de los lectores; porque son los dos objetos á que debe dedicarse una historia eclesiástica. La sólida instruccion consiste en saberlo todo, y la misma limitacion del entendimiento humano nos obliga á ignorar una porcion de cosas para saber bien las que mas nos importa aprender: por eso tratamos de omitir hechos aislados y de corto interés, limitándonos á los que pueden pa-

tentizar el estado general de la Iglesia ó las vidas y caracteres de los personajes que la han servido ó ilustrado con sus luces, su celo y sus virtudes.

Ademas de los hechos que constituyen, por decirlo así, la vida exterior de la sociedad cristiana, debe la historia de la Iglesia exponer con igual cuidado todo lo que sirviera para conocer el espíritu y señalar la acción de la Providencia que la dirige. Debe tambien delinearse á manifestar lo que concierne al dogma, á la moral y á la disciplina; y aún se puede asegurar que los demas hechos no ofrecen importancia, sino por la relacion que tienen con aquellos tres objetos principales. Nosotros nos dirigiremos por este principio para la eleccion de materias que han de tener cabida en esta obra. Callaremos ó se tocará brevemente todo lo que no haga resaltar por cualquier aspecto alguno de estos tres objetos.

Como el dogma es necesariamente invariable, cuidaremos de hacer patentes las pruebas que establecen su perpetuidad, y demostrar la uniformidad constante de la doctrina católica en todos los siglos. Mas puede parecer que algunas veces se oscurece por medio de las disputas sobre cuestiones accesorias, ó ya empleando algunas expresiones que la sutileza de los hereges desnaturaliza de su verdadero sentido; por eso la Iglesia se ha visto obligada á establecer el uso de ciertas voces particulares, y algunas veces nuevas para predicar de un modo mas enérgico su antigua creencia, y en cuanto ha estado de su parte precaver tales sutilezas. Expondremos el fin y utilidad de las controversias que han precisado á emplear estos nuevos términos; daremos á entender alguna parte de las disusiones teológicas, que han tenido lugar en las escuelas sobre el modo de explicar ciertos dogmas definidos; y con esta ocasion distinguiremos cuidadosamente los puntos decididos como tocantes á la fé, de las demas cuestiones que se abandonan á la discusion; pero limitándonos en esta parte á las circunstancias esenciales.

Igualmente la moral es invariable en sus principios, aunque puedan suscitarse y se susciten en efecto algunas disensiones sobre las consecuencias lejanas ó sobre su aplicacion en casos oscuros. Por eso se advierte que la Iglesia trabaja constantemente para mantener la inmutabilidad de las reglas del Evangelio, ya contra las doctrinas licenciosas ó heréticas, ya contra la relajacion y los vicios de los cristianos: se la ve, aun en los siglos mas corrompidos, recordar sin cesar á los fieles la observancia de las divinas reglas, emplear su autoridad para promoverlo ó reprimiendo los desórdenes; pronunciar contra los culpados penas espirituales, y patentizar finalmente en sus prácticas, en sus instituciones y en las vidas de una multitud de santos pastores y otros fieles de todos estados, el carácter de santidad que le es esencial. La historia eclesiástica es instructiva y mas interesante por esa suma de ejemplares de virtud de que ofre-

ce á los fieles una muestra, donde pueden contemplar los admirables efectos de la moral del Evangelio, y tenerla siempre presente, como que resalta en las palabras y en la acción, enseñándoles sus deberes y obligaciones que son el título del cristiano; allí se ve que con los auxilios de la gracia pueden muy bien llenarlas, y conciben el deseo de imitar los modelos que es preciso admirar.

En cuanto á la disciplina, abraza dos partes muy distintas: la una inmutable y constante porque su derivacion es divina; la otra puede cambiar segun los tiempos y lugares, porque la Iglesia la estableció, y su oportunidad depende á veces de las circunstancias que se diversifican mucho. Pero en los puntos de disciplina establecidos por la Iglesia, hay muchos que no se pueden alterar, porque se refieren á razones generales y permanentes. Nada omitiremos para ofrecer una instruccion la mas completa posible sobre todos estos objetos. Manifestaremos los monumentos que comprueban la perpetuidad de las instituciones; de las prácticas y ceremonias que traen su origen desde Jesucristo, desde los primeros dias del cristianismo. Respecto de los puntos de disciplina que han sufrido variaciones, señalaremos la época, su duracion y modificaciones; tomando los datos en las actas de los concilios ó relaciones de los diferentes hechos, que deban entrar en el cuerpo de esta obra; ó finalmente, por medio de discursos que pondremos al fin de algunos volúmenes, para ligar la doctrina que seguirá tocante á la liturgia, la instruccion de los fieles, el gobierno de la Iglesia y otras materias conducentes.

Tales son los diferentes asuntos que ha de incluir esta historia eclesiástica. En cuanto á la forma que intentamos darle, y que consiste al mismo tiempo en la distribucion y en el estilo, poco tenemos que decir, porque no es propio del autor prevenir el juicio de sus lectores. Hemos procurado constantemente disponer los hechos en aquel orden que nos ha parecido mas á propósito para que resalte el conjunto de ellos, para lo cual hemos dividido nuestro plan, de modo que marchase á la par el orden de las materias con el cronológico. En cuanto al estilo, nuestra única mira ha sido la claridad, sencillez y naturalidad, evitando por lo mismo la trivialidad y el enfasis. Porque una locucion mas elevada, florida ó brillante, si bien cautiva la imaginacion causando mas deleite ó interés, no corresponde á la dignidad, que á nuestro parecer exige el carácter de una historia de la Iglesia, incompatible con el lujo de adornos afectados; y acaso sucedería que al querer atraer á los lectores con la exageracion y viveza del colorido, sacrificásemos el historiador al brillo y los adornos, la exactitud de los hechos ó de las ideas, que tanto importa presentar en una historia de esta clase con la mas rigurosa precision. Por lo demas esperamos que no se extrañarán algunas repeticiones de frases y modismos que se parezcan mutuamente, porque en una obra que encierra tan gran número de hechos

parecidos mas ó menos en el fondo y en los accidentes, es imposible que usando un estilo uniforme, no aparezca la dición muy semejante como lo son aquellos.

En los tres primeros siglos de la obra que escribimos, se notarán muchas cosas que no se hallan en Berault, ni aun en Fleury, y á pesar de esto nos han parecido necesarias para dar una idea pura y exacta de las circunstancias en que el cristianismo se estableció, de los obstáculos que halló, y de las luchas que ha sostenido. Como de aquellos tiempos quedaron pocos monumentos que de los siglos siguientes, hemos creído conveniente no omitir casi ninguno, á fin de aparecer la mayor claridad sobre el estado de la Iglesia en aquella época tan interesante. Hemos manifestado por los autores cristianos análisis el objeto de las obras publicadas por los autores cristianos, y mas que todo la totalidad y puntos mas distinguidos de sus apologías. Hemos designado en sus escritos los principales testimonios que justifican la perpetuidad de la tradición de los dogmas católicos que intentan desmentir los hereges de los tiempos modernos. Hemos procurado que se comprendan en lo posible el carácter y los errores de las antiguas sectas, desentrañando inmediatamente el punto capital de su doctrina, para que se conozca que todas las demas proceden y son una repetida continuación de ellas. No hemos omitido las preocupaciones de los paganos contra el cristianismo, ni las calumnias de que ha sido objeto por parte de los filósofos. Algunos creerán que nos hemos extendido demasiado sobre estos puntos y principalmente en el análisis de varios escritos de los santos padres: en efecto, confesamos que semejantes materias no son tan atractivas como una relación seguida; pero nosotros creemos que la exposición de los errores que se han levantado contra ella, debía constituir una parte esencial de su historia, y nos atrevimos á esperar que la utilidad ó interés de estas tareas compensarán suficientemente la aridez que desde luego reconocemos en ellas para la mayoría de nuestros lectores. No hemos sido tan difusos en los tratados de autores eclesiásticos, cuando eran suficientes los relatos históricos para penetrar todo su alcance.

Aunque la Iglesia en cierto sentido es tan antigua como el mundo, pues que la fé en el Mesías ha sido el fundamento de la religión en todos tiempos; nosotros principiamos la obra despues de la Asension de Jesucristo, porque desde entonces solamente está constituida la Iglesia en su forma actual en virtud de los poderes que Jesucristo dió á sus apóstoles y á los sucesores de éstos. La historia del antiguo testamento ofrece un objeto especial y muy distinto del que es propio de la historia eclesiástica; y en cuanto á la vida de Jesucristo, la tenemos perfectamente descrita en el texto de los evangelios y en otras obras que conocen y pueden consultar los fieles cristianos.

Para la cronología hemos adoptado la era vulgar de la Encarnación del Señor, y con arreglo á ella damos la serie de los hechos importantes, teniendo cuidado de anotar las veces en que no se halla perfectamente cierta.

Pocas veces indicamos los tratados de que hemos usado para la relación de los hechos principales que referimos, porque era interrumpir la relación con citas numerosísimas, que ocupándonos un tiempo precioso, seria para los lectores gravosísima rémora y enteramente inútil. Citas hemos hecho, pero las mas indispensables, para apoyar los puntos de dogma ó disciplina, ó para que no se dudasen importantes sucesos, ó para motivar nuestra opinion en asuntos controvertidos por los autores. Pero diremos en general que los principales autores que regularmente nos han servido de guia, són: *antiguos*: Eusebio, cuya historia eclesiástica llega hasta el fin de las persecuciones de la Iglesia, y contiene una exposicion suficiente de los sucesos mas notables, con mayores pormenores respecto de la Iglesia de Oriente; San Ireneo, San Epifanio, San Filastro, San Agustín y Teodoro; que escribieron contra las heregias de los primeros siglos: San Jerónimo y Focio, que nos han transmitido numerosos documentos sobre las vidas y obras de los antiguos padres de la Iglesia, el primero, en su tratado de escritores eclesiásticos, y el segundo, en su biblioteca. *Autores modernos*: Baronio, con la crítica del padre Pagi; Tillemont, cuyas memorias sobre los seis primeros siglos, ademas de una inmensa erudicion, ofrecen el conjunto de materiales que no es fácil superar; el padre Natal Alejandro, que escribió en latin una historia eclesiástica en que hallamos la sumaria exposicion de los hechos, indicando las fuentes y un gran número de sábias disertaciones sobre los asuntos mas importantes; Fleury, cuya obra en gran parte se compone de la traducción de los textos originales; últimamente, el padre Cellier, que ha reunido una multitud de documentos sobre las vidas y escritos de los Santos Padres, actas de los mártires y concilios en su historia general de autores eclesiásticos.

Para mejor fijar las indicaciones mas precisas, pasaremos revista á las principales materias contenidas en el libro primero. Este no encierra mas que la historia de los apóstoles, de su predicación, de sus escritos y de sus primeros discipulos. Casi enteramente se ha compuesto del libro de las actas ó Epístolas de S. Pablo: solo hemos añadido algunas circunstancias que se acreditan con testimonios auténticos, ó en la fé de las antiguas tradiciones, y las referen Eusebio, San Jerónimo, Rufino y otros; hallándose copiadas en muchas obras modernas, particularmente en Tillemont y Alejandro.

La relación de la conquista de Jerusalem por Tito, y descripción de las calamidades, sediciones y otros sucesos que habian precedido á esta catástrofe, se han sacado del historiador Josefo, que las cuenta menudamente en el libro último de sus antigüedades, y en

la historia especial de esta guerra. La rebelion de los judfos en tiempo de Trajano, y la que trajo la destruccion entera de su nacion, reinando Adriano, se describen por Dion y Sparciano, en la vida de aquellos emperadores, y por Eusebio, en el libro quarto de su historia.

Corno existen intimas relaciones entre la historia eclesiástica y la profana, juzgamos conveniente ingerir la sucesion de los emperadores, fechas de su adelantamiento, y muerte ó indicacion de los mas notables sucesos de su reinado. Todo esto se ha sacado de Suetonio, Tacito y Dion, respecto á los primeros hasta Adriano; y para los demas, de Herodiano y de los seis autores que contribuyeron á la publicacion de la obra *Historia augusta*; á saber, Sparciano, Capitolino, Lampridio, Vulcacio, Trebelio, Pollion y Vopisco, que la escribieron desde Adriano hasta Diocleciano. Tambien se halla un compendio de las vidas de los emperadores en Aurelio Victor, Eutropio y Zósimo, cuyas obras, no muy extensas, contienen los hechos principales, y sirven para llenar el hueco de nueve años que se advierte entre los reinados de Filipo, Decio, Galo y Valeriano, en la citada *Historia augusta*. Para los reinados de Diocleciano y otros emperadores paganos hasta Maximino, se hallan datos suficientes en la historia de Eusebio, y en el libro de Lactancio: *De la muerte de los perseguidores*.

Eusebio cuidó bastante de referir la sucesion de los Papas; pero con muy pocas pruebas sobre las circunstancias de sus pontificados, y sin grande exactitud respecto de la duracion de ellos. Nosotros, pues, hemos adoptado sobre este ultimo punto, la cronologia que los modernos siguen, con especialidad la de los autores de la obra titulada: *Arte de verificar las fechas*; y en lo demas hemos tenido que limitarnos al corto número de hechos que se hallan en Eusebio, San Irineo, en los martirologios, ó en otros cuantos autores que ha recopilado eruditamente Tillemont.

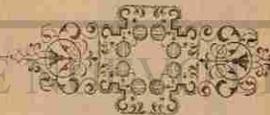
Tacito y Suetonio, paganos, pintan bien las crueldades que desplegó Neron contra los cristianos. Los pormenores de esta y las siguientes persecuciones, se han extractado de Eusebio ó de las actas de los mártires ó de diferentes martirologios, y aun se conoce en el texto de nuestra obra el origen de que los hemos adquirido, porque al efecto hacemos bastantes indicaciones.

Parte de nuestro primer volumen se llena con la análisis extensa que hacemos de las obras eclesiásticas; y esta parte carece de citas, porque sirven de tales las indicaciones de ellas y su exámen. Las particularidades de las vidas de los Santos Padres de la Iglesia ó sus obras, quando no las traian Eusebio, tratándose de los griegos, ó San Gerónimo ó Focio, se hallan en nuestro texto con la posible claridad por los medios y autores que nos hemos proporcionado. Las cartas de San Cipriano contienen muchas noticias de su vida, y uno de sus discípulos publicó la historia. Tenemos tambien una

vida de San Gregorio Tamarugo, escrita por San Gregorio Niseno, que completa lo que tomamos de Eusebio.

Este último refiere con varia extension los principales errores de los antiguos hereges; y arriba dejamos señalados los demas autores de que nos hemos valido en este punto. Pero fácilmente se concibe que en el arteficio de heregias no hemos podido presentar un cúmulo de citas completo, ó sea las respectivas á cada una, porque semejante trabajo no puede caber en disertaciones especiales ó en obras de erudicion voluminosas, pues frecuentemente hay que cojear cierto número de pasages, cuya reunion manifiesta lo que cada uno presenta con oscuridad, y á veces ni aun así bastaria citarlos ó copiarlos todos ellos; antes es preferible explicar y justificar con otras citas el sentido de varias palabras, que en tiempos distantes varian la significacion por el uso ó desuso, por la introduccion en las escuelas y por el modo de presentarlas con la debida claridad. Esta observacion, que se aplica á otros muchos objetos, sirva para que se entienda por qué razon hemos sido sobrios en citaciones.

JANIL



ROMA DE ILLUSTRE

AL DE BIBLIOTECAS





82 PEDRO-PRINCIPE DE LOS APOSTOLES.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de cada uno de los congregados. Inmediatamente quedaron llenos del Espíritu Santo, y empezaron á conversar en diferentes lenguas, publicando las maravillas de Dios, segun se hallaban inspirados. Habia entonces en Jerusalem muchos que venian de todos los paises, porque desde la cautividad de Babilonia muchos se habian establecido en el Oriente, y otros se habian repartido en los diferentes estados que dominaban los reyes sucesores de Alejandro el grande en Grecia. Habia, pues, habitantes de Persia, de Arabia, de Egipto, de la Libia, de varias provincias del Asia menor y del Asia superior, de Grecia y aun de Roma: unos eran judios de nacimiento, otros conversos á la religion judaica, y los llamaban por esta razon, prosélitos. Unos hacia poco tiempo que se establecieron en Jerusalem, persuadidos de que el Mesías iba á venir, porque se habia cumplido el tiempo señalado en sus profecias; y una gran parte de ellos, con ocasion de las fiestas que eran de las tres principales en su culto, y aniversario del dia en que se recibió la ley en el monte Sinaí. Pues toda esta reunion, atordida del ruido que oyeron, quedó admirada, y como reconocian por gallicos á los apóstoles, oyéndoles ahora hablar en la lengua de aquellos, preguntaban con asombro la causa de esta maravilla.

Acercándose Pedro á los espectadores y levantando la voz, manifestó que este prodigio obrado por el Espíritu Santo, no era mas que el cumplimiento de lo que predijo en sus dias el profeta Joel: y despues, refiriendo los multiplicados milagros de Jesucristo, obrados con la mayor publicidad, la muerte á que sus enemigos le condenaron, declaró que el Salvador habia resucitado; que él y los demás apóstoles eran testigos de su resurreccion; y que antes de subir al cielo, les ofreció enviar el Espíritu Santo, cuya venida habia causado estas maravillas. Probó tambien que todo se hallaba anunciado claramente en las profecias de David, y concluyó anunciándolo solemnemente que Jesus era el Cristo y el Mesías prometido. A muchos conmovió este discurso, y San Pedro, acabando de instruirlos, les exhortó á que hiciesen penitencia y recibieran el bautismo en nombre de Jesucristo, para alcanzar el perdón de sus pecados y el don del Espíritu Santo. Por entonces se convirtieron cerca de tres mil, fueron bautizados, y se juntaron con los discípulos. Dieron desde el principio un ejemplo de aquella union incomparable, y de la perfecta caridad que se admiró por tanto tiempo en la Iglesia de Jerusalem, porque juntaron todos sus bienes, vendiendo sus posesiones, para que se distribyese aquel fondo comun, segun las necesidades individuales de cada uno. Así era que todo el mundo los bendecía, y su número crecia diariamente á vista de los milagros que hacian los apóstoles.

Poco despues de Pentecostes, iban al templo Pedro y Juan hácia las tres horas, para asistir al sacrificio y á la oracion: como que entonces todos los cristianos se acomodaban á todas las prácticas que



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

de cada uno de los congregados. Inmediatamente quedaron llenos del Espíritu Santo, y empezaron á conversar en diferentes lenguas, publicando las maravillas de Dios, segun se hallaban inspirados. Habia entonces en Jerusalem muchos que venian de todos los paises, porque desde la cautividad de Babilonia muchos se habian establecido en el Oriente, y otros se habian repartido en los diferentes estados que dominaban los reyes sucesores de Alejandro el grande en Grecia. Habia, pues, habitantes de Persia, de Arabia, de Egipto, de la Libia, de varias provincias del Asia menor y del Asia superior, de Grecia y aun de Roma: unos eran judios de nacimiento, otros conversos á la religion judaica, y los llamaban por esta razon, prosélitos. Unos hacia poco tiempo que se establecieron en Jerusalem, persuadidos de que el Mesías iba á venir, porque se habia cumplido el tiempo señalado en sus profecias; y una gran parte de ellos, con ocasion de las fiestas que eran de las tres principales en su culto, y aniversario del dia en que se recibió la ley en el monte Sinai. Pues toda esta reunion, atordida del ruido que oyeron, quedó admirada, y como reconocian por gallicos á los apóstoles, oyéndoles ahora hablar en la lengua de aquellos, preguntaban con asombro la causa de esta maravilla.

Acercándose Pedro á los espectadores y levantando la voz, manifestó que este prodigio obrado por el Espíritu Santo, no era mas que el cumplimiento de lo que predijo en sus dias el profeta Joel: y despues, refiriendo los multiplicados milagros de Jesucristo, obrados con la mayor publicidad, la muerte á que sus enemigos le condenaron, declaró que el Salvador habia resucitado; que él y los demás apóstoles eran testigos de su resurreccion; y que antes de subir al cielo, les ofreció enviar el Espíritu Santo, cuya venida habia causado estas maravillas. Probó tambien que todo se hallaba anunciado claramente en las profecias de David, y concluyó anunciándolo solemnemente que Jesus era el Cristo y el Mesías prometido. A muchos conmovió este discurso, y San Pedro, acabando de instruirlos, les exhortó á que hiciesen penitencia y recibieran el bautismo en nombre de Jesucristo, para alcanzar el perdón de sus pecados y el don del Espíritu Santo. Por entonces se convirtieron cerca de tres mil, fueron bautizados, y se juntaron con los discípulos. Dieron desde el principio un ejemplo de aquella union incomparable, y de la perfecta caridad que se admiró por tanto tiempo en la Iglesia de Jerusalem, porque juntaron todos sus bienes, vendiendo sus posesiones, para que se distribyese aquel fondo comun, segun las necesidades individuales de cada uno. Así era que todo el mundo los bendecía, y su número crecia diariamente á vista de los milagros que hacian los apóstoles.

Poco despues de Pentecostes, iban al templo Pedro y Juan hácia las tres horas, para asistir al sacrificio y á la oracion: como que entonces todos los cristianos se acomodaban á todas las prácticas que



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO I.

DESDE LA ASCENSION DE JESUCRISTO HASTA LA MUERTE DE
LOS APOSTOLES S. PEDRO Y S. PABLO.

CUARENTA días después de su resurrección, habiendo cumplido Jesucristo su ministerio, y teniendo que ir á tomar posesion de su gloria, quiso presentarse por última vez á sus apóstoles y hacerlos testigos de su ascension, para consolarlos y afirmarlos á la vista de este nuevo prodigio. Condejólos al monte de las Olivas, y después de renovar sus instrucciones y promesas, los bendijo, y á su presen- cia se levantó hacia el cielo: á poco rato una nube se interpuso y le perdieron de vista. Llenos de gozo y admiracion volvieron los apóstoles á Jerusalem, según dejó dispuesto el Salvador, y encerráronse en el cenáculo para esperar con todo recogimiento al Espíritu Santo, por cuya venida oraban sin cesar. Entre todos se hallaban casi ciento y veinte personas, y á su cabeza la Santísima Virgen, las santas mugeres que acompañaban al Señor, los parientes de los apóstoles y los discípulos. S. Pedro, crendo cabeza de la Iglesia, y empezando desde aquel momento á ejercer las funciones, propuso que se completase el número de los apóstoles, escogiendo en lugar de Judas, á uno de los discípulos que desde el principio hubiese seguido á Jesucristo. Se presentaron dos como mas dignos, José Bar- nabas, á quien llamaban el Justo, y Matias. Después de hacer oracion á Dios que conoce el corazon del hombre, pidiendo que mani- festase á cuál era de su agrado escoger, se procedió á la eleccion echando suertes; y le tocó á Matias, que pasó á ocupar el sitio vacante en el apostolado. De esta manera estaba completo el número de doce, á saber: Pedro, gefe ó cabeza de los demas, Juan y San- tiago, hijos del Zebedeo, Andrés, hermano de Pedro, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, llamado tambien Levi, Santiago, hijo de Alfeo, y llamado el menor, Simon el de Caná ó Zelotes (zeloso), Judas ó Tadeo, hermano de Jacobo el menor, y Matias.

Diez días perseveraron en sus plegarias, y llegada la fiesta de Pentecostes, hacía las nueve de la mañana, oyóse un ruido grande y semejante al que causa un viento impetuoso, que hizo temblar toda la casa en que estaban reunidos, y vieron aparecerse como unas lenguas de fuego que se iban repartiendo hasta caer sobre la cabe-

TOM. I.

2

-3-

mandaba la ley, para alentar la debilidad de los judíos y honrar la sinagoga hasta su entera destruccion, que debia verificarse muy pronto con la ruina del templo. Cerca de la puerta llamada *Bella*, habia un pobre de cuarenta años de edad, y de tal modo impedido que nunca pudo andar. Levántale á este sitio todos los días para pedir limosna á los concurrentes, y todos lo conocian. Viendo este infeliz á San Pedro cuando iba á entrar con San Juan en el templo, les pidió algun socorro: respondíó San Pedro: "No tengo oro ni plata; pero te daré lo que puedo, en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda;" y cogiéndole de una mano, le ayudó á levantarse: el pobre conociéndose sano, echó á andar, y se metió en el templo, brincando de alegría y dando á Dios las gracias. Ibase detras de los apóstoles, y el pueblo admirado de que pudiese andar, vino y los rodeó en la galería oriental del templo, que se llamaba la de Salomon. Viendo San Pedro á esta multitud admirada, habló y predicó que no por su propia virtud, sino en nombre y por el poder de Jesucristo resucitado, se habia obrado aquel milagro, manifestó el crimen que los judíos habian cometido dando muerte al Hijo de Dios, autor de la vida; y después, declarando que Moisés y todos los profetas habian anunciado estos días para una alianza nueva, los exhortó á que se convirtiesen, y aprovecharan los medios de salvacion que Dios ofrecia á todas las naciones por su propio Hijo. Este sermón convirtió á cinco mil personas.

Entre tanto que los apóstoles hablaban al pueblo, el capitán del templo ó gefe de los levitas, encargado de la guarda del templo día y de noche, se presentó acompañado de varios sacerdotes, cuya mayor parte eran saduceos, y no podian tolerar que se tratase de la resurreccion de los muertos, y menos de la de Jesucristo. Prendieron á los dos apóstoles y los dejaron en la cárcel hasta el siguiente día, porque ya era tarde y no se podia ver la causa de noche. Por la mañana muy temprano sermón el Sanhedrin (gran consejo) y mandó que comparciesen. Compusiese esta asamblea de setenta, y un miembros, en que se contaban primeramente los principes de los sacerdotes, ó sean los gefes de las veinticuatro familias sacerdotales, después los doctores de la ley, escogidos entre los levitas y ancianos de cada tribu. San Lucas señala como uno de los principales, á Anás ó Anano, que precedia y conservaba este título, porque habia sido muchos años sumo sacerdote; su yerno Califas, que lo era actualmente hacia siete años, aun cuando fuese saduceo; Juan, hijo de Anás y Alejandro apellidado Lisimaco, el judío mas rico y hermano del célebre Filon. Puestos los apóstoles en medio del consejo, se les preguntó que en nombre de quién y con qué facultad se habian determinado á curar al pobre impedido. San Pedro respondió con entereza: "Pues que tenos pide razon del bien que hacemos dando movimiento á un hombre paralítico, os declaramos y á todo el pueblo de Israel, que fué á nombre de Jesu-

cristo Nazareno, á quien habeis crucificado, y Dios resucitó de entre los muertos: por el ha sido curado, y se encuentra de pié y sano á vuestra vista." Cuando observaron la firmeza de Pedro y de Juan, hombres del pueblo y nada instruidos, y no pudiendo por otro lado contradecir el milagro, se contentaron con prohibirles, amenazándoles severamente, enseñar á nombre de Jesucristo, ni hablar jamás de él al pueblo bajo ninguna forma. San Pedro y San Juan les replicaron: "¿Juzgad vosotros mismos si es justo obedecer vuestros mandatos mejor que los de Dios, porque es imposible que nosotros dejemos de decir lo que hemos visto y oído." Sin embargo, el consejo les mandó retirar, redoblando sus amenazas, y no atreviéndose á castigarlos, porque temió al pueblo que daba gloria á Dios por aquella milagrosa curación. Juntáronse los apóstoles con los fieles, y dándoles parte de lo sucedido, se pusieron todos en oración para pedir á Dios fuerzas y continuar predicando con firmeza la doctrina de Jesucristo, y obrar prodigios que corroborasen su palabra. Acabada esta plegaria, se continuó toda la casa en que se hallaban reunidos, dando á entender que Dios la había acogido favorablemente; y recibieron todos el Santo Espíritu, y predicaron á Jesucristo con nuevo fervor. Esta reunión de fieles no tenía más que un solo corazón y un alma, y su santa vida admiraba al resto del pueblo. Concurrían á portía á la instrucción que recibían de los apóstoles, y á las oraciones que se hacían en el templo, donde escogieron la galería de Salomón, separados de los demás, y estos los honraban sin atreverse á juntarse con ellos. También celebraban otras reuniones particulares en casa de algunos fieles, para partir el pan, es decir, la celebración de la Eucaristía, que no podía hacerse en el templo. Comían juntos á veces, y no miraban como propios sus bienes, sino como comunes á todos: así no había pobres entre ellos, porque los que tenían tierras ó casas las vendían y traían su importe á los apóstoles para que le distribuyesen según la necesidad de cada uno. La Escritura distingue entre estos vendedores de tierras, á un levita originario de Chipre, llamado José, que recibió el sobrenombre de Bernabé, y poco tiempo después fue elevado á la dignidad de apóstol.

Otro discípulo, llamado Ananías, después de vender una heredad suya, retuvo una parte del precio, de acuerdo con su mujer Sáfira, y llevó lo demás á los apóstoles. No solo cometa un culpable engaño, porque involucra esta acción una mentira, sino que era injusticia; porque afectando el desprendimiento entero de sus bienes, y teniendo derecho á la común participación, como si nada le hubiese quedado, parecía que implícitamente contraía la obligación de privarse del todo de su hacienda. No es extraño, por tanto, que Dios los castigase para dar un saludable ejemplo y mantener la pureza de la nascente Iglesia. San Pedro le dijo: "Ananías, ¿por qué te has vendido á las tentaciones de mentir al Espíritu Santo? Due-

ño eras de conservar tu herencia, ó de guardar su importe si lo tenías por conveniente. A Dios has mentido y no á los hombres." Ananías, acomadado con esta energía reconvencción, murió en el acto. A las tres horas se presentó su mujer, y San Pedro le preguntó el precio en que habían vendido su heredad, y como también mintiese, díjole el apóstol: "¿Cómo os habeis concertado ambos para tentar al Espíritu Santo? Mira, esos hombres acaban de entrar á tu marido, y vienen por ti para hacer lo mismo contigo;" y en el mismo instante cayó muerta en el suelo. Este suceso causó un grande terror entre los fieles y en el resto del pueblo, porque veían brillar en él la potestad de Jesucristo, que favorecía la voz de sus apóstoles.

Creer muchos que existía anteriormente entre los judíos una secta particular, que hacia profesión de la vida común. Llamáronse essuios, nombre cuya etimología es difícil explicar, aunque se cree generalmente que la tomaron para ostentar que eran mas santos que los otros. Huían de las grandes poblaciones; por lo regular se dedicaban á la labranza, despreciaban las riquezas, no tenían criados ni esclavos para su servicio, comían juntos, y ponían en común depósito el importe de sus granjerías. Los mas perfectos guardaban continencia, y serían en número unos cuatro ó cinco mil; otros se casaban sin dejar de tener una vida austera, no comían mas que su alimento legal, se entregaban á la oración y contemplación muchas veces al día, obedecían á los superiores, y se aplicaban á reprimir todos sus deseos. En esta secta, para ser admitidos, hacían un noviciado de tres años, y los que comecian faltas, eran despedidos, y por lo común morían miserables, porque no se creían dignos de recibir las limosnas que se les daban. Se les tuvo por supersticiosos; pensaban que descubrían lo venidero, y que sabían las propiedades de las plantas por medio de ciertas palabras de la sagrada Escritura, acompañadas de particulares ceremonias: observaban el sábado y todas las prácticas legales con una minuciosa exactitud; pero rehusaban la asistencia al templo para los sacrificios; por no inficionarse con el contacto de personas menos perfectas. Acusábanlos tambien de creer en la fatalidad, negando la libertad de los actos humanos. Últimamente los turvieron por idolátras, porque para orar se volvían hacia el sol aliente, como que le dirigían sus palabras; pero esta sola circunstancia no es suficiente para autorizar aquella sospecha.

Estos sectarios no eran conocidos mas que en Palestina, pero en el Egipto, habia una rama suya que se llamaban terapeutas, que tanto significa servidor de Dios, como médico; ya porque profesaban una gran piedad, ya porque se ocupaban en la curación de las almas, purificándolas. En nada se diferenciaban de aquellos, sino en que se entregaban mas especialmente á la vida contemplativa. Filon, que los elogio, les atribuye virtudes tan perfectas, que han

creído muchos autores antiguos y modernos, que fueron los primeros solitarios cristianos, entre los segundos el sabio Montaucon, en su obra titulada: *De la vida contemplativa*. "Posible es, con efecto, que algunos discípulos se hubiesen retirado á las soledades de Egipto, después de la dispersión ocasionada por la muerte de San Estevan; pero como es probable que Filon escribiese antes del nacimiento del cristianismo, los libros en que habla de los esenios y de los temples, no puede dudarse que fueron estas sectas anteriores á la predicación del Evangelio." Mas el testimonio de Eusebio, que cuenta á los terapeutas entre los cristianos, y otras razones que se hallan en las obras de algunos críticos, deben confirmarnos en la creencia de que los judíos, por su género de vida, eran los mas dispuestos para recibir el cristianismo, y que en efecto, la mayor parte le abrazaron desde su aparición.

Habiéndose extendido la fama de los milagros que hacían los apóstoles, por Jerusalem y otras ciudades, trahian de todas partes enfermos, que se ponían por las calles por donde pasaba S. Pedro, para que su sombra cayese sobre ellos, y esto era bastante para curarlos. Tantos prodigios aumentaron considerablemente el número de los discípulos. Caifás, sumo sacerdote, y los de su facción, que eran saduceos, mandaron prender á los apóstoles, y los pusieron en la cárcel; pero un ángel los libertó. Al día siguiente se presentaron en el templo y predicaron. El Sanhedrin estaba reunido para juzgarlos, y los ministros que los iban á conducir, no hallándolos en la cárcel, aunque estaban bien cerradas las puertas y rodeadas de guardias, no sabían que resolver, cuando vinieron á denunciarles que estaban predicando en el templo. Con mucha maña los fueron á buscar de orden del consejo, deseosos de no irritar al pueblo; y cuando se presentaron dijo el sumo sacerdote: "No tenemos mandado que no prediqueis á nombre del que invocais? y sin embargo no osais de hacerlo en toda Jerusalem?" S. Pedro y los demas apóstoles respondieron que antes debían obedecer á Dios que á los hombres, y principiaron á sostener que Jesucristo era el salvador, y que las maravillas del Espíritu Santo, que habia descendido sobre ellos, confirmaban su testimonio de que habian presenciado su milagrosa resurrección. Llenos de furor aquellos jueces, deliberaban sobre su muerte; pero un venerable doctor llamado Gamaliel, de la secta de los fariseos, contuvo esta animosidad con un consejo muy acertado. "No os mezcléis, les dijo, en lo que respecta á esa gente: porque si su empresa viene de los hombres, por sí misma caerá; y si al contrario viene de Dios no podreis impedirlo, y os exponisís á combatir con el Ser Supremo." Adoptó el consejo este parecer, y despidió á los apóstoles despues de mandarlos azotar, prohibiéndoles de nuevo predicar en nombre de Jesucristo.

No pudieron estas persecuciones entibiar el celo de los apóstoles,

ni los progresos del Evangelio: un gran número de sacrificadores se convirtieron, atraídos de los discursos y el ejemplo de Gamaliel: entre los muchos fieles nuevos se hallaban varios helenistas, es decir, judíos que nacieron entre los griegos, y por eso hablaban su idioma. Se quejaban de que en las distribuciones diarias se descuidaba el socorro de sus viudas: juntáronse los apóstoles y dijeron á los discípulos: "No es justo que nosotros dejemos la predicación para ocuparnos en la distribución comun; escoged entre vosotros siete hombres de una prubencia y honradez notorias, y los confiaremos esa comision, y nosotros podremos dedicarnos enteramente á la oracion y á predicar." La asamblea nombró á Estevan, Filipo, Procoro, Nicano, Timon, Parmenas y Nicolás, prosélito de Antioquia; y los presentó á los apóstoles, que oraron y les impusieron las manos: tal fué el principio de la órden del diaconado, cuya institucion habian recibido los apóstoles del mismo Jesucristo. Con este ejemplo se establecieron posteriormente diaconos en número de siete en Roma y en otras ciudades. Su ocupacion consistia en presidir á la distribución de las limosnas, y servir en la mesa del altar para la administracion de la santa Eucaristia, por lo que decia S. Ignacio en su carta á los trulenses que eran ministros no de las comidas ordinarias, sino de los misterios de Jesucristo; y en la apologia segunda de S. Justino se ve que llevaban la Eucaristia á los que no podian asistir el domingo á las reuniones de los fieles.

S. Estevan fué nombrado el primero entre los siete, y lo era en efecto así por su clase como por su mérito. Habiendo recibido con la órden un aumento de gracias y fuerzas hacia un gran número de prodigios entre el pueblo, y predicaba libremente á Jesucristo. Algunos Judíos que pertenecian á la Sinagoga en clase de libertos, los circencos y los atenienses, y otros forasteros disputaban con él, y no pudiendo resistir al espíritu de sabiduría que habiaba por su boca, buscaron testigos falsos para que le acusasen de haber blasfemado contra Dios y Moisés, predicando que Jesucristo destruiria el templo; y las ceremonias de la ley. Cogiósele, y presentado en el consejo, el sumo sacerdote mandó que fuese cuenta de la doctrina que predicaba. San Estevan pronunció un largo discurso, en que expuso por la historia misma de los judíos, desde el tiempo de Abraham, la conducta y los designios de Dios con respecto á su pueblo: recorriendo en seguida las ceremonias legales, probó que eran santas porque dimanaban de Dios, hizo ver tambien con el testimonio de los profetas que la religion no era inherente á un templo fabricado por manos de hombres: añadió que en todo tiempo los judíos habian perseguido á los enviados de Dios, y que al mismo Moisés le habian desterrado: dijo que eran en esto semejantes á sus padres, supuesto que habian dado muerte al justo; y que no habian guardado la ley, cuya defensa tomaban.

Iritóse grandemente este discurso: San Estevan levantó la vista al cielo, añadió que desde allí veía al hijo del hombre á la diestra de Dios: al or esto, todos se echaron encima, le arrastraron fuera de la ciudad, y se prepararon á matarle á pedradas, que era el suplicio destinado por la ley para los blasfemos; y aunque los romanos habian prohibido á los judios sentenciar á muerte, ellos lo hacian á veces, tolerándolo el gobierno en las causas de religion. Por la misma ley se mandaba que los testigos fuesen los primeros que arrojasen las piedras: para ello se despojaron de algunos vestidos, y los pusieron á los pies de un jóven de Sicilia, llamado Saulo, que no tomaba parte en el suplicio, acaso por su corta edad, aunque era de los mas exaltados. Y este fué en adelante apóstol de las gentes, que debió su conversión á los ruegos del santo mártir por sus verdigos, porque puesto este de rodillas, exclamó con toda su fuerza: "Señor, no les tomes cuenta de este pecado;" y al momento espiró. Fue primer mártir (voz griega que significa testigo), porque fué el primero que murió para dar testimonio de los milagros y la divinidad de Jesucristo. Según la mas probable opinion fué su tránsito al fin del mismo año en que subió al cielo nuestro Salvador, y es el treinta y tres de la era vulgar.

Querian los príncipes de los sacerdotes que el cuerpo de San Estevan quedase sepulto, porque era otra pena de los que eran legitimamente condenados. Pero los fieles tuvieron cuidado de enterrarle é hicieron sus funerales llevando un luto universal. Cogieron de noche su cuerpo y le trasladaron á una tierra de Gamaliel, que estaba á ocho leguas de Jerusalem, y después de haberle honrado muchos dias, segun las ceremonias ordinarias, le depositaron en un sepulcro nuevo donde se veian otras cruces. Gamaliel que tribuó este piadoso deber al santo mártir, es el mismo que tomó la defensa de los apóstoles en el consejo: tambien recogió en su casa de campo á Nicodemus, su pariente, que embalsamó á Jesucristo, y que por aquel tiempo fué desterrado y depuesto de su dignidad. Hizo que le enterrasen cerca del sepulcro de S. Estevan, y el mismo que murió á poco, fué depositado en el mismo monumento con su hijo Abibus, que así como el padre se habia bautizado. Estos sepulcros fueron descubiertos en el año 415, y llevadas las reliquias de San Estevan á diferentes parages, obraron cantidad de milagros como se verá adelante.

La muerte de San Estevan no calmó el furor de los judios: al contrario ocasionó una violenta persecucion y muy general, de tal manera que los fieles se dispersaron en Judea, en la Samaria, y en sitios mas diferentes. Sin embargo, los apóstoles quedaron en Jerusalem, y creese que entonces fué cuando Santiago, hijo de Alfeo y pariente de Jesucristo, fué instituido primer obispo de Jerusalem para velar especialmente sobre los que no podian huir de la persecucion, por enfermos, viejos ó otras causas. Muchos fieles fueron

presos, despojados de todos sus bienes y aun condenados á muerte, contribuyendo Saulo con su voto á estos castigos. Era, como dejamos dicho, el mas feroz perseguidor de ellos, y entraba en las sinagogas y en las casas para prender con violencia á hombres y mugeres y encerrarlos en los calabozos, en virtud de las facultades con que los Pontífices le habian investido. Mucho duró esta persecucion, y no se limitó á la ciudad ni aun á la Judea, pues Saulo iba hasta Damasco para perseguir á los cristianos. Probablemente no concluyó sino por órdenes del emperador Tiberio. Con efecto, segun las costumbres de los gobernadores romanos, Pilato envió las actas del proceso de Jesucristo haciendo relacion de las maravillosas circunstancias que habian precedido y acompañado la predicacion del Evangelio; y Tiberio, persuadido de la divinidad de Jesucristo, propuso al senado que le recibiese en el número de los dioses. Aunque el senado no adoptó la proposicion, no cambió de opinion el emperador, ni insistió en que se adoptase; pero amenazó con la muerte á los que acusasen á los discípulos del Salvador (1). Pero si los judios debian dar fin á sus violencias contra los fieles, ejercitaban su ódio por las calumnias, y procuraban hacerlos odiosos por todos medios. Buscaban unos hombres para que recorriesen todos los pueblos donde habia creyeronarios suyos, y publicasen que se habia descubierto una nueva secta impia y detestable, fundada por Jesus de Galilea, que no reconocia á Dios, y predicaba la destruccion de todas las leyes (Diálogos de Justino, pág. 234). La impresion que estas calumnias causaron, no tardó en propagarse entre los paganos, y aun duraba pasados doscientos años.

A pesar de esto, los fieles no solo se extendieron á Palestina, sino á Fenicia, á la isla de Chipre, y hasta Antioquia y Damasco, y por todas partes predicaban el Evangelio con buen éxito. Felipe, el segundo de los diaconos, parió á Samaria, donde el pueblo testigo de los milagros que obraba, le escuchó con ansia, y convertida mucha parte de él recibió el bautismo. Habia entonces en Samaria un mago llamado Simón, natural de Gition en la misma provincia.

(1) Algunos críticos protestantes, mas atrevidos que sabios y juiciosos, han negado este hecho que Tertuliano refiere en su Apologético. Pero otros, entre quienes se distingue Casaubon y Papezou, no tienen dificultad en admitirlo. Tilliemoit, el editor Huet, Natali Aliphan y otros escritores no hallan motivo de dudar. Con efecto, no podía Tertuliano alegar un hecho de esta naturaleza en una apología pública, sin estar muy bien enterado de su certeza. Ya San Justino habia hecho mención de las actas de Pilato en una de sus apologías. Probablemente niyo y otro habian visto la relacion ó proceso de Pilato, y la proposicion de Tiberio en los papeles, actas ó relaciones periódicas que se publicaban en Roma, de que se conservaron unos cuantos ejemplares y llegaron hasta en tiempo. Estas actas, copiadas y reparadas profusamente, son etian todos los suposos importantes, como puede leerse en muchas cartas de Gregorio, y Julio César habia mandado, segun Suetonio, que se publicasen los acuerdos diarios del senado, y del mismo modo los del pueblo.

Con sus embustes había logrado un gran crédito entre el pueblo que le seguía á todas partes, proclamándole la gran virtud ó el gran poder de Dios; porque los samaritanos creían la existencia de cierto número de potestades celestes que salían por emanación del seno de Dios, y muchas veces se incorporaban para servir de instrumentos visibles de su voluntad. Admirado este hombre á vista de los milagros que presenciaba, creyó también en Jesucristo y se hizo bautizar. Cuando entendieron los apóstoles que los samaritanos habían abrazado el Evangelio, enviaron á San Pedro y á San Juan para que los confirmasen en la fe, y les impusiesen las manos para comunicaries el Espíritu Santo; porque como Felipe no era mas que diácono, no pudo hacer mas que bautizarlos. Viendo Simón que el Espíritu Santo descendía sobre los fieles, manifestándose de una manera sensible por el don de lenguas y los milagros, ofreció dinero á los apóstoles para obtener el mismo poder. Respondióle San Pedro: "Perezca contigo tu dinero, supuesto que piensas comprar los dones de Dios." Exhortóle despues á que hiciese penitencia; pero Simón no quiso convertirse, aunque de miedo había solicitado que rogasen por él los apóstoles. Al contrario se endureció más y volvió á entregarse á la magia con mas curiosidad para seducir á los pueblos y distinguirse; se declaró el mayor enemigo de los apóstoles, y haciéndose autor de una secta nueva logró que le llamasen precursor y jefe de todos los herejes, porque su doctrina contenía el germen de todos los errores que afligieron á la Iglesia en muchos siglos.

Sobre todo, propagó la doctrina de los Eonas, especie de seres divinos que se engendraban los unos á los otros, y llegaron á mucha celebridad en la heresia de los valentinianos y de otros gnósticos; hiciése Simón el primero de ellos, y ponía al Verbo en el quinto lugar, prelujiando así los errores del arrianismo. Aunque reconocía un Dios supremo, invisible y perfecto, también se atribuía el nombre de Dios, porque según su doctrina la divinidad no obra sino por el ministerio de las virtudes y potestades emanadas de su seno, y era él la primera de estas emanaciones divinas ó la soberana potencia por la que Dios se manifestaba al mundo. El había aparecido como Padre en Santería, como Hijo entre los judíos, y como Espíritu Santo en todas las otras naciones, admitiendo además todos los nombres que sus sectarios gustaban añadir; traía consigo una muger llamada Elena, que había comprado en Tiro en una casa de prostitucion, y acerca de la cual contaba mil extravagancias; decía que ella era la primera concepcion de su espíritu y la madre de los ángeles ó de las potestades que habían criado el mundo; pero que no queriendo estos ángeles que se les considerase criados por ningún otro ser, habían tenido prisioneta á su madre, y encerrádola sucesivamente en varios cuerpos, de modo que esta hermosa Elena, despues de haber sido muger de Meulao, se convirtió en la

actual en Tiro, y fué expuesta en una casa de prostitucion; que él había bajado para arreglarlo todo y para libertarla á ella. Miraba á los ángeles autores del mundo como enemigos del Dios verdadero, y por esta razon no seguía la ley de Moises que procedía de aquellos malos ángeles, que también habían inspirado á los profetas; de manera que ningún caso debía hacerse del antiguo testamento; tampoco reconocía á Jesus por Mesías, pero á sí mismo se llamaba Cristo, atribuyéndose y procurando imitar todo lo que había hecho el Mesías realmente. No obstante que creía que los ángeles habían formado el mundo, no admitía la creacion propiamente tal: creía la materia eterna, la llamaba enemiga de Dios, y hacia que de ella emanasen las potestades que se oponían á su voluntad. De este modo explicaba el origen del mal por los principios que despues ampliaron los maniqueos. Ultimamente mezclando con todo lo dicho ideas paganas, hizo que le erigiesen una estatua en figura de Júpiter, y otra á su Elena, en traje de Minerva; y en adelante los discípulos de este impostor adoraban tales figuras ofreciéndoles incienso y victimas.

En cuanto á la moral, suponía Simón que todos los actos eran indiferentes por sí mismos, y que los ángeles, para retener á los hombres en la esclavitud, establecieron la diferencia entre aquellos prohibiendo los unos y mandando los otros; pero que los que creyesen en él se libertaban de semejantes leyes, y podían hacer lo que quisieran, porque se salvarían por su gracia sin necesidad de buenas obras. Así los discípulos de este herejiarca vivían entregados á todo género de vicios, aplicándose á la magia y hechicerías; practicaban la idolatría é imitaban á los paganos para ocupar de las persecuciones. No es, pues, extraño que una moral tan cómoda haya reunido muchos sectarios. Con todo, al fin del siglo III era ya corto su número, y aun entonces procuraban ocultarse á la sombra de los cristianos católicos.

Habiendo enseñado en Samaria y predicado en muchos pueblos de aquella parte, los apóstoles San Pedro y San Juan volvieron á Jerusalem; pero Felipe, diácono, por ministerio de un ángel, fué á Gaza ó á Mediolan por el camino que lleva á Gaza. Allí encontró á un etiope, eunuco y tesorero de la reina Candace, el cual volvía de Jerusalem, á donde fué á adorar á Dios, siendo acaso judío ó prosélito. Al acercarse á él Felipe, estaba leyendo un pasaje de Isaías referente á la pasion de Jesucristo, y le preguntó Felipe si comprendía las palabras del profeta; y como el eunuco, confesando humildemente su ignorancia, le suplicase que tomara asiento á su lado para explicárselas, manifestó Felipe que todas se habían cumplido en la persona de Jesucristo, y le enseñó despues todos los misterios concernientes al Mesías. Tocado de la gracia el etiope, no pudo resistir á la evidencia de los hechos que comprobaban la verdad del Evangelio; y como descubriese agua

desde aquel parage, pidió á Felipe el bautismo, declarando que creia en Jesucristo, y Felipe le bautizó. Apenas concluyó, arrebató un ángel al santo diácono y no volvió el eunuco á verle mas; pero continuó su viage lleno de alegría, y predicó en Etiopía la fe que acababa de recibir. Los abispos le miran como á su primer apóstol. Felipe fué transportado á la ciudad de Azof, en la costa del Mediterraneo, y se dirigió á Cesarea, que á lo que se cree, era la ordinaria habitación de su familia, sin cesar de predicar por todo el camino: habia sido casado, y tenía cuatro hijas que se mantuvieron vírgenes y alcanzaron el don de profecía (*Act. Apost. c. XXI. vers. 9*). Desde este momento nada se sabe de cierto acerca de su vida. La Iglesia latina honra su memoria en los días 6.º de Junio de cada año. Tocante á los demás diáconos ordenados por los apóstoles, se tiene igual oscuridad; solo que se les haña como predicadores y mártires, á excepcion de Nicolás, que nos ocupará en adelante.

Saulo, respirando siempre amenazas y sangre, continuaba persiguiendo á los discípulos de Jesucristo. Era de la tribu de Benjamín, nacido en Tarsis, capital de la Cilicia, cuyos habitantes obtuvieron de Augusto el título y derechos de ciudadanos romanos en recompensa de su lealtad cuando las guerras con Brito y Casio. Despues que estudió en esta ciudad las ciencias y literatura humanas, que se enseñaban allí con brillante éxito, pasó á Jerusalem para instruirse en la ley y tradiciones de los judíos, bajo la dirección de Gamaliel; y como este doctor se adhirió á la secta de los fariseos, distinguióse por la austeridad de sus costumbres y por un ardiente y santo celo por su religion. Habiendo ejercido toda clase de violencias contra los discípulos de Jesucristo en Jerusalem, pidió al sumo sacerdote carnis para las sinagogas de Damasco, con el fin de traer presos los que pudiese coger profesando la ley de Jesus. Pertenecía esta ciudad á Aretas, rey de la Arabia Petrea, pero judío, y que reconocia la jurisdiccion del pontífice en los asuntos religiosos.

Como Saulo se acercaba á Damasco, repentinamente y hacia la hora del medio dia fué rodeado de una luz resplandeciente que bajó del cielo y le trastornó á él y á su comitiva. En este acto oyó una voz que le decia en lengua hebrea: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Respondió: "Y ¿quién sois vos, Señor?" Y la voz dijo: "Yo soy Jesus á quien tu persigues." Preguntó Saulo temblando: "Señor, ¿qué quieres que haga?" Levantate, le contestaron, y entra en la ciudad: allí te dirán lo que has de hacer: porque yo me he aparecido para que seas ministro y testigo de las cosas que has visto, y te libraré de ese pueblo y de los gentiles, cerca de los cuales te envío ahora para que abras sus ojos y los atraigas á la luz, á fin de que reciban el perdón de sus pecados por la fe que tengan en mí (*Act. Apost. c. XXVI.*) Los judíos que acompañaban á

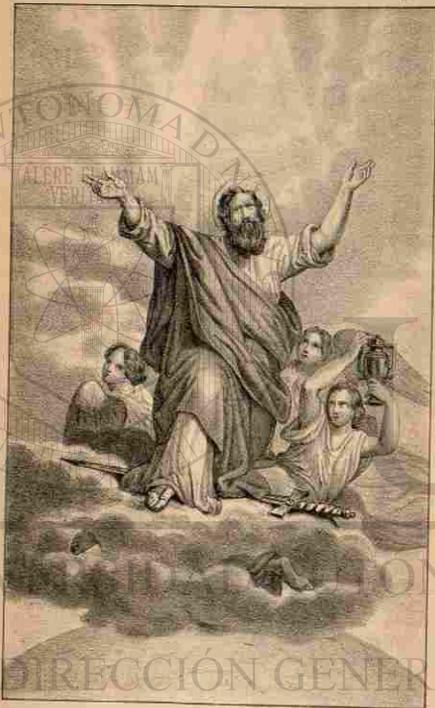


JANIL

OMA DE NUEVO LEÓN



AL DE BIBLIOTECAS



ST. PABLO, APOSTOL DE LAS GENTES.

Saulo y que serian regularmente griegos, viendo aquellos resplandores y oyendo aquella voz, sin entender las palabras ni ver á nadie que las pronunciase, quedaron completamente atónitos; y como Saulo al levantarse quedó ciego, le llevaron de la mano á Damasco, y en ella estuvo tres dias sin recobrar la vista, ni comer ni beber. Ocupólos en oracion continua, y tuvo una vision en que se le apareció un hombre que ponía las manos en su cabeza para que recobrase la vista. Este hombre era un discipulo del Señor llamado Ananias, fundador de aquella iglesia, que al propio tiempo recibió órden de Dios para que buscase á Saulo, le curase de la ceguera y bautizase. Al momento que le impuso las manos, recobró la vista Saulo, y recibido el bautismo, principió á predicar á Jesucristo en todas las sinagogas con grande admiracion de todos, como que sabian el odio que habia tenido á los cristianos, y la órden que traia para perseguirlos y encarcerarlos. Sucedió esta conversion, segun la comun y mas probable opinion, hácia el fin del año 34 ó principios del 35 de la era vulgar. La Iglesia celebra esta fiesta á 25 de Enero, aunque no se sepa el dia ni el lugar.

Algun tiempo permaneció Saulo en Damasco, y desde allí se trasladó á la Arabia, ó mas bien, á los pueblos inmediatos á la ciudad, de donde no tardó en regresar ostentando en todas partes su celo, y confundiendo á los judios por la valentia de su palabra. Ya llevaba tres años en esta mision, cuando los judios, no pudiéndole sufrir, se juntaron y resolvieron darle muerte. De miedo que no se les escapara, galitaron al gobernador, que mandó poner guardias en las puertas de la ciudad, y ellos mismos velaban continuamente de dia y de noche, Saulo conoció el proyecto, y los discipulos, para salvarle, le bujaron en un cesto que descolgaron por una ventana de su casa que era encima de las mirallas. Entonces vino á Jerusalem á ver á San Pedro, cabeza de los apóstoles, y reconocer su dignidad; pero los discipulos á quienes queria reunirse, huyeron de él, no llegando á convencerse de que se habia convertido. Sin embargo, Bernabé, que habia estudiado con él bajo la direccion del doctor Gamaliel, lo presentó á los apóstoles, es decir, á Pedro y Santiago el menor. Ambos que vió en esta ocasion Saulo, y les refirió cuanto habia pasado. Saulo permaneció con San Pedro unos quince dias, predicando enérgicamente á los judios helenos que nada podian replicarle; pero deseaban salir de él. Jesucristo se le apareció un dia en el templo donde estaba orando, y le mandó partir de Jerusalem porque allí no bastaria su testimonio. Condujéronle á Cesarea los fieles, y pasando á Tarsis por mar, fué á llevar el Evangelio á la Siria y la Cilicia.

Como estaba pacifica la Iglesia en la Judea, Galilea y Samaria, San Pedro emprendió su visita para confortar á los fieles; y hallándose en Lidia, después conocida con el nombre de Dispolis, cerca del Mediterraneo, curó á un paralítico llamado Eneas, que ocho

años antes se hallaba en cama; milagro que convirtió a los habitantes de aquel pueblo y a muchos de las inmediaciones. Por el propio tiempo una cristiana, por nombre Thabita, muy limosnosa, murió en Jope cerca de aquella población. Sabiendo que San Pedro estaba próximo, le pidieron se acercase a Jope, y en cuanto llegó le condujeron a la sala en que estaba expuesta. Había en ella muchas viudas que lloraban el cadáver y lloraban, enseñando al apóstol los vestidos que Thabita se había dado, hechos de sus propias manos. Lastimado el apóstol al oír sus lamentos, se puso en oración, y volviéndose hacia la difunta, "Thabita, dijo: levántate," y al momento resucitó. Al instante se divulgó este milagro y causó la conversión de multitud de habitantes. Dedicándose a su instrucción San Pedro permaneció en Jope muchos días en casa de un curtidor llamado Simón; todavía permanecía en esta villa, cuando le avisaron que deseaba verle un centurion llamado Cornelio, hombre ajustado que daba largas limosnas, y conociendo al Dios verdadero le adoraba y hacía que todos los de su casa le adorasen. Un día que estaba en oración el centurion, se le apareció un ángel y le mandó que enviase a llamar a Jope a un tal Simón, conocido con el nombre de Pedro, que se alojaba en casa de otro Simón, de oficio curtidor. Llamado a dos criados suyos y a un soldado, todos tres temerosos de Dios, les encargó con urgencia esta comisión, y se acercaron al siguiente día a Jope. Pedro, que había subido a la azotea para orar, según la costumbre de los judíos, al medio día, mientras le disponían la comida, quedó elevado en un éxtasis, y una voz le mandó que comiese indistintamente de toda clase de carnes, sin distinguir las de animales impuros que la ley prohibía. Este vision se repitió tres veces, y deseaba saber su verdadera inteligencia, cuando el espíritu divino le dijo: "Mira tres hombres que te buscan, no tengas reparo de lo con ellos, porque soy yo quien te los envié." Al mismo tiempo se presentaron los tres hombres a la puerta de la casa, y al siguiente día marchó con ellos acompañado de otros vecinos de ella. Cornelio reunió todos sus parientes y amigos para recibir al apóstol, y cuando supo que se acercaba, le salió al encuentro y se arrojó ante el santo en cuanto le vio. San Pedro le mandó levantarse, y entrando en la casa le dijo: "Ya sabes que los judíos no se prestan a visitar en su casa a los extrangeros; pero Dios me ha revelado que a nadie debo rechazar como profano ó inmundado, y por eso no he tenido dificultad en venir: ahora rue díxeme el objeto de vuestra llamada." Cornelio contó el sueño que habían tenido, y San Pedro principió a instruirle en la historia de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo y en los demás misterios. Allí estaba hablando, cuando el espíritu divino descendió sobre todos los que estaban reunidos, y todos glorificaron al Señor, hablando en diferentes lenguas, de modo que los fieles circuncios que vinieron con el apóstol, quedaron llenos de admiración. Dijoles San

Pedro: "No se pueda negar el bautismo a los que han recibido como nosotros el Espíritu Santo." Y en seguida dió este sacramento a Cornelio y a los demás asistentes, y continuó en quedarse algunos días en la casa. Este es el principio de la conversión de los gentiles.

Luego que S. Pedro regresó a Jerusalem, muchos judíos convertidos le hicieron varias observaciones, quejándose de que entrase en casa de los incircuncios y comiese con ellos. Pero el apóstol contó lo que se le había revelado y la orden de Dios, y como el espíritu divino hubiese confirmado con su influjo esta determinación, bajando sobre Cornelio y no volvieron a quejarse; antes dieron gracias a Dios que se dignaba de comunicar su gracia a los gentiles. Algunos de los que se dispersaron cuando el martirio de S. Esteban, fueron a Antioquia donde no se había anunciado el Evangelio sino a los judíos; y muchos que eran de Chipre ó Cyrene, se dirigieron a los griegos, sabedores de lo que S. Pedro había referido acerca de la voluntad de Dios; y su celo obró un gran número de conversiones.

A poco tiempo del bautismo de Cornelio, ó en el año 35 de la era vulgar, según la mas probable opinion, se estableció en Antioquia la catedral por S. Pedro que fue su primer obispo; y se cree comunmente que residió allí siete años, aunque saliese algunas temporadas a recorrer el Ponto, la Bitinia, la Capadocia y otras provincias para predicar el Evangelio. Estregó esta ciudad como metrópoli del Oriente, y por esta razon conducente a la dignidad del principe de los apóstoles, hasta que extendiéndose la fe al Occidente viósele a fijar su silla pontifical en la capital del mundo.

A esta época puede tambien referirse la dispersion de los apóstoles, que salieron de la Judea para anunciar la fé en los opuestos confines del mundo. Con efecto, el establecimiento de la silla de S. Pedro en Antioquia, la eleccion de Santiago que hicieron para obispo de Jerusalem poco antes, y otras muchas circunstancias (1), dan mucha verosimilitud a esta opinion, sostenida por Tillemont, siguiendo a S. Gerónimo. No dejaron sin embargo de volver algunas veces, y principalmente para celebrar la Pascua, porque en algun tiempo continuaron conformándose con este costumbre de los judíos, para contemplar su debilidad; y por este tiempo fue, juzgado

(1) Habíendolos predicado el Evangelio en toda la Judea y la Samaria, era muy natural que los apóstoles creyeron llegado el momento de conformarse con la mandado por Jesucristo, y dispersarse por el universo, cuando Dios abrió las puertas de la Iglesia a los gentiles con el bautismo de Cornelio. Por otra parte se sabe que S. Pablo estando vino a Judea desde Damasco, no halló mas que dos apóstoles, y era á los tres años de su conversión (Galat. cap. 1), y el mismo marchó inmediatamente á Cilicia para ejercer su apostolado.

mente en la misma fiesta, cuando condenaron á muerte á Santiago el mayor, y Herodes Agripa puso en prision á S. Pedro. Antes de separarse compusieron el simbolo que lleva su nombre, y que ofrece un resumen de la fé, que debía reunir á todas las Iglesias. No tuvieron por necesario escribirle, porque los fieles están obligados á saberle de memoria y á recitarle antes del bautismo, cuya práctica era suficiente para conservarle en todos tiempos. Antiguamente se notaban ligeras diferencias en las expresiones de algunos artículos, porque desde el nacimiento de las herejías se creyó necesario añadir varias palabras para explicar mejor los dogmas que contienen (1).

Santiago el menor no se apartó de Jerusalem, de donde era obispo, y desde allí volaba sobre las Iglesias de Judea. San Pedro después de fijar su silla en Antioquia, donde muchos discípulos continuaban predicando el Evangelio, no tardó en salir de allí para llevar la fé á las comarcas inmediatas. San Juan pasó al Asia menor, en que fundó sucesivamente las Iglesias de Samaria, de Pergamo, de Sardis, de Laodicea, &c. Posteriormente fijó su residencia en Efeso, donde murió después de una larga manion y al fin del primer siglo. Es probable que penetró también en el Asia alta sometida á los partos: y dicen que su primera epistola llevaba antiguamente su nombre, como que se dirigió á ellos. Algunos autores han referido que había marchado en su compañía la Santa Virgen á Efeso, y había muerto en aquella ciudad, donde al tiempo de celebrarse el concilio, había una iglesia dedicada á su nombre; pero Baronio y otros muchos creen con mas fundamento, que murió la Santa Virgen en Jerusalem, aunque no puedan fijarse el tiempo ni las circunstancias de su muerte. Una antigua tradicion hay de que resucitó, y fué elevada al cielo en cuerpo y alma después que pasaron unos dias.

Santiago el mayor, hijo del Zebedeo, y hermano de San Juan, predicó principalmente á los judíos, y después de haber recorrido varios países, que la historia no designa, sufrió el martirio en Jerusalem, reinando Agripa. San Andrés fue desviado á la Scitia, penetró en la Sogdiana, volvió á Grecia, habiéndose detenido en el Ponto y Cógida, y sufrió el martirio de la cruz en Patras de la Acaja, aunque se ignora cuando. Su cuerpo fue trasladado á Constantinopla, en el Imperio de Constancia, y desde allí se han enviado reliquias á diferentes países. Es muy venerado entre los rusos, que poseen una parte del país que ocuparon los antiguos escytas.

San Felipe predicó tambien en el Asia alta y después en la Frigia; en ella murió en una ciudad llamada Hierapolis, hacia el año de 84, sin que podamos precisar el cuándo, ni la clase de martirio que sufrió. San Bartolomé anunció á Jesucristo en la Armenia,

(1) Véase el P. Cellier, *Historia de los autores eccl., t. I.*

Etiopia, Arabia, y hasta las Indias, donde predicó el Evangelio según San Mateo: hallóse un ejemplar en idioma hebreo en aquel país por San Panteno, que le trajo á Alejandria cien años después. Como los antiguos daban el nombre de India á muchas provincias diferentes, situadas al Oriente ó al Mediodía; se puede creer que las Indias de que aquí tratamos, son las que combinan con la Etiopia [*Ruffin. Hist. l. x, cap. v. Socr. l. i, cap. xix.*] Dícese que fué martirizado en la Armenia, clavado en una cruz, después de haberle desollado y desgarrado sus manos á fuerza de azotes.

Santo Tomás recorrió todos los países sometidos á los partos, predicó en Persia, Media, Bactriana, y así se cree que llegó á las Indias propiamente dichas, donde se encontraron cristianos, llamados de Santo Tomás, que alegaban haber recibido la fé por medio de este apóstol, y tenían sus reliquias. Pero la tradicion de estos cristianos tachados de nestorianos, no tiene bastante autenticidad, aunque el testimonio de muchos escritores antiguos y su predicacion en otras provincias vecinas á aquellas regiones pudiesen introducir el juicio con bastante verosimilitud de que aquel apóstol propagó la fé en ellas. Hay quien dice que murió en Calamina, en las Indias, y muchos modernos creen que los portugueses hallaron su cuerpo en Malapur, y que de allí le trasladaron á Goa. Pero como en el siglo cuarto habia la persuasión de que las reliquias de este apóstol estaban en Edesa, [*Ruffin. l. x, c. v.*] es preciso creer que fuere el lugar de su martirio el mas inmediato á esta última ciudad.

Antes de ausentarse de Judea, San Mateo escribió su Evangelio, á instancia de los fieles, y para dejarles un monumento de la fé predicada á nombre de Jesucristo. Por eso le escribió en hebreo, es decir, en la lengua de los judíos, que era una mezcla del caldeo y el siriano. Valiéronse de este Evangelio los demas apóstoles, y Santiago le explicaba en Jerusalem. Después se hizo una tradicion de él en idioma griego, que obtuvo la aprobacion de toda la Iglesia, y que al último sirvió para reemplazar al original, que hace mucho se habia perdido; pues el texto siriano que hoy se conoce, es aquella tradicion en griego. Todos estan conformes en que este Evangelio es el primero ó mas antiguo; tenemos que establecer que se escribió poco antes del año de 43, porque Eusebio refiere que en el mismo año escribió el suyo San Marcos: y aun debe presumirse que este importante trabajo detuvo á San Mateo en Judea mas tiempo que á los demas apóstoles. En seguida marchó á propagar la fé á la Etiopia y la Persia, y en ésta se presume que fue martirizado.

San Simon (el Cananeo), predicó en Mesopotamia y en la Persia. San Judas (Tadeo), predicó tambien en la Mesopotamia, y después en la Arabia, en la Idumea y en la Libia. Fue casado, y sus dos nietos fueron aconsejados á Domitiano como descendientes de David, á tiempo que este emperador hacia averiguar quiénes entre los ju-

dos podían aspirar al trono. Tenemos una epístola canónica de este apóstol, que al parecer fue escrita después de la segunda de San Pedro para confirmar en la fe á los fieles, y que estuviesen prevenidos contra los errores de los nicelaitas y los gnósticos (1); por ella se infiere que no moraba hasta después de la ruina de Jerusalem. Es menester no confundir á este apóstol con uno de los discípulos llamado Tadeo solamente, que fué comisionado por Santo Tomás á la ciudad de Edesa, en Mesopotamia, y que obrando numerosas maravillas, fué conrntado enteramente y á su rey Abgaro. De este mismo príncipe se dice que escribió una carta á Jesucristo, quien le respondió diciendo que le enviaría un discípulo suyo para que le enseñase é instruyese. Pero no es fácil reconocer como auténticas, ni la carta, ni la respuesta.

San Matías, después de haber predicado en varias partes de la Palestina, llevó el Evangelio á Etiopia, sin que podamos afirmar de qué país es particular se entiende esta palabra, porque los antiguos la aplicaban indistintamente á todas las comarcas marcos conocidas que situaban al mediodía y fuera de los límites del imperio romano. Esto es precisamente lo único que se sabe de la misión del mayor número de los apóstoles; pero la oscuridad que encubre las circunstancias de su vida y de sus peregrinaciones, es una prueba mas de la sinceridad de su testimonio, que en ella encuentran su mayor confirmación, porque según la juiciosa observación de Floury, *(Prefacion á la hist. eclesiast.)*: "nada prueba mejor que no buscasen los apóstoles su propia gloria, que el poco cuidado que tuvieron de conservar en la memoria de los hombres las grandes obras en que se han ocupado."

El emperador Tiberio, habiendo reinado veinte y dos años y medio, murió en 16 de Marzo del año 27; sucedióle Cayo Calígula, su nieto é hijo del celebre Germánico. Poco tiempo antes Pilato, acusado de haber dado muerte á cierto número de samaritanos ante Vitelio, gobernador de la Siria, por los senadores, fue citado á Roma para justificarse. Salió de Judea, gobernada por él durante 10 años, y cuando llegó ya no existía Tiberio. Calígula le desterró á Vienna en las Galias, donde desesperado se suicidó en el año 39 de Jesucristo.

En el propio año Herodes Antipas, que mandó degollar á San Juan Bautista, y trató de loco á Jesucristo, perdió sus estados y fue desterrado. Hacia el fin del reinado de Tiberio habia guerras Herodes con Aretas, rey de Arabia, cuya hija repudió aquel por casarse con Herodias; y habiendo sufrido su ejército una completa derrota, atribuyeron los judíos este revé á la venganza divina por

(1) Las expresiones que emplea, convienen con las doctrinas y acciones infames de estos herejes. Cita un libro apócrifo, con el nombre de Enoch; pero no le aprueba, como San Pablo cita algunas veces las poetas profanas.

la muerte de San Juan Bautista. Al advenimiento de Calígula Herodes Agripa, hijo de Aristóbolo y nieto de Herodes el viejo, recibió el título de rey y los estados que pertenecieron á Filipo el Tetrarca y á Lisaniás; Herodias concibió violentos celos de este engrandecimiento, y hostigó á su marido á que pasase á Roma, con la esperanza de que siendo ya tetrarca, obtendría facilmente una dignidad que se habia concedido á un simple particular. Agripa despachó corriendo á un liberto con pliegos al emperador, en los que acusaba á Antipas de que habia tomado parte en la conspiración de Seyano contra Tiberio, y de que continuaba aun en inteligencia con Artabano, rey de los partos, en perjuicio de los romanos; daba por pruebas de esta última acusacion, que tenia Antipas en sus almacenes las armas necesarias para setenta mil hombres. No pudo el acusado negar esta circunstancia; declaróse Calígula por convicto y le desterró á Leon en las Galias, á donde le siguió su mujer Herodias. Desde allí se escaparon á España, y perecieron miserablemente. Herodes Antipas fue tetrarca de Galilea coarenta y dos años despues de la muerte de Herodes el viejo, su padre. Sus estados y tesoros se le dieron á Agripa, su sobrino y hermano de Herodias, porque esta era, como él, hija de Aristóbolo y sobrina de Antipas.

Reinando Calígula, sufrieron los judíos en muchos puntos persecuciones que terminaron á veces en crueles matanzas. En Jamnia, ciudad de la Palestina, á la orilla del mar, los rabinos que vivian mezclados con los judíos, erigieron un altar en honor de Calígula, que tuvo la demencia de exigir la adoracion que tributaban á Dios. Los judíos destrozaron este altar, y sus enemigos informaron al emperador de tal atentado; Calígula mandó que en lugar del altar derribado se construyese una estatua colosal y dorada, que le representara y se colocara en el templo de Jerusalem, previniendo al gobernador de Siria, que dirigiese á Judea la mitad del ejército que tenia en las fronteras para guardarlas de los reyes de Oriente, á fin de sostener á la fuerza aquella determinacion. Este gobernador llamado Petronio, que habia sucedido á Vitelio, ocupó en esta obra á los mas hábiles artistas, juntó dos leñeros romanos y un gran número de aliados, y sentó su cuartel general de invierno en Ptolemaida, ciudad marítima entre Tiro y Cesarea; despues para observar á los judíos de cerca, pasó á establecerse en Tiberiades. Venian los judíos por millares á suplicarle que no profanase su ciudad, porque estaban resueltos á morir, y habian abandonado para este fin el cultivo de sus campos por mas de cuarenta dias. Suspendió Petronio la empresa, y dió parte á Calígula de todo lo que ocurría; pero en términos muy diferentes, porque le informó que él habia suspendido la obra para tomar tiempo á fin de que fuese mas sumtuosa, y para no exasperar á un pueblo que abandonando sus labores destruía toda esperanza de recoger sus cosechas. Agripa, que

á la sazón estaba en Roma, solicitó lo mismo apoyando á sus compatriotas, y escribió al emperador una larga carta, en que recordaba la determinación de Augusto, que prohibía se inquietase á los judíos en sus costumbres religiosas, y que él mismo había fundado una memoria anual y perpetua, para que se sacrificaran un toro y dos corderos: que la emperatriz Livia había enviado al templo muchos vasos preciosos: que Tiberio obligó á Pilato á que retirase de Jerusalén los escudos de oro que este le había dedicado: añadiendo por último, que á pesar de las mercedes que de él había recibido, no le acusaría de haber vendido su religión, si no lograba este favor que de nuevo pedía á nombre de todos los judíos. Caligula se le concedió, y consintió que no se dedicase en Jerusalén su estatua, amenazando fuertemente que castigaría á todo el que impidiese la erección de imágenes suyas ó altares para su culto en las demás ciudades. No tardó mucho en mandar construir otra en Roma, con intención de trasportarla al templo secretamente y antes que nadie pudiera sospecharlo.

Esta loca impiedad de Caligula sirvió tambien de pretexto para cometer mas violencias contra los judíos de Alejandría. Muchos habian en aquella ciudad, como en lo demás del Egipto, donde gozaban de los derechos de ciudadanos. El pueblo, que los aborrecia, se irritó contra ellos con ocasion del paso de Agripa, que marchaba por Alejandría á la Judea, para tomar posesion de su reino. Primeramente se molestaron de su soberanía, vistiendo á un loco, que tenia por costumbre andar desnudo por la ciudad, de una especie de diadema y manto real. Luego arremetieron á las sinagogas derribando ó quemando cuanto podian, y poniendo en su lugar las estatuas del emperador. El gobernador Flaco, que estaba celoso de Agripa, autorizaba los excessos populares, y aun dió un decreto que privaba á los judíos del derecho de ciudadanía, permitiendo se les tratase como cautivos ó prisioneros de guerra. Despojáronlos del barrio que habitaban, y así, un gran número se vieron precisados á vagar por los arrabales, sin hallar donde alojarse: saquearon sus casas y tiendas; las mercantías que cogieron, las dividian en público como un botín apresado á los enemigos: mataron á una porcion de ellos, y arrastraron despues sus cadáveres por las calles. Flaco mandó azotar á muchos senadores de su nacion, y dar tormento á las mugeres para obligarlas á comer de los manjares que su ley prohibia. Sabedor Caligula de estas violencias, manifestó grande alegría; pero los judíos le enviaron una diputacion, reclamando sus derechos, y quejándose de los malos tratamientos que sufrían. El emperador les recibió en una casa de campo inmediata á Roma, llevándolos tras de sí de una en otra sala, dejándoles con la palabra en la boca, interrumpiéndolos con bufonadas, haciéndoles preguntas insustanciales, y aparentando que reconocia la justicia de su causa; pero los despidió sin determinar nada. Filon, que escribió esta relacion, iba de gefe de la diputacion.

Por el mismo tiempo entre los partos se vieron los judíos todavía muy perseguidos, principalmente en la provincia de Babilonia. El rey Artabano habia dado el gobierno de esta provincia á un judío que se hizo temible, capitaneando una tropa de bandidos, y le conservó quince años, dominando con toda arbitrariedad. Sucedióle un hermano suyo, y se hizo tan odioso, que los habitantes le mataron una noche despues de haber dispersado su tropa: entonces cayeron sobre los judíos, que siendo poco fuertes para resistirse, se refugiaron á Seleucia, ciudad muy considerable de aquel pais, poblada de griegos y de sirios, es decir, de dos partidos siempre opuestos. Uniéndose los judíos á los últimos, quedaron mas poderosos que sus contrarios; pero los griegos lograron dividirlos y se reunieron con los sirios, antes sus antagonistas; y de común acuerdo cayeron de improviso sobre los judíos y mataron mas de cincuenta mil. Los pocos que escaparon de esta carnicería, con auxilio de algunos amigos se retiraron á Ctesiphon, capital del reino de los partos, donde esperaban hallarse seguros al abrigo de la autoridad real. Pero el odio de los griegos y sirios que perseguia á los judíos en todo el Oriente, los obligó á que en gran número se refugiasen en Nisib y Neharda, dos plazas fuertes sobre el Eufrates, donde habia muchos mas, y desde las que enviaban á Jerusalén con numerosa escolta todo el dinero que destinaban para sostener el templo y costear los sacrificios.

Entre tanto Caligula se hacia insoporrible por sus crueldades y extravagancias, tanto que le mataron el 24 de Enero del año 41, á los 29 de su edad y tras y diez meses de imperio. Tuvo por sucesor á Claudio, su tio, hermano de Germanico y sobrino de Tiberio, como que era hijo de Druso, hermano de éste. Como intentara una parte del senado restablecer la república, no dejó de suscitarse alguna dificultad sobre el reconocimiento del nuevo emperador: el rey Agripa, que se hallaba en Roma, le auxilió mucho con sus consejos é intervencion en el senado. Claudio, en agradecimiento añadió á su reino de Judea el de Samaria. Tambien restableció á los judíos de Alejandría en el ejercicio de sus derechos de ciudadanía, con la facultad de elegir libremente un gefe de su nacion. Ultimamente envió otro edicto por todo el imperio para prohibir que perturbasen á los judíos en las costumbres de sus antepasados. No trató tan favorablemente á los de Roma, donde les prohibió todas reuniones.

Durante estos trastornos, que manifestaban la decadencia y anunciaban la ruina del pueblo judío, el número de los discípulos de Jesucristo crecia de dia en dia; y sabiendo los de Jerusalén las conversiones que su hacian en Antioquia, enviaron á Bernabé, que confirmó á los nuevos fieles con su predicacion y sus virtudes, y extendió mas el progreso del Evangelio. Pasado algun tiempo fué á Tarsis á buscar á San Pablo para asociarse á sus tareas, y deto-

niéndose ambos apóstoles un año entero en Antioquía, convirtieron un considerable número de personas, de manera que en ella se principió á dar el nombre de cristianismo á los discípulos del Salvador. Entre los profetas que vinieron de Jerusalén á Antioquía, uno, llamado Agabé, predijo un hambre universal que con efecto ocurrió al tiempo señalado. Los discípulos de Jesucristo resolvieron enviar limosnas á los fieles de Judea, y pasaron por las matas de Pablo y Bernabé á los presbíteros de aquel país.

Ya de vuelta en Jerusalén, Herodes Agripa, procurando todos los medios de hacerse amar de los judíos, fué cómplice de su ciego odio y renovó las persecuciones contra los cristianos. Mandó decapitar á Santiago el Mayor, hijo del Zebedeo y hermano de San Juan. Su acusador, viendo la firmeza con que confesaba á su divino Maestro, quedó tan conmovido que se convirtió y declaró cristiano en el acto mismo: levantados juntos al lugar del suplicio, pidió el acusador á Santiago que le predichase, y habiendo reflexionado un poco el apóstol le alabó diciendo: "la paz sea contigo;" y después los martirizaron. Los espírituales creen que Santiago fué el primero que predicó en su reino el Evangelio; pero no se supo esta circunstancia al parecer antes del siglo VIII, y no tiene autenticidad suficiente, antes se opone al testimonio del Papa Inocencio I, que asegura que todas las iglesias de este reino se fundaron por San Pedro á por sus sucesores. En el año de 800, reinando Alfonso el Casto, se descubrió milagrosamente el cuerpo de este apóstol, que primeramente se trasladó á Iria, después á Compostela en Galicia, sin que sepamos con todo exactitud ni cómo se hizo esta traslación. Sabido este descubrimiento, el Papa Leon III á instancias del rey Alfonso trasladó á Compostela la silla episcopal de Iria; y en el año 1124, el Papa Calixto II trasladó á esta misma iglesia los derechos de la metrópoli de Mérida, que entonces se hallaba en poder de los sarracenos (1). Herodes Agripa, observando la alegría que causaba á los judíos el suplicio de Santiago, mandó prender á San Pedro que se hallaba en Jerusalén. Pero como era tiempo de Pascua, su objeto fué tenerle seguro para martirizarle á presencia del pueblo cuando pasase la fiesta. Hizole cargar de cadenas dobles, y que le custodiasen diez y seis soldados, que se sucedían por tandas de á cuatro cada una, de las que dos estaban junto al santo, y las otras dos á la puerta de la prisión. Los fieles elevaban á Dios ardientes súplicas sin intermisión para alcanzar su libertad. En la noche que precedió al día señalado para el suplicio, el apóstol dormía entre sus guardas, y le despertó un ángel, diciéndole que se le

(1) Los Bolandistas han reunido muchos testimonios para confirmar esta tradición de la Iglesia de España, sobre el descubrimiento de las reliquias de Santiago. (Acta Sanct. anno 77 Jul.) Otros autores se inclinan á creer que puede haber habido en Compostela otro Santiago, cuyas reliquias se hayan equivocado con las de este apóstol. (Flece & Villemont t. 1.º)

vantase al momento y le siguiera. Al punto se le cayeron al suelo las cadenas, y le siguió su meditar si era un sueño ó realidad. Después de pasar la primera y la segunda puerta, llegaron á una de hierro, que daba salida á la ciudad, y se abrió á su presencia. En cuanto anduvieron algun tiempo por las calles el ángel desapareció, y conoció San Pedro que Dios le había realmente libertado: pasó á casa de María, madre de San Juan, donde muchos fieles estaban en oración; y una criada, llamada Rodia, que salió para abrir la puerta, conociendo la voz de Pedro, en lugar de abrir corrió llena de alegría á noticiarlo á los fieles. Dijeronle que estaba loca, y como ella aseguraba que era el apóstol, los otros decían: será su ángel; con lo que se comprueba la tradición apostólica de los ángeles de la guarda. San Pedro seguía llamando: ni fin abrieron y se quedaron pasmados al verle. Mandóles sossegar, y refirió cómo se había libertado; les encargó que avisasen á Santiago, hijo de Alfeo y á los demás creyentes, y salió de la ciudad para buscar un seguro asilo. Cuando amaneció, los soldados que no veían al preso quedaron consternados; y Herodes mandó que le buscasen por la ciudad; aunque fué en vano, hizo que diesen tormento á los guardas, y por último los condenó á muerte. No hubo este tirano en sufrir los efectos del castigo de Dios. Pasando á Cesarea (1), que era su ordinaria residencia, recibió los embajadores de los tirios y de los sidonios, que habiéndole ofrecido buscaban el medio de recobrar su amistad, porque no podían ya sacar de sus estados los granos que necesitaban. Cuando dióles audiencia solemne interin celebraba unas fiestas por la salud del emperador; yendo al teatro con numeroso compare, sentíase en un magnífico trono, y revestido de un manto real brillante por el oro y pedrería de que estaba cubierto. Al verle hablar sus adiradores decían: "esta es la voz de un Dios, no la de un hombre;" y Agripa permitió esta impiedad. Pero herido en el acto por ministerio de un ángel, sintió unos dolores agudísimos, y dijo á cuantos le rodeaban: "ved aquí que va á morir vuestro Dios." Llévaronle á su palacio desde donde observó al pueblo prosternado pidiendo su curación, y á los cinco días murió conmovido de gasnutos, el año 44 de Jesucristo, al siete de haber recibido de Caligula el título de rey, y tres después que ejercía su dominación en Judea; dejó tres hijas y un hijo llamado como él, Agripa, á quien el emperador Augusto quiso conceder aquel reino; pero como le representasen que era muy joven, envió á la Judea á Caspio Flado para gobernarla á nombre de los romanos.

Dos años antes (42), San Pedro libre de la prisión, había pasado

(1) Berauld-Berastel dice que allí también reinó el presidente romano, que según él, gobernaba la Judea á nombre de César; pero es cierto que entonces no había gobernador romano en Judea, y que esta provincia entonces estaba sujeta á Herodes. Conservóse este error en la edición de Henrici.

á Roma, donde estableció su cátedra, después de haberla tenido siete años en Antioquia (1); y en esta puso á Erodio, su discípulo, que lá regentó 26 años. Creese que viviendo á Roma, su principal cuidado fué oponerse á Simon Mago, que allí residía, y se hacia notable por sus operaciones mágicas. La predicación y los milagros de San Pedro hicieron que se arrojase el crédito de aquel impostor, y produjeron abundantes conversiones entre los judíos y los gentiles. Entre otras se cuenta la de Pudente, que unos creen senador, y cuya casa sería para las reuniones de los fieles y celebración de los santos misterios; y luego fué iglesia, titulada de San Pedro *ad vincula*.

El príncipe de los apóstoles llevó consigo á Roma muchos discípulos, y entre otros á San Marcos que le servía de intérprete, ó mas bien de secretario, quien por orden suya fué después á llevar la luz del Evangelio al Egipto, donde fundó la Iglesia de Alejandria. Pero antes y durante su mansion en Roma, San Marcos escribió su Evangelio á instancias de los fieles, que deseaban conservar por escrito lo que San Pedro les habia enseñado de viva voz. Escribiólo en griego, que era el idioma mas general y de mayor uso en aquella ciudad, tanto que hasta las mugeres le hablaban facilmente. Escribió, sin atenderse mucho al orden de los tiempos, todo lo que habia aprendido de San Pedro, quien revisó su obra y la aprobó, de suerte que muchos padres no han dudado de atribuirlo á San Pedro. No se encuentran en este Evangelio aquel elogio que Jesucristo hizo de San Pedro, despues que este apóstol le reconoció por Hijo de Dios; pero si está con todas sus señales su triple nega-

(1) Muchos autores, fijando en este mismo año 43 el primer viage de San Pedro á Roma, creen que salió de allí al principio del 44, y que despues de su regreso á Jerusalem fué puesto en prison por Agripa. Suponen igualmente que volvió á Roma mucho despues de su prison, y que no escribió su epistola primera, sino pasala esta segunda jornada en el año de 45. Otra faja su prison en el de 44, y opinan que en este fue cuando vino á Roma la primera vez; pero no entran estas diseminadas cronologías en nuestro plan. Soloamente lo hemos querido aclarar que nada sólido vemos en cuanto se alega para refutar el año en que se escribió la prison de San Pedro, al año de la muerte de Agripa, ó que el hambre, con cuya ocasion San Pablo llevó socorros á Jerusalem, no empezó antes del año 44; y sin embargo no puede haber mas que estas dos causas para hacer retroceder hasta entonces la época de la prison de San Pedro. Ultimamente otros suponen que permaneció en Jerusalem hasta el consilio que allí se tuvo en el año 51, y que despues fué enviado á establecer en Antiochia que no volvió á Roma hasta el de 53. Este opinion, adoptada por el P. Cellier y otros protestantes, presenta la ventaja de explicar facilmente lo que dice la Escritura, que San Pedro se halló en el Oriente en circunstancias muy posteriores al año 42; pero como puede explicarse lo mismo, suponiendo que San Pedro hiciera muchos viages de Roma á Jerusalem, aunque no se describan en la Escritura porque no puede abarcar todos los hechos; debemos atenernos al testimonio de Eusebio y á la comun tradición, que hacen durar veinticinco años el pontificado de San Pedro en la capital del mundo.

cion, porque no quiso ocultar su falta, por la que vertió tantas lágrimas, y suplinió por humildad lo que podía convertirse en su gloria.

San Marcos redactó también, ó al menos tradujo la primera epistola de San Pedro, que fué escrita por aquel tiempo y dirigida á los fieles dispersos en el Ponto, la Galacia, Bithynia y Capadocia, donde habia fundado muchas iglesias. Allí se llama á Roma *Babilonia*, como que era centro de la idolatría. Esta epistola muy corta contiene una fervorosa exhortacion al ejercicio de la santidad y reglas mas importantes de la moral cristiana, manifestadas de un modo enérgico y digno del que hacia de cabeza del apostolado. También está escrita en griego, y su cat. (á lo que creemos) es del año 43 de la era vulgar (1).

Saliedo de Roma San Marcos para la mision importante que se le habia confiado, fué primero á Cirénópolis, de donde se cree era originario. Despues de haber predicado algun tiempo y hecho numerosos prosélitos, recorrió las demas provincias de la Libia, en que fundó diferentes iglesias, y de allí llevó el Evangelio al Egipto, á la Tebaida, y principalmente á Alejandria. Situada esta ciudad en una de las bocas del Niilo, era el centro del comercio, y desde ella todas las mercancías de las Indias y del Oriente que llegaban por el mar Rojo, se trasportaban al Mediterraneo y las diferentes provincias del imperio romano. Por eso habia tanta multitud de habitantes de todas las naciones. Algunos de los egipcios, fuertemente adheridos á sus supersticiones, habian una pacion de griegos, sirios, etíopes, árabes é indios, todos idolátras; y los judíos eran tan numerosos, que tenían un jefe de su nacion y se les consideraba como dos partes de las cinco en que estaba la poblacion compartida. En ella hizo San Marcos muchas conversiones, y en lo que dice Eusebio (*Hist. eclesiast. lib. II, cap. XVI*) que fundó iglesias, puede entenderse que fueron parroquias, y que en ellas puso ministros que llenasen las obligaciones de la cura de almas. Entre los cristianos de esta ciudad á sus cercanías, hubo un gran número, que á ejemplo de San Marcos abrazaron las reglas mas elevadas de la perfeccion cristiana, practicando la mortificacion, la abstiniencia, el ayuno y la oracion, juntando la meditacion con el trabajo, viviendo en el retiro y guardando continencia; lo que llamó que los llamasen *eremitas*; como que se ejercitaban particularmente en la virtud. Muchos tambien se retiraban á la soledad para dedicarse libremente á este santo ejercicio, y puede creerse que la mayor parte de ellos eran cristianos terapeutas, que conservaban su nombre y dieron el primer ejemplo de la vida eremítica en Egipto.

(1) Así resulta del testimonio de Eusebio, que en un *tróica* fija en el año de 43 el principio de la predicacion de San Marcos en Egipto, y que cuenta en su historia, que esta epistola de San Pedro, así como el Evangelio de San Marcos, fué escrita mientras el último estaba en Roma.

to. (Eus. *ibid.*, c. XVI y XVII. *Sozom. Hist. lib. I., cap. XII. Ger. De los escrit. ecles. cap. VIII. Cass. Justil. lib. II., cap. V.*) San Marcos terminó su vida martirizado en el año 62, ó según otros el de 68 de la era cristiana. Antes había escogido y ordenado para que le sucediera en la silla de Alejandría á uno de sus discípulos llamado Aniano, que gobernó esta iglesia veintidos años. Al tiempo que se propagaba por sus discípulos en las provincias de Occidente; San Pablo y San Bernabé que habían traído á Jerusalem las limosnas de los hebreos, volvieron muy pronto á Antioquía, llevándose consigo á Juan, por sobrenombre Marcos, diferente del evangelista, y á lo que se cree primo de San Bernabé. Entonces había en Antioquía profetas y doctores, de los que muchos habían recibido de los apóstoles las órdenes episcopales, entre otros Simón (llamado el negro), Lucio de Cirene, y Manahem, hermano de leche de Herodes el tetrarca. Un día que se habia reunido para la celebración de los santos misterios, el Espíritu Santo les dijo: "separad á Saulo y Bernabé para la obra á que los destino." Y como ayunasen é hiciesen oración, les impusieron las manos y los dejaron marchar. Así fueron instituidos ambos apóstoles de los gentiles; pero Saulo llevaba el primer lugar desde entonces. Se cree que por estos tiempos (año 42) fué arrebatado al tercer cielo, donde Dios le reveló secretos que no es lícito á los hombres saber (2. *Corint. cap. XII.*) Mas para evitar que le sirviesen de orgullo y satisfacción estos y otros favores que recibió de Dios, quedó sujeto á duras tentaciones: pedía á Dios que le libertase de ellas, y empleaba en vencerlas todos los rigores de la penitencia, juntos á las fatigas del apostolado, para no perderse el apóstol: cuando salvaba á otros.

Saulo y Bernabé inspirados y con la misión del Espíritu Santo, pasaron á Seleucia en el Mediterráneo, y de allí fueron embarcados á Chipre. Llegados á Salamina, una de sus principales ciudades, predicaron el Evangelio, primero en la sinagoga según la regla adoptada por San Pablo, y recorriendo después lo demás de la isla; lo que exigia seguramente una larga mansión: luego vinieron hasta Pafos, en que residía el procónsul romano Sergio Paulo. Este hombre sabio y prudente deseó oír la palabra de Dios, y llamó á los dos apóstoles; pero un mago judío, llamado Barjesus, que se hacía profeta con el sobrenombre de Elimas, como indicante de su profesión, hizo todos sus esfuerzos para impedirle que abrazase la fé. Saulo, lleno de indignación, y reprendiéndole su perfidia, le castigó privándole de la vista: el procónsul, admirado con este suceso, no tardó en convertirse. Desde este punto la Escritura da siempre á Saulo el nombre de Pablo, ya porque le tomase á imitación del procónsul en memoria de esta gloriosa conversión, ó ya que desde el principio llevase ambos nombres, el uno hebreo como

judío, y el otro latino como ciudadano romano, y que usara con preferencia de este cuando trataba con los gentiles.

San Pablo y los compañeros se embarcaron muy pronto en Pafos y fueron á Parga, en Panfilia, donde Juan Marcos, que hasta entonces los habia seguido, los dejó para volver á Jerusalem, desahucado sin duda por la distancia. Los apóstoles, sin detenerse en Parga, pasaron á Antioquía de Pisidia, llamada también Cesarea, para distinguirla de Antioquía la mayor. El día del sábado entraron en la sinagoga, en que los judíos se juntaban para orar en comunidad, y oír la lectura y explicación de la Escritura santa. Después de este acto, los jefes de la sinagoga les dijeron que si tenían que hacer alguna exhortación al pueblo podían hacerlo. Luego incontinenti, levantándose San Pablo y haciendo señal con la mano, expuso los misterios de Jesucristo, su pasión y resurrección, la necesidad de creer en él para justificarse, y confirmó lo que les predicaba con el testimonio de San Juan Bautista y por la aplicación de las profecías que habian anunciado todas las cosas ocurridas. Al salir de la sinagoga, le pidieron que al sábado siguiente volviese á predicar: y desde entonces muchos judíos y prosélitos, conmovidos de sus sermones, se adhirieron á los apóstoles y abrazaron el Evangelio. El sábado siguiente casi toda la ciudad se reunió para oírlos. Viendo los judíos tal concurso de pueblo tomaron celos, y comenzaron á contrariar á San Pablo con un furor que llegó hasta las injurias y blasfemias. Entonces Pablo y Bernabé les dijeron: "A vosotros debíamos dirigir la palabra de Dios; pero pues la rehusáis, nos dirigiremos ahora á los gentiles en observancia del precepto del Señor." Los gentiles manifestaron mucha alegría, y según parece, asistían en masa á las sinagogas de la Pisidia y provincias inmediatas. Muchos abrazaron la fé, y en breve el Evangelio se extendió por todo el país. Pero nada omitieron los judíos para impedirlo; porque habiendo excitado contra San Pablo á los principales de la ciudad, especialmente á las mugeres, lograron expulsarle de la provincia.

Con este motivo los dos apóstoles pasaron á Icona en la Liconia, y predicando en la sinagoga, según su costumbre, convirtieron á una multitud de judíos y de gentiles. Aquí tambien hallaron oposición de parte de los judíos incrédulos, que emplearon todos los medios á su alcance para hacerlos odiosos, y por último lograron amotinar algunos habitantes. Sin embargo, los apóstoles continuaron mucho tiempo viviendo entre ellos, é hicieron muchos milagros que cada día aumentaban el número de los discípulos. Durante esta mansión instruyó San Pablo á la ilustre Santa Tecla, que pertenecía á una familia ilustre, y poseía todos los conocimientos y talento que puede dar una brillante educación unida á las mas felices disposiciones. Aunque se le ofreció un enlace con otra casa esclarecida, renunció generosamente esta alianza por conservar su

parezca. Entonces su futuro esposo, tomando en favor el amor que la tenía, condenada á ser despozada por las fieras. Pero los leones que solitaron para ejecutar aquella bárbara sentencia, perdiendo su ferocidad, se arrojaron á sus pies. Cuéntase que se libertó maravillosamente del fuego, lo que no impidió el contarla en el número de las mártires y la primera de su sexo que le obtuvo.

Como los judíos y principales habitantes no ponian término á su odio contra los apóstoles, y se dispusieron á apedrearlos; jugaron estas con veniente el retrazo, y flexaron la luz del Evangelio á Lystra, Derba, y otros lugares circunvecinos. Predicando en Lystra San Pablo y repartido entre los oyentes á un tullido de nacimiento, le dijo: "levántate y camina." Levantóse el hombre en el acto y se puso á saltar de alegría: el pueblo, idolatra, testigo del prodigio exclamó entonces en lengua del país: "Estos son dioses que han bajado hasta nosotros en forma humana." A Bernabé le llamaron Júpiter, y á San Pablo Mercurio, porque este era el que hablaba. Pues tanto se emborronaron los entendimientos de esta idea, que ya un sacerdotado de un templo de Júpiter, mandó traer dos toros coronados de flores, que ofrecieron en sacrificio. Habiéndolo sabido los apóstoles, rompieron sus vestidos, y se arrojaron en medio de la turba diciendo á voces: "¿Qué vais á hacer! nosotros somos hombres como los demás: roíamos á predicaros para que dejéis esas supersticiones, para que os convertáis á Dios vivo, que ha criado el cielo y la tierra." Costóles mucho trabajo el impedir que el pueblo los adorase; pero los pedidos que vinieron de Iconio y de Antioquia, principiaron á declarar contra los apóstoles; y, ganando á la multitud apedearon á San Pablo y le arrojaron fuera de la ciudad, donde le dejaron por muerto; mas, volviendo los fieles le auxiliaron, y el apóstol volvió con ellos á la población; al día siguiente salieron para Derba Pablo y Bernabé.

En esta frentóronse la predicación del Evangelio, y se volvieron á Lystra, luego á Iconio y Antioquia, animando á los discípulos y exhortándolos á perseverar en la fe á pesar de las persecuciones. Mandaron también que en los iglesias residiesen los clérigos que instruyeron para cada una. Atravesando la Pisidia, volvieron á Paulicia, predicaron en Perga, y finalmente se embarcaron en Atalia para volver á Antioquia la grande, de donde salieron. Llegados al término de su viaje, puntaron á los fieles y les refirieron los resultados de su misión entre los gentiles. Permanecieron allí bastante tiempo, y la Escritura nada dice de su predicación durante el hasta el concilio de Jerusalem. Sin embargo, es probable que durante este intervalo, que se supone de muchos años, San Pablo ejerciese su ministerio en otros parages, y algunos autores han creído que no estaba mal colocado en esta época lo que dijo en su epístola á los romanos (*cap. XV*): que llevó á la Syria el Evangelio en

los sitios donde aun no se había anunciado el nombre de Jesucristo (1).

Sea como quiera, en Antioquia estaba así como Bernabé, cuando los cristianos que vinieron de Judea, enseñaron que no podia nadie salvarse sin la circuncision y la observancia de las ceremonias de la ley. San Pablo y San Bernabé se opusieron fuertemente á esta doctrina, sosteniendo que Jesucristo habia venido á libertar á los fieles de las antiguas prácticas, que era destruido todo el fruto del Evangelio el quererlos sujetar á esta penosa servidumbre. Como la division continuaba, se resolvió que iban á Jerusalem con algunos del partido contrario, para proceutar que se decidiese esta cuestion de una manera solemne por los apóstoles. Llevaron consigo á Tito, y atravesando la Fenicia y la Samaria, llamaron de alegría á todos los fieles con la relacion de las conversiones que Dios habia obrado entre los gentiles. Habiendo llegado á Jerusalem, fueron recibidos con todos los testimonios de un vivo afecto por los apóstoles, obispos y sacerdotes que estaban reunidos. Algunos que habian recibido la fe, siendo antes fariseos, defendieron con calor la opinion opuesta á San Pablo, y sostuvieron que era preciso circuncidar á los gentiles convertidos, y obligarlos á la observancia de las leyes de Moises. Insistieron fuertemente para que adoptase esta obligacion Tito, que era gentil; pero por lo mismo que intentaban hacer obligatoria esta práctica, San Pablo se empeñó en conservar la libertad del Evangelio, y no quiso que Tito se circuncidara, aunque se habia ya conformado, ni otros posteriormente, para que lo que habia pasado antes como tolerado, no se erigiese ahora en precepto.

Juntaíronse, pues, los apóstoles con los obispos y presbíteros para decidir esta cuestion; y este fué el primer concilio que se ha tenido en la Iglesia. San Pedro, como vicario de Jesucristo, fué la cabeza de él. Entonces se hallaba en el Oriente despues de haber salido de Roma, ya con motivo del edicto de Claudio que desterraba de ella á los judíos, ó ya por otros motivos que ignoramos. En cuanto á los demás apóstoles San Lucas en señala en particular mas que á Santiago, obispo de Jerusalem, ademas de San Pablo y San Bernabé. Por la carta á los galatas se infiere que San Juan estuvo tambien, y muchos santos padres suponen con bastante probabilidad que aun habia otros. Se habia convocado á los presbíteros y algunos otros ministros antiguos, no porque tuviesen el derecho de decidir, que es pecu-

(1) Es cierto que San Lucas en los años de los apóstoles no refirió toda las circunstancias de los viajes y predicacion de San Pablo, sobre toda parte de la época en que llegó á ser su compañero; porque en la epístola II á los corintios, se ve que este apóstol habia sido cinco veces azotado por los judíos, y cada vez recibió treinta y nueve azotes, segun es costumbre que le habian dado de palo tres veces y apedreado una; en fin, que habia naufragado tres veces y naufragó en el fondo del mar un día y una noche, es decir, flotando entre las olas sin barco, y expuesto á sumirle á cada momento. No se hallan mas que una ó dos de estas circunstancias en el libro de los actos.

los obispos, sino como consultores para ilustrar el exámen y opinion, refiriendo lo que habian sabido de los apóstoles ausentes al mismo Jesucristo. Despues de discutir detenidamente é ilustrar la cuestion bajo todas sus circunstancias, se levantó San Pedro y dió su voto el primero en estos términos: "Hermanos, ya sabéis que Dios me ha escogido hace mucho tiempo para que predica por mi boca el Evangelio á los gentiles, y él, que conoce los corazones, ha dado testimonio de su fe inspirándonos su divino espíritu á todos sin establecer ninguna diferencia. ¿Por qué pues tentais á Dios imponiendo á sus discípulos un yugo, que nuestros padres ni nosotros no hemos podido llevar?" Al punto que acabó, guardando silencio todos, contaron San Pedro y San Bernabé lo que habian hecho entre los gentiles, y los numerosos milagros que habian ratificado su predicacion: tomó despues Santiago la palabra, y manifestando que la decision de San Pedro era conforme con las santas Escrituras, dió su parecer en estos términos: "Por tanto juzgo que no se deba inquietar á los gentiles convertidos, sino solamente advertirles que se abstengan de adorar los ídolos, de la fornicacion, de usar carnes sofocadas, y de sangre." Pronunciándose toda la asamblea en igual sentir, se resolvió que se enviara á Antioquia con Pablo y Bernabé á dos de los principales discípulos para notificarles esta decision. Eligieron á Judas (*Barabás*) y Silas para que llevasen de parte del concilio una carta en que se insertaba el acuerdo en estos términos: "Ha parecido bien al Espíritu Santo y á nosotros no imponeros otras cargas que estas que son necesarias; á saber, absteneros de carnes sacrificadas á los ídolos, de animales sofocados, de sangre, y de la fornicacion." Se creyó que debía comprenderse este último punto en el decreto, porque la corrupcion del paganismo habia oscurecido de tal modo las luces naturales, que muchos miraban la fornicacion como cosa indiferente: en cuanto á la prohibicion de alimentarse con sangre, la Iglesia juzgó conveniente conservarla por algun tiempo, como una prueba de que no confundia la ley antigua, aboliéndola, y acuso porque era una supersticion de los paganos, que creían que las almas de los muertos y aun los dioses no tenían otro alimento que la sangre.

Tal fué la conducta del primer concilio que sirvió de regla á los posteriores. S. Pedro le convocó y presidió, y habló el primero como cabeza de la Iglesia y príncipe de los apóstoles. Santiago dió tambien su parecer, y la decision formada por el consentimiento de todos es proclamada como decision del Espíritu Santo, y enviada á los fieles para que la recibiesen y ejecutasen con sumision. Este concilio se tuvo, á lo que creemos, en el año 51 de Jesucristo, á los catorce del primer viaje de S. Pablo á Jerusalem despues de su conversion (*Galat. cap. II*). Aunque pudo este apóstol por su autoridad sola decidir la cuestion, como que habia recibido su apostola-

do del Espíritu Santo, y confirmandole con milagros, sin embargo quiso invocar el juicio de los demás apóstoles y del gafe de ellos, para que su doctrina hallase menos obstáculos despues de esta solemne determinacion. Tambien acordó, á consecuencia de una revelacion, pasar á Jerusalem para consultar con el príncipe de los apóstoles sobre su doctrina y su mision. S. Pedro, Santiago y S. Juan, no dudaron en aquella ocasion reconocer que S. Pablo habia recibido de Dios la órden de anunciar el Evangelio á los gentiles, y se dieron mutuamente la mano, así como á Bernabé, en señal de la union que habia entre ellos, exhortándolos á que continuaran su predicacion, y recomendándoles solamente que no perdiesen de vista á los polres de la Judea.

Volvieron los dos apóstoles á Antioquia, llevando con ellos á Judas y Silas, encargados de la carta del concilio para los fieles. Habéndola estos leído, recibieron una grande alegría, y se afirmaron mas y mas en su adhesion á la doctrina de los apóstoles. Judas, despues de haber llenado completamente su encargo, regresó á Jerusalem para dar cuenta de él; pero Silas juzgó conveniente permanecer en Antioquia. S. Pablo y S. Bernabé hicieron lo mismo, y siguieron predicando el Evangelio, é instruyendo á los fieles en union con los otros ministros.

Se cree que S. Pedro no tardó mucho en presentarse allí, y permaneció algun tiempo. No manifestó diferencia entre los fieles circuncisos y los que no lo estaban, ni en su trato y conducta con ellos, sin poner dificultad alguna en vivir y comer con los gentiles. Pero temiendo ofender á muchos fieles de los circuncidados que habian venido de Jerusalem á Antioquia, si no observaba las prácticas legales; principió á retirarse de los gentiles, absteniéndose sobre todo de comer con ellos, y la mayor parte de los judíos hacian lo mismo: hasta Bernabé se dejó llevar de la corriente. Temió entonces San Pablo que semejante conducta resuscitara cuestiones ya promovidas anteriormente, para obligar á los gentiles á la circuncision; y no se dauvo en reconvenir públicamente á San Pedro, á fin de evitar las funestas consecuencias que los judíos intentasen sacar de su condescendencia. Dijo en presencia de todos: "Si tú, que eres judío, no tienes dificultad en vivir con frecuencia como los gentiles, ¿por qué quieres ahora adoptar diferente conducta, que parece obligaria á los gentiles á judizarse?" Recibió San Pedro con humildad esta observacion, y dejó de manifestar una contempcion, que por debilidad suya y animosidad de los judíos podia ser perjudicial (1). No debe olvidarse, ademas, que no se trata

(1) Algunos, siguiendo á San Agustín, han colocado este hecho antes del concilio de Jerusalem, y no deja de ser verosímil. Con todo, el órden que seguimos parece más conforme con la relacion que hace San Pablo sobre aquel (*Galat. II*). En su lenguaje se conoce, que esta disidencia fué entre los dos apóstoles, y no como otros suponen, con un discípulo llamado Cefas.

aquí de una diferencia en punto de doctrina ó de moral. San Pedro declaró, al banizar á Corinto, y mas recientemente en el concilio de Jerusalem, que los gentiles no estaban obligados á la observancia de las prácticas legales; San Pablo por su parte reconocia que eran permitidas aún, y que era conveniente este permiso y sostenérse á ellas en algunos casos, como el mismo lo habia hecho para contemporizar con la debilidad de los judíos. La conducta de Pedro no implicaba un error ni aun una falta propiamente tal, pues se trataba de una accion en sí indiferente. No podia, pues, condenarse sino en razón de los inconvenientes que podian resultar de ella particularmente. Confiérase que San Pedro no hubiese previsto estos inconvenientes tan bien como San Pablo que asistió á las disputas de los judíos con los gentiles, y podia conocer mejor las disposiciones y necesidades de unos y otros. Esto es suficiente para explicar la diferente forma con que juzgaron sobre la condescendencia que era entonces oportuna, aunque fuesen sus resultados im portantes y sujetos á circunstancias eventuales.

Quando se restableció la paz en Antioquia, no tardó San Pedro, según lo que aparece, en retirarse al Occidente, donde se cree que asistia de ordinario, aunque la historia nos ha dejado pocas pormenores acerca de su predicacion desde entonces hasta su muerte. El establecimiento de su silla en Roma, y la tradicion que dá veintinueve años de duración á su pontificado en aquella ciudad, no nos da la idea de que fue á ella muchas veces y permaneció tambien largo tiempo. Pero es probable que saliese otras muchas para anunciar el Evangelio en diferentes pueblos, así como parece cierto que envió discípulos á Sicilia, á Africa, á las Galias y á otras lejanas provincias.

San Pablo por otro lado prepuso á San Bernabé, que le acompañase en la visita de las iglesias que habian fundado; este queria llevar consigo á Juan Marcos, que los habia dejado en Panfilia; pero San Pablo, menos indulgente, no juzgó conveniente permitirlo, y discorde en este punto, trataron de separarse para predicar en lugares opuestos. San Bernabé, acompañado de Marcos, se embarcó para la isla de Chipre. Hay fundamento para juzgar que no permanecieron en ella mucho tiempo, y se añade que predicó en la Liguria y fundó la Iglesia de Milan. Mas la tradicion en que esto escriba carece de autenticidad, y no parece llegar á conocimiento de San Ambrosio. Certo es que aun vivia San Bernabé quando San Pablo escribia en primera epístola á los corintios, es decir, en el año 56, y el modo con que en ella se hace mención de San Bernabé, atestigua que residió en muchos puntos, aunque no tengamos anales de sus viajes apóstólicos. Creese que sufrió el martirio en Chipre, donde su cuerpo se descubrió milagrosamente cerca de la ciudad de Salamina, año de 488, reinando el emperador Zenon. En su pecho se halló colocado el Evangelio de San Mateo, que habia escrito de su propia mano.

En cuanto á San Pablo, acompañado de Silas, visitó las iglesias de Siria y Cilicia; fortaleciendo en todas partes á los fieles, y recomendándoles la exacta observancia de lo mandado por el concilio. Alargóse tambien á Derba, y á Listra, en la Liconia. En esta última fue un discípulo llamado Timoteo, á quien todos los fieles de Listra ó Icono alababan y respetaban mucho. Era hijo de una judía llamada Eunice, que se habia convertido, y de padre gentil, que adoraba al Dios verdadero. Su abuela Lois también era cristiana, y á él lo instruyeron desde su niñez en la religion y sagradas Escrituras. Queriendo San Pablo llevarle en su compañía, no tuvo reparo en mandarle circuncidar por miramientos á los judíos del pais, que no se hubieran conformado en admitir las doctrinas de un incircunciso, y para acreditar tambien que no condenaba las prácticas de la ley, aunque no las mirase como necesarias. Atravesaron, pues, la Frigia y la Galacia, y como San Pablo se dispusiera ya á pasar á la Bitinia, el Espíritu Santo le hizo detener, porque le destinaba á otros puntos. Llegaron á Troad, ciudad situada junto á las ruinas de la antigua Troya, y allí, en una vision nocturna, se apareció un macedonio á San Pablo, rogándole que pasase á su patria.

Habiéndose embarcado en Troad (1) fueron directamente á Samotracia, al dia siguiente á Neapolis ó Naphusa, y desde allí á Filipos, colonia romana, en donde pasaron algunos dias. No tenían los judíos sinagoga en esta última, y se reunian en una especie de oratorio fuera de la ciudad. San Pablo se presentó en él al siguiente sábado para predicar el Evangelio, y convirtió entre otros á una vendedora de púrpura, llamada Lidia, que era natural de Tracia en Asia, y que despues de haber recibido el bautismo con toda su familia, obligó á los apóstoles á que se alojasen en su casa. Otro dia que iban al oratorio, hallaron á una jóven poseida del demonio, y que haciéndose adivinatora, ganaba mucho dinero á sus dueños. Siguió á los apóstoles gritando: «Estos hombres son ministros del Dios supremo, y anuncian el camino de la salvacion.» Esto repitió en otros dias que los seguia. Ultimamente, San Pablo volviéndose á ella, dijo al demonio que la oprimia: «Te mando en nombre de Jesucristo que salgas del cuerpo de esa muger,» y el demonio la abandonó en el acto. Viendo los amos de la jóven que perdian las ganancias que obtenian por medio de este tráfico, cogieron á San Pablo y á Silas y los presentaron á los jefes: acusaronlos de que perturbaban la tranquilidad de la ciudad, procurando introducir costumbres opuestas á las leyes romanas. Corria el pueblo en tro-

(1) Aquí es donde San Lucas principia á contar entre los compañeros de San Pablo en los actos de los apóstoles, de que fue autor, y creese tambien por esta razon, que entonces solamente fue cuando empezó á escribirlo, pero como era originario de Antioquia, en Siria, hay apariencia que era de aquella ciudad con San Pablo. Mas tarde veremos lo que resulta de su persona y escritos.

pel contra los apóstoles, y al momento los condenaron á ser, como lo fueron, apaleados y encerrados despiés en la cárcel, con orden al encargado de ella que los guardase con gran cuidado. A la media noche se pusieron en oración los dos presos, y se levantó un terremoto tan violento, que todo el edificio en que se hallaban se arremovió, quedaron abiertas las puertas, y las cadenas con que estaban atados, cayeron roías á sus pies. Cuando desperió el carcereiro, creyendo que los presos se le escapaban, sacó la espada y quería matarse; pero le dijo San Pablo: "no te hagas daño alguno, aquí estamos todos." Pidió aquel luego, y en cuanto lo vió se atrojó á los pies de San Pablo y de su compañero, rogando que lo enseñasen lo que debía hacer para salvarse. Sacólos de la prision, lavó las heridas que tenían y les sirvió algun alimento. Los apóstoles le destruyeron y bautizaron en aquella misma noche y á toda su familia. Al día siguiente se presentaron los lictores ó porteros con orden de ponerlos en libertad; pero San Pablo, que conocia la utilidad de intimidar á los magistrados, y manifestar que lo que se le concedia era una indemnizacion y no una gracia, á fin de lograr mas seguridad para los fieles, respondió á los ministros: "¿creen acaso esos señores que despues de haber azotado públicamente y puesto en la cárcel á ciudadanos romanos, sin formación de causa, se queda concluido con dárlos secretamente libertad? No; no sucederá eso: decid á los magistrados que vingan ellos mismos á sacarnos de la cárcel." Al oír *ciudadanos romanos*, los jueces quedaron asustados, porque las leyes prohibian la pena de azotes y todas las demas sin haberse probado legalmente el delito porque eran acusados. Vinieron, pues, á disculparse con los apóstoles, y suplicarles que se retirasen de la ciudad. Y estos, antes de evacuarla, visitaron á Lidia, consolaron y animaron á los fieles, y conservando estos á San Pablo un reconocimiento proporcionado al beneficio que los habia hecho, aprovecharon todas las ocasiones de manifestárselo, porque muchas veces le enviaron socorros á Tesalónica, á Corinto y aun á Roma, cuando estuvo allí preso. Al salir de Filipos San Pablo y sus compañeros, pasaron á Tesalónica, capital de la Macedonia. En aquella sinagoga predicó San Pablo tres sábados, explicando las Escrituras, y demostrando que en ellas se habia anunciado claramente la muerte y resurreccion de Jesucristo. Sostenidas estas doctrinas con milagros, convirtieron á muchos judios y mucho mayor número de gentiles que adoraban al verdadero Dios. No queriendo serles gravoso, trabajaba dia y noche para adquirir las cosas necesarias, lo mismo que lo habia hecho en Corinto y otras ciudades. Irritados los judios con estas conversiones, sublevaron al populacho y vinieron tumultuariamente á la casa de un cristiano, llamado Jason, donde aquellos se alojaban: no los hallaron, cogieron á Jason y otros discípulos, y los arrastraron al tribunal, donde fueron acusados de amotinar los pueblos para que se rebelasen

contra el emperador, proclamando un rey á quien llamaban Jesu. Contestaron Jason y sus compañeros, que era una calumnia, y dieron caucion por los apóstoles, y los magistrados tuvieron que dejarlos marchar. Ni estas ni muchas mas violencias alteraron la fé de los cristianos de Tesalónica, y el ejemplo de sus virtudes contribuyó singularmente á los progresos del Evangelio en la Macedonia y en la Grecia.

Los fieles sin embargo, teniendo por San Pablo y Silas, los llevaron de noche fuera de la poblacion, y ellos se encaminaron á Berea, donde estaban los judios mas dispuestos para recibir el Evangelio, porque diariamente estudiaban las escrituras, para asegurarse que en ellas se habia predicho lo que anunciaba San Pablo respecto de Jesucristo, y reconocian la verdad de estas profecias: un gran número se convirtieron y recibieron el bautismo, así como muchos gentiles y mijores griegas de gran calidad. Mas habiéndolo sabido los judios de Tesalónica, vinieron á Berea para alzar al pueblo contra San Pablo, de manera que los fieles se vieron precisados á disponer su evasion inmediatamente, y los que le acompañaban le condujeron á Atenas, donde los despidió para que avisasen á Silas y Timoteo que vinieran á reunirse á aquella ciudad lo mas pronto posible.

Interin los aguardaba San Pablo, examinó aquellos monumentos innumerables que la supersticion y el arte elevaron en honor de la idolatria: causóle mucha sensacion esta vista. Predicó el Evangelio en la Sinagoga, en las plazas, por todas partes donde encontraba á la multitud; porque aquel pueblo curioso y frívolo discutia siempre en busca de novedades ó discusiones para entretener su ociosidad. La muchedumbre de extrangeros que atrin á esta ciudad la celebridad de su escuela y la belleza de sus monumentos y obras maestras, aumentaba la afluencia en el auditorio, y contribuian á mantenerla fomentando aquella misma curiosidad. Los mismos filósofos venian á exponer sus sistemas y á disputar entre sí, seguros siempre de hallar reuniones prontas á escuchar lo que cualquiera anunciase. Entonces dominaban en Grecia las dos sectas de epicuros y estoicos: unos hacian consistir la felicidad del hombre en los placeres de los sentidos; y los otros en la perfeccion moral; pero estaban acordes en no admitir la Providencia divina; y naturalmente ciegos, erraban en lo que concierne á la esencia de Dios y á su culto. Muchos disputaron con San Pablo, y admitidos de los nuevos dogmas que les anunciaba, le llevaron al Areopago para que explanase allí su doctrina. Hallándose en aquel tribunal, que era considerado como el oráculo de Grecia, San Pablo, en un discurso sublime y sagacísimo, comenzó á predicar la unidad de Dios, tomando ocasion de un altar en que habia visto este letrero: "Al Dios desconocido:" así era como los paganos llamaban al Dios de los judios. "Atenienses, dijo San Pablo, por todo cuanto he vis-

to en esta ciudad, pericilo que os distinguí por un celo, en cierto modo excesivo, en favor de toda clase de cultos; porque reparando las numerosas estatuas de vuestros dioses, he hallado un altar en que está escrito: *AL Dios desconocido*. Pues ese que adorais sin conocerle, es el mismo Dios que yo vengo á anunciaros; el solo Dios verdadero que está en el mundo y todo cuanto en él se encuentra. Como dueño del cielo y de la tierra, no puede caber en los templos fabricados con la mano del hombre. Nuestros homenajes y sacrificios no son ofrendas de que tenga necesidad, supuesto que al contrario, él nos da la vida y la subsistencia á todo lo que respira. El hizo nacer de un solo hombre todo el género humano; toda la extensión de la tierra, determinando el principio y duración de las naciones y los límites de los imperios, para que los hombres sepan que deben conocer su mal en todos los sucesos, y acudir á él en sus necesidades; no porque esté lejos de cada uno de nosotros, pues en él mismo tenemos nosotros nuestra existencia, el movimiento, la vida; y como dicen algunos de vuestras poetas: *somos tambien de su linaje*. Siendo, pues, la obra y los hijos de Dios, no debemos creer que la divinidad tiene nada semejante á las figuras inanimadas que la industria del hombre fabrica de oro, plata ó marfil. Por tanto, no pudiendo Dios sufrir semejante ofensa, ha dispuesto que se anuncie á todos que es necesario que se acojan á la penitencia, porque tiene señalado un día en que ha de juzgar al mundo según las reglas de su justicia, y por aquel que ha nombrado para este ministerio, y enya autoridad se ha manifestado públicamente, haciéndola resonar de entre los muertos.⁽¹⁾ Al oír esta doctrina, algunos se burlaron de San Pablo y de su doctrina; otros le argüían diciendo: *otra vez os habéis de esta materia;* pero muchos creyeron y se convirtieron, entre ellos Dionisio, juez del Areopago, que después fué nombrado por San Pablo, obispo de Atenas, y sufrió el martirio (1) durante la persecucion de Domitiano. San Pablo estuvo muchos meses en Atenas, mas recordando continuamente á los cristianos de Tesalónica, expuestos sin cesar á las lazes de los judíos, les envió á Timoteo para que los consolase.

El apóstol marchó á Corinto, que era entonces la metrópoli de la Grecia, y una de las ciudades mas considerables del mundo por su poblacion y sus riquezas. Situada entre dos mares, se hallaba la mas propia para centralizar el mas frecuente comercio; y este concurso de extráneos, trayendo el fijo y la abundancia, mantenía

(1) En la edad media se ha confundido á San Dionisio con San Domitiano, primer obispo de Paris. Esta opinion, victoriosamente combatida por muchos eruditos del siglo XVII, está hoy enteramente abandonada; tambien se le han atribuido diferentes obras que llevan su nombre; pero que no han sido conocidas en los cuatro primeros siglos, y no podian haber sido compuestas hasta el principio del V.

en ella la mas deplorable corrupcion, que entonces se veia santificada por la religion, porque toda la ciudad estaba dedicada á Venus, y tenia allí esta diosa un famoso templo, á que estaban agregadas mas de mil esclavas prostítratas, cuya manutencion era una especie de mérito. Estas vergonzosas victimas del desenfreno, se veian celebradas en los monumentos públicos, y se empleaban sus oraciones en las ocasiones mas importantes. Ya se podrá inferir por todo lo referido, los obstáculos que la doctrina evangélica hallaria en un pueblo tan groseramente desmoralizado. San Pablo permaneció en él diez y ocho meses, es decir, que hizo mas dilatada mansion que en otro alguno desde su salida de Antioquia. Se alojó en casa de un judío llamado Aquila, originario del Ponto, que habiéndose establecido en Roma, fué obligado á salir de allí con su mujer Priscila y todos los de su nicion por orden del emperador Claudio (1). Este judío se ocupaba en la fabricacion de tiendas para las tropas; San Pablo que habia aprendido este oficio, se juntó con él, y al mismo tiempo que trabajaba le instrua en las verdades de la religion, porque viviendo de su jornal socorria sus necesidades y conservaba la independencia de su ministerio. No por eso dejaba de acudir todos los sábados á predicar en la sinagoga, anunciando á Jesucristo, tanto á los judíos, como á los gentiles. No tardó su predicacion en suscitar una violenta oposicion como en otras partes fundada por los judíos; y como souan contradecirle usando de blasfemia, les dijo: *“A vosotros se ha de atribuir vuestra perdicion; inocente soy en ella, y en adelante me dirigire á los gentiles.”* Dejó en efecto la casa de Aquila y fué á vivir á casa de un gentil, temeroso á Dios, llamado Tito Justo, casa muy inmediata á la sinagoga. Después tuvo una vision en que el Señor le dijo: *“No tengas miedo de hablar; por yo estoy contigo, y he escogido á muchos en esta ciudad.”* Con efecto, los milagros que acompañaban la mision de San Pablo (2 *Corint. cap. XII*), obraron muy pronto gran número de conversiones entre los gentiles. El primero que abrazó la fe, fué Stefanos con su familia; se consagró al servicio de los fieles; fué bautizado de mano del apóstol, y su casa sirvió para la celebracion de los santos misterios. Asimismo bautizó á Crispy, jefe de la sinagoga, y á su familia. A los demas dispuso que los bautizaran sus discípulos para dedicarse enteramente al ministerio del púlpito. Incansables los judíos en su persecucion, no cesaban de combatir su doctrina, y apoderándose de su persona, le

(1) Suetonio dice que la causa de esta expulsion de los judíos fué las cononociones que continuamente ocasionaban con pretexto de Cristo (Lib. V. cap. XXV). Esto da á entender que el cristianismo estaba por entonces establecido en Roma, y que San Pedro por consecuencia estaba por entonces establecido en aquella ciudad, como anteriormente habia predicado allí antes del concilio de Jerusalen. Como anteriormente lo dejamos dicho. Creer otras que aquella orden de Claudio tuvo lugar el año IX de su reinado, que es el 49 de Jesucristo.

llevaron al juzgado del procónsul de Acaya, y le acusaron de que quebrantaba su ley. Este procónsul, que vivía en Corinto, era Gallion, hermano de Séneca el filósofo. No espóro que San Pablo hablase palabra en su defensa; y mandó á los judíos que se retirasen, declarándoles que no quería mezclarse en sus contestaciones. Al momento se echaron los asistentes sobre Sostenes, jefe de la sinagoga, y le golpearon en presencia del procónsul que no manifestó el menor disgusto. Ignórase si los golpeadores eran criados del procónsul, ó los mismos judíos, que habrían notado en él inclinación al cristianismo. Este último pensamiento debía preferirse, si creemos con la mayor parte de los intérpretes, que es el mismo Sostenes que escribió con San Pablo la primera epístola á los corintios.

Durante esta permanencia de San Pablo en Corinto dirigió á los de Tesalónica sus dos epístolas: habia sabido sus penas y la firmeza de su fé por los discípulos Silas y Timoteo, que vinieron á reunirse con él, según lo habia dispuesto. Escribiólos la primera para consolarles y manifestarles su alegría, exhortándolos á perseverar en la fé, adelantar mucho en la caridad, y conservar la confianza en Dios, sin entregarse á la tristeza por la muerte, porque después está la resurrección. Abalólos mucho porque enviaban limosnas á sus hermanos de Macedonia, y los recomendó eficazmente el que amasen y honrasen á los obispos y pastores que les habia dejado. Sabiendo que procuraban inquietarlos con vanos rumores anunciando el fin del mundo, les escribió la segunda para tranquilizarlos, recordándoles lo que les habia enseñado acerca de las señales que debían preceder al juicio final; y con este motivo los conjuró á que permaneciesen firmes en la doctrina que aprendieron, ya en los sermones y ya en las cartas que les ha dirigido; manifestando de este modo que la fé debe abrazar no solamente lo que está escrito, sino lo que los apóstoles enseñaron de viva voz para que llegase hasta nosotros por la tradición; y concluye con una salutación escrita de su mano, señal que daba para distinguir sus verdaderas cartas de las que podían falsamente atribuirle. Según el orden de las datas estas son las dos primeras de todas las que escribió. Las dos llevan el nombre de San Pablo, los de Timoteo y Silas, que es lo mismo que Silvano, de quien no vuelve á hacerse mención en la Escritura. Créese que murió en Macedonia algunos años después, habiendo predicado el Evangelio en diferentes parages.

Por este mismo tiempo, y durante la permanencia de San Pablo en Acaya, publicó San Lucas su Evangelio para desmentir las historias sospechosas y fabulosas que los falsos cristianos principiaban á extender. Le escribió según lo que aprendió de los discípulos de Jesucristo, y particularmente de los apóstoles, de quienes recogia exactamente el testimonio.

Después de establecida y sólidamente constituida la iglesia de Corinto, San Pablo salió de esta ciudad al principio del año 54 pa-



SAN PABLO, ESCRITOR DE LOS HECHOS APOSTÓLICOS

UNIVERSIDAD

UNI

OMA

AL DE

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

ra ir á la Siria y Palestina, y visitar luego las iglesias que habia fundado en el Asia menor. Embarcóse en el puerto de Cenicris con Aquila y Priscila, despues de haberse cortado el pelo, para cumplir un voto que tenia pendiente, y conformarse con la ley que obligaba á los nazarenos (*Núm. cap. VI*). Llegaron á Efeso donde quedaron los dos últimos, y San Pablo, despues de predicar algunas veces en la sinagoga, no quiso detenerse mas tiempo, aunque los judios se lo rogasen. Solamente les prometió que volvería, y se embarcó para ir á Cesarea, de allí á Jerusalem y despues á Antioquia. Permaneció en ella algun tiempo, y recorrió la Frigia, Galacia y otras provincias apartadas del mar: iba de pueblo en pueblo confortando á los fieles, recibiendo abundantes consuelos y especialmente de parte de los galatas, que le acogieron, segun refiere, como á un ángel de Dios y como al mismo Jesucristo (*Galat. cap. IV*). Despues volvió á Efeso, donde permaneció tres años.

Algun tiempo antes un judio, llamado Apolo, hombre elocuente y práctico en las escrituras, habia llegado á esta ciudad y predicado á Jesucristo en la sinagoga. Era originario de Alejandria, y no conocia otro bautismo que el de San Juan; pero habia sabido algo de la doctrina evangélica y la enseñaba con mucho celo y fervor. Habiéndole oido Aquila y Priscila se le llevaron á su casa para instruirle mas extensamente; luego quiso pasar á Achaia, y escribieron recomendándole á los fieles de Corinto. Allí fue muy útil para el progreso del Evangelio, aplicándose á convencer á los judios con el testimonio de las santas escrituras. Ya habia llegado á Corinto, cuando San Pablo vino á esta ciudad desde Efeso y halló muchos discipulos, á quienes preguntó si habian recibido el Espíritu Santo, despues que abrazaron la fe: ellos contestaron que ni siquiera sabian que hubiese tal Espíritu Santo; lo que hizo conocer al apóstol que no habian recibido el bautismo instituido por Jesucristo, y replicaron que con efecto no habian recibido otro que el de San Juan. Mandó que los bautizaran de nuevo, y les impuso las manos para confirmarlos. Al momento descendió sobre ellos el Espíritu Santo, hablaron diferentes idiomas, y recibieron el don de profecía. Por este relato se deduce que siempre se ha confundido el bautismo á nombre de las tres personas divinas; como tambien se habla en este caso el nuevo ejemplo de la confirmacion y de los bienes visibles que generalmente acompañan á este segundo sacramento. No dejó en tres meses San Pablo de acudir á la predicacion del Evangelio en la sinagoga; pero pasados, se vió obligado á separarse de sus discipulos á consecuencia de la incredulidad de los judios y sus continuas blasfemias, y desde entonces principió á predicar todos los dias en la escuela de una que se llamaba Tiran. Así continuó dos años, y de esta manera todos los que vivian en Asia, tanto judios como gentiles, llegaron á conocer la doctrina evangélica. No contento con estas instrucciones que daba en público, enseñaba tam-

bien en las casas particulares, sin permitirse descanso alguno y trabajando con sus manos para proveerse de lo mas necesario. Mucho tuvo que sufrir por las persecuciones que los judíos le suscitaban sin cesar, de manera que ya la vida le era insostenible (2. Corint. c. 1) y aun parece que le echaron á las fieras para que le destrozasen si se toma literalmente lo que dice en su primera carta á los corintios (Cap. XI). Mas Dios que se dignó de librarle de sus enemigos, quiso tambien glorificar su ministerio, disponiendo que obrase los mayores milagros; de suerte que los vestidos y la ropa interior que habian tocado su cuerpo eran suficientes para curar las dolencias y ahuyar los demonios de los obsesos. Estos prodigios extraordinarios dieron lugar tambien á un suceso que contribuyó poderosamente á la propagacion del Evangelio. Habia de muy antiguo entre los judíos ciertos exorcistas, que vagaban por los pueblos, haciendo alarde de que echaban á los espíritus infernales por medio de algunas palabras que suponian venir de Salomon, propias para el prodigio. Entre ellos se ostentaban siete hermanos, hijos de un príncipe de los sacerdotes llamado Sceva. Hallábanse casualmente en Efeso, y viendo los milagros que San Pablo obraba á nombre de Jesucristo, quisieron hacer lo mismo en un endemoniado; pero el demonio les dijo: "Yo conozco á Jesus y sé quien es Pablo; pero en cuanto á vosotros ¿quién es vuestro poder?" Y de repente arrojándose á dos de ellos, los maltrató tan cruelmente que se dieron por dichosos de escapar llenos de heridas y desgarrados enteramente sus vestidos. Supo este incidente toda la ciudad, é imprimió en los ánimos el temor y respeto que merece el nombre de Jesucristo. Muchos fieles venian á confesar los pecados que habian cometido (1). Hubo tambien muchos paganos, que habiendo estudiado curiosidades condenadas, como la astrología y la magia, muy comunes en Efeso, presentaron los libros que les sirvieran de texto y los quemaron públicamente. Se calcula que el valor de los libros llegaría á cincuenta mil dragmas. Así se afirmaba en Efeso el cristianismo y recibía incrementos cada día. Lo mismo sucedió en toda la provincia del Asia, de que era capital aquella ciudad.

Pasados los dos años de su permanencia en ella, San Pablo que tenia precision de visitar las iglesias de la Macedonia y la Acaya, envió delante á los dos ministros, que le asistian en sus funciones,

(1) Aquí vemos un ejemplo incontestable de la confesion despues del bautismo segun la observacion comunmente hecha por los historiadores y los intérpretes. Bernulf Benzoni refiere este pasaje de los actos de los apóstoles á los paganos, que segun él se confesaban antes de recibir el bautismo; pero esta interpretacion contradice evidentemente el sentido de la Escritura, en que la palabra griega de que ella se vale, no puede significar los que entonces abrazaban la fe, sino los que ya la habian abrazado, como lo observa Tillmont.

Timoteo y Erasto, para confortar á los fieles, entre tanto que llegaba el apóstol, y probablemente tambien para emplear las limosnas que se recogian en favor de los cristianos de la Judea. Proponiase, despues de pasar á Macedonia, quedarse alguna temporada en Corinto, volver á Jerusalem, y últimamente ir á Roma, como deseaba muchos años ha; pero determinó continuar algunos meses mas en Efeso, porque veia allí los ánimos perfectamente dispuestos para recibir el Evangelio. A pesar de esto su predicacion y sus mismos triunfos dieron ocasion antes de mucho á una conmocion violenta excitada contra los cristianos.

Era la ciudad de Efeso famosa por su templo de Diana, que pagaba por una de las maravillas del mundo. Toda el Asia habia contribuido á su construccion, y la belleza de la obra, ejecutada por los mas hábiles oficiales, aumentaba mas el valor de los materiales que en ella se habian empleado. Habia en su interior una estatua de Diana muy pequeña y de madera; pero tenida en mucha veneracion porque decian que habia bajado del cielo. Los forasteros concurrían á millares para visitar este templo tanto por curiosidad, como por devocion, y se concibió la idea de hacer modelos de él en plata, de que se vendia un número considerable. Un platero llamado Demetrio hacia muchos templetes de estos, y su construccion ocupaba muchos trabajadores. Un día los reunió á todos y á otros del mismo oficio, y les hizo presunte que San Pablo retiraba del culto de los idólos á muchas gentes, no solo en Efeso, sino en toda el Asia, y por tanto peligraba el culto de Diana, que en adelante podría abandonarse y ser despreciado; y ellos tambien perderian las ganancias que aquel trabajo producía para mantener sus familias. Este discurso los llenó de cólera, y mezclándose el interés con la supersticion, gritaban animados: "Grande Diana de Efeso." Alborotose toda la ciudad, corrieron al teatro, donde se reunia el pueblo en sus asambleas, y llevaron allá á Gayo y Aristarco, macedonios y compañeros de San Pablo. Quiso presentarse él mismo; pero sus discípulos lo estorbaron y mas algunos batuales que eran amigos suyos, y le rogaron encarecidamente que no se presentase. Estos últimos eran ciudadanos escogidos entre los principales de la provincia para presidir en las ceremonias de la religion, y disponer la celebracion de las fiestas á su costa. La multitud continuaba gritando en desorden y confusion, y amenazaba lo mismo á los judíos que á los cristianos, aunque la mayor parte no sabian de qué se trataba. Un judío, por nombre Alejandro, atravesando por medio del concurso, procuró llamar la atencion para discurrir á los de su nacion. Pero en cuanto le reconoció el pueblo, de nuevo y con mas furor se puso á vociferar: "Grande Diana de Efeso!" y en este tumulto gastaron mas de dos horas. En fin el secretario de la ciudad, habiendo logrado que callasen, representó al pueblo que nadie amenazaba al culto de la diosa; que Gayo y Aristarco no ha-

bían violado el templo de Diana; y que si Demetrio ó otros tenían algunas quejas que dar, debían hacerlo en el tribunal del procónsul, y no exponerse al castigo que merecían por perturbar el orden público, y excitar al pueblo á estos clamores y movimientos tumultuarios. Con solo esto se calmaron los espíritus y se desahucó la retención, sin que continuase la sedición, ni tuviese consecuencia. Cuando todo estuvo tranquilo, renegó San Pablo á los fieles, y después de haberlos exhortado á perseverar en la fé, se despidió de ellos para Macedonia.

En los últimos tiempos de su morada en Efeso, y después de la salida de Timoteo, es cuando San Pablo escribió su primera carta á los corintios (1). Había salido por Apolo, que le vino á buscar á Efeso, y por una carta que navaron los cristianos de la casa de Chloa, que había disensiones entre los fieles, y que á ejemplo de los filósofos paganos, divididos en muchas sectas, los unos se alababan de ser discípulos de Pablo, otros de Apolo, otros de Pedro, y finalmente otros del mismo Jesucristo; que se cometían abusos en las reuniones y comidas que se hacían después de la celebración de los misterios: que muchos se envanecían porque habían recibido dones sobrenaturales; que algunos negaban la resurrección de los cuerpos; y no faltaban injurias y procesos; y hasta de un incendio se había hecho culpable un cristiano; cosa nunca oída entre los paganos. La iglesia de Corinto, informando al apóstol de estos desórdenes, le consultaba sobre muchos puntos de la moral y particularmente sobre la continencia, el matrimonio y el uso de las carnes sacrificadas á los ídolos. San Pablo en su epístola, principia reprendiéndoles con motivo de sus disensiones, y manifestándoles que aun permanecían groseros y carnales; en lugar de adherirse totalmente á Jesucristo, autor de su fé y principio de toda gracia, hacen alarde de los ministerios que los han instruido, como si estos tuviesen don alguno que no viniese de Dios, ni fuesen otra cosa que dispensadores de sus misterios. Después les echa en cara, el haber permitido tanto tiempo un escándalo enorme, sin pedir que se apartase de ellos á los culpables, y declara que entrega á Satanás al incestuoso para que salve su alma, mortificando su cuerpo: es decir, que le separase temporalmente de la sociedad de los fieles, para que se entregase á la penitencia, dando así un ejemplo del po-

(1) Beault Beccastel, fijando en la misma época la redacción de la primera carta, cuya data se demuestra realmente por todas las circunstancias que refiere, dice sin embargo que San Pablo había dejado á los corintios hacia catorce años directores educados por él; lo que supone que habría ya establecido esta iglesia antes del primer concilio de Jerusalén. Mas no solamente este autor no hace mención de ningún viaje á que pueda referirse este establecimiento tan antiguo y poco versátil, sino que á más ha distribuido en su historia los hechos de tal manera, que las lecturas deben juzgarse absolutamente imposibles. Esta inexactitud se conserva como todas las demás en la edición de M. Henrici.

der que pertenece á la Iglesia para usar de la excomunión, y añadiendo por medio de un milagro una corporal aflicción á este castigo para hacerlo mas eficaz. Condena sus pleitos ante los tribunales, porque sirven solo para escandalizar á los paganos, tentigos de idolatría, por la precision de los juramentos que se exigen. Les recomienda que arreglen sus asuntos por árbitros nombrados y escogidos entre los suyos. De aquí procedió que en los primeros siglos del cristianismo nunca los fieles pleiteaban ante jueces infieles; se contentaban con someter sus querellas al arbitraje de los obispos, siguieron este método hasta mucho después de cesar las persecuciones, y aun se erigió en derecho por la legislación de los emperadores cristianos. San Pablo da reglas sobre la continencia y el matrimonio, y consejos que justifican cuánta potestad obtenía la evangélica predicación; pues con ella sola era posible establecer tan grande perfección en una ciudad corrompísimas. Censura con severidad los abusos que se habían introducido en las comidas de caridad, cuya institucion tuvo por objeto hacer á los pobres participantes de la abundancia de los ricos, en lugar de que ellos acostumbraban á comer lo que cada uno traía dispuesto, sin cuidar de la necesidad de los demás. Luego trata de la institucion de la Eucaristía, y se remonta con valor contra la profanacion de este misterio, declarando que aquel que se acerque á la sagrada mesa indignamente, se hace reo del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Sigue con otros reglamentos que deben observarse en las asambleas, sobre el uso de los dones sobrenaturales, tan comunes entonces entre los fieles, y afirma que son perfectamente inútiles sin que acompañe la caridad, cuyos caracteres explana. Reclamando limosnas para los pobres de la Judea, da á los corintios las mismas reglas que había dado á las iglesias de Galacia, excitándolos á que separen cada domingo lo que quisieran dedicar á esta buena obra. Les encarga que honren mucho á Timoteo, como ministro del Evangelio, cuando se les presente. Salúdalos de parte de Aquila y Priscila, con quienes vivía, y les noticia cómo ha escuchado á Apolo para que vuelva á Corinto, aunque no había tenido á bien efectuarlo hasta entonces, acaso por no dar nuevos pretextos á las divisiones que le obligaron á dejar aquella ciudad. Esta epístola de San Pablo la llevaron Stefanos, Fortunato y Acacio, que probablemente de llevarían la de los corintios.

También se cree que en este intermedio de su residencia en Efeso escribió su epístola á los galatas. Muchas veces la había predicado el Evangelio, que recibían con entusiasmo, y su celo por la doctrina de Jesucristo no se debilitó, ni aun en medio de las persecuciones. Algunos malos cristianos, partidarios del judaísmo, les persuadieron por fin que era menester someterse al yugo de la circuncision, alegando para ello el ejemplo de los apóstoles, y pro-

curando rebajar el mérito y la autoridad de San Pablo. Se vio, pues, el apóstol precisado á escribirnos una epístola vehementemente, que empieza declarando que él es un apóstol, no por la vocación de los hombres, sino por la de Jesucristo; y que su doctrina es perfectamente conforme á la de los demás apóstoles. Recuérdales los milagros ocurridos entre ellos mismos, y explica muchas pruebas sacadas de la Escritura, para que conociesen que la ley antigua no obligaba ya á los fieles. Indúcelos á que crean que estos falsos predicadores, obligándolos á la circuncisión, no llevan otro fin que el de agradar á los judíos y libertarse de las persecuciones, empleando un zelo interesado. Por último, despues de trazar en compendio las reglas que debían seguir para conformarse con el espíritu del Evangelio, concluye, para realizar su ministerio y engrandecerle, declarando que lleva impresas en su cuerpo las señas de Jesucristo.

San Pablo salió de Efeso en el año 57, y probablemente hacia la pascua de Pentecostes (1): marchó á Tróade, donde predicó el Evangelio y halló muy dispuestos á sus habitantes: no permaneció allí mucho, porque estaba inquieto, no hallando á su discípulo Tito, de quien aguardaba saber el resultado de su misión á Corinto, á donde le habia enviado, sea con Stefanos para llevar su primera epístola, ó con mas probabilidad, algun tiempo despues con otro (2, *Corint.* xvi.) para saber el efecto que aquella hubiera producido. Embarcose para pasar al Helesponto, y tardó seis meses en recorrer la Macedonia, visitando por todas partes las iglesias y predicando en diferentes pueblos, sin desmayar por las persecuciones que tuvo que sufrir. Hay apariencia de que entonces llegó á los confines de la Iliria.

Sin embargo, Tito se le reunió prontamente, y consoló su alma con las noticias que traía de Corinto, refiriéndole como los fieles habian recibido con la mayor ternura su primera carta, y lo que habían hecho para contentarle. Se apartaron del incestuoso, hasta no permitir que comiese á su mesa; y él, corregido por esta saludable lección, dió señales de verdadero arrepentimiento. Habian acordado á Tito con una sumisión y respeto que llegaba hasta rayar en temor, justificando así las esperanzas que San Pablo habia concebido de sus buenas disposiciones. No les permitió este discípulo

(1) Berault-Beroussel dice que San Pablo cuando iba á salir de Efeso pasó por obispo á su discípulo Timoteo; pero hemos visto que este habia salido antes para Macedonia; y aun suponiendo que fuese á buscarle, como algunos afirman, lo cierto es que nombró al apóstol en este viaje, porque le nombra en su epístola segunda á los corintios, y en el final de la epístola á los romanos; por lo que se conviene generalmente en que fué nombrado obispo de Efeso con mucha posterioridad. Despues de esta nota y las que preceden, no nos detendremos en señalar todas las inexactitudes de este historial, cuya obra, mas imperfecta aun por la forma que por su fondo, es muy fatigosa por su estilo forzado y por la prolijidad de una fraseología vana y no exenta de presunción.

fiel que proveyesen á sus necesidades, porque no quiso ni aceptar nada, ni serles gravoso, para imitar el ejemplo del apóstol. Supo tambien este por el mismo conducto que desde el año anterior los corintios tenían dispuestas limosnas para los fieles de la Judea, y el apóstol aprovechó este ejemplo para animar á los de Macedonia, que se hallaban ya en camino; y en efecto contribuyeron abundantemente en proporcion, y aun mas allá de sus posibles. Instruido San Pablo del buen resultado de su primera carta á los corintios, escribió la segunda para afirmarlos, consolarlos y destruir radicalmente los últimos pretextos de división y de abusos. Esta fue dirigida en su nombre y en el de Timoteo á la iglesia de Corinto y á los fieles de toda la Acaya. Ya les tenia anunciado que los iría á visitar antes de pasar á Macedonia, para volver despues á esta ciudad y desde ella á Corinto, dirigiéndose luego á la Judea; pero habia mudado de parecer, y les cuenta que no ha sido por indiferencia, y sí por justas razones: que esperaba que los abusos se hubieran corregido, para no tener el dolor de presenciarlos y verse reducido á redoblar su aflicción, tratando con severidad á los culpables. Les encarga que sean indulgentes con el incauto, como él lo hará tambien con ellos; y para que no se entregue á la desesperación. Pero obligado á justificarse y defender su sagrado ministerio y su doctrina contra los cristianos afectos á las prácticas de los judíos, que empleaban todos los medios para engrandecerse á sí mismos y desacreditar al apóstol de las gentes, enseña que la nueva ley es superior á la antigua, y trata de realizar la gloria de los apóstoles de Jesucristo con la consideración de sus sufrimientos, de sus milagros y de los efectos que producen en los corazones y en lo exterior del hombre por la virtud y el poder que se les ha confiado. Y viniendo á lo que en particular le concierne, recuerda en seguida todo lo que ha sufrido por Jesucristo, tantas veces como le han tenido preso, apaleado, apedrado y expuesto á la muerte, ademas de los naufragios, privaciones, fatigas, contradicciones, y un continuo afán y solicitud por el bien de los fieles. Asiste igualmente en las revelaciones con que Dios le ha favorecido; pero se disculpa de la necesidad que le impule á tener que exponer sus méritos; y se echa de ver su modestia con mas reales y expresion que los elogios, por el cuidado que tiene de oponer fuertemente la humana debilidad que en sí reconoce, á los efectos del poder divino que se manifiesta en él para la gloria de Jesucristo y el provecho de los fieles. Vuelve á recordáries los pobres de Judea y concluye exhortando á los culpables para que hagan penitencia por las impurezas á otros pecados que han cometido, á fin de que no tenga que usar contra ellos del poder que recibió de nuestro señor Jesucristo: "porque, dice, yo me dispongo para irlos á ver por tercera vez (1) y no perdo-

(1) Por este pasaje vemos que San Pablo habia hecho ya dos viajes á

to, tesorero de la ciudad, y de Tercio que escribía aquella carta en clase de secretario. Se advierte por el modo con que habla San Pablo de Timoteo en particular, que no se puede referir á otro que al discípulo tan conocido que siempre le habia acompañado. En cuanto á Lucio, se presume que es el mismo San Lucas, á cuyo nombre daria el apóstol una terminación latina.

San Pablo, después de haber estado tres meses en Grecia, partió por la primavera del año 53. Quiso por el pronto embarcarse en Corinto para volver directamente á Siria; pero habiendo sabido que los judíos tenían lazos para perderle, se decidió á rodear tomando el camino de Macedonia. Llevaba por compañeros de viaje á Sopatro ó Sosipatro, de Berea; Aristarco y Segundo, de Tesalónica; á Cayo, de Derba; á Timoteo, su fiel discípulo, últimamente á Tíquico y Trofimo, ambos del Asia proconsular. Mandó que lo precedieran dirigiéndose á Tróade. El apóstol, después de haber celebrado la Pascua en Filipos, se embarcó con San Lucas, y en cinco días llegaron á aquella provincia donde permanecieron una semana. El domingo, reunidos los fieles para la celebración de la Eucaristía, San Pablo, que iba salir al siguiente, pronunció una oración, que duró hasta media noche. Hallábanse en una sala situada en el piso tercero, en la que había muchas lámparas encendidas, y tenían abiertas las ventanas á causa del calor. Un joven llamado Eutiquio, sentado en una de ellas, se durmió profundamente, y cayó al suelo desde aquella altura, de modo que no se despertó, le recogieron muerto. Pero viendo Pablo inmediatamente le resucitó, y habiendo celebrado después los santos misterios, comió y continuó predicándoles hasta llegar el día. Saliendo de esta población quiso ir por tierra á Asson, que dista de ella cerca de diez leguas, y á donde habían pasado por mar San Lucas, y los demás asistentes; embarcáronse todos juntos para ir á Mileto, en la isla de Lesbos; embarcaron el otro día á la de Quio, al otro á la de Samos y el cuarto á Mileto en el continente. No quiso San Pablo ir á Efeso, para que no le detuviesen demasiado, porque deseaba llegar á Jerusalén para la pascua de Pentecostes. Estando en Mileto, envió á llamar á los obispos y sacerdotes de Efeso y ciudades inmediatas (*Iren. lib. III. cap. XIV*) para darles ciertas instrucciones. Les hizo presente cuanto habia trabajado y sufrido por las iglesias de Asia, y exhortólos encarecidamente á que velasen por sí mismos sobre los pueblos confiados á su cuidado por el Espíritu Santo. «Sabéis, les dijo, como yo me he conducido durante todo el tiempo que asistí entre vosotros, desde el primer día que llegué, sirviendo al Señor con toda humildad, en medio de las aflicciones y peligros que me ha ocasionado la conspiración de los judíos contra mí. Nada os he ocultado de cuanto pudiera seros útil, ni temido manifestarlo todo constantemente, é instruíros en público y en secreto, predicando á los judíos y á los gentiles la penitencia para satisfacer á Dios, y

la fe en nuestro señor Jesucristo. Ahora, instado por el divino Espíritu, voy á Jerusalén sin saber lo que allí me puede suceder, sino que en todas las ciudades el Espíritu Santo me advierte que me estén preparadas cadenas y aflicciones. Pero nada de esto me acobarda: estoy pronto á exponer mi vida con tal que obtenga el objeto, y cumpla el ministerio que me confió Jesucristo, de anunciar el Evangelio y la gracia de Dios. Creo que no me volveréis á ver Vosotros entre quienes he vivido, predicando el reino de Dios; por eso dejo declarado que no puede achacárseme la pérdida de ninguno de vosotros, porque jamás he vacilado en declararos expresamente toda la voluntad de Dios. Velad pues sobre vosotros mismos y sobre vuestro ganado, que el Espíritu Santo os encargó estableciéndotéis obispos para gobernar la Iglesia de Jesucristo, adquirida al precio de su sangre. Porque me consta que en mi ausencia se introducirán entre vosotros lobos dañinos que intentarían robaros vuestra grey; y que de entre vosotros mismos saldrán falsos doctores que prepararán máximas corrompidas para haceros prosélitos. Velad cuidadosamente, acordándoos que por espacio de tres años no ha dejado ni de día ni de noche de amonestaros á todos; y ahora de nuevo os encomiendo á Dios, á la gracia y á la protección de aquel, que puede concluir su obra y daros parte de la herencia de los santos. Yo no he querido recibir de nadie oro, ni plata, ni vestidos, como lo sabéis personalmente; para acudir á mis necesidades y á las de las personas que me han acompañado, he recurrido al trabajo de mis manos, enseñándoos así que es necesario auxiliar por todos medios á los flacos, trabajando lo mismo que yo; y acordarse de las palabras de Jesucristo, que decía: *mayor felicidad causa dar que recibir.*» Habiendo hablado de este modo, se arrojó y puso á orar en favor de los congregados y en compañía de ellos; y como habia anunciado que no se verían ya en adelante, principiaron á llorar y le abrazaron después estrechamente; no pudiendo separarse de su persona, todos juntos, muy tristes y abatidos, le acompañaron hasta el punto de embarcarse.

Desde Mileto San Pablo y sus compañeros fueron á la isla de Cos, y al otro día á la de Rodas, y después á Patara en el continente (Licia). Allí tomaron nueva embarcación que salía para la Fenicia, y dejando á la izquierda la isla de Chipre, llegaron á Tiro, en que debía desembarcar aquella su generosidad. Como estaban entonces cerca de Jerusalén, y tenían seguridad de llegar allá para celebrar la Pascua, quedose San Pablo en Tiro siete días con aquellos cristianos, que se esforzaron aunque inútilmente en impedir su marcha. Pero al emprenderle todos le acompañaron hasta la costa con sus mujeres y niños, y en ella se arrojáronse para hacer oraciones juntas antes de separarse. Embarcados San Pablo y sus compañeros llegaron á Tolemaide, donde concluyó la navegación. Allí juntamente salieron para Cesarea, donde as detuvieron

también algunos días, alejándose en casa de San Felipe, uno de los siete diaconos. Durante su permanencia en esta ciudad, el profeta Agabo, que llegaba de la Judea, cogió el ceñidor de San Pablo, y oredeando en él sus pies y manos, le anunció que de este modo le cargarán los judíos de cadenas, y le entregarán á los gentiles. Cuestionó oyeron esta predicción San Lucas y los demás discípulos, concurran á San Pablo con todas sus fuerzas para que no se trasladase á Jerusalem; pero el apóstol declaró que se hallaba pronto á sufrir la prisión, y la muerte por el nombre de Jesucristo. Pusiéronse todos en camino, acompañados de muchos cristianos de Cesarea y de un antiguo discípulo, llamado Mnason, originario de Chipre, en cuya casa debían hospedarse en Jerusalem.

Al día siguiente de su llegada fueron á visitar al apóstol Santiago obispo de aquella ciudad, en cuya morada se juntaron todos los clérigos, y San Pablo refirió menudamente lo que Dios había obrado por su ministerio en favor de los gentiles. También ellos le notificaron la animosidad que los judíos le guardaban, y se le aconsejó que se uniese con cuatro hombres que habían hecho el voto de los nazarenos, y que ofreciese con ellos los sacrificios prevenidos por la ley, á fin de que se convenciese todo el pueblo de que el apóstol la practicaba, lejos de condenarla, como solían acusarle. No dudó San Pablo seguir el consejo para desmentir la calumnia; y al día siguiente, habiéndose purificado según la ley, entró en el templo con los nazarenos para declarar el cumplimiento del voto que había hecho, de asistir á los sacrificios que con esta ocasión debían ofrecerse. Ya iba á concluir las ceremonias, que duraron siete días, cuando los judíos que vinieron del Asia, viendo en el templo á San Pablo se arrojaron á él, clamando socorro á los israelitas, y diciendo: "Aquí tenéis un hombre que no cesa de blasfemar contra la ley y contra el templo; y ahora viene á profanarle, introduciendo en él á los gentiles." Esto alegaban porque habían visto en Jerusalem á Trifimo, de Efeso, que acompañaba á San Pablo, y creían que este le había introducido en el templo. Conmoviéndose el pueblo en un instante, y precipitándose sobre el apóstol, le arrojó fuera de aquél, cerrando después las puertas. Golpeaban tanto al apóstol, que poco hubieran tardado en matarle, cuando el tribuno de la cohorte romana que hacía la guardia en el templo, observando este tumulto, se acercó con una porción de soldados y le sacó de manos de aquellos. Mandó que le cargasen con dos cadenas, y le condujesen á la ciudadela, que ocupaba la legión romana, empujado de los gritos de la confusa multitud que vocaba sin saber absolutamente la causa. Era la ciudadela un espacioso recinto fortificado y próximo al templo, al que dominaba por su mayor elevación. Subíase á ella por muchos escalones, y el tropel era tan grande, que fué necesario que los soldados le llevasen como en el aire, y siempre perseguido con los alaridos que recla-

maban su muerte. En cuanto entró San Pablo en el recinto, pidió que le dejasen hablar al tribuno. Preguntó este si sabía el idioma griego, que era el que usaban los romanos con todos los orientales, y luego le dijo: "¿no eres tú aquel egipcio que en estos días procuró excitar un motin con el auxilio de cuatro mil sicarios?" En efecto un impostor que vino de aquella región, y que se proclamaba profeta, había atraído una considerable reunión al monte de las Olivas, persuadiéndoles que iban á caer las murallas de la ciudad en cuanto él lo mandase. San Pablo respondió que era judío, originario de Tarsis, en Cilicia, y pidió que le permitiesen hablar al pueblo. Habiéndosele concedido, se subió en las gradas y puesto de pié, hecha señal con la mano, le escucharon con grande atención, echando de ver que hablaba en hebreo. Comenzó á referir todas las circunstancias de su vida, su educación dirigida por Gamaliel, el zelo que había manifestado por la ley, sus persecuciones contra los cristianos, su viaje á Damasco, la visión que tuvo en el camino, su regreso á Jerusalem, y cómo Jesucristo le había mandado que fuese á predicar á los gentiles. Hasta entonces le habían escuchado los judíos con todo sosiego; pero en cuanto nombró á los gentiles, su furor se exaltó de una manera indefinible. Con espantosos aullidos pedían su muerte agitándose como frenéticos, y arrojando al aire sus vestidos y pedruzcos de tierra que formaban una nube de polvo. El tribuno hizo retirar á San Pablo, y deseando saber la causa de esta violenta escena, mandó que le azotasen y pusieran en el tormento. Ya estaba atado para la ejecución de la sentencia, cuando dirigiéndose al centinero que debía presentarle, le dijo: "Es lícito entre vosotros azotar á un ciudadano de Roma, que no ha sido condenado?" Corrió el centinero á referir estas palabras al tribuno, que vino á preguntar á San Pablo, si ciertamente era ciudadano romano. Como el apóstol lo afirmase y que era desde su nacimiento, asustado el tribuno, hizo que se retirasen todos los que iban á ponerle en tortura; y al otro día después de haberle quitado las cadenas, presentó al consejo de los judíos que había mandado convocar, para averiguar de qué se le acusaba. Apenas San Pablo empezó su defensa, cuando el sumo sacerdote Ananías mandó que le diesen un bofetón. Dijo el apóstol: "Tú, perez blanqueado, serás herido por el mismo Dios. Pues ¿qué estás sentado para juzgarme según la ley, y mandas á pelear de ella que me hieran el rostro?" Entonces clamaron otros diciendo que había maldecido al gran sacerdote; y el apóstol creyó que debía justificarse, protestando que no le conocía, y que no resultaba extrañeza, habiéndose permanecido en la ciudad tan corto tiempo; y que por otra parte desde el reinado de Heródes habían dejado de ser vitaficos estos cargos, y no se sucedía en ellos según el orden legítimo, siendo nombrados y depuestos los sumos pontífices á gusto de los reyes y gobernadores de la Judea. Con todo para des-

concertar el odio de sus enemigos, aprovechóse de la división en que se hallaban, y sabedor de que los unos eran saduceos, y los otros fariseos, que los primeros no admitían la resurrección, y los segundos sí, exclamó para que todos le oyesen: "Yo soy fariseo é hijo de otro fariseo: aquí se trata de la esperanza en la otra vida y de la resurrección de los muertos." Porque en efecto la resurrección de Jesucristo que era el dogma fundamental de los cristianos, servía también en la doctrina del apóstol para justificar las esperanzas de la vida eterna. Este discurso produjo el efecto que San Pablo había previsto. Los judíos gritaban entonces unos contra otros, y aun muchos fariseos tomaban ya la defensa del apóstol diciendo: "Nada encontramos culpable en este hombre. Sabemos acaso si un ángel ó un espíritu le ha inspirado?" De tal modo se enfurecieron unos contra otros y llegó á ser tan peligrosa la commoción, que el tribuno, temiendo no despedazasen á San Pablo, mandó venir tropa, y que le sacasen de allí, devolviéndole á la ciudadela. A la siguiente noche se le apareció nuestro Señor Jesucristo, y le dijo: "Animate, porque despues de haberme dado testimonio en Jerusalem, tienes que darmele tambien en Roma."

La multitud, irritada quanto mas crecian los obstáculos, se presentó al otro dia mas furiosa, sin escasear crímenes para llegar á su objeto, por enormes que fuesen. Desde la mañana, mas de cuarenta se obligaron con terribles juramentos á no comer ni beber sin haber antes asesinado á San Pablo, y buscaron á los principales de los sacerdotes y á los miembros del senhedrin para noticiarles esta determinación, añadiendo que no era monester, mas que requerir al tribuno para que enviase á San Pablo al lugar del consejo con pretexto de examinar su causa, y ellos harían lo demas mandando al preso, en medio de las mismas guardias, al paso. Aprobóse esta infame propuesta, pero un hijo de la hermana de San Pablo, que supo la resolución, vino á declarársela al apóstol, quien pidió á un centurion que presentase al tribuno este jóven, porque tenia algo que decirle de bastante importancia. Enterado el tribuno por este medio de la conjuración, hizo llamar á dos oficiales, y les mandó que destacasen una escolta de unos quinientos hombres con caballos para conducir á San Pablo, y que estuviesen prontos para salir á la tercera hora de la noche, á fin de llevarle al gobernador Félix, porque temia le matasen los judíos en el camino, ó que á él le acusaran de haberse dejado gobernar para abandonar á un ciudadano romano. Al mismo tiempo escribió al gobernador informándole que este preso era ciudadano romano, á quien acusaban los judíos de fuitas concurrentes á su ley; pero que él no le había hallado culpable de crimen alguno que mereciese muerte ni prisión; y sabiendo que se fraguaba una conjuración para asesinarle, había tenido por conveniente remitirle, y dar órden á sus acusadores de presentarse en Cesarea para articular los cargos. Ejecutáronse las

órdenes del tribuno, y el gobernador, en cuanto leyó el despacho, preguntó á San Pablo de qué provincia era, y luego añadió que se enteraría de su causa cuando llegasen sus contrarios: entre tanto le mandó guardar en el palacio de Herodes. Cinco dias despues, el gran sacerdote Ananias vino á Cesarea con algunos senadores y un orador llamado Tertulo, que acusó á San Pablo de sedicioso, de profanador del templo y de gefe de la secta de los nazarenos (porque así llamaban á los cristianos); añadiendo que habia sembrado por todas partes la división entre los judíos, y que estos trataban de juzgarle segun su ley; pero que se lo habia estorbado el tribuno Lisias, obligándolos á comparecer al tribunal del gobernador. Los judíos apoyaron todo cuanto quiso decir; mas San Pablo no dejó de contestar con facilidad á estas acusaciones. Expuso sencillamente que hacia pocos dias que habia llegado á Jerusalem para adorar á Dios y distribuir unas limosnas; que nadie le vió disputar ni reunir al pueblo en el templo, en la sinagoga ni en la ciudad, y que ninguno de los articulos en que consistia la acusacion podian justificarse, á menos que achacasen á crimen servir á Dios segun su conciencia, y creer en la resurrección de los muertos conforme á las santas Escrituras. Añadió que le habian cogido en el templo en medio de sus ejercicios religiosos, ciertos judíos del Asia, que debian comparecer por sí, y llevar la acusacion, si tenían mas que alegar contra él. No queriendo Félix desairar á los judíos ni condenar á San Pablo, declaró que necesitaba ampliar los informes, y difirió la determinación hasta que llegase Lisias; pero encargó al centurion que debía guardar al preso, le permitiese el mayor ensanche. Algunos dias despues hizo que le llamasen á presencia de su mujer Drusila, que deseaba verle. Era de religion judía y hermano de Agripa, á quien Neron hizo rey de una parte de la Galilea. Casada primero con Aziz, rey de Emese, que consistió en que le circuncidase, le abandonó despues para casarse con Félix, aunque pagano y de bajo nacimiento, porque habia sido esclavo, y logrado favor por su hermano Palas, liberto muy poderoso en tiempo de Claudio, y que aun conservaba el mayor crédito en la corte. Entanto, pues, San Pablo en su presencia, le explicó la doctrina cristiana; pero como hablase de la justicia, de la castidad y del juicio final, Félix se perturbó y difirió para otra vez la conferencia, porque era cruel, avaro y lujurioso. Sin embargo, otras veces le mandó venir para verle; pero nunca le quiso dejar en libertad, con la esperanza de que él ó sus discipulos le rescatasen por dinero. De esta manera le retuvo dos años, y allí le dejó con crueldad cuando marchó á Judea por conservar el afecto de los judíos; con todo, estos llevaron á Roma sus quejas contra él, y solo por el crédito de su hermano Palas evitó el castigo que merecía por sus malversaciones.

Habiendo llegado á esta provincia el sucesor Porcio Festo, marchó tres dias despues desde Cesarea á Jerusalem, donde los gefes

de los sacrificadores y los principales judíos, le importunaron con sus acusaciones contra Pablo, obligándole con acaloradas súplicas y continuados gritos á que le sentenciase á muerte. Pero como replicase el tribuno que los romanos no acostumbraban á condenar á un acusado sin oírle con sus acusadores y dejarle libertad en su defensa, pidieron por una gracia particular que le trajesen á Jerusalén, estando dispuestos á asesinarle en el camino por gentes perdidas que apostasen. Fiesto acaso sospechó este designio, y respondió que si tenían motivos de queja, podían venir con él á Cesarea, á donde iba desde allí. En efecto, marchó al cabo de ocho ó diez días, y desde el siguiente al de su arribo, hizo comparecer á San Pablo. Los judíos que vinieron de Jerusalén, le acusaban de muchos delitos, pero sin probar ninguno; de manera que Fiesto, después de oír su defensa, y observando que solo se trataba de disputas religiosas y sobre la resurrección de Jesucristo, conoció que no había motivo para condenarle á muerte. Con todo, por hacerse lugar con los judíos, preguntó á San Pablo si consentía en que le trasladasen á Jerusalén para que allí le juzgasen por las faltas de que le acusaban. Viendo el apóstol que no le quedaba otro arbitrio para escapar del furor de sus enemigos, respondió: "Yo estoy sujeto al tribunal del César, y en él tan solo debo ser juzgado: si he cometido algún delito contra los judíos, no resistiré el castigo; pero si no hay cosa alguna verdadera en sus acusaciones, nadie puede entregarme á ellos: apelo al César." Fiesto, tomando asesoría de sus consejeros, dijo á San Pablo: "Al César apela: os juzgarán á su presencia."

A poco tiempo el rey Agripa vino á Cesarea con su hermana Berenice para cumplimentar á Fiesto. Era este rey hijo de Herodes Agripa que había apisionado á San Pedro. El emperador Claudio le concedió con título de rey algunas provincias desmembradas de la Judea; y después obtuvo de Nerón varias ciudades de Galilea y un distrito pequeño al otro lado del Jordán. Su hermana Berenice había estado casada con Herodes, rey de Calcide, tio suyo, y viuda de él; se casó otra vez con un comercio criminal con su hermano; sin embargo segunda vez casó con Polemon, rey de Cilicia, con quien vivió muy poco tiempo. Esta misma se hizo después célebre por sus relaciones con el emperador Tito. Vinieron, pues, juntos ambos hermanos, y permanecieron una buena temporada: Fiesto les habló de San Pablo y del odio encarnizado que los judíos le tenían, hasta pedir contra él la pena de muerte, sin poderle justificar delito alguno considerable. El rey manifestó grandes deseos de verle y oírle, y Fiesto le prometió satisfacerlos al día siguiente. Dió una solemne audiencia en que se presentaron con mucho boato Agripa y Berenice con los tribunos y magnates de la ciudad: luego trajeron á San Pablo, y dijo el gobernador: "Ahí tenéis el preso, cuya muerte solicita el pueblo judío. Yo, no hallándole culpable de nin-

gun crimen que merezca aquella pena, y dispuesto á remitirle al emperador porque apeló á su tribunal, tengo una gran satisfacción en poderle presentar en esta asamblea, y principalmente delante de vos, rey Agripa, para que podáis examinar su causa, porque no sé qué escriba acerca de él, y sin embargo no es posible enviarle sin fijar el delito de que se le acusa." Agripa dijo á San Pablo que habiase en su defensa, y el apóstol se explicó así: "Feliz me considero, rey Agripa, de tener que justificarme ante vos, porque conocéis perfectamente las costumbres de los judíos y las cuestiones que los dividen; por eso aplico que me escuchéis con paciencia." Expuso inmediatamente que erido desde su juventud, á ejemplo de sus ascendientes, en la secta de los fariseos, jamás dejó de creer en las divinas promesas y de esperar la resurrección de los muertos, como la mayor parte de los judíos la esperaban: que al principio fué un ardiente perseguidor de Jesucristo; pero que habiéndole Dios iluminado milagrosamente en el camino de Damasco, no pudo resistir á la luz celestial; y que desde entonces había anunciado á los judíos el Evangelio, y por órden de Dios á los gentiles. "He aquí la causa para que los judíos me prendiesen en el templo é hiciesen todos sus esfuerzos para quitarme la vida: mas por la gracia de Dios me he salvado de sus manos, y aun puedo dar testimonio de la verdad predicando lo que Moisés y los profetas pronosticaron; á saber, que Jesucristo debía morir y resucitar de entre los muertos, y que sería la antorcha de todas las naciones." A estas razones interrumpió Fiesto dando una gran voz: "Pablo, decís extravagancias; el estudio y la ciencia os han trastornado el juicio." San Pablo contestó: "No disparato, ilustre Fiesto: todo lo que digo está fundado en la sabiduría y la verdad. No lo ignora el rey que me está oyendo, por que no son cosas secretas ni desconocidas. ¿No creéis en los profetas, rey Agripa? bien sé que los creéis." Dijo le Agripa: "¿Prontequizá vais á persuadirme que soy cristiano?" Y San Pablo replicó: "¡Ojalá vos y todos los vuestros y cuantos me escuchan, fueseis hoy mismo lo que yo soy, exceptuando estas cadenas." Levantáronse el rey y el gobernador y todo el acompañamiento, y se retiraron para conversar á solas; y todos convinieron en que el preso estaba inocente, y Agripa le dijo á Fiesto que nada podía impedir que se le pudiese en libertad, á no haber apelado al César.

Como ya se había resuelto enviarle á Roma, le encargaron con otros presos á un oficial llamado Julio para su conducción, y le trató con la mayor benignidad. Acompañaban al apóstol San Lucas y Ananarco, macedonio, que le había seguido desde Corinto, y expuestos antes al furor popular en Efeso, cuando la sedición de Demetrio. Embarcados en un baje que se dirigía á Adramite, ciudad de la Misia, en el Helesponto, costearon las tierras del Asia, y al segundo día llegaron á Sidon, donde el oficial permitió á San Pablo que viese á sus amigos, y proveyese á sus necesidades. Desde allí

pasaron á la isla de Chipre, y atravesando el mar de Cilicia y de Paflia, contrariados siempre por los vientos, llegaron á un puerto de la Licia, donde el oficial los colocó en un navío de Alejandria que se hacia á la vela para Italia. Lenta fué su navegación porque el viento continuaba opuesto, y llegaron con gran trabajo, despues de costear la isla de Creta, á un puerto inmediato á la ciudad de Táfesa, pero no pareció bastante seguro para pasar en él el invierno. Como estaban en él mes de Octubre (1) y la mar se embravecia; San Pablo aconsejó que parasen en él sin exponerse á una tempestad, que pondria en grande riesgo el bajel y todo lo que contenia. El piloto y el capitán fueron de parecer contrario; y así se determinó salir á la mar para llegar hasta el puerto de Fenice en la costa meridional de la isla por el lado del occidente. Un ligero viento que se movió por el S., hizo confiar que llegarían facilmente; pero volviéndose de pronto al N. E., y tomando un giro violento, no pudieron resistir los marineros ni gobernarse el barco, recogieron velas y se entregaron á la discrecion de las olas. Aumentaban estas su furor incasantemente; y al dia siguiente fué necesario arrojar al agua los géneros, y al tercer dia los aparejos del bajel. Tan furiosa llegó á ser la tempestad, que por espacio de muchos dias, y habiendo perdido todas las esperanzas, no querían comer los que en él se hallaban. Pero San Pablo, sabiendo á tiempo por revelacion que ninguno pereceria, los exhortaba á que se animasen y tuviesen valor, anunciando como aunque el barco se estrellaria, todos se salvarian en una isla. Hacia la mitad de la noche decimacuarta, vogando como siempre en el mar Adriático, conocieron los marineros por la sonda que se acercaban á tierra, y creyendo que el barco tocaria algún escollo, echaron cuatro áncoras del lado de popa para detenerle hasta el dia, y dispusieron botar la lancha al agua con pretexto de echar las áncoras de la proa; pero el fin era huir. San Pablo que conoció su intencion, dijo al centurion y á la escolta: "Si esos marineros se marchan, no os queda esperanza de salvarlos." Entences los soldados cortaron las amarras de la lancha y la dejaron que se apartase. Al amanecer volvió San Pablo á exhortarlos á que tomasen algun alimento, y afirmando que ni un cabello de sus cabezas les faltaria; y poniéndose él mismo á comer despues de dar gracia á Dios, tomaron ánimo los demas y se pusieron todos á comer: en seguida arrojaron todo el trigo al mar para aliviar el bajel. En cuanto amaneció, describrieron tierra; pero no reconociendo el país, trataron de dirigir el rumbo á un golfo que tenían próximo; como se dejaban llevar á voluntad del viento, dieron contra una lengua de tierra en que la proa encailló,

(1) San Lucas dice que el tiempo del ayuno habia pasado; y los mas hábiles intérpretes lo entienden por el ayuno solemne de la expiacion, que se hacia en el séptimo mes. Sin embargo creen otros que debe aplicarse á un dia de ayuno que observaban los judios en el décimo mes; pero no parece tan natural como la otra esta interpretación.

mientras la popa saltó y fué arrebatada por las olas. Los soldados opinaban que convenia matar á los presos, temerosos de que se escapasen á nado; pero el centurion que deseaba salvar á San Pablo, impidió la ejecución de un proyecto tan bárbaro; y mandó que saltasen al mar los primeros aquellos que supieran nadar; los demas se aprovecharon de los desechos del navio, y todos llegaron á tierra como el apóstol habia profetizado. Entre todos componian el número de doscientas setenta y seis personas.

La tierra á que arribaron era Malta, cuyos habitantes los recibieron con la mayor humanidad, y se apresuraron á encender lumbre para que pudiesen secar sus vestidos y calentur su cuerpo. Habiendo San Pablo cogido un puñado de sarmentos para echarlos al fuego, se tiró á su mano una víbora y quedó colgada de aquella. Los isleños que esperaban se le hinchase la mano y cayese muerto al instante, decian por lo bajo: "Este será algun asesino que la justicia divina castiga, ya que se salvó del naufragio;" pero San Pablo se contentó con sacudir la mano y la víbora cayó en la lumbre. Cuando vieron los malteses que no manifestaba haber recibido mal alguno, se imaginaron todo lo contrario, que era un Dios. Uno de ellos, llamado Publio, el sogeto mas considerable de la isla, que tenia en las inmediaciones de la ciudad muchas posesiones, dispuso llevarse á los naufragos á su casa, y en tres dias ejerció con ellos todos los deberes de la hospitalidad mas generosa. No tardó mucho en ser bien recompensado: su padre estaba peligrosamente enfermo de una disenteria; hizo San Pablo oracion, y le curó. A vista de este milagro todos los enfermos se dirigieron á él, y fueron curados. Valióle esto muchas honras, y cuando se embarcó con sus compañeros, los habitantes les proveyeron de todo lo necesario. A los tres meses de haber llegado salieron en un navio de Alejandria, que habia invertido en Malta, y fueron á abordar á Siracusa, donde permanecieron tres dias. Desde allí, costando la Sicilia, fueron á Reggio, y habiéndose levantado el viento Sur, llegaron en dos dias á Puzol. Allí encontraron fieles que los detuvieron siete dias, y continuando luego su viage por tierra, hallaron en el camino á los cristianos de Roma que venian á recibirlos, algunos hasta veinte leguas de esta capital, otros doce; lo que sirvió á San Pablo de mucho consuelo, y reanimó su valor extraordinariamente. Llegaron á Roma en la primavera del año 61, cerca de tres años despues de la prision de San Pablo en Jerusalem. El comandante de la escolta le entregó al prefecto del pretorio, Afranio Burro, y le concedieron que permaneciese con la custodia de un soldado, como era costumbre entre los romanos con las personas de distincion. Alejandro en su casa y permaneció dos años en ella y en calidad de preso. A los tres dias de su arribo citó á los judios principales, y remitidos en su casa les dijo que habiéndole puesto preso en Jerusalem, sin justificarle culpa alguna contra la ley; los gobernadores romanos, despues de

examinar su causa y reconocida su inocencia, habían querido ponerle en libertad; pero no se atrevieron á ejecutarlo por miedo á la oposicion de sus enemigos, de forma que se vió precisado á interponer apelacion al tribunal del César, sin la menor intencion de acusar á los de su nacion. Añadió que el objeto de esta convocatoria era hacerles saber los trámites de este negocio y la causa verdadera de las persecuciones que sufría: "porque mi delito, añadió, es predicar la llegada del Mesías y las esperanzas de Israel; por eso me encadenan." Respondieron los judíos que nada les habían dicho ni escrito para que apoyasen su conducta sus hermanos de Jerusalem; pero que gustarían mucho oírle explicar su doctrina, sabiendo que esta secta era combatida en todas partes. Tomaron día de comun acuerdo, y vinieron á la reunion un gran número. Habló el apóstol desde la mañana hasta la noche, explicando detenidamente todo lo concerniente á Jesucristo, y haciendo ver en los misterios del Evangelio el cumplimiento de todo lo que Moisés y los profetas tenían anunciado respecto del Mesías. Muchos de los presentes abrazaron la fé, convencidos con la autoridad irrecusable de las santas escrituras; otros por lo contrario, obstinándose mas en la incredulidad, fueron reprendidos por su dureza, y les declaró el apóstol que pues cerraban sus ojos á la luz, según la prediccion de Isaias, él marcharía á plantear la fé entre los gentiles y la gracia de la salvacion, hallándolos mas dispuestos que á ellos para recibirla. Con efecto no tardó mucho en congratarse al ver los progresos del Evangelio, contribuyendo á ellos su misma cautividad, porque le hacia célebre en toda la ciudad y aun en la corte del emperador. Concurrieron á su casa una multitud de prosélitos, y en los dos años que permaneció en Roma, no cesó de ejercer su celo, predicando la doctrina de Jesucristo con toda libertad y sin que nadie se lo impidiese.

En esta época concluye la historia de los *Actos de los apóstoles*, escrita por San Lucas, discípulo de San Pablo y compañero en sus viajes. Era originario de Antioquia y médico de profesion, y aun otros han dicho, pero sin clar testimonio alguno de la antigüedad, que era pintor, y habia hecho de su mano los retratos de Jesucristo, de la Santa Virgen y de los apóstoles. Se ha visto ya que habia seguido á San Pablo á Macedonia y á la Grecia, donde escribió su Evangelio. Despues le acompañó á Jerusalem y á Roma, y se cree que jamas se separó de su lado hasta el momento en que fué martirizado el apóstol; y veremos que efectivamente estaba aun en su compañía, cuando este, poco antes de morir, escribió su segunda epístola á Timoteo. Mas adelante predicó el Evangelio en diferentes parages de Asia, en la Dalmanacia, y hasta en las Galias, según San Epifanio. Guardó siempre el celibato y murió de edad de 84 años en Patras (*Acaya*): desde allí se llevaron sus reliquias á Constantinopla en el año 357, reinando Constantino.

Mientras estaba preso en Roma San Pablo, los cristianos de Filipos, en Macedonia, que en otras ocasiones le habían ya asistido, le enviaron socorros por medio de Epafrodio, á quien el llama apóstol, es decir, obispo de aquellos. Habia caido peligrosamente enfermo, y sabiéndose en Macedonia este accidente, se aprestó San Pablo á despedirle para que volviese entre los suyos, en cuanto estuviese curado, confiándole una epístola para los filipenses. Dirigiese á los fieles, obispos y diáconos, ya entienda por tales á los obispos de las ciudades inmediatas; sea que con este nombre distinguiese á los presbíteros, como señala á los obispos con el de apóstol. Despues de anunciarles en ella el progreso que el cristianismo hacia en Roma, pues se ha visto que hasta el mismo palacio del emperador habia penetrado, les encarga esten dispuestos contra los falsos circuncisos y falsos apóstoles enemigos de la ley, que negaban la realidad de la Encarnacion y de la Redencion, pretendiendo que el Cristo no habia sido crucificado sino en la apariencia. Exhórtalos ademas á la humildad con el ejemplo de Jesucristo, obediendo hasta la muerte de cruz; los conjura para que vivan entre sí en perfecta union, y muy principalmente á las mujeres: Erodia y Sinteca, que se habian distinguido por la actividad de su celo, y nega á un discípulo, sin poner su nombre, pero sí le descubre su parte como compañero en sus tareas, á que le asista y fortalezca. Hablando despues de los que le han auxiliado en su ministerio, nombra á San Clemente que mereció por sus virtudes ser elevado á la silla apostólica; y pone en el principio de esta carta el nombre de Timoteo que entonces se hallaba en Roma. Les da esperanzas de enviarles á este amado discípulo, en cuanto vea que se halla mas desocupado, y añade que no seria extraño que él en persona los volviera á ver.

Poco mas ó menos por este tiempo, es decir, en el primer año de su cautiverio, se data la epístola de San Pablo á Filemon. Era éste un cristiano colosense, que habia sido instruido por San Pablo, y cuyo celo y piosas liberalidades se ejercitaron con todos los fieles. Habia costado una iglesia en su misma casa que consagró á este uso, y á poco coronó su ardiente caridad recibiendo el martirio en la persecucion de Nerón. Onésimo, su esclavo, habia huido, despues de robarle, y llegando á Roma, halló allí á San Pablo que le convirtió y retuvo á su lado. Despues le devolvió á su amo, con una carta que en su brevedad es el modelo de aquella caridad ingeniosa y fuerte que la fé inspira. Conjura á Filemon para que perdone á su esclavo, que le trate como si fuera hermano, y se obliga por sí á pagar lo que Onésimo haya podido desfalcarse. Produjo esta carta todos sus efectos: no solamente Onésimo fué perdonado, sino que su amo le dió libertad, y aprovechando aquel el talento é instruccion que tenia, superiores á su clase, fué elevado

después hasta el episcopado, y vertió su sangre por la fé (1) de Jesucristo. En esta carta San Pablo se da el título de viejo, lo que supone que tendría de edad á lo menos 60 años, y deja esperanzas á Filemon de volverle á ver pronto, pues le encarga que le prepare alojamiento.

Se cree que Onésimo en cuanto obtuvo su libertad, volvió á reunirse con San Pablo, que habia manifestado deseos de tenerle en su servicio y compañía algun tiempo mas. Pero al año siguiente le envió á Colosa con Tíquico, otro discípulo suyo, encargándole una carta para los cristianos de aquella ciudad (otros autores opinan que se escribió la carta á los colosenses al mismo tiempo que la dirigida á Filemon). Habianse convertido por el ministerio de Epafras, que fué su primer obispo, y se hallaba en Roma entonces, donde le aprisionaron por defender la fé de Jesucristo, como se ve en la segunda de las cartas referidas. Mas se habian dejado alucinar por los falsos doctores que moraban en las verdades del cristianismo con los sueños de la filosofía oriental y las supersticiones que á la sazón difundian los judíos, procurando seducir á los fieles y persuadirles que habia sido criado el mundo por los ángeles ó unos espíritus, cuyo poder gobernaba al universo: de manera que el hombre que estaba como todas las demas cosas dependiente de aquellos, debía adorarlos, dáries culto exterior, y valerse de su mediación, invocándolos con preferencia á Jesucristo. Con efecto parió de los judíos, así como la mayoría de los orientales, creían que el mundo, y particularmente los astros, estaban animados por espíritus celestes que producian todos los movimientos de la naturaleza. Estas eran con diferencia muy corta las ideas de Simon Magó, cuando mandaba ofrecer sacrificios á los ángeles, y las que adoptaron los gnósticos, entregándose á las prácticas de la mas extravagante magia. Para combatir estos errores San Pablo insiste fuertemente en su epístola sobre las excelencias de Jesucristo, declarando que la plenitud de la divinidad reside sustancialmente en él; que es el creador de las cosas visibles é invisibles; que es superior á todos los principados y potestades, y últimamente que es la cabeza de la Iglesia y el reconculador del hombre con Dios. Después exhorta á los fieles á no dejarse sorprender con la doctrina que daba tanta importancia á la observancia de las costumbres mosaicas, y les señala en el tercer capítulo un compendio de las reglas y deberes de la ley cristiana. Salúdales de parte de Epafras, cuyo celo alaba y manifiesta el afecto que éste les profesa á ellos y á las iglesias de Laodicea y de Hierápolis; lo que puede indicar que

(1) San Irené en su carta á los de Elyseo, fecha á fines 197, elogio á su obispo Onésimo, y creece que habla de este mismo. Pero Tillemont se inclina á que fué acordado para la mira de Brusas, como dice las Constituciones apostólicas, y que pasó el martirio en el año 65 y reinando Domitiano.

habia llevado á ellas la fé, porque estaban inmediatas á la suya. Agrega también las salutationes ó memorias de Aristarco, que se hallaba preso en su compañía, de Márcos, primo de Bernabé, y de Jesus, llamado el justo, únicos judíos que le ayudaban en su ministerio; y luego concluye con las de San Luceas y Demas, que después le abandonó. En cuanto á Timoteo, se halla su nombre al principio de la carta, como le puso en la dirigida á Filemon. Y después de suplicar á los colosenses que saludasen en su nombre á los fieles de Laodicea, y en particular á Ninfas, y á la iglesia que tenia en su habitación, añade San Pablo: "Cuando leáis esta carta entre vosotros, cuidad de que se lea también en la iglesia de Laodicea, y que á vosotros os envíen la suya." Esto debe entenderse probablemente de la carta que estos escribieron al apóstol, para consultar acerca de los errores que se procuraban introducir en su creencia.

La epístola á los de Elyseo, que también llevó Tíquico, y acaso de un mismo viage (1), parece que tenia el mismo objeto que la anterior. Preconiza igualmente el apóstol la grandeza de Jesucristo: insiste en su conocida superioridad á todos los principados, potestades, virtudes y dominaciones, en los efectos de la redención, en la justificación operada por la fé en Jesucristo, en la voluntaria vocación á los gentiles y la remisión de todos los cristianos en un solo cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo: conducta que observó sin duda para fortalecer anticipadamente á los fieles escisos contra los errores de Simon Magó y de otros sectarios, que principiaban á tomar el nombre de gnósticos. Y como estos hereges no ofendian menos á las buenas costumbres que á la fé, San Pablo explica con extensión las reglas de la moral cristiana y las obligaciones relativas á los diferentes estados de los fieles. Condena sobre todo la impureza, é insiste sobre los deberes mútuos de los esposos, en razon á que la infame doctrina de los gnósticos admitia la comunidad de las mugeres, y se entregaban á las mas detestables liviandades sin reserva alguna. Con este motivo enseña la santidad del matrimonio, dando por razon que es un sacramento, porque verdaderamente la union del hombre y la muger representa segun su primitiva institucion el amor de Jesucristo á su Iglesia, y se halla consagrada por la gracia del Espíritu Santo que debe santificar el amor de los esposos.

Ya iba á concluirse la residencia de San Pablo en Roma en el año 63, cuando escribió su epístola á los hebreos, ó sea á los cristianos de Jerusalem y de la Palestina, con el fin de afirmarlos contra las persecuciones, y mas aun contra los peligros de la seducción,

(1) Sin embargo, como el nombre de Timoteo no se encuentra en ella, podria ser una razon para creer que se escribió después; y Tillemont con otros la refiere efectivamente al tiempo del viage segundo que hizo San Pablo á Roma. Lo cierto es que la escribió San Pablo hallándose preso.

que debían temer de parte de los judíos no convertidos. En esta epístola, como en las dirigidas á los galatas y á los romanos, se dio á probar la insuficiencia é inutilidad de las ceremonias de la ley de Moisés, y particularmente la de los sacrificios, que ni podían justificarse por sí mismos, ni eran otra cosa que la figura de un sacrificio mas perfecto, de modo que á la consumacion de éste debieron cesar aquellos como que nada valen. Las copias ó imágenes á vista del original. Continúa estableciendo la dignidad de Jesucristo, la excelencia de su sacerdocio, y demostrando que este divino mediador es mucho mas elevado que los profetas, que Moises, que los mismos ángeles: como que es el Hijo de Dios; que es el verdadero y eterno Pontífice según el órden de Melchisedech: que la ley antigua, fundada en el sacerdocio levítico, se hallaba naturalmente abolida por la nueva alianza, que se apoya en otra ley mas perfecta y grabada en el corazón de los fieles: que es tambien Jesucristo la única víctima que haya podido realmente borrar el pecado; y finalmente, que su muerte es el voluntario sacrificio, figurado por todos los anteriores, y que una vez consumado, no vuelve á comenzar, porque ha sido suficiente para reconciliar al hombre con Dios. Justifica en seguida la necesidad de la fé, descubriendo la grandeza de esta virtud y sus efectos, y valiéndose del ejemplo de los santos, que fueron por ella exaltados en todos los siglos. Exhorta á los fieles á que pongan toda su confianza en la gracia de Jesucristo, sin dejarse alucinar con doctrinas extrañas. Parece que el apóstol se hallaba en libertad, pues les anuncia que pasará á verlos acompañado de Timoteo, siempre que éste no tardase en su regreso. Y despues de saludarlos á nombre de los cristianos de Italia, termina con estas palabras, que eran la señal y ordinaria suscripcion de todas sus cartas: «La gracia de Dios sea con vosotros.» No pone su nombre al principio de ella, acaso en consideracion á la flaqueza de los judíos, porque muchos de ellos, aun entre los que habian abrazado la fé, conservaban preocupaciones perjudiciales al apóstol. La tradicion de la Iglesia asegura que fué su autor, aunque el estilo, algo diferente del de las otras, pudiera hacer creer, y á muchos antiguos ocurrió, que no la dictase San Pablo palabra por palabra, y que solo diese la materia de ella ó el órden de las ideas que habia de incluir, y encargase á San Lucas ó á otro discípulo el cuidado de redactarla; y que luego la habia suscrito de su mano habiéndola repassado y adoptado.

La historia no refiere lo que hizo San Pablo en Roma, con aquella menudencia que fuera de desear, en los dos años que se halló preso: ignórase cómo obtuvo su libertad, y lo mismo los sitios en que predicó al instante que pudo disponer de su persona. En su epístola á los romanos habia manifestado la intencion de pasar á España, y no faltan autores antiguos que aseguran que extendió en ella la fé. Pero como pasaron cinco años despues, y la Iglesia de

España no conserva ninguna tradicion auténtica de esta jornada, se debe creer que mudaria de resolcion, ó al menos que permaneció poco en aquel reino, contentándose con enviar á diversos pueblos del Occidente, ya fuese antes ó mas tarde, cierto número de operarios evangélicos formados á su modo; porque no se puede dudar que en las Galias se recibió la fé cristiana por ministerio de algunos discípulos suyos, como lo veremos adelante. Lo que hay de cierto con respecto á San Pablo es, que en sus cartas escritas desde Roma, siempre manifestó deseos y esperanzas de volver pronto al Oriente; y los pormenores de su segunda á Timoteo, juntos á las opiniones de diferentes Padres de la Iglesia, hacen ver claramente que en efecto regresó sin tardanza. Ya hacia algun tiempo que San Pedro estaba allí tambien, y habia vuelto á Jerusalem con algunos apóstoles para elegir y consagrar un obispo en la vacante de Santiago, á quien martirizaron en el año anterior; porque viendo los judíos que San Pablo se habia sustraído á sus proyectos de venganza, convirtieron su rabia contra Santiago, y esperaron el momento favorable para manifestarla. Puesto habia muerto, y no llegó muy pronto el sucesor, y aprovecharon este interregno, citando al apóstol ante el sanhedrin. El correo de esta persecucion fué Anano, de la secta de los saduceos é hijo de Anas ó Ananías, de quien se habla en el Evangelio. Sin embargo, emplearon el dintel y los rodeos porque el pueblo respetaba mucho á Santiago, como que admiraban generalmente su virtud, por lo que ellos le llamaban *el justo*. Juntaba á una pureza evangélica un fervor y austeridad incomparables: no bebía vino, ni beceros que suelen embriagar; no comía mas que pan ó vegetales; no llevaba lana en su vestido, y rezaba sin cesar: casi siempre estaba prosternado tocando en el suelo con la frente. Así se le encontraba en el templo, siempre arrodillado y pidiendo á Dios perdon para todo el pueblo. No querian los principes de los sacerdotes cargar solos con el reato de su condenacion, por la odiosidad que les atraeria; y así trazaron que muriese en el desierto de una sedicion, que tenian dispuesta por medio de sus partidarios, con la ocasion que ellos mismos proporcionaron. Estaban en las fiestas de la Pascua, y habia en Jerusalem una concurrencia inmensa de judíos, que habian llegado de diferentes parages, todos por supuesto enemigos declarados del cristianismo. En aquella coyuntura mandaron á Santiago que se presentase en el sanhedrin, y comparecido le preguntaron qué es lo que se debía creer de la doctrina de Jesucristo; añadiendo con afectacion respetuosa que ya veia que la multitud se extrañaba cuando creia que Jesucristo era el Mesías: por eso le indician á que los sacase del error, enseñándoles la verdad, como que todos le tenian por justo y desapasionado; de forma que el pueblo no titubearia en creerle, así como los jueces mismos estaban dispuestos á ello. «Subid á la galería de manera que el pueblo os vea y pueda oiros.»

En cuanto subió, gritaron los escribas y fariseos: "¿O justo! á quien todos debemos creer, decídnos: ¿qué debemos creer de Jesús que ha sido crucificado?" Contestó el apóstol en alta voz: "¿Cómo me preguntáis ahora de Jesús? ¿No tenéis bastantes conocimientos de su persona? Pues bien, sabed que Jesús está sentado en los cielos á la diestra del Todopoderoso, y que bajará desde allí un día en un trono de nubes para juzgar al universo." Después de oír esta declaración, queriendo muchos manifestar su fé, se apresuraron á exclamar: "Gloria al Hijo de David;" y los príncipes de los sacerdotes, abandonando su hipócrita moderación, dijeron, apoyados por la multitud de sus parciales: "¿Qué, ¡el justo se extravía de este modo? ¡Arrojadle de ese puesto!" y subiendo efectivamente una porción de ellos, le precipitaron: el apóstol no sufrió de resultados de la caída; y poniéndose de rodillas, oró por ellos, diciendo como Jesucristo: "Perdonadles, Señor; no saben lo que se hacen." Los judíos, viendo que aun vivía todavía, clamaron para que le apedreasen, y al momento empezaron á ejecutarlo: adelantóse un hombre de la casta de los recabutas, y reprendiéndoles esta crueldad, les dijo: "¿qué estais haciendo? ¡No ois que el justo está orando por vosotros!" Nada bastaba á contener su furor. Por último, descargándole grandes golpes con su mazo en la cabeza, le acabó de matar un butanero. En el mismo parage le enterraron, y los cristianos le hicieron un sepulcro que aun subsistia cuando la ruina del templo (1). Santiago sufrió el martirio en la primavera del año de 62, habiendo gobernado la Iglesia de Jerusalem veintinueve años. Sucedióle San Simón, que era, como él, primo de Jesucristo; y con este motivo, junto á sus virtudes, le pusieron á la cabeza de esta Iglesia por voto unánime los apóstoles y discípulos que pudieron reunirse á la sazón.

Tenemos del apóstol Santiago una epístola dirigida á las tribus dispersas, ó sean los judíos convertidos y repartidos por todas las naciones: lo que dió motivo para llamar á la Iglesia católica ó universal, y no dirigida á ninguna en particular. Tiene esta carta por objeto principal manifestar la necesidad de las buenas obras, por que muchos las miraban como inútiles, fundándose en ciertas palabras de San Pablo mal entendidas. Por eso los hereges de los últimos tiempos que han renovado este error, pretendiendo que la

(1) Bernart-Barcanel dice, que una columna de él subsistia en tiempo de Eusebio en el cuarto siglo. Pero con un poco de atención hubiera podido ver que este historiador cita un pasage de Hegesipo, y no habla de lo que ocurría en su tiempo. Hemos querido no omitir esta observación, para que se gradúe la exactitud de la crítica de este autor. En el propio pasage reconoce, de acuerdo con todo el mundo, que ocurrió el martirio de Santiago en el intermedio que hubo entre la muerte de Feo y la llegada de Albino, que le sucedió en el gobierno: lo que no obsta para que asiente luego que Albino fué el sucesor de Félix. No hay necesidad de decir que Henrico copió todas estas inexactitudes.

fé sola nos salva sin atención á las obras, han procurado desechar esta epístola, aunque muchos posteriormente han tenido que admitirla, forzados por las pruebas que justifican su autenticidad; pues aunque se han suscitado dudas respecto á ella en los primeros siglos, no es menos cierto que desde entonces fué admitida y reconocida como de Santiago, y citada por los Santos Padres mas instruidos, y entre ellos por Orígenes; que estaba introducida en la mayor parte de las Iglesias, y desde el cuarto siglo habia adquirido una autoridad universal é incontestable. Santiago da á conocer tambien en esta epístola la institución de la excomunión, exhortando á los fieles que estaban enfermos, á que llamasen á los sacerdotes para obtener con la aplicación del óleo y las oraciones con que se suministra, el alivio de la enfermedad y la remisión de los pecados: todo lo cual la tradición ha entendido siempre de un sacramento instituido para los fieles. Tambien habia otra especie de unción que se aplicaba hasta á los infieles para curar las dolencias; pero era en clase de un medio extraordinario y milagroso, que no exigia la intervención de los sacerdotes, y le empleaban los legos cuando tenian el don de milagros.

No se limitó la venganza del sumo sacerdote y sus partidarios al asesinato de Santiago; antes se extendió á otras muchas personas que fueron condenadas por el sanhedrín y apedreadas con el pretexto de haber violado la ley judaica; pero la verdad era por su adhesión al cristianismo. Con todo, los judíos mas prudentes, y aquellos á quienes no cegaba la pasión, se distinguieron de estos atentados, y mas de la muerte de Santiago. Quejaronse á Agripa, que usando del poder que los emperadores le habian dado en lo relativo al templo, depuso con desdoro á Anás del pontificado que solo desempeñó tres meses. Otros se dirigieron al gobernador Albino, que venia ya por Alejandría, y le representaron que el sumo sacerdote se habia excedido atrogándose los derechos del gefe de la provincia, haciendo pronunciar y ejecutar sentencias de muerte sin su consentimiento. El gobernador escribió al Pontífice amenazándole si continuaba ejerciendo estas crueldades.

Después de la elección de Simeón, San Pedro quedó algun tiempo todavía en el Oriente, recorriendo todos los lugares en que su presencia podia ser necesaria, ya para confundir á los hereges, que por todas partes procuraban corromper la fé y las costumbres de los fieles, ya para reprimir ó prevenir los abusos, estableciendo ciertas reglas de disciplina en virtud de la autoridad que tenia sobre todas las Iglesias como vicario de Jesucristo. Luego, volviendo á Roma, pasó por Corinto, donde halló á San Pablo, y se cree que juntos marcharon á Italia (*Euseb. Hist. lib. II, cap. XXV*).

Como antes se ha visto, San Pablo habia salido de Roma en el año 63 para volver al Asia, y en este camino predicó en la isla de Creta, donde dejó á Tito, su discípulo, en calidad de obispo, para

que acabase de extender en ella el Evangelio, y estableciese párrocos y obispos en aquellas poblaciones. Pasó despues á la Judea, segun la oferta que hizo á los hebreos en su epístola, y en seguida visitó las diferentes iglesias del Asia menor, donde tuvo que sufrir bastantes persecuciones. Como en Efeso se hubiese detenido algun tiempo, dejó allí á San Timoteo como obispo, y salió para Macedonia. Entonces se llegó á Filpos, donde tambien se detuvo, y segun la común opinion, desde allí escribió su primera epístola á Timoteo. Aunque tuvo esperanzas de volverle á ver muy pronto, como temiese algun impedimento, quiso entre tanto trazarle las reglas mas propias para que se gobernase en su ministerio. Principia su carta advirtiéndole que se oponga á los falsos doctores, que se divierten con fábulas pueriles en averiguar genealogías sin fin, y no saben mas que excitar vanas discusiones y disputas sobre palabras, sin enseñar á los demás ni comprender ellos mismos lo que dicen, señalando en este retrato á los gnósticos, cuyos delirios absurdos tenían por objeto establecer una serie de potestades celestiales engendradas las unas por las otras; mas sin poder fijar su número ni naturaliza. Nombra en particular á Himeneo y Alejandro: el primero sostenia que la resurrección se habia ya cumplido, porque era uno de los errores de los gnósticos negar la resurrección de los cuerpos, y no admitir mas que la espiritual que se efectúa en las almas; el segundo era sin duda aquel calderero de quien el apóstol se queja en su epístola segunda, y que se ocupaba sin cesar en contradecir todas sus doctrinas. Expone luego el apóstol todas las calidades que se requieren en los que deben ser escogidos para administrar el santo ministerio, y recomienda á su discípulo que no los ordene ni les imponga las manos sin estar seguro de que son dignos de ello. Entre las virtudes que el obispo debe tener, se han de notar la castidad, la templanza, la dulzura, el desinterés, la caridad, el celo, la prudencia y el amor al trabajo. Tambien es necesario que goce de buena reputacion entre los paganos; que no sea neófito, es decir, recién bautizado, y que no se haya casado mas que con una mujer, y que sepa gobernar su casa. Porque era difícil en aquellos primeros tiempos, y cuando estaba en su nacimiento el cristianismo, hallar hombres que hubiesen guardado continencia hasta una edad avanzada, como se requeria para ser promovido á funciones que entonces principalmente exigian madurez y sabiduria, y rara vez lo eran antes de cincuenta años. San Pablo deseaba poco mas ó menos las mismas calidades para los diaconos, añadiendo que los que hubiesen cumplido perfectamente este ministerio, ganaban un título meritorio para llegar á los mas elevados. Igualmente recomienda que no se reciba acusacion alguna contra un presbítero, si no se presentan dos ó tres testigos para apoyarla, y que se concedan grandes recompensas á los que se distinguan en el cumplimiento de sus deberes, y particularmente en el ministerio

de la predicacion. Despues de otras instrucciones sobre las obligaciones generales de los cristianos y sobre las particulares de los diferentes estados, San Pablo da á Timoteo algunos consejos personales, y termina conjurándole á que guarde fielmente el depósito de la verdadera doctrina, y que evite con cuidado las novedades de palabras, que llevan falsamente el nombre de doctrinas ó de ciencias, lo que debe tambien aplicarse á los gnósticos, porque en el abuso ambicioso de esta palabra griega, que significa ciencia (*gnose*), fundan su secta extravagante.

Desde Macedonia tambien, y por aquel tiempo, escribió San Pablo su epístola á Tito, en la que le da, con corta diferencia, las mismas instrucciones que en la anterior, aunque mas abreviadas. En la isla de Creta habia razones particulares para elevar al sacerdocio á las cabezas de familia; porque las antiguas leyes obligaban á todos los ciudadanos á casarse en la juventud. San Pablo recomienda igualmente á su discípulo, que resista y se oponga á los falsos doctores, y que precava á los fieles, y el mismo está prevenido contra las genealogías, las disputas y las fábulas judaicas: en fin, que evite el trato con los hereges, luego que les haya amonestado primera y segunda vez. Anuncia para concluir, que enviaria probablemente para reemplazarle, á Timoteo ó Artemas, y que despues se ponga en marcha para irle al encuentro en Nicópolis, donde se proponia pasar el invierno. "Enviame desde luego, añade, á Zenas y Apolo, cuidando de proveerlos de todo lo que necesiten para su viaje." Este último es el discípulo que habia predicado el Evangelio en Corinto y adheridose despues á San Pablo: ya no se habia mas de él en la Escritura, y se ignoran las demas circunstancias de su vida.

Pasado el invierno, San Pablo volvió por última vez á Efeso, como lo prometió á Timoteo, y visitando las demas iglesias de las cercanías, fué tambien á Milet, donde Trofimo, discípulo suyo, enfermó y fué necesario detenerse. Pasando por Troada, se alojó en casa de Carpo, que tambien lo era; y dejó en ella algunos efectos. Ultimamente, queriendo volver al Occidente, pasó á Corinto, y fué á la sazón que se halló en esta ciudad con San Pedro, y se reunieron para pasar á Roma en el año 65, cerca de dos despues de su salida. Bien sabian los dos apóstoles que iban á correr muchos peligros, y aun San Atanasio asegura como cosa constante, que el Espiritu Santo les habia revelado que iban á sufrir muy pronto el martirio; mas la certeza de una próxima muerte, lejos de hacerles mudar su resolucion, lo que hizo fué aumentar mas la actividad de su celo.

Desde el año anterior los cristianos de Roma habian sufrido una horrible persecucion, que luego se extendió á todo el imperio. Nerón, su autor, habia sucedido en el año 54 al emperador Claudio, de quien era yerno é hijo adoptivo. Debió aquel su elevacion á las intrigas de su madre Agripina, hija del célebre Germanico, que ha-

biendo casado con Claudio en segundas nupcias, le arrancó esta adopción, y aun la acusaron de haberle envenenado en cuanto la hizo, para que no se arrepintiese y tomara medidas á fin de asegurar los derechos de su hijo Británico. Llegando á obtener el cetro á los diez y siete años y en perjuicio del legítimo heredero, procuró Nerón á los principios ganar el afecto del pueblo aparentando una moderación y justificación que no tenía; pero pronto, arrastrado por las adulaciones de los cortesanos y la perversidad de sus propias inclinaciones, se abandonó sin reserva á toda clase de crímenes, y su reinado no ofreció en adelante mas que una cadena continua de crueldades, locuras y prostitución. Hizo matar á Británico, á su madre Agripina, á Séneca, y á Burrho, sus maestros; á Octavia y Popea, sus mugeres, y á multitud de ciudadanos los mas distinguidos: todas las noches pasaba en lugares infames, ó iba corriendo por las calles disfrazado de esclavo, y acompañado de sus favoritos, tomando á juego el pelear, robar ó matar á los que hallaba en ellas. Apasionado á los espectáculos, entraba en ellos como actor, disputando los premios á los comediantes, y afectando que admirasen su voz, para cuyos aplausos tenía distribuidos soldados que provocasen á los espectadores á ella. Por último, fué su conducta tan extravagante é infame, que se atrevió á vestirse de muger para casarse públicamente con dos hombres. Bien se advertirá que semejante monstruo era merecedor de presentar el primer ejemplo de una persecucion suscitada por las leyes imperiales contra los cristianos.

Al décimo año de su reinado, en 19 de Julio del año 64, prendióse fuego en Roma en las tiendas del circo, y se redujo á cenizas la mayor parte de aquella ciudad inmensa. De catorce cuarteles que la componían, no perdieron las llamas mas que á cuatro: tres fueron enteramente destruidos, y en los otros siete no quedaron mas que algunas casas á medio quemar. Duró el incendio seis dias, y consumió, además de los mejores edificios, incalculables riquezas, pereciendo en sus estragos multitud de personas. No se dudó un momento que el mismo Nerón mandó prender fuego á la ciudad, ya para gozar el placer horroroso de su espectáculo tan extraordinario, ya por temer la gloria de reedificarla dándole su nombre. Sépase efectivamente que en lo mas fuerte de él subió Nerón á una elevada torre, desde donde lo veía todo, y que allí, en traje de teatro, había cantado un poema de su composición sobre el incendio de Troya. Entre tanto, mandó que se socorriese á los habitantes, abriendo hospicios en que recogiesen, y edificando barracas para los que no tenían casa ni medios de adquirirla. Proveyó de muebles que trajeron de las poblaciones inmediatas, y distribuyó granos á precios muy cómodos. Pero viendo que todo esto no bastaba para destruir las sospechas, y que cesasen los rumores que corrían en su descrédito, quiso presentar á la indignacion pública un objeto, y para colmo de su crimen, que recayese lo odioso de él y la

pena sobre los cristianos. Prendieron á una porcion de ellos, que confesaron la religion que seguian, y los mataron con prontitud y en medio de horribles suplicios: á unos los cubrian con pieles de fieras para que los perros les desgarrasen las carnes; á otros los fijaban en cruces ó vigas para sostenellos de pié, y les ponian vestidos empapados en pez, cera y otros combustibles, para quemarlos vivos, y que sus cuerpos sirvirian de antorchas por la noche. Nerón dió en su jardín un espectáculo nocturno, y para sus juegos, en que él gobernaba su carro, sirvieron de illumination estos cirios vivientes. Aunque el pueblo aborrecia á los cristianos, como sabia que eran enlunados en el crimen del incendio, no podia menos de compadecerlos, viendo que así los sacrificaban á la crueldad de un solo hombre.

La persecucion se suspendió momentáneamente, ó al menos aflojó; pero pronto volvió á renacer cuando llegaron á Roma los santos apóstoles Pedro y Pablo. Su predicacion, acompañada de numerosos milagros, produjo en poco tiempo multitud de conversiones. No puda ver con tranquilidad Nerón los progresos de una religion que condenaba su crueldad y sus infamias, dando el ejemplo de las mas puras virtudes; y con este motivo expidió sus órdenes prohibiendo que abrazasen sus súbditos la religion cristiana, y mandando que se castigase á los que habiéndolo admitido no renunciasen su profesion. Asegúrase que San Pablo habia logrado convertir á una de las concubinas de Nerón; y con esta ocasion le obligaron á comparecer por primera vez ante el tribunal, abasdonándole todas, como se lamenta en la segunda epístola á Timoteo: este pasage debe entenderse respecto de aquellas personas que hubieran tenido crédito ó influjo para serle útiles, y no de San Lucas, ni mucho menos de San Pedro mismo. Sin embargo, la Providencia le sacó de este peligro, y aun él conserró bastante libertad para concluir la obra de su predicacion á los gentiles, que llegaban á Roma de todas las provincias en muy crecido número.

La victoria que lograron sobre Simon Mago los dos santos apóstoles, fué una de las principales causas de su muerte. Este impostor, que hacia tiempo habia llegado á Roma, gozaba entonces de una gran reputacion, y le admiraban todos por sus prestigios. Pretenden algunos que fué honrado como dios, y que le erigieron una estatua con esta inscripcion: "A Simon, dios santo (1)." Sin duda

(1) Muchos críticos, especialmente protestantes, han desmentido esta circunstancia contada por San Justino en su grande apologia, por San Ireneo y otros autores antiguos. Pero Tillemont creemos que ha respondido satisfactoriamente á todas sus objeciones. No se puede admitir en efecto que en un escrito dirigido al senado y á los emperadores, se haya equivocado San Justino sobre un hecho tan facil de comprobar, ni que este error nadie le haya enmendado; antes se encuentre copiado y reproducido por todos los que han escrito despues de él.

debió estos honores y nombrada á Neron, loco apasionado de la magia, que nada perdonaba para aprenderla. Este príncipe acogió con entusiasmo todas las proposiciones mas extravagantes, persuadido de que por medio de aquella ciencia nada era imposible para él, y en Dion Crisóstomo se los que mucho tiempo mantuvo en su palacio á un hombre que habia prometido volar elevándose en el aire (*Dia. Chrysost. orat. XXI*). Refiere Suetonio que tambien otro hombre intentó lo mismo para imitar en un festin la huida de Icaro; pero que al primer esfuerzo cayó, y la sangre que produjo el golpe saltó hasta la tienda de Neron. Simon quiso imitarle, y prometió mas, no solamente elevarse en el aire, sino subir á los cielos en un carro de fuego, como para imitar la Ascension del Señor. Los dos apóstoles, sabedores de esta atrevida impiedad, y conociendo lo importante que era el confundirla públicamente, exhortaron á los fieles á que pidiesen á Dios con fervorosas oraciones el triunfo de su causa, y presentándose en el lugar y día señalados, se arrojaron, invocaron el nombre de Jesucristo, y lograron encadenar el poder del demonio. No desistió Simon de su propósito; pero apenas intentó alzarse un poco del suelo, cuando cayó y se rompió las piernas: levantóse á una casa inmediata, y se arrojó por una ventana para no sobrevivir á su deshonra.

Este suceso vivió el odio de Neron, y mandó que pudiesen en la cárcel á los dos apóstoles: con todo, dilató su sentencia cerca de un año. Entonces escribió San Pedro su epístola segunda, dirigida particularmente á los fieles circuncisos, como la primera, á fin de confirmarlos en la fé y doctrina de Jesucristo, y preservarlos de las heregias, que empezaban ya á extenderse con una apariencia falsa de ciencia; y que muy luego debían mostrarse con andacia en cuanto no tuviesen sus autores que temer la presencia y autoridad de los apóstoles. Exhortólos á la firmeza en la fé que les habia enseñado, no sobre vanas relaciones, ó sistemas mas ó menos especiosos, sino por la autoridad de Jesucristo, cuya gloria vió el apóstol en el Tabor, y oyó el testimonio que Dios daba á su hijo de un modo magestuoso. Recomendóles el que no olviden el testimonio y doctrina de los profetas, de los apóstoles y especialmente la de San Pablo, cuyas epístolas alaba; sin dejar de conocer que encierran cosas difíciles de entender, y por eso abusan de ellas los ignorantes, como de las demas escrituras. Finalmente designa y combate con energicas expresiones á los sectarios que intentaban mezclarse con ellos para seducidos con pretexto de libertad entregándose á sus impuros deseos; y semejantes á los irracionales, sin seguir mas que los movimientos de la carne, pasan su vida en los placeres sensuales, y no conocen otra felicidad que la sensualidad. "Sé, dice en ella, que debo muy pronto, como Jesucristo me lo ha dado á entender, dejar el cuerpo donde estoy encerrado; pero he querido que despues de mi muerte no perdiérais la memoria de las verdades que os ten-

go enseñadas. Esta es la segunda carta que os escribo, y en ambas me he propuesto avivar en vuestras almas la memoria de la fé y los preceptos del Señor." Han querido dudar algunos escritores, en los primeros tiempos, que fuese esta carta de San Pedro, porque les pareció que no se parecia su estilo al de la primera; pero esta deferencia, si la hay, puede explicarse facilmente por la diversidad de intérpretes que ocupaba San Pedro en redactarlas.

Tambien á este tiempo señalan en general la segunda epístola de San Pablo á Timoteo, es decir, al de su última prison. En ella anuncia su próxima muerte de un modo tan positivo, que no hay lugar á dudas en cuanto á que estaba próximo al martirio. Habla muchas veces de sus enjambas, lo que comprueba su actual prison; recordando las tribulaciones que sufre por el nombre de Jesucristo; exhorta á su discípulo á mantenerse firme, á pesar de las persecuciones de los enemigos de la fé, advirtiéndole sobre todo, que evite las cuestiones impertinentes y vanas disputas, que de nada sirven mas que de perder á los que las escuchan. Cita entre los falsos doctores á Himeneo, como le designó en su primera carta, y á Fileto que como el anterior habia caído en los errores de los gnósticos. Encarga á Timoteo que conserve religiosamente el depósito de la sana doctrina, y despues añade: "Todo lo que has aprendido de mí delante de muchos testigos, ten cuidado de confiarlo á personas fieles, que sean capaces de enseñarlo á otras;" manifestando con estas palabras la autoridad de la tradicion, como un medio necesario é infalible para transmitir á la posteridad la verdadera doctrina, con una perpetua enseñanza, y la sucesion de los pastores hasta el fin de los siglos. Al concluir esta carta, convida á Timoteo á que vanga á verle antes que llegue el invierno, y le encarga que traiga la capa y los libros que se dejó en casa de Carpo, principalmente los pergaminos, que sin duda serian las Santas Escrituras. Aqui se ve la voluntaria pobreza de San Pablo, que prefirió el reclamar una capa que dejó en el Asia, á servir de carga á los fieles, cuyo celo se hubiera apresurado á proveerle de todo lo necesario; pues en la misma carta se observa que un cristiano de Efeso, llamado Onesiforo, que se hallaba en Roma, le habia buscado mucho tiempo para socorrerle. El apóstol refiere por menor su estado presente y habla de los demas discípulos. Demas le habia abandonado, dejándose arrastrar del amor al mundo, y se habia marchado á Tesalónica. Crescente estaba en Galacia; lo que muchos Santos Padres entienden por Galias, porque en griego se le da el mismo nombre; y en efecto se cuenta por primer obispo de Vienna á San Crescente, que creen sea el discípulo de San Pablo. Tito por su parte fué á predicar la fé á Dalmacia, enviado por el mismo apóstol, así como Crescente. Despues volvió á Creta, donde cuentan que murió de edad muy avanzada, despues de haber introducido tambien el Evangelio en las vecinas islas. Erasto quedó en

Corinto, donde fué antes tesoro de la ciudad, como se vió en la epístola á los romanos. Trofimo, que se detuvo en Mileto por haber enfermado, probablemente volvió á reunirse con San Pablo; porque una antigua tradicion, que parece muy fundada, trasmittió que fué enviado á las Galias, en donde edificó la célebre iglesia de Arles, y con igual verosimilitud se atribuye la fundacion de la iglesia de Narbona á Sergio Paulo, el procónsul que el apóstol convirtió en la isla de Chipre. A Tigüico le enviaron á Efeso, acaso para reemplazar á Timoteo durante su ausencia, y los mas creen que fué entonces cuando San Pablo dirigió por su medio la epístola á los efesios. Solo San Lucas quedó con el apóstol, y por eso le encargó á Timoteo que trajera consigo á Marcos. Despues de saludar á Priscila y Aquila y á la familia de Onesiforo, termina con los recuerdos de todos los cristianos de Roma, entre los que nombra á Eubulo, Prudente, Lino y Claudia; Lino es el que sucedió á San Pedro en la silla apostólica. Esta carta á Timoteo fué la última que San Pablo escribió. Y aquel discípulo, habiendo venido á Roma á reunirse con San Pablo, volvió á Efeso, donde acabó su vida con el martirio de ser apedreado y rematado á golpes de maza por los paganos en el año de 87, cuando trataba de hacerles abjurar un sacrificio que ofrecian á Diana. En el año de 366 fueron trasladadas á Constantinopla sus reliquias.

En la prision de Mamertino estuvieron presos nueve meses San Pedro y San Pablo: era soterránea y se extendia hasta el pie del Capitolio, y en ella convirtieron y bautizaron á dos guardas denominados Proceso y Martiniano y á otras cuarenta y siete personas, que se hallaban tambien presas. De Orden de Nerón todos los convertidos fueron martirizados inmediatamente. Dícese que los fieles llegaron á tener medios de libertar á los santos apóstoles, y que cediendo San Pedro por humildad á sus repetidas instancias, se escapó efectivamente y salió de Roma en cierta noche. Pero San Ambrosio refiere que esta fuga ocurrió despues de la caída de Simon Magó y antes que San Pedro fuese preso; y esto es mas verosímil, porque no es fácil creer que San Pablo fuese preso antes que él, supuesto que no lo expresa en la carta que escribió á Timoteo. De cualquier modo, habiendo llegado San Pedro á la puerta de Roma, se le apareció Jesucristo, como si fuera á entrar en la ciudad, y el apóstol le preguntó á dónde iba: respondió Jesucristo: "Voy á Roma para ser nuevamente crucificado." Comprendió San Pedro el sentido de estas palabras, se volvió atras, y fué al momento preso.

Los dos apóstoles fueron condenados juntos, y martirizados en el mismo día 29 de Junio, y segun la mas probable opinion, en el año 67 de Jesucristo, dectmotercio del reinado de Nerón. Su sentencia fué pronunciada por los gobernadores de Roma; pero en cumplimiento de la órden del emperador, que habia salido para Acaya. A San Pablo, en calidad de ciudadano romano, le cortaron

la cabeza. Refiérese que marchando al suplicio, convirtió á tres soldados, y á poco tiempo fueron martirizados. Le cortaron la cabeza á tres millas de Roma, en un sitio que se llama Aguas salvas, donde hoy se ven tres fuentes que brotaron milagrosamente en aquella ocasion. Una señora romana le hizo entrar en una posesion que le pertenecia en el camino de Ostia, y sin duda le erigió el monumento de que se hace mencion desde ultimos del siglo II [*Cajus apud Euseb. lib. II, cap. XXV*]. En el mismo sitio se edificó despues una magnífica iglesia. San Pedro fué crucificado en el barrio que habitaban los judfes en lo alto del monte Janiculo. Pidió que le clavasen con la cabeza hácia abajo, por no juzgarse digno de ser tratado como su divino maestro. Sepultaron su cuerpo en el Vaticano en la via triunfal, y desde el fin del siglo II se manifestaba allí el monumento que los fieles tuvieron cuidado de erigir, segun el citado autor. La muger de San Pedro habia sufrido antes el martirio, y viéndola llevar al suplicio, la habia animado el apóstol, y exhortádola á que se consolara y acordase del Señor, y aun que se alegrara al ver tan inmediato el momento en que iba á volver á su verdadera patria. Antes de su apostolado habia tenido una hija llamada Petronila, que vivió virgen y murió en Roma santamente. La persecucion martirizó muchos fieles en la capital y en las provincias, y se juzga que no acabó hasta el año despues de la muerte de Nerón. En los martirologios se encuentran indicados algunos de los que sufrieron en aquella; pero apenas se sabe mas que los nombres.

Los fieles procuraron sacar retratos de los apóstoles, y en tiempo del historiador Eusebio, es decir, mas de doscientos y cincuenta años despues, se conservaban las imágenes de San Pedro y San Pablo, y la de Jesucristo. Estas sirvieron de modelo para las que se han hecho posteriormente, y se ha creído que, como lo dejamos citado, San Lucas fué su autor, aunque ni Eusebio ni otros antiguos hicieron mérito de esta circunstancia.

Poco antes de su martirio habian los dos apóstoles anunciado á los cristianos la próxima ejecucion de las amenazas de Dios, que con mucha antipacion proclamó contra su pueblo infiel. Instruidos por revelacion del mismo Jesucristo, habian profetizado que los judfos iban á ser entregados á sus enemigos: que Dios les destinaba un señor, que inmediatamente los sujetaria con armas, que arruinaria enteramente á Jerusalem, y los reduciria á un hambre tan cruel, que se comerian los unos á los otros; que los que sobrevivieran, irian como cautivos, vendidos y tratados como bestias de carga: que verian violar á sus mugeres é hijas, estrellar á sus hijos, arrasar su pais á sangre y fuego; y que por último, la nacion quedaria desterrada para siempre de su antiguo suelo. Quedaron escritas estas predicciones, y no tardaron en recibir el mas terrible cumplimiento.

LIBRO II.

DESDE LA MUERTE DE LOS APÓSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO
HASTA LA DESTRUCCION DE LA NACION JUDAICA EN 137.

El favor de los romanos habia puesto y conservado en el trono de Judea á Herodes el primero, tan conocido por su crueldad y por la degollacion de los inocentes. Despues de su muerte, se dividió el reino entre sus hijos, en virtud del testamento de aquel, y consintiendo Augusto. Arquelao, que era el mayor, fué reconocida por principal heredero, y obtuvo la soberanía de la Judea, propiamente dicha, de la Samaria y de la Idumea; pero las disfrutó breve tiempo, porque á los nueve años, habiéndose los judíos acusado de tiranía ante Augusto, le desterró éste á Viena en las Galias, y agregó sus Estados al imperio como provincia romana. Herodes Antipax, que fué el matador de San Juan Bautista, recibió por su parte la Galilea y algunos partidos ó distritos al otro lado del Jordán, y tambien fué despojado de sus Estados, despues de reinar cuarenta y dos años, por Calígula, que le desterró á las Galias, como ya dejamos anotado. La Tracónica y otras provincias situadas al Norte hácia el monte Líbano, se confirió á Filipo, que las gobernó sábiamente por espacio de treinta y siete años, y murió en el vigésimo del reinado de Tiberio. No dejando herederos, se reunieron al pronto sus Estados á la provincia de Siria; pero Calígula los dió á Herodes Agripa, nieto del primer Herodes, é hijo de Aristóbulo, á quien habia éste rey mandado matar. Dos años despues añadió la tetarquía de Antipas; y el emperador Claudio, que habia recibido de Agripa algunos servicios, le declaró rey de toda la Judea; pero como muriese cuatro años despues, no dejando mas que un hijo pequeño para sucederle, se reunió nuevamente su reino al imperio romano, y fué gobernada la Judea como antes por un magistrado romano, dependiente del gobernador de Siria.

En medio de estas vicisitudes habian tenido que sufrir los judíos vejaciones de todos géneros, que dieron lugar á frecuentes sediciones, y produjeron en adelante una general insurreccion: Herodes el viejo habia dado el ejemplo de hollar las leyes y costumbres religiosas de su patria, mandando construir un teatro en Jerusalem y cerca de esta ciudad, un anfiteatro para celebrar los juegos en honor de Augusto, y representar espectáculos, á imitacion de los paganos. Para complacer á los romanos hizo que pusiesen un águila de oro en la puerta del templo, sabiendo que los judíos detestaban las imágenes; y como éstos la hubiesen arrancado, aprovechando la ocasión de la enfermedad que padecía, y de la que murió, cogidos los delinquentes y sus cómplices que llegaban á cuarenta, los mandó que-

mar vivos. Pero muerto Herodes, el pueblo, que consideraba á estos como mártires, reclamó el castigo de ciertos amigos del difunto, sospechosos de haber tomado parte en semejante crueldad; y Arquelao, para disipar las reuniones, envió tropas, que sacrificaron tres mil personas. Esto colmó la irritacion de los judíos de tal manera, que enviaron una diputacion á Augusto para que reuniese el país á su imperio.

Durante el viage que el mismo Arquelao hizo á Roma para obtener la confirmacion del testamento de Herodes, se agravaron tanto las sediciones, que Varo, gobernador de la Siria, se vió obligado á intervenir para reprimirlas, y á dejar en Jerusalem una legion romana que mantuviera la tranquilidad. Esta guarnicion extranjera dió al instante lugar á nuevas turbulencias por los desórdenes á que se entregaba. Levantáronse los judíos por todas partes, y la situaron en el puesto que ocupaba: emprendióse un sangriento combate en medio de Jerusalem: el techo y artesonado del templo fueron incendiados, el sagrado tesoro saqueado por la tropa, una infinidad de personas perecieron por las armas ó entre las llamas; otros se suicidaron como desesperados. Extendióse la anarquía generalmente: cuadrillas de bandidos desolaban el país con sus gefes á la cabeza. Un esclavo de Herodes, y á su ejemplo otros aventureros tan oscuros como él, se atrevieron á tomar el título de reyes, llevando tras sí un populacho crecido. Finalmente, Varo vino á restablecer el orden, se apoderó de Jerusalem, y mandó crucificar dos mil personas, ademas de otra multitud que fueron degolladas por los soldados.

Despues de la destitucion y destierro de Arquelao, hallándose la Judea reducida á provincia romana, vino á Jerusalem el gobernador de Siria, Quirino, para establecer el censo y arreglar los impuestos, que los judíos debían pagar á los romanos. Por aquel tiempo principió la secta de los celadores, que en lo sucesivo causó tantos desórdenes. Fué su cabeza un tal Judas de Galilea, de quien se habla en los *Actos de los apóstoles*, y que habiéndose asociado con un fariseo, llamado Sadoo, formó desde luego un partido considerable, persuadiendo al pueblo que no convenia reconocer otro señor que á Dios: que el yugo de la dominacion extranjera seria vergonzoso para los judíos; y que todo lo debían arriesgar y sufrir por defender su libertad. Estos facciosos procuraban dominar el país, acometieron á diferentes poblaciones, y por todas partes introdujeron la mortandad y el saqueo. Perrió Judas, y sus secuaces se dispersaron; pero dejó tres hijos que trataron de reanimar su partido: dos de ellos fueron cogidos y crucificados por Tiberio Alejandro, que gobernó algun tiempo la Judea en el reinado de Claudio. El tercero, por nombre Manahen, fué muerto por los mismos judíos al principio de la guerra con los romanos, despues de haber conquistado, á la cabeza de numerosa tropa, casi toda la ciudad de Jerusalem.

Hubo pocos sucesos importantes en los cuatro gobiernos romanos

que se sucedieron en Judea desde Quirino hasta Pilato: pero éste dió lugar á muchas sediciones, primeramente mandando colocar en el templo unos escudos que tenían la imagen de Tiberio, despues empleando el dinero del sagrado tesoro para la construcción de un acueducto; y en este último tumulto hizo que rodeasen á los grupos del pueblo soldados disfrazados, que embistiendo indistintamente á sublevados y curiosos, mataron é hirieron á un gran número. De la misma crueldad usó con los samaritanos que se reunieron armados cerca de un impostor que les ofreció medios para descubrir los vasos sagrados, que suponía habia ocultado Moisés en el monte Garizin. Quejaronse los samaritanos á Vitelio, entonces gobernador de Siria; y como Pilato se habia hecho odioso por sus rapiñas, mandóle ir á Roma para justificarse, y entonces Caligula le envió desterrado á las Galias.

Este mismo Vitelio hizo aun otros ejemplares de justicia y moderación, que le ganaron el afecto de los judíos. Quitó la plaza de gofo de los sacrificadores á Cafás, aborrecido del pueblo, porque pertenecía á la secta de los saduceos: abolió el impuesto que se pagaba en Jerusalem sobre los frutos: devolvió al sumo sacerdote la guarda de las vestiduras sagradas, que antes se encerraban en la fortaleza Antonia; y en fin, precisado á trasladarse á la guerra de Arabia, y teniendo que pasar por la Judea, no vaciló en tener la marcha del ejército, á instancia de los judíos, que miraban como signos de idolatría las imágenes y águilas que llevaban como signos los romanos. Pero no duró mucho esta tranquilidad, porque pronto redujo Caligula á la nación á un estado de desesperación por su loca obstinación en que se colocase su estatua en el templo. No se vieron los judíos libres de inquietudes, hasta que un suceso común los mitigó: el advenimiento de Claudio al imperio. Nombrado entonces Agripa rey de la Judea, procuró por todos medios hacerse amar: perdonó el impuesto que pagaban por las casas; se manifestó religioso observante de la ley; y en todos sus actos se distinguía la prudencia y dulzura que exigía el estado de alteración en que la nación estaba.

Despues de su muerte dieron este gobierno á Cuspío Fado, que al principio quiso, siguiendo las órdenes del emperador, obligar á los judíos á que volviesen á depositar en la fortaleza Antonia las vestiduras sagradas del soberano Pontífice, guardándolas en ella los romanos como lo habian estado antes del gobierno de Vitelio, y como medio de tener al pueblo obediente con el temor de que se les denegasen para las grandes festividades. Los judíos pidieron que se les permitiese enviar una diputación al emperador, y lograron con efecto que siguiesen las cosas en el mismo estado, por la mediación de Agripa el jóven, hijo de su antiguo rey. En aquel tiempo Herodes, rey de Calcis, hermano del primer Agripa, solicitó y obtuvo la autoridad en el templo y el derecho de nombrar los soberanos

Pontífices: y despues de su muerte se conservó el mismo derecho á Agripa el jóven, su sobrino, á quien pusieron en posesion de sus Estados.

Cuspío Fado tuvo por sucesor á Tiberio Alejandro, sobrino del célebre Filon, y judío renegado que habia sacrificado su religion al interés. Despues de un corto mando, fué reemplazado por Ventidío Cumano, en cuyo tiempo ocurrieron graves desórdenes. Tenian los romanos la costumbre de colocar en los dias solemnes una guardia numerosa en las galerias del templo para impedir conmociones populares. En las fiestas de Pascua, y para insultar á los judíos, se puso un soldado en una acitid indecente, y hacia gestos como de burla ó desprecio: indignóse el pueblo y gritaba que no les insultaba á ellos, sino á Dios mismo, y al momento cayó sobre la cohorte una nube de piedras, y acercándose Cumano para apaciguar el desórden, fué recibido con voces injuriosas. Obligado á valerse de la fuerza, hizo que tomasen las armas todas las tropas, y las reunió en la fortaleza Antonia, que dominaba el templo. Asustado el pueblo emprendió la fuga, y como se oprimian al buscar las salidas del templo que eran estrechas, y los soldados á postados en los pórticos aprovechaban esta ocasion de vengarse, mataron ó estropearon hasta veinte mil hombres.

Apenas pasó este conflicto cuando ocurrió otro. Algunos sediciosos que huían de Jerusalem, despojaron á un esclavo del emperador, inmediatamente Cumano envió un considerable destacamento con órden de arasar las campiñas y aldeas inmediatas. En este pillage halló un soldado los libros de Moisés, los desgarró y echó al fuego públicamente. Irritados los judíos con este insulto hecho á su ley, fueron en gran número á la casa de Cumano para pedirle justicia; y teniendo este una conmocion general, mandó matar al soldado delincente. Algun tiempo despues, pasando por Samaria unos galileos para ir á Jerusalem con motivo de las fiestas, fueron asaltados por los habitantes que á muchos dieron muerte. Apenas lo supieron los judíos, tomaron las armas á pesar de los consejos de sus magistrados, y juntándose á un gefe de bandidos llamado Eleazar, que hacia mucho tiempo merodeaba por aquellos lugares, robaron y quemaron muchos pueblos samaritanos. Pero llegó Cumano con tropa para socorrerlos, dejóse caer sobre los judíos, y una multitud de estos fueron muertos ó prisioneros, dispersándose los demas. Los gefes samaritanos fueron corriendo á quejarse á Cuadrato, gobernador de Siria, y pedir justicia de las maldades cometidas en sus tierras. Para defenderse echaron la culpa de la sedicion los judíos á los mismos samaritanos, y á Cumano acusaban tambien de que se dejó sobornar con los regalos de estos. Cuadrato, habiéndose enterado del negocio, y persuadido de que unos y otros eran culpables, empezó crucificando á los prisioneros: puso preso al sumo Pontífice Ananías, y le hizo conducir á Roma con los princi-

pales gefes de judíos y samaritanos, y últimamente llevaron también con el mismo destino á Cumano y al tribuno Celer, á fin de que á todos los juzgase el mismo emperador. Conociendo éste que el tumulto empezó con ocasion de la conducta de los samaritanos, mandó matar á los que le enviaron á Roma, desterró á Cumano, y mandó que el tribuno Celer fuese conducido á Jerusalem para ser allí ajusticiado, despues de arrastrarle ignominiosamente por las calles á vista del pueblo.

Félix, que reemplazó á Cumano, halló la Judea llena de ladrones, logró aprehender á una porcion de ellos y los crucificó. Considerables partidas de los mismos recorrían la provincia, acaudilladas por gefes osados é inteligentes; algunas llegaban á tres mil hombres, y se sostenían por su audacia y habilidad contra todos los esfuerzos del gobierno. Hallaban fácil refugio en las montañas y desiertos y en las inmediaciones de la Arabia; y como lisonjaban á los pueblos con la esperanza de sacudir el yugo de los romanos y conquistar su libertad con las armas, este motivo, unido al deseo de robar, reunía á sus bandos una porcion de hombres holgazanes ó desmoralizados. Veinte años llevaba Eleazar ejercitando este oficio á la cabeza de un cuerpo numeroso, y nunca logró Félix sorprenderle hasta que se valió de la traicion y con promesa de no hacerle daño alguno: en cuanto le tuvo en su poder, le cargó de cadenas y le remitió á Roma con otros muchos. Luego al punto estas bandas se hicieron mas formidables con el título de sicarios ó asesinos, y el mismo Félix introdujo este nuevo género de malhechores. Aborrecía este magistrado al sumo sacerdote Jonathas, porque éste, que contribuyó á proporcionarle el empleo de gobernador, se creía con derecho para reprenderle sus faltas, como si éstas recayesen en cierto modo sobre el que aconsejó su nombramiento. Félix, para deshacerse de este importuno censor, resolvió que le asesinasen; y un amigo de Jonathas á quien ganó con promesa de darle una suma, recurrió para la ejecución de este crimen, á algunos de los ladrones que infestaban el país. Vinieron á Jerusalem con pretexto de religion; y hallando ocasion de acercarse á Jonathas, le mataron á puñaladas con armas que traían ocultas entre sus vestidos. La impudencia de este homicidio inspiró una audaz desenfrenada á estas tropas de bandidos. En todas partes se mezclaban con el pueblo, se hallaban en todas las fiestas, y cometían diariamente nuevos asesinatos para satisfacer sus venganzas personales ó las de cualquiera que se las pagaba. Nadie estaba seguro en los campos, ni en la ciudad, ni aun en el templo, y añadiendo el incendio al asesinato, quemaban pueblos enteros despues de haberlos saqueado. Eran sus armas unos puñales cortos y curvos, que se podían fácilmente esconder; y del nombre latino *sica*, que significa puñal, tomaron el nombre de sicarios.

Por aquel tiempo aparecieron una porcion de impostores que de-

cian hallarse inspirados, y arrastraban las gentes en su séquito prometiéndoles milagros patentes y libertarlos de todos los males. Como estaban los judíos convencidos de que el tiempo de la venida del Mesias habia llegado, esta persuasión, unida á la esclavitud que los abrumaba, los tenía dispuestos á la seducción en cuanto oían el nombre de la libertad; porque la mayor parte de ellos creían que el Mesias debía libertarlos de la dominacion extranjera, y procurarles el imperio del mundo; y cuanto mayores eran las esperanzas que los impostores les daban, mayor era su credulidad y disposicion á ser engañados. Entonces apareció aquel egipcio de que hablamos en la historia de San Pablo, que llevó al monte de las Olivas una considerable reunion, persuadiéndoles que los muros de la ciudad se arruinarían á su voz imperiosa. Algunos años antes se presentó otro mágico llamado Theudas, seguido de una multitud inmensa, prometiendo separar las aguas del Jordan por un milagro tan brillante como el de Jesu. Muchos mas impostores seducían á los pueblos con semejantes promesas, y lograron formar reuniones en los desiertos, hasta que las tropas romanas enviadas en su persecucion, los alcanzaban y mataban muchísimos de estos desgraciados.

Los mismos desórdenes continuaron bajo el gobierno de Festo, sucesor de Félix, y se aumentaron despues de su muerte por la connivencia de Albino, que le sucedió. Una banda de ladrones se apoderó de Eleazar, capitan del templo; é hijo del sumo sacerdote Ananias, y no querían soltarle si no daba libertad á diez compañeros suyos que estaban presos y debían ser condenados á muerte. Con esta condicion le rescató su padre, y los asesinos que hallaron medio de poner en libertad á sus compañeros, se esforzaban para apresar alguno de su familia; y pedían luego un canje que el sumo sacerdote obtenia de Albino á fuerza de presentes; cosa que aumentaba prodigiosamente el número y la audacia de los malhechores. Este gobernador, al dejar la provincia, tomó una medida con ellos, que no hizo mas que multiplicarlos. Llamó á su presencia á todos los que estaban en las prisiones, y condenando á muerte á los mas culpables, soltó á los demas por dinero; de manera que toda la provincia fué invadida inmediatamente por aquellos malvados, sin quedar medio alguno de contenerlos.

A pesar de los muchos males que les causó, echaron de menos á Albino, porque disfrutaba sus malversaciones, y procuraba aparentar que se pesadumbaba de no tener fuerzas suficientes para contener los desórdenes que él mismo alimentaba. Pero Gesio Floro que ocupó su puesto, ejerció su crueldad é injusticias sin disimulo y como haciendo alarde de ellas. Habia obtenido este gobierno por el crédito de su muger Cleopatra, amiga de la emperatriz Popaea, y apoyado en esta proteccion, se creía autorizado para las mas odiosas vejaciones. No contento con arruinar al pueblo con enormes

contribuciones, y robar el dinero del tesoro público, saqueaba los pueblos y las ciudades á fuerza armada, y protegia las maldades de los ladrones con tal que repartiesen su botin con él. Viniendo Gesio Galo, gobernador de Siria, desde Antioquia á Jerusalem por las fiestas de Pascua, le salió al camino una multitud de mas de tres millones de personas pidiendo la revocacion de Floro; no habiendo producido efecto este paso, solo sirvió para que redoblase la opresion con la seguridad de no ser castigado.

Los judios mismos aumentaban sus desgracias con sus divisiones. Ademas de los zeladores y los bandidos que infestaban la provincia, se habian formado facciones diferentes que mandaban los principales ciudadanos, y estaban siempre dispuestas á venir á las manos. Entre tanto que un tropel de sediciosos no respiraba mas que la guerra y la independencia, una parte de la nacion que preferia la tranquilidad con el gobierno existente, era víctima del odio y del furor de todos los partidos dispuestos á rebelarse tambien; la multiplicacion de sectas contribuia por su parte á sostener la irritacion en los ánimos. El profundo rencor que subsistia por tanto tiempo entre los samaritanos y los judios, hacia de ellos como dos diversas naciones siempre en pelea, y que no deseaban sino ocasiones de hostilizarse. Los fariseos que tenian en su favor al pueblo, y los saducees que dominaban entre los grandes, se disputaban los honores y el poder, é igualmente corrompian la religion para hacerla servir á sus intereses. El sacerdocio fué objeto de los ambiciosos, y hacia mucho que esclavizado á los caprichos del poder temporal, habia perdido su dignidad, y no servia mas que para manifestar con su visible decadencia la necesidad del nuevo sacerdocio que ya vino para reemplazarle. Se habian visto mas de treinta sumos Pontifices sucederse desde el tiempo de Herodes en el espacio de cien años, y ninguno de ellos conservó este cargo hasta su muerte. Estas frecuentes destituciones llegaron á ser por último un manantial nuevo de turbulencias, haciendo aparecer nuevos partidos opuestos que tomaban las armas para sostener sus pretensiones; y como todos estos Pontifices no procuraban mas que satisfacer su avaricia, só los vió reunidos y conformes en apropiarse exclusivamente los diezmos, y aun cogerlos en las eras por sus comisionados, en perjuicio de los simples sacrificadores que no teniendo otro recurso para vivir, se veian expuestos á perecer de miseria. De este modo las discusiones intestinas lograron reunir los desórdenes de la anarquía con la tiranía del gobierno, y todo concurrió á preparar la catástrofe que al fin habia de consumar la ruina de esta nacion criminal.

Señales y presagios horribles anunciaron á los judios los terribles efectos de la divina venganza. En el año 65 de Jesucristo, uno antes de principiarse la guerra, durante la fiesta de la Pascua, apareció al medio de la noche una resplandeciente luz, que rodeó

el templo y el altar por espacio de media hora; de manera que era como la claridad del mediodia. La puerta oriental del templo, que era toda de bronce, y tan pesada que apenas podian veinte hombres moverla, se abrió por sí sola, aunque tenia corridos grandes cerrojos y pasadores, que penetraban hondamente en las paredes y en el umbral. Poco tiempo despues cuando iba á ponerse el sol, se vieron en el aire espadas y carros de fuego, tropas armadas, que rodearon la ciudad y despues parecia que paseaban las calles. En la fiesta de Pentecostes, habiendo entrado en el templo los sacrificadores para cumplir con su deber, se aturdieron de un ruido confuso y una extraordinaria conmocion que percibian en el fondo del santuario; así como oyeron claramente estas palabras: "Salgamos de aqui; salgamos de aqui."

Pero el mas asombroso prodigio fué la amenaza que Jesus, hijo de Anano, no cesó de profetizar siete años consecutivos contra Jerusalem con las mas extraordinarias circunstancias. Este hombre, de oscura condicion, viniendo del campo á la fiesta de los tabernáculos, cuatro años antes de la guerra, y cuando ni señales habia de revolucion, se puso á exclamar: "Voces del Oriente, voces de Occidente, voces de los cuatro vientos, voces contra Jerusalem, contra su templo, voces contra todo el pueblo." Y desde entonces no dejó de gritar sin interrupcion dia y noche: "Desgraciado templo! Desgraciada Jerusalem!" Jamas salian de su boca otras palabras, ni se le vió quejar de los que diariamente le maltrataban, ni dar las gracias á los que le daban de comer. Los magistrados, irritados con esta lúgubre prediccion, le mandaron prender y azotar muchas veces, con la esperanza de hacerle callar; pero él continuaba su lamentacion, sin quejarse ni decir una palabra para defenderse. Llévatele á la presencia de Albino, gobernador romano, que en vano le hacia preguntas sobre su conducta: mandóle azotar y aun targar su carne hasta descubrir los huesos; mas no por eso logró una sola respuesta, ni una lágrima, ni un suspiro: á cada pregunta y á cada golpe se contentaba con decir en voz mas lastimosa: "Desgraciada, desgraciada Jerusalem!" Soltáronle como insensato, y no cesó de recorrer el pais, y de extender por todo él el mismo grito amenazador sin descansar, ni debilitarse jamas su voz. Cuando sitiaron á Jerusalem, se quedó dentro y le vieron costear la muralla sin dejar de exclamar con mas fuerza que nunca: "Desgraciado templo, desgraciada ciudad, desgraciado pueblo!" Al último añadió: "Desgraciado de mí mismo! y en aquel punto una gran piedra lanzada por las máquinas de los sitiadores, le cayó encima y le aplastó. Comenzó la guerra en el año 66 de Jesucristo, duodécimo del reinado de Neron. Inútilmente los judios se habian quejado al gobernador superior de Siria contra la tiranía de Floro; porque éste, lejos de enmendarse, acabó por arruinarlos redoblando su injusticia y crueldad. Arrebató una parte del tesoro sagrado:

luego, con pretexto de algunas murmuraciones, vino á la cabeza de sus tropas, y desechando toda especie de satisfacción, mandó matar sin piedad á la multitud reunida en la plaza pública. Entonces el pueblo perdió la paciencia, y los sediciosos, aprovechando esta desesperación, resolvieron al fin rebelarse abiertamente. Agripa, que reinaba en una parte de la Galilea y algunas provincias inmediatas, nada perdonó para reducir á la razón á los judíos, haciéndoles presentes las funestas consecuencias de una guerra, en que las fuerzas eran tan desiguales; pero fueron inútiles todas sus exhortaciones, y aun se vió el mismo precisado á salir de Jerusalén. Apoderáronse los facciosos de la fortaleza de Massada, y degollaron á la guarnición romana. Al mismo tiempo Eleazar, hijo del gran sacerdote Ananías y capitán del templo, hizo que se determinase que no se recibirían ya víctimas de parte de ninguno que no fuese judío, y que no se ofrecieran en adelante á favor de los extrangeros, ni del mismo emperador, como era antes costumbre hacer. En vano se opusieron á esta resolución los Pontífices, que se aprovechaban de las víctimas, y los principales ciudadanos que temían la guerra; no hallaron mas medio que acudir á Floro y al rey Agripa para obtener tropas que contuviesen la sedición en sus principios. Floro, á quien convenia que continuase el desorden, no hizo mérito de semejante solicitud; pero Agripa les dió tres mil caballos. Siete dias se hostilizaron con encarnizamiento los dos partidos, y por último, los sediciosos reforzados con una banda de sicarios, hicieron huir á los de Agripa, y quemaron su palacio y la casa del Pontífice Ananías, á quien también sacrificaron, aunque era el padre de su jefe (1). Incendiaron despues los archivos públicos para destruir las escrituras que contenian las obligaciones de los particulares, y atraer así á su partido á todos los hombres entrapados.

A pocos dias se hicieron dueños de la fortaleza Antonia, que también quemaron despues de pasar á cuchillo á la guarnición romana que la defendia. Ya principiaron los vencedores á dividirse entre sí, y Eleazar acometió á los sicarios que le habian socorrido. Manabon, su jefe, hijo de aquel Judas Galileo, que creó el partido de los celadores, procuraba apoderarse del mando á la cabeza de una tropa numerosa, que habia provisto de armas, saqueando el almacén que habian en la fortaleza de Massada. Ya se habia hecho dueño de una parte de la ciudad, cuando le cayó encima Eleazar en el templo, mientras él hacia sus oraciones, engrandecido con todo el aparato monárquico. Murió allí, como sus principales secuaces, y las demas huyeron. Eleazar revolvió despues contra los restos de la guarnición romana, que, estrechada por todas partes, se

(1) Para que se verifique la palabra de San Pablo, que habia servido de órgano de la milición divina, diciéndole á este Pontífice: "Dios te castigará, pared blanqueada."

habia refugiado en unas torres, donde se halló luego sin provisiones. Rindióse con la condicion de perdonarles la vida y dejarlos en libertad; pero en cuanto entregaron las armas, los sediciosos acabaron con ellos, olvidándose de la capitulación.

En el dia mismo de esta pérdida atrozidad, los judíos de Cesarea, donde residia el gobernador romano, fueron victimas de otra espantosa crueldad, que fué con el tiempo la orden de matanza por toda la provincia, y sirvió de pretexto para la revolucion. Muchas veces antes ocurrían sangrientos choques en esta ciudad entre sirios y judíos con motivo de la preferencia que reclamaban unos y otros: para restablecer el orden fué precisa la homicida intervencion de las tropas romanas. Neron, con privar á los judíos del derecho de ciudadanos, de que anteriormente venían gozando, provocó el alzamiento, que confiados en su número y riquezas intentaron, y acudieron á las armas para defenderse de las vejaciones que se les causaban: los sirios, auxiliados por Floro, y seguros de apoyo, acometieron á los judíos y mataron mas de veinte mil; y luego Floro mandó aprisionar con cadenas á todos los que quedaron, y los distribuyó por los puertos.

Noticiosos de esta carnicería, todos los judíos entraron en un furor que no admitia límites. Desparramados por todos lados en las villas y ciudades de Siria, quemaban los unos, derribaban los otros, y mataban á los habitantes, sin exceptuar edad ni sexo. Por su parte los sirios no se mostraron menos crueles. La necesidad de defenderse, unida al estímulo de la venganza y al deseo de robar, excitaba aun á los mas moderados. En Tolenaia perecieron dos mil judíos, y en Ascalon dos mil y quinientos. Cada pueblo estaba dividido en dos ejércitos enemigos, que se hacian guerra á muerte: matabanse de dia y de noche, en las casas lo mismo que en las calles; la sangre corría constantemente, y las plazas públicas estaban plagadas de cadáveres. Los campos mas expuestos aun, eran talados, arrasados y sufrían todos los horrores del asesinato y del incendio.

Los judíos de Seythopolis, ciudad griega en las orillas del Jordán, se juntaron á los demas habitantes para combatir y rechazar á una cuadrilla de furiosos que fué á hostilizarlos. Así esperaban ponerse á cubierto, tomando las armas contra sus compatriotas. Pero los sirios, sea por ódio ó por desconfianza, los obligaron á retirarse con sus familias á un bosque cercano, y en él mismo los degollaron en número de mas de trece mil. Un tal Simon que habia manifestado mas ardor para combatir á los otros judíos, viendo que tan fríamente sacrificaban á sus compañeros, se entregó á una violenta desesperación y exclamó: "Yo he merecido bien la muerte; pero solo debo recibirla por mi mano." Mirando entónces á su familia con ojos desencajados, cogió á su padre de su capa cabellera y le atravesó con la espada; despues hizo lo mismo con su madre: su mu-

jer y sus hijos, que parece que se apresuraban á recibir sus golpes, y últimamente, levantando la espada para ser mejor visto, se atravesó con ella. Casi todas las ciudades de Siria trataron á los judíos con igual crueldad; y algunos años en adelante los habitantes de Damasco, reuniendo en su gimnasio todos los que habia en la ciudad, los tuvieron encerrados y desarmados, y concluyeron por degollarlos á todos, que serian diez mil.

Mayor fué en Egipto la carnicería, y en especial en la ciudad de Alejandría, donde eran detestados generalmente. Un día, en que el pueblo ocupaba el anfiteatro para acordar un asunto, observó que habia entre los congregados algunos judíos, y empezó á gritar que eran espías y envenigados, y que debian apoderarse de ellos. Recurrieron los judíos á la fuga; pero pudieron coger á tres, y se disponian para quemarlos vivos. Todos los demas acudieron en su socorro y principiaron arrojando una nube de piedras contra los griegos: luego tomaron hachas encendidas y se acercaron al anfiteatro, con el intento de quemarle, y en él á todos los concurrentes. Tiberio Alejandro, gobernador de la ciudad, trató por el pronto de apaciguarlos con reflexiones y amenazas; pero como su respuesta se redujese á injurias, despachó contra ellos dos legiones con orden de exterminarlos, robar sus casas, é incendiar el barrio en que vivian. Bastante tiempo se defendieron, como desesperados; pero al último hubieron de replegarse, y juntándose entonces el pueblo con la tropa, fueron acometidos y sacrificados en número tan crecido, que los cadáveres hacinados llegaron á cincuenta mil.

Entre tanto, observando Cestio Galo, gobernador de Siria, que todos los judíos estaban sublevados, reunió el mayor número de tropas que pudo, y fué desde Antioquia á Cesarea, y desde allí envió uno de sus tenientes á que sometiese á Galilea, que apenas hizo resistencia. Otro destacamento tomó y quemó la ciudad de Joppe, cuyos habitantes fueron enteramente exterminados, y eran como ocho mil y cuatrocientos. Continó en la reunion de fuerzas militares, y cuando tuvo todas las posibles se encaminó á Jazera; en el camino quemó la ciudad de Lida, y fué á sentar sus reales á dos leguas de Jerusalem. El pueblo que se habia allí congregado para la fiesta de los tabernáculos, tomó las armas y se echó de repente con grande furia contra el campamento romano, de modo que los desalojó y puso en fuga con pérdida de mas de quinientos hombres. Los judíos no perdieron mas que veintidos, y hubieran podido derrotar el ejército de Cestio, si éste no les hubiera enviado, por medio de Agripa, dos diputados, haciendo proposiciones de paz y ofreciendo el perdon de parte de los romanos. Algunos sediciosos no querian dar oídos á estas pláticas, tanto que mataron á uno de los enviados é hirieron al otro; mas otra parte del pueblo mostró disposiciones pacíficas y se retiró. Aprovechándose Cestio de esta division, vino á acampar á un cuarto de legua de la ciudad,

ANIL

MA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS





FLAVIO JOSEFO, HISTORIADOR DE LA DESTRUCCION DE JERUSALEN

y la embistió inmediatamente. Apoderóse de unos arrabales y los incendió, obligando á los sediciosos á encerrarse en la parte fortificada de aquella y en el templo. Era tan grande su terror, que si el gobernador hubiera aprovechado esta ocasion, desde luego pudieran haberse hecho dueño de la plaza y concluir la guerra. No faltaron habitantes que se ofrecieron á franquearle las puertas; pero no lo aceptó, ya con el recelo de que le hiciesen traicion, ó ya que tuviese algun motivo secreto para desear la prolongacion de estos desórdenes. Pasados algunos dias, se retiró al fin á dar un asalto; y no habiendo logrado la ocupacion de la ciudad, se retiró precipitadamente á su campamento, y en seguida á Cesarea. Perseguiósele los judíos en su retirada; y llegando á una estrecha bajada, le hostiliaron con tan buen resultado, que solo la venida de la noche impidió su completa derrota. Matáronle cinco mil y trescientos hombres de infantería y mil de á caballo: le cogieron tambien su bagaje y las máquinas que llevó para el sitio, y les sirvieron en lo sucesivo para su defensa.

Después de esta derrota de Cestio, acordándose los cristianos de Jerusalem de las predicciones de Jesucristo, se retiraron á las montañas que hay mas allá del Jordán, y particularmente á la villa de Pella, sita cerca del desierto en los confines de la Arabia. Mas los judíos, ensobrecidos con la victoria, no pensaban en otra cosa que en los preparativos para la guerra. Repararon los muros y las fortalezas: en todas partes fabricaban armas: se distribuian las comandancias; y se nombraban gobernadores para todas las provincias. Fue nombrado jefe de todos Anano, que habia sido sumo sacerdote, y tomó varias medidas para establecer el órden en el país y poner á Jerusalem en estado de defensa. El capitán del templo, Eleazar, obtuvo el gobierno de Idumea; Josefo, el historiador, el de Galilea, y muchos destacamentos de tropas fueron dirigidos á diferentes puntos para contener las partidas de sicarios y de ladrones.

Mientras tanto Cestio habia informado á Neron de esta sublevacion general, y del descubrimiento que habia sufrido; y el emperador confió á Vespasiano, experimentado capitán, el cuidado de esta guerra: éste se puso en marcha inmediatamente para Antioquia. Llegó á ella al principio del año de 67; después pasó á Toleniada, donde esperó dos legiones, que le trajo de Egipto Tito, su hijo. Entonces ya consistia su ejército en sesenta mil hombres, incluyendo en ellos los aliados que enviaron varios reyes vecinos, y un gran número de árabes que se habian alistado con el aliciente del saqueo. Primeramente se presentó en Galilea Vespasiano; tomó y quemó á Gadara después de haber puesto guarnicion en Seforis, ciudad fuerte que se entregó sin combatir. Josefo, que mandaba en esta provincia, se hallaba á la cabeza de cien mil hombres, pero no se atrevió á esperar la batalla y se encerró en la ciudad de Jotapata, que fué tomada y destruida después de un sitio de cua-

renta días. Horrible fué en ella la matanza, donde perecieron mas de cuarenta mil judíos. Josefo, con las reliquias de su ejército se ocultó en las cavernas, y en ellas se degollaron ellos mismos, los unos á los otros. En cuanto á su persona, quiso probar la clemencia del vencedor, y por rescatar su vida, le ocurrió hacerse profeta, y prometió á Vespasiano el imperio, no avergonzándose de añadir á las mas bajas isonías, una sacrilega charlatanería y mentiras que ni aun supo presentar como probables. Perlenecia Josefo á una familia de sacrificadores, y es el que escribió la historia de esta guerra. Dió algun descanso á sus tropas Vespasiano despues de la toma de Jotapata, y pasó á sitiar á Tiberiades y Tariquea, una y otra situadas en el lago de Genezareth. La primera que se entregó al punto, fué conservada á instancia de Agripa, como que hacia parte de su reino. La segunda fué tomada y arruinada, y cuando el furor del soldado se cebó y aun cansó de la canniceria, vendieron el resto de los habitantes, que no eran menos de treinta mil. Tambien se apoderó de Gamala, situada mas allá del Jordán, dando un asalto que halló obstinada resistencia, por lo que pasaron á cuchillo sin piedad alguna, hasta las mugeres y niños, y cinco mil judíos, animados de una horrible desesperacion, se suicidaron. Tito, muy poco despues, se hizo dueño de Giscala, donde puso una guarnicion. Juan, que la guardaba con una tropa de celadores, fingió que escuchaba proposiciones de paz, y escapándose despues una noche, se marchó á Jerusalem con los suyos. Conquistada toda la Galilea, aprovechó Vespasiano el resto de la campaña, marchando contra Azof y Jamnia, en las costas del Mediterraneo, y habiéndolas sujetado, volvió á Cesarea, donde dió á sus tropas cuarteles de invierno.

Á la primavera siguiente prosiguió sus conquistas y recorrió rápidamente todo el pais para acabar de someterle antes de marchar contra Jerusalem, porque no queria dejar enemigos á su retaguardia, y convenia mucho dejar que esta ciudad se fuese debilitando por la guerra intestina que se hacian entre sí los diferentes partidos. Contentóse, pues, con establecer en el pueblo de Emmaus, que estaba inmediato, un campo atrincherado con suficientes tropas para tenerla á raya: y luego con el grueso del ejército se adelantó á las provincias del Mediodia: en la Idumea todo lo arrasó: volvió al Norte, á la Judea y la Samaria, y apoderóse de todas las ciudades que aun se resistian, y en todas dejó sus guarniciones. Al propio tiempo uno de sus tenientes sujetó la Perea ó el pais que está mas allá del Jordan hasta el mar Muerto; y los sediciosos que ocupaban á Gadara, metrópoli de esta provincia, obligados á marcharse, fueron degollados en número de quince mil, ademas de dos mil que hicieron prisioneros y sin contar otra porcion de ellos, que se ahogaron al querer atravesar el río, que habia crecido con las lluvias. Vespasiano, despues de haber sofocado la rebelion, se disponia á

marchar con todas sus tropas para sitiar á Jerusalem, cuando se vió obligado á suspender la guerra, de resultas de las grandes novedades ocurridas en el imperio.

Ya hacia tiempo que Neron se habia hecho odioso á los romanos por sus locuras y crueldades, hasta que no pudieron seguir obedeciendo á semejante ministro. Subleváronse primeramente los ejércitos de las Galias y ofrecieron el imperio á Galba, que mandaba en España; y luego al punto fué proclamado emperador por el voto unánime del pueblo y de los soldados de estas dos provincias. Poco le importó á Neron de esta asonada en los primeros momentos, y creyendo haber asegurado la ruina de Galba, declarándole enemigo del Estado por acuerdo del senado, continuó entregándose á sus liviandades. Pero cuando supo que el ejército de Alemania se habia sublevado tambien, y vió que esta noticia arrastraba hacia la traicion hasta las mismas tropas que formaban su guardia, cayó en un terrible abatimiento, y no trató mas que de buscar medios para salvar al menos la vida. Agitado con el miedo y los remordimientos, deliberaba sobre el partido que debia tomar, cuando observó que estaban saqueando su palacio. Ya no pudo dudar de su perdicion, y salió huyendo de Roma á la media noche, tapado con una mala capa, para no ser conocido: acompañábale no mas que cuatro libertos suyos, y se retiró á casa de uno de ellos, á corta distancia de la ciudad: en este tránsito, y acosado de la sed, tuvo precision de beber agua congosá en el hueco de la mano, y no pudo menos de exclamar despues de un gran gemido: «En qué han venido á parar las cosas hechas de Neron!» Al dia siguiente le noticiaron cómo el senado le habia sentenciado al suplicio ignominioso y cruel que las antiguas leyes señalaban para los enemigos del Estado: y habiendo sentido ruido de caballos y soldados cerca de la casa, se decidió á quitarse la vida, cortándose el cuello con un puñal. Murió en 9 de Junio del año 68, y á los 32 de su edad, habiendo reinado trece años y cerca de ochos meses.

El senado reconoció por emperador á Galba, ratificando la eleccion de las legiones; reinó siete meses no mas, porque junta su avaricia á ciertos actos de excesiva severidad, se indispuso con el pueblo, y sobre todo, con los soldados, y éstos le mataron en 15 de Febrero del año 69. Dieron el imperio á Othon, antiguo gobernador de la Lusitania. Casi al mismo tiempo se supo que las tropas de la Germania baja habian proclamado por su parte á Vitelio, su general. Othon, cuya eleccion aprobó el senado y confirmó el pueblo, se disponia á sostener la guerra contra Vitelio, que marchaba hacia Italia; pero habiendo sido vencido en una batalla que se dió junto á Cremona, se suicidó, despues de haber reinado tres meses.

Sabidas estas ocurrencias en el ejército del Oriente, y viendo que despues de la muerte de Othon se hallaba el imperio en manos de un hombre incapaz, afeminado, gloton, lleno de infamias, y digno

del desprecio, se creyeron con derecho de nombrar ellos tambien su emperador, y proclamaron á Vespasiano, quien se vió obligado á admitir esta dignidad, no sin haber pasado por muchas dudas y reuelos. Adhirióse á esta eleccion Tiberio Alejandro, gobernador de Egipto, con las dos legiones que mandaba. Todas las tropas que habia en el Asia y en la Grecia, le reconocieron igualmente, y Muciano, procónsul de Siria, se encargó de la expedicion, que tenia por objeto impedir á Vitelio su permanencia en Italia. Deshecho esto en un combate que se dieron ambos ejércitos casi en medio de Roma, y habiendo sufrido toda suerte de ultrajes, fué asesinado, y arrastrado su cuerpo á las Gemonias, y luego arrojado al Tiber. Habia reinado ocho meses, y murió en el principio de Octubre del año 69.

Habíase quedado Vespasiano en Oriente para afirmar allí su autoridad y reunir fuerzas de que disponer si la guerra se prolongaba. En Antioquia estaba, y el pueblo se habia reunido en el teatro, cuando un judío renegado, por nombre Antioco, acusó á los demas judíos, y aun á su padre, de que habian querido pegar fuego á la ciudad. Al momento, furioso el pueblo, hizo quemar á todos los que hallaron en aquella asamblea; y habiendo pedido el renegado que se obligase á los demas á sacrificar á los ídolos, la mayor parte se resistieron, y fueron pasados á cuchillo, como sospechosos de traicion. Trasladóse Vespasiano á Alejandria, donde la supersticion de los pueblos y las adulaciones de los cortesanos contribuyeron simultáneamente á persuadirle de que los dioses se interesaban en su favor, y que en su eleccion habia alguna cosa de divino. Fingieron que el dios habia mandado á dos impedidos que se dirigiesen al emperador y serian curados: era uno cierto sujeto, que se decia estaba ciego, y el otro tenia dislocada una mano (1). Al principio se burlaba él mismo de esta farsa; pero luego tocó con la mano al uno, y al otro le puso saliva en sus ojos, y quedó persuadido de que los habia curado. En otra ocasion, entrando en el templo del mismo dios, le pareció que veia á un egipcio, nombrado Basilidas, que le ofrecia coronas, y despues de haber tomado informes con esta ocasion, se justificó que este sujeto estaba aquel dia á mas de veinte leguas de distancia de Alejandria. Fácil era engañar á la multitud acerca de estos milagros, cuya certeza no estaba á su alcance justificar; pero no dejaron de sentir su efecto, presentando á Vespasiano como un amigo de los dioses, y engrandeciéndolo así la mediación de su nacimiento por la autoridad y lo maravilloso que reñia en su persona. En Oriente, todos estaban persuadidos de que habia de salir por entances de la Judea

(1) De esta manera lo refiere Tácito; pero Suetonio cuenta que el segundo tenia una rodilla floja é débil, y nada dice de la mano. Esta contradiccion entre historiadores contemporáneos, basta para conocer el crédito que merecen estos prestigios.

un conquistador que reinaria en toda la tierra. Procedia esta opinion de la falsa interpretacion de los divinos oráculos, que tenían anunciada la venida del Mesias. La mayor parte de los judíos entendian estas profecias respecto al dominio temporal; esta circunstancia era bastante para que se obstinasen en la rebelion, porque sabian que habia llegado el tiempo de la venida de este libertador, y esperaban á su sombra ser dueños del mundo. Quisieron los aduladores de Vespasiano aprovechar este resorte, y los prestigios que imaginaron tenían por objeto el persuadirle que este suceso se verificaria en su reinado. El mismo Josefó, aunque judío y sacrificador, no se avergonzó de tomar parte en esta sacrilega lisonja. Finalmente, enterado Vespasiano de la victoria que su partido obtuvo, y del decreto del senado que confirmó su eleccion, salió para Roma y envió á Tito su hijo á la Judea para que terminase la guerra.

Cuando todo esto sucedia, la ciudad de Jerusalem, tranquila del lado de los romanos, se despedazaba entre los partidos diversos que se daban diariamente sangrientos combates. Acudieron á ella desde el principio sediciosos de todas partes, á medida que se iba perdiendo el resto del pais. Y agregándose desde luego á una porcion del populacho que deseaba aprovecharse de la anarquía, llegaron prontamente á usurpar el poder, y cometieron los mas desastrosos desórdenes. En medio del dia se entregaban á toda clase de violencias y delitos, no respetando la vida ni las propiedades de los ciudadanos, y quitando de un medio á todos los que aborrecian. Arrestaron y pusieron en prisiones á cierto número de los personajes mas considerables por sus riquezas ó nacimiento, y los degollaron sin forma de proceso, á pretexto de que intentaban entregar la ciudad á los romanos. Era esta la comun excusa con que procuraban dorar su tiranía y excesos, porque aparentaban siempre estar poseídos de un celo ardiente por la defensa de la libertad y de la religion, y de esto les vino el nombre de zeladores. Aun emprendieron nombrar sumo sacerdote que fuese adicto á su partido, como que á él debia su exaltacion. Tambien quisieron escogerle á la suerte, alegando que era el antiguo método; y habiendo caido aquella á un tal Fagius, que era de familia sacerdotal, pero ignoraba absolutamente todas las ceremonias sagradas, le pusieron en posesion, á pesar de su resistencia, y le instruyeron en sus propias funciones, lo mismo que á un cómico que aprende su papel. El gran sacerdote Anano y los principales ciudadanos sublevaron al pueblo contra estos sediciosos, que para defenderse se metieron en el templo, donde se fortificaron. Logróse, por fin, romper el recinto exterior, y no hubieran podido conservar la interior fortaleza, á no ocurrir el obstáculo de que el gran sacerdote escrupulizó, continuando los asaltos, de profanar el templo y forzar las puertas para que entrasen los sitiadores llenos de sangre. Tomóse por esto el partido de

hacerles proposiciones para transigir, y con este motivo pasó Juan, que antes se había evadido de Giscala, con una porción de celadores, el cual, aunque aparecía amigo de Anano, lo era solamente para hacerle traición. Persuadió á los sediciosos que no podrían lograr piedad; que pactasen con Vespasiano en el sentido de entregar la ciudad, no quedándose otro recurso que llamar á los idumeos para que los socorriesen. Estos habían abrazado antes la religion judaica, y estaban siempre dispuestos á pelear y á robar: habian sacudido el yugo de los romanos, y manifestaban deseos de continuar la guerra con ellos. En cuanto llegó á su noticia el intento que suponian en Anano, en número de veinte mil corrieron y se acercaron lo bastante (aprovechando una tempestad que ocurrió de noche) para que hiciesen una salida los celadores, se reunieran con ellos, y entraran juntos en Jerusalem: sellándose todos simultáneamente sobre el enemigo, hicieron en él un gran destrozo, porque al amanecer se contaron ocho mil quinientos cadáveres en las cercanías del templo. Reparados luego por la ciudad, continuaron su obra de destruccion; y habiendo empleado inútilmente todos los medios para atraer á los nobles, principalmente á los jóvenes, á que tomasen las armas, mataron doce mil, que permanecieron insepultos muchos dias. El mismo Anano fué degollado con otros sacrificadores, y su falta arruinó enteramente el partido moderado, que fatigado ya con la anarquía y temiendo el poder de Roma, parecia inclinarse á la paz. Juzgaban los celadores que respecto á Zacarías era preciso usar de las formas judiciales, como que este personaje, hijo de Baruch, se distinguia tanto por su propio mérito, como por su nacimiento y sus riquezas. Presentáronle á los jueces, y le acusaron de inteligencias con los romanos. No se pudo alegar prueba alguna, y fué inaudiblemente absuelto. Con todo, se echó sobre él una porción de sediciosos, y en el tiempo mismo le decapitaron.

Los mismos idumeos se ensanaron de tomar parte en aquellas crueldades, y salieron de Jerusalem despues de haber libertado á dos mil personas que tenían en prision los celadores. Dejándolos en virtud de aquella separacion mas expeditos, se volvieron mas furiosos; y se vió cómo sacrificaban, con diferentes pretextos, á los mas distinguidos habitantes que habia en la ciudad. Pasieron guardias en las puertas de esta, y aun en las calles, para detener á los que intentaban pasar al campo de Vespasiano á fin de librarse de tanta tiranía. Bastaba que sospechasen ó acusasen á cualquiera para que con aquel pretexto le asesinasen; y como estaba prohibido entrar á los proscritos, estaban las calles y las plazas cubiertas de cadáveres que infestaban el aire.

Apenas habian triunfado estos facciosos contra el partido moderado, se dividieron entre sí. Desde el principio tuvieron por jefe á Eleazar, nieto de Judas Calileo, que se había sublevado contra los romanos en el gobierno de Giscala, que vi-

no á reunirse con ellos, quiso desde el momento participar del mando, y tan bien supo ganar los ánimos, que en efecto, su influencia no tardó en prevalecer y hacerle dueño de todo. No pudo sufrir Eleazar un superior, ni aun igual, y se atrincheró en el templo con parte de los celadores que le quedaron adictos; interin Juan, con los demás, ocupó las galerías exteriores de aquel. Para conservar este grito su mando, así como había hecho para adquirirle, se vió precisado á autorizar la desenfundada licencia de los celadores, permitiéndoles cometer toda clase de crímenes. Robaban estos bandidos impunemente las casas de los ricos, degollaban á los habitantes, deshonraban á las mugeres, y se entregaban á los mas infames excesos. Fatigado el pueblo, se determinó á combatir esta multitud de facinerosos, y auxiliado de algunos idumeos que se habian separado de ellos, se echó encima por diferentes puntos, mató la mayor parte, y obligó á los otros á permanecer encerrados en las galerías que ocupaban. Con el temor de que intentasen poner fuego á la ciudad, abrió el pueblo la entrada á una tropa de facinerosos, cuyo amparo se vió precisado á implorar. Simon Bargaría, su jefe, era un joven impetuoso y emprendedor, que se había distinguido en la derrota de Cesái, y despues de haberse encerrado con los sicarios en el fuerte de Masada, salió en cuanto vió que los romanos se habian tranquilizado: logró juntar un ejército de veinte mil hombres, ofreciéndoles por premio el saqueo, y por mucho tiempo se dedicó á destruir los campos; y finalmente, se estableció en las puertas de Jerusalem con el intento de apoderarse de esta ciudad á la sombra de las revueltas que se advertian entre sus habitantes. En cuanto entró en ella, hostilizó á los del templo, que eran los celadores; pero éstos se defendieron muy valerosamente y no fueron desalagados. Todavía los facciosos se subdividieron en tres distintos partidos que se hacian continua guerra, y en nada concordaban sino en oprimir al pueblo y procurar arruinarlo.

Tal era el deplorable estado de Jerusalem, cuando vino á sitiaria Tito en la primavera del año 70, poco antes de la Pascua. Esta circunstancia habia contribuido con otras, mas, á que se hallasen reunidos un número inmenso (1), que solo contribuyó á aumentar el desorden y consumir las provisiones con mas celeridad. La mayor parte del pueblo estaba decidida á defenderse hasta la última extremidad, y aun las mismas mugeres pelearon con extraordina-

(1) Berault-Berenstet hace llegar este número á 2.500.000 personas, y establece este cálculo por el número de corderos que fueron inmolados en esta última Pascua, y que los romanos lograron justificar. No haríamos mérito de esta equivocacion, bastante visible por sí, si no tuviéramos precisión de notar el propio tiempo, que el hecho con todos sus incidentes fué una invención del autor. ¿Cómo podian los romanos verificar lo que pasaba en una ciudad sitiada y amurallada, con la que no tenían ellos posible comunicacion? Bien se conoce semejante cálculo hecho por Cesái, gobernador de Siria, y funda-

rio furor: tenían gran cantidad de armas y de máquinas; y además de la ventajosa situación de la ciudad, nada había perdonado el arte de cuanto parecía necesario para hacerla mas fuerte. Estaba situada en varias montañas y rodeada de tres murallas, en las que resaltaban gran número de torres; el templo mismo también ascendía en una montaña y formaba una especie de ciudadela, protegida por la fortaleza Antonia, que los judíos habían restaurado: últimamente, tenía muchos canales subterráneos, por los que podían salir y caer de improviso sobre los sitiadores; pero el hambre, junta á los excesos de los celadores, hizo innecesarios todos estos medios de defensa.

El día 14 de Abril, fiesta de los Azimos, encerrado Eleazar en lo interior del templo, abrió al pueblo sus puertas para que celebrase aquella. Aprovechóse Juan de Giscala de esta ocasion para introducir furtivamente con la multitud algunos de los suyos, que llevaban armas ocultas. Apenas entraron, cuando se arrojaron sobre las tropas de Eleazar, mataron muchísimos, hicieron huir al pueblo, y á la sombra de este desorden lograron hacerse dueños de todas las partes del templo. Las tres facciones que antes existían, se redujeron á dos, la de Juan y la de Simon, y á pesar de sus divisiones, no dejaban de reunir sus esfuerzos para resistir á los romanos.

Habiéndose Tito adelantado con una escolta para reconocer la plaza, apenas le divisaron los judíos, hicieron una vigorosa salida, y rechazándole impetuosamente, le envolvieron de manera que le costó mucho trabajo el escapar de ellos. Al día siguiente resolvió estrechar mas el sitio, y quiso alojarse en el monte de las Olivas; pero una pronta salida de los judíos le disputó mucho tiempo la ocupacion, y no la consiguió sino á costa de repetidos y sangrientos combates, que por segunda vez pusieron su vida en gran peligro. Establecido ya su campamento casi al pié de la muralla y dispuestas las máquinas para combatir, envió á presentar proposiciones de paz á los rebeldes: éstos las consideraron efectos de flaqueza, y con desprecio las rechazaron. Mandó batir en brecha la primera muralla, y á los quince dias, el 3 de Mayo, penetrando sus tropas por una grande abertura, se halló dueño de toda la parte septentrional de la ciudad hasta el valle de Cedron. Cinco dias despues logró abrir brecha en la segunda muralla, apoderándose de la ciudad nueva hasta la fortaleza Antonia, no obstante los ataques vivos y frecuentes de los sitiados, que hicieron increíbles esfuerzos para rechazar al enemigo. Imaginando que los judíos estarían mas tratables á consecuencia de tantas pérdidas, envió á Josefó para que

do igualmente en el número de cerdores consumidos en la Pascua. Pero éste le hizo al principio de la guerra, cuando vino como gobernador á Jerusalem, y cuando esta ciudad reconocia aún la dominacion romana. El Sr. Henrion, que ha publicado una edición correcta de Beraul-Berestel, no se atrevió á descubrir este error, imponiéndolo.

les persuadiese la sumision; pero no halló medio alguno para librar de su ruina á este pueblo obstinado. Seducido por falsos profetas que le prometían el imperio del mundo, no daba crédito mas que á las palabras de estos impostores, y siempre estaba sordo á los sábios consejos de la prudencia. Ni la ocupacion del templo, ni el hambre, que acababa con los habitantes, ni el fuego que consumía ya una parte, fueron suficientes para desengañarlos de sus insensatas y vanas esperanzas; reducidos á la última extremidad, aun se imaginaban que saldría un libertador entre ellos que los conduciría muy pronto á la conquista del universo.

Los romanos construyeron cuatro baluartes y acercaron sus máquinas para atear la fortaleza: cuando se disponían para batir el muro, dos de aquellos, que habia minado Juan de Giscala, se arrojaron de pronto; no perdieron los judíos esta coyuntura del desorden y sorpresa de los romanos, hicieron dos vigorosas salidas, destruyeron los otros dos baluartes, quemaron las máquinas y perseguiéron al ejército enemigo hasta su campamento. Acobardátonse los sitiadores con la ruina de estas obras inmensas que les habian costado diez y siete dias de trabajo, y el soldado, fatigado, decia con audacia que aquella plaza no se podia tomar. Tito juzgó conveniente embestir con todas sus tropas la parte de ciudad que aun quedaba á los judíos, y dispuso que sus tropas, en el espacio de tres dias, construyesen una muralla de dos leguas de extension con trece fuertes, á distancia convenientemente, para estorbar así la introduccion de socorros y las salidas á buscar víveres.

Desde los primeros dias del sitio se padecía el hambre; mas despues de esta circunvalacion llegó á ser horrible. Mucho hacia que no se hallaba trigo ni provisiones de ninguna especie en los mercados ni en las casas: tenían que ocultarlas, y aun así no se libraban de las requisiciones de los facciosos, que las cogían en todas partes. Por la simple inspeccion de la persona, por su obesidad y aun por el continente, juzgaban que habia conservado alimentos, y el que así era considerado quedaba expuesto á toda la explosion de su furor. Si una puerta estaba cerrada, iban do aquí que en aquella casa habia provisiones: la echaban abajo inmediatamente, y empleaban los mayores tormentos para obligar al dueño á que las descubriese: cogían á las mugeres por el cabello y pisoteaban á los niños para arrebatarles un poco de pan; tambien arrebataban de la mano á los habitantes un puñado de verbas que iban á coger al campo por las noches con peligro de perder la vida. Los mas ricos ciudadanos vendían sus posesiones por una medida de trigo, y luego encerrándose en el sitio mas escudido de sus casas, hacían de prisa un poco de pan, ó se comían el grano crudo, segun la necesidad ó el miedo que tenían, porque el retorcido de los facciosos estaba mas encarnizado contra ellos. Acusábanlos de traicion para tener un pretexto de saquearlos y matarlos; Simon mandó degollar por otra columna semejante

al sumo sacerdote Matías, con sus tres hijos, sin permitirles defenderse, aunque él mismo le hubiese proporcionado a aquel su entrada en la ciudad. Muy pronto el exceso de miseria fue tan grande y general, que los judíos iban á buscar en los mataderos suidades inaguantables aun á la vista; toda clase de corraje, el de sus cintos, el de sus escudos, los desperdicios del heno, yerbas podridas, hasta el estiércol de los animales, todo les servía de alimento: corrían como hambrientas fieras sobre cualquiera objeto que tuviese apariencia de alimento: los amigos y los parientes mas próximos se peleaban para arrobatarlos, el hambre había sofocado todos los sentimientos naturales. Una mujer, llamada María, distinguida por su fortuna y nacimiento, y que había venido á Jerusalem para celebrar la Pascua, fué inmediatamente despojada por los sediciosos de todo lo que poseía. Arrebatada del dolor, les llenó de maldiciones y de injurias para que se enfureciesen y le quitasen la vida. No habiendo podido lograrlo, y aquejada del hambre y la desesperación, cogió á su hijo, á quien estaba criando, y mirándole con ojos desentecados, le dijo: "Niño desgraciado, ¿para que te reservo? ¿para sufrir estos horrores! ¿para morir de hambre, ó caer en manos de los mas crueles enemigos?" En seguida le degolló, hizo que le asaran, comió una parte de él y guardó el resto. Entrando los facciosos en la casa y oliendo á carne asada, amenazaron á la mujer con las espadas al pecho para coger lo que había quedado. "Yo, les dijo ella, os he guardado una buena porción," despues les enseñó el niño á medio devorar, y viendo que se apartaban horrorizados, añadió: "Bien podeis comer de él: no sois mas escrupulosos que una mujer, ni mas fieiros que una madre." Temblando se retiraron, y corriendo de boca en boca este espantoso suceso, llenó de horror á toda la ciudad, y aun al campamento romano. Así se cumplió la palabra de Jesucristo: "Que un día llegaría, en que se tendria por dichosa la esterilidad de las mugeres, y el pecho que no hubiera dado de mamar."

Vino la peste á juntarse con el hambre, y estas dos plagas llevaban cada día al sepulcro un gran número de víctimas, de manera que las casas y las calles se llenaron de cadáveres, que infestaban el aire. Andaban por las calles grupos de personas que se arrastraban por ellas, como fantasmas, y de repente caían en el suelo sin movimiento y sin vida. Al principio se determinó enterrar los muertos á expensas del erario público; y en el espacio de dos meses y medio sacaron por sola una puerta de la ciudad, mas de ciento y quince mil cadáveres; sólo Tito por un pasado que había estado comisionado para pagar á los sepultureros: otros decían que por diferentes puertas salieron seiscientos mil. Ultimamente se contentaban con echarlos desde la muralla á los fosos, ó hacinarlos en las casas desocupadas, que corraban en cuanto estaban llenas. Afectado Tito del olor pestilencial que despedían, no pudo menos de ge-

mir y poner á Dios por testigo de qué este pueblo intratable era solo la causa de sus calamidades.

Tambien intentaron algunos habitantes, al principio del hambre, ir á coger en el campo yerbas para su alimento; y los sediciosos tuvieron que imitarlos pronto. Mandó Tito alguna caballería para que los observara; y de este modo aprisionó á muchos, que fueron crucificados sin piedad para atemorizar á los sitiados: dia hubo en que mató quinientos en este suplicio: los soldados les clavaban en diferentes posturas, para añadir la neña y el ultraje á todo el exceso de la crueldad. Tito tuvo la barbarie de mandar que cortasen las manos, las narices y las orejas á algunos de estos infelices, que voluntariamente se habían entregado, y enviarlos á la ciudad así mutilados. No hacían estas odiosas crueldades otra cosa, que aumentar el furor del pueblo, y los sediciosos le enfurecían mas representándole las ventajas que sacaban de pasar al campamento contrario. Por fin, movidos de compasión los romanos recogían á los pasados, y una porción grande de judíos salieron de la ciudad y pasaron á ellos. Como les daban víveres abundantes, parecían lo mayor parte usando indiscretamente de alimentos que sus estómagos no podían digerir. Muchos trãs fugas, temiendo que los tohasen al pasarse, habían trazado al tiempo de partir algunas monedas de oro que conservaban. Reparaban los soldados que estos emigrados sacaban monedas de sus mismos excrementos, y al instante corrió la voz en el ejército de que los judíos que escapaban de Jerusalem tenían llenas de oro las entrañas, y los soldados, movidos de la avaricia, principalmente los árabes y sirios, iban cazando á los pobres emigrados para abrirles el vientre; y de esta manera mataron en una sola noche dos mil. Reunió Tito á los gefes de los sitiados con los oficiales de las legiones para que averiguasen los culpables exactamente, y mandó publicar al mismo tiempo que sería castigado con pena capital cualquiera que fuese convencido de haber ejercido semejantes atrocidades; pero ni la prohibición, ni las órdenes mas severas impidieron que los soldados extranjeros se entregasen á la misma barbarie; aunque con mas precaución, y las mas veces sin encontrar lo que buscaban.

Despues que Tito hubo rodeado con su muralla toda la ciudad, se dedicó á reedificar los baluartes destruidos por los judíos, y preparar nuevas máquinas para empezar de nuevo el ataque de la ciudadela y del templo. Era menester lo menos un mes para estas obras. En cuanto se acabaron, los sitiados hicieron otra salida para quemarlas, pero no pudieron lograrlo; y entonces los romanos, valiéndose del ariete y zapando el muro con extraordinario esfuerzo, llegaron á hacerle tambalear de modo que en la misma noche se vino abajo. Mucho asombro causó á los sitiadores cuando descubrieron por la mañana que los judíos habían levantado otra muralla que se veía detras de la arruinada, y aunque intentaron el

asalto fué sin éxito. Por último, dos días después, los romanos tomaron aquel puesto por sorpresa, y Tito llegó á ser dueño de la ciudadela: hizo derribar una parte para poder embestir al templo con mas facilidad, y trató todavía de capitular con los sediciosos para que se entregasen; pero no quisieron esenchar ninguna proposición, aunque se hallasen en la mayor consternación por haber cesado el sacrificio perpetuo que en otro tiempo se ofrecia regularmente, y fué interrumpido el día 17 de Julio, como que no habia ya Pontífice ni sacrificadores.

Se vieron obligados los romanos á repetir sus ataques, y después de muchos combates sangrientos se apoderaron de las galerías exteriores y las quemaron. Habiendo hecho despues varios esfuerzos para derribar á golpes de ariete los muros del segundo recinto, resolvieron escalarle, y habian ya logrado llegar hasta lo alto, cuando los judíos, cayendo sobre ellos con furia, los precipitaron, derribaron sus escalas cargadas de gente, y arrancaron los estandartes que habian fijado en ella. Al momento mandó Tito quemar las puertas de este segundo recinto, y las llamas se corrieron á las galerías interiores, que ardióron el resto de aquel día y la noche siguiente. Pero como él queria conservar el cuerpo del templo, hizo que trabajasen sus tropas para atajar los progresos del incendio, resuelto á dar el asalto al día siguiente. Interin se ocupaban las tropas romanas en atajar el incendio, hicieron los judíos una salida y las acometieron: mas fueron rechazados por ellas hasta el mismo templo: entonces un soldado, agitado como de un impulso sobrenatural, cogió un tizon ardiendo, y haciendo que sus compañeros le alzasen, le echó por una ventana en unos aposentos que confinaban con el templo por el lado del septentrion. Extendióse el fuego con una rapidez inconcebible, y muy pronto penetró en lo interior del mismo edificio. Corrió Tito para hacerle apagar; pero era tan grande la confusión que nadie le obedeció. Como veian los soldados que las paredes exteriores se hallaban cubiertas de láminas de oro, presumian que por dentro debía de haber inmensas riquezas y solo aspiraban al desorden para entregarse al pillage. Cuando se iba á cortar el fuego por un lado, prendia de nuevo por otro; de manera que por todos estos motivos juntos, y á pesar de los esfuerzos de Tito para evitarlo, este magnífico templo fué incendiado completamente en el día 10 de Agosto del año 70, en el mismo día en que Nabucodonosor quemó el primero, edificando por Salomon.

Horrible fué la matanza: el fuor del soldado destruyó cuanto estuvo á su alcance, sin distinción de sexo ni edad. Se reparó, sobre todo, entre la multitud de los que perecieron, la suerte designiada de seis mil personas, que á pesar del estado ruinoso de sus negocios, acababan de abandonar la ciudad baja que ocupaban los romanos, para encerrarse en el templo, sin duda por las sugerencias de un falso profeta que les habia persuadido que este medio era el único de

que participasen de la libertad con que Dios iba á favorecerles inmediatamente con la llegada del Mesias: tal era la funesta credulidad de este pueblo criminal, que habia cerrado los ojos á la verdadera luz de la salvación.

Entre estos desórdenes, los dos gefes de los sediciosos se hicieron paso con espada en mano, y lograron apoderarse de la ciudad alta que no habian aún dominado los romanos. Situada en la montaña de Sion, tenia en su recinto el palacio de los reyes que servia de muy fuerte ciudadela. Intimóles Tito la rendición ofreciéndoles la vida, pero ellos querian que se les permitiese salir y retirarse al desierto con sus mugeres é hijos. No lo pudieron obtener, y se atrincheraron en el palacio y en las torres de las murallas, donde se disponian á la defensa. Irritado Tito de tan larga resistencia, mandó incendiar la ciudad baja, y despues de trabajar desde el 20 de Agosto hasta 7 de Setiembre para construir baluartes para la irrupción de la plaza y del palacio, jugaron sus máquinas los sitiadores, y al otro día entraron por la brecha. Viendo los facciosos arruinado su muro, solo trataron de huir; y aunque les quedaban algunas torres luctuosas, se ocultaron bajo las bóvedas y en los albañales para no caer en manos de los vencedores.

En cuanto ocuparon la plaza los romanos, todo lo llevaron á sangre y fuego. Lo que se habia librado del incendio, lo mandó Tito arrasar, reservando algunos trozos de muralla al Occidente y tres de las mas bellas torres para que sirviesen de monumento en la posteridad. Segun la costumbre, se aró el terreno en que estuvieron la ciudad y el templo, donde segun la predicción de Jesucristo, no quedó piedra sobre piedra. Por todas partes cavaron y removieron la tierra con la esperanza de hallar tesoros escondidos. Lo que hallaron si en las acequias y muldazares, fué los cuerpos de dos mil personas que habian muerto de miseria, ó que se habian degollado unos á otros mejor que entregarse á los romanos. Juan de Giscalia y Simón Bargiora, que se escondieron en ellos, se vieron precisados á entregarse en cuanto se les acabaron las provisiones. Ambos fueron conservados para llevarlos en el día del juicio, y el segundo en calidad de gefa principal de los rebeldes, fué inmediatamente ajusticiado: á Juan se contentaron con darle por castigo un encierro perpetuo. Josefo, el historiador, cuenta que perecieron durante este sitio, un millon y cien mil judíos: añadiendo los asesinados en diferentes sitios durante la guerra, pasa el número total de muertes, de un millon trescientos treinta y siete mil, sin los que no ha sido posible enumerar. Tomáronse ademas en ella cerca de cien mil prisioneros, que fueron vendidos como esclavos, aunque se desdenaban de comprarlos. Tito rehusó las coronas que vinieron á ofrecerle las naciones vecinas, felicitándole por la victoria. Publicó cínicamente que no era suya la obra, y que no habia hecho mas que prestar sus armas para la venganza de Dios irritado contra los judíos.

Dejando una legión para guardar las ruinas de Jerusalem, fué á invernar á Cesarea, donde condenó á mas de dos mil cautivos á pe-
recer combatiendo con las fieras, como los gladiadores, en las fiestas que hizo en 24 de Octubre con motivo del nacimiento de su hermano Domiciano. Al siguiente año hizo morir otra porcion de ellos en Berito, en Fenicia, para celebrar el advenimiento de su padre al imperio: por estos hechos se puede apreciar justamente la humanidad de un príncipe, que han celebrado algunos á porfia por su gran clemencia. Volvió á Italia pasando por Egipto, y recibió de su padre los honores de un magnífico triunfo, correspondiente á la importancia de la guerra que acababa de terminar. Entre los ricos y numerosos despojos que traía, se hallaron la mesa y el candelero de oro con siete mecheros; el libro de la ley y parte de los vasos sagrados. Aun se ve en Roma un arco de triunfo, que en esta ocasion se levantó, y donde están representadas de relieve en mármol la mesa de oro y el candelero, que fueron colocados en el templo de la paz.

Aun quedaban en poder de los celadores algunas plazas fuertes: Vespasiano envió á la Judea á Lucilio Baso, que se apoderó de los castillos de Herodion y Maqueron, al otro lado del Jordan, en la costa del mar Muerto. Publio Silva, que sucedió á Baso, muerto durante su gobierno, sitió la fortaleza de Masada, que pasaba por inexpugnable, y se hallaba defendida por sicarios á las órdenes de Eleazar, nieto de Judas Galileo. Pronto los redujo á la extremidad el sitiador, y conociendo que no podían resistir mas, los sitiados tomaron el partido de matar á sus mugeres é hijos, y despues degollarse los hombres entre sí. El último que quedó vivo, asegurándose de que nadie respiraba ya, puso fuego al palacio y se suicidó. Al siguiente día entraron en la plaza los romanos, y con esta conquista quedó sumisa toda la Judea. Desde el año anterior, es decir, el 72, el emperador habia dispuesto que á los judíos se les vendiesen todas sus tierras, y les habia impuesto por tributo, cualquiera que fuese su número, que envasen todos los años al Capitolio los dos dracmas que estaban obligados á llevar al templo de Jerusalem, segun su ley.

Repartiéronse por Egipto algunos celadores y sicarios, y procuraron sublevar á los judíos de Alejandría; pero estos arrestaron á algunos de los sediciosos y los entregaron á los romanos, que mataron unos seiscientos. Huyeron otros á la Tebaida, mas no tardaron en ser cogidos y condenados á diferentes suplicios, sin que los mas crueles tormentos hubiesen logrado que uno solo, ni aun los niños, quisiesen dar el nombre de señor al emperador. Con este motivo mandó Vespasiano que se destruyera el templo que cerca de Heliópolis habian edificado los judíos en el reinado de Tolomeo Filometor á instancias de Onias, hijo del gran sacerdote del mismo nombre. Pero el prefecto de Egipto se contentó con cerrarle, des-

pues de coger los ricos ornamentos que contenia. Por aquel mismo tiempo, cierto Jonathas atrajo á los desertos de la Cirenaica una multitud de judíos, prometiéndoles que los protegeria con sus milagros. El gobernador de esta provincia envió tropas contra ellos, que los dispersaron con bastante mortandad, y cogido Jonathas, le remitieron á Roma, y allí Vespasiano le hizo azotar con varas y luego quemar vivo. Fueron tambien muertos otros tres mil judíos de los mas considerables por el pretexto de complicidad y por la simple denuncia de aquel impostor. Así se extinguieron las últimas chispas de una sublecion general, que la ceguedad de los judíos habia prolongado tanto tiempo solo para que resaltasen mas los terribles efectos de la venganza divina. La historia de esta guerra obstinada y sangrienta, fué escrita por Josefo, escritor judío y testigo ocular de la mayor parte de los sucesos que refiere. Agripa, el jóven, que habia manifestado mucho celo en favor de los romanos, fué recompensado con el aumento de sus Estados y los honores de pretor. Vivió hasta el fin del reinado de Domiciano, y murió sin hijos, de manera que en él se extinguió completamente la posteridad de Herodes.

Destruída Jerusalem, ya no se trató mas de las sectas que hasta entonces habian dividido á los judíos. Los saduceos, que no tenian mas partidarios que á los ricos, y que no esperaban otra recompensa que los bienes de la presente vida, mal podian conservar su crédito ni su importancia despues y en vista de las desgracias de su nacion. Mucho tiempo se neglitaron en el desprecio y la oscuridad; y aunque dicen que los rabínos intentaron, en el octavo siglo y en el duodécimo, sostener los errores de esta secta, contaba corto número de miembros y esparcidos, que han dejado hace tiempo de ofrecer el aspecto de una sociedad. Los mismos fariseos no conservaron por mucho este nombre; antes divididos en dos sectas nuevas, que han subsistido hasta nuestros dias, una pretende atenerse solo á la Escritura, y la otra ha conservado la mayor parte de las máximas y tradiciones enseñadas por los fariseos: ésta, que es la mas numerosa y difundida, ya se distingue con algún nombre especial: la primera se conoce con el nombre de caraitas, y no existe mas que en el Oriente y quizá en algunos parages de la Polonia y de la Lituania.

Algunos judíos convertidos que habian llevado al cristianismo todas las preocupaciones antiguas en que habian incurrido ciega-mente, se apegaban mas y mas á las prácticas exteriores de la ley de Moisés, obstinándose, no obstante la decision del Concilio de Jerusalem, en recargar á los fieles con una servidumbre, que la gracia de Jesucristo habia abolido. A poco de ocurrir la ruina de Jerusalem, formaron una secta, que subsistió bastante tiempo en diferentes pueblos de Judea con el nombre de nazarenos. Al principio daban los judíos este nombre á todos los cristianos, mediant

á que Jesucristo era de Nazareth; pero luego se le apropiaron esta clase de herejes, que intentando ser judíos y cristianos á un mismo tiempo, creian necesaria la circuncision, guardar el sábado y las demas observancias prescritas por la antigua ley, al paso que miraban á Jesucristo como el Mesias. Admitian los nazarenos el nuevo Testamento, y hasta suponian haber conservado el Evangelio de San Mateo en idioma hebreo, no obstante que le alteraron con ciertas adiciones y supresiones. Por otra parte, no se puede positivamente decidir si creian ó no en la divinidad de Jesucristo.

Sostenian los ebionitas, que aparecieron tambien por aquellos tiempos, la necesidad de observar la ley mosaica, y aun añadian otros errores á este. Su autor fué cierto Ebion que se puso á dogmatizar en un pueblecito inmediato á Pella, donde los cristianos de Jerusalem se habian refugiado. Despues recorrió parte del Asia menor, y esparció su doctrina en la isla de Chipre y últimamente en Roma. Su nombre en hebreo, significa *pobre*, y sus discípulos se enternecian con él, dándose por verdaderos sucesores de aquellos fieles que habian vendido sus bienes para poner el valor á los pies de los apóstoles. Ellos tenian sacerdotes y ministros que llamaban gefes de la sinagoga, porque no daban nombre de iglesia á su reunión: observaban el sábado y el domingo, las ceremonias de la antigua ley y las del cristianismo, sin dejar de corromper las unas y las otras con muchas supersticiones. Adoraban á Jerusalem como casa de Dios, no comian la carne, ni aun la leche de ningún animal, se purificaban en cuanto les tocaba cualquier hombre que no profesase su secta. Administraban el bautismo y celebraban la Eucaristía; pero no ponian en el cáliz mas que agua. Aunque reconocian á Jesucristo por Mesias, y el solo profeta verdadero, no le consideraban mas que como un simple hombre, hijo de José y de María, y acogido por sus virtudes para ser elevado á la calidad de hijo de Dios, por medio del Cristo que habia bajado á su persona en forma de paloma. El mismo Cristo que ellos diferenciaban de Jesus, no era otra cosa que una criatura, mas perfecta que los ángeles, y á quien Dios habia dado imperio sobre el siglo venidero para oponerle al demonio que ejerce su poder en el presente mundo. En lo que mira á la moral, no se apartaban menos los ebionitas de las máximas del cristianismo. Enemigos de la virginidad y de la continencia, obligaban á todos los sectarios á casarse aun antes de llegar á la pubertad, aprobaban tambien la poligamia, y permitian el divorcio voluntario para contraer matrimonio con otras mugeres. Pero en estos excesos no cayeron hasta mas adelante: además desecharon muchos libros del Testamento antiguo, y despreciaban todos los profetas posteriores á Moisés y Jesús. En cuanto al nuevo Testamento, no admitian mas Evangelio que el de San Mateo, que habian tambien truncao y alterado en muchos pasages. Sobre todo, no querian adoptar la doctrina de

San Pablo, y la llenaban de calumnias, solo porque habia predicado la inutilidad de la circuncision y de otras ceremonias y observancias legales; pero se enternecian de ser discípulos de San Pedro; y para hacer subir hasta este santo apóstol sus errores, habian adulterado la relacion de sus viages atribuida á San Clemente. Tambien compusieron diferentes obras, llenas de fábulas, y las publicaron á nombre de algunos apóstoles.

La secta de los cerintianos, que tambien tenia su origen del judaísmo, y que bujo ciertos aspectos: parece que coincidía con la de los nazarenos y la de los ebionitas, se distinguía sin embargo, por la mezcla de muchos dogmas copiados de doctrinas extranas. Si creemos á San Epifanio, tuvo principio aquella secta casi al nacimiento del cristianismo, porque él mismo asegura que Cerinto fué quien indujo á los judíos convertidos á que murmurasen contra San Pedro despues del bautismo de Cornelio: que sus discípulos fueron los autores de las disputas que ocurrieron en Antioquia con motivo de la circuncision; y últimamente, que á ellos se debe aplicar todo lo que San Pablo dice en su epístola á los galatas y en otros parages contra los falsos doctores, que se vanagloriaban de seguir la ley antigua. Mas parece cierto que esto heresiaca no dió hasta despues la última forma á su doctrina, ampliando los errores nuevos que adquirió en las escuelas de Alejandria, donde estudió la filosofía de los griegos y los sistemas orientales. Pijo su residencia en el Asia menor, en que su heresia hizo muchos progresos; y aseguran que para oponerse á ellos, vino el mismo San Pablo á establecerse en Efeso. No admitia Cerinto mas que un Dios supremo: mas no le atribuía la creacion del mundo, que segun él era obra de muchas potestades inferiores y subalternas, entre las que debia contarse al Dios de los judíos; de manera que este no era el verdadero Dios; y si estos sectarios recomendaban la observancia de la ley de Moisés, puede creerse que era por el mismo principio que indujo á los gnósticos á dar culto á los malos espíritus para tenerlos propicios. Añadia tambien que habiendo resuelto el supremo Dios quitar á los ángeles creadores y degradados el imperio del mundo, envió el Cristo en Jesus de Nazareth, para comunicar á los hombres el conocimiento del Dios verdadero. El distinguía á Cristo de Jesus, como los ebionitas y otros sectarios de su tiempo, no considerando en el segundo mas que un hombre nacido del modo que los demas, é hijo de José; pero que se habia elevado sobre todos por su santidad, por lo que en cierto modo habia merecido el título de hijo de Dios, cuando el Cristo habia bajado á su persona en forma de paloma al tiempo de su bautismo. Despues de haber enseñado á los hombres por el órgano de Jesus, y obrado milagros, el Cristo que era una potestad invisible é inmortal, emanada de la divinidad, se habia retirado al cielo en el tiempo de la paasion, y solo Jesus habia sido crucificado. Mas el Cristo debia unirse de

nuevo en el momento de la resurrección general, y entonces debía haber preparado para los justos un reinado de mil años en la tierra, que gozarían en festines y placeres voluptuosos.

Estas impiedades extravagantes se acercaban en muchos puntos á las ilusiones de los gnósticos, cuyo primer germen se halla en los errores de Simon Mago. Menandro, su discípulo, que aun vivía y que era como él de Samaria, se hizo también notable por sus prestigios, y sedujo cierto número de entusiastas, principalmente en Antioquia. Decía que era enviado de Dios para la salvación de los hombres, y suponía que nadie podía salvarse si no era bautizado en su nombre; añadiendo que este bautismo era la verdadera resurrección que asegundaba desde esta vida la inmortalidad. Se podrá formar una idea más completa de sus errores, cuando exponamos los de Basilides y de Saturnino, que fueron sus discípulos.

Análogos errores se hallaban también entre los nicolaítas, que tomaron su nombre de Nicolás, que fué uno de los siete primeros diáconos. Tenía una mujer muy hermosa, de quien se apartó para vivir en continencia á ejemplo de los apóstoles; pero cediendo después á la pasión que le conservaba, se volvió á juntar con ella; y para cubrir la vergüenza que le causó su debilidad é inconstancia, se fué comprometiendo poco á poco á sostener los más infames principios. Esto es lo que cuentan de él gran número de autores antiguos. A pesar de eso, Eusebio y otros muchos han sostenido que Nicolás conservó toda su castidad, costumbres y doctrinas enteramente puras; y que solo para autorizarse con su nombre, habían abusado los nicolaítas de algunas palabras verdaderamente reprobables, pero que sotto sí reflexion ni conocimiento del perjuicio que podían causar. De cualquier modo, estos herejes han echado una mancha en su memoria, atribuyéndole su abominable doctrina. Entregábanse sin escrúpulo á las más vergonzosas licitudades: permitían el adulterio y comunidad de mugeres; comían carnes sacrificadas á los ídolos; y en una palabra, miraban como indiferentes todas las acciones: habían trasladado el epicurismo más grosero al cristianismo, y no conocían otras leyes que las de las pasiones, ni otra felicidad que el placer y los gozos sensuales. Atribuían también la creación y el gobierno del mundo á ciertas potestades celestes, cuya genealogía trazaban, y las designaban con nombres bárbaros, y algunas veces sacados de las Escrituras para engañar á los ignorantes. Poco tiempo siguieron con el nombre de nicolaítas; se dividieron en muchas sectas, que tomaron diferentes títulos, ya sacados de los de sus autores, ya de sus dogmas, y que generalmente se entienden por el de gnósticos, porque todas aparentaban tomarle; y por otra parte tenían un principio común con ellos, á pesar de las innumerables diferencias que había en las circunstancias.

Mientras los herejes corrompían así los dogmas del cristianismo

con la mezcla de unas ilusiones tomadas de las doctrinas orientales, algunos filósofos trabajaban para renimtar el paganismo, y daban nuevo alimento á la superstición con los prestigios que derivaban del mismo origen. El más célebre de todos fué Apolonio de Tiana, á quien los paganos no se han avergonzado de oponer á los apóstoles y al mismo Jesucristo. Descendiente de una noble y rica familia, dotado de excelente memoria y viva imaginación, reunía á todas estas ventajas una imponente figura y una notable belleza, que atraía las miradas de todos. Después de dedicar dos años al estudio de las bellas letras en las escuelas de Tarso en Cilicia, empleó siete estudiando los sistemas de la filosofía griega, y concluyó con adoptar el de Pitágoras, cuyo exaltado misticismo convenia perfectamente al carácter de su imaginación entusiasta. Dejó crecer la barba y el cabello, andaba con los pies descalzos, y se abstuvo de todo alimento que proviniese de animales. Se alojó en el templo de Esculapio, é iniciado en todos los misterios por los sacerdotes, se daba por favorecido del Dios, y se lisonjaba de obtener la curación de los enfermos. Regresó á su país con motivo de la muerte de sus padres; abandonó la mayor parte de la herencia que le había cabido; y á poco empezó á vagar por las ciudades del Asia menor, donde no le costó trabajo el atraer la atención general por la singularidad de su exterior y de sus costumbres, porque no hablaba más que por señas, habiéndose impuesto la ley del absoluto silencio, que también mandaba á sus discípulos Pitágoras por espacio de cinco años. Hizo asimismo profesión de guardar continencia; pero esta virtud era muy superior para una filosofía que no tenía otro fundamento ni móvil que la vanidad; y no tardó mucho en dar lugar á las más infames sospechas.

Ocho años había residido en Antioquia, cuando el deseo de imitar á Pitágoras le determinó á viajar por las provincias más distantes del Asia para tratar con los magos de la Persia y los brahmanes de la India. A su regreso quiso detenerse en Antioquia; pero no hallándose el pueblo bastante dispuesto á la admiración, marchó á Chipra, y pasó desde allí á Efeso en el principio del reinado de Nerón. Al momento excitó el entusiasmo general, y los pueblos inmediatos le enviaron diputados para lograr sus consejos y amistad. Arreglaba con una minuciosa superstición todas las ceremonias paganas, la forma de los altares y estatuas, la hora de los sacrificios, el modo de hacer los libaciones, hasta el extremo de señalar por qué lado debían vertersa los vasos. A todo esto mezclaba frecuentes declamaciones contra el lujo y la molición; y algunos prestigios acogidos sin exámen por personas ya preocupadas, daban á sus palabras la autoridad de un oráculo. Estaba un día meditando junto á un bosquecillo, cuando se distrajo repentinamente para que reparasen el canto repetido de un pájaro, que de improvviso echó á volar y le siguieron otros en gran número. Apolonio dijo que estos pá:

jaros marchaban á cierto parage donde habia caído trigo; y como el hecho salió cierto, bastó para que el pueblo creyese firmemente que aquel entendia la lengua de las aves. Tambien extendieron la voz de que libertó á los de Egipto de la peste, mandándoles que abrumasen á un pobre viejo con un monton de piedras, debajo del cual encontraron un perro muerto cuando fueron á sacar el cadáver de aquel.

Después de haber andado muchos años por varias poblaciones del Asia menor y de la Grecia, Apolonio se embarcó para Italia, y al acercarse á Roma, llegó á entender que Neron habia dado un decreto contra todos los que se dedicaban á la astrologia y al arte divinatory. Asustáronse sus discípulos con esta noticia, y la mayor parte de ellos le abandonaron con diferentes pretextos; pero no desistió él por esto de entrar en Roma para ver de cerca, decia, qué clase de animal era un tirano. Por otra parte, no creia estar incluído en la clase proscripta y comun de mágicos y adivinos, porque no miraba como tales sino á los que empleaban encantos, evocaciones y los sacrificios acostumbrados entre los bárbaros; no así á los que adhiriéndose á las ceremonias griegas se vanagloriaban como él de hacer prodigios por intervencion de los dioses. Presentáronle en el tribunal del cónsul Telesino, que le trató al principio con bastante miramiento, y aun le permitió alojarse en los templos, segun su costumbre; pero de nuevo le prendieron y luego le desterraron de Roma por algunas frases injuriosas y por su constante charlataneria. Mientras residia en aquella ciudad, sucedió el mas maravilloso de los prodigios que se atribuyen á este impostor. Una joven perteneciente á una familia consular, en el acto de su desposorio, cayó en un letargo tan profundo, que la creyeron muerta. Llevábase á enterrar descubierta, segun costumbre: Apolonio, que iba en el duelo, mandó que se detuviesen: despues pronunció algunas palabras, y tocando al cadáver, este dió señales de vida, y salió de su letargo: habló la tenida por muerta, recobró prontamente sus fuerzas, y volvió á la casa paterna. Sin duda Apolonio reparó en esta joven alguna señal que antes no se habia percibido; y aun la frescura del rocío que entonces caia, pudo sacarla de su estado soportoso. De este modo los admiradores de Apolonio contaban y explicaban ellos mismos este su puesto milagro.

Saliendo de Roma, vino á España, y despues de muerto Neron, volvió á Italia; y desde allí fué á Egipto, donde favoreció los proyectos políticos de Vespasiano. Aseguran que este príncipe y Tito, que le sucedió, le dieron muchas pruebas de estimacion y amistad; pero Domiciano, que no gustaba de sofistas, ni menos de mágicos, mandó prenderle, alegando que tomaba parte en una conspiracion de que le acusaban sus amigos. Caído lo supo Apolonio, que estaba en el camino de Italia, vino á presentarse voluntariamente. Halló proteccion en Eliano, á quien conoció en Egipto, y se

hallaba de prefecto del pretorio y en estado de instruirle de todos los artifices de la acusacion que contra él se fulminara. Sin embargo, le pusieron en la cárcel despues de haberle afeitado barba y cabello; para castigarle en lo mismo que lisonjeaba su vanidad filosófica; pero como no se hallasen pruebas suficientes para justificar la conspiracion, Domiciano le mandó poner muy pronto en libertad. Filostrato, historiador de Apolonio, añade que desapareció súbitamente y se presentó en la misma noche á dos discípulos suyos que le esperaban en Puzol, mas de cuarenta leguas de Roma. Desde allí marchó á Grecia para hallarse en los juegos olímpicos, y últimamente se fué á establecer en Efeso. Arengando en cierto dia al pueblo, interrumpió de pronto su discurso como quien padece una agitacion violenta, y dando unos pasos adelante, exclamó: "Dale, dale al tirano!" Guardó por un momento silencio, y luego prosiguió: "El tirano murió, lo juro por Minerva." Dice Filostrato que los efesios creyeron que se le habia trastornado la cabeza; lo que prueba que su opinion de hombre inspiado no estaba muy acreditada, como en otros pasages lo quiere suponer su crédulo biógrafo. Afirma que luego llegaron correos que traian la noticia de la muerte de Domiciano y advenimiento de Nerva.

Al año siguiente murió Apolonio, sin que sepamos cómo, ni en qué lugar: sus discípulos no dejaron por eso de extender la voz, que habia sido arrebatado al cielo. Algunos entusiastas le hicieron honores divinos, y la ciudad de Tiana le dedicó un templo. Cierio Damis, que se le agregó en Nive, y constantemente lo siguió, recogió las mas escrupulosas noticias de la vida de su maestro, con que formó una especie de diario; pero no se atrevió á publicarle, y dicen que le dejó á un amigo, y éste en adelante á la emperatriz Julia, muger de Severo y declarada enemiga del cristianismo. Esta misma indujo á Filostrato á que compusiese, valiéndose de estos apuntes sospechosos por todos conceptos, la vida, ó mas bien, el panegirico de Apolonio. Todo cuanto se refiere de este célebre impostor, no estriba en otro fundamento que en esta vida escrita mas de cien años despues de su muerte. No puede leerse sin que llame la atencion á cada momento la crédula sencillez de aquel discípulo, que proveyó de materiales, y el entusiasmo torpe del sofista que los redactó. Una apasionada admiracion unida á una completa falta de critica y de talento, deja percibir los indicios incontestables de falsedad, y el concertado desiguio de oponer los milagros supuestos del impostor á los de Jesucristo; porque tal era el objeto insensato de los filósofos de aquella época, como veremos en lo sucesivo; y cien años mas adelante, Hierocles compuso con el mismo fin y sobre el mismo asunto, una obra que se halla refutada por Eusebio. Mas todos los esfuerzos de la charlataneria quedaron frustrados: Apolonio dejó muy corto número de prosélitos, que no tardaron en desaparecer; y en el espacio de dos siglos su

memoria se oscureció en el olvido, donde quedó sepultada, sin que las vanas tentativas de algunos incrédulos modernos hayan logrado restablecerla (1).

Entre tanto el cristianismo, á pesar de los obstáculos de toda especie, hacia diariamente nuevos progresos, y la divina mano que le habia fundado, mantenia la pureza de su doctrina, siempre inmutable, en medio de esa multitud de supersticiones, y de monstruosos errores en que se extravia el ingenio del hombre. La Iglesia de Roma, donde habia establecido su cátedra el principe de los apóstoles, y fijado así con la primacia del pontificado el centro de la unidad católica, fué al mismo tiempo consultada sobre diferentes puntos por los fieles de Corinto; y San Clemente que la gobernaba entonces, les contestó por medio de una carta llena de las mas interesantes instrucciones, mirada con mucha razon como uno de los mas bellos monumentos de la antigüedad. Este Papa, el tercero despues de San Pedro, habia sucedido en el año 91 á San Anacleto (Clet), que tambien ocupó la silla apostólica diez años despues de muerto San Lino, primer sucesor del principe de los apóstoles (2). Habia sido compañero de trabajos y viages, de San Pablo, quien hace su elogio en la epístola á los filipenses; y habiéndole seguido á Roma fué tambien discípulo de San Pedro, que le ordenó de obispo. Las lecciones y ejemplos de estos dos apóstoles se le representaban continuamente á la memoria, y el tono verdaderamente apostólico que se observa en su carta, da á entender cuán penetrado se hallaba del espíritu de aquellos. Tiene principalmente esta carta por objeto combatir las disensiones que se habian introducido en la Iglesia de Corinto; donde la intriga de un corto número de seglares envidiosos habia logrado la destitucion de muchos sacerdotes, cuya conducta era irreprochable. Despues de saludar en ella á los fieles, casi en los propios términos que emplea-

(1) Por las cartas que nos quedan de Apolonio, se ve que su sistema filosófico era el panteísmo. No admitia mas que una sola sustancia eterna igualmente inmutable, que modificándose por la acción ó el reposo, producía al desenvolverse, todas las modificaciones del mundo visible. Segun él, los objetos particulares son apariciones solamente; y no aires reales; no son otra cosa que las diferentes manifestaciones del ser único y absoluto; que es el sujeto de todas las transformaciones. *Epist. VIII.*

(2) Cierto es que los tres fueron los tres primeros obispos de Roma despues de San Pedro; pero no es fácil determinar el orden de sucesion, ni la duracion del pontificado de cada uno. Nos hemos atendido á la mas probable opinion; y mas generalmente seguida. Uno ponia á San Clemente antes de San Anacleto, y aun suponen otros que sucedió inmediatamente á San Pedro. Tillenont conjectura, copiando á San Epifanio, que habiendo sido designado para sucederle por San Pedro, cedió San Clemente la silla pontifical á San Lino, y despues se vio obligado á ocupar, muerto San Anacleto. A este mismo se le dió, para abreviar, el nombre de Clet. La Iglesia honra á estos tres Papas como mártires; sin embargo, las circunstancias de su vida y muerte no han llegado á nosotros sino con una grande imperfeccion.

ba San Pablo al principio de sus cartas; se disculpa San Clemente de no haber contestado antes á las consultas, porque algunas afecciones que le ocurrieron se lo habian impedido; y por tales entendemos sin duda la persecucion sufrida en el reinado de Domitiano. Recuerda en seguida cómo tenia presente sus antiguas virtudes, y les pinta minuciosamente las costumbres admirables de los cristianos primitivos. "¿Quién, dice, no alababa, por poco que os hubiera tratado, la firmeza de vuestra fé, la moderacion de vuestros deseos y la magnificencia de vuestra hospitalidad? ¿Quién no admiraba vuestra piedad, vuestra prudencia, la precision de vuestras leyes y consejos, y esa rectitud de intencion que se echaba de ver en toda vuestra conducta? En todo obrábais sin acepcion de personas, siempre sumisos á la ley de Dios y á la autoridad de vuestros pastores. Alentábais con los ancianos el deber del respeto que merecen: dábais á los jóvenes ejemplos de honradez y de modestia; advertíais á las mugeres que guardasen sumision á sus maridos, que mantuviesen pura y casta su conciencia, y se entregasen al vuestro y al gobierno de su casa. Todos conveníais en los sentimientos de humildad, y sin presuncion alguna érais mas inclinados á obedecer que á mandar, á dar que á recibir, contentos siempre con lo que poseíais, y guardando constantemente en vuestro corazón la palabra de Dios y la memoria de sus padecimientos. Así gozábais de las dulzuras de una paz inalterable, sin otra ambicion que la de haceros útiles; y colmados de los dones del Espíritu Santo, repartiáis por todos lados la superabundancia de vuestros bienes. Con la alegría de una conciencia siempre recta é inocente, levantábais vuestras manos al Todopoderoso con entera confianza para pedirle perdón de unas pocas faltas, fruto de la humana fragilidad. Noche y dia trabajábais para la felicidad y salvacion de vuestros hermanos; sin cesar en la práctica de las buenas obras y en la oracion para atraer sobre ellos las misericordias del Señor. La sencillez de vuestro corazón no permitia entre vosotros que reinasen ni la malignidad ni el odio. Llorábais las faltas del prójimo como las vuestras, y si alguno os ofendía no era vuestro dolor por la injuria que os hacia, sino por su pecado: éste y no aquellos excitaba vuestro celo y pesadumbre. Pero la prosperidad y la abundancia os han corrompido: esa es la funesta madre de las disensiones, de las disputas, y sobre todo, de los celos, por la que ha entrado la muerte en el mundo."

Refiere San Clemente el ejemplo de Cain, y otros muchos sacados de la Santa Escritura en el Testamento antiguo, para manifestar las funestas consecuencias de la envidia; y despues de todo, viniendo á mas recientes ejemplos, cita el martirio de San Pedro y el de San Pablo, y el de una porcion de cristianos perseguidos toda su vida, y á quienes se hizo morir por efecto de una envidia detestable. Como dice expressamente, hablando de San Pablo, que sufrió

el martirio bajo el mando de los gobernadores, se debe suponer que Nerón estaba entonces ausente, y con este testimonio contemporáneo hemos fijado el martirio de los dos apóstoles en el año 67, mientras aquel emperador estaba en Acaya.

Cuando llega á la division que entre ellos se habia introducido, hace San Clemente conocer á los de Efeso, la necesidad del orden y la subordinacion en todas las cosas, y principalmente en el ejercicio de las sagradas funciones, cuyas reglas han sido determinadas por el mismo Dios, así en la antigua ley como en la nueva. "Dios, dice, ha enviado á Jesucristo, y este Señor despues á sus apóstoles, y éstos predicando el Evangelio en todas partes, han establecido en las ciudades para obispos y diáconos á los fieles escogidos, despues de haberlos examinado por medio del divino espíritu: y como sabian por Jesucristo que el episcopado seria un motivo de contiendas, fijaron al mismo tiempo las reglas de sucesion para en adelante, disponiendo que despues de su muerte, hombres igualmente probados fuesen electos para encargarse de su ministerio. Luego los que fuerin establecidos por ellos ó por sus sucesores con aprobacion de la Iglesia, no pueden sin injusticia, ser privados de sus títulos y funciones, en tanto que las ejercen rectamente. Y sin embargo, hemos sabido que por vosotros han sido muchos depuestos, aunque su vida era pura y servian con honor á la Iglesia. Vergonzoso es, hermanos míos, é indigno de los discípulos de Jesucristo, que la Iglesia de Corinto, tan antigua y respetable, se subleve contra los sacerdotes por intrigas de algunos facciosos, y que alcance el estrépito de vuestras divisiones no solamente á nosotros, sino hasta nuestros enemigos, de forma que por vuestra imprudencia el nombre del Señor sea blasfemado entre las gentes. Quitemos prontamente este escándalo de nuestra vista, y ochémonos á los pies de nuestro Señor para pedirle con lágrimas, que tenga á bien perdonarnos y restablecernos en el glorioso estado de la caridad fraterna." Insiste especialmente el santo Pontífice sobre la necesidad y mérito de esta virtud, citando el ejemplo de muchos cristianos que habian entrado en las prisiones para libertar á otros, ó que se habian vendido como esclavos para sustentar á los pobres á costa de su libertad. En fin, exhorta á los autores de la division á someterse á los sacerdotes, y recibir su correccion con espíritu de penitencia. "Porque, dice, mas vale para vosotros mostraros pequesos y fieles estimados en el rebaño de Jesucristo, que ser expulsados de él, poniéndoos sobre los demas por la audacia de vuestras discursas;" lo que manifiesta claramente, que el derecho de excomunion se habia transmitido por los apóstoles á sus sucesores.

Entre las cosas notables que contiene esta carta de San Clemente, debemos señalar varios pasajes que acreditan la antigüedad sobre que está apoyada la tradicion de muchos dogmas, que con posterioridad han impugnado los hereses. En ella se enseña expresa-

mente que nosotros no nos justificamos por nuestras propias fuerzas y solo por nosotros mismos, sino por la voluntad de Dios que á todos nos llama en Jesucristo: que este mediador divino, al derramar su sangre para nuestra salvacion, ha procurado que todos los hombres tengan los suficientes medios de hacer penitencia: que la caridad hace la perfeccion de los elegidos; y que no se puede agradar á Dios sin esta virtud. Ya se ha visto cómo en ella se habla de los padecimientos de Dios; lo que prueba igualmente que desde los primeros siglos hubo fé, y se confesó la divinidad de Jesucristo y la unidad de personas en las dos naturalezas. Declarando que San Pedro, despues de sus trabajos, subió al sitio que le estaba preparado en la gloria, y que San Pablo obtuvo el premio de sus padecimientos, hace tambien ver que la esencia de la Iglesia estaba entonces bien arraigada sobre un dogma que los milenarios trataron de oscurecer en adelante con la falsa interpretacion del Apocalipsis. Se puede asimismo notar en esta carta, un pasage en que San Clemente supone que existian otros mundos mas allá del Océano; opinion muy extraordinaria en aquel tiempo, pero confirmada despues con el descubrimiento de las Américas.

Cita San Clemente la Escritura segun la version de los setenta, y mas se adhiere al sentido que á la letra. Otras veces reúne ideas ó expresiones sacadas de parages distintos de los libros santos, para formar con estos fragmentos frases enteras, que emite como sacadas de la Escritura, sin indicar el lugar donde se hallan; lo que es bastante comun á otros antiguos Santos Padres, y ha hecho creer que se habian tomado de libros apócrifos. Pero estas citas nada tenian de oscuro, ni de equivoco para los primeros cristianos, que no tenian ninguna necesidad de examinar mucho para hallar el origen, porque la lectura y la explicacion de los libros santos, que cada día se les hacian en las asambleas por sacerdotes y obispos, les habian hecho familiares los pensamientos y expresiones que se traian á su memoria.

Ademas de esta primera carta, tan venerada que todavia se leia públicamente en la Iglesia de Corinto á los 70 años de escrita, nos quedaron fragmentos considerables de la segunda igualmente dirigida á los corintios, y que muchos autores antiguos y modernos han atribuido á San Clemente, aunque la autenticidad no se halle completamente probada. En cuanto á las otras obras que llevan su nombre, todas son inequívocamente supuestas, ó á lo menos corrompidas: el libro de los *viages ó itinerarios* de San Pedro, llamado así porque se refiere en él la predicacion de este apóstol, y particularmente sus conversaciones con Simon Mago, cuenta al propio tiempo la conversion de San Clemente, con otras muchas circunstancias de su vida, y sobre todo, el modo como reconoció á sus padres. Allí se encuentran discusiones sobre la unidad de Dios, sobre la Providencia, sobre la naturaleza del bien y del mal, sobre la

necesidad del bautismo y otras cuestiones análogas. Pero al mismo tiempo está lleno de historias fabulosas y de errores condenados por la Iglesia. Los ebionitas, como lo dejamos apuntado, se servían de aquel para autorizar su falsa doctrina, que con efecto se halla en varios lugares; y algunos antiguos que creían que San Clemente había escrito una obra con este título, aseguran positivamente que los hereges le habían alterado de tal manera, que nada habían dejado en ella intacto. Lo mismo sucede en las homilias conocidas con el nombre de *Clementinas*, que en el fondo y la forma tienen la mayor analogía con aquella. Por lo demás, estas dos obras apócrifas, pero cuya antigüedad no es dudosa, pueden servir para que se conozcan más completamente las heregias de los primeros siglos, y la naturaleza de las cuestiones que agitaban entonces el entendimiento humano.

Las *Constituciones apostólicas* publicadas con el nombre de San Clemente encierran anacronismos, que muestran visiblemente ser supuestas. Reduciese á una colección de reglamentos que se traen como dados en parte por los apóstoles y en parte por el mismo Pontífice encargado de ponerlas en órden. Están divididas en ocho libros que contienen gran número de preceptos é instrucciones sobre los deberes de los cristianos y sobre las ceremonias y la disciplina de la Iglesia, pero casi no eran conocidas antes del siglo IV, y se encuentran en ellas muchas cosas, que según dicen los críticos, no pueden referirse al tiempo de los apóstoles. Débese considerarlas como obra de un falsario, que quiso reunir con un título imponente, leyes y costumbres establecidas sucesivamente en la Iglesia durante los tres primeros siglos. Lo mismo debemos decir de los *Cánones* que en esta obra se incluyen con el título de *los apóstoles*, porque tampoco se hallan citados antes del siglo IV. También hay en ellas muchas decisiones favorables á la heregia de los rebautizadores, que con otros errores se enseñan en las mismas constituciones: lo que puede hacer sospechar que estas dos colecciones, colocadas en el número de los libros apócrifos por el Papa Gelasio en 494, han sido alteradas por los hereges. Conviénese, sin embargo, en que estas obras dan noticias de una porción de puntos de la antigua disciplina de la Iglesia, y que la mayor parte de los cánones que se atribuyen á los apóstoles, son sacados de diferentes sínodos anteriores al concilio general de Nicea.

El Papa San Clemente ocupó la silla apostólica por espacio de diez años, y murió al tercero del imperio de Trajano, es decir, hacia el fin del 100 de Jesucristo. Los más instruidos escritores de los primeros siglos, como San Ireneo, Eusebio y San Jerónimo, nada dicen sobre las circunstancias de su muerte; y las actas que incluyen la relación de su martirio, no tienen autenticidad alguna. San Evaristo le sucedió, gobernando la Iglesia hasta el año 109, y fué reemplazado por San Alejandro. Después del fallecimiento de este en

119, la sede apostólica fué ocho años ocupada por San Sixto ó Sixto, á quien sucedió San Telesforo; pero casi nada se sabe sobre la vida de estos antiguos Papas.

Publicóse en el pontificado de San Clemente y en la ciudad de Roma, el libro titulado *el Pastor*, tan celebre en los primeros siglos que se leía públicamente en algunas Iglesias de la Grecia, y muchos padres antiguos le citaron, como formando parte de las Santas Escrituras. San Hermas fué su autor, y se cree que es el mismo de quien habla San Pablo en su epístola á los romanos. Era este santo un seglar dotado de una ferviente piedad; pero que no carecía de muy reprehensibles defectos, y entre ellos una grande indulgencia para con sus hijos, cuyos desórdenes nunca reprimió: de manera que Dios para castigarle le llenó de aflicciones que sirvieron para purificar su virtud, haciéndole más fiel y atento á sus deberes. Divídese en tres partes esta obra; y bajo diferentes formas presentan análogos objetos, es decir, la gran suma de reglas principales de la moral cristiana. En la primera parte, Hermas refiere muchas visiones, acompañadas de diferentes instrucciones sobre la conducta que debe observarse con su familia; sobre la composición y destinos de la Iglesia en general, sobre las virtudes que forman su adorno, y sobre las pasiones que conducen á su perdición á los réprobos. La segunda parte contiene doce preceptos, que son como otros tantos capítulos, en que se halla la exposición de la doctrina cristiana, la unidad de Dios, la Providencia, la caridad con el prójimo; reglas para el matrimonio, sobre la diferencia del bautismo y de la penitencia; sobre la oración, la paciencia, la humildad y otros deberes muy importantes. La tercera parte contiene una serie de apólogos y comparaciones acompañados también de instrucciones morales sobre el uso de las riquezas, el ayuno, la penitencia y otros objetos relativos á las disposiciones interiores de los cristianos. En esta última parte, como en la segunda, Hermas parece que recibe instrucciones de un ángel en figura de pastor, y esto accidente ocasionó el título de la obra. Aquí se ve claramente la antigüedad de la doctrina cristiana en lo tocante á los ángeles de guarda; y en otro pasaje enseña el autor que el hijo de Dios ha comisionado un ángel para guardar á cada uno de los que Dios Padre le dió, lo que entiendo de todos los hombres, no solamente de los elegidos, como puede inferirse también por otro pasaje en que asegura que todos los hombres tienen cada uno dos ángeles, uno bueno y otro malo.

Una prueba incontestable de la fe establecida desde el primer siglo respecto á la divinidad de Jesucristo, se halla en el libro de Hermas, porque dice positivamente que el Hijo de Dios habita en todas las criaturas, y obra con su Padre, como que es la sabiduría de su consejo para sacarnos de la nada; lo que manifiesta evidentemente que no se hallaba el mismo Señor en el número de las cosas criadas. Con respecto á las futuras recompensas, enseña Hermas

que los que mueren santamente y no tienen faltas que expiar, inmediatamente son coronados en el cielo; y de aquí resulta que el error de los milenarios, aunque se hayan adoptado después algunos Santos Padres, no deja de ser contrario á la antigua tradicion. Hablando del matrimonio, dice que el hombre, cuya muger es culpable de adulterio, no debe continuar viviendo con ella, á menos que esta haga penitencia; pero que si despues de haberla despedido se casa él con otra, es culpable de adulterio. En fin, se halla en esta obra una prueba de la autoridad que compete al sucesor de San Pedro; porque el ángel advierte á Hermas que envíe una copia de su libro á Clemente, para que la trasmita por sí mismo á los pueblos mas distantes, pues que tiene poder para ello.

Supo Hermas en una vision, que estaba próxima una persecucion, y el ángel le ordenó que se advertiese á los fieles. Segun las experiencias, debió ser la de Domiciano, que empezó en el año 95. Vespasiano habia muerto en 24 de Junio del año 79, dejando señales de que habia conocido toda la ridiculez de las supersticiones paganas, porque desde el momento en que conoció que su enfermedad era peligrosa, dijo á sus amigos: "Pareceme que me voy á convertir en deidad;" burlándose así de la apoteosis que decretaban á todos los emperadores. Así, aunque no se le cuente en el número de los perseguidores, sin embargo, no dejó de haber mártires en su tiempo (1), sea por el ódio que tenían á los judíos, que se extendia naturalmente á los cristianos, sea porque las antiguas leyes eran siempre suficientes al ciego furor del pueblo y á los magistrados para quitarles la vida con pretexto de impiedad. Despues de la muerte de este emperador, Tito, su hijo mayor, le sucedió, y logró que se olvidasen por su clemencia, y sobre todo, por su respeto á los privilegios del senado, los vicios que le habian dominado antes de subir al imperio. Pero no reinó mas que dos años y poco mas de dos meses, y al morir dejó el imperio á su hermano Domiciano. Este manifestó al principio las mismas disposiciones, é hizo muchos reglamentos útiles. Perdonó al pueblo parte de los impuestos, reformó los abusos que existian en la administración de justicia, prohibió la continuacion de hacer eunucos, y renovó las leyes contra los adúlteros. Desde el segundo año de su reinado desterró de Roma y de Italia á todos los filósofos y matemáticos (este nombre daban entonces á los astrólogos), cuya ostentacion y charlatanería detesta-

(1) Los fieles conservaban exactamente los nombres de los mártires y hacian conmemoracion de ellos en los oficios, mas por una carta de San Gregorio el Grande á San Eulogio, obispo de Alejandria, se sabe que estos nombres se reducian á poner para cada uno la clase de mártir que sufrió, el dia y lugar del sacrificio sin ninguna circunstancia (*Greg. Epist. lib. VIII*). De estas colecciones se han sacado los antiguos martirologios. Los permenores no se refieren mas que á los mártires, cuyo sacrificio fué acompañado de largos interrogatorios ó de una circunstancia muy notable.

ba. Castigó á los delatores y á los nobles cuyas costumbres eran viciosas. Entregó á diferentes suplicios á muchas vestales acusadas de poco ordenadas en su vida. Pero todas estas reformas no eran efecto mas que del capricho ó de la vanidad, y cesó muy pronto en reprimir sus pasiones. Entonces apareció su conducta propia con todos los vicios de la tiranía: su orgullo, su avaricia, su crueldad y su lascivia no conocieron límites. Quería que le diesen los nombres de dios y de señor: con cualquier pretexto se apoderaba de los bienes de los particulares: se complacía en ver con sus mismos ojos ajusticiar á los condenados á esta pena: se atamdonaba á los mas vergonzosos é infames delitos, y semejante á Nerón en muchas cosas le imitó hasta en el ódio á los cristianos. Principió por sujetarlos al pago de los mismos impuestos que á los judíos (*Suet. in Domit. cap. XII*), y en el año de 95 hacia el fin de su reinado, publicó varios edictos que atraieron una persecucion violenta en todo el imperio.

Entonces fué cuando San Juan Evangelista, perseguido por la crueldad del tirano, mereció la corona del martirio sufriendo una prueba que no sirvió mas que de hacer que en su persona resplandeciese el poder de Jesucristo. Este apóstol habia predicado sucesivamente el Evangelio en diferentes parages del Asia superior y del Asia menor, en que fundó muchas Iglesias, y últimamente fijó su residencia en Efeso: lo que probablemente seria hacia el año 66 ó puede ser que despues, porque San Epifanio asegura que ya era anciano. No por eso dejaba de visitar las Iglesias de las provincias inmediatas para establecer en ellas los oportunos reglamentos, ó para escoger por sí mismo los obispos y otros ministros. Llevado de Efeso á Roma, por orden del emperador le arrojaron en una caldera de aceite hirviendo, de donde salió sin mal alguno (1). Despues fué desterrado á la isla de Patmos, una de las Sporadas en el Archipiélago; y durante este destierro escribió su Apocalipsis. Este libro misterioso principia por revelaciones que Dios le comunicó en un domingo con orden de escribirlas á las siete primeras Iglesias del Asia, á saber: Efeso, Smirna, Pérgamo, Thyatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea. Dirige el apóstol la palabra á los ángeles de estas Iglesias, es decir, á los obispos; pero se cree que los consejos que les da y los defectos que les reprende, miran mas al cuerpo general de las Iglesias que á las personas de los obispos. Se declara enérgicamente contra los errores de los nicolaítas que se habian esparcido entre los cristianos de Pérgamo y Thyatira (2). Alaba á la Iglesia

(1) Este milagro sucedió junto á la puerta Latina, donde los cristianos en lo sucesivo liberaron una iglesia magnífica en honor de San Juan.

(2) Los errores de los nicolaítas y luego los de los monodiatristas tuvieron en esta ciudad un feliz progreso, que ya no habia ni Iglesia católica en el siglo III. Pero es ridículo inferir de aquí, como lo hacen ciertos herejes, que no la habia en tiempo de los apóstoles.

de Eusebio de su aversión y horror á las acciones abominables de aquellos hereges. El resto de la obra contiene los cuadros mas brillantes sobre la grandeza y poder de Dios, su providencia en todas las criaturas y en particular sobre su Iglesia, los castigos que ejerce sobre los culpables, la gloria que reserva á los elegidos, y por último, muchas profecías, cuya oscuridad mas ó menos impenetrable, no pueda disiparse hasta el dia de su entero cumplimiento. Allí se ven las persecuciones que la Iglesia debia sufrir, las victorias que habia de alcanzar, la destrucción de la idolatría, el castigo de los perseguidores, la ruina de Roma inundada con la sangre de los mártires, el reinado y destrucción del Anticristo, la descripción del juicio final y las pompas brillantes de la celestial Jerusalem: todo esto referido con imágenes sublimes cuya magestad es doblemente propia para inspirar el temor y el respeto. Algunas revelaciones proféticas son indudablemente relativas al destino de la Iglesia en los primeros siglos; pero las tentativas que se han hecho para aplicar las demas á sucesos de los tiempos modernos, no han pasado de conjeturas arbitrarias y á veces ridiculas. Por lo demas concíbese que las predicciones referentes en lo general á la caída del imperio romano, teman que estar envueltas en misteriosas figuras para no irritar mas el ódio de los emperadores y magistrados contra los cristianos. En los siglos primitivos hubo sus dudas sobre la autenticidad del Apocalipsis; pero siempre fué admitido por los Santos Padres en su mayor parte, y toda incertidumbre debe cesar con respecto á esto, y ha cesado en efecto, cuando los tiempos han permitido confirmar la tradicion comun.

Entre las innumerables víctimas de la persecucion ordenada por Domiciano, se deben sobre todo, reparar como á las mas ilustres, San Dionisio Areopagita, San Onésimo y San Timoteo, de quien hemos hablado anteriormente; San Antipas, martirizado en Pérgamo, y de quien se hace mención en el Apocalipsis; en fin, Flavio Clemente, primo hermano del emperador, el cual fué cónsul en el año 95. Suetonio dice que le mataron al salir del consulado por ligerísima sospecha, y Dion. recuoco expresamente que fué sentenciado con pretexto de impiedad ó de ateismo, por haber abrazado las costumbres de los judíos, lo que entonces significaba, segun el lenguaje de los paganos, profesar el cristianismo. Añade el mismo historiador que otros muchos habian sido sacrificados por semejante motivo. La mujer del cónsul Clemente, llamada Flavia Domitila, cristiana y pariente de Domiciano, como él, fué condenada á perpetuo destierro en la isla de Pandataria en las costas de Nápoles. Otra Flavia Domitila, sobrina del mismo cónsul ó hija de su hermana, fué tambien destinada á una isla inmediata, llamada Poncia, donde vivió retirada en celditas que todavia se veian en tiempo de San Gerónimo. La Iglesia la honra como virgen y mártir. Acompañáronla algunas personas de su casa en el destierro, entre otras Aquileo y Ne-

reo, quienes despues de haber sufrido por la fé muchos tormentos, fueron decapitados.

Por el mismo tiempo Domiciano mandó hacer una exacta investigacion de los parientes de Jesucristo, temeroso de que intentasen sublevarciones entre los judíos como descendientes de la familia real. Denunciáronle dos nietos del apóstol San Judas, y los presentaron en el tribunal. Preguntóles acerca de su nacimiento, de sus bienes, y sobre el reinado del Mesías, y juzgando por su exterior, como por sus respuestas, que vivian con el trabajo de sus manos, cultivando una corta heredad, en que consistia toda su fortuna, y sobre todo, sabiendo que colocaban en el cielo el reinado de Jesucristo, despreció la oscuridad de su estado y los puso en libertad. Estos dos confesores fueron colocados al instante á la cabeza de algunas Iglesias, y así vivieron mucho tiempo, reinando Trajano.

Domiciano, haciéndose odioso por sus continuas crueldades, fué asesinado el 17 de Diciembre del año 96: el senado escogió para sucederle á Nerva, que solo reinó un año y algunos meses. Prohibió por un edicto, que se acusase á nadie con pretexto de impiedad ó judaismo. Uno de sus primeros cuidados fué llamar á los destruidos, y principalmente á los que lo fueron por causa de religion. Alivió á los judíos de los exorbitantes impuestos con que estaban abrumados desde su insurreccion. El apóstol San Juan salió entonces de la isla de Patmos para volver á Eteso, donde permaneció hasta su muerte. Hizo en esta ciudad muchos milagros, y entre ellos se cita en particular, una resurreccion (1).

Despues de su vuelta y en los últimos tiempos de su vida, fué cuando escribió San Juan su Evangelio, á instancias de los fieles, y especialmente de los obispos del Asia. Fué su principal designio demostrar la divinidad de Jesucristo contra las impiedades de Cerintho, de Eftion y de otros hereges. Antes de principiarle, mandó que hubiese un ayuno general y rogativas; y escribió las primeras palabras al salir de un éxtasis, en que el divino Espiritu le inspiró las verdades sublimes que debia anunciar. Por consecuencia, nada hay mas magnífico que el principio de este Evangelio, admirado aun de los filósofos paganos, y en todo él se eleva San Juan á una altura tal, que con justicia ha sido comparado con el águila. Tambien entonces y contra los mismos errores escribió sus epistolas. La primera va dirigida á todos los fieles en general; pero dicen que llevaba expresamente el nombre de los partes, como si antes se la hubiese enviado. Hállanse en ella muy notables palabras contra los hereges que negaban la realidad de la Encarnacion, ó que hacen distincion entre Jesus y Cristo. "¿Quién es el que niega, dice, sino el que niega que Jesus y Cristo son una misma cosa?" Y un poco mas abajo, hablando de los falsos profetas: "Todo espí-

(1) Euseb. Hist. lib. V, cap. XVIII.

ritu que confiesa que Jesucristo ha encarnado realmente, viene de Dios; y todo el que divide á Jesús, no viene de Dios, sino que es el Anticristo que habeis oido decir que va á venir, y que ya ha venido al mundo." En la segunda epístola emplea poco mas ó menos las mismas palabras: es mucho mas corta, y se dirige como la siguiente, á personas particulares. Por otra parte, las epístolas y el Evangelio de San Juan son admirables por la efusión de aquella ardiente caridad que había adquirido en el pecho mismo del Salvador, y de que tantas lecciones y buenos ejemplos se advierten en los últimos años de su vida.

Cuando visitaba las Iglesias del Asia, halló en una ciudad, un poco distante de Efeso, á un jóven, cuyas felices disposiciones daban al parecer, las mas bellas esperanzas; y presentándole al obispo delante de los fieles, le recomendó eficazmente para que cuidase de él con el mayor interés. Nada omitió el obispo para corresponder á las intenciones del apóstol: todo el tiempo que este jóven fué catecúmeno, le tuvo en su casa, y veló constantemente sobre su conducta; pero cuando le hubo administrado el bautismo y la confirmación, creyó que podía darle algun ensanche, y minorar su carga; y el neófito, abusando de la libertad, se dejó arrastrar á los desórdenes por otros jóvenes, hasta el punto de robar: despues, excusándose en atrevimiento, formó una cuadrilla de foragidos armados, declarándose su jefe. A poca tiempo San Juan, volviendo por la misma ciudad, se informó de aquel jóven en orden á su conducta, y sintió la mayor amargura al saber que estaba en la montaña capitaneando ladrones. Rompió sus vestiduras y se daba golpes de pecho, exclamando: "Yo bien guardian dejé para cuidar del alma de este jóven nuestro hermano." Tomando inmediatamente un caballo y un gnu, salió hacia el parage donde le indicaron, y en cuanto halló los primeros puestos ó avanzadas de los foragidos, que se disponian para apresarle, dijo con una voz fortísima: "He venido aquí á propósito: traedme á vuestro jefe." Este le esperaba completamente armado; pero en cuanto vió á San Juan, se llenó de vergüenza y echó á huir. Olvidando el apóstol su edad, le siguió gritando con todas sus fuerzas: "Hijo mio, ¿por qué huyes de mí? vuelve á tu padre: no desesperes de tu salvación: yo responderé por tí á Jesucristo: él es el que me envía á buscarte." Conmovido el jóven al oír estas palabras, se detuvo, clavando los ojos en el suelo, arrojó sus armas y se puso á llorar amargamente. Abrazóle con ternura el santo viejo, le dió señales repetidas de su alegría y afecto vivísimos, y le aseguró, por último, que todos sus delitos se lejan perdonados. Le llevó á la iglesia y no dejó un momento de hacer penitencia con él, ayunando y orando, hasta que le vió en estado de poderle restituir á la participación de los santos misterios.

Habia ya llegado San Juan á la extrema vejez, y sus fuerzas disminuian considerablemente. No podia casi andar á lo último, y

tenian que llevarle á la iglesia sus discípulos: tampoco podia hablar largamente; y le era forzoso repetir en las reuniones las mismas palabras: "Queridos hermanos, amaos los unos á los otros." Cansados ya los discípulos de oírle una misma cosa, le preguntaron un día por qué no salia de esta continua exhortación; respondió San Juan: "porque este es un mandamiento de Dios de tal importancia, que si se guarda bien, el solo es suficiente." Murió al fin del primer siglo, á la edad de ochenta años escasos, y le sepultaron en las inmediaciones de la ciudad de Efeso. Llevaba en la frente una chapa de oro, á ejemplo de los Pontífices de la ley antigua; y como la usaron tambien San Marcos y Santiago el menor, puede asegurarse que este adorno fué adoptado desde el principio como la insignia que distinguia á los obispos.

En 27 de Enero del año 98, murió Nerva y le sucedió Trajano, á quien tenia adoptado poco antes, y renovó inmediatamente la persecucion contra los cristianos. Desde los principios de su reinado prohibió todas las asambleas particulares; y en muchas provincias se sirvieron de este pretexto los gobernadores para condenar á los fieles que continuaban reuniéndose, de manera que hubo en todas partes gran número de mártires. Púedese juzgar su exactitud, al hallar en una carta que Plinio el jóven, gobernador de Bitinia, escribia á Trajano por el año de 104, la consulta que hacia sobre el porte que debía tener en adelante respecto á los cristianos; porque en ella se encuentran preciosos apuntes para la historia de la religion; por lo que creemos que se debe insertar aquí íntegramente.

"Creo, Señor, es deber mio recurrir á vuestra sabiduría en todas las dudas que me ocurren: porque quién podrá ilustrar mejor mi ignorancia, ó decidirme con mas autoridad en mis incertidumbres? Nunca he asistido á las vistas de causas contra los cristianos, ni sé lo que se les pregunta, ni cómo se los castiga. Ignoro principalmente si deben guardarse miramientos respecto á la edad de los acusados, ó si ha de tratarse con el mismo rigor á los niños, á los jóvenes y á los ancianos: si puede obtenerse el perdon, mediando el arrepentimiento, ó si de nada sirve no ser actualmente cristiano, con tal de haberlo sido antes; si por solo llamarse así se les castiga, ó por razon de crímenes, que se suponen al que lleva tal nombre. Esta ha sido mi conducta con todos los que me han denunciado. Al momento les preguntaba para saber si eran cristianos: en cuando lo confesaban, volvía á repetir la pregunta dos ó tres veces, acompañada con amenazas de muerte; y cuando perseveraban, los mandaba conducir al suplicio, porque no me quedaba duda alguna, juzguese lo que se quiera en lo principal, que á lo menos por su obstinacion debian ser castigados. Por lo que respecta á los ciudadanos de Roma, que se han presentado como culpables de esta manifa, los he conservado para remitirlos á aquella capital. Pero co-

mo se multiplican cada día las acusaciones; como sucede con frecuencia que se hacen por un anónimo en un papel sin firma y sin nombre del autor, y que contiene muchos acusados como cristianos, y como he examinado á varios, que lo negaban formalmente invocando conmigo á los dioses, que ofrecían vino é incienso á vuestra imagen, y insultaban ademas á Jesucristo; ha creído que debía ponerlos en libertad, porque me han asegurado que es imposible hiciesen semejantes actos, por mas que se les amenazase, los verdaderos cristianos. Algunos que incluían los libelos, confesaban que habían sido cristianos; pero aseguraban que ya no lo eran, los unos de tres años á esta parte, otros mas, y algunos hacia veinte. Todos estos han adorado vuestra estatua y las de los dioses, y han maldecido á Cristo. He aquí, según sus declaraciones, á lo que su causa se reducía. Tenian costumbre de reunirse en ciertos dias, antes de salir el sol, para cantar á coros himnos en honor de Cristo como si fuese Dios; y se obligaban, entre las ceremonias de sus misterios, no á ejecutar acciones culpables, sino á abstenerte del robo y del adulterio, á no faltar á su palabra, ni apropiarse los depósitos que se les hubiesen confiado. Luego se retiraban de la reunion, y de nuevo se juntaban para comer, pero sobria é inocente; aun estas mismas asambleas habían cesado desde que yo, en virtud de vuestras órdenes, publiqué la prohibición de toda reunion. Para mas cerciorarme sobre la verdad de esta declaracion, hice dar tormento á dos esclavos que decían haber servido en estas asambleas; pero no he descubierto otra cosa que un exceso de superstición tan ridiculo, que parece increíble su adhesión á ella. Por todas estas razones he suspendido la conclusion de este negocio hasta consultarlos.

“Creo que merecia esta cuestion seros sometida, aunque no fuese mas que por el gran número de personas á quienes interesa, por que están continuamente en peligro muchas de toda edad, de toda clase, de todo sexo. No solo ha infestado esta superstición las ciudades, sino los pueblos y las campiñas. Con todo, es muy fácil de tener su marcha. A lo menos es cierto que vuelven á frecuentarse los templos, casi enteramente abandonados, que se celebran de nuevo sacrificios, mucho tiempo ha interrumpidos, y últimamente, que se venden en todas partes las carnes ofrecidas en los sacrificios, que antes compraban pocas gentes. De todos modos podemos juzgar que muchos volverán de su error, si se perdona á los arrepen- tidos.”

Tenemos en esta carta de Plinio una prueba auténtica é incontestable de los progresos inmensos que el cristianismo había hecho, al menos en Oriente, desde el fin del primer siglo; tambien se deduce de ella la injusticia ó crueldad de los magistrados, que condenaban á los cristianos á muerte únicamente por su perseverancia, y sin cuidar si consistia ésta en cosas inocentes ó criminales. Por lo

demas se ignoran los nombres de los infelices que sufrieron la muerte en esta ocasion, y esta misma falta de noticias autoriza para creer que hubo un gran número de otras que enteramente desconocemos; porque los archivos de muchas Iglesias fueron quemados durante la persecucion de Diocleciano.

No mehos digna de copiarse es la respuesta de Trajano á la carta anterior, porque no es otra cosa que un acuerdo que sirvió de ley general reinando los emperadores que le siguieron, y subsistió cerca de un siglo; dice en una parte: “Habeis seguido, querido Plinio, la conducta que debais en las causas de los acusados por cristianos, porque una regla uniforme no puede establecerse, aplicable á casos tan diferentes. No se haga requisición alguna contra los cristianos; pero si los denuncian y son convencidos, necesario es castigarlos; de modo, sin embargo, que los que nieguen esta profesion y lo muestren con hechos, sacrificando á nuestros dioses, obtengan el perdón, aunque sean siempre sospechosos por sus antecedentes. En cuanto á los libelos presentados sin nombre de su autor, no deben tener efecto en ninguna clase de acusaciones; sería cosa de mal ejemplo y enteramente indigna de nuestro siglo.”

Véanse las decisiones absurdas y contradictorias que el odio encarnizado contra los cristianos puede dictar á un príncipe, no dotado enteramente de moderación ni de talento. Tertuliano dice: “¿Qué significa esta mezcla de contradicciones que se combaten entre sí? Si mandais castigar un delito, ¿por qué prohibis su persecucion? Si condenais al denunciado, sin querer que se le averigüe la existencia, manifestais claramente que no se le castiga por delincuente, sino porque fué descubierto, como si el ser denunciado fuera delito.”

Esta orden de Trajano mitigó la persecucion en algunos puntos; pero lejos de hacer que enteramente cesase, proveyó á los enemigos del cristianismo de pretextos nuevos para perderlos, aun bajo el mando de los emperadores mas moderados. Sabéis que las antiguas leyes romanas prohibian el ejercicio de todo culto nuevo ó extranjero que no hubiera sido reconocido por la pública autoridad (1), y se pide juzgar por los consejos que daba Mecenas á Augusto sobre el mismo asunto, cuán importante era esta prohibición para la política de los emperadores (2). En virtud de estas leyes generales habían sido condenados muchos cristianos en el reinado de Vespasiano por los gobernadores de algunas provincias, aunque las órdenes de Neron habían sido revocadas. Pero los edictos de Trajano contra las reuniones, y sobre todo su rescripto á Plinio, solo sirvieron de nuevo aliente para la persecucion, y causaron condena-

(1) Véase á Ciceron en las leyes que expone como el resumen de la jurisprudencia romana, lib. II de leg., núm. 19.

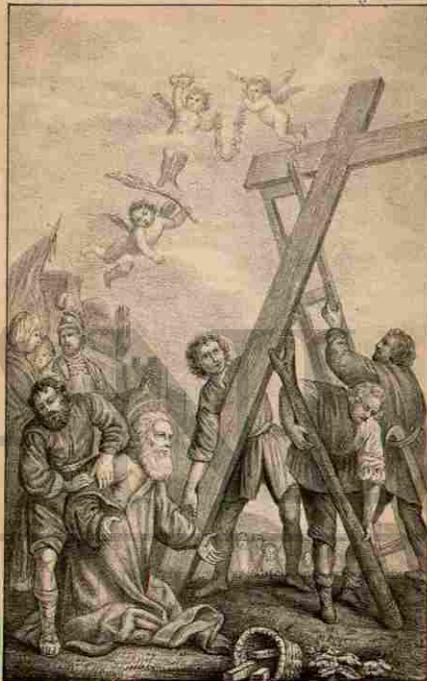
(2) Véase á Dion Cas., lib. LII.

ciones mas frecuentes y numerosas porque solo se aplicaban á los cristianos. Era entonces suficiente que un enemigo de ellos acusase jurídicamente á cualquiera para ser sentenciado á muerte, si no se prestaban á renegar de su fé; porque la pena era capital; pero el género de suplicio á elección de los jueces.

Por otra parte, como los cristianos no inmolaban víctimas, y en ellos no se notaba ninguna clase de superstición exterior, que era la base de la religion de los paganos, el populacho ignorante acogia gustosamente las acusaciones de ateísmo que les achacaban, y los sacerdotes paganos sacaban partido de ellas en todas ocasiones, excitando el fanatismo de los suyos, y haciendo odiosos á los secuaces de la nueva religion que amenazaba su existencia. De aquí resultaba que los pueblos daban en los anfiteatros gritos tumultuosos pidiendo la destrucción de los impíos, y los magistrados cedian con facilidad á sus clamores, ya por odio personal ó por otros motivos, de modo que sin nuevos edictos para mandar la pesquisa general se lograban particulares persecuciones demasiado frecuentes en todas las provincias.

Los cristianos de la Palestina eran mucho mas odiados, primero por su religion, y luego porque los mas eran originariamente judíos. Sobre todo se perseguia á los que procedian de la familia de David, para extinguir totalmente la familia real, y quitar de este modo á los judíos todo pretexto de insurrección, mediante á que el Mesías que esperaban debía salir de ella. San Simeon, obispo de Jerusalem y primo de Jesucristo, fué denunciado al consular Aúco, gobernador de Siria, como que era de aquella familia, y ademas cristiano. Había sucedido á Santiago el menor, de quien se cree que era hermano; y despues de haberse retirado con los cristianos á la ciudad de Pella, durante la guerra de Judea, vino á establecerse despues á Jerusalem, donde los romanos permitian reedificar sus habitaciones. Denunciáronle unos herejes que pertenecian á diferentes sectas mas judías que cristianas, porque sobre todo, querian que prevaleciesen las prácticas y ceremonias legales de la antigua ley. Muchos dias fué el santo atormentado, y á pesar de su edad, manifestó un vigor y un valor que admiraron á los espectadores y al mismo gobernador. Como no se le pudo obligar á que sacrificase á los ídolos, fué condenado, por último, al suplicio de la cruz. Murió de edad de ciento y veinte años, en el de 107 de Jesucristo, despues de haber gobernado la Iglesia de Jerusalem cuarenta y tres. Sucedióle Justo (1), que era de nacimiento judío, como la mayor parte de los fie-

(1) Berault-Bercastel repite con Fleury, que Thebitis, que aspiraba á este puesto, se hizo hereje por no haberla obtenido. Pero Hegeaipo, cuyas palabras cita Eusebio, no señala la plaza que aquel deseaba; y si la manera con que se explica puede hacer suponer que se trata de la silla episcopal de Jerusalem, tambien manifiesta que este hecho debe referirse al tiempo de la elección de San Simeon, y no de su sucesor. En cuanto á lo que se cita del mis-



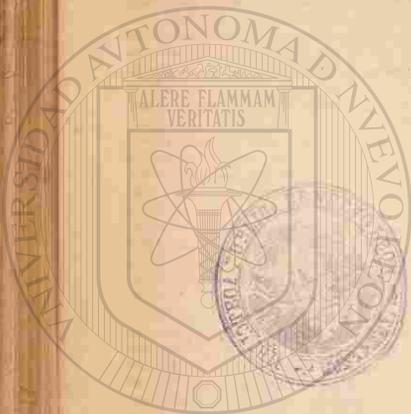
St SIMEON, OBISPO DE JERUSALEN

les de que estaba compuesta aquella Iglesia, y despues de este, hubo ademas doce obispos, circuncisos como aquel, hasta el momento en que fueron arrojados todos los judíos de la ciudad, en tiempo de Adriano, en el año 136. Todos estos obispos disfrutaron poco tiempo la silla, sea que los escogiesen entre los mas ancianos sacerdotes, ó que fuesen victimas de la persecucion.

Entre los cristianos que sufrieron el martirio bajo el imperio de Trajano, se cita á San Crescencio, discipulo de San Pablo y fundador de la Iglesia de Viena, en las Galias; San Zacarias, sucesor en la misma silla; á San Cesareo, diácono de Terracina en Italia, y honrado como patron de esta villa; á Santa Plavia Domitila, á quien mataron poniendo fuego en un cuarto, donde estaba con dos jóvenes que la servian, Eufrosina y Teodora. Poco tiempo antes habian sido martirizados, ademas de Nereo y Aquiles, de quienes ya hemos hablado, Victorino, Eutiques y Maron, que tambien eran sus criados. En Oriente, donde la persecucion fué mas violenta aún, despues que Trajano se habia trasladado allá para hacer la guerra á los partos, puedese reparar en San Barsimeo, obispo de Edessa, que padeció hacia el fin del reinado de aquel principe; á Santa Eudoxia, martirizada en Heliópolis de Fenicia; á San Zozimo en la Pisidia, ademas de otros muchos indicados en los mártirologios, aunque no se conocen mas que sus nombres.

Pero un mártir mucho mas celebre fué San Ignacio, obispo de Antioquia. Habia sido por mucho tiempo discipulo de los apóstoles, especialmente de San Pedro y San Juan, y se cree, segun el testimonio de San Juan Crisóstomo, que San Pedro le habia consagrado obispo. Despues sucedió á San Evodio, martirizado en el último año de Neron, y durante los cuarenta que gobernó la Iglesia de Antioquia, la autoridad de sus luces y su activo celo, sirvieron para fortalecer las Iglesias de Oriente contra las seducciones heréticas. Cuando pasó Trajano por Antioquia de camino á su expedicion de Oriente, el santo obispo, que hacia mucho tiempo deseaba padecer el martirio, no quiso huir ni esconderse, estando en la persuasion de que su muerte podria impedir la perdicion de su grey; satisfaciendo el odio de los enemigos del cristianismo. Conducido á presencia del emperador, que le dijo colérico: "¿Sois vos quien quebranta mis órdenes, y como el mal demonio, conduce á los demas á su perdicion?" Respondió Ignacio: "Nadie hasta ahora ha dado el nombre

no Hagespo respecto á las sectas, que empezaban entonces á levantarse en la Iglesia, es visible que se han interpretado mal sus palabras, que igualmente se refieren á la época de la eleccion, y no de la muerte de San Simeon; y en lo que dice, hablando de la Iglesia, que antes habia quedado virgen, debe entenderse del tiempo que precedió á la muerte de los apóstoles, porque claramente se refiere de su relacion en el pasage citado por Eusebio, relativo á Thebutis (Hist. lib. IV, cap. XXII), aunque este historial, en otro parage parece darle otro diferente sentido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de demonio á Theóforo, que ahuyenta los demonios á ejemplo de los siervos de Dios; y si por esta razón me llamais mal demonio, me glorío de tal título." "¿Y quién es ese Theóforo?" replicó el emperador; y contestó Ignacio: "Es el que lleva en su corazón á Jesucristo." "¿Creis acaso, continuó Trajano, que no llevamos nosotros también en nuestro corazón los dioses, que nos alcanzan, victorias de nuestros enemigos?" "Es un error, añadió Ignacio, llamar dioses á los demonios que adorais: no hay mas que un solo Dios que hizo los cielos y la tierra, y todo lo que en ellos se contiene, como no hay mas que un hijo único de Dios, que es Jesucristo." Después de otras contestaciones, dió Trajano esta sentencia: "Mandamos que Ignacio, que se envanece de llevar en su corazón al Crucificado, sea conducido á Roma y echado á las fieras, para que sirva de diversion al pueblo." Oyéndolo el santo obispo, exclamó lleno de alegría: "Gracias os doy, Dios mío, porque me habeis honrado con esta señal de vuestro amor perfecto, permitiendo que sea encadenado como los apóstoles." Y haciendo luego oracion en favor de la Iglesia, recogió sus cadenas y marchó gozoso entre los soldados que le conducian.

Primeramente le llevaron á Selencia, donde habia de embarcarse con diez soldados encargados de su custodia durante el viaje. Dos discípulos le acompañaban, Agatopodio de Siria y Filou, diácono de Cilicia, á quienes se atribuyen las actas de su martirio. También fueron á Roma á esperar al preso muchos cristianos de Antioquia. Después de una penosa navegacion á lo largo de las costas del Asia menor, desembarcaron en Smirna, y se apresuró á ver á San Policarpo, su obispo, que habia sido como él, discípulo del apóstol San Juan. Varios obispos de las Iglesias cercanas, salieron con su clero á cumplimentar al santo mártir: se sabe entre otros, de Onésimo, obispo de Efeso, Dámaseo de Magnesia, y Polibio de Tralles. San Ignacio manifestó su reconocimiento á las tres Iglesias, dirigiéndoles cartas que han llegado hasta nosotros, y respiran toda la caridad de un mártir y el celo de un apóstol. Están llenas de exhortaciones interesantes, para persuadir á los fieles á perseverar en union y en la fé, á permanecer sumisos á los obispos y á los sacerdotes; á conservar las tradiciones apostólicas, á evitar las doctrinas peregrinas y las fábulas de los hereges; en fin, á desdefiar hasta los nombres de las sectas que alteraban el Evangelio con una mezcla de judaismo, y sobre todo, negando la realidad de la Encarnacion.

Hallando en Smirna San Ignacio á algunos cristianos de Efeso que iban á Roma, y que debian llegar á ella antes de él, les escribió una carta dirigida á la Iglesia romana, para conjurar á los fieles que no se opusiesen á su felicidad, empleando sus influjos ó ruegos para estorbar que muriese por Jesucristo; porque temia que Dios, por un milagro, dispusiese que las fieras no le devorasen, y que entonces le perdonasen la vida. Nada es mas admirable que

esta carta, en que el santo mártir hace ostentacion de su grande fé, su propio desprecio, y los mayores trasportes de amor divino. Después de saludar á los romanos y elogiarlos grandemente, dándoles á entender la alegría que le causaba la esperanza de verlos y de entrar muy pronto en posesion de la herencia de Jesucristo, continúa en estos términos: "Temo, sin embargo, vuestra caridad, y que me conserveis una muy tierna compasion. Fácil os será acaso impedir mi muerte; pero sabed que si lográbais esto, tambien os opondrais á mi felicidad. Si me teneis un verdadero afecto, me dejareis ir á gozar de mi Dios. No tendré jamas una ocasion mas favorable que esta para tan apetecida reunion. Tolerad que yo sea sacrificado ahora que se ha levantado el altar: unos mentalmente á mi sacrificio, acompañándole con cánticos en honor del Padre y de Jesucristo su Hijo. Si cuando llegue cerca de vosotros manifestase yo débilmente otros sentimientos contrarios á estos que ahora os comunico, no hagais caso de mí, sino creed lo que digo en esta carta, porque lo hago con el ánimo libre, y empleo estos momentos, los últimos de mi vida, para anunciaros que todo mi deseo es de concluirla prontamente. Nada me ata en la tierra, y no me considero ya como viviente entre los hombres. Debeis pedir y conseguir para mí el premio, que no se da jamas sino al fin de la carrera." Toda la carta contiene una expresion continua y uniforme de estos mismos sentimientos.

San Ignacio fué conducido desde Smirna á Troade, donde supo que Dios habia dado la paz á la Iglesia de Antioquia. Con este motivo escribió cartas á las Iglesias de Filadelfia y de Smirna, rogándoles enviasen un diácono ó alguna otra persona á los fieles de Siria, para que los robusteciese en la fé, y tomase parte en su alegría. Ya le habian enviado las Iglesias mas inmediatas iguales diputaciones, y se sabe por testimonio de Luciano (1), que los cristianos tenian esta costumbre en ocasiones semejantes para manifestar la adhesion que mutuamente se profesaban. En la carta á los de Filadelfia, hace San Ignacio un gran elogio de su obispo, que era uno de los que habian venido á visitarle pari honrar sus cadenas. Exhortólos á que se alejen de toda division y de las malas doctrinas; á que no escuchen á los que predicán el judaismo, á respetar á su obispo, sus sacerdotes y diáconos; y al concluir les da las gracias por las pruebas de afecto y caridad que se esmeraron en dar á los discípulos que le acompañaban. La carta á la Iglesia de Smirna, contiene poco mas ó menos los mismos artículos, y ademas diferentes consideraciones para probar la realidad de la Encarnacion contra los hereges que se llamaban *aparentes*, porque querian enseñar que Jesucristo no habia tomado un cuerpo físico, y que sólo en apariencia padeció. San Ignacio nota que no tenian caridad,

(1) De vita Peretr.

que no cuidaban de la viuda, ni del huérfano, ni de los presos y afligidos, ni del que tenía hambre ó sed. También dice que se absteneran de la Eucaristía y de la oración; porque no creían que en la Eucaristía esté la carne de nuestro Salvador Jesucristo, aquella que sufrió por nuestros pecados, y que Dios Padre ha resucitado. En sus palatas se ve una prueba sin réplica de la perpetua tradición de la Iglesia sobre la real presencia.

Deseaba San Ignacio dirigir igualmente cartas á las demas Iglesias del Asia; pero precisado á embarcarse precipitadamente, se contentó con escribir en particular á San Policarpo, obispo de Smirna, rogándole que consolase por sí misma á los fieles de Siria, y les enviase á alguno en su nombre, y que exhortase también á las Iglesias próximas para que llevasen este deber de caridad, ya por cartas, ya por diputados. También le da consejos importantes para el gobierno de sus rebaños. Recomiéndale que no descuide la protección de la viuda y del huérfano en presencia de Dios; que exhorte separadamente á todos, y que no desprecie á los esclavos; pero que éstos no se enriquezcan del aprecio que reciban de sus dueños, aunque se les hagan iguales en las asambleas; al contrario, que se esfuerzen á servirlos por la gloria de Dios, para obtener de este Señor mas amplia libertad, y no se afanen para libertarse por medio de la Iglesia, para quedar despues esclavos de sus pasiones.

Desde Troade fué San Ignacio á abordar á Neapolis, y pasando por Filipos, atravesó por tierra toda la Macedonia, hasta Epidaurum ó Durazo, en el mar Adriático, donde se embarcó para el mar de Toscana. Cuando estaba á la vista de Puzol, pidió que le diesen desembarcar para seguir los pasos de San Pablo; pero el viento impelió el navio á alta mar, y rápidamente le echó á la embocadura del Tiber. Los compañeros del santo y los cristianos de Roma, que venian en turba á su encuentro, no podian contener sus lágrimas y gemidos al considerar que llegaba el momento de perderle. En cuanto á él, estaba muy contento, y como muchos sollicitasen irarse á los molatras para que reunidos para el espectáculo pudiesen el pastor de tan respetable anciano, los conjuro que tuviesen hacia él un cariño menos carnal, y poniéndose de rodillas, rogó por la prosperidad de la Iglesia, y porque se conservase la caridad y la union entre los cristianos. Inmediatamente fué conducido al sufrento y echado á las fieras, en las fiestas que los romanos llaman sigilarias. Dos leones se arrojaron sobre él, y le devoraron al momento, no dejando mas que los huesos mas grandes, que recogieron los fieles con reverencia, y llevaron despues á su Iglesia. De este modo terminó su vida y glorioso martirio, el dia 20 de Diciembre del año 107. Tuvo por sucesor en la Iglesia de Antioquia, á Heron, que era diacono de ella, y la gobernó veinte años.

San Policarpo recogió las cartas de San Ignacio, y remitió copias



ST. IGNACIO OBISPO DE ANTIOQUIA, MARTIR

á los cristianos de Filipos, porque se las habian pedido. Con frecuencia las citaban los antiguos, y mucho tiempo despues se lean públicamente en las Iglesias del Asia. Eusebio y San Jerónimo solo refieren las siete de que hemos hablado, y son en efecto las únicas que pueden mirarse como auténticas, aunque se le atribuyen otras. Aun aquellas están bastante alteradas por los copiantes poco escrupulosos. Ultimamente adquirió la Iglesia el verdadero texto, por el descubrimiento que hicieron dos protestantes en el siglo XVII. Habiendo Userio (*Usser*) hallado dos copias de una traduccion latina en Inglaterra, é Isaac Vossio un manuscrito griego en la biblioteca de Florencia, unos y otros perfectamente conformes entre sí, convienen de manera en todos los puntos con las citas de los antiguos, que han sido admitidos sin dificultad por los mas hábiles críticos, no solamente católicos, sino por los protestantes. Ademas de lo que ya dejamos referido acerca del principal objeto de estas cartas, es muy de notar lo que encierran, atestado con excelentes trozos que no permite copiar el plan que nos hemos prescrito, sobre la divinidad de Jesucristo, y la distincion de las dos naturalezas en una sola persona, sobre la autoridad de los obispos, la santidad del celibato, el crimen de heregía y del cisma, y en fin, sobre otros puntos de la antigua disciplina.

En tanto que Trajano, ocupado en la guerra contra los partos, extendia por el Oriente sus conquistas, aprovecharon los judíos su ausencia para sublevarse en el año 115, en Egipto y provincias comarcanas, donde cometieron horribles crueldades. Lo que mas les decidió al alzamiento, fué que miraban como el infalible presagio de la ruina del imperio romano, un terremoto que en el año precedente se habia sentido en cierta parte del Asia, y principalmente en Antiochia, donde una inmensa multitud de moradores quedó sepultada bajo las ruinas de aquella ciudad desgraciada. Los judíos de Alejandria y del Egipto, capitaneados por cierto Andrés ó Andrias, principiaron con una horrible matanza de cuantos habitantes pudieron sorprender. No contentos con matarlos, comian sus carnes, se rociaban con su sangre y se cubían con su piel ó sus intestinos. Otras veces se divertían en verlos devorar por las fieras, ó los obligaban á que se mataran los unos á los otros. De esta manera hicieron perecer con suplicios horribles á mas de doscientas mil personas. Al año siguiente, el prefecto de Egipto dió á los sublevados una batalla campal que aquellos ganaron, y refugiándose los vencidos en Alejandria, asesinaron en desquite á todos los judíos que hallaron en ella. Continuando los rebeldes en recorrer el pais, en todas partes robaban, mataban é incendiaban. Se habian justado á los judíos de Cirene, que reconocian por rey á un godé que Eusebio llama Lucna; pero es, al parecer, el mismo Andrias, citado con dos nombres diferentes. En fin, marchó contra ellos Marcio Turbon con fuerzas considerables, y á pesar de su obstinada resistencia, con-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

siguió reducirlos despues de muchos y sangrientos combates, que costaron la vida á infinito número de los alzados. En la isla de Chipre se sublevaron igualmente los judíos, dirigidos por uno llamado Artemon, y cayendo sobre los habitantes, los degollaron, hasta el número de doscientos cuarenta mil; de manera, que Trajano, obligado á enviar tropas contra estos furiosos para someterlos y castigarlos, dió orden de arrojarlos de Chipre enteramente, prohibiendo á todos los judíos que volvieresen á entrar en ella, pena de la vida, cuya ejecución se aplicó aun á los que echaba en ella el temporal ó las borrascas. Temiendo iguales alteraciones en Mesopotamia, donde era numerosa la concurrencia de los judíos, resolvió evitarlas, mandando asimismo que fuesen desterrados todos los israelitas de aquella provincia, y encargó de esta comisión á Lucio Quieto, que se vió precisado á darles una batalla, en que pereció muchísima gente. Poco tiempo despues murió Trajano, en el año 117, cuando regresaba á Roma. Sucedióle Adriano, su primo é hijo adoptivo, cuyo gusto por el arte divinatório y las demas supersticiones del paganismo, hizo que renaciese muy pronto la persecución de los cristianos.

Reinando Trajano, ó poco tiempo despues de su muerte, algunos herejes dieron nombre á nuevas sectas, que realmente en el fondo eran conformes con las existentes, aunque modificaban errores en algunos puntos. Los *esencianos* que aparecieron en Arabia á las inmediaciones de la Palestina, y que también se llamaron *osencios*, son, al parecer, los mismos que los *osseos*, cuyas doctrinas fueron modificadas por medio de una mezcla de diversos errores tomados de los *ebionitas* y *neolaitas*.

Elxai, que se presentó como su jefe al principio del siglo II, no admitía una parte del antiguo Testamento, y daba como inspirado un libro de su composición, que contenía un formulario de oraciones en términos bárbaros que no podían entenderse. Aunque observaba la circuncisión y el sábado, no adoptaba los sacrificios, ni altares, ni la inmolación de las víctimas y demás ceremonias antiguas; prohibía comer carne de animales, y ponerse de cara al Oriente para orar, mandando que se mirase hácia Jerusalen. Sostenía que sin pecar se puede acceder á la persecución, disimular su creencia y adorar á los ídolos, con tal que el corazón en nada de esto tome parte. Por lo demás, enemigo declarado de la virginidad y de la continencia, obligaba á todos sus sectarios á casarse. No era amigo del fuego, pero á los demás elementos daba un religioso culto, especialmente al agua, que consideraba como á una divinidad y como el origen de la vida. No sabemos si el Cristo que él admitía era el mismo de los cristianos; en cuanto al Espíritu Santo, le reconocía como divinidad del sexo femenino, y le daba, como á Cristo, cuerpo de prodigioso volumen. Al fin del siglo IV, habia aún restos de esta secta.

Saturino, discípulo de Menandro, resucitó y explicó como él, los errores de Simon Mago. Admitía un Dios supremo, desconocido de los hombres, y del que habían emanado las potestades ó espíritus inferiores, que formaron el mundo sin saberlo aquel. En cada planeta residía uno de estos espíritus para cuidar de él, y el destinado á la tierra fué el que dió la ley á los judíos, y se habia proporcionado su adoración bajo el nombre de Dios verdadero. Como estos espíritus no hicieron mas que disponer de la materia, no pudieron dar al hombre otra cosa que la vida puramente animal; pero Dios habia enviado á estas criaturas hechas á su semejanza, un alma racional que emanaba de él, y que debía volver al seno de la divinidad. Por otra parte, Saturino, admitiendo la materia eterna, la suponía animada por un nihil principio, que habia producido alternativamente unos hombres modelados por los primeros, y que les habia dado una alma, emanación suya, y por consecuencia naturalmente mala. En esto consistía la diferencia que este herejarcía establecía entre los hombres, suponiendo buenos á los unos y malos á los otros por naturaleza. Con todo, como el Dios de los judíos y los espíritus creadores del mundo, habian usurpado la gloria del verdadero Dios, Jesucristo habia venido á destruir el imperio de aquellos, y enseñar á las almas de los justos el medio de volver á su origen. Pero no habia tomado cuerpo sino en apariencia, porque la materia pertenecía al mal principio, y tambien por esta misma razon Saturino, que condenaba todo lo que puede lesionar los sentidos, negaba la resurrección de la carne, y no admitía el matrimonio, teniéndole por invención del principio malo para multiplicar los cuerpos y retener las almas encadenadas en la tierra. Éste herejarcía era natural de Antioquia, y enseñaba en Siria, donde la aparente austeridad de su doctrina le atrajo cierto número de partidarios.

Basilides, otro discípulo de Menandro, hizo mas variaciones en el sistema de su maestro. Adoptando la doctrina de Pitágoras sobre las propiedades de los números, supone que la unidad, símbolo del ser y del supremo Dios, el número siete relativo á los siete planetas, y finalmente, el número trescientos sesenta y cinco, que incluye los dias del año, debían indicar misterios y ofrecer el emblema de las operaciones divinas. Admitía, pues, un Dios todopoderoso y bueno, que habia engendrado por sucesivas emanaciones, siete virtudes ó siete zonas de órden superior, y añadía que dos de éstas, la *sabiduría* y la *fuerza*, habian producido los primeros ángeles, que habian morado en el cielo mas elevado, y habian producido despues los ángeles del segundo cielo, y así sucesivamente hasta el número de trescientos sesenta y cinco cielos, gobernados todos por ángeles de diferentes órdenes. Los ángeles del último cielo vecino á la materia, habian entendido disponer de ella, de modo que pudiese formar un mundo y producir hombres, en los

que Dios había colocado después un alma racional. Estos ángeles inferiores habían logrado que los adorasen como á dioses, y pronto divididos por la ambición, ocasionaron guerras continuas, precipitando á las naciones á que se hostilizaran para extender su dominio. Queriendo el que gobernaba la nación judía someter á los otros, al fin se ligaron para combóirle, y excitaron á todos los pueblos contra él; lo que era causa del odio general de que eran objeto. En fin, el Padre ó el Dios supremo, había enviado á su hijo, es decir, á la inteligencia ó el primero de los *cones*, para liberar al género humano; y este hijo, que era Cristo, habiendo encarnado en Jesús, le había dejado después en el momento de la pasión, para escaparse de sus enemigos (1). De aquí sacaba Basilides, que no se debía reconocer ni adorar al Crucificado, y que los mártires no sufrían por Jesucristo, sino por un puro hombre. No impedía tampoco que sacrificasen á los ídolos, que tomasen parte en los festines dando se comían las víctimas, que disimulasen su creencia, ni aun que renegasen de Jesucristo para evitar la persecución. Una de sus máximas era tener ocultos los misterios de su secta, y como Pitágoras, recomendaba el silencio por cinco años á sus discípulos. Tenía por consistentes dos doctrinas, una secreta y otra pública, y solo así pueden explicarse ciertas aparentes contradicciones que se advierten en los errores que los antiguos le atribuyen; porque al mismo tiempo que él enseñaba que Dios no perdona mas que los pecados involuntarios; soltaba la tienda por otro lado á todas las pasiones, sosteniendo que son excitadas en nosotros por alguno de los espíritus creadores, y por tanto, no están obedientes á nuestra voluntad. Murió esta herejía hacia el fin del reinado de Adriano.

Carpócrates, que enseñaba en Alejandría como Basilides y por entonces mismo, ostentó mas desenvoltura, y llevando mas adelante la extravagancia y la infamia de sus errores, ni aun se cuidaba de ocultarlos. No solo afirmaba que todas las acciones son indiferentes en sí; que la distinción entre las buenas y malas resulta únicamente de las preocupaciones; que todas las cosas, y aun las mujeres, son naturalmente comunes para todos los hombres, de modo que el robo y el adulterio no son mas que nombres inventados por las leyes humanas; sino que añadía además, que no se podía llegar á Dios, ni desprenderse de los sentidos, á menos de no abandonarse sin reserva á todos los movimientos de las pasiones; que era una servidumbre impuesta á todos por los ángeles creadores

(1) Algunos discípulos de Basilides decían que Cristo había tomado entonces la figura de Simón Cireneo y dábale la cruz; de modo, que los judíos habían crucificado á Simón en lugar de Jesús, que los tiraba burlándose de ellos. Es posible que el mismo Basilides haya inventado esta opinión, que muchos Santos Padres le atribuyen, y que en efecto no es incompatible con sus otros errores, por mas que hay un dicho en contra algunos cristianos protestantes.

del mundo; y que toda alma que resistía á la concupiscencia, estaba condenada á pasar sucesivamente á otros cuerpos hasta que hubiera enteramente satisfecho esta deuda. No es difícil de imaginar qué consecuencias debían traer estas infames máximas. Carpócrates dejó un hijo llamado Epifanio, que amplió su doctrina y fué honrado como dios en la isla de Cefalonia; porque el culto de estos gnósticos y el de las otras sectas semejantes, era mixto de idolatría y de magia. Ellos tenían imágenes de Jesucristo, que decían las había hecho Pilato, y otras de Pitágoras, de Platon y de Aristóteles, y á todos los honraban con sacrificios y otras ceremonias de que los paganos se servían con respecto á sus ídolos. Ellos no miraban á Jesucristo sino como á un hombre puro, cuya alma, antes de ser encarnado, había sido solamente mas fiel á Dios que las almas del resto de los hombres; de manera que había conservado mas fortaleza para vencer á los espíritus creadores. Creían en efecto que todas las almas habían existido antes de unirse á los cuerpos, y que en castigo de los crímenes de que se habían hecho culpables, estaban sometidas al imperio de los espíritus que gobernaban el mundo.

Entre los discípulos de Carpócrates, es de notar un tal Pródico, que apareció antes de la secta de los adamitas, así llamados porque procuraban imitar la vida de Adán y Eva en el estado de inocencia. El lugar que habían escogido para sus asambleas, tenía el nombre de Paraiso: á él asistían todos los hombres y mujeres en estado de completa desnudez, entregándose luego, como debe presumirse, sin escrúpulo ni vergüenza á todos los excesos que eran natural consecuencia de este inconcebible éxtasis. Admitiendo como los demas carpócrateses la comunidad de mujeres, condenaban el matrimonio y sostenían que jamas hubiera existido sin el pecado del primer hombre. No hacían oración, considerándola inútil, y trataban el martirio de locura y de extravagancia.

Aunque estas sectas recibiesen diferentes nombres, y en efecto se distinguen por sus diversos errores, muchas veces contradictorios, todas tenían un mismo objeto, un punto de partida y cierto número de principios comunes, nacidos del mismo origen. De aquí procede que todas se daban el nombre de gnósticos, que querían tomar como general para indicar las luces extraordinarias que se les habían de haber recibido; porque este nombre significa sabio ó iluminado, y le usaban como una calificación propia de todos los hereses, que desde Simón Mago y los nicolaítas, despreciaban la sencillez de la fe, y esforzándose para acomodár á la filosofía los dogmas del cristianismo, fingían haberse elevado al conocimiento del Dios verdadero, oculto para los demas hombres. Su principal objeto era explicar el origen del mal y de la condicion del hombre en la tierra; averiguar por qué y cómo el alma humana se halla encerrada en un cuerpo, en donde está sujeta á la ignorancia y á las miserias;

manifestar cómo los desórdenes que ellos hallaban en el mundo, eran conciliables con las perfecciones divinas. Todos los gnósticos sentaban primeramente como base, que el mundo no era obra de Dios, y conviniendo en creer la materia eterna, enseñaban que había sido puesta en movimiento por uno ó varios espíritus inferiores que quisieron ser adorados por los hombres y usurpar la gloria del Dios supremo. Añadían que las almas emanaban del seno de la divinidad; pero que los espíritus criadores del mundo procuraban retenerlas encerradas en los cuerpos, para sujetarlas á su imperio é impedir su vuelta á Dios: que las que les obedecían, pasaban sucesivamente á diversos cuerpos; y que las otras, libertadas por el Cristo, subían otra vez á su origen, devolviendo á la tierra la cubierta material que les había servido de cárcel. Negaban, pues, la resurrección de la carne, y desechaban la ley y el antiguo Testamento como obra de los espíritus inferiores animaban todas las partes del mundo, y se entregaban á todas las prácticas de la magia para aplacar ó combatir á aquellos, y prevenir así los males de que los creían autores. Además, para autorizar sus delirios publicaron una multitud de obras apócrifas con el nombre de los antiguos patriarcas, de los filósofos orientales ó de algunos discípulos de los apóstoles.

De su moral puede juzgarse lo bastante por las máximas que hemos referido, y cuya exactitud han querido disputar, aunque en vano, ciertos críticos audaces; porque no solo resultan del conjunto completo del sistema de los gnósticos, y se acreditan con el testimonio unánime de los Santos Padres que habían conocido á aquellos herejes, y leído sus obras, sino que están además enteramente de acuerdo con las acusaciones que los mismos filósofos paganos hicieron á dichos sectarios. En efecto, Platino que publicó contra ellos una obra que poseemos aún, los acusa positivamente de despreciar todas las leyes, de ridiculizar las virtudes consagradas por el respeto de los siglos, de sacar el manantial de todo bien destruyendo la templanza y la justicia, de no buscar mas que su interés propio, de no aficionarse mas que al deleite; en una palabra, de no hacer caso de lo que se mira como bueno y honesto entre los hombres (1). Su vida además correspondía á estas máximas abominables. Detestaban el ayuno y buscaban cuidadosamente todo lo que puede conservar la mollicie y halagar los sentidos. Se bañaban á menudo, se perfumaban de día y de noche, celebraban suntuosos banquetes en sus reuniones, y allí se entregaban á todos los excesos de la disolución y á las mas infames torpezas. Cuando recibían á un forastero de su secta, el mismo marido no vacilaba en ofrecerle su mujer, y este uso vergonzoso se cohonestaba con el

(1) Platino, *Enstead.* II, lib. IX, c. XV.

nombre de caridad. Se los acusaba sin embargo, de que impedían la generacion, y de que hacían abortar las mugeres; y estas prácticas execrables eran en efecto una consecuencia bastante natural de su opinion sobre el origen y el destino de los cuerpos.

Como todos estos herejes se llamaban cristianos, el horror y el desprecio que su infame doctrina inspiraba, recayeron sobre el mismo cristianismo; porque los paganos no cuidaban de examinarle, y su malignidad confundía con los verdaderos cristianos á todos los sectarios que tomaban su nombre. De ahí provinieron las calumnias con que denigraban á los fieles con motivo de sus agapes y de sus juntas. El sacrificio eucarístico acerca del cual se guardaba secreto, y que solo era conocido de los fieles en el fondo, era uno de los principales pretextos para aquellas calumnias. Se sabía en general hasta por los mismos escritos de los apóstoles, que los cristianos no sacrificaban animales; y que ofrecían una víctima infinitamente mas preciosa, cuya carne comían, y cuya sangre bebían. Sobre esto se forjaban mil cuentos absurdos, que se figuraban ser realidad á causa del sigilo de los cristianos. Su estrecha union pasaba por cabala, y la tierna caridad que tenían unos para con otros, inducía á los paganos á acusarlos de todas las abominaciones que ellos mismos cometían. Así se decía que para iniciar á un prosélito en sus misterios, le presentaban un niño cubierto de barna y dispuesto de tal modo, que aquel le degollaba creyendo partir un pan; que inmediatamente acababan los asistentes de despedazar al niño, del que cada uno comía un pedazo; y que el nuevo prosélito, cómplice de este crimen, se veía así comprometido á guardar el secreto. Añadíase que en sus agapes ó convites de caridad, se reunían todos los cristianos, hombres, mugeres y niños, y que al fin cuando se habían calentado con el vino y los manjares, apagaban las luces, y luego á favor de la oscuridad se entregaban al arrebató de sus pasiones brutales sin temor ni el incesto, ni el adulterio. Estas calumnias, divulgadas primero por los judíos, fueron recibidas con avidia por la poblacion, y sirvieron por mucho tiempo para excitar su fanatismo contra los cristianos.

El emperador Adriano siguió con respecto á ellos, las máximas de Trajano; y como manifestaba disposiciones todavía menos favorables, las acusaciones fueron mas numerosas, y se cuentan gran número de mártires en los primeros años de su reinado. Entre los que padecieron muerte en Roma, se nota á San Estaquio con su mujer é hijos, Santa Sofía con sus tres hijas, San Eleuterio, obispo y Santa Ania, su madre. En las provincias de Italia citaremos como los mas célebres á San Faustino, presbítero, y San Jovita, diácono, que la Iglesia de Brescia honra como á sus patronos: Santa Alfa, martirizada en la misma ciudad, San Primo y San Márcos en Trieste, San Marciniano, primer obispo y patron de la Iglesia de Tortona, Santa Sabina, viuda ilustre por su nacimiento, y Santa

Serapia, virgen, ambas decapitadas en la Umbría; finalmente, San Antiocho que padeció en Cerdeña. En Oriente Santa Zoa, muy célebre entre los griegos, fué martirizada en la Panfilia con San Hespero su marido, y sus hijos Ciriacó y Teódulo. Pero por lo demas son muy pocas las circunstancias que se saben de la muerte de estos santos confesores y de otros varios que se citan en los martirologios como inmolados en el mismo tiempo.

Tenemos actas que contienen pormenores más extensos acerca del martirio de Santa Simforosa y de sus siete hijos. Era viuda de un tribuno llamado Getulo, condenado á muerte como cristiano; y sus virtudes, juntas á sus riquezas, la señalaban particularmente al odio de los paganos. Queriendo el emperador Adriano dedicar con las ceremonias ordinarias un palacio que acababa de construir en Tívoli, donde vivía Simforosa, comenzó con sacrificios para consultar los oráculos, y obtuvo por respuesta: "Que los dioses no podían mostrarse propicios mientras durase el ultraje que diariamente les hacia la viuda Simforosa invocando con sus hijos al Dios de los cristianos." Mandó, pues, Adriano prenderla, y con aparente dulzura se esforzó en persuadirla á que sacrificara en honor de los ídolos. Pero ella le respondió con firmeza: "Mi marido Getulo y su hermano Amancio, ambos tribunos vuestros, prefirieron sufrir mil tormentos y perder la vida, antes que quemar incienso ante los demonios que adorais; y si su muerte ha parecido ignominiosa á los ojos de los hombres, los ha proporcionado en la sociedad de los ángeles una gloria y una felicidad que no se acabarán." "Consiente en sacrificar, le dijo Adriano: si tú y tus hijos seréis sacrificados." "Seré dichosísima, contestó Simforosa, en ser ofrecida en sacrificio á mi Dios." "Vuelvo á decirle, insistió el emperador, que escogas una de estas dos cosas: ó sacrificar á los dioses, ó perecer en los tormentos." Simforosa le repuso: "Vuestras amenazas no me harán variar de resolución: solo anhelo por la dicha de unirme á mi esposo á quien habeis quitado la vida por Jesucristo." Entonces Adriano ordenó que la condujesen al templo de Hércules, y que la colgasen de los cabellos después de abofetearla cruelmente; pero como nada hiciese titubear su constancia, mandó precipitarla en el río. Eugenio, su hermano, y uno de los principales ciudadanos de Tívoli, sacó su cuerpo y le enterró cerca de la misma ciudad.

Al día siguiente hizo Adriano que llevasen á su presencia á los siete hijos de Simforosa, y habiéndolos exhortado en vano á que sacrificaran á los ídolos, mandó atarlos á siete piláras puestas al rededor del templo de Hércules, estirándoles los miembros con poleas, y por fin les dieron muerte con diferentes suplicios. Crescente, el mayor de todos, fué degollado: el segundo, llamado Juliano, recibió varias lanzadas en el pecho: Nemesio y Primitivo, fueron traspasados en diferentes partes: á Justino le quemaron los riñones: á Stacteo le abrieron los costados; y Eugenio el menor, fué

partido por la mitad del cuerpo. En seguida, por orden de Adriano, fueron arrojados en un foso profundo que los Pontífices paganos nombraron, el sepulcro de los siete Bithinianos, es decir, de los siete ajusticiados. Cuando se acabó la persecucion, se recogieron con respeto aquellas preciosas reliquias, y se enterraron en el camino de Tívoli á Roma, á ocho millas de ésta.

Al fin las persecuciones y calumnias de que eran víctimas los cristianos, los determinaron á publicar apologías en su defensa y justificación. La primera fué la de San Cuadrato, que habia sido discípulo de los apóstoles, y poseyendo con la ordenacion de obispo el don de profeta, imitaba el celo de aquellos en propagar la fé y predicar la divina palabra á los gentiles. "Porque, dice Eusebio, la mayor parte de los primeros discípulos, llenos de una verdadera sabiduría, empezaban por distribuir sus bienes á los pobres, despues iban á diferentes países á ejercer las funciones de evangelistas, anunciaban á Jesucristo á los que no le conocian, y les llevaban los libros sagrados. Echados así los fundamentos de la religion en un pueblo de infieles, nombraban obispos, á quienes encargaban el gobierno de la nueva Iglesia, y pasaban á otros parages. Dios trabajaba en todas partes con ellos por la eficacia de su gracia, y el Espíritu Santo obraba por su medio una multitud de prodigios (1)." El emperador Adriano se inició en los misterios eleusios el año 124 en Atenas, y habiendo servido esta circunstancia como de estímulo para avivar las persecuciones contra los cristianos, San Cuadrato compuso por aquel mismo tiempo, ó poco despues, una apología, que dirigió á dicho príncipe y que fué alabada de los antiguos, ya por la pureza de la doctrina, ya por la fuerza del raciocinio. En un corto fragmento conservado por Eusebio, manifiesta la diferencia que hay entre los milagros de Jesucristo y los prestigios de los impostores. "En cuanto á las obras de nuestro Salvador, decia este apologista, siempre han sido visibles, porque eran verdaderas. Los enfermos que curó, ó los muertos que resucitó, no comparacionaron solo algunos instantes y delante de poca gente, sino que se mostraron á la vista de todo el mundo y durante muchos años: no solamente pudo vérselos sanos y vivos mientras duró la predicacion de Jesucristo, sino mucho despues que el Señor dejó la tierra; de modo que algunos han llegado hasta nuestros dias."

San Artístides, que era de Atenas como San Cuadrato, y que antes de abrazar el cristianismo habia hecho profesion de filósofo, publicó por su parte otra apología de que no nos ha quedado nada; pero que dice San Geronimo era igualmente elocuente y erudita. Citaba muchos passages de los antiguos filósofos para dar mas peso á sus observaciones, fortaleciéndolas con el voto de las autoridades menos sospechosas para los paganos.

(1) Eusebio, Hist. lib. III, cap. XXXVII.
Tom. I.

Los esfuerzos de estos dos apologistas fueron corroborados por una carta que Serenio Graniano, prócurul de Asia, escribió casi por la misma época, para representar al emperador que la justicia imponía el deber de no conceder á los gritos tumultuosos del populacho la sangre de tanta multitud de cristianos, expuestos cada día á ser condenados por solo su nombre y sin ninguna forma legal. Movido Adriano de estas reflexiones, expidió órdenes en consecuencia á varios gobernadores de provincia, y entre otros á Minucio Fundano, sucesor de Graniano. Este rescripto que San Justino insertó en una de sus apologías, y que ha conservado Eusebio, estaba concebido en estos términos. "He recibido la carta del ilustre Serenio Graniano, tu precesor, y no he creído que el asunto debiera despreciarse, porque se trata de precaver desórdenes y de evitar las ocasiones de calumnia. Así, si los pueblos de tu gobierno tienen que elevar quejas contra los cristianos, que lo hagan en regla y vayan á sostener sus acusaciones ante tu tribunal, no contentándose con clamores sediciosos, porque á ti te toca entender en esas acusaciones: si alguno se presenta como acusador y prueba que ellos obran contra las leyes, castígalos según la naturaleza del delito; pero si la quejella es calumniosa, cuida de no dejar impune al que la haya entablado (1)."

Esta decision no era bastante precisa para revocar las leyes precedentes, y en particular las de Trajano; pero suspendió la persecucion, á lo menos por algun tiempo. Desde entonces se mostró Adriano tan bien dispuesto á favor del cristianismo, que hasta tuvo el proyecto de poner á Jesucristo en el número de los dioses. "Mandó edificar templos, dice Lampridio, en todas las ciudades, sin poner ninguna estatua; y como no están consagrados á divindades, llevan aun el nombre de este emperador. Habia mandado construirlos para dedicarlos á Jescucristo; pero le disuadieron los Pontífices, que habiendo consultado los oráculos, supieron que de ejecutar este designio, todo el mundo se haria cristiano, y los demas templos quedarían abandonados (2)."

Tambien publicó el mismo emperador varias leyes, en que se revela evidentemente la inspiracion de los doctores cristianos: prohibió los sacrificios que subsistian aun en ciertos parages; quitó á los señores el derecho de vida y de muerte que hasta entonces habian tenido sobre sus esclavos, mandando que éstos cuando se los acusase de un crimen capital, fueran juzgados por los tribunales ordinarios; finalmente, abrogó la ley que permitia dar tormento á todos los esclavos de un hombre

(1) Euseb. Hist. lib. IV, cap. IX.

(2) Lampridio Vit. Alex. La última frase de Lampridio sobre los motivos que impidieron esta consagracion, ofrece alguna ambigüedad, y puede referirse al emperador Alejandro Severo, que tuvo el mismo plan que Adriano. Pero es probable que la misma causa detuvo al uno y al otro.

muerto violentamente en su casa, y limitó esta disposicion á los que fuesen testigos del homicidio, ó hubieran podido evitarle.

El cristianismo, protegido así momentáneamente contra las violencias populares, no cesaba de estar expuesto á sinsabores de otra clase, ya de parte de algunos sofistas charlatanos que corrian el mundo jactándose de obrar milagros por el poder de los falsos dioses, ya de parte de los filósofos paganos, que en sus escritos ó en sus discursos se esforzaban por combatir los dogmas de los cristianos.

Uno de los mas célebres fué un filósofo epicureo llamado Celso, que parece compuso varias obras contra los cristianos; pero sobre todo, publicó hacia mediados del segundo siglo, un libro con el título de *Discurso verdadero*, lleno de mentiras y de calumnias, donde habia reunido, ademas, casi todas las objeciones que pueden discurrirse contra la religion. Hacia que los judíos y los cristianos disputasen entre sí, y luego impugnaba á unos y á otros con sus propios razonamientos, intentando sacar una gran ventaja de sus divisiones, vanagloriándose de haber leído todos sus libros, y empleando sucesivamente la injuria, la burla y la discusion; de manera que no omitia, por decirlo así, ningun argumento de cuantos los incrédulos modernos han repetido despues. Por lo demas se halla en su propia confesion una prueba incontestable de los progresos rápidos que el cristianismo habia hecho, y de las violentas persecuciones que sufrían los que lo abrazaban. Tambien se ve, por sus objeciones, que la divinidad de Jescucristo era un dogma claramente enseñado por los cristianos, supuesto que el sirve de base ó de objeto de sus impugnaciones en algunas de aquellas. Daremos una idea mas completa haciendo conocer el tratado que Origenes escribió para refutar dicho libro (1).

En los últimos años de Adriano intentó tambien por otro medio, un judío llamado Aquila, conmover uno de los principales fundamentos de la fé, y arrebatar á los cristianos las pruebas que sacaban de la autoridad de los profetas. Era pagano de origen, y natural de Sinope, en el Ponto. Sorprendido de los milagros obrados por los cristianos de Jerusalem, habia abandonado las supersticiones de la idolatria, y bautizádose. Pero habiéndose apegado despues obstinadamente á las vanas observancias de la astrologia, fué echado de la Iglesia, y de despescho hizo que le circuncidaran,

(1) Algunos autores afirman que Celso era un filósofo de la escuela eclectica de Alejandria, y que su obra se compuso solamente como á fines del reinado de Marco Aurelio. Pero aunque esta opinion no deje de tener algun fundamento, las pruebas que se alegan no son bastante fuertes para hacernos abandonar la opinion mucho mas extendida de que este filósofo nació desde el tiempo de Adriano. Sin embargo, si puede suponerse que publicó desde luego los otros libros que se le han atribuido contra los cristianos, es cierto que la obra cuya refutacion poseemos, no se compuso hasta algunos años despues de la muerte de este príncipe, supuesto que en ella se hacia mencion de algunas sectas que no se conocieron antes de mediado el siglo II.

y abrazó el judaísmo. Entonces se aplicó á estudiar la lengua hebrea, y dió despues una nueva traducción de la Santa Escritura; queriendo corregir la de los setenta, y desnaturalizando ó atenuando todos los pasages que se refieren á Jesucristo. Esta version fué adoptada por los judíos que hablaban la lengua griega.

Ademas de las sectas de que hemos hablado anteriormente, debemos mencionar tambien el error de los milenarios que comenzó á estar en auge bajo el reinado de Adriano. Ya se habia enseñado en Cerinto, y aun se copicia de mas antiguo entre los judios que fueron sus primeros autores; pero la autoridad de Papias contribuyó luego á propagarle mas, atrayéndole algunos partidarios de entre los fieles. Era Papias obispo de Hierópolis en Frigia, y habia sido discípulo de San Juan Evangelista y compañero de San Policarpo: hombre de una virtud rara, de un entendimiento cultivado, y hasta de bastante habilidad en la literatura; pero de corto juicio, crédulo en demasia y con poquísimo discernimiento. Habia escrito cinco libros con el título de *Exposicion de los discursos del Señor*. En los fragmentos que Eusebio ha conservado, se ve que se informaba cuidadosamente de cuanto los antiguos podian haber aprendido de viva voz conversando con los apóstoles. "No gustaba yo, dice, como la mayor parte, de los que abundaban en palabras, sino de los que enseñaban la verdad, ni de los que publicaban máximas nuevas y desconocidas, sino de los que referian los preceptos comunicados por el Señor. Siempre que encontraba yo á alguno de los que habian sido discípulos de los antiguos, le preguntaba con anhelo acerca de sus discursos y lo que habia dicho Andrés ó Pedro, Juan ó Felipe, ó algun otro discípulo del Señor como Aristion ó el presbítero Juan (1), porque me persuadía á que las instrucciones encajadas de los libros me serian menos provechosas que lo que aprendiera así de viva voz." Entre las diferentes cosas que referia como sabidas por este medio, mezclaba algunas parábolas atribuidas al Salvador, y errores ó fábulas que referia á tradiciones mal comprendidas, entre otras el desvario de los milenarios sobre el reinado temporal de Jesucristo: lo que no oíja que haya sido descrito en el número de los santos, porque la Iglesia no habia pronunciado aún su juicio sobre este error, que no fué condenado expresamente hasta mucho despues de muerto Papias. San Justino, San Ireneo, Tertuliano, Lactancio y algunos otros menos conocidos, abrazaron despues de él la misma opinion, cuyo fundamento creian encontrar en un pasaje del Apocalipsis mal entendido. Pero su parecer se separaba del de los hereges en un punto esencial: aquellos creian solamente que al fin de los tiempos habria una primera resurreccion únicamente para los justos, y que enton-

(1) Este presbítero Juan, que Papias distinguió del apóstol, podía ser Juan Marcos, primo de San Bernabé.

ces, descendiendo Jesucristo á la tierra para reinar por espacio de mil años en el universo, participarían los santos de este reinado, mandarian á los hombres que aun viviesen, y gozarian con Jesucristo de una felicidad enteramente espiritual. Suponian que la ciudad de Jerusalem sería edificada por las naciones extranjeras, y aplicaban á esta nueva ciudad lo que se dice de la Jerusalem celestial en el Apocalipsis. Segun ellos, este era el céntuplo que Jesucristo prometi6 en este mundo á los que lo hubiesen dejado todo por él, y al cabo de este reinado temporal de mil años, debía efectuarse la resurreccion general y el juicio final, despues de lo cual los justos entrarían en posesion de la gloria eterna. Los judios y los hereges, apegados por el contrario, á invenciones mas groseras, enseñaban que la felicidad de los justos consistiria en los placeres sensuales: que pasarían los mil años en festines y deleites continuos: que podrian vengarse de sus enemigos: que se harian circuncidar, sacrificarían víctimas, y practicarían todas las ceremonias legales: en fin, que los mismos cristianos se convertirían al judaísmo, y que los judios dominarian todas las naciones. Los marcionitas, los montanistas y otras sectas heréticas adoptaron el error de los milenarios.

Adriano no conservó hasta lo último las disposiciones benévolas que habia mostrado hacia el cristianismo, y volvieron á empezar las persecuciones en los últimos años de su reinado. Es probable que la rebelion de los judios produjera este cambio, porque continuamente se miraba á los cristianos como una secta del judaísmo. Despues de la ruina de Jerusalem, en tiempo de Tito, los romanos habian permitido reedificar algunas habitaciones en su sitio, y poco á poco se habia levantado de nuevo la ciudad. Adriano quiso acabar de reconstruirla el año 132, pero con la intencion de hacerla colonia romana, y hasta le mudó el nombre dándole el de Elia Capitolina. Al mismo tiempo envió una colonia de paganos para habitarla, y mandó levantar un templo á Júpiter en el sitio del antiguo. Indignados los judios de esta profanacion, no se atrevieron con todo, á levantarse al pronto, contenidos por la presencia del emperador, que se hallaba entonces en Oriente. Limitáronse á hacer en secreto preparativos de guerra, abriendo sobre todo, muchos conductos subterráneos, á fin de poder reunirse furtivamente, comunicar entre sí, y esconderse ó huir cuando se vieran apurados. Pero habiendo partido Adriano para la Grecia el año 134, estalló públicamente la rebelion, y los judios esparcidos por las diversas provincias, se sublevaron inmediatamente, y se hicieron de todas partes á Jerusalem, de modo que todo el Oriente, por decirlo así, se conmovió. Era su jefe un saltador llamado Barcoqueba, despreciable por todos títulos; pero cuyo nombre bastó para reunir bajo sus órdenes á la multitud de los rebeldes. Como este nombre significaba en lengua siríaca *hijo de la estrella*, se aplicaba la profecía de Ba-

laam sobre aquella estrella que debía salir de Jacob para someter á los gentiles; y no se necesitó mas para seducir á un pueblo cuya obcecacion participaba de la estupidéz. Este impostor trató primero, para aumentar sus fuerzas, de arrastrar tambien á los cristianos á la rebelion, ofreciéndoles el mismo favor que á sus súbditos; pero habiéndose negado aquellos, los persiguió con furor é hizo perecer gran número de ellos en los suplicios mas espantosos.

Entre tanto, Tinnio Rufio, gobernador de la Judea, recibió los refuerzos que necesitaba para embestir á los rebeldes; mas no atreviéndose á presentarles la batalla porque temia igualmente su número y su desesperacion, se contentó con recorrer la campiña cayendo de impetuso sobre las partidas sueltas, y matando á cuantos encontraba, sin perdonar á mugeres ni á niños. El emperador envió en segunda tropa mas copiosas bajo la conducta de Julio Severo, general hábil, á quien mandó pasar desde la Gran Bretaña á la Judea para terminar la guerra. Este temió asimismo empeñar una accion general, y siguiendo un plan análogo al de Rufio, formó varios destacamentos que atacaron á los rebeldes por todos lados, y estrechándolos poco á poco, les cortaron los viveres y lograron así destruirlos enteramente. Cincuenta plazas fuertes y cerca de mil pueblos fueron arruinados: quinientos ochenta mil judíos fueron inmolados con el hierro, á mas de una multitud innumerable que perecieron por el fuego, de hambre ó enfermedades. Todos aquellos á quienes la guerra habia perdonado, fueron puestos en venta como acémilas, en el valle de Mambré, donde se celebraba una feria de animales, y los que no encontraron compradores, fueron trasportados á Egipto: sus tierras quedaron confiscadas á beneficio del pueblo romano. Jerusalem fué arrasada de nuevo en Agosto del año 137. Así se consumaron la ruina y dispersion del pueblo judío, que quedó sin patria: sin pueblo y sin sacrificio, errante por todas partes, en medio de los otros pueblos, como para dar testimonio al universo del cumplimiento de las profecias.

Adriano reedificó segunda vez á Jerusalem con el nombre de Elia Capitolina, que conservó hasta el tiempo de Constantino; pero varió su recinto y situacion, suprimiendo una parte del antiguo sitio para extender la nueva ciudad hasta el monte Calvario. Prohibió á los judíos, so pena de muerte, entrar en ella ni aun acercarse, y cuidó de poner guardias en diferentes parages para velar sobre la ejecucion de esta medida. Hizo colocar en la puerta, por el lado de Bethlehem, un puercu de mármol, animal mirado como inmundu por los judíos; pero cuya figura llevaban los romanos en sus banderas. Mandó levantar tambien una estátua de Venus en el sitio del Calvario en que Jesucristo habia muerto, y un ídolo de Júpiter en el de su resurreccion: finalmente, dispuso que cerca de Bethlehem se plantara un bosque en honor de Adonis, y le dedicó el establo en que habia nacido Jesucristo.

Hasta entonces la Iglesia de Jerusalem casi no se habia compuesto sino de judíos convertidos, que practicaban aún la circuncision y las otras ceremonias de la ley de Moisés: habia tenido quince obispos, elegidos todos entre los fieles circuncisos. Pero como la prohibicion de Adriano la redujo á solos los cristianos, se abolieron todos estos restos de las observancias legales, y aquella Iglesia comenzó desde entonces á ser gobernada por obispos que no eran judíos de nacimiento. Márcos fué el primero elegido entre los gentiles, y el decimosexto que la gobernó desde la fundacion del cristianismo.

Apenas sobrevivió Adriano un año á la destruction de los judíos, y señaló el fin de su reinado con odiosas crueldades. Por simples sospechas hizo perecer á varios personages distinguidos, y hasta á individuos de su propia familia. Habiendo caido enfermo de hidropesia, se le hizo tan insoportable el exceso de sus padecimientos, que quiso mas de una vez matarse. Al fin desechó todos los remedios, comenzó á comer y beber immoderadamente, y murió así el 10 de Julio del año 138. Sucedióle Arrio Antonino, á quien poco antes habia adoptado.



JANIL



UNIVERSIDAD AVILA ROMA DE NUEVO LEON DE BIBLIOTECAS



LIBRO III.

DESDE LA DESTRUCCION DE LA NACION JUDEA EN 137, HASTA
FIN DEL SIGLO II.

El Papa San Telesforo, que gobernaba la Iglesia hacia once años, fué martirizado en el primero del reinado de Antonino, á principios del 139. San Ireneo le cuenta por primer mártir entre los Papas después de San Pedro, aunque según toda apariencia otros hubiesen merecido ya este título, si no por su muerte, á lo menos por su valor en sufrir las persecuciones en honra y nombre de Jesucristo. San Higinio, que le sucedió, murió el año 142, y fué reemplazado por San Pio, que ocupó quince años en la silla apostólica y tuvo por sucesor á San Aniceto.

Bajo el pontificado de Higinio, fué á Roma el herejearca Valentin, y de allí á poco fué excomulgado. Había nacido en Egipto hacia el principio del siglo II, y estudiado las letras humanas y todos los sistemas de la filosofía griega y oriental en las escuelas de Alejandría. Primero pareció católico y vivió mucho tiempo en la comunión de los fieles, ya porque disimulase sus errores, ó porque no hubiese perdido aún la fé pero no habiendo podido conseguir una silla episcopal que ambicionaba, el despecho y la venganza le llevaron desde luego á combatir la doctrina de la Iglesia. Creese que en Chipre fué donde empezó á dogmatizar públicamente, después de haber esparcido en secreto las primeras semillas de su heregia en Egipto y tal vez en Roma. Es incierta la época de su muerte; pero es probable que ocurrió después del año 160.

El sistema de Valentin no era mas que una ampliación de los principios de Simon el Mago, de Basilides y de los otros gnósticos, es decir, una mezcla de desvarios á veces incoherentes é ininteligibles, tomados por una parte de la filosofía de Pitágoras ó de Platón, y por otra de la filosofía oriental. Clemente de Alejandría, Orígenes, Tertuliano y San Ireneo, que refutaron sus errores, todos convienen en referirlos de la misma manera, sea ateniéndose á sus obras, sea con arreglo á las de algunos discípulos suyos; de modo que no es posible ponerlos en duda, por absurdos que parezcan.

El objeto principal de este herejearca, como el de todos los gnósticos, era sujetar el dogma del cristianismo al dominio de la razón, y libertar al hombre de todos los deberes que pueden imponer sacrificios á la naturaleza. Con este fin convertía la Santa Escritura en alegorías para acomodarla á sus ideas, ó desechaba lo que le parecia tan positivo que no se prestaba á interpretaciones arbitrarias. Despreciando la simplicidad de la fé, se jactaba de explicar todo lo que el cristiano se contenta con creer, y daba el nombre de ciencia

á las extravagancias de una imaginación delirante. Suponia que en la mansion eterna de la luz donde reside la divinidad, ésta, difundíendose, habia producido por medio de emanaciones sucesivas una larga genealogía de personas ó de inteligencias inmortales que participaban de la naturaleza divina; y á eso llamaba *cones*, de una palabra griega que expresa la eternidad, abusando así de un nombre que se halla con frecuencia en la Escritura. Estos *cones* eran treinta, unos machos y otros hembras, divididos en tres órdenes y nacidos los unos de los otros. El primero era la profundidad, que llamaba él tambien el primer ser y el primer padre. Este ser habia permanecido desconocido mucho tiempo en el reposo y en el silencio, sin tener consigo mas que el pensamiento, que era como su esposa. De su union habia nacido el entendimiento y la verdad; y estos habian engendrado el verbo y la vida, que produjeron á su vez el hombre y la Iglesia. Estos últimos dieron existencia á doce *cones*, entre los que estaban la perfeccion y la sabiduría; y por su parte el verbo y la vida engendraron otros diez; lo que completaba el número de treinta. Todos juntos formaban lo que Valentin llamaba la plenitud. La sabiduría, que era el último de los *cones*, habia hecho un esfuerzo para salir de esta plenitud, esperando llegar así á conocer al primer padre; pero la habia detenido una virtud ó potencia designada con el nombre de término ó de limite; y para precaver cualquier otra tentativa de esta clase, el entendimiento habia producido otra vez otras dos potencias, Cristo y el Espíritu Santo, que habian asegurado la morada de los *cones*; después estos habian dado la existencia á Jesus que se distinguía de Cristo; pero que llevaba su nombre, como reunia tambien en sí los nombres y perfecciones de todos los demas, porque todos habian contribuido á producirle.

Por lo demas, Valentin no atribuía al primer ser ni el conocimiento de todas las cosas, ni la providencia universal. El mundo no era otra suya, sino de un ser inferior designado con el nombre de obrero ó *demiurgo*, que existía fuera de la morada de los *cones*, y que debia su origen á una sustancia imperfecta que tambien habia sido producida fuera de dicha morada, por el esfuerzo desordenado que la sabiduría habia hecho para salir de allí. Porque de ahí habia resultado un ser inferior, cuyos diversos movimientos habian producido los elementos de la materia; y estos habian sido separados y puestos en orden por un obrero que tenia el mismo origen. Este *demiurgo* habia hecho los siete cielos planetarios, y los dominaba; pero no conocía nada de lo que habia encima de él. Por eso se llamaba único Dios, y habia hecho que le adorasen como tal los judíos á quienes habia enviado profetas. Así los valentinianos desechaban el antiguo Testamento como obra de aquel artífice criador, enemigo del Dios verdadero. Otros espíritus inferiores que animaban los astros y las diferentes partes del universo, lograron que

los adoraban también los paganos; de modo que el verdadero Dios había estado ignorado de los hombres, hasta Valentin. Jesús, ó el Salvador, había venido á la tierra para destruir estos errores; pero habiendo resuelto las potestades del mundo crucificarle, había dejado el cuerpo á que estaba unido, y por consiguiente no había padecido sino en apariencia.

Sería inútil contar menudamente los errores que son comunes á esta heresia y á los otros gnósticos. Solo añadiremos que distinguía tres especies de sustancia, una terrestre y material, de que se componen los cuerpos; otra animal y sensitiva que es el principio de la vida, y en fin, una tercera que llamaba espiritual, aunque según toda probabilidad no fuese sino una materia algo mas sutil que las otras dos. El hombre, según él, se componía de estas tres sustancias; pero la tercera necesitaba extenderse y desprenderse en cierto modo de las dos primeras, para que el hombre pudiera alcanzar su perfección. Entonces se hacía todo espiritual y no tenía necesidad de fe; supuesto que poseía la ciencia perfecta, ni de buenas obras; una vez que poseía la plenitud del bien. Con arreglo á estos principios, los valentinianos despreciaban todos los mandamientos y se dejaban arrastrar sin escrúpulo de todas las pasiones. Las buenas obras no podían ser útiles sino á aquellos en quienes dominaba aún la parte animal, ó que continuaban bajo el imperio de los sentidos, tales como los católicos según ellos, á quienes por esta razón llamaban los valentinianos *psíquicos*, de la palabra griega que expresa simplemente la vida, mientras que á sí propios se daban el dictado de *gnósticos* ó inteligentes.

Parece asombroso que unas invenciones tan absurdas encontrasen partidarios; pero se ve la razón en lo que nos manifiestan San Ireneo y Tertuliano. Los valentinianos se vanagloriaban de ser cristianos y mas perfectos que los otros; apoyaban sus errores con interpretaciones de la Escritura, que decían haber aprendido de algunos discípulos de Jesucristo, y que no se habían divulgado, sino comunicado únicamente á unos cuantos capaces de entenderlos; de manera que el que se adhería á ellos, parecía que se elevaba sobre la multitud. Representaba á los católicos como preocupados é ignorantes, que tenían necesidad de creer porque eran incapaces de comprender; ponderaban al contrario como hombres privilegiados á los que los habían instruido en las profundidades de la ciencia, y prometían á sus prosélitos lucra brillantes é inesperadas. Luego que seducían á algunos iniciados con el atractivo de la erudición, exigían un secreto rigoroso, y no revelaban sino sucesivamente y despues de muchísimo tiempo los misterios ocultos de su doctrina; de modo que sus discípulos, una vez ganados con promesas pomposas, eran detenidos constantemente por el deseo y la esperanza de alcanzar un día el conocimiento cabal que los mas antiguos se jactaban de poseer. Por otro lado, como condenaban el martirio, permiti-

an asistir á las fiestas y sacrificios de los paganos, dispensaban de las buenas obras, y justificaban las acciones mas infames, se concede fácilmente que esta doctrina debía ofrecer un poderoso atractivo á todos los hombres débiles ó poco ilustrados, que encontrando así el medio de satisfacer sus inclinaciones, mostraban poca repugnancia en cuanto al fondo del sistema. En cuanto á lo demas, los valentinianos no desechaban los milagros de Jesucristo, ni aun negaban la autenticidad de los cuatro Evangelios, aunque casi despreciaban á los apóstoles; sin embargo, adoptaban con preferencia el Evangelio de San Juan, sobre el cual un discípulo de Valentin llamado Heracleon, hizo un comentario de que Orígenes ha conservado algunos extractos.

No tardó la secta de los valentinianos en dividirse en varias ramas, y antes de concluir el siglo II, produjo una multitud de sectas particulares que recibieron nombres diferentes, y que aunque conservaban la misma doctrina en el fondo, la modificaban mas ó menos considerablemente en ciertos puntos. Segundo y Tolomeo, discípulos de Valentin, añadieron algunos *ceres* á los de su maestro; un cierto Teodoro enseñó expresamente que los ángeles, los demonios y las almas humanas son de una naturaleza corporal, y que el curso de los astros determina todas las cosas de este mundo, aun las acciones de los hombres. Heracleon, que no tanto se distinguió por ideas propias, cuanto por palabras nuevas, usaba para los moribundos de ciertas unciones hechas con agua y aceite mezclados, pronunciando al propio tiempo algunas oraciones en hebreo; con lo que intentaba hacer á aquellos, invisibles á las potencias inferiores, á fin de que éstas no pudiesen detenerlos y oponerse á que se elevaran á la region de los espíritus. Colarbaso determinaba el número de los *ceres* por las letras del alfabeto griego, y sometía también á la influencia de los siete planetas el nacimiento y la vida de los hombres. Márcos, su discípulo, ó según otros su maestro, amplió el mismo sistema, y dió su nombre á otra secta por el año 170. Admitía como primer principio de todas las cosas un ser soberano, que según él era un compuesto cuádruplo del silencio, del silencio, del padre y de la verdad, y que despues habia producido los otros *ceres* por la eficacia de su palabra. Suponia, por consiguiente, que las palabras tenían una virtud, una fuerza natural, y de ahí deducía que logrando combinar las letras de manera que reprodujesen las palabras pronunciadas por aquel primer ser, se podía participar de su poder y obrar prodigios mandando á los espíritus que animan á toda la naturaleza. Su sistema, pues, estribaba todo en las supuestas propiedades de las letras y de los números, y no era mas que una mezcla de los desvarios de la cabala y de las opiniones de Pitágoras. Conforme á estas ideas, recomendaba las prácticas de la magia á que se dedicaba el también. Un prestigio que ejecutaba sin duda por medio de alguna operación química, hizo creer facilmente

to que había hallado en efecto el secreto de obrar milagros. Ponia agua y vino en un vaso, y despues de pronunciar algunas palabras misteriosas, oclaba el licor en un vaso mas grande que llenaba todo, y hasta que se vertia por una especie de hervor; y como entonces tomaba un color mas oscuro, suponía que se había convertido en sangre. Hacia que unas mugeres obrasen este prodigio fingido, para persuadir que les comunicaba un poder sobrenatural; despues, con algunas nociones capaces de perturbar los sentidos, á que añadía invocaciones y ademanes extravagantes, exaltaba la imaginacion de las mugeres, que se creían capaces de profetizar. Así logró seducir á muchas, abusando de ellas para satisfacer sus pasiones; porque á ejemplo de los otros gnósticos, ponía entre las cosas indiferentes las acciones mas infames. Los sectarios de Marcos iniciaban á sus discipulos, ya por invocaciones pronunciadas sobre un tálamo nupcial, ya por formulas hebraicas, á veces por la administracion del bautismo en nombre del ser desconocido, padre de todas las cosas, en nombre de la verdad, madre de todo, y en nombre del poder que bajó á Jesus. Sin embargo, algunos miraban como inútiles todas estas ceremonias, afirmando que el conocimiento de su doctrina obraba la verdadera redencion, y que no se podía figurar con signos exteriores el misterio de las cosas espirituales é invisibles. Admitieron con espertitud este principio, aquellos á quienes se dió el nombre de arcbóticos á fin de del siglo II, porque establecian un principio ó un arconte particular para presidir cada uno de los siete cielos planetarios. Desechaban el bautismo y los otros sacramentos como simbolos materiales, que no podian convenir sino á los espíritus ignominios y sensuales. Todo esto, así como la ley, había tenido por autor al arconte ó al Dios Sabaoth, que reinaba en las cielos inferiores, y no se podía hacer caso de ello luego que se llegaba á adquirir el conocimiento del Dios inefable. El Dios Sabaoth era el que había engendrado al diablo, y éste había producido á la muger, por la que entró el mal en el mundo.

Otras sectas de gnósticos, originarios de la escuela de Valentin, fueron señalados tambien con nombres relativos á algunos de sus dogmas particulares. Los ofites ó serpentinos fueron así llamados á causa del culto que tributaban á la serpiente, porque se figuraban que Cristo ó la sabiduría, había tomado la forma de dicho animal para ilustrar á los primeros hombres, enseñándolos á despreciar las leyes del *demiurgo* criador del mundo. Mantenian en una especie de jaula una serpiente domesticada, á la que abrían la puerta mientras la celebracion de sus misterios, y subiendo entonces el animal sobre una mesa, y enroscándose al rededor de los panes que había en ella, se acercaban los asistentes á besar y adorar á la serpiente, y luego se repartian los panes consagrados con su contacto. Esta secta parece que tuvo su origen entre los judios, y se dividió despues en dos ramas distintas, la de que acabamos de hablar, y

otra, que no queriendo admitir ninguna mezcla de cristianismo, hacia, por el contrario, profesion de maldecir á Jesucristo. Los sethinos honraban particularmente á Seth, hijo de Adán, como que había sido producido por la gran virtud de Dios, es decir, por el primero de los *cones* emanados del Ser Supremo, mientras que los otros hombres eran obra de los ángeles subalternos. Añadian que su alma había pasado á Jesus, de modo que éste no era diferente del mismo Seth. Los cainitas recibieron este nombre, por la veneracion que daban á Cain y á todos los que la Escritura condena, como Esau, Coré, los sodomitas y el traidor Judas. Afirmaban que todos estos impios habían merecido la suprema sabiduría ó el Dios verdadero, y que habían merecido la gloria celestial combatiendo la potestad inferior ó el *demiurgo*, autor del mundo y de la ley dada á los judios. Todas estas sectas admitian además, como hemos dicho ya, los otros principios que constituan el fondo y el carácter general de la heregia de los gnósticos. Algunas duraron muy poco tiempo, y las otras fueron desapareciendo sucesivamente antes de concluir el siglo IV; de suerte que la secta de los valentinianos se redujo entonces á tan corto número de miembros, que pudo considerárcela como extinguida.

En el tiempo mismo en que Valentin propagaba sus fábulas, Cerdón y Marcion espacian tambien en Roma otra heregia, análoga algun tanto á la de los gnósticos; pero que se diferenciaba de ella en puntos esenciales. Estos dos herejarcas eran originarios del Asia, y se adhucieron al sistema de los dos principios, segun la doctrina ya enseñada por Saturnino, y ampliada mas adelante por los maniqueos. Todo lo que se sabe de Cerdón es, que habiendo venido de la Siria á Roma, bajo el pontificado del Papa Higino, residió allí algun tiempo propagando secretamente sus errores, y abjurándolos despues para volverlos á abrazar de nuevo; y que separándose dos veces de la comunión de los fieles, solicitó una nueva reconciliacion, y miró antes de haberla conseguido. Marcion había nacido en la provincia de Ponto, y era hijo de un obispo católico, que le expulsó de la Iglesia por haber mantenido un trato criminal con una vírgen. Movido mas del castigo que del crimen, y avergonzado de las humillaciones que tenía que sufrir, hizo las mas vivas instancias á su padre para alcanzar el perdon; pero no habiendo podido vencerle ni recurrirse á la Iglesia tan pronto como lo deseaba, tomó el partido de ir á Roma, donde esperaba encontrar mas facilidad é indulgencia. Llegó allá despues de muerto el Papa Higino, y se dirigió á los mas antiguos del clero, que no quisieron admitirle en su comunión sin el consentimiento de su padre. Arrebatado entonces de despecho, les dijo colérico: «Yo despedazaré vuestra Iglesia, é introduciré en ella una division eterna.» Unida, pues, con el herejarca Cerdón, adoptó sus errores y los enseñó abiertamente en varios puntos, dando nombre á su secta. Se cree

que recorrió sucesivamente el Egipto, la Siria y el Asia menor; pero residió mas tiempo en Roma, donde dogmatizó con particularidad bajo el pontificado de San Aniceto.

Consistía el punto fundamental de su sistema, como acabamos de decirlo, en admitir dos principios de todas las cosas, uno bueno y otro malo. Sin embargo; atribuía al primero mayor poder, y le hacia autor de un mundo invisible y producido por emanaciones diversas; de modo, que bajo este respecto se adhería á todos los desvarios de los gnósticos sobre la generación de los *coetes*; pero se desviaba de ellos en no referir á éstos el origen de su Dios criador, de quien hacia un principio existente por su naturaleza. Este segundo principio era el autor del mundo visible, que habia formado disponiendo la materia eterna como él; y para sujetar las almas á su imperio, habia hallado medio de apasionarlas en los cuerpos, que debían arrastrarlos al mal por la violencia de las pasiones. En consecuencia, Marcion se declaraba enemigo de la carne, y obligaba á sus sectarios á combatir con la abstinencia del vino y de las carnes, á buscar la muerte corriendo por sí mismos al martirio, y á ayunar el día del sábado en odio al Criador. Condenaba tambien el matrimonio por el mismo motivo, é imponía la continencia como un deber rigoroso, no dando el bautismo sino á los que prometían guardarla. Finalmente, negaba la resurrección de los cuerpos, y admitía la metempséosis para las almas que no habian sabido hacerse superiores á los sentidos. Como Marcion atribuía al principio malo la ley dada á Moisés, la desechaba con todo el antiguo Testamento, y afirmaba que Jesucristo habia sido enviado para combatir el poder del Criador, oponiéndose á todo lo que venia de él, y que habia bajado á los infiernos, no para salvar á los justos que habian observado la ley, sino á Cain y á todos los pecadores condenados por la Escritura como enemigos del Dios de los judíos. Infería de ahí, que no debiendo participar nada del Criador, Jesucristo no habia tenido cuerpo real, y que su nacimiento, su pasión y todas las circunstancias de su vida, habian sido aparentes. Marcion procuraba probar todos estos errores con algunos pasajes del Evangelio, y habia compuesto una obra con el título de *Antitesta*, para mostrar las oposiciones que decía existían entre el antiguo y el nuevo Testamento.

La secta de los marcionitas hizo rápidos progresos y duró por espacio de algunos siglos; pero como todas las otras, se dividió muy pronto, á resultas de las variaciones que introdujeron los discípulos de Marcion en su doctrina. Apéles, el mas célebre entre ellos, fué expulsado por un pecado de incontinencia, y huyendo de la vista de su maestro, se retiró á Egipto, y se hizo jefe de una secta particular que llevó su nombre. No admitía mas que un primer principio, del cual habian emanado varias potencias, y una entre otras que habia formado el mundo visible por el modelo de un mundo su-

perior, cuya perfección, sin embargo, no habia podido alcanzar. Daba el nombre de Dios á esta potencia creadora; como tambien al primer principio, y la consideraba como la verdadera causa del mal, aunque la suponía mas bien imperfecta que mala. En cuanto á Jesucristo, no le daba simplemente la apariencia de un cuerpo como Marcion, sino que decía que al bajar á la tierra el Hijo de Dios, se habia formado un cuerpo aéreo, cuyos elementos habia tomado en los diferentes cielos; y que después de su resurrección habia restituido á cada cielo los elementos que de él provenian; de modo que el espíritu solo habia vuelto al seno de la divinidad. Refería al principio bueno el origen de las almas, y creía que el Criador las habia encerrado en cuerpos de diferente sexo, porque ellas mismas presentaban una diferencia semejante. Para autorizar estas aberraciones, publicaba revelaciones fingidas de una doncella llamada Filumene, que se decía inspirada, y que habia grangeado la fama de profetisa con el auxilio de ciertos prestigios. Además, aparentaba en su vejez gran severidad de costumbres; pero aunque conocia muy bien el poco fundamento de sus errores, el orgullo no le permitió volver á abrazar la doctrina del Evangelio. Un día que Rodon, doctor católico, le habia estrechado fuertemente en la disputa, hasta el punto de hacerle confesar que se adhería á sus principios antes por instinto que por razon, se vió reducido á decir que era menester no examinar la religion; que cada uno debía permanecer firme en la creencia que una vez habia abrazado, y que todos los que hubieran puesto su confianza en Jesucristo, se salvarían con tal que hubiesen hecho buenas obras.

Otros discípulos de Marcion agregaron á los dos principios admitidos por él, otro tercero, que no era ni enteramente bueno ni enteramente malo, y que miraban como el criador del mundo y el autor de la ley mosaica. Suponianle en guerra perpetua con el principio malo, añadiendo que uno y otro eran, sin embargo, opuestos al principio bueno, cuyo nombre y gloria querian usurpar igualmente. Para librar á los hombres del imperio tiránico de estas dos potestades, el Dios supremo habia enviado á su Hijo reñido de un cuerpo aparente, á fin de hacerle visible; pero aquellas se habian reñido para perseguir á Jesucristo, aunque sin lograr hacerle daño por lo mismo que su cuerpo no era real. Segun estos héroes, las almas que habian abrazado la doctrina de Jesucristo, formaban el imperio del principio bueno, mientras que el criador miraba á los judíos, y el principio malo á los gentiles. San Justino, San Ireneo y algunos autores, cuyas obras se han perdido, impugnaron estos errores extravagantes. Tertuliano sobre todo los refutó con mucha extension en su tratado contra Marcion.

Aunque bajo el reinado de Antonino no se nota persecucion general, los cristianos no dejaron de ser perseguidos en diferentes parages, so pretexto de ateismo; porque los Pontífices paganos y la

multitud de ministros subalternos, cuya snerie estaba ligada al sostenimiento de la idolatría, empleaban ordinariamente esta acusación para excitar sublevaciones contra ellos, representando su impiedad como la verdadera causa de todas las calamidades públicas. Para justificarlos, pues, escribió San Justino una célebre apología, que ha llegado hasta nosotros. Este filósofo cristiano había nacido á principios del siglo II en Siquen, llamada también Flavia Neapolis, en la Samaria; sin embargo, era pagano y griego de origen, y se cree que tenía unos treinta años cuando abrazó la religion cristiana. Antes de su conversión, se había entregado con ardor al estudio de la filosofía, y experimentando sucesivamente todas las sectas, al cabo se adhirió á la de Platon que lo satisfacia mas, porque parecia que desprendia el alma de las cosas sensibles, y le daba la esperanza de llegar pronto á la contemplacion inmediata de la divinidad. Un dia que se paseaba á la orilla del mar buscando la soledad para meditar mas tranquilamente, encontró á un anciano venerable que le dirigió la palabra é hizo recaer insensiblemente la conversacion sobre las cuestiones mas serias: dióle á conocer la vanidad de los conocimientos fundados en las especulaciones filosóficas, y la necesidad de buscar la verdad en origen mas elevado; porque la manifestó que la ciencia verdadera no debe limitarse á discursos, sino dirigirse á las obras y á la práctica: que Pitágoras, Platon y los demas sabios del paganismo, no habian conocido bien ni la naturaleza de Dios, ni la del alma, ni el destino del hombre, añadiendo que los profetas inspirados de Dios, eran los únicos que habian anunciado al mundo todas las verdades necesarias, y que las habian probado con predicciones cumplidas y con milagros visibles, de modo que las apoyaban con una autoridad manifiesta, y no con una serie de razonamientos que se ocultan á la penetracion del pueblo. Este discurso despertó en San Justino los deseos mas vivos de estudiar las divinas Escrituras, y abriendo los ojos la luz de la gracia á medida que meditaba los libros santos, no tardó en conocer lo absurdo del paganismo y la verdad de la religion cristiana. La constancia de los mártires fué tambien otro motivo poderoso que determinó su conversión; y el desprecio que hacian de la muerte y de los suplicios mas crueles, sirvió de hacerle entender la falsedad de las calumnias divulgadas contra los cristianos, porque le pareció imposible que unos hombres que consentian así perder la vida en vez de rescatarla con una retractacion, estuviesen sumergidos en el vicio ó en la voluptuosidad.

Hecho cristiano San Justino, cursó la capa de filósofo que llevaban la mayor parte de los que profesaban las ciencias ó observaban una vida mas austera; y con este traje cursó las verdades del cristianismo, sin temer ni las violencias de los perseguidores, ni el odio ó el desprecio de los paganos. Recorrió la Italia, el Egipto, y algunas provincias del Asia, para propagar la

doctrina evangélica y atraer los pueblos al conocimiento de la religion verdadera. En Roma, donde parece que hizo su residencia ordinaria, abrió una escuela de filosofía cristiana, para instruir á cuantos iban á escucharle; aprovechando con alegría todas las ocasiones de conferenciar con los judíos ó los gentiles, y responder á las diversas cuestiones que le proponian. A los primeros oponia el testimonio de los profetas, y combatía á los otros con la autoridad de sus filósofos y de sus poetas, porque era tan hábil en las ciencias profanas, como en el conocimiento de las Escrituras, segun se ve por la erudicion de toda especie que se observa en sus obras.

Hacia el año 150 compuso su gran apología en favor de los cristianos, y la dirigió al emperador Antonino y á sus hijos adoptivos. En ella declara su nombre, el de su padre y el lugar de su naturaleza, despues de lo cual empieza así con una firmeza noble y animosa: «La razon nos enseña que los que son verdaderamente piadosos y filósofos, no estiman ni buscan mas que la verdad sin arredrarse por las opiniones de los antiguos cuando de ella se desvian. Por todas partes os llaman piadosos y filósofos: se dice que observais la justicia y amais la ciencia: por los efectos se verá lo que ha de creerse de estos; porque no tratamos de disimularlos nada en este escrito; sino pedirnos una justicia exacta y rigorosa, fundada en las reglas de la equidad y no en las preocupaciones, las pasiones, las calumnias ó las preñunciones supersticiosas de los que nos acusan. Háganse informaciones contra nosotros; y si prueban los crímenes que se nos imputan, castigárennos como ellos merecen, y aun mas severamente; pero si no se describe nada criminal en nuestra conducta, la razon os prohibe condenar á inocentes por acusaciones vagas, y por complacer á una multitud ciega.»

San Justino, examinando y combatiendo los diversos pretextos de que se valian para acusar á los cristianos, demuestra primero cuán injusto es perseguirlos por su nombre solo, que no pueden confesar sin ser castigados, aunque basto negarlo para ser absueltos; de modo que se librarán del suplicio si tuvieran menos virtud y no prefirieran la muerte á una vida comprada con la mentira. Pasa despues á destruir las sospechas que propendian á pintarlos como enemigos del imperio. «Cuando se os cuenta, dice, que nosotros esperamos un reino, creéis sin discernimiento que se trata de un reino terreno, aunque sea fácil de entender que habíamos del del cielo: porque el sacrificio que hacemos de nuestra vida perseverando en declaramos cristianos, nuestra bien claramente que nuestras esperanzas se extienden mas allá de este mundo. Si os dignárais de examinar nuestros principios y nuestra conducta, os convenceríais de que no hay ciudadanos mejor dispuestos que nosotros á conservar la tranquilidad pública, supuesto que creemos expresamente que nadie puede ocultarse á los ojos de Dios, ni el malvado, ni el avaro, ni el traidor, ni el hombre de bien, y que debe juzgar-

nos un día y castigarnos ó recompensarnos segun el mérito de nuestras acciones."

Para responder á la acusacion de ateismo, expone la fé de los cristianos, que reconocen por Dios verdadero el Ser eterno é infinito, Criador de todas las cosas, con Jesucristo su Hijo, crucificado bajo el poder de Poncio Pilato, y el Espíritu Santo que habló por los profetas. Despues ensalza la gloria, y prueba la divinidad de Jesucristo por la sublimidad de su doctrina, por los efectos de su gracia, por sus milagros, por su resurreccion, y finalmente por el cumplimiento de las profecias. "No puede, dice, tratarse á los cristianos de locos porque adoran á un hombre crucificado, pues que es el mismo que llegan á la sabiduría suprema que muda enteramente á los que se llegan á él. En otro tiempo no buscamos mas que el deleite y la disolucion: ahora solo amamos la pureza: no buscamos mas que los medios de enriquecernos: ahora hacemos nuestros bienes comunes, ó si los conservamos es para hacer participantes de ellos á los que lo necesitan. El espíritu de venganza y de ódio que reinaba entre nosotros, se ha extinguido para dar lugar á una caridad universal que se extiende hasta nuestros enemigos; pedimos por ellos para que participen como nosotros de las promesas divinas: ejercemos la hospitalidad con todo el mundo, cuando antes se limitaba á nuestros parientes y compatriotas." Despues de referir los preceptos de la moral de Jesucristo sobre el amor á los enemigos, sobre el perdón de las injurias, la limosna y la castidad, que reprecha aun los pensamientos, añade: "Esta admirable doctrina ha producido tales efectos, que entre las personas de ambos sexos imbeidas en ella desde su niñez, hay muchas de 60 y mas años que han guardado toda su vida la pureza del celibato, y puedo señalar algunas en todos estados y condiciones. En cuanto á los que han pasado de la disolucion á una vida ordenada, es infinito el número."

San Justino no teme invocar la autoridad de los filósofos para dar á conocer mejor la verdad de los dogmas cristianos sobre la inmortalidad del alma, las penas y las recompensas de la vida futura. Manifiesta tambien que las fábulas de los paganos acerca del nacimiento de sus dioses, de los trabajos de algunos y de las pasiones de todos, eran demasiado absurdas y ridiculas, para que se atrevieran los que las admitian, á despreciar la fé de los cristianos. Enseña que Jesucristo es verdaderamente el Hijo de Dios: que ha sido engendrado como su Verbo, su primogénito y su virtud omnipotente; y que si ha consentido en encarnarse segun la voluntad del Padre por salvar á los que creyeran en él; si ha padecido humillaciones y la muerte, no ha sido por necesidad, sino voluntariamente, y á fin de vencer la muerte con su resurreccion. Explicamente, despues las profecias que conciernen á Jesucristo, remite á las actas de Pilato para probar su cumplimiento, así como la realidad

de los milagros obrados por el Hijo de Dios. Insiste sobre las profecias que miran á la ruina de Jerusalem, á la reprobacion de los judíos y á la conversion de los gentiles, porque su cumplimiento visible y reciente ofrecia una prueba manifiesta en favor de la religion. "Pero no sucede así, dice, con las fábulas de vuestros poetas, de que no se puede dar ninguna prueba; al contrario, es fácil demostrar su falsedad. Dice tambien que los demonios habian hecho que se prohibiera so pena de la vida, la lectura de los libros de las Sibilas ó de los profetas, para que el temor de la muerte estorbaba á los hombres conocer la verdad; lo que no nos impide, añade, leer osadamente los profetas y hasta alegar su autoridad."

Despues de esta exposicion de la doctrina cristiana y de las pruebas que la establecen, se queja San Justino de que los cristianos son los únicos á quienes se persigue, mientras que se consienten todas las demas religiones: "Es permitido, dice, adorar árboles, rios, gatos, cocodrilos ú otros animales: cada nacion tiene sus dioses diferentes, y los honra con culto propio; de modo que las víctimas y los sacrificios varían segun los lugares, y todos los pueblos son impíos unos con respecto á otros. Sin embargo, el gran cargo que nos haceis, es que no adoramos los mismos dioses que vosotros, y que no ofrecemos á los muertos ni libaciones, ni coronas, ni sacrificios." Añade que se tolera igualmente á los sectarios de Simon Mago, á quien se ha honrado con una estatua; á los de Menandro, de Marción y otros herejes acusados de las infamias mas vergonzosas. En cuanto á los verdaderos cristianos, demuestra con la santidad de sus máximas y con su conducta exterior, que no pueden ser culpables de tales abominaciones, y hace notar al mismo tiempo cuán distantes están de los vicios monstruosos tolerados públicamente entre los paganos.

Faltaba justificar á los cristianos tocante á sus reuniones que servian de pretexto, segun se ha visto, para odiosas calumnias; por este motivo no vacila San Justino en revelar su secreto, aunque ordinariamente no era permitido hablar de ellas delante de los que no eran cristianos: "Debo ahora, dice, exponeros de qué manera somos renovados en Jesucristo y consagrados despues á Dios, para que no se sospeche que disimulamos de intento estos misterios como criminales y sacrilegos. Cuando alguna, persuadido de nuestra doctrina, promete llevar una vida conforme á ella, le obligamos primero á ayunar, á orar para conseguir el perdón de sus culpas pasadas, y nosotros ayunamos y oramos tambien con él; despues le conducimos á un paraje donde hay agua, á fin de regenerarle del mismo modo que lo hemos sido. Le lavamos en el agua en nombre de Dios Padre, criador y dueño del universo, en nombre de Jesucristo, nuestro Salvador, y del Espíritu Santo: llamamos este bautismo *iluminacion*, porque las almas reciben en él la luz de la fé.

"Despues de esta ablucion, llevamos al nuevo fiel al lugar donde

están congregados los hermanos, y hacemos en comunidad fervientes oraciones, tanto por nosotros mismos y por el recién bautizado, cuanto por todos los hombres en general. Acabadas las oraciones nos saludamos con el beso de paz. En seguida se presenta al que preside, pan y un cálix con vino y agua mezclados. Luego que toma uno y otro, glorifica al Padre en nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y le da largamente las gracias por los dones que recibimos de su bondad. Cuando se terminan las oraciones y la acción de gracias, todos los asistentes responden en alta voz *Amen*, palabra hebrea que quiere decir *Así sea*, manifestando con esta aclamación que toman parte en los votos y en las bendiciones del pastor: después los que llamamos diáconos ó ministros, distribuyen á cada uno de los fieles el pan y el vino consagrados, que llevan también á los ausentes. Este alimento ha recibido el nombre de *Eucaristía*, y solo se permite participar de él á los que creen la verdad de nuestra doctrina, que han sido regenerados por el bautismo, y viven conforme á los preceptos de Jesucristo, porque no le tomamos como un pan común y una bebida ordinaria, sino que sabemos que habiendo sido consagrados por las palabras que el Verbo de Dios nos enseñó, se han convertido en la carne y la sangre de Jesucristo que se hizo hombre por amor nuestro.

“El domingo que se llama el día del sol, todos los que viven en la ciudad ó en el campo, se congregan en un mismo lugar. Allí se leen los escritos de los apóstoles ó los libros de los profetas; y después el que preside pronuncia un discurso exhortando á los fieles á que practiquen las verdades que acaban de oír. Nos levantamos en seguida todos juntos, y hacemos nuestras oraciones: ofrécese el pan y el vino para consagrarlos y distribuirlos como he dicho; y los más ricos dan libremente y según sus facultades, una limosna que se deposita en manos del presidente. Este asiente con aquel dinero á las necesidades de las viudas, de los huérfanos, de los enfermos, de los presos y de todos los pobres en general. Nos juntamos el domingo, porque es el primer día en que Dios hizo el mundo, y porque en el mismo resucitó Jesucristo de entre los muertos.”

San Justino concluye su apología con estas palabras: “Si la doctrina que acabamos de exponer os parece razonable, respetada como merece; si la juzgáis impertinente, despreciada; pero no por eso condenéis á muerte á unos hombres que no han hecho ningún mal, porque no tímabamos en declararos que si perseveráis en esta injusticia, no evitáis el juicio de Dios. Nosotros que hemos cumplido nuestro deber, confirmaremos diciendo á Dios: «Cumplase su voluntad en todas las cosas.» Podíamos invocar las disposiciones contenidas en la carta del ilustre Adriano, vuestro padre; pero confiados en vuestra equidad, hemos preferido fundar nuestra defensa en la justicia de nuestra causa.” En seguida pone el rescripto de Adriano á Minucio Fundano.

“Puede creerse según el testimonio de Orósio, que esta apología causó impresión á Antonina, y le hizo propicio á los cristianos (1). A lo menos es cierto que escribió á algunas ciudades, entre otras á Larisa, Tesalónica y Atenas, y generalmente á todos los griegos, prohibiéndoles que excitaran disturbios y sublevaciones contra aquellos (2). Consultado también por diferentes gobernadores, les mandó conformarse con el rescripto de Adriano. Finalmente, habiéndosele quejado los fieles del Asia de las vejaciones de toda clase que tenían que sufrir de sus conciudadanos, envió órdenes terminantes á los Estados de esta provincia por medio de una carta, que Eusebio ha conservado, y que contiene un testimonio tan honroso para los cristianos, que creemos debe insertarse aquí toda entera.

“Estoy bien convencido que los dioses mismos tendrían cuidado que esa clase de persona no eludan el castigo, porque á ellos mas que á vosotros toca castigar á los que rehusan adorarlos. Sublevándoos contra esos hombres á quienes acusáis de impiedad, los hapeis aun mas obstinados en su opinion, supuesto que no tanto desean vivir, como ser sentenciados á muerte y padecerla por su Dios; de modo que triunfan sacrificando su vida, antes que consentir en lo que exigís de ellos. Con respecto á los temblores de tierra pasados ó presentes, no es inútil exhortaros á que compareis vuestro abatimiento con las disposiciones de esas gentes, porque entonces tienen mas confianza en su Dios, cuando vosotros que en los tiempos comunes despreciais igualmente el culto de los dioses y el del inmortal, perseguís hasta la muerte á los cristianos que le honran. Algunos gobernadores de provincia habian consultado ya á mi padre acerca de este punto, y les respondió que no habia que perseguirlos si no intentaban alguna empresa contra el imperio. A varios que me han escrito, tambien les he dado la misma respuesta. Si en lo sucesivo se continúa denunciando á alguno de ellos como cristiano, que no deje de ser absuelto aun cuando se le convenza de serlo en efecto, y que el acusador sea castigado según las leyes.”

Este rescripto se envió el año 162, y se publicó en Egipto en la asamblea de los Estados del Asia. Por algun tiempo contuvo las persecuciones en dicha provincia; pero no hizo ley general, y después de la muerte de Antonino, aunque no se abrogó formalmente, no faltaron pretextos para eludir sus disposiciones; de manera que cesó de observarse y cayó en desuso como otros rescriptos particulares que no sobrevivían al príncipe de quien emanaban. Por lo demas ofrece una nueva prueba de las persecuciones provocadas por los tumultos populares, al mismo tiempo que nos descubre su causa en la acusacion de impiedad que se repetía sin cesar, y prin-

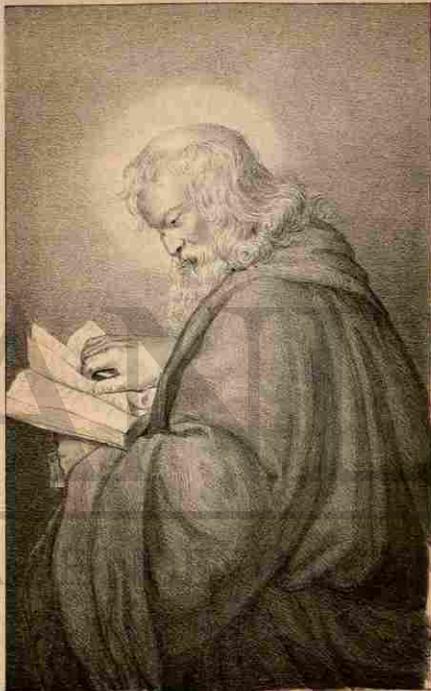
(1) Orósio, Hist. lib. VII, cap. XIV.

(2) Eusebio, Hist. ecles., lib. IV, c. XXVI.

principalmente cuando sobrevenían calamidades en el imperio, que no dejaban de atribuirse á la cólera de los dioses irritados con los cristianos. Esta preocupación subsistía aun entre los paganos al principio del siglo V; y San Agustín se vió obligado á retutarla en su libro de la *Ciudad de Dios*.

En el reinado de Antonino, y primer año del pontificado de San Aniceto, que fué elevado á la silla apostólica el año 157, fué á Roma San Policarpo, obispo de Smirna, á conferenciar con aquel Papa sobre diferentes puntos de disciplina, y particularmente sobre la celebracion de la Pascua. Las Iglesias del Asia menor y de algunas provincias inmediatas celebraban esta fiesta al mismo tiempo que los judíos, es decir, el día decimocuarto de la luna del primer mes, en cualquiera día de la semana que cayese, queriendo en esto conformarse con la tradicion de los apóstoles San Juan y San Felipe. La costumbre de Roma, de Alejandría y de todo Occidente, era esperar al domingo siguiente á fin de celebrarla el día en que Jesucristo resucitara. No pudiendo San Policarpo y San Aniceto, ponerse de acuerdo en este punto, despues de haber concordado en todo lo demas, convinieron en atenerse cada uno á su costumbre sin romper la paz y la comunión por esta disidencia. San Aniceto, por respeto á la edad y á las virtudes de San Policarpo, discípulo de San Juan, y dotado del don de profecía, le concedió el honor de celebrar en lugar suyo los santos misterios en la congregacion general de los fieles. No se alteró la paz entre todas las Iglesias á pesar de la diferencia de su uso en esta cuestion de disciplina. San Policarpo, durante su manston en Roma, empleó su celo contra las heregias, y las impugnó con eficacia, oponiéndoles la autoridad del apóstol San Juan, cuyas instrucciones habia oído: restituyó al seno de la Iglesia á algunos de los que Valentin y Marcion habian pervertido. Suponen tambien diversos autores con mucha verosimilitud, que entonces fué cuando envió á algunos discípulos suyos para propagar la fé.

San Hegesipo, el primero que escribió la Historia de la Iglesia, fué tambien á Roma por el mismo tiempo con certa diferencia: era judío de nacimiento, y se agregó desde luego á la Iglesia de Jerusalem. Desde el tiempo de Adriano se distinguía entre los que combatian á los hereges de viva voz ó por escrito. Para probar mejor la verdad de la doctrina católica, quiso recorrer las diferentes Iglesias y recoger en todas partes las tradiciones apostólicas, comprobar su antigüedad, y manifestar por su misma uniformidad, que se habian conservado inalterables. En sus viages conferenció con varios obispos, y daba testimonio que habia oído de la boca de todos una sola y misma doctrina, y que no habia ninguna silla episcopal, contando la sucesion desde los apóstoles, en que no se guardase fielmente lo que los profetas y Jesucristo mismo habian enseñado. Durante su residencia en Roma, escribió con el objeto que acaba-



8.^o HEGESIPO, PRIMER HISTORIADOR DE LA IGLESIA.

mos de decir, los principales acontecimientos ocurridos en la Iglesia desde la pasión de Jesucristo hasta su tiempo. Dividiase la obra en cinco libros, y estaba escrita con mucha sencillez, porque el autor quiso imitar el estilo de los apóstoles así como su vida. Desgraciadamente se ha perdido esta obra, y no quedan mas que unos fragmentos conservados por Ensebio. Llegado á Roma Hegesipo, residió allí por mucho tiempo, y todavía permanecia en el pontificado de Eleuterio, que reemplazó en el año 177 á San Sotero, sucesor de San Aniceto. Se cree que murió hácia el año 180. Con el nombre de Hegesipo se han publicado cinco libros sobre la ruina de Jerusalem; pero evidentemente son de un autor mucho mas moderno.

El emperador Antonino murió el año 161 á los 74 de edad, sentido igualmente del pueblo y del senado. Su clemencia y sus demas virtudes le habian granjeado el renombre de piadoso y el título de padre de la patria. Dejó el imperio á sus dos hijos adoptivos, Marco Aurelio y Lucio Vero, que llevaron tambien el nombre de Antonino. Marco Aurelio, que era al mismo tiempo su yerno, fué declarado desde luego único emperador; pero al punto dividió el mando con Lucio Vero, á quien declaró su colega; y fué la primera vez que se vió reinar á dos emperadores juntos. El segundo, entregado enteramente á la políca y dominado por sus libertos, casi no retruso de la autoridad sino lo que necesitaba para satisfacer con mas facilidad sus vicios y su inclinación á los placeres. Además, solo reinó ocho años, y por su muerte dejó á Marco Aurelio único señor del imperio. Debía este á la naturaleza excelentes cualidades que su esmerada educación aumentó tambien; pero tuvo asimismo los defectos inherentes al carácter de aquella educación y de la filosofía que habia abrazado. Desde la edad de ocho años el emperador Adriano le habia puesto en compañía de los salios consagrados á Marte. Pasó por todos los cargos, desempeñó todas las funciones, aprendió de memoria todas las palabras que debia pronunciar en las ceremonias solennes, y se atribuyó un mérito tan grande á su habilidad, que pronto se acostumbró á dar precio y valor á estas prácticas minuciosas. Suponia traer su origen del rey Numa, y afectaba asemejarse por su adhesión y celo á la religion de los romanos. A la edad de doce años escasos, profesó abiertamente la filosofía, y se dedicó á ella con tanta pasión, que vistió el trago y recibió á veces el renombre de filósofo. Adoptó los principios de los estoicos, que á la verdad se distinguían por una moral mas austera; pero que tambien eran los mas supersticiosos, y que se jactaban sobre todo de ser inflexibles en sus resoluciones é inexorables por las menotes faltas, porque tenían por máxima que todas las faltas son iguales, y que el sábio no se equivoca ni varia jamas.

Con tales disposiciones no es extraño que Marco Aurelio haya



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

mostrado rigor y hasta crueldad con los cristianos, que despreciaban todas las supersticiones paganas. También le instigaban contra ellos los filósofos, cuya influencia era omnipotente en su ánimo, y que no cesaban de combatir con sus calumnias la pureza de las virtudes evangélicas, tan evidentemente superiores á todos los esfuerzos de su ostentación. Sin embargo, no parece que haya publicado nuevos edictos para decretar una persecucion general; pero consintió y aun estimuló todas las persecuciones particulares, que se multiplicaron mas que nunca en las provincias, por que los pueblos no temian ya abandonar á todas las inspiraciones de su odio ciego, y los mismos gobernadores fomentaban este fanatismo, sea de resultas de sus prevenciones personales, ó para conformarse con las disposiciones del jefe del Estado. Las acusaciones de ateísmo, las leyes contra las sociedades ó contra las religiones no autorizadas, la prohibicion de leer los libros proféticos y aun en algunos lugares las órdenes de los magistrados ó los decretos de las juntas populares, servian de pretexto á la persecucion, cuya consecuencia infalible era la muerte, conforme al edicto de Trajano, para toda cristiano que una vez acusado, no consentia en renegar su fé. Algunos ejemplos que referiremos en seguida, harán ver con qué furor pedía el pueblo la sangre de los cristianos. Para justificar este encauzamiento, se procuraba acreditar las calumnias esparcidas contra ellos, y se hacían sufrir los mas duros tormentos á esclavos, mugeres y niños, á fin de que declarasen que los cristianos cometian en secreto todo género de abominaciones y de crímenes.

La persecucion fué sobre todo violenta en Asia, donde los paganos y los judios ostentaban en todas las ocasiones los arrebatos de un fanatismo cruel: entonces fué cuando San Policarpo, obispo de Smirna, padeció el martirio con otros varios cristianos. Habia llegado á una edad muy avanzada, y gobernaba aquella Iglesia hacia cerca de 70 años: en ella le colocó antes de concluir el segundo siglo el apóstol San Juan, de quien era discípulo al mismo tiempo que San Ignacio. Parece tambien que habia conversado con otros apóstoles; ó á lo menos con algunos de los discípulos que habían visto á Jesucristo; y la ventaja de haber sido instruido por tales maestros, unida á su edad y al brillo de sus virtudes, le daba gran autoridad, que empleaba en conservar la pureza de la verdadera doctrina en todas las Iglesias de Asia. En tiempo del procónsul Cuadrato, gobernador de aquella provincia, doce cristianos de Efladelfa fueron conducidos á Smirna, y sentenciados á muerte en diferente género de suplicios. Algunos fueron desgarrados con varas en tales términos, que de todas sus venas corrian raudales de sangre, y se descubrian hasta sus entrañas; á otros los estraban en caballetes, y les hacian sufrir tormentos horriblos: para a purar su paciencia los echaban cubiertos de llagas sobre conchas ó piedras agudas; pero la esperanza de una recompensa próxima mitigaba la

violencia del dolor, y no pudo arrancárselos ni una queja, ni un suspiro. Algunos fueron expuestos á las fieras, entre otros un jóven llamado Germánico, cuya generosa firmeza sirvió para fortalecer el valor de sus compañeros. Como el procónsul le exhortase á compadecerse de sí mismo, y á no sacrificarse así una juventud floreciente, el santo mártir, en vez de escucharle, se adelantó al punto hácia un leon feroz, que le despedazó y le devoró. Esta constancia inflexible excitó la admiracion de los mismos paganos; algunos de los cuales no pudieron contener las lágrimas á vista de tantas crueldades; pero la multitud no por eso aplacó su furor, y el anfiteatro resonó con estos gritos tumultuosos: «Quitad á los impíos; que busquen á Policarpo.»

Advertido el santo obispo que pedian su muerte, no se turbó; pero á instancias de los fieles consintió en retirarse á una casa de campo, donde se ejercitaba día y noche en orar por las necesidades de la Iglesia. Tres días antes que le prendiesen, tuvo una vision en que Dios le hizo conocer el género de suplicio que le debía ser quemado vivo. Como continuaban buscándole, se retiró á otra casa, donde llegaron casi al punto unos hombres armados que se apoderaron de dos esclavos jóvenes, y á fuerza de tormentos los obligaron á descubrir el lugar donde Policarpo se habia retirado. Condiólos uno de los esclavos, y hallaron al santo viejo acostado ya; sin embargo, tuvo aviso á tiempo para escaparse; pero no quiso, y se contentó con decir: «Hágase la voluntad de Dios.» Despues se presentó á aquellos emisarios, mandó que les dexaran de comer, pidió algun tiempo para hacer oracion, y concluida le montaron en un asno y le condujeron á la ciudad, á donde llegaron el día siguiente. Un magistrado de Smirna, llamado Herodes, que habia dado órden de prenderle, le salió al encuentro, le hizo subir en su carro, y le instó eficazmente á que salvara su vida sacrificando á los ídolos; pero Policarpo permaneció firme. Furioso entonces el magistrado, le hizo bajar del carro con tanta precipitacion, que el santo obispo se cayó e hirió gravemente en una pierna, sin dejar por eso de seguir con alegría á sus guardias que le llevaron al anfiteatro.

Cuando entró, una voz celestial que varios cristianos oyeron, le gritó: «Ánimo, Policarpo, no te desmientas.» El procónsul, sentado en su tribunal, le preguntó su nombre y le mandó jurar por la fortuna del César y clamar con el pueblo: «Que quiten á los impíos; que era el clamor ordinario contra los cristianos. Entonces Policarpo, dirigiendo sus miradas á la multitud infiel que llenaba el anfiteatro, y señalándola con la mano, exclamó dando un suspiro: «Quitad á esos impíos.» El cónsul le instó á que jurara y maldijera á Cristo, pero él respondió: «Ochenta y seis años ha que le sirvo; y no he recibido mas que favores: cómo podria yo consentir en blasfemar de es-

te Señor que se entregó por mi salvación?" Y como el procónsul insistía en que jurase por la fortuna de César, es decir, por su divinidad ó su genio protector; "Ignoras, dijo el santo, cuál es mi religión? Pues os declaro que soy cristiano, y si queréis saber en qué consiste esta religión, dadme un día y es la enseñaré." "Al pueblo es á quien hay que satisfacer," replicó el procónsul. "Os he respondido, dijo Policarpo, porque nos está mandado tributar á los malditos, dijo Policarpo, porque nos está mandado tributar á los magistrados y á las potestades establecidas todos los honores que no ofenden nuestra conciencia; pero en cuanto á ese pueblo furioso, no es digno de que yo me justifique ante él." El procónsul le amenazó en seguida con exponerle á las fieras ó mandarle quemar vivo; y no habiendo podido vencer su constancia, dió orden al pregonero de proclamar tres veces en el anfiteatro, que Policarpo se había declarado cristiano. Inmediatamente la multitud de judíos y de paganos gritó alborotada: "Ese es el jefe de los cristianos, el doctor del Asia y el enemigo de nuestros dioses: que le entreguen á las fieras." Pero el asiraca, es decir, el que era elegido por el consejo comun de las ciudades del Asia para tener la intendencia de la religion de que los espectáculos formaban parte, respondió que ya no se podía hacer eso, porque los juegos estaban concluidos. Entonces pidieron todos á una voz que fuese quemado vivo, y corrieron de tropel á buscar leña para la hoguera; los judíos se mostraron como siempre los más furiosos.

Dispuesta ya la hoguera, acercóse San Policarpo, y se quitó el ceñidor y sus principales vestiduras. Segun el uso iban á atarle con cadenas; pero pidió que prescindieran de esta precaucion, añadiendo que Dios le daría fuerza para soportar el ardor del fuego: contentáronse, pues, con atarle las manos á la espalda. Levantó entonces el santo los ojos al cielo, y dijo en alta voz: "Dios Todopoderoso, Señor de todas las cosas, os doy gracias porque me habeis juzgado digno de padecer por vos, y de tomar parte en el cáliz de vuestro Hijo, á fin de resucitar á la vida eterna. Sed, pues, bendito y alabado para siempre, y seas tributada toda gloria en Jesucristo y con él en la unidad del Espíritu Santo, ahora y por todos los siglos de los siglos." Apenas habia concluido esta oracion, cuando se levantaron las llamas en grandes torbellinos; pero doblandose en forma de arco, hicieron una especie de bóveda al rededor del santo mártir, cuyo cuerpo exhalaba el olor de las perfumes más exquisitos. Admirados los paganos de este prodigio, dispusieron que se llegase el verdugo; y luego que se cercióró de que el cuerpo no ardia, recibió orden de atravesarle con una espada: saltó la sangre con tanta abundancia que se apagó el fuego. Los cristianos se acercaron en seguida para sacar de la hoguera el cuerpo del santo mártir; pero los judíos hicieron todos sus esfuerzos para impedirselo, y su oposición fué tan tenaz, que el centurion encargado de presenciar el suplicio, se resolvió á mandar quemar el cadáver; de manera que los

fieles recogieron solamente los huesos, que depositaron en un lugar digno de tan santas reliquias. El martirio de San Policarpo ocurrió en la primavera del año 166, probablemente el 23 de Febrero.

Todas las circunstancias de este martirio están sacadas de una carta que la Iglesia de Smirna escribió á la de Filadelfia, la cual habia pedido una relacion de aquel. Se ve en esta carta, copiada casi toda entera por Eusebio en su *Historia*, una prueba muy auténtica del culto tributado á los santos y á sus reliquias desde los primeros siglos. Despues de referir que Nicetas, padre de Herodes, fué á buscar al procónsul por instigacion de los judíos para pedir que no se permitiese á los cristianos llevarse el cuerpo del santo mártir, no fuera que llegasen á adorarle en lugar del crucificado, los fieles de Smirna añaden: "Parecia que ignoraban que nosotros no podremos nunca abandonar á Jesucristo, y que le adoramos porque es Hijo de Dios, sin que nos sea permitido adorar á otro. En cuanto á los mártires, que son sus discípulos é imitadores, justo es honrarlos con nuestro amor á causa de su invencible fidelidad hacia su Señor y rey." Hablando de los huesos que habian recogido, se expresa así: "Hemos encerrado en un lugar decente estas reliquias más preciosas que el oro y las piedras finas; y esperamos que Dios nos conceda la gracia de poder juntarnos allí para celebrar con alegría la fiesta del bienaventurado mártir, á fin de honrar la memoria de los que han padecido generosamente, y de animar con su ejemplo á los que vengan en lo sucesivo."

Nos queda una carta de San Policarpo escrita á los cristianos de Filipo, con motivo, segun se ha visto, del martirio de San Ignacio. Contiene, como todos los escritos de aquellos tiempos apostólicos, instrucciones generales para todos los fieles, con una exposicion de los principales deberes anexas á las diferentes condiciones. El santo obispo traza en particular reglas de conducta para las mugeres casadas, para las viudas, para los presbíteros y para los diáconos. Exhorta á todos los cristianos á ayunar, á orar, á alejarse de los escandalosos y de los herejes, y á desconfiar de los vanos sistemas para adherirse á la doctrina enseñada desde el principio. Condena, sobre todo, fuertemente los principios de los gnósticos, que negaban la realidad de la Encarnacion y de la pasion de Jesucristo. En fin, puede observarse que al hablar de los mártires, dice expresamente que están al lado del Señor en el lugar de la recompensa; lo que suministra una nueva prueba de la tradicion antigua de la Iglesia sobre los dogmas opuestos al error de los milenaricos. Se tuvo tanto respeto á esta carta de San Policarpo, que se leia públicamente en las Iglesias del Asia trescientos años despues: habia escrito otras varias, ya á Iglesias, ya á particulares; pero no han llegado hasta nosotros.

Pónese en los primeros años de la persecucion de Marco Aurelio, el martirio de Santa Felicitas, que fué sacrificada en Roma con sus

siete hijos, Genaro, Félix, Felipe, Silano, Alejandro, Vital y Marcial. Era aquella una vida ilustre por sus virtudes aun mas que por su nacimiento, únicamente ocupada en la oración ó en el cuidado de su familia, y que edificaba á todo el mundo con la santidad de su vida. Los Pontífices paganos la delataron al emperador, y dijeron que aquella viuda con sus hijos no cesaba de ultrajar á los dioses, y de atraer la cólera de éstos con su impiedad. Inmediatamente ordenó el emperador á Publio, prefecto de Roma, que la obligase á sacrificar á los dioses para aplacarlos. El prefecto la mandó presentársela privadamente, y empleó la dulzura y las amenazas para ganarla; pero ella estuvo inflexible. Al día siguiente, Publio, sentado en su tribunal en la plaza de Marte, hizo comparecer á Felicitas con sus hijos, y la exhortó á que se compadeciera de ellos y no los perdiese por una obstinacion insensata. "La compasion que me aconsejas, respondió la viuda, sería una verdadera crueldad;" y volviéndose despues á sus hijos, les dijo: "Levantad los ojos al cielo, hijos míos: allí nos espera Jesucristo con sus santos para cotourarnos. Permaneced firmes en su amor, y combatid generosamente por la salvacion de vuestras almas." El prefecto mandó abofetearla, diciéndole en tono furioso: "Es mucho un atrevimiento en darme á mi presencia tales consejos con desprecio de las ordenes de nuestros emperadores." Entonces llamó uno tras de otro á los siete hijos, y habiendo confesado todos la fe con animosa firmeza, los hizo conducir á la cárcel, y transmitió el testimonio de su declaracion al emperador, que decretó la muerte de aquellos en diferentes suplicios. El mayor fué azorado hasta espirar, con correjuelas guardadas de balas de plomo; otros dos fueron muertos á palos; el cuarto le precipitaron de un lugar elevado; á los otros les cortaron la cabeza, y tambien á su madre, que pereció la última.

De allí á pocos años, es decir, hácia el de 166, fué martirizado en Roma San Tolomeo con otros dos cristianos. Había convertido á una muger cuyo marido vivia encadenado en las mas infames viviendas; tambien ella habia tenido por mucho tiempo una vida desreglada. Mas habiéndose hecho cristiana, no se contentó con dar de mano á los desórdenes, sino que quiso separar á su esposo de ellos, y se esforzó en persuadirle, con la consideracion de las penas eternas, á que dejara sus criminales costumbres. No sirvieron las exhortaciones mas que para irritarle; por lo que resolvió ella separarse de su marido; y despues de sufrir con paciencia algun tiempo, viendo que de día en día se entregaba mas á sus pasiones brutales, la anunció el divorcio conforme á las leyes romanas. Furioso el marido acusó á su muger como cristiana ante el emperador; pero ella por su parte pidió y obtuvo permiso para atreglar primero sus negocios domésticos, prometiendo contestar despues á la acusacion. Como el marido no podia ya perseguirla, convirtió su despecho contra Tolomeo, y le acusó ante Urbico, prefecto de Roma, que

consintió su prision, encargando á un centurion que la ejecutara, y preguntase simplemente al acusado si era cristiano. Tolomeo lo declaró sin vacilar; y al punto fué metido en una cárcel rigurosa, donde padeció mucho antes de comparecer en el tribunal del prefecto. Este se limitó á hacerle la misma pregunta, y en vista de su confesion pronunció contra él la pena de muerte. Al conducirle al suplicio se acercó al prefecto otro cristiano llamado Lúcio, y le hizo este cargo: "¿Por qué motivo condenas á un hombre que no está convicto ni de adulterio, ni de homicidio, ni de robo, ni de ningun otro crimen, sino solo de ser cristiano y declararse tal?" Urbico le respondió: "Me parece que tú tambien lo eres;" y como Lúcio lo confesase, fué en el acto condenado á muerte. Llegó otro cristiano que hizo al juez el mismo cargo, y que tambien fué enviado al suplicio sin otra forma de proceso.

Estas condenaciones injustas determinaron á San Justino á componer una segunda apologia, dirigida á los emperadores y al senado. Tomando primero ocasion del martirio de San Tolomeo para demostrar la iniquidad repugnante de las sentencias pronunciadas contra los cristianos, trata de destruir las preocupaciones de los paganos que imputaban á crimen la constancia de aquellos, porque ya se ha visto que Pimio la consideraba como una razon suficiente para condenarlos; y Marco Aurelio, en una coleccion de sentencias morales que tenemos, descubre la misma preocupacion, diciendo que es menester estar siempre dispuesto para morir; pero por un juicio propio y no por una obstinacion irreflexiva como hacen los cristianos. Fingíase creer que no buscaban mas que la muerte, con aquella firmeza que despreciaba todas las amenazas, y se les preguntaba en tono insultante: "¿Por qué no os matais sin incomodaros mas?" A lo que responde San Justino, que la fe que tienen en la Providencia no les permite hacerlo; pero que siendo preguntados acerca de su religion, no pueden tampoco negarla, teniendo como tienen en todo por un crimen ocultar la verdad. Dice despues que los demonios son los autores de la idolatria: que ellos excitau persecuciones contra los cristianos, como han hecho siempre contra los que han seguido la recta razon; pero que Dios vengará un día la sangre de sus siervos con suplicios eternos, cuya realidad prueba el santo apologista en pocas palabras. Por lo demas, no teme apelar á la experiencia de los mismos paganos, para manifestar el poder de Jesucristo sobre los demonios. "Pruebas tenéis, dice, en lo que pasa á vuestra vista, en vuestra ciudad y en todo el resto del mundo, porque sabéis que muchos poseidos que vuestros mágicos y encantadores no habian podido libertar, lo han sido por los cristianos exorcizándolos en nombre de Jesucristo." Llega al punto de las calumnias de los paganos, y acusa á los magistrados de poner en el tormento á esclavos, mugeres y niños, para arrancarles la declaracion de las abominaciones que imputaban á los cristianos. "Los

que nos acusan, contienda, de estos crímenes, los cometen ellos mismos y los atribuyen á sus dioses: nosotros, que no tenemos ninguna parte en ellos, sufrimos con paciencia sabiendo que Dios es testigo de nuestra inocencia." Concluye pidiendo que esta defensa se haga pública, á fin de que sepa todo el mundo lo que son los cristianos, y puedan verse libres de las sospechas injustas que los exponen á los suplicios. "Nuestra doctrina, dice San Justino, no tiene nada de vergonzoso: no se parece en nada á las lecciones de los epíscopos, á los escritos de Filenis, de Sotades y otros semejantes, cuya lectura se permite á todo el mundo." (1) Por estas palabras parece que los emperadores habían prohibido la publicación y la lectura de todos los escritos de los cristianos en favor de su religión. No se ve que esta apología produjese ningun resultado.

El mismo San Justino no tardó en ser víctima de su celo por la defensa de la religión. Se había grangeado el ódio de Crescente, filósofo etínic, cuyas costumbres correspondían completamente á los principios de su secta: hombre lleno de orgullo, ávido de aplausos, de codicia insaciable y entregado á los amores mas infames; pero que al propio tiempo gozaba un gran favor, hasta el punto de haberle señalado el emperador una pensión de seiscientos escudos de oro. Este sofista á quien el deseo de ser aplaudido impelia á denigrar á los cristianos con las calumnias mas odiosas, habia sido confundido en una conferencia pública por San Justino, que acababa también de quitarle la máscara; y ardiendo en deseos de venganza, no quedó satisfecho hasta conseguir la condenación de su enemigo á muerte. Pero el santo doctor con algunos discípulos suyos, fué presentado en el tribunal de Rústico, prefecto de Roma, que le tomó declaración acerca de su profesion, residencia, doctrina de los cristianos y lugar de sus reuniones. San Justino respondió, que despues de haber experimentado todas las sectas de filosofia, y buscando la verdad por todas partes, se habia fijado al fin en la filosofia de los cristianos, sin cambiarse de las preocupaciones: que su doctrina consistia en creer un solo Dios, criador de todas las cosas, y en reconocer á Jesucristo su Hijo que ha esparcido por la tierra la luz y la gracia de la salvación, y que debe venir algun día á juzgar al género humano. Declaró que vivia y tenia su escuela en los baños de Timoteo; pero en cuanto á los lugares donde se reunian los cristianos, se resistió á indicarlos y se contentó con decir: "Creéis que acostumbramos á reunirnos todos en el mismo sitio? No está encerrado nuestro Dios en un lugar particular. Invisible igualmente que inmensa, llena el cielo y la tierra, y los fieles le adoran y glorifican por todas partes. El prefecto preguntó despues á cada uno de los

(1) Se atribuis á Filenis una obra llena de los pormenores mas repugnantes acerca de las deshonestidades que pueden cometer las mugeres. Sotades era un poeta jónico, cuyos escritos eran una coleccion de infamias de otro género.

compañeros del santo doctor, y todos respondieron con la misma firmeza, que eran cristianos. Dirigiéndose despues á San Justino, le dijo: "Pero tú que te jactas de poseer la verdadera ciencia, cuando tengas desgarrado el cuerpo á azotes desde los pies á la cabeza, ¿crees que subirás al cielo?" "No solamente lo creo, respondió Justino, sino que lo sé, y estoy tan seguro que no me queda la menor duda." "Concluyamos, repuso el prefecto, preparaos todos á sacrificar á los dioses, ó os mandaré atormentar á todos sin compasion." Todos respondieron: "A presuraos á hacer lo que querais: nosotros somos cristianos, y no sacrificamos á los ídolos. Al punto pronunció el prefecto esta sentencia: "Los que se han resistido á sacrificar á los dioses conforme á las órdenes del emperador, sean azotados con varas y conducidos al suplicio como ordenan las leyes." Ejecutóse en el acto la sentencia, y despues de muertos los santos mártires, algunos fieles se llevaron secretamente sus cadáveres y los encerraron en un lugar decente. Los compañeros del santo doctor eran Cariton, Hieras, Peon, Evelpisto, Liberiano, y una muger llamada Caritina. Su martirio ocurrió el año 167.

San Justino es á un tiempo uno de los mas antiguos y de los mas ilustres Padres de la Iglesia. Habia compuesto gran número de obras, que no han llegado todas hasta nuestros dias: las que nos quedan ademas de las dos apologías, son dos discursos dirigidos á los gentiles, donde explica los motivos que le determinaron y que deben obligar también á todos los paganos á dejar la idolatría para abrazar el cristianismo; una parte de su tratado de la *Monarquía* ó de la unidad de Dios, que se dirige á probar la antigüedad y la verdad de este dogma por el testimonio de los autores paganos; finalmente, su diálogo con Trifon, que es un tratado de controversia contra los judíos, en que San Justino demuestra la divinidad de Jesucristo y la verdad de su doctrina, explicando todas las profecías que se refieren al Mesías, y demostrando que se han cumplido enteramente en la persona de Jesucristo. Insiste con particularidad en la conversion de los gentiles, predicha tantas veces en los libros santos, y prueba la abolición de la antigua ley, no solo por la imposibilidad de practicarla, sino por diversos pasages de la Escritura, donde Dios promete una nueva ley y una nueva alianza. Con todo, confiesa que algunos cristianos continuaban sujetándose todavía á las observancias legales, y no se atreve á condenarlos. Responde despues á las objeciones de los judíos, y cita las profecías que habian anunciado las humillaciones y la muerte de Jesucristo: manifiesta con diversos ejemplos que aquellos alteran la Escritura y que corrompen su sentido con las interpretaciones mas groseras: les echa en cara tambien las maldiciones que pronunciaban en sus sinagogas contra los cristianos, y la malignidad que los inducia á propagar las calumnias difamadas por sus padres. A las pruebas sacadas de la Escritura para demostrar la divinidad del cristianismo,

añade también las que resultan de los progresos del Evangelio en todas las naciones, de la constancia de los mártires á quienes los suplicios mas horribles no pueden intimidar, y finalmente, de los milagros que los cristianos obraban todos los dias en nombre de Jesucristo. Se observa en general en este diálogo, como en todos los escritos de San Justino, un conocimiento profundo de la Santa Escritura y de los dogmas principales del cristianismo; sin embargo, se hallan algunos errores sobre puntos que no se definieron hasta mas adelante. Así, á ejemplo de Papias, admite la opinion de los milenarios, aunque confesando que multitud de cristianos la desechaban. Creia también que los ángeles no eran de naturaleza enteramente espiritual, sino que estaban revestidos de un cuerpo sutil, lo que le conduce á algunas ideas singulares tocante á la naturaleza y las obras de los demonios.

La persecucion de Marco Aurelio hizo otros mártires, cuyos nombres son menos conocidos. En las ciudades de Asia los magistrados ó las juntas populares dieron decretos que exponian á los cristianos á las vejaciones mas odiosas, y aunque hubiese poco que esperar de un recurso al emperador, San Meliton, obispo de Sardes, le dirigió una apologia en forma de memorial, de que no quedan mas que algunos fragmentos inseridos en la *Historia* de Eusebio; compúsose el año 170, ó quizá algunos mas adelante. Despues de representar que se persigue á los cristianos en toda el Asia por medio de nuevos decretos, y que de ahí toman ocasion ciertos calumniadores codiciosos para robar y saquear á los inocentes, dice San Meliton: "Si eso se hace por orden tuya, á lo menos te pediremos que conozcas por tí mismo á los que son acusados de obstinacion para juzgar despues si merecen sufrir la muerte y los suplicios, ó si es justo dejarlos tranquilos y protegerlos contra la violencia. Si se ejecuta sin tu auencia esta persecucion que no convendria ejecutarla contra enemigos bárbaros, te pedimos con muchas mas instancias, que no nos abandones á estas exacciones populares." Dice en seguida, que Neron y Domiciano fueron los únicos que condenaron el cristianismo, sin duda porque ellos solos publicaron leyes generales para prohibir abrazarle, y añade: "Por ellos se han esparcido las mentiras y las calumnias con que se nos persigue. Pero la justicia de tus padres dió órdenes para reprimir á los que osaron intentar nuevas persecuciones contra nosotros. Adriano tu abuelo escribió, entre otros, á Fundano, gobernador del Asia: tu padre escribió tambien por la misma causa á las ciudades de la Grecia. Tú, que no tienes menos humanidad y que muestras sentimientos mas dignos aun de la filosofía, esperamos que nos otorgues lo que te pedimos." Se ignora qué resultado tuvo esta apologia.

San Meliton habia compuesto algunas otras obras que se han perdido igualmente; pero Eusebio nos ha conservado un catálogo de los libros del antiguo Testamento que el santo doctor habia uni-

do á una coleccion de sentencias morales sacadas de la Escritura; y es el primero que se encuentra en los escritores eclesiásticos. Este catálogo no contiene mas que los libros recibidos en el canon de los judios, y aun omite el libro de Esther recibido por ellos; de modo que no es completo ni con mucho, aunque el autor hizo el viage de la Palestina para adquirir mayores luces. Todas las Iglesias no estaban instruidas igualmente en esta parte; y no debe cansar admiracion que algunas no hayan tenido noticia exacta de todos los libros canónicos, porque no habiéndose manifestado la tradicion general por medio de un juicio solemne, podia ser á veces difícil comprobaria, hasta que las relaciones entre las diferentes Iglesias fueron mas frecuentes, y se llegó á conocer cuáles eran los libros admitidos constantemente por el mayor número.

Por el mismo tiempo ó poco despues, San Apolinario, obispo de Hierápolis en Frigia, dirigió igualmente una apologia á Marco Aurelio, que dice San Jerónimo haber sido muy notable; pero no se conserva nada. Compuso tambien otras varias obras contra los paganos y contra los hereges, de que carecemos. Escribió en particular contra los montanistas, cuya herejia comenzaba á propagarse entonces, y se dice que congregó en Hierápolis un concilio de 26 obispos, que separó á Moutano, y á sus principales sectarios del gremio de la Iglesia. Sabemos por el testimonio de Eusebio (1), que en uno de sus escritos hacia mencion de un suceso maravilloso que salvó entonces al ejército romano en medio de un peligro inminente, y que se atribuyó á las oraciones de una legion compuesta casi toda de cristianos.

El año 174, haciendo Marco Aurelio la guerra á los cuados y á los marcomanos, pueblos de la Germania, le atrajeron los enemigos por medio de una estratagemá á las montañas de la Bohemia, donde su ejército, molesto de una sed ardiente á causa del excesivo cansancio y del calor, no tenia ni valor, ni fuerza para pelear, y estaba expuesto á perecer, embestido y como bloqueado por innumerales tropas que cerraban el paso por todas partes. Entonces unos soldados cristianos, que eran numerosos en la legion mellita, se pusieron de rodillas é hicieron á Dios fervientes súplicas á vista de los enemigos, los cuales aprovecharon la ocasion para acometerlos. De repente se cubrió el cielo de nubes, y cayó al punto una lluvia abundante del lado de los romanos, que la recibieron en sus cascos ó en sus escudos, mientras que los bárbaros eran incomodados por una piedra mortífera, ó abrasados por el rayo, pereciendo así batallones enteros. Para evitar la muerte, muchos se rindieron á los romanos, y se dispuso de este modo el ejército enemigo casi sin pelear. Las tropas dieron á Marco Aurelio el título de *imperator* por la séptima vez; aceptóle como si viniera del cielo, porque todo el

(1) Hist. lib. V, c. V.

mundo miró el acontecimiento como milagroso. Algunos paganos le atribuyeron á los magos que seguían el ejército, y otros á la piedad y á las oraciones del mismo emperador (1). Todavía se ve en Roma, en un bajo relieve de la columna Antonia, que se erigió entonces, un monumento de aquel prodigio, y los sábios creen que se quiso representar á Júpiter *Pluvius* en un personaje que se descubre en el cielo, con los brazos extendidos y una barba larga que parece resolverse en lluvia. Pero el emperador confesó que debía este favor á los soldados cristianos, y dió á la legion melitina el título de *legion fulminante*, aunque otra llevase ya este nombre. Tertuliano atestigua en su apología, que Marco Aurelio había expresado formalmente su opinion respecto de esto, en una carta que escribió al senado, y que se poseía todavía en su tiempo. Añade que el emperador había prohibido, pena de la vida, acusar á los cristianos; pero esta prohibicion no abrogaba el rescripto de Trajano que mandaba castigarlos cuando eran acusados; de manera que podían ser condenados siempre por este motivo persiguiéndolos bajo otros pretextos, y veremos que en efecto comenzó de nuevo la persecucion, y la autorizó el mismo emperador.

Hacia esta época, es decir, en el año 171, se fija el principio de la herejía de los montanistas, llamados tambien catafrigios, porque esta secta nació y se propagó sobre todo en Frigia. Montano, su autor, era natural de un pueblo de esta provincia, y desandando arduamente las primeras dignidades de la Iglesia, aunque por su calidad de neófito y de enuico, no debía aspirar á ellas, dió entrada al demonio por esta ambicion inmoderada; de modo que realmente vino á ser un poseído, y se vió de repente agitado como un furioso, y fuera de sí de resultas de unos accesos que le privaban del uso de la razon. En este estado profirió con una especie de entusiasmo, discursos ininteligibles que se miraron como efecto de una inspiracion, haciéndole pasar por un profeta á los ojos del pueblo ignorante. No tardó en lograr seducir á Priscila y Maximila, dos mugeres nobles y ricas, que se rendian tambien por profetisas, y cuya fortuna sirvió para los progresos de la secta, proporcionando medios de ganar con dádivas cierto número de prosélitos. Poseída el mismo que Montano, y hablando como él sin orden y sin juicio, pero con una exaltacion fanática, se hacian admirar de sus sectarios, halagándolos con magníficas promesas, felicitándolos como á los únicos cristianos verdaderos, y sobre todo, dirigiendo á algunos en ciertas ocasiones cargos mas ó menos fundados, que les persuadían á que ellas tenían noticia de sus culpas por una revelacion particular. Desde luego abandonaron á sus maridos para poder entregarse con mas libertad á las extravagantes ilusiones de su entusiasmo.

(1) Capitol. *In vita M. Aurel.*—Dion. *Epist. de Marc. Aurel.*

Los montanistas presuman enseñar y practicar una religion mas perfecta que la de Jesucristo y de los apóstoles: vanagloriábanse de haber recibido la plenitud del espíritu de Dios, que antes no se habia comunicado sino parcialmente; de modo que la perfeccion de la verdad existia solo en su secta, y eso por efecto de una revelacion nueva, que servia de complemento á la revelacion cristiana. Dios, segun ellos, habia acomodado hasta entoces sus preceptos á las circunstancias y á la debilidad de los hombres; pero no habiendo podido salvar el mundo ni por Moisés y los profetas, ni aun por la Encarnacion de Jesucristo, habia descendido al fin por el Espíritu Santo á los autores de la nueva doctrina, á fin de consumir su obra, esparciendo por su medio la plenitud de la gracia y de la luz. Así Montano no se vendia solamente por profeta, sino que se fingia el Paráclito, que Jesucristo habia prometido y que debía enseñar toda verdad. Sus sectarios le daban tambien este nombre, y recibian como oráculos todas las palabras que salian de su boca. Abusando de aquellas que dice San Pablo, relativas á las luces de la vida presente comparadas con las de la futura: *Nosotros no conocemos sino en parte*, no titubaba el impostor en hacerse superior á los profetas y á los apóstoles, como si él mismo poseyera la ciencia completa, y enseñara á los hombres la perfeccion. Condenaba las segundas nupcias como efecto de incontinencia, y se arrogaba tambien el derecho de disolver los matrimonios. Aparentando una austeridad excesiva, prescribia nuevos ayunos, establecia tres cuaremas en vez de una, imponia una porcion de abstinencias rigorosas, y no permitia á los cristianos dedicarse al estudio de las ciencias profanas. Prohibia huir ó esconderse durante la persecucion, y hasta queria que se presentase uno espontáneamente al martirio. En fin, desechaba casi enteramente la penitencia, negando la reconciliacion á todos los que habian cometido pecados considerables despues del bautismo.

Este heresiarca habia fijado su residencia, así como Priscila y Maximila, en Pepuzo, villa de Frigia, que se consideró como un lugar sagrado, porque allí suponian las dos profetisas haber recibido el Espíritu Santo, y varios discípulos de Montano iban á aquel parage á participar del mismo favor. Habiale dado el heresiarca el nombre de Jerusalem, como si fuera una imagen de la nueva Jerusalem, que segun los milenarios, cuyos delirios admitia, debía bajar del cielo al fin del mundo, cuando Jesucristo viniese á fundar su reinado de mil años sobre la tierra. Quería que sus discípulos acudiesen allí á celebrar sus juntas, y habia puesto recaudadores que percibian un tributo bajo el nombre de obolaciones, destinado á la manutencion suntuosa de los predicadores de la secta, porque sus costumbres distaban mucho de la severidad de sus principios, y los supuestos profetas no se abstenerian ni del regalo, ni del lujo, ni de los juegos de azar, ni aun de la usura. Themison, uno de sus doc-

tores, se había librado de la prisión á fuerza de dinero, y no por eso dejaba de vanagloriarse del título de mártir, aunque estuviese prohibido con arreglo á sus máximas huir de la persecucion. Un tal Alejandro, que vivia en íntimo trato con una de las profetisas, y á quien el populacho reverenciaba tambien como un mártir, había sido condenado en Efeso por el procónsul del Asia como reo de robos y otros crímenes: las profetas existian aun en los archivos públicos.

La herejía de los montanistas fué ocasion de que se congregaran algunos concilios en la Frigia y en las provincias vecinas. Primero habían tratado ciertos obispos de atraer á los sectarios, haciéndoles ver la ilusión y la impostura de sus profetisas. Juliano de Apamea y Zotico de Comano quisieron emplear los exorcismos para arrojar al demonio de que Maximilia estaba poseida; pero no lo consiguieron sus partidarios interesados. Sofas de Anquialo, en la Tracia, propuso emplear el mismo medio respecto de Priscila, y tambien se lo estorbaron. Despues se trató de convencer á estos fanáticos, manifestándoles que aquella agitacion y aquel furor que turbaban la razon, no podian provenir del espíritu de Dios, y que en efecto nunca se había visto nada semejante en los cristianos que habían recibido verdaderamente el don de profecía. Todos estos medios de persuasíon fueron inútiles, y hubo precision de recurrir á una condenacion solemne. Montano fué declarado culpable de herejía, y arrojado de la Iglesia con todos sus sectarios. Se ha visto antes, que San Apolinario, obispo de Hierápolis, le mandó condenar y excomulgar en un concilio de veintiseis obispos. San Serapion, que fué obispo de Antioquia hácia el año 190, da en una carta testimonio de la unanimidad de las sentencias que habían proscribio la nueva secta, y el mismo la condenó en una asamblea de los obispos de Siria. Los montanistas, aunque separados de la Iglesia, no dejaron de buscar despues la comunión del Papa Víctor, probablemente cuando le vieron desavenido con los asiáticos por la celebracion de la Pascua, según diremos mas adelante: aun lograron sorprenderle con sus artificios y mentiras, y parecia que aprobaba sus profetas, cuando llegó Praxeas de Asia á Roma, le hizo conocer los errores de aquellos, y le determinó así á revocar las cartas de paz que ya les había enviado.

Montano y sus profetisas virieron hasta el reinado de Caracalla, es decir, cuarenta años por lo menos despues del principio de su secta; y se tuvo por cierto que aquel herejia se había ahogado, así como Maximilia, impelidos ambos por el demonio que los agitaba. Declase tambien que Teodoto, uno de sus doctores, quiso elevarse á la region del aire; pero cayó y murió de resultas. Estos fanáticos publicaban predicciones sinistras sobre el imperio romano, y Maximilia había anunciado próximamente guerras y sediciones que habían de acarrear la ruina de aquel, y al mismo tiempo el fin del

mundo. Pero aunque los sucesos desmintieron las profetas, los sectarios, seducidos con ellas, no volvieron de su error. La austeridad aparente de los montanistas bastaba para retener en su partido ó atraer á él á una mayor perfeccion. Esta herejía continuó algunas Iglesias de la Frigia, y subsistia aún en el siglo V. Extendióse tambien á otras provincias, y no tardó en dividirse en varias ramas. Aun en vida de Montano se distinguia á los proclios, que siguiendo en todo la doctrina de dicho herejia, recibieron su nombre de un cierto Próculo ó Proco, uno de sus principales doctores, y los esquinistas, llamados así de su jefe Esquines, que á los errores de Montano, añadía el de desechar la distincion de las tres personas divinas. Otros se denominaron artotriticos, porque ofrecían en sus misterios pan y queso: tambien se les daba el nombre de quintillos por una cierta Quintilla, á quien honraban como profetisa: no ponian dificultad en admitir á las mugeres al sacerdocio y al episcopado. En fin, algunos se llamaron en griego *passalorinquitos*, porque al orar ponian el dedo en la nariz ó en la boca para denotar su atencion. Entre los que abrazaron la herejía de Montano, debe señalarse con especialidad á Tertuliano, que la defendió en algunos escritos, y se dejó seducir en términos, que alegó las visiones de una muger montanista para demostrar que el alma es corporal.

A esta misma época se refiere tambien el origen de otras dos herejías, derivadas en parte del sistema de los gnósticos; la de los encratitas, cuyo jefe fué Taciano, y la de Bardesanes. Taciano era natural de la Mesopotamia, y se había educado en el paganismo. Habiendo estudiado con cuidado todas las ciencias profanas, y en particular la filosofía de Platon, viajó ademas para instruirse: convertido despues al cristianismo por la lectura de los profetas, se hizo discípulo de San Justino, y mientras vivió su maestro, dió muestras de una fé sólida y de una gran piedad. Muerto San Justino todavía perseveró aquel por algun tiempo en la verdadera doctrina, y continuó las conferencias y las lecciones que el ilustre mártir daba en Roma. Entonces publicó un discurso que tenemos de él, contra los griegos ó los paganos, en que hace ver la insuficiencia y la vanidad de su filosofía, lo absurdo de su religion, la crueldad ó la infamia de sus espectáculos, la sanidad de las costumbres cristianas, y en fin, la antigüedad de Moisés, que prueba con el testimonio unánime de un gran número de escritores profanos. De allí á poco tiempo se volvió de Roma á la Mesopotamia, donde se hizo jefe de una nueva secta que se extendió por las diversas provincias del Asia y hasta al Occidente. Admitía, como Valentin, varias potencias invisibles emanadas del Dios supremo, y como Marcion, suponía otro principio que había criado el mundo, á excepcion de la luz, producida por el principio bueno. Miraba la materia como

esencialmente mala, queriendo explicar así el origen del mal; y conforme á esta idea, hacia profesion de abortecer el cuerpo, prescribía la abstinencia del vino y de la carne de los animales, y condenaba el matrimonio como una incontinencia introducida por el demonio; lo que hizo dar á sus secuaces el nombre de encratitas ó continentes. También eran llamados acuarios, porque no empleaban mas que agua sin vino en la celebracion de la Eucaristia. Taciانو sostenía como los otros gnósticos, que Jesucristo solo habia tenido un cuerpo aparente; no admitía sino parte del antiguo Testamento, y es el primero que enseñó, contra la creencia general de la Iglesia, que Adán no se habia salvado. Un discípulo de Taciانو llamado Severo, contribuyó mucho á propagar los errores de su maestro, y añadió ó alteró ciertos puntos: sus sectarios tomaron el nombre de severianos. Julio Castano, que seguia el sistema de Valentin, adoptó las máximas de Taciانو sobre la continencia; y afirmó que el fruto prohibido en el paraíso terrenal, no era otra cosa que el matrimonio. Hizose célebre á fines del siglo II por varias obras, en virtud de las cuales fué considerado como jefe de los gnósticos (1). Algunos de los encratitas recibieron el nombre de *apalactitas* ó *renunciantes*, porque aparentaban renunciarlo todo, condenando hasta como privados de la salvacion á todos los que poseian algo. Igualmente se denominaban apóstólicos, porque se jactaban de imitar la vida de los apóstoles.

Bardesanes nació, como Taciانو, en la Mesopotamia, y al principio se mostró fuertemente adicto á la doctrina católica. Instado con eficacia por Apolinio, un confidente de Marco Aurelio, para que abandonara la religion cristiana, se resistió denodadamente, y respondió que no temia la muerte, pues que tampoco podia evitarla aun cuando obedeciera las órdenes del emperador. Compuso algunas obras en defensa de la fé contra los herejes de su tiempo, y particularmente contra los errores de Marcion. Tambien escribió contra los delirios de la astrologia un diálogo sobre el destino, tan estimado, que se tradujo en griego, como tambien la mayor parte de sus escritos. Pero al cabo, Bardesanes se dejó llevar de los errores de los gnósticos, y se hizo autor de una secta que subsistió mucho tiempo en la Siria. Admitía dos principios de todas las cosas, uno que era origen de todo bien, y otro esencialmente malo y causa de todo el mal que existe en el mundo. El principio bueno habia criado las almas puras y las habia unido á un cuerpo sutil y aéreo; despues el principio malo habia logrado seducirlas y las ha-

(1) Finlay, Berault-Bercestel y otros hacen á este Casiano jefe de la heresia de los docetas, llamados así porque sostenian que Jesucristo no habia encarnado sino en apariencia: el modo con que se explican aquellos autores, parece que dá á entender que Casiano enseñó el primero este error, pero ya ha debido verse anteriormente que los gnósticos la admitian hacia mucho tiempo.

bia encerrado en un cuerpo material y corruptible, lo que producía la pugna de las pasiones y de la razon. Bardesanes, pues, suponía malo el cuerpo por su naturaleza, y por eso negaba la resurreccion de la carne, y no queria admitir en Jesucristo sino un cuerpo séreo ó celeste. Se cree que se retractó de sus errores; pero es dudoso.

Entre los filósofos que vivieron bajo el reinado de Marco Aurelio, se nota un tal Alejandro de Paflagonia, mágico y charlatan por el estilo de Apolonio de Tiana. Después de recorrer el mundo con una vieja, á quien se aficionó nada mas que por sus riquezas y abandonó luego que la vió arruinada, volvió á su provincia y comenzó á profetizar, suponiendo que habia recogido los oráculos de las Sibilas, y que conocia lo porvenir por este medio, así como por su trato con los dioses. Con algunos prestigios hábiles, con talento, audacia y una figura imponente, consiguió sin trabajo seducir á la multitud. Anunció el advenimiento próximo de Esculapio, y á los pocos dias enseñó una serpiente pequeña que tenia dentro de un huevo, y al día siguiente otra mucho mayor que fingió ser la misma y que habia adiestrado en dar mil vueltas para entretener. No se necesitó mas para persuadir que en efecto era un dios, y el vulgo no vaciló en honrarle con ofrendas y sacrificios: el mismo Marco Aurelio fué engañado por este charlatan. Consultado el nuevo oráculo sobre la suerte de una batalla, prometió la victoria con la condicion de que se arrojasen al Danubio un leon. Cumplióse la condicion; pero se perdió la batalla: el profeta afirmó que se habia entendido mal su predicción. Por fin, su muerte, acaecida á poco tiempo, destruyó la superstición, porque habia asegurado que viviria mas de cien años, y murió de una fleccia á la edad de setenta.

Otro filósofo llamado Peregrin ó Peregrino, adquirió tambien fama al principio del reinado de Marco Aurelio, con un ejemplo de ostentacion, que manifiesta á qué exceso puede llegar la extravagancia del orgullo en un sofista. Era natural de Pario en la Troade, de donde habia sido desterrado por causa de adulterio y por otros crímenes mas infamados todavia. Se le acusó de haber ahogado á su padre por gozar antes de sus bienes. Buscando un lugar donde no fuesen conocidas sus maldades, fué á Filadelfia, se hizo cristiano, y disimuló de tal modo, que fué elevado á las primeras dignidades de la Iglesia. Durante la persecucion de Adriano, fué encarcelado, y los cristianos se apresuraron á enviarle todos los socorros imaginables de modo, que reunió mucho dinero. El gobernador de Siria, que estimaba las costumbres filosóficas y que creyó hallarlas en Peregrino porque despreciaba la muerte, le dió libertad, y regresando este á su país, cedió á la ciudad lo que le quedaba de sus bienes, y se puso á viajar con el traje de filósofo: contaba siempre con la liberalidad de los cristianos, que engañados, le proporcionaban todo lo necesario en abundancia; pero habiendo descubierto al cabo su hipocresia, rompieron todo trato con él. Entonces dirigió

una súplica al emperador para entrar otra vez en el goce de sus bienes, y como no pudo conseguirlo buscó otro camino de hacer fortuna en sus viajes. En Egipto se habilitó á las costumbres mas impudicas y descaradas de los egipcios: de allí pasó á Roma y empezó á desaharse en injurias contra todo el mundo y hasta contra el emperador, expulsó el prefecto, y esto sirvió para su abono en el ánimo de algunos filósofos. Se retiró después á Grecia, donde sus invectivas le granjearon finestros disgustos en diferentes ocasiones; sin embargo, tuvo algunos discípulos y admiradores en Atenas, fuera de la cual habitaba en una mala choza. Por fin, viéndose viejo y olvidado discursó un medio extraordinario de hacerse célebre. En la reunion de los juegos olímpicos declaró que de allí á cuatro años se quemaría públicamente en la misma solemnidad. Como el plazo estaba distante, se lisonjaba sin duda que sobrevendría algun incidente que le libertase de su promesa; sin embargo, escribió á las ciudades de Grecia dándoles, como por via de testamento, instrucciones que sirvieran á lo menos para que se hablara de él. Llegada la fatal circunstancia, los discípulos del filósofo se dividieron, opinando unos que el honor del maestro estaba interesado en despreciar la muerte, mientras que los otros le exhortaban á prolongar una vida tan preciosa. El pronunció un discurso sobre la muerte á presencia de una multitud inmensa, con la esperanza que convalidaría en disuadirle de su intento, y en efecto, algunos le conjuraron para que se conservara por el bien de Grecia; pero otros gritaron que en lugar de vanas palabras esperaban la ejecución del sacrificio; lo que le hizo ponerse pálido y temblar hasta el punto de no poder acabar su arenga. Con todo, iba dilatándolo de día en día bajo diferentes pretextos, y tuvo cuidado de divulgar que por medio de sueños manifestaba Júpiter que no aprobaba aquel intento. Pero al fin triunfó la vanidad, y el día último de los juegos anunció que se quemaría la noche siguiente. Agolpóse un genio grandísimo á ver aquel espectáculo extraño; y como á media noche pareció Peregrino con una antorcha en la mano y seguido de sus discípulos para prender fuego á la hoguera que habia hecho disponer; dejó en seguida su alforja, su capa y su báculo; pidió á los dioses le fueran propicios, y despues de haber echado incienso al fuego, se precipitó y en un instante pereció sofocado. Esta tragedia se representó en la olimpada 237, el año 165 de Jesucristo.

Si las cartas de Marco Aurelio en favor de los cristianos despues de la victoria alcanzada á los cuados, habian suspendido ó mitigado las persecuciones, es cierto á lo menos que esta tranquilidad no duró mucho tiempo; y desde el año 177 estallaron de nuevo las sublevaciones populares contra ellos con mas violencia que antes. Con esta ocasion compuso Atenágoras una apología que dirigió á aquel príncipe y á su hijo Cómodo, el cual acababa de ser asociado al imperio. Quejase primero de que los cristianos son los únicos á que-

nes se persiga por su nombre, mientras que se toleran las persecuciones mas absurdas, y solicita la proteccion de las leyes contra unas acusaciones vagas de que no se ha podido jamas encontrar ninguna prueba. "Tres crimenes, añade, son los que se nos imputan ordinariamente el ateísmo, los lanquetes de carne humana y los incestos. Si de ello somos culpables, castigados sin consideracion á edad ni sexo; pero si son calumnias sin otro fundamento que la aversion del vicio á la virtud, á vosotros toca examinar nuestra vida, nuestra doctrina, nuestro celo por vuestro servicio, y hacernos la misma justicia que hariais á nuestros enemigos." Se dedica en seguida á combatir aquellas odiosas acusaciones, exponiendo la doctrina del Evangelio sobre la naturaleza y la unidad de Dios, sobre las reglas de la castidad, sobre los deberes con respecto al prójimo; y para mostrar cuánto distan las costumbres de los cristianos de las abominaciones que se les imputan, hace notar la santidad de su vida, la caridad que los une, su paciencia y su dulzura para con los que los maltratan, el horror que manifiestan hacia los espectáculos de los gladiadores y todos los castigos sangrientos. Finalmente, demuestra la falsedad de la idolatría, y refuta tambien las fábulas de los poetas sobre el origen de los dioses y las alegorías imaginadas por los filósofos para enconbrir lo absurdo de ellas. Esta apología, en que rebosa una elocuencia noble, ha llegado hasta nosotros con un tratado del mismo autor sobre la resurreccion. Por lo demas, nada se sabe de la vida de Atenágoras; solo se ve por el título de sus obras, que era de Atenas, y que habia cultivado la filosofía antes de abrazar el cristianismo. Algunos creen tambien, pero sin pruebas sólidas, que fué el jefe de la célebre escuela cristiana de Alejandria. Mileiades, otro filósofo cristiano, cuya vida no sabemos mejor, compuso por el mismo tiempo una apología que se ha perdido, como tambien otras varias obras escritas contra los paganos y los hereges.

Aunque la apología de Atenágoras era una prueba de haberse renovado la persecucion en Oriente, no nos quedan pormenores en esta parte; pero poseemos una amplia relacion de los padecimientos y de la muerte de un gran número de mártires en Leon, en las Galias; y por ahí se puede juzgar, dice Eusebio, de lo que ocurrió en las otras provincias. Ya se ha visto antes, que los discípulos de los apóstoles habian traído la fé á las Galias. San Epifanio, Eusebio y Teodoreto, aseguran expresamente que San Crescente, discípulo de San Pablo, predicó allí el Evangelio, y lo mismo dice de San Lucas el primero de aquellos autores. San Tróximo fué enviado tambien por San Pedro, segun consta por testimonio de los obispos de la provincia de Arles, los cuales escribiendo al Papa San Leon, hacía mediados del siglo V, recuerdan este hecho como una cosa sabida en toda la Galia, y que no podia ignorarse en Roma. Es probable que no tardaron otros predicadores en llevar despues

el cristianismo á las ciudades principales de aquella region. Pero los progresos fueron casi imperceptibles por mucho tiempo, y debemos observar que en general se propagó mas tarde y con mas lentitud en las provincias del Occidente, que en el Asia, la Grecia y la Italia, donde los apóstoles se habian detenido mas, y habian fundado por sí multitud de Iglesias. Como á la mitad del segundo siglo pasó una muchedumbre de operarios evangelicos del Asia á las Galias, á donde según toda probabilidad los enviaron San Aniceto y San Policarpo, cuando este último hizo el viage á Roma. San Potino, que era el jefe de dichos operarios, se detuvo en Leon, y fundó una Iglesia floreciente cuyo primer obispo fué. Otros predicaron en Viena y en las ciudades inmediatas. Hasta entonces habian estado seguros por el corto número de fieles; pero cuando se vió que se multiplicaban de dia en dia, se exasperó lentamente el odio de los paganos, y al fin se levantó una violenta persecucion el año 177.

Se habia empezado por hacer odiosos á los cristianos imputándoles los incestos y los banquetes de carne humana, inventados por la calumnia, y á poco tiempo fueron objeto de los ultrajes mas sangrientos, y quedaron aislados, por decirlo así, como hombres abominables á quienes no era licito acercarse. Fueron excluidos de todas las casas particulares, y se les prohibió la entrada de los baños, del foro y de todos los parages públicos. El populacho irritado los insultaba en cualquiera parte donde se atrevían á presentarse; persiguiólos á pedradas, robaba sus bienes, y saqueaba sus casas, y cometia todos los excesos de una bárbara ferocidad. Los mas débiles huyeron, pero los mas animosos resolvieron exponerse al martirio: muchos fueron aprehendidos y presentados ante el tribuno y los jueces; y habiendo confesado generosamente que eran cristianos, se los condujo á la cárcel hasta la llegada del gobernador. De allí á unos dias este magistrado los hizo comparecer en su tribunal, y como los trataba con una crueldad repugnante, un cristiano jóven llamado Vecio Epagato, lleno de celo y de virtud, pidió permiso para hablar en su defensa y manifestar que no eran reos de impiedad ni de ningún otro crimen. Al instante la multitud comenzó á gritar contra él; y preguntándole el gobernador, ofendido de su solicitud si era cristiano, Vecio lo confesó en alta voz, y al instante fué puesto en el número de los mártires con el título de abogado de los cristianos. Hubo unos diez que se sometieron á estas primeras pruebas, y su caída vino á ser para los otros un motivo de afliccion y de continua zozobra, porque temian que la violencia de los tormentos ocasionase alguna nueva apostasía. Entre tanto, no se cesaba de buscar á los cristianos, y tanto en Viena como en Leon, se prendió á los que eran los apoyos mas firmes y distinguidos de las dos Iglesias: tambien fueron cogidos algunos de sus esclavos paganos, y puestos en el tormento para obligarlos

á declarar contra sus amos. Los infelices, cediendo al temor de los tormentos, imputaron á los cristianos todo género de crímenes, y sus declaraciones divulgadas entre el pueblo irritaron en términos á los paganos, que los que antes manifestaban alguna moderacion, ya no ponian limites á su rabia.

Es imposible expresar los tormentos que se hicieron sufrir á los santos mártires para forzarlos á renegar la fé y arrancarle la confesion de los crímenes que se les imputaban. El furor del pueblo y del gobernador se desencadenó sobre todo contra Sancto, diácono de Viena, Attalo, originario de Pérgamo en el Asia, Maturu, neófito, y una esclava jóven llamada Blandina. Esta era tan delicada y tan débil, que los fieles temian sobremedura se dejase vencer de los suplicios; pero mostró una firmeza y un valor superiores á su naturaleza. Los verdugos se relevaron desde la mañana hasta la noche para hacerle sufrir todos los tormentos imaginables; y despues de agotar todos los recursos de la crueldad mas ingeniosa, se vieron precisados á darse por vencidos, no concibiendo cómo podia Blandina vivir en un cuerpo dislocado y desgarrado por todas partes. Ella repetia constantemente estas palabras: "Yo soy cristiano: entre nosotros no se cometen crímenes;" y esta generosa confesion parecia que la hacia insensible á todos los dolores. El diácono Sancto, en medio de los tormentos mas horrosos, no quiso decir su nombre, ni su patria, ni si era libre ó esclavo, contentándose con responder á todas las preguntas: "Soy cristiano." Su firmeza irritó tanto al gobernador y á los verdugos, que despues de emplear todos los demas suplicios, le aplicaron planchas de cobre hechas áscua en las partes mas sensibles de su cuerpo. El santo mártir no se movia aunque le quemaban las carnes, y permanecía firme en la confesion de la fé. A pocos dias los paganos le pusieron de nuevo en la tortura, esperando vencerle si le abrían las llagas cuando la inflamacion hacia insupportable el menor contacto, ó creyendo á lo menos que moriría en los tormentos, y que una muerte tan cruel amedrantaría á los otros. Pero por un milagro inesperado, su cuerpo, enteramente desgarrado, recobró su primera forma, y pareció curado del todo.

El gobernador no dudó que se conseguiria fácilmente arrancar un testimonio cual se deseaba, á los que habian renunciado la fé; y Biblis, que era de ellos, fué puesta en el tormento para hacerla confesar los crímenes de que se acusaba á los cristianos. Pero en medio de los suplicios volvió ella en sí, y recordándole aquellos dolores pasajeros las penas eternas, exclamó: "Cómo habiamos de comer á los niños, cuando ni siquiera nos es licito comer la sangre de los animales?" Porque en este punto todavía observaban los fieles la prohibicion de la antigua ley confirmada por los apóstoles. Habiendo declarado al mismo tiempo que no cesaba de ser cristiana, fué colocada otra vez en el número de los mártires. En segui-

da fueron sepultados todos en horribles calabozos con los piés estirados y violentamente separados por maniotas de madera, y se los trató con tanta barbarie, que algunos murieron en pocos días, víctimas de la infección y demas incomodidades de la prision.

Entre tanto, fué descubierto San Potino, á quien el odio del pueblo perseguía particularmente como jefe de los cristianos. Tenia mas de 90 años, y estaba tan debilitado de las enfermedades, que apenas podia respirar: hubo, pues, que llevarle al tribunal; pero el ardor de su ánimo sostenia al venerable anciano; y á pesar de los gritos y del encolerizamiento de la multitud, no dejó de dar un testimonio glorioso á la verdad. Habiéndole preguntado el gobernador cuál era el Dios de los cristianos, respondió: "Tú le conocerás si eres digno." Inmediatamente le arrancó el pueblo con violencia, y le llenó de injurias y le golpeó. Los que estaban cerca, le daban puñadas ó puntapiés sin respeto á su mucha edad: los que estaban lejos le arrojaban cuanto podian haber á la mano, y todos se hubiesen creído culpables si no le hubieran insultado para vengar el honor de sus dioses. No le quedaba mas que un soplo de vida cuando le condujeron á la cárcel, donde expiró á los dos días.

Primeramente fueron condenados cuatro mártires, Sancto, Maturro, Attalo y Blandina, á ser expuestos á las fieras, y se dió expresamente un espectáculo extraordinario para su suplicio. Sancto y Maturro sufrieron de nuevo todo género de tormentos en el anfiteatro: fueron azotados con varas, segun costumbre, arrastrados y despelizados por las fieras, quemados en una silla de hierro hecha aspeus; y despues de haber servido todo un dia á la bárbara diversion de la multitud, como respiraban todavía, fueron rematados á estocadas. A Blandina la ataron á un pilar en forma de cruz porque era esclava; pero no la tocaron las fieras y volvió á la prision reservándola para otro dia. Con respecto á Attalo, sabiendo el gobernador que era ciudadano romano, no hizo mas que mandarle pasar al rededor del anfiteatro para mostrarle al pueblo, y luego dió orden de que le condujesen á la cárcel con los otros confesores, mientras llegaba la respuesta del emperador á quien habia consultado.

Los mártires se aprovecharon de este término para reanimar el valor y trabajar en la reconciliacion de los que habian renegado la fé, porque aun estaban presos estos apóstatas á causa de las impudencias odiosas que se hacian á todos los cristianos: agobiábanlos además los remordimientos y la vergüenza; de modo que tanian que sufrir las acusaciones de su conciencia y las injurias de los paganos. Los mas detestaron su apostasia, y perseguidos por las exhortaciones y el ejemplo de los que habian permanecido constantes, recibieron una nueva vida en la penitencia, y desde entonces se resolvieron á combatir generosamente por el nombre de Jesucristo que acababan de renunciar con tanta cobardía. No paró ahí el

celo de los mártires: escribieron cartas á los cristianos del Asia menor para precavarlos de la seducción de los montanistas, y rogaron al mismo tiempo al Papa Eleuterio que pacificara con su autoridad las Iglesias de aquella provincia, objeto de una tierna solicitud para ellos, porque algunos traian de allí su origen. Enviaron esta carta por conducto de San Ireneo, que era presbítero de la Iglesia de Leon, y le recomendaban en los términos mas honoríficos.

Pronto recibió el gobernador la respuesta del emperador, reducida á que fueran sentenciados á muerte los que perseverasen en confesar á Jesucristo, y puestos en libertad, los que renegasen de él. Ejecutose esta orden durante los juegos solemnes que se celebraban en Leon en honor de Augusto, y que atraian un gentío innumerable. El gobernador mandó á los mártires comparecer ante su tribunal, y habiéndoles preguntado de nuevo, pronunció la sentencia, condenando á los ciudadanos romanos á ser decapitados, y á los otros á ser expuestos á las fieras; tambien hizo que se presentaran los que habian caído antes, y les preguntó por mera forma, pues creia que no tendria mas que ponerlos en libertad; pero contra sus esperanzas protestaron de su adhesion al cristianismo, y se retiraron así voluntariamente á los otros mártires, excepto algunos que solo en apariencia habian sido cristianos.

Durante el interrogatorio, Alejandro, cristiano de la Frigia y médico de profesion, se mantenía cerca del tribunal, y no cesaba de animar á los confesores con los signos y ademanes mas enérgicos: el pueblo lo echó de ver, y empezó á gritar contra él. Inmediatamente le tomó declaracion el gobernador, y viendo que era cristiano le condenó á las fieras. Al dia siguiente le condujeron al anfiteatro con Attalo, que fué condenado tambien á este suplicio, aunque ciudadano romano, por complacer á la multitud. Uno y otro sufrieron todos los tormentos que se empleaban en tan crueses espectáculos, y por último fueron degollados, porque se acostumbraba á rematar así á los que no morian á manos de las fieras. Alejandro no soltó ni una palabra, ni una queja. Attalo, cuando le hubieron puesto en la silla de hierro, y se difundia lejos el olor de sus miembros quemados, se dirigió al pueblo, y dijo: "¿No podría llamarse esto comer carne humana? Por nuestra parte no hacemos nada que se parezca á los crímenes que nos imputan."

Blandina y Pontico, jóven de unos quince años, habian sido conducidos todos los dias al anfiteatro, á fin de intimidarlos con la vista de los suplicios: el último dia los instaron á que jurasen por los falsos dioses, y como se resistiesen, el pueblo furioso pidió que se les diese todo género de tormentos; pero su constancia fué invencible. Pontico expiró el primero: Blandina, que no habia cesado de animarle, tuvo que sufrir los azotes con varas, las mordeduras de las fieras, la silla ardiente: despues la metieron en una red, la expusieron á un toro que la secudió mucho tiempo sin dar ella la me-

nor señal de dolor. Al fin fué degollada, y hasta los paganos confesaban que no se había visto jamás mujer que sufriese tanto y con tanto valor.

La sangre de los mártires no aplacó el encono de los perseguidores. Dejaron expuestos los cuerpos de aquellos en el muladar para que los devoraran los perros, y pusieron guardias de día y de noche para que los cristianos no se llevasen los cadáveres y los enterrasen. En fin, al cabo de seis días los quemaron y arrojaron las cenizas al Ródano, figurándose que quitarían así á los cristianos la esperanza de la resurrección, y que tendrían menos valor para arrostrar la muerte cuando supiesen que sus restos habían de ser destruidos; estos mártires eran cuarenta y ocho. Los pormenores de sus padecimientos están sacados de la relación que enviaron á las Iglesias de Asia los cristianos de León y de Viena, y que Eusebio ha conservado. Se cree que la escribió San Ireneo, que fué el sucesor de San Potino.

Marcelo y Valeriano se habían escapado como por milagro, de las cárceles de León, y estuvieron ocultos por algun tiempo fuera de la ciudad, sin dejar de ejercitar su celo y de producir secretamente la fe en el lugar de su retiro. Despues, la violencia de la persecucion los determinó á alejarse mas. Marcelo encontró cerca de Châlons-sur-Saone, al gobernador Prisco; fué preso y se declaró cristiano. Hicieronle sufrir diferentes suplicios para forzarle á adorar los idolos; pero como se resistiese valerosamente, lo enterraron vivo hasta la mitad del cuerpo, y murió en este estado al tercer día. Su sepulcro y su culto se hicieron célebres en Chalons por frecuentes milagros, y el rey Gontar mandó mas adelante edificar allí un monasterio en honor del santo. Valeriano fué cogido en Tournus, y preguntado por el mismo gobernador, que le mandó desgarrar con garfios de hierro, y viéndole invencible, hizo que le decapitaran.

Otros dos mártires, Epipodio y Alejandro, padecieron tambien en León casi por el mismo tiempo. Eran de familia distinguida, estaban en la flor de la edad y ligados con estrecha amistad que se habia formado desde la niñez, y mantenido por la conformidad de sus costumbres y la práctica de las mismas virtudes. Trabajaban de acuerdo en propagar el cristianismo y sostener á los fieles durante la persecucion, cuando fueron delatados por traición de un crírido suyo. Sabiendo que los buscaban huyaron secretamente y se refugiaron en la choza de una pobre viuda, cerca del lugar llamado Pierre Encise, donde la oscuridad de su retiro los tuvo algun tiempo seguros. Sin embargo, llegaron á descubrirlos, y los pusieron presos antes de tomarles declaración; lo cual era contrario á lo prescrito en la legislación romana; pero tratándose de cristianos, cuyo nombre solo se miraba como un crimen notorio, se creia que podía infringirse la ley. A los tres dias les mandaron comparecer con

las manos atadas á la espalda, y tomada la declaración, el gobernador se encolerizó con ellos y prorumpió en amenazas terribles: despues dió orden de separarlos y de conducir otra vez á Alejandro á la cárcel: esperaba que Epipodio, que era el mas jóven, se dejaria ganar con mas facilidad cuando estuviera solo. Primero le temió con la seducción; representándole la dulzura de los placeres y de los goces de que se privaba por seguir una religion que condenaba todos los deleites; pero el jóven dió una respuesta tan noble, y vituperó con tanta energía los goces groseros y transitorios con que se le halagaba, que el juez, confuso e irritado, mandó darle brutales tapabocas; y como continuase Epipodio confesando la gloria de Jesucristo, le pusieron en el caballete para desgarrarle con los garfios de hierro. Al populacho enfurecido pareció demasiado lenta la crueldad de los verdugos, y pidió á gritos que le entregasen el santo mártir para hacerle pedazos: el gobernador dispuso que le quitaran al punto del caballete y le cortaran la cabeza. Despues de un día de intervalo compareció á su presencia Alejandro, á quien trató en vano de intimidar con el recuerdo de los suplicios que los otros cristianos habian sufrido: despues mandó que le golpearan mucho tiempo tres verdugos que se relevaban sin intermision, y al fin le hizo crucificar. No tardó en expirar el generoso mártir, porque tenia el cuerpo tan lastreado, que se le veian las entrañas por entre las costillas. Los cristianos arrebataron secretamente los cuerpos de estos dos mártires, y los sepultaron cerca de la ciudad, en un bosque algo apartada, que despues fué célebre por la piedad de los fieles y por una multitud de milagros.

Una de las victimas mas ilustres de esta persecucion en las Galias, fué un jóven llamado Sinfiriano, que padeció el martirio en Autun. Era de una familia noble y cristiana, que le habia dado una educación digna de su nacimiento. Un día que se celebraba una fiesta, de Cibeles, y se llevaba con pompa en un carro la estatua de la madre de los dioses, Sinfiriano no pudo ver sin lástima la ceguera del pueblo que corria en tropel á prosternarse ante el ídolo; y como manifestara públicamente su desprecio, fué preso en el acto, y conducido á presencia del consul Heraclio, que hacia buscar á los cristianos. Preguntado acerca de su nombre y condicion, respondió: "Me llamo Sinfiriano, y soy cristiano." "¿Eres cristiano?" replicó el juez; pues ¿cómo te has escapado de nuestras pesquisas? porque apenas quedan entre nosotros de esos enemigos de los dioses." Sabiendo que era de un nacimiento ilustre, Heraclio le instó vivamente á sacrificar, y de resultas de su negativa, mandó que los lictores le golpearan y le llevaran á la cárcel. De allí le sacaron á los pocos dias, y trataron de ganarle con ofertas seductoras y de intimidarle con la amenaza de los tormentos mas horribles. Pero Sinfiriano manifestó en sus respuestas, que desprecia igualmente las promesas y las amenazas, y no temió ridiculizar las ex-

travagancias y cruces supersticiones del culto de Cibele. Por fin, el juez furioso le condenó á morir decapitado. Cuando le sacaban de la ciudad para el suplicio, corrió su madre hácia la muralla y le gritó al paso: "Animo, hijo mio, levanta los ojos al cielo, y acuérdate del Dios vivo: creen que te arrancan la vida; pero al contrario, te la aseguran por una eternidad." Después que le cortaron la cabeza, los fieles se apoderaron con sigilo de su cuerpo y le enterraron cerca del lugar del suplicio. Los muchos milagros que se obraron en su sepulcro, le atrajeron la veneracion hasta de los paganos, y no tardó en hacerse célebre su culto en todas las Galias.

No es dudable que una persecucion tan cruel dió á la Iglesia galicana mayor número de mártires que los que han llegado hasta nosotros en las actas que se conocen. Entre los mas notorios citaremos á San Benigno y San Andocho, sacerdotes, y San Tirso, diácono, enviados por San Policarpo á predicar la fé en las Galias; estos fueron los primeros apóstoles de Aulun. Pasó despues á Langres San Benigno, y de allí á Dijon, donde sufrió el martirio. San Andocho y San Tirso fueron arrestados y sacrificados en el lugar de Saulieu, con un mercader llamado Félix, en cuya casa se hospedaron.

El emperador Marco Aurelio no sobrevivió mucho á estos gloriosos mártires. Hallándose en la campaña de Germania, le acometió una fiebre maligna, y sucumbió á los pocos dias en el año de 180, despues de un reinado de diez y nueve años. Su hijo Cómodo, que le sucedió, no tardó mucho en hacerse despreciable y odioso por sus vicios y extravagancias; todos los historiadores le pintan como un monstruo de desenfreno y de crueldad, con particularidad hácia los senadores. Pero no persiguió á los cristianos; y se dice que esta favor se debió á una concubina llamada Marcia, que se creia aficionada á los cristianos, y tenia grande dominio sobre su amo, porque tal era su pasion por ella, que le concedió casi todos los honores de emperatriz. Como la paz de que gozaba la Iglesia, favorecia la predicacion del Evangelio, se multiplicaron diariamente las conversiones, y en Roma, sobre todo, se vió un gran número de familias distinguidas por su nacimiento ó sus riquezas, que abrazaron la fé y pedian con ansia el bautismo. Sin embargo, en muchos parages se advertia el odio popular en sus efectos al principio del nuevo reinado; y muchos años despues, hácia el año 186, un senador romano llamado Apolonio, sufrió el martirio por la fé que igualmente abrazó. Acusóle un esclavo, y compareció delante de Perennis, prefecto del pretorio, mandó este crucificar al denunciador, segun la ley de Marco Aurelio, que prohibió con pena de la vida que nadie hiciese esta clase de acusaciones; pero como las antiguas leyes establecian tambien la pena de muerte para los cristianos que no abjurasen su culto despues de ser denunciados, Perennis instó con viveza á Apolonio á que renegase, y

no habiéndolo podido conseguir, le mandó que diese cuenta al senado de su profesion de fé. Este ilustre confesor pronunció delante de los jueces una brillante apología del cristianismo; pero le costó perder la cabeza.

El Papa San Sotero, que habia sucedido á San Aniceto, murió en el año de 177, despues de haber ocupado la silla apostólica ocho años. Sucedióle San Eleuterio, que gobernó la Iglesia hasta el año de 192. Recibió al principio de su pontificado una carta de un rey de la Gran Bretaña llamado Lucio, súbdito ó aliado de los romanos, en que le manifestaba la intencion de abrazar la religion cristiana, y le pedia un ministro que le instruyese en ella. El Papa Eleuterio se apresuró á corresponder á sus instancias, y por este medio fueron convertidos los bretones, y conservaron su fé en profunda paz, hasta la persecucion de Diocleciano.

Ademas de los apologetas de que hablamos anteriormente, contaba entonces la Iglesia con muchos doctores tan ilustres por sus escritos como por sus virtudes. San Dionisio, obispo de Corinto, fué uno de los mas célebres; pero se ignoran las circunstancias de su vida: solo se sabe, que no contento con los deberes que le ligaban á su grey, extendió su celo á las demas Iglesias, dirigiendo sus instrucciones á los que las reclamaban. Eusebio refiere ocho cartas que aquel santo obispo escribió, y de que no quedan mas que fragmentos. En la que dirigió á los atenienses, los reprendia porque casi habian abandonado la práctica del Evangelio, desde que su obispo Publio habia sufrido el martirio. Daba testimonio de las virtudes de Cuadrato, sucesor de Publio, y en particular le alababa del cuidado que tuvo de reunir á los fieles dispersos, y reanimarlos en su ardor por la fé que principiaba á extinguirse. Recordábase igualmente á San Dionisio Areopagita, convertido por San Pablo, y que fué el primer obispo de Atenas. En otra, dirigida á los fieles de Goruna, en la isla de Creta, les prevenia que tuviesen cuidado de no dejarse seducir por los herejes, y elogiaba á Filipo su obispo, que se hizo célebre en el reinado de Marco Aurelio, por la excelente obra que compuso contra Marcion. Escribiendo á los romanos y al Papa Sotero para darles gracias por las limosnas que habian enviado á los fieles de Corinto, se expresaba así respecto de una instruccion pontificia que este santo Papa habia unido á ella: "Hemos celebrado hoy el santo día del domingo, y hemos leído vuestra epistola, como continuaremos haciéndolo constantemente, lo mismo que la del bienaventurado Clemente, para sacar de ellas saludables lecciones." Quisíbase de que los herejes habian corrompido sus epistolas para acreditar sus errores; en lo que se acreditada la reputacion que gozaba este santo doctor y la autoridad de sus escritos.

San Teófilo, obispo de Alejandria, habia compuesto muchas obras, ya para instruccion de los fieles, ya para combatir las here-

gias; mas no han quedado de ellas otra cosa, que los tres libros dirigidos á Autólico, sábio pagano, muy opuesto al cristianismo. El santo doctor, que tambien habia sido idólatra y se habia convertido con la lectura de los libros santos, trató de instruirle ó desvanecer sus prevenções en este escrito, donde establece los principios de la religion y hace ver la extravagancia del paganismo. En el primer libro responde á las preguntas que Autólico le hizo tocante á la naturaleza de Dios, y manifiesta cómo con el auxilio de la fé y un corazon puro, se puede llegar al conocimiento de Dios, sin mas que considerar sus obras.

«Como el alma del hombre es invisible, y se deja comprender por el movimiento del cuerpo; así, dice el santo Padre, no podemos nosotros ver á Dios con nuestros ojos; pero le conocemos por los efectos de su poder. ¿Por qué nos hemos de negar á creer lo que no vemos? Claro es que en todas cosas hay que principiar por creer. ¿Qué ségaria el labrador, si no confiase sus granos á la tierra? ¿Quién se atrevería á recorrer los mares si no confiase en la habilidad del piloto? ¿Qué arte, qué ciencia se aprende, si no se principia por creer en el maestro que la enseña?» En el segundo libro refuta las opiniones de los poetas y filósofos sobre los dioses del paganismo, explica en seguida la creacion del mundo, y hace notar, como resto y prueba de la primitiva creencia en este artículo, la conformidad de todas las naciones en contar la semana como los judíos. Hablando con distincion de las divinas personas, usa la voz de Trinidad, y es la primera vez que se lee esta expresion para designar el misterio de este nombre. En el tercer libro refuta eloquentemente las calumnias de los paganos, y despues de haber demostrado que los libros de sus poetas, historiadores y filósofos contienen infinidad de cosas contrarias á la razon y á las buenas costumbres, expone la sublime moral de los libros santos, y hace ver por la conducta y las virtudes de los cristianos, por el ódio que manifiestan á los espectáculos sangrientos ó infames, autorizados por el paganismo, cuán distantes están de los crímenes que se les imputan. Ultimamente refiere cronológicamente todos los sucesos notables ocurridos desde el principio del mundo hasta la muerte de Marco Aurelio, y prueba con el testimonio de los mismos autores profanos la antigüedad de Moisés y la autenticidad de sus escritos. Fué este santo doctor electo obispo de Antioquia en el año 168, y ocupó esta silla hasta el de 181 ó 182.

San Ireneo, que entonces gobernaba la Iglesia de León (de Francia), habia nacido en el año de 120 ó poco antes. Desde su tierna edad fué entregado á la direccion de San Policarpo, obispo de Smirna, y en tan santa escuela adquirió aquella profunda ciencia de la religion y el celo ardiente por la fé, que le hicieron en adelante el terror de los hereges. Tambien fué discípulo de San Papias, y ademas de las lecciones que recibió de estos hombres apos-

tólicos, cultivó su ingenio leyendo autores profanos para poder combatir á los paganos con sus propias armas, y confundir mas fácilmente á los sectarios, patentizando el origen de sus errores en los diferentes sistemas de la filosofia. Enviado á las Galias con otros varios discípulos de San Policarpo, le ordenó de sacerdote San Potino, á quien sucedió en el obispado que duró treinta años, sin cesar en todo este tiempo de desplegar tanto celo y lograr tanto fruto de su predicacion, que casi toda aquella ciudad se convirtió al cristianismo. Procuraban diferentes sectas de los gnósticos esparcir sus errores por las Galias, donde los sectarios de Marcos sobre todo habian llegado á seducir cierto número de mugeres. San Ireneo, pues, creyó que debia aplicarse particularmente á precaver á los fieles de los sacrificios de aquellos novadores. Despues de haberse instruido á fondo en sus doctrinas, ya confereñciando con ellos, ya leyendo sus escritos, emprendió refutarlos en una excelente obra que escribió en griego, y de que nos queda una version latina con algunos fragmentos del original.

En el primer libro comienza San Ireneo exponiendo los desvarios de los valentinianos, y forma la historia de todas las heregias que se habian levantado sucesivamente desde Simon el Mago hasta el tiempo en que escribia. Opono á las perpetuas variatas de todas las sectas la uniformidad siempre inmutable de la fé católica, de la cual hace una sucinta exposicion, refiriendo casi todos los artículos del símbolo de los apóstoles, y añade que en todas partes convienen los cristianos en esta fé, y que las Iglesias que hay en las Germanias, entre los celtas, en España, en Oriente, en el Egipto, en Africa, todas tienen la misma creencia y las mismas tradiciones. En el segundo libro empieza á refutar las invenciones extravagantes de los gnósticos, explayando las ideas que la misma razon nos da de la naturaleza de Dios y de sus infinitas perfecciones, á fin de manifestar que todo lo que existe ha sido criado por su poder, y que es absurdo suponer fuera de él seres independientes que hubiesen hecho el mundo sin su conocimiento. Se dedica á hacer resaltar las contradicciones de los principios de dichos sectarios, á probar que han tomado sus errores de las fábulas de los poetas ó de los sistemas de los filósofos; aunque con diferentes expresiones, é impugna la supersticion que les hacia encontrar misterio en los números y en las letras del alfabeto. Como los hereges explicaban á su antojo las parábolas y otros pasages del Evangelio, San Ireneo establece ciertas reglas para la inteligencia de la Escritura, é insiste principalmente en la necesidad de explicarle siempre conforme á la tradicion. Hace ver en seguida lo que se debe juzgar de los supuestos milagros de que se vanagloriaban, y dice: «Los discípulos de Simon, de Menandro y los otros sectarios, no pueden restituir la vista á los ciegos, el oído á los sordos, ni curar á los enfermos, á los cojos y á los paralticos, ni mucho menos resucitar á un muerto,

apuesto que ni aun creen posible la resurreccion. Se dirigen á mugeres ó á niños, y no hacen mas que engañar la vista con apariencias que duran un momento, cuando los discípulos verdaderos de Jesucristo obran milagros en su nombre para utilidad de los hombres, unos arrojando á los demonios ó prediciendo lo porvenir, otros sanando á los enfermos por la imposición de las manos, y hasta han resucitado algunos muertos que han vivido años entre nosotros.

Después de haber destruido así los fundamentos en que los hereges apoyaban sus errores, San Ireneo los combate en el libro tercero con la autoridad de la Escritura y de la tradicion. Los mas suponian que los apóstolos solo habian conocido imperfectamente la verdad, y la habian alterado con una mezcla de judaismo; por otra parte se pretaban de haber recibido ellos su doctrina por tradiciones secretas que Jesucristo habia comunicado á algunos discípulos suyos mas inteligentes; pues el santo doctor asienta lo primero que los apóstolos no escribieron ni predicaron hasta haber sido instruidos plenamente por el Espíritu Santo, y muestra cuán absurdo es suponer que Jesucristo confiase su verdadera doctrina á otros que á los que habia encargado, especialmente de propagarla y de anunciar el Evangelio en todo el universo. Hace ver tambien que los apóstolos no reservaron el conocimiento de esta doctrina para algunos discípulos privilegiados, y que sobre todo, debieron comunicar la á los pastores que elegian para sucederles y para gobernar las Iglesias despues de ellos; de modo que la enseñanza unánime y constante de las Iglesias fundadas por los apóstoles, debe ser el mejor medio de conocer ciertamente lo que ellos han enseñado. "Pues ya se sabe, dice, los que los apóstoles eligieron para obispos, y podemos contar sus sucesores hasta nosotros; todos concuerdan en una misma fe que no tiene nada de común con la de los hereges. Pero como seria demasiado largo referir las sucesiones de todas las Iglesias, nos contentaremos con señalar la tradicion de la Iglesia mas grande y mas antigua, la que fué fundada en Roma por los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo, y es conocida de todo el mundo. Por esta tradicion que recibió de los apóstoles, por esta fe que publica por todas partes, y que la sucesion de sus obispos nos ha transmitido, confundimos á todos los que establecen nuevas sectas y predicen nuevas doctrinas; porque con esta Iglesia deben unirse y concordar todas las demas á causa de su autoridad y supremacia." San Ireneo enumera despues los obispos que han gobernado la Iglesia romana desde San Pedro hasta el Papa Eleuterio que ocupaba entónces la cátedra apostólica. Invoca igualmente contra los hereges la autoridad de San Policarpo, discípulo de los apóstoles; y para manifestar que la tradicion puede bastar para conocer la verdadera doctrina, añade que algunos pueblos bárbaros creen en Jesucristo sin el auxilio de las Escrituras, teniendo la doctrina de la

salvacion escrita en su corazon por el Espíritu Santo, y conservando cuidadosamente la tradicion antigua. Demuestra despues que todos los hereges pueden ser convencidos de innovacion, y confirma con la Escritura la fe de la Iglesia sobre la unidad de un Dios criador de todas las cosas, sobre la divinidad de Jesucristo, sobre la realidad de la Encarnacion y sobre los demas puntos negados por los gnósticos.

En el cuarto libro continúa probando la unidad de Dios, y demuestra en particular, que el mismo Dios es el autor del antiguo y nuevo Testamento. Enseña en varios parages el libre albedrio del hombre, y hace ver que la causa del mal se halla en el abuso de la libertad. Se expresa del modo mas formal sobre el sacrificio de la nueva ley, y nos da pruebas incontestables de la antigua creencia y de la tradicion apostólica, tocante á la presencia real del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristia, porque se apoya en esta misma creencia para refutar á los gnósticos. "¿Cómo se han de persuadir, dice, á que el pan es el cuerpo del Señor, y el cáliz su sangre, si no reconocen que es el Hijo y el Verbo del Creador? ¿Y cómo afirman que una carne alimentada con el cuerpo y la sangre del Señor permanece en la corrupcion y no recobra la vida?" Finalmente, en el libro quinto prueba San Ireneo, con la Escritura, el dogma del pecado original y de la redencion; trata de la resurreccion de los cuerpos, del Anticristo, del juicio final; y se vale tambien de la fe de los cristianos sobre la Encarnacion, para asentar la realidad de la Encarnacion. Pero la aversion que tenia á las explicaciones alegóricas, usadas por los hereges, hizo que tomara demasiado á la letra algunas expresiones de los profetas ó del Apocalipsis, acerca de la felicidad de los justos en esta vida; y enseña como San Papias y San Justino, el error de los milenarios, que no habia sido condenado aún expresamente por la Iglesia.

San Ireneo habia compuesto otras varias obras que no poseemos; entre otras, dos tratados intitulados, uno de la *Monarquía*, y otro de la *Ogdoade*, contra Florino, presbítero de la Iglesia romana, que habia abrazado los errores de los gnósticos, y que hacia autor del mal á Dios; y una carta intitulada *Del mismo* contra Biseto, otro presbítero de la misma Iglesia, que habia adoptado, en parte, los errores de Valentín, y que queria ademas, como los montanistas, obligar á todos los fieles á celebrar la Pascua el día catorce de la luna. Esta cuestion fué tambien motivo para que San Ireneo escribiese una carta al Papa Victor, como diremos mas adelante. Terminó este ilustre doctor su vida con el martirio durante la persecucion de Severo.

Por el mismo tiempo hubo tambien algunos otros escritores católicos, cuyas obras no han llegado hasta nuestros dias. Musano escribió hácia el fin del reinado de Marco Aurelio, un excelente tratado contra la heregia de los encratitas, que acababa de nacer.

Rhodon, que habia estudiado en Roma con Taciano, todavía católico, es decir, hacia el año 170, refutó los errores de Marcion y de sus discípulos. Modesto escribió contra los mismos una obra, de que Eusebio hace los mayores elogios. Máximo habia tratado la famosa cuestion del origen del mal, y probado el dogma de la creacion, demostrando que la materia no puede ser eterna. Cándido y Apion compusieron tratados sobre la obra de los seis dias. Sexto escribió sobre la resurreccion. En fin, un poco mas adelante, San Serapion, que fué obispo de Antioquia desde el año 190, hasta el 219, manifestó su celo y sus luces en varias cartas á favor de la fé católica. Ya hemos hablado de la que escribió contra los monajistas: en tiempo de San Gefonimo existian aun otras varias sobre diferentes asuntos, y Eusebio hace mencion de un fragmento de un tratado que habia enviado este santo obispo á la Iglesia de Rhosso, en Cithicia, con motivo de un Evangelio atribuido falsamente á San Pedro, y que contenia algunos errores de los docetes, probablemente autores de aquel Evangelio apócrifo.

También en los primeros años del reinado de Cómodo, empezó á brillar la escuela cristiana de Alejandria con aquel vivo resplandor que le dió tanta celebridad. Fundada esta escuela desde el tiempo de San Márcos, se habia destinado á la instruccion de los catecúmenos, para disponerlos á recibir el bautismo; pero creciendo al punto su importancia, gracias al mérito y al celo de los hábiles maestros llamados á dirigirlos, se hizo una especie de academia religiosa, de donde salieron sucesivamente un gran número de santos obispos y de ilustres doctores, que sirvieron igualmente á la Iglesia con sus virtudes y su instruccion. Hacia mucho tiempo que la ciudad de Alejandria era como el centro de las ciencias, y particularmente de la filosofía: el museo que los Tolomeos habian fundado, y conservado los emperadores romanos, ofrecia recursos de toda clase á los estudios profanos, y los diferentes maestros escogidos para dar lecciones, no perdonaban ningun medio para mantener la instruccion en el estado de crédito y gloria que debia á los afanes y vigilias de los sabios que la habian ilustrado por algunos siglos. Por otra parte, los judíos que eran muchos en aquella ciudad, habian tenido tambien doctores de un mérito eminente, y sin duda los escritos del célebre Filon habian formado algunos discípulos capaces de sucederle y de perpetuar su enseñanza. Finalmente, se ha visto que Basíldes, Carpócrates, Valentin y otros herejes habian enseñado sus errores en Alejandria, y las escuelas que habian fundado, subsistieron mucho tiempo á pesar de las desavenencias que tuvieron entre sí. En medio de tales circunstancias, no se limitó el celo de los doctores católicos á la instruccion común y ordinaria de los simples fieles, sino que juzgaron importante establecer tambien una escuela particular y una enseñanza mas elevada para los que quisiesen estudiar las santas Escrituras con profundi-

dad y enfrente de las escuelas enemigas de la fé: despues de exponer y explicar la doctrina cristiana, se aplicaron á defenderla y á combatir con sus discursos y escritos los errores propugados por la enseñanza pública de los hereges y de los paganos.

Algunos autores han creido que Atenágoras, de quien nos queda una apología de los cristianos, habia dirigido la escuela de Alejandria bajo el imperio de Marco Aurelio: aunque este hecho no sea absolutamente cierto, parece bastante verosímil. Pero el jefe de dicha escuela era San Pantenes desde el año 179, lo mas tarde. Era éste originario de Sicilia, y habia abrazado la filosofía estoica antes de ser cristiano. Fué instruido en las divinas Escrituras por algunos discípulos de los apóstoles, y habiendo sido llamado por su mérito á dirigir la escuela de Alejandria, unió al estudio de la religion el de las ciencias profanas, y quiso conocer los escritos de los filósofos y de los hereges, á fin de impugnarlos mejor. En diez años que estuvo al frente de aquella escuela, tuvo varios discípulos célebres, entre otros, Cleumente de Alejandria que le sucedió, y San Alejandro, que luego fué obispo de Jerusalem. La fama de San Pantenes se extendió hasta las Indias. Los pueblos de aquellos países á quienes el comercio atraía á Alejandria, le rogaron que fuese á instruirlos, y el obispo Demetrio le envió á predicarles la fé hacia el año 190. Se ignoran las circunstancias de sus peregrinaciones á los países donde introdujo el Evangelio: solo se sabe que encontró algunos cristianos antiguos en las Indias, y que tenian en sus manos un Evangelio de San Mateo escrito en hebreo y dejado por el apóstol San Bartolomé en aquella provincia. Cuando San Pantenes volvió á Egipto, se le trujo consigo. Despues de su regreso á Alejandria, continuó siendo útil á la Iglesia con las lecciones que daba en particular á los que la fama de su saber atraía. Muró en el reinado de Caracalla, y dejó algunos comentarios sobre la Escritura, que no han llegado á nosotros.

Clemente de Alejandria que reemplazó á San Pantenes cuando este partió para las Indias, habia estudiado como él la filosofía pagana antes de abrazar el cristianismo. Era de Atenas, según algunos autores; otros le hacen originario de Alejandria por el sobrenombre que se le da comunemente. Luego que fué cristiano, no pensó ya sino en hacerse tan hábil en la doctrina de la salvacion como lo era en las otras ciencias. Con este objeto recorrió la Grecia, la Italia, la Palestina y el Oriente, para conferenciar con los doctores mas célebres, y aprender de ellos la ciencia de la Iglesia y de la tradicion. Por fin, se agregó á San Pantenes, y no tardó en ser ascendido al sacerdocio en la Iglesia de Alejandria: despues fué elegido por Demetrio, obispo de esta ciudad, para presidir la escuela de los catecúmenos. Entre los muchos discípulos que su reputacion le atrajo, debe notarse especialmente al célebre Orígenes que fué su sucesor. Clemente quedó encargado de la escuela de Alejandria hasta

el año 202; pero entonces se vió obligado á dejarla y huir, para librarse de la persecucion que era entonces violentísima en aquella ciudad. Como el estaba expuesto con particularidad, porque su mérito y su empleo le señalaban tiempo habia el ódio de los paganos, creyó que la prudencia no le permitia arrostrar sin motivo un peligro manifesto, temiendo, sobre todo, que una temeridad inoportuna autorizase las máximas de los hereges, que imponian como un deber el buscar la persecucion. Retiróse á Capadocia, y se encargó de una Iglesia cuyo obispo estaba preso por la fé. Este obispo era San Alejandro, que habia sido discípulo suyo, y que mas adelante fué llamado á gobernar la Iglesia de Jerusalem. Clemente fortaleció á los fieles, y aumentó el número de ellos con sus instrucciones, segun sabemos por los fragmentos de una carta, en que San Alejandro le tributaba este homenaje, elogiando su virtud. Se ignora la época precisa de su muerte, que ocurrió hácia el año 215 ó 217. Casi todos los autores le han dado el título de santo, refiriéndose á la autoridad de algunos martirologios antiguos; pero Benedicto XIV mandó suprimir su nombre en el martirologio romano.

Clemente de Alejandría habia compuesto algunas obras de que se han perdido varias; pero nos queda la Exhortacion á los gentiles, el Pedagogo, los Estromas y un tratado cuyo título es: *¿Qué rico se salvará?* El objeto de la exhortacion á los gentiles es persuadir á los paganos á que dejen sus supersticiones para abrazar la fé. Despues de mostrar el origen de la idolatría, la extravagancia de las ficciones mitológicas y la infamia de los misterios que eran su consecuencia; Clemente prueba la unidad de Dios con el testimonio de los filósofos, y sobre todo con la autoridad de los libros santos, y despues insta vivamente á los paganos á que se adhieran á la doctrina de Jesucristo, exponiéndoles brevemente los motivos que deben determinarlos á ello, esto es, la rapidez con que el Evangelio se ha extendido por todo el universo, la excelencia de las máximas que Jesucristo ha enseñado, el esplendor de sus milagros y la gloria eterna que destina á los que le sean fieles.

El Pedagogo es un compendio de la moral cristiana, compuesto principalmente para los catecúmenos y dividido en tres libros. En el primero explica el autor lo que entiende por maestro ó pedagogo, y muestra que no conviene propiamente mas que al Verbo encarnado, que instruye á los hombres con sus lecciones así como con sus ejemplos, y que los sana con su poder perdonándoles los pecados cuando son culpables. Haseo ver que este divino Maestro ha guiado é ilustrado á los hombres en todos tiempos; aunque por medios diversos; lo que explica muy latamente para combatir á los hereges que desechaban el antiguo Testamento. En el segundo y tercero libros, descendiendo á las circunstancias de las acciones humanas para trazar las reglas de ellas y exponer los deberes de la templanza, de la modestia y de las otras virtudes cristianas. Manifiesta lo que

debe observarse ó evitarse en las comidas, en las conversaciones, en el vestir, en los recreos, en el sueño y en las otras circunstancias de la vida. Recomienda la mayor sobriedad en el alimento, que debe graduarse, no por el placer, sino por la necesidad, y aunque permite el uso del vino, condenado por algunos hereges, le prohibe sin embargo, á los jóvenes como incompatible con el fuego de su edad. Prohibe el lujo en los muebles y en los trages, vituperando el uso de los perfumes y de las guirnaldas de flores, y destierra de los banquetes los discursos frívolos, las chanzas indecentes, las canciones profanas y sobre todo las palabras que ofendan el pudor ó la castidad. Trata con extension de todo lo que mira á la caridad, y demostrando en seguida que la verdadera belleza consiste en los adornos de la virtud, condena severamente las galas inútiles y mucho mas las que se resienten de molición y voluptuosidad. Por último, clama con fuerza contra el abuso de las riquezas, contra los juegos de azar, contra los espectáculos del circo y del teatro, y despues de dar algunas reglas sobre el porte que se ha de tener en la iglesia ó al ir á ella, completa su instruccion con una coleccion de máximas sacadas de la Escritura sobre los deberes de la vida cristiana.

Los Estromas ó tapicerías son llamados así, como lo dice el mismo Clemente, porque es un tejido de la filosofía cristiana, donde el autor pasa de una materia á otra, y trata una multitud de asuntos diversos sin seguir ningún orden. Los habia compuesto así de intento para no descubrir claramente los misterios del cristianismo á la curiosidad de los lectores profanos. Esta obra se divide en ocho libros. El objeto principal del primero es manifestar la utilidad de la filosofía, y probar la antigüedad de la doctrina de los hebreos con una exposicion de toda la cronología y con investigaciones sobre el origen de las ciencias y de las artes entre los paganos. En el libro segundo asienta Clemente la necesidad y las ventajas de la fé, explica los efectos de la penitencia, y trata despues del matrimonio sobre el cual vuelve á hablar en el libro tercero, para combatir los errores de los hereges; algunos de éstos lo condenaban absolutamente, mientras que otros admitian la comunidad de mugeres, y no se avergonzaban de las acciones mas indecentes. En el cuarto libro patentiza la excelencia del martirio y explica el precepto del amor de Dios y del prójimo. En el quinto expone los caracteres de la fé, y despues de probar la imposibilidad de comprender la naturaleza divina, demuestra que de los libros de los hebreos ó de entre los bárbaros, es donde los griegos sacaron casi todas las verdades que se encuentran en las obras de sus poetas ó de sus filósofos. En el sexto y en el séptimo expone principalmente las reglas de la verdadera sabiduría, y se dedica á dar á conocer la perfeccion de las virtudes cristianas, de las cuales dice que su Pedagogo no contiene mas que los primeros elementos. Por últi-

demas, afirma que aquel filósofo habia sacado una parte de su doctrina de los libros de los hebreos; pero que al apropiarse sus dogmas, los habia alterado por no comprendellos ó por aparentar que enseñaba algo de su invencion. Por su parte hace profesion de conformarse con la tradicion, y de reproducir las lecciones de los maestros que le habian instruido en la doctrina de los apóstoles; lo que manifiesta que la filosofia adoptada por estos doctores cristianos, tenia su regla necesaria en la autoridad de la revelacion y en la enseñanza de la Iglesia: que no era la eleccion de una doctrina hecha por cada uno segun sus luces; y que si han discurrido sistemas poco conformes á la fé cristiana, es por no haber sido fieles á su propio principio. Volveremos á hablar mas adelante de la escuela pagana de Alejandria, de donde salieron una multitud de sofistas, que se señalaron entre los enemigos mas peligrosos y encarnizados que el cristianismo tuvo que combatir en los primeros siglos.

Mientras que tantos doctores católicos explicaban ó defendian la doctrina de la Iglesia; los hereges no cesaban de combatirla, y en el reinado de Cómodo se ven nacer varias sectas nuevas, cuyos errores tenian mas ó menos conexión con la filosofia pagana ó con las heregias ya existentes. Hermógenes enseñó que la materia era eterna, y que Dios no la habia sacado de la nada, sino que la habia dispuesto al criar el mundo; de modo que todas las imperfecciones de las criaturas y el mal que es su consecuencia, debian atribuirse á la naturaleza viciosa y rebelde de los elementos creados de que Dios habia tenido que valerse, porque esta cuestion del origen del mal y la presuncion de explicarla, daban casi siempre margen á las heregias de los primeros tiempos. Las mismas almas, segun Hermógenes, eran materiales, así como los demonios, y debian disolverse un dia para volver al seno de la materia primera. Como los elementos de que se han formado los astros, son lo mas perfecto que hay en la materia, suponía, tambien que el cuerpo de Jesucristo habia sido sacado del sol, y que habia vuelto á él despues de la Ascension. Este herejia era pintor y filósofo, y habia tomado sus errores de la secta de los estoicos. Parece que habia empezado á propargarlos á la conclusion del reinado de Marco Aurelio; porque se cree que San Teófilo de Antioquia le habia refutado en un libro que no existe. Aun estaba dogmatizando en Africa despues del año 200, cuando Tertiliano escribió contra él. Tambien hubo en Galacia un Seleuco y un Hermias que enseñaron errores análogos, afirmando igualmente, que la materia era eterna como Dios; que las almas de los hombres eran formadas de elementos terrenos; y que el cuerpo de Jesucristo estaba en el sol. Créian ademas, que el mismo Dios era corporal: que las almas habian sido criadas por los ángeles; y que no hay otro infierno que este mundo, ni otra resurreccion que la generacion ordinaria. Des-

echaban el bautismo de agua, esperando un bautismo de fuego y de aje sutil que debia purificar ó sustituir á los elementos corrompidos de que se componian las almas.

La secta de los teodocianos comenzó algun tiempo despues de la de Hermógenes, y tuvo por gefe á Teodoto, de Bizanzo, de oficio simple curtidor; pero muy instruido en las bellas letras y en la filosofia. Habiendo sido preso de orden del gobernador, con otros varios cristianos que padecieron el martirio, apóstato y fuyó á Roma, donde esperaba ocultar su falta. Pero no tardó en saberse; y como no pudo soportar la confusion y las acusaciones que le atrajo; discurrió sostener, para justificarse, que no habia renegado sino de un simple hombre, suponiendo con los cenitianos y los ebionitas, que Jesucristo no era superior á la humanidad mas que en la mayor santidad y virtud. Por el mismo tiempo enseñó tambien en Roma este error un tal Artemas ó Artemon, que formó una secta particular denominada de los artemonitas. Todos los que adoptaron esta doctrina impia; recibieron en general el nombre de *aloges*, como que desnaturalan el Verbo y al mismo tiempo el Evangelio de San Juan, donde se prueba claramente la divinidad del Verbo. Teodoto de Bizanzo fué excomulgado por el Papa Victor, como tambien Artemas; pero no por eso dejaron sus discípulos de sostener con una osadia inconcebible, que todos los antiguos y aun los apóstoles, habian enseñado la doctrina de dichos herejias: que se habia conservado hasta el tiempo del Papa Victor, el decimotercero de los soberanos Pontífices despues de San Pedro; y que Zelfirino, sucesor de aquel, era el primero que habia hecho innovacion en este punto, y alterado la verdad. Esta ridicula aseracion de los artemonitas y de los teodocianos se refiere en los fragmentos que Eusebio ha citado de un autor antiguo que habia escrito contra ellos, y que se cree sea Cayo, presbítero de Roma, muy célebre al principio del siglo III. "Lo que dicen, añade este autor, podria ser creíble si no estuviesen en contra de su dicho las divinas Escrituras y las obras de varios escritores católicos anteriores á Victor; tales como Justino, Milcíades, Taciano, Clemente y otros muchos, todos los cuales enseñan expresamente la divinidad de Jesucristo. ¿Quién no tiene tambien noticia de los libros de Ireneo, de Melitón y de los demas que asientan que Jesucristo es Dios y hombre todo á un tiempo? ¿Cuántos himnos y cánticos tenemos compuestos desde el principio por los fieles, en donde se canta que Jesucristo es el Verbo de Dios y Dios tambien! Supuesto que la doctrina de la Iglesia se ha enseñado así públicamente tantos años hace, ¿cómo puede sostenerse que se predicó hasta el tiempo de Victor lo que suponen estos hereges? ¿Cómo no se avergüenzan de profirir semejante calumnia contra el mismo Victor, sabiendo que este Pontífice excomulgó á Teodoto el curtidor, autor y gefe de aquella secta de apóstatas que niegan la divinidad de Jesucristo? Si Victor admitiese su im-

piedad, como se atrevan á decirlo, ¿por qué echó de la Iglesia á Teodoto que introducía dicha heregía?" Esto debe entenderse en el sentido de que Teodoto fué el primero que la introdujo en Roma.

El mismo autor añadia, hablando de estos hereges: "Han tenido la audaz temeridad de alterar las santas Escrituras, y han desechado al mismo tiempo la regla de la antigua fé. Por último, desconocen al mismo Jesucristo, y despreciando lo que dicen los libros santos, no piensan más que en estudiar á Euclides, á Aristóteles, á Teofrasto ó á Galeno. Aficionándose á una dialéctica frívola, y queriendo decidirlo todo por silogismos, se valen del arte de los paganos para probar sus opiniones, y de la sutileza de los impíos para corromper la sencillez de las Escrituras, so pretexto de corregirlas. Todo el mundo puede fácilmente convencerlos de esto, y basta cotejar sus ejemplares para ver la diferencia. Los de Asclepiodoto no concuerdan con los de Teodoto, y es fácil hacerse con copias de ellos, porque los discípulos de uno y otro, han tenido cuidado de sacantas en gran número, para proporcionarse las supuestas correcciones de sus maestros. Los ejemplares de Hermófilo no están conformes con los de que acabo de hablar, y los de Apolonio no están de acuerdo ni aun entre sí, porque las primeras copias que publicó son muy diferentes de las últimas. Es imposible que no conozcan ellos mismos cuán criminal es su temeridad. En efecto, ó no tienen fé si no creen que el Espíritu Santo dictó las santas Escrituras; ó se parecen al demonio si se tienen por mas hábiles que el Espíritu Santo. No pueden negar que estas alteraciones provienen de ellos, pues que los ejemplares en que se hallan están escritos de su propio puño, y no pueden manifestar ningún ejemplar mas antiguo de donde hayan sacado aquellas copias, porque no han recibido así las Escrituras de mano de los que les dieron las primeras instrucciones. Algunos de entre ellos ni aun han querido tomarse el trabajo de alterar las Escrituras; sino que pasando de pronto al último grado de ceguedad, han desechado absolutamente la ley y los profetas, so pretexto que debía bastar la gracia del Evangelio."

Por este pasaje se ve cuáles fueron los principales discípulos de Teodoto el curtidor. El mas célebre fué otro Teodoto, por sobre nombre el banquero ó el cambiante. Enseñaba igualmente que Jesucristo no era mas que un simple hombre, aunque concebido por obra del Espíritu Santo; y le hacia ademas inferior á Melquisedech, afirmando que éste era un ángel ó una virtud celestial, porque está escrito de él que no tiene padre, ni madre, ni genealogía. Añadia que Melquisedech era el interesor y el mediador de los ángeles, como Jesucristo lo era de los hombres; de modo que el primero era superior por la dignidad de su ministerio, tanto como por la excelencia de su naturaleza. Este error particular hizo dar el nombre de melquisedecianos á los sectarios de Teodoto el banquero. Parece, segun el testimonio de San Gerónimo, que Orige-

nes y algunos discípulos suyos creían tambien contra el sentir comun de la Iglesia, que Melquisedech era un ángel y no un hombre; pero estaban lejos de hacerlo superior á Jesucristo.

Refiérese tambien hacia el fin del segundo siglo, y con corta diferencia cuando empezó la secta de los melquisedecianos, el origen de otra heregía cuyo autor fué un tal Praxeas, de quien hablaremos mas adelante con motivo del libro que Tertuliano escribió contra él. Negaba la distincion de las personas divinas, y enseñaba que el Padre era el que habia tomado cuerpo en el seno de la Virgen; de modo que fué el precursor de Sabelio, que renovó esta heregía á mediados del siglo tercero. (1)

El Papa San Victor, que condenó los errores de los Teodocianos, habia sucedido á San Eleuterio el año 192. Lo que hizo célebre su pontificado fué la disputa que se suscitó, y los concilios que se congregaron en diversos parages con motivo de la Pascua. Ya se ha visto antes que las Iglesias del Asia menor, celebraban esta fiesta el dia catorce de la luna del primer mes, mientras que las demas Iglesias, y particularmente la de Roma, diferian la celebracion hasta el domingo siguiente al dia catorce, observando en esto el uso que habian recibido de los apóstoles. Despues de haber conferenciado San Policarpo y San Aniceto sobre este punto de disciplina, y no habiendo podido concordar, convinieron en que cada Iglesia guardase su costumbre. Parece solamente que San Sotero y San Eleuterio obligaron á los asiáticos que iban á Roma durante la Pascua, á seguir el uso de esta Iglesia, segun la regla general de conformarse en materia de disciplina con la costumbre de los lugares donde uno se encuentra. Pero como los montanistas, no contentos con seguir la práctica del Asia, querian hacerla obligatoria por la autoridad de su Paráclito, se ventilo de nuevo la cuestion bajo el pontificado de Victor, que tenia nuevas razones para no guardar los mismos miramientos que sus predecesores; porque Blesio, presbítero de la Iglesia romana, que habia promovido un cisma y seducido á algunas personas, defendia, entre otros errores, que no se podia celebrar la Pascua otro dia que el decimoquinto de la luna; de manera que haciéndose peligrosa la disidencia, parecia que ya no debía tolerarse.

(1) Debemos mencionar aqui dos versiones griegas de la Biblia, que aparecieron en el reino de Comágo. La primera fué la de Simmaco, sumariano de nacion y de religion, y que se hizo despues judío, abrazando luego la secta de los ebionitas para la cual hizo probablemente su version; porque los ebionitas recibieron á veces el nombre de aquel. No concuerdan los autores acerca del año en que se publicó dicha Biblia. La segunda fué la de Teodolion, natural de Efezo, que despues de haber sido discípulo de Taciano, se hizo marcionita y luego abrazó el judaismo; publicóse hacia el año 135. San Ireneo acusa á Teodolion de haber debilitado algunas profecias relativas á Jesucristo. No quedan sino algunos fragmentos de estas dos versiones.

El Papa congregó un concilio en Roma por el año 196 para tratar de este asunto, y escribió al mismo tiempo á los principales obispos de Oriente, convidándolos á reunir á los de su provincia. Ensebio trae un fragmento de la carta sinodal que se compuso en el concilio de la Palestina, donde presidian San Zefirio de Cesarea y San Narciso de Jerusalem, y al que asistieron algunos obispos de Siria. Después de apoyar sólidamente la costumbre de celebrar la Pascua el domingo, conforme á la tradicion que decian haber recibido de los apóstoles, los obispos concluan así su carta dirigiéndose al Papa: "Os pedimos que enviéis copias de nuestra carta á todas las Iglesias, no sea que se nos impute la culpa de los que se arredan temerariamente en el error, os hacemos saber tambien que la Iglesia de Alejandria celebra la Pascua el mismo dia, que nosotros." Ensebio cita tambien los concilios de la Grecia, de las Galias, del Ponto y de la Mesopotamia, todos los cuales de comun acuerdo pronunciaron un fallo semejante, y decidieron que la Pascua no debia celebrarse sino el domingo.

Policrato, obispo de Efezo, reunió tambien á los obispos del Asia conforme á la exhortacion del Papa; pero no concordaron con la decision general, y Policrato escribió una carta al Papa, en la que declara que á pesar de todas las amenazas, está resuelto á no mudar de parecer. Ensebio cita primero la tradicion de su Iglesia que refiere á San Policarpo, á San Felipe el diácono y hasta San Juan evangelista, y añade despues: "Yo, que sirvo al Señor, hace sesenta y cinco años, que he estado en comunicacion con los hermanos de todas las partes del mundo, y que he estudiado cuidadosamente la Santa Escritura, no me asusto de las amenazas que se nos hacen, porque he aprendido que era menester obedecer á Dios antes que á los hombres." Podria poner aquí los nombres de los obispos que he congregado conforme á vuestras órdenes: os admirarais de su número, pues todos han aprobado esta carta, sabiendo que no en vano llevo estas canas, y que me he conducido siempre segun Jesucristo."

Policrato olvidaba al parecer que la costumbre de los asiáticos, fundada en una condescendencia que habia tenido sus motivos como la tolerancia de algunas otras prácticas legales, no podia considerarse como una regla permanente; que si algunos hombres apostólicos la habian observado por miramiento á los judíos, que eran muchos en el Asia menor, no lo habian hecho leyes y que no existiendo ya las mismas causas, era por el contrario justo que una sola provincia no se resistiese por más tiempo á conformarse con el uso general de la Iglesia sobre un punto de tanta importancia. Así el Papa Victor, viendo esta obstinacion, y temiendo sin duda que previniese de un error contra la fé, creyó que no debia tolerar mas este apego inexplicable de los asiáticos á su costumbre particular. Manifestó intencion de separarlos de la comunión de la Iglesia, y

aun creen algunos autores que en efecto los excomulgó. Pero no todos los obispos miraron como oportuna esta severidad. Algunos escribieron al Papa exhortándole á que no excomulgara Iglesias enteras por simples cuestiones de disciplina. De ellos fué San Ireneo, y nos quedan aún fragmentos de su carta. Aunque no aprobaba la costumbre de los asiáticos, hizo notar sin embargo que esta diversidad duraba hacia mucho tiempo sin haberse alterado la paz, y recordó lo que habia pasado entre San Policarpo y San Aniceto. Añadió que la diferencia de las costumbres recien tambien sobre el ayuno, creyendo unos que no debian ayunar sino un dia, otros dos ó mas, y que sin embargo de estas prácticas diversas, no se habia roto la unidad. San Ireneo habla aquí únicamente de los ayunos de la semana santa, que eran los mas rigorosos de todos, de modo que se pasaba un dia ó mas sin tomar ningun alimento. Se cree que esta carta al Papa Victor, es la sinodal del concilio de las Galias, celebrado con este motivo por San Ireneo; tambien escribió á varios obispos sobre esta cuestion, exhortándolos á mantener la paz. Estas representaciones determinaron sin duda al Papa á no recientar sus amenazas, ó á suspender el efecto de su excomunion si ya estaba decretada, porque parece cierto, segun testimonios antiguos, que no se rompió la unidad por esta diversidad de costumbres, que subsistió en algunas Iglesias de Oriente hasta el concilio de Nicea. El Papa San Victor murió el año de 202: sucedióle San Zefirino.

El emperador Cómodo, despues de reinar doce años y nueve meses, fué muerto el último dia del 192 por algunos oficiales de su palacio, á quienes habia resuelto quitar la vida al dia siguiente: instruidos del intento de aquel príncipe por haber caído en sus manos una lista de proscriptos en que estaban sus nombres con el de Marcia su concubina, se anticiparon al emperador y le dieron veneno ó hicieron que un atleta le ahogase en el baño. Fué elevado al trono Helvio Pertinax, anciano venerable que habia pasado por todos los empleos; mas de allí á tres meses le asesinaron los soldados pretorianos, cuyos desórdenes queria reprimir. Despues de su muerte, éstos sacaron el imperio á subasta, y habiéndolos ofrecido mayor suma Didio Juliano, jurisconsulto muy rico, fué reconocido por los pretorianos á pesar del pueblo y sin el beneplácito del senado, que no dejó de confirmar la eleccion. Pero á muy poco tiempo el ejército de Oriente declaró emperador á Pescennio Niger, que mandaba en Siria, y casi á la misma razon fueron proclamados otros dos generales en las provincias, Septimio Severo en Pannonia, y Claudio Albino en la Gran Bretaña. Severo se adelantó inmediatamente hacia Roma, y Juliano, abandonado de sus soldados, fué condenado á muerte por el senado, que se apresuró á reconocer á Severo el 2 de Junio del año 193.

Este, al principio, fingió componerse con Albino, le dió el título de César, y partió á los pocos dias para el Oriente, donde derrotó

el ejército de Níger, y redujo á algunos príncipes que habían tomado el partido de este competidor. Volvió después á combatir á Albino, que fué destruido en campal batalla cerca de León, á principio del año 197. Severo, dueño único del imperio, volvió á Oriente á hacer la guerra á los partos, y en 198 dió el título de Augusto á Caracalla, su hijo primogénito, y el de César á Geta, que era el segundo. Señaló los primeros años de su reinado con horribles crueldades contra los partidarios de Níger y de Albino; pero manifestó al pronto alguna benevolencia á los cristianos, contra quienes suscitó luego una dilatada y violenta persecucion.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

LIBRO IV.

DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO III HASTA LA PERSECUCION DE DECIO EN EL AÑO 250.

Ya estaba el cristianismo mucho tiempo hacia extendido por todo el imperio romano y aun entre las bárbaras naciones. Hallábase fundadas Iglesias y existían una multitud de cristianos de toda edad y condicion, desde la Inglaterra y España, hasta la Scitia y las Indias. A mediados del siglo II notaba ya San Justino que se dirigian preces al Criador invocando el nombre de Jesucristo, que visolamente entre los griegos, sino entre los bárbaros y scitas, que vivian errantes en carros ó habitaban en tiendas provisionales. Pocos años mas adelante hablaba Bardesanes de los cristianos despararamados en gran número y en muy opuestos climas, en las Galias, entre los Partos, en la Media, en la Persia y en la Bactriana. En semejantes términos se expresan acerca de los inmensos progresos del Evangelio, San Ireneo, Clemente Alejandrino, Tertuliano y Origenes; porque era un hecho tan visible é incontestable, que los apologistas de la religion no dudaban de citarla á los paganos y judíos como una prueba de la divinidad del cristianismo. Los mismos paganos se quejaban de que sus templos se hallaban desiertos, y que las rentas para sostenerlos disminuían cada dia. Tan considerable era el número de los cristianos, que Tertuliano, en su apología, dijo que les bastaba, para vengarse de sus perseguidoras, ausentarse á otros países, porque su retirada dejaria convertido aquel sitio en un desierto. Ellos llenaban las ciudades y los pueblos: multitud de ellos ocupaba todas las clases y empleos civiles y militares, forenses y senatorios, hasta los áulicos del palacio imperial: en fin, en todas partes se hallaban, menos en los templos.

Cuéntase entre los medios de que Dios se valia para obrar tantas conversiones, los milagros de los cristianos sobre todo, la excelencia de su virtud y la constancia y alegría que ostentaban en los tormentos. A pesar suyo admiraban los paganos aquella caridad perfecta que reinaba entre todos los fieles, el celo que los animaba para asistir á los pobres, á los enfermos y á los huérfanos, aquella abstraccion de los placeres pecaminosos y desprendimiento de todos los deseos terrenes; en una palabra, aquella inocencia de costumbres que brillaba en su conducta. Y cuando los veian sufrir con invencible paciencia los mas horrosos suplicios, proonaban cerciorarse del principio que causaba semejante generosidad: conocian lo absurdo de las calumnias propaladas contra ellos, y estudiaban el cristianismo, y en cuanto le comprendian, no tardaban mucho en amarle y abrazarle.

el ejército de Níger, y redujo á algunos príncipes que habían tomado el partido de este competidor. Volvió después á combatir á Albino, que fué destruido en campal batalla cerca de León, á principio del año 197. Severo, dueño único del imperio, volvió á Oriente á hacer la guerra á los partos, y en 198 dió el título de Augusto á Caracalla, su hijo primogénito, y el de César á Geta, que era el segundo. Señaló los primeros años de su reinado con horribles crueldades contra los partidarios de Níger y de Albino; pero manifestó al pronto alguna benevolencia á los cristianos, contra quienes suscitó luego una dilatada y violenta persecucion.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LIBRO IV.

DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO III HASTA LA PERSECUCION DE DECIO EN EL AÑO 250.

Ya estaba el cristianismo mucho tiempo hacia extendido por todo el imperio romano y aun entre las bárbaras naciones. Hallábanse fundadas Iglesias y existían una multitud de cristianos de toda edad y condicion, desde la Inglaterra y España, hasta la Scitia y las Indias. A mediados del siglo II notaba ya San Justino que se dirigian preces al Criador invocando el nombre de Jesucristo, que visolamente entre los griegos, sino entre los bárbaros y scitas, que vivian errantes en carros ó habitaban en tiendas provisionales. Pocos años mas adelante hablaba Bardesanes de los cristianos despararamados en gran número y en muy opuestos climas, en las Galias, entre los Partos, en la Media, en la Persia y en la Bactriana. En semejantes términos se expresan acerca de los inmensos progresos del Evangelio, San Ireneo, Clemente Alejandrino, Tertuliano y Origenes; porque era un hecho tan visible é incontestable, que los apologistas de la religion no dudaban de citarla á los paganos y judíos como una prueba de la divinidad del cristianismo. Los mismos paganos se quejaban de que sus templos se hallaban desiertos, y que las rentas para sostenerlos disminuían cada dia. Tan considerable era el número de los cristianos, que Tertuliano, en su apología, dijo que les bastaba, para vengarse de sus perseguidoras, ausentarse á otros países, porque su retirada dejaria convertido aquel sitio en un desierto. Ellos llenaban las ciudades y los pueblos: multitud de ellos ocupaba todas las clases y empleos civiles y militares, forenses y senatorios, hasta los áulicos del palacio imperial: en fin, en todas partes se hallaban, menos en los templos.

Cuéntase entre los medios de que Dios se valia para obrar tantas conversiones, los milagros de los cristianos sobre todo, la excelencia de su virtud y la constancia y alegría que ostentaban en los tormentos. A pesar suyo admiraban los paganos aquella caridad perfecta que reinaba entre todos los fieles, el celo que los animaba para asistir á los pobres, á los enfermos y á los huérfanos, aquella abstraccion de los placeres pecaminosos y desprendimiento de todos los deseos terrenos; en una palabra, aquella inocencia de costumbres que brillaba en su conducta. Y cuando los veian sufrir con invencible paciencia los mas horrosos suplicios, proornaban cerciorarse del principio que causaba semejante generosidad: conocian lo absurdo de las calumnias propaladas contra ellos, y estudiaban el cristianismo, y en cuanto le comprendian, no tardaban mucho en amarle y abrazarle.

No contribuía menos á extender la fé el imperio que ejercian los cristianos sobre el demonio en nombre de Jesucristo. Orígenes dice: "Vemos muchos que despreciando la palabra de Dios y burlándose de lo que se les predica para su instruccion, se hallan poseídos de los espíritus infernales que los afligen con diversos tormentos. Entonces acuden al Señor, abrazan la fé y se convierten en hombres verdaderamente nuevos. Libertados el Espíritu Santo, ocupa el lugar que antes Satanás, y llena su alma con su divina presencia. Estas maravillas suceden á vista de los fieles, que se regocian de ellos en el Señor." Ocurria muy frecuentemente, que preguntados los demonios por los cristianos, se hallaban obligados á confesar públicamente, y oyéndolo los idólatras, la divinidad de Jesucristo y todas las verdades de la religion. Era preciso que esta potestad fuese muy comun entre los fieles, cuando Tertuliano no se abstenia de asegurar que ninguno de ellos dejaba de lograr esta confesion de los endemoniados, con solo invocar el nombre de Jesucristo. Aun convidaba á que se hiciese la experiencia, y supplicaba á los jueces le permitieran que se preguntase á sus dioses, ó á los que se envaneian de ser inspirados por ellos. "Si esos dioses, dice, no confiesan que son demonios y no dioses; si se atreven á mentir delante de un cristiano, castigad á éste como lo sería un impostor."

En fin, otro gran número de paganos se convertian atraídos con sueños y visiones milagrosas, en las que Dios los iluminaba y adelantaba sus corazones. El mismo Orígenes dice: "Ninguna duda tengo de que Celso se burla de mí; pero sus sarcasmos no me impedirán el asegurar que muchas personas han abrazado el cristianismo, como si dijéramos á su pesar, habiéndose mudado su razon á consecuencia de extraordinarias apariciones, y en tanto grado, que en voz de la a version que tenían á nuestra doctrina, la amaban despues hasta morir por ella. Tenemos ciencia cierta de un dilatado número de mudanzas y conversiones de esta clase, como que hemos sido testigos presenciales; pero no será necesario referir las una por una." Tertuliano tambien confirma las apariciones súbitas, cuyos ejemplos se estampaban en lugar oportuno de esta historia.

Los admirables progresos del cristianismo irritaban incómodamente el ódio de los paganos, que permanecian obstinados en sus errores. Ademas de las calumnias y acusaciones de ateísmo, y otras de que antes hemos tratado, originadas todas de la supersticion del pueblo ó de las interesadas pasiones de los Pontífices paganos, motivos políticos servian tambien de pretexto para proscribir á los cristianos. Se les sentenciaba por solo el delito de intentar la mudanza de la antigua religion del Estado, se los perseguia como una faccion novadora y peligrosa que despreciaba las prácticas y costumbres protegidas por las leyes y respetadas en los pas-

dos siglos. El sufrimiento heroico con que padecian los tormentos y la muerte en defensa de una doctrina extraña y prohibida, era mirado como una rebelion contra la pública autoridad; y la repentina conversion que se observaba, aun en aquellos que primeramente fueron sus mas atroces enemigos, hacia creer que tenían un encanto y secretos infalibles para atraer y persuadir á los que querian comprometer en su partido. Tales eran las causas diferentes de las persecuciones suscitadas contra ellos, unas veces por el fanatismo de los pueblos ó de los magistrados, y otras por las órdenes del gobierno.

En los primeros años de su reinado se manifestó el emperador Severo favorable á los cristianos; y aun se reparó que habia protegido á algunos de ilustre nacimiento, oponiéndose al furor popular que se declaraba en su contra. No se sabe qué motivo tuvo para cambiar de conducta en este punto: lo cierto es, que en el año de 202 publicó un edicto, prohibiendo á sus súbditos que abrazasen el cristianismo. Hallábase entonces en el Oriente, donde habia terminado la guerra contra los reyes que tomaron partido en favor de Niter, y atravesado la Palestina para marchar á Egipto, quiso castigar á los judios que se habian aprovechado de las commociones últimas para rebelarse, y les prohibió, bajo las mayores penas, hacer proselitios, sin permitirles arredrar mas que á sus hijos. Puesto que la cohera que mostró contra los judios, causase la prohibicion que fulminó contra los cristianos, porque afectaban confundirlos con aquellos, ó se dejó de eso vencer por las calumnias de sus enemigos, ó las alarmas de una política suspicaz. De cualquiera modo, la persecucion fué tan violenta instantáneamente, que muchos creyeron llegado el tiempo del Anticristo. Nadie se sorprenderá de esto, si fija su atencion en la fria crueldad de Severo, y en la obstinacion que siempre empleó para proseguir hasta el cabo lo que habia ya resuelto. Hubo, sin embargo, algunas Iglesias donde no se padeció tanto como en otras, ya aprovechándose de la fuerza de los gobernadores para lograr alguna tranquilidad á fuerza de dinero, ya porque otros menos injurios ó crueles, no se prestaban ligeramente á satisfacer el odio ó las furiosas pasiones del populacho.

Pero en muchas partes no esperaron el edicto de Severo para entregarse á toda clase de violencias contra los cristianos. Dos años antes habia principiado la persecucion en el Africa, como se advierte en las actas de los mártires salitinos, que padecieron en Cartago en 17 de Julio del año 200. Fueron diez, y el principal de ellos Sperato. Presentados al procónsul Saturnino, y despues de sufrir un interrogatorio, los mandó este encarecelar, volvió á llamarlos al tribunal, y les dijo: "Todavía podéis alcanzar vuestro perdon si queréis conducirlos con juicio y adorar á nuestros dioses." Tomando la palabra Sperato, respondió: "Ningun crimen hemos cometido

según las leyes. Muy distantes de haber dañado, ni injuriado á nadie, hemos sufrido, sin quejarnos, muchos malos tratamientos, y aun rogado á Dios por aquellos mismos que nos perseguían sin razón, porque en esto cumplimos con nuestro maestro, que nos lo dejó preceptuado." Hízole el procónsul muchas instancias para que se determinase á la adoración de los ídolos y á jurar por el emperador; mas viendo que nada podía lograr, volviéndose á los otros cristianos, les dijo: "No imitéis el ejemplo de este insensato; mas vale que temerosos de ofender á nuestro príncipe, obedezcais lo que os mando." Citino respondió por todos, que ellos adoraban á Dios que está en el cielo, que era el único á quien reconocían por su Señor, y á nadie mas tenían que á él. Mandó el procónsul que los resintieran á la prisión y pusiesen sus pies en cepos de madera. Al día siguiente volvieron á comparecer, y procuró persuadirlos á que mudasen de parecer, especialmente á las mugeres; pero éstas respondieron con valor que eran cristianas, y que jamas consentirían en adorar los ídolos de los paganos; que ellas darían al César los honores que le correspondían; pero que solo á Dios prestarían adoraciones y dirigirían sus oraciones. Mandó que las retirasen de allí para que los hombres se acercasen, y dirigiéndose otra vez á Sperato, le preguntó si perseveraba en llamarse cristiano: este le contestó: "Sí, lo soy todavía," y levantando la voz, añadió: "Todo el mundo lo oiga; yo soy cristiano." Todos los demas exclamaron repitiendo lo mismo. Díjoles el procónsul tres días para que lo reflexionasen bien y se redujeran á la razón. Sperato dijo: "Nosotros somos cristianos, y jamas abandonaremos la fe de nuestro Señor Jesucristo; en esta inteligencia podeis disponer lo que os acomode." Viendo el procónsul la firmeza de esta resolución, ordenó al secretario que pusiera la sentencia siguiente: "Mando que se corten las cabezas á Sperato, Narzala, Citino, Veturio, Félix, Acylino, Leticiano, Genara, Generosa, Vestina, Donata y Segunda, porque han confesado y ratificado en que profesan el cristianismo, negándose á honrar al emperador. Apenas oyeron la sentencia, cuando Sperato y todos prorumpieron en alabanzas y gracias á Dios, porque se dignaba de admitirlos en el cielo aquel día como mártires que padecían por confesar su nombre. Inmediatamente fueron conducidos al lugar del suplicio; pusieronse todos de rodillas, volvieron á dar gracias al Redentor, y fueron decapitados. Son los primeros mártires que se conocen en Africa, y tienen muy celebrados con el nombre de scilitanos, probablemente porque eran de la ciudad de Scilita en la provincia de Cartago. El procónsul Saturnino fué el primero que empleó la espada contra los cristianos en esta persecución, y no tardó en recibir el castigo de su crueldad, perdiendo la vista.

Algunos años despues, es decir, hácia el año 205, ilustraron la Iglesia de Africa otros mártires cuya memoria es muy gloriosa. Co-

gieron en Cartago á Revocata, Felicitas, Saturnino, Secundulo y Perpetua, todos catecúmenos y en la flor de la edad; los dos primeros eran esclavos de un mismo amo. Perpetua era de una familia noble, tenía padres y dos hermanos, catecúmeno el uno; estaba casada y criando un niño, y tendría como unos veintidos años; tambien Felicitas estaba casada y en cinta á la sazón. Otro cristiano llamado Saturio, fué á presentarse voluntariamente en la prisión, para no abandonar á sus hermanos; tuvieronlos encerrados á todos ellos. Tenemos la historia auténtica de su martirio, parte de ella escrita por Santa Perpetua, que empieza de este modo: "Quando todos estábamos guardados por nuestros perseguidores, vino mi padre é hizo todos sus esfuerzos para apartarme de la fe, y como me estrechase fuertemente á causa del amor que me profesaba, le respondí: "Padre mio, ¿veis esa vasija de barro? ¿se le puede dar otro nombre que el suyo? No, me dijo. Pues de la misma manera yo no puedo llamarme otra cosa que cristiana, porque lo soy." Al oír esto se arrojó á mí para maltratarme, y á poco rato se retiró confuso y triste por no haberme podido hacer que mudase de resolución. Tardó algunos dias en volver, y me alegraba mucho, y daba gracias á Dios por el descanso en que su ausencia me dejaba, ahorrándome muchas contiendas y tentaciones. En este intermedio recibimos el santo bautismo, y al salir de las fuentes sagradas, me inspiró el Espíritu Santo que no pidiese á Dios otra gracia que paciencia en los tormentos. Poco despues nos condujeron á la prisión, y tuve un horrible estremecimiento al entrar en ella, porque jamas había yo visto nada semejante á la oscuridad que reinaba en aquel espantoso calabozo. ¿Qué día tan cruel! Me abrasaba de calor porque estábamos muy estrechos, y ademas expuestos á la insolencia grosera de los soldados que nos custodiaban. Me consumía, ademas, el cuidado de mi hijo. Los bienaventurados diáconos Testio y Pomponio que nos asistían, obtuvieron con algunas gratificaciones el permiso para que pasásemos algunas horas del día en otro lugar menos incómodo á fin de refrescarnos. Luego que estuvimos fuera, mi primer cuidado fué dar de mamar á mi niño, que se me moría de necesidad; le recomendaba eficazmente á mi madre, y exhortaba á mi hermano para que tuviese constancia en la fe. Me afligía profundamente el dolor que todos sufrían por mi causa, y así pasaba muchos dias en intolerable congoja; pero como me concedieron el permiso de guardar mi hijo en la cárcel, recibí grande alivio, y desde entonces me pareció la prisión mas agradable que un palacio. Mi hermano me dijo: "Hermana, yo sé muy bien que eres favorecida del cielo: ruega á Dios para que te manifieste si quedarás libre ó te llevarán al suplicio."

Santa Perpetua hizo oración y tuvo una vision, en la que Dios la hizo ver una escala de oro, tan alta que llegaba hasta el cielo y tan estrecha que solo podia subir una persona. Al pié de la escala ha-

bia un dragón de enorme tamaño, en disposición de arrojarse á cualquiera que intentase acercarse á ellas; por los lados estaba guarnecida de navajas y otros instrumentos, en tal forma, que no teniendo mucho cuidado se corría peligro de ser despedazado. Sufrió su hijo el primero sin recibir daño alguno, y volviéndose á Perpetua le decía: "Aquí te espero." Esta subió después, y se halló en un jardín delicioso en que vio á un hombre vestido de pastor y rodeado de una infinitad de personas vestidas de blanco; aquel sujeto le dijo con dulzura: "Hija mía, seas bien venida," y dióle al mismo tiempo leche muy agradable que ella recibió entre sus manos juntas. Todos los que estaban presentes dijeron *Amen*; y en el momento desperté y paladé en su boca un licor que daba al mismo tiempo que alimento una dulzura y gusto inexplicables. No pudo menos de reconocer en esta figura la Santa Eucaristía, la imagen de la felicidad celestial, como se acostumbraba á dar á los mártires para disponerlos al combate; así juzgando que estaba destinada á la muerte por confesar y creer en Jesucristo, abandonó todas las esperanzas terrenas, para no pensar más que en el cielo.

"A poco de esto, contaba la santa, corrieron voces de que íbamos á sufrir un interrogatorio: vino mi padre á la prisión, y me dijo con voces lastimeras: "Hija mía, ten piedad de mis canas, ten piedad de tu padre, si no soy indigno de este nombre. Si te acuerdas de mi ternura y de los cuidados que me causó tu educación, no me hagas el oprobio de los boñabres. Acuérdate de tu madre, de tu tía, de tus hermanos y de tu hijo, que no podrá vivir á tu lado. Amanesa esa fiereza y obstinación que á todos nos va á perder; porque en adelante ninguno de nosotros se atreverá á presentarse, si eres sentenciada á un suplicio infame." Y cuando así me hablaba, me cogía las manos, las regaba con sus lágrimas, y arrojándose á mis pies, me hacía las instancias más humildes y más expresivas. Mi corazón se quebrantaba de dolor al ver su aflicción; sobre todo, pensando que él solo entre toda la familia sentiría mi martirio; traté de consolarle, y le dije: "Padre mío, no desmayes; nada sucederá más que lo que Dios disponga, porque nosotros no somos árbitros de nuestra suerte, y solo dependemos de su santa voluntad." Por fin, se retiró en mi todo abatido y pasárose.

"Al día siguiente, cuando estábamos comiendo, vinieron á conducirnos ante el magistrado; cuando llegamos estaba la plaza llena de un gentío inmenso, hiciéramos salir á un teatro, en que tenía el juez su tribunal preguntaron primero á mis compañeros, y todos confesaron á Jesucristo. Cuando llegó mi vez, se presentó mi padre, y retirándose á un lado, volvió á conjurarme de nuevo que tuviese lástima de él y de mi hijo, que me presentó en aquel instante. El prefecto Hilariano que ejercía la suprema magistratura en lugar del proconsul Minucio, que había muerto recientemente, también me instaba por su parte: "Considera la vejez de tu padre, evi-

talé la pesadumbre que le abruma; conmuevete al ver la inocencia y las lágrimas de tu hijo; consiente en lo que se exige de tí, suéñificas en honor del emperador y por su prosperidad." No respondí otra cosa que estas palabras: "Nada de eso haré," y luego sois cristianos? me replicó; y sin titubear contesté: "Si lo soy." Mi padre permaneció en el tablado, y continuaba esforzándose para persuadirme; pero un alguacil le dió un varazo porque no se retiraba de allí como se lo había mandado el juez. Mas sentí yo aquel golpe, que si le hubiera recibido, tanto me había afligido el ver tratar así, por causa mía, á quien me había dado el ser. En aquel punto pronunció Hilariano nuestra sentencia, condenándonos á ser arrojados á las fieras.

Refiere Santa Perpetua después la vision que tuvo en los siguientes días; respecto de su hermano Dinócrates, que había fallecido á los siete años de su edad. "Yo le vi, dice, salir de un tenebroso lugar, pálido el semblante, todo cubierto de sudor, al parecer con una sed insufrible y ardorosa, conservando patente la úlcera que tenía á su fallecimiento. Mediaba tanta distancia entre nosotros, que no pude acercarme á él. Cerca del desagradado había un gran estanque lleno de agua, y su baranda era más alta que la estructura de mi hermano, de modo que no podía alcanzar. Á pesar de los esfuerzos que hacía para lograrlo y apagar su sed. Desperté me la fatiga que esta horrosa vision me había causado viendo el sufrimiento de mi pobre hermano, sin embargo de que conservé la confianza de poderle aliviar. Puseme en oración rogando á Dios por él con el mayor fervor para que le libertase de tan dolorosa situación, y no cesé hasta el momento en que fuimos trasladados á la prisión del campo para servir de espectáculo en las fiestas que se hacían en honor del César Geta. El día que nos pusieron en ceños volví á ver á Dinócrates en el mismo sitio, con el cuerpo limpio, bien vestido, fresco el semblante, y en lugar de la herida tenía su corazón. La baranda del estanque estaba rebajada hasta la cintura del joven, de modo que podía beber en él con toda facilidad; también tenía Dinócrates un frasco de oro del todo lleno, donde bebía repentinamente sin que se disminuyese el agua. Cuando ya había saciado bien la sed, se marchó á jugar con los demás muchachos, y desperté yo, conociendo que se hallaba salvo de todos sus tormentos." Aquí se ve claramente la fe que tenían los primitivos cristianos en la eficacia de las oraciones en favor de los difuntos.

Después de referir las dos últimas tentativas que hizo su padre en la prisión, para tratar de separar á Santa Perpetua de su firme resolución, cuenta otra vision en que Dios le proporcionó traslucir la facilidad y las recompensas de los combates que tenía que sufrir, y concluyó así su relacion: "Comprendí que había de luchar no contra las fieras, sino contra el demonio, y entonces me aseguré de que le vencería. Lo que sucedió hasta la víspera del espectáculo es esto: lo que sucede en él, otro podrá referirlo si quisiere."

Hallábase Felicitas en cinta de ocho meses, y como el día del espectáculo se acercase, previendo que podía dilatarse su martirio, porque no era permitido ajusticiar á las mugeres embarazadas durante este estado, se afligía mucho temerosa de que le reservasen para otra época y en compañía de verdaderos criminales. Todos los mártires participaban de esta pesadumbre, y puestos en oracion tres días antes del suplicio, rogaban á Dios por ella: en el mismo instante principió á sentir los dolores que preceden al parto. Como la violencia de estos la obligase á veces á gritar, díjole un guarda: "Si te quejas ahora, ¿qué será cuando te halles en medio de las fieras?" Felicitas le contestó: "Ahora soy yo sola la que padezco: pero entonces estará el Señor en mí, para conllevar mis penas, porque yo combato por él." Parió, finalmente, una niña, de quien se encargó una cristiana y la crió como si fuese su hija.

El alcalde de la prision (Pudencio), acatando la virtud de los mártires á quienes estimaba, los trató con mucha benevolencia, y dejaba entrar á visitarlos á sus pacientes y á las personas que venían á traerles limosnas ó consuelos; y mas adelante, movido al considerar los efectos sobrenaturales que en ellos ejercía la gracia, no tardó en abrazar la fe. Habian hecho creer algunos al tribuno encargado de su custodia que podian burlar á los carceleros con encantos de magia: así mandó que se tomasen las precauciones convenientes para impedir su evasion, no exentas de rigor. Santa Perpetua le dijo: "Por qué niegas todo desahogo á unas personas que dependen del César, y que estan destinadas á combatir en sus fiestas? Honor vuestro seria que nosotros compartiésemos en ellas en un buen estado." Sonrióse al tribuno esta salida, y mandó que los tratasen con mas blandura y permitieran las visitas de sus pacientes. En la víspera de la lucha recibieron el convite que se llamaba *cena libre*, y que segun costumbre se hacia en público; pero los santos convirtieron este festin de disolucion en una comida de caridad modesta. No hablaron al pueblo de otra cosa que de amenazas, presentándoles el juicio final, en el que al fin serian castigados, y por otra parte, aseguraban que la mayor felicidad era sufrir por Jesucristo. Satorio reprendia á los idólatras su curiosidad inhumana, diciéndoles: "¿No tenéis suficiente con el día de mañana para contemplarnos á vuestro gusto, y satisfacer el odio que nos tenéis? Parece que nos veis ahora con cierta compasion; y mañana aplaudireis nuestra muerte. Pues bien, miradnos al rostro, enteraos bien para que podáis conocernos en el terrible día del juicio." La mayor parte de los espectadores se marcharon espantados, y muchos se convirtieron á la fe.

Llegado el día del espectáculo, condujeron á los mártires al anfiteatro, excepto á Secundulo, que murió en la cárcel: se veia retratada la alegría en su semblante, notándose tambien en su porte y en sus discursos. Felicitas se reputaba dichosa por haberse resta-

blecido para mejor pelear como los otros: iba la última Perpetua con los ojos bajos, llena de modestia y gozosa por la felicidad que la esperaba. Cuando estaban á la puerta del anfiteatro, quisieron ponerles los ornamentos de costumbre, que eran para los hombres un manto encarnado, como el de los sacerdotes de Satorio, y para las mugeres una venda blanca al rededor de la cabeza, como las sacerdotisas de Ceres. No quisieron los mártires admitir estos disfraces de los idólatras, y el tribuno consintió que entrasen en el teatro con sus vestidos ordinarios. Perpetua cantaba segura de su triunfo. Revocato, Satorio y Saturnino amenazaban con la cólera del cielo al pueblo que los miraba. Habiendo llegado á vista de Hilariano, exclamaron todos con tono de seguridad: "Tú nos juzgas; pero Dios te juzgará." Irritado el pueblo pidió que los azousen los conductores de fieras que se hallaban presentes con látigos para gobernar á estas, y tambien para los condenados que pasaban á su frente. Dios concedió á cada uno el género de muerte que habia deseado: un leopardo y un oso sucesivamente acometieron á Revocato y Saturnino, y los maltrataron cruelmente, hasta dejarlos tendidos en la arena llenos de heridas. A Satorio le echaron primero un javali y luego un oso, que no le hicieron ningún mal; y como despues de estas dos pruebas le llevarán junto á una de las puertas del anfiteatro, se encontró allí con el carcelero Pudencio, y le dijo: "Ya ves cómo hasta ahora no me ha tocado fiera alguna, segun te anuncié en la prision; pero ahora voy á morir muy pronto por la simple mordera de un leopardo." Y así fué que al concluirse el espectáculo, se arrojó sobre él un leopardo con tal ferocidad, que de un solo bocado le tendió en el suelo inundado en su sangre, y volviéndose á Pudencio, le dijo: "Acuérdate de mí fe; y que mi muerte en vez de desanimarte te sirva de ejemplo y de fortaleza." Pidióse entonces un anillo que llevaba este en un dedo; le sacó, y despues de empararle en su sangre, se le devolvió como una prenda de amistad, y en el mismo instante murió en el parage en donde se degollaba á los que no habian rematado las fieras.

A Perpetua y Felicitas las desnudaron y metieron entre redes, para que las destrozasen una vaca enfurecida: á petición del pueblo las sacaron de aquellas y les pusieron unos vestidos muy sencillos. Perpetua fué la primera á quien se arrojó la vaca, y despues de haberla volteado muchas veces, cayó la santa de espaldas en el suelo; reparando que tenia rota la túnica por un lado, recogió al punto los bordes, y poniéndose inmediatamente en pié, se compuso sus cabellos sueltos y desordenados en la nuca, para no llevar esta señal de duelo en el día de su triunfo verdadero. Acercóse á Felicitas que yacia en el suelo maltratada, y dióle la mano para que se levantase. Juntas marcharon hacia uno de los pórticos del anfiteatro; y hallando en él á un catecúmeno llamado Rústico, Perpetua, como quien despierta de un profundo sueño, preguntó si no estaba

destinada á ser víctima de una vaca furiosa; y como le refiriesen lo que habia sucedido y no quisiese creerlo, le presentaban en el vestido señales muy ciertas, y en su cuerpo tambien de aquella horrorosa escena. Llamado entonces á su hermano y á Rústico, les dijo que perseverasen firmes en la fé, conservasen la caridad, y no se dejasen vencer ni aun titubear, por miedo á los tormentos. Pidió el pueblo que se sacasen á los martires en medio de la plaza para acabar de matarlos; y ellos solos y voluntariamente fueron al sitio señalado despues de darse el osculo de paz, y fueron degollados por gladiadores jóvenes, á quienes se confiaban estas justicias por vía de ensayo ó aprendizaje. A Perpetua tocó en suerte uno muy torpe, que dió muchos golpes, obligándola á quejarse varias veces en fuerza del dolor; pero recobrando muy presto su tranquilidad, ella misma le señaló el parage donde debía darle para acabar su martirio, como sucedió.

Por las obras de Tertuliano, especialmente por su exhortación á los mártires y su carta á Scapula, se viene en conocimiento de todo lo que tuvieron que sufrir los cristianos en la provincia de Cartago. No fué la persecucion menos violenta ni larga en el Egipto, á donde Severo pasó en el año 202, muy luego de la publicacion de su edicto. En este mismo año murió por defender la fé en la ciudad de Alejandría San Leonidas, padre de Orígenes, con un gran número de cristianos de aquella y de otras provincias. Cuando estaba Leonidas en la cárcel, su hijo, que tenia diez y siete años, le escribia exhortándole á que se mantuviese constante en la fé; y él se hubiera entregado á la misma suerte, si su madre no hubiese empleado todos sus esfuerzos para detenerle. A San Leonidas le cortaron la cabeza y confiscaron sus bienes, por lo que su viuda, cargada con siete hijos, se vió reducida á la extrema pobreza. Con todo, el celo de Orígenes no se rasgó, ni cesó durante esta persecucion de exhortar á los mártires y asistidos: entre ellos se cuentan muchos discipulos suyos. El primero de estos que padeció, fué San Plutarco, cuyos amigos se atrevieron á usar de las mayores violencias contra Orígenes, á quien suponian autor de aquella desdicha: el segundo fué Sereno, que murió quemado; el tercero Heráclides, todavía catecúmeno; el cuarto Heron, acabado de bautizar; y el quinto otro Sereno, que despues de haber sufrido muchos tormentos fué decapitado. A éstos añade Eusebio el soldado Basilides, de quien vamos á hablar, y una doncella llamada Heráida, que fué tambien entregada á las llamas siendo catecúmena. No se puede fijar precisamente el año de su martirio, que ocurrió entre 203 y 211 siendo prefecto Aquila, y un poco despues que Orígenes se encargó de la escuela de Alejandría.

Tambien en este intermedio padeció en la misma ciudad Santa Potamiana, una de las mas célebres víctimas de esta persecucion. Era una esclava joven, dotada de gran belleza, con quien empleó

su amo todos los medios imaginables para corromperla: no habiéndolo podido lograr, aunque se valió de promesas y amenazas, la denunció por cristiana al prefecto Aquila, le ofreció una suma considerable de dinero si lograba que consintiese en acceder á sus deseos, no haciéndole en este caso daño alguno; pero que de lo contrario la sentenciasen á muerte. No omitió el prefecto artificio alguno para servir al denunciador; pero no dando la santa oídos á sus instancias, la hizo padecer diferentes tormentos; y por último la amenazó, diciendo que la mandaría echar en una caldera de pez derretida é hirviendo, que al momento prepararon á su misma vista para mas atemorizarla. Pero nada fué capaz de doblegar á esta generosa doncella, que no respondió mas que esto: "No permita Dios que haya un juez tan injusto que intente obligarme á cometer una accion infame!" No pudiendo ya contenerse el juez, la sentenció á ser despojada de sus vestiduras, y arrojada en la caldera preparada. Como fuesen á ejecutar la primera parte de la sentencia, pidió en defensa del pudor que no se la desnudase, y por gracia particular, que la introdujeran despacio y derecha en la caldera, con lo cual duraría mas el tormento: "Entonces venís, añadió, el temor que tengo á vuestros suplicios, y la fuerza y paciencia que da á sus mártires el Dios que adoro y vosotros desconocéis." Concedieronle lo que pedía, y habiéndole introducido los pies en la caldera, tardaron tanto en bajarla á ella, que padeció horriblemente por espacio de tres horas. Al mismo tiempo estaban quemando á su madre Santa Marcela.

Un soldado llamado Basilides, que habia servido de guarda á Santa Potamiana antes de su martirio, la trataba con mucho miramiento, esforzándose para separar al pueblo que tentaba insultarla. Prometió la santa que inmediatamente que se hallase en el cielo, intercedería por él, y que sentiria en su interior los efectos de su agradecimiento. A pocos dias los compañeros de Basilides quisieron obligarle á que jurase por los falsos dioses, y respondió que no podía hacerlo porque era cristiano. Creyeron al principio que se cambiaba; pero eruido viejun que seriamente se ratificaba en lo mismo, que afirmó, le acusaron ante el prefecto, que le mandó encerrar. Vinieron á visitarle en la cárcel los cristianos, y por él supieron que se le habia aparecido Santa Potamiana á los tres dias de haber sufrido el martirio, y trinia una corona que le puso en la cabeza, asegurándole que Dios le habia concedido la gracia de su conversion, y que no tardaria en subir á la gloria. Basilides recibió en la cárcel el bautismo; y al siguiente dia le cortaron la cabeza. Santa Potamiana se apareció á otras diferentes personas, que abrazaron la fé cristiana.

En las Galias, y particularmente en Leon, fueron martirizados muchos fieles durante esta persecucion. Asegúrase que viendo Severo el gran número de fieles que todos los dias se multiplicaban,

dió orden á sus soldados de que cercaran la ciudad, y acabasen con todos los que confesaran que lo eran, lo que parecia increíble si por otra parte no se supiera que en otras ocasiones Severo se habia portado con horrosa crueldad, y que todo el suelo del imperio le habia regado con torrentes de sangre cristiana. En esta misma persecucion ocurrió el martirio de San Ireneo, cuya data se fija en el año 203; pero es necesario ponerle mas tarde y hácia el de 208, si es cierto, como parece, que fué condenado por el mismo Severo, cuando pasó de viage para Inglaterra. Se puede tambien creer que la sangrienta persecucion de que hablamos antes, se ordenó en 198 despues de la derrota de Albino cerca de Leon. De todos modos los martirologios antiguos traen que el santo obispo fué sacrificado con casi todo su pueblo; y una antigua inscripcion que hay en Leon á la entrada de la iglesia, atestigua que fué prodigioso el número de mártires; lo que corrobora en sus escritos San Euquerio y Gregorio Turonense: fué enterrado por el presbítero Zacarias, que despues le sucedió.

Habia formado San Ireneo muchos operarios evangélicos para predicar la fé en las ciudades inmediatas. De este número fué San Ferreo, presbítero, y San Ferrutio, diácono, primeros apóstolas de Besanzon, martirizados hácia el año 212, al principio del reinado de Caracalla, cuando aun duraba la persecucion de Severo. Estiraron sus cuerpos por medio de poleas, y los desgarraron á latigazos: despues les cortaron la lengua; y como no cesasen de predicar á Jesucristo, les clavaron lesnas en las manos, en los pies y en el pecho, y ultimamente, les cortaron la cabeza. Fueron sepultados en una cueva, cerca del pueblo en que San Agnato, arzobispo de Besanzon, descubrió sus cuerpos al fin del IV siglo.

San Félix, presbítero, y los diáconos Fortunato y Aquileo, todos tres discipulos de San Ireneo, sufrieron por el propio tiempo el martirio en Valencia (Galía), despues de haber convertido casi á la tercera parte de los vecinos de ella. Hizolos comprender á su presencia el presidente Cornelio, y se esforzó, aunque en vano, en intimidarles á la vista de los tormentos mandados aplicar á los cristianos, tanto en Leon como en otras ciudades. Advertiendo que no desistían en virtud de las amenazas, ni seducidos por las promesas, los mandó castigar de una manera dolorosa y cruel, finalizando con decapitarlos. Para el suplicio los condujeron fuera de la ciudad, y los mártires no cesaban de anunciar á Jesucristo á la multitud que iba á presenciar este espectáculo. Refiérese que en la misma persecucion sufrió el martirio el diácono San Anacleto, discipulo de San Policarpo y apóstol del Vivarais; y se dice que habiéndole ballado Severo cerca del Ródano predizando en una aldea, mandó que le abrieran la cabeza con una espada de madera para que fuese mas doloroso el suplicio.

Aunque no tenemos mas noticias sobre esta persecucion, es así

embargo cierto que los cristianos sufrieron muchas crueldades en otros diferentes sitios. En el Oriente, y reinando Severo, muchos, cuyos nombres se han conservado, perecieron; pero no se saben las circunstancias de los suplicios que fueron ordenados. Hermiano, gobernador de Capadocia, se distinguió por su odio violento á los fieles; pero no escapó del castigo que merecieron sus injustas persecuciones con una enfermedad que le hacia arrojarse gases del cuerpo. En Italia, y sobre todo en Roma, el pueblo y los magistrados se manifestaban igualmente encarnizados contra los cristianos. Se les quitaba la vida con la espada, en las hogueras, exponiéndolos á las fieras, y frecuentemente los dejaban extenuarse en las cárceles despues de haber despedazado sus carnes con varas ó garfos de hierro: en los anfiteatros pedía el populacho con horribles alaridos la muerte de aquellos: no contento con perseguirlos y apedrearlos en los momentos de licencia, llevaban su encono hasta los sepulcros, arrancaban de ellos los cadáveres y los hacían pedazos, violando un asilo respetado por los mismos salvages. Todas estas maldades refiere Tertuliano en su *Apologético* y en su libro titulado *el Scorpíaco* dos obras que dió á luz al principio de la persecucion, y segun toda apariencia, antes del edicto de Severo. Ademá de las antiguas calumnias sin cesar reproducidas contra los cristianos, habia en Roma un pretexo particular para perseguirlos, fundándose en un rescipio del mismo emperador que mandaba se delatase al prefecto de aquella ciudad á todos los que hubiesen concurrido á sociedades prohibidas: abusando de esta disposicion, presentaban á los cristianos como enemigos del Estado, y tambien porque en las fiestas y regocijos públicos no se entregaban á la disolucion como los demas, y no asistian nunca á las ceremonias que tenían carácter de idolatria.

Tertuliano, que entonces escribió una elocente apologia en favor de los cristianos, nació en Cartago por los años 160. Era hijo de un centurion de las tropas proconsulares, y se llamaba Quintus Septimius Florens Tertullianus. Crióse en la idolatria, y aun se habia mojado á los principios de la religion cristiana, y habia pasado su juventud en los mayores desórdenes. El mismo le confiesa, y reconoce que debia pasar el resto de su vida haciendo penitencia. A pesar de su conducta estragada, se dedicó con fruto á varias ciencias, particularmente á la jurisprudencia y leyes romanas. Aprendió las lenguas griega y latina, y por sus obras se echa de ver lo versado que estaba en la historia y la mitologia, y que entendia perfectamente la filosofia pagana. Desengañose de la falsedad del paganismo; pero no se saben ni la época ni las circunstancias de su conversion. Apenas fué cristiano, se hizo célebre en todas las Iglesias por las obras que hizo para la instruccion de los fieles y para la defensa de la religion contra las innovaciones de los hereges y las calumnias de los paganos. Pero no perseveró, y á la

mitad de su vida adoptó los errores de Montano, creyendo que había reconocido en él al Paraíso. Fijase su caída en el año 205, cuando tendría de edad unos 45, porque se cree que murió muy viejo. No pudo su orgullo sobrellevar ciertas afrentas que le hicieron algunos eclesiásticos romanos; creyó que la envidia había movido á estos para semejante conducta, y según San Jerónimo, se irrió hasta al extremo de separarse de la Iglesia universal. Otros afirman que le salvó Práxedis, famoso montanista, que entonces se hallaba en Roma y que gozaba de una gran reputación de elocuencia y de virtud. Además, era Tertuliano naturalmente severo, y se inclinaba siempre á lo más rigoroso; así su genio duro y pronto debió fácilmente acomodarse con una secta que afectaba profesar una vida más rígida, y se alababa de una continencia más perfecta que los mismos católicos. En fin, hizole fácil el calor de su imaginación, y dió asenso fácilmente á los falsos delirios y revelaciones de Montano y de sus discípulos, tanto que no dudó escribir seriamente que el alma era un cuerpo de figura humana, sólido y palpable, pero transparente, todo porque una mujer montanista decía que lo había reconocido así en un éxtasis. En cuanto erró tomó la tarea de insultar sin cesar á los católicos, llamándolos hombres carnales, groseros é ignorantes, que no eran bastante espirituales para reconocer las operaciones del Espíritu Santo, y según el estilo de los hereges de aquel tiempo, los apellidaba psicóicos. Por último, también se apartó de los montanistas para formar una secta particular. En tiempo de San Agustín todavía se hallaban sectarios de Tertuliano; tenían una Iglesia en Cartago, pero su número disminuía diariamente. San Agustín acabó de ilustrar y convertir á los pocos que habían quedado. Ignórase en qué año murió Tertuliano; pero se cree que fué hacia el año de 245, en el retorno de Filipo; desgraciadamente no hay señales de que se reconciliase con la santa Iglesia y volviera á su seno.

Tertuliano es el más antiguo padre latino, cuyas obras han llegado á nosotros; y aunque hay pocas en que no se encuentran opiniones del todo inadmisibles, ó á lo menos expresiones duras ó chocantes, se hallan sin embargo tanta piedad en las que escribió siendo católico, y tanta valentía y elevación de espíritu é ingenio en las apologeticas, cuando defende la verdad aun después de incurso en la herejía, que con razón se las mira como uno de los marcanitales más preciosos para el estudio de la religión. Su estilo es duro, incorrecto; pero lleno de energía, de viveza y de imágenes, que sirven para que resalte más la fuerza ó sutileza del concepto. También abundan la hinchazón y mal gusto en ellas, algunos rasgos falsos y trinites, movimientos exagerados, pensamientos y metáforas más fantásticas que sólidas, principalmente en los escritos publicados después de su prevaricación.

Las obras de Tertuliano pueden dividirse en tres clases: las diri-

gidas contra los paganos, las que combaten á los hereges, y finalmente las que compuso para la instrucción de los fieles, tratando materias de disciplina y de moral. Entre las de esta última clase se deben distinguir sobre todo, los tratados del bautismo, de la penitencia, de la oración, de la paciencia y de los espectáculos, los dos libros dedicados á su esposa, y algunos otros que escribió así como estos, mientras estaba en el seno de la Iglesia católica.

El libro del bautismo se escribió contra una mujer llamada Quintila, de la secta de los canitas, que trató de combatir la necesidad del bautismo, y hacer despreciable su sencillez. Tertuliano justifica la necesidad en virtud del mandato expreso de Jesucristo, y por la exclusión del reino de los cielos de los que no le hayan recibido. Después expone las circunstancias y ceremonias relativas á la administración de este sacramento. Enseña que lo mismo puede conferirse con agua del mar, de un estanque, de un río ó de un picon; que en primer lugar al obispo y después á los presbíteros y diáconos, toca y pertenece su administración; pero que los legos pueden y deben hacerlo en caso de necesidad; finalmente, que el solemne día del bautismo es el de Pascua y los intermedios hasta Pentecostes; pero que puede conferirse en cualquier día y á todas horas. Describe también las disposiciones necesarias para recibirle, y nos muestra como establecido ya el uso de los padrinos para responder por el niño. Dice que al salir del agua se nos unge, y de aquí viene el nombre de cristiano; que se imponen después las manos sobre el nuevo bautizado, invocando al Espíritu Santo, para manifestar claramente que debía seguir el sacramento de la confirmación que antes se administraba inmediatamente después del bautismo (1). Parece que Tertuliano no admite el bautismo de los hereges; pero sus expresiones pueden entenderse en sentido ortodoxo, dice así: "No es su Dios ni su Cristo como el nuestro; por consecuencia, ni el bautismo tampoco, y como no es legítimo éste, se puede concluir que no existe, como sucede á todo esto nulo." Dedúcese de estas palabras, que el pensamiento del autor se cifró precisamente á los hereges de su tiempo, porque en lo general alteraban la forma del sacramento, ó á lo menos no tenían la intención de hacer lo que la Iglesia hace, pues que afectaban el bautizar en nombre de un Dios distinto del Criador, y de un Cristo que no era Jesucristo. Porque se ha visto en lo que dejamos escrito anteriormente de los delirios de los gnósticos, que en efecto su mayor número no admitían al Dios de los judíos, y por consecuencia el de los cristianos, y que

(1) La prueba evidente de que Tertuliano distingue estos dos sacramentos, es que los atribuye efectos completamente distintos, es decir: al bautismo el perdón de los pecados, y á la unción é imposición de manos el don del Espíritu Santo. La misma diferencia establece en su tratado de la resurrección de la carne, de manera que es manifiestamente imposible no ver en esto, como opinan los protestantes, mas que una simple ceremonia del bautismo.

si daban el nombre de Cristo al ministro de que Dios se había servido para ilustrar el mundo, no le tenían por tal Jesús, ni por la segunda persona de la Trinidad, como que muchos se aplicaban este nombre á sí mismos, y otros á una potestad diferente del Hijo de Dios.

En el tratado de la oración, Tertuliano ensalza la excelencia de la oración dominical como compuesta por el mismo Jesucristo, y que encierra en compendio las máximas del Evangelio en cierta manera. Despues explica cada peticion en particular, y para concluir combate algunas prácticas que introducian los fieles; como el no atreverse á rezar sin haberse antes lavado el cuerpo, ó á lo menos las manos, y el retirarse de las oraciones del sacrificio los dias de estacion (1) para no exponerse á perder el ayuno acaso por los agapes (comidas) que seguian á aquellos. Por el mismo libro se advierte, que era costumbre cuando rezaban, tener las manos levantadas y extendidas en forma de cruz.

En el tratado contra los espectáculos, Tertuliano enseña que debe huirse de ellos, exponiendo los numerosos peligros que presentan, y haciendo ver que son opuestos á la verdadera piedad y á la solemne promesa hecha en el bautismo, de renunciar al demonio y á sus pompas y sus obras. Cuenta el ejemplo de una muger, que habiendo asistido al espectáculo, volvió de él poseida del demonio; y como en el exorcismo se reprendiese al espíritu inmundado porque se había atrevido á encarrarse en una cristiana, respondió con mucho aire: "yo estaba en mi derecho: la he hallado en mi casa."

Por los libros de Tertuliano á su muger, se infiere que era casado, y que ella era cristiana lo mismo que él. El primero tiene por objeto inclinar á su muger á que permanezca viuda en el caso de que él falleciese antes. El segundo es para persuadirla á que si no quiere continuar en la viudez, case con un cristiano. Despues de establecer en general que no es lícito á los fieles contraer matrimonio con los que no lo son, hace mención de los inconvenientes que traen estas ilícitas alianzas. "Una muger cristiana, dice, pagará al marido pagano deberes de pagano; porque nunca será lo mismo que entre los cristianos, donde todo pasa con modestia como que sucede á vista de Dios. ¿Cómo podrá ella servir á Dios, teniendo á su lado un servidor del demonio, encargado por su señor de perturbarlo? Si necesita ir á la iglesia para una estacion, él la citará á los baños antes de la hora acostumbrada. Si fuese dia de ayuno, él procurará dar un convite en el mismo dia. ¿Permitirá el marido que vaya su muger de calle en calle á visitar á sus hermanos, y acaso á las mas pobres casas? ¿Que salga de noche para asistir á las oraciones de los sacrificios, y que no se acueste en la

(1) Llámabase estaciones á ciertos dias en que los fieles se mantenían reunidos en oracion, y ayunaban hasta la hora de nona.

solemnidad de las Pascuas? ¿La dejará ir sin sospechas á la mesa del Señor, tan desacreditada entre los paganos? ¿Hallará sufrible que su muger entre en las cárceles para besar las cadenas de los mártires, que les laven los pies y les traiga comidas y bebidas? Si llegase un hermano forastero, ¿cómo será recibido en una casa cuyo dueño es pagano? Si hay que dar una limosna, todo lo hallará cerrado la muger; los graneros, la bodega, todo. Asun cuando el marido pagano no se oponga á ninguna de estas prácticas de la vida cristiana, siempre es un mal el tener que confiarlas. Tendrá que esconderse de él para echar la bendicion al lecho ó santiguarse, al soplar para apagar toda inmundicia, y al levantarse de noche para orar. ¿No sabrá él lo que secretamente tomáis antes de todo alimento? Y si sabe que es pan, ¿no creerá que es lo mismo que le decís? Tertuliano habla de la Eucaristia que llevaban los cristianos á sus casas para poder comugar todos los dias, y por este pasaje se advierte, que se comulgaba en ayunas y con frecuencia, y con solo la especie de pan. Ya hemos referido las odiosas calumnias que los paganos prodigaban con este motivo, y era muy de temer que una cristiana les proveyese de un nuevo pretexto para continuarlas con el cuidado mismo que pusiera en ocultar la Eucaristia y tenerla al abrigo de una profanacion. Concluye Tertuliano representando la fealdad de un matrimonio católico: "La Iglesia, dice, hace el contrato, la oblation le confirma, la bendicion es el sello, los ángeles le elevan al Padre Celestial que le ratifica. Dos fieles llevan juntos el mismo yugo, oran, se prosternan y ayunan juntos, se instruyen y exhortan el uno al otro, juntos están en la iglesia y en la santa mesa: visitan libremente á los enfermos, dan limosnas sin contradiccion, asisten sin inquietud á los sacrificios, cantan juntos los himnos y los salmos, y mutuamente se excitan á servir á Dios."

La mas célebre é importante de sus obras es su Apologético, compuesto hácia el año de 200 para defensa de los cristianos que en varios lugares empezaban á ser perseguidos. Esta apologia, mas extensa que todas las que habían parecido hasta entónces, tambien las aventaja por la energía de su estilo incomparable, por el brillo, abundancia y nobleza de los pensamientos, por la fuerza del raciocinio, por la viveza de la discusion y por los movimientos de una elocuencia, siempre sólida é igualmente persuasiva. Dedicóla Tertuliano, sin poner su nombre, al senado romano y á los gobernadores de las provincias.

Quéjase al principio de que se condenase á los cristianos sin oírlos ni permitir que se justificasen, reuitando lo absurdo del rescripto de Trajano, que todavía servia de regla en las causas que se fulminaban contra ellos; y para debilitar la autoridad de las antiguas leyes, hace ver que en general las leyes humanas no son infalibles, que dejan de ser útiles muchas veces, y cita muchas cuyo uso estaba de-

rogado, añadiendo que no las hacen recomendables ni su antigüedad, ni la dignidad de su autor, sino el verse apoyadas en la equidad y en la justicia. Alega que los emperadores más sabios habían sido los menos severos con los cristianos, y que los primeros perseguidores, así como los más crueles, habían sido unos monstruos, cuya memoria era execrada por los mismos paganos. Cuando llega á las culminaciones relativas á los incestos y comidas de carne humana, justifica la falsedad de ellas, y aun la inverosimilitud con pruebas irreplicables, y el propio tiempo reprende á los paganos, con mayor justicia, los mismos crímenes de que ellos, sin verdad, acusaban á los cristianos.

Tertuliano responde en seguida á las dos capitales acusaciones, que eran el fundamento de todas las demás, la de sacrilegio y lesa magestad. Para combatir la primera, comprueba lo absurdo de la idolatría, recordando la historia de los falsos dioses y todas las infamias en que se implicaron; después demuestra la verdad de la religión cristiana con el cumplimiento de todas las profecías y los milagros de Jesucristo, cuya relación, enviada por Pilato, se había insertado en los archivos de los romanos. "Lo que nosotros adoramos, dice, es un solo Dios, criador del universo y de todo lo que en él se contiene: todos los hombres pueden conocerle observando sus obras y oyendo la voz de su conciencia, la que á pesar de las pasiones, de la preocupación y de las vulgares supersticiones, siempre que ella se deja sentir, le nombra solo con esta palabra: Dios; gran Dios; buen Dios; lo que sea del agrado de Dios: lo que Dios quiere: encuéntrole á Dios: Dios me lo volverá: estos son los testimonios del alma naturalmente cristiana; y cuando se explica así, no mira al Capitolio, mira al cielo. Para mas patentizarse y hacernos conocer su voluntad, nos ha dado Dios el auxilio de las Escrituras, y se hizo aquejar por unos profetas llenos del Espíritu Santo, y cuyos escritos inspirados poseemos." Dedicase Tertuliano á demostrar la autoridad de estos divinos libros, y recuerda particularmente las predicciones que habian anunciado el establecimiento del cristianismo. "Se ven, dice, dispersos los judíos, vagando, desterrados de su patria, errantes por el universo, sin tener por rey ni á Dios ni á los hombres. Ni aun como extranjeros se les permite poner los pies en su país. La santa palabra que les amenazaba con estas deserciones, anunciaba tambien al mismo tiempo que al fin de los siglos Dios escogería los más fieles adoradores de toda nación, de todo pueblo, y de todo lugar, y que les daría su gracia con más abundancia, mereced á la grandeza de aquel que los habia de instruir. Predicho estaba que el autor de esta gracia y el maestro que les enseñase á todos esta doctrina, seria el Hijo de Dios." Con esta ocasion Tertuliano describe la naturaleza del Verbo, su misteriosa generacion, su union con el Padre, y se extiende con toda claridad acerca de la unidad de la sustancia y la distincion de las personas. "El

Verbo es espíritu de un espíritu, Dios de Dios y como una luz de otra luz. Así, el Verbo es Hijo de Dios y los dos son uno; ha salido de su principio sin dejarlo." Donde se encuentran varias expresiones adoptadas despues en el simbolo de Nicea.

En cuanto á la acusacion de lesa magestad, se explica así Tertuliano: "En lugar de rogar por el emperador á dioses que no hay, á muertos ó estatuas que tienen necesidad de su proteccion, nosotros invocamos al Dios vivo y eterno. No juramos por el genio del César, sino por su salud, mas augusta que todos los genios, que no son otra cosa que demonios. Respetamos al emperador, porque sabemos que Dios le ha puesto en esta dignidad; pero yo no le llamaré dios, porque no sé mentir, y no trato de burlarme de él. Ningun reparo tengo en llamarle señor, con tal que no se quiera confundir este tratamiento con el que damos á Dios. Como, pues, se nos mira como enemigos públicos, porque en vez de encender hogueras en las calles, poner mesas en ellas, mezclar el vino con el lodo y correr en grupos para cometer insolencias, nosotros cumplimos nuestros deberes hacia los emperadores con sobriedad y modestia; Tan culpables somos, por no cubrir nuestras puertas con ramas de laurel, y no encender lámparas en medio del día, como se hace para señalar los lugares infames." Tertuliano pondera la fidelidad inviolable de los cristianos, á quienes nunca se vio mezclarse en las guerras civiles, y que sufren sin quejarse toda clase de persecuciones, aun cuando son bastantes en número para vengarse de sus enemigos, si no les hubieran enseñado que no es lícito rebelarse, y añade: "Ahora quiero manifestaros en qué se ocupa la facion de los cristianos; nosotros formamos un solo cuerpo, porque tenemos la misma religion, las mismas reglas de conducta y las mismas esperanzas. Nosotros nos juntamos para pedir á Dios y leer las divinas Escrituras que sostienen nuestra fé. Allí se hacen las exhortaciones, las correcciones y las censuras. Presiden los ancianos mas acreditados que han llegado á obtener este honor, no por dinero, sino por la buena fama de su vida. Si tenemos una especie de tesoro, no es con perjuicio de la religion. Todos contribuyen al fin del mas, ó cuando quieren, porque á nadie se le obliga á contribuir, y lo que se recoge de esta manera, no se gasta en festivos inútiles, sino en mantener y enterrar á los pobres, en aliviar á los huérfanos, á los ancianos y á los que se han salvado de los naufragios, á los que trabajan en las minas, y á los que están presos ó desterrados por la causa de Dios. Muy de extrañar es que desagraden á nuestros enemigos estas practicas de caridad, y se animaran tambien de que nosotros estariamos dispuestos á morir los unos por los otros. Admirables está porque ellos están mas dispuestos á matarse. Como no tenemos entre todos mas que un mismo corazón y un mismo espíritu, no tenemos inconveniente en comunicar nuestros bienes; no hay, pues, que extrañar si tal amistad proporciona nuestras comidas co-

munes. Ya se sabe el fin de estos *agapes* (nombre que se daba á aquellas comidas de *caridad*, porque servian de alivio á los pobres). Nadie se pone á la mesa hasta haber orado, solo se come lo necesario, se habla con el conocimiento de que Dios está escuchando, y no se olvida uno el beber de que tiene que estar en vela toda la noche para hacer sus ejercicios. Después de lavarse las manos, se encienden las lámparas y se conviende á todos para que canten alabanzas al Señor, y cuando se concluye la oracion se retiran con la mayor modestia.

Diserte sucesivamente Tertuliano los otros cargos que hacian á los cristianos. "Si el Tiber, dice, sale de madre; si el Nilo no inunda la provincia; si no acude la lluvia; si furemba la tierra ó aparecen el hambre ó la peste, al instante gritan: Echad leones á los cristianos; como si todas estas cosas no hubieran ocurrido en el mundo hasta después de la venida de Jesucristo. Dicen que somos inútiles en el comercio de la vida; pero cómo puede decirse, cuando vivimos con vosotros usando los mismos alimentos, los mismos vestidos y los mismos muebles? Nosotros frecuentamos vuestros mercados, tiendas, baños y posadas. Si bajari las rentas de los templos, es porque no podemos socorrer á un mismo tiempo á los hombres y á los dioses con todo lo que se nos pide. Que extienda Júpiter la mano y nosotros le daremos. Pero no sería tampoco fuera de propósito considerar el daño que hace al Estado la pérdida de tantos inocentes. Pongo por testigo vuestros registros, jueces que entendéis en lo criminal, ¿hay un solo cristiano entre los malhechores? Vuestros son los infelices que componen este catálogo; y si se hallan cristianos en él, solo es por causa de religion, ó son aquellos que cobardemente la habian antes abandonado. Nos llamais desesperados porque despreciamos la muerte que cubrió de gloria á Scévola, Régulo y otros tantos que perecieron por su patria, por el imperio ó por la amistad: solo reputais por locura el morir por Dios. Por mas que nos ostigueis cuanto os cumpla, nada ganará vuestra crueldad en atormentarnos: nosotros nos multiplicamos á proporcion que nos vais segando; la sangre de los mártires se convierte en una semilla fecunda de nuestros cristianos."

Tertuliano escribió al mismo tiempo que su Apologético, los dos libros á las naciones, que tienen igualmente por objeto la defensa de la religion cristiana, y poco mas ó menos contienen la misma materia y fondo de ideas que la obra antecedente. Por entonces compuso tambien otra titulada, Testimonio del alma, en que explica lo que en pocas palabras dijo en su Apologético, que la corrupcion de los hombres no ha podido borrar en tanto grado las nociones de la verdad primitivamente impresas en el alma, que no presente frecuentemente testimonio de la existencia de un solo Dios. A estas obras contra gentiles, hay que añadir el escrito dirigido á Scápula, gobernador de Africa, exhortándole para que hiciera que ce-

sase la persecucion. Tambien es una especie de apología en favor de los cristianos, en la que Tertuliano los disculpa de las obras que se les imputan comunmente, y recuerda los servicios que habian prestado, especialmente la milagrosa lluvia que obtuvieron en tiempo de Marco Aurelio. Cita algunos sucesos extraordinarios para que se conozcan los efectos de la divina venganza contra los perseguidores, y refiere el ejemplo de muchos gobernadores, que teniendo semejantes castigos, trataron á los cristianos con mas humanidad. Compúsose este escrito hacia el año 211, inmediatamente después de la muerte de Severo.

La primera obra de Tertuliano contra los hereges, y sin contradiccion una de las mas útiles, fué el tratado de las Prescripciones, en el que expone ciertos principios que deben servir para condenar todos los errores contrarios á la fé católica, sin entrar en la particular discusion del fondo, y por la simple consideracion de su novedad. Advierte desde luego que no hay motivo de admitirse de la multitud de heregias, pues que estaban profetizadas, ni debe nadie vacilar por la prevencion de los personajes mas considerables en la Iglesia, como si hubiera pensado en evitar el escándalo que él mismo causó en adelante. Después asienta este principio fundamental: que no es lícito escoger ó adoptar una doctrina nueva, sino que hay que atenerse á la de Jesucristo y de los apóstoles: reprende á los hereges su vana curiosidad y aquella temeraria presuncion que los arroja á inventar sin cesar sistemas nuevos, procurando descubrir por sí mismos la verdad que debian contentarse en aprender por la doctrina de Jesucristo. Manifiesta que las heregias se habian originado de la filosofía pagana, y declama fuertemente contra esta mezcla de los sistemas humanos con la doctrina del Evangelio. Sostiene que no se debe tolerar que los hereges intenten autorizarse con la Escritura; pues que ellos rechazan muchos libros santos, mutilan otros, y los explican á su modo. En vez de entrar en discusion sobre los pasages que ellos alegan, basta saber de quién son las Escrituras, quién está encargado de su depósito, quién está en posesion de la doctrina de Jesucristo, por quién se ha establecido, y cómo ha debido transmitirse. Jesucristo confió el depósito del Evangelio á doce hombres que habia enviado á predicar en su nombre por todo el universo. Ellos fundaron Iglesias primeramente en Judea y después en las demas naciones. Todas estas Iglesias juntas no son mas que una sola por la comunión y la unidad de la doctrina. Luego nada se debe admitir mas que lo que los apóstoles han enseñado, y se conoce su enseñanza y su doctrina por la fé de las Iglesias que han establecido, y que han sido instruidas por ellos mismos de viva voz y con sus cartas. Los hereges deben presentar el origen de sus Iglesias y el orden y sucesion de sus obispos. Los apóstoles nada han ignorado concerniente á la salvacion, y toda esta doctrina la han comunicado á sus discípulos,

Las Iglesias no han alterado esta enseñanza, pues se ve que en todas partes es uniforme. Lo que se ha enseñado desde el origen, debe ser la verdad y venir de Jesucristo: lo que despues se ha añadido, es falso y extraño. Bien sabido es el nacimiento de las heregias: son posteriores al establecimiento de la Iglesia de que se han separado; porque las suyas no están ligadas á los apóstoles ni á los discípulos de éstos por vínculo alguno. Además: se les puede preguntar con qué derecho se ponen á enseñar, y están obligados á justificar, como lo hicieron los apóstoles, su misión con milagros. Por otra parte, sus costumbres no son mas paras que sus doctrinas: nada se ve en su vida que no sepa á terreno y mundano. Desprecian nuestra veppación á la disciplina eclesiástica, y siempre obran sin orden ni reglas. Entre ellos no se distinguen los católicomos de los fieles: á todos conceden la absolución sin discernimiento. Dan las órdenes sin examinar á los aspirantes. Tampoco se esmeran mucho en convertir á los paganos: lo único en que tienen celo, es para pervertir á los que siguen la verdadera fe. Tal es el resumen de los principios admirablemente explanados en esta importante obra.

Todavía siendo católico, escribió Tertuliano un libro titulado, Scopniaco, para manifestar la excelencia del martirio contra los gnósticos que le condenaban, el libro dirigido á los mártires presos para animarlos y consolarlos, los dos sobre los adornos de las mugeres y acaso el tratado contra los judíos y el de la idolatría, aunque en uno y otro parece que condpa la profesion de las armas; por lo que se infiere que si no habia ya incurrido en el esima, á lo menos se iba apartando de la doctrina de la Iglesia, porque en su Apologético dice expresamente que en los ejércitos del emperador habia cristianos y no los condenaba. Lo mismo puede decirse respecto á su exhortación á la castidad, porque se expresa con bastante dureza sobre las segundas nupcias, aunque enteramente no las condena. Las demas obras suyas las escribió despues de su caída, y no por eso dejan algunas de ser exactamente consideradas en globo, salvo algunos pasages en que se notan claramente los errores del montanismo.

La mas considerable de estas obras es el tratado contra Marcion, compuesto en el año 207, y dividido en cinco libros: en el primero prueba Tertuliano la unidad de Dios, demostrando que un primer principio eterno é increado debe ser soberanamente perfecto: que la perfeccion soberana resulta evidentemente de la necesidad de ser, y lleva en sí la necesidad de la unidad: que no hay razon alguna para admitir dos principios, como no habria para admitir mil; y finalmente, la doctrina de los dos principios opuestos contiene una multitud de contradicciones sin salvar ninguna dificultad de las que creyeron los marcionitas haber resuelto adoptandola. En el segundo libro prueba que el Dios criador, adorado por los judíos, es

el solo verdadero; que su bondad se infiere por sus obras, por su providencia, por sus leyes, por su misericordia con los pecadores: luego resuelve Tertuliano las dificultades que objetaban los marcionitas contra la conducta de Dios en el antiguo Testamento, y explica el origen del mal por el abuso que hizo el hombre de la libertad que le fué dada para que fuese capaz de mérito y de recompensa. En los siguientes libros explana cómo Jesucristo es verdadero e independiente hijo del Criador, pero Dios del universo; que el mismo asegurado era enviado por él y no por otro: que como tal fué anunciado por los profetas: que toda su vida se predijo y explicó con figuras en el antiguo Testamento; que él explicó y confirmó la ley y los profetas: que tomó verdadera carne haciéndose hombre como nosotros; y que sus padecimientos y su muerte fueron reales y no aparentes.

Compuso igualmente Tertuliano un tratado especial sobre la carne de Jesucristo para manifestar que el Hijo de Dios habia tomado verdadero cuerpo, y no uno aéreo ó aparente, como lo sostenian los marcionitas y gnósticos, suponiendo que Cristo no habia podido revestirse de un cuerpo terreno, porque la materia era mala, y porque los cuerpos eran obra del Criador, enemigo, según ellos, del verdadero Dios. Hizo además un tratado particular para probar la resurreccion de la carne contra los mismos hereges, que decian que las almas abandonan para siempre los cuerpos en que las encerró el Criador, al volver al seno del Dios que ellas fugian superior al Criador.

Despues de haber sostenido la unidad de Dios contra Marcion, defiende Tertuliano la Trinidad de las personas en su libro contra Praxeas. Este herege, frigio de nacion, fué á Roma en el pontificado de Victor, y denunció al mismo Pontífice los errores de Montano; pero engañado con el título de mártir que él se tomó por haber estado preso algun tiempo por confesar la fe, principió á dogmatizar por sí y enseñaba que el Padre no se distingue realmente de Jesucristo; que estos dos nombres significaban una misma persona, mirada en dos distintas relaciones, y por tanto el Padre era el que habia tomado cuerpo en el seno de la Virgen y habia sufrido la muerte de cruz. A los que inventaron en este error, llamaron patrópasionarios, porque atribuían al Padre la passion. También se llamaron monárquicos, como glorándose de no admitir mas que un solo principio. Praxeas sedujo á algunas personas en Roma, y convencido de su error, fué obligado á retractarse por escrito. Pero volviendo á recaer á paco, y extendiéndose esta heregia por Cartago, á donde probablemente habia él pasado, escribió Tertuliano, que era ya montanista, un tratado contra él, en que expuso y probó perfectamente la doctrina de la Iglesia, concerniente á la Trinidad, haciendo ver por medio de la explicacion de una multitud de pasages de la Sagrada Escritura, la distincion real de las tres personas, y demostrando que esta trinidad de personas no destruyó la unidad

de Dios, ni establece muchos principios, porque aquellas no tienen mas que una sola y misma sustancia.

Escribió también Tertuliano contra Hermógenes, otro herege que dogmatizaba por entonces, y decía que la materia era eterna, y que Dios para formar el mundo no había hecho otra cosa que acomodarla á este fin: también compuso un tratado contra los valentinianos, en que se cibe á exponer sus errores para que resultase su ridiculez; en fin, en el tratado del alma, combate la metempepsis y otros errores de filósofos ó de hereges sobre el origen y destino del alma; pero él mismo sostiene en este libro opiniones peregrinas é inadmisibles. Aquí es donde refiere una vision de una muger montanista para probar que el alma es corpórea y capaz de extension: sin embargo, reconoce al mismo tiempo que no es ni compuesta, ni divisible, ni corruptible: por esto se puede creer que acaso suponía, siguiendo á los filósofos de aquella época, que el alma y todos los espiritus están siempre revestidos de un cuerpo sutil para poder obrar exteriormente, ó que admitía una especie de extension inmaterial, como lo han hecho algunos filósofos de los tiempos modernos. En efecto, se ve en el tratado contra Hermógenes, que emplea la palabra cuerpo como sinónimo de sustancia, y que la aplica al mismo Dios á quien no cree material, pues que dice expresamente, que Dios es un espíritu, y por otra parte todo este tratado conspira á probar que Dios crió la materia. Por lo demás, es cierto que él se apartaba en este punto del lenguaje comun y de la general creencia: pues que en el tratado de la resurreccion dice expresamente que no piensa como el vulgo, sino que cree que el alma es incorpórea.

Los otros libros de Tertuliano, son el tratado del Manto ó de la capa, en el que intenta la demostracion de las razones que le asistieron para dejar la ropa larga de los romanos y tomar la de los filósofos; los libros de la Corona y de la Paga, en donde enseña que contra la opinion general no era licito á los cristianos llevar en la cabeza coronas de laurel: ni luir de las peraucciones: el tratado de la Monogamia, en que condena como ilícitas las segundas nupcias: el de la Pudicicia, donde defiende que no se puede admitir á reconciliacion á los que han violado las leyes de la castidad: el tratado del Ayuno, para sostener las nuevas leyes de los montanistas en este artículo; y finalmente un libro destinado á probar que las vírgenes deben andar con velo. Aunque estos libros se dirigieron contra la Iglesia católica, son preciosos respectivamente por los numerosos documentos que proporcionan sobre la disciplina de la Iglesia primitiva ó de los tres primeros siglos de ella.

En el tratado de los Ayunos que se escribió hácia el año de 217, se ve que los católicos no reconocian como ayunos de general obligacion, sino los que precedian á la Pascua, y se hallan designados ya con el nombre de cuaresima en las obras de Orígenes (*Homil. X.*

in Levit.) En aquellos dias se ayunaba hasta la hora de vísperas, es decir, hasta la tarde; pero había otros ayunos cada semana, que sin ser obligatorios eran generalmente observados, á saber, los miércoles y viernes, y se llamaban estaciones, no durando el ayuno mas que hasta hora de nona. Finalmente, había otros ayunos que mandaban hacer los obispos por las necesidades de la Iglesia, y otros que cada uno se imponia por devocion particular y concluián á la misma hora. Algunos fieles pasaban muchos dias sin tomar ninguna clase de alimentos, especialmente en la semana santa: otros añadian al ayuno una particular abstinencia que se nombraba xerophagia; y consistia en no comer mas que frutas secas y aun muy óhscimas veces solo pan y agua con un poco de sal: esto solo se observaba en los ayunos de devocion. Los montanistas tuvieron la temeridad de imponerle como obligatorio, así como los ayunos de las estaciones, profingando estos hasta la tarde con sola la autoridad de su fingido Paráclito. Por lo demás no se ayunaba los domingos, ni en los cincuenta dias que median entre la Pascua y Pentecostes.

En el libro de la Pudicicia, Tertuliano, con motivo de una sentencia del Papa contra los montanistas, se expresa en estos términos: "He sabido que se ha publicado una decision completamente perentoria; porque el soberano Pontífice, es á saber, el obispo de los obispos, declara que perdona los pecados de adulterio á los que hubieren hecho penitencia." Donde se ve un testimonio de excepcion sobre la autoridad que se reconocia en el obispo de Roma; porque aunque Tertuliano hablaba así por ironía, y no exaltaba esos títulos mas que para burlarse de ellos, es evidente que esta burla no hubiera tenido fundamento, si en efecto el Papa no hubiese sido considerado por los católicos como el jefe de la religion y pastor de los mismos obispos. En dos pasages del mismo libro habla de la figura del buen Pastor que ponian los católicos en sus cálices, y aunque estaba muy irritado con ellos, no se atrevió á reprehender este uso; en lo que se justifica que había venido por tradición la costumbre de poner imágenes, y no era posible desvirtuar aquella autoridad.

Escribió el libro de la Corona hácia el año 235, con motivo de que un soldado cristiano se negó á ponerse en la cabeza una de laurel, cuando se presentó con sus compañeros para recibir los premios que se distribuian en el campo en nombre de los emperadores. Como le vieron acercarse solo con la cabeza descubierta y la corona en la mano, atrajo la atencion esta singularidad y produjo murmullos: preguntándole el tribuno la razon, y sabiendo por él que no se había creído autorizado para coronarse siendo cristiano, le mandó remitir á los prefectos del campo que le degradaron y pusieron preso. Muchos cristianos desaprobaban la conducta de este soldado como imprudente; porque se expuso temerariamente con su

declaracion intempestiva, y puso en peligro la paz de la Iglesia por una cosa indiferente. Empeñó Tertuliano la justificacion de este soldado apoyándose en la autoridad de la tradicion, y aprovecha esta coyuntura para referir gran número de prácticas que tienen el mismo fundamento. "Principiando por el bautismo, dice, antes de entrar en el agua, protestamos en la misma capilla, y algun tiempo antes en la iglesia, y en manos del prelado, que renunciamos al demonio y á sus pompas y á sus ángeles: luego nos sumergen tres veces y respondemos cosas que no están prevenidas en el Evangelio. Después de sacarnos de la pila nos dan á probar leche y miel, y desde aquel día nos abstemos del baño ordinario toda una semana. En cuanto al sacramento de la Eucaristia, que el Señor ordenó á todos, y al tiempo de la comida, nosotros le recibimos aun en las asambleas que se tienen antes del día y solamente de manos del que preside en ellas. Nos apesadumbramos mucho cuando cae al suelo cualquiera porcion de nuestro pan ó de lo que el cáliz contiene. Todos los años hacemos oraciones por los difuntos y en las fiestas de los mártires. No tenemos por licito ayunar ni hacer oracion de rodillas en los domingos, y observamos lo mismo desde la Pasena hasta Pentecostes. Siempre hacemos la señal de la cruz en el acto de empezar alguna obra ó movimiento, cuando entramos á salirnos, cuando nos vestimos ó nos calzamos, cuando vamos á bañarnos, ó nos ponemos á comer, ó vamos á la cama, al sentarnos ó al encender una luz. Pues si vais á buscar en las Sagradas Escrituras algun precepto para estas prácticas, no le hallaréis, os dirán que se han introducido por tradicion, que las ha conservado la costumbre, y la fe las observa."

El último libro que Tertuliano al parecer escribió, es el *Velo de las vírgenes*. Como San Pablo habia recomendado que las mugeres para razar tuviesen la cabeza cubierta, se habia observado invariablemente esta regla respecto á las casadas, é introduciéndose el uso entre las doncellas en muchas Iglesias del Occidente y en algunas otras del Oriente, sobre todo en la Grecia. En Africa quedó este punto en libertad, y se cubrian ó no las doncellas á su gusto. Principiando á extenderse la herejía de Montano que mandaba esta práctica, antes indiferente, las doncellas que no se acomodaban á ella, obligaron á las demás á que dejasen de cubrirse para evitar escándalo: y así la contraria costumbre se hizo en el Africa universal. Tertuliano, que ya llevaba mucho tiempo de montanista, compuso este tratado para hacer revivir la práctica de que las jóvenes hábiles no se presentasen sin velo en parte alguna y menos en iglesia, debiendo este descender hasta la cintura. Habla allí de vírgenes que él obispo colocaba en la categoria de viudas y recibian pensión de la Iglesia, sin duda á título de diaconisas, y que hacian voto de perpetua virginidad. Esto es lo mas notable que se halla en las enunciadadas obras de Tertuliano.

Murió el emperador Severo en la Gran Bretaña á 4 de Febrero del año 211. Hacía dos años que estaba peleando con aquellos habitantes que se habian rebelado, y habiéndolos reducido á pedir la paz, cuando se adelantaba á caballo entre los dos ejércitos para firmarla, su hijo Caracalla, que le acompañaba, se detuvo un poco y sacó la espada para matarlo por detras; mas se detuvo al oír un clamor que se levantó de repente, y entró su espada. Severo, que habia reparado este suceso, se contentó con reprehenderle; pero le causó tanta sensacion, que enfermó de resultas y murió á poco tiempo devorado de tristeza á la edad de 65 años. Viendo que se acercaba el término de su vida, exclamó lleno de amargura: "Yo he sido lo que un hombre puede ser en su vida; pero ahora, ¿qué me sirven esos honores que han pasado ya?" Mandó traer la urna destinada á recoger sus cenizas, y tomándola en sus manos continuó: "Únita, tú vas á encerrar al hombre para quien todo el orbe era poco. Sus dos hijos Caracalla y Geta le sucedieron como que habian sido asociados al imperio en tiempo de su padre; pero no podian sufrirse el uno al otro, y al volver á Roma trataron varias veces de matarse. Por último, habiendo inducido Caracalla á la madre de ambos, Julia, á que los llamase á su habitación para procurar conciliarlos, logró que diesen de estocadas á su hermano que estaba descuidado: este espiró en los brazos de su madre que fué tambien herida. Mandó aquel monstro asestar en seguida á una infinidad de personas, sola culpadas por haber manifestado inclinacion á Geta, y no dejó de señalarse con la nota de cruel por sus actos posteriores y repetidos. Porque los habitantes de Alejandria se burlaron de él, halliéndolos reunidos en unas fiestas publicas les mandó cercar por sus soldados y que los pasaran á cuchillo. El mismo trato dió al pueblo romano, porque se mostraron de un cohecho á quien él estimaba. No faltó sin embargo, quien le alaba de algunas buenas acciones." Amplió á todos los súbditos del imperio los derechos de ciudadanos romanos, y dejó á los cristianos la libertad de seguir su religion, de manera que muy pronto cesó la persecucion que habia durado doce años. Al principio se habia llamado Basiano, y su padre le nombro Antonio quando le asoció al imperio; pero es mas conocido con el de Caracalla, que le dieron por haber traído de las Galias una especie de cascaca que regaló con profusion al pueblo.

San Serapion, obispo de Antioquia, celebre por algunos escritos de que hemos hablado, murió quando empezaba á reinar este emperador, y obtuvo la mitra San Aschapiates, que generosamente confesó la fe durante la persecucion. San Alejandro, obispo de Capadocia, permaneció aun preso, y escribió con motivo de aquella eleccion una carta de felicitacion á la Iglesia de Antioquia, y la envió por medio de Clemente Alejandrino, cuyo celo y consumada virtud ensalzaba. Habia sido discípulo de este ilustre doctor, lo

mismo que de San Pantenes, y cimentado una estrecha amistad con Orígenes.

Habiendo salido de Alejandria, fué escogido para obispo de una Iglesia, que se cree seria Flaviana en Capadocia. Allí le fué encontrado Clemente en el tiempo de la persecucion, para hallarse mannos expuesto en un pais donde su nombre seria desconocido. No pasó mucho sin que el mismo Alejandro fuese encarcelado, y permaneciese así muchos años por confesar su fé. En cuanto se halló libre, en el año de 212, tuvo una aparicion, en la que Dios le mandó fuese á Jerusalem á visitar los Santos Lugares. Acercándose á esta ciudad, su obispo San Narciso tuvo con otras personas revelacion una noche, y oyeron claramente una voz que les mandó saliesen á recibir fuera de puertas, y tomar por obispo al primero que Dios les deparase. Obedecieron, y se hallaron con San Alejandro; y aunque era ya obispo de otra diócesis, le retirieron con el unánime parecer de los demas prelados de la provincia para gobernar á Jerusalem en union con Narciso, á quien su extremada rejez impedia llenar este cargo. Y esto es el primer ejemplar de un obispo trasladado de una silla á otra, y dado por coadjutor á un titular; aunque no seria error asegurar que no habia conservado San Narciso mas que el honor y no la autoridad de la mitra, mediante á esta explicacion de San Alejandro en una carta dirigida á los antiochios: "Salidos de parte de Narciso, que gobernó esta Iglesia antes que yo, y que teniendo ya ciento y diez y seis años, se me á mi con solo sus oraciones." En cuanto fué nombrado obispo, se dedicó San Alejandro á formar en aquella ciudad una numerosa biblioteca, en que reunió con cuidado las obras de los mayores ingenios que habian escrito para defensa de la fé. En tiempo de Eusebio, subsistia aún, porque manifesta haber sacado de ella preciosos materiales para componer su historia. Este santo obispo fué uno de los que tomaron á su cargo la defensa de Orígenes, y murió preso en Cesarea durante la persecucion de Decio.

San Narciso, que le precedió en la silla de Jerusalem, se habia hecho célebre por sus virtudes y milagros. Habia gobernado esta Iglesia desde el tiempo de Cómodo, y se halló en el concilio de Palestina, celebrado para la cuestion de la Pasena. Entre el gran número de prodigios que obró, y cuya memoria subsistia todavía en tiempo de Ensebio, cuenta este historiador que en la noche precedente á la Pasena, ó sea su vigilia, faltaba aceite para las lámparas de la iglesia; y como esta novedad conmoviese los ánimos de muchos del pueblo, mandó San Narciso sacar agua de un pozo inmediato, y con sus oraciones se convirtió en aceite. Los restos que quedaron se conservaron por los fieles en muchas casas por mas de cien años, como en memoria de este milagro. A pesar de sus virtudes eminentes, no le perdonó la calumnia: algunos malos cristianos, cuyos desórdenes reprendia, se confabularon para acusarlo de

un crimen atroz, y no faltaron tres que afirmaron la impostura con juramentos é imprecaciones. Uno dijo: "permítame Dios que el fuego me consuma, si lo que digo no es cierto." Otro decía: "que me llene de úlceras;" y el tercero, "que pierda yo la vista de repente." Tan conocida era la virtud de Narciso, que nadie lo creyó ni hizo caso de sus juramentos. Indignado, sin embargo, el santo obispo, y deseoso de retirarse á la soledad y al silencio, se aprovechó de esta ocasion para separarse de la vista del pueblo, y pasó muchos años en sitios ocultos sin que nadie supiese lo que habia sido de él. La Divina Providencia no tardó en castigar á los calumniadores. Una noche se incendió la casa del primer testigo falso; quien se quemó con toda su familia: el segundo se cubrió de úlceras, de piés á cabeza, de manera que las carnes se le caian á pedazos; y el tercero, aterrado con el castigo de los otros dos, confesó públicamente la conjuracion que habian formado, y tanto flojó su crimen que se quedó ciego. Estos ejemplares castigos aumentaron el pesar que causaba á sus ovejas la ausencia de San Narciso; pero como no sabian el sitio donde se habia retirado, creyeron los obispos inmediatos seria conveniente nombrar otro obispo de Jerusalem, y fué elegido Din, y otros dos despues de él. No volvió á presentarse Narciso hasta que ya era muy viejo, y cuando no era capaz de ejercer sus funciones. Sin embargo, todos los fieles le rogaban tomase la direccion de su grey; y entonces fué cuando Dios le envió á San Alejandro para que le auxiliara en el desempeño de su cargo. Ya dejamos dicho que vivió ciento y diez y seis años; pero se ignora la época de su fallecimiento.

En el reinado de Caracalla fué cuando Minucio Felix escribió el excelente dialogo en defensa de la religion cristiana contra las calumnias de los paganos. Introduce en él dos amigos suyos, Octavio, que ya era cristiano, y Cecilio Natal, idólatra: Minucio era abogado y Octavio tambien; y cuando dejaron sus antiguos errores, ya eran de bastante edad, y habian participado de todas las preocupaciones vulgares contra los cristianos. El primero que se convirtió fué Octavio; pero no tardó Minucio en seguir su ejemplo. Habian fijado su residencia en Roma, aunque segun todas las apariencias eran oriundos de Africa; sin embargo, ya hacia tiempo que Octavio habia dejado aquella ciudad, cuando le ocurrió un asunto que le obligó á hacer un viaje á ella. Era el tiempo de la vendimia, y como Minucio se hallaba libre, aprovechó las vacaciones para pasar unos dias en Ostia, llevando en su compañía á Octavio y Cecilio. Estándose paseando una mañana en la costa, halló este un ídolo de Serapis, y en señal de adoracion se llevó la mano á la boca y la besó; reparando esto Octavio, dijo á Minucio: "En verdad, amigo mio, es indigno de vos el sufrir que un amigo con quien estáis tan íntimamente unido, permanezca en esta ceguedad." Continuaron su paseo hablando de cosas indiferentes; pero Cecilio pa-

racia triste y pensativo; preguntándole Minucio la causa, confesó que le habían incomodado las palabras de Octavio, y añadió que pues le había tocado de ignorante, deseaba entrar en conferencia con él y defender el culto de sus dioses. Sentáronse, pues, en un ribazo, poniendo en medio á Minucio, á quien tomaron por juez en esta discusión.

Habló Cecilio el primero, y por sus palabras se infieren las ciegas preocupaciones que tenían los paganos contra el cristianismo. Ponderó desde luego la incertidumbre de los conocimientos del hombre, vituperando por ello la temeridad de algunos cristianos que se atrevían á decidir cuestiones muy oscuras y despreciar la tradición de todos los siglos, para adherirse á incomprendibles novedades. "No puede verse, dice, sin indignación y dolor, que gentes ignorantes, sin la menor tintura de ciencia, literatura ó artes aun las mas vulgares, se atrevan á decidir sobre la soberana naturaleza y otros puntos que sirven de objetos de perpetuas controversias á muchas sectas de filósofos, y con gran razon, supuesto que muy distantes de comprender las cosas divinas, ni nos podemos conocer á nosotros mismos. En la oscuridad en que vivimos, es preferible seguir las antiguas tradiciones, y sin querer juzgar á los dioses, referirse al testimonio de los antiguos que estaban mas cerca del origen del mundo. Deplorable es, por cierto, ver á una facción desesperada declararse contra los dioses, y los sujetos mas infimos del populacho formar una conjuración profana y reunirse en nocturnas asambleas ó inhumanos convites para combatir lo que todos los hombres respetan. En sus tenebrosas reuniones insultan á la religión, se mojan de los dioses, de los templos, de los sacrificios; desprecian los honores del sacerdocio y la púrpura de los Pontífices, estando ellos medio desquidos. Llega su locura hasta tener en poco los presentes padecimientos, porque temen otros inciertos y futuros, y no se acuitan por la proximidad de la muerte, con la esperanza de que entonces tendrán mejor vida. Extendidos por todo el mundo, se dan mutuamente á conocer por ciertas secretas señales. Se aman sin haberse visto, y se llaman hermanos y hermanas, cubriendo con estos bellos nombres, crímenes é infamias que cometen por vía de culto y religión. No se contentan de ellos tantos actos vergonzosos, si estas acusaciones no resultaran apoyadas en la verdad. Dicen que adoran la cabeza de un *asno*, el madero infame de la Cruz y á un hombre ajusticiado." Refiere despues Cecilio las exortaciones comunes sobre los incestos y el comer carne humana, é intenta justificarlas observando el cuidado que tenían los cristianos de ocultar sus misterios. "Las cosas hechas, dice, no temen la publicidad: las criminales solamente apetezen el secreto. ¿Por qué no tienen á la vista de todos sus templos, sus altares, ni idolo alguno conocido? ¿Por qué no se atreven á hablar claramente ni á juntarse en público, si es cierto que el culto que presentan secre-

tamente nada tiene de punible ni vergonzoso? ¿Qué clase de Dios es ese, único, solitario y abandonado, desconocido de todas las naciones, excepto de los judíos, miserable pueblo, que á lo menos tenia templos, altares y víctimas? ¿Tan poco poderoso es este Dios, que él y su pueblo son prisioneros de los romanos. ¿Qué pensaremos de sus ridiculas ocupaciones y de los continuos cuidados que le atribuyen los cristianos, suponiendo que se mezcla en todo cuanto se hace en el mundo; que se informa de las acciones, palabras y pensamientos mas secretos: que se pasea y se halla en todas partes; que todo lo quiere conocer y arreglar, como si fuese suficiente para ocuparse en esta infinidad de menudencias? A estas añaden otra porcion de extravagancias y cuentos de viejas, como por ejemplo, que el mundo entero debe perecer abrasado, y que ellos mismos renacerán despues de haberse convertido en polvo. De esto procede sin duda el horrer que tienen á las hogueras en que nosotros quemamos los cuerpos. Esperan una vida feliz, y amenazan á los demas con las penas eternas. Sin embargo, atribuyen á su Dios todo lo que nosotros hacemos, y sostienen que no todos los que queremos, podemos abtazar su secreto, sino los que son escogidos, haciendo así injusto á Dios, porque castiga á los hombres por una falta que no pende de su voluntad. Debatais desengañaros con la experiencia de lo presente, de cuán infundadas son vuestras esperanzas: la mayor parte sois pobres, padecéis el hambre, el frío y el trabajo, y lo sufre vuestro Dios; por tanto, ó no puede ó no quiere socorreros: luego es impotente ó injusto. Sin hacer mención de las miserias comunes, cada dia estais expuestos á la tortura, á las hogueras y al patíbulo. ¿Qué Dios es ese que puede protegeros despues de la resurrección, y no puede mientras estais vivos? ¿No veis á los romanos sin el apoyo de vuestro Dios mandar en el universo y teneros sujetos á su imperio, en tanto que vosotros, llenos de inquietud, no podeis gozar del menor descanso? ¿Contais con una nueva vida que nunca llegará, y esperándola, no gozais de la actual. Si os ha quedado un poco de juicio ó de modestia, despues de escudriñar los secretos del cielo y el destino del mundo: bastente hacéis con mirar al suelo, siendo vnos ignorantes que no sabeis acercar en la decision de las cosas que os pertenecen: ó si os dedicais á la filosofía, imitad á Sócrates, que enseñaba que á nosotros nada nos importa lo que pasa allá arriba, y que la soberana ciencia consiste en reconocer su ignorancia."

En cuanto habló así Cecilio, tomando la palabra Octavio, y recorriendo sucesivamente todas las objeciones de aquel, respondió á cada uno en particular, discurrió los principios falsos, destruyó las calumnias y vindicó la religion cristiana completamente, volviendo con justicia contra los paganos mismos las odiosas y absurdas acusaciones que sin razon dirigian á aquella. Manifestó que la pobreza é ignorancia que echaban en cara á los cristianos, muy lejos de

dañar á la verdad, servían para realizar su poder y brillo: que todos los hombres son capaces de raciocinar, y por eso todos están obligados á practicar las diligencias necesarias para conocer al Autor y Señor de su existencia: que para convencerse de que hay un Dios, que ha criado el mundo y le gobierna, no se necesitan largos razonamientos, basta escuchar la voz de la naturaleza, y considerar con un poco de atención el órden inmutable y perfecto que reina en el conjunto y en todas las partes del universo: que la simple luz de la razón y la necesidad de un poder único para mantener el órden en todas las cosas, bastaban igualmente para probar la unidad de Dios. "No sabéis, dice, que el Autor de la naturaleza es invisible, que no tuvo principio ni tendrá fin, que posee por sí mismo la eternidad, así como da origen á todas las cosas: que antes de la creacion del mundo él mismo era su ocupacion y su gloria: que todo lo ha hecho por el ministerio de su palabra y su sabiduría: que es invisible, infinito, inmenso é incomprendible? No preguntéis cómo es su nombre: su nombre es Dios. Para distinguir á los individuos entre la multitud, son necesarios nombres: pero el nombre de Dios basta para aquel que es solo Dios. No es otra cosa que espíritu y razón: si le llamo Padre, comprendéis al instante que este título es arreglado á nuestro modo común de hablar: lo mismo es cuando le llamamos Rey ó Señor. De manera que estos dictados se han de concebir despojados de toda calificación terrena para saber lo que es Dios. En este punto es unánime la conformidad de todos los pueblos. Cuando levantamos las manos al cielo, á nadie es nombre mas que á Dios: decimos que es grande, que es verdadero: otras veces, si Dios quiere, pues así hablan todos los hombres, y menos son estas exclamaciones peculiares á la confesion de un cristiano que la voz de la naturaleza." Prueba ademas Octavio la unidad de Dios por el consentimiento de los filósofos: luego refuta las fábulas y absurdos de la idolatría, y combate con las mismas armas que los demás apologistas las calumniosas imputaciones que el odio ha podido inspirar á los enemigos del cristianismo. "Los demonios, dice, son los autores de la impostura que se nos achaca: diciendo que adoramos la cabeza de un asno; pero es preciso que los calumniadores se consideren capaces de idéntica extravagancia para creerla posible: precisamente vosotros consagrais el asno y le adorais en la diosa Isis. En cuanto á los inuestos, mas sospechosos sois que los cristianos, supuesto que no os avergonzáis de dar culto á los falsos dioses, que los han cometido en mayor escala." Contra la observacion de no tener templos ni altares, se contenta con decir que el hombre es la verdadera imagen de Dios, el mundo su templo: el verdadero sacrificio consiste en la pureza de las costumbres, y que la infinita Magestad no puede caber dentro de una casa, ni ser representada con imágenes. Por lo demas, era constante que los cristianos tenían señalados sitios para reunirse á celebrar sus ceremonias; pe-

ro que en nada se parecían á los templos de los paganos, y sobre todo, no se veía cosa que imitase á los altares comunes, en que sacrificaban los animales. No habia, en efecto, ídolo alguno que representase á la Divinidad; y aunque los cristianos tenían otras imágenes, como lo notamos anteriormente, copiando á Tertuliano, los paganos no comprendían un culto que no presentase estos símbolos exteriores que formaban la base de su religion. Se limita Octavio á combatir las ideas groseras del contrario, sin entrar en explicaciones de nuestros misterios, porque las erria inútiles para el fin que se habia propuesto. Demuestra luego que muchos filósofos creyeron, así como los cristianos, que el mundo presente ha de perecer con fuego general: que Pitágoras y Platon admitieron en parte el dogma de la resurreccion; y que nada difícil es para Dios el resucitar al hombre, á vista que él mismo le crió de la nada. En cuanto al castigo de los malos despues de esta vida, alega tambien el testimonio de los filósofos y poetas que no dudaron de ello; y añade, que como Dios se ha dado á conocer á todos los hombres, castigará á los paganos justamente por no haberse hecho culpables de muchos delitos, abusando de su libertad, á pesar de la voz de su conciencia. La objecion de Cecilio se referia seguramente á la creencia de los cristianos de que es necesaria la gracia para llegar á la fe; y la respuesta de Octavio claramente supone tambien que nunca falta la gracia al hombre, y que no destruye esta gracia el libre albedrío. Despues de otras explicaciones sobre la pobreza que los cristianos sufren sin adiccion, porque saben limitar sus deseos, y acerca de las persecuciones que Dios permite que les acaezca para su purificacion, y en los que son sostenidos por su gracia, concluye así Octavio: "Nosotros vivimos sin temor, y juzgamos de la felicidad que nos espera, por la seguridad que Dios mismo nos ha dado conversando entre nosotros. Así es que resuscitaremos bienaventurados, y en esta vida lo somos ya con la esperanza que tenemos de la vida eterna. No nos dedicamos á pasar por sabios; sino á serlo: preferimos á la elocuencia de los disensores la de las buenas obras. En una palabra, nos gloriamos de haber hallado lo que los filósofos están siempre buscando y no encuentran jamas. Esta es la sustancia de las explicaciones y respuestas dadas y contenidas en este dialogo con una elegancia, una solidez y erudicion á cual mas notables. No aguardo Cecilio la decision de Munio para confesarse vencido. Inmediatamente abrazó la religion cristiana, y creese que este fué quien procuró la conversion de San Cipriano.

Hacia este tiempo, Cayo, presbítero de la Iglesia romana, tuvo una conferencia pública con Proclo, uno de los jefes de los montanistas, sobre las revelaciones y profecías que estos herejes atribuían á su llamado Paracletó. Se cree que Proclo es el mismo que Procule, citado por Tertuliano, que le atribua haber escrito contra los va-

lentinianos. Cayo justificó la falsedad de las tales revelaciones que con nada probaban, y combatió victoriosamente la temeridad de una vista ignorante y crédula, que sin exámen adoptaba todas las visiones de ciertos fanáticos, hastante orgullosos por creerse superiores á los apóstoles. Esta conferencia la puso por escrito; pero no ha alcanzado á nuestros tiempos. De ella sacó Eusebio un pasaje en que se hace mención de los sepulcros erigidos en honor de los apóstoles San Pedro y San Pablo, que habian fundado la Iglesia romana. También Cayo escribió un tratado contra Cerinto, en que combatia los errores de los milenaristas: obra que igualmente se ha perdido. Focio cuenta que este doctor fué ordenado de obispo de las naciones para predicar la fé en países donde era totalmente desconocida, y sin estar sujeto á diócesis alguna en particular.

El Papa San Celarino, que habia sucedido á San Victor, murió en el año de 219, habiendo ocupado la Santa Sede cerca de diez y ocho años. Combatió con celo todas las heregias de aquel tiempo, particularmente las de Montano, de Praxas y de los teodocinos. Preciso es que se hubiera opuesto enérgicamente á los errores de estos últimos, pues que le achacaban, aunque injustamente, haber sido el primero que impugnó sus errores. En su reinado ocurrió la conversión de un tal Natal, á quien sedujeron algunos hereges después que fué perseguido por la fé. Para dar mas realce á su secta, persuadieron á este confesor á que se hiciera obispo mediante la suma de ciento cincuenta dineros de plata que le debian pagar mensualmente. Teniendo Dios piedad de este mártir, le envió muchas visiones para avisarle que dejase aquella secta; pero le detenian en ella la vanidad y el interés; por último, fué rigorosamente castigado por un ángel toda una noche; y al siguiente día, vistiéndose un cilicio, se presentó al Papa, y echado á sus pies imploró el perdón á vista de los fieles. Sin embargo, y á pesar de sus ardorosas súplicas, no obtuvo su reconciliación sin el mayor trabajo, después de enseñar los cardenales de los azotes que habia recibido, y de dar pruebas del mas vivo arrepentimiento.

San Calixto, que sucedió á San Celarino, es célebre, especialmente porque mandó hacer ó ensanchar cerca de la via Apia el cementerio que lleva su nombre, es decir, uno de aquellos subterráneos ó catacumbas, en que se enterraba á los muertos, y donde los fieles se consultaban con frecuencia durante las persecuciones siguientes. Es el mayor de los que están á la inmediación de Roma, y donde se dice que hay enterrados cuarenta y seis Papas, además de un número prodigioso de mártires. Algunos autores atribuyen á este Papa la institución del ayuno de las temporadas, que sin embargo no es de época tan antigua. Murió San Calixto el año 223, después de haber ocupado la Santa Sede poco menos de cinco años. Creese que fué martirizado en un tumulto popular, y que le echaron en un pozo. Sucedióle San Urbano, cuyo pontificado duró hasta el año 230.

El emperador Caracalla estaba ocupado en Oriente en la guerra con los partos, cuando fué asesinado en 8 de Abril del año 217. Sabiendo Macrino, prefecto del pretorio, que trataban de hacerle sospechoso, y juzgando que todo se debía temer de un príncipe que varias veces le habia amenazado, resolvió ganarle por la mano, y decidió á un centurion de descontento, á que le diese de puñaladas al tiempo de apearse para una natural necesidad. A los dos dias de interregno fué aquel mismo proclamado emperador, y mandó catorce meses. Indispusieronle con los soldados su altanería, su excesivo lujo, y sobre todo su crueldad: así, sobornados aquellos con las intrigas y regalos de la ambiciosa Mesa, hermana de la emperatriz Julia y tia de Caracalla, á todo estaban dispuestos. Habíase retirado Mesa á la Fenicia y habitaba en la ciudad de Emeso, en que nació, y se dedicó á educar á uno de sus nietos llamado Basiano, hasta elevarle al sacerdocio en un célebre templo dedicado al sol con el nombre siríaco de Elegábal. Contaba este príncipe solos catorce años de edad, tenía estatura superior á ella, y era extremadamente hermoso, pero pareciéndolo mas por el traje suntuoso que gastaba, lleno de adornos de oro y pedrería; de manera que cuando ejercia su ministerio acudian de todos partes para verle y admirarle. Su abuela Mesa habia extendido la voz de que era hijo de Caracalla, y fácilmente concitó en su favor la voluntad de los soldados, mediante los regalos que cuidaba de distribuir á tiempo. Hallándose aquellos acampados cerca de la ciudad, residencia de Mesa y de su nieto, se arrojaron á proclamarle emperador. Dióles Macrino una batalla con la tropa que permaneció fiel en su servicio; mas fué vencido y muerto á poco, así como su hijo Diadumeno, á quien habia asociado al imperio.

Reconocido Basiano por emperador é hijo de Caracalla, tomó los nombres de Aurelio Antonino; pero mas conocido es con el de Elegábaló ó Helioágábaló. Trasládose á Roma al año siguiente, y no tardó mucho en hacerse totalmente odioso y despreciable por su lujo, su ociosidad, sus extrarrazantes profusiones y su infame desenfreno. Dió asiento en el senado á su abuela Mesa, encargando que tomase parte en todas las resoluciones: atestó el palacio de músicos, cómicos, eunucos y migeres perdidas. Prendado de una vestal, no dudó un instante en casarse con ella, y luego la repudió, y á poco volvió á tomarla. Tuvo atrevimiento para declarar en público que él era muger, y se casó en este concepto con uno de sus oficiales, y posteriormente con un esclavo: de modo que su reinado no fué otra cosa que un cúmulo de rapichos insensatos y de abominables disoluciones, que no pueden transcribirse con ninguna clase de precaución sin ofensa del pudor. Mandó trasladar á Roma á su dios de Emeso, que era un gran canto negro que decian habia caído del cielo, y fabricó para él un templo en el monte Palatino, donde dispuso que se colocasen el ídolo de Cibele, el fuego

de Vesta, los escudos de Marte, el Paladion y todo cuanto los romanos tenían por más sagrado. Para dar á su dios una esposa que le mereciese, hizo traer de Cartago á la diosa llamada Celeste, y que sus bodas se celebrasen con pompa en toda la Italia. Prosiguiendo con razon Misa las infalibles consecuencias de una conducta tan extravagante, traidó de prepararle un sucesor entre sus parientes, y le hizo adoptar á su primo hermano Alexiño, jóven de grandes esperanzas, á quien Hellogábalo concedió al momento el título de César y el nombre de Alejandro. Pero muy luego se arrepintió de la tal adopcion, y celoso del afecto que el pueblo y los soldados manifestaban al nuevo César, probó varias veces deshacerse de él, y lo único que consiguió fué agriar mas los ánimos. Ultimamente los soldados pretorianos se sublevaron contra Hellogábalo, que procuró escaparse y se ocultó en un alfanfil. Allí le describieron y asesinaron á él y á su madre en 6 de Marzo de 222, despues de reinar tres años y nueve meses. Arrastraron ignominiosamente su cadáver por las calles de Roma, y le arrojaron al Tiber.

Alejandro fué inmediatamente proclamado con el unánime consentimiento del pueblo, del senado y del ejército. Apenas tenía catorce años; pero debia á la naturaleza las mas bellas disposiciones, y su madre Mama la supo fomentar y acrecer con una esmerada educacion. Cuidó inspirarle antes que todo, unas ideas favorables á los cristianos, á los cuales ella protegía abiertamente: su hijo tuvo con ellos mucha bondad mientras reinó, y algunos de los oficiales de palacio profesaban esta religion. Continuamente repetia esta máxima evangélica: no hagas á otro lo que no quieras que hagan contigo. De tal manera la apreciaba, que la mandó grabar en su palacio y en los sitios mas públicos. En su oratorio particular hizo que colocasen las estátuas de los buenos emperadores y de otros personajes célebres por sus virtudes, entre otros las de Orfeo y de Apolonio de Tiana, mezclando con estas á Abraham y Jesucristo, y á todos juntos adoraba indistintamente todas las imágenes. Tambien quiso erigir templos á Jesucristo como lo intentó Adriano y que se le recibiese en el número de los dioses del imperio, pero se lo quitaron de la cabeza los Pontífices paganos, temiendo que todo el mundo se volviese cristiano, y que sus templos fuesen abandonados. Antes de nombrar los gobernadores ó magistrados, publicaba sus nombres, para que pudiesen acusarlos de los vicios que se supiesen, juzgando que era vergonzoso desquidar estas precauciones que los cristianos tomaban respecto de aquellos que iban á elevar al sacerdocio. Ultimamente, solicitando en cierta ocasion los taberneros una casa que ocupaban los cristianos en un lugar concurrido, no quiso despojarlos de ella, diciendo que mas valia emplearla en dar culto á cualquiera divinidad, que no hacer el uso que los otros solicitaban.

Adviértese por este pasaje, que los cristianos tenían libertad de

reunirse públicamente para profesar su religion, y se cree con bastante probabilidad, que en el reinado de Alejandro empezaron á levantar iglesias, que los idólatras conocian. Hasta entonces se habian siempre juntado en casas particulares, consagradas sin duda por los obispos, y que regularmente por fuera en nada se distinguian de las habitaciones comunes, para que no se sospechara su uso, porque ya hemos visto que los paganos los acusaban de que no tenían templos ni altares. Mas estos lugares que se empleaban en las ceremonias religiosas, no servian para ningun servicio profano, y fueron los primeros que empezaron á ensancharse y adornarse para hacer de ellos iglesias. San Juan Crisóstomo nos dice que una iglesia de Antioquia que se llamaba la antigua, habia sido fundada por las manos de los mismos apóstoles, y que aunque muchas veces se habia derribado, siempre se habia reedificado. Asegura Orígenes que se quemaron las iglesias durante la persecucion de Maximino, sucesor de Alejandro; pero los cristianos las restablecieron ó construyeron mejores en el tiempo de la paz de la Iglesia. Desde este momento se hace con frecuencia mencion de las iglesias cristianas, y existia un gran número de ellas en tiempo de Diocleciano que las mandó destruir. Ya á los principios del segundo siglo tenían los cristianos cementerios, permitidos por los mismos paganos, pues que Tertuliano en su Apologetico manifiesta que estos sacaban de los sepulcros los cadáveres de aquellos para despaazarlos. En estos cementerios se juntaban tambien los cristianos para celebrar las fiestas de los mártires, y en ellos principalmente se fundaron las iglesias desde la conversion de Constantino: la costumbre observada despues de no consagrar altar ninguno sin poner en él reliquias de mártires, procede de esto, y luego se convirtió en ley en el sétimo concilio general.

Aunque estaba el emperador Alejandro tan bien dispuesto en favor de los cristianos, no dejó de haber mártires en su reinado, entre otros San Calixto Papa y San Urbano que le sucedió en el solio pontificio. Los alborotos populares y sobre todo el encono de los magistrados, no debian de proporcionar pretextos que eran mas que suficientes para atraerles persecuciones repetidas aun en los reinados de los mejores príncipes. Por otra parte, Alejandro, tan jóven y sin experiencia, era de un carácter débil, tímido, inclinado á toda clase de supersticiones y siempre sometido á la influencia de los que le rodeaban. Como desconfiaba de sus propias luces, y era celoso defensor de la justicia, admitió en su consejo á muchos juriscónsultos célebres, como Sabino, Paulo, Ulpiano y otros, cuyas decisiones se han conservado en el Digesto. Declaráronse enemigos encarnizados de los cristianos estos leguleyos, mas adictos á las leyes escritas y antiguas costumbres, que á los principios de la humanidad y de la justicia; y se obstinaban en condenarlos siempre sin exámen, como sectarios de una nueva religion, no autorizada por

el gobierno. Ulpiano habia escrito un tratado de los deberes del príncipe, en el que recogió todos los decretos de los príncipes, y señalaba minuciosamente las penas señaladas contra los cristianos. Siendo prefecto del pretorio, reunió á este cargo el de prefecto de Roma y la secretaría de estado: esta acumulacion de cargos le daba la mas grande autoridad y medios para satisfacer su odio y sus ciegas preocupaciones.

En el reinado de Alejandro sucedió en Oriente aquella célebre revolucion que concluyó con la monarquía de los partos y restableció la de los persas. Fundóse la primera doscientos y cincuenta años antes de Jesucristo, por la rebelion de Arsaces contra los reyes de Siria. El último rey de los arsacidas, Artabano, despues de vencidas muchas veces las huestes romanas, perdió el trono y la vida por la sublevacion de un súbdito suyo, Artagerges, persa de nacion. Era éste hijo de un soldado llamado Sassan, por lo que tomaron el nombre de sassanidas los príncipes de su dinastía. Ignóranse el origen y progresos de su rebelion; pero es probable que era por causas religiosas, porque uno de sus primeros cuidados fué restablecer la autoridad y los privilegios de los magos que habian sufrido decadencia, y en adelante nada hizo sin consultarlos. Esta influencia de los magos, enemigos declarados de la religion cristiana, fué el principal motivo de las largas y saugrientas persecuciones que vamos á ver levantarse en adelante contra ellos en este imperio. Artagerges, luego que sublevó á los persas, y hubo vencido á Artabano en tres batallas, tomó la diadema en el año 226, y engreido con sus triunfos trató de expulsar á los romanos, y los amenazó que los arrojaría de sus posesiones en Asia. Alejandro creyó que debía trasladarse al Oriente: hácia los años de 229 para oponerse á sus empresas, y logró arrojarle de las provincias que habia invadido.

Permaneció este emperador algun tiempo en Antioquia, y entonces, según la general opinion, es cuando su madre Mamea que le acompañaba, deseara de ver y oír á Orígenes, cuya reputacion habia corrido por todas partes, le envió á llamar mandando que le escoltasen en su viaje para su mayor seguridad. Recibíele con la mayor cortesía y decoro, y le conservó en su compañía para que le enseñase las máximas del Evangelio y la instruyera en todo lo que sirviese para acreditar el poder de Jesucristo y la verdad de su doctrina. Añádese tambien, y no sin muestras de verosimilitud, que las conferencias que tuvo esta señora con este ilustre doctor, la determinaron á abrazar la religion cristiana.

Nació Orígenes, llamado Adamancio por sobrenombre, en Egipto, en la ciudad de Alejandría, el año 184. Educóse desde su infancia en la mas acendrada piedad, su padre San Leonidas, que nada omitió para que aprovechase las felices disposiciones y extraordinario talento que habia recibido este niño de la naturaleza. Ade-

mas de las artes liberales y de las bellas letras que le enseñó con esmero San Leonidas supo inspirarlo con toda preferencia, la afición á las Sagradas Escrituras, haciendo que recitase diariamente varios pasages, antes de entrar en las tareas de las ciencias profanas. Atento á enmendar sus menores defectos, reprimía á veces su curiosidad, por mas sagrado que fuese el objeto de ella; mas no dejaba de admirarse de la penetracion del hijo, y no se causaba de henderle á Dios por haber colimado á este niño con toda la abundancia de su gracia. Mientras dormia, le descubria algunas veces el pecho y le besaba en él con respeto, considerándole como el templo del Espíritu Santo. Cuando principió la persecucion en Alejandría, manifestó Orígenes tantos deseos del martirio, que se hubiera presentado él mismo si su madre no le hubiera contenido con sus ruegos y llantos. Luego que supo la prision de su padre, duplicó su ardor y prisa por conseguirlo: para evitar esta desgracia, la ocultó su madre los vestidos. Viéndose detenido, á su pesar, escribió á su padre una fortísima carta para animarle al martirio, exhortándole á no vacilar en su resolucion por consideracion á sus hijos; entonces tenia diez y siete años y seis hermanos mas pequeños que él. Martirizaron á su padre cortándole la cabeza: sus bienes fueron confiscados, y hallándose su familia reducida á la indigencia, una señora muy rica se encargó de Orígenes y le llevó á su casa. En ella vivia tambien un herege que tenia adoptado por hijo la misma señora, y celebraba ciertas asambleas donde era celebrado por su eloquencia. Por no exponer Orígenes su fé, estuvo corto tiempo en esta casa, y sin embargo, mientras vivió allí, observó las reglas que prescribe la Iglesia, de no comunicar en la oracion con los hereges. Aplicándose con nuevo ardor al estudio de las humanidades, se halló facilmente en estado de dar lecciones, y abrió una escuela para hallar en esta ocupacion medios con que vivir por su cuenta: tantas pruebas dió de su ingenio, que fueron muchos paganos á que los instruyese en las verdades cristianas, y á poco tiempo, sin llegar á contar diez y ocho años, le encargó Demetrio, obispo de Alejandría, la instrucion de los catecúmenos, en lugar de Clemente, de quien habia sido discípulo, porque se vio precisado á la fuga su antecesor para libertarse de la persecucion.

Orígenes dejó la escuela de gramática y vendió todos sus libros profanos á un sugeto que se obligó á contribuirle cada dia con cinco abolos (unos treinta y ocho maravedises), y le bastó por muchos años para la vida dura y mortificada que traía, porque nunca bebía vino, ni comía carne, ni manjar alguno delicado. Dormía poco y en el suelo: no llevaba mas que un sencillo traje: andaba descalzo, aun en invierno, tratando así para combatir las pasiones de la juventud, y desecharlo los socorros que sus amigos le ofrecian. Su humildad, su dulzura y otras virtudes, igualaban á la ansteridad de su vida. Su amor á la castidad le indujo á un extremo conde-

nado, tanto por las leyes civiles, como por las religiosas, pero á que fué precipitado por la inexperiencia de la edad y la rectitud de sus intenciones, única disculpa que en cierto modo le cubra. Como era jóven y estaba precisado á tratar con mugeres para el desempeño de su comision, porque las catequizaba como á los hombres, quiso prevenirse contra las tentaciones y contra la calumnia, y tomando demasiado literalmente lo que el Evangelio dice de aquellos que se hacen eunucos para ganar el cielo, lo ejecutó realmente. A pesar del cuidado que puso para ocultar esta accion, la supo el obispo Demetrio: condenó la falta; pero no dejó de admirar el fervor de su celo, y animarle para que continuase en sus tareas. Tambien se hicieron notables en Origenes, la viveza de su fé y el ardor de su caridad, por los socorros que prodigaba á los mártires. Visítalos en las cárceles, los acompañaba á las actuaciones judiciales y en el tránsito al suplicio, y los animaba con energía y sin temor para que perseverasen en la fé, aunque sus discursos disgustaran y enfureciesen á los paganos. Irritados con las numerosas conversiones que lograba por la solidez de sus instrucciones, andaban mediando cómo podrian perderle, y llegaron á enviar soldados para que le asesinasen secretamente en su casa, de modo que se veia obligado á mudar de continuo de habitacion para ocultarse de ellos. Muchas veces le prendieron y azotaron cruelmente. En una ocasion le cogieron y le cortaron el pelo como lo llevaban los sacerdotes idólatras, y colocándole en los escalones del templo de Serapis, le obligaron á distribuir ramos á los que subian. Tomando los ramos en la mano, les decía á las idólatras al entregárselos: "Recibid este ramo, no como si fuese del ídolo que adorais, sino como las palmas de Jesucristo."

Quando la persecucion cesó, visitó Origenes la Iglesia de Roma, en el pontificado de San Celserino, y volvió á Alejandría á la prosecucion de su ministerio. La afluencia de discípulos crecia, no sobrándole tiempo para enseñar desde la mañana hasta la noche: por manera que no le quedaba espacio para entregarse al estudio profundo de la Escritura santa; tomó, pues, por su ayudante á un amigo llamado Heraclas, muy versado en el conocimiento de la religion y en las ciencias profanas. Encargóle de las primeras instrucciones para los principiantes, y se reservó las mas adelantadas. Para comprender mejor el sentido de los libros santos, aprendió la lengua hebrea, siendo ya de edad de treinta años, y procuró cotajar con ella las diferentes versiones griegas que habian aparecido hasta entonces. Los mismos hereges y los filósofos se agolpaban á oír sus lecciones, sea por el deseo de oírle, ó para juzgar de su mérito, y él los conducia insensiblemente con el atractivo de los estudios profanos al conocimiento del Evangelio. A unos enseñaba humanidades y bellas letras, á otros la geometría, la aritmética, la física y la astronomía. Despues explicaba las obras de los poetas y

de los filósofos, y al discutir las opiniones de las diversas sectas, manifestaba sus errores, y hacia resaltar todo aquello que hallaba en ellas conforme con las verdades del cristianismo. Para llenar suficientemente tanta variedad de ocupaciones y satisfacer al concurso de toda clase de personas, se vió obligado á redoblar su estudio de las ciencias profanas, y á leer con mas detencion las obras de los filósofos ó hereges, cuyos sistemas combatia. Mas especialmente se fijó en la lectura de Platon y de los pitagóricos, y de los estoicos de mas nombradía. Ni tuvo á menos, á pesar de su reputacion, el ingerirse entre los que aprendian la filosofia de Amonio, que en Alejandría pasaba por el mas hábil profesor de aquellos tiempos. Penetrando sin trabajo Origenes, las mas difíciles cuestiones, no tardó en ostentar prontamente en este nuevo género de estudio, toda la capacidad de su admirable ingenio, y alcanzó tan grande celebridad entre los paganos, que muchas veces le consultaban ó dedicaban sus obras los filósofos corintios, incluyendo su elogio en aquellos escritos. Con todo, no faltó quien tachase esta aplicacion á la filosofia, y él trató de justificarse con el ejemplo de su amigo Heraclas y de San Pateros su maestro, y sobre todo, con la necesidad de conocer á fondo las opiniones de los filósofos, ó de los hereges, para ilustrar sobre ellas á las personas que continuamente le venian á oír.

Hacia el año de 215 hizo Origenes un viage al Arabia, á donde fué llamado por el gobernador para oírle y hablarle, sabedor de su gran reputacion. Volvió muy presto á Alejandría; pero se vió precisado á salir otras dos ó tres veces mas adelante, á consecuencia de las conmociones violentas que sobrevinieron en aquella ciudad y en una parte del Egipto. Retirándose entonces á Palestina, se estableció en Cesarea, donde enseñó públicamente, y aunque todavia no era presbítero, los obispos del país le indujeron á que diese al pueblo en las iglesias, las instrucciones que leia en las santas Escrituras. Demetrio, obispo de Alejandría, reprobó esta conducta como cosa inaudita; pero Teoctisto de Cesarea y San Alejandro de Jerusalem, le escribieron para justificarse con el ejemplo de muchos santos obispos que habian hecho predicar tambien hasta á los legos. Ultimamente, temiendo que no le privaran del auxilio de Origenes para agregarle á otra Iglesia, Demetrio le envió unos diáconos para que prontamente se restituyera á Alejandría.

Despues de haber regresado á esta ciudad, comenzó Origenes á componer los comentarios sobre la Escritura y muchas obras de controversia, y entre ellas el libro titulado de los Principios. Empezó este trabajo á instancias de sus discípulos, y principalmente de Ambrosio, que no contento con apremiarle sin cesar, costó todo lo necesario, buscándole siete notarios (1) para escribirle á la

(1) Notarios llamaban á los escribientes que con signos ó abreviaturas re-

mano, otros tantos copiantes para poner las obras en limpio, y muchos jóvenes para sacar ejemplares ó transcribirlos. Era hombre rico y sábio Ambrosio, y después que se dejó llevar de los errores de los valentinianos, fué convertido á la fé católica por Orígenes, á quien siempre conservó la mas íntima amistad. Luego fué diácono en la Iglesia de Alejandría, y mereció el título de confesor en la persecución de Maximiano.

Ocupado estaba Orígenes en estas tareas, cuando la emperatriz Mamae le hizo pasar á la ciudad de Antioquia en 229. A poco fué llamado á Grecia para combatir las heregias que se extendían en aquellas comarcas; y pasando por Palestina, hizo alguna morada en Cesarea; donde los obispos de la provincia le ordenaron de sacerdote. Ofendiéndose de esto Demetrio, y fuese por celo en obsequio de la disciplina eclesiástica, ó por otra razon, publicó la falta que habia cometido Orígenes, haciéndose enuero; porque esta falta le hacia irregular. San Alejandro de Jerusalem, que habia tomado parte en aquella ordenación, se justificó alegando los ventajosos informes que se daban en favor de Orígenes, en la carta formada (1) que habia presentado. Mas cuando volvió á Alejandría, Demetrio desplegó contra él una grande animosidad. Ademas de su notoria irregularidad, publicó varios errores que contenian sus escritos, y en el año de 231 convocó un concilio de obispos y sacerdotes, en el que se prohibió á Orígenes enseñar y aun residir en Alejandría. No pareciéndole á Demetrio esta medida bastante rigurosa, convocó otro en que finalmente se pronunció sentencia de deposicion y excomunion. Ademas, escribió á todos los obispos circunvecinos contra él para incitarlos á que no le admitiesen tampoco en su comunión. Los de la Palestina, la Arabia y la Grecia, y algunos de la Capadocia, no se conformaron con aquella sentencia, gradando de insuficientes los fundamentos sobre que recayó. Precauíó Orígenes los efectos de su condenacion retirándose, y dejó á Heraclas la direccion de su escuela, como el mas antiguo discípulo, trasladándose á Palestina, donde se avencinó en Cesarea. Teocisto y San Alejandro le recibieron con el mismo afecto y amistad que en otros tiempos, y le encargaron la instruccion del pueblo en las santas Escrituras: entonces escribió á algunos amigos que dejaba en Alejandría, quejándose de Demetrio y manifestando la

presentaban las palabras de que constaba el discurso; de modo que con abarzo de letras podian seguir la palabra al orador, y dejar enojigando todo lo que decia á medida que lo iba diciendo. Atribuyese la invencion de estas notas ó signos á Tiron, liberto y secretario de Ciceron.

(1) Los fieles llevaban para venir en aquellos tiempos, una carta de comunión dada por su respectivo obispo, y sin este requisito no eran admitidos en las otras Iglesias extráñas. Tenia esta carta una forma particular y unos caracteres determinados para evitar su falsificación, porque eran unas señas secretas que los obispos solo conocian. Por razon de esta forma especial tomaban el nombre de *cartas formadas ó en forma*.

injusticia de la excomunion con que le habia castigado. Alegaba que los hereges habian corrompido sus obras, ó publicado otras con su nombre para atribuirle sin verdad los errores de que se le acusaba. Citaba en comprobacion una conferencia que habia tenido en Palestina con un herejico, que después se atrevió á desfigurarla, añadiendo ó quitando lo que le pareció, y posteriormente otra, que un herege de Efeso habia forjado y esparcido en muchos lugares, aun cuando nunca quiso disputar con él. Tampoco admite como suyos ciertos errores, que todavía se encuentran en su libro de los Principios; lo que hace sospechar que si efectivamente eran suyos, no estuvo á lo menos tan apegado á ellos con la misma obstinacion que los hereges.

Demetrio murió en el año de 231 al fin de él, y fué electo en su lugar San Heraclas, discípulo de Orígenes, dejando vacante con su ascenso la escuela de los catecúmenos; nombró para desempeñarla á San Dionisio, que habia sido su condiscípulo, y luego en adelante le sucedió en la mitra. Era Heraclas hermano de San Plutarco mártir, y se habia hecho célebre por su celo en defensa de la fé y por la extension de sus conocimientos. Habia estudiado con Amouio muy detenidamente la filosofía, y en el espacio de veinte años que desempeñó la instruccion de los catecúmenos, adquirió tan grande reputacion, que Julio Africano, tan conocido por su Cronologia, hizo un viage á Alejandría, solo por oírle. Gobernó la Iglesia de Alejandría hasta el año 247.

La muerte de Demetrio y eleccion de Heraclas calmaron la ansiedad que habia causado el asunto de Orígenes en aquella Iglesia. Entonces se volvió á entregar este á sus ordinarias tareas, y continuó sus comentarios sobre la Escritura. Pasó algun tiempo en Jerusalem y viage por la Palestina para visitar aquellos parages que honraron con su presencia Jesucristo y los apóstoles; pero su asiento principal fué en Cesarea, donde tuvo desde el principio gran número de discípulos, y entre ellos á San Gregorio Taumaturgo, que llegó á ser tan célebre en adelante. Firmiliano, obispo de Cesarea en Capadocia, fué tambien á Jeddá para hablarle y aprovecharse de sus luces, y en diferentes ocasiones le exhortó á que le acompañase á su diócesis para la instruccion de los fieles.

Poco antes de su condenacion, Orígenes habia escrito á Julio Africano para sostener la atencion de la historia de Sisana, referida en el libro de Daniel. En una conferencia que tuvo Orígenes en Palestina, con un herege llamado Basso, citó dicha historia: Julio Africano que se halló presente, escribió una carta al primero, en que intentó demostrar que era una historia apócrifa, fundándose principalmente en que no se hallaba en los ejemplares de los judíos. Respondiéndole Orígenes, le hacia notar que en los ejemplares griegos habia otros muchos pasages, que no estaban en el texto hebreo, y que convenia abstenerse en quanto á desear tratados de los li-

broz sagrados recibidos por todas las Iglesias, obligando así á los cristianos á que consultasen con los judíos, y obtuviesen de ellos ejemplares puros é intactos: como si la Providencia, al establecer la religion sobre el fundamento de las Santas Escrituras, no hubiera dado á la Iglesia medios para reconocerlas y asegurar su autenticidad, y luego dice: "No porque yo esquive el examen de las Escrituras de los judíos, ni el cotejo de ellas con la nuestra: ya lo tengo hecho y aun me atrevo á decir que tanto como el que mas, comparando las ediciones y sus diferencias, aunque siempre con el cuidado de atenderme principalmente á la version de los setenta, para no dar jamás pretexto para que se desprecien los ejemplares generalmente admitidos. También me he propuesto al disputar con los judíos, citar el texto que ellos admiten, para que no se atrevan ya hacerse superiores á los fieles, de origen gentiles, y despreciarlos como ignorantes de la verdad que se contiene en las Escrituras de aquellos." Añade que los judíos conocian muy bien la historia de Susana y de los viejos que la habian calumniado; y concluye de esto que la habian separado probablemente del antiguo Testamento, como una cosa vergonzosa para su nacion, y con el fin de que se olvidasen; diferenciándose los ejemplares griegos de los de su nacion, porquín fueron trasladados á vista de un texto que no habia sido mutilado, como lo están los posteriores. Por las etimologías que inserta en esta carta, se puede creer que no estaba muy enterado del idioma hebreo. Nos enseña en ella que los judíos tenían entonces un jefe de su nacion, que ejercia sobre ellos muy grande autoridad de consentimiento del emperador; y que á veces se tomaban la facultad arbitraria de condenar á muerte, aunque careciesen de semejante derecho. Estos gefes veremos en adelante cómo siguieron mandando un tiempo de los emperadores cristianos con el título de patriarcas.

Habia nacido Julio Africano, uno de los autores mas sábios de aquel tiempo, segun unos en la Libia, y segun otros en la Palestina, donde á lo menos consta que residia por los años de 221, por que fué diputado cerca del emperador Heliogabalo para solicitar la reedificacion de Nicópolis, que era la antigua Etnas: los romanos, despues de la ruina de Jerusalem, habian construido una ciudad sobre sus ruinas, dándole un nombre que recordase sus victorias contra los judíos. Incoñdióse despues, y acdiieron los habitantes al emperador para pedir su reedificacion, que les fué concedida. Era sin duda Africano mas anciano que Origenes, pues le llamaba hijo. Ignórase si habia sido antes pagano; pero todo induce á creer que hacia mucho que era ya cristiano cuando fué á Alejandria, atraido por la reputacion de Heraclas. Tenia en todas las ciencias una erudicion profunda, y sobre todo, era muy hábil en la interpretacion de las Sagradas Escrituras. Ademés de la carta de Origenes, hace Eusebio mencion de otra, escrita por Julio á un cristiano, llamado Aris-

tides, para concordar las dos genealogías de Jesucristo que traen San Mateo y San Lucas. Apoyándose en una antigua tradicion conservada por los que aun vivian de la familia del Salvador, sostenia que siendo Jacob y Heli hermanos uterinos, y habiendo éste muerto sin hijos, Jacob casó con su viuda y tuvo á San José por hijo segun la naturaleza, mientras que lo era de Heli segun la ley. Del mismo modo iba explicando todas las demas diferencias, y esta exposicion tan sencilla como natural fué adoptada despues por San Agustin. También habia escrito Julio una grande obra de cronología para que se valiesen de ella los cristianos en las disputas con los paganos, manifestando la antigüedad de la verdadera religion y la novedad de las historias y fábulas de ellos. Esta obra dividida en cinco libros, contenia en compendio la historia universal desde la creacion hasta el año de 221 de Jesucristo; pero no ha llegado hasta nosotros: hállanse grandes fragmentos en las obras de Eusebio, en San Gerónimo, Beda, y otros autores antiguos, todos conformes en hacer de ella grandes elogios. Scalligero publicó una cronología griega de Eusebio diferente de la crónica, y que asegurase habia sacado casi en su totalidad el libro de Africano.

Por este mismo tiempo florecia San Hipólito, el mas célebre de los mártires que llevaron este nombre, y de los padres mas ilustres del III siglo. Fué discípulo de San Ireneo, y llegó á ser obispo; pero no sabemos de qué Iglesia. Creese generalmente que era su diócesis en Oriente, aunque con frecuencia le dan el título de obispo de Porto, porque le han confundido con otro San Hipólito que padeció martirio en esta ciudad. Atribúyese San Gerónimo la calidad de senador romano: en este caso seria mas probable la opinion de los que suponen en Italia su obispado. Se ignoran el tiempo y lugar en que murió; pero lo cierto es que selló con su sangre la fé que defendió en sus escritos. San Gerónimo y otros antiguos que han hablado de San Hipólito, alaban tanto su ciencia y elocuencia como su virtud; y lo que se ha conservado de él, hace ver la justicia de aquellos elogios. Son sus pensamientos nobles y elevados, sus raciocinios sólidos, y aunque no sea florido su estilo, no dejan de agradar su concision y claridad. Este santo doctor habia escrito gran número de obras sobre materias de controversia ó de disciplina, y comentarios sobre gran parte de la Escritura. Casi todos se han perdido, y solo tenemos su Cielo pascual, el tratado del Anicristo, la homilia sobre la Encarnacion y el bautismo de Jesucristo, y algunos fragmentos considerables de otras muchas. San Ambrosio reprodujo en el fondo de su comentario sobre el Génesis, el tratado que compuso sobre los seis dias de la creacion. La reputacion que este santo doctor habia adquirido con tantas obras, animó á muchos escritores posteriores á publicar bajo el nombre de aquel sus propios escritos para daries mayor autoridad.

El mas célebre de todos los tratados de San Hipólito es el Cielo

pascual. Dividíase en dos partes: la primera, que no poseemos, comprendía una cronología que daba fin con el primer año del reinado de Alejandro: la segunda era un Ciclo de diez y seis años, que comenzaba en el ya citado, y que había inventado San Hipólito para arreglar el día de la Pascua hasta el año 333. Es el primer Ciclo pascual que se hizo, ó á lo menos el mas antiguo que conocemos. La celebración de la Pascua data motivo á dos cuestiones muy distintas: una consistía en saber si esta fiesta debía celebrarse el día catorce de la luna, ó solamente el siguiente domingo; ya hemos hablado anteriormente de las discusiones suscitadas con motivo de esta cuestión que mas adelante se decidió en el concilio de Nicea: la otra consistía en determinar cuándo comenzaba en cada año la luna del primer mes, para fijar despues el domingo que seguía al catorce de la luna. Parece, según lo que refiere San Epifanio de las constituciones apostólicas que los primeros cristianos adoptaban para esta obra los cálculos de los judíos que contaban por meses lunares. Pero cuando ya dejaron estos de componer una nación, y usar de su año peculiar, tuvieron los cristianos que buscar un nuevo método acomodado á los meses ordinarios. Tal fué el objeto del Ciclo inventado por San Hipólito. Solo era conocida esta obra por el nombre, cuando fué hallada á mediados del siglo XVI en un muro de cierta iglesia antigua en el camino de Tivoli á Roma. Se descubrió con efecto una estatua de mármol sentada en una cátedra, con inscripciones en que estaba puesto el catálogo de las obras de San Hipólito; y ademas los Ciclos de diez y seis años que principaban el de 222, y que doblados siete veces, arreglaban la fiesta de Pascua para cinco y doce años, es decir, hasta el de 333. No estuvo en uso mucho tiempo el Ciclo de San Hipólito. Cerca de cien años despues, Enobio le reemplazó con un Ciclo de diez y nueve años, inventado algunos siglos antes de Jesucristo por astrónomos griegos, y que todavía sirve para los cómputos eclesiásticos.

La obra de San Hipólito contra las heregias, estaba destinada principalmente para combatir los errores de Marcion y de los otros hereges, que atribuan la creación del mundo á un principio malo, para explicar así el origen del mal. En ella impugnaba treinta y dos sectas, empezando por la de los dositeos, que apareció en tiempo de Jesucristo entre los sumaritanos, y tenia mucha analogía con la de Simón Mago. De esta obra solo nos queda un largo fragmento contra la heregia de Noé, que comenzó, según San Epifanio, en el año 245: por lo que se infiere que San Hipólito morió probablemente hacia el de 250 en la persecucion de Decio. El herege Noé nació en Smirna (Asia), donde renovó los errores de Praxeas, enseñando que el Padre no era distinto del Hijo, y que se había hecho visible tomando cuerpo en el seno de la Virgen, aplicandose el nombre de Hijo á la humanidad de que se había revestido para padecer por los hombres. Al principio se retractó delante de los sacerdotes

de Smirna que le preguntaron respecto á su doctrina; pero habiendo seducido á ciertas personas, se animó mas y no tuvo dificultad en sostenerla con orgullo, y aun tomándolo á gloria, con el pretexto de que no admitía mas que un solo Dios. «A esto le respondian los sacerdotes: «Nosotros sabemos tambien que no hay mas que un solo Dios; pero creemos que Cristo es su Hijo, que padeció, murió y resucitó al tercer día, que está sentado á la diestra del Padre, de donde vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos. Esta es la fé que hemos aprendido.» Como Noé se obstinó en su error, le echaron de la Iglesia y á sus discípulos.

En el tratado sobre el Anticristo, establece San Hipólito que despues de haberse manifestado el Verbo divino á los profetas, revelándoles por el Espíritu Santo los misterios de la fé, se dejó ver de los hombres, vistiendo carne mortal para procurar la salvacion de todos ellos. Despues comprueba con diversos pasajes de la Escritura cómo se esforzará el Anticristo para reproducir en su persona algunos caracteres análogos á los que distinguen al Mesías, y en seguida expone sucesivamente lo que enseñan los libros santos sobre el origen y nacimiento de aquel impostor, tiempo y circunstancias de su advenimiento, su nombre, reinado y persecuciones contra los fieles.

Hállanse en las obras de San Hipólito, y especialmente en su tratado contra Noé, muchos pasajes importantes que señalan con toda claridad la presencia de los primeros siglos acerca de los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion y otros puntos impugnados por los hereges modernos. Enseña expresamente que no hay mas que un solo Dios en tres personas: que el Hijo es diferente del Padre en el sentido que es una segunda persona en la misma sustancia que es eterno como el Padre y Dios como él; que ha existido en la divina gloria antes de todos los siglos: que jamas ha estado sin su Verbo, y que poseyéndolo en sí mismo por toda la eternidad, le hizo visible al mundo profiriendo su primera palabra para formar las criaturas. Da, como otros antiguos, el nombre de generacion á esta emisión exterior de la palabra por la que Dios se manifestó con su Verbo en el momento de la creación, pero solo por analogía con la generacion eterna por la cual subsiste sin principio como una persona distinta del Padre, el Verbo ó la palabra interior; porque nota San Hipólito en el mismo pasaje, que Dios desde la eternidad, era á un propio tiempo uno y muchos, es decir, una sustancia sola y muchas personas. Con la misma exactitud se explica acerca de la divinidad del Espíritu Santo. Dice, en cuanto á la Encarnacion formalmente, que Jesucristo es al mismo tiempo verdadero Dios y verdadero hombre sin ninguna confusion, ni mezcla de la una con la otra naturaleza, aunque no haya mas que una sola persona ó un solo principio de las operaciones propias del uno y del otro. Hablando de la Eucaristía, despues de haber dicho que

nosotros comemos la carne divina de Jesucristo, y que bebemos su adorable sangre, añadido en la sagrada mesa se ofrecen todos los días este cuerpo y sangre preciosos en memoria de la misteriosa cena en que Jesucristo instituyó este sacrificio.

Entre otros escritores que se hicieron célebres en el reinado de Alejandro, debe citarse asimismo á Berilo, obispo de Bostro en Arabia, cuyas obras recogió San Alejandro de Jerusalen en su biblioteca con las de San Hipólito, y un tal Ammonio de Alejandria, que publicó muchos escritos estimadísimos, y entre ellos un libro de la conformidad de Moisés con Jesucristo, y una concordia de los cuatro Evangelios, compuesta toda del texto mismo de los autores sagrados. Aun se conserva esta concordia, que á veces se ha atribuido á Tactano, porque publicó otra de la misma clase.

Comunmente se cree que este autor era el mismo que Ammonio Saccas, que enseñó en Alejandria la filosofía (1) y fué maestro de Orígenes y de Heraclás. Llamése por soltenombre Saccas, porque su primera ocupacion fué portar granos y otras mercancías en sacos. Habiéndose aplicado á la filosofía hacia el fin del siglo II, manifestó en este estudio una penetracion extraordinaria, y llegó á ser en adelante uno de los mas hábiles maestros que tuvo en mucho tiempo la escuela de Alejandria. Adoptó el sistema de eclecticismo, y dió á la enseñanza un giro enteramente nuevo, tomando su doctrina de todas las sectas, y procurando conciliarlas entre sí y manifestar la conformidad en sus principios, á lo menos sobre los puntos mas importantes. Créese que ya enseñaba desde el tiempo del emperador Severo, y continuó hasta cerca de la mitad del siglo III. El método de su enseñanza y el sistema filosófico que introdujo, le hicieron considerar como gefe y fundador de la escuela neoplatónica. Muchos discípulos paganos tuvo, entre otros, Longino, célebre como retórico. Orígenes, diferente del doctor cristiano de este nombre, y el filósofo Plotino de quien hablaremos en adelante.

(1) Fundase esta opinion en la autoridad de Eusebio y de San Jerónimo, que dicen también que Ammonio Saccas profesó el cristianismo hasta el fin de su vida. Sin embargo, Porfido, conviniendo en que este filósofo nació cristiano, alega que se adhirió al pagatismo en cuanto aprendió la filosofía. Es bastante sospechoso su testimonio en un hecho de esta naturaleza; pero al parecer le confirman muchas circunstancias. Es difícil concebir que los filósofos de la escuela neoplatónica, tan conocidos por sus impegaciones al cristianismo, se conformaran todos en proclamar por su cabeza y maestro á un filósofo que le hubiera profesado hasta el fin de su vida. Por otra parte, cuando Orígenes justificaba su aplicacion á la filosofía con el ejemplo de San Paténes y de Heraclás, no hubiera dejado de citar seguramente y para el mismo objeto el de Ammonio, que daba públicamente lecciones de aquella facultad, si este último no hubiera sido pagano. Tal vez convendría distinguir al autor cristiano del filósofo Ammonio, porque este nombre era muy comun en Egipto, y entonces se podrian aclarar mucho las diferentes circunstancias que no pueden referirse facilmente á un mismo sugeto.

Habiendo sabido en Oriente el emperador Alejandro que los germanos asolaban las tierras imperiales, se dió prisa á volver á Roma y pasar á las Galias para contener á los bárbaros. En Magnucia estaba con su madre, que jamas le abandonaba, cuando los soldados, cansados de obedecer á un príncipe gobernado por una muger, se rebelaron y mataron á entrambos, en el año 235. Julio Maximino, que fué proclamado para llenar esta vacante, era de origen godo, y reunia á una estatura enorme, una prodigiosa fuerza y una brutal ferocidad; indicios todos que daban ocasion de temer en su reinado todos los horrores de la tiranía. Así, por el pronto no quiso el senado confirmar la eleccion, y fué la vez primera que halló oposicion la voluntad del ejército en aquel cuerpo, ya de antemano envilecido y sin ninguna autoridad efectiva. No tardó mucho en ocurrir una conspiracion contra el nuevo emperador, que ocasionó la muerte de mas de cuatro mil personas, contándose en ellas los amigos y servidores de Alejandro: como muchos de éstos eran cristianos, fué un principio de persecucion contra la Iglesia. Agregóse otra causa: la indiscrecion de un soldado cristiano que motivó un escrito de Tertuliano, negándose á poner en su cabeza una corona de laurel concedida como premio por el emperador Maximino, en celebridad de la asociacion de su hijo al imperio, decretada á la sazón; y por último, unos terremotos que se sintieron por entonces en diferentes comarcas del Oriente. Todo esto junto redució el fanatismo de los paganos, que siempre atribuían á los cristianos todas las calamidades públicas, como que los dioses las enviaban contra aquellos en señal de su iracion y de su cólera. Adigieron principalmente los temblores de tierra á las provincias del Ponto y de la Capadocia, donde se hundieron ciudades enteras, y el gobernador llamado Sereniano, que tenia las mismas opiniones que el populacho, manifestó tanto encarnizamiento contra los fieles, que se vieron obligados á abandonar sus casas y emigrar á otros paises para librarse de su crueldad.

La persecucion de Maximino se dirigió contra los gefes de la religion cristiana, y publicó un edicto proscribiéndolos; con la esperanza de contener los progresos del Evangelio. Pero aunque el mandó solamente dar muerte á los que gobernaban las Iglesias y á los que estaban encargados de la instruccion de los fieles, fué suficiente que hubiera manifestado sus disposiciones, para que todos los cristianos quedasen expuestos al furor del pueblo y á la persecucion de los magistrados prevenidos ya en contra suya. Con todo, la persecucion no fué universal, ó á lo menos no se ejerció en todas partes con igual violencia. Duró tres años, que fueron los mismos que reinó el tirano. Por la relacion que de ella se conserva, se advierte que los fieles tenían ya iglesias, pues se dice en aquella que fueron muchas quemadas, y lo expusimos antes, señalando que tuvieron sitios ó edificios públicos para sus reuniones.

Una de las primeras víctimas de esta persecucion, fué el Papa San Ponciano. Habia sucedido á San Urbano en el año 230, y se asegura que habia aprobado la sentencia de excomunion, pronunciada contra Orígenes por el obispo Demetrio. Fué desterrado á la isla de Cerdeña, con un sacerdote llamado Hipólito, y murió en 26 de Setiembre de 235. Refiérese que despues de haberlo hecho sufrir toda clase de violencias, le acabaron á palos. San Antero, que fué elegido en su lugar en 23 de Noviembre, solo ocupó la Santa Sede un mes y dias; quitáronle la vida el 3 de Enero del año siguiente 236. Páidos otros pocos, le dieron por sucesor á San Fabian, cuya eleccion fué acompañada de tales circunstancias, que puede mirarse como maravillosa. Habia venido del campo á Roma con otros muchos cristianos, y hallándose renidos para proceder á la eleccion de un obispo, iban los electores registrado con la vista las personas ilustres de la asamblea, sin acordarse de Fabian, que estaba mezclado con el común del pueblo, cuando repentinamente se despojó una paloma y vino á posarse en su cabeza. Todos los concurrentes unánimemente gritaron que aquel era digno del episcopado, y despues de las acostumbradas ceremonias, le colocaron en el trono pontifical, que ocupó catorce años. Distribuyó la Iglesia de Roma entre los siete diaconos, dos cuarteles á cada uno, para que tuviesen cuidado de los pobres, y á las órdenes de aquellos, siete subdiaconos, para que los aliviasen en sus ocupaciones y velasen sobre la conducta de los notarios, á quienes se confió la redaccion de las actas de los mártires. Mandó construir en los cementerios muchos edificios, los que puede creerse serian las iglesias fundadas sobre los sepulcros de los mártires, durante la paz que siguió á la persecucion de Maximino. Pero su pontificado nada ofrece mas digno de atencion, que la célebre mision de los siete obispos que destinó á las Galias para que predicasen la fé, como lo haremos ver en su lugar.

En el reinado de Maximino se pone el martirio de Santa Bárbara virgen, que le sufrió en Nicomedia, el de San Rufino obispo, el de San Cesitas presbítero, y de otros varios que padecieron en diversos parages de Italia. Por lo demas, son poco conocidos los pormenores de esta persecucion, ya porque las actas contemporáneas se hayan perdido, ya porque la mayor celebridad de Maximiano y la semejanza de ambos nombres, haya causado la equivocacion de achacar los actos de aquel á este ó á Maximino Daza, sucesor del segundo. El amigo de Orígenes, Ambrosio, fué preso en compañía de un sacerdote de Cesarea en Palestina, llamado Protocetes, y los condujeron hasta la Germania, donde se hallaba Maximino, que tenia la costumbre de recibir así en su residencia las personas mas ilustres que le llevaban de las extremidades del imperio. Sabedor Orígenes de la prision de aquellos, les envió un escrito para animarlos á que sufriesen generosamente los ignomi-

nias, tormentos, y aun la muerte, en nombre de Jesucristo. Sobre todo, exhortaba á Ambrosio á que no se dejase vencer por humanas consideraciones; porque ademas de que tenia muchos bienes, y habia desempeñado principales destinos, le seria mas penoso su sacrificio por el amor que profesaba á su esposa é hijos. Mas salió del peligro, y á poco tiempo obtuvo la libertad, porque sublevados los pueblos, dieron fin á las crueldades de aquel emperador. El mismo Orígenes se vió precisado á huir, y se mantuvo oculto dos años en Capadocia, en casa de una muger rica y piadosa llamada Juliana, y ésta le mostró varios libros que habia recibido de Symmaco, el traductor de la Escritura. Probadas las Iglesias de esta provincia por una violenta persecucion, tuvieron tambien que defenderse contra los artificios de la seduccion. Una muger que decia estar inspirada, engañaba al pueblo con fingidos milagros, y de lo que mas vanagloria hacia, era de poder causar á su antojo terremotos; anunciábalos previamente, y sea que los adivinara por ministerio del demonio, ó que la casualidad le proporcionase el cumplimiento de algunas predicciones suyas, adquirió tanta autoridad sobre sus sectarios, que en todas partes la seguian y la obedecian en todo. Llevaba la temeridad hasta el extremo de ejercer las funciones sacerdotales, imitando, á pesar de su sexo, la celebracion de la Eucaristia y los demas misterios de la religion; por esta última parte se infiere que seguia alguna de las sectas ó ramificaciones de los montanistas.

Los romanos no llevaban con paciencia la tiranía de Maximino, y Gordiano, prócónsul de Africa, fué proclamado emperador en Cartago, en la primavera del año 237. El pueblo y el senado se apresuraron á confirmar su eleccion. Era Gordiano un anciano de ochenta años, que habia ocupado en su larga vida todos los principales empleos. No permitiéndole su mucha edad soportar las fatigas de la guerra, asoció al imperio su hijo, se llamaba Gordiano, como él. Mas Capellieno, gobernador de la Numidia, celoso de la elevacion de aquellos, marchó con buenas tropas para sostener los intereses de Maximino. Gordiano, el hijo, murió en un combate, y viendo el padre su situacion desesperada, se ahorcó, habiendo reinado pocos meses. En cuanto supo el senado esta desgracia, nombró emperadores á Máximo Puppieno, antiguo prefecto de Roma, y á Cecilio Balvino, que dos veces habia sido cónsul. Luego, para aplacar al pueblo descontento por no haber tomado parte en esta eleccion, fué necesario conceder el título de César á Gordiano, de edad de doce años, y nieto del que tomó en Africa la púrpura. Maximino, que marchaba á Italia, fué detenido con la resistencia de Aquileya, que era preciso tomar á la fuerza; y habiendo puesto sitio, disgustados ya los soldados con la guerra y escasez de mantenimientos, se deshicieron de él matándole en su tienda, y á su hijo, en Marzo de 238. A poco tiempo tuvieron la misma suerte Pup-

piano y Balbino; y de esta manera quedó dueño único del imperio Gordiano el joven. Reinó este príncipe unos seis años, y en ellos dejó gozar á los cristianos una gran tranquilidad, que se prolongó aun despues de su muerte, en el reinado de su sucesor Filipo.

En cuanto quedó en paz la Iglesia, Orígenes abandonó su retiro y volvió á Cesarea en Palestina, emprendiendo de nuevo la enseñanza como antes de la persecucion; concurrían á sus lecciones una multitud de discípulos. En este número se cuenta á San Gregorio Taumaturgo, que por segunda vez se presentó á estudiar bajo su direccion: continuó así un año, y al punto de separarse de él, pronunció en su elogio un discurso público que conservamos, en que le da las gracias por las excelentes instrucciones que habia recibido en su cátedra. Algun tiempo despues le escribió Orígenes una carta sobre el uso de las ciencias profanas, exhortándole á meditar en las Santas Escrituras, y extendiéndose á demostrar que la filosofía no debe servir de otra cosa, que como una preparacion para el estudio del cristianismo. Practicaba él mismo lo que aconsejaba á sus discípulos, porque sus ratos desocupados los empleaba en la composicion de muchas obras dedicadas á la ilustracion de las Santas Escrituras. Por este tiempo y durante una corta mansion que hizo en Atenas, concluyó sus comentarios sobre Ezequiel, y emprendió su explicacion de los cánticos, mirada por San Jerónimo como una obra maestra. Se ignoran los motivos que tuvo para este segundo viaje á la Grecia; pero es de presumir fuese para enterarse del método de enseñanza que se seguia en las escuelas de Atenas, y para visitar á los obispos, con quienes tenia relaciones de amistad.

Habiendo regresado á Cesarea, se vió obligado á salir muy pronto para la Arabia, á donde le llamaron los obispos de esta provincia, con ocasion de los errores que enseñaba Berilo, obispo de Bostro, que se habia hecho célebre por el gran número de obras eruditas que habia publicado. Este obispo, despues de haber gobernado su Iglesia de un modo edificante, incurrió en una herejía análoga al sabelitanismo, asertando que antes de la Encarnacion no habia tenido Jesucristo existencia propia y personal: que no comenzó á ser Dios, sino despues de haber nacido de la Virgen, y tambien que no era Dios mas que por la union que en cierto sentido tenia con el Padre, que residia en el Hijo de una manera particular. De esta forma rebajaba la persona del Verbo eterno, y por consecuencia el misterio de la Trinidad y la divinidad de Jesucristo. Muchos obispos disputaron con Berilo para sacarle de su error, y no pudiéndole reducir, recurrieron á las lucas de Orígenes. Quiso éste hablarle primeramente en particular para sondearle y conocer el fondo de su opinion; despues le refutó en público con tan sólidas razones, presentadas con mucha arte y dulzura, que le redujo á la fé ortodoxa. Todavía existian en tiempo de Eusebio las actas del

concilio que se celebró con motivo de los errores de Berilo, y las conferencias de Orígenes con él en la Iglesia de Bostro. Luego escribió Berilo muchas veces á Orígenes, para darle las gracias por este suceso.

Posteriormente reinando Filipo, apareció en Arabia otro error nuevo que sostenian otros hereges, designados con el nombre de arábigos, y enseñaban que el alma muere con el cuerpo, y debian resucitar juntos. Los obispos reclamaron la intervencion de Orígenes, rogándole que concurriese á un concilio que se convocó contra aquellos hereges. Presentóse en él, y habló contra esta doctrina con tanto fuerza, que sacó del error á todos cuantos hereges le habian abrazado. Nació tambien por entonces y en aquellos parages, otra secta de mas obstinados hereges, llamados valesianos, del nombre de su jefe Valente ó Valesio. Era éste un filósofo árabe, que sostenia que la concupiscencia destruye la libertad del hombre, y que para salvarse era necesario suprimir el origen de las tentaciones haciéndose enuocos. Todos sus discípulos practicaban este remedio en sí mismos; y aun se les acusó de que le extendian violentamente hasta los extranjeros que llegaban á su pais. Por otra parte, adoptaban en muchos puntos los infames principios de los gnósticos, y como éstos, no admitian el antiguo Testamento. Una porcion de estos hereges escogieron para retirarse, la villa de Dacatha, mas allá del Jordan, en el término de Filadelfia. Pero Orígenes, á pesar de la imprudencia cometida en su juventud, siempre se manifestó opuesto al error de estos fanáticos, y le condenó formalmente en sus escritos. Tambien combatió á otro herege que habia renovado los errores de los elcesaitas, que era una clase de sectarios mas judíos que cristianos, y enseñaban que se puede negar exteriormente la fé, y sacrificar á los ídolos para evitar la muerte. Desechaban una parte de las Escrituras, y especialmente las epístolas de San Pablo, y sin hacer ningun caso de Jesucristo, tenían un evangelio particular, que decían les habia venido del cielo para enseñar á los hombres la verdadera religion y los únicos medios de salvarse.

Habia llegado Orígenes á la edad de sesenta años, y su humildad se habia resistido siempre á los deseos de aquellos que querian conservar los sermones que predicaba al pueblo. Pero ahora los dejó copiar y se llegaron á reunir mas de mil; porque él oraba casi diariamente tomando del obispo la orden para que el tema fuese á su gusto, no llevando por lo comun preparacion alguna mas que el profundo estudio que habia hecho de las Sagradas Escrituras. Tambien se recogieron muchas cartas suyas, varias de las cuales pudieran merecer el nombre de tratados; pero no han llegado á nosotros sino las dos de que dejamos hecho mérito anteriormente, una á Julio Africano sobre la historia de Susana, y otra á San Gregorio Taumaturgo, y unos cortos fragmentos de otras pocas. Como

siempre quedó algún recelo sobre su doctrina, escribió á muchos obispos, y especialmente al Papa San Fabian para atestiguar la pureza de su fé, achacando á Ambrosio la culpa de los errores que se hallaban en sus obras, porque este amigo, mas ciego que prudente, se habia precipitado á publicar algunas antes que su autor las revisase y diera la última mano.

Durante la persecucion de Decio, prendieron á Orígenes, y sufrió con admirable constancia cuanto pudo inventar todo el furor de los tiranos para vencer su paciencia, porque trataban ellos de, no quitarle la vida y de redoblar los tormentos para poder lograr que sucumbiese, fundando en su caída la esperanza de que otros prevencasen tambien. Cargáronle de cadenas, y le encerraron en un oscuro calabozo, donde tenia las piernas violentamente extendidas para sujetar en un cepo los pies. No se omitió medio ni obra para atormentarle: amenazáronle que lo quemarian vivo, y no disminuyó su firmeza. Escribió á otros mártires para que tuviesen ánimo, y no tardó en recibir el mayor consuelo cuando se halló con una carta de San Dionisio, su antiguo discípulo y obispo entonces de Alejandria. Recobrada la libertad al principio del reinado de Galieno, no sobrevivió mucho tiempo á los tormentos que habia sufrido. Parece que al fin de su vida no se hallaba en Cesarea, sino que se habia establecido en Tiro, y en esta ciudad murió en el año 253, á la edad de 69 años (1).

Fué sin contradiccion Orígenes uno de los hombres mas extraordinarios, el ingenio mas inexplicable que se presentó en la historia de los primeros siglos. No hay muchos autores cuyo nombre haya sonado mas en el mundo, cuyas tareas hayan sido mas numerosas y brillantes, cuyos escritos y opiniones hayan dado lugar á mas diversos juicios. Tampoco hay otro de quien se hayan hecho tan grandes elogios, ni que haya sido mas cantariado y perseguido con mas calor mientras vivió y despues de muerto. Los hombres mas grandes y los mayores saptos no están acordes respecto de él. La claridad y brillo de su ingenio, la vasta extension de sus conocimientos, la precision de su método, la pureza de su vida, su humildad, su dulzura y todas las gracias de su espíritu que resaltan en sus obras y en su persona, contribuyeron á proporcionarle una multitud de admiradores, mientras que la novedad de sus ideas, su afi-

(1) Sin duda fué en Tiro y en estos últimos tiempos cuando Perfirio, tan conocido por sus escritos contra los cristianos, tuvo ocasion de conocer á Orígenes, porque aquel filósofo habia nacido cerca de dicha ciudad, y entonces tendria unos veinte años. En un pasaje citndo por Eusebio manifiesta que en su juventud habia conocido á este ilustre doctor, que segun él habia adquirido tan grande reputacion por sus obras. Añade que Orígenes habia adelantado mucho en el estudio de la filosofía bajo la direccion de Ammonio; pero le censuró su adhesion al cristianismo, y no le perdonó el que hubiese empleado el método y los principios de los filósofos para explicar las Escrituras y desenvolver los misterios que contienen.

cion á las alegorías, la mezcla de filosofía profana con los dogmas de la fé, y mas que todo, los muchos errores esparcidos en su nombre y en sus escritos suscitaron contra él adversarios que le combatiéron como uno de los mas peligrosos enemigos de la Iglesia. La prevencion que habia excitado su doctrina mientras vivió, subsistió igualmente despues, y aun se propagó de tal manera, que muchas personas condenaban enteramente la lectura de sus obras, y se vieron en la precision sus partidarios de publicar apologias en su defensa. Tenemos aún parte de la que, segun dicen, compuso el mártir San Pánfilo en union con Eusebio de Cesarea (1). Mas odioso se hizo en adelante, porque los arrianos se jactaban de que era el defensor de su secta, y exhibian varios pasajes de sus obras que en efecto parecian favorables á ellas, aunque San Atanasio habia creído poder disculparlos y aun interpretarlos por medio de otros cuya ortodoxia no es dudosa. Últimamente varios hereges conocidos con el nombre de origenistas, se aprovecharon despues de los escritos de aquel para sostener que Jesucristo no es Hijo de Dios sino por adopcion: que las almas humanas han existido antes de ser unidas al cuerpo, y que no debían ser eternos los tormentos de los condenados. Durante el siglo V y al principio del VI, las turbulencias que ocasionaron en la Iglesia estos hereges, obligaron al concilio V general á que pronunciase contra ellos una condenacion ó sentencia en que se halla envuelto y mezclado este mismo ilustre doctor (2). Entre los que han acumulado mas las doctrinas y escritos de Orígenes, se cuenta á San Metodio mártir, San Eustasio, obispo de Antioquia, San Epifanio y San Gerónimo. Este último no deja de elogiarle en algunos pasages, y señalarle como el mayor maestro que ha tenido la Iglesia desde los apóstoles. San Ambrosio hace poco mas ó menos el mismo juicio de él, y no ha tenido reparo en tomar de sus obras una porcion de pensamientos con que enriqueció sus comentarios sobre San Lucas y sobre la obra de los seis dias. San Basilio y San Gregorio Nacianceno apreciaron tanto sus escritos, que los adoptaron por base de sus estudios sobre la Escritura Santa. Tambien hicieron una coleccion de los trozos que creyeron mas útiles, y todavía se conservan estos extractos que llevan el título de Filocalia.

(1) San Gerónimo cree sin embargo, que se le atribuye falsamente á San Pánfilo.

(2) Tambien se conoce con el nombre de origenistas á otros hereges que existieron hacia la mitad del siglo III, y eran una ramificacion de la secta de los brigabatos. Condenaban el matrimonio y combatian públicamente las acciones mas íntimas que miraban como indiferentes. Pero tomaron su nombre de otro Orígenes muy poco conocido. San Agustín, que hace mención de sus errores, lo asegura expresamente, y no podian realmente tener nada comun con el célebre Orígenes, cuya vida fué siempre muy pura, por confesion de sus mismos enemigos, y sus escritos siempre respiran amor á la castidad.

El número de las obras compuestas por Orígenes era tan considerable, que dicen podían contarse hasta seis mil volúmenes, comprendiendo sin duda sus cartas y homilias. En nuestros tiempos han quedado muy pocos restos. La mayor parte tenían por objeto la explicación de la Escritura: las otras eran tratados sobre diferentes materias, ya para la instrucción de los fieles, ya para refutar á los hereges ó paganos. Por lo demás, manifiesta que nunca publicaba sus escritos sino con temor y repugnancia, y ya se ha visto que le excitaron para ello sus discípulos, y principalmente Ambrosio, que las costaba y no le dejaba un rato descansar. Lo que acabó de decidirse fué, que muchos hereges habían dado á luz comentarios de la Escritura llenos de errores, y que con todo eso los leían los fieles ansiosos de instrucción; de manera que su ánimo fué oponer á estas falsas interpretaciones comentarios ortodoxos en que pudiesen hallar los fieles luces puras, y satisfacer su ansia de saber, sin estar expuestos al peligro de seducción; no porque faltasen interpretaciones católicas, pues el mismo declara que cuidó de leerlas y de sacar provecho de su contenido; pero es muy probable que no se hubieran reparado muchos ejemplares, ó que no incluyesen más que una parte de la Santa Escritura, porque se infiere que este autor fué el primero que la explicó toda entera.

Debe ponerse en primer lugar entre las obras de Orígenes sobre la Biblia, el inmenso trabajo que emprendió para aclarar el texto, reuniendo todas las versiones griegas del antiguo Testamento en una misma edición, á fin de que pudiesen cotejarse ya entre sí, ya con el hebreo. La más célebre y mas antigua de aquellas es la de los setenta, hecha en Alejandría, reinando Tolomeo Filadelfo, 277 años antes de Jesucristo. La segunda, formada por Aquila en el reinado de Adriano, fué adoptada por los judios que la calificaron de exacta por excelencia, porque estaba tan literal, que traducía hasta la etimología de las palabras, mas bien que su vulgar significacion, lo que la hacia algunas veces bárbara é ininteligible. No le faltaba tampoco infidelidad, porque el autor quiso consenrecer á propósito las profecías relativas á Jesucristo. Simmaco y Teodocion publicaron la tercera y cuarta versión un poco antes de finalizar el siglo II. La última era poco diferente de la version de los setenta, y aun en algunas partes la copiaba; por lo que la Iglesia adoptó muchos pasajes de su traduccion y la siguió enteramente en el libro de Daniel. La de Simmaco se acercaba mas al hebreo como que tambien conservó su cronologia; pero su version era mas clara y menos literal que la de Aquila. Orígenes halló ademas, otras tres sin nombre de autor, y así fueron conocidas con los nombres de quinta, sexta y sétima version. No contenian mas que una parte de los libros santos, y especialmente los que se hallan en verso en el texto hebreo.

Publicó Orígenes todas estas versiones con el texto hebreo, en

una misma coleccion, poniéndolas en columnas, unas al lado de las otras, para que pudiesen compararse facilmente y reconocerse de una ojeada todas sus diferencias. La primera columna era la version hebrea en los propios caracteres de este idioma; la segunda el mismo texto en caracteres griegos; en la tercera la version de Aquila, la de Simmaco en la cuarta, en la quinta la de los setenta, y la de Teodocion en la sexta. Las otras tres antiguas iban puestas en las siguientes columnas; pero como no contenian mas que libros ó partes de la obra, les dió el nombre de Hexaplas, por las seis columnas que contenian las dos ediciones del texto hebreo y las cuatro versiones enteras. Con todo, en adelante se llamó Octaplos á la parte que comprendia otras dos columnas para las versiones quinta y sexta. Acaso desmembraron esta parte para publicarla con separacion, aunque con nada puede justificarse que Orígenes la hiciese: solo consta que trabajó en la primera. En cuanto á la sétima version era tan corta, que no pudo ocasionar su insercion en nuestro título, porque solo contenia los salmos y algunos profetas de los menores. Lo único que resta de todas estas obras, es unos largos fragmentos recopilados por Montancon.

Como los ejemplares en que habia tantas columnas exigian considerable trabajo y gastos, hizo Orígenes otra edición menos ámplia, que solo tenia las versiones de Aquila, Simmaco, los setenta y Teodocion. Tambien estaban colocadas una junto á otra y por el mismo orden que en la grande. El le puso por título Tetraplos, como que no incluia mas que cuatro columnas. Últimamente emprendió Orígenes una edición de la de los setenta, que pudiese suplir á estas inmensas colecciones. Publicó el texto de ella revisado con gran cuidado para que no conservase ninguna de las muchas equivocaciones en que habian incurrido los copiantes: la comparó con otras muchas, y añadió en ella lo que halló de mas en el texto hebreo que en los setenta, anotando estas adiciones con signos arbitrarios para que se pudiesen reconocer. Habíase sacado de otras versiones, y principalmente de Teodocion. Tambien señaló con diferentes cifras lo que tenian los setenta mas que el hebreo, de manera que podian verse en un momento la conformidad y diferencia respectivas de los citados textos. Otras veces indicaba las variantes que habia en los ejemplares de los setenta, cuando no le ocurría motivo de determinar su eleccion entre las diferentes leyendas (1). Los copiantes posteriores omitieron las señales que ser-

(1) Muchos célebres autores dicen que esta edición de los setenta no era un trabajo diferente y separado de la edición incluida en la obra de los Hexaplos. Con efecto, parece que en esta última habia anotado con cifras la diferencia en las versiones para que se estimasen de ver mas facilmente; resulta así por el testimonio positivo de Rufino y de San Gerónimo. Pero el último dice expresamente que Orígenes habia mezclado los textos de los setenta y de Teodocion, añadiendo al primero lo que tenia de mas el segundo, y señalando

rían para indicar las adiciones; por su desdén no tenemos en toda su pureza el texto primitivo de la versión de los setenta.

No pretendió Orígenes con estas tareas disminuir la autoridad de los setenta, cuya versión estaba efectivamente recomendada á todos los cristianos por la opinión de los apóstoles que la habían citado, y por la aprobación de la Iglesia que en todas partes se servía de ella, como qué se usaba en los parages donde se hablaba el griego, y de ella se había sacado la versión latina que corrió en el Occidente. Al contrario, se dedicaba á defenderla contra las impugnaciones de los samaritanos y judíos, demostrando cuán conforme estaba con el texto hebreo en el fondo, y á pesar de algunas ligeras diferencias sobre cosas puramente accesorias. Por su carta á Julio Africano hemos visto que tal era su designio, y que estaba muy distante de aprobar ciertas correcciones que pudiesen debilitar la autoridad de un texto admitido por todas las Iglesias. Del mismo modo se explica en diferentes pasajes de sus comentarios. Esta conformidad del texto con todas las versiones contribuía por otra parte á resolver las dificultades que podían ofrecer los lugares oscuros, y daba medios para conocer el verdadero sentido de los asientos en aquellas frases en que se hubiesen deslizado faltas ó diferencias en los ejemplares por negligencia de los copiantes.

De tres maneras eran las obras que Orígenes compuso para interpretar la Escritura: primeramente escolios ó interpretaciones cortas en forma de notas sobre los pasajes dificultosos; en segundo lugar comentarios seguidos y mas extensos sin comparacion, en los que se entregaba á toda la sutileza de su ingenio para penetrar profundamente el texto sagrado, y muchas veces para descubrir en él conceptos alegóricos y misteriosos; y últimamente, las homilias ó familiares instrucciones que pronunciaba delante del pueblo, en las que se dedicaba mas á las explicaciones morales, acomodándose á los alcances de los oyentes. De los escolios de Orígenes no ha quedado ninguno. Muchas homilias suyas tenemos; pero pocasimas en griego: su mayor número consiste en traducciones latinas hechas por Rufino, San Jerónimo y otros antiguos, y con tanta libertad se hicieron las mas, que no es fácil atinar lo que pertenece realmente en ellas al autor.

Los comentarios de Orígenes sobre la Escritura, formaban la parte mas considerable de sus obras; y aunque la relacion que de ellas se nos ha transmitido no la comprenden todas; admiten tan prodigiosa fecundidad. Solo de los cuatro primeros capítulos del Génesis sacó materia para trece volúmenes; sobre el Cántico de los Cánti-

lando lo que este tenia de menos. Mas como esta mezcla no existe ciertamente en los Hexaplos, donde era perfectamente inútil é inoportuna, en atención á que las dos versiones se hallaban enteras una al frente de otra; es necesario convenir que Orígenes presentó en un mismo texto y en edicion aparte, las variantes que solo había dejado indicadas en los Hexaplos.

cos, diez: sobre la tercera parte de Isaías, treinta: sobre Ezequiel, veinticinco; otros tantos sobre los profetas menores; de aquí puede inferirse cuántos serían sus escritos sobre los demas libros de que no hablamos. No había sido mas conciso en sus explicaciones sobre el nuevo Testamento, pues que llenó veinticinco tomos con sola la del Evangelio de San Mateo, treinta y dos ó mas tal vez sobre el de San Juan, y quince ó veinte sobre la epístola á los romanos. De todas estas numerosas obras no conservamos mas que algunos fragmentos sobre ciertos libros del antiguo Testamento, bastantes tomos en griego y en latin sobre los Evangelios de San Mateo y San Juan, un compendio latino del comentario sobre la epístola á los romanos y unos pocos fragmentos sobre las demas epístolas.

Tambien el tiempo ha devorado las demas obras suyas. Las únicas que han quedado, con las dos cartas que hemos citado, son los libros de los Principios, un tratado de la oracion y el célebre tratado contra Celso. Entre los perdidos se notan particularmente dos libros sobre la resurreccion y otros dos diálogos sobre el mismo asunto, una explicacion de los nombres propios del nuevo Testamento, como continuacion de la obra de Filon que trataba de lo mismo respecto del antiguo, un tratado sobre el libre albedrio, otro muy erudito sobre la Pasqua, y finalmente, los diez libros que habia titulado Estromas, á imitacion de Clemente Alejandrino, y eran una especie de comentario sobre los sistemas de los mas célebres filósofos, comparando sus máximas con la doctrina cristiana, para demostrar su conformidad. San Jerónimo cita algunos fragmentos de esta obra, y asegura que contiene muchos errores, especialmente sobre la resurreccion (1), por lo que nadie se atrevió á traducirla. Con todo, se advierte por el testimonio de San Epifanio y Teodoro, que Orígenes habia combatiendo en sus escritos todas las heregias; pero se ignora si ha publicado tratados particulares á este fin, ó si aluden aquellos autores á los diferentes pasajes de sus obras donde son refutados.

Escribió Orígenes el tratado de la oracion para oponerse á ciertos impios, que afirmaban la inutilidad de aquella, y que no adoptaban ni el culto exterior, ni ceremonias en la religion, despreciaban tambien el bautismo y la Eucaristia. Despues de haber respondido á sus razones falsas, y manifestado las ventajas de la oracion con muchos ejemplos y motivos sacados de la Escritura, entra en una dilatada explicacion acerca de la oracion dominical y acaba por dar instrucciones sobre el modo de rezar. En esta obra abundan las máximas y reglas utilísimas á la piedad, y hay pensamientos interesantísimos sobre la disciplina de aquellos tiempos. Allí

(1) Parecen que Orígenes no creia la resurreccion de la carne, porque no quedase el espíritu sino un cuerpo celeste, segun los ideas neoplatónicas.

se observa una prueba auténtica de la fe en los primeros siglos de la Iglesia respecto de la intercesión de los santos. Establece Orígenes este dogma refiriendo la historia de los Macabeos, y añade: "Pues que han recibido los santos la perfección de la ciencia, absurdo sería el creer que no tienen también la perfección de todas las virtudes, siendo la caridad con el prójimo la principal de todas ellas." Reconoce también la potestad de perdonar los pecados, comunicada á los apóstoles por Jesucristo y transmitida á sus sucesores.

El Perikaton ó libro de los principios, tenía por objeto destruir por su cimiento los errores de Valentin, Marciano y otros gnósticos sobre el origen del mal: estableciendo al mismo tiempo los principios y reglas de la fe cristiana, para que sirviesen de introducción al estudio de la religión. Compúsole Orígenes hácia el año de 230, antes de dejar la ciudad de Alejandría, y casi al mismo tiempo que sus Estronius. Principia asentando este principio general: así como se debe al cristiano dedicar á seguir la doctrina de Jesucristo para conocer la verdad, en vez de basarla en vano en sectas extrínsecas, del mismo modo puede saberse lo que Jesucristo ha enseñado, y convencer de falsas todas las doctrinas que á esta se opongan, con la autoridad de la Iglesia y por la tradición no interrumpida de los apóstoles. Pero no siempre cuida Orígenes de conformarse con su misma regla, y en esta obra, mas que en todas las demas, verió muchas ideas copiadas del filósofo Platon; siendo igualmente este libro el que ha dado ocasión con toda preferencia á la crítica y censuras de sus contrarios. No se ha conservado mas que la traducción de Rufino, quien se tomó al hacerla la mayor libertad, como se escha de ver si se compara con los pocos fragmentos que han quedado del original. Además, el traductor en su prólogo declara que ha añadido lo que le parecia necesario para la inteligencia del texto, y omitido lo que creia contrario á la doctrina del Evangelio, principalmente sobre la Trinidad, porque supone que los hereges se empeñaron en corromper esta obra, introduciendo sus errores en ella, para autorizarlos con el nombre de Orígenes. Sin embargo, no dejan de leerse en ella muchas opiniones atrevidas y aun completamente dignas de anatema.

Los gnósticos para explicar el origen del mal, atribuían la formación del mundo á un principio naturalmente malo ó á genios subalternos é imperfectos, que dispusieron sin que lo supiese el supremo Dios, la materia viciosa y rebelde increada: contra esta asercion estableció Orígenes primeramente que no hay mas que un solo y único principio de todas las cosas, un solo Dios necesariamente bueno é inmutable, que tiene un Hijo eterno como él, nacido de su propia sustancia, de una manera inefable y sin principio: que este Hijo, llamado la sabiduría y el Verbo del Padre, no es otra cosa que Jesucristo, Dios y Hombre al mismo tiempo, y en fin, que el Espí-

ritu Santo que procede del Padre, participa de su divinidad, y en todo le es igual, poseyendo como él la eternidad y la omnipotencia: prueba despues que la materia no es increada, ni independiente, sino que Dios lo ha producido todo y formado el mundo por su Verbo; y sentando por principio que las criaturas son necesariamente imperfectas y sujetas á mudanzas, explica el origen del mal por la referida imperfeccion y por el abuso de la libertad. Añade que el libre albedrio existe y se demuestra por la razon y por la Escritura, y responde á todos los reparos que, abusando de pasages que se hallan en sus obras, oponen los hereges para combatirlos; pero lleva tan adelante las consecuencias, que considera la desigualdad de las criaturas y la diferencia de su estado, como un efecto de su propio mérito. Segun su opinion, Dios principió la formación del mundo, creando cierto número de espíritus iguales, cuya mayor parte cayeron en pecado: para castigarlos los encerró en cuerpos mas ó menos toscos á proporcion de sus faltas; de manera, que unos se han convertido en ángeles, otros animan á los astros ó á los hombres; porque Orígenes se empeña en que los ángeles tienen cuerpo aunque muy sutil, y que los astros tienen alma, pero procedente de espíritus menos culpables que los que habitan este mundo inferior. El alma de Jesucristo es entre todos los espíritus, el que desde el principio está unido á Dios con mas perfecta caridad, y por eso mereció unirsele mas íntimamente para no estar jamas separado de él. Todas las demas están sujetas á pasar del bien al mal y al contrario, como que siempre gozan de su libre albedrio; resultando en consecuencia, una continua alternativa de felicidad y de castigo para ellas. Pero estas mudanzas de estado no ocurren momentáneamente sino en el curso de muchos siglos y á medida que se suceden los mundos que han precedido á este, y que no cesará de crear otros nuevos, porque no puede estar ociosa su potencia. Toda esta doctrina la hebó Orígenes en la filosofía de Platon, y de él tomó tambien el principio especioso de que todas las penas deben ser medicinales, teniendo por objeto la correccion del que las sufre; y deduce de ahí que no serán eternas las penas de los condenados, y que los demotos mismos se convertirán en un día para volver á la gracia de Dios. Pero se puede creer que este error le afundieron los hereges á su libro, porque en la carta que escribió á sus amigos de Alejandría, se queja amargamente de que le atribuyesen tan extraordinaria impiedad. Por otra parte reconoce expresamente la eternidad de las penas en muchos pasages de sus obras, y con especialidad en el octavo libro contra Celso. Hasta el mismo Platon, además de las penas que sirven para la correccion de los culpables, admite tambien otras que sirven de escarmiento y deben por lo mismo ser eternas, porque se aplican á las faltas inexpiables y á crimi-

nales cuya suerte y disposiciones no pueden cambiarse (1). Luego no es probable que Orígenes, adoptando el principio de Platón, haya querido restringirle y modificarle precisamente en sentido opuesto á la doctrina de la Iglesia (2). En cuanto á los demás errores, señalaremos muy pronto los que se le pueden realmente achacar.

La obra mas importante de Orígenes, es el tratado que escribió para impugnar el libro que Celso habia publicado contra los cristianos hácia el medio del siglo II. Habia recogido este filósofo no solamente las mentiras y calumnias que se habian esparcido contra ellos á consecuencia del ciego aborrecimiento y las animosidades populares, sino que habia añadido los sarcasmos, la ironía, el sofisma, con todo el falso brillo y capciosidad que suele acompañarlos, para presentarle su doctrina como odiosa, ridicula y despreciable al mismo tiempo. Reprendía á los judíos convertidos, porque abandonaron su ley sin motivo, y á los otros cristianos, porque se dividían en muchas sectas que no tenían entre sí nada de comun mas que el nombre. Pintábalos con orgulloso desden como á fanáticos é ignorantes, que cometían la locura de preferir á la creencia de los griegos una oscura fábula, nacida entre bárbaros: calumniaba indignamente los motivos de su santa unión, y condenaba sus asambleas por sediciosas y opuestas á las leyes. Estorzándose en destruir por los comentarios la fé cristiana, procuraba probar que los dogmas todos deben sujetarse al examen de la razon; no creía las profecías ó les oponía oráculos de los paganos; atilulaba á méjia los milagros de Jesucristo; negaba la verdad de la resurrección; contradecía su sagrada doctrina en varios puntos, y en otros creía hallar semejanza ó relacion con la filosofía de Platón; jamas perdia ocasión de impugnar la divinidad de las Escrituras, de buscar

(1) En el *Gorgias* hácia el fin.

(2) El P. Petrus cita muchos pasajes de otros escritos de Orígenes, en que igualmente se hallan errores sobre esta materia; pero los unos no son tan absolutamente positivos que no pueda dárseles una favorable interpretación, y otros que no parecen espacios de necesidad era necesario probar que no eran otros de una sencilla afirmación, porque es indudable que los herejes han aliterado y contraído sus órta. No dejámos por esto de señalar que no siempre Orígenes ha sido bastante exacto en la explicación del dogma en que en este punto, y que á veces le ha limitado con excepciones realmente dignas de anatema; pero al mismo tiempo no es menos cierto que creía en el fondo de ellas: porque en muchos lugares reconoce, como hemos repetido, la eternidad de las penas no solo para los demonios, sino para los condenados. En la séptima homilía sobre el Exodo, refutaba á los pecadores para apartarlos del vicio, este texto del profeta Isaías: *no morará el pecador en su pecado, ni se apartará el fuego en que será abrasado.* En el octavo libro contra Celso, dice, que si los cristianos hallan hombres absolutamente rebeldes á sus doctrinas, procuran que al menos rechacen el dogma de las penas eternas á fin de sacralos de su obstinado endurecimiento. Últimamente, explicando á San Mateo, repite muchas veces que el fuego con que serán castigados los condenados debe ser eterno, y aun vuelve á citar el mismo pasaje de Isaías.

en ellas contradicciones, y de hacer que resultasen las dificultades aparentes, que pueden ocurrir en algunos hechos referidos en las mismas.

Examina Orígenes sucesivamente todas las objeciones de Celso, y ninguna deja sin respuesta. Establece la necesidad de la fé, y manifiesta que la verdad del cristianismo descansa en incontrastables pruebas. Hace ver que los judíos, convirtiéndose al Evangelio, permanecen fieles al espíritu de su ley antigua, en la que estaba atenuada y preparada la venida de Jesucristo: que los verdaderos cristianos no forman mas que un cuerpo unido por la comunidad de creencia y por los vínculos de la caridad; que la doctrina católica permanece siempre inalterable y uniforme en medio de todas las herejías, y que no deben contarse por tales católicos los sectarios que tienen diferente Evangelio, y no reconocen ni aun el nombre de Jesucristo. "Como son pocos, dice, los hombres que tienen el tiempo y capacidad necesaria para entregarse á serias y largas discusiones; si fuese indispensable para la fé la vía del examen, la mayor parte de ellos permanecerían en la corrupción de sus costumbres por no poder saber la verdad: en lugar de que una multitud de cristianos dirigidos por la fé, han corregido las suyas, según las reglas de la mas perfecta sabiduría. La vida del hombre supone creencias que no tienen otro fundamento que la autoridad: los mismos filósofos se deciden regularmente á preferir una secta respecto de las otras, sin haber examinado previamente y con detención sus principios, y solo por la presunción que se funda únicamente en la autoridad de otro hombre. Pues no será mas racional creer en la autoridad de la divina palabra confirmada por profecías y milagros?"

Refiere Orígenes las principales profecías en que se anunciaron claramente el nacimiento, pasión y muerte y todas las demás circunstancias de la venida de Jesucristo, y observa que desde la predicación del Evangelio ya no han tenido los judíos profecía, ni milagros, ni señal alguna de asistencia divina, como se han visto y se ven entre los cristianos. Por lo tocante á los oráculos de los paganos que Celso oponía á las predicciones de la Escritura, hace ver Orígenes que no eran aquellos ciertos: que los sabios no hacían mérito de ellos; y aun cuando alguna cosa real hubiera habido en este punto, la desatregada conducta de los que emitían tales oráculos, y la vergonzosa humada con que la pisonera era inspirada, debían inducir la creencia de que los oráculos eran los autores de aquellos: al contrario, Moisés y los demás profetas eran hombres de una eminente santidad. En unos y otros oráculos y profecías, solía haber á veces oscuridad; pero con esta diferencia, que los oráculos paganos, siempre oscuros, nada nil contenían: mientras los profetas hablaban con claridad en gran número de profecías, que desde luego debían ser comprendidas, y en las exhortaciones que lle-

vaban el objeto de corregir las costumbres. Así se han conservado escrupulosamente sus discursos, que aun hoy sirven para excitar á los hombres á la virtud.

No negaba Celso que Jesucristo hubiera hecho milagros, sino que los atribuía á magia, que en su concepto aprendería en Egipto, y como en el mismo Evangelio se hace mención de los falsos profetas y falsos milagros, intentaba este filósofo confundir los unos con los otros, y atribuirlos todos igualmente á operaciones diabólicas. Orígenes alega que en admitiendo una potencia superior á la naturaleza, como haya una potencia mala, es necesario creer que hay otra buena mas superior que está; y en consecuencia si han existido falsos milagros obrados por el demonio, los hay tambien verdaderos que no tienen otro autor que Dios. Es facilísimo distinguirlos con toda seguridad observando las costumbres y doctrina de los que hacen milagros, y los efectos que de éstos resultan. Moisés y los profetas, Jesucristo y sus discípulos no han enseñado mas que una misma doctrina enteramente digna de Dios y soberanamente útil á los hombres: ellos han practicado los primeros lo mismo que enseñaban, produciendo de esta manera frutos inmensos y durables. Moisés hizo adoptar sus leyes á un pueblo que durante un gran número de siglos ha conservado una religion pura y costumbres conformes á la verdadera sabiduría. Jesucristo ha reunido todas estas naciones en el conocimiento del verdadero Dios y en la práctica de todas las virtudes. Los impostores no se proponen corregir á los hombres, siendo ellos corrompidísimos, y sus milagros no causan ordinariamente grandes efectos. "No creo, añade Orígenes, que hayan quedado en el mundo treinta sectarios de Simon Mago, y eso que jamas han sido perseguidos." Y en otra parte dice: "Es imposible que se figuren dudas acerca de la resurreccion de Jesucristo, referida por los evangelistas con tales circunstancias, que dan á su testimonio autoridad irrecusable. Murió nuestro Señor en público, en una cruz, delante de todo el pueblo judío; y las precauciones tomadas al tiempo de sepultar su cuerpo, imposibilitaban todo artificio y mentira. No hay que preguntarse por qué no descendió de la cruz, y por qué no se presentó á todo el mundo despues de resucitado, porque no nos toca á nosotros el prescribir á Dios el método que ha de emplear para sus prodigios. Es suficiente que se apareciese primero á San Pedro, despues á los demas apóstoles y á quinientos discípulos reunidos. A no haberla visto resucitado, si no hubieran estado convencidos por esto de su divino poder, cómo habrían podido tener el pensamiento y el valor de acometer toda clase de peligros y abandonar su pais para enseñar por todas partes, segun la orden del maestro, la doctrina que les habia comunicado? Preciso era que presenciasen alguna cosa extraordinaria para obligarse á seguir sus máximas y hacer que los demas las abrazasen, no obstante los peligros positivos é innumerables dificultades

de semejante empresa. No hay mas remedio que creer á unos hombres que sufren todos los tormentos y la muerte misma por dar testimonio de lo que han visto. Considérese que los apóstoles no eran unos sabios, ni aun instruidos, eran hombres del común, simples pescadores, sin instruccion alguna, y en este punto ellos mismos lo publicaban. ¿De dónde les vino ese poder con que convirtieron tantos judios y gentiles, que ha triunfado de todas las resistencias de la tierra, de la oposicion de los emperadores, del senado, de los magistrados y del pueblo? Jesucristo, pues, es evidentemente Dios, supuesto que ha vencido tantos obstáculos y extendido su religion en todo el universo, como lo habia profetizado. No hay motivo para suponer que los apóstoles se hubieran atrevido á emprender la conversion del mundo entero, sin hallarse sostenidos por una virtud divina; ni que los pueblos abandonasen las costumbres antiguas, heredadas de sus antepasados, para adoptar una doctrina tan opuesta á ellas, si esta mudanza no hubiese sido obra milagrosa de una potencia extraordinaria. Aun se veian en tiempo de Orígenes vestigios de ese don de milagros entre los cristianos. Predicaban lo venidero, curaban á los enfermos, y lanzaban los demonios invocando á Jesucristo: estos prodigios convertian á muchas personas, principalmente á los poseidos de los espíritus infernales, en cuanto se veian libres de ellos.

El grande fruto de la predicacion del Evangelio, es el extraordinario cambio que se observó en las costumbres de tanto número de personas que renunciaron á la disolucion para vivir con pureza, hasta el punto de emprender muchísimos la continencia total ó perfecta, y eso en todas las categorías y en todos los paises, porque no hay nacion donde no se haya establecido y practicado esta doctrina. Con afecto, los cristianos se aplicaban con tanto celo á la conversion de los infieles, que muchos no se ocupaban en otra cosa, que en recorrer las villas y lugares con este santo objeto: y temerosos de que les achacarán á interés terreno este celo, las mas veces ni aun recibian lo que les presentaban para su manutencion, ó si alguna se veian obligados á ello, solo tomaban lo necesario aunque les dieran mucho mas. Añade Orígenes: "Ahora que entre los muchos que se convierten hay ricos, autoridades, señoras nobles y opulentas, puede ser que alguien diga que un cierto anhelo de gloria nos estimula á predicar nuestra doctrina; pero no cabia esta sospecha á los principios, cuando corrían grandes peligros todos los que evangelizaban y con especialidad los doctores: aun hoy mismo el honor que podemos conseguir de parte de los fieles, no equivale al ódio y al desprecio que tenemos que sufrir de los paganos."

Este celo por la conversion de los paganos, no impedía á los cristianos que examinasen y probasen en cuanto era posible, á los que querian admitir su doctrina. Al principio los preparaban con exhortaciones privadas y exorcismos; antes de admitirlos en sus asam-

bles: y cuando los veian determinados á seguir las reglas del cristianismo, los recibian en el número de los catecúmenos para fortificarlos en esta resolución y disponerlos para el bautismo. Tenian para instruccion de ellos y su direccion, personas especialmente encargadas, que examinaban su conducta, y no siendo muy arreglada los despedian, porque el bautismo no se administraba sino á los que hacian una vida perfectamente conforme á las máximas del Evangelio. Instruíanlos gradualmente segun sus alcances y disposiciones. Antes los iban desviando de la idolatria, elevando su espíritu al conocimiento de Dios, y dándoles á comprender que no es lícito hacer á las criaturas los honores que son debidos exclusivamente á la divinidad; despues les explicaban la venida del Mesias y las profecias en que claramente se habia anunciado con toda distincion; y cuando estaban suficientemente preparados, se les enseñaba la doctrina del Evangelio y los escritos de los apóstoles.

Origenes hace notar la diferencia que hay entre las asambleas de los fieles, y las de los paganos, en estos términos: "¿Quién podrá desconocer que los heles mas tibios, cuyo número es muy pequeño en comparacion de los que traen una sana vida, valen aun mucho mas que los que componen las sociedades paganas? Por eso la Iglesia de Atenas ofrece un modelo de union y de caridad, en lugar de que en las reuniones del pueblo ateniense, no se ve mas que desorden y sedicion. Lo mismo sucede en las demas ciudades. Todavía seria mas noble la diferencia si se tratase de comparar á los obispos y á los mas relajados sacerdotes, con los magistrados gentiles; porque se hallará á los primeros dignos de gobernar la ciudad de Dios, en tanto que los otros nada presentan en sus costumbres que los pueda sacar de la esfera del vulgo. ¿Cómo se atreve Celso á tratar con tanto desprecio á unos sujetos cuyas máximas y conducta superan grandemente á las de los paganos? Estos adoraban las criaturas, estatuas y animales. Los cristianos, superiores en sus miras á todas estas cosas visibles y crendas, elevan su culto hasta aquel de quien todo depende, y que ve los mas secretos pensamientos. Siempre están dispuestos á padecer antes que faltar á nada de lo que le son deudores. Respetan los vinculos de la sociedad civil, observando exactamente la justicia, y se portan como poseidos de la mayor caridad y dulzura. Tan lejos está su doctrina de inducir á la sedicion, que no emplean mas que la paciencia aun contra las persecuciones. Huyen de los placeres criminales y domnan las inclinaciones violentas para agradar á Dios, en vez de que los paganos se abandonan á la voluptuosidad con el mayor cinismo, sin rastro de pudor. Los cristianos menos instruidos, son en este punto muy superiores á los filósofos, á las vestales y á los pontífices paganos. Ningun cristiano está manchado con estos vicios, ó si le hubiere, no es del número de los que concurren á las asambleas nuestras y participan de nuestras oraciones, á menos que se

ande ocultando entre la multitud, cosa que no puede ser frecuente." En efecto, se echaba de las Iglesias á todos los que caian en pecados considerables, especialmente de impureza. A pesar de esto, si hacian penitencia, los admitian á reconciliarse, despues de muy eficaces pruebas y mas prolongadas que para el bautismo; pero quedaban excluidos de toda funcion pública en la Iglesia.

Las objeciones de Celso movieron á Origenes á explicar muchos pasages de la Escritura, y algunos de los principales dogmas de la religion, para resolver las dificultades propuestas por aquel filósofo. El plan de nuestra obra y sus dimensiones, nos impiden extender mas nuestra análisis; y los extractos hechos hasta aqui, bastan para dar una idea de este admirable tratado, que puede considerarse como la apologia mas completa del cristianismo, y la mejor escrita de la antigüedad. En ella se encuentra grande erudicion, sólidos raiocinios, desenvueltos con fuerza y claridad, estilo noble, vivo, elegante y muy notable por la perspicuidad de la expresion, siempre correspondiente á la exactitud y precision de las ideas. Compósole en los últimos años de su vida, hacia el fin del reinado de Filipo; todavía le tenemos en griego, y al parecer nada se ha alterado en él, de modo que debe servir con preferencia á las demas obras, para declararse sobre los verdaderos sentimientos del autor, y los errores que se le atribuyen. Réstanos que decir alguna palabra sobre este asunto, para que se conozca mejor á este célebre doctor.

En varios pasages de este libro y otros escritos suyos, se explica Origenes de la manera mas clara y formal, sobre el misterio de la Trinidad. Enseña que las tres divinas Personas, aunque realmente distintas, tienen una misma sustancia, y no componen mas que un solo Dios; que el Hijo y el Espiritu Santo son eternos como el Padre; que participan de su naturaleza y poder, y que son incorpóreos, invisibles y adorables como él (1). San Atanasio invocó su autoridad contra los arrianos, y en particular cita un texto notabilísimo, en que no sólo se explica en términos precisos la eternidad del Verbo, sino que se justifica con muchas pruebas que en adelante servirán para la defensa de este dogma. Con respecto á los pasages que pueden ofrecer alguna dificultad, hace una observacion que acaso no se ha tenido en cuenta, y es, que no se debe mirar co-

(1) Se pueden consultar sobre este punto los muchos pasages que trae el padre Cellier (*Histor. de los autores sagrados*, &c., tom. II). Solo observaremos que Celso inculcaba á los cristianos, porque negando la pluralidad de los dioses, dan á Jesucristo el mismo culto que á Dios; lo que prueba que la divinidad del Hijo era un dogma constante y aun sabido de los paganos hácia la mitad del II siglo. Respondiendo Origenes á esta acusacion en su octavo libro, lejos de negar el hecho, se dedica á probar por el contrario, que cuando los cristianos adorna á Jesucristo, no reconocen muchos dioses, en razon á que el Padre y el Hijo, aunque son dos personas distintas, no son mas que una misma divinidad.

mo pensamiento propio de Orígenes, cierto número de ideas emitidas por él en forma de problemas y dudas; antes si son pensamientos de los herejes con quienes disputa. De donde puede concluirse, que desnaturalizaban el sentido de sus obras para atribuirle opiniones que emitía como objeto de las diferentes controversias y discusiones en que se ocupaba, y no como si fuesen realmente problemáticas en sí mismas; ó tambien consecuencias que sacaba de las doctrinas heréticas, sin pensar en aprobarlas, y solamente para valerse de ellas contra sus autores, como argumentos personales.

Como la doctrina de los gnósticos se prestaba sobre todo maravillosamente por su incoherencia á este género de impugnacion, puede juzgarse que para alterar los escritos de Orígenes y hacer que pasen por suyos los errores de los herejes, no han tenido éstos necesidad de otra cosa que omitir ó cambiar algunas palabras que expresaban su pensamiento con toda claridad. Esta observacion debe tambien aplicarse á los demas errores que se le imputan, y lo que sirve para confirmarla es, que se hallan en algunos escritos suyos cierta perpétua y contradicciones, que no se pueden suponer en un escritor que en lo general de sus obras gasta tanta pureza y precision en las ideas.

En tan positivos términos se explica Orígenes sobre el misterio de la Encarnacion; reconoce en Jesucristo dos naturalezas unidas en la misma persona: dice que Dios se ha manifestado en un cuerpo humano; que tomando cuerpo en las entrañas de la Virgen, no ha sufrido mudanza alguna el Hijo de Dios en cuanto á su divina naturaleza: que si padeció, fué como hombre y no como Dios; y reproduce bajo todos aspectos en su libro contra Celso, estas mismas ideas, que no dejan duda alguna de su ortodoxa creencia respecto á la divinidad de Jesucristo.

Ya dijimos arriba lo que debia pensarse del error que se le imputa relativamente á la eternidad de las penas, y á la salvacion de los demonios. Pero nos vemos precisados á convenir en que por lo respectivo á otros puntos, ha sentado opiniones singulares y novedadas, que no hallándose fundadas en la tradicion de la Iglesia, han sido generalmente reprobadas. Así, parece cierto que él admitió la preexistencia de las almas, que los astros tambien las tenian, que los ángeles se hallaban revestidos de cuerpos sutiles, y en cierto modo aéreos, y que aun las almas de los hombres conservaban despues de morir unos cuerpos tambien aéreos ó sutiles, y que por esta razon se veian muchas veces espectros y apariciones en torno de los cementerios. En su obra contra Celso se conservan muchos vestigios de estas opiniones, que siempre presenta como dudosas ó como particular sentir suyo, distinguiéndolas de la opinion y creencia general; y lo que puede disuadirle algun tanto sobre estas cuestiones y otros pocos puntos no admitidos, es que la tradicion de la Iglesia no habia decidido aún auténticamente esta materia. Por

que aun cuando no se niegue que él se abandonó demasiado á las conjeturas y sistemas filosóficos en materias cuyo exámen creia licito, se ve tambien que en todo lugar presenta la mayor sumision y el mas profundo respeto á la fé general (1).

Hállanse en los escritos de Orígenes una porcion de pasages, que sirven para justificar al mismo tiempo su ortodoxo y la antigüedad de la tradicion sobre los dogmas principales de la fé católica. Reconoce expresamente que todos los hombres nacen con el pecado

(1) El sistema de la preexistencia de las almas, tomado de la filosofía de Platón, era uno de los principales puntos de la doctrina que se enseñaban en la escuela filosófica de Alejandria. Pero los platónicos de ella no admitian la creacion propiamente dicha, y miraban las almas como una emanacion de la divinidad. Los gnósticos, que tambien admitian la hipótesis de las emanaciones, decian que las almas estaban retenidas en los cuerpos, sea por el principio malo, sea por genios subalternos, que procuraban arrastrarlas á la culpa por la fuerza de las inclinaciones de la materia. Al contrario, Orígenes creia que las almas han sido creadas, y que Dios las unió á los cuerpos en castigo de sus faltas anteriores. En cuanto á su opinion sobre los cuerpos sutiles de que los ángeles están revestidos, y que las almas, á su pasar, conservan despues de nuestra el hombre, puede mirarse igualmente como adquirida en las mismas escuelas de Alejandria; porque ofrece la mayor analogia con el sistema explicado poco tiempo despues por los nuevos platónicos. Como el alma es inmaterial, y por estas razones era filósofo no creian que ocupase lugar ni mudase de sitio por sí sola; la suponian unida desde el principio á un cuerpo celeste y luminoso que le servia como vehiculo para trasladarse á un lugar á otro, de cuyo cuerpo nunca debian separarse. Este, formado de cuanto hay de mas sutil, resida, segun ellos, en el cerebro, para dar vida al cuerpo material y mantener la armonia general (Plotin. *Ennead.* lib. III.—Plotino, *de voce. Chabli*). Asimismo admitian otro cuerpo aéreo, que llamaban el vestido del alma, porque en cierto modo servia para hacerla visible. Este cuerpo, que representaba la figura homiana, como las sombras de que hablan los antiguos poetas, estaba formado de vapores mas ó menos groseros, los que el alma condensaba en su rededor en las diferentes regiones del espacio que recorria, bajando del cielo antes de unirse al cuerpo terrestre (Porfirio, *de antro nymph.*). Aunque compuesto de cuatro elementos, le llamaban aéreo, porque su mayor parte consistia en el aire, del mismo modo que llamaban terrestre al licéto, porque principalmente estaba formado de tierra. Hicose el cuerpo mas compuesto y pesado, del resultado de la interpenetracion y de los pesados, y en tal estado impedia al alma despues de la muerte, que se elevase á las regiones superiores; descendia á los infernos, donde el alma, incapaz de sufrir en sí misma, se hallaba sujeta á padecer diferentes suplicas por medio del cuerpo (Porfirio, *ibid.*). Tambien se le veia errante á veces junto á las sepulcros ó cerca de lugares habitados por el diablo, y así se explicaban los espectros y las apariciones. Por lo demas, este cuerpo se mantenía de vapores aun despues de la muerte, y se hacia visible por la condensacion, cuando desaparecia súbitamente evaporándose (Filapino, *Comment. in Arist. De anima*). Solo cuando se hallaba completamente purificada ó cuando se veia exenta de pasiones, entonces el alma, desentramada de aquella grosera vestidura, se elevaba al cielo con el cuerpo luminoso é incorruptible que se le habia asociado como vehiculo. Parece que Orígenes habia admitido en gran parte estas ideas, cuya mayor parte se notan facilmente en el tratado contra Celso.

original, y da por prueba el bautismo de los niños. Enseña que para que sea válido y eficaz este sacramento, debe conferirse en nombre de las Personas divinas. En muchas partes establece el libre albedrío y la necesidad de la gracia para todas las acciones. Se explica claramente sobre la real presencia, diciendo unas veces que en los divinos misterios se recibe el cuerpo de nuestro Señor; otras que el pan que se ofrece en la celebración de la Eucaristía, se convierte en un cuerpo santo, y que santifica á los que dignamente la reciben; finalmente, otras que la carne del Hijo de Dios se ha hecho realmente alimento de los fieles. Con respecto á la penitencia, dice que nada más que una vez se concedía la penitencia pública: exhorta á los pecadores á que no se avergüenzan de confesar sus faltas para obtener el perdón de ellas, y les recomienda que escojan con cuidado el médico á quien han de confiar el estado de su alma, y que sigan exactamente los consejos que les dé, si juzga que la pública confesión de su falta pueda serles útil: todo esto ofrece una prueba incontestable de la confesión secreta. No continuamos refiriendo mas pormenores, en obsequio de la brevedad, y porque creemos que nada hemos omitido de lo que es necesario para formar un juicio regular de la persona y escritos de este hombre extraordinario.

Entre los muchos discípulos que tuvo Orígenes durante su estancia en Palestina, hemos citado como el mas ilustre á San Gregorio, llamado tambien Teodoro, y por sobrenombre Taumaturgo, en razon del brillo y multitud de sus milagros. Era natural de Neocesarea del Ponto, hijo de nobles y ricos padres, pero paganos; quedó huérfano de padre á los cortos años, y desde entonces principiaron á disgustarle las supersticiones en que le habian educado. Su madre, que le destinaba al foro, dispuso que estudiase la retórica y la lengua latina con maestro de su eleccion, siendo necesarios estos conocimientos para llegar á la magistratura. Se proponia tambien pasar á Berito en Fenicia, donde entonces habia una célebre escuela de derecho romano, cuando una ocasion dispuesta por la divina Providencia le condujo á Cesarea en Palestina con su hermano Atenodoro para acompañar á una hermana, cuyo marido habia sido agraviado con el destino de asesor del gobernador de aquella provincia. Allí encontraron á Firmiliano, obispo de Cesarea en Capadocia, de quien eran amigos, y que los presentó á Orígenes á poco de su salida de Alejandria. Tanto los encantó con sus discursos este ilustre doctor, que olvidando enteramente el estudio de las leyes, resolvieron entregarse á su direccion y dedicarse á la filosofía, á adquirir la virtud por todos los medios, sin acordarse de patria ni parentes. Principió su enseñanza con la justificacion de esta máxima, cuya verdad reconocieron, que antes de aprender otra cosa es necesario estudiarse á sí mismo, y aplicarse á investigar cuáles son los verdaderos bienes que merecen ser buscados, y los males verda-

deros de que es preciso huir. Demostróles la ceguedad de aquellos hombres que viven entregados á la dependencia de los sentidos como los brutos, sin tratar jamas de instruirse sobre el fin á que son destinados; y luego les fué trayendo de una cuestion en otra á cual mas ingeniosa, á que reconociesen la insuficiencia de sus luces; cuando ya los creyó en estado de recibir la semilla de la verdad, les enseñó sucesivamente las diversas partes de la filosofía. Empezó por la lógica para irles formando el juicio, acostumbrándolos á examinar sus ideas, á pesar el valor de las pruebas, á distinguir los ratiocinios sólidos, y á defenderse de los sofismas y de las preocupaciones. Aplicólos despues al estudio de la física, para hacerles comprender la sabiduría y el poder infinito del Criador en la consideracion de sus obras; los acostumbro á que elevasen su espíritu sobre los sentidos, ejercitándolos en demostraciones abstractas con el estudio de las matemáticas y la astronomía; y últimamente, llegando á la moral, no se contentó con explicarles los principios y que estérilmente los aprendiesen, sino se empeñó mas en que pudiesen en práctica las lecciones que de continuo recibian, cuidando de arreglar perfectamente su conducta, y esforzándose con sus ejemplos y discursos en separarlos del amor de las cosas terrenas para emplearlos en la virtud.

Toda esta enseñanza no fué mas que una preparacion para una ciencia mas importante, que fué el objeto de las instrucciones de Orígenes. Como no omitia medio alguno de cultivar la piedad en el corazon de San Gregorio y de su hermano, se ocupaba incesantemente en arrodarlos para admimir el conocimiento de Dios. Hizoles leer todo lo que escribieron sobre este asunto los filósofos antiguos, exceptuando las obras que sostenian el ateísmo, á fin de que pudiesen escoger entre todas las sectas lo mejor que en ellas hubiese, sin adherirse en particular á ninguna, en conformidad del sistema que se habia adoptado en la escuela de Alejandria; y temeroso de que se engañasen en la eleccion, los dirigia en esta lectura haciéndoles notar los numerosos errores de la filosofía profana, para disponerlos insensiblemente á no escuchar mas que la palabra de Dios. En fin, les explicó las Santas Escrituras de que era entonces el mas hábil intérprete, y la brillante luz que en este estudio recibieron como de un manantial inagotable, les determinó al de la filosofía para entregarse exclusivamente al de las verdades cristianas. En estos propios términos refiere San Gregorio el método con que le enseñó Orígenes; por donde puede deducirse el que este ilustre doctor seguia en general con los demás discípulos.

Habiéndole obligado á Orígenes la persecucion de Maximino á interrumpir su enseñanza, marchó San Gregorio á Alejandria para frecuentar aquellas escuelas, y permaneció allí tres años. Aunque no habia recibido aún el bautismo, su vida era pura, de forma que contrastaba con la de los jóvenes de su edad, que era verdadera-

mente desarreglada y corrompida. Algunos celosos de su reputación, instigaron á una miserable prostituta, para que acercándose á él con insolente familiaridad cuando estuviese con sus amigos, le reconviniese públicamente porque no le habia pagado el salario que era en deber por el ejercicio de su comercio inhumano. Indignáronse de tan odiosa calumnia todos los que se hallaron presentes como sabedores de la pureza de su vida. El santo, sin alterarse, pidió á un amigo suyo que diese á la muger lo que quería para que no los importunara mas. Apenas tomó aquella desgraciada las monedas, entróle el demonio en el cuerpo, y con los ojos vueltos se arrojó por el suelo y se arrastró desesperadamente, echando espumarajos por la boca, arrancándose los cabellos y dando espantosos alaridos. Fue preciso acudir á San Gregorio para que la sanase; y en efecto hizo oración y quedó sana.

Cuando volvió Orígenes á continuar sus lecciones despues que se dió la paz á la Iglesia, regresó á Cesárea San Gregorio, y pasó un año mas en su estudio para acabar de instruirse: creese que entonces recibió el bautismo. En todo habia estudiado cinco años bajo la direccion de este hábil maestro: los asuntos de familia llamaron á su país á los dos hermanos Gregorio y Atenodoro, compañeros inseparables en el estudio y en sus viages. Pero antes de marchar quiso testificar su reconocimiento á Orígenes en un discurso pronunciado en público, del que se han sacado los pormenores que hemos referido hace poco.

Concluidos los negocios que obligaron á San Gregorio á regresar á su país, se retiró al campo abandonando todos sus bienes para ocuparse únicamente en el negocio de su salvacion. Pero apenas principiaba á gozar de las dulzuras de la soledad, cuando se vió precisado á dejarta para consagrarse al servicio de la Iglesia. No obstante sus pocos años, se le creyó digno del episcopado por su eminente mérito; procuró excusarse enaunto pudo, escondiéndose y mudando de residencia; mas no le valió semejante conducta, porque Fedimo, obispo de Amasea, dotado del don profético, resolvió nombrarle en su ausencia y declaró públicamente que le destinaba á la ciudad de Neocesarea, que entre su gran número de habitantes solo contaba diez y siete cristianos. No se resistió, pues, Gregorio, que se hallaba á tres jornadas de aquella, á la voluntad divina manifiesta suficientemente, y fué consagrado con las acostumbradas ceremonias, creese que hacia el año 244. Su hermano San Atenodoro fué tambien obispo poco despues, y sufrió el martirio en la persecucion de Areliano.

San Gregorio, antes de dar principio á sus tareas apostólicas, pidió á Fedimo algun tiempo para prepararse con mas profundos conocimientos de la religion. Interin se ocupaba en este estudio, tuvo una vision, y en ella se le aparecieron la Santisima Virgen y San Juan Evangelista, quien le explicó la doctrina cristiana, reya-

lándole un símbolo que escribió inmediatamente despues en estos términos: "Hay un solo Dios, Padre del Verbo viviente, de la sabiduría subsistente y de la potestad eterna, principio de toda perfeccion, Padre de un Hijo único igualmente perfecto. No hay mas que un Señor, solo de uno solo, Dios de Dios, forma é imagen de la divinidad, Verbo eficaz, sabiduría que todo lo comprende, potestad que todo lo ha criado, Hijo verdadero de un verdadero Padre, Hijo invisible de un Padre invisible, Hijo incorruptible de un Padre incorruptible, Hijo inmortal de un Padre inmortal, Hijo eterno de un Padre eterno. No hay mas que un solo Espíritu Santo, que procede de Dios y que se reveló á los hombres por el Hijo de quien es perfecta imagen como él, vida y origen de la vida, santidad que da la santidad, por quien se ha manifestado Dios Padre, que es sobre todas las cosas, y Dios Hijo que está en todas las cosas, perfecta Trinidad sin division y sin mudanza ni en su gloria, ni en su eternidad, ni en su poder." Tal fué la exposicion de la fe revelada á San Gregorio, la misma que siempre enseñó en su Iglesia, y que dejó escrita de su mano á sus sucesores. En tiempo de San Gregorio Niceno se conservaba aun el original, segun dice en la vida del Tanmaturogo que escribió. Los catecúmenos le recibian antes de recibir el bautismo, y mediante él se conservó la Iglesia de Neocesarea en su pureza, y exenta de heregias contra el misterio de la Trinidad.

Todo el episcopado de San Gregorio fué una serie de milagros y de conversiones. Al dejar su retiro para pasar á Neocesarea, le sorprendió en el camino una lluvia violenta, que le obligó á entrar con los que le acompañaban, en el templo de unos ídolos famosos por sus oráculos. Invocó de pronto el nombre de Jesucristo, se santiguó muchas veces para arrojar de allí á los demonios, y pasó la noche cantando las divinas alabanzas. A la mañana, cuando entró el sacrificador para ejercer sus funciones, le declararon los demonios que ya no podian habitar aquel templo profanado con la presencia de un impío que acalaba de salir de él. En vano procuró purificarle y hacer sacrificios de toda especie para apaciguarlos y que volviesen á habitarle. Entónces, furta de sí de cólera, fué corriendo en pos de Gregorio, y en cuanto le alcanzó le llenó de injurias amenazándole que le denunciaría á los jueces como mo de sacrilegio, por haber violado un templo de sus dioses. Escuchóle el santo con paciencia, y le contestó que mandando á los demonios en nombre de Jesucristo, se hallaban obligados á obedecerle; que realmente los conijó para que dejesen aquella morada, y si quería mandarlos volver, volverian: luego le dió una cédula en que decia estas solas palabras: "Gregorio á Satanás, vuelve al templo." El sacrificador puso esta cédula encima del altar, y haciendo sus ordinarias ceremonias, reparó que se dejaban ver las mismas apariencias que antes se notaban. En cuanto observó esto, fué apre-

surado á buscar á Gregorio para suplicarle le hiciese conocer á aquel Dios á quien los demas estaban precisados á obedecer. Mas oyendo la explicacion de la doctrina cristiana le chocó mucho el misterio de la Encarnacion que le pareció indigno de Dios; y como Gregorio le representaba que este dogma no se podia justificar con razonamientos humanos, sino por las maravillas del poder divino: "Mandad, dijo el sacerdote señalando una roca extraordinariamente grande, á esa piedra que se mueva." Mandólo el santo, y la piedra se movió, y el pagano no volvió á dudar. Abandonó sus bienes y su profesion para agregarse á Gregorio, que le hizo despues diácono.

El rumor de estas maravillas llegó antes que Taumaturgo, á la ciudad: salió el pueblo en tropa á recibirle y conocerle; los mas principales habitantes se disputaban el honor de alojarle en sus casas; pero el santo escogió la de un cristiano llamado Musonio. Desde el primer día se convirtieron un gran número de paganos. Al siguiente estaban en su puerta una multitud de enfermos, mugeres, niños, viejos, de todas clases y de todas edades. A todos los curó en nombre de Jesucristo, sin dejar de hacer milagros para sostener su predicacion, y en breve tiempo convirtió al cristianismo la mayor parte de la población. Viendo multiplicarse las conversiones diariamente, emprendió la construcción de una iglesia, y para ello contribuyeron todos los fieles con su dinero ó su trabajo. Edificóse en el parage más alto del pueblo, y se observó como un prodigio que no fué destruida en las persecuciones posteriores, y aun resistió á muchos terremotos que casi arruinaron toda la ciudad poco antes de mediar el siglo IV y á los últimos del V.

El santo obispo con sus lices llegó á ser el asesor de todos sus feligreses y el árbitro de sus diferencias. Su celo no reconocia límites, y así halló tanto crédito con Dios, que logró extender á todos los trabajos y necesidades el ejercicio de su caridad. No habiendo conseguido concordar á dos hermanos que se disputaban la posesion de un estanque, tanto que iban á venir á las manos, á pesar de las exhortaciones del santo, pasó la noche orando al borde del mismo estanque, pidió á Dios que se quedara en seco, mandó al agua que se retirara de allí, y en el acto desapareció. De esta manera, cuando vinieron los hermanos de madrugada, cada uno con sus secuaces armados, no hallaron motivo de cuestion. Cien años despues se conocia aún la señal que marcaba este sitio que antes era estanque. Con otro milagro detuvo las inundaciones del río Lico, que hinchándose con las lluvias de los inviernos ó las tempestades, y cayendo en torrentes, salía de madre y assolaba los campos inmediatos. En uno de estos desastres se acogió el pueblo entero á la proteccion del santo obispo Taumaturgo; pasó éste al sitio de la inundacion con todo aquel séquito, á quien iba exhortando para que mirasen con preferencia los bienes eternos. Llegá-

dos al río, invocó el nombre de Jesucristo en alta voz, plantó su báculo en el suelo á la orilla, y pidió á Dios que contuviese la avenida. Arraigóse el báculo y se formó un árbol, que sirvió despues de dique al río, porque al instante que las aguas llegaban al pie del árbol, se detenian, y jamas pasaron el limite que el santo les habia prescrito.

Tan repetidos y brillantes prodigios, produjeron muchas conversiones, tanto en la ciudad como en las inmediatas, á donde se extendió brevemente la fama de San Gregorio, y éste cuidó de poner pastores que cuidasen de los nuevos fieles. Envió una diputacion la Comana, rogándole que fuese á presidir la eleccion de un obispo que iban á celebrar. Al momento partió y se ocupó muchos días en la instruccion de los fieles, á fin de disponerlos mejor para aquel acto. Los magistrados y principales habitantes, deseaban adquirir un obispo distinguido por su nacimiento, por su talento y por las demas cualidades eminentes que se veian en el mismo Gregorio. Este prelado, que no atendia mas que á la santidad, despues de examinados muchos de los que le presentaron, les dijo que no se ofuscasen al examinar las calidades exteriores de los candidatos, porque á veces un hombre con un exterior despreciable, puede tener interiormente muy grande mérito. Queriendo chancearse uno de los oyentes, dijo: "Si queréis un hombre que no tenga nada brillante en su persona, nombrad á Alejandro el carbonero." Preguntó San Gregorio quién era aquel sugeto, y le presentaron con estreptuosas risas y como burlándose, á un hombre cubierto de andrajos muy sucios, y con señales patentes de su oficio en la cara y en las manos: tenia un continente modesto y desembarazado, con tin aira grave y recogida. Todo esto hizo sospechar á Gregorio que habia en él alguna cosa extraordinaria. Le llamó aparte para examinarle por sí mismo, y confesó Alejandro que no ejercia aquel oficio por necesidad, sino que le emprendió por imitar á Jesucristo, y practicar más facilmente la virtud en aquella vida oscura y laboriosa. "Yo miro, dijo, este polvo de carbon, como una máscara que impide á los demas el conocerme. Soy joven todavía, como podéis notar, y en cualquiera otro traje podria ser agradable mi persona; pero esto seria un manantial de tentaciones, siempre desagradables para un cristiano que mira como un tesoro su pureza, y yo me liberto de ellas con este bajo oficio que me sirve para ganar inocentemente mi subsistencia." San Gregorio le devolvió á los mismos que le habian traido, y mandó que le bafasen y vistieran con decencia. Hicieronlo así, y cuando se volvió á presentar en esta forma, pareció á la asamblea otro hombre, y llamó la atencion general. Refiriendo San Gregorio lo que habia sabido de este hombre, el demonio se valia de ellas para inutilizar este vaso de eleccion, teniéndole oculto." San Alejandro fué consagrado inmediatamente

con las ceremonias acostumbradas, y pidiéndole que predicase, pronunció un discurso sólido y juicioso que justificó la elección que se había hecho de él. Gobernó felicemente la Iglesia de Comana hasta la persecución de Decio, en la que alcanzó la corona del martirio, pereciendo en la hoguera. Mas adelante veremos cómo escapó San Gregorio de esta persecución.

Habia muerto Artabanes, rey de los persas, por los años 240: su hijo Sapor, que le sucedió, no tardó en declarar la guerra á los romanos, y los tomó diferentes ciudades importantes, entre otras á Nisibe y Antioquia. Con noticia de estas hostilidades, determinó el emperador Gordiano trasladarse al Oriente para contener á un enemigo tan peligroso. Varias veces y en diferentes encuentros lo derrotó, obligándole á dejar cuanto había conquistado; pero murió en esta expedición, después de haber sido despojado del imperio por las intrigas de Filipo, prefecto del pretorio. Era éste natural de Arabin, ciudad de Babilonia, en un adelantado ensanchó y llamó Filipoópolis. Abusando de su empleo para seducir á las tropas, y romper á los principales jefes de ellas, logró primeramente que lo proclamasen emperador, como asociado á Gordiano, y queriendo luego deshacerse de un colega cuya influencia con el senado y el pueblo temía, le mandó asesinar por los mismos soldados, en 244. Aunque los crímenes sirvieron á Filipo de escalón para subir al trono, dió, sin embargo, varios decretos para que no continuase la corrupción de costumbres que reinaba. Castigó la licencia y obscenidades de los poetas, suprimiendo sus privilegios, y sobre todo, abolió el infame escándalo que había en algunos sitios dedicados al mas abominable mismo. Eusebio, y con referencia á éste San Geronimo, San Juan Crisóstomo y otros autores, afirman que Filipo era cristiano, y hasta se cuenta que el obispo le negó la entrada en el templo en una ocasión, vispera de la Pascua, que se presentó para unirse al pueblo en sus oraciones, sin que primero hiciese su confesión y estuviera entre los penitentes para purgar los crímenes que había cometido (1). Atribyese este acto de valor á San Babilas, obispo de Antioquia. Con efecto, tuvo el emperador que atrasar esta ciudad para regresar á Roma desde las fronteras del Oriente, y los medios con que adquirió el imperio, bien merecían una larga y verdadera penitencia. Parece que se piestó á la expiación de buena voluntad sometiendo al obispo, y que no escaseó en esta ocasión las señas de sincera piedad; pero no por eso dejó de celebrar los juegos seculares en memoria de la fundación de Roma, á pesar de las ceremonias paganas que mediaban en ellos (2). De todo lo cual puede

(1) Euseb. Hist. lib. VI, cap. XXXIV.

(2) Celebráronse estos juegos con magnificencia extraordinaria en el cuarto año del reinado de Filipo, en el año 247 de Jesucristo, el milésimo de Roma, por la novena y última vez. Duraron sin interrupción tres días y tres noches, en que se prodigaron toda clase de espectáculos. Fueron obligados

inferirse, que si había abrazado la religión cristiana, como se dijo, no tenía á lo menos mucho cuidado en observarla, ni le arredraba una apostasía mas ó menos, cuando podia convenir á sus intereses. Por esto sin duda el senado no reparó, colocarlo entre sus dioses en cuanto murió, y no le hubiera hecho así un cuerpo tan encarnizado contra el cristianismo, si hubiese sido notorio que le profesaba públicamente el emperador Filipo. Sea como fuere, lo cierto es que favoreció mucho este príncipe á los cristianos, que gozaron en su reinado una plena seguridad.

Aprovechó esta circunstancia el Papa San Fabian para extender mas y mas los progresos del Evangelio. Entonces fué cuando envió un gran número de operarios apostólicos, á las órdenes de siete obispos, para propagar la fe en las Galias, fundando allí bastantes Iglesias nuevas. Según San Gregorio Turonense, fueron estos siete obispos: San Dionisio, primer obispo de Paris; San Saturnino, de Tolosa; San Marcial, de Limoges; San Graciano, de Tours; San Austromonio, de Clermont; San Trifonio, de Arlés; y San Pablo, de Narbona. Pero es probable que estas dos últimas Iglesias estuviesen ya fundadas con antelación desde el tiempo de los apóstoles, de modo que San Pablo y San Trifonio de quienes aquí se habla, no han podido ser los primeros obispos de Arlés y de Narbona; ó sería necesario fijar su particular mision en época anterior. En todo caso San Pablo se detuvo primeramente en Beziers, donde produjeron muchas conversiones sus asombrosos milagros y virtudes. Los cristianos de Narbona le trajeron después á esta ciudad para que predicase en ella la fe, y hecho por su parte, ordenó obispo de Beziers á San Afodiso, compañero suyo en el apostolado. De allí á algun tiempo, fundó igualmente la Iglesia de Avinion, señalándole por primer obispo á San Rufino. Últimamente murió en paz en Narbona, después de un episcopado de larga duracion, y lleno de tribulaciones y pruebas. Dos diáconos de su Iglesia tuvieron atrevimiento para acusarle falsamente de un vergonzoso crimen, y pidió que le juzgasen los obispos, á la sazón existentes en las Galias. El mismo Dios tomó á su cargo la defensa del inocen-

dos mil gladiadores á matarse unos á otros para bárbara diversion del pueblo. Estas fiestas tenían un carácter esencialmente pagano, porque su objeto principal era atraer á la ciudad de Roma la proteccion de los dioses. Muchos días antes se preparaba el pueblo con lustraciones y sacrificios para esta solemnidad. En la primera noche y el primer día, inmolaba el emperador las víctimas en las orillas del Tiber y en el Capitolio. En el segundo y tercero se cantaban himnos en honor de los dioses, principalmente de Apolo y de Diana, para encomendarles los destinos del imperio. Para este fin acudían al Capitolio las señoras romanas, y después de haber cantado un himno en el monte Palatino, hacían las mismas ceremonias en el templo de Apolo y en el monte Palatino. Se han conservado los himnos que encargaron á Horacio componerse para los juegos seculares que se celebraron en tiempo de Augusto. En ellos puede verse claramente el objeto de estas fiestas.

te, entregando al demonio los dos acusadores, que se vieron obligados a confesar la calumnia y recurrir á las oraciones del santo para libertarse de sus maldéficos huespedes.

No se hallan noticias especiales sobre la mision de San Trófilo: solamente aparece que despues de haber predicado el cristianismo por espacio de muchos años en la Provenza y sus inmediaciones, empezó á gobernar la Iglesia de Arlés en el año 254, por la vacante del obispo Marciano, que fué depuesto á causa de haber adoptado el cisma y heregía de Novaciano, como se verá mas adelante. Los demas misioneros se dispersaron por las Galias, y probablemente ejercían su celo en diferentes parages antes de fijarse en las ciudades que los cuentan por sus primeros apóstoles. Tambien puede creerse que hallaron ya algunos cristianos en ellas, porque parece difícil que no hubieran penetrado allí la fé mucho antes; pero sin duda hasta entonces no tuvieron obispos, ó al menos se habia interrumpido la sucesion de ellos por causas que desconocemos.

En la capital de Auvergne, ahora Clermont, estableció su silla su primer obispo San Austremonio. Espació la luz del Evangelio casi por todas las ciudades de esta provincia, y murió en Issoire despues de haber fundado, segun dicen, la Iglesia de Nevers. Dátele por compañeros á San Sirenato, San Mario y otros muchos cooperadores, cuyo celo fué recompensado con grandes triunfos, pero ignoramos todos los pormenores de su apostolado. Sucedióle en la silla Urbico, senador de los mas principales de Clermont. San Gaciano, primer obispo de Tours, no recogió tan abundantes frutos de su apostolado en esta ciudad, porque los habitantes estaban muy obstinados en sus conocidas supersticiones. Todavía señalan una caverna cerca de Marmoutiers que está en una roca escarpada, donde dicen, como antigua tradicion, que se vió obligado á celebrar los santos misterios en secreto, y á presencia del corto número de fieles que habia podido convertir despues de cincuenta años de una laboriosa predicacion.

Escogió á Limoges San Marcial por objeto de su mision, y la desempeñó con tanto ímpetu, que tuvo el consuelo de ver la ruina total de los ídolos, y casi toda la ciudad convertida al cristianismo. Auxiliáronle en su apostolado los Santos Albimano y Austrichiniano sus compañeros, y luego varios discípulos suyos: algunos fundaron en adelante otras Iglesias. Fué este santo obispo uno de los mas célebres de las Galias; pero se ignoran las circunstancias de su vida, pues carecen de autenticidad las historias que se han publicado, y las tradiciones que le hacen discípulo de los apóstoles.

San Saturnino, primer obispo de Tolosa, se fué á establecer en esta ciudad en el año 250, y despues de muchos de apostólicas tareas, selló con su sangre la fé que habia probado con sus milagros. Tenia Tolosa un célebre templo llamado Capitolio, en el que el demonio daba sus oráculos, que solicitaban los pueblos con ansia de

todas partes. Habiendo convertido el santo obispo gran número de ídólatras, mandó construir cerca de este templo una iglesia para sus fieles, y desde aquel instante emudeció el oráculo. Alarmados los sacerdotes ídólatras con este silencio, y privados de los provechos que les traía la credulidad de los pueblos, sublevaron á los mas obstacados con el pretexto de vengar el honor de sus dioses. Dispusieron todo lo necesario para un solemne sacrificio, y ya en conduciéndola la víctima coronada de flores y guirnaldas, cuando á lo lejos descubrió uno de los ídólatras á Saturnino que iba á su iglesia, y exclamó: "Ved ahí el enemigo de nuestra religion, aquel cuya presencia hace emudecer los oráculos; pues bien, que los aplaque, ó hagámosle víctima de ellos." Inmediatamente se echó sobre el santo una turba de furiosos y le llevó arrastrando al Capitolio. Como le estrechasen para que sacrificase en honor de los ídolos, esforzando la voz, dijo: "Yo no adoro mas que un solo Dios, criador del universo, y solo á él ofrezco sacrificios: en cuanto á los vuestros, sé yo que son demonios impotentes: ¿cómo queréis que yo los tema ni respete, pues confesais vosotros mismos que tiemblan en mi presencia?" Semejante declaración no podia tranquilizar á los ídólatras, antes se irritaron mas; cogieron al obispo, y atándole los pies á la cola del toro destinado al sacrificio, y estimulando á la fiera con aguijones, la enfurecieron antes de soltarla: de modo que arrastró al santo mártir que llegó con la cabeza hecha pedazos á las gradas del templo. Recogieron su cuerpo maltratado dos piadosas cristianas, y le sepultaron secretamente: sobre esta sepultura erigió un templo en honor suyo San Hilario, tercer obispo de Tolosa. Cuéntase en el número de los discípulos de San Saturnino á San Honesto, que predicó la fé en Pamplona, y á San Papul martirizado en el lugar que lleva su nombre, y que fué mas tarde erigido en silla episcopal. Otro discípulo á quien llamaban Ceraco, se cree fuese el primer obispo de Eause en Gascuña cuya Iglesia se trasladó á Auch.

San Dionisio, el mas ilustre y acaso el jefe de todos estos misioneros, se adelantó hasta Paris, donde formó un floreciente plantel de cristianos, que en poco tiempo produjo gran número de gloriosos confesores y mártires, entre los que se incluyó al mismo apóstol, porque le cortaron la cabeza durante la persecucion de Valeriano. Muchas compañías de su apostolado se esparcieron de órden suya por los pueblos inmediatos, y hasta por la Bélgica, para predicar el Evangelio. Entre otros se cuenta San Taurin, primer obispo de Evreux, San Luciano, apóstol de Beauvais, San Sanctin, reconocido como su fundador por las Iglesias de Meaux y de Verdun, San Quinin, apóstol de Amiens y del Vermandois, cuya antigua capital lleva todavía el nombre de este santo mártir, los Santos Crispin y Crispiniano, apóstoles de Soissons, y finalmente, San Rulfo, que fundó la Iglesia de Senlis y gobernó algun tiempo la de Beauvais, despues de muerto San Luciano. Pero como la mayor parte de es-

tos santos no sufrieron el martirio hasta tiempos muy posteriores, parece probable que no todos viniesen de Roma con San Dionisio, y que muchos eran discípulos que él había formado durante el curso de sus misiones.

Desde aquel momento se difundió por todas las Galias la luz del cristianismo, y hácia esta época se fija la edificación de una porción de Iglesias, sea que fueron por entonces establecidas, sea que mudaron solo de estado, recibiendo como nueva existencia por la fundación de sillas episcopales, ó sea finalmente que habiendo sido hasta entónces poco considerables, tomásen un vuelo extraordinario por las tareas y los triunfos adquiridos por los nuevos apóstoles que se les enviaron. Parece que la ciudad de Bourges había recibido ya la fé en el siglo precedente por ministerio de San Ursino, que fué su primer obispo, y enviado, segun dicen, desde Roma, por los discípulos de los apóstoles (1): esto puede referirse á la mision que se debió al celo de San Policarpo y del Papa San Aniceto. Aun se afirma que San Silvano y San Silvestre, vénérandos tambien como apóstoles del Berry, son mas antiguos que San Ursino; pero no se les supone mas gerarquía que la de presbíteros. Sea lo que fuere, el cristianismo no había hecho grandes progresos en esta provincia, cuando se presentó á predicar en ella un nuevo discípulo de los siete obispos que formaron la mision de las Galias en el pontificado de San Fabian. Probablemente sería San Senciano, que fué el segundo obispo de Bourges. Convirtió una porción de infieles pertenecientes á la clase mas comun del pueblo, y como ninguno de los recién convertidos tuviese casa suficiente para celebrar las religiosas asambleas, hicieron un esfuerzo, escoltando segun sus facultades, para adquirir la de un rico ciudadano que despreció sus proposiciones. Dirigiéronse luego á un ilustre senador llamado Leocadio, que era de la familia de San Epagato, aquel mártir de Leon, que en la persecucion de Marco Aurelio había obtenido el título de abogado de los cristianos. En cuanto conoció los deseos de éstos, Leocadio ofreció ceder su misma casa, y no quiso recibir el precio de ella; no quedó sin recompensa esta generosa liberalidad. Muy pronto recibió la gracia de la fé, igualmente que su hijo Lusor, que murió de allí á poco, apenas bautizado, y se le venera en Berry con el nombre de San Ludro. Convertida en iglesia la casa de aquel senador, fué catedral de Bourges y tomó en adelante el nombre de San Estéban, cuando se trajeron á ella en el principio del siglo V las reliquias de este santo mártir.

Tambien puede agregarse á los misioneros enviados con San Dionisio á las Galias, ó poco tiempo despues, á San Julian, primer obispo de Mans, y San Turibio, que le sucedió despues de haberle acompañado en su apostolado, á San Sabiniano, primer obispo de Sens,

(1) Greg. Tur. *De glor. confess.* cap. LXXX.

y sus dos coadjutores San Altino y San Potenciano, que predicaron el primero en Orleans, y Chartres y sus inmediaciones, y el segundo en Troyes. Pero luego volvieran ambos á Sens, donde todos tres alcanzaron sucesivamente la corona del martirio. San Aventino, uno de sus discípulos, fué el primer obispo de Chartres. Era esta ciudad el centro de la religion de los antiguos druidas; pero compitió con las mas celosas en adoptar la fé, y se distinguió por el valor de sus mártires. Creese que muchos fueron arrojados en un pozo que ahora está en los cimientos de la catedral, y se llamaba por aquella razon el pozo de los Santos fuertes.

Otros autores añaden á los compañeros de San Dionisio en su mision, á San Eutropio, primer obispo de Saimes, aunque se hallen algunos motivos para considerarle mas antiguo. Poco fruto sacó de su apostolado, y le martirizaron partiéndole la cabeza de un hacha. Se mira generalmente como fundador de la Iglesia de Ruan, á San Nicasio, que por entónces fué á predicar el Evangelio á aquella parte de las Galias; mas regularmente no sería mas que sacerdote, y entónces el título de primer obispo tocara á San Melon, que llegó años despues comisionado por el Papa San Estéban. Puede, finalmente, atribuirse á esta época el apostolado de San Front, que fundó la Iglesia de Perigueux; el de San Jorge, que predicó en el Velay, y fué su primer obispo; el origen de las Iglesias de Nantes y de Albi, que ambas reconocian á un San Claro por su fundador, y el de otras muchas, cuya antigüedad es indudable; aunque no se deba fiar enteramente en las tradiciones que hacen remontar su fundación á una época mas cercana á los apóstoles.

Tales fueron los frutos principales de la celebre mision que la Santa Sede envió á las Galias un poco antes de la mitad del siglo III. Como se había predicado el Evangelio con mucha antelación en Italia, Africa y provincias orientales, y extendiéndose mas que en el Occidente, hizo mas progresos, y el número de los fieles se multiplicó proporcionalmente á la sombra de la paz que la Iglesia gozaba. Entre infinitos santos obispos, cuyo celo, inces y virtudes contribuyeron entónces á la conversión de los paganos, se distinguen sobre todos á San Gregorio Taumaturgo, San Alejandro de Jerusalen, San Basilis de Antioquia, Firmiliano de Cesarea en Capadocia, y San Dionisio, que sucedió en 247 á San Heraclis en la silla de Alejandria. San Cipriano, que se había convertido el año antecedente, muy luego fué obispo de Cartago, ilustrando extraordinariamente con su ingenio superior la Iglesia africana. Mas adelantaremos de este santo, y de San Dionisio de Alejandria en ocasion de los importantes acontecimientos, en que tanta parte tuvieron estos dos ilustres obispos.

Aunque no cesaba el emperador Filipo de proteger á los cristianos, no dejaron por esto de sufrir hácia el fin de su reinado, violentas persecuciones en la capital de Egipto. Pásose á predicar en Ale-

andria para exaltar el celo de sus habitantes un charlatan de aquella, que figurando íntimo trato con los dioses, se ocupaba en seducir al populacho con falsos prestigios; y á fuerza de continuas declamaciones contra los cristianos, consiguió fácilmente excitar á gente liviana, supersticiosa y siempre pronta para la rebelion. Al momento se sublevaron todos los idólatras, y se entregaron estos fanáticos con pretexto de religion á todos los excesos de una bárbara crueldad para vengar el honor de sus dioses, sacrificando á los cristianos. Oíanse por todas partes gritos de amenazas y de muerte contra los que rehusasen incurrir en la apostasia. No podian presentarse los fieles en las calles, de dia ni de noche, sin el seguro riesgo de ser perseguidos, quemados, apedreados ó despedazados por los grupos de furiosos que las recorrían. Llegó su osadía á invadir las habitaciones, donde robaban los efectos de mas precio, y arrojando los demas por las ventanas, los quemaban en las plazas públicas, de manera que se podia juzgar que era una ciudad tomada por asalto, y saqueada por un ejército enemigo. Pero este inconcebible encarnizamiento de los gentiles, no sirvió sino para hacer mas brillante y gloriosa la fé de los cristianos. Muchos huyeron ó se ocultaron, y lejos de sentir la pérdida de sus bienes, se tenían por felices de hacer este sacrificio en nombre de Jesucristo. Otros, que cayeron en manos de los paganos, sufrieron con valor los mas horribles tormentos. Apenas hubo uno que tuviese la debilidad de renegar. Entre los que obtuvieron la corona del martirio, citase particularmente á un viejo llamado Metran, y una muger de nombre Quinta, que fueron ambos apedreados despues de tener ligados, quebrantados y desgarrados sus cuerpos de mil modos por la bestialidad de aquel populacho: á San Serapion, que fué sorprendido en su casa y le rompieron todos sus miembros á fuerza de golpes, y para rematarle le estrellaron arrojándole á la calle por la ventana; y á Santa Apolina ó Apolonia vírgen, tan respetable por su ancianidad como por sus virtudes, á quien azotaron en el rostro con tal violencia y repetición, que la rompieron todos los dientes y despues la quemaron. Arrastraron su cuerpo afuera de la poblacion, donde hicieron una hoguera que encendieron á su presencia, y la amenazaban con que la quemarian viva si no decía las blasfemias que le dictaban. Pidió algun tiempo para deliberar, y cuando la dejaron suelta, ella misma se precipitó en medio de las llamas, ya fuese por motivos que ignoramos, ya por efecto de una particular inspiracion. Comenzaron estas violencias populares en el año 218, y duraron mucho tiempo; pero la guerra civil que sobrevino, convirtiendo el furor de los infieles contra ellos mismos, dejó á los cristianos algunos momentos de reposo hasta la persecucion general que el emperador Decio declaró en el siguiente año.

Se hermanaban para esta supersticion y bárbaros excesos el populacho y una secta entusiasta que le animaba y sostenia: hacia al-

gun tiempo que se habia formado en la escuela filosófica de Alejandria, y se distinguió por su obstinado odio contra el cristianismo. Arriba hemos visto que ésta se jactaba de escoger en la doctrina de todas las sectas lo que juzgaba mejor, sin adherirse á ninguna exclusivamente. Antiocho Ascalonita, fundador de la quinta academia, y que sucesivamente enseñó en las ciudades de Atenas, Alejandria y Roma, fué el que ensayó esta doctrina de eclecticismo, modificando la de Platon con cierta mezcla de las ideas de Aristóteles y de Zenon. Algunos años despues, y hácia el principio de la era cristiana, un tal Polemon, filósofo de Alejandria, dió un paso adelante y mas atrevido en este nuevo derrotero: y sentando de hecho que ninguna secta podia hacerse de que poseia completamente la verdad, aun cuando todas hubiesen adquirido algunos elementos, estableció formalmente la necesidad de no excluir ningun sistema, y de tomar de todos algunos principios para formar un nuevo cuerpo de doctrinas, con la reunion de todas estas ideas. Bajo este punto de vista y sobre esta base, se fijó desde entonces la enseñanza filosófica de la escuela de Alejandria. Pero al principio del III siglo tomó nueva forma, y al mismo tiempo mas extension y otra importancia por el giro que le dió el célebre Ammonio Saccas. No solamente adoptó este filósofo por regla sacar de todas partes los elementos de su doctrina, sino que ademas, emprendió la reconciliacion de las sectas rivales, que habian agotado hasta entouces sus fuerzas para hostilizarse mutuamente, y aun se empeñó en demostrar que todas estaban acordes en los puntos esenciales; que enseñaban el mismo fondo de verdad bajo formas diferentes; y lo que faltaba era saberlas, comprender y expresar fielmente su doctrina para lograr que cesasen las divisiones que reinaban entre los filósofos. Tambien sentaba que esta conformidad de principios que él descubria en todas las escuelas griegas, era mas perceptible comparandolas con las de Oriente, y por último, que la enseñanza general de todas las escuelas de filosofía estaba sancionada por la tradicion de todos los pueblos, y recibia, por consecuencia, un nuevo carácter de certidumbre con la autoridad de este universal consentimiento. Ammonio se adhería obstinadamente á la doctrina de Platon, pero modificándola con la mezcla de muchos dogmas extráños. La secta de que se hizo jefe se empezó á llamar neoplatónica. Sobre estos antecedentes y siguiendo el mismo camino, tomó á su cargo la defensa de la idolatría, y continuó por largo espacio una encarnizada guerra contra el cristianismo.

Plotino, el mas célebre discípulo de Ammonio, hizo ligeras modificaciones en la doctrina de su maestro, y le dió tambien esa tintura de supersticion y engañosa exaltacion, que despues se observó en la escuela neoplatónica. Nació Plotino en Licópolis, Egipto, por los años 205: tendria como veintiocho, cuando principió á estudiar la filosofía, y no habiéndole gustado muchos maestros á quienes le

oyó explicar, un amigo suyo le presentó en la escuela de Ammonio, cuya fama estaba entonces en su auge. Después de haberle oído, dijo Plotino: "Este es el propio que yo deseaba." Agregóse á él, y pasó once años dirigido por tan célebre maestro, ó lo que es lo mismo, hasta 243. Entonces la curiosidad de observar á los maestros de filosofía orientales, le hizo seguir al ejército romano en la expedición de Gordiano contra los persas; pero muerto el emperador, que fué asesinado por Filipo en el año siguiente, se vió obligado á interrumpir su viaje y volvió á Roma, donde estableció su escuela de filosofía. Tuvo luego numerosa concurrencia de discípulos y admiradores, entre ellos personas principales y aun señoras. El senador Rogaciono, aunque honrado con el título de pretor, no quiso ejercer función alguna de su cargo y abandonó todos sus bienes para entregarse enteramente á la filosofía, según las máximas de Plotino. Mas adelante, el emperador Galieno y su mujer Salomina hicieron grande estimación de este filósofo, quien se aprovechó de su crédito para pedir la reedificación y cesión de una ciudad de la Campania para establecerse en ella con sus discípulos, porque se propuso realizar la utopía de Platon, siguiendo las leyes ideales de su república en dicha ciudad, á la que iba á poner el nombre de Platonópolis; pero desbarató este proyecto la oposición de algunos cortesanos, y solo sirvió la intención para patentizar más claramente la presunción de una secta tan ambiciosa como impotente. Murió Plotino en Minturno, en la Campania, el año de 270, á los sesenta y seis de su edad, habiendo pasado veintiseis en Roma. Durante diez años se limitó á enseñar de viva voz en esta capital su nuevo platonismo, y al cabo de ellos se decidió á escribir su doctrina, aunque no comunicó sus obras más que á un corto número de escogidos discípulos. Porfirio las publicó después, no sin hacer algunas alteraciones, y distribuir las en la forma que ahora se conocen.

Plotino se alababa de tener un genio familiar como Sócrates, y se dice que al punto de morir se vió pasar una serpiente por debajo de su lecho y ocultarse en la pared; sus discípulos referían este pasaje como una señal de que en su maestro residía la divina inspiración que le había asistido en vida. Este genio, según su opinión, era más que un demonio simple ó común, es decir, una potencia secundaria; al contrario, le consideraban como de las más altas y perteneciente á la jerarquía de los dioses, porque éstos mismos reconocían como Platon, un Dios supremo, y además un cierto número de espíritus ó genios inferiores, que presidían al gobierno del mundo, y estaban divididos en muchos órdenes. Los que eran de naturaleza enteramente espiritual residían en el cielo, y se nombraban también dioses; los que eran menos perfectos y estaban revestidos de cuerpos aéreos, ocupaban el espacio que media entre el cielo y la tierra. Llamábanse comunmente demonios, y aunque el uso modificado insensiblemente por el lenguaje cristiano haya da-

do en particular este nombre á los genios maléficos (1), los platonicos afirmaban que debían ofrecerles sacrificios para evitar que hiciesen daño, como se hacían á los dioses para obtener sus favores; y de este modo autorizaban todas las supersticiones de la idolatría. También creían que mediante ciertas prácticas se lograba ponerse en comunicación con estos genios; y entonces se podía manejar á la naturaleza y producir efectos maravillosos. A estas prácticas supersticiosas llamaban *theurgia* cuando se referían á un comercio con los dioses, restringiendo el título de magia á las que tenían relación con los demonios malos.

Después de muerto Plotino quedaron por colegas de la escuela neoplatónica, Amelio y Porfirio. Del primero se ha conservado un pasaje notable en que cita con elogio el principio del Evangelio de San Juan (2). Muchas obras habia compuesto, y entre ellas un tratado muy extenso contra los gnósticos, cuyos errores tambien habia combatido Plotino. Porfirio, cuyo nombre es mas conocido, debe gran parte de su celebritad á sus impugnaciones de la doctrina del cristianismo. Nosotros entreceros de estos libros: pero se sabe que fueron refulsados por muchos Padres del siglo IX. En las obras suyas que se conservan, y especialmente en las vidas de Pitágoras y Plotino, se esfuerza para explicar las misteriosas supersticiones del arte *theurgica* y manifestar su eficacia con los milagros que atribuye á estos dos filósofos. Después de él, Jamblico llevó mas adelante la exaltación del misticismo. Compuso igualmente una vida de Pitágoras, toda llena de milagros, y un tratado sobre los misterios de los egipcios, en que expone todo el sistema de la

(1) En su primitiva acepción la palabra griega con que se expresó después al demonio, equivale á otra semejante que queria decir *ilustrado, hábil*, y se empleaba para nombrar las inteligencias superiores al hombre á fin de señalar así su penetración y la extensión de sus luces. Este es la explicación y etimología que da Platon, apoyándose en el antiguo dialecto de los griegos (véase el *Cratilo* y el *Timeo*), y la habia seguido todos los filósofos, como lo reparó Lactancio: *Demonia grammatici apud dictos, quasi peritos ac reuera actios*. (Anst. lib. II). En este general sentido aplicaban los paganos esta palabra á la misma divinidad, como puede verse en muchos ejemplos que cita Enrique Estienne (*Theaur. ling. gr.*). Mas adelante se riñó la significación y reservó particularmente á las inteligencias intermedias entre la divinidad y el hombre. En este sentido se usa principalmente por Platon y los neoplatonicos. Mas siempre conservaba cierto sentido equivoco, y los paganos le aplicaban indistintamente á los buenos y á los malos genios ó ángeles. Pero desde el nacimiento del cristianismo en su habla esta palabra sino en el sentido malo, según el lenguaje de los libros santos, donde siempre sirve para señalar los ángeles maléficos, y llegó á ser tan propio, que muy luego ni aun los mismos prelatantes se sirvieron mas nunca á separarse de él; de forma que Apuleyo, escribiendo un tratado sobre el demonio familiar de Sócrates, no quiso emplear esta expresión en el título de su obra, y creyó que la debia anunciar así: *Del Dios de Sócrates* (véase á San Agustin *De Civit. Dei*, lib. VIII, cap. XIV, lib. IX, cap. XIX).

(2) Euseb. *Præp.* ec. lib. XI, cap. XIX.

demonología de los paganos, el modo ó medios de ponerse en comunicación con los dioses, y los maravillosos efectos que su presencia ó intervención causan en el hombre. Es una respuesta á las cuestiones y dudas que Porfirio habia suscitado con motivo de la carta dirigida á Anebon, porque estos entusiastas, partiendo de los mismos principios, distaban mucho de hallarse acordes entre sí mismos en el modo de explicarlos, y no debe admirar esto á vista de semejante mezcla de visiones producidas por imaginaciones habitualmente delirantes. Sin embargo, las doctrinas de esta secta de iluminados ofrecian á los ojos de los paganos un aspecto seductor, que debia adquirírles una gran aceptación; y en el siglo siguiente les veremos subir al trono con Juliano apóstata, que nada omitió para asegurar su triunfo. Difundidas en Roma y en Italia por medio de Plotino y sus discípulos, se perpetuaron estas doctrinas en la escuela de Alejandría por la sucesion de maestros famosos hasta fin del IV siglo: otros platonícos abrieron nueva escuela en Antioquia, desde donde se propagaron al Oriente. Ultimamente, en el siglo V todavía brillaban en cierto modo en la escuela de Atenas por los tareas de Siriano, de Proclo y de otros. Pero ya á este tiempo habian perdido su influencia, y solo existian como un monumento estéril de los pasados. Entónces gran número de platonícos abrazaron el cristianismo á ejemplo de Sinesio, y los demas se vieron reducidos prontamente á dejar la enseñanza, ya por el abandono ó sublevacion de los pueblos, ya por las ordenes de los emperadores. Así se extinguió en la oscuridad y en el olvido esta fanática y orgullosa secta que habia manifestado tanto celo y hecho tanto ruido para defender la idolatría. Réstanos que decir alguna cosa del sistema que siguió en su obstinada lucha contra el cristianismo.

Desde luego se conoce que esta lucha debia tener dos objetos: el primero defenderse de las numerosas y concluyantes impugnaciones dirigidas por el juicio y la verdad á las locuras del paganismo; y luego para refutar las pruebas alegadas en favor de la religion. Porque fué cosa muy fácil para los cristianos poner en ridiculo las supersticiones de los paganos, y demostrar todo lo absurdo que ofrecia aquella multitud de dioses imperfectos, viciosos, cuyo nacimiento era conocido, cuyo culto, así como sus vidas, consistian en una serie de nauseabundas infamias. Por otra parte, recordando los errores y contradicciones de los filósofos, sus disputas interminables, la infinidad de sus sistemas, su ignorancia, sus dudas y continuas variaciones sobre los puntos mas importantes, tenian suficientes datos para probar que la filosofía es impotente para iluminar al hombre acerca de sus destinos y deberes, y concluian de aqui que no se podia hallar la verdad bajo este respeto, sino en los oráculos de la sabiduría eterna, que se habia revelado por los profetas y despues por el Verbo divino. Buscaron, pues, los platonícos un medio

de justificar á un tiempo la idolatría popular y defender la filosofía de semejantes críticos.

Como se ha visto arriba, partian del principio que se habia enseñado en la escuela de Alejandría: que no debia uno adherirse á ninguna secta en particular, sino tomar de todas lo que pareciese: en cumplimiento ó aplicacion de aquel tomaron los elementos de una nueva doctrina filosófica en las mas célebres escuelas. En metafísica adoptaron las ideas de Platon, es decir, sobre la naturaleza de Dios y de los espíritus, añadiendo los sueños de Pitágoras y sus discípulos sobre las iniciaciones y el trato ó comunicacion con sus dioses: inclináronse mas á los estoicos para las reglas de la moral: tomaron de Aristóteles su dialéctica y sus principios de física que miraban como un objeto puramente secundario. Esforzáronse al mismo tiempo para probar que habian tenido los principales filósofos una misma doctrina enteramente conforme sobre todas las cuestiones importantes; y solo por no haberla comprendido sus discípulos, habian suscitado tantas disputas y sistemas contradictorios. Para sentar este imaginario acuerdo, no repararon en violentar los textos mas formales, en recurrir á las interpretaciones mas evidentemente falsas, y en fin, en desnaturalizar en todos sentidos la verdadera doctrina de los filósofos, cuyas manifestadas disensiones procuraban en vano paliar. Habia compuesto Porfirio un largo tratado sobre la conformidad entre los principios de Platon y de Aristóteles; y desde luego se infiere que serian necesarios grandes esfuerzos para hacer que desapareciesen las continuas contradicciones que á cada paso ocurren entre los dos filósofos. Ademas, que la evidencia de los hechos no permitia negar absolutamente que hubo entre las diversas escuelas divisiones y discordancias muy patentes; pero los platonícos procuraban persuadir que todas ellas giraban sobre cuestiones accesorias y sin importancia; y la nueva secta tenia precisamente por objeto poner término á todas ellas, y anular cualquiera clase de disonancia, probando la necesidad de sacar de todas los gérmenes de verdad encerrados en los sistemas mas opuestos. Así es que trataban de rehabilitar la filosofía por los medios mas frívolos que pueden concebirse á simple vista, sin que merezcan siquiera los honores de la refutación. Hállanse en la mayor parte de los antiguos apologistas de la religion, consideraciones mas ó menos extensas, que comprueban la puerilidad de estas laboriosas quimeras; pero ninguno trató la materia con mas elegancia, fuerza y claridad, que Lactancio en el libro III de sus *Instituciones divinas*, que tenia por título: *De la falsa sabiduría*.

No fueron los platonícos menos atrevidos ni mas felices que aquellos en la defensa de vulgares supersticiones. Contenia la idolatría tal suma de absurdos y de infamias, que no parecia capaz de sostener serias discusiones; y así tenian por costumbre sus sectarios de contestar á las objeciones de los cristianos con suplicios, pe-

ro no con razones ni argumentos. Mas como la violencia no bastaba para detener los progresos del cristianismo, conocieron sus enemigos la necesidad de emplear á lo menos las apariencias de la razon en auxilio de la idolatría, y juzgaban mas oportuno este remedio quanto la empresa era mas imposible. Iluminados con los resplandores que el Evangelio esparció sobre la tierra, entraron en el principio de la unidad de Dios; pero inmediatamente presentaron á sus órdenes y en menor altura gran porcion de potestades, emanadas de aquel, que eran como sus ministros, y velaban en tal concepto para el gobierno del mundo en los diferentes destinos que les habia confiado, de forma que como ejercian el oficio de la Providencia respecto de los hombres, tenían derecho á sus homenajes, á sus sacrificios y á sus oraciones. A estas potestades, pues, era á quienes el paganismo daba culto como dioses (1). Otros decían que se dirigia el culto idolátrico á las divinas perfecciones, manifestadas con diversas denominaciones, y que bajo los personajes de muchos dioses se honraba solamente el poder infinito del supremo Dios, repartido por toda la naturaleza, que se daba á conocer por varios medios que ocasionaron los distintos nombres admitidos (2). Con semejantes necesidades procuraban los platónicos encubrir lo absurdo del politeísmo. Todavía quedaban sin contestacion las ridiculas e indecentes fábulas, contadas por los poetas y admitidas por el vulgo, sobre el nacimiento, vida y hechos de sus dioses. Querian explicarlos estos entusiastas con fingidas alegorías ó como emblemas y figuras que encerraban bajo una corteza perceptible los misterios mas profundos de la naturaleza divina. Casi todos ejercitaban sus ingenios sobre esta materia, y publicaron obras repletas de semejantes interpretaciones mas ó menos especiosas. Plotino se esforzó para hallar significaciones morales, aun en la infame historia de los amores de Venus (3). Pero no fué muy difícil á los cristianos impugnar estos delirios que estaban por lo general en oposicion manifiesta con la fútilidad de las ceremonias paganas, y que por otra parte no podían justificarse de modo alguno unas fábulas esquivadas, tanto por su extravagancia como por su lubricidad. Ambrosio, en su tratado *contra los gentiles*, Ensebio en su *Preparacion Evangelica*, y San Agustín, en muchos lugares de su admirable obra *La Ciudad de Dios*, demostraron la vanidad de todas aquellas invenciones discurridas para la defensa de la idolatría (4).

Las platónicas no se cifieron á la investigación de los medios de defenderse de los ataques dirigidos al paganismo: procuraron tam-

bien desvirtuar las pruebas que se alegaban para justificar con evidencia la divinidad del cristianismo. De dos clases eran estas pruebas: unas sacadas de la misma excelencia de la doctrina enseñada por Jeucristo y practicada por sus discípulos, entre los que era necesario admirar virtudes desconocidas de los paganos; otras consistian en las profecías, milagros ó hechos sobrenaturales que convenian desde luego de la divina intervencion. En cuanto á las primeras, los platónicos trataron de eludir su fuerza, aplicándose á formar una doctrina nueva que se acercase lo posible á la perfeccion del cristianismo, y despues intentando probar que todas las sectas habian estado acordes en la ensenanza del fondo de este sistema, de donde podia sacarse la consecuencia que la doctrina de los cristianos, en todo lo que parecia mas notable, no era nueva, y nada contenia que mereciese colocarla con superioridad á la filosofía. Bajo este plan, dejando á un lado todas las demas investigaciones para dedicarse á lo respectivo á la divina naturaleza, al ultimo fin del hombre y á sus deberes, adoptaron con preferencia la teologia de Platon y la moral de los estoicos, como que hallaban en ellas lo mas perfecto que encierra la filosofía. Recomendaban sobre todo, la contemplacion, los sacrificios, todo género de iniciaciones, las abstinencias pitagóricas y otras semejantes prácticas que tienen por objeto calmar las pasiones y purificar el alma, uniendo últimamente al hombre con Dios. No tuvieron reparo en tomar del cristianismo los elementos de su sistema, adoptando en muchos puntos sus ideas y aun su lenguaje, para llenar con este auxilio los grandes vacíos, ó corregir las imperfecciones de la filosofía pagana. Ya dejamos indicado que sentaron por principio el dogma de la unidad de Dios, y se observa visiblemente la mezcla de las ideas cristianas en las mismas explicaciones que presentan sobre la naturaleza divina y sus infinitas perfecciones. No solamente reconocen la inmaterialidad de Dios, su inmensidad y su omnipotencia, sino que ensenan que todo lo que existe proviene y depende de aquel supremo ser: que es el autor y dueño absoluto del universo; en fin, que es superior á los inflexibles destinos á que los paganos creían sujetas todas las cosas. Tambien admiten una creación mas ó menos clara y distintamente, y combaten con los mismos argumentos que los cristianos, la absurda hipótesis de una materia eterna e independiente, que (sin hablarla criando) hubiese Dios dispuesto para formar el mundo. Sabida es aquella trinidad platónica que todos se dedicaron á publicar y explicar, modelándola al dogma católico, aunque no pudieron luego conformarse entre sí para determinar los principios de que la componian. Adviértese esta grosera imitacion de la doctrina evangelica, sobre los espíritus celestes hasta en el modo con que tratan de explicar la naturaleza y funciones de sus dioses menores (1). Finalmente, los principios que unánimemen-

(1) Lo notable que se halla en Jamblico, es el esfuerzo que emplea para

(1) Véase á Porfirio *De abstinentia*, lib. 1.º — Orósio, *Hist.* lib. VI, esp. 1.

(2) Puesto viene sobre este asunto la carta de Máximo de Madauro á San Agustín, y la refutacion que este santo Padre escribió de ella. (*Argument. Epist.* XVI y XVII).

(3) Véase á Porfirio, *De astro nymph.* *Quæst. Homerica* etc.

(4) *Ennead.* III, lib. V.

te proclamaron sobre las inspiraciones de sus genios tutelares, sobre la necesidad de mediadores entre Dios y los hombres, sobre la corrupción de la humana naturaleza, sobre la regeneración ó palingénesis, sobre la iluminación interior por el Verbo, y sobre la unión con Dios; todas estas ideas y expresiones tan desconocidas á la antigua filosofía, no eran otra cosa que la falsificación de los dogmas cristianos copiados, modificados ó disfrazados para acomodarlos al genio del paganismo, encubriendo con estas formas prestadas las naturales extravagancias de su propio fondo. Mas sobre todo se aprovecharon de las luces del Evangelio para completar y perfeccionar la parte moral de su sistema, y por esto su doctrina bajo este respecto parece en general tan superior á la de los antiguos filósofos. No puede uno menos de admirar la entera semejanza que se advierte á cada paso entre sus máximas y las de los libros santos, de los que copian con frecuencia hasta las expresiones, recomendando la elevación del espíritu á Dios, la mortificación y crucifixión de los sentidos, la guerra á las inclinaciones propias, la muerte al mundo y otras semejantes virtudes. Adelante veremos un ejemplo y auténtica prueba de este plagio en las eficacísimas exhortaciones que Juliano apóstata creyó oportuno dirigir á los Pontífices idólatras para obligarlos á que adoptasen por regla de su conducta las máximas y costumbres cristianas (1).

establecer á fuerza de sutilezas una distinción ó gerarquía entre los dioses y los demonios, y que daba expresamente el nombre de ángeles á algunos de estos genios inferiores. *De myst. sect. 1, et II.*

(1) Con sólo recorrer el comentario de Simplicio sobre el manual de Epicuro, ó el de Hierocles sobre los "versos dorados" de Pitágora, basta para distinguir en ellos la moral de los libros santos, regularmente trasladada en los mismos términos. De modo que la mayor parte de los antiguos Padres tuvieron cuidado de señalar en las obras de los filósofos paganos, esta incesante afectación de copiar las ideas y el lenguaje del cristianismo. Poderoso compare con los mosos á Porfirio (*Serm. VII. ad. Grac.*) y San Agustín comprobada en muchos pasajes, que este filósofo, aunque hacia profesión de ser platónico, no deja de separarse muchas veces de los principios de Platón para arrepear su doctrina ó sus expresiones á la de los cristianos. (*De Civit. Dei, lib. XII, cap. XX, lib. XIII, cap. XIX.*) Esta observación hace que se aprecien en su justo valor todos los vanos razonamientos de ciertos críticos presuntuosos, que han querido presentar los dogmas cristianos como una derivación del platonismo, fundándose en tal cual semejanza, cuya causa y origen acabamos de indicar.

No sólo han reparado los antiguos Padres de la Iglesia entre los filósofos platónicos esta disposición de copiar las máximas cristianas: en todos los gentiles se había observado en más ó menos grado, y Tertuliano señaló las consecuencias de esto á fines del siglo II diciendo: "El demonio, cuyo oficio es corromper la verdad, procura también imitar hasta cierto punto los divinos Sacramentos en los misterios de la idolatría. A su modo ha inventado una especie de bautismo para sus sucesores: también promete el perdón de sus faltas á los que crean en él por medio de aquella absolución. Al iniciarse en el culto de Mithra, señala la frente de sus soldados, celebra la ofrenda del pan, presenta el símbolo y la imagen de la resurrección, y en el uso de la espada

En cuanto á los milagros que sirven de prueba al cristianismo, los platónicos hicieron todos los esfuerzos para atenuar su autoridad y destruir sus efectos con un método análogo. Nunca pensaron en negar los milagros en su realidad, como sucedidos á la presencia de multitud de testigos irrecusables que sobaban para justificarlos, y esta forzosa confesión ha llegado á ser una prueba sin

remeda el martirio. Público es que obliga á los Pontífices supremos de su secta á que se contenten con solo un matrimonio: últimamente también tiene sus vírgenes é iniciados que hacen voto de continencia." (*Prescrip. cap. XL.*) San Agustín habla en el mismo sentido del bautismo de los paganos, (*adv. Parmenian. lib. II, cap. X.*) y San Justino menciona ya la imitación de la Eucaristía en los misterios de Mithra, cuando dice á los paganos en su segunda apología: "Ya sabéis ó podéis saber, que en los sacrificios que se hacen para las iniciaciones, se ofrece pan y una copa de agua."

El culto de Mithra vino de Persia, y no hay noticia alguna de que se practicase públicamente en India antes de los primeros años del siglo II. Mas en el siguiente adquirió rápidamente una extensión é importancia extraordinaria, como se puede inferir por multitud de inscripciones en que las mas distinguidas personas se jactaban de estampar entre sus dictados el nombre del Pontífice de esta menuda deidad. También se citan á menudo el sacerdocio de Cibelas y el uso de los taurobolos y otras ceremonias frías en honor de la madre de los dioses. Estas taurobolos, que no se concipian antes del segundo siglo, y después fueron tan frecuentes como es sabido, eran un medio de regeneración que consistía en echar uno sobre el sangre de un toro, que se habíase degollado en un sacrificio, y para aquella ceremonia se preparaba el penitente muchos días antes con diferentes actos expiatorios. Creían los paganos que se lavaban así de sus pecados y renacían á otra vida nueva. En la propia forma y con un fin análogo, se usaba la sangre de los machos cabríos y de los carneros, y estas ceremonias consistían en los zémbolas y eróbolos. Probable es que la escuela de las neoplatónicas, cuyo origen coincide con los extraordinarios progresos de estos cultos extrínsecos, contribuyese mucho á propagarlos; porque además de que su objeto correspondía perfectamente á la tendencia general y mira particular que hemos advertido en aquella escuela, establecía el principio de que no deben contentarse los hombres con honrar á los dioses y darles culto según la costumbre de un pueblo ó de un país, sino adoptar todos los dioses y religiones del universo. (*Marín. Vit. Præci. cap. XIX.*) A lo que parece, en el III siglo se hizo una fusión entre el de Mithra y el de Cibelas, como dá bastante á entender algunas inscripciones, en que se ven reunidos títulos y monumentos de ambas. Esta alianza entre dos cultos de tan diverso origen, se hacía con el fin de oponer al cristianismo un gran número de prácticas y de ceremonias que ofrecían mayor analogía con las suyas, y eran mas correspondientes á las ideas que él había difundido. En efecto, se hallaban en esta mezcla muchos ritos que hacían recordar hasta cierto punto el bautismo, la Eucaristía y otros misterios del cristianismo, y no era menester mas para que conciliesen algunos entusiastas el pensamiento de buscar en estas absurdas parodias un recurso y medios de salvación para los gentiles. También juzgaban que así se protegían, y que le daban una apariencia de vida con las nuevas formas tomadas de la misma religión su antagonista, que siempre le impugnan con superioridad y vanidad ventajosa.

Mucho tiempo antes se había conocido la necesidad de ofrecer nuevo alimento á la superstición para reanimar el fervor del pueblo, y los politeístas devotos se apresuraban públicamente á menudear los sacrificios, iniciaciones

réplica ni reparo, que debe deshacer naturalmente todas las objeciones. Porque en efecto, cómo contradecir hoy hechos que han sido reconocidos por los mayores enemigos del cristianismo, cuando la proximidad de los tiempos y de los lugares ofrecía tantos medios de juzgar de su autenticidad? Reducidos, pues, á la impotencia de suscitar duda alguna sobre los prodigios que se renovaban diariamente á la vista de todos los paganos, se limitaban á negar las consecuencias enteramente naturales que los cristianos sacaban de ellos, para establecer la divinidad de Jesucristo; y en prosecucion de este plan, fabricaron tantas historias fabulosas para ensalzar el poder de sus dioses, é inventaron tantos milagros para contrapesar los de los cristianos. Tampoco tenían dificultad en reconocer la sabiduría y santidad de Jesucristo y la excelencia de su doctrina; y aun supusieron ó efectivamente hicieron que los oráculos se ocupasen en su alabanza, según los sacerdotes paganos publicaron (1); pero acusaban á los cristianos de no haber comprendido y de haber adulterado su doctrina, porque Jesucristo no quería ni fué su intencion prescribir el culto de los dioses, sino solamente el de los genios terrenos, sometidos al imperio de los demonios malos (2); y que, finalmente, los milagros que le atribuian, no eran suficientes para mirarle como un Dios, supuesto que gran porcion de filósofos los obraron iguales: de todo lo cual debía colegirse, que

y ritos de esta especie. Por esta razon Laetancio se burlaba de la fecundidad de los dioses, cuyo número crecia incessantemente. *Nascuntur ergo et quotidie quidem dii nostri: nec enim vincuntur ab hominibus fecunditate.* (Instit. lib. I, cap. XVI). Aun antes del nacimiento del cristianismo, se habia manifestado esa solicitud, y por ella se importó al Occidente el culto de Mitra y el de Cibelez, Isis y otras divinidades enteramente extranas. Sabida es la indiferencia religiosa que reinaba en Roma hácia el fin de la república: sus desiertos estaban los templos, que segun la expresion de Propertio, los cubrian las arañas con sus telas. *Relaxat aranea Janua* (lib. II, eleg. V.). Pero se puede juzgar del ardor con que se abrazaban estos nuevos ritos, acordándose que arruinado el templo de Isis siete ó ocho veces por órdenes del Senado, todas fué reedificado, y atria cada vez mas un inmenso concurso de pueblo que se agolpaba á recibir su iniciacion. Menester era que la supersticion fuera extremada para que se hubiera consentido la afrenta de una diestra señora en este templo, sin sospechar ninguna supercheria, porque se supuso era el objeto de los amores de Anubis que la prefirió por su belleza. (Joseph, *Antiq. jud.* lib. XVIII, cap. IV). En adelante llegaron á ocho los templos dedicados á Isis ó Serapis en la ciudad de Roma, y sin duda proporcionalmente en las diversas provincias del Occidente se hizo lo mismo, porque en ellas halló este culto no menos proselitismo. Insistire por un pasage de Juvenal, que iban los gentiles hasta Egipto por devocion en busca de las aguas del Nilo, para hacer aspersiones en estos templos. (Juv. sat. VI). Tanto ascendiente habia adquirido esta supersticion en muchos espiritus! De modo que el culto de Isis fué como el de Mitra y de Cibelez, uno de los que mas tiempo resistieron á los esfuerzos del cristianismo.

(1) Véase á San Agustín de *Ciudad. Dei*, lib. XIX, cap. XXIII. Euseb. *Demonat. evang.* lib. III, cap. VIII.

(2) Véase á Porfirio en San Agustín. *De civit. Dei*, lib.

tambien el paganismo se hallaba apoyado en pruebas equivalentes á las que alegaban los cristianos. Hemos visto ya que Filostrato compuso la vida de Apolonio de Tiana, con la intencion de manifestar que este célebre impostor, llevando su celo por la idolatria hasta la extravagancia, no era inferior á Jesucristo, ni por sus costumbres, ni por su doctrina, ni por sus milagros; y posteriormente Hierocles reprodujo otra vez este absurdo paralelo, en un libro que Eusebio refutó victoriosamente. El mismo designio se trasladó con toda claridad en las vidas de Pitágoras, compuestas por Porfirio y por Jamblico, llenas todas de milagros, como dejamos dicho, y sin que ofrezca en su totalidad otra cosa que una continua imitacion del Evangelio. Así es que segun Jamblico, Pitágoras es el Hijo de Dios, es el mismo Dios, y solo se revistió de carne para salvar á los hombres; él cura las enfermedades, sosiega los vientos, calma las tempestades, comunica á sus discípulos el poder de hacer milagros innumerables á ejemplo suyo, y para sellar la semejanza, pone Jamblico en boca de aquel lecciones y preceptos absolutamente iguales á las máximas de Jesucristo. La vida de Plotino escrita por Porfirio, la de Jamblico por Eusebio, y la de Proclo por Marino, aunque no traen tantos milagros, porque no era tan fácil mentir sobre hechos contemporáneos, no por eso dejan de incluir bastantes sucesos milagrosos: para comprobar cuán empujados estaban los filósofos de esta secta en que se creyese que el paganismo tenia tambien sus tanmaturos, cuya autoridad y ejemplo debian contener á los que estuvieran tentados de abandonarle. No contentándose con inventar milagros de todas clases en favor del paganismo, para balancearlos con los de los cristianos y de su divino Maestro, procuraron ademas, valerse de otro medio de combatir las inducciones de los primeros, esforzándose para explicar cómo un hombre podia conseguir la facultad de obrar prodigios. Suponian que por el uso de ciertas prácticas misteriosas, podia entrarse en comunicacion inmediata con los dioses, y participar de sus luces y de su poder, y entonces ya le obedecian los genios inferiores; de modo que se podia disponer de la naturaleza, y producir efectos extraordinarios y milagrosos. Este era el objeto del arte theurgica, de que hemos hablado, y cuya absurda doctrina patentizó San Agustín, entre otros, en su libro de la *Ciudad de Dios*.

Tal es el resumen del sistema imaginado por los platónicos, para defender la idolatria. Aunque este plan no era del todo acertado, y semejante sistema presentaba algunas ventajas especiosas á los paganos para que le acogiesen con algun entusiasmo, descansaba en bases tan poco sólidas, que no pudo resistir á la severa critica; y los doctores cristianos que sucesivamente emprendieron la impugnacion de sus diferentes puntos, necesitaron poco trabajo para patentizar la falsedad y futilidad de todos ellos. Si podia momentáneamente rentimar la supersticion y avivar el celo de algunos fa-

náticos, no podía fascinar por mucho tiempo á los hombres reflexivos, ni detener las conquistas de los cristianos. Por eso los paganos no dejaban su táctica de perseguir á éstos duramente y con la mayor violencia, aunque tampoco prosperasen con ella; y á continuación se verá cómo no interrumpian las persecuciones, antes se hicieron más frecuentes y más sangrientas que antes.

Habiendo ocupado el trono el emperador Filipo por una traición, no tardó en sucumbir á consecuencia de otra. Las tropas de Pannonia se rebelaron, y el emperador confió el mando á Decio, hábil general, firme y experimentado, que le pareció más propio para contenerlas, y que afectaba una gran lealtad. Mas los soldados, con miras de la impunidad, y para ganar la voluntad del nuevo general, se arrojaron á conferirle el imperio. Al punto le aceptó, y tomó sus medidas para mantenerse en él, marchando á Italia con su ejército para destruir á Filipo. Vencido éste en el primer encuentro cerca de Verona, fué asesinado por sus soldados en el mes de Julio del año 249 á los cuarenta y cinco de su edad, despues de veinticinco y unos cuantos meses. Su hijo, llamado también Filipo, á quien había asociado al imperio, aunque era entonces muy joven, fué muerto en Roma poco tiempo despues, por las cohortes pretorianas, y al instante fué Decio reconocido emperador por unánime consentimiento del pueblo, del senado y del ejército. Pertenecía á una noble y antigua familia de la Pannonia, y se había captado la estimación por su talento militar, su actividad y amor á la justicia. Se preció de reformar los desórdenes introducidos en tiempo de Filipo, y sea que quiso apartarse en público de las máximas y conducta de aquel, ó que sencillamente siguiese sus naturales inclinaciones, y no consultase más que su celo obstinado en favor de las supersticiones de la idolatría, ó últimamente, sea que obedeciese á sugestiones extrañas, se distinguió por su odio al cristianismo, y fué autor de una sangrienta persecución, que Galo continuó también, sucediéndole en la crueldad como en el imperio.

LIBRO V.

DESDE LA PERSECUCION DE DECIO HASTA EL REINADO DE DIOCLECIANO.

CUANDO llegó Decio al imperio, habían gozado los cristianos por espacio de treinta y ocho años, de una tranquilidad que únicamente turbaron algunas sublevaciones populares, y la corta persecución de Maximino. Muchos obispos, ilustres por su ciencia y sus virtudes, aprovecharon esta larga paz para arreglar la disciplina eclesiástica, para combatir las heregias, y propagar en todas partes el Evangelio. Habíase aumentado considerablemente el número de los fieles; se habían edificado iglesias en muchos puntos, y aun se había principiado á destruir los templos de los ídolos, en ciertas ciudades orientales (1); esto basta para juzgar cuán pocos paganos quedaban. Pero aunque siempre ofrecía la Iglesia grandes modelos de santidad, y aunque el don de milagros y de profecía eran todavía muy frecuentes; sin embargo, se distinguían ciertas sombras que no dejaban de ofuscar en parte el puro brillo con que resplandeció en los principios. Aumentábase la relajación en los cristianos á proporción de su número. "La mayor parte, decía San Cipriano, se afanan y trabajan para allegar riquezas, sin pensar, ni en los ejemplos dados por los primeros fieles, ni en lo que exigía la profesión de cristiano. Descuidábase la pureza de costumbres, y también las obras de caridad. Las mujeres gastaban alfetes, los hombres se teñían la barba, las cejas y el cabello. Se inventaban artificios para engañar á los sencillos. Se prostituían á los inícuos los miembros de Jesucristo con matrimonios ilícitos. Jurábase sin necesidad, y no había tampoco reparo en ser perjuros. Abundaban entre los cristianos enconados odios y escandalosas divisiones. Se ultrajaban mutuamente con murmuraciones y calumnias, injurias y mentiras: estaban dominados del orgullo, y despreciaban á sus prelados con inaudita insolencia. Entre los sacerdotes parecía apagado el celo de la religión. Algunos obispos, en lugar de instruir á los pueblos y darles ejemplo, descuidaban sus funciones para ocuparse en negocios temporales, y dejando sus diócesis, recorrían las provincias, pasaban á las ferias, y se enriquecían con el comercio. No socorrian á los pobres de su Iglesia; ni pensaban más que en aumentar su hacienda, empleando el engaño para apoderarse de los bienes ajenos, ó aumentando sus rentas con intereses usurarios (2)." Para castigar los desórdenes de estos malos cristianos y reanudar

(1) Greg. Niz. *Vit. Thaum.*

(2) Ciprian. *De lapsis.*

náticos, no podía fascinar por mucho tiempo á los hombres reflexivos, ni detener las conquistas de los cristianos. Por eso los paganos no dejaban su táctica de perseguir á éstos duramente y con la mayor violencia, aunque tampoco prosperasen con ella; y á continuación se verá cómo no interrumpian las persecuciones, antes se hicieron más frecuentes y más sangrientas que antes.

Habiendo ocupado el trono el emperador Filipo por una traición, no tardó en sucumbir á consecuencia de otra. Las tropas de Pannonia se rebelaron, y el emperador confió el mando á Decio, hábil general, firme y experimentado, que le pareció más propio para contenerlas, y que afectaba una gran lealtad. Mas los soldados, con miras de la impunidad, y para ganar la voluntad del nuevo general, se arrojaron á conferirle el imperio. Al punto le aceptó, y tomó sus medidas para mantenerse en él, marchando á Italia con su ejército para destruir á Filipo. Vencido éste en el primer encuentro cerca de Verona, fué asesinado por sus soldados en el mes de Julio del año 249 á los cuarenta y cinco de su edad, despues de veinticinco y unos cuantos meses. Su hijo, llamado también Filipo, á quien había asociado al imperio, aunque era entonces muy joven, fué muerto en Roma poco tiempo despues, por las cohortes pretorianas, y al instante fué Decio reconocido emperador por unánime consentimiento del pueblo, del senado y del ejército. Pertenecía á una noble y antigua familia de la Pannonia, y se había captado la estimación por su talento militar, su actividad y amor á la justicia. Se preció de reformar los desórdenes introducidos en tiempo de Filipo, y sea que quiso apartarse en público de las máximas y conducta de aquel, ó que sencillamente siguiese sus naturales inclinaciones, y no consultase más que su celo obstinado en favor de las supersticiones de la idolatría, ó últimamente, sea que obedeciese á sugestiones extrañas, se distinguió por su odio al cristianismo, y fué autor de una sangrienta persecución, que Galo continuó también, sucediéndole en la crueldad como en el imperio.

LIBRO V.

DESDE LA PERSECUCION DE DECIO HASTA EL REINADO DE DIOCLECIANO.

CUANDO llegó Decio al imperio, habían gozado los cristianos por espacio de treinta y ocho años, de una tranquilidad que únicamente turbaron algunas sublevaciones populares, y la corta persecución de Maximino. Muchos obispos, ilustres por su ciencia y sus virtudes, aprovecharon esta larga paz para arreglar la disciplina eclesiástica, para combatir las heregias, y propagar en todas partes el Evangelio. Habíase aumentado considerablemente el número de los fieles; se habían edificado iglesias en muchos puntos, y aun se había principiado á destruir los templos de los ídolos, en ciertas ciudades orientales (1); esto basta para juzgar cuán pocos paganos quedaban. Pero aunque siempre ofrecia la Iglesia grandes modelos de santidad, y aunque el don de milagros y de profecía eran todavía muy frecuentes; sin embargo, se distinguían ciertas sombras que no dejaban de ofuscar en parte el puro brillo con que resplandeció en los principios. Aumentábase la relajación en los cristianos á proporción de su número. "La mayor parte, decía San Cipriano, se afanan y trabajan para allegar riquezas, sin pensar, ni en los ejemplos dados por los primeros fieles, ni en lo que exigía la profesión de cristiano. Descuidábase la pureza de costumbres, y también las obras de caridad. Las mujeres gastaban alfetes, los hombres se teñían la barba, las cejas y el cabello. Se inventaban artificios para engañar á los sencillos. Se prostituían á los inícuos los miembros de Jesucristo con matrimonios ilícitos. Jurábase sin necesidad, y no había tampoco reparo en ser perjuros. Abundaban entre los cristianos enconados odios y escandalosas divisiones. Se ultrajaban mutuamente con murmuraciones y calumnias, injurias y mentiras: estaban dominados del orgullo, y despreciaban á sus prelados con inaudita insolencia. Entre los sacerdotes parecia apagado el celo de la religion. Algunos obispos, en lugar de instruir á los pueblos y darles ejemplo, descuidaban sus funciones para ocuparse en negocios temporales, y dejando sus diócesis, recorrían las provincias, pasaban á las ferias, y se enriquecían con el comercio. No socorrian á los pobres de su Iglesia; ni pensaban más que en aumentar su hacienda, empleando el engaño para apoderarse de los bienes ajenos, ó aumentando sus rentas con intereses usurarios (2)." Para castigar los desórdenes de estos malos cristianos y reanudar

(1) Greg. Niz. Fl. Thaum.

(2) Ciprian. De lapsis.

la fé de los demas, permitió Dios la persecucion de Dario, una de las mas terribles que la Iglesia sufrió en los primeros siglos.

Este emperador, habiendo llegado á Roma al principio de su reinado, se apresuró á publicar un edicto sanguinario contra los cristianos, que mandó leyesen los pretores en los campamentos, y envió á todos los gobernadores de las provincias, disponiendo que las hiciesen ejecutar rigorosamente, y se valieran de toda clase de tormentos para obligar á los fieles á que sacrificasen á los ídolos. Cupió en poco tiempo la persecucion por todas partes, y con su violencia produjo un terror y consternacion generales. De nada se hablaba sino de los horribos suplicios que diariamente servian de espectáculo á los pueblos. No se ocupaban los magistrados en mas negocios que en buscar y castigar cristianos; las cárceles comunes eran insuficientes para encerrar á tantos como se aprisionaba por la fé; y fué necesario valerse de otros edificios públicos. Ninguno se creia seguro ni podia fiarse de otro. Los vecinos, los amigos, aun los parientes, se vendian bajamente unos á otros, creyendo que hacian un servicio á los dioses y un acto de caridad olvidando lo que debian á la naturaleza. Unos denunciaban á los que sabian que profesaban el cristianismo; otros se ocupaban en buscar á los que se escondian; otros perseguian á los fugitivos, ó se aprovechaban de su ausencia para cogerles los bienes; no se perdonaba á mugeres, ni á niños ni á ancianos. Se estudiaba con empeño el modo de prolongar los tormentos, para quitar la esperanza de la cercana muerte y vencer la paciencia de los mártires con dolores, al parecer, sin término. Las espadas, las fogueras, las fieras, las sillars de hierro ardiendo, los potros, los garfos y todos los instrumentos de muerte y de dolor, estaban á la vista, y se usaban como amenaza para alterar su consciencia. No se avergonzaban de amenazar á las vírgenes y mugeres que las entregarian á las casas de prostitucion para emplearlas en la impureza pública, si no sacrificaban á los ídolos. Estos dos ejemplos prueban sobradamente hasta qué extremo llegaba la refinada crueldad de los jueces. Estando un mártir embuelto de llagas de resultas del potro y la aplicacion de planchas hechas ascuas, mandó el juez que le frotasen con miel todo el cuerpo, y le echasen boca abajo con las manos atadas á la espalda, para que le abrasara el sol y le devorasen las moscas. Otro, que era jóven, por orden del mismo juez, fué llevado á un delicioso jardin, y atado con cordones de seda á un blando colchon de pluma, entre rosas y lirios, cerca de un arroyo que corria con dulce murmullo, y bajo ramas de árboles ligeramente movidas por el viento. Allí hicieron ir á una conocida cortesana, notable por su belleza, que puso todo por obra para seducirle; de mauera, que no hallando medio de libertarse de ella el santo mártir, mordió la lengua y se la partió, y la escupió á la cara de aquella muger infame.

La Iglesia tuvo que deplorar la caída de gran número de cristia-

nos, sobre todo entre los ricos, acostumbrados á los gozes humanos. En la ciudad de Alejandria fueron muchos á presentarse voluntariamente á los magistrados. Los que tenian empleos, se dejaron precisados á comparecer para evacuar sus cargos; otros se dejaron seducir por sus parientes, y todos llamados individualmente se acercaban á los altares para sacrificar, pálidos unos y temblando como si los fueran á sacrificar á ellos mismos; de modo que los espectadores se burlaban de su miedo y confusion, viendo que tenian lo mismo apostatar que morir; otros mas resueltos y atrevidos, protestaban solemnemente que jamas habian sido cristianos. Varios se salvaron huyendo; pero muchos fueron detenidos, y algunos se dejaron vencer al instante por las incomodidades de la prision, ó sucumbieron, por último, al rigor de los tormentos, despues de haber sufrido mucho tiempo.

En Cartago ocurrieron los mismos escándalos, y su obispo, San Cipriano, nos refiere con qué facilidad los ricos caian en la apostasia. Casi todos sin esperar que los prendieran ó interrogasen, corrian ellos mismos á la plaza pública para tomar parte en las ceremonias de los paganos. Era tal su número y su prisa, que se vieron precisados los magistrados á dejar algunos hasta el dia inmediato, no obstante que los interesados se resistian á la dilacion. No faltaban personas que inducian á otras, ni quien llevase á sus hijos, presentándolos con sus manos, como para borrar ó desmentir en ellos el carácter de Jesuense, haciéndolos perder la gracia del bautismo (1).

En todas las provincias se hallaban muchos cristianos flojos ó débiles, que cedian al temor ó á la violencia de los tormentos. Tambien el clero tuvo sus apóstatas, y aun se contaron entre ellos presbiteros y obispos. Muchos sacrificaron á los ídolos, y arrastraron consigo parte de sus ovejas; citanse algunos de Africa, los de Leon y Mérida en España, y el de Smirna en el Asia menor; todos estos fueron, en consecuencia, de sumos y excomulgados por diferentes concilios, en cuanto se restituyó la paz á la Iglesia.

Ademas de los cristianos que se entregaron á estos actos de idolatría, ya ofreciendo sacrificios ó incienso, ya comiendo las carnes inmoladas, hubo otros que con dinero se libertaron de la persecucion, dando á los magistrados, ó recibiendo de ellos una cédula en que se certificaba que habian renunciado al cristianismo, aunque no hacian otra cosa que estar simulada declaración, para evitar el sacrificio ó excusarse la afrenta de una apostasia pública. Por esta cédula se los llamó *libeláticos*, y fueron considerados entre los que habian renunciado la fé, porque en efecto, le hicieron traicion con su cobardia.

Quiso Dios castigar visiblemente á algunos de los apóstatas pa-

(1) Cip. De lapsis.

ra que sirviesen á otros de ejemplo: uno de estos desgraciados emudoció apenas pronunció el nombre de Jesucristo. De una muger se apoderó el demonio, la arrojó al suelo y la arrastró con tal furor, que ella misma se comió la lengua y murió á poco, sufriendo horribles dolores en las entrañas. Otra cuya apostasia era secreta, habiendo recibido la Eucaristía en la junta de los fieles, sintió de repente una especie de sofocacion, con temblor general en todo el cuerpo, acompañado de unos dolores tan violentos en la garganta y estómago, que murió á pocos minutos. Abriendo otra una alacena en que tenía guardada la Eucaristía, que los cristianos acostumbaban llevar á sus casas para tomarla, y mas en los tiempos de persecucion, salió una llama que le impidió el llegar á tocarla. Un hombre culpado como los anteriores, se mezcló entre los fieles para la celebracion del sacrificio, y habiendo recibido su porcion como los otros, no halló mas que ceniza en las manos cuando las abrió. Muchos de estos apóstatas fueron entregados á los demonios; otros perdieron la razon y se pusieron furiosos. Se puede notar en este lugar como un ejemplo patente de que Dios se sirvió para manifestar el respeto que se debe á los santos misterios, el accidente ocurrido á una niña que aun estaba mamando; su nodriza la llevó al lugar destinado á los sacrificios, donde los magistrados le dieron para comer un poco de pan mojado en el vino ofrecido á los ídolos, tomando la madre á su hija, sin saber lo que habia pasado, la llevó á la iglesia á la hora de los oficios; pero la niña no cesó de llorar y agitarse con violencia, y cuando el diácono presentó el caliz á los concurrentes para la comunión, llegada su vez á la niña, volvió la cabeza á otro lado y como por natural instinto, y apretó los labios fuertemente sin querer beber. Insistió el diácono y le hizo tragar por fuerza las especies sacramentales; pero al momento sintió la criatura ansias y opresion del corazón, y volvió cuanto habia recibido. Estos hechos los refiere San Cipriano, testigo presencial de algunos.

Si ocasionó muchas apostasias la violencia de la persecucion, tambien hizo brillar la fé de innumeros cristianos que se mantuvieron firmes en medio de los mas crueles tormentos, y sacrificaron generosamente su libertad y su vida por el nombre de Jesucristo. Muchos se desterraron voluntariamente y sufrieron gustosos la pérdida de sus bienes, que los fueron inmediatamente confiscados. Otros se retiraron á los montes y á los desiertos, donde fueron devorados por las fieras, ó perecieron de hambre, ó fiéron enfermados. Cayeron otros en manos de ladrones ó salvajes, y fueron asesinados ó retenidos como esclavos. Algunos se pudieron rescatar; pero la mayor parte quedaron, y por mas que se los buscó, no pudo saberse lo que habia sido de ellos. Entre los últimos se cuenta á Queremon, obispo de Nilópolis, en Egipto, que á pesar de su edad decrepita, se fugó y retiró con su familia á una montaña, ex-

puesta á las incursiones de los sarracenos; porque siempre buscaban los fieles un parage retirado en los desiertos de la Arabia y de la Tebaida, y su ejemplo contribuyó en adelante para poblar de anacoretas estos lugares inhospitados en tiempos anteriores.

Entre otros fugitivos que se emboscaron en aquellas soledades, huyendo de las persecuciones, se halla uno muy ilustre, el primer ermitaño San Pablo, á quien los hombres no habian descubierto aún cuando llevaba noventa años de vida eremítica. Era natural de la Tebaida baja, y quedó á los quince años heredero de un rico patrimonio por el fallecimiento de los autores de sus dias; pero ni sus muchos bienes, ni las pasiones juveniles, fueron capaces de pervertir su corazon, formado desde el principio para la piedad. Como le hacia temer su humildad la exposicion á los tormentos, se ocultó desde luego en una casa de campo, y al punto supo que no estaba en ella muy seguro, porque un cuñado suyo le queria denunciar para aprovecharse de la herencia. Retiróse, pues, á una montañita escarpada y distante á esperar el fin de la persecucion. Mas se iba aficionando insensiblemente á la soledad, á que se entregó por necesidad; y adelantando por aquellos desiertos, encontró el pié de una roca una espaciosa cueva bien repartida é iluminada por una claraboya que habia en la parte superior; tenia una losa por puerta, y le daba sombra una gran palmera que adornaba la entrada con sus ramas: un arroyo de puras y abundantes aguas bajaba de la montaña y serpenteaba por delante de la cueva, mas arriba de la cual iba á perderse bajo tierra. En esta gruta se detuvo San Pablo, resuelta á fijar su residencia en ella, y allí vivió hasta la edad de ciento trece años: cuando la escogió, tenia veintifés. Gozaba en la meditacion y la oracion, una felicidad inexplicable, incapaz de hallarse en todos los deleites humanos. A veces despues de haber pasado toda la noche orando, le parecia que se habia apresurado la venida del dia, porque le interrumpia la dulzura de sus coloquios con Dios. Recordábase otras veces la confusion y tumulto de las diferentes pasiones que agitan el mundo, y lamentándose de esta ceguedad de los hombres, redoblaba sus bendiciones á la bondad divina, que le proporcionaba en el reposo de la soledad y de la inocencia un sabor anticipado de la felicidad del cielo. Luego veremos cómo este dichoso retiro fué revelado á San Antonio.

El Papa San Fabian pareció entre las primeras victimas de la persecucion el 20 de Enero de 250, despues de haber ocupado la Santa Sede trece años. Desde su pontificado principiaron á contarse mas cierta y precisamente los años de los Papas. Para darle sucesor era preciso esperar á que se recobrará alguna libertad; porque muchos presbiteros de Roma y la mayor parte de los obispos estaban presos entonces ó escondidos: por esta razon vacó la silla pontifical cerca de diez y ocho meses. Hasta nueva eleccion tomó el cetro el gobierno superior de la Iglesia.

A pocos días del martirio de San Fabian, pusieron en la cárcel a los presbíteros San Moisés y Máximo, al diácono Nicestrato y a otros muchos cristianos, siendo los mas notables, Urbano, Sidonio, Macario y sobre todo San Celerino. Mas de un año estuvieron presos, y sufrieron con el mayor valor el hambre, la sed, las muchas privaciones y todo género de tormentos, antes que renunciar a su fe. Desde esta prision escribieron a la Iglesia de Cartago una carta de que hablaremos luego, relativa a los apóstatas que pedían reconciliarse con la Iglesia. Después fueron puestos en libertad; pero algunos perdieron el mérito que adquirieron con tanto padecimiento, adhiriéndose al cisma de Novaciano. San Moisés se declaró abiertamente contra él, y sufrió el martirio muy luego, ya fuese que no le soltaran como a los otros confesores, ó ya que le volviesen a prender. De los primeros que pusieron en libertad, fué San Celerino; acaso en gracia de su juventud, y luego pasó de Roma a Cartago; las órdenes de San Cipriano, que le agregó a su Iglesia en calidad de lector. Habia consagrado a Jesucristo en presencia del mismo emperador, y habia estado encerrado diez y nueve días, con esposas de hierro en sus manos y sujetos los pies en un espol; todavía llevaba las cicatrices que atestiguanban aquellos padecimientos. Ademas tenia en su familia grandes ejemplos de esta generosa firmeza, porque Santa Celerina, su abuela, y sus tíos San Laurentino y San Ignacio, sufrieron la muerte por el nombre de Jesucristo durante la persecucion de Severo. Pero tambien tuvo una hermana que no pudo superar los tormentos; y no contento el con llorar dia y noche, y ayunar, y orar sin cesar para alcanzarlo el perdón de aquella culpa, escribió a un amigo que tenia en Cartago, a fin de solicitar en favor de ella y de algunos otros la intercesion de los confesores de Africa.

Otra multitud de mártires padecieron en Roma y en el resto de Italia; pero no han parecido sus actas, y por tanto es muy poco lo que puede referirse de ellos: no obstante, la celebridad de su culto y nombres prueba bastante lo glorioso que fué el testimonio que dieron por la fe de Jesucristo. San Abdon y San Senen, que eran persas de origen y a la sazón se hallaban en Roma, fueron decapitados despues de sufrir varios tormentos. Enterrados sus cuerpos en casa de un subdiácono, permanecieron ocultos allí hasta que se supo por revelacion en el reinado de Constantino, y fueron trasladados al cementerio de Ponciano (en el camino de Porto), al que ha solido darse el nombre de estos santos mártires. Dos vírgenes cristianas, Santa Victoria y Santa Anatólia, ambas romanas, fueron martirizadas en el país de los sabinos, donde las habian condeicido, con licencia del emperador, a las haciendas de dos ciudadanos riquísimos que trataban de casarse con ellas, y que emplearon en vano toda clase de tormentos para obligarlas a que consintieran en su propuesta. Los santos Secundiano, Veriano y Marcelino, que

al principio se mostraron celosos ministros de la persecucion, se convirtieron luego al ver la inalterable firmeza de los mártires; y despues de haber sufrido en Roma muchos tormentos, les cortaron la cabeza en Etruria, donde son honrados como patronos de Toscana, Corneto y Civita Vecchia. En los martirologios se mencionan muchísimos, de los cuales solo podremos citar a San Miniato, que dió su nombre a una villa de Toscana, y a quien Florencia aclama su patrono; a San Magno, celebrado con solemnes cultos en Anagni; y a San Feliciano, venerado por apóstol y patron de la Iglesia de Poligni en la Umbria.

Nada hay mas glorioso y brillante que el martirio de Santa Agueda, vírgen cristiana. Sufrióle en Catania de Sicilia, dejando un nombre ilustre que la Iglesia en consideracion a los elogios de muchos santos, ingirió en el cánon de la misa. Pertenecia a una noble y rica familia, y consagrada a Dios desde la infancia, salió victoriosa de todos los combates que tuvo que sostener en defensa de su castidad contra los esfuerzos del demonio. Las actas que tenemos de su martirio, traen algunos pormenores; pero no es segura su autenticidad: sin embargo, creemos propio de nuestro deber citar algunas circunstancias en que al parecer no cabe duda. Quintiano, gobernador de Sicilia, oyendo hablar de la belleza y grandes riquezas de Agueda, se valió del pretexto de los edictos que proscribian a los cristianos, para robarla. Pásola primeramente en poder de una muger de mala vida, que se dedicó por espacio de un mes a disuadirla de su firme propósito de conservar la virginidad. Despues la hizo llevar a sus estrados donde empleó los ruegos y amenazas para obligarla a renegar; pero no pudiendo conseguirlo, mandó que la presentasen al dia siguiente en su tribunal, y la condenó a sufrir en el potro los mas atroces tormentos: de allí a algunos dias dispuso que la arrastrasen desnuda sobre guijarros mezclados con carbones encendidos, y habiéndola conducido en seguida a la cárcel, no tardó en espirar. Refiérese que por su intercesion se han obrado junto a su sepulcro infinitos milagros.

Aunque no parezca verosímil que las Galias se eximiesen de esta persecucion, la historia no nos ha dejado relacion particular de ella. Del mismo modo en España apenas se conocen los nombres de algunos mártires, aunque debe creerse que allí descargarían los perseguidores su violencia; pues se citan dos obispos que sucumbieron. Por los escritos de San Cipriano, sabemos que la Iglesia africana, tan cruelmente probada con la flaqueza de muchos cristianos, no dejó de tener una multitud de confesores ó mártires, cuyos gloriosos combates le sirvieron como de consuelo. En cuanto llegó a Cartago el edicto de Decio, abandonándose el populacho a todas las inspiraciones de un odio tan ciego como apasionado, ostentó contra los fieles un increíble encarnizamiento. San Cipriano, moderno obispo, cuya conversion habia irritado profundamente a los paga-

nos, vino á serles mas odioso cada día por la elevacion de su talento y sus virtudes, que atraian al cristianismo grande gloria y esplendor, así como por el celo que desplegaba en animar á su rebaño. Muchas veces en el anfiteatro se habian dado gritos de amenaza: "Echad á Cipriano á los leones." Vióse el santo obispo obligado á ceder á las circunstancias, y huyó ménos por su personal seguridad, que en beneficio de su Iglesia, y para no irritar mas con su presencia el odio de la poblacion idólatra. No estuvo ocioso en su retiro, y si creyó que debía dar á los fieles aquel ejemplo de prudencia cristiana, no por eso dejó de pensar con la misma solitud en las necesidades de sus ovejas, procurándoles socorros ó instrucciones segun lo reclamaban las circunstancias.

Como se hallaba ausente el procónsul, los magistrados de la ciudad principiaron la persecucion y mandaron prender á multitud de cristianos, que rehusando sacrificar á los ídolos, fueron condenados á la deportacion, ó retenidos en las cárceles para ser juzgados mas adelante por el gobernador de la provincia. Entre los desterrados se distingue una muger llamada Bona, á quien su marido arrastró hasta los altares de los ídolos, y los paganos la obligaban, cogiéndola de la mano, á que tocase las ofrendas que ellos presentaban á los dioses, todo para figurar que tomaba parte en los sacrificios, de modo que ella juzgó debía protestar públicamente que no obraba por su voluntad en este acto, sino por efecto de la violencia y de la fuerza. Citase tambien á un sacerdote llamado Félix, con su muger Victoria, y á otro cristiano llamado Lúcio, los cuales al principio sacrificaron los ídolos, pero preguntados segunda vez sobre su fé, repararon el escándalo que su caida causó, confesando valerosamente á Jesucristo. Púdesse calcular cuán considerable seria el número de desterrados, pues solo á Roma llegaron sesenta y cinco, y fueron muy bien asistidos por los cristianos.

Los presos, entre los cuales habia hasta niños, estuvieron mucho tiempo encerrados en calabozos, esperando la venida del procónsul. Escribióse San Cipriano una carta en que los animaba y consolaba, ponderando con grandes elogios la gloria que les proporcionaban sus padecimientos, y exhortándolos últimamente á que se preparasen al combate con el recuerdo de la recompensa que habia de seguirle. Cuidaba asimismo de enviarles los socorros que su situacion reclamaba, porque distribuía á los presbíteros y diaconos, á fin de que lo empleasen en alivio de las miserias presentes, todo el producto de las economías, ó de las cohectas que habia tenido la precaucion de hacer anteriormente, añadiendo lo que podia distraer de sus propios recursos: es decir, una parte que le correspondia personalmente en las rentas de su Iglesia y las oblaciones de los fieles. Escribió tambien muchas veces á su clero, recomendándole la asistencia de los pobres, no solo de los que estaban presos, sino de todos los que perseverasen en la fé, y principalmente las viudas y los

enfermos. "Si hallais, dice en una de sus cartas, algunos forasteros necesitados, no dejéis de socorrerlos. Para estos gastos echad mano de la porcion que me queda en las rentas, y que he dejado á cargo del presbítero Rogaciano: temiendo que la primera remesa se haya concluido, le he enviado otra con el acólito Narico, para que la empleéis en socorrer con mas prontitud á los que padecen." Los diaconos estaban especialmente encargados por su órden de visitar en las prisiones á los confesores; pero como los fieles se agolpaban á dar estos y otros testimonios de caridad por si mismos, prescribia el santo obispo con esta mira aquellas reglas que dictaba la prudencia; como era que no fuesen muchos juntos, y siempre con grande precaucion, para no alarmar á los paganos, y que determinasen prohibirles la entrada. Acosaba igualmente á los sacerdotes que iban á la celebracion de los sacrificios, que no fuesen mas que cuando les tocara por turno, y llevaran un solo diacono con ellos, por no ser notado, ni parecer sospechosos.

Llegado por fin á Cartago el procónsul, la persecucion fué mas rigurosa y sangrienta. Para vencer la constancia de los confesores se emplearon todos los instrumentos de atormentar, azotes, varas, hachas y garfos de hierro. De tal modo se prolongaban los suplicios, y con tanta frecuencia se reiteraban, que los cuerpos de los mártires quedaban completamente desgarrados; y muchos de estos esforzados campeones espiraban en los tormentos de la cuestion ó inmediatamente despues. Morian otros de hambre en las cárceles, porque los tenían encerrados en calabozos estrechos, cuyo calor é infeccion eran insoportables, y solian dejarlos ocho dias sin darles alimento alguno. Distinguese en particular entre estos, San Mappalico, San Pablo, San Fortunio y otros quince, cuyos nombres se hallan en una carta que el confesor Luciano escribió, respondiendo á San Celserio. Pero hubo despues otras muchas victimas de estas atroces crueldades. San Numidico conservó la vida por una especie de prodigio, despues de sufrir muchos tormentos. Con sus exhortaciones habia fortalecido á gran número de fieles que habian muerto á su vista apedreados ó quemados. Con heroica firmeza vió quemar á su muger, á quien queria en extremo, á su propio lado. El mismo estaba medio quemado, y despues de haberle apedreado horriblemente, le dejaron por muerto. Pero vino su hijo para hacerle los últimos oficios, y observando un resto de aliento en él, se le llevó á su casa, y á fuerza de cuidado y asistencia, le restableció enteramente. Colocóse San Cipriano entre los presbíteros de Cartago, y le nombró su vicario. La misma prueba de confianza dió á San Rogaciano, anciano dotado de toda clase de virtudes y de un celo inextinguible, á quien pusieron en libertad despues de haberle tenido mucho tiempo en la cárcel. Últimamente ordenó tambien de lector á un confesor jóven llamado Aurelio, que el principio fué desterrado por los magistrados de la ciudad, y fue-

gó sufrió con admirable valor los tormentos de la cuestion en presencia del proconsul. Destinábase desde entonces al honroso cargo del sacerdocio, y dispuso que tuviese, lo mismo que San Celerino, la misma renta que se daba á los presbíteros para su subsistencia. Pero todos estos arreglos no se verificaron hasta el año de 250, cuando empezaba la persecucion á aplacarse, y cuando la mayor parte de los confesores habian salido de las prisiones. Como les habian confiscado sus bienes, en cuanto supo el santo obispo que se hallaban en libertad, acudió con prontitud á socorrerlos, según lo exigian sus graves escaseces, los recomendó á la piedad solícita de su cabildo, y él los envió de su peculio personal, aunque la caridad de los fieles no se descuidaba en acogerlos en sus casas y asistirlos. Exhortólos finalmente por medio de sus cartas, á que no mancillasen las glorias que habian adquirido, porque algunos empezaban á resfriarse y otros se veian intoxicados de envidia y prontos á las disensiones, y unos pocos á la intemperancia y á escandalosos desórdenes. Otros, hinchados de orgullo y de una insuportable presuncion, trabajaban porque su voluntad prevaleciese sobre la autoridad de los obispos. Concedían indiscretamente cartas de reconciliacion á los apóstatas, y sin atender á las reglas de la disciplina, querian obligar á admitirlos nuevamente en la comunión de los fieles por esta simple recomendacion, y antes que hubiesen cumplido la conveniente penitencia. Causó esta pretension grandes disturbios en la Iglesia de Cartago, y llegó en adelante á ocasionar un cisma. Sobre este punto hablaremos en otro lugar.

La Iglesia de Alejandria, perseguida ya de resultas de una sublevacion popular en el año anterior, apenas se habia repuesto de aquella tormenta, cuando el edicto de Decio la volvió á exponer á una nueva prueba, bien honesta tambien, pues que hizo caer á una multitud de cristianos en la apostasía. Sabino, prefecto de Egipto, ejecutó las órdenes del tirano con horrible crueldad, sin cesar en sus persecuciones, y condenando á los suplicios mas horrosos á cuantos se negaban á la adoracion de los ídolos. Unos morian á palos ó en la tortura: otros despues de muchas mortificaciones eran quemados ó degollados. Muchos perecieron de miseria en los calabozos inficionados, donde estaban encerrados, cargados de cadenas, aislados, y sin que les fuera permitido recibir socorros ni visitas de nadie. Hubo tambien gran número de mártires de todo sexo, edad, clase y condicion. Uno de los primeros fué un viejo llamado Julian, de tal modo incomodado por la gota, que ni podia andar, ni sostenerse en pié, y fué necesario trasportarle á la presencia del juez. Confesó generosamente la fé, con un criado suyo que se llamaba Crónion: pusieronlos en dos camellos y los pasearon por toda la ciudad, no cesando de apalearlos en toda la carrera, y despues los arrojaron al fuego en presencia de una inmensa concurrencia, que aplaudia este bárbaro espectáculo. Un soldado llama-

do Besa, que los habia seguido procurando libertarios de los excoesos del populacho, atrajo contra sí un general clamor; y acusado ante el mismo juez, fué sentenciado á muerte y decapitado. Otros dos cristianos, Epimaco y Alejandro, fueron quemados en un horno de cal viva, despues de haber sufrido con valor los horrores de un calabozo estrecho, los azotes, los garfios de hierro y toda clase de tormentos. El juez hizo martirizar, lo mismo y con un furo obstinado, á una virgen llamada Ammonaria, para obligarla á pronunciar alguna blasfemia contra Jesucristo. Pero no pudiendo vencer su constancia, la envió al suplicio y en su compania á tres mugeres, Mercuria, Dionisia y otra Ammonaria, á quienes cortaron la cabeza. Contaremos tambien entre los mártires, cuyos nombres se han conservado, á San Nemesion, que fué quemado en compania de unos ladrones; y á los santos Heron, Atero é Isidoro, que comparecieron juntos, y que despues de prolongados tormentos, fueron tambien condenados al suplicio de la hoguera. Estaba con ellos un jóven de quince años llamado Dioscoro, á quien tambien mortificaron extraordinariamente; pero como todo el mundo admirase su valor y la sabiduria de sus respuestas, el gobernador le mandó soltar, diciendo que atendida su juventud le concedia un término para que saliese de sus errores. En lo restante del Egipto se ejerció la persecucion con la misma violencia, y muchos cristianos fueron despedazados por los paganos. Se cita en particular el ejemplo de San Isquione, mayordomo de cierto magistrado, que le mandó adorar á los ídolos, y no pudiendo determinarle á ello, le maltrató por mucho tiempo y al fin le quitó la vida atravesándole las entrañas con una estaca.

Escapó como por milagro de las manos de sus perseguidores San Dionisio, que habia sucedido á San Heraclas en la silla de Alejandria. Distinguiendole particularmente para ser mas odioso á los paganos sus funciones y su talento, y así en cuanto llegó el edicto del emperador y fué publicado, el prefecto de Egipto dió orden de que le prendiesen. Pero sea que el oficial encargado de esta comision favoreciese su fuga, ó que se ignorase el sitio en que residia, ó que no presumiesen que habia de haberse quedado en su casa en un peligro tan inminente; le buscaron por todas partes antes de dirigirse á esta. Esperó tranquilamente cuatro dias, y temiendo tentar á Dios, se retiró seguido de sus criados y de otros muchos cristianos. Aquel mismo día, al oscurecer, cayeron en manos de los magistrados y de un peloton de soldados, que los ataron y condujeron á Taposiris, un pueblo del Egipto no muy distante de Alejandria. Un sacerdote llamado Timoteo, sin saber lo que habia sucedido, iba á casa del obispo y la halló llena de tropa, y noticioso de que el prelado habia sido preso, huyó precipitadamente. Encontró á un labrador cristiano que le preguntó la causa de su agiacion, y que sabida llevó la noticia á una próxima casa, á donde iba para

asistir á una boda. Inmediatamente todos los convidados se levantaron de la mesa y corrieron al sitio en que se hallaba con su comitiva San Dionisio, y entrando con mucho estrépito y roscría asustaron de manera á los soldados, que huyeron sin pensar siquiera en resistirse. Era ya de noche y el santo estaba acostado, y creyendo que estos campesinos eran ladrones; les entregó lo poco que llevaba y hasta sus mismos vestidos; pero ellos sin hacer caso le instaron á que se levantara corriendo y los siguiera. Entonces comprendió su desagrío, y afligiéndose de verse privado de la gloria de confesar á Jesucristo, les dijo: «Retiraos, ó si me queréis hacer mayor favor, quitadme vosotros mismos la vida, y así os anticiparéis á los que para esto solo me buscan.» Sin embargo, ellos le obligaron á levantarse, y como se echase por el suelo para no salir, le cogieron en vilo por pies y manos, y así se le llevaron fuera de aquella población. Pusiéronle en un asno y le escoltaron hasta que estubo fuera de peligro. Salvo ya, á su pesar, se retiró á un desierto de la Libia, donde permaneció con dos cristianos hasta que finalizó aquella persecución. Pero aunque ausente, no abandonó el cuidado de su Iglesia. Hizo que se ocultasen en Alejandría algunos sacerdotes de aquella, que no eran muy conocidos y por consecuencia estaban menos expuestos; entre otros Máximo, que con el tiempo le sucedió en la mitra. También se valió de muchos diáconos para visitar y socorrer á los confesores, y principalmente de Eusebio, que después fué obispo de Lenoficea, y en estas circunstancias se acreditó de celosísimo defensor de la fe; porque hallando medios de penetrar en las cárceles, se ocupaba en sepultar los cuerpos de los mártires; cosa que no podía hacerse sin exponer su vida.

También juzgó deber salir San Gregorio Taurmaturgo escapar de la persecución por medio de la fuga, para dar á su pueblo, nuevamente convertido, este ejemplo, acomodarse á su debilidad é impedir la caída alejándose del peligro; esta fué la razón por qué no hubo siquiera un apóstata en Neocesarea. Dios que justificó así la prudencia del santo obispo, manifestó también por un milagro particular que aprobaba su fuga. Habiéndose refugiado Gregorio en una montaña desierta, acompañado de aquel sacerdote de los fieles á quien había convertido, y ordenó después de diácono. Informados los paganos del lugar donde se había ocultado, fueron á buscarle muchos reñidos, y mientras unos guardaban las salidas y pasos para evitar que se escapase, otros recorrían todos los escondites y concavidades del monte, sin dejar uno. Muchas veces pasaron por delante del santo y no le vieron; y cuando del cansancio se retiraron muy convencidos de que había abandonado este asilo. Queriendo cerciorarse el que los había guiado en esta expedición, volvió solo y halló al santo haciendo oración en compañía de un diácono, ambos de pie é inmóviles, en el mismo sitio por donde los que antes le buscaron acababan de pasar, y solo habían visto dos

árboles uno junto á otro: entonces el guía se arrojó á los pies del Taurmaturgo, se declaró cristiano, y le acompañó en su fuga.

Desesperando los paganos de hallar al obispo, concentraron la rabia contra su rebaño, y buscando á los fieles en los sitios donde los creían retirados, cogieron muchos que llevaron á las prisiones y atormentaron de todos modos para obligarlos á renegar de Jesucristo. Pero el santo obispo no cesaba de socorrerlos con sus oraciones, y fué su verdadero apoyo. Repetábase un día que hallándose rezando se turbó de repente, apartó la vista con horror, y luego se quedó inmóvil; últimamente recobró su regular serenidad, al recitar estas palabras de los salmos: «Bendito sea Dios que nos ha libertado de sus dientes.» Preguntáronle la causa de todos estos movimientos tan diversos, y respondió que en la misma hora en que estaba rezando, se había presentado al gobernador un jóven de elevada clase llamado Troades, y que después de sufrir diferentes tormentos acababa de recibir la corona del martirio. El diácono que estaba con él se informó del hecho, y averiguó que las circunstancias eran precisamente las mismas que el santo había referido.

La persecución hizo iguales estragos en las demas provincias del Oriente: citaremos solo los mártires mas célebres. San Alejandro el Carbonero, á quien había San Gregorio consagrado obispo de Comana, terminó santamente su vida en una hoguera. San Alejandro, obispo de Jerusalem, venerable por su extrema vejez y que había ya confesado su fe en el reinado de Severo, fué encerrado en un calabozo, donde sufrió mucho tiempo, y al fin murió en la cárcel. San Babilas, obispo de Antioquia, después de dar un testimonio brillante de su fe en Jesucristo, fué tambien cargado de cadenas, y murió colmado de méritos y agobiado de fatigas en la prisión con los tres jóvenes á quienes estaba enseñando. Este santo prelado que gobernaba su Iglesia trece años habia, se hizo célebre por sus virtudes, y sobre todo por el valor que mostró para obligar al emperador Filipo á ponerse en el número de los penitentes antes de ser admitido en la reunion de los fieles. Sus reliquias enterradas primero en Antioquia, fueron trasladadas en 351 á una iglesia que el César Galo acababa de edificar en el pueblo de Daine, cerca de aquella ciudad; pero años adelante, Juliano el Apóstata dió orden de que las sacasen, porque habiendo pasado á aquel lugar para consultar un famoso oráculo, después de haber hecho en vano muchos sacrificios, no pudo obtener otra respuesta sino que la presencia de aquellas reliquias impedía al oráculo hablar.

La reputación de Origenes debía exponerle mas que á ninguno á la persecucion de los paganos; y en efecto, se ha visto que fué preso en Cesarea de Palestina, y que sufrió los mas crueles tormentos con imperturbable firmeza (1). Algunos creen que su amigo

(1) Berault-Bereauetel ha tenido un desvío inconcebible en esta ocasión, que es digno de enmienda, porque su tendencia es limitar la persecucion, una

Ambrosio, que murió por aquel tiempo, fué una de las víctimas de la persecucion, y sin duda por esto no pudo, á pesar de sus muchas riquezas, dejar á su maestro tan querido los socorros que le hacian indispensables las circunstancias y su extrema vejez.

San Polieucto, tan distinguido por su nacimiento como por sus riquezas, alcanzó la corona del martirio en Melitene, en la Armenia, y aunque simple catecúmeno, hizo alarde de un celo y valor que asombraron á los paganos, y sobre todo, excitaron la admiracion de Nearco, su amigo y primer maestro en la fé. Declarado públicamente cristiano, fué preso al instante y presentado á los magistrados, que pusieron por obra todos los medios imaginables para hacerle renegar de su creencia. Su suegro Félix, que se hallaba en el número de los jueces, empleó en vano ruegos y amenazas, sin omitir los malos tratamientos; tambien concurrió su muger tratando de ablandarle y vencer con sus lágrimas y con la presencia del hijo de ambos de menor edad, Pero el generoso mártir no se doblegó á tantos esfuerzos, ni quiso sacrificar al demonio en sus ídolos; antes despreció tan tiernos lazos é insinuaciones; y como los tormentos no produjesen mas efecto que las palabras, le condenaron á ser decapitado.

de cuyos efectos desconoce tambien, á saber, la confiscacion de bienes. Contando la vida de Origenes, afirma que este ilustre doctor fué proscripto formalmente por el edicto de Decio que condenaba á muerte á los que enseñaban en la Iglesia, y despues añade: "No falta quien diga que Origenes, como el doctor mas acreditado de los cristianos, fué el principal objeto de este edicto." Debiera haber nombrado el autor á los que lo han afirmado antes de él. Es verdad que se ha escrito que Origenes habia sido el objeto principal de la persecucion de Maximino, (Oratio, lib. VII, cap. XIX), y esto nada tiene de inverosímil, porque en efecto, esta persecucion era dirigida mas particularmente contra los obispos y doctores de la Iglesia. Pero en cuanto al edicto de Decio, nadie que yo sepa, ha dicho aún que se refiriese á Origenes, principalmente, ni que el emperador le habia proscripto mas formalmente que á cualquier otro cristiano. Sobre todo, nadie habia limitado este edicto á los que enseñaban en la Iglesia; porque se sabe, á no dudarlo, que se extendia á todos los cristianos en general. ¿Puede ademas suponerse sin una especie de contradiccion, que un edicto en que se condenaba á muerte, tuviese por principal objeto á un doctor á quien se contentaron con aplicar la tortura sin quitarle la vida?

Este autor en el mismo párrafo, despues de haber ponderado el desprendimiento de Origenes, dice que en esta circunstancia podria enauar admiracion el que "su amigo Ambrosio, que tuvo la felicidad de morir mártir, nada le dejase de sus grandes riquezas; aunque las circunstancias le permitian hacerlo." Y en otra parte pone el martirio de Ambrosio en tiempo de la persecucion de Decio. Ahora pregunto yo, si un mártir cuyos bienes serian confiscados como todos los de los demas, y cuyas disposiciones testamentarias se darian necesariamente por nulas en virtud de las leyes comunes para los sentenciados á muerte, se hallaba en circunstancias que le permitiesen dejar parte de sus bienes á un confesor preso, y que estaba mas próximo á sufrir la misma pena y confiscacion, que á recibir el legado de otra persona. Tal es la critica y la exactitud en el modo de juzgar que este hecho acredita en el susodicho historiador.

San Mercurio, que era como Polieucto, oficial en el ejército romano, tampoco vaciló en sacrificar por su fé todas las esperanzas del siglo, y logró que le cortasen igualmente la cabeza en Cesarea de Capadocia. Los Santos Trifon y Respicio, en la flor de su edad, y conocidos por su ardiente celo en favor del cristianismo, fueron asimismo decapitados en Nicea de Bithynia, despues de haber sufrido por espacio de muchos dias los azotes, los garfos de hierro, las planchas ardiendo, los rigores del frio y todo cuanto pudo imaginar la crueldad del gobernador para vencer su constancia. En Nicomedia, de la misma provincia, muchos mártires fueron condenados al suplicio de la hoguera, entre otros Luciano y Marciano, que dedicados en sus mocedades á las curiosidades de la mágia, se convirtieron luego y pidieron el bautismo con ocasion de que habiendo solicitado por medio de su arte seducir á una vírgen cristiana, el demonio les declaró que no era poderoso para perjudicar á los que fuesen protegidos por Jesucristo. Al momento abandonaron sus haciendas y se retiraron á la soledad, de donde no salieron hasta que practicadas largas penitencias, se dedicaron á la predicacion de las verdades evangélicas entre los gentiles. Por este mismo ardor y celo fueron desde luego célebres y conocidos, y denunciados por consecuencia al gobernador.

En el Asia proconsular, un mercader llamado Máximo, confesó públicamente que era cristiano, y fué presentado al juzgado de Optimo, que trató de disuadirle de su creencia amenazándole con terribles castigos; despues le mandó azotar y poner en el potro, exhortándole á que sacrificase á los ídolos para evitar estos dolores y conservar la vida; mas el valeroso cristiano desconcertó todos los esfuerzos del tirano con la firmeza de su alma y sus respuestas. "Nada deseo ya tanto, le dijo, como perder esta miserable vida, para llegar á otra que nunca acabará, y por eso mismo no he tenido reparo alguno en presentarme. Lo que me aconsejas que haga, muy lejos de salvarme, me expondria á eternos tormentos que evito, no sacrificando á tus falsos dioses. Por lo demas, ni las varas, ni los garfos de hierro, ni las planchas ardiendo pueden hacer meña en mi cuerpo, porque la gracia de Jesucristo me asiste, me fortalece y me arrancará de tus manos para ponerme en posesion de aquella felicidad de que gozan tantos santos que me han precedido en este glorioso combate." Oyendo el juez esta respuesta, sentenció así: "Mando en virtud de la autoridad de nuestros invictos príncipes, que Máximo, por resistirse á obedecer nuestras leyes y á sacrificar á la grande Diana, sea apedreado, para que sirva de escarmiento é inspire terror á los demas cristianos." Al instante sacaron fuera de la ciudad al santo y se ejecutó la sentencia.

Ante el mismo proconsul presentaron á un jóven llamado Pedro, natural de Lampaco, tan distinguido por las cualidades del alma como por las exteriores de su figura. Apenas pronunció su nombre

y confesó que era cristiano, le dijo el procónsul: "Ya sabes las órdenes de nuestros príncipes y te consta lo que contienen: sacrifica, pues, á la gran diosa Venus." Pedro le respondió: "¿Cómo quieres que yo ofrezca incienso y sacrificios á una infame prostituta, cuya vida no ofrece más que una serie de acciones vergonzosas, que se abochornaría uno solo de requerirlas, y que son prohibidas hasta por vuestras leyes!" Mandó el juez al oír esta respuesta, que le quebrantasen los huesos sobre una rueda, apretándole el cuerpo con cadenas de hierro entre rampiras; pero viendo su perseverancia dispuso que le cortaran la cabeza.

A muy poco tiempo condepieron al mismo tribunal á tres cristianos, Andrés, Pablo y Nicomaco, que con la mayor intrepidez confesaron su religion. Hizose mas notable el último por su mayor atrevimiento, de modo que fué tambien condenado el primero á los tormentos de la cuestion. Soportólos algun tiempo con valor; pero al fin, casi al punto de espirar, el desgraciado perdió la paciencia y exclamó: "Yo no soy cristiano, y quiero sacrificar á los ídolos." Luego le mandaron desatar, mas en cuanto hizo el sacrificio, se apoderó de él un frenesí furioso, se arrojó por el suelo, y no tardó en espirar sufriendo horribles convulsiones, despues de haberse cortado la lengua con los dientes. Una jóven de diez y seis años que se hallaba entre los espectadores y se llamaba Dionisia, no pudo contenerse y dijo: "¡Infeliz! por no sufrir un poco mas los dolores has conseguido una eternidad de tormentos." Habiéndola oído el juez la mandó que se acercase, y ella contó sin tardanza que era cristiana; el procónsul dispuso que en el acto sacrificase á los ídolos ó de lo contrario la mandaría quemar viva; y Dionisia respondió: "No temo tus amenazas; el Dios á quien sirvo es mas poderoso que tú, y me dará las fuerzas suficientes para soportarlo todo." No se avergonzó el tirano de entregarla á la brutalidad de dos jóvenes que la arrastraron á su casa para cometerla; pero Dios la protegió con un milagro patente, de modo que en vez de lograr la ejecución de sus designios con ella, estos dos miserables, acobardados completamente, se vieron precisados á recurrir á sus oraciones. Al siguiente día el populacho incitado por dos sacerdotes de Diana se agolpó pidiendo á gritos el suplicio de Pablo y de Andrés, á quienes habian vuelto á la cárcel; y el procónsul, despues de haberlos mandado azotar severamente con varas, los dejó á discrecion del pueblo, que al instante los sacó de la ciudad para apedrearlos. En cuanto oyó este tumulto Dionisia, se escapó de la prision y corrió al lugar del suplicio para tomar parte en el triunfo de los santos mártires. Avisaron al juez de esta novedad, y envió orden de que le cortaran la cabeza.

En la persecucion de Dacio se refiere el martirio de los siete hermanos que se hicieron célebres con el nombre de los siete durmientes. Eran naturales de Efeso, y despues de haber confesado valero-

samente la fé, fueron encerrados vivos en una cueva cerca de la ciudad, donde muy pronto se murieron de hambre. De allí á doscientos años se descubrieron sus cuerpos, y los llamaron los siete durmientes porque habian dormido en el Señor, segun el lenguaje que entonces se usaba para expresar la muerte de los confesores que no perecian de muerte violenta. Algunos autores amigos de lo maravilloso, dicen, aludiendo al nombre de durmientes, que los santos mártires cuando se descubrieron sus reliquias dos siglos despues, habian despertado como de un profundo sueño, y que habiéndose arrojado los siete juntos en presencia de un numeroso concurso, murieron definitivamente.

Entre otros que sufrieron el martirio en el Asia menor y en la Grecia, citaremos á San Carpo, obispo de Tiatira en Lidia, con San Papilo, diacono, y Santa Agatonice, que todos tres fueron quemados en Pergamo despues de haber confesado muchas veces á Jesucristo con admirable valor; San Nestor, obispo de Magide en Panfilia, que por los triunfos de su celo se hacia muy odioso á los paganos, y fué condenado al suplicio de la cruz; San Cirilo, obispo de Gortina, y otros diez cristianos, á todos los cuales cortaron la cabeza en la isla de Creta, donde su culto llegó á ser general, y en fin, el ilustre mártir San Cristóbal que le padeció en Licia, y cuyo brillante triunfo se hace bastante manifiesto por los numerosos monumentos de la veneracion de los pueblos, aunque no se conocen exactamente las circunstancias de su suplicio.

De lo que tenemos actas muy circunstanciadas es de la gloriosa confesion y martirio de San Pionio, sacerdote de la Iglesia de Smirna, y una de las primeras victimas de la persecucion en el Asia. Estando entregado al ayuno y á la oracion la vigilia de San Policarpo, le fué revelado que al dia siguiente le prenderian, é inmediatamente se puso una cadena al cuello, é hizo que Asclepiades y Sabina practicasen lo mismo, para que las turbas se persuadiesen que estaban muy determinados á sufrir el martirio, y que si los llevaban al templo por fuerza no creyesen que iban voluntariamente, y con intencion de sacrificar. Al otro dia un magistrado de la ciudad, llamado Polemon, encargado de la intendencia de los templos, llegó con unos soldados para prender á Pionio, y le dijo al verle: "No ignoras que se ha publicado un edicto del emperador que manda sacrificar á los dioses." Replicó el santo: "Tambien sabemos que hay un mandamiento de Dios que prohibe adorar mas que á él solo." La misma respuesta dieron sus compañeros: coudipolos, pues, el magistrado á la plaza, donde acudió mucha gente á vista de las cadenas, tanto que se llenaron hasta los tejados de las casas inmediatas; fueron, sobre todo, muchas mugeres judias, porque era sábado, y por consiguiente dia festivo para ellas. Cuando le reiteraron la orden de sacrificar, Pionio, levantando la mano y dirigiéndose al pueblo, dijo: "Ciudadanos de Smirna, y vosotros judios que os

hallais presentes, oídme. Me consta que mirais con desprecio á los cristianos que voluntariamente se presentan á sacrificar á los ídolos, ó que solo resisten flojamente cuando se los obliga. Pues que os vanagloriais de contar entre vuestros conciudadanos á Homero, no deberíais olvidar las máximas de este poeta, que no quiere que se insulte la memoria de los que ya no existen, ni que se alegren de su muerte. En cuanto á vosotros, judíos, ¿no sabéis el precepto de Moisés, que dice: si ves que la caballería de tu vecino se cae con la carga, no pases adelante sin levantarla? ¿Y la excelente sentencia de Salomon: Si tu enemigo cae, no te alegres de su caída! En cuanto á mí, mas quiero sufrir todos los tormentos, y aun la muerte, que separarme de los preceptos que he aprendido y enseñado. ¿De qué proceden esas carcajadas y crueles bafas de los judíos contra nosotros y contra los que han sacrificado? Aunque fuésemos sus enemigos, ¿dejamos por eso de ser hombres? ¿Qué mal les hemos hecho? ¿Cuándo les hemos dañado con palabras ni con acciones? ¿Nos sería muy difícil confundirlos á nuestra vez, con reprensiones muy vergonzosas? No; porque conocemos bastante bien su historia. Os sorprendéis de que tantos cristianos vengan por sí mismos á ofrecer incienso á los ídolos. Así como la paja está mezclada con el grano, y le excede en volámen, del mismo modo los malos están mezclados con los buenos, y son aquellos en número mayor. Sin embargo, es fácil y justo, sobre todo, el separar los unos de los otros.

Habló mucho tiempo el elocuente mártir, reprendiendo á los judíos sus antiguas idolatrías, y los demás crímenes que la Escritura refiere á los gentiles, y á los gentiles la injusticia de sus crueles persecuciones, y amenazando á unos y á otros con la venganza divina, ya señalada en el mundo por multitud de catástrofes, y con el juicio mas terrible que Jesucristo ejercerá en el último día. Escucháronle con mucha atención hasta el punto en que pronunció estas palabras: "Nosotros no podemos adorar á vuestros dioses, ni vuestras estátuas de oro y plata." Entonces le interrumpieron, y el pueblo y Polemon dijeron: "Tu sabiduría nos inclina á procurarte la felicidad; oye nuestros consejos, y no quieras por puro capricho perderte y renunciar á las dulzuras de la vida." Repuso el confesor: "Ya sé que la vida es un bien, y no desprecio. Este presente que Dios nos ha hecho; pero nosotros sabemos sacrificarla, porque esperamos despues otra mejor." Pasadas estas contestaciones y otras semejantes, se le propuso solamente que entrase en el templo; pero él dijo: "Nuestra presencia no agradaría seguramente á los ídolos." "¿Con que no se te puede persuadir á que adoptes temperamento alguno?" replicó Polemon, y el santo añadió: "Ojalá que yo lograra persuadirlos á vosotros que os hiciéseis cristianos!" "¿Tú te guardarás de hacerlo, exclamaron algunos de los presentes dando terribles risotadas, porque no nos agradaría que nos quemasen vivos;" y á esto contestó: "Tanto peor, que tendreis

que serlo despues de muertos." A esta réplica se sonrió Sabina en prueba de su satisfacción, y la turba dijo: Ríete ahora, que muy pronto te harán llorar, y sufrirás lo que no te ha de agradar; porque si no sacrificas á los ídolos, te encerrarán en un lupanar." La santa repuso: "El Dios de santidad proveyerá." En fin, como no dejaban de instarlos, Pionio cortó estos diálogos diciendo: "Si tenéis orden de persuadirnos ó de castigarnos, tomad vuestra resolución y castigadnos, ya que no podeis persuadirnos." Inestiba adu Polemon aconsejándole que sacrificase en honor del emperador á lo menos; y el santo concluyó: "Yo no adoro á mortal alguno."

Entonces el juez principió su interrogatorio en forma, así con el santo como con Asclepiades y Sabina, dirigiéndoles las preguntas de costumbre, y mandando á un notario escribir sus respuestas, y despues los envió presos en medio de la mofa, de los insultos, de las amenazas y de las exhortaciones y confusa gritería de un poplacho innumerable, que procuraba disuadirlos de su intento por todos los medios posibles, y sobre todo, con el ejemplo de otros cristianos que habian renegado ó estaban determinados á verificarlo. Pero San Pionio no por eso manifestó menos firmeza y valor para reparar el escándalo que unos habian dado, y sostener con su ejemplo la firmeza de los demas. Hallaron en la prision á un sacerdote católico llamado Lemno, y á una ninger nombrada Macedonia, que habian preso en el mismo día, con un montanista llamado Eutiquiano. Apresuráronse los fieles á llevarles socorros; pero San Pionio y sus compañeros resolvieron no admitir ninguno. Irritados los guardas porque se veian privados de los regalos que con este motivo les hacian, encerraron á los tres confesores en un calabozo para atormentarlos con la oscuridad y hediondez del sitio. Lejos de quejarse de esta odiosa vejación, sirvió tan solo para que mas resplandeciesen su generosidad y su paciencia. Dieron al calabozo los regalos acostumbrados, y cuando éste quiso sacarlos del calabozo, no consintieron en ello, porque estaban allí mas libres para entregarse á la oración.

No dejaron de concurrir bastant e gentiles para ver si conseguian vencerlos y obligar á San Pionio á sacrificar; pero en vano, porque ellos mismos tenían que admirar la sabiduría de sus respuestas. Los que habian sucumbido á la apostasía por la violencia de la persecucion, fueron de los primeros que los visitaron, deplorando su pecado con abundantes sollozos, y los confesores los acompañaban con sus lágrimas. San Pionio los exhortó firmemente á que hiciesen penitencia, y á que no desesperrasen de la divina misericordia. Les manifestó cuántos cristianos se habian hecho culpables contra la ley de Dios, pues muchos, no contentos con abandonarla, no temieron hacer traicion y delatar á sus hermanos; advirtiéndoles, por último, que se precaviesen de la seducción de los judíos que procuraban atraerlos á sus sinagogas, y daban en la locura de afirmar que Jesucristo habia resucitado por efecto de la magia.

A este tiempo se presentó Polemon con Teófilo, maestro de la caballería, y dijo á los confesores: "Ahí tenéis á vuestro obispo Eudemon, que acaba de sacrificar á los ídolos: necesario será que le imitéis vosotros: seguidme al templo donde el mismo os va á interrogar." Respondió San Plonio: "Pues estamos presos, esperemos nos juzgue el procónsul: por qué os entrometéis en sus funciones?" Refiríase por entonces los magistrados; pero pronto volvieron, escoltados con numerosa fuerza, y después de varias contestaciones, sacaron á los confesores empleando las más brutales violencias para arrastrarlos al templo, donde aun se hallaba el obispo Eudemon. Lépido, uno de los jueces, preguntó á San Plonio con severa voz, por qué no podía sacrificar, que Dios era el suyo, y si también adoraba al Crucificado. Contestó el santo: "Nosotros adoramos al verdadero Dios, al Criador del cielo y de la tierra, y al Verbo divino que tomó carne para salvar al mundo." Otros muchos intentaron en vano vencer su resistencia. Uno llamado Rufino, que pasaba por elocuente, le reprendió por su obstinación, que creía fundada en el deseo de una vanagloria; pero le cerró el santo la boca preguntándole si era aquello lo que había aprovechado de sus estudios, y si á su parecer eran obstinados también desear de gloria los de Sócrates, Anaxarco y otros que habían defendido á costa de sus vidas la verdad y la justicia. No le pudieron intimidar las amenazas de los jueces ni las de la multitud; y arrebató y desgarró las coronas que querían ponerle, como era costumbre con los que iban al sacrificio. Últimamente, viendo ya que nada adelantaban con ellos, volvieron á llevarlos para condenarlos á muerte, y los siguió el populacho llenándolos de injurias y de malos tratamientos.

A pocos días llegó el procónsul, y haciendo comparecer en su tribunal á Plonio, volvió á exhortarle á que adorase á los ídolos, y para obligarle mandó ponerle en el poteo y que le diesen tormento. Cuando empezaron á mortificarle, redobló aquel sus exhortaciones con más instancias; pero siempre infructuosamente. Para concluir le dijo: "¿Qué presunción obstinada te hace correr en esta forma hacia la muerte? Otros han sacrificado para conservar su vida y evitar los tormentos: sigue su ejemplo y haz lo que te mandan." Contestó Plonio: "No es obstinación lo que me impide obedecer tus órdenes, sino el temor al Dios eterno: no te obedeceré jamás." Viéndole el procónsul tan firme, se asesoró con sus consejeros, y dirigiéndose á Plonio é intentando por última vez vencerle, le dijo: "Persistes en tu resolución y no quieres al fin separarte de ella." El valiente confesor respondió en tono firme: "No."— "Con todo, añadió el procónsul, aun te quiero dejar tiempo para que reflexiones y tomas tu resolución."— "Ya está tomada, respondió el santo: no tengo que reflexionar más."— Entonces el procónsul replicó: "Pues tú buscas la muerte, serás quemado vivo." En seguida dis-

puso que leyesen la sentencia escrita en latin en una tablilla, en estos términos: "Habiendo declarado Plonio que es cristiano, mandamos que le quemem vivo, para vengar á los dioses y atemorizar á los hombres." El santo mártir marchó alegremente y con paso firme al lugar del suplicio, y sin esperar que le avisasen, se quitó sus vestidos y se tendió sobre la leña para que le clavasen. Apenas lo hicieron, volvieron á gritar que aun era tiempo de mudar de parecer, y que se arrancarían los clavos; pero el santo exclamó que pronto se vería libre; y cerrando los ojos para estar más recogido, se puso á rezar. Acabada su oración, miró con risueño semblante las llamas que le rodeaban, y un momento después espiró dulcemente pronunciando estas palabras: "Señor, recíbid mi espíritu." En cuanto se apagó la hoguera, hallaron los fieles su cuerpo tan entero como si estuviera vivo, y no contribuyó poco este suceso á fortalecerlos en la fé, espaciando entre los paganos vergüenza y confusión. Cumplióse este glorioso martirio el día 5 de Marzo del año 250. Se ignora qué género de suplicio acabó con Sabina, Asclepiades y los demás compañeros que estuvieron en la cárcel con San Plonio.

Tenemos también las actas minuciosas y auténticas del interrogatorio que en la misma persecución sufrió San Acacio, cuya confesión no fué menos brillante. Era obispo de una ciudad de Antioquia en Oriente, distinta de la de Siria, pero se ignora en qué provincia. Llegado á ella Marciano, consular, y sabiendo que por su talento y funciones era Acacio el jefe de los cristianos, mandó prenderle, le hizo comparecer, y le representó al principio, que á los emperadores les debía sumisión y respeto, pues que vivía bajo el amparo de sus leyes. A esto respondió el santo, que nada mejor que él desempeñaba esta obligación, ni sabía otros algunos le eran más adictos que los cristianos, que sin cesar pedían á Dios por ellos, por la duración y prosperidad de su reinado, por sus ejércitos y por la paz del mundo. "Todo está bien, dijo el varón consular, pero á fin de que conozca mejor tu adhesión el emperador, sacrifica en honor suyo con nosotros." Acacio respondió: "Yo pido á Dios por la salud del emperador, y no tiene derecho de exigir más: nosotros no podemos adorar á un mortal." Preguntó Marciano: "¿Y á qué Dios dirigis vuestros ruegos? porque andaba buscando ocasión de impugnar la doctrina del cristianismo: haz que le conozcamos para que podamos también ofrecerle nuestros homenajes."— "Con todo mi corazón deseo, dijo Acacio, que obtengas la gracia de conocerle efectivamente." Insistió Marciano en preguntarle el nombre de su Dios; y respondió el santo varió que el Señor toma en las santas Escrituras. Marciano exclamó: "¿Con cuántas ilusiones estais preocupados! Olvidad todas esas cosas invisibles, y adorad mejor á los dioses que podéis ver."— "¿Qué dioses? dijo Acacio."— "Primeramente Apolo."— "¿Quién? replicó, ¿ese insensato jóven que ardiendo de amor por una doncella corría perdido tras de ella, sin

prever que la iba a perder para siempre? ¿Puede mirárcelo como dios y creer sus oráculos, cuando no sabía el lo que debía sucederle?" Aludía Acacio á la fábula de Dafne convertida en laurel. Refirió otros pasajes mas vergonzosos, y luego añadió: "¿Crees que el temor de los tormentos y la muerte pueda jamas obligarme á dar culto á semejantes divindades? ¿Cómo pudiera yo adorar á los que me aborrecían, á aquellos cuyas acciones son condenadas por vuestras mismas leyes, que castigan en los hombres lo que no dudais adorar en los dioses?" Marciano dijo: "Ya sé que los cristianos tienen costumbre de injuriar y calumniar la magestad de nuestros dioses, y por lo mismo te mando que vengas conmigo al templo de Júpiter y Juno, á tomar parte en el sacrificio y en el festin que haremos en honor suyo." Acacio replicó: "¿Cómo quieres que sacrifique yo por aquel cuyo sepulcro está todavía en la isla de Creta? ¿Ha resucitado acaso?" Marciano le interrumpió: "Es necesario sacrificar ó morir."—«Precisamente, dijo Acacio, esa misma es la justicia de los forajidos de Balmacia; no conocen mas derecho que la fuerza. Cuando tiene un caminante la desgracia de caer en sus manos, le dan á escoger igual alternativa, la bolsa ó la vida. En cuanto á mí, tus amenazas no me asistan. Castigan las leyes á los adúlteros, ladrones y homicidas; si hubiese yo cometido semejantes delitos, no aguardaría, por cierto tu sentencia; yo mismo me condenaría; pero si me castigan porque adoro al Dios verdadero, la fuerza solo y no la justicia será la que me condene. Por consiguiente, no tienes disculpa alguna, porque escrito está que cada uno será juzgado como haya juzgado á sus hermanos." Marciano muy confuso dijo: "Yo no trato de juzgarte sino de obligarte á obedecer usando de la violencia; y si te niegas aún, está seguro de que serás castigado: estas son las órdenes que tengo." Acacio replicó: "Yo las tengo tambien de no renegar de mi Dios. Si te crees obligado á obedecer ciegamente los caprichos de un hombre, que morirá muy pronto como todos los demas y será pasto de gusanos, ¿qué tanto mas debo yo obedecer al Dios todopoderoso y eterno que amenaza á todos los que le niegan delante de los hombres, con que tan poco los reconoced en presencia de su Padre celestial, cuando venga glorioso y en todo el brillo de su magestad, á juzgar á los vivos y á los muertos?"

Marciano, que se preciaba de entendido, creyendo sacar mucho partido de estas últimas palabras, dijo: "Abi tienes las locas ideas que tu secta adopta: mucho tiempo hace que yo deseaba asegurarme de esto. Según dices, Dios tiene un hijo, y dime, ¿quién es?" Respondió Acacio: "El Verbo de verdad y de gracia."—«¿Ese es su nombre?" dijo Marciano; y Acacio contestó: "Tú no preguntaste el nombre: hubiérale dicho como ahora: Jesucristo." Despues de otras preguntas y respuestas sobre la naturaleza de Dios, como se veia Marciano confuso con las respuestas de Acacio, en que brilla-

ba una filosofía sublime; mudó de propósito para volver á su principal objeto. "Mira, dijo, á los catáfrigos que tambien tenían sus antiguos supersticiones, y al cabo las han dejado y sacrificado á nuestros dioses. Apresúrate á imitarlos, reune á todos los cristianos que de tí dependen, y hazles abrazar la religion del emperador."—«El caso es, dijo Acacio, que ese pueblo no me obedece á mí sino á Dios: óyeme, si, cuando los exhorto á la virtud: si quisiera dirigirlos á lo malo, me despreciarían á mí y á mis palabras." Preguntando Marciano sus nombres, respondió Acacio: "Escritos están en el cielo en libro de Dios." Prosiguió Marciano tratando de los sacerdotes: "¿Dónde están esos otros magos que enseñan como tú las prácticas de este arte engañoso y funesto?" Acacio dijo: "Si se puede culparlos de algo, no es seguramente de profesar la magia, porque es mas aborrecida por nosotros que por nadie; á que Marciano contestó: "Esta nueva religion que introduces, no es mas que una tradición secreta de magia y de encantos." Acacio repuso: "¿Encantos llamais las maravillas con que destrona á vuestros ídolos, y muchas veces con sola una palabra los despoja de la divinidad con que vosotros los favoreceis, á pesar de que sabéis que son obra de vuestros menestrales? Nosotros no tememos incurrir en esa supersticion, porque solo adoramos al dueño soberano del mundo, al que es ha erido y todo lo que existe." Intimóle de nuevo Marciano que le diese los nombres de los cristianos, y por segunda vez le amenazó que le obligaria con tormentos á obedecer. Acacio hizo esta observacion: "¿Crees acaso que mas fácilmente nos podrías vencer si fuésemos muchos, cuando no puedes vencerme á mí solo? Si quieres saber nombres, el mio es Agathango, pero me llaman Acacio; mis compañeros, que están aquí presentes, son Pison, obispo de Troya, y el presbítero Menandro. Haz ahora lo que gustes." Concluyó Marciano así su interrogatorio: "Voy á tomar órdenes del emperador, y os quedaréis en prision hasta mi vuelta." Todo esto sucedió el 29 de Marzo, probablemente el año de 251. Se remitió á Decio la sumaria, y no dejaron de admirarle las respuestas del santo, como lo manifesté, sonriendo al leerla. Mandó que se le diesen libros, y trasladó al gobierno de Panfilia á Marciano.

Puede juzgarse por esta respuesta del emperador, y mas por el cuidado que tuvieron de consultarle, que la persecucion empezaba á su vizarse; y en efecto, se ha visto antes que se habia puesto en libertad á los confesores de Roma y de Cartago hácia aquel mismo tiempo poco mas ó menos, despues de permanecer un año presos. Mucho contribuirían á esta blandura la insurreccion de varios generales que aspiraban al imperio, y las incursiones de los bárbaros en Tracia y en Iliria; y tambien se creyó sin duda que los cristianos debian estar bastante intimidados con tantos y tan multiplicados suplicios y con el gran número de apostasias que sobrevinieron; de manera, que ya no habia necesidad de emplear tanto rigor para

atajar sus progresos. No cesó enteramente la persecucion, aunque se disminuyó, y no tardamos en ver aumentarse su violencia bajo el imperio de Gala, que fué el sucesor de Dacio.

Luego que se experimentó alguna intermision, una crecida porcion de apóstatas, no pudiendo sufrir con paciencia verse separados de la Iglesia, pidieron con instancia su reincorporacion en la comunión de los fieles. Este solicito anhelo, que se habia manifestado ya otra vez, dió lugar á dos opuestos cismas: uno propendia á destruir la penitencia mediante una indiscriminada facilidad; otro desahoraba á los pecadores quitándoles toda esperanza de reconciliacion. El primero turbó principalmente la Iglesia de Cartago y subsistió poco; el segundo se originó en Roma por la ambicion de Novaciano, y trajo en pos de sí consecuencias mas extensas y durables. Ambos dieron ocasion á San Cipriano para acreditar todo el ardor de su celo; y como á él se debe con mas especialidad su extirpacion, es necesario que pintemos á este santo obispo, cuyo talento y virtudes brillaron tanto, para exponer despues el mérito que conotrjo.

Cipriano fué natural de Cartago, de familia distinguida y de la primera categoria entre los senadores de aquella. Una cuidadosa educacion, unida á sus felices disposiciones naturales, hizo que muy pronto se hallase iniciado en todas las ciencias. Sobre todo, fueron rápidos sus progresos en la filosofia y literatura, y llegó á ser tan elocuente, que se le escogió para dar lecciones públicas de oratoria. La reputacion que al momento adquirió en esta ocupacion, y el crédito que le daban su nacimiento y riqueza, atrajeron á su estudio multitud de clientes y amigos que por todas partes le acompañaban para obsequiarle y participar de la consideracion que gozaba. Pasó sus primeros años entre los errores y desórdenes del paganismo, y no le abandonó sino despues de largas y maduras reflexiones. Detentale la dificultad de romper antiguos hábitos, y renunciar á ciertas pasiones fortificadas por el tiempo y casi convertidas en necesidad. Pero por último, la fuerza de la gracia y la evidencia de la verdad triunfaron de todos los obstáculos, y pidió y recibió el bautismo en el año 245. Sirvióse Dios para su conversion de un santo sacerdote llamado Cecilio, con quien tuvo varias conferencias sobre la excelencia de la religion cristiana y los absurdos del paganismo. Se cree que es el mismo de quien se habla en el diálogo de Minucio Félix. Tanto reconocimiento le guardó siempre San Cipriano, que le miraba como padre, y aun tomó su nombre y le añadió á los suyos propios, de modo que se llamaba Tasio Cecilio Cipriano. Cecilio por su parte no dejó tampoco de considerarle como á su mejor amigo, y le recomendó al morir su muger y sus hijos.

Muy poco despues de bautizado escribió San Cipriano á su amigo Donato, que se bautizó cuando él, una carta en que se describen los efectos maravillosos que en él produjo este sacramento.

Dice en ella: "Cuando yacia en las tinieblas de una profunda noche, y fluctuando en el borrascoso mar del mundo, no era guiado por la antorcha de la verdad para caminar rectamente; me parecia imposible la creencia de todo lo que se me anunciaba de la bondad de Dios para salvarnos. No comprendia que un hombre pudiese renacer para empezar una nueva vida, y que levantándose en las aguas del bautismo, pudiera el cristiano despojarse enteramente de sus antiguos hábitos y llegar á constituirse un hombre nuevo y diferente, animado de diverso espíritu, dirigido por otras pasiones, pensamientos é inclinaciones diferentes y aun contrarias, conservando en ambos estados un mismo cuerpo. A una mera ilusion comparaba yo semejante mudanza. ¿Cómo se puede romper de pronto tantos y tan poderosos vínculos, destruir inclinaciones y vicios que han echado en nosotros tan profundas raíces, ya sean connaturales, ya hayan adquirido el mismo imperio y fuerza que los primeros por efecto de una larga costumbre? Esto repasaba yo continuamente entre mí mismo, porque entregado á diferentes pasiones, de que nunca juzgué me podia libertar, queria mejor ser esclavo de ellas, que poner los medios ni hacer algun esfuerzo para combatir; y desesperado de poderme enmendar, hisonjaba mis inclinaciones que llegaron á ser como naturales. Mas cuando el agua vivificante borró la suciedad de mi alma y Dios me iluminó con su divina luz; cuando el celestial espíritu descendió á mí y me convirtió en hombre nuevo, inmediatamente, por un misterioso efecto, todas mis dudas fueron aclaradas, mis tinieblas disipadas, mis dificultades desvanecidas. Lo que habia yo creído imposible, no solo me pareció practicable, sino dulce y fácil."

Los paganos llevaron muy á mal, y se consideraron como ofendidos por la conversion de San Cipriano. Criticábanle porque teniendo un talento que le facilitaba aspirar á todo cuanto deseaba, se hubiera envilecido hasta el punto de creer fabulas ridiculas y cuentos de viejas, pues así trataban las verdades sublimes del cristianismo, cuando ellos mismos se entregaban á las mas inconcebibles extravagancias. Lejos de titubear por estos burlas, se vivió desde el principio á San Cipriano hacer brillante ostension de su fe viva, practicando las mas perfectas máximas del Evangelio. Se despojó de sus bienes, que eran considerables: vendió sus tierras y haciendas, y distribuyó su importe entre los pobres, sin reservar siquiera para sí los jardines que poseia en las inmediaciones de Cartago. Abrazó la perfecta continencia: destruyó sus inclinaciones con los ejercicios mas austeros y mortificantes: renunció todas las esperanzas del siglo; vivió humilde y recogidamente, ocupándose en la meditacion de las Sagradas Escrituras, que leia con el mayor ahinco, no para retenerlas en la memoria, sino para sacar de ellas la regla de su conducta. Aplicábase tambien á la lectura de los escritores eclesiásticos, y principalmente de Tertuliano, á quien es-

timaba con particularidad. No se pasaba día alguno sin que leyese alguna cosa de este célebre autor, y tenía la costumbre de decir cuando pedía que se le alargara un joven que le servía de amanuense: "Dama el maestro." Si tomó algo de los pensamientos de este escritor, á quien igualaba en brillante fecundidad, mejoró en su pluma, porque le excedió en el gusto, en la pureza y en la elegancia. En sus primeros tiempos escribió, además de su carta á Donato sobre la felicidad de ser cristiano, un tratado sobre la vanidad de los ídolos, ya para ilustrar á los paganos, ya para penetrarse él mismo de los fundamentos principales de la fé que expuso en él como un compendio.

Se dispuso á San Cipriano, atendiendo á su mérito y virtudes, de la regla general que se observaba, y se le confirió el sacerdocio siendo solo simple neófito ó recién bautizado. No tardó mucho en morir Donato, obispo de Cartago, y los fieles, unidos, designaron para sucederle á San Cipriano por unánime aclamación; esta elección la ratificaron en segunda los obispos de la provincia. Cipriano quería ceder á los mas ancianos un honor de que se creía indigno, y se retiró humildemente á su casa, á donde él pueblo acudió en tropel y tomó las salidas para que no se escapase. Entonces, obedeciendo la divina voluntad, que se manifestaba con evidentes señales, no vaciló ya el santo y volvió á la asamblea, que lo recibió con señales de increíble alegría. De esta manera se verificó en 248 la elección de Cipriano para obispo, por el general consentimiento del pueblo y de los obispos. Solo hubo una débil oposicion por parte de cinco presbíteros, que no pudieron reunir mas que un corto número de votos, y se atrajeron la indignacion de la mayoría de los fieles. Perdonólos Cipriano con una bondad que todo el mundo admiró; no dejó de tratarlos con dulzura, y los admitió en su intimidad como si hubieran sido sus mejores amigos. Con todo, no pudo captarse á aquellos espíritus ambiciosos, porque pronto veremos que comenzaron de nuevo sus intrigas con mas deplorables consecuencias.

La dignidad de obispo no alteró la humildad de San Cipriano; solo sirvió para que brillasen mas su celo y sus virtudes. En toda su conducta se notaba tal fondo de caridad, de justicia, de prudencia, de dulzura é integridad, que en todas edades se le ha mirado con razon como un completo modelo. Pintada llevaba la santidad en su rostro, y en toda su persona un aire de dignidad que imponia respeto. Enemigo del fausto y del desalifo, y ermitaño igualmente en su hijo afeminado y una prosera negligencia, se advertian el candor y sencillez de su alma en su conversacion, en sus modales y en todo su exterior. Era obsequioso y reservado, sério sin tristeza, grave y modesto sin afectacion. Una dulce serenidad templaba la austeridad de sus costumbres, y hacia que le amasen y respetasen todos á un tiempo. Aunque bien persuadido de que cada obispo

tiene libertad de gobernar su rebaño del modo que juzgue mas conforme á las reglas de la Iglesia y del Evangelio, su humildad le hizo adoptar la máxima de no resolver nada importante sin el consejo de su clero y la participacion de los fieles; y principalmente la siguió en la ordenacion de los clérigos, ó cuando se trataba de volver á admitir á la comunión de la Iglesia á los que solicitaban su reconciliacion. Su cariño á los pobres ya se advirtió desde su bautismo por la distribucion que entre ellos hizo de toda su fortuna. Habiendo llegado á ser obispo, se consideró como padre de aquellos y su caridad no tuvo ya limites. Nada perdonaba para que sus tareas mereciesen la bendicion de Dios, y el santo trato que ambos tenían por medio de la oracion, le procuró frecuentes revelaciones y otros favores extraordinarios. Aplicándose con celo infatigable á la instruccion de su pueblo, cuidó asimismo de afirmar la disciplina con sábios reglamentos, á fin de asegurar á un tiempo la pureza de la fé y las buenas costumbres entre los fieles. Aunque se vió precisado á huir mientras duró la persecucion, no cesó por esto de proveer á todas las necesidades de su Iglesia con admirable solitud. Su cuerpo estaba ausente; pero su espíritu siempre presente, y su vigilancia se extendia á todos. Exhortaba á su pueblo á que hiciesen penitencia, ayunase y llorase para apaciguar la cólera del cielo. Felicítaba á los confesores, animaba á los fieles, proveía á la subsistencia de los pobres, y reprendía con vigorosa firmeza á los cristianos indiscretos, cuya presuncion no hacia ningun caso de las reglas de la Iglesia ni de la autoridad de los obispos. Pude colegirse cuánta prudencia y luces necesitaria para arreglar su conducta y proporcionar sus medidas á la dificultad de las circunstancias. Tenia el dolor de ver que muchos cristianos renegaban; que algunos confesores y mártires contribuan á la relajacion de la disciplina, y que varios sacerdotes despedazaban su Iglesia con un cisma escandaloso. Supo aplicar los remedios propios á todos estos males, y en circunstancias tan delicadas ostentó un celo, una caridad y una prudencia, que no se causa uno de admirar.

No limitaba el santo pastor su celo á su Iglesia. En caridad de obispo de Cartago era metropolitano, no solo del Africa proconsular, sino tambien de las provincias inmediatas, y menos por este título que por su gran talento influa y mandaba en todas las Iglesias de aquella parte del mundo. Mantenia correspondencia epistolar con los demas obispos; y como muchos concurrían á Cartago, ya para consultarle, ya para otros negocios, con todos conferenciaba sobre los que ocurrían, siendo de interés para los fieles. Muy pronto se le verá emplear su celo para detener los progresos del cisma de Novaciano, y con esta ocasion extender su solitud hasta las Iglesias de las Galias. Envió considerables sumas á los obispos de Numidia para rescatar á los cristianos cautivos, y en otra circuns-

tancia tambien hizo socorrer á muchos obispos condenados á las minas con otros cristianos. Aun los paganos eran objeto de esta ardiente caridad que le abrasaba en favor de todos los desgraciados. Durante la peste que assoló el imperio, reinando Galo, exhortó vivamente á los fieles para que socorriesen sin excepcion á todos los que fuesen acometidos de ella; y en medio del abandono general hallaban los paganos recurso en los cristianos que se factaban de que exponian sus vidas en favor de sus perseguidores. Tantas fueron las virtudes que respaldaron en San Cipriano durante su episcopado.

En estos primeros años fué tambien cuando respondió á las consultas de algunos obispos en diferentes cartas, en que se hallan monumentos preciosos de la fe y de los usos de la Iglesia sobre varios puntos importantes. Geminio Victor, cristiano de la ciudad de Furnos, habia nombrado en su testamento al presbitero Geminio Faustino para una tutela. Era esta una infraccion de los decretos del concilio de Africa, celebrado años antes, aunque no sabemos la época: en él se habia prohibido á los cristianos nombrar á eclesiásticos para tutores ó curadores, estableciendo ademas, que si alguno contravenia á esta regla, no se hiciese ofrenda por él ni se celebrasen sacrificios por el descanso de su alma. Consultado San Cipriano sobre este asunto por la Iglesia de Furnos, reunió inmediatamente su clero y á los obispos que se hallaban en Cartago: todos fueron de parecer que se observasen rigurosamente las disposiciones del concilio precedente para dar un ejemplo útil; y San Cipriano respondió en su nombre que no se hiciesen exequias algunas en la Iglesia por Geminio Victor, ni ninguna oblacion por el descanso de su alma; porque aquel que quiso separar del altar á los sacerdotes, no merece ser nombrado en el por éstos. En esta carta se confirma el testimonio irrecusable de la antigüedad de las preces y sacrificios por los difuntos: tambien sabemos por ella que la Iglesia habia querido apartar al clero de todos los cuidados del siglo, y que la caridad de los fieles proveia á su subsistencia en lugar de los diezmos de la antigua ley, para que pudieran entregarse dia y noche al desempeño de sus funciones. Por otra parte, es digno de notarse que en estos concilios no se trató mas que de las multas impuestas por testamento, y no de aquellas que designa la ley en razon de parentesco, ni de las que de oficio imponen los magistrados, porque entonces no podian exceptuarse los eclesiásticos de estas comisiones.

Refiérese por muchos á este mismo tiempo la respuesta de San Cipriano á un obispo llamado Eueracio, que le habia consultado para saber si debia conservar en la comunión de la Iglesia á un comediante, que habiendo abandonado el teatro, daba todavía á los jóvenes gentiles lecciones para el mismo ejercicio. No titubó mucho el santo doctor para decidir que no conviene ni á la magestad

de Dios, ni á la disciplina del Evangelio, manchar la santidad de la Iglesia sufriendo semejante infamia; y luego añade: "Si ese cristiano alega su pobreza, y que de otro modo no puede ganar la vida; la Iglesia le socorrera como á otros pobres, con tal que se contente en todo caso, con lo necesario, porque no debe solicitar un premio por dejar el pecado; que ese es interés suyo y no nuestro. Si esa Iglesia no tiene bastantes fondos para socorrer á sus pobres, que venga á Cartago, donde cuidaremos de darle todo lo que se pueda para su alimento y manutencion." Esta era la caridad de los cristianos y la particular de San Cipriano.

Otro obispo llamado Rogaciano le escribió quejándose de uno de sus diáconos, que le habia injuriado, sin respetar su dignidad y su edad avanzada. Despues de haber leído esta carta en un concilio, San Cipriano respondió en nombre de sus hermanos; y sin dejar de alabar la humildad de aquel obispo, le exhorta á que haga uso de su autoridad para obtener satisfaccion de aquel culpable diácono, deponerle, ó excomulgarle con sus cómplices, si persevera despreciando la dignidad episcopal, establecida por Jesucristo mismo. Ultimamente, en otra carta escrita poco tiempo despues, da el santo prelado consejos llenos de prudencia y de firmeza á un obispo llamado Pomponio, con motivo de algunos escandalosos desórdenes que en su Iglesia se habian introducido.

Cuando se declaró la persecucion de Decio, fué tambien San Cipriano objeto de las amenazadoras vociferaciones del populacho, y desde luego hubiera logrado la corona del martirio, si solo hubiera seguido los movimientos de su celo y de su valor. Pero Dios que para otras pruebas le reservaba, y tenia determinado servirse de él para provecho y ensenanza de su Iglesia, le mandó retirarse; y no habiendo podido los paganos hallarle, hicieron patente su inútil furor, proscribiéndole públicamente, y declarando confiscados todos los bienes que apareciesen de su pertenencia.

Durante esta ausencia, el santo pastor, grandemente afligido por hallarse distante de su grey, no la perdió de vista y continuó velando sobre su conducta en cuanto se lo permitieron las circunstancias. Ya se han visto arriba parte de las medidas que su tierna solicitud le dictó; las instrucciones, consejos y recomendaciones que tuvo cuidado de dirigir á su clero; sus exhortaciones á los fieles para inducirlos á la penitencia; las cartas que escribió á los confesores para animarlos; y los socorros que se apresuró á remitirles. No contento con mantener correspondencia con sus presbiteros para conjurarlos á que llenasen exactamente su ministerio, con vigilar por la conservacion del órden y de la disciplina, con aliviar cuidadosamente á todos los necesitados, y con cumplir personalmente todo cuanto las circunstancias le permitian practicar; escogió algunos sacerdotes y los nombró vicarios suyos, encargándoles comisiones especiales; entre otros fueron San Rogaciano y San Numidico, que

se habían distinguido entre los confesores. Asociólos, ó mas bien puso á su cabeza tres obispos, Caldonio, Herculano y Victor, que siendo sin duda alguna extrangeros, y ciertamente menos conocidos que el obispo de Cartago, estaban por lo mismo menos expuestos al odio de los paganos.

El clero de Roma que gobernaba la Iglesia durante la sede vacante, en cuanto supo la retirada de San Cipriano, escribió á los sacerdotes de Cartago, exhortándolos á permanecer firmes en la fe y á proteger al pueblo durante la persecucion. Diceles primeramente que en ausencia del bienaventurado Papa (1) Cipriano, que se habia ocultado sin duda por poderosas razones, siendo un personaje tan considerable, á ellos tocaba encargarse del cuidado de sus ovejas. Insistiendo despues en la necesidad del celo y vigilancia continua, en esta forma: "No os exhortamos solamente con las palabras, sino que nos esforzamos para dar ejemplo con nuestra conducta, y no vacilamos en cumplir este deber con peligro de nuestra propia vida, como lo podeis averiguar por los que regresan de aqui á esa. Hemos logrado traerlos á muchos hermanos que habian sido obligados á subir al Capitolio para quemar incienso en honor de los falsos dioses. La firmeza de nuestra Iglesia no ha vacilado, á pesar de la caída de algunos que se han rendido, ya por el temor de los tormentos, ya por humanos respetos, á causa de sus dignidades. Pero aunque se han apartado de nosotros, no por eso los abandonamos, no sea que se hagan mas criminales. Lo mismo debemos hacer vosotros, y reanudar el valor de los que cayeron, para que si fuesen nuevamente presos, puedan confesar el santo nombre de Jesucristo y reparar de este modo su pasada culpa. Si llegasen á estar enfermos y quieren arrepentirse y desear la comunión, no reparéis en dársela. Cuidad que las viudas y huérfanos, los pobres y afligidos que se hallen en las cárceles ó arrojados de su morada, no queden abandonados, y que encuentren algunos fieles que los asistan. Lo mismo debe ejecutarse con los catecúmenos que enfermaren, á fin de que no queden defraudadas sus esperanzas; no hay que descuidarse en facilitarles la gracia del bautismo. Es cosa no menos importante la sepultura de los mártires y de los demás fieles (2), y en grande responsabilidad incurren los que están encargados de esta obra de misericordia y no la cumplen." El clero de Roma escribió al mismo tiempo á San Cipriano una carta, que no tenemos, en que se le noticiaba la muerte del Papa San Fabian, como se puede juzgar por la respuesta del santo obispo, porque la empieza con el elogio de un santo compañero, cuyo valor ha ilustrado á la Iglesia romana, y cuyo glorioso fin se rego.

(1) En aquel tiempo se daba este nombre á todos los obispos.

(2) Este artículo, dice Fleury, se considera como muy importante, lo uno por el respeto que se debe á los reliquias de los mártires, y lo otro por el peligro de mostrar á los fieles si quedaban los muertos sepultados.

cija de haber sabido, pues no tenia aún noticia sino por ciertos rumores. En seguida, y con la ocasion de la carta dirigida al clero de Cartago, añade: "Tambien he leído una carta en que no se hallan las señales comunmente destinadas para conocer quién la escribió ni á quién va dirigida; y como tema sea supuesta en vista de la letra, el contenido y aun el papel, ó la devuelvo original para que la reconozcáis y nos enviéis á decir si vosotros la habéis escrito y firmado." Estas palabras dan á entender, que por entonces se usaban ciertas señales en las cartas que se escribian unas á otras las Iglesias para conocer su autenticidad, y acaso una forma de letra peculiar para conservar el secreto. Por lo demas, San Cipriano supo de cierto con el tiempo, que aquella carta era efectivamente de la Iglesia de Roma, y creyendo que acaso interpretase mal su retirada aquel clero que ignoraba los motivos que habia tenido, juzgó que debia darle cuenta de ellos. Escribió, pues, que se habia retirado únicamente por el temor de aumentar la persecucion con su presencia; y para manifestar los efectos de su vigilancia y de su celo, remitió copia de las trece cartas que habia dirigido á su pueblo y á su clero. A poco tiempo tuvo el consuelo de saber que en Roma se habia aprobado plenamente su conducta.

Cuando San Mappalicio y los demás mártires de Cartago fueron condenados á muerte, escribió San Cipriano á los confesores que quedaban en la cárcel, para animarlos mas y mas con el ejemplo de aquellos generosos atletas: al mismo tiempo exhortó á su clero á la union, á la penitencia y á la oracion, representándoles con energía, que los pecados de los cristianos habian atraído la persecucion, y que por esta misma causa continuaba. "Nos castigam, dice, como merecemos; y qué castigos no hemos merecido en efecto, pues que hasta los mismos confesores que debian servir de ejemplo, se apartan de su obligacion! Oremos de lo íntimo de nuestro corazón: llamemos y nos abirará, con tal que la caridad renna nuestros ruegos. Dios se ha dignado de manifestar al mas indigno de sus siervos que muy pronto nos concederá la paz. Lo poco que se retardó es porque falta probar á algunos. No me ha parecido justo dejarnos ignorar esta advertencia, que á todos nos interesa individualmente. Cuidad ahora de que la sepan nuestros hermanos."

En otra carta recomienda sobre todo el mayor celo para dar sepultura conveniente á todos los confesores (1) que morian en las

(1) Propiamente se llamaba confesores á los cristianos que habian confesado públicamente la fe delante de un juez; pero que aun no habian sufrido los tormentos. Dábase el nombre de mártires á los que los habian sufrido, lo mismo que á los que habian muerto en medio de ellos ó á su consecracion. Tambien se les daba á los que morian en las cárceles; y la gloria de su martirio se hallaba convalidada, como le dice San Cipriano, porque ellos no habian desertado ó huido de los tormentos; pronto estaban á sufrirlos; los tormentos eran los que habian dejado de presentarse. Sin embargo, en el uso comun se solian confundir muchas veces estos nombres.

prisiones, aunque no fuesen atormentados. "Se debe, dice, tener particular cuidado con sus cuerpos, y á ellos mismos contarlos en el número de los mártires, pues que han sufrido tanto como estaba de su parte: su voluntad de padecer no conocia límites. Señalad tambien el día de su muerte, para que podamos celebrar su memoria con las de los mártires. Es verdad que nuestro hermano Tertulio, además de los servicios que presta á sus hermanos, cuida igualmente de los muertos, y nos anuncia los dias en que los presos pasan á la inmortalidad; y para honrar su memoria celebramos aquí sacrificios que muy pronto celebraremos juntos si Dios quiere."

Sabiendo con posterioridad la relajacion de algunos confesores que habian salido de las cárceles, San Cipriano les escribió una carta dirigida al presbítero Rogaciano, para exhortarlos á que se corrigiesen de estos desarreglos que manchaban su gloria y propendian á desacreditar el nombre cristiano. Háceles conocer cuán vergonzoso es que haya entre ellos quien se entregue á la intemperancia, quien olvide las leyes del pudor, ó al menos dé escándalo con su sospechosa conducta, muchos que se llenan de orgullo, y otros que habiendo salido desterrados vuelven inconsideradamente, exponiéndose á perecer, no como cristianos sino como refractarios. Por último, los conjura estrechamente á que eviten disensiones, disputas, rivalidades, palabras injuriosas, y á que adelanten mas en la virtud, para que la reforma de las costumbres no sea menos admirada por los paganos que la constancia de su fé, cuando Dios haya concedido la paz á su Iglesia. Tambien escribió el santo obispo á su clero sobre el mismo asunto, recomendándole que proveyera á todas las necesidades de los pobres que habian permanecido firmes, y particularmente de los confesores libres de las prisiones; pero al mismo tiempo que advirtiése á estos que observaran las reglas santas de la disciplina, la modestia, la humildad y la sumision, "porque, añade, he subido con sentimiento que algunos se paseen con insolencia, otros se ocupan en cosas frívolas, ó siembran discordia y se hacen criminales; que desprecian la autoridad de los sacerdotes y diaconos; y que por su desarreglada conducta este corto número de confesores vivientes parece que se ha propuesto oscurecer la gloria de todos los demas." Estos desórdenes le hacian desear eficazmente el regreso á su Iglesia para remediar con mas prontitud el mal, y restablecer la disciplina; pero creyó dilatar algun tiempo su marcha, segun el parecer de Tertulio, que se cree fué vicario suyo, y que le acusó que no se presentase aún á los paganos, no fuera que su vista resuscitase su furor á penas sosegado.

Otro motivo de afliccion era para San Cipriano la indiscrecion de algunos confesores en materia mas grave, por quanto debilitaba la disciplina por un abuso que era bastante para hacer despreciar la autoridad episcopal, y arruinar la penitencia, y al cabo llegó á ocasionar un cisma declarado. Ya hemos visto el considerable nú-

mero de apóstatas que habia en Cartago, donde muchos clérigos habian prevaricado. La mayor parte de estos apóstatas manifestaron á poco sus deseos vivissimos de volver á confesarse en la comunión de los fieles, unos movidos del verdadero arrepentimiento que su pecado requería, los otros, únicamente atraídos por la vergüenza, y mostrándose tan flojos para expiar su falta como lo habian sido para evitarla. Estaban entonces en toda su fuerza las reglas de la disciplina; la penitencia debia ser pública por ciertos delitos, y entre otros por la idolatría, y no se concedía la gracia de la reconciliacion sino despues de mucho tiempo y de humillaciones y prácticas muy rigorosas (1). Muchos, atemorizados de la duracion y se-

(1) La costumbre de la penitencia pública alcanza hasta el tiempo de los apóstoles, como se advierte en el ejemplo del incestuoso de Corinto y en el del ladrón que San Juan trajo á la Iglesia, y con el que practicó mucho tiempo los ejercicios del ayuno y la oracion (Euseb. *Histor.* lib. III, cap. XXIII). El libro del *Pástor*, escrito á fines del primer siglo, hace ver tambien que esta penitencia era larga y penosa, porque Herinas cuando pidió el perdón para los pecadores que mucho antes hacian penitencia, fué contestado por el ángel en estos términos: "¿Pienas tú que tus pecados se borran con tanta prontitud? Ciertamente que no es así. Es necesario que el penitente se aflija y se humille, y que sufra las diferentes penas que se le ordenan (lib. III, *Similit.* VII). De todos modos en su origen se dejaba la duracion de esta penitencia á la discrecion de los primeros pastores, que la prolongaban mas ó menos segun la naturaleza y circunstancias del crimen y el fervor del penitente. Lo mismo sucedia en la determinacion de las obras satisfactorias que el penitente debia cumplir; pero despues que apareció la heregia de los montañeses que no admitian la penitencia ni el perdón para ciertos crimenes, opiniando que la Iglesia no tenia poder para absolverlos, se creyó necesario arreglar por leyes constantes, la disciplina en este punto; determinando la naturaleza y duracion de la penitencia para los crimenes mas enormes, á fin de contener el rigorismo excesivo de estos hereges, y de quitar al mismo tiempo, no mitigando su severidad, todo pretexto á sus declamaciones contra la indulgencia de la Iglesia. Las reglas que se establecieron entonces eran especialmente concernientes á la idolatría, el homicidio, el adulterio y los delitos que á estos se referian, porque precisamente sobre ellos recaia la censura de los montañeses en cuanto á las facultades de absolver de que goza la Iglesia."

El primer efecto de la penitencia pública era privar á los pecadores del derecho de participar de la Santa Eucaristía, que entonces recibían los fieles diariamente; y como esta privacion se imponia por todo pecado considerable, aun cuando fuese secreto; se puede decir en cierto modo, que todos ellos estaban sometidos á la penitencia pública, y así debe entenderse en muchos pasajes de los Santos Padres ó de los concilios que con efecto parece que dan por cosa subida la penitencia y la publicacion por los pecados secretos; pero la penitencia pública propiamente dicha, tenia otro efecto que la caracterizaba especialmente; y era que traía consigo una clase de excomunión que separaba al pecador de la sociedad de los fieles, de modo que estaba privado, no solamente de acercarse á la Eucaristía, sino de la participacion que gozaba antes en las oraciones y en las asambleas eclesiásticas. Luego se iban sucesivamente disminuyendo los efectos de esta excomunión; y de esto provino la distincion de grados, que se establecieron para la penitencia poco despues de la mitad del siglo III, y que probablemente existian ya anteriormente. De

verdad de las penas, acudían á los confesores y á los mártires para implorar su indulgencia y sacar de ellos cartas de reconciliación, porque era uso establecido en la Iglesia, solicitar en estos términos la recomendación de los mártires, y se abreviaba ó mitigaba la penitencia de los pecadores que ellos juzgaban dignos de esta gracia. Pero en la Iglesia de Cartago, una costumbre tan loable degeneró

de modo que el pecador público era arrojado de la Iglesia por providencia del obispo, y los fieles no podían tener con él ninguna comunión (*Orig. Contr. Cels. lib. III. Homil. XIV in Levit.*). Solamente podían tratar con él para exhortarle á su conversión, el obispo y los sacerdotes, y eso cuando veían alguna esperanza de lograrlo. En cuanto estos pecadores manifestaban arrepentirse, se les admitía á penitencia; pero no por este paso quedaban restablecidos en la comunión de los fieles; antes era preciso que hubiesen sufrido las pruebas que el obispo juzgase necesarias. Quedaban, pues, excluidos por más ó menos tiempo de las reuniones eclesiales y de las comunes oraciones, ó colocados separadamente, ó privados del derecho de presentar sus ofrendas en unión de los fieles. (*Orig. Tract. XXXV. in Math. Homil. XII. in Jerem. Euseb. Histor. lib. VI. cap. XXXIV. Ciprian. Epist. X y XI.*)

Poco á poco, y sobre todo después de la aparición de los novacianos, fueron especificados estos diferentes grados de excomunión, de una manera distinta por las leyes canónicas, y determinada su duración según la naturaleza de los crímenes. Entonce los pecadores admitidos á penitencia pública se distribuyeron en muchas clases según las pruebas que les faltaba que sufrir. Primeramente quedaban durante cierto tiempo, privados de entrar en la iglesia y obligados á permanecer á la puerta cubiertos de ceniza y silencio, haciendo la confesión de su pecado, é implorando las oraciones de los que entraban; esta era el primer grado que se llamaba de los *gentes* ó de los *loraban*. Después les era lícito entrar en el vestibulo interior de la iglesia para oír la lectura de las Santas Escrituras y el sermón del obispo; pero tenían obligación de salirse antes de comenzar las preez, y este era el grado de los *espentes*. Más adelante tenían un lugar en la nave de la iglesia, y en él asistían á ciertas oraciones; pero se retiraban antes de principiar el sacrificio, y este grado se llamaba de los *prostrados*, porque estaban arrodillados mientras las oraciones, y también se los designaba con el nombre de *penitentes*. Ultimamente, mas adelante les era permitido mezclarse en el templo con los demás fieles y asistir también al sacrificio; pero no podían aún participar de él, ni presentarle sus ofrendas, ni recibir la Eucaristía. Este era el último grado, y llamaban á los que llegaban á él, *consistentes*, porque podían orar en pie con los demás fieles.

Tales eran las pruebas ordinarias ó los grados por donde tenían que pasar los pecadores que se sometían á la penitencia pública. El primer grado no se prescribía mas que á los mayores criminales. También se podían dispensar algunos grados, ó abreviar su término según las circunstancias. (*Conc. Nic. can. XII.*) De manera que se guardaba cierta indulgencia con aquellas pecadoras que obtenían recomendación de los mártires, cuando manifestaban fervor en la penitencia que les imponían, con obras extraordinarias, cuando se veían amenazadas de otra persecución, y finalmente, toda vez que podía resultar una considerable ventaja, ya para la Iglesia, ya para el mismo penitente. Después de fuido el tiempo, ó después de la indulgencia, los penitentes quedaban reconciliados y recuperaban el derecho de participación en los santos misterios; pero jamas podían ya ser promovidos á ningún puesto eclesiástico. Solo el obispo podía otorgar la reconciliación, y en su caso, los sacerdo-

visiblemente en abuso. Contando los apóstatas con la caridad de los confesores, los esperaban en el tránsito del suplicio, ó los buscaban en la cárcel, y con importunas solicitudes y lágrimas, por lo general fugidas, les arrancaban cédulas ó cartas de reconciliación, de que se prevaleían en adelante para libertarse completamente de la penitencia. No solo los simples libeláticos que por dinero ó protección se habían proporcionado un certificado en forma, en que se comprobaba haber sacrificado, aunque no fuera así, sino hasta los cobardes cristianos que públicamente se habían prestado á sacrificarse á la idolatría de buena voluntad, pedían con impío ser recibidos á la comunión sin tardanza ni satisfacción alguna, en virtud de la reconciliación que habían alcanzado de los mártires ó de los confesores. Algunos de los segundos autorizaban con su conducta

tes y diáconos, si habían recibido del prelado especial autorización. Hacíase aquella por la imposición de las manos, despues que el penitente habia confesado su culpa con todas las señales de arrepentimiento. Desde entonces, restablecido completamente en la comunión de la Iglesia, tenía derecho á presentarse para hacer la ofrenda en el altar, y á recibir la Eucaristía; se podía pronunciar su nombre como el de los otros fieles de quienes se hacia comunión en el sacrificio; y niemas dejaba satisfacerse todas las obligaciones exteriores de la penitencia pública.

Esto era el objeto propio de la reconciliación, que no se debe confundir con la absolución sacramental. Podía muy bien no concederse ésta hasta el fin de la penitencia pública; y aunque hay razones para creer que esta era la regla comun en algunos parages; pero tambien es probable que la costumbre general era concederla antes. A lo menos es seguro que está abultador era muy diferente de la reconciliación pública; porque se ve por la duración de varios concilios, que los penitentes que habían recibido la Eucaristía á su viático, hallábanse en peligro de muerte, y por consecuencia la absolución, no debían por eso de quedar sujetos á la penitencia pública, y prebados á recibir la reconciliación por la imposición de las manos si recobraban la salud. (*Conc. Nic. can. XIII. Concil. Cath. IV. can. LXXVIII.*) Además, la imposición de las manos se hacia muchas veces durante el tiempo de la penitencia. (*Conc. Cath. IV. can. LXXX.*) Tambien se ve por el ejemplo del emperador Filipo, que la penitencia pública comenzaba por una confesión (*Euseb. lib. VI. cap. XXX.*) que según todas las apariencias se hacia públicamente. Mas así en esta confesión como en la que precedía á la reconciliación, no se trataba de otra cosa que de la confesión de los delitos que dieron motivo á la imposición de la penitencia pública. Erán unas ceremonias penales ó satisfactorias, que son distintas de la confesión sacramental; porque ésta era siempre secreta, abrazaba todos los pecados, y precedía á la confesión pública; y se ve por el testimonio positivo de Origenes, que servía de regla para juzgar si podía esta última ser útil á oportuna. (*Orig. Hom. II in Levit. Homil. II in Psalm. XXXVII.*)

La penitencia pública y solemne no se otorgaba ordinariamente mas que una sola vez, es decir, que los que se habían hecho culpables de crímenes que merecían la separación de la Iglesia, y obtenían reconciliación por medios penitenciales, no podían ya reconciliarse y entrar segunda vez en la comunión, si cometían nuevos crímenes sujetos á la misma pena. No se les concedían la absolución y la Eucaristía sino en el artículo de la muerte. Algunas excepciones se hacían de esta regla cuando podía exigirse la utilidad de la Iglesia. (Véase á Tertuliano, *Præscript. cap. XXX.*)

esta relajacion de la disciplina: todos los dias concedian una porcion de estas cartas de paz, sin discernimiento alguno, sin examinar ni la culpa, ni las disposiciones de los que las pedian. Su imprudente facilidad iba tan adelante, que daban cédulas colectivas concebidas en estos términos, que se aplicaban á muchos sin expresar los nombres: "Que N. con los suyos sea admitido á la comunión." Finalmente, llevaron su presuncion hasta intentar obligar á la autoridad episcopal á ceder á su dictamen.

El principal autor de este desorden era un confesor llamado Luciano, distinguido por la constancia de su fe; pero en quien se notaba bastante ligereza, mucho ardor y pocas luces. Cuando estaba preso recibió una carta de San Celerino, confesor de Roma, con quien tenia amistad, y le escribía para solicitar la intercesion de los mártires de Cartago en favor de una hermana y de otra muger, que habian sucumbido durante la persecucion. El clero de Roma habia diferido esta reconciliacion hasta la eleccion de obispo, y no cesando San Celerino de rogar dia y noche para obtener el perdon de la falta de aquellas, las recomendaba tambien con esta intencion á las oraciones de los confesores. "Si intercedéis por ellas con Jesucristo, decía, vosotros que sois sus mártires, crep que las ha de perdonar ea consideracion á la penitencia que han hecho, y á los socorros que dieron á nuestros hermanos que tocaron en esta, desterrados de Africa. Fueron á recibirlos al puerto, los recogieron en su casa hasta en número de sesenta y cinco, y no han cesado de proveer á todas sus necesidades." Luciano en su respuesta, dándole noticia del martirio de San Mappalico, de San Pablo y de San Fortunio, que habian perdido la vida entre tormentos, y de otros quince que murieron de hambre en la cárcel, aseguraba positivamente que estos mártires habian resuelto unánimemente dar á todos cartas de paz (reconciliacion), y que en particular San Pablo le habia encargado que las expidiese á cuantos se las pidiesen en su nombre. "Por este, añadía, pido que segun la orden de Pablo y nuestra comun resolucion, cuando el Señor haya concedido la paz á su Iglesia, Numerita y Cándida, como todas aquellas á quienes sabéis que se aplica nuestra intencion, sean admitidas á reconciliacion despues de haberse examinado su causa delante del obispo, y de haber confesado ellas su falta." Es probable que Luciano ampliase las intenciones de los santos mártires, ó que no las hubiera comprendido bien, pues San Mappalico, á quien atribuye como á otros esta resolucion, no habia concedido cartas de reconciliacion á nadie mas que á su madre y á su hermana. Sea como quiera, no dudó este confesor seguir la regla que le pareció conforme á las resoluciones que suponía habian tomado aquellos. Dedicóse á expender letras de reconciliacion á todos los apóstatas sin distincion, escritas de su mano y siempre á nombre de otros confesores, particularmente del mártir Pablo, tanto en vida de éste como despues de su martirio, y tambien en el del

confesor Aurelio que no sabia escribir. En su celo indiscreto fué apoyado por ciertos sacerdotes de Cartago, que no tenían dificultad en comunicar con aquellos apóstatas, en pronunciar sus nombres en los altares, y en darles la Eucaristia. Aun habian algunos observado esta conducta desde el principio de la persecucion, y continuaron hasta el fin, á pesar de las amonestaciones de San Cipriano, y de haberlos amenazado con la suspension: al fin tuvo que recurrir á la pena de excomunion contra los que se obstinaban. Si bien acaso estos clérigos los que se opusieron á su eleccion, y fueron en adelante autores del escándalo.

Habiendo llegado este desorden á noticia de San Cipriano, nada omitió para remediarle: á éste fin escribió á los confesores, á su cabildo y al pueblo. "Habia creído, dice en su carta á los confesores, que los sacerdotes y diáconos os instruirian ampliamente de las reglas del Evangelio, segun la costumbre constantemente seguida en tiempo de nuestros predecesores, á saber: el enviar diáconos á las prisiones para arreglar con sus consejos las peticiones de los mártires: pero he tenido el dolor de saber que los mismos sacerdotes faltan á la disciplina, y que en lugar de pedirme conceda cartas de paz para cuando haya cesado la persecucion, y pueda yo juzgar de sus disposiciones, escribiéndome en favor de algunos que hayan apostatado, se toman aquellos la facultad de admitirlos en la comunión, sin que siquiera hayan hecho penitencia. Tambien he sabido que os istan gentes culpadas, y que abusan de vuestra bondad. Conjuráos por tanto, que examineis la vida y los méritos de cada uno y la naturaleza y circunstancias de las faltas, no sea que si vosotros prometéis ó nos hacemos alguna cosa con precipitacion, tenga nuestra Iglesia que avergonzarse á vista de los paganos. Cuidad de notar bien con sus nombres á los que proponais para la reconciliacion, en vez de usar esta fórmula indefinida: "Que N. y los suyos sean admitidos á la reconciliacion;" porque jamas los mártires concedieron asi vagas recomendaciones, y con el pretexto de estas palabras con los suyos se nos podian presentar veinte ó treinta personas y aun mas, que supondrian pertenecer á la familia ó parentela del que recibiese la cédula. En fin, os encargo que no deis cartas sino á los que veáis ó conozáis, y cuya penitencia os consta con seguridad que es efectivamente satisfactoria. Entonces vuestras recomendaciones serán conformes á la disciplina de la Iglesia."

En su carta al clero, despues de quejarse amargamente de que muchos con una presuncion intolerable se atribuan en todo facultades que no tenían, y querian arreglar los negocios por autoridad propia, añade San Cipriano: "Sufiría la injuria que recibe la gerarquía; pero no pudo guardar silencio cuando se trata del bien de nuestros hermanos engañados por algunos de vosotros, que no tratan mas que de atraerse el favor y los aplausos con una funesta y culpable indulgencia. Aquellos mismos á quienes la persecucion ha

hecho sucumbir, saben cuál es la enormidad de su delito, y sin embargo, en vez de que por caídas mucho menores hacen los pecadores su penitencia por tiempo determinado, llegan á confesarse según el orden que la disciplina ha establecido, y reciben con la imposición de las manos del obispo y del clero la reconciliación y el derecho de participar de los santos misterios, algunos se afanan por admitir á estos apóstatas, aunque dura todavía la persecución, los bombran en el sacrificio del altar, y sin que hayan hecho penitencia ni confesión, sin que se les hayan impuesto las manos, no temen darles la Eucaristía. Si los mártires pudiesen algo que se opusiera á la disciplina, á los sacerdotes corresponde la admonición, como siempre se hizo en los pasados tiempos; pero mientras los confesores me han escrito que remitiese á la época en que la persecución haya cesado, y después del examen debido, la reconciliación de los apóstatas; los sacerdotes se atreven á recibirlos á la comunión desde ahora mismo. Sepan, pues, estos ministros imprudentes y presuntuosos, que si así continúan, usaré con ellos toda la severidad necesaria, prohibiéndoles ofrecer el santo sacrificio hasta mi regreso, y obligándoles á que me den cuenta de su anterior conducta en presencia de los mismos confesores y de todo el pueblo."

En su carta á los fieles, el santo obispo expresa las mismas quejas sobre la indiscreta conducta de los sacerdotes, que despreciando las reglas de la Iglesia, y contra la misma opinión de los mártires, precipitaban la reconciliación de los apóstatas. Manifiesta la compasión que le causan los que tuvieron la desgracia de sucumbir. Los anima con la esperanza de hacerse dignos del perdón, con tal que no intenten arrancarle á la fuerza, y añade que sin duda ellos mismos no pensarían en otra cosa que en merecerle, satisfaciendo á la divina justicia, si no los hubieran engañado algunos sacerdotes muy solícitos en acreditar su falsa indulgencia. Por tanto, exhorta á su pueblo á que modere la impaciencia de los culpados con prudentes consejos, y los mantenga en el debido respeto á la disciplina, á fin de que esperen su regreso, y entonces se examinarán las recomendaciones de los mártires en una junta de varios obispos.

Pasado algún tiempo, y atendiendo á que los calores del estío hacían temer muchas enfermedades, San Cipriano juzgó conveniente usar de indulgencia á favor de los que se hallasen en peligro de muerte: para este fin escribió á su clero que los apóstatas que hubiesen obtenido cartas de paz, podían, hallándose en aquel caso, confesar sus faltas delante de cualquiera sacerdote, y aun en falta de él, si el peligro no daba lugar á que viniese, en presencia de un diácono; á fin de que recibiese de este modo por la imposición de las manos la reconciliación que los mártires habían pedido para ellos (1). Informado después por su clero de la impotencia de al-

(1) No debe entenderse por esto la absolución sacramental que los diáconos no podían dar, sino la reconciliación, por cuyo medio los pecadores, des-

gunos, que sin tener cédulas de los mártires no dejaban de solicitar con instancia su reconciliación, respondió que nada tenía que añadir á las instrucciones contenidas en su precedente carta; que se trataba de un asunto que á toda la Iglesia interesaba; y que era preciso aguardar la paz para deliberar sobre él en una junta de obispos en presencia del pueblo fiel. "Seria, dice, una ofensa á la religión hacer que los apóstatas entrasen en la Iglesia, mientras que hay confesores que aun permanecen desterrados, después de haberles confiscado todos sus bienes. Los que manuestran tanta prisa tienen un modo de satisfacerla. La persecución continúa; si es su arrepentimiento tan sincero, y su celo por la fe tan ardiente que no pueden sufrir dilación, vayan á recibir la corona del martirio."

Para dar mas autoridad á sus decisiones, San Cipriano hizo que muchos obispos las apretasen, y sobre todo, quiso apoyarse en el juicio de la Iglesia romana. Escribió, pues, al clero de ella para exponerle el motivo de su retirada, como ya lo dejamos dicho, y al mismo tiempo le transmitió una copia de todas sus cartas, para darle cuenta de su conducta, y particularmente de las medidas que habia tomado con respecto á los apóstatas. Pero antes de haber recibido esta carta del santo prelado, el clero de Roma habia dirigido espontáneamente al de Cartago otra muy vigorosa, para exhortarle á que mantuviese firme é ileso la disciplina. Los confesores de Roma, por su parte, habian escrito tambien á los de Cartago en el mismo sentido, para que no se dejasen vencer de las importunidades de los apóstatas.

Venian muy al caso estas advertencias para autorizar y sostener las providencias de San Cipriano; porque muchos sacerdotes se resistían con insolencia á sus mandatos, y llegaba la presunción de ciertos confesores hasta ni reconocer ya límites. Luciano, que se puso á la cabeza de esta facción, tuvo la temeridad de escribir á nombre de todos una carta concebida en estos términos: "Todos los confesores al Papa Cipriano, salud. Sabed que nosotros hemos dado la paz á todos aquellos cuya conducta después de su pecado haya sido examinado vos mismo. Os rogamos, pues, que lo hagais saber á los otros obispos, y deseamos que tengais la paz con los santos mártires. Escrita por Luciano, siendo testigos un exorcista y un lector." Tuvo esta carta el resultado que debía tener. En muchas partes reclamaron imperiosamente los apóstatas la reconciliación, como que á todos les era debida, en virtud de esta general indulgencia dada por los confesores; y algunos obispos, fatigados ó intimidados con tanta gritería y tumulto, no tuvieron bastante valor para resistirse. Pero á San Cipriano no le abandonó su firmeza ordinaria; escribió á su clero que se atuviese estrictamente á las reglas que le puse de cumplir su penitencia, volvian á entrar enteramente en la comunión de los fieles ó en el derecho de participar de todos los bienes espirituales de la Iglesia, como lo dejamos explicado en la nota precedente.

había prescrito, y comunicó al clero romano el estado del negocio, acompañando la carta de Luciano con algunas otras que tenían relación con él. Al propio tiempo escribió á los confesores de Roma, felicitándolos por su valor y sobre todo, por el celo que habían mostrado por la observancia de la disciplina. Como no tenía clérigos que llevasen sus cartas, ordenó á un lector y á un subdiácono, porque era costumbre no emplear mas que á los clérigos para la correspondencia de las Iglesias entre sí, sobre todo, cuando se trataba de importantes negocios que exigían una grande fidelidad. Pero era tal el respeto del santo obispo á las reglas establecidas, que viéndose precisado á dar estas ordenes sin el parecer de su clero, al menos se apresuró á participárselo, y se dispuso en cierto modo, ya por la urgencia de las circunstancias, ya porque no habia hecho otra cosa que anticipar un poco lo que de común acuerdo tenían resuelto.

Habiendo recibido el clero de Roma la carta de San Cipriano, le respondió aprobando completamente su conducta. Principaba elogiando como lo merecían, las luces, el celo y la humildad del santo obispo, y después de condenar severamente la indiscrecion de los apóstatas y mas de la de aquellos que los excitaban; despues de manifestar la necesidad de la penitencia y el peligro de debilitar por este medio la disciplina y las reglas santas del Evangelio, concluía que hasta la paz y la eleccion de nuevo soberano Pontífice se debía sostener la disciplina ordinaria, es decir, limitarse á socorrer á los que estuviesen en peligro de muerte, suspendiendo la reconciliacion de los demas. "Cuando la caida de nuestros hermanos, escribia, es todavia muy reciente, y aun se observan otras diariamente, es precipitarse á recibirlos en la comunión por una prematura indulgencia, no sería por cierto cerrar las llagas, sino causar otras nuevas, y matar á los enfermos, quitándoles el remedio indispensable de la penitencia. Pensamos, como vos, que es necesario esperar la paz para examinar este asunto y arreglarle por una común deliberacion, con asistencia de los sacerdotes, de los confesores y de los fieles que han permanecido constantes. En todas partes ha tenido la Iglesia que llorar por los estragos de la apostasia; y como el mal ha cundido á todas partes, es conveniente que en todas partes se concierte el remedio, y que esta se aplique con general consentimiento. Buscando, pues, lo que pudiera disponerse provisionalmente, hemos deliberado mucho tiempo con algunos obispos de Iglesias próximas, y con otros muchos que la persecucion ha arrojado aquí de distantes provincias, y nos hemos convencido de que no convenia innovar nada antes de la eleccion de obispo, sino diferir la reconciliacion de los apóstatas, cuyo estado pueda sufrir este retraso; y en cuanto á los que se encuentran en peligro de muerte, que despues de haberse sometido á la penitencia, si manifestasen un sincero arrepentimiento con lagrimas y sentidos suspiros, no se los debe privar de socorro, dejando á Dios el juzgarlos, y cuidando

solamente de que no se prevalgan los malos de la mayor facilidad ni los verdaderos penitentes nos puedan acusar de crueldad." Todos los clérigos de Roma suscribieron esta carta, y enviaron á todas partes una copia para que la disciplina se mantuviese uniforme en todas las Iglesias, ateniéndose á ella.

Recibió San Cipriano una respuesta poco mas ó menos semejante de los confesores de Roma, y al momento entró á su clero estas dos cartas, recomendándole que las comunicase á los fieles, y dejase tomar copia á los obispos, sacerdotes y diáconos forasteros que se hallasen en Cartago. A pesar de esta decision no se humillaron los apóstatas; antes tuvieron la insolente presuncion de usurpar el nombre de la Iglesia para escribir al santo obispo, reclamando la paz, no como una gracia, sino como justicia, suponiendo que el santo mártir Pablo la habia concedido á todos. No permitia Dios, respondió San Cipriano, que se dé el nombre de Iglesia á una reunion de apóstatas. El Señor estableció el episcopado por fundamento de su Iglesia, diciendo al jefe de los apóstoles: "Tú eres piedra y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia." Porque aunque estas palabras establecen principalmente la primacia de San Pedro y de su silla, tambien conciernen á los demas obispos, en razon de la unidad del episcopado. La Iglesia consiste en el pastor y en el rebaño que permanece unido á él." Como muchos de los que habian sucumbido, le habian manifestado su entera sumision á sus reglamentos, aun cuando tenian ya cédulas de los mártires, se contentó el santo prelado con excitar á los autores de esta carta á que le enviasen sus nombres para que pudiese juzgar lo que habia responder á cada uno en particular.

Creyó conveniente informar tambien al clero de Roma de las increíbles pretensiones de estos apóstatas; remitió su carta con la respuesta que les daba; y al propio tiempo otra que habia escrito á su clero, para mandarle que rompiese toda comunicacion con los sacerdotes y diáconos que insistieran en despreciar las decisiones que diferian la reconciliacion de los culpados. Pronto respondió el clero de Roma con otra, concebida en el mismo sentido que la primera, probando de una manera igualmente admirable la necesidad de la penitencia.

Sin embargo, lejos de disminuirse las turbulencias en la Iglesia de Cartago, crecian; porque la presuncion de los confesores y la insolencia de los apóstatas eran apoyadas, como hemos visto, por algunos sacerdotes que hacia tiempo se ocupaban solo en arruinar la autoridad de San Cipriano. El mas notable fué un cierto Novato, á quien dentro de poco veremos en Roma figurando en otra cábsala. Este hombre intrigante, turbulento, hipócrita y ambicioso, lleno de vanidad y presuncion, habia llegado á conseguir que le ordenasen de presbítero ocultando sus vicios; pero no habia podido contenerse y ocultarlos tan bien, que el escándalo no se hiciese público; se

supo que había despojado á varios huérfanos y viudas: que distraía para su personal provecho las rentas de la Iglesia: que dejó morir de hambre á su padre, sin cuidar siquiera de sepultarle; y que en un acceso de cólera brutal causó el aborto de su mujer, dándole un puntapié cuando estaba en cinta. Los fieles instaban unánimes para que tantos delitos fuesen castigados, y ya iba á ser depuesto y acaso excomulgado, cuando la persecucion obligó á suspender estos procedimientos. Para evitar el castigo de que se veía amenazado, atizó ó fomentó la division en la Iglesia de Cartago, instigando á los fieles para que se apartasen de su obispo.

Aprovechó los zelos de algunos otros clérigos y de un lego llamado Felicísimo, que como ellos se había opuesto á la eleccion de Cipriano. No era Felicísimo menos culpable, ni tenia menos por qué temer que Novato. Había cometido injusticias y fraudes gravísimos, hasta apropiarse intereses depositados en sus manos. Se le acusaba de haber violado vírgenes y corrompido matrimonios con sus adulteros, y muchos cristianos se ofrecian á servir de testigos para justificar estas acusaciones. Trató, pues, de precaverse de una inevitable condenacion, y trabajó mucho para hacerse partidario, adúltero á los confesores que concedian indiscretamente cartas de reconciliacion, y á los apóstatas que se querian valer de ellas. Despues abrió una especie de iglesia en una casa que le pertenecía, en una montaña extramuros de la ciudad, y principió á tener reuniones particulares con clérigos de su faccion y algunos cristianos que se adherieron á él. Ultimamente llevó la insolencia hasta amenazar á los que recibiesen limosnas de San Cipriano, ó continuasen obediéndole, de que no los admitiria en sus asambleas. Es creíble que su crédito y riquezas le hacian esperar algun buen efecto de esta ridícula amenaza. En cuanto supo San Cipriano lo que pasaba, y se instruyó de esta audaz temeridad, pronunció excomunion contra Felicísimo y sus cómplices; y habiéndose enterado despues de que Novato, y con él cuatro sacerdotes, habian abrazado pasivamente el partido de aquel faccioso, escribió á los fieles para precavarlos de la sedicion de los cismáticos, mas peligrosa aún, decía, que la persecucion de los paganos, y sobre todo advirtió á los apóstatas, que dejándose deslumbrar con la promesa de una falsa reconciliacion, agravarian su falta y perderian completamente toda esperanza de ser nuevamente admitidos en la comunión de la Iglesia.

Había durado la ausencia de San Cipriano mas de un año, y ya se disponia á volver á su Iglesia para celebrar las fiestas de Pascua con su pueblo; pero estos nuevos desórdenes le obligaron á diferir por algun tiempo esta determinacion, temiendo que su presencia agriasse mas los espíritus, y que el odio de los cismáticos se propasase á excessos contra su carácter, que pudieran cansar la renovacion de la persecucion. En fin, pasada la Pascua, volvió á Carta-

go en el año 251, y vivió su primer cuidado reunir los obispos de Africa en concilio para deliberar sobre los disturbios ocurridos en la Iglesia, y en particular para arreglar la conducta que debía observarse respecto de los apóstatas. Primeramente se examinó la causa de Felicísimo y de los cinco sacerdotes sus cómplices en el cisma, que se presentaron á hacer su defensa, y despues de oídos los condenó el concilio por unanimidad, y los excomulgó. No se habia atrevido Novato á esperar la sentencia, y se habia ausentado de Cartago para ir á Roma despues de haber hallado medio de que Felicísimo fuese ordenado de diácono, sin saberlo San Cipriano, probablemente por alguno de los obispos que sucumbieron en la persecucion.

Concluido este asunto, se puso á deliberacion el de los apóstatas, que se discutió detenidamente y con el mayor cuidado. Se examinaron sucesivamente todos los pasajes de la Sagrada Escritura que por una y otra parte podian ser alegados, y el concilio decidió que los libelaticos, es decir, los que tomaron testimonio ó certification de haber sacrificado á los ídolos, podian desde luego ser admitidos en la comunión de los fieles, siempre que hubiesen pedido la penitencia á poco de su caída: que los que realmente hubieran adorado á los ídolos, fuesen tratados con mas severidad; mas sin quitarles de manera alguna las esperanzas del perdón, temiendo que si les cerraban la entrada en la Iglesia, tomasen el partido de volver al paganismo ó echarse en brazos de los cismáticos; que se examinassen las causas una por una, las circunstancias peculiares de cada sujeto, las disposiciones y necesidades de los culpables, para determinar segun los casos, la duracion de la penitencia: que no obstante no se negase la reconciliacion en el artículo de la muerte á aquellos cuya penitencia hubiese principiado: que tambien se concediese, si la persecucion retoñaba; pero que ni aun en el artículo de la muerte se concediera la reconciliacion pedida durante la enfermedad, á los que en sana salud no hubiesen dado pruebas de su arrepentimiento (1). En cuanto á los obispos, sacerdotes y otros ministros de la Iglesia que se hubiesen hecho culpables de idolatría, se determinó que podria admitirlos á penitencia; pero quedando absolutamente separados del clero y excluidos de toda funcion eclesiástica.

(1) Creen algunos que la reconciliacion de que se trata aquí, debe entenderse hasta la absolucion de los pecados, y este sentido parece el pronto bastante verosímil, si no se considera mas que el texto de esta disposicion, tal como la trae San Cipriano (*Epist. ad Anton.*); pero cotejándola con otros momentos, y en especial con un canon del Concilio de Nicea, que nos enseña que era una ley antigua y general el conceder la gracia de la comunión en peligro de muerte á todos los que se manifestasen bien dispuestos, se reconocerá que en este reglamento del Concilio de Cartago no se trata de la absolucion sacramental, sino de la reconciliacion que dejamos explicada, cuando hablamos de la penitencia pública.

Después de haberse decidido que debía determinarse la penitencia, según la resultante del examen de todas las circunstancias, juzgó el concilio conveniente establecer ciertas reglas que debían aplicarse según la diferencia de los casos; por ejemplo, á los apóstatas que voluntariamente se presentaron para sacrificar en honor de los ídolos, á los que no sucumbieron sino después de haber sufrido mucho tiempo la violencia de los tormentos. Envió San Cipriano estos reglamentos al Papa San Cornelio, que los aprobó en un concilio, y adoptados por la mayor parte de los obispos en sus respectivas provincias, llegaron á constituir una regla general, y se comprendieron entre los cánones que se llamaron penitenciales, como que servían de ley para la penitencia pública.

El Papa San Cornelio, que entonces ocupaba la Santa Sede, acababa de ser electo en el mes de Junio del año 251. Era uno de los mas antiguos sacerdotes de Roma, y habia pasado por todos los puestos y ejercido sucesivamente todas las funciones del ministerio en dicha Iglesia. Solo contribuyeron para elevarle al trono pontificio su talento y sus virtudes; y aunque tenia todas las cualidades que se requieren para aquel puesto supremo, estuvo tan lejos de solicitarlo, y fué tal su modestia, que hubo necesidad en cierto modo de la violencia para obligarle á que le aceptase. Tomaron parte en esta elección diez y seis obispos que habia en Roma, siendo dos de Africa, y se verificó así por unanimidad del clero (1), y con la aprobación de todo el pueblo presente. Se escribió después á todas las Iglesias para comunicársela.

Con todo eso, Novaciano, presbítero en Roma, se declaró abiertamente contra esta elección. Habia sido filósofo estoico, y gozaba de gran reputación de sabio y elocuente: hizole creer su vanidad que se le habia irrogado una injusticia prefiriendo á Cornelio las bajas adulaciones del intrigante Novato, contribuyeron mucho á confirmarlo en esta idea. Ya se ha visto que el último, justamente castigado por toda clase de crímenes, habia pasado á Roma para huir de la ignominia de una inevitable condenación; pero según San Cipriano, «era como una de aquellas nubes que á todas partes llevan la tempestad.» Después de haber turbado la Iglesia de Cartago, queria tambien encender un cisma en la ciudad de Roma, y como no buscaba mas que la discordia, todos los medios eran buenos para él, con tal que le condujesen á su fin. En Africa habia

(1) Componiense entonces el clero romano de cuarenta y seis presbíteros, siete diáconos y siete subdiáconos, ochenta y dos acólitos, y otros cincuenta y dos ministros inferiores, exorcistas, lectores y ostiarios. Tambien se contaban mas de 1500 viudas ó pobres que subsistian á costa del clero, ó del producto de las rentas de la Iglesia. En cuanto á los fieles, eran, por decirlo así, una multitud innumerable. (Euseb. Hist. lib. VI, cap. XLIII). De aquí resulta que habia entonces en Roma mas de cuarenta parroquias, porque cada presbítero tenia la dirección de una. (Véanse las notas de Valois sobre este passage de Eusebio).

apoyado la facción de Felicesimo que reconciliaba á todos los apóstatas sin obligarlos á penitencia alguna: en Roma mudó de máximas, y fué autor de una secta nueva, que no admitia á ninguno de aquellos, y los rechazaba con una dureza capaz de desesperar. Al principio usó de todas sus intrigas para impedir la elección del Papa Cornelio. No habiendo podido conseguirlo, se esforzó en organizar un partido contra él, y supo para esto poner en juego la ambición y celos de Novaciano. Este habia protestado ya hasta con juramento que de ningún modo aspiraba al episcopado; pero no era mas que una añagaza para ocultar, aparentando una falsa modestia, sus immoderados deseos de llegar á una dignidad, de que parecia le alejaban todos sus antecedentes. El habia estado poseído del demonio; por cuya razon abrazó la fe después que los exorcistas le libraron del inmundo espíritu. Habia permanecido mucho tiempo de catecúmeno, y no se habia dado gran prisa para alcanzar la gracia del bautismo. Para pedirlo esperó que una grave enfermedad le pusiese á las puertas de la muerte, y después de curado no se presentó al obispo, como era costumbre, para recibir la confirmación. Por esto todo el clero y parte del pueblo se habian opuesto á que le administrasen las Órdenes sagradas, y no las hubiera recibido sin el empeño é instancias de un obispo que le queria mucho, y dispensando una regla que prohibia ordenar á los que como él habian sido bautizados en su lecho. Cuando ocurrió la persecución, se estuvo encerrado en su casa; y como los diáconos le excitasen para que saliera y fuese á consolar á los confesores, que necesitaban de su ministerio, les respondió furioso que no queria ser clérigo, y que de allí en adelante profesaria distinta filosofía. Este era el ambicioso que queriendo usurpar el trono pontificio, no tuvo dificultad en romper la unidad de la Iglesia romana, y señalarse con el baldon de ser el primer anti-papa.

Apenas se hizo la elección de Cornelio, Novaciano, impelido por Novato, y cediendo á las inspiraciones de su orgullo ofendido, espació contra aquel calumnias odiosas, acusándole de haber tomado de los magistrados una cédula como los libeláticos para evitar la persecución, y de haber mantenido la comunión con los obispos que se habian hecho culpables de idolatría. Produjeron estas acusaciones su efecto. Consiguió el impostor atraer al cisma parte del pueblo, á algunos sacerdotes y á muchos confesores, que se dejaron seducir por el aparente celo que mostraba en favor de la disciplina. Desembriando su ambición, no vaciló en hacerse ordenar obispo de Roma, aunque estaba ya reconocido Cornelio por toda la Iglesia. Para este fin mandó ir á una provincia reducida de Italia, á tres obispos, hombres sencillos y crédulos, á quienes logró persuadir que su presencia en Roma era indispensable para asegurar las turbulencias de la Iglesia. A su llegada dispuso Novaciano que los pusiesen en un alojamiento donde estaban completamente encerra-

dos, ó sea sin mas comunicacion que con los partidarios de aquellos dieron un suntuoso convite, y procuraron sobre todo que bebiesen abundantemente. Cuando estaban ya medio embriagados, los convencieron de todo cuanto se deseaba, sin ninguna dificultad. Los persuadieron de que era defectuosa la eleccion de Cornelio, y por consiguiente estaba vacante la silla pontifical, y adhiriéndose ellos al voto de los sectarios que proclamaban á Novaciano, no daron en imponerle las manos. Uno de ellos volvió al seno de la Iglesia, confesando con muchas lágrimas su pecado, y San Cornelio le concedió la comunión á instancia del pueblo; pero solamente la comunión laical, porque quedó depuesto como los otros dos, que además fueron excomulgados, y se confirieron á nuevos obispos sus sillas.

Elevado Novaciano al pontificado con una eleccion sacrilega, no se abstuvo de profanar los mas angostos misterios de la religion, para retener á sus partidarios. Despues de la oblation del santo sacrificio, y cuando distribuía la Eucaristia, les cogia las dos manos y los obligaba á jurar por el cuerpo y sangre de Jesucristo que jamas le abandonarían para volver á la obediencia de Cornelio, y no los soltaba hasta que hacian este juramento, en lugar de responder Amen, como lo practicaban los demas fieles cuando habian recibido en su mano la Eucaristia.

Novaciano juntaba al cisma la heregia, sosteniendo que la Iglesia no podia conceder el perdón á los que una vez habian apostatado en el tiempo de la persecucion por mas que hicieran penitencia; y que no era lícito jamas comunicar con ellos, porque era lo mismo que participar de su delito. Mas adelante aseguró lo mismo con respecto á los que habian pecado mortalmente despues de bautizados. Condenaba tambien las segundas nupcias á ejemplo de los moutanistas, que disputaron asimismo á la Iglesia el poder de perdonar los pecados. Esta severidad le sirvió para atraerse cierto número de partidarios. Sus discípulos se llamaron *calharos* ó puros, y llevaban con afectacion los vestidos blancos, como señal de su santidad.

Se apresuró el anti-papa á comunicar su elevacion á los obispos de las principales ciudades, enviándoles diputados con cartas en que fingia que en cierto modo le habian forzado á consentir en la eleccion. No se olvidó tampoco de repetir las calumnias inventadas para desacreditar al Papa Cornelio. Elocuendaba á las Iglesias que no concediesen á los apóstatas la reconciliacion, sino que los exhortaran solo á la penitencia, dejando á Dios el cuidado de la sententia. Para dar mas peso á las acusaciones, las confirmaba con cartas escritas á nombre de los confesores que él habia seducido; pero que luego las desmintieron, declarando que los habian engañado, y que ignoraban el contenido de las que habian firmado. Mucho contribuyeron estas cartas á perturbar gran número de Igle-

sias, y aun á sorprender la religion de algunos obispos, porque parecia que no podia uno engañarse apoyándose en el testimonio de aquellos que por tanto tiempo habian padecido por Jesucristo. Sin embargo, llegó el dia de que apareciese la verdad, y aun la misma elevacion de Novaciano, revelando su ambicion, manifestó el origen y al propio tiempo la falsedad de sus calumnias. San Dionisio de Alejandría respondió al anti-papa que para acreditar que habia admitido á su pesar la silla apostólica, no habia mejor medio que renunciarla voluntariamente á beneficio de la paz: que debia haberlo sufrido todo por no dividir la Iglesia; y que el martirio padecido por esta causa, no hubiera sido menos glorioso que por negarse á sacrificar en honor de los ídolos. Para concluir le exhorta á que repare su falta, y haga de manera que se olvide atrayendo á la unidad á los fieles, ó á lo menos á que salve su alma, si no puede libertar las de los otros.

A la primera noticia de estas desavenencias ocurridas en Roma, San Cipriano y los obispos de Africa, informados de la eleccion de Cornelio, juzgaron conveniente suspender su juicio é instruirse mas á fondo de la regularidad de su ordenacion antes de reconocerle como obispo. Enviaron, pues, á aquella ciudad dos colegas suyos, Caldonio y Fortunato, para que tratasen de reunir los ánimos, ó al menos tomar una exacta relacion de los hechos, á fin de que ateniéndose á ella se pudiera adoptar la competente resolucion. No por eso dejaba Cornelio de estar en comunicacion con San Cipriano, que le reconocia por soberano Pontífice; mas aunque particularmente no tenia duda, era muy prudente buscar pruebas mas numerosas para quitar todo escrúpulo y pretexto para la division.

Las informaciones que recogieron los diputados de San Cipriano, Caldonio y Fortunato, no dejaron duda alguna de la inocencia de Cornelio y de la regularidad de su eleccion. Confirmóse aquella relacion por las cartas que escribían los obispos que asistieron á su ordenacion, y por el testimonio de Esteban y Pompeyo que eran de este número, y llegaron poco despues á Africa. No dudó San Cipriano declararse abiertamente, y aun excitó á los obispos de Africa á que siguieran su ejemplo, de manera que todos enviaron sus cartas á Cornelio para atestiguar que abrazaban su comunicacion. Llegaron despues á Cartago los comisionados de Novaciano con pliegos en que el anti-papa notificaba su ordenacion, y pidieron que se les dejase orar en el concilio que por entonces se celebraba, y expondrian en él los puntos de acusacion que ofrecian justificar contra Cornelio. Pero los obispos perfectamente instruidos de todo el negocio, juzgaron, con razon, que no estaba en sus facultades permitir que se ofendiese con calumnias la reputacion de un Pontífice, cuya eleccion se habia confirmado con tantos votos. Opuñéronse á la lectura de las acusaciones difamatorias, y resolvieron unánimemente no admitir la comunión del anti-papa y sus diputa-

dos. Sin embargo, estos lograron arrastrar á su cisma, á cierto número de personas, haciendo valer la autoridad de los confesores.

El Papa Cornelio por su parte, hallándose reconocido por el mayor número de Iglesias, se aprestó á convocar en Roma un concilio en que se hallaron sesenta obispos y muchos mas presbíteros y diáconos. En él se condenó el cisma y la doctrina de Novaciano, que negaba toda esperanza de reconciliación á los que habían tenido la desgracia de caer en idolatría; y como este heresiarca, á pesar de todas las instancias que se le hicieron para atraerle á la unidad, no quiso obedecer lo acordado por los obispos, ni renunciar á la inhumana ley que procuraba establecer, se le apartó de la comunión de la Iglesia con todos los que siguieran la misma doctrina que él. En este concilio se aprobaron los reglamentos de Cartago respecto de los apóstatas, y entre otros el tånon que mandaba que los obispos fuesen recibidos en la Iglesia despues de su penitencia; pero solo en la categoría de legos ó seculares. Las mismas decisiones se tomaron en varios concilios de Italia y de otras partes, y el Papa escribió á muchas Iglesias, y principalmente á las de Oriente, para que supiesen esta conformidad de opiniones sobre la costumbre y reglas de la penitencia.

Viéndose Novaciano condenado en Roma, hizo en Africa una nueva tentativa: envió á un obispo partidario suyo, llamado Evaristo, con el presbítero Novato y otros tres cismáticos, entre ellos el diácono Nicostrato, uno de los confesores de Roma. Ya no tenía esperanzas de que le reconociesen los obispos de aquellas regiones; pero deseaba extender el cisma, seduciendo á los fieles que pudiese, y ordenando nuevos obispos para oponerlos á los que rehusaban su comunión; y esto es lo que hicieron sus emisarios en Cartago y en otras partes. Como estas nuevas y cismáticas ordenaciones dañaban en sus relaciones á las Iglesias, San Cipriano, con acuerdo de sus colegas, envió al Papa los nombres de todos los obispos católicos, asegurando que todos los no comprendidos en aquella lista, eran hereges ó apóstatas del tiempo de la persecucion.

En cuanto Novato salió de Roma, todos los confesores que había logrado seducir reconocieron su falta. Para exhibarlos al arrepentimiento les habían escrito San Cipriano y San Dionisio de Alejandria repetidas y eficacísimas cartas: acabaron de abrirles los ojos la noticia de Novaciano, su doblez y sus criminales intrigas. Ultimamente, se dirigieron á los sacerdotes católicos para obtener su perdon, manifestando un firme arrepentimiento por haber autorizado con su consentimiento la ordenación del anti-papa, y protestando que en el fondo habían sido engañados y se había abusado de su nombre y confianza para escribir cartas calumniosas, cuyo contenido ignoraban. Cerciorado el Papa Cornelio de sus disposiciones, reunió su clero y cinco obispos para deliberar lo que convenia hacer; y habiéndose presentado despues los confesores, hicieron pú-

blica abjuración del cisma, y en seguida fueron admitidos á la comunión de la Iglesia á presencia de un numeroso concurso del pueblo que había acudido y los felicitaba de su arrepentimiento con los mas vivos testimonios de una alegría incapaz de explicarse. Estos confesores eran Maximo, Urbano, Sidonio y Macario. El primero, que era clérigo, volvió á su jerarquía. Cornelio notificó al momento esta feliz noticia al obispo de Cartago, encargándole que la circulara á sus hermanos, y para proporcionarle un nuevo medio de fortalecer á los fieles contra la seduccion, creyó que debía informarle tambien de los delitos de que se hicieron culpables Evaristo y Nicostrato, que acababan de salir para el Africa con otros emisarios de Novaciano. Los mismos confesores escribieron á Cipriano, que en el instante les contestó dándoles la enhorabuena en una carta y remitiéndoles dos tratados que recientemente había compuesto, uno sobre la unidad de la Iglesia, y el otro respecto de los apóstatas que pedian volver á la comunión. El ejemplo de los confesores arrastró á una porcion de cismáticos que vinieron á reunirse á la Iglesia, y entonces fué probablemente cuando Novaciano imaginó contener á los suyos, inventando el juramento sacrilego que hemos referido.

Por desgracia, un obispo de Numidia llamado Antoniano, aunque había reconocido á San Cornelio como sus compañeros de Africa, se dejó seducir oyendo sin cesar las calumnias que no cesaba de repetir contra el Pontífice el anti-papa, y temiendo que hubiese un exceso de indulgencia en el modo con que se recibia á veces á los apóstatas, escribió á San Cipriano participándole sus dudas. Preguntábase cual era la herejía de Novaciano, y por qué Cornelio había concedido la comunión al obispo Trofimo y á otros que ofrecieron incienso á los ídolos. Respondió San Cipriano exponiendo de una manera admirable los principios con arreglo á los cuales el concilio de Cartago y el de Roma, habían establecido las reglas de penitencia, teniendo en cuenta todas las circunstancias y tratando de apartarse tanto de una culpable indulgencia, como de una severidad capaz de exasperar á los delincuentes. Hæcele notar la diferencia que hay entre los apóstatas que han adorado realmente á los ídolos, y los que solo tomaron de los magistrados certificades de haberlo ejecutado; entre los que cedieron al momento ó se presentaron voluntariamente, y los que sufrieron muchos tormentos antes de sucumbir, y tambien entre los culpados que reconocieron al punto su falta y abrazaron la penitencia, y los que aguardan á la hora de la muerte para pedir la absolucion: de todo lo cual deduce, que con todos no se puede usar igual severidad, y que convenia hacer alguna vez mas fácil la reconciliacion, segun el grado del delito ó las disposiciones de los penitentes. En cuanto á las acusaciones dirigidas contra Cornelio, manifiesta su falsedad con todas las informaciones y testimonios que se había cuidado de reunir antes

de reconocerla. Sobre todo, le justifica en lo perteneciente á Trofimo, que no había sido restablecido en la comunión de la Iglesia hasta después de manifestar la sinceridad de su penitencia, trabajando eficazmente para atraer á su pueblo que sin él no hubiera vuelto de su extravío: además, solo se le había recibido á la comunión laical y no á la eclesiástica, ni había recobrado el obispado como calumniosamente se decía en la acusación. Sobre que Cornelio comunicaba indiferentemente con los que se habían contagiado de la idolatría, por lo que se le hacía un cargo, añade San Cipriano: "Es igualmente falso, es una mentira inventada por los cismáticos. Si cualquiera se ve acometido de una peligrosa enfermedad, es un convenio general y admitido que se acuda sin tutear á su remedio. Pero luego que se les ha dado la paz, debemos con nuestras propias manos ahogarlos y hacerlos morir efectivamente, solo porque los hemos admitido á reconciliación en el concepto de moribundos?" Finalmente, tocante á la heresia de Novaciano, dice en primer lugar que no es lo que nos importa saber lo que enseña este sectario, supuesto que enseña fuera de la Iglesia, y que él mismo se apartó del cuerpo de los obispos para fundar una Iglesia puramente humana en lugar de la que Jesucristo mismo estableció; luego demuestra lo absurdo de su doctrina, que condena á los pecadores á la desesperación y les impone el trabajoso remedio de la penitencia, sin prometerles ningún favorable resultado de ella, ni aun dejarles la perspectiva del perdón. Este es el fondo de la carta que escribió á Antoniano, una de las más notables de San Cipriano.

Como Fabian, obispo de Antioquia, descubriese alguna inclinación al partido de Novaciano, le escribió el papa Cornelio varias cartas para convencerle de que éste fué criminal, que erró, que por cismático fué condenado, que su elección no fué canónica, que los confesores alicianados por él y que le siguieron al principio, y otras personas en gran número á quienes arrastró con su mal ejemplo, se habían arrepentido y desdichado, y reconciliádose con la verdadera Iglesia. Insistía sobre el máxime consentimiento de todas las de Italia y Africa, y lo ponia los nombres de todos los obispos que habían asistido al concilio de Roma, y de todos los demás que no habiendo podido hallarse en él, habían aprobado por escrito sus decisiones.

San Dionisio, obispo de Alejandría, apoyó eficazmente el celo del Soberano Pontífice, porque trabajó mucho para precaver de la seducción de los sectarios á las Iglesias de Oriente, y particularmente á la de Antioquia. Hizo adoptar en Egipto las decisiones del concilio de Roma, y había escrito antes á los fieles de esta provincia dándoles una instrucción general sobre la penitencia, en la que explicaba la doctrina católica, y enseñaba circunstanciadamente los diferentes grados de faltas ó culpas, para aplicar, según su gravedad, la satisfacción proporcional que mereciesen. Además, envió

una instrucción especial sobre la misma materia á Conon, obispo de Hermópolis en Egipto, y dos cartas á Iglesias extranjeras: una á los cristianos de Loadicea en Siria, y otra á los de Armenia. En las que escribió á Fabian, obispo de Antioquia, después de exponerle los principios y reglas que debían seguirse respecto de la penitencia, refería minuciosamente la persecución que sufrió en la ciudad de Alejandría, procurando persuadirle con el ejemplo de los santos mártires, que no tuvieron dificultad alguna en usar de indulgencia con los apóstatas, y comunicarse con muchos cuya sincera conversión y vivo arrepentimiento habían reconocido. Contaba también la historia de un viejo llamado Serpion, que habiendo vivido muchos años santamente, tuvo la desgracia de apostatar en la persecución: cayó después enfermo, y permaneció tres días sin poder hablar y sin conocimiento. Al cuarto volvió un poco en sí, y llamando á un nieto suyo le dijo: "¿Hasta cuándo me quieren tener aquí? Por piedad que me dejen salir. Marcha corriendo y trae un sacerdote;" y apenas dijo esto volvió á perder el habla. El muchacho buscó al sacerdote, á quien halló enfermo y en estado de no poder salir; pero obedeciendo la orden que San Dionisio había dado para que se concediese la reconciliación á los moribundos que la pudiesen, el clérigo entregó al niño un poco de pan eucarístico, encargándole que le moviese é hiciese tragar á su abuelo. Estando ya de vuelta el niño, Serpion recobró el conocimiento, y viéndole entrar en su aposento, dijo: "¿Hijo, estás ya de vuelta?" Y aquel respondió: "El sacerdote no podía venir, pero haced prontamente lo que os prescribe." Pásale el niño la Eucaristía en la boca, y á pocos instantes espiró el viejo. "¿No esta aquí visible, dice San Dionisio, que Dios le conservó la vida para que pudiese reconciliarse con la Iglesia en recompensa de las buenas obras de toda su vida (1)?"

No obstante la autoridad del Papa Cornelio y las luces del santo obispo, fueron insuficientes para impedir la división en la Iglesia de Antioquia, donde Novaciano contaba muchos partidarios que se esforzaban para arraigar el cisma en ella. Juzgaron conveniente los obispos inmediatos reunir un concilio para detener el progreso del mal; y San Dionisio fué invitado á concurrir á él por Heleno, metropolitano de Tarsus en Cilicia, por Firmiliano, de Cesarea en Capadocia, y por Theoctisto, de Cesarea en Palestina. Pero casi al mismo tiempo supo el fallecimiento de Fabian, y se apresuró á par-

(1) El padre Natal Alejandro cree que puede deducir de este hecho, que en el caso en que los moribundos no podían recibir la absolución por falta de sacerdote, no se dejaba de concederles la comunión, siempre que se hubiera manifestado su contrición por inequívocos signos. Pero es probable que aquel anciano, que tiempos atrás había justificado un vivo arrepentimiento, había recibido ya la absolución sacramental; y que solo se trataba respecto de la reconciliación eclesiástica con la Iglesia; cosa ciertamente distinta, como hemos notado en otro lugar.

tiopar esta nueva al Papa Cornelio, respondiendo á ciertas cartas que habia recibido tocante á Novaciano. Ignórase si esta muerte, sucedida en el año 253, hizo que se dilatase algun tiempo la reunion del concilio, ó fué causa de que no se celebrase; lo cierto es, que la heregia de Novaciano no se desarraigó del Oriente enteramente, ni se restableció la paz á las Iglesias hasta unos tres ó cuatro años después bajo el pontificado del Papa Esteban. Entonces fué depuesto también Marciano, obispo de Arles, que habia abrazado los mismos errores en las Galias.

A pesar de esta unánime reprobacion no dejó la secta de Novaciano de sostenerse algunos siglos. Como atrajo á sí desde los principios á dos ó tres obispos, puso otros por su medio en todos los lugares donde logró ganar prosélitos. Así es, que por sus emisarios se ordenó uno en Cartago, y otros en diferentes ciudades de Africa, donde los cismáticos formaban unas ó menos numerosas Iglesias hácia el fin del siglo V. También tuvieron hasta dicha época poco mas ó menos obispos en Roma, Alejandría, Nicea y aun en Constantinopla, luego que esta ciudad llegó á ser capital del Oriente. Pero donde mas se extendió esta secta fué, sobre todo, en Frigia y en algunas otras provincias vecinas á causa, sin duda de la conformidad de su doctrina con la de los montañistas; y allí también fué donde mas tiempo subsistió. Se notó que los sectarios ponian obispos hasta en las aldeas, probablemente para aparentar que era muy numeroso su episcopado. Hemos dicho que Novaciano negaba á la Iglesia la facultad de conceder la reconciliación á los cristianos que habian incurrido en la apostasia, y aun la de perdonar pecado alguno cometido después de ser bautizado. Parece que no tardó en llevar su error hasta el punto de afirmar que era imperdonable absolutamente el crimen de los apóstatas, de manera que no podian esperar ya salvación ni perdón de Dios. Pero no se puede decir con certeza si hizo extensiva esta exageración á todos los pecados, aunque sea bastante probable, pues habia conservado el principio de los estoicos, que todos los pecados son iguales. Pero en adelante, sus sectarios, ó al menos algunos, limitaron su doctrina en este punto, admitiendo que Dios perdonaba ciertas faltas mas ligeras al pecador que hacian penitencia: con todo, continuaron sosteniendo que la Iglesia no tenia facultad de perdonarlas, y para ser consecuentes, suprimieron enteramente los ejercicios de la penitencia pública establecida por la Iglesia. Algunos autores han creído que el error que condena las segundas nupcias, era también una adición á la doctrina de Novaciano hecha por sus discípulos. Como este herejarca decía que la Iglesia estaba corrompida por la comunión que concedía á los pecadores, enseñaba que era preciso rebautizar á los que la abandonaban para entrar en la suya; lo que equivale á suponer que la validez del sacramento del bautismo depende de la santidad del ministro. Por eso hizo tomar á sus sectarios el nombre de *cathares* ó

puros; pero son mas conocidos con el de novacianos. Habia compuesto muchas obras, de las que solo se conserva un tratado de la Trinidad y otro sobre las comidas de los judíos, para probar que las observancias legales de éstos no son obligatorias para los cristianos.

Se ha visto anteriormente que el presbítero Novato, uno de los mas ardientes promovedores del cisma y de la heregia de Novaciano, habia principiado por sostener en Cartago una doctrina enteramente contraria en apoyo de la faccion de Felicitismo y de los confesores que recibian á los apóstatas sin haber hecho penitencia. Este cisma se acabó muy pronto. Los gefes de estos sectarios quisieron, á ejemplo de los novacianos, establecer un obispo de su partido en Cartago, y para este efecto escogieron á Fortunato, presbítero, uno de los cinco que se habian reunido desde el principio á Felicitismo y que fueron con él condenados. Fué ordenado por tres obispos depuestos de sus sillas, á causa de haber adorado á los ídolos, ó por otros delitos. Inmediatamente que recibió su ordenacion, envió á Roma comisarios con la esperanza de obtener por sorpresa la comunión del Papa. A la cabeza de ellos iba Felicitismo, y llevaban cartas llenas de mentiras y calumnias contra San Cipriano. Parecióle á éste que debía despreciar una trama tan grosera y tan mal concertada; y habiendo avisado ya á Roma la condenacion de la secta y los crímenes de sus principales gefes, no se apresuró á anunciar esta nueva y ridícula empresa. Esperó para hacerlo la salida de un acólito de su confianza que el Papa le habia enviado, y tenia que volver á Roma, á donde llegó mucho después que Felicitismo. Pero como Cornelio no ignoraba los crímenes de este sectario, y habia ya confirmado la sentencia de su excomunion, no dudó en separarle de la Iglesia, sin quererle escuchar, y avisó de esta determinacion al obispo de Cartago. Mas los cismáticos insistian con incesante vigor, y se enfurecian cada vez mas con San Cipriano, amenazando que publicarian los delitos de que le acusaban, y vanagloriándose ademas con desenfadada audacia de que habian asistido á la ordenacion de Fortunato veinticinco obispos: así es que el Papa titubeó, al parecer, un poco con tantos clamores, y sorprendido del silencio de San Cipriano, le escribió quejándose de que nada le hubiese anunciado sobre este asunto.

Respondió el santo obispo en una carta, que es á un mismo tiempo modelo de firmeza y de respeto: «Si, ha de temerse, dice, la insolencia de los malvados, y han de conseguir con su audacia lo que no pueden obtener por justicia; se acabó la potestad episcopal y el gobierno de la Iglesia universal; ni siquiera hay que hablar del cristianismo, porque los paganos, los judíos, los hereges y todos aquellos á quienes inspira el demonio, nos amenazan igualmente y manifiestan su rabia con furiosos alullidos. Con todo, guardémosnos de ceder por eso, y de creer que el enemigo, aunque tenga algun poder en el mundo, sea mayor que Jesucristo. Importa poco

que vengan los ataques de los infieles ó de los falsos cristianos; no es ignominia para nosotros sufrir de parte de nuestros hermanos, á ejemplo del Salvador, ni para ellos una gloria el hacer lo que hizo Judas.¹ Realza luego la autoridad de los obispos establecidos por Jesucristo mismo, para gobernar por su poder y juzgar en su nombre la porción de rebaño que se les ha encomendado; y hace ver con arreglo á esta doctrina, cuán culpables son aquellos que no temen levantarse contra sus pastores y perseguirlos con calumniosas acusaciones. Para defenderse de las imputaciones de sus enemigos, expone las circunstancias de su elección, la conducta que ha tenido en el gobierno de su Iglesia, el odio que le han profesado los paganos, las reglas que ha seguido y que observa aun para la reconciliación de los pecadores, examinando con cuidado sus disposiciones, y recibiendo con placer á los que manifiestan sincero arrepentimiento, y luego añade: "Pero si algunos creen facilitarse la entrada en la Iglesia, usando de atenuanzas y empleando el terror mas bien que las lágrimas y la penitencia; que tengan entendido que el ejército de Jesucristo todavía es invencible, y no sucumbirá á las amenazas. ¡Habríamos de abandonar la dignidad de la Iglesia y del sacerdocio, permitiendo que los obispos sean juzgados por los que ya no pertenecen bajo ningún título á ella? Si así es, qué queda ya sino que los sacerdotes quiten el altar de Dios, y que los ídolos con sus profanos altares se coloquen en medio de nuestro santuario?" (1) Recuerda después San Cipriano los diferentes crímenes que motivaron la condenación de Felicesimo y de sus adherentes, y después añade: "Entre todos nosotros se halla establecido, y con razon y justicia, que cada culpable sea examinado y juzgado en el lugar en que se cometió el crimen, y donde se hallan los acusadores y los testigos;" y de aquí concluye que habiendo sido la condenación de los cismáticos pronunciada en Africa por gran número de obispos, no conviene á la dignidad del episcopado examinar de nuevo este negocio (2). Finalmente, termina rogando á Cornelio que lea al pueblo esta carta, segun su costumbre, y recomendando á los fieles de Roma que eviten toda comunicacion con los cismáticos.

(1) Este santuario era un semitrenio en donde los sacerdotes se sentaban, y en medio de ellos el obispo, rodeando todos la mesa sagrada, en que se ofrecía el santo sacrificio. (Pleury, lib. VII).

(2) No por eso trataba San Cipriano de rebajar la autoridad y los derechos de la Santa Sede, pues en la misma carta se ve que reconoce á la Iglesia romana como la Iglesia principal, aquella de donde trae su origen la unidad del episcopado; lo que necesariamente supone la dependencia de los demás Iglesias, porque la unidad no existe, ó no está al menos asegurada, sino con esta condicion. Por otra parte, parece evidente, segun los términos generales de que se vale, (*omnibus nobis*), que este reglamento de disciplina habia recibido la sancion del Sumo Pontífice, que en aquellos tiempos de persecucion consentia mirar, como definitivos, los juicios ó sentencias de los obispos en cada provincia en materia criminal, sin renunciar por esto su derecho de revisión

Probable es que despues de esto, obligado Felicesimo á renunciar á sus vanas tentativas en la Iglesia romana, no halló mejor recurso que volver prontamente á Cartago para conservar los restos de su partido, cuya decadencia comenzó poco despues de la ordenacion de Fortunato. Porque aquellos que antes se mantenian en el cisma con la esperanza de entrar todos juntos en la Iglesia por medio de una concordia, viendo luego que se hallaba muy distante este caso, abandonaban unos tras otros el partido de los sectarios, y se presentaban diariamente á solicitar su renonion á la Iglesia. Ya no se volvió á hablar de esta faccion ni de sus gefes, que no contaban en su favor sino con un escaso número de cismáticos, cuya excomunion debia sostenerse á causa de sus enormes crímenes, y porque el pueblo fiel se oponia inútilmente á su recepcion.

Poco tiempo antes, San Cipriano habia sido consultado por algunos obispos sobre esta cuestion: "Si podia concederse la reconciliacion á tres cristianos, que despues de haber confesado la reconciliacion de los magistrados, habian cedido á la violencia de los tormentos, y habia ya cerca de tres años que no cesaban de hacer penitencia por su pecado. En su contestacion, dió primero su voto particular, declarando que segun su conciencia, era suficiente la penitencia practicada en ese espacio de tiempo, y añadió, que la cuestion se someteria á la decision de los obispos que se debian reunir despues de las fiestas de Pascua. Hubo en efecto en Cartago un segundo concilio que empezó el 15 de Mayo del año 252, y que parece duró mucho tiempo: sin duda en él se resolvió la cuestion propuesta á San Cipriano. Tambien se examinaron algunos asuntos particulares, y se tomó una decision que ofrece una prueba auténtica de la fé de la Iglesia tocante al pecado original. Un obispo llamado Fido, en carta escrita al concilio, manifestaba la opinion de que los niños no debian ser bautizados hasta los ocho dias despues de nacidos, segun la ley establecida para la circuncision. Pero ni un solo obispo se adhirió á esta opinion, y el concilio le respondió que á nadie se debia privar de la gracia del bautismo, "porque si los grandes pecadores, dice, cuando se convierten son admitidos al bautismo, y reciben la remision de sus faltas, con mucha mas razon se debe conceder á los niños que no tienen otra mancha que la que contrajeron por su origen, como nacidos de Adán segun la carne. Tanto mas nos debemos aprestar á admitirlos al bautismo, cuanto que no se les perdonan sus propios pecados sino los de otro." Esta respuesta escrita por San Cipriano, la suscribieron setenta obispos.

en el caso de que circunstancias extraordinarias exigieran que le ejerciera. Además, el cuidado que San Cipriano habia tenido de remitir al Papa Cornelio la sentencia pronunciada por el concilio de Cartago contra Felicesimo, bastaria solo para manifestar que el derecho de la Santa Sede estaba reconocido y admitido como incontestable.

Un tal Privato, que había sido obispo de Lambese en Numidia; pero que hacia tiempo estaba depuesto y excomulgado como herege, por un concilio de cuatrocientos treinta obispos, y por la autoridad del Papa San Fabian, vino á presentarse en este de Cartago para solicitar que se revocase su catusa. Acompañábanle otros obispos depuestos como culpados de idolatría ó por diferentes crímenes, y que pedían también justificarse. Pero no se tuvo por conveniente admitirlos, ni abrir el juicio sobre condenaciones legitimamente pronunciadas. En esta ocasion fué cuando en venganza hicieron la eleccion de Fortunato para el obispado de Cartago.

Adopté este concilio una importante medida con respecto á los que habían succumbido en tiempo de la persecucion. Se decidió que sin observar los términos anteriormente fijados, se concediese en adelante la reconciliacion, y se admitiese á la comunión á todos los penitentes que no hubieran salido del gremio de la Iglesia para adherirse al cisma, y no hubiesen dejado de manifestar en sus obras su arrepentimiento. El motivo que hubo para tomar esta determinacion, fué la proximidad de otra nueva persecucion, de la que tuvieron noticia en tiempo oportuno muchos obispos por medio de frecuentes visiones y revelaciones. Se opinó que en tan inminente peligro, no convenia negar á cristianos verdaderamente penitentes el socorro de la Eucaristía, tan necesario para fortificarlos en el combate, ni exponer á morir fuera del gremio de la Iglesia á los que se fugaron á los desiertos renunciando sus bienes por conservar su fé. Fué comunicada esta resolucion al Papa Cornelio por medio de una carta sinodal que firmaron cuarenta y dos obispos.

Habia muerto el emperador Decio hácia el fin del año 251, haciendo guerra á los bárbaros que asolaban la Tracia. Despues de haberlos vencido en una batalla, y tratando de scorralarlos con el objeto de que se rindiesen á discrecion, cayó él mismo en una emboscada; y como temiese ser cogido, soltó el caballo á todo galope, y se precipitó en un hondo pantano donde pereció miserablemente: habia reinado unos dos años. Sospechóse que Galo, general de su ejército, le habia vendido; pero esto no fué óbice para que le proclamaran emperador los soldados del ejército, cuyos restos salvó. La eleccion fué confirmada por el senado. Para desvanecer las sospechas asoció al imperio á Hostiliano, hijo de Decio, é hizo que su propio hijo Volusiano se casase con la hija de aquel desgraciado príncipe, declarándole César. A poco tiempo murió Hostiliano, fuese de peste, como se dijo entonces, ó envenenado por disposicion del mismo Galo.

La desgraciada muerte de Decio fué mirada como un castigo del cielo por la guerra que hizo á los cristianos: un poco mas tranquilos quedaron estos con el cambio de príncipe; pero no tardó en comenzar de nuevo la persecucion con pretexto de un cruel contagio que asolaba el imperio. Enviáronse órdenes circulares para que

se tomasen en todas las provincias medidas urgentes á fin de aplacar la cólera de los dioses, y segun su costumbre, los paganos no dejaron de atribuir este azote á la impiedad de los cristianos, porque se negaban á tomar parte en los sacrificios. En su calidad de cabeza de la Iglesia, San Cornelio fué el primer perseguido en Roma. En cuanto se supo que estaba preso y debia comparecer en el tribunal, corrieron los fieles á su lado, y muchos que habian apostatado en la anterior persecucion, fueron á confesar su fé para reparar intrépidamente aquel escándalo. Habiéndose negado San Cornelio á sacrificar ante los ídolos, fué desterrado por orden del emperador, á *Centumcella* ó Civita Vecchia, con muchos individuos de su clero. Muró en este destierro el 14 de Setiembre de 252, habiendo gobernado la Iglesia 15 meses. Fué nombrado para sucederle, el presbítero Lúcio, uno de los confesores compañeros en su destierro, que desterrado nuevamente por los perseguidores, y muy luego llamado á Roma, sufrió el martirio en el mes de Marzo del año 253. Succedióle San Esteban, que ocupó la Santa Sede cuatro años y meses.

Uno de los mas ilustres mártires de Roma durante esta persecucion, fué San Hipólito, presbítero, que se adhirió al partido de Novaciano, y gozaba de tan grande reputacion de virtud, que á su ejemplo se habian mantenido en el mismo muchos de los primitivamente comprometidos en él. Inmediatamente que le prendieron, el pueblo á quien el instrua fué acompañándole en tropel, y como le preguntasen cuál era la verdadera Iglesia, respondió: "Huid del desgraciado Novaciano, y volved á la Iglesia católica. En el momento de confesar á Jesucristo ha caido el velo que ocultaba mi vista, y tengo un arrepentimiento vivo de haberos enseñado otra cosa." Condujéronle á Ostia, donde habia fijado su tribunal el prefecto de Roma para juzgar á los cristianos. A la sazón estaba cerrado de verdugos é instrumentos tormentarios. En frente de él habia una porcion de fieles, cuyo descompuesto cabello y dolientes rostros, y el desalifo de sus personas manifestaban haber gemido en las prisiones mucho tiempo. Pero ninguno se dejó doblegar ni por amenazas, ni por el terrible ruido de los suplicios, y el juez á todos condenó á la muerte. Mandó crucificar á unos, y covar á otros la cabeza, y otros fueron metidos en una barca podrida que inmediatamente se fué á pique. Cuando llegó San Hipólito, se enfureció contra él todo el populacho sin miramiento á su venerable ancianidad, y gritaron con descomponada vocería, que debia ser castigado con extraordinario suplicio, porque era un jefe de los cristianos. Sabedor el juez de que se llamaba Hipólito, dijo: "Tráetele como á aquel cuyo nombre lleva," aludiendo al hijo de Tesoo, tan célebre entre los poetas. Trajeron al punto dos caballos indómitos, y atándole á ellos por los pies, los hicieron enfurecerse á pinchazos y latigazos, asustándoles ademas con espantosos gritos: al

instante quedó el cuerpo del santo auciano hecho mil pedazos que se esparcieron por el suelo; los fieles tuvieron gran cuidado de recoger hasta la mas mínima parte, y sepultaron en las catacumbas estas preciosas reliquias.

No cesaba con todo la peste que creyeron los idólatras contener sacrificando á los cristianos; al contrario, se extendia y morian cada dia miles de personas. Acometia insidiosamente y acababa con las naturalezas mas robustas, encendiendo en las entrañas de los contagiados un fuego voraz que producía disenterias y vómitos continuamente; esparcia por todo el cuerpo la corrupcion, y al que tenia la fortuna de no morir, le dejaba completamente mutilado, imposibilitado y privado de sus miembros. Principió la peste por la Etiopia, de donde pasó á Egipto, y de aqui á las demas provincias. Duró tan cruel azote mas de diez años, y sirvió para que resplandeciese la caridad de los cristianos, que asistieron valerosamente y con la mayor heroicidad, no solo á los suyos, sino hasta sus mismos perseguidores. Era tan grande el horror á la muerte, que en los paganos ahogaba todos los sentimientos naturales. No pensaban en otra cosa que en huir del contagio; evitaban el roce ó trato con los apesados; dejaban sin socorro á sus amigos y parientes, y aun tenían la crueldad de arrojarlos de las casas; de modo que estaban las calles atestadas de enfermos abandonados y de insepultos cadáveres. A lo menos se sabe que esto sucedió en las grandes ciudades como Cartago y Alejandria, y debe presumirse que lo mismo sería en las demas poblaciones. Reunió San Cipriano á su pueblo y le exhortó eficazmente á que socorriese á todos los desgraciados, sin distincion de paganos ó fieles, y todo el pueblo se apresuró á obedecer á su pastor, contribuyendo con sus bienes y sus personas al cumplimiento de esta obra heroica de caridad. Los cristianos de Alejandria no se quedaron atras, ni mostraron menos celo y lealtad; olvidándose á sí mismos, parecia que no pensaban mas que en los males ajenos. Visitaban á los enfermos, los servían y curaban, y carraban los ojos á los muertos, haciéndoles despues todos los honores de la sepultura. En estos santos ejercicios adquirieron muchos la peste, y perdieron la vida sin descuidar los oficios de la caridad.

En Neocesarea en el Ponto, se sirvió San Gregorio Taumaturgo del mismo azote de la peste para convertir á los paganos. Habíase declarado entre ellos cuando celebraban una solemne festividad que atrajo mucha concurrencia de todos los pueblos circunvecinos. Ten considerable era el gentio, que no se hallaba alojamiento ni sitio vacante en los espectáculos, y daban voces al cielo para que ensanchase aquel espacio. Habiendo sabido esta ocurrencia San Gregorio, envió una persona con encargo de anunciarles que muy luego estarían mas anchos que lo que quisieran. En efecto, principió á sentirse la peste en medio de esta multitud, y los gritos de alegría

se cambiaron en ayes dolorosos. En poco tiempo la muerte asaltó todas las moradas, y fué general la consternacion. En semejante extremidad algunos enfermos acudieron á San Gregorio, que los curó por medio de sus oraciones. En cuanto curó esta noticia, el pueblo entero fué de tropel á implorar la asistencia del Taumaturgo, unos para ser curados de la dolencia, otros para preservarse de ella. Accedió el santo á sus fervorosas súplicas, discurriendo por las casas para hacer sus plegarias y promover el remedio á todos los que creyesen en Jesucristo. El efecto de esta promesa se hizo tan conocido y seguro, que corrian á convertirse; de forma que San Gregorio al entrar en Neocesarea, no halló mas que diez y siete cristianos, y antes de morir tuvo el consuelo de saber que no quedaron ni siquiera diez y siete gentiles en la misma.

Cuando la Iglesia volvió á lograr la paz por muerte de Galo, hizo el santo pastor una visita general de su diócesis, y estableció que el pueblo se renniese todos los años en el lugar donde los mártires eran sepultados, para celebrar allí sus fiestas con solemnidad y regocijos publicos, creyendo que contribuiría mucho este medio para apartar de la idolatria á la generalidad de personas groseras, que solo eran idólatras por amor á las funciones y pompa exterior del culto. Esperaba que atrayéndolas á la adoracion del Dios verdadero con esta condescendencia, le seria despues mas fácil ilustrar su fé é inclinarlos insoportablemente á no ver en los festejos exteriores mas que una señal de otros regocijos espirituales. Asistió San Gregorio al concilio celebrado en Antioquia el año 264 contra Pablo Samosateno, y murió al comenzar el reinado de Aureliano. Habia compuesto diferentes obras, de las que nos quedan el discurso que pronunció en alabanza de Orígenes, una paráfrasis del Eclesiastés inserta en las obras de San Gregorio Nacianceno, y una epistola canónica escrita hácia el año 238, en la que se encuentran señalados distintamente los diferentes grados de las penitencias públicas; porque establece que cuando ciertos pecadores se presentan y acusan á sí mismos, sean admitidos á la oracion; que si otros los acusan y son convencidos de crimen, estén en el templo entre los prostrados, y que otros ni aun sean admitidos en clase de oyentes.

Ademas de los estragos de la peste, tenia que sufrir el imperio otras calamidades por la irrupcion de los bárbaros. Los godos, borgoñones y otras naciones septentrionales, devastaron las provincias de la Europa, especialmente la Mesia, Tracia y Macedonia. Los persas, invadiendo el Asia, llegaron hasta Antioquia, la tomaron y la saquearon. No dejaron los paganos de achacar á los cristianos ser causa de todas estas desgracias, y esto dió ocasion á San Cipriano para que escribiese el libro contra Demetrio. Parece que este era uno de los principales magistrados de Cartago, y mostraba grande encarecimiento para perseguir y atormentar á los fieles. Despojábalos de sus bienes, y los encerraba en calabozos infectos;

les quitaba la vida en la hoguera ó hacía que los devoraran las fieras; inventaba además nuevos suplicios para prolongar sus tormentos, y no cesaba de irritar el ódio contra ellos, fundándose en declamaciones agradables y conformes á la preocupación del populacho. Creyó San Cipriano que debía por fin contestarle; y después de sentar que las guerras, la peste, el hambre y todos los demás trabajos de que se quejaban, son una necesaria consecuencia de la débil naturaleza y de la decadencia del mundo, que perezca y se va destruyendo como á su último día, como el hombre cuando camina al último paso hácia la muerte; manifiesta claramente que los crímenes de los paganos, su avaricia, su desenfreno, sus injusticias, sus asesinatos, y mas que todo su crueldad con los cristianos, eran suficientes causas para explicar todos los azotes y calamidades, en que se debe ver un efecto de la venganza divina en vez de atribuirlos á la impotente cólera de sus falsos dioses. «Podéis reconocer, les decía, la debilidad de esos dioses al ver lo que tienen precisión de sufrir por parte de los cristianos, que todos los días los arrojan de los templos de aquellos en cuya posesion querian permanecer. Considerad sus tormentos, sus grites, su inútil resistencia, y creed al menos su propio testimonio. Veréis á aquellos ídolos, á quienes adoráis con vuestras oraciones y homenajes; suplicarles y temblar á nuestra vista como esclavos encadenados. Los circos declaran lo que son en realidad, sin que vuestra presencia pueda impedirles la confesion de sus engaños y mentiras.»

Por entonces fueron aisladas muchas ciudades de la Numidia por bárbaros nomades que habitaban el país en que la dominación romana no habia aún penetrado. Llévaronse cautivos una porcion de cristianos de uno y otro sexo. Habiendo San Cipriano sabido por cartas de los obispos esta ocurrencia, acudió á la caridad de su pueblo y recogió la suma de cien mil sestercios, ó cerca de siete mil quinientas libras; enviála al momento para rescatar cautivos, asegurando á los obispos que siempre encontrarían socorros en los pueblos con abundancia, si volvian á ocurrir semejantes desgracias.

Cuentan que en este mismo tiempo escribió el santo obispo la carta para combatir un abuso que se habia introducido en algunas Iglesias de Africa, donde se gastaba agua sola en el sacrificio de la mañana. Muchos obispos, por ignorancia ó sencillez, habían imaginado este medio para evitar que los cristianos, después de recibida la comunión, fuesen conocidos por el olor del vino. Pero no tenían dificultad de usar de éste en el sacrificio de la noche, porque entonces era costumbre celebrar dos veces al día; pero esta segunda celebracion se hacía con menos solemnidad, porque en ella no se podía reunir á los fieles. San Cipriano sentia por principio que en la celebracion de la Eucaristia debe hacerse lo que hizo Jesucristo el primero; y después de haber manifestado con otras muchas razones, sacadas de la Escritura, la necesidad de consagrar el vi-

no, añade que el sacerdote ofrece en la Iglesia un verdadero sacrificio, cuando se conforma con lo que hizo Jesucristo, ofreciéndose á sí mismo á Dios su Padre: en esto se comprueba la antigua tradicion sobre el sacrificio eucarístico. Por lo demas, explica que no se debe usar el vino solo, sino mezclar con él un poco de agua para señalar de este modo la union del pueblo fiel con Jesucristo.

En medio de las calamidades que afligian al imperio, Galo solo pensaba en sus placeres, y como no tomaba medida alguna para detener á los bárbaros y expulsarlos, le atrajeron el desprecio universal su adinacion y su indolencia. El ejército de Pannonia proclamó emperador á Emiliano que le mandaba y acababa de ganar una completa victoria á los godos. Al saber esta rebelion, saliendo Galo de su apatía, trataba ya de marchar contra él; pero le mataron sus soldados y á su hijo Veluciano en la primavera del año 253, después de reinar cerca de diez y ocho meses. El ejército de las Galias y el de Germania proclamaron á Valeriano, y el senado confirmó su eleccion. No tardó en quedar solo dueño del imperio por muerte de Emiliano, á quien sus propios soldados asesinaron para evitar la guerra civil. Valeriano era generalmente estimado, y sus virtudes merecieron el nombramiento de censor que obtuvo del senado, por unanimidad, en el reinado de Decio, que habia restablecido este cargo. En los primeros años de su reinado tuvo mucha consideracion con los cristianos, y en su palacio habia bastantes con empleos.

Aprovechando Cipriano esta paz de que la Iglesia gozaba, juntó el tercer concilio de Cartago, en el que se confirmó la regla anteriormente establecida tocante á los sacerdotes y otros eclesiásticos que hubiesen incurrido en la idolatría durante las persecuciones. Se habian hecho culpables en este sentido dos obispos de España, Basilides y Marcial, uno de Leon y otro de Mérida, por muchos actos de idolatría, y en su virtud habian sido depuestos y secularizados. Pero después de consentida esta sentencia, quisieron ser rehabilitados; y habiendo pasado á Roma Basilides, llegó á obtener letras favorables del Papa Esteban, engañándole con multitud de artificios. Las Iglesias de Leon y Mérida se habian dirigido á San Cipriano, el cual, examinada la causa en un concilio de treinta y seis obispos, ressondió á nombre de todos, que debía observarse respecto de Marcial y Basilides lo que se habia determinado por todos ellos, y en especial por el Papa San Cornelio; que la falsedad que usaron con San Esteban, lejos de aprovecharles, no hacía mas que aumentar sus crímenes, y que al fin el ejemplo de algunos obispos que comunicaban con ellos, no podia prevalecer contra la regla de la Iglesia. Parece que este concilio se celebró después de la Pascua del año de 254.

Antes, ó por esta época, San Cipriano escribió al Papa San Esteban en el asunto de Marcellino, obispo de Arlés, que abrazó el par-

tido de Novaciano, y aun se jactaba de haber roto toda comunicacion con sus compañeros. Adoptando completamente los errores de la secta, habia tenido la crueldad de negar la reconciliacion á muchos moribundos, aunque se la pedian llorando. Faustino, obispo de Leou (Francia), despues que escribió á San Estéban en union con los demas obispos de la provincia, dirigió particularmente dos cartas á San Cipriano, que por su parte intervino con el Papa, á fin de estrecharle á que dictase un pronto remedio para atajar tan grave mal y sus consecuentes progresos. Decíale: "Evadid letras apostólicas á los obispos de las Galias, y en particular al pueblo de Arlés, excomulgando á Marciano y mandando que se ordene otro obispo en su lugar para reunir el rebaño que el ha dispersado." En esta carta se advierte el testimonio mas incontestable de la autoridad de la Santa Sede. Probable es que Marciano fuese depuesto y excomulgado, porque su nombre no se encuentra en los anales de Arlés.

La buena inteligencia que existia hasta entonces entre el Papa y el primado de Africa, se turbó muy pronto por ciertas disputas que se suscitaron con motivo de la validez del bautismo dado por los hereges. Muchas veces se habia discutido esta cuestion con anterioridad; pero las discusiones se habian limitado á ciertas provincias. Siempre creyó la Iglesia que el bautismo no podia conferirse mas de una vez, como que imprime un carácter que no se borra jamas; y así era un dogma constante entre los católicos; que este sacramento traia toda su virtud de la institucion divina; de forma, que causaba todos sus efectos por la eficacia de su origen, sin depender en nada del mérito de los ministrantes, que no obran en su nombre sino en el de Jesucristo. De aquí se deducia que el bautismo era igualmente válido y siempre imprimia el mismo carácter, fuese quien quisiera el ministro, con tal que en nada variase el rito que Jesucristo estableció. Tambien se confirmaba esta doctrina con la constante práctica seguida de no conferirle de nuevo, sino solamente imponer la penitencia á los que volvian á la Iglesia; despues de haber sido bautizados segun aquel rito por los hereges.

Con todo, como muchos de estos en los primeros tiempos, y especialmente los que se levantaron en el Oriente con el nombre de gnósticos, no admitian ni el mismo Dios, ni el mismo Cristo que los cristianos; alteraron algunos el rito ó forma del bautismo, y esta alteracion obligó á mirar como nula y de ningun valor una ceremonia, que no era el mismo bautismo instituido por Jesucristo. Fue, pues, preciso bautizar en la forma ordinaria á los que se presentaban de aquellas sectas para ser recibidos en la Iglesia universal. Despues que apareció la heregia de los montanistas, se originaron dudas sobre la validez del bautismo, que ellos conferian; y se examinó la cuestion en el concilio celebrado en Iconio en 331 por los obispos de Capadocia, Cilicia y provincias inmediatas. Algunos se

inclinaban á mirar el bautismo de estos sectarios como válido, porque los montanistas reconocian, segun Firmiliano, el mismo Padre, el mismo Hijo de los católicos; pero el mayor número le declaraban nulo, acaso porque los montanistas en vez de bautizar á nombre del Espíritu Santo, bautizaban á nombre del Paráclito, es decir, á nombre de Montano, porque parece cierto al menos, que en el siguiente siglo alteraron la forma del bautismo. Sea como quiera, el concilio de Iconio, á que asistió Firmiliano de Cesarea, se declaró contra la validez de su bautismo; y haciendo regla general de la costumbre seguida con respecto á aquellos que mudaban la forma del sacramento, decidió que no se desechase como nulo todo bautismo administrado por hereges. La misma decision adoptaron un concilio de Sinnada, en Frigia, y algunos otros cuya época y lugar no sabemos.

Muy regular es que con ocasion de los montanistas se suscitase esta cuestion en Africa, y se decidiese en el mismo sentido al principio del III siglo, en tiempo de Agripino, obispo de Cartago. Este fué el primero que se apartó de la tradicion de la Iglesia, é introdujo la costumbre de reiterar el bautismo dado por los hereges que le administraban segun la forma establecida por Jesucristo. Daba por razon, que los hereges no podian obrar la regeneracion, no teniendo ellos mismos la vida, ni conferir la gracia de que carecen; pero olvidaba el principio que acabamos de recordar; á saber, que los sacramentos reciben su eficacia de Jesucristo, y que obran en virtud de su poder y no por el mérito de los ministros. Habia reunido Agripino un concilio de setenta obispos de Africa y de la Numidia, para deliberar sobre este negocio, y el concilio habia decidido, conforme á su parecer, que era necesario rebautizar á todos los hereges que volvian á la Iglesia.

No se sabe con qué motivo se volvió á remover esta cuestion en tiempo de San Cipriano. Puede que algunos obispos de Africa temieran que pareciese que ellos favorecian el cisma de Novaciano, continuando en la práctica de bautizar segunda vez como lo hacia este herearca, segun lo referimos en su lugar: puede tambien que otros se hubieran conformado siempre con la regla católica, de manera que la disidencia fuese necesaria nueva discusion de un punto sobre el que no estaban de acuerdo. De cualquiera manera, ello es que San Cipriano fué consultado primero por un seglar llamado Magno, despues por algunos obispos de Numidia, y al fin por otro de Mauritania llamado Quinto. La cuestion propuesta por Magno se referia solo á los novacianos que no alteraban la forma del bautismo; y esta consulta prueba claramente que la tradicion desechaba aun en el Africa la costumbre introducida por Agripino; lo que ademas es evidente por la respuesta misma de San Cipriano, porque sosteniendo que no debe dudarse en rebautizar á los novacianos, no deja de prever la objecion que pueden hacerla de que estos he-

reges admitan los mismos Padre, Hijo y Espíritu Santo que los católicos; es decir, que administraban el bautismo según la forma ordinaria y con la intención de hacer lo que hace la Iglesia. Mas esta objeción no es otra cosa que la exacta y rigurosa expresión de la tradición católica, cuya perpetuidad comprueba con el mismo empeño que toma para refutarla.

Recibida luego la carta de los obispos de Numidia que presentaban de un modo mas general la cuestión, y relativamente á todos los hereges, San Cipriano, para dar mas peso á su respuesta, juntó un concilio de treinta y seis obispos del Africa proconsular, en el que se decidió, conforme á su opinión, que nadie podia ser legítimamente bautizado fuera de la Iglesia, y por consecuencia que los obispos de Numidia debían seguir la práctica establecida por sus predecesores de rebautizar á los hereges ó cismáticos que intentasen reincorporarse con la Iglesia universal. San Cipriano dió la misma respuesta al obispo Quinto, y añadió la carta sinodal de este concilio, para que le sirviese de documento de convicción, y la comunicase á los obispos de su provincia. Estúdzase principalmente en esta carta para combatir las razones de los obispos que rebautizaban. La primera era que no se podia conferir el bautismo mas que una vez, y la segunda que era preciso seguir la costumbre antigua. Conviene, pues, en que no hay mas que un bautismo, y que no se puede reiterar; pero por las mismas razones intenta demostrar que no hay verdadero bautismo fuera de la Iglesia, y que entre los hereges nada se recibe porque nada pueden dar. En cuanto á la costumbre, no la niega; pero dice que la razon debe prevalecer contra aquella, y ademas se apoya en la autoridad del concilio celebrado por Agripino con los obispos del Africa proconsular y de la Numidia.

Mas viendo que nada de esto bastaba para cortar las contestaciones y traer todos los ánimos á su parecer, convocó segundo concilio, al que asistieron setenta y un obispos, entre los cuales se hallaban los de Numidia. Ademas de muchos negocios particulares que debían arreglarse en él, se confirmó todo lo que estaba decidido en el concilio precedente tocante á la nulidad del bautismo administrado por los hereges, y asimismo se decidió que los sacerdotes y diáconos que hubieran recibido las órdenes entre hereges, no fuesen admitidos en la Iglesia sino en clase de legos ó seculares; lo que era probablemente consecuencia del mismo principio, aunque podia considerarse como mera regla de disciplina, porque lo mismo se acordó con respecto á los que fuesen episcopales despues de recibidas las sagradas órdenes en la Iglesia católica. Evió San Cipriano las determinaciones de este concilio al Papa San Estéban con la carta sinodal del anterior y la respuesta que habia dirigido al obispo Quinto sobre el mismo asunto. Como la disputa se acaloraba cada vez mas, y se le censuraba sin miramiento por los que opinan

ban de diferente modo; escribió su tratado del bien de la paciencia para calmar los ánimos; y acaso tambien el de la envidia. Dirigió el primero á un obispo llamado Juvaiano, con una larga carta para refutar otro tratado que se habia publicado contra él. Discute á fondo la cuestión, y teme en aquella obra muchas razones y pasajes de la Sagrada Escritura para apoyar su parecer. Pero se hallan especíes en ella en que se describe la perpétuidad de un ingenio que parece no se comprende, y que pugna en vano contra la creencia católica que le domina sin saberlo. "Es necesario considerar, dice, cuál es la doctrina de los hereges, y si éstos creen en el mismo Padre, el mismo Hijo, el mismo Espíritu Santo y la misma Iglesia que nosotros, porque si así fuese, puedan tener el mismo bautismo." Evidentemente se advierte que en las ideas de San Cipriano no tienen estas palabras sentido alguno, ó presentan una visible contradicción; pero debe reconocerse allí la expresión no comprendida y oscura de la creencia general, que admita como válido el bautismo conferido con la materia y forma ordinarias en nombre de las tres divinas personas y con la intención de hacer lo que la Iglesia hace.

Entre tanto, habiendo recibido el Papa San Estéban la carta de San Cipriano, le respondió en otra condenando las decisiones de los obispos de Africa, y resolviendo él mismo la cuestión en esta forma: "Si viene á nos cualquiera que haya profesado cualquiera heregia, guárdese, sin innovarla en nada, la antigua tradición, que es imponible las manos para la petición (1)." Ademas declaraba que ya no se comunicaria mas con San Cipriano ni con los obispos de su partido, si no mudaban de opinion. Sabedor tambien de que Firmiliano de Cesarea, Heleno de Tarso y los demas obispos de la Clejia, de Capadocia y de las provincias inmediatas, tenían iguales opiniones, les escribió en los mismos términos, amenazándolos con la excomunión. Mas es probable que se contentó con la amenaza, y que realmente no los excomulgó. Acaso mudó de determinación á consecuencia de la carta que le escribió San Dionisio de Alejand.

(1) Algunos críticos temerarios han dicho que San Estéban aprobó en esta cláusula todo bautismo administrado por hereges, sin exceptuar los que alteraban la fórmula. Esta opinion está satisfactoriamente refutada en el tratado de Rothebo, de San Agustín y de San Vicente Lerins y otros autores antiguos, que uniformemente atestiguan que San Estéban no habia sostenido mas que la doctrina católica, tal como la dejamos expuesta arriba. Si los términos de que se vale en el pasaje que acaba de verse, ofrecen al parecer alguna duda, cuando se toman aisladamente, resulta claro su sentido por el objeto mismo de la discusión, y ademas es cierto que se explicaba categóricamente en el resto de la carta, que ya no tenemos. Véase esto mismo por confusión de Firmiliano escribiendo á San Cipriano. "Sostiene, dice, que no hay necesidad de bautizarse quien fué el ministro de este sacramento, con tal que se haya conferido en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo."

dría, conjurándole para que no echase mano de medidas rigurosas, que en las circunstancias de entonces no causarían otro efecto que agriar los ánimos en lugar de conciliarlos. Añadía el santo obispo, que felizmente se había restablecido la paz en las Iglesias de Oriente, momentáneamente alterada por los errores de Novaciano; y como todos sabían el cuidado que se había tomado para extinguir aquellas divisiones, leicó era esperar el mismo resultado de su mediación en los sucesos de ahora.

Aunque San Cipriano vió que el Papa San Estéban desechaba su opinión, no quiso renunciar á ella. Mas juzgando sin razon que solo se trataba de un punto de mera disciplina, sobre el cual cada Iglesia podia guardar su costumbre, (tan confusas ideas tenia sobre esta cuestion); creyó que podia en consecuencia hacer una nueva tentativa para atraer al Papa á su opinión, á fin de que aprobase la costumbre de la Iglesia de Africa. Convocó, pues, el tercer concilio, al que concurren á mas de los obispos del Africa proconsular, los de Numidia y Mauritania. Reuniéronse en número de ochenta y cinco, de los cuales quince habian confesado la fé cristiana delante de los tiranos, y fueron admitidos los sacerdotes y diáconos con parte del pueblo, segun la antigua costumbre de arreglar todos los negocios, no con su acuerdo, sino á su presencia. Se leyeron todos los documentos concernientes á la cuestion, y se confirmaron por unanimidad las decisiones anteriores. Enviados al Papa dos diputados para exponerle los motivos de este nuevo juicio, no quiso recibirlos, y aun prohibió á los cristianos de Roma tener relacion alguna con ellos. Este tercer concilio se celebró en 1.º de Setiembre del año 256.

No solo estaba firme en su parecer San Cipriano por la adhesion de los obispos de Africa, sino por la aprobacion de un gran número de obispos en el Oriente, que segun como él la costumbre, y sin duda no dejaba de participarlas todas las circunstancias de esta contienda. Escribió á Firmiliano, obispo de Cesarea, á poco del tercer concilio de Cartago, seguramente para informarle de la determinacion tomada en él, y acaso para concertarse sobre la conducta que debieran guardar en vista de la decision del Papa. Respondió Firmiliano en una carta en que se esfuerza para justificar la práctica del Oriente y de Africa con diferentes razones, y particularmente con la decision del Concilio de Iconio, donde él estuvo, y con la costumbre, segun su ficción inmemorial, de Capadocia y de las provincias vecinas. Pero se puede creer que saengañaba en este hecho, tomando por una regla aplicable á todos los hieros la costumbre de rebautizar á los de aquellas sectas, en que se alteraba la fórmula del bautismo. Hace tambien notar que sobre otros puntos de disciplina hay costumbres diferentes, por las que nadie piensa en romper la unidad, y se queja amargamente de la conducta de San Estéban respecto de tan grande número de obispos, y

aun se irrita contra el Papa en tales términos de indignacion, que no pueden disculparse. San Cipriano tampoco oculta su disgusto en la carta que escribió á Pompeyo, obispo de Africa, criticando con inuenos miramiento de lo justo, la decision de San Estéban; tan cierto es que la humana debilidad se advierte aun en los varones mas santos, y que el celo mismo puede contribuir á veces á cegarlos, porque es seguro que San Cipriano y Firmiliano, declarado tambien santo en la Iglesia griega, creian combatir en defensa de los intereses de la verdad, y que su firmeza no procedía de un obstinado apego á su modo de pensar, sino de celo por defender la doctrina de la Iglesia. Creian descubrir en una práctica que ellos no habian introducido, y que veian aprobada por muchos obispos: á lo menos miraban esta costumbre como un punto de disciplina sobre el que cada Iglesia debía quedar libre para seguir sus usos; y segun esta idea, se aflijian grandemente al considerar que amenazaba un rompimiento, y que la paz y comunión peligraban por la disidencia en este punto. Sobre todo se ve á San Cipriano respirar el amor á la paz y la unidad en sus escritos; y de aquí toma pie San Agustin para disculpar el error de dicho prelado, manifestando que obraba de buena fé; pues le hubiera sido muy fácil mover un cisma, y con el prestigio de su nombre allegar un partido considerable, si hubiera tenido menos humildad y menos adhesion á la Iglesia (1).

(1) En Berault-Bercastel se halla, á lo menos en las últimas ediciones, con motivo de este error de San Cipriano, una serie de reflexiones cuyo sentido es difícil adivinar, y que el mismo autor acaso no ha comprendido; porque directamente conspira contra el objeto que al parecer se propuso. Primeramente afirma que los que intentan excusarse con el ejemplo de este santo para resistir las decisiones de la Santa Sede, sostienen que el decreto de Roma era un simple reglamento de disciplina, y no una decision dogmática, y sobre tanto que no estaba universalmente admitido; y al contrario, todo el mundo sabe que los que resisten á la autoridad del sumo Pontífice, hacen esfuerzos increíbles para justificar que real y efectivamente se trataba de una decision dogmática; porque en efecto, si no lo fuese, de poco serviría el ejemplo de San Cipriano para oponerse á juicios concernientes al dogma y no á la disciplina. Así, la respuesta que han dado los mas celosos defensores de la autoridad papal, es sostener que no se trataba aqui de un simple reglamento de disciplina (lo que evidentemente no puede defenderse), sino que la decision de San Estéban era considerada únicamente bajo este punto de vista por aquellos, que á pesar de este juicio, insistian en conservar su costumbre. Añade el mismo autor: "la falta de San Cipriano fué disputar con demasiada calor con una autoridad que él reconocia en cuanto al dogma; pero que creía padecía un error de hecho." Ignoramos lo que quiere decir esto. Pero parecemos que podria sacarse de estas palabras, seguramente contra la intencion del autor, una distincion bastante análoga á la que han asentado ciertos sectarios modernos, que afirmaban tambien reconocer la autoridad de la Santa Sede en cuanto al dogma; pero aparentaban creer que estaba inbuida en un error de hecho. Seguramente que no se puede delimitar peor á San Cipriano, ni favorecer mas á todos los que se valen de su ejemplo; porque

No se saben todavía los resultados de esta disputa. San Agustín se inclinó á creer que San Cipriano retractó su opinión, y parece en efecto mas probable, cuando se reflexiona sobre su celo en punto á la unidad. Pero aun equívano la cuestion por lo menos por los obispos del Oriente en el pontificado de Sixto II, sucesor de San Esteban. Sábese por muchas cartas que San Dionisio de Alejandría le escribió con este motivo. Sin embargo, el costume de rebautizar se abolió, aunque paulatinamente, en todas partes; renunciaron luego los obispos de Africa á su opinión, y aun dieron un decreto condenándola: la mayor parte de los orientales tampoco tardaron en retractarse; y por último se terminó del todo esta disputa en Occidente con un decreto del concilio de Arlés en 314, y poco tiempo despues en toda la Iglesia por el concilio de Nicea. Mas adelante veremos á los donatistas renovar el error de los rebautizantes, y aun extenderle con todas sus naturales consecuencias, exigiendo no solamente la fe, sino la santidad en los ministros para la revalidacion de los sacramentos: doctrina adoptada por otros hereges, y que tiende á la destruccion completa de la religion.

Despues de haberse manifestado el emperador Valeriano favorable á los cristianos, y manifestádoles una particular benignidad por espacio de tres años, fué variando poco á poco de disposicion respecto de ellos, y llegó á ser autor de una persecucion sangrienta, en que sucumbieron por todas partes multitud de mártires. Dejábase gobernar por Macrino, prefecto del pretorio, que desde la oscuridad de su nacimiento habia logrado encumbrarse hasta aquel cargo por su valor y habilidad, y que debia su crédito á sus brillantes cualidades, acompañadas de mas enormes vicios. Este ambicioso ministro aspiraba al imperio, y habia concebido la esperanza de alcanzarlo por las promesas de los magos, con quienes andaba en evocaciones, encantos y abominables sacrificios, degollando ermitas y abriendoles las entrañas para consultar lo porvenir. Enemigo jurado de los cristianos que detestaban la magia, tentó todos los medios para hacerlos odiosos á Valeriano, y llegó á persuadirle que consistia la salvacion del imperio en que todos rindiesen adoracion á sus dioses; por lo que era necesario castigar á los que resusaban sacrificar en su honor.

En el año 256 empezó Valeriano á manifestar su mudanza, y en efecto, se ve por las actas de los santos mártires Eusebio, Marcelo é Hipólito, que desde entonces fueron perseguidos y presos por el

tendrian al menos un pretexto si fuera cierto que San Cipriano y los obispos de su partido suponian en la Santa Sede un error de hecho, que en este caso nada menos era que un error sobre la tradicion. Pero no hay nada de eso. Hemos dicho de lo que provenia la resistencia de San Cipriano y de sus partidarios: sus ideas sobre el objeto de la cuestion, eran constantes, y no veian ellos mas que un punto de disciplina, creyendo que sobre él cada Iglesia era libre de conservar sus costumbres.

prefecto de Roma, á causa del celo que ostentaban por la conversion de los paganos. Hasta el año siguiente no se hizo general la persecucion, en virtud de unos edictos que el emperador dirigió á los gobernadores de las provincias, para prescribir la observancia del culto y de la religion de los romanos. Mandaba desterrar á los obispos, sacerdotes y doctores de la Iglesia, siempre que desobedeciesen: prohibia toda reunion de cristianos, especialmente las que tenian en los cementerios; y sentenciaba á muerte á todo el que quebrantase estas órdenes, porque con facilidad se advertia que el ejemplo de los mártires y los honores que se concedian á su memoria en estas juntas, contribuian á animar á los cristianos, y á afirmarlos en su religion.

El Papa San Esteban fué una de las victimas de esta persecucion. Alcanzó la corona del martirio, pero no se sabe con qué suplicio, en 2 de Agosto del año 257. A los veintidos dias de estar vacante la silla apostólica, fué elegido para ocuparla Sixto ó Xisto, segundo de este nombre, que no la ocupó un año entero. Le prendieron en el cementerio de San Calixto con cuatro diaconos, y le dieron muerte el dia 6 de Agosto del año 258. En tan corto espacio de tiempo hizo á la Iglesia eminentes servicios, porque contribuyó con su moderacion y dulzura á que se reuniesen los ánimos divididos en la cuestion del bautismo: de hereges; tambien trabajó para la propagacion del Evangelio, y la Iglesia galicana recibió bajo sus auspicios una nueva falange de operarios evangélicos; de que hablaremos en adelante.

Cuando llegaron á Egipto las órdenes del emperador, el prefecto Emiliano mandó prender á San Dionisio de Alejandría y á otros miembros de su clero; y procuró seducirlos para que sacrificasen delante de los ídolos; pero el santo obispo le respondió con firmeza: "Cada uno adora á los dioses que reconoce: el que adoramos nosotros, es el supremo Dios, criador de todas las cosas, y señor del mundo; y á él solo dirigimos nuestras plegarias y sacrificios por la prosperidad del imperio." "Y quién os estorba, replicó Emiliano, adorar ese Dios en union con aquellos que todo el mundo honra?" Declaró San Dionisio que no podia reconocer mas que á uno solo; y dicho esto, fué condenado á destierro, y obligado, aunque estaba enfermo, á salir sin demora al lugar que le señalaron en las fronteras de la Libia. Siguiéronle muchos cristianos de Alejandría, y de otras partes del Egipto iban otros á buscarle; de modo que no debia de trabajar en la instruccion de los fieles, y celebrar reuniones numerosas para el servicio divino, á pesar de la prohibicion que subsistia. Animaba tambien con sus cartas á los cristianos de Alejandría, y los exhortaba á que se reuniesen tambien como si él estuviera presente. Los habitantes del pueblo en que estaba desterrado, que eran todos paganos, mostraron su odio al santo y sus compañeros con toda clase de malos tratamientos; pero á poco,

prendados de sus virtudes y de su ejemplo, se convirtieron en gran número al cristianismo, abandonando el culto de los ídolos. El prefecto Emiliano trasladó prontamente á los confesores á la Marcota, y los separó señalando á cada uno la aldea que debía habitar. Aunque al principio aflijó á San Dionisio esta mudanza de lugar para su destierro, no tardó en hallar allí una considerable ventaja, porque estando mas cerca de Alejandría, tuvo mas frecuentes ocasiones de ver é instruir á su rebaño, que iba sucesivamente á visitarle en porciones numerosas. En este lugar permaneció el santo hasta el fin de la persecucion; y durante este tiempo escribió al Papa San Sixto, las cartas sobre el bautismo.

Tambien fué preso San Cipriano en el mes de Agosto del año 257, por órden del procónsul de Africa, Patero, que haciéndole comparecer en su tribunal, le preguntó su nombre, y le dijo que tenia órden de obligarle á que siguiese y practicase la religion del imperio. Respondió San Cipriano: "Soy cristiano y obispo: no reconozco mas Dios que al criador del cielo y de la tierra. A este Dios pedimos nosotros dia y noche por todos los hombres, y en particular por los emperadores." Preguntó el procónsul: "Es esta tu última resolucion?" Y el santo respondió: "La voluntad que se funda en el conocimiento de la verdad, no debe mudarse." Amenazóle el juez con el destierro, y añadió que tenia órdenes para castigar á los clérigos, y que deseaba saber sus nombres. San Cipriano replicó: "Vuestras leyes condenan á los delatores; pero sin trabajo hallarás á los que buscas." Entonces le notificó el procónsul la prohibicion de celebrar juntas y de reunirse en los cementerios, pena de la vida, y luego mandó le llevasen desterrado á la villa de Curube, situada en la costa de Africa, y á cincuenta millas de Cartago. Recibieron con respeto al santo obispo los fieles de ella, y otra multitud de vecinos de las inmediatas salian á su encuentro para visitarle. Dios le favoreció desde la primera noche de su arribo con una vision que le dió á entender el tiempo y las circunstancias de su martirio.

Supo poco despues San Cipriano en su destierro que habian sido presos nueve obispos, con algunos sacerdotes, diaconos y muchos fieles y hasta doncellas y niños, y que despues de haberlos azotado con varas, los enviaron á trabajar á las minas que habia en las montañas de la Mauritania, donde habian perdido muchos por lo intolerable de sus padecimientos; porque siempre tenían guillos, y por la noche les ponian manijas: dormian en la tierra desnuda y no comian mas que un poco de pan: carecian de vestidos para libertarse del frio, y estaban rendidos del trabajo, sin respirar otro aire que el fétido de las minas y el de los calabozos. Escribió el santo obispo á los confesores cartas consolatorias, y acompañó una cantidad de dinero para que pudiesen en parte aliviar sus miserias y urgentes necesidades. Permaneció once meses en aquel destierro, hasta que

Máximo, nuevo procónsul de Africa, le permitió volver á Cartago.

Viendo Valeriano palpablemente que las penas hasta entonces impuestas á los cristianos no bastaban para quebrantar su constancia, al año siguiente publicó un bando mas riguroso, que se presentó en el senado, y se circuló á los gobernadores de las provincias. En él se declaraba reos de muerte á los obispos, clérigos y diaconos; se sentenciaba á los senadores, nobles y caballeros á la pena de degradacion y confiscacion de bienes: y si aun perseveraban en la práctica de la religion cristiana, se mandaba decapitarlos. Las mugeres nobles debían ser desterradas y perder sus bienes: en fin, todos los cesarianos, es decir, los empleados y criados del emperador que confesasen la fe, ó la hubieran confesado, quedaban privados de su libertad y reducidos á la clase de esclavos.

En cuanto supo las nuevas órdenes San Cipriano, cuidó de participarlas á los demas obispos, y despues solo trató de prepararse para el martirio. Gran número de senadores y otras distinguidas personas le aconsejaban que abandonase su casa y pusiera en seguro su persona. Pero no lo consintió, y fijando en el cielo todas sus esperanzas, á medida que su triunfo se acercaba, animaba á los fieles para que despreciasen las cosas de la tierra, así de palabra como con el ejemplo. Sin embargo, sabedor de que el procónsul Máximo, que estaba entonces en Utica, habia enviado soldados para que le condujesen allá, cedió al consejo de sus amigos, y creyó que se debía ocultar algun tiempo, no por huir de la muerte, sino para esperar la vuelta del gobernador á Cartago, y morir delante de sus ovejales. Escribió su última carta al clero, para manifestar el motivo de su retirada. Al punto que volvió á Cartago el procónsul San Cipriano se restituyó á su ordinaria habitacion, donde no tardaron en prenderle. Habiendo corrido por la ciudad esta noticia, fué el pueblo en tropel á rodear la casa en que habian de custodiarle aquella noche, y se permitió que le visitasen sus amigos. Conducido al siguiente dia al tribunal, le preguntó el procónsul su nombre, y le mandó adorar á los ídolos; pero hallándole firme, tomando el parecer de sus asesores, pronunció en alta voz la sentencia siguiente: "Thascio Cipriano es condenado á morir al filo de la espada." El santo al oírlo dijo: "Alabado sea Dios." Los cristianos que estaban presentes, exclamaron á una voz: "Que nos maten á todos con él!" Condujéronle al lugar del suplicio, que se llenó inmediatamente de gente. El santo se arrodilló para hacer oracion, y concluida se levantó con alegre semblante, se quitó la capa, la entregó á los diaconos, despues dió al apéndice veinticinco escudos para manifestar que le perdonaba, y en fin, habiéndose vendado los ojos, se hincó de rodillas y cruzó las manos sobre el pecho, en tanto que los fieles extendian lienzos y pañuelos al rededor para recoger su sangre. En tal estado le cortaron la cabeza el dia 14 de Setiembre del año 258. Enterraron su cuerpo los fieles con religiosa solem-

nidad, y en adelante se edificaron dos iglesias en honra suya, una en el lugar de su martirio, y la otra en su sepultura. Así falleció este ilustre mártir, cuya vida escribió San Ponce, uno de sus discípulos y su compañero en el destierro.

Gran número de obras tenemos de San Cipriano, que han merecido elogios de los mayores doctores de la Iglesia, y su reputación ha hecho que se le atribuyan otras que no le pertenecen. Además de sus cartas que contienen preciosos documentos para la historia de la Iglesia, hemos dado á conocer su libro á Donato, el tratado de la Vanidad de los ídolos, el escrito contra Demetrio, el del Bien de la paciencia, otro sobre la Envidia, el de la Unidad de la Iglesia, cuyo título indica suficientemente su objeto, y por último, el tratado de los *Cautivos*, que manifiesta la necesidad de la penitencia, y contiene las máximas más saludables para dirigir á los pecadores á una verdadera conversión. Los que no hemos analizado, son el de la Mortalidad, escrito con motivo de la peste, para consolar y sostener á los fieles, que por apego á la vida ó por falta de fe hubieran podido abatirse ó sucumbir con el temor de tan terrible azote; el tratado de la limosna, para justificar la precisión de darla, y refutar los pretextos vanos de que se valen los ricos para dispensarse de esta obligación; tres libros de los testimonios á Quirino, de los cuales los dos primeros se dirigen á combatir la obstinación de los judíos, demostrando el cumplimiento de las profecías en la fundación de la Iglesia y en la Encarnación del Verbo, y el tercero contiene una exposición de las máximas y reglas de la moral cristiana; el tratado de la conducta de las vírgenes, en que San Cipriano hace ver la excelencia de la virginidad, y expone las obligaciones de las que hacen voto de serlo, explicándoles lo que deben observar ó evitar para no deshonrar la santidad de su profesión; una exhortación al mártir, en la que se puede notar que San Cipriano cuenta cerca de seis mil años de la creación del mundo, conforme á la cronología de los setenta; últimamente, la explicación de la oración dominical, que es la obra al parecer más estimada de cuantas compuso el santo doctor. San Agustín le cita con frecuencia, como autor que suministra testimonios incontestables de la tradición de la Iglesia sobre la necesidad de la gracia.

Refiérese á esta persecución el suplicio de los mártires conocidos con el nombre de *la masa blanca*, porque los precipitaron en un barranco de cal viva, y cuando los sacaron de allí, sus cuerpos y la cal no formaban más que una masa. Eran ciento y cincuenta, y algunos autores los hacen llegar á trescientos. Sufrieron este martirio en Ulica, probablemente cuando estaba allí el procónsul, un poco antes de la muerte de San Cipriano: porque las órdenes que aquel dió para que llevasen al santo obispo, hacen presumir que entonces se ocupaba en perseguir á los cristianos. Con todo, creen algunos autores que dichos mártires sufrieron tan horrible suplicio

en la persecución de Decio, y en efecto, hemos visto que por entonces se había empleado el mismo suplicio en Egipto.

Habiendo muerto el procónsul Máximo Solon, intendente del fisco, continuó la persecución. Mandó prender á ocho cristianos de Cartago, Lúcio, Montano, Flaviano, Juliano, Victorio, Primolo, Remo y Donaciono: este último era catecúmeno, y fué bautizado en la prisión, donde murió muy luego. Cargados de cadenas, y los tuvieron muchos meses encerrados en un calabozo estrecho, donde sufrieron los horrores del hambre, de la sed y de la infección. Pero logrando los fieles penetrar hasta este recinto, procuraron llevarles alimentos y consuelos con todos los artificios de la más ardiente caridad. Dios los favoreció también con muchas apariciones, que anunciaban su pronto fin y la recompensa de sus trabajos. Muchas veces los condujeron al tribunal y allí confesaron el nombre de Jesucristo con heroico valor. Les amenazaron con que los quemarían vivos, y los mandaron decapitar. La mayor parte de ellos eran sacerdotes ó diáconos y discípulos de San Cipriano. Dilatóse el suplicio de Flaviano algunos días, porque parte del pueblo, para salvarle, gritaba en alta voz que no era diácono; pero de nuevo se le tomó declaración, y como persistiese en confesar su estado, fué también condenado á muerte. Otros muchos cristianos habían sufrido ya el martirio; ó por medio de tormentos ó entre los padecimientos de las prisiones.

Más violenta aún fué la persecución en la Numidia; en diferentes lugares fueron presos muchos cristianos de toda edad y condición, y conducidos á Lambese, donde estaba el gobernador. Mandó comparecer á su presencia á los simples fieles, esperando vencerlos más fácilmente cuando estuvieran separados de los sacerdotes y otros ministros. Empleó algunos días en juzgarlos, y después de enviarlos al suplicio uno tras de otro, pronunció la sentencia de condenación contra los que pertenecían á la clase del clero. Todos juntos fueron al sitio donde se había de ejecutar la sentencia; á la orilla de un río, y los hicieron poner en fila á fin de que los verdugos pudiesen cortarles la cabeza con más facilidad, y arrojar después los cuerpos al río. Santiago, diácono, y San Mariano, lector, son los más distinguidos entre estos mártires. Habían sufrido los tormentos del potro, y condenado dos veces con Intrepidez el nombre de Jesucristo delante de los magistrados de Cirta, hoy Constantina; cuando fueron remitidos al gobernador para que los sentenciase.

También en España, bajo el reinado de Valeriano, se encuentran tres mártires célebres por la brillante gloria de su confesión, y por ser los primeros que se conocieron en aquella provincia: fueron Fructuoso, obispo de Tarragona, y los diáconos Augurio y Eulogio. Prendiéronlos el domingo 15 de Enero de 259, y después de permanecer en la prisión seis días, los llevaron el viernes al tribunal del gobernador, quien les mandó adorar á los ídolos, y habiéndose resistido, los condenó á ser quemados vivos. Los condujeron al pun-

te al anfiteatro, y algunos cristianos que los seguían les ofrecieron un licor capaz de sostenerlos. Pero como era día de estación y no eran más que las diez, respondió San Fructuoso: "Todavía no es hora de quebrantar el ayuno." Esto manifiesta con qué exactitud se observaba el ayuno los viernes, cuando se creía quebrantarle bebiendo. Recogieron los fieles con cuidado las reliquias de los mártires, y las enterraron en la iglesia debajo del altar. Por un sermón de San Agustín se sabe que el día de su aniversario se leían las actas de su martirio.

La Iglesia de Roma, que había sentido los primeros efectos de la persecución, sufrió también un aumento de rigor después de la publicación del segundo edicto de Valeriano. Entonces fué cuando el Papa San Sixto alzó la corona del martirio con el suplicio de la cruz en 6 de Agosto del año 258. Había trasladado el 29 de Junio anterior las reliquias de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo á las catacumbas, donde había costumbre de enterrar á los mártires, porque ya hemos advertido que los cristianos tenían cementerios particulares, y con cuidado evitaban el mezclar los cuerpos de los fieles con los de los paganos. Uno de los delitos de que acusaron á Marcial, obispo apóstata, cuya deposición hemos visto confirmada en un concilio de Cartago, fué haber enterrado sus hijos en sepulcros de paganos. Además, distinguían los de los mártires, ya con inscripciones, ya con señales particulares que servían después para reconocerlos, como por ejemplo, palmas ó cruces con redomas teñidas de encarnada, á causa de la sangre que se echaba dentro. San Sixto fué preso en este cementerio subterráneo, estando celebrando los divinos misterios con algunos diáconos. Después de su muerte, la Santa Sede vacó cerca de un año, y tomó el cetro romano el gobierno de la Iglesia.

San Lorenzo, el primero de los siete diáconos de Roma, seguía al Papa San Sixto cuando le condujeron al suplicio; y como se desconfiaba porque no podía padecer con él por el nombre de Jesucristo, le dijo el santo Pontífice: "Hijo, mayor combate se te ha reservado: dentro de tres días me seguirás." Inmediatamente San Lorenzo repartió entre los pobres todo el tesoro de la Iglesia, y aun los vasos sagrados, para evitar que los profanasen. Habiendo llegado este proceder á noticia del prefecto de Roma, y persuadiéndose que estas limosnas indicaban la existencia de cuantiosos fondos en la Iglesia, quiso apoderarse de ellos; y haciendo comparecer á San Lorenzo con la esperanza de persuadirle fácilmente á que los entregase: "Os queréis, le dijo, de que os tratamos con crueldad: no hablemos ahora de tormentos: todo lo que exijo con la mayor dulzura es que hagáis una cosa que pende de tu voluntad y está en tus facultades. Dícese que en vuestras ceremonias ofrecen los Pontífices sus libaciones en vasos de oro; que la sangre de las víctimas la recibís en copas de plata, y que para alumbraros en vuestros sacrificios

nocturnos, tenéis los cirios en candeleros de oro. Dícese que para proveer á estos gastos venden los fieles sus posesiones. Descubre esos tesoros escondidos; porque el príncipe los necesita para mantener sus tropas. Así como así, yo sé que según vuestras propias doctrinas estáis obligados á dar al César lo que es del César." San Lorenzo respondió: "Yo no negaré que en nuestra Iglesia haya riquezas: prometo manifestarlas; pero me darás el tiempo necesario para arreglarlo todo." Muy contento el prefecto con esta respuesta, le concedió tres días de término. Empleólos San Lorenzo en remitir todos los pobres que mantenía la Iglesia, ciegos, cojos y tullidos, como unos mil y quinientos, sin entrar en este número las vírgenes y viudas que recibían socorros de ella; y en el día señalado se presentó con este acompañamiento, y dijo al juez: "Aquí tienes los tesoros de nuestro Dios: en los pobres y en los enfermos es en quienes se complace, y á los que reparte con abundancia sus gracias; y nosotros ponemos en su poder nuestras riquezas. Ahí están nuestras joyas y pedrería en estas vírgenes y viudas, cuyas virtudes forman todo el adorno y completan la corona de la Iglesia." Furioso el prefecto á vista de este descalce, mandó á San Lorenzo que renegase de su fé ó se preparase á sufrir los mayores tormentos; y sin más tardanza hizo que le azotaran hasta desgarrarle el cuerpo; pero no bastando aún este castigo para quitarle la vida, ordenó que le pusieran en unas parrillas hechas ascua, y debajo de ellas brasas medio encendidas á fin de quemarle poco á poco. Parecía insensible á los dolores San Lorenzo; y al cabo de un buen rato dijo al tirano: "Que me vuelvan del otro lado, porque de este ya estoy asado." Y de allí á algunos momentos añadió: "Mi cuerpo está bastante cocido: puedes hartarte con él si quieres." Y luego mirando al cielo, pidió á Dios que los romanos se convirtiesen á la fé, y espiró. Ocurrió este martirio en 10 de Agosto del año 258. Algunos sanadores que se convirtieron con este ejemplo de constancia, llevaron en sus hombros el santo cuerpo, y le enterraron en una gruta junto al camino del Tibur (Tiboli): al instante comenzaron á obrarse muchos milagros por su intercesión.

Aunque no conocemos los pormenores sobre la persecución de Valeriano en el Oriente, la presencia suya basta para que no se dude que serían excesivos los rigores que se ejercerían contra los fieles en esta parte del imperio. En Cesarea de Palestina, tres cristianos llamados Prisco, Malco y Alejandro, animados por el ejemplo de otros mártires, fueron espontáneamente á presentarse al gobernador, que los condenó á ser pasto de las fieras. En Antioquia, San Nicéforo creyó que también debía denunciarle para reparar el escándalo que había causado con su apostasía el presbítero Sapricio. Después de haber vivido en la amistad mas estrecha estos dos cristianos, se desavinieron con el tiempo y llegaron á ser tan enemigos, que procuraban no encontrarse ni casualmente. Entró Nicéforo en

reflexion, y conociendo su estado, envió á unos amigos de ambos para que pidiesen perdón á Sapricio en su nombre y tratasen de reconciliarles. Empleó este medio tres veces y todas sin fruto. Entonces fué á buscar al sacerdote, y postrado á sus piés le rogó le perdonase por amor de Dios, pero no lo pudo lograr. En esto sobrevino la persecucion, fué preso Sapricio y confesó que era cristiano y sacerdote. Pusieron á prueba su fé con erólicas y prolongados tormentos que sufrió con la mayor constancia; y como perseverase, fué sentenciado á ser decapitado. Sabiendo Nicéforo que le conducian al suplicio, salió al paso, y echándose á sus piés le dijo: "Mártir de Jesucristo, perdóname la ofensa que haya podido hacerte." Sapricio volvió la cabeza á otro lado y nada contestó. Siguióle Nicéforo hasta el suplicio, conjurándole con tan vivas instancias, que los gentiles se burlaban de tanto afán, no pudiendo comprender que fuese tan estúpido un hombre que pidiese perdón á otro que iban á ajusticiar. Sin embargo, no pudo ablandar la dureza de Sapricio, que fué castigado con la pérdida de la corona que iba en aquel punto á recibir. Diferente los verdugos que se pusiera de rodillas para recibir el golpe fatal; y este desgraciado reargó inmediatamente de Jesucristo y ofreció que adoraría á los ídolos. Ordenó lo cual Nicéforo le exhortó enérgicamente á que no perdiese por un momento de cobardía la recompensa de los grandes tormentos que habia sufrido; pero viendo que no alcanzaba nada de él, exclamó: "Yo soy cristiano, y creo en Jesucristo, de quien este infeliz ha renegado; mázame en su lugar." No se atrevieron á proceder á nada sin orden del gobernador, y marcharon á darle cuenta de lo que pasaba. Al instante mandó que cortasen la cabeza á Nicéforo, el cual alcanzó la corona del martirio por su fé y humildad. En Cesarea de Capadocia, Cirilo, niño aún, manifestó una heroica constancia: siempre tenía en sus labios el nombre de Jesucristo, y ni las burlas, ni los malos tratamientos podian impedirle que se declarase cristiano. Le expusó su padre de su casa y le privó de todo socorro; mas no pudo hacerle trabejar en la fé. El juez mandó que se presentase este niño; y quiso intimidarle primero con amenazas, y luego seducirle con sus caricias; pero Cirilo, ostentando una inteligencia superior á sus años, respondió con firmeza que se alegraba de tener ocasion de sufrir por la fé todos los sarcasmos y reprensiones que escuchaba; que con gusto perderia los bienes terrenos por los celestiales, y finalmente, que no temía la muerte, porque le conducía á una vida feliz y eterna. Atónito á presenciar de todos como para conducirle al suplicio, y le amenazaron con que lo quemarian vivo enseñándole una hoguera que encendieron allí cerca; pero no dió la menor señal de cobardía. Otra vez le volvieron al tribunal, y el juez le dijo: "Ahora bien, ya has visto la hoguera; he dispuesto que te quemen en ella si persistes en tu desobediencia. Quieres enmendarte en lo sucesivo, y volverás á ser admitido en la casa pa-

terna?" El valeroso niño respondió: "No sé por qué me has hecho volver; tus amenazas no me asustan; no tengo otro deseo que ser arrojado cuanto antes á las llamas para adquirir las riquezas que no dependen de vosotros." Como observara que los espectadores se deshacian en lágrimas, les dijo: "Mas bien debiais darme el parabien en vez de llorar; alegraros, pues, y felicitaros por mi próxima ventura. No podéis figuraros la gloria que me espera, ni la hermosura del reino donde habitaré." Marchó en seguida hácia la hoguera con un valor y una alegría que excitó la admiracion de toda la ciudad.

Durante esta persecucion de Valeriano, recibieron las Galias nuevo refuerzo de operarios evangélicos, enviados, como arriba indicamos, por el Papa San Sixto. Cuéntase entre ellos á San Peregrin, primer obispo de Auxerre, que después de muchos trabajos derramó su sangre por la fé, en el reinado de Diocleciano; San Genulfo, que es tenido por primer obispo de Cahors; mas su predicacion encontró grandes obstáculos y apenas produjo fruto alguno; San Memmio ó San Meago, que fundó la Iglesia de Chalons-sur-Marne, y cuyo culto llegó á ser muy célebre, sobre todo despues de hallado su cuerpo entero é incorrupto en el siglo VII; últimamente, San Sixto, primer obispo de Reims, y San Siméon, discípulo suyo, que fué á predicar la fé á Soissons. A estos santos obispos se dan muchos discípulos enviados de Roma en su compaña para auxiliarlos en sus tareas. Entre ellos debemos distinguir á San Timoteo, que acompañó á Reims á San Sixto, y á poco ilustró esta noble Iglesia con su glorioso martirio. Créese que fué una de las victimas de la persecucion de Valeriano, y su muerte fué precedida ó seguida de la de cincuenta personas que confitieron, entre las cuales es notable su verdugo Apollinar.

Refiérese también á la propia época el martirio de San Baso, obispo de Niza, el de San Pons, á quien cortaron la cabeza en la misma ciudad, y el de San Patrolio, ajusticiado en Troyes por orden de Aureliano, gobernador á la sazón de las Galias. En fin, se pone también por este tiempo el martirio de San Dionisio, primer obispo de Paris; la tradicion es que fué decapitado con un clérigo llamado Rústico y con Eleuterio, diácono, en una montaña próxima á aquella capital, que se llamó por esta razon Monte de los Mártires, y por corrupcion Montmartre (1). Enterrados sus cuerpos en un lugar cercano, en donde Santa Genevieve mandó edificar una iglesia en honor suyo, fueron despues trasladados á la célebre abadía de esta nombre.

También merece ser citado entre la multitud de cristianos que sufrieron los rigores de la persecucion en el reinado de Valeriano,

(1) En este lugar fué donde en 1534 tuvo nacimiento la famosa Compañia de Jesus, haciendo en él sus primeros votos San Ignacio de Loyola y sus compañeros.—E. M.

San Félix, sacerdote de Nola, en la Campania, que fué tan célebre por su caridad, por sus milagros y por su valor en soportar tormentos durísimos y dilatados por el nombre de Jesucristo. Aunque por muerte de su padre quedó muy joven heredero de bienes considerable, no dejó de consagrarse enteramente al servicio de la Iglesia, y fué ordenado de lector en sus primeros años, despues exorcista, y últimamente presbítero, bajo la dirección de Máximo, obispo de Nola, que le amaba como si fuera hijo, y le destinaba á sucederle en la mitra. Habiendo obligado la persecucion de Decio á Máximo á que se fugase; prendieron á Félix, como el ministro principal entre los cristianos. Puesto en rigorosa prision, cargado de cadenas y estrados los pies en un cepo, despues de haber sembrado el suelo de guijos, le era imposible descansar un instante. El anciano obispo, refugiado en un monte desierto, carecía de todo, y estaba próximo á morir de hambre y de frío. Aparecióse un ángel á Félix cierta noche, y le mandó que volara en socorro de su pastor. Félix, que sentía el peso de las cadenas, creyó que soñaba; pero repitiéndole el ángel la orden y mandándole que se levantara, cayeron al suelo las esposas, salieron los pies del cepo, y las puertas se abrieron de repente. Saló, pues, atravesando por medio de los guardias dormidos, y marchando sin direccion por desconocidos caminos, llegó al sitio donde estaba el santo obispo, sin habla, sin movimiento, respirando con trabajo y á punto de espirar. Nada tenía Félix para remediar aquella mortal debilidad; púsose, pues, en oracion, y reparó que encima de su cabeza habia un racimo de uvas, colgado de unas zarzas. Le cogió y espiñó el jugo en la boca del anciano, que tomando un poco de aliento, conoció á Félix y le dijo: "Mucho has tardado en venir; hace tiempo que Dios me prometió que vendrias á socorrerme. El estado en que me hallas prueba que no he huido por miedo de morir; pero he desconfiado de mis fuerzas. Te ruego que me laves entre mis ovejas." Cargóle Félix en sus hombros, y llevándole á su casa, según sus deseos, se retiró él á la suya colmada de bendiciones por el santo viejo, y allí permaneció escondido hasta la Iglesia.

Habiéndose renovado la persecucion en tiempo de Valeriano, no podía menos de ser buscado Félix; pero se libró de todas las pesquisas por particular proteccion de la Providencia. Un dia que estaba en medio de la ciudad, rodeado de amigos y fieles á quienes instruía, los guardias que tenían orden de cogerle, pasaron por delante de él sin echarle de ver, aunque le conocian muy bien. Advertidos los guardias de su torpeza por algunos, volvieron atras. Félix se ocultó prontamente en unas ruinas inmediatas; pero infelizmente le hubieran descubierto si el hueco por donde acababa de entrar no hubiese quedado al instante tapado enteramente con telas de araña. No pudieron los perseguidores presumir que hubiera entrado por allí, y fueron á buscarle mas adelante. En cuan-

to se marcharon, Félix se retiró á una cisterna antigua, donde permaneció seis meses, alimentándole una muger cristiana.

Cuando volvió la Iglesia á gozar de paz, regresó Félix á Nola, y fué recibido allí como si bajara del cielo. Le pidió todo el pueblo por obispo, despues de la muerte de Máximo; pero cedió Félix este honor á un anciano llamado Quinto, porque éste habia sido ordenado sacerdote antes que él, aunque mediaron solo siete dias de diferencia. Por esta cláusula se advierte que entonces no habia tiempo designado para darse las órdenes, y podian conferirse todos los domingos. Como habian secuestrado á Félix todos sus bienes durante la persecucion, muchas personas le aconsejaban que intentase una accion judicial para que se le devolvieran; pero él se opuso, y asimismo rehusó las ofertas de una muger cristiana muy rica, que trataba de socorrerle. Prefirió para atender á sus primeras necesidades, arrendar un huerto que cultivaba por sí, y que ademas de proveer á su subsistencia le daba para socorrer á los pobres (1). Así concluyó el resto de su vida, ejerciendo la humildad y la caridad, y todas las virtudes cristianas. Enterráronle en uno de los suburbios de la ciudad con grande concurso popular; y sobre su sepulcro se edificó despues una magnífica iglesia. No tardó en hacerse su culto sumamente célebre por la multitud de milagros obrados por su intercesion: San Paulino, en su elogio poético de San Félix, refiere un gran número de ellos que habia presenciado.

Recibió al fin Valeriano el castigo de las crueldades que decretó contra los cristianos. Hacía tiempo que estaba ocupado en hacer guerra á los persas; mas viendo que su imperio era por todas partes invadido de los bárbaros, y que acababa de perder personalmente una batalla, quiso comprar la paz y se empezó temerariamente en un parlamento donde le prendió Sapor, rey de los persas, que le hizo sufrir toda suerte de bajezas. No solo le traía como prisionero por todo el país que recorría, cargado de cadenas y revestido de las insignias imperiales, sino que cuando iba á montar á caballo le obligaba á postrarse, y le ponía el pie sobre la espalda en vez de servirle de estribo. Hay quien dice que le mandó desollar vivo; pero acaso le quitarán el pellejo despues de muerto, y se conservó su piel para enseñarla á los embajadores romanos, y recordarle el oprobio del imperio. Tuvo que sufrir esta dura cautividad Valeriano hasta su muerte, que ocurrió de allí á siete años. Admirábase los gentiles de su desgracia porque le consideraban como uno de sus mejores príncipes; pero por eso mismo los cristianos debian reconocer mas claramente los efectos del castigo de Dios. Tambien es digno de notarse que Macriano, cuyos consejos habian inducido á aquel emperador á hacerse perseguidor, fué igualmente

(1) Por aquí se puede juzgar que en ciertos puntos las Iglesias eran tan pobres, que no podian mantener á sus ministros.

el autor de su castigo, contribuyendo, ya por imprudencia, ya por traición, á que cayese en manos de los persas.

Después del cautiverio de Valeriano sucedido en 260, su hijo Galieno, á quien asoció al imperio desde el principio de su dominación, no tardó en revocar todos los edictos publicados contra los cristianos. Eusebio nos ha conservado la orden que circuló con este fin á los obispos de Egipto, y estaba redactada en estos términos: «El emperador César Publico Licinio Galieno, piadoso, augusto, feliz, á Dionisio, Pimias, Demetrio, y á los otros obispos: Mi voluntad es que por todo el mundo se extiendan los beneficios de mi gracia; y por tanto, que podáis vosotros concurrir á los puntos dond celebráis vuestras religiosas juntas, conservándoos en virtud de la presente y sin temor de que nadie os inquiete. Mucho tiempo hace que yo tenia concedida esta gracia de que podéis usar libremente. Aurelio Cireneo, mi mayordomo mayor, cumpla el rescripto que he dado.» No llegó este edicto hasta el año 262 al Egipto, porque esta provincia estuvo sometida algun tiempo á Marciano, que se hizo proclamar emperador; y por eso alude el decreto al precedente edicto, por el que Galieno habia concedido á los cristianos la paz, y mandado espacialemente la restauracion de los cementerios que les habian sido confiscados.

Indudablemente ocurrió tambien durante la dominacion de Marciano, el martirio de Marino, cristiano distinguido por su nacimiento y riquezas, en Cesarea de Palestina. Era oficial en el ejército y debia ascender por su clase á mayor grado, que estaba próximo á alcanzar; cuando otro que apetecia aquel puesto, fué á delatarle porque era cristiano para que le excluyeran. Preguntó á Marino el gobernador sobre este punto, y contestándole que sí, le mandó que renegase de su creencia, y le concedió tres horas para deliberar. Sabedor el obispo Theoctetes de esta ocurrencia, se presentó donde estaba el militar cristiano, á quien condujo á la iglesia cerca del altar, y allí poméndole á la vista el libro de los Evangelios al lado de su espada, le dijo: «Escoge lo que estimas mas.» Marino sin detenerse puso la mano sobre los Evangelios. Entonces añadió el obispo: «Marcha, y Dios te protegerá, y nadie te arrebatará lo que has escogido.» Volvió el generoso confesor al tribunal donde ostentó doble valor, y al momento fué condenado á muerte, y la sufrió. Un senador romano, llamado Asterio, que se hallaba presente, recogió el cuerpo del santo y le llevó en sus hombros, haciéndole con magnificencia los últimos honores.

Este ilustre senador que ha merecido el título de santo, dió en otras diferentes circunstancias, testimonios no menos brillantes de la firmeza de su fe. Citase en particular un milagro que hizo cesar una superstición, muy acreditada entre los gentiles de Palestina desde tiempos remotos. Tenian costumbre de reunirse todos los años cerca de las fuentes del Jordan, y echar una victima con-

sagrada al dios de aquel rio. Como siempre se hundia y no volvia á parecer, decian que era señal de que el dios aceptaba esta ofrenda y se la llevaba para sí. Hallándose una vez Asterio en esta ceremonia, levantó los ojos al cielo, y pidió á Dios en nombre de Jesucristo, que confundiese esta impostura del demonio. Al instante observaron que la victima volvió á parecer sobre la superficie del agua; y desde entonces no se trató ya de este prestigio.

Reinó el emperador Galieno ocho años despues de la cautividad de su padre; pero la historia de su reinado no ofrece mas que una serie de calamidades y desórdenes. El imperio se vió oprimido de guerras civiles, de irrupciones extrangeras, peste, hambres, terremotos y toda clase de azotes. Mas de treinta tiranos se hicieron proclamar emperadores en diferentes provincias. Marciano fué proclamado de los primetos, junto con sus dos hijos, por los restos del ejército de Oriente: poco mas de un año reinó, y pereció despues con uno de ellos en una batalla que perdió: el vencedor era Aureolo, aclamado tambien emperador por el ejército de Liria. El segundo hijo de Marciano murió poco despues á manos de Odenato, rey de Palmira, que tomó la defensa del imperio contra los persas, y despues recibió del mismo Galieno el título de agosto y de emperador. Se levantaron ademas otros usurpadores en las provincias de Africa, Egipto, Grecia y Mesia, y los mas fueron privados del imperio y la vida, ya por felices rivales, ya por los generales de Galieno, y hasta por sus propios soldados. Pero en las Galias se perpetuó la rebelion bajo diferentes tiranos hasta el reinado de Aureliano. Zenobia, reina de Palmira, conservó tambien hasta la misma época el poder imperial de que se habia apoderado en Oriente despues de muerto su marido Odenato.

Desde los principios del reinado de Galieno fué invadido el imperio por innumerables hordas de bárbaros, que se desparanaron por las provincias, arruinándolas con sus atrocidades. Dueños ya los persas de la Mesopotamia, se apoderaron de parte de la Siria: los escitas y godos saquearon la Tracia, la Grecia y el Asia menor, donde devastaron muchas poblaciones: los sármatas conquistaron la Pannonia; enjambres de pueblos germanos cayeron por todas partes sobre las provincias occidentales de Europa: unos, despues de recorrer la Recia y pasar los Alpes, penetraron en Italia hasta Ravena; otros destruyeron las Galias, y algunos se extendieron á la España y aun hasta Africa. Muchos mártires hubo durante esta invasion en las Galias; entre otros San Privato, obispo de Mende, San Antido, obispo de Besanzon, y San Ausonio, de Angulema, que fueron muertos hacia el año 263 por Croco, rey de los alemanes.

Sin embargo de estas calamidades, resultaron algunas ventajas para la propagacion del Evangelio. Llevaron los bárbaros gran número de cautivos, y entre ellos muchos cristianos que esparcieron por aquellos pueblos la doctrina de Jesucristo, y contribuyeron

á que la abrazasen, ya por la cantidad de su vida, ya por sus repetidos milagros. Se observa sobre todo, que los escitas y los godos al destruir el Asia habian recogido muchos sacerdotes y obispos, que muy luego hicieron admirar el poder de Jesucristo, curando enfermos y arrojando de los cuerpos humanos á los espíritus infernales. Juntos estos prodigios al ejemplo de sus virtudes y á la belleza de las máximas que profesaban, ganaron la voluntad de aquellos bárbaros, que se determinaron á pedir el bautismo. Así se formaron muchas Iglesias, de que fueron declarados obispos los mismos que los invasores habian llevado violentamente. Se cree que en el número de estos cristianos se hallaban los abuelos de Ulifas, célebre obispo de los godos, hácia el fin del IV siglo.

La justa cólera del cielo aumentó con mas terribles desastres los ocasionados por las guerras civiles y las irrupciones extranjeras. La peste, que ya de antemano asolaba el imperio, redobló sus rigores, y fué tan violenta en Roma, que cada dia morian cinco mil personas, y proporcionalmente en las ciudades de Grecia. En el año 262 se sintió en aquella capital un temblor de tierra, que se extendió á Italia, á Africa, y sobre todo, al Asia, donde causó espantosas destrucciones. Acompañante tinieblas, horribles huracanes, terribles bramidos subterráneos, que hacian morir de espanto á multitud de habitantes. Abrióse la tierra en diferentes parages, y muchas poblaciones fueron sumergidas por las aguas del mar ó por las inundaciones de los ríos.

En medio de tantas miserias dieron los habitantes de Alejandría el espectáculo de la caridad mas heróica. Emiliano, prefecto de Egipto, tomó el título de emperador con motivo de una violenta sedición que armó á los vecinos contra la tropa y regó la ciudad y el puerto con arroyos de sangre. Las comunicaciones de ambos campamentos estuvieron mucho tiempo interrumpidas, y mas peligro se corría en las calles, que en medio de los desiertos y de las fieras de la Libia. Luego Emiliano fué acometido y vencido por un general de Galieno; pero antes de suenabir se habia apoderado de los graneros públicos, de modo que se juntó á la mortandad el hambre, y no tardó en sobrevénir la peste. Entonces se vió á los fieles dedicarse sin precaucion alguna al socorro de los apesados, prestarles los servicios mas penosos y repugnantes, recoger á los enfermos abandonados, y cuidar de sepultar á los difuntos. En estos ejercicios contrajeron muchos la peste, y murieron socorriendo á los demás; pero su muerte no desanimaba á los que sobrevivian. La Iglesia honra como mártires á los que fallecieron en estas obras de caridad.

El Papa San Dionisio, que ocupaba entonces la silla apostólica, en que habia sucedido á San Sixto en el año 259, no omitió nada de cuanto podia mitigar las desgracias que afligian á las provincias. Se ve en particular que escribió á las Iglesias de Capadocia cartas

consolatorias, enviándoles socorros para rescatar á los cautivos. Tambien resplandeció su celo por la defensa de la fé católica, con ocasion de los errores que se publicaron entonces sobre el misterio de la Trinidad y sobre la divinidad del Verbo. Quélanos un largo fragmento de una carta en que combatia á un tiempo la heregia de Sabelio, que confundia las tres divinas personas, la de algunos marcionitas, que admitian tres primeros principios ó sustancias distintas, de que hacian otros tantos dioses, y últimamente, el error de los que afirmaban que Jesucristo era una criatura. Esta carta se dirigió á San Dionisio de Alejandría, acusado por algunos de que enseñaba que el Verbo no era consustancial al Padre; lo que redujo al santo doctor al caso de tener que responder en una apología, en que explicó el dogma católico sobre la Trinidad; solo unos fragmentos han quedado de esta obra.

San Dionisio de Alejandría, uno de los mas ilustres obispos de los primeros siglos, habia nacido en el paganismo de familia distinguida; y habiéndose convertido á la fé cristiana por la lectura de los libros santos, renunció los honores y esperanzas del siglo para adherirse únicamente á Jesucristo. Fué discípulo de Origenes, y desempeñó despues por mucho tiempo la enseñanza de los catecúmenos, y sucedió á San Heraclas en la silla de Alejandría el año 247. Obligado á fugarse durante la persecucion de Decio, y condenado al destierro en la de Valeriano, jamás cesó de velar sobre su rebaño, y ya dejamos indicado que su solicitud alcanzaba á las demas Iglesias. Empleó toda su diligencia en atajar los progresos de Noraciano y en pacificar los ánimos cuando la disputa respecto del bautismo de los hereges. Poco despues impugnó en muchos escritos los errores de Sabelio, y en esta ocasion fué cuando le acusaron de que negaba la consustancialidad del Verbo. Como Sabelio confundia las tres personas divinas, San Dionisio, para probar la distincion con argumentos incontestables, insistia principalmente sobre el misterio de la Encarnacion y sobre las palabras de la Escritura, que aplicándose al Hijo, considerado como hombre, le atribuyen claramente una personalidad distinta de la del Padre; de donde precisamente se concluia que no era el Padre el que habia encarnado, y por consiguiente que no se le podia confundir con el Hijo. Pero como este raciocinio, por lo mismo que se apoyaba en la encarnacion del Verbo, suponía al parecer algunas veces una distincion entre el Padre y el Hijo en cuanto á la sustancia, porque en efecto, en el Verbo encarnado se halla la naturaleza humana, que siempre permanece distinta de la divina; algunos fieles muy instruidos en la fé, pero que comprendian mal el pensamiento de San Dionisio, en lugar de pedirle mas explicaciones, le acusaron al Papa de que sostenia que el Hijo no es de la misma naturaleza que el Padre. Juntó el Papa un concilio en que se condenó la doctrina atribuida á San Dionisio de Alejandría, y le escribió pidiéndole explicaciones sobre los puntos que dieron lugar á estas sospechas.

Respondió el santo obispo con un tratado en que justificó su perfecta ortodoxia, limitándose á exponer el verdadero sentido de sus palabras que se habían interpretado mal, por haberlas tomado aisladamente y sin atender á la serie del discurso. Como lo principal que se lo imputaba era haber asentado una distincion de naturalezas entre el Padre y el Hijo, se justificaba diciendo que habia hablado así del Hijo considerado como hombre y no como Dios. Con este motivo se explicaba positivamente sobre la consustancialidad del Verbo, quejándose con calor de que le hubieran acusado de que la negaba. "Verdad es, dice, que no he hallado esta palabra en ningún pasaje de la Escritura; pero he dicho muchas cosas que vienen á tener el mismo sentido, y que no dejan duda sobre mi pensamiento." Prueba tambien que ha enseñado lo que esta palabra significa, cuando ha hecho ver que el Hijo es uno en sustancia con el Padre; cuando ha dicho que el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo; que el Hijo no es criatura, y que no ha sido hecho sino engendrado, como que es la luz y la sabiduría del Padre, luz eterna como él é inseparable de él. Porque así como el sol no existe sin luz, el Padre tampoco ha estado jamás sin el Verbo, que es su eterno esplendor; que siempre está en él y que ha sido engendrado sin principio. San Atanasio, refiriendo estos y otros muchos pasajes semejantes, añade con razon, que era imposible condenar de un modo mas formal la doctrina de los arrianos. Por lo demas, esta misma acusacion dirigida á San Dionisio, porque al parecer no admitia que el Hijo era consustancial al Padre, y el dudado que él tuvo de justificarse en este punto y de manifestar que lo mismo habia dicho en otros términos, dan bastante á conocer que el uso comun habia introducido ya esta palabra, consagrada despues por la decision del concilio Niceno.

Otra nueva prueba de su fe ortodoxa sobre la Trinidad, dió San Dionisio de Alejandria cuando defendió la divinidad de Jesucristo contra Pablo Samosateno, obispo de Antioquia. Refutó los errores de aquel herejiarca en una carta que le escribió al intento; y como por su vejez y enfermedades no podia asistir al concilio que despues se convocó en Antioquia para condenar estos mismos errores, dirigió otra carta al clero de la misma ciudad, exponiendo la doctrina católica de un modo tan exacto, y probándola con tanta solidez, que el concilio de 269 creyó debia publicarla y circulara á todas las Iglesias.

Algun tiempo antes, el santo obispo habia combatido mas eficazmente el error de los milenarios que se propagó en Egipto, y especialmente en el distrito de Arsinoe, donde fué causa de funestas divisiones. Habiéndose presentado allí, y reunidos los presbiteros y doctores que instruian á los cristianos dispersos en las aldeas, despues de muchos dias de conferencias, logró por fin desengañarlos y que se convencieran de su error. Como habia apadrinado semejan-

te error un obispo de Egipto llamado Nepos, que tomando á la letra las palabras del Apocalipsis sobre el reinado de mil años, se habia esforzado en consignar su opinion en una obra titulada, *Refutación de los alegoristas*, creyó San Dionisio que debia responderle por medio de un tratado en que enérgicamente combatia unas esperanzas puramente carnales, tomadas del judaismo, y las bajas y groseras interpretaciones que propendian á degradar la magestad de los libros santos. En los fragmentos bastante largos que aun quedan de este tratado, puede observarse que la mayor parte de los fieles tenían costumbre de poner á sus hijos los nombres de San Pedro, San Pablo y de los otros apóstoles.

Murió San Dionisio de Alejandria al fin del año 264. De todos los escritos que compuso no ha llegado íntegro hasta nosotros mas que la carta canónica dirigida al obispo Basílides, que le habia consultado sobre diferentes puntos de disciplina, y entre otros, la hora á que podia quebrantarse el ayuno para empezar las fiestas de Pascua. Por ella se ve que muchos cristianos pasaban dos ó tres dias, y alguna vez toda la semana santa, sin tomar alimento alguno, y á lo menos no era lícito comer el sábado santo antes de medio dia. La Iglesia de Oriente ha colocado esta carta en la clase de los cánones.

Sabelio, cuyos errores impugnaron el Papa San Dionisio y el obispo de Alejandria, parece que empezó á dogmatizar en los primeros años del reinado de Valeriano. Se le considera discipulo de Noeto, cuya heregia renovó: antes del siglo II la habian enseñado Praxeas, algunos montanistas y otros sectarios. Negaba este herejiarca la Trinidad, y confundia las tres divinas Personas, diciendo que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no eran mas que una, designada con diferentes nombres segun las diversas relaciones con que se las consideraba; de modo que la denominacion del Padre se aplicaba á Dios, como criador y autor de la ley; tomaba el nombre de Hijo en razon de su íntima union con la humanidad en la Encarnacion; y finalmente, se llamaba Espíritu Santo en cuanto se comunicaba á los hombres por los dones de la gracia. Luego estos nombres no servian para significar una distincion real, sino solamente una ideal, fundada en que Dios, con relacion á los hombres, parece que representa diferentes personages. Enseñó Sabelo este error en Tolemaida, en aquella parte de la Libia que llamaban Pentápolis. Muy pronto juntó numerosos parciales, entre los cuales habia hasta obispos; con todo, no hizo muchos progresos despues que el Papa le condenó; mas no dejó de subsistir largo tiempo, como que aun se hallaban sabelianos al principio del siglo V.

En la heregia de Pablo de Samosata, que fué obispo de Antioquia hácia los años 262, se halla el fondo de los principios de Sabelio con ciertas modificaciones. Aquel desechaba tambien la diferencia real de personas divinas, y no miraba al Verbo y al Espíri-

tu Santo sino como atributos simples de la Divinidad, sin existencia personal. Pero en vez de admitir, como al parecer admitía Sabellio, que el Padre habia encarnado en Jesucristo, segun lo creian los patropasionarios, Pablo de Samosata enseñaba que Jesucristo no era mas que un puro hombre, á quien la Sabiduría divina se habia comunicado con extraordinaria abundancia de gracias y de luces, sin unirse por eso á él hipostáticamente; de manera que no era Hijo de Dios sino por adopción, y no por naturaleza. En una palabra, segun Pablo, el Verbo divino y el Espíritu Santo no eran mas que los atributos por cuyo medio la Persona del Padre se manifestaba al obrar exteriormente, poco mas ó menos como el pensamiento y la voluntad revuelan el alma racional, y no tienen propia personalidad que los distinga; que por otra parte, Jesucristo nada tenia en su naturaleza que le hiciese superior á los demas hombres, aunque gozó el privilegio de ser dirigido por la acción inmediata é incesante de la divina Sabiduría que obraba en él; pero sin union hipostática entre la divinidad y humanidad. Habia adoptado Pablo estos errores para privar al cristianismo de sus misterios y acomodarse á las preocupaciones de Cenobia, reina de Palmira, que se valió de él para conocer la doctrina de los cristianos, y no se manifestaba muy dispuesta á creer verdades incomprensibles, superiores á su razon.

En lo demas, este herejarca deshonraba tanto su ministerio por sus estragadas costumbres, como por la impiedad de sus doctrinas. Reunió grandes riquezas despojando á los fieles por medio de extorsiones sacrilegas. Ostentaba por todas partes un fasto y orgullo insostenibles; veíasele en público seguido de numerosa comitiva, con criados destinados á despejar el camino y dejarle expedito. Empleaba en la Iglesia artificios de teatros para atraerse la admiración de los ignorantes, colocándose en elevado trono, declamando con profana afectacion, disponiendo que le rodeasen sus adictos para que le aplaudieran con palmadas, y no avergonzándose de alabarse públicamente ó de hacer que los demas le ensalzasen, ni aun de mandar que se cantasen himnos en honor suyo en lugar de los sagrados cánticos. Tenia en su casa mujeres jóvenes que á todas partes le acompañaban, y toleraba ó más bien, fomentaba semejantes desórdenes en sus cédigos, para que siendo comunes los vicios nadie pudiera acusarle. Aquellos mismos que se escandalizaban de su conducta, se contentaban con llorarla en secreto temerosos de su tiranía.

Sin embargo, los obispos de Oriente resolvieron reunirse en Antioquia para remediar tanto mal y detener la propagación del error. Como arriba dijimos, no permitieron á San Dionisio de Alejandría su edad y achaques, la asistencia á este concilio; pero se nota entre el gran número de santos prebados que concurrieron, á San Gregorio Taumaturgo, San Athenodoro, su hermano, obispo de una

Iglesia en el Ponto, San Firmiliano, de Cesarea en Capadocia, Hilano de Tarse, Himeneo de Jerusalem, Theofanes de Cesarea en Palestina, y ademas muchos sacerdotes y diáconos. Tuvo esta célebre asamblea en el año 264; y allí se discutió en repetidas sesiones la doctrina de Pablo Samosaten, que á la manera de otros hereges intentó disfrazar sus errores, envolviéndolos en términos oscuros ó equívocos. Pero convencido al fin de haber hecho innovaciones en la fé, aparentó retractarse y protestó su adhesión á la doctrina de los apóstoles. Creyeron los Padres que debían contentarse con semejante retractación y no pronunciar sentencia contra él, con la esperanza de que este asunto se solocaría así sin ruido; porque se miraba como una ventaja haber destruido el gérmen del error en su origen. No tardaron, sin embargo, en reconocer que se habian engañado, y que nada habia variado el herejarca, ni de costumbres ni de principios. Los obispos, despues de haber probado en sus cartas todos los medios de atraerlo á la razon, se vieron obligados á reunirse de nuevo en Antioquia en el año 269 para pronunciar la sentencia definitiva contra él. Halláronse en este concilio en número de sesenta. Un sacerdote de Antioquia llamado Malquion, gran dialectico y doctísimo en la doctrina cristiana, contribuyó, sobre todo, á descubrir los artificios de Pablo, y le redujo á exponer terminantemente y á confesar sus verdaderas opiniones. Entonces el herejarca fué depuesto y excomulgado. El concilio publicó esta condenación por medio de una carta sinodal circulada á todas las Iglesias, y en especial al Papa San Dionisio (1). Con todo, Pablo no se curó mucho de su deposición; sostenido por la protección de Cenobia, conservó obstinadamente su título y permaneció en la casa episcopal, aunque se habia nombrado á otro en su lugar. Pero dos años mas tarde, hallándose Aureliano en Oriente en guerra con Cenobia, dirigieron los cristianos varias quejas á este emperador, y mandó que se entregase la casa al obispo que reconocian Roma y sus co-

(1) Eusebio ha insertado en su historia un fragmento de esta carta, relativo á las costumbres de Pablo Samosaten. Pero nada dice que pueda dar lugar á sospechar que el concilio de Antioquia condenase la voz consustancial como comunmente se cree. El silencio de Eusebio parece que deja algunas dudas sobre este hecho que refirieron mucho despues San Atanasio, San Basilio y San Hilario, ateniéndose únicamente al testimonio de los semi-ariistas, cuya veracidad en este punto es bastante sospechosa. Sea lo que fuere, si el hecho es cierto, no puede dársele ni menos que el concilio se tuviese á la vista solamente el abuso de Pablo sobre esta voz, para establecer que no habia distinción real entre el Padre y el Hijo, porque esta circunstancia se funda en los mismos testimonios que el hecho principal. Berault-Bercuet afirma en términos precisos que la voz consustancial fué derivada efectivamente en este concilio, á cana del grosero sentido que le daba Pablo; y con todo, dice no menos expresamente, que éste negaba la consustancialidad del Hijo con el Padre; lo que significa que no aplicaba esta expresión al Hijo en ningún sentido. Sin embargo, se congratula de haber comprendido mejor que otros autores las sutilezas de este herejarca.

legas de Italia: tanta era la notoriedad aun á los ojos de los paganos, de que la señal de los verdaderos cristianos era la comunión con la Iglesia de Roma. Dejó Pablo de Samosata algunos discípulos llamados paulianistas, que alteraban la forma del bautismo.

Murió el Papa San Dionisio en 26 de Diciembre del año 269, y probablemente antes que la carta del concilio de Antioquia hubiera llegado á Roma. A los cinco días fué electo en su lugar San Félix, que ocupó la Santa Sede cinco años, y murió mártir reinando Aureliano. Aprobó la condenación de Pablo Samosatenso, y con este motivo escribió una carta á Máximo, obispo de Alejandría, en la que establecía la doctrina de la Iglesia sobre la eternidad del Verbo, y su hipostática unión con la humanidad. Tuvo por sucesor á Entiquiano, cuyo pontificado duró unos noventa años.

A pesar de su mucha edad, se habia puesto en camino Firmiliano de Cesarea para asistir al concilio segundo de Antioquia. Ya se ha visto en otro lugar el interés que tomó en diferentes circunstancias por los negocios de la Iglesia durante su episcopado, que duró unos cuarenta años. Criado en el paganismo, se cree con bastante probabilidad, que debió su conversión á las instrucciones de Orígenes.

El emperador Galieno, que solo pensaba en sus placeres en medio de los desastres públicos, vino á ser víctima de una conspiración formada contra él por el prefecto del pretorio y muchos generales indignados de su política. Fué asesinado en 268, y en seguida los conspiradores arrojaron del Capitolio á su hermano é hijos. El ejército nombró por sucesor á Claudio, segundo de este nombre, experimentado general, cuya elección fué aprobada por el pueblo y el senado. Después de un corto reinado, pero señalado con grandes victorias contra los godos y germanos, murió de una fiebre maligna el año 270. Inmediatamente fué proclamado Aureliano, que con su valor y habilidad acabó de restaurar el imperio. Continuó á arrojó á los bárbaros y les alcanzó muchas victorias, reformó la disciplina militar, reconquistó en Oriente las provincias de que Cenobia se habia apoderado, reprimió una conmoción en Egipto, y finalmente, sujetó á los galas, que hacia muchos años reconocian emperadores particulares. También dedicó su atención y dovelas á la administración de justicia, y abolió muchos abusos con leyes sabias; pero su natural severidad le arrastró varias veces mas allá de lo justo. Sacrificó á muchas personas, generalmente por ligeras causas y con débiles pruebas, y esto le atrajo el ódio común.

Sobre todo, los cristianos tuvieron que sufrir mucho de su crueldad. Era hijo de una sacerdotisa del templo del sol, supersticioso por naturaleza, y muy aficionado á la adivinación pagana. En una crítica circunstancia, en que los bárbaros alcanzaron alguna ventaja, hizo que se consultaran los libros de las Sibilas (1), y escribió

(1) Los libros de las Sibilas eran una colección de supuestos oráculos, que se guardaban respetuosamente y se consultaban en los peligros públicos, co-

al senado que no dejaria de enviar víctimas y cantivos: en lo que se advierte que duraba aun la costumbre de sacrificar á sus semejantes, á pesar de la prohibición que hacian las leyes. Concibese por tanto, que este emperador habia de participar de todas las preocupaciones populares contra una religion, que profesaba un profundo desprecio de todas estas supersticiones. Mientras estuvo ocupado en sus expediciones militares, solo manifestó sus disposiciones en actos particulares, sin promulgar ninguna ley general; pero esto no impidió que en las Galias hubiese gran número de mártires, que fueron atormentados y sacrificados, interin se ocupaba él en reducir á la misma provincia en el año 273. Citaremos á los mas célebres: San Prisco, muerto con otros muchos fieles en los montes de Auxerrois, donde se habian escondido para librarse de la persecucion; Santa Colomba, virgen, particularmente honrada en Sens, donde se cree fué sacrificada; San Sabino, obispo, que murió en Troyes con otros muchos cristianos; en fin, en Autun San Reveriano, tambien obispo, y San Pablo, presbítero, con diez compañeros.

Pero cuando Aureliano se vió libre de los obstáculos ó de los temores que le inspiraban los bárbaros ó los usurpadores, se dejó llevar de la impetuosidad de su odio, y publicó sangrientas leyes contra los cristianos. No surtieron por el pronto todo el efecto que de ellas esperaba, porque la providencia de Dios, para manifestar cómo se burla de los preceptos humanos, permitió que este emperador fuese muerto cuando sus edictos apenas habian llegado á las provincias distantes. Mas como el imperio vacó muchos meses, el odio de los magistrados y el fanatismo de los pueblos aprovecharon el interregno para atormentar á los cristianos á la sombra de las últimas leyes de Aureliano: de manera que la persecucion que principió antes de su muerte, continuó algun tiempo despues. Sufrieron entonces el martirio en Roma el Papa Félix y San Sabás, de origen godo, y oficial en las tropas romanas; en Porto San Eutopio y sus dos hermanas, Santa Bonesta y Santa Zosima, con cincuenta soldados á quienes convirtieron sus exploraciones; en Preneste ó Palestrina, San Agapito, de edad de quinze años, que manifestó un valor tan admirable, que el ejemplo de su constancia convirtió al notario Anastasio, decapitado juntamente con él. Citaremos en Oriente, entre otros menos conocidos, á San Mamas, que sufrió el martirio en Cesarea de Capadocia, y cuyo nombre ha logrado celebridad por los elogios de San Basilio y San Gregorio Nacianceno.

Extendióse la cupidad de Aureliano hasta su familia, y llegó á mo que en aquellos se encerraba el secreto de los destinos de Roma. Hoy se encuentran varios con igual nombre; pero aunque los hayen citado algunos Padres antiguos, han recolectado todas las ediciones que son obras apócrifas, hechas en el II. siglo, á excepcion, sin embargo, de algunas partes citadas anteriormente, y que se han ingerido para distraer el fraude. Halláase en ellos muchas predicciones relativas al cristianismo.

ser la causa de su muerte. Su secretario y algunos oficiales que se creían poco seguros, se arrojaron sobre él y le asesinaron en 275. Por espacio de algunos meses titubearon en la elección el ejército y el senado, defendiéndose mutuamente el honor de designar emperador. Por fin, el 25 de Setiembre del mismo año eligió el senado á Tacito, porque concibió grandes esperanzas de su mérito y virtudes. Pero á los seis meses de su reinado pareció en una sedición. El ejército de Oriente eligió á Probo, general célebre por sus victorias, y que cuando emperador sostuvo dignamente su reputación. Durante su reinado de seis años, contuvo á los bárbaros, reprimió sus empresas, rechazó á los francos, borgoñones y á otros pueblos germanos que invadieron parte de las Galias; derrotó muchas veces á los godos y sármatas en la Hiria, y obligó en el Oriente al rey de los persas á que pidiese la paz á los romanos.

En el año segundo de este reinado fue cuando apareció en la Mesopotamia el herejía Manes, autor de una secta tan infame como extravagante. Era natural de Persia y esclavo, y se llamó Combric. Compróle á la edad de siete años una viuda muy rica, que por no tener hijos suyos adoptó á este esclavo, é hizo que le instruyesen con cuidado en las ciencias de los persas. A la muerte de esta viuda heredó todos sus bienes, y para que se olvidase su primer estado, mudó el nombre de Combric en el de Manes, que significa en aquel idioma *discurso*, porque creía ser un excelente dialectico y tener el don de la palabra. Los griegos mudaron este nombre y le llamaron Maniqueo. Habiendo hallado entre los libros de su bienhechora uno de un tal Seythiano, que vivía en Egipto á mediados del II siglo, y que enseñó que el mundo era obra de dos opuestos principios, el uno bueno, y malo el otro; adoptó Manes esta doctrina, y la enseñó entre algunos discípulos que se encargaron de propagarla por diferentes parages. Para seducir mas fácilmente á la multitud, se atravesó á lisonjearse de que hacía milagros; aprovechándose de algunos conocimientos adquiridos en la medicina, prometió curar por sus oraciones al hijo del rey de Persia que estaba peligrosamente enfermo; pero habiendo aquel muerto, le pusieron preso por impostor. Halló una ocasión de escaparse y se fugó á Mesopotamia, donde dijo que era el Paráclito, que debía enseñar á los hombres toda verdad; porque habiendo tomado en su prisión un ejemplar de las Santas Escrituras, concibió el proyecto de mezclar su absurdo sistema con algunas ideas cristianas, y anunciarse como reformador de la religión. Luego que llegó á la Mesopotamia tomó un tono de inspirado, para seducir á un cristiano llamado Marcelo, que era respetado de todo el mundo por sus virtudes y limosnas. Aprovechóse Marcelo de esta coyuntura, para atraerle á una conferencia con el obispo Arquelao que le confundió en público. No fué mas feliz el herejía en otra conferencia que tuvo con un santo clérigo llamado Trifón. El pueblo, irritado con

sus blasfemias, quiso apedrearle: por lo que tuvo que huir y volvió á caer en manos del rey de Persia, que hizo desollarle vivo y echar á las fieras su cuerpo. La piel beneñida de paja fué clavada en una puerta de la ciudad. Sus discípulos siguieron publicando su infame doctrina; y como en sustancia reproducía todos los errores ya enseñados por otros herejes pertenecientes á las diferentes secciones del gnosticismo, no tardó la secta en reunir los restos de casi todas las que hasta entonces habían aparecido. Era el dogma fundamental de los maniqueos, como lo acabamos de indicar, la distinción de dos opuestos principios, uno bueno y otro malo, cuya lucha producía la mezcla de bueno y malo que se encuentra en el mundo. Uno de estos dos principios, igualmente eterno, era el principio de la luz, y el otro el de las tinieblas. Cada uno de ellos al crecer había producido seres ó genios subalternos de naturaleza semejante á las suyas. Primeramente, cada uno había tenido su imperio en un todo separado é independiente; pero las disensiones y guerras que sin cesar agitaban el imperio de las tinieblas, obligaron á ciertos genios malos á que penetrasen en el espacio luminoso donde el principio bueno reinaba, y de esta irrupción nació el mundo; porque el principio bueno había procurado entonces poner orden en el imperio de las tinieblas, y para este efecto había esparcido varios rayos de luz; de manera que el mundo estaba formado de la mezcla de ambos. Contaban los maniqueos hasta setenta sistemas que ellos imaginaron para explicar por su medio la producción de los diferentes seres. Como la luz, extendiéndose y apartándose del foco, sufría degradaciones sucesivas; estos herejes para dar razon del misterio de la Trinidad, decían, que el Padre era la luz pura y central, el Hijo la luz que se manifiesta en el sol y en los astros, y el Espíritu Santo la luz que reside en el aire. El principio de las tinieblas era tambien mas ó menos toscos; y como la materia era el producto de este principio, sostenían los maniqueos que Jesucristo no había encarnado sino en apariencia, y con el mismo pretexto negaban la resurrección de la carne. En cada hombre admitían dos almas, una procedente del buen principio y otra del malo. La redención tuvo por objeto proveer á la primera de los medios de libertarse del imperio de las tinieblas, para volver al seno de la luz increada; tal era tambien el fin de las prácticas austeras que los maniqueos recomendaban. Las almas que no empleaban estas prácticas, después de la muerte eran atormentadas por los genios malos por limitado tiempo, y luego se volvían á encerrar en otros cuerpos, y á veces en los de los animales ó en las plantas, segun los crímenes que hubiesen cometido. Como creían animadas á las plantas, escrupulizaban de coger frutos ó segar las yerbas para no incurrir en el delito de matar; y así condenaban la agricultura, como que no podía ejercerse sin cometer muchos delitos de esta clase. Las almas de los que arrancaban una planta ó mataban un

animal, debían, después de la muerte, ser encerradas por castigo en el cuerpo de otro animal ó en otra planta. Sin embargo, no dejaban de comer los frutos cogidos ó el pan preparado por otros, porque así se figuraban liberar las partículas del principio luminoso encerradas en la materia. Pero antes llenaban de maldiciones á los que habían cogido ó preparado los alimentos. Absteníanse rigurosamente del vino, de la carne, de los huevos y del queso; porque todas estas cosas, según ellos, no contenían parte alguna de la sustancia divina. Condenaban el matrimonio y la generación, como que sus efectos eran someter el alma al imperio del principio malo, encerrándola en la materia. No por eso dejaban de entregarse á toda suerte de desórdenes, y justificaban sus más infames acciones, atribuyéndolas á la tiranía del principio malo, porque no admitían en el hombre la libertad propiamente dicha. Desechaban el antiguo Testamento, como obra del mal principio, y trataban de idolatría el culto de los santos y el honor que se da á las reliquias é imágenes. Tampoco hacían caso del bautismo, y en la celebración de sus misterios empleaban encantos, fórmulas de invocaciones secretas, y cometían otras infamias que no podemos referir. Entregábanse como los gnósticos, á todas las abominables prácticas de la magia. Últimamente, condenaban la guerra, el gobierno civil y toda especie de autoridad.

No obstante la extravagancia de sus principios, la secta de los maniqueos hizo progresos rápidos y subsistió mucho tiempo. De la Persia, en que nació, se extendió sucesivamente por otras provincias hasta la extremidad del Occidente. En Cartago había muchos, y aun en Roma, desde el siglo IV. Mas adelante veremos que con frecuencia se ocultaban entre los fieles, y asistían á sus iglesias juntos para no ser notados. Un doctor entre ellos llamado Pablo, predicó en Armenia el maniqueísmo hácia mediados del siglo VII, y los frutos que logró hicieron dar á sus sectarios el nombre de paulinos. De tal modo se aumentó su número en adelante, que hácia el fin del siglo IX se hallaron en estado de luchar mucho tiempo con las armas contra el imperio de Oriente. Al fin sucumbieron, y entonces se dispersaron por diferentes parages, y principalmente se establecieron en la Bulgaria, luego en Lombardia, de allí penetraron en Alemania, Francia é Inglaterra con los nombres de búlgaros, cataros, pelopelicanos &c. Público es lo terrible que se hicieron en el Languedoc y la Provenza con el nombre de albigeusos.

Tenían los maniqueos un celo y habilidad increíbles para instruirse en los ánimos y hacer prosélitos. Aparentaban unos que no usaban más que los términos de las Santas Escrituras, y que su doctrina y dogmas más importantes eran idénticos á los de los católicos; otros aseguraban, que todas las religiones son en el fondo una misma, y solo difieren en las ceremonias y en los dogmas accesorios: todos se jactaban no solo de enseñar la verdad, sino de

que la hacían comprender, y despreciando la fé que obliga á creer lo que no se comprende, prometían no enseñar nada que no pudiesen explicar y probar. Representaban como supersticiones y tachaban de idolatría las prácticas y culto de la Iglesia. Procuraban seducir á las gentes sencillas con palabras humildes, ayunos, rostro pálido y descuidado traje, indicios todos de grande austeridad. Dividíanse en dos clases: los elegidos que estaban iniciados en todos los misterios de la secta, y hacían profesión de pobreza y de una abstinencia muy rigorosa; y los oyentes que podían poseer bienes y vivir poco más ó menos como los demás hombres. Había doce entre los primeros, que tomaban el nombre de maestros, y el que hacía trece, que era el gefe ó cabeza, á imitación de Manes, se llamaba Paráclito, con sus doce apóstoles. A los órdenes de estos estaban setenta y dos obispos y muchos sacerdotes y diáconos.

Manes habia expuesto su doctrina en muchas obras, que llevaban títulos fastuosos: el Evangelio vivo, el Tesoro y los Misterios. También sus discípulos publicaron libros apócrifos, entre otros un Evangelio que atribuyeron á Santo Tomás, y las fabulosas historias que se conocían con los títulos de Memorias y Actas de los apóstoles.

Proscribióse esta infame secta por las leyes del imperio, tanto por la magia que profesaban, como por el odio que tenían los romanos á los parsas, en cuyo país tuvo su origen. Diocleciano, por el año 296, dirigió al prefecto de Egipto un rescripto, en que se decretaban las penas más severas contra ellos. Mandaba que los gefes fuesen quemados con sus abominables libros: que las personas distinguidas fuesen condenadas á las minas, y confiscados sus bienes; y á todas las demás se les cortara la cabeza. Esta ley se conservó por los emperadores cristianos; pero en la práctica se suavizó su rigor. Muchas leyes proclamadas después por Valentiniano, Graciano, Teodosio y otros emperadores posteriores, decretaron varias penas contra los maniqueos, y reservaron la capital para los principales doctores de ella. En ellas se prevenía que los maniqueos saliesen desterrados de todas las ciudades, eran declarados infames, privados del derecho de testar y heredar, incapaces de celebrar contratos, de comparecer en juicio, y de obtener empleo alguno. Prohibíaseles sobre todo, reunirse en juntas; y como buscaban todos los medios de disimulación para eludir las pesquisas, se mandó que todo el mundo los denunciase aun sin formas jurídicas.

Además del obispo Arquelao que refutó la heregía de Manes en una conferencia de que existía una traducción latina, contaba la Iglesia entonces un número considerable de ilustres doctores que opinaban idénticamente. Citamos á San Victoriano, obispo de Petovio, que también escribió contra los errores de los maniqueos, y habia publicado algunos comentarios sobre la Escritura, de que apenas nos queda nada; el presbítero Pierio, que regentó la escuela

de Alejandría mucho tiempo y con tan gran lucimiento, que le llamaban Origenes el joven; y en fin, San Anatolio, también alejandrino, que luego fué obispo de Laodicea en 269. Este había adquirido una extraordinaria reputación por sus vastos conocimientos, así en las ciencias profanas como en la de la religión. Tenemos de él un cánon pascual, donde demuestra que no debe celebrarse la Pascua hasta después del equinoccio de primavera, fijándole en 22 de Marzo.

Haciéndose aborrecible á los soldados el emperador Probo por su rigor en la disciplina, fué muerto en Iliria en el año 282. Sucedióle Caro, prefecto del pretorio, que al momento dió el título de César á sus dos hijos, Carino y Numeriano. Después de vencer á los sármatas en la Pannonia, marchó al Oriente contra los persas, y logró muchas ventajas. Pero en medio de sus triunfos le mató un rayo en 284. Numeriano, su hijo, quedó casi ciego á fuerza de llorar, y le asesinó á pocos meses su suegro Afér. Proclamó el ejército á Cayo Aurelio Valerio Diocles, que tomó el nombre de Diocleciano, y principió su reinado en 17 de Setiembre de 284. Carino se dispuso á combatirle; pero al año siguiente le mataron sus soldados, y quedó Diocleciano pacífico dueño del imperio que dividió con su hijo Maximiano, ya declarado César. Fué conocido el reinado de estos dos emperadores por los edictos sanguinarios y crueldades inauditas contra los cristianos, cuya tranquilidad nadie había alterado desde Aureliano, salvo algunas persecuciones locales y particulares. Introdujo Diocleciano una era nueva, mandando que en adelante se contasen los años desde el primero de su reinado. Este modo de contar fué usado doscientos y cuarenta años, es decir, hasta que fué sustituido en el reinado de Justiniano con la era de la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo. La de Diocleciano fué llamada por los cristianos era de los mártires.

Murió el Papa San Eutiquiano á 7 de Diciembre de 283, después de ocupar la Santa Sede cerca de 9 años. Tuvo por sucesor á San Cayo, originario de Dalmacia, y según dicen, pariente del emperador Diocleciano. Atribúyese á este Papa un reglamento en que se mandó que los clérigos no fuesen elevados al sacerdocio ni al episcopado, sin haber pasado por las inferiores órdenes; lo que antiguamente no se había observado, como se ha podido advertir por algunos ejemplares referidos en esta historia. Alcanzó Cayo la corona del martirio, despues de haber gobernado la Iglesia mas de doce años, y en medio de circunstancias muy calamitosas. Per lo demás sabemos muy pocos pormenores de las vidas de estos dos Papas.

LIBRO VI.

DESCO EL ADVENIMIENTO DE DIOCLECIANO AL IMPERIO, HASTA LA CONVERSION DE CONSTANTINO.

NACIÓ en Dalmacia Diocleciano de una oscura familia, reunia las virtudes de un gran príncipe á los vicios de un tirano. Capitan hábil, político profundo, dotado de un ingenio vivo y capaz, dueño siempre de sus acciones é impenetrable en sus designios, fué á un tiempo cruel, avaro, desconfiado y de una insoportable vanidad. Arruinó con impuestos á los pueblos; quiso que lo adoraran como dios; derramó torrentes de sangre con sus edictos contra los cristianos; y disimulando con destreza las pasiones que impulsan sus acciones, tuvo siempre el arte de cubrir sus injusticias y crueldades con la apariencia del bien público, é achacar todo lo odioso á sus colegas y ministros.

A los dos meses de su advenimiento al imperio, Diocleciano confirió el título de César á Maximiano Hércules, soldado de fortuna, indigno de este honor, tanto por la innoble gerencia de sus costumbres, como por la rudeza y ferocidad de su carácter. Era horriblemente desenfrenado, de una violencia y crueldad brutales; se entregaba sin miramiento al furor de sus pasiones, y no cuidaba siquiera de ocultar sus defectos. Pero era ciegamente adicto á Diocleciano, y éste hallaba en él un instrumento dócil cuando quería emplearle en un atroz castigo, sin que se trasladara por dónde venia el golpe. Esta adhesión mereció prontamente á Maximiano el título de Augusto con que fué saludado en la primavera de 286. Veinte años reinaron juntos los dos emperadores sin que en nada se alterase su conformidad.

Como el imperio estaba expuesto sin cesar á guerras civiles ó extrangeras, no le pareció suficiente á Diocleciano la asociación de un colega para asegurar su permanente dominación, y añadió otros dos en el año 292 con título de Césares; á saber, Galerio y Constancio Cloro. Maximiano adoptó á este; á quien hizo casar con Teodora, su nuera, despues de obligarle á repudiar á su muger Helena, en la que había tenido ya á Constantino, que llegó á ser emperador. Diocleciano adoptó á Galerio, le puso el nombre de Maximiano, y le casó con su hija Valeria. Constancio procedía de distinguida familia, y se había hecho célebre por sus felices expediciones contra los sármatas, á quienes logró arrojar de las provincias del Asia. No se halla en la historia, de su vida ningún vicio considerable; antes se conserva la memoria de su bondad, de su modestia y de su desinterés. Al contrario Galerio, bárbaro de origen, no le desmintió nunca. Sus formas atléticas, su instinto san-

de Alejandría mucho tiempo y con tan gran lucimiento, que le llamaban Origenes el joven; y en fin, San Anatolio, también alejandrino, que luego fué obispo de Laodicea en 269. Este había adquirido una extraordinaria reputación por sus vastos conocimientos, así en las ciencias profanas como en la de la religión. Tenemos de él un cánon pascual, donde demuestra que no debe celebrarse la Pascua hasta después del equinoccio de primavera, fijándole en 22 de Marzo.

Haciéndose aborrecible á los soldados el emperador Probo por su rigor en la disciplina, fué muerto en Iliria en el año 282. Sucedióle Caro, prefecto del pretorio, que al momento dió el título de César á sus dos hijos, Carino y Numeriano. Después de vencer á los sármatas en la Pannonia, marchó al Oriente contra los persas, y logró muchas ventajas. Pero en medio de sus triunfos le mató un rayo en 284. Numeriano, su hijo, quedó casi ciego á fuerza de llorar, y le asesinó á pocos meses su suegro Afér. Proclamó el ejército á Cayo Aurelio Valerio Diocles, que tomó el nombre de Diocleciano, y principió su reinado en 17 de Setiembre de 284. Carino se dispuso á combatirle; pero al año siguiente le mataron sus soldados, y quedó Diocleciano pacífico dueño del imperio que dividió con su hijo Maximiano, ya declarado César. Fué conocido el reinado de estos dos emperadores por los edictos sanguinarios y crueldades inauditas contra los cristianos, cuya tranquilidad nadie había alterado desde Aureliano, salvo algunas persecuciones locales y particulares. Introdujo Diocleciano una era nueva, mandando que en adelante se contasen los años desde el primero de su reinado. Este modo de contar fué usado doscientos y cuarenta años, es decir, hasta que fué sustituido en el reinado de Justiniano con la era de la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo. La de Diocleciano fué llamada por los cristianos era de los mártires.

Murió el Papa San Eutiquiano á 7 de Diciembre de 283, después de ocupar la Santa Sede cerca de 9 años. Tuvo por sucesor á San Cayo, originario de Dalmacia, y según dicen, pariente del emperador Diocleciano. Atribúyese á este Papa un reglamento en que se mandó que los clérigos no fuesen elevados al sacerdocio ni al episcopado, sin haber pasado por las inferiores órdenes; lo que antiguamente no se había observado, como se ha podido advertir por algunos ejemplares referidos en esta historia. Alcanzó Cayo la corona del martirio, despues de haber gobernado la Iglesia mas de doce años, y en medio de circunstancias muy calamitosas. Per lo demás sabemos muy pocos pormenores de las vidas de estos dos Papas.

LIBRO VI.

DESCO EL ADVENIMIENTO DE DIOCLECIANO AL IMPERIO, HASTA LA CONVERSION DE CONSTANTINO.

NACIO en Dalmacia Diocleciano de una oscura familia, reunia las virtudes de un gran príncipe á los vicios de un tirano. Capitan hábil, político profundo, dotado de un ingenio vivo y capaz, dueño siempre de sus acciones é impenetrable en sus designios, fué á un tiempo cruel, avaro, desconfiado y de una insoportable vanidad. Arruinó con impuestos á los pueblos; quiso que lo adoraran como dios; derramó torrentes de sangre con sus edictos contra los cristianos; y disimulando con destreza las pasiones que impulsan sus acciones, tuvo siempre el arte de cubrir sus injusticias y crueldades con la apariencia del bien público, ó achacar todo lo odioso á sus colegas y ministros.

A los dos meses de su advenimiento al imperio, Diocleciano confirió el título de César á Maximiano Hércules, soldado de fortuna, indigno de este honor, tanto por la innoble gerencia de sus costumbres, como por la rudeza y ferocidad de su carácter. Era horriblemente desenfrenado, de una violencia y crueldad brutales; se entregaba sin miramiento al furor de sus pasiones, y no cuidaba siquiera de ocultar sus defectos. Pero era ciegamente adicto á Diocleciano, y éste hallaba en él un instrumento dócil cuando quería emplearle en un atroz castigo, sin que se trasladara por dónde venia el golpe. Esta adhesión mereció prontamente á Maximiano el título de Augusto con que fué saludado en la primavera de 286. Veinte años reinaron juntos los dos emperadores sin que en nada se alterase su conformidad.

Como el imperio estaba expuesto sin cesar á guerras civiles ó extrangeras, no le pareció suficiente á Diocleciano la asociación de un colega para asegurar su permanente dominación, y añadió otros dos en el año 292 con título de Césares; á saber, Galerio y Constancio Cloro. Maximiano adoptó á este; á quien hizo casar con Teodora, su nuera, despues de obligarle á repudiar á su muger Helena, en la que había tenido ya á Constantino, que llegó á ser emperador. Diocleciano adoptó á Galerio, le puso el nombre de Maximiano, y le casó con su hija Valeria. Constancio procedía de distinguida familia, y se había hecho célebre por sus felices expediciones contra los sármatas, á quienes logró arrojar de las provincias del Asia. No se halla en la historia, de su vida ningún vicio considerable; antes se conserva la memoria de su bondad, de su modestia y de su desinterés. Al contrario Galerio, bárbaro de origen, no le desmintió nunca. Sus formas atléticas, su instinto san-

guinario, sus ademanes, su voz, su mirada feroz, le hacían terrible para todos, incluso el mismo Diocleciano. Repartieronse las provincias estos cuatro príncipes, reservándose Diocleciano el Oriente; á Galerio se le dieron la Iliria y la Grecia; á Maximiano la Italia y el Africa, y á Constantio las Galias, la Gran Bretaña y todo lo que poseían los romanos á la parte acá de los Alpes.

Durante los diez y ocho primeros años de su reinado, no dió Diocleciano ley alguna contra los cristianos, y aun les manifestaba alguna consideración al principio, contándose muchos entre los primeros oficiales de su palacio, entre otros Doroteo, que era uno de sus favoritos. No por eso dejó de haber bastantes mártires en este período, unos sacrificados por varios gobernadores de provincia, otros por órdenes de Maximiano Hércules, que empleó sobre todo su crueldad en las Galias, muchos por Galerio, y algunos por el mismo Diocleciano, porque no conservó en todo este tiempo las favorables disposiciones que mostró al principio; y no faltan razones para creer que la benevolencia de que habla Eusebio, no se manifestó hasta que este emperador estableció su residencia en Oriente, donde la política le inclinó á contemplar á los cristianos que eran allí mucho más en número que en Occidente.

Conviene citar entre tantos como valerosamente confesaron su fe en las persecuciones particulares, á Claudio, Asterio, Neon y á las Santas Domnina y Thronia, que padecieron en Egea de Cilicia, bajo el procónsul Lysias. Los tres primeros eran hermanos, y en la flor de su edad fueron condenados al suplicio de la cruz después de haber sufrido terribles tormentos. A Claudio le cortaron en tiras las plantas de los pies, y luego le arrancaron las carnes con garfios de hierro, y le quemaron las llagas con hachas ardiendo. A Asterio le apicaron fuertemente los costados y los pies, y en seguida le desgarraron el cuerpo y le quemaron en ascuas. Casi los mismos tormentos sufrió Neon. Domnina espiró cuando la estaban azotando con varas: Theonilla fué pisoteada, atormentada y colgada de los cabellos; después la rayaron y la despojaron de sus vestiduras, y la golpearon con tanta violencia, que en el momento en que iban, según las órdenes de Lysias, á clavarla con cuatro estacas y á echarle las ascuas sobre el cuerpo, repararon los verdugos que estaban atormentando á un cadáver. El suplicio de estos mártires ocurrió el 23 de Agosto de 285.

A la misma época se refiere la muerte de San Cosme y San Damiano, que igualmente la sufrieron en Egea y en el procónsulato de Lysias. Eran hermanos y médicos de profesión: se apuró contra ellos toda clase de suplicios. La fama de su martirio y los muchos prodigios obrados por su intercesión, los han hecho célebres en toda la cristiandad; y en el Occidente se determinó inserir sus nombres en el cánon de la misa.

Maximiano Hércules, encargado principalmente de la defensa de

las provincias occidentales, hizo larga mansión en las Galias, á donde fué enviado en 286 para combatir á unas facciones. En este mismo año se pone comunmente el martirio de la legión tebana, aunque haya quizá muchos motivos para ponerla en el de 296. Dicha legión, compuesta toda de cristianos, llegó á Oriente para reclutar el ejército de Maximiano, que pasando de Italia á las Galias, se detuvo algun tiempo en Octubre, al pié de los Alpes, á fin de descansar de sus fatigas; situóse la legión en una villa próxima llamada Agauna. Durante este descanso, quiso Maximiano obligarla á ejercer la idolatría, y como se negase á obedecer, le mandó diezmar, es decir, de cada diez soldados, sacar por suerte uno que habia de morir. No por eso variaron los sentimientos de la legión diezmada: todos los soldados protestaron su firme resolución de morir antes que renunciar á su religión. Redoblóse el furor del tirano y volvió á diezmarlos segunda vez, sin que por esto se debilitase el heroico valor de los soldados. En tal conflicto, Mauricio, Exuperio y Cándido, oficiales superiores, cuyas exhortaciones habian contribuido poderosamente á sostener á sus hermanos en esta prueba terrible, escribieron una representación á nombre de la legión, y la entregaron al emperador. "Nosotros, decían, somos tus soldados; pero tambien somos siervos de Dios. Nuestros brazos están á tus órdenes para la guerra; pero nuestras almas son para practicar la virtud según los mandamientos de Dios. Antes de jurar fidelidad al emperador, habiamos prestado juramento á Dios: si quebrantamos este primer empeño, ejecutando tus órdenes en esta materia, ¿cómo puedes fiarte en el segundo? No creas que lloramos á nuestros hermanos que ya no existen: han padecido por Dios, y nos alegramos de que hayan merecido esta honra. En nuestros corazones no tiene entrada ningun pensamiento de rebelion; no tratamos de servirnos de las armas que tenemos para resistirnos; pero no haremos traicion á nuestra conciencia para obedecer tus órdenes, referentes al culto divino: mas queremos morir inocentes que vivir culpados." Conoció Maximiano que era inalterable esta sublime resolución, y tomó el partido de acabar con la legión entera. Hizo rodar de sus tropas, y dió la orden de pasar á cuchillo hasta el último hombre. Estos valerosos soldados no hicieron la menor resistencia: animados con las palabras y ejemplo de sus gefes, se los vió deponer las armas y presentar el cuello á los verdugos de Maximiano.

Dos mártires que se dice correspondian á la misma legión, Urso y Victor, sufrieron igual suerte en Soleure, (Suiza). Un inválido que tenia el propio nombre de Victor, y que no pertenecía á ella, tambien mereció participar la suerte de un cuerpo tan ilustre. Los soldados de Maximiano le asesinaron porque protestó que era cristiano, y rehusó en calidad de tal, tomar parte en los regocijos que se hicieron en consecuencia de esta horrible carnicería. Cuenta

Gregorio Turonense en el número de los mártires pertenecientes á la legión tebana, á cincuenta soldados que fueron degollados junto á Colonia con San Gereon, su comandante. Atribúyese esta atrocidad á Riccio Varo, gobernador de la Galla-Bélgica, y principal ministro de las crueldades de Maximiano contra los cristianos.

Citemos solo algunos de los innumerables mártires que padecieron en esta parte de las Galias en los primeros años de este emperador, enseñándonos á los mas célebres: San Quintín, apóstol del Vermandois, á quien cortaron la cabeza despues de hacerle padecer por muchos dias horribles suplicios: San Crispin y Crispiniano, que atormentados largamente, fueron decapitados tambien en Soissons, donde habian convertido á muchos paganos por medio de la predicacion, aunque ejercian el humilde oficio de zapateros: San Fermu, obispo de Amiens, á quien decapitaron secretamente en la cárcel; temerosos del pueblo que le estimaba infinito: en la misma ciudad los Santos Eusciano y Victorico, con San Genciano que era viejo y pagano; pero que los ocultó en su casa durante la persecucion, y obtuvo la corona del martirio en recompensa de su caridad: San Luciano, apóstol de Beauvais, con los Santos Máximo, presbítero, y Julian, diácono, sus discipulos: San Piaton, primer obispo de Tournay; y finalmente Santa Maera, virgen, martirizada en Pímes, diócesis de Reims. En la Aquitania se ilustró la Iglesia de Agen con el mártirio de Santa Fé, virgen, jóven y cristiana, de familia tan distinguida por su piedad como por su nobleza. Sabiendo que habia orden de prenderla, ella misma se fué á presentar, y hallandola el juez firme y sorda á las amenazas y á las promesas, mandó que la extendiesen en unas parrillas de hierro para irle quemando; sufrió este suplicio con un valor extraordinario, y en seguida le cortaron la cabeza. Tanta impresion hizo el ejemplo de su constancia en los asistentes, que se convirtieron muchos y sufrieron igualmente el martirio. San Caprasio, que al principio se habia escondido, fué á presentarse para imitar el valor de aquella santa, y adquirió la misma corona: fué decapitado despues de atormentado atrocemente.

No es menos célebre el martirio de San Victor, ocurrido en Marsella. Era oficial en el ejército romano, y como la persecucion crecia con violencia, manifestaba su celo por la religion, visitando á los fieles por la noche para animarlos á que perseverasen en la fé. Cogieronle, en estos ejercicios piadosos, y presentado á los prefectos, que en vano intentaron seducirle, le remitieron al tribunal imperial. El emperador le mandó atar fuertemente y arrastrarle por la ciudad para exponerle al furor de la plebe; y todo ensanguentado le volvieron á presentar á los prefectos. Continuó protestando su desprecio á los ídolos, y fué condenado á sufrir mas tormentos: durante ellos se le apareció Jesucristo y le confortó. Cuando se cansaron de atormentarle en vano, le encerraron en un lóbrego calabozo.

zo. A media noche se esparció por él una brillante luz, abrieron-se las puertas por sí solas, y tres soldados, testigos de este prodigio, pidieron el bautismo: sus nombres eran Alejandro, Longino y Feliciano. Habiéndose publicado su conversion al dia siguiente, los hizo acudir Maximiano á la plaza, y preguntados por su fé, permanecieron firmes en su confesion y reconocimiento á Jesucristo; por lo cual se les cortó la cabeza. En canuto á Victor, despues que le hicieron padecer el tormento del potro, le encerraron muchos dias mas en el calabozo, y luego le llevaron junto á un altar de Júpiter para obligarle á su adoracion: el generoso confesor, inspirado sin duda interiormente, en lugar de incensar el altar, le derribó con el pié. Irritado el emperador, mandó que le cortasen la pierna y le pusiesen bajo una piedra de molino para molester los huesos. Rompióse la máquina, y tuvieron que decapitarle. Arrojado su cuerpo á la mar, las mismas olas le echaron en la playa, y le sepultaron los cristianos.

Por esta misma época, segun algunos autores, sucedió el martirio de San Ferreolo, tribuno militar, decapitado en Viena, en la Galla, y el de San Julian, soldado del mismo, que sufrió igual género de muerte en Brioude; el de San Denes, jóven catecúmeno, que ejerciendo en Arlés el destino de notario, no quiso escribir una orden para perseguir á los cristianos, arrojó sus tabletillas, huyó y se ocultó algun tiempo; pero fué hallado y pagó con la cabeza: últimamente, el de San Donaciano y San Rogaciano, hermanos ilustres por su nacimiento, que sufrieron la muerte por la fé en la ciudad de Nantes. Donaciano, el mas jóven, se convirtió primero, y contribuyó mucho con sus discursos y ejemplares virtudes á la conversion de su hermano, que aun no habia recibido el bautismo cuando ambos fueron presos. Empleó el gobernador las promesas y las amenazas para inclinarlos á que sacrificasen en honor de los ídolos: luego los mandó encadenar con grillos, y despues de haberlos hecho atormentar en el potro, no pudiéndolos vencer en su constancia, los mandó decapitar.

En la Gran-Bretaña se dejó sentir tambien la persecucion, aunque hasta entonces la Iglesia habia gozado de paz: Se vieron los cristianos forzados á dispersarse por las selvas, por los desiertos y por las cuevas, para libertarse del furor de los gentiles. Mas de mil fueron condenados á muerte despues de sufrir desusados tormentos. Fué muy célebre entre ellos San Albano, que siendo aun pagano, recibió y ocultó en su casa á un sacerdote perseguido por los tiranos. El se convirtió inmediatamente y se entregó á sí mismo por libertar á su refugiado, próximo á caer en manos de los soldados que le buscaban. Presentado al gobernador, y no queriendo adorar á los ídolos, fué desgarrado á azotes y condenado á perder la cabeza, como se verificó.

Creese que el Papa San Cayo fué una de las víctimas de la cruel-

dad de Maximiano. Murió el 21 de Abril de 296, después de doce años y cuatro meses de pontificado, y le sucedió San Marcelino, que gobernó la Iglesia ocho años y tres meses (1).

Diocleciano y Galerio hicieron por esta época patente aquel odio que en adelante había de atraer una persecución general contra el cristianismo. Hallábanse ambos en Oriente; el primero para someter el Egipto sublevado, y el segundo para pelear con los persas. Consultando las entrañas de las víctimas, el jefe de los aróspides declaró que por la impiedad de los cristianos se hallaban desairados los sacrificios, y los dioses no querían hacerse propicios y revelar su voluntad para el porvenir por los medios ordinarios. En consecuencia mandó Diocleciano que todos los cristianos empleados en su palacio sacrificasen ante los ídolos, y se despidiera de su servicio a todos los soldados que perseverasen en la fe de aquellos. Galerio ejecutó la orden con extremo rigor. Despidió á los cristianos que servían en el ejército, los ultrajó y empleó la violencia para obligarlos á renegar y á que abrazasen la idolatría, y aun hizo perecer á muchos en los tormentos. Poco después, en 298, Ventrío, maestro de campo, escribió á los generales para prescribirles nuevas medidas de rigor con los soldados que no consintiesen en adorar á los ídolos.

A consecuencia de estas órdenes los cristianos repugnaban entrar en el servicio militar, y otros sufrieron el martirio al determinarse á darle por no obedecer mandatos que gravaban sus conciencias. San Marcelo, centurión en la legión trajana, no quiso asistir á los sacrificios que se hacían en honor de los emperadores, y arrojó el tafal y las armas delante de los estandartes, diciendo á voces: "Yo soy soldado de Jesucristo, y no puedo adorar á vuestros dioses de piedra y de madera, ni á todos esos ídolos mudos. Si la suer- te de los militares consiste en estar obligados á sacrificar á los dioses y á los emperadores, renuncio al servicio." Presentároule al jefe de la legión, que le mandó arrestar y que se le enviase al tribunal de Agrícola, teniente del prefecto del pretorio en África, con una carta en que se le decía que Marcelo había arrojado sus insignias militares, declarando que era cristiano y pronunciando en público y en alta voz blasfemias contra los dioses. Después de un corto interrogatorio, mandó Agrícola que le cortaran la cabeza. No prestándose el notario Casiano á escribir esta sentencia, y habiendo arrojado las tabletas, al instante fué condenado á muerte: ambos la sufrieron en Tanager (Mauritania) año 298. Dos años antes San

(1) Aquí debemos poner el principio de la secta de los hieracitas, especie de gnósticos, así llamados del nombre de su jefe Hierax, que degustaba en Egipto hacia el año 290 ó poco después. Condenaba el matrimonio, negaba la resurrección de la carne, y sostenía que los años menores antes del uso de la razón no entraban en el cielo; y en fin, que Melquisedech era el Espíritu Santo.

Maximiliano había sido martirizado asimismo en África por no haberse querido afistar, declarando que su calidad de cristiano no le permitía tomar las armas, es decir, abrazar una carrera que según los edictos de los emperadores, podía tenerse como una profesión pública de idolatría. Últimamente, puede colocarse en la misma época el martirio de cuarenta soldados cristianos, que después de atormentados cruelmente, fueron condenados á muerte en una ciudad de la Norica, próxima á la confluencia del Ems y del Danubio.

Como crecían las conversiones al cristianismo, á pesar de la violencia de las persecuciones locales que cada día se sufrían, los paganos celosos, y especialmente los Pontífices idólatras, pusieron por obra todos los medios para inducir á Diocleciano á que dispusiera una persecución general. Aprovechando su crédula superstición, hicieron que los oráculos hablasen para sobresaltar su política, persuadiéndole que se comprometería la salvación del imperio, si se llevaba adelante el descuido que observaban en el culto de los dioses; y de este modo le decidieron á dar las órdenes que dejamos referidas con respecto á los empleados y criados de su palacio. Pero como los resultados no correspondieron á las esperanzas que hicieron concebir tales medidas, se valieron de la influencia del César Galerio, muy inclinado ya á las persecuciones, y continuamente estimulado por las instancias de su madre, mujer tan supersticiosa como ignorante. Envanecido este príncipe por algunas ventajas que había obtenido sobre los persas; tenía la presunción de pasar por hijo de Marte; y de aquí podían inferirse sus disposiciones respecto de los cristianos. En la mansión que hizo en Nicomedia hacia el fin del año 302, no cesó de excitar contra ellos el odio de Diocleciano. Resistióse éste mucho tiempo á sus deseos; pero luego, fingiendo que cedía á los consejos de sus consejeros y al oráculo de Apolo, consintió en ordenar la persecución.

Se escogió para principiarla el 23 de Febrero del año 303, día en que se celebraba la fiesta del dios Térmio, como si éste debiera señalar la ruina del cristianismo. Penetraron por la mañana temprano en la Iglesia de Nicomedia, y después de haber rogado y quemado las Santas Escrituras que allí se hallaban, se presentó una porción de soldados para arrasarla. Al día siguiente se fijó un edicto mandando que todas las iglesias se arruinasen y las Santas Escrituras se redujesen á cenizas: que los cristianos libres se declarasen infames, privados de todo empleo y dignidad, y de acción en justicia; y que los libertos volvieran al estado de esclavitud. Para determinar á Diocleciano á medidas aun mas vigorosas, hizo Galerio que prendiesen fuego al palacio de Nicomedia; achacando el crimen á los cristianos: un gran número de ellos fueron cruelmente atormentados. Quince días después se repitió el incendio, y fingió que se ausentaba de aquella ciudad para que no le quemasen vivo. Aposeóse de Diocleciano un espantoso furor: obligó á su mujer é hija á que sacrifi-

casen en honor de los ídolos: mandó matar con increíbles tormentos á los empleados de su casa, que no quisieron apostatar; siendo notables entre ellos Doroteo, Gorgonio, Migdonio, Pedro y otros muchos que ocupaban los primeros destinos. Al obispo Antimio le cortaron la cabeza, y perecieron con diferentes suplicios los presbíteros, diáconos y cuantos ministros del altar pudieron ser descubiertos. Prendieron tal multitud de fieles, que los conducían en tropel y los encerraban en leñeras á que al momento aplicaban fuego. Echaban á los esclavos en la mar con peñas atadas al cuello. Los que no eran muertos en el acto de la prision, eran encarcelados y quedaban sujetos á todos los tormentos que podían imaginar para obligarlos á la apostasía.

Otro nuevo pretexto presentó un levantamiento que ocurrió en Oriente, y que se imputó tambien á los cristianos, para publicar un nuevo edicto, mandando que todos los obispos, sacerdotes y demas ministros fuesen puestos en la cárcel; y por otro tercero se dispuso que se atormentase con todo género de suplicios á los que no se presentasen á sacrificar. Ultimamente, en el siguiente año, otro edicto extendió esta disposición á todos los fieles, y ordenaba á los gobernadores que empleasen todos los medios rigurosos que les ocurrieran para obligar á todo el mundo á sacrificar en honor de los ídolos. Viéronse entonces innumerables obispos, sacerdotes, ministros inferiores y cristianos de todos estados, edades y condition, amontonados en las cárceles, luego atormentados de mil maneras, desgarrados ó azotados, ó con garfios de hierro, quemados á fuego lento, descuartizados, ahogados, crucificados, echados á las fieras y víctimas de inauditas crueldades. Todo el imperio romano desde Oriente á Occidente, fué el blanco del furor de tres monstruos que se bañaban en la sangre de los cristianos, y se encarnizaban como leones para destruir la Iglesia, ó por sus mismas manos ó por sus dependientes. En diferentes parages, ó acaso en todos, produjo la persecucion cierto número de apóstatas; pero apenas era reparable á vista de los brillantes triunfos del infinito número de mártires, que mostraron un invencible valor en medio de asombrosas crueldades, y que parecia que buscaban hasta con anhelo las ocasiones de padecer en tan gloriosos combates. Segun un antiguo autor, podia decirse que la Iglesia se apresuraba á dejar la tierra para volar al cielo.

Imposible sería exponer por menor todas las clases de suplicios que la ferocidad de los tiranos inventó para atormentar á los cristianos. Galerio, sobre todo, cuya rabia no encontraba freno, cometió con ellos todos los excesos de la mas refinada barbarie. Despues de haberlos atado á unos postes, hacia que los rodasen con ásperas para que á fuego lento se les quemasen las plantas de los pies hasta que la carne saltara de los huesos: luego les aplicaban á todas las llagas mechas medio encendidas, y durante este horrible suplicio

les echaban agua fria por la cabeza abajo, para que padeciesen mas tiempo. A veces empleaban un dia entero para asarlos así á fuego lento; y cuando ya estaban próximos á espirar, los llevaban á una grande hoguera, donde convertían en ceniza hasta los huesos, para arrojarnos despues á la mar ó á los rios. Algunos cristianos fueron libertados de la persecucion en Egipto por los mismos gentiles; pero otros muchos de toda condition perecieron con cruellísimos tormentos, hombres, mugeres y niños, despues de sufrir todas las brutalidades de la plaba y la furia de los verdugos. Iban éstos á porfia para azotarlos con varas ó correas y para apalearlos. Para estirarles los miembros se valian de máquinas, y luego les desgarraban con garfios de hierro no solamente los costados, como á los homicidas, sino el vientre, las piernas y la cara. Unas veces les dejaban colgados de una mano, para que el peso del cuerpo dislocase las coyunturas; otras les compraban con fuertes ligaduras para que se les metiesen en las carnes; y cuando estos generosos confesores iban á espirar, los echaban á un muladar. A otros les cortaron las narices, las orejas, las manos y todos los miembros: dejaron á algunos que muriesen de hambre, y todos sufrían con resignacion y alegría la duracion y la violencia de estos tormentos sin dejarse vencer.

Entre los muchos mártires de Alejandria citaremos á San Filoromo, magistrado de la misma ciudad, y á San Fileas, obispo de Thmuis, ambos distinguidos por su nacimiento, saber y reputacion. El segundo habia pasado por todos los cargos honoríficos de su provincia, y poseia muchos bienes consagrados enteramente al alivio de los pobres. Despues que estuvo preso algun tiempo, le llevaron al tribunal del gobernador, que le estrechó cuanto pudo para que sacrificase á los ídolos; doctale: "Ha podido juzgarte en tu pueblo; pero he querido salvar tu honor: aun quisiera mas, y es perdonarte en consideracion á tu hermano, á tu muger y á tus hijos. No olvides lo que me debes, y no te entregues á la muerte sin motivo." Pero el santo mártir, sobreponiéndose á las mas tiernas afecciones de la naturaleza, permaneció constante en su fé. "Antes que todo, digo, debo obedecer á mi conciencia y preferir á Dios antes que á mi familia; no muero sin objeto; pues moriré por la verdad y por el nombre de Jesucristo. A la herencia de su gloria me ha llamado, y descanso en su providencia que cuidará de los que amo y quedan en el mundo." Todos los que se hallaban presentes se echaron á sus pies; pacientes, amigos, magistrados y el mismo gobernador, le suplicaron que no se perdiese por su obstinacion; pero sus instancias fueron inútiles. Filoromo que estaba presente, exclamó diciendo: "¿Por qué pretendéis que sea infiel á Dios? ¿Creeis acaso que no os mira, ni os oye, y está absorto enteramente en la gloria celestial?" Todos los asistentes se enfurecieron contra Filoromo por las palabras que dijo, y pidieron que le condensasen con Fileas. Así fué, y mandó el juez que les cortaran la cabeza á entrambos.

En la Tebaida hacían morir á los mártires, desgarrándoles el cuerpo con cascós de ollas, clarándoselos en la carne por las puntas. A otros les ataban las piernas cada una á un árbol, forzando á estos á que se juntasen por medio de máquinas, y solándolos luego para que volvieran á su natural rectitud, desmembraban el cuerpo del mártir ó le rompían por medio con la mayor violencia. Levantaban al aire las mujeres desnudas y atadas por un pié á una viga; de modo que permanecían colgadas cabeza abajo, ofreciendo un espectáculo tan vergonzoso como inhumano. Estas crueldades duraron muchos años. Quitábase la vida á veinte, treinta y sesenta personas al día, y llegaron también á ciento, sin reparar en sus personales circunstancias. Eusebio refiere que hallándose presente por entonces, pudo observar que en un día fueron tantos los martirizados con el hierro ó con el fuego, que fatigados los verdugos se veían precisados á remudarse unos á otros. Añade, que al punto que el juez pronunciaba la sentencia contra unos cristianos, se llenaba el tribunal con otros tantos que venían á confesar su creencia; y que recibiendo con alegría la noticia de su condenación, marchaban al suplicio de buena voluntad y cantando acciones de gracias al Todopoderoso.

En todas partes, prosigue el historiador, los jueces procuraban rivalizar en invenciones de nuevos suplicios, como si fueran á ganar algún premio por ello. En Mesopotamia fueron muchos mártires colgados por los pies, y tenían debajo de la cabeza un poco de lumbre para que los quemase lentamente ó los ahogase con el humo. En Capadocia, para prolongar su padecer, les rompían los miembros, y así los dejaban hasta que muriesen. En el Ponto les metían entre las uñas y la carne aguzadas cañas: echábanles plomo derretido en las espaldas, y les daban otros tormentos tan infames, que no se pueden explicar por decencia. En Frigia hubo un pueblo en que todos los magistrados y habitantes eran cristianos y ninguno quería adorar á los ídolos; fué, pues, rodeado con soldados, que pasieron fuego y quemaron el pueblo y á los habitantes que encerraba. En Tiro (Fenicia) muchos cristianos, cuando ya tuvieron sus cuerpos abatidos y exámenes á fuerza de azotes, fueron arrojados á los leopards, osos y jabalíes, á quienes se procuraba irritar con toda clase de estímulos. Pero estas fieras, corriendo con horrosos bramidos sobre los santos, á veces se detenían á su presencia y se volvían contra los gentiles: entre otros ejemplares se vió á un jóven de veinte años que se mantuvo en pié mucho tiempo extendidos los brazos en forma de cruz, y rezando tranquilamente en medio de aquellas, que se agitaban sin cesar en torno de él sin tocarle. Tu vieron que retirarle con sus compañeros, sin que las fieras les hubiesen hecho daño alguno, y luego les cortaron la cabeza y los arrojaron á la mar.

Distínguese entre los mártires que padecieron en Siria, á San Ro-

man, que se singularizó por la generosidad de su fé y su heroico valor. Era diácono en Cesarea (Palestina) y se hallaba en Antioquia al principio de la persecución, cuando se derribaban las iglesias. Advirtiendo el santo que entraban muchas personas en los templos ó se acercaban á las estatuas de los dioses para ofrecer sacrificios, inflamado de un santo celo, se adelantó y los reprendió por su cobarde locura. El prefecto del pretorio dispuso al punto su prisión, y que le atormentasen cruelmente. Roman, azotado con correas que tenían en el cabo bolas de plomo, des-cuyuntado despues en el potro, y desgarrado hasta los huesos, no cesaba de predicar la excelencia del cristianismo, añadiendo que bastaba para convencerse de ella apelar al juicio inocente de un niño. Tomaron en efecto uno de siete años que estaba entre los concurrentes, se llamaba Barulas, y preguntándole el santo, contestó que no había mas que un Dios. Mandó el juez acercarse á la madre del niño, y en su presencia le hizo azotar hasta saltar la sangre; pero como este generoso niño proseguía confesando á Jesucristo, dispuso que le cortaran la cabeza. Roman fué condenado á la hoguera. Mientras la preparaban, los judíos que se hallaban de espectadores, decían: "Nuestro dios salvó á los niños del horno pero Jesucristo no puede salvar á sus adoradores." En el mismo momento se cubrió el cielo de nubes, y cayó una lluvia mezclada de granizo con tanta violencia, que se apagó la hoguera que estaba ya ardiendo. Desataron á Roman, y el juez mandó que le cortaran la lengua hasta la raíz y le restituyeran á la cárcel. No por eso dejaba de predicar el santo confesor, y aun mas clara y distintamente que antes; de modo que reconvaleciendo el tirano que no le hubiesen obedecido, amenazó al médico comisionado para esta incisión; pero este le presentó la lengua enteramente cortada, y declaró además que esta ocurrencia era sobrenatural, y aun la supervivencia del mártir. Hicieron la prueba cortando á un reo la lengua hasta la raíz, y el operado falleció al momento. Permaneció mucho tiempo en la cárcel San Roman, y en ella la desgollaron.

En Palestina cogían á la fuerza las manos á los cristianos para que echasen incienso en el fuego delante de los ídolos, con intento de justificar su tiranía. Es verdad que algunos apostataron; pero la mayor parte mostraron en los tormentos una firmeza inalterable, y la pagaron con sus cabezas. El primero de estos fué Procopio, lector y exorcista de la Iglesia de Scitopolis, que desde su juventud se había ejercitado en la practica de todas las virtudes, y se distinguió sobre todo, en la austeridad de su vida. Martirizaronle en Cesarea donde perecieron tambien Alíco y Zaqueo, despues de padecer diversos tormentos. San Timoteo fué quemado en Gaza á fuego lento; Tecla y Agapio fueron arrojados á las fieras; otros muchos decapitados.

Ostentó tanta crueldad el gobernador de Galacia contra los cris-

tianos, que casi todos, abandonando sus casas y bienes, se dispersaron por las montañas y desiertos, donde perecieron muchos de miseria. Sobre todo, en Ancira, capital de esta provincia, hubo un célebre mártir llamado Teodoro. Estaba casado y ejercía el oficio de mesonero. Ocupábase en buenas obras, ayunaba sin cesar, procuraba la conversión de los pecadores, socorría á los pobres y á los enfermos, y á todos los afligidos consolaba. Tenía ademas el don de milagros, y curaba á los dolientes por sus oraciones y por la imposición de las manos. En la persecucion asistía á los confesores que estaban presos, y cuidaba de enterrar á los difuntos mártires, aunque estaba prohibido con pena de la vida. El daba tambien el pan y el vino para el santo sacrificio, alojaba á los fieles que no tenían albergue, y su casa servía para iglesia, donde se celebraban los santos misterios. Primero trataron de amedrentarle, enseñándole los instrumentos del suplicio, y amenazándole con que le pudescría, si no sacrificaba en honor de los dioses. Pero miró con desden el fuego, las candelas hirviendo, y las ruedas y demas objetos aterradores. Sujetáronle en el potro, y muchos verdugos que se relevaban, desgarraron su cuerpo con afilados ganchos, le rociaron las llagas con vinagre y le pusieron fuego. Despues mandó el gobernador que hiciesen saltar los dientes del santo mártir, dándole pedradas en las mandíbulas, y luego le retiraron á la prision. Al pasar por la plaza, el santo enseñaba el estado lastimoso en que se hallaba su cuerpo, como una muestra del poder de Jesucristo y de las fuerzas que concede á sus servidores. Al cabo de cinco dias mandó el gobernador que le atormentasen de nuevo y viéndole invencible, le hizo cortar la cabeza.

En Tarso, capital de la Cilicia, los santos mártires Taraco, Probo y Andrónico, se distinguieron por su confesion generosa, cuyas actas conservamos copiadas de los mismos registros publicados por unos cristianos, á quienes costó gran cantidad de dinero la facultad de transcribirlas. Taraco habia sido militar; mas abandonó el servicio en razon de su religion, probablemente cuando los soldados recibieron órden de adorar á los ídolos. Probo tenia mucha hacienda, y se deshizo de ella para socorrer á los pobres y servir á Dios con menos obstáculos. Andrónico era de las principales familias de Efeso. Presentáronlos juntos á Máximo, gobernador de la Cilicia, quien preguntó primero á Taraco para que dijera su nombre. "Soy cristiano," respondió; y como á la segunda pregunta respondiese lo mismo, mandó el gobernador que le diesen fuertes bofetones, y despues dijo al paciente: "Compadécete de tu vejez, obedece á los emperadores, y adora á los dioses que son honrados por nuestros príncipes en toda la tierra." "Tus príncipes están engañados," replicó Taraco. El gobernador insistió en que le maltatasen el rostro, y despues de nuevas instancias para que apostatase, tan inútiles como todas las anteriores, le mandó apalea y re-

tirar á la cárcel cargado de cadenas. Emprendieron la misma taton con Probo para que sacrificase, prometiéndole el favor de los emperadores; pero viendo que nada adelantaban, le hicieron dar cien azotes con un corbacho, y ponerle en un calabozo con maniatas en los piés y en las manos. Mas cruelmente aún fué atormentado Andrónico, y demostró la misma constancia: subiósele al potro, é instándole á que sacrificase, el valeroso mártir respondió: "Jamás he adorado yo al demonio, y no es mi ánimo hacerlo ahora por primera vez; mas quiero que perezca mi cuerpo que no mi alma." Desgarraron todas las partes de su cuerpo, y le pusieron sal en las llagas; pero en medio de estos tormentos se contentaba con decir: "Haced con mi cuerpo lo que queráis: no temo vuestras amenazas ni tormentos; no esperéis de mí la locura é impiedad de que renegue de mi Dios verdadero para dar culto á la madera y á las piedras." Otra vez le encerraron en la cárcel con las mismas ligaduras de hierro en los piés y en el cuello.

Algun tiempo despues sufrieron el mismo interrogatorio los santos confesores, no ya en Tarso, sino en Mopsuesta, á donde el gobernador se habia trasladado. Dijole éste á Taraco: "Habreis hecho sérias reflexiones, y sin duda tomado una resolucion prudente." El santo confesor respondió: "Cristiano soy, y deseo que los príncipes y todos los que los imitan, y siguen ciegameute sus pisadas, reciban del Altísimo las luces que conducen á la vida." El juez ordenó que los verdugos le rompiesen los dientes, y luego trayendo fumbre, que le quemasen las manos. Despues le colgaron de los piés, y la cabeza caía sobre una hoguera que arrojaba una espesa humareda; ultimamente, le echaron en las varices sal y vinagre; pero nada fué suficiente para alterar su constancia: parecia insensible á todos los padecimientos. Probo tambien fué incitado á la apostasia; pero como se mostraba de los dioses de madera y metal, y recordaba los adulterios é incestos de Júpiter, el gobernador dispuso que le golpeasen la boca con piedras para castigarle de sus blasfemias. Hizo calentar unas barras para quemarle los piés, destrozarle las carnes con garfios, rasurarle la cabeza, ponerle ascuas encima, y le amenazó con que le cortarían la lengua; pero á cada padecimiento y amenaza crecia mas el valor del mártir. Habiendo comparecido Andrónico, se intentó persuadirle que Taraco y Probo habian consentido al fin en sacrificar. "Imitalos, le dijo el gobernador, y los emperadores te colmarán de beneficios." Andrónico respondió: "No me engañarás; me consta que no han incurrido en semejante extravagancia, y sostenido como ellos por la gracia del Señor, no temo tus suplicios: ya verás el valor que Dios infunde á sus servidores." El juez le mandó azotar cruelmente en las espaldas y en el vientre, y el santo le decia: "Puedes descargar duros golpes y renovar mis llagas: el que tan prontamente me curó, puede de nuevo hacerlo."

Aun no habían concluido los dolorosos combates de estos mártires. Sufrieron tercer interrogatorio y nuevos tormentos en la ciudad de Anazarbe. A Taraco le desgarraron el semblante, le partieron los labios y le quemaron el pecho con hierros candentes. Le desollaron la cabeza y se la cubrieron con ascuas. Probo, colgado por los pies, fue quemado por espalda y costados, y cuando todo su cuerpo era una llaga, mandó el juez que le sacasen los ojos. Igualmente hizo quemar á Andrónico por diferentes partes, y que le cortasen la lengua y le arrancaran los dientes. Pero como la constancia de todos se manifestaba inalterable, fueron condenados á ser arrojados á las fieras, y se señaló el combate para el siguiente día. Introducidos en el circo, soltaron varias fieras que los respetaron. Irritado el gobernador, mandó castigar á los encargados de la ejecución, y que soltasen las más crueles: una osa y una leona furiosa se aplicaron á vista de los santos, y se pusieron á lamerles las llagas. Máximo tuvo que acudir á los gladiadores para que les matasen á estoceadas.

En la misma provincia, Santa Julia se distinguió por su valor heroico: habiéndola exhortado en vano el gobernador para que adorase á los ídolos, la mandó azotar cruelmente con un corbacho. Trajeron á su hijo, niño de tres años, llamado Cijo ó Cirico, y le puso el gobernador sobre sus rodillas: viendo el niño que golpeaban á su madre los verdugos, le rechazaba con pies y manos, y procuraba arañarle con sus uñitas, gritando: "Yo tambien soy cristiano." Furioso el gobernador le cogió por los pies y le arrojó hasta las gradas desde su tribunal, quedando desuicado en el suelo: mandó después que desgarrasen las carnes de la madre, y le echaran en los pies pez hirviendo, y no pudiendo disuadirla, la decapitaron.

No fué menos violenta en el Occidente esta persecucion, especialmente en las provincias mandadas por Galerio y Maximiano. En cuanto á las Galias donde reinaba Constancio, tuvieron mucho menos que sufrir, porque éste se mostraba personalmente muy favorable á los cristianos.

Tenia, como los otros emperadores, muchos á su servicio, y fingiendo que deseaba cumplir las instrucciones de Diocleciano, les propuso la elección, ó de conservar sus empleos si sacrificaban á los ídolos, ó tener que perderlos y ser desterrados de su presencia si no se conformaban. Muchos prefirieron su interés á la religion: otros al contrario, conservaron ésta y abandonaron los destinos. Entonces declaró Constancio que consideraba cobardes á los que renegaron, y que no pudiendo prometerse que le amasen á él más que á su Dios, ni le fuesen más fieles, los separaba de su servicio para siempre, y conservó en sus puestos á los que tuvieron firmeza para renunciar lo humano en favor de lo divino, juzgando con razon, que no podía escoger mejores servidores, ni más adictos, ni más dignos de confianza para la guarda de su persona. Sin embargo, no

pudo impedir que se derribasen las iglesias, ni que algunos gobernadores saciasen sus venganzas á la sombra de la persecucion; y solo cuando obtuvo el título de augusto, pudo asegurar á los cristianos de las Galias su entera tranquilidad.

Hubo en Italia una multitud de mártires, de los que citaremos los más célebres. Venustiano, gobernador de Toscana, hizo prender á Sabino, obispo de Asis, con los diáconos Marcelo y Exuperancio, y desplegó tal crueldad contra ellos, que los dos diáconos espiraron al rigor de los tormentos. Encerraron á Sabino en una calabuzo, despues de haberle cortado las manos: estuvo mucho tiempo en él, y por sus oraciones recobró la vista el hijo de una cristiana que se dedicaba á servirle en la cárcel. Este prodigio convirtió á once presos, que se echaron á los pies del santo, pidiéndole el bautismo. Un mes despues sintió Venustiano una horrible dolencia que amenazaba dejarle privado de la vista: confiósele el milagro de Sabino, y se determinó á llamarle, como lo hizo; pero el santo obispo exigia que el gobernador creyese firmemente en Jesucristo, y le ofrecia el perdon de sus pecados y la curacion de su mal. Venustiano aseguró su fé y el arrepentimiento de sus faltas, y Sabino le instruyó y bautizó, é inmediatamente quedó aquel sano. Informado de esta conversion Maximiano, envió al tribuno Lucio con órden de quitar la vida á Sabino y á Venustiano. A éste le decapitaron con su mujer é hijos que tambien se habian convertido: Sabino murió á fuerza de paños.

En las fiestas que se celebraron en Roma á fines del año 303, representando en el teatro Gines á presencia de Diocleciano, que se hallaba entonces en Italia, quiso poner en ridículo los misterios de la religion cristiana. Inventó para esto una escena en que otros actores, que habian el papel de sacerdote y exorcista, le bautizasen á él con todas las ceremonias acostumbradas: apenas empezaron á hacerle las ordinarias preguntas, cuando sintiéndose repentinamente mudado en su interior por la gracia de Dios, respondió de todas veras que creia en Jesucristo; y en el acto observó que un ángel iba boreando sus pecados en un libro, en que estaban escritos. Cuando la vistieron el trage blanco y le presentaron al emperador para que le preguntase, como solian hacerlo con los confesores y mártires; declaró la aparicion que habia tenido al recibir el bautismo, y protestó que ciertamente era cristiano. Irritado Diocleciano mandó que le apalacasen furiosamente, le remitió al prefecto, y éste despues que le despedazasen las carnes con garfos de hierro, quemando despues las llagas con hechas encendidas, y últimamente que le cortasen la cabeza.

La Iglesia de Roma recibió nuevo lustre con el martirio de dos vírgenes cristianas, Soteris é Inés. Distinguida la primera por su brillante cuna, era de la misma familia de que descendió San Ambrosio; contaba varios cónsules entre sus abuelos. El prefecto man-

dó azotarle el rostro con violencia, y ella sufrió este ultraje sin soltar un suspiro ni mostrar su dolor. Acabáronla á estocadas. Santa Inés no tenía mas que doce años, y fué martirizada como la anterior, mostrando una firmeza que asombró á los mismos verdugos.

No menos brillante fué el triunfo de San Sebastian. Era un oficial que con su celo habia contribuido á la conversión de muchos paganos, y que durante la persecucion no cesaba de visitar á los confesores para fortalecerlos contra el temor á los suplicios y ultrajes al martirio. Fué delatado á Diocleciano, y confesó generosamente el nombre de Jesucristo. El emperador le entregó á unos archeros que de su orden le atravesaron á flechazos, y le dejaron por muerto; pero habiendo acudido una viuda cristiana á enterrarle, le halló todavía con vida, y le llevó á su casa donde sanó completamente. Apenas se restableció, en vez de esconderse como se lo aconsejaban sus amigos, salió al encuentro al emperador para representarle cuán poco justo era satisfacer las preocupaciones y el odio ciego de los Pontífices idólatras, persiguiendo á los súbditos mas fieles. Sorprendido é irritado Diocleciano, mandó llevarle al circo de palacio, donde le mataron á palos.

El Papa San Marcelino alcanzó tambien la corona del martirio, el 24 de Octubre del año 304: despues de su muerte estuvo vacante mas de tres años, la silla pontificia; y al cabo de este tiempo fué elegido San Marcelo, cuyo pontificado no duró mas que un año y ocho meses. Otro Marcelino, presbítero, y San Pedro, exorcista, fueron decapitados en un bosque por orden del juez, á fin de que los cristianos no tuviesen noticia del sitio de su sepultura. Debemos anotar tambien en Aquileya, el martirio de los santos Cancio y Cauciano, hermanos, y de su hermana santa Caucianila, de la ilustre familia Anicia, en Benevento el de San Genaro, y en Milán el de los santos Gervasio y Protasio, cuyo culto se hizo célebre por los milagros que sus reliquias obraron cuando San Ambrosio las descubrió mas adelante.

Tambien en España produjo la persecucion una multitud de victimas, entre las que se distinguen sobre todo en Zaragoza, á Santa Eufracia, virgen cristiana, que despues de despedazarle el cuerpo en la tortura y cortarle un pecho, fué encerrada en un calabozo, donde murió de resultas de gangrenarse las heridas; en Gerona á San Félix que espiró en medio de los mas crueles tormentos; en Alcalá de Henares á San Justo y San Pastor, niños que todavía iban á la escuela, y fueron degollados despues de sufrir el tormento de azotes, en Mérida á Santa Olalla, virgen de solos 12 años de edad, que se presentó espontáneamente, y habiéndola despedazado hasta los huesos, no dió la menor señal de dolor: luego le arrojaron teas encendidas, y cuando hubo prendido el fuego á su larga cabellera, la sofocaron las llamas que le entraban por la boca. El célebre Osio, obispo de Córdoba, confesó la fé durante esta persecucion.

Pero no hay martirio mas ilustre que el de San Vicente, diácono de Zaragoza. Era de una familia consular, y aunque jóven, tenia encomendada la instruccion de los fieles en lugar del obispo Valerio que no se explicaba con facilidad. Presos unos y otros fueron cargados de cadenas y conducidos á Valencia, donde estaba el gobernador Daciano. Este los exhortó á que sacrificaran, y Vicente declaró por sí y por el obispo que eran cristianos, y estaban prontos á sufrirlo todo por el nombre de Jesucristo. Daciano envió desterrado al obispo, é hizo padecer á Vicente los mas horribles tormentos. Le estiraron en el potro hasta dislocarle los miembros: le desgarraron el cuerpo con garfios de hierro: le tendieron en unas Parrillas erizadas de puntas y puestas sobre la lumbre: le aplicaron sobre el pecho planchas ardiendo; y para hacer mas vivo el dolor, echaron al fuego una sal que saltaba, y su actividad irritaba las llagas del mártir y producía horribles padecimientos. Pero Dios, que le sostenia con su gracia, parecia que le alargaba tambien la vida contra las leyes naturales, para ostentar la omnipotencia de Jesucristo en el valor de su siervo. El santo mártir permanecía inmóvil, y oraba con los ojos clavados en el cielo. En seguida le echaron en un calabozo sobre montones de cascotes de ollas y con los pies estirados en las manillas.

A poco, una luz celestial iluminó el calabozo, y viendo el carcelero un coro de ángeles que cantaban con el santo las alabanzas de Dios, abrazó inmediatamente la fé. Entre tanto, el juez, irritado de que todos sus esfuerzos fueran impotentes, mandó curar las llagas del mártir, á fin de atormentarle de nuevo luego que se curase. Colocaron, pues, á Vicente en una cama, donde le visitaron los fieles, y recogieron con lienzos la sangre que corria de sus heridas; mas de allí á poco espiró, y el gobernador ordenó que su cadáver fuese expuesto á las fieras en el campo. No se atrevieron éstas á tocar el cuerpo del santo, y el tirano mandó arrojarle al mar, atándole una piedra enorme para que se fuera á fondo; pero Dios por un milagro hizo que saliera á la orilla; y los cristianos, avisados por una revelación, le hallaron en la arena, donde estaba oculto, y le enterraron en una iglesia.

La persecucion se extendió á toda el Africa, donde causó tales estragos, dice San Optato, que habiendo hecho á unos mártires, á otros confesores y á algunos apóstatas, solo perdonó á los que permanecieron ocultos. En una sola ciudad llamada Abitina, fueron presos cuarenta y nueve mártires en un mismo dia, mientras que celebraban los santos misterios. Atormentáronlos largo tiempo en el potro, y despues los encerraron en una estrecha prision, donde algunos perecieron de hambre. Los otros fueron condenados á muerte. Los mas ilustres de estos mártires son, el presbítero Saturnino con sus cuatro hijos, y el senador Dativio. Entre ellos habia diez y siete mugeres, que mostraron un valor heroico. A San

Félix, obispo de Tubisa, le cortaron la cabeza por no haber querido entregar á los perseguidores las Santas Escrituras, que buscaban para quemarlas; pero hubo otros obispos tan cobardes, que las entregaron, con los vasos de la Iglesia. Se cita en particular á Pablo, obispo de Cirto en Numidia, que puso en manos de los magistrados dos cálices de oro, seis de plata, siete lámparas del mismo metal, y otros muchos objetos preciosos que servían para las reuniones de los fieles; lo que manifiesta cuál era ya entonces la riqueza de las Iglesias. Mensurio, obispo de Cartago, encerró en un lugar seguro las Santas Escrituras, y puso en la iglesia libros históricos, que los paganos quemaron sin mas averiguaciones. Algunos años mas adelante dió una prueba de su valerosa firmeza, resistiéndose á entregar un diácono, á quien se acusaba de haber escrito contra el emperador Maxencio, y que se habia ocultado en la casa del obispo. Este tuvo con tal motivo que comparecer personalmente en el tribunal del emperador; pero abogó tan bien por su causa, que fué puesto en libertad.

No acabaríamos si hubiéramos de referir por menor la historia de todos los mártires que padecieron en las demas provincias; y por otra parte, no haríamos mas que copiar siempre el cuadro de las mismas crueldades sulfidas con el mismo constante denuedo. Nos limitaremos, pues, á indicar algunos otros de los mas célebres: San Ireneo, obispo de Sirmio en la Pannonia, fué preso de orden del gobernador Probo, que en vano empleó las amenazas y los tormentos para forzarle á cometer actos de idolatría. Su padre, su madre, sus hijos y sus amigos, desahuciándose en lágrimas mientras que le atormentaban, le pedian con las mas vivas instancias que obedeciese las órdenes del emperador; pero se mantuvo inflexible, y al fin le cortaron la cabeza. San Poleon, lector de la Iglesia de Cibali en la misma provincia, fué condenado á la hoguera despues de haber ensalzado admirablemente la excelencia de la religion cristiana en su declaración. Tambien fué quemada viva Santa Afra, en Augsburgo, en la Recia. Antes de abrazar la fé habia vivido en la prostitucion; y como el juez para obligarla á sacrificar le dijo que una muger pública no podia llamarse cristiana, respondió con tanto valor como humildad. "Es verdad que no merezco el nombre de cristiana; pero la misericordia de Dios, que no mira á los méritos, ha tenido por bien de admitirme en calidad de tal, y veo que no me ha desechado, supuesto que me da fuerza para confesar su nombre. Jesucristo en la cruz prometió el perdón al ladron que le confesaba; tambien yo espero alcanzar el perdon de mis crímenes. Tú puedes atormentar el cuerpo con que he pecado; pero yo no marcharé mi alma sacrificando á los demonios." Luego que espiró, acudió á enterrarla su madre Hilaria, y fué condenada en seguida al mismo suplicio.

San Felipe, obispo de Heraclea en la Tracia, fué preso con el

presbítero Severo y el diácono Hermes, por los magistrados que buscaban las Santas Escrituras, y que se atormentaron largo tiempo para que las entregase. Como el obispo se resistiera, mandó el gobernador llevarle á la cárcel, y en el camino no cesó el populacho, sin ningún miramiento á su vejez, de ultrajarle y de empujarle para que cayera. Mas de siete meses estuvo encerrado en un calabozo: al cabo de este tiempo, el gobernador hizo conducirle á Andrinópolis, donde quiso obligarle á sacrificar, y le mandó azotar con varas hasta que se le vieron las entrañas. En seguida le condenó á ser quemado vivo con sus compañeros de padecimientos y de cárcel, el presbítero y el diácono. Al mismo suplicio fueron sentenciadas en la ciudad de Tesalónica, tres mugeres cristianas, Santa Agape, Santa Quionia y Santa Irene, por haber guardado ejemplares de la Escritura, y resistiéndose á tomar parte en los sacrificios á los dioses: habian estado mucho tiempo ocultas en las montañas, sufriendo con paciencia todas las privaciones y todas las miserias. El juez cometió la infamia de mandar exponer á Irene enteramente desnuda en un lugar de prostitucion por espacio de algunos dias; pero Dios la cubrió con su proteccion, y no consintió que fuese el objeto de ningún atentado criminal.

Estos fueron los mártires mas ilustres que padecieron por el nombre de Jesucristo, durante los dos primeros años de la persecucion. Esta cesó desde luego, ó á lo menos se mitigó mucho en las provincias del Occidente, de resultas de las variaciones políticas que ocurrieron en el imperio, y que proporcionaron á Constancio un poder independiente con el título de augusto (1); pero continuó algunos años todavía en el Oriente, donde causó una multitud de víctimas.

Hacia mucho tiempo que Galerio no podia sufrir el estar en una categoría subalterna. Aprovechóse de una larga enfermedad que habia debilitado el ánimo de Diocleciano para obligarle á abdicar: le hizo presente que en su edad y enfermedades necesitaba ya descansar despues de tantas fatigas; y como no bastaron los medios de persuasion, recurrió á las amenazas, que dieron mejor resultado. Para el mismo objeto habia tenido ya una conferencia con Maximiano, que cedió igualmente por temor de una guerra, para la cual habia cuidado Galerio de preparar un ejército numeroso. Resolvióse, pues, que Diocleciano y Maximiano renunciaran el imperio; que Constancio y Galerio tomarian el título de augusto; y que se crearian dos nuevos Césares. Diocleciano habia propuesto á Cons-

(1) Eusebio cuenta las Galias, la España y el África, entre las provincias que comenzaron entonces á disfrutar de la paz (*De mart. Palast. c. XIII*). Esto es cierto en cuanto á las dos primeras, que dependian inmediatamente de Constancio; pero en cuanto á las otras dos, si los cristianos dejaron de ser atormentados con suplicios, trascurrió todavía mucho tiempo antes que gozasen de plena libertad.

tantino, hijo de Constancio, y á Maxencio, hijo de Maximiano; pero Galerio desechó al primero por sus brillantes calidades, que le hacian amar y estimar de todo el mundo, y al segundo por su arrogancia y orgullo insoportables: él queria unos Césares enteramente sometidos á todos sus caprichos, y escogió á Severo y Maximiano. Este, que era sobrino de Galerio, habia salido hacia poco de las montañas de la Iliria, donde en su juventud habia sido pastor. Despues de pasar muy corto tiempo en los grados inferiores de la milicia, llegó al de tribuno, y no poseia ni la ciencia de la guerra, ni la de la administración. Severo era igualmente natural de la Iliria, de bajo nacimiento y sin mérito ninguno; no pensaba mas que en bailar, en beber y entregarse á la disolucion. Así, Galerio esperaba ser el único soberano del imperio, porque temia poco á Constancio, amenzado, al parecer, de una muerte próxima, y que en todo caso no podria luchar contra tres. Diocleciano abdicó el 1.º de Mayo del año 305. En la reparticion del imperio, Galerio dió el Oriente á Maximiano, el Africa y la Italia á Severo, y él se reservó el gobierno inmediato de la Iliria y de la Grecia. A Constancio tocaron la Gran Bretaña, las Galias y la España, provincias que hizo felices con la sabiduría y la dulzura de su gobierno; pero apenas disfrutó un año de su nueva dignidad.

Constantino, su hijo, servia entonces en el ejército de Galerio, que buscaba todos los medios de hacerle perecer: excitábale á combatir con las fieras por via de diversion, y le exponia diariamente á nuevos peligros. Siempre encontraba algun pretexto para no enviarle donde estaba Constancio, que no cesaba de reclamarle. Al fin Constantino logró escaparse y llegó con felicidad al lado de su padre, á quien encontró casi agonizando en York, en la Gran Bretaña. Constancio le recomendó á los soldados, y murió de allí á poco, el 25 de Julio del año 306. Inmediatamente el ejército proclamó emperador á Constantino, á la edad de treinta y un años. Uno de los primeros actos de su autoridad, fué confirmar las ordenes de su padre á favor de los cristianos, y otorgarles el libre ejercicio de su religion. Envio, segun costumbre, sus bustos á Roma para que fuese reconocida su eleccion; tambien creyó que debia enviarlos á Galerio, como para pedirle la confirmacion de su título. Galerio deliberó algun tiempo si consentiria en reconocerle; pero al cabo se resolvió á pesar suyo, por no excitar con la negativa el disgusto de sus propios soldados, aunque limitándose á declarar á César, y dió el título de agosto á Severo.

Entre tanto la tiranía de Galerio se habia hecho insoportable: arminaba á las provincias con exacciones é impuestos exorbitantes; no respetaba ningun derecho, y sacrificaba á sus menores caprichos la libertad ó la vida de los ciudadanos más ilustres. Obligó á cada particular á declarar con toda exactitud cuáles eran sus bienes, y mandó crucificar ó quemar á fuego lento á los que sospechó ha-

bian querido engañar á los oficiales del fisco, ordenando fuesen arrojados al mar todos los pobres que no podian pagar el impuesto. En fin, una de sus bárbaras diversiones, consistia en ver cómo los osos devoraban á los hombres mientras él estaba comiendo. No tardó en manifestarse un descontento general, y Maxencio se aprovechó de él para proclamarse emperador en el mes de Octubre del año 306 (1). Galerio envió inmediatamente contra él á Severo, con un ejército numeroso, compuesto en parte de las tropas que habian servido á las órdenes de Maximiano Hércules. Entonces recurrió Maxencio á su padre, y le invitó á recobrar la corona, esperando que así engañaria al ejército de Severo. En efecto, á éste le abandonaron sus tropas, y fué á entregarse el mismo á Maximiano, que le quitó la vida á principios del año 307.

Sin embargo, Maximiano conoció la necesidad de buscar un apoyo para resistir á Galerio, y exhortó á Diocleciano á recobrar el imperio; pero no le pudo determinar. Entonces entró en negociaciones con Constantino, y para atraerle le dió el título de agosto y su hija Fausta por esposa. Galerio por su parte, despues de una vana tentativa para reconquistar á Maxencio la Italia, declaró agosto á Licinio, en lugar de Severo; el año 307; y no pudiendo tolerar el César Maximiano verse inferior á Licinio, no tardó en hacer que su ejército le proclamara agosto; de modo que hubo seis emperadores á un tiempo, todos igualmente reconocidos, aparte de Alejandro que habia vestido la púrpura en Africa. Pero en este mismo año perdió Maximiano su poder, no conservando mas que un título vano que se vió muy pronto obligado á renunciar. Habiendo intentado sublevar á los soldados contra su hijo Maxencio, y despojarle públicamente de la púrpura, las murmuraciones que esta intencion excitó, le precisaron á huir y retirarse con Galerio; mas no tardó en indisponerse con él. Entonces buscó un refugio al lado de Constantino, y mientras que éste se ocupaba en pelear con los francos, Maximiano sacujo parte de las tropas que quedaban en las Galias, y por tercera vez se ciñó la diadema imperial. Persiguió Constantino, se apoderó de su persona, y á pesar de su traicion le dejó la vida. Pero el viejo ambicioso y perdido aprovechó esta gracia para procurar asesinar á Constantino, introduciéndose de noche en su alcoba. Cogieronle todavía con el puñal con que acababa de herir á un criado acostado en la cama de Constantino por disposicion de Fausta, que supo el designio de su padre. Ya no

(1) Basilio dice que Maxencio, para mostrarse más humilde que los otros príncipes, ordenó, apenas elevado á la dignidad imperial, que ceñara la púrpura enagenada contra los cristianos; lo que prueba que todavía se ejercia en Italia. Esta orden no aprovechó á los cristianos de Africa, porque allí no se quiso reconocer la autoridad de Maxencio. A poco tiempo fue proclamado emperador el prefecto del pretorio Alejandro, que se mantuvo unos cuatro años en aquella provincia.

juzgó oportuno el emperador perdonarle la vida, y solo le dió á elegir el género de muerte. Maximiano se ahorcó. Tal fué el fin vergonzoso de este príncipe perseguidor: jamas hubo suplicio mejor merecido, como observa el historiador Eutropio. Murió Maximiano el año 310.

Al mismo tiempo que el cristianismo se veia expuesto á la crueldad de los tiranos que la persecucion con tormentos y suplicios, tenia que defenderse tambien de las declamaciones, sofismas y calumnias de los filósofos. Debe contarse igualmente entre las causas de la persecucion, el rencor fanático de la escuela neoplatónica, cuyo carácter y opiniones hemos dado á conocer anteriormente. Dos filósofos de dicha escuela tuvieron la infame vileza de elegir el instante en que se derribaba la Iglesia de Nicomedia, para publicar escritos contra los cristianos, con el fin de excitar mas el encarnizamiento de los perseguidores. Uno de estos filósofos es desconocido; pero se sabe por Lactancio, que escribió tres libros contra la religion cristiana, y que invocaba con bastante claridad el auxilio de los verdugos para robustecer sus argumentos, porque se complacia en elogiar con toda prolijidad á los príncipes, y ensalzaba su piedad, su sabiduría y mas que todo el celo que ostentaban en defensa de la religion, reprimiendo una secta impia y supersticiosa. El otro era Hierocles, presidente entonces de Bitinia, y mas adelante gobernador del Egipto. Fué llamado á los consejos que Diocleciano celebró antes de publicar sus edictos, y no dejó de declararse éneργicamente á favor de la persecucion. Inmediatamente dió á luz una obra con el título de *Filaletes*, ó el amigo de la verdad, en la que repetia todas las objeciones de Celso y de los otros sofistas contra el cristianismo. Esforzabase en demostrar las contradicciones de los libros santos; y ensalzaba en tono enfático los supuestos milagros de Apolonio de Tiana, para contraponerlos á los de Jesucristo. Eusebio escribió entonces un tratado especial para refutar esta última parte de la obra de Hierocles, reservándose impugnar todas las demas objeciones en su *Demonstracion evangélica*. Las impugnaciones de estos dos filósofos, determinaron tambien á Lactancio á escribir sus *Instituciones divinas* en defensa del cristianismo; pero esta obra no se acabó hasta mucho tiempo despues.

Por entonces tuvo la religion cristiana un elocuente apologista en Arnobio, maestro de Lactancio. Era natural de Sicca, ciudad del Africa proconsular, donde enseñaba mucho tiempo habia la retórica con gran aplauso, cuando inspirado por unas visiones sobrenaturales, se decidió á renunciar á la supersticion de los paganos, para abrazar la verdad que Jesucristo le daba á conocer. Pero como habia declamado muchas veces contra el cristianismo en sus lecciones, el obispo de Sicca, dudando de su conversion, no quiso conferirle el bautismo sin que diera antes testimonios públicos de su fé. A fin de quitar este obstáculo, escribió sus siete libros con-

tra los gentiles, publicados segun la opinion mas probable, al principio de la persecucion de Diocleciano. En el primer libro refuta las acusaciones de los paganos, que no cesaban de imputar á los cristianos la causa de todas las calamidades públicas, y en seguida prueba la divinidad de Jesucristo por sus milagros, cuya certeza afirma, haciendo resaltar todos los caracteres de veracidad que presenta el testimonio de los apóstoles. En el segundo, despues de manifestar la necesidad de la fé, prueba tambien la verdad del cristianismo con los milagros y la santidad de Jesucristo, con la excelencia de su doctrina, con la constancia de los mártires y con los progresos del Evangelio, que se ha propagado por todo el universo á pesar de la violencia de las persecuciones; y para impugnar las preocupaciones de los paganos que oponian la antigüedad de su culto á la novedad del cristianismo, hace ver que sus dioses eran desconocidos antes de la época en que la mitología fija su nacimiento; al paso que la creencia de un solo Dios y la fé en el Redentor, suben al principio del mundo; y añade que si Jesucristo por razones que son un arcano de la Providencia, no vino sino en la sucesion de los tiempos, los efectos de la redencion prometida se han extendido á todos los siglos. En los tres libros siguientes, se dedica Arnobio á notar lo absurdo, extravagante é infame del paganismo. En fin, en el sexto y sétimo, responde á algunas objeciones de los paganos, particularmente al cargo que hacian á los cristianos de no tener templos ni ídolos, porque no reputaban como templos las iglesias, donde no se veian estátuas de los dioses, ni altares para degollar víctimas. Muestra cuán ridiculo es figurarse que unas estátuas de piedra encierren dioses, ó que sea necesario inocularles animales, como para mitigar su hambre con sacrificios. Finalmente demuestra la falsedad de ciertas historias inventadas por los paganos para autorizar su idolatría. Los raciocinios de Arnobio contra el paganismo están llenos de fuerza y vigor: su estilo, aunque duro, confuso y á menudo enfático, brilla á veces por su energía; pero se notan en su obra algunas inexactitudes sobre varios puntos de la doctrina cristiana; cosa que no tiene nada de sorprendente, ni altera la pureza de su fé; porque cuando escribió, solo estaba instruido imperfectamente en la religion. Se ignoran las demas circunstancias de su vida.

En el año 305, probablemente cuando se dió la paz á la Iglesia de Occidente, se celebró el famoso concilio de Elvira ó Iliberis en España, el mas antiguo de que nos quedan cánones disciplinares. Asistieron diez y nueve obispos, entre otros el famoso Osio de Córdoba, con veintiseis presbiteros que tomaron asiento con los prelados. Los diáconos permanecieron de pié, como era uso en todas las asambleas de la Iglesia. Hicieronse varios reglamentos en este concilio sobre la penitencia pública, sobre el bautismo, sobre las órdenes y otros puntos de disciplina. El primer cánón manda que

se niegue la comunión, aun en el artículo de la muerte, á los cristianos que despues de recibido el bautismo se han hecho culpables de idolatría, sacrificando. La misma pena se decreta contra los que hayan quitado la vida á alguno por maleficio, contra los cristianos que hubiesen casado á sus hijas con Pontífices idolátras, contra los que hayan caído en el adulterio despues de cumplida su penitencia, contra las vírgenes que hayan violado su voto y vivido en el libertinaje; pero si solo hubiesen delinquido una vez por fragilidad ó seducción, permite el concilio se les conceda la comunión en el instante de la muerte. Debemos advertir que la comunión de que se trata en estos cánones, ha de entenderse de la Eucaristía y de la reconciliación que terminaba la penitencia pública. No se ve por qué razon han querido algunos autores descubrir aquí la negación de la absolución sacramental, que según hemos demostrado anteriormente, era muy distinta de la reconciliación solemne que el pecador sujeto á la penitencia pública recibia por la imposición de las manos antes de entrar á participar de la Eucaristía.

El concilio prohibe á los obispos, á los presbíteros y á los diáconos, que salgan de su provincia á traficar; pero no extiende más allá la prohibición, porque no poseyendo aún las Iglesias rentas fijas, podían necesitar alguna vez los ministros pobres buscar medios de subsistencia en el trabajo ó en la negociación. Por el cánón 33 se manda á los obispos, á los presbíteros, á los diáconos y á los otros ministros, que se abstengan de sus mugeres so pena de destitución. También se les prohibe tener en su compañía ninguna persona del otro sexo, como no sea su hermana ó su hija. No era cosa rara en los primeros siglos ordenar y aun conferir el episcopado á cristianos casados, cuyas mugeres vivian aún; pero estaban obligados despues de recibidas las órdenes á guardar continencia. Esta disciplina, según el testimonio de San Eusebio, era tan antigua como el cristianismo, y San Jerónimo dice que las Iglesias de Oriente y de Egipto estaban conformes con las de Occidente para no admitir á órdenes mas que á los que no estaban casados ó se abstienen de sus mugeres.

San Epifanio atestigua lo mismo, añadiendo que si en algunos parages sucedia otra cosa, era un abuso introducido por relajación y contra la regla (1). El concilio de Elvira no hizo, pues, mas que reproducir la ley común sobre la obligación de la continencia. También se prohibió conferir las órdenes en una provincia á los que hubiesen sido bautizados en otra, porque podian ser engañados los obispos en cuanto á las costumbres de los aspirantes.

En otros cánones se determina el tiempo de la penitencia por diferentes crímenes. Se resolvió que no pudiera ninguno ser admi-

tido de nuevo en la comunión sin el consentimiento del obispo que le hubiese excomulgado. Se prohibió á los fieles comer con los judíos y casar á sus hijas con éstos, con los paganos ó con los hereges. Se decretó que no se diese el bautismo á los catecúmenos hasta pasados dos años, excepto en el caso de enfermedad. Entre las demas disposiciones de este concilio, se nota la prohibición de encender cirios de día en los cementerios para no turbar los espíritus de los santos; lo que sin duda tiene relacion con algunas suposiciones practicadas según las ideas de ciertos hereges, con el objeto de evocar las almas de los muertos, aunque creen varios autores que solo se queria evitar que la excesiva profusión de luces distrajesen la atención de los fieles ó de los clérigos que oraban en los cementerios. Finalmente, se nota otra prohibición cuya explicación puede parecer difícil al pronto. No se deben poner pinturas en las iglesias, dice el concilio, no sea que se represente en las paredes lo que es objeto del culto y de la adoración. Pero el motivo de esta prohibición era el temor muy natural de una profanación por parte de los paganos, que pudiendo penetrar á cada momento en las iglesias en tiempos de persecución, no hubieran dejado de cometer indignos excesos con las santas imágenes, y tal vez las hubieran desfigurado y remedado ridiculamente para hacer irrisión de los misterios del cristianismo. Esto es lo que nos ha parecido mas importante de señalar en los reglamentos del concilio de Elvira.

Otro se celebró el mismo año de 305 en Cirra, metrópoli de la Numidia, con asistencia de once ó doce obispos de la provincia, para elegir el sucesor del obispo Paulo que acababa de fallecer. Se ignora lo que deliberó este concilio; y solo se ve por un extracto que de él nos queda, que se intentó examinar la causa de los traditores, esto es, de los que en tiempo de la persecución habian entregado á los gentiles los libros santos; y como habia algunos culpables de este delito entre los obispos presentes, el temor de ocasionar un cisma, hizo que se desistiera de tal proyecto y se usara benignidad con los caídos.

Hacia esta misma época, ó unos cuantos años antes, se coloca un concilio celebrado en la ciudad de Alejandría contra Melecio, obispo de Licópolis en la Tebaida, que convencido de varios crímenes, y en particular de haber sacrificado á los ídolos, fué depuesto en dicho concilio por San Pedro, obispo de Alejandría. Melecio no se sometió á la sentencia ni se tomó la molestia de justificarse; antes viéndose apoyado por algunos sacerdotes, se hizo gefe de partido, se declaró independiente del obispo de Alejandría, y causó un cisma que turbó por mucho tiempo las Iglesias de Egipto. Para acabar la ignominia de su destitución, supuso que no habia habido derecho de juzgarle, y comenzó á desacreditar calumniosamente á San Pedro, acusándole de que recibia con demasiada facilidad á los apóstatas, y diciendo que se habia separado de él por no tomar par-

(1) Eusebio, *Demonst. ev.*, lib. I, cap. IX.—Gerón. *Adv. vig.*, cap. I.—*Epist. Hor.* 59.

te en esta relajacion vituperable. Mas adelante se verá mezclarse á los melecianos en las intrigas de los arrianos contra la Iglesia católica.

San Pedro, obispo de Alejandría, habia sucedido á San Teonas el año 300 de Jesucristo, y gobernó por espacio de doce dicha Iglesia. Nos ha quedado de él una epistola canónica que contiene los reglamentos que estableció el año 306 para la reconciliacion de los cristianos que habian apostatado. Vitupera con energia á los que de suyo se entregaban yendo temerariamente á declararse cristianos y á irritar con su celo indiscreto el furor de los tiranos; sin embargo, disculpa á los que se declaraban así por razones particulares y loables, como por ejemplo, para reparar el escándalo ocasionado por la caida de sus hermanos. Justifica á los que se ponian á cubierto de la persecucion por dinero ó huyendo; concede la comunicacion á los que despues de su caida han vuelto al combate y han sufrido la prision y los tormentos, y señala la duracion de la penitencia para los otros con arreglo á las circunstancias de su falta. Condena sobre todo severamente á los amos que habian enviado á sus esclavos cristianos para que sacrificaran en su lugar. En cuanto á los que enviaban paganos, como supone que pudieron obrar así por ignorancia, les impone solamente seis meses de penitencia. San Pedro de Alejandría habia compuesto algunas otras obras, de que no nos quedan sino fragmentos poco considerables. Padebió martirio hácia fines del año 311.

La persecucion, como hemos dicho, continuó en Oriente mucho tiempo despues de la abdicacion de Diocleciano. Galerio, que reinaba en la Iliria, en la Grecia y en el Asia, se entregaba á todos los excesos de la mas odiosa tiranía, y perseguia sobre todo á los cristianos con redoblado furor. Fomentaba su odio el César Maximiano, su sobrino, encargado del gobierno de la Siria y de las provincias inmediatas: como este príncipe conservaba la ignorancia y los vicios de su primera condicion, aparentaba tambien mas celo que los otros por la idolatria. Mandó reparar los templos en todas las ciudades, puso en todas partes sacrificadores, y dió nuevos privilegios á los Pontífices. Nada se atrevia á emprender sin consultar los oráculos, y su credulidad supersticiosa le sometia á la influencia de una turba de charlatanes mágicos ó adivinos, á quienes miraba como amigos de los dioses. Al mismo tiempo llevaba la disolucion hasta el último grado. Se embriagaba á punto de perder la razon, y en tal estado daba las órdenes mas extravagantes. Dejándose arrastrar de todas sus inclinaciones brutales, hacia robar mugeres casadas y doncellas, lo que ocasionó el martirio de una multitud de cristianas, que prefirieron morir antes que consentir en sus deseos inífnos. De este número fué Santa Pelagia, virgen de Antioquia, que por no caer en manos de los que la perseguian, se dió la muerte precipitándose desde lo mas alto de su casa. Sin du-

da obedeció á una inspiracion particular, y la Iglesia la honra como mártir.

Luego que Maximino fué asociado al imperio, entró órdenes á los gobernadores de las provincias dependientes de él, para que obligaran á todos los habitantes sin excepcion, á sacrificar. Entonces la persecucion fué mas violenta que nunca, y se ejerció por espacio de tres años sin interrupcion. Es imposible imaginar todas las crueldades que los cristianos tuvieron que sufrir. Infinito número de ellos perecieron en diferentes suplicios, despues de padecer los tormentos mas bárbaros: otros, con los miembros dislocados y el cuerpo cubierto de llagas, permanecian años enteros sepultados en calabozos infectos, de donde los sacaban de cuando en cuando para atormentarlos de nuevo, con la esperanza que así se lograria triunfar de su constancia. A otros muchos les reventaron el ojo derecho, y las cortaron ó quemaron el jarrete; en seguida los enviaron á trabajar á las minas, dejándolos como vida únicamente para hacerles padecer un martirio mas largo. Algunos, abandonando sus bienes, se fugaron y se escondieron en los bosques, en los montes y en los desiertos, donde soportaron con valor los padecimientos y las privaciones mas penosas. Así pasaron los abuelos de San Basilio mas de siete años en los bosques de la Capadocia, expuestos á las inclemencias del cielo, y sin otro alimento que los animales que podian cazar.

Bastarán algunos ejemplos para que se juzgue de la violencia de la persecucion. Cipriano, cristiano jóven de Tiro, por haberse mostrado inflexible en medio de los tormentos, fué metido en un pellejo con un perro y una serpiente, y arrojado al mar. Añano y Edezio, hermanos, de una familia ilustre de la Lidia, despues de atormentados mucho tiempo con todo género de suplicios, fueron arrojados tambien al mar, el uno en Cesarea de Palestina y el otro en Alejandría. Con el mismo suplicio consumió San Agapito su martirio en Cesarea. Ya habia sido expuesto á las fieras algunos años antes, y despues habia permanecido en la cárcel, siempre amenazado por los magistrados, cuando Maximiano, no pudiendo obligarle á sacrificar, mandó echarle una osa en un espectáculo dado para festejarle el año 306; y como el santo mártir respirase aun, fué conducido otra vez á la prision y arrojado al dia siguiente al agua, donde murió ahogado. En la misma ciudad de Cesarea, habiéndose acercado á algunos confesores para encomendarse á sus oraciones, Teodosia, doncella jóven y cristiana, inmediatamente fué presentada al gobernador, que mandó le rasgaran los pechos y los costados hasta verse los huesos, y en seguida hizo que la precipitaran en el mar. Otras dos doncellas fueron atadas juntas y quemadas vivas, despues de despedazarlas tambien y dislocar sus miembros en el tormento. Un mártir llamado Pablo, sentenciado á la decapitacion, pidió algunos instantes al verdugo, é hizo una plegaria en

alta voz per los cristianos, por los judíos, por los infieles, por la multitud que estaba presente, por los emperadores, por el juez que le había condenado y por el mismo verdugo, rogando á Dios que se dignase de perdonarles; lo que conmovió de tal manera á los asistentes, que algunos de ellos no pudieron menos de derramar lágrimas. Enseño que nos ha dado la historia de estos mártires y de otros varios que padecieron entonces en la Palestina, nos manifiesta también cuán considerable fué el número de los confesores mutilados y condenados á las minas, supuesto que de una sola vez lo fueron 97, otra hasta 131; y semejantes castigos se repetían á menudo.

Marte trujo, Maximino, proclamado ya augusto por su ejército, juzgó que importaba á su política mostrarse favorable á los cristianos en una circunstancia, en que tenía que temerle todo de la cólera de Galerio, poco dispuesto al parecer á reconocer su nuevo título. Mandó, pues, que cesara la persecucion, y que fueran puestos en libertad los confesores que trabajaban en las minas. Pero habiéndose averiguado de allí á poco con Galerio, volvió á ostentar sus antiguas inclinaciones, y envió órdenes á todos los gobernadores de las provincias para que se reedificasen y reparasen los templos de los ídolos, para que todos los ciudadanos, hombres, mugeres y niños, fuesen obligados á hacer sacrificios y libaciones á los dioses; para que todos los vivos expuestos en los mercados se profanasen con aspersiones idólatricas; y por último, para que se pusieran guardias en las puertas de todos los parages públicos, á fin de precisar á sacrificar á todos los que saliesen de ellos.

Poco tiempo despues, es decir, en el mes de Febrero del año 309, murió el ilustre marín San Páullo, presbítero de Cesarea. Era originario de Berto, en Fenicia, de una familia distinguida, y habia ocupado los primeros cargos de la magistratura en aquella ciudad; pero todo lo habia renunciado y distribuido sus bienes á los pobres para dedicarse enteramente á la práctica de las virtudes cristianas y al estudio de las Santas Escrituras. Buscó con mucho anhelo las obras de los escritores eclesiásticos, y formó así una rica biblioteca que dejó á la Iglesia de Cesarea. También fundó en la misma ciudad una escuela cristiana donde enseñó la religion. Se cree que compuso con Ensebio una apologia en defensa de Orígenes, pero se hizo célebre, sobre todo, por sus tareas para dar una edicion correcta de la Santa Escritura, restableciendo en su pureza la que Orígenes habia dado, mediante el cotejo de una multitud de ejemplares. Como la negligencia de los copiantes habia alterado esta edicion, la transcribió con el mayor esmero, tal cual se hallaba en el original de los Hexaplos, y mandó sacar varias copias que las Iglesias de la Palestina adoptaron. Cortaron á este santo mártir la cabeza en Cesarea, despues de haberle tenido preso dos años; otros varios cristianos fueron condenados con él al mismo suplicio, y el juez hizo expouer sus cuerpos en un muladar para que los anima-

les los devoraran; pero como ninguno hubiese llegado á ellos, pasados algunos dias, los fíeles consiguieron llevarse los para darles sepultura.

Esta continuacion de persecuciones y estos multiplicados suplicios comenzaban á cansar á los mismos paganos, y algunos de ellos murmuraban en alta voz. Aplacóse, pues, la persecucion hácia fines del año 307, aunque no cesó enteramente. Un gran número de confesores que trabajaban en las minas de Palestina, se aprovecharon de esta suspension para construir iglesias donde celebrar los santos misterios. Súpelo el gobernador, y dió órden de dispersarlos en diferentes lugares; mandó quemar á varios, entre otros á dos obispos de Egipto, y de allí á poco tiempo fueron decapitados 39 por mandato de Maximino.

No menos encarnizado se mostró Galerio. Se ha visto anteriormente qué horribles suplicios habia discurrido para prolongar los padecimientos de los cristianos; pero al fin experimentó los efectos de la venganza divina que le hirió de una manera patente. Por espacio de un año estuvo sufriendo dolores atroces á resultas de una llaga vergonzosa é incurable, que se trató de cicatrizar varias veces con el hierro; pero siempre se volvía á abrir, y el enfermo perdía tal cantidad de sangre que se tenía por su vida. No tardó en declararse la gangrena é hizo progresos espantosos. En vano imploró él con repetidos sacrificios el auxilio de los dioses. Los remedios ordenados en nombre de Apolo y de Esculapio no hicieron mas que agravar el mal; la habilidad de los médicos mas afamados no tuvo tampoco mejor éxito. La corrupcion combatida en lo exterior penetró en los intestinos; donde se formó un hormiguero de gusanos que exhalaban un hedor insoportable. Toda la parte superior del cuerpo se habia quedado horriblemente flaca, y no presentaba mas que una piel livida pegada á los huesos. Los miembros inferiores, hinchados de un modo prodigioso, no conservaban nada de su forma natural. Viendo Galerio que cada dia iba á peor, echó la culpa á los médicos é hizo morir á algunos; pero hubo uno bastante animoso para advertirle que su enfermedad no era de las que se alivian con remedios humanos. "Acuérdate, le dijo, de lo que has hecho contra los siervos de Dios, y sabrás á quién debes recurrir." Cediendo Galerio al temor de la muerte y no al arrepentimiento, publicó un edicto en la primavera del año 311, para que los cristianos profesasen su religion con plena libertad, y volviesen á celebrar sus reuniones en las iglesias, á fin de que por agradecimiento pidieran á su Dios por la salud del emperador y por la prosperidad del imperio. Pero en el preámbulo de este edicto intentaba justificar las persecuciones que habia decretado contra ellos, para sacarlos, decia, de su ceguera; daba á entender que usaba de indulgencia con ellos, porque el rigor no habia hecho otra cosa que privarlos de adorar á su Dios sin moverlos á tributar el culto debido á los dioses del imperio. Se-

mejantes disposiciones no eran muy propias para aplacar la cólera divina. A los pocos dias de promulgado el edicto pereció miserablemente Galerio reducido su cuerpo á podredumbre y cayéndosele á pedazos.

Tambien se le envió á Maximino esta ley publicada en nombre de Galerio, de Licinio y de Constantino, para que se llevara á ejecución en las provincias de su dependencia; pero Maximino no quiso adoptar un edicto que no llevaba su nombre. Sin embargo, como aspiraba á recoger pronto una parte de la sucesion de Galerio, y lo parecia impolitico en tal circunstancia continuar solo la persecucion, dió orden de que cesara. Sabino, prefecto del pretorio en Oriente, escribió de su parte á los gobernadores de las provincias para declararles que mostrándose rebelde á todos los suplicios la obstacion de los cristianos, la voluntad de los emperadores era que no se les inquietase mas, y que se les dejase en libertad de practicar su religion sin turbarlos ó castigarlos de ningun modo por este motivo. Entoncez se vió reunirse á los fieles en todas las ciudades para los ejercicios del culto divino. Los confesores que trabajaban en las minas ó estaban en las cárceles, recobraron la libertad. En todos los caminos se encontraban á bandadas aquellos cristianos generosos, los mas mutilados horriblemente, que volvian á sus casas cantando himnos y cánticos, y los mismos paganos no podian menos de participar de su regocijo. Pero no duró mucho tiempo esta paz.

Luego que Maximino supo la muerte de Galerio, se adelantó con toda diligencia para apoderarse de las provincias del Asia Menor hasta el Helesponto: Licinio por su parte acudió á defender sus derechos, amenazados por un colega ambicioso. Los ejércitos estaban á la vista, separados únicamente por el estrecho, y la guerra parecia inevitable; pero los dos emperadores consiguieron arreglar sus pretensiones reciprocas con un convenio. Maximino regresó sin tardanza á Siria, y no teniendo ya nada que temer, siguió las inspiraciones de su ódio habitual á los cristianos. Comenzó por prohibirles que se reunieran en los cementerios; despues, para aparentar que se veia obligado á revocar sus órdenes anteriores, abrió solemnemente á fin de que las ciudades principales le enviaran diputaciones, solicitando la expulsion de los cristianos ó á lo menos la prohibicion de sus juntas. La ciudad de Antioquia fué una de las primeras que pidieron que no se permitiera á ningun cristiano morar en ella. Se cuidó de hacer hablar á los oráculos en apoyo de estas súplicas. La ciudad de Tiro hizo una solicitud semejante, y al responder Maximino, alabó en tales términos el celo de los habitantes y les manifestó tanta benevolencia, que todas las ciudades siguieron el ejemplo de Tiro, ya espontáneamente, ya á instigacion de los gobernadores que querian de este modo adular al príncipe.

Al mismo tiempo se buscaron todos los medios de hacer odioso el cristianismo. Se difundieron por orden del emperador libelos ates-

tados de blasfemias con el titulo de *actas de Pilato*, y se les revisió de las formas mas auténticas en apariencia, á fin de que pasaran por las actas en que se contenian los procedimientos de Pilato contra Jesucristo. Se repartieron por todas las ciudades y aldeas; se expusieron al público para que todo el mundo pudiese leerlas; y se mandó que los niños de las escuelas las aprendiesen de memoria. Un gobernador de Damasco cogió á algunas prostitutas, y las amenazó con el tormento si no decian que habian sido cristianas, y que sabian que en las iglesias se cometian abominaciones. Ellas declararon cuanto se quiso, y sus deposiciones, extendidas en la forma ordinaria se publicaron igualmente en todos los lugares.

Comenzó, pues, de nuevo la persecucion en el Asia y en el Egipto despues de unos seis meses de interrupcion. Maximino, so pretexto de clemencia, mandó que mutilaran á los confesores en vez de quitarles la vida. Así, les arrancaban los ojos y les cortaban las manos, los piés, las narices ó las orejas; con todo, no dejaron los gobernadores de condenar á algunos á muerte. Entoncez fué martirizado San Pedro de Alejandria, y algun tiempo antes Hesiquio, Teodoro y Pacomio, obispos de diferentes Iglesias del Egipto, y gran número de otros cristianos, sacerdotes ó simples fieles en la dicha provincia. En la misma persecucion se cuenta que pereció la ilustre vírgen Santa Catalina, tan distinguida por el esplendor de su nacimiento y por sus riquezas, como por su entendimiento y vastos conocimientos; pero se ignoran las circunstancias de su suplicio. Un monge llamado Apolonio, condenado á la hoguera con Filemón, á quien acababa de convertir, se libró por un milagro, que determinó al juez y á otros varios á abrazar la fé. El prefecto de Alejandria mandó llevarlos á todos allá y arrojarlos al mar; pero las aguas volvieron sus cuerpos, y fueron enterados en un mismo sepulcro, donde se obraron en lo sucesivo muchos milagros.

Debemos citar tambien entre otras muchas victimas de esta persecucion, á San Metodio, obispo de Tiro, y á San Luciano, presbítero de Antioquia. Este se habia hecho celebre por la austeridad de su vida, así como por su elocuencia y erudicion. Emprendió dar una edicion correcta y exacta de la version de los setenta, coleccionando los mejores ejemplares, y sirviéndose del texto hebreo para corregir algunas veces los defectos de los copiantes. Esta edicion fué adoptada en Antioquia, en Constantinopla y en la mayor parte de las Iglesias del Asia Menor y de la Grecia. Las de la Palestina siguieron como hemos dicho; la edicion publicada por San Panfilio, y la Iglesia de Alejandria y el resto del Egipto, adoptaron otra edicion dada por Hesiquio. San Luciano habia publicado algunas otras obras de que no nos ha quedado nada. Algunos autores suponen que se sospechó era partidario de las opiniones de Pablo de Samosata; por lo cual estuvo separado mucho tiempo de la comunión de la Iglesia; pero ni Eusebio, ni San Gerónimo hablan de

estas circunstanCIAS: puede suponerse con bastante probabilidad, que hubo otro Luciano con quien se habrá confundido al santo mártir. Sea como quiera, lo cierto es que murió en la comunión de la Iglesia, como lo prueban los elogios que le han dado los mayores santos, y sobre todo la carta que escribió desde la cárcel a la Iglesia de Antioquia, y que acababa con estas palabras: "Todos mis compañeros los mártires os saludan." Conducido á Nicomedia, y presentado al gobernador, hizo ante él una apología elocuente de la religión cristiana, y sufrió con un valor invencible el tormento. Después le encerraron otra vez en el calabozo, donde le tuvieron bastantes días sin alimento, y al cabo de ellos le sirvieron manjares ofrecidos á los ídolos; pero no los tomó. El gobernador mandó atormentarle segunda vez y con tanta violencia, que espiró en la tortura repitiendo estas palabras: "Yo soy cristiano." Ocurrió su mártirio á 7 de Enero del año 312.

Casi al mismo tiempo fué condenado á muerte San Metodio; pero se ignoran los pormenores de su suplicio. Había sido primeramente obispo de Olimpo, ciudad marítima de la Licia, antes de ser llamado á la silla de Tiro, donde sucedió á San Tiranion, martirizado bajo el reinado de Diocleciano. El nombre de San Metodio se había hecho célebre con varias obras notables por la claridad y elegancia del estilo. Aun poseemos la que se titula el *Banquete de las vírgenes*, diálogo en que se explican las ventajas y los deberes de la virginidad. También nos quedan unos fragmentos bastante largos de otras obras, particularmente de un tratado de la resurrección, compuesto para refutar los errores atribuidos á Orígenes tocante á este dogma. Había combatido el santo obispo con mucha energía y erudición los libros de Porfirio contra la religión cristiana; pero así como esta obra se ha perdido su refutación.

Maximino, en las respuestas á las ciudades que pedían la perfección, había cuidado de realzar con énfasis los favores de que los dioses, decía él, colmaban su imperio, derramando por todas partes la abundancia, y preservándole de toda calamidad, á causa del celo que se manifestaba contra una secta impía. No tardó la Providencia en desmentirle de un modo patente. A poco tiempo sobrevino una sequía extraordinaria, que trajo la esterilidad y luego un hambre espantosa. Un número asombroso de ciudadanos, aun de las clases elevadas, después de haber vendido poco á poco todos sus bienes, se vieron reducidos á la última miseria, y condenados á morir de hambre. Algunos vendieron hasta sus hijos para tener con que alargar algunos días mas tan mísera existencia. Se veían turbas de hombres y mugeres con el cuerpo descarnado, y semejantes á las fantasmas, andar de aquí para allí pidiendo un pedazo de pan. De repente se caían de inarición en las calles y en las plazas públicas, donde quedaban los cadáveres sin sepultura. Vino después la peste y ejerció sus estragos con aquellos á quienes

la opulencia había preservado del hambre. El número de muertos era infinito, y la miseria ó el contagio arrebataban á veces familias enteras. Estos dos azotes iban acompañados de una enfermedad, que manifestándose en el rostro por medio de úlceras y acrometiendo principalmente los ojos, hizo perder la vista á innumerables personas, como para vengar á los muchos confesores á quienes sus perseguidores habían reventado los ojos. Tantas calamidades no alteraron las disposiciones de Maximino, y no mandó que cesara la persecucion hasta que le obligaron los acontecimientos sobrevenidos en Oriente, á resultar de los cuales el cristianismo se sentó en el sôlo.

Maxencio después de proclamado emperador en Roma, no tardó, segun indicamos, en restituir la libertad á los cristianos. Cuando se afirmó la paz de la Iglesia, se pensó en proveer la Santa Sede que estaba vacante hacia algunos años, y fué elegido Papa San Marcelo á principios del de 308. Ocupóse en reparar las brechas que las calamidades de los tiempos habían hecho en la disciplina; y como su celo le hiciese odioso á los apóstatas, á quienes quería obligar á la penitencia por su crimen, se enfurecieron contra él, recurrieron á violencias sediciosas, y lograron que Maxencio le desaterrara. Murió el santo Pontífice el 16 de Enero del año 310, después de uno y ocho meses de pontificado. San Eusebio, que fué elegido en su lugar, no ocupó la Santa Sede mas que unos cuatro meses, y el 2 de Julio del año siguiente se nombró para sucederle á San Milciades ó Melquides, que gobernó la Iglesia dos años y medio.

Por este mismo tiempo, Maxencio, dueño ya del Africa, restituyó tambien la libertad á los cristianos de aquella provincia, y ordenó que se les devolviera cuanto se les había arrebatado durante la persecucion. Pero si los intereses de su política le dictaron algunas medidas de justicia, no dejó de grangearse el odio general con una tiranía odiosa. No contento con agobiar á sus vasallos con exacciones repugnantes, mandó quitar la vida bajo diferentes pretextos á varios senadores, para apoderarse de sus bienes. Un dia, por una causa bastante liviana, hizo que las guardias pretorianas acauchillaran al pueblo romano. Hacia rebolar las mugeres mas ilustres, y después de deshonrarlas las devolvía á sus maridos. Así quiso tratar á la esposa del prefecto de la ciudad, y éste tuvo la vileza de consentir; pero la muger, que era cristiana, pidió algun tiempo como para adornarse, y entrando sola en su gabinete, dirigió á Dios una corta oracion, y se clavó un puñal en el pecho. Es de presumir que la movió una inspiracion particular, que no le dejó considerar mas que las excelencias de la castidad, sin la cual las reglas del cristianismo no permitirían aprobar esta accion, disculpable, sin embargo, por los efectos naturales de la perturbacion ó de la ignorancia.

Maxencio entre tanto, después de subyugada el Africa, formó el proyecto de despojar á Constantino, y le declaró la guerra so pretexto de vengar la muerte de Maximiano Hérenles, su padre. Tenia un ejército considerable y tesoros inmensos, de modo que no dudaba absolutamente del triunfo. Constantino, aunque con fuerzas muy inferiores, no vaciló en marchar contra su enemigo; pero conoció la necesidad de interesar al cielo en favor de sus armas. Reflexionando, pues, sobre el desgraciado destino de los emperadores que habian perseguido á los cristianos, y recordando que su padre habia disfrutado de una prosperidad constante por adorar al único Dios soberano, resolvió dirigir tambien sus súplicas á este Dios omnipotente, y le rogó que se le diéa á conocer y le protegiese en su empresa. Estando así en ferviente oracion, descubrió en medio del cielo una cruz luminosa, mas brillante que el sol, con esta inscripción: *In hoc signo vinces.* Todo el ejército vió con admiracion el mismo prodigio. El emperador, absorto enteramente con esta maravilla, pensó el resto del día en lo que podia significar. A la noche siguiente se le apareció Jesucristo con la misma señal, y le mandó que hiciera otra semejante, y la usase en los combates como prenda segura de la victoria. Constantino se levantó muy temprano, llamó operarios, y él mismo les trazó el dibujo del famoso estandarte que se llamó *labaro*, sito que se sepa el origen de esta palabra. Era como la vara de una pica larga, revestida de oro y atravesada en la parte de arriba por otra vara que formaba una cruz, de donde pendia un velo tejido de oro y de pedería. Sobre el vértice de la cruz, habia una corona tambien de oro y piedras preciosas, en medio de la cual se hallaban enlazadas las dos primeras letras griegas del nombre de Cristo. Por cima del velo y sobre los brazos de la cruz, estaban puestos los retratos del emperador y de sus hijos. El mismo Constantino contó esta vision á Eusebio, que la refiere en la vida de aquel príncipe; y la razon natural no permite suponer que uno ú otro quisiese ni pudiese engañar acerca de un hecho de esta naturaleza, cuando vivian aún y podian desmentirle infinitas personas que se decía habian sido testigos oculares de aquella maravilla (1).

Después de esta aparicion, Constantino se declaró abiertamente cristiano: llamó obispos que le instruyesen en la fé, y lleno de confianza en la proteccion divina, penetró en Italia, derrotó sucesivamente á varios generales de Maxencio, y en fin, avanzó hasta las puertas de Roma, donde estaba encerrado éste, por haberle amenazado con la muerte un oráculo si salia, porque el tirano habia re-

(1) Se cree comunmente que esta vision milagrosa sucedió en las Galias. Lactancio dice que la víspera del último combate contra Maxencio á las puertas de Roma, fué advertido Constantino en sueños, que pusiera la cruz en los escudos de sus soldados; pero esta era la segunda vision, diferente de la que habia Eusebio.

currido á todas las supersticiones paganas para consultar á los dioses y atraerse su proteccion: multiplicaba los sacrificios; practicaba encantos ó invocaciones mágicas, y hasta hacia abrir á las nubes en cinta para buscar presagios de lo futuro en las entrañas palpitantes de los fetos. Mas luego que hizo salir las tropas para dar la batalla á Constantino, sin atravesarse á ponerse al frente, el pueblo, insultando su cobardía, comenzó á gritar que Constantino era invencible. Entonces Maxencio aterrado, ordenó que se consultasen los libros sibílicos; y como fingiesen los cortesanos haber hallado que aquel día debia perecer el enemigo del pueblo romano, creyendo segura la victoria, se decidió al fin á salir de la ciudad. Su presencia reanimó el ardor de las tropas, y sobre todo de los soldados pretorianos; pero después de hacer dilatados esfuerzos de valor, tuvieron que ceder al ejército de Constantino, el cual fué advertido en el mismo día, y tambien en sueños, que pusiera el signo de la cruz en los escudos de sus soldados. Maxencio al huir, se ahogó en el Tíber, por habérsele roto un puente de barcas que habia dispuesto para perdicion de su enemigo. Esta batalla se dió el 27 de Octubre del año 312.

Constantino entró victorioso en Roma, donde fué recibido como un libertador. El senado hizo erigir un arco triunfal en honor suyo, y la Italia le decretó una corona de oro. Pero el piadoso emperador no se olvidó de hacer triunfar la religion y el nombre de Jesucristo, que le habia proporcionado la victoria. Quiso que la primera estatua que se le erigió en la capital del imperio, le representase con una larga cruz en la mano, y esta inscripcion: "Por la virtud de este signo saludable, he libertado vuestra ciudad de la tiranía, y he restituido al senado y al pueblo romano, su libertad y su gloria."

Algunos meses después, habiendo pasado Constantino á Milán para celebrar el casamiento de su hermana con Licinio, publicaron los dos emperadores un edicto en favor de los cristianos, que estaba concebido en estos términos: "Habiendo creído hacia mucho tiempo que no se debía negar á nada: la libertad de conciencia, hemos ordenado ya que se permitiese á los cristianos, como á todos nuestros demas vasallos, practicar libremente su religion. Pero como en el rescripto publicado al efecto, hay algunos términos que han podido dar lugar á falsas interpretaciones (1), mirando como nuestro primer deber arreglar lo que concierne al culto de la di-

(1) No tenemos este primer edicto de Constantino, y no se sabe cuáles eran precisamente sus disposiciones. Tampoco se tiene noticia de la fecha; pero se cree comunmente que se publicó después de la derrota de Maxencio; y parece cierto que este primer decreto y no el segundo, fué el que obligó á Maximiano á restituir por su parte la libertad á los cristianos.

vinidad, y asegurar á los cristianos como á todos los demas, plena y entera libertad de seguir la religion que tengan por conveniente, á fin de atraer sobre nosotros el favor del cielo. ordenamos por este edicto que á nadie se impida practicar ó abrazar la religion cristiana, y que cada uno pueda ejercer libremente el culto que juzgue preferible. Os comunicamos, pues, nuestra voluntad, á fin de que no obstante todos los decretos en contrario que se os han dirigido anteriormente, cualquiera que desee seguir la religion cristiana, pueda hacerlo libremente, sin ser turbado ni inquietado de ningun modo. Hemos creído que debíamos declararlo así terminantemente, para que sepais que hemos otorgado á los cristianos la libertad absoluta de observar su religion sin restriccion alguna; en la inteligencia, que la misma libertad se dejará á todos nuestros demas vasallos, á fin de mantener la tranquilidad de nuestro reinado. Ordenamos ademas en favor de los cristianos, que los lugares donde tenian costumbre de congregarse, les sean restituidos por los que los compraron ó recibieron en donacion, sin demora ni tergiversacion, y sin ninguna repeticion de precio. Los compradores ó los donatarios podrán dirigirse al prefecto de la provincia, para obtener la indemnizacion á que se crean con derecho. Cuidareis de que incontinenti se restituyan todos aquellos lugares á la sociedad de los cristianos; y como es notorio que poseian tambien otros bienes pertenecientes á las Iglesias, debéis procurar asimismo que les sean restituidos gratuitamente y sin contestacion, salvo que los detentadores recurran á nos despues de restituir, para obtener una indemnizacion. Cuidareis en todo esto de emplear vuestra autoridad para servir á los cristianos, y de velar sobre la ejecucion del presente edicto, á fin de que la divina Bondad, cuya proteccion hemos experimentado ya de tantas maneras, continúe colmándonos de sus favores." Este edicto se publicó y envió á los gobernadores de las provincias al principio del año 313. Es probable que tambien se le enviase á Maximino, para que le hiciera ejecutar en la parte del imperio que le estaba sujeto; pero este tirano no se hallaba muy dispuesto á hacer caso de él.

Cuando recibió el primer edicto, de que este era una explicacion, se negó á publicarle; y se contentó con escribir á sus oficiales que no atormentasen ya á los cristianos, y que empleasen solamente la persuasion ó la seducción, para atraerlos al culto de los dioses. Sabiendo despues que Licinio estaba en Italia, creyó la ocasion favorable para ejecutar el proyecto que habia formado de invadir sus Estados; y partiendo de Oriente á la cabeza de 70.000 hombres, marchó á grandes jornadas hasta la Tracia. Corrió Licinio á su encuentro con 30.000 hombres solamente que habia reunido á toda presa. Maximino prometió á Júpiter con voto solemne, que si ganaba la batalla aboliría enteramente el nombre cristiano. Licinio por su parte se puso bajo la proteccion del Dios supremo; y

Lactancio cuenta que se apareció un ángel á este emperador durante la noche, prometiéndole la victoria si hacia rezar á sus tropas una oracion, cuyas palabras le dió. Remitiéronse copias de esta oracion á todos los gefes por órden de Licinio; y en el momento del combate, habiéndola rezado todos los soldados por tres veces en alta voz, se arrojaron con fiados y animosos sobre el ejército de Maximino. Este, á pesar de la superioridad numérica, no pudo resistir aquella embestida impetuosa: parte fueron hechos pedazos: los demas se rindieron ó huyeron: Maximino se salvó precipitadamente con algunas reliquias de su ejército. Luego que regresó á sus Estados, mandó quitar la vida á los adivinos y sacerdotes idólatras, que le habian prometido la victoria, y publicó una ley en favor de los cristianos, concediéndoles el libre ejercicio de su religion, y decretando la restitucion de las iglesias y de los otros bienes que les pertenecian. Perseguido en seguida por Licinio, se encerró en la ciudad de Tarso, y viéndose embestido de todos lados, tomó un veneno por no caer en manos del vencedor. Inmediatamente sintió un fuego abrasador en las entrañas, y por espacio de cuatro dias sufrió dolores atroces: parecia que estaba sujeto á accesos de rabia, segun se revolcaba en el suelo, se despedazaba el cuerpo, y se golpeaba la cabeza en las paredes con tanta violencia, que se le reventaron los ojos y le salieron de su órbita. Pero su tormento mas cruel eran los remordimientos. Creia ver á Jesucristo sentado en su tribunal para juzgarle, y se le oia responder con un reo puesto en el potro: "Yo no lo he hecho: son los otros." A veces confesaba sus crímenes, y supplicaba al Señor se los perdonase. Así pereció victima de su propio furor, padeciendo la mayor parte de los suplicios con que habia atormentado á los mártires.

Licinio mandó quitar la vida á los hijos de Maximino y á los principales ministros de sus crueldades, y precipitar á la muger del tirano en el Orontes, rio de Antioquia, donde ella habia hecho ahogar á multitud de vírgenes y de mugeres cristianas. Tambien condenó á muerte á Candidiano, hijo de Galerio, y á Severino, hijo de Severo, para que no alegasen derechos al imperio. Extendió igualmente su crueldad á Prisca, esposa de Diocleciano, y á Valeria, hija de este príncipe y viuda de Valerio, las cuales, despues de andar errantes quince meses disfrazadas de criadas, fueron conocidas al cabo en Tesalónica y decapitadas. Diocleciano habia terminado su vida algun tiempo antes, de un modo un mas triste. Hacia cosa de un año que le consumia una enfermedad lenta, sin dejarle reposar un instante. Agitado de continua zozobra, debilitado de cuerpo y de espíritu, y sin tomar casi alimento, no hacia mas que llorar por su estado. Habiendo sabido que Constantino habia mandado derribar sus estátuas, cayó en la desesperacion mas violenta: se golpeaba, se revolcaba en el suelo, y al fin se dejó mo-

rir de hambre, en Diciembre del año 312. Así se ejecutó la venganza divina en los perseguidores y en su descendencia.

Licinio, que por política nada más se había mostrado favorable á los cristianos, varió luego de disposición, y no tardaremos en ver cómo se renovó la persecucion en Oriente por algun tiempo; pero las victorias que Constantino alcanzó á este colega ambicioso, acabaron de consolidar la paz de la Iglesia en todo el imperio.



LIBRO VII.

DESDE LA CONVERSION DE CONSTANTINO HASTA SU MUERTE.

DE 313 A 337.

Logró por fin el cristianismo una existencia legal en el imperio romano por la conversion de Constantino, despues de haber luchado por espacio de tres siglos, con persecuciones y obstáculos de toda clase. El edicto que apareció en Milán, asegurando á los cristianos el libre ejercicio de su religion, se publicó en Nicomedia por Licinio, en cuanto ocurrió la derrota de Maximino; y con esta medida se extendieron á las provincias de Oriente las dulzuras de la paz de que ya disfrutaba hacia años la Iglesia occidental. Presentábanse con toda seguridad y por todas partes, los fieles: manifestaban su alegría con cánticos devotos; salian los confesores de las cárceles; volvian á su patria los fugitivos y desterrados; los pastores reunian sus rebaños dispersos, y se entregaban sin miedo al ejercicio de sus funciones. Se construian iglesias nuevas y magnificas en lugar de las demolidas y quemadas; se hacian las fiestas de su dedicacion y consagracion con la mayor solemnidad y en medio de la inmensa concurrencia del pueblo; y desde aquel mismo instante se principiaron á celebrar los santos misterios con una pompa magestuosa, que jamas hasta entonces habia podido sufragar la Iglesia.

Nada omitió Constantino para dar brillantes testimonios de su fé, y favorecer con todo su poder los progresos del Evangelio. Además del edicto que habia publicado de acuerdo con Licinio, envió circulares á los gobernadores de las provincias, mandándoles que restituyesen prontamente á las Iglesias los bienes que le pertenecieron, y que habian ocupado los infieles en virtud de las precedentes confiscaciones. Eusebio ha transmitido la carta que se dirigió al procónsul de Africa: decia el emperador: "Tu prontitud en la ejecucion de esta órden me servirá de prueba de tu perfecta obediencia." Contribuia igualmente con abundantes limosnas al adorno de los templos y sustentacion de los ministros de la religion. Apenas sucedió la derrota de Maximino, envió tres mil bolsas (como un millon y quinientos mil ducados) al obispo de Cartago para el clero de Africa, de la Numidia y de la Mauritania; y en la carta que con este motivo le escribió, añadia que si no juzgaba suficiente esta suma, podia dirigirse á su intendente imperial, que tenia órden de proveer sin detencion á todo lo que necesitasen. Tambien se cree que por aquel tiempo regaló á los Papas el palacio de Letran,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

rir de hambre, en Diciembre del año 312. Así se ejecutó la venganza divina en los perseguidores y en su descendencia.

Licinio, que por política nada más se había mostrado favorable á los cristianos, varió luego de disposición, y no tardaremos en ver cómo se renovó la persecucion en Oriente por algun tiempo; pero las victorias que Constantino alcanzó á este colega ambicioso, acabaron de consolidar la paz de la Iglesia en todo el imperio.



LIBRO VII.

DESDE LA CONVERSION DE CONSTANTINO HASTA SU MUERTE.

DE 313 A 337.

Logró por fin el cristianismo una existencia legal en el imperio romano por la conversion de Constantino, despues de haber luchado por espacio de tres siglos, con persecuciones y obstáculos de toda clase. El edicto que apareció en Milán, asegurando á los cristianos el libre ejercicio de su religion, se publicó en Nicomedia por Licinio, en cuanto ocurrió la derrota de Maximino; y con esta medida se extendieron á las provincias de Oriente las dulzuras de la paz de que ya disfrutaba hacia años la Iglesia occidental. Presentábanse con toda seguridad y por todas partes, los fieles: manifestaban su alegría con cánticos devotos; salian los confesores de las cárceles; volvian á su patria los fugitivos y desterrados; los pastores reunian sus rebaños dispersos, y se entregaban sin miedo al ejercicio de sus funciones. Se construian iglesias nuevas y magnificas en lugar de las demolidas y quemadas; se hacian las fiestas de su dedicacion y consagracion con la mayor solemnidad y en medio de la inmensa concurrencia del pueblo; y desde aquel mismo instante se principiaron á celebrar los santos misterios con una pompa magestuosa, que jamas hasta entonces habia podido sufragar la Iglesia.

Nada omitió Constantino para dar brillantes testimonios de su fé, y favorecer con todo su poder los progresos del Evangelio. Además del edicto que habia publicado de acuerdo con Licinio, envió circulares á los gobernadores de las provincias, mandándoles que restituyesen prontamente á las Iglesias los bienes que le pertenecieron, y que habian ocupado los infieles en virtud de las precedentes confiscaciones. Eusebio ha transmitido la carta que se dirigió al procónsul de Africa: decia el emperador: "Tu prontitud en la ejecucion de esta órden me servirá de prueba de tu perfecta obediencia." Contribuia igualmente con abundantes limosnas al adorno de los templos y sustentacion de los ministros de la religion. Apenas sucedió la derrota de Maximino, envió tres mil bolsas (como un millon y quinientos mil ducados) al obispo de Cartago para el clero de Africa, de la Numidia y de la Mauritania; y en la carta que con este motivo le escribió, añadia que si no juzgaba suficiente esta suma, podia dirigirse á su intendente imperial, que tenia órden de proveer sin detencion á todo lo que necesitasen. Tambien se cree que por aquel tiempo regaló á los Papas el palacio de Letran,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

que han poseído efectivamente desde el IV siglo, y donde se celebró en el año de 313 el concilio de Rama contra los donatistas.

Constantino, convencido profundamente de las verdades cristianas, tanto con la lectura de los libros santos, como por los milagros que Dios había obrado en favor suyo, fué desde el principio el apóstol de toda su corte, convirtiendo al cristianismo á muchos miembros de la familia imperial, y entre ellos á su madre Santa Helena (1). Manifestaba la mayor veneración al sagrado carácter de que están revestidos los obispos, los hacía los mayores obsequios, principalmente á los que habían peleado por la fé, y no tenía dificultad en ponerlos en su mesa, por muy pobre que fuera su rango. Retuvo mucho tiempo en su compañía al célebre Osio, obispo de Córdoba, que parece fué el que le instruyó en el cristianismo, y que desde luego gozó de su confianza. A principios del año 313 envió un rescripto al preténsul de África para eximir de todas las cargas municipales á los ministros de la Iglesia católica, y en él decía: "A fin de que no se distraigan del servicio de la religion, lo que sería una especie de sacrilegio." Viéndose los donatistas excluidos de semejante favor, emplearon todos los medios posibles para impedir que los católicos disfrutasen de él, y representaron á los magistrados y al mismo emperador, reclamando el título de católicos, ó mas bien, pidiendo se les restituyese como anteriormente le habían obtenido en su secta; pero lejos de hacer mérito de estas pretensiones, se envió un nuevo rescripto confirmando en todas sus partes el primero. Debo creerse que iguales órdenes recibieron los gobernadores de las demas provincias, y en el código teodosiano se leen las leyes posteriores, en que el mismo príncipe confirmaba estos privilegios que se extendieron á todo el clero. No solo era importante para los ministros de la religion aquella inmunidad, en cuanto los descaraba de las obligaciones onerosas y multiplicadas que gravaban sobre los habitantes de las ciudades, sino porque servía de un público reconocimiento de sus títulos y funciones, asegurándoles en el imperio un estado y prerogativas análogas y aun superiores á las de los demás Pontífices idólatras, que poco antes los perseguían con su odio y su desprecio.

Señaló ademas Constantino su celo y su piedad con otras leyes, que publicó sucesivamente en favor de la Iglesia en los primeros años desde su conversión, y cuando era su colega Licinio. En el año 315 aboló por público edicto el suplicio de la Cruz, y prohibió que se marcase en la frente á los que eran condenados á las minas, ó á lidiar como gladiadores. Por otro pronunció la pena de ser quemados contra los patriárcas ó otros jefes de los julsos que trahesen de inquietar con vias de hecho á los que abandonasen su secta para abrazar el cristianismo. Ultimamente, por otro tercer edicto, en

(1) Euseb. *Hist. lib. X. — Vit. Const. lib. I, c. XLII, lib. II, cap. XLVII.*

que se observa la feliz influencia de la moral cristiana, prescribió á los empleados en la distribución de la hacienda, que sin tardanza socorriesen á los niños que expusiesen sus padres por carecer de medios para sustentarlos. Al siguiente año concedió á los señores de esclavos la facultad de ahorrarlos, en posesión de los obispos ó sacerdotes, sin necesidad de observar las formalidades establecidas; ni de recurrir á los oficiales destinados al efecto por las leyes romanas. Confirmó en 321 esta misma concesión, y dió ademas á todos los clérigos el derecho de almorzar á sus esclavos por testamento.

La ley *Papia*, promulgada por Augusto para fomentar los casamientos, concedía distinciones y privilegios á los casados, y especialmente á los que tenían muchos hijos; al mismo tiempo imponía penas á los célibes, y los declaraba incapaces de aceptar legados ni donaciones. Pudieron ser útiles tales reglas en el reinado del paganismo, en que el celibato no tenía otro principio que el libertinaje y la disolución; pero como se oponían aquellas á las máximas del Evangelio sobre la continencia, Constantino las revocó por la ley del año 321, para no conservar esta especie de tacha á la virginidad que muchos cristianos abrazaban por un motivo de perfección. Al año siguiente publicó una ley mandando que se celebrase el domingo, y prohibiendo en él todo acto judicial, todo trabajo mecánico y las ocupaciones ordinarias de las poblaciones, sin exceptuar mas que las urgentes faenas de la agricultura. Sin embargo, mas adelante juzgó conveniente permitir en los dias festivos la manutención de los esclavos, á sus reuniones solemnes, en memoria de la pasión del Salvador; y por otra ley del mismo año permitió á todos legar á la Iglesia católica la parte que señalasen de sus bienes por via de testamento, revocando sin duda con ella algún decreto anterior que antiaba esta clase de disposiciones testamentarias.

Como los paganos no se contuviesen en sus violencias contra los cristianos para obligarlos á la idolatría y sus execrables ceremonias; Constantino por una ley del año 322, mandó que los autores de estas criminales violencias fuesen en lo sucesivo azotados con varas, ó condenados á pagar cuantiosas multas, según su clase; y cuando fué dueño del Oriente por la derrota de Licinio, puso allí en vigor todas estas leyes, y aun publicó otras de que hablaremos mas adelante (1).

(1) En el código teodosiano se leen aún estas leyes, y Eusebio las cita en su historia y en la vida de Constantino. Otras dos dadas en 319 contra el arte divinatoria, prohibía bajo las mas severas penas á todo arúspice ó adivino entrar en casas particulares para ejercer sus prácticas supersticiosas; pero no se impedía el ministerio de los augures, ejercido públicamente según el rito común. Saludo es que entre los griegos y romanos habia una división

Celebrábanse en Roma los juegos seculares cada cien años, y por entonces correspondía su fastividad al año 313 á 314, es decir, á poco de la conquista de la ciudad de Roma por Constantino. Por mucha impuntancia que los paganos diesen á esta solemnidad, de que creían que en cierto modo pendía la prosperidad del imperio, el emperador mostró su desprecio á las divinidades impotentes que se debían invocar, y los juegos no se celebraron. No dejaron los paganos en prueba de su ciega superstición, de mirar tal omisión como la verdadera causa de las desgracias que cayeron sobre el imperio en el siguiente siglo (1).

Constantino, extendiendo su solicitud á todo lo que interesaba á la Iglesia, se aplicó muy principalmente á protegerla contra las empresas de los sectarios. En el año de 313 mandó al procónsul y al vicario de África que se posesen de acuerdo con el obispo de Cartago para prevenir ó reprimir las turbulencias ocasionadas por el cisma nacido de los donatistas. Ya hemos visto antes, que durante la persecución de Diocleciano, algunos obispos de Africa en-

dian consagrada por las leyes civiles y religiosas del paganismo, é igualmente había otra secreta ejercida contra lo mandado, por una porción de magos, de astrólogos y de hechiceros, que á gran voz públicas habitaban en subterráneos, que gustaban de la oscuridad de la noche y de los sepulcros, que solo trataban con los demonios, que evocaban las almas de los muertos, y á quienes se acusaba de matar á los niños para estudiar en sus entrañas los sucesos futuros. Habían copiado estas prácticas de las religiones del Oriente, y la mayor parte de los prosélitos eran egipcios, persas y caldeos, ó discípulos de los magos; por lo que se dió á esta arte el nombre de magia. Únicamente contra estas prácticas ocultas, ya prohibidas por una multitud de leyes antiguas, se dirigieron las de Constantino. Pero no eran aplicables á la cultiva- ción pública, y hasta se eran otorgadas en 321, que al poseer la favore- rezca una particularidad emplear los secretos de la magia para curar de las enfer- medades, ó para prevenir las tormentas é interrumpir de las estuaciones, y la otra en que se manda que después de haber consultado á los astrólogos, si el rayo iba á caer en el palacio imperial, se emplee de evitar al punto al emperador el testimonio de la consulta de aquellos. Se han criticado estas disposi- ciones con mas ó menos severidad; pero no debe olvidarse que los emperadores romanos obligaban á Constantino á tolerancia para la de la que habie- ra decretado, y que al determinar el modo con que se debía consultar á los astrólogos, quería impedir el que se valiesen del arte augural para fomentar las esperanzas y proyectos de los ambiciosos que podían aspirar al imperio. También se le vituperó porque aceptó el título y vestidura de soberano Pontífice; mas fuera de que el hecho no es notorio, como presaban hábiles críti- cos con bastante verosimilitud, y entre ellos el P. Pagi, no habrían medios de disculparse si fuesen ciertos, porque después del triunfo de su conversion, y del desprecio que manifestaba al paganismo, no se debió considerar aquella acep- tación sino como una política precaución en algun carácter religioso, y del daba tambien este principio una autoridad mayor sobre el clero idólatra, que no era prudente dejar en manos de cualquier otro.

(1) Este año de 313 es notable como el primero de las indiciones, ciclo de quince años, cuyo origen se ignora; pero que principió desde entonces á emplearse para fijar las datas en estilo eclesiástico.

fregaron á los paganos las Divinas Escrituras, y que se distinguía con el nombre de *traditores* á los culpables de aquella flaqueza que se miró como una especie de apostasia. Siendo sospechosos de este crimen Mensurio, obispo de Cartago; Donato, obispo de Casas Negras, sin enterarse de la verdad del hecho, se apartó inmediatamente de su comunión. Al principio hizo poca sensación esta cis- ma particular; pero se allegaron otras muchas causas que le dieron importancia y una extension y publicidad inusitadas. Después de la muerte de Mensurio, que fué en el año 311, Ceciliano, diáco- no de Cartago, fué electo para ocupar aquella silla por unánime vo- tación del pueblo, y le ordenó Félix, obispo de Aptonga, á presen- cia y con el consentimiento de los demas de la provincia. Celosos de esta preferencia dos presbíteros que aspiraban á la misma silla, no quisieron reconocerle por su prelado, y trataron de que se anu- lase su elección. Agregóseles Lucilia, muger rica é influente, para vengarse de Ceciliano, que cuando no era mas que diácono, la ha- bía irritado mucho porque le reprendió cierta práctica supersticio- sa. Últimamente tambien entraron en esta coalición algunos an- cianos de la misma ciudad, porque los obispos Ceciliano á devolver los vasos de su Iglesia, que Mensurio le había confiado al salir pa- ra Roma por orden de Maxencio, y con que habían creído enrique- cerse en la persuasión de que nadie tenia noticia del depósito.

Todos estos enemigos de Ceciliano, impulsados de diversas pa- siones, no omitieron medio alguno de lograr sus fines. Impugna- ban su elección porque se había hecho en ausencia de los obispos de Numidia, cuya concurrencia suponían necesaria sin razon algu- na; tambien disputaban la legitimidad de la consagración, y se pre- texto que la había efectuado un obispo *traditor*, porque acusaban falsamente á Felix de Aptonga, de haber entregado los libros san- tos con los vasos de su Iglesia, y según la doctrina de los rebapti- zantes que aun se conserva en algunas Iglesias de Africa, esta apos- tasia era bastante para anular é invalidar la consagración conferi- da por manos tan culpables. Acusaron, finalmente, al nuevo obis- po, de crimenes que debían hacerle indigno del episcopado, entre otros el de que siendo diácono había estorbado que llevasen el ali- mento á los mártires que se hallaban en la cárcel. Discusieron es- tos medios, y no dudando del resultado, se presentaron á Segundo, obispo de Tigijsi y llamado para la consagración, fué corriendo á que no le hubiesen llamado para la consagración, que tambien esta- ban quejosos de que no se había contado con ellos para llevar á efecto la elección. Obscuados magníficamente estos prelados por Lucilia, y colmados de regalos, se declararon al momento contra Ceciliano, citándole para que compareciese á su presencia; pero los fines se remierron con él en la iglesia, y no permitieron que sahe- se de ella para exponerse en una casa particular al apasionado en-

como de sus enemigos. Se limitó, pues, á contestarles, que si creían asistirles derecho para acusarlo de algún delito, esperaba se le manifestasen, acompañando el nombre de su acusador. Como el principal cargo que aparecía era la nulidad de la consagración, fundándose en el pretexto que acabamos de exponer, añadía que si no se le miraba como legitimamente consagrado, podían imponérsele de nuevo las manos; no porque tuviese duda alguna acerca de este punto, sino para quitar la menor excusa á sus contrarios; á fin de que se viera claramente que su persecución no tenía otra causa efectiva que un odio ciego é infundado. Con efecto, uno de aquellos obispos cismáticos llamado Rupino, no pudo contenerse ni disimular, y dijo públicamente que Ceciliano se podía presentar y nuevamente se le impondrían las manos; pero con tal fuerza, que se le rompería la cabeza. Digna era esta salida de un hombre á quien en el concilio de Cyria se le acusó de haber asesinado á su propio sobrino, y que lejos de sincerarse de este delito, hizo callar á sus delatores con las más bárbaras amenazas. Con todo, los enemigos de Ceciliano fingieron ver en su respuesta, confesada la nulidad de su consagración, y mirado como vacante la silla de Cartago, procedieron á nueva elección, y ordenaron á Mayarino, que pertenecía á la servidumbre de Lucila; después escribieron cartas á todos los puntos de Africa, para apartar á los fieles de la comunión de Ceciliano. Pero á éste se le dió poco cuidado de tales medidas, y se creyó suficientemente justificado, estando unido en comunión con la mayor parte de los obispos, y principalmente con la Iglesia de Roma, centro de la unidad católica (1).

Dueño del Africa Constantino con la derrota de Maxencio, tomó inmediatamente sus medidas para extinguir ó debilitar el cisma en esta provincia: ya hemos visto su liberalidad para con la Iglesia en presentes y en privilegios á favor de los obispos y sacerdotes que estaban en comunión con Ceciliano; pues además, informó á éste de las órdenes que había dado al proconsul de Africa, para que contruyese á los que turbaban la paz de la Iglesia católica. Sin duda fueron notificadas esns órdenes á los donatistas, que representaron en forma al emperador contra Ceciliano, y suplicaron se les concediesen jueces escogidos entre los obispos de las Galias. Accediendo á sus ruegos Constantino, nombró á Materno, obispo de Colonia, á Marino, de Arles, y á Reticio, de Autun, célebres todos tres por su talento y virtud. Pero al mismo tiempo quiso que el Sumo Pontífice presidiese á tan importante deliberación; y para esto escribió á San Melquíades, que entonces ocupaba la silla apostólica. Al mismo tiempo mandó al proconsul de Africa que enviase á Roma para principios del mes de Octubre á Ceciliano con diez obispos de su devoción y otros tantos cismáticos. Llegaron con efecto

(1) August. *Epist.* XLIII.—*Optat. Milev.*, lib. 1.

para el tiempo señalado, y al momento el Papa reunió en el palacio de Letran un concilio compuesto de los tres obispos de las Galias con quince italianos, entre los cuales se hallaba San Merodio, obispo de Milán y metropolitano de una parte de Italia.

Se abrió el concilio en 2 de Octubre del año 313 y ocupó tres sesiones en el examen de este asunto. En la primera presentaron los enemigos de Ceciliano una memoria, acusándolo en nombre del pueblo de Cartago; pero como no contenía mas que los confusos clamores del populacho, que seguía el partido de Mayarino, no se hizo caso de ella y se les exigió que presentasen testigos y acusadores conocidos que fueran á deponer nominalmente, á fin de que pudiera deliberarse sobre su declaración. Los que los cismáticos habían presentado al principio los llenaron de confusión, porque declararon que nada podían asegurar contra Ceciliano. Donato de Casus Negras prometió varias veces que presentaría otros que había llevado consigo; pero temiendo sin duda sus explicaciones, los despidió inmediatamente, y aun él no se atrevió ya á comparecer mas en el concilio; porque habiéndole acusado Ceciliano por su parte de haber comenzado el cisma en Cartago en villa de Mensurio, de haber rebautizado é impuesto por segunda vez las manos á obispos que incurrieron en la idolatría, se vió precisado á confesar estos dos últimos cargos, y no pudo justificarse del primero; de manera que juzgó muy prudente no presentarse mas, para evitar la vergonzosa condenación que le amenazaba.

En la segunda sesión comparecieron algunas personas con otra memoria contra Ceciliano; pero después de una profunda discusión se reconoció que no contenía mas que alegatos falsos de pruebas. En fin, en la tercera se trató del conciliábulo de Cartago, cuya autoridad ponderaban altamente los cismáticos, ya con respecto al gran número de obispos que asistieron, ya porque siendo indígenas habían juzgado con conocimiento de causa. Pero como era notorio que animados estos obispos por la pasión, y convertidos en instrumento de una injer vengativa, se habían declarado desde luego enemigos de Ceciliano; que lo habían citado para que compareciese á su presencia sin observar las formalidades prescritas, y que le habían condenado sin oírle, aunque tenía legítimas razones para no obedecer á su intimación; pues que no podía presentarse con seguridad personal, creyeron los Padres del concilio que no debían hacer caso de una providencia dictada por el odio y pronunciada contra un ausente, y á consecuencia de unos procedimientos visiblemente irregulares. Por lo demás, juzgaron inútil discutir la causa de Félix de Aptonga, ni examinar si había sido realmente *traditor*, porque era una máxima constante que un obispo culpado, aun cuando sea de apostasía, interin conserva su puesto sin haber sido condenado ni depuesto por sentencia canónica, puede legítimamente dar órdenes y ejercer todas las funciones del episcopado. En cuan-

bre Osio, que favorecía á Ceciliano; de forma, que el emperador se vió precisado á dexterrar á los mas seditiosos; y como habian excitado á los nigrítados á que impusiesen á los clérigos de la Iglesia católica las cargas municipales; tuvo que renovar la exención que en favor de éstos habia declarado anteriormente. Sin embargo, exhortó á los obispos á que no empleasen otro género de defensa que la paciencia; considerado que los malos tratamientos que sufriesen les servirían de martirio. Últimamente, viendo que la dulzura no hacía mas que aumentar la insolencia de los cisnáticos, mandó que les quitasen todas sus iglesias; y decretó por ley la confiscacion de los lugares en que acostumbraban reunirse: ignórase la fecha de esta ley (1).

Uno de los principales fautores del cisma en Numidia, y el que mas contribuyó á mantener el desorden, era un cierto Silvano, obispo de Cirta ó Constantina (2) en aquella provincia. Se habia apoderado de esa iglesia que Constantino habia mandado construir para los católicos, y se resistió obstinadamente á entregarla. Pero uno de sus discípulos, á quien habia destituido por ciertas ofensas personales, facilitó á los católicos el medio de convencer al obispo de que habia dado á los perseguidores de la religion los vasos sagrados, y de que se habian ordenado por intrigas y por simonía. Hizose informacion jurídica en los mismos lugares de las ocurrencias en el año 320, y todas las alegaciones de los testigos se probaron irrecusablemente con nuevos testimonios ó documentos auténticos. El consular de Numidia remitió estas procedimientos al emperador, quien tomó la determinacion de dexterrar á Silvano y á algunos otros sectarios, cuya indolencia turbulenta le constaba. A pesar de todo, habiéndole representado de nuevo los donatistas poco despues para pedir que levantara á aquellos el destierro, y que otorgara la libertad de conciencia, protestando que estaban dispuestos á sufrirlo todo, primero que comunicar con Ceciliano, Constantino les concedió esta peticion, y se lo participó á su vicario en Africa por medio de una carta de 5 de Mayo del año 321. Acaso le determinaron á esta concesion razones políticas, porque desde entonces podia prever una guerra inevitable con Leónio, y sin duda temia provocar en aquellas circunstancias una rebelion en Africa, usando de excesiva severidad con los sectarios que estaban demasiado dispuestos á la sedicion. Cuando se concluyó esta guerra y Constantino se vió dueño único del imperio, pensó primero, para apagar el cisma, emplear la autoridad de los obispos de Oriente; pero las disensiones que se suscitaron con ocasion de Arrio, le obligaron á abandonar este proyecto (3).

(1) Optat. lib. I.—August. *Adv. Petilian*, lib. III, cap. XCII.

(2) La ciudad de Cirta se habia arruinado durante la guerra de Maxencio con Alejandro, que tomó en Africa la púrpura, y como la reedificó Constantino, le puso su nombre.

(3) Euseb. *Vit. Const.* lib. II, cap. LXVI.

Tales fueron los principios del cisma de los donatistas que turbó la paz de la Iglesia de Africa por espacio de mas de dos siglos. Tomaron estos sectarios el nombre de que nos valemos, de Donato de Casas Negras, de quien hemos hablado, ó de otro Donato, que segun Mayorino, tomó el título de obispo de Cartago, y que por su talento y actividad, y algunas aparentes virtudes, contribuyó mucho á engrosar este partido. Tolerados ó reprimidos sucesivamente por los emperadores, emplearon todos los medios posibles para sostenerse; y muy luego veremos que numerosas tropas de estos fanáticos recorrieron armados el pais y cometieron toda clase de desórdenes. Contáronse en lo sucesivo mas de trescientos obispos donatistas en Africa; pero no pudo extenderse su secta fuera de la provincia, sino en muy cortos distritos de España y de Italia. Enviaron un obispo á Roma para que intentase, aunque en vano, conseguir un templo en aquella capital; y no habiéndolo conseguido, dispusieron una cueva al pie de una montafia para tener en ella sus reuniones, solamente compuestas de algunos africanos, á quienes llamaba á esta ciudad el comercio ú otra clase de negocios. Los donatistas juntaban al cisma la heregía, porque enseñaban que la fe y la santidad eran indispensables: que los hereges y los pecadores no podian ser miembros de la Iglesia; y como tenían á Ceciliano y á Félix de Aptonga por culpables de crímenes en que estaban complicados los otros obispos por comunicarse con ellos, á todos los consideraban como excluidos de hecho del gremio de la Iglesia; de manera que ésta no se componía mas que del partido donatista. Sobre estos dos errores sostuvo una gran controversia San Agustín, refutando los en tiempos posteriores.

Reunido el concilio de Arlés para juzgar á Ceciliano, no se limitó al examen de este negocio; pues hizo tambien reglamentos sobre diferentes puntos de disciplina para prevenir ó corregir ciertos abusos que se habian introducido; pero no quiso publicarlos sin la aprobacion de la Santa Sede, y para este efecto los envió al Papa San Silvestre, que habia sucedido á San Melquides en Enero de 314. Decían los obispos en la carta sinodal de remision. «Ojalá que hubiérais estado presente en nuestra asamblea! hubiéramos gozado mas completa alegría viéndoos juzgar con nosotros. Desempeño proveer á las necesidades de nuestras provincias, hemos hecho, con asistencia del Espíritu Santo y de sus ángeles, unos reglamentos; pero hemos creído que tocaba principalmente á vos, que tenéis una autoridad mas extensa, notificarlos á todos los fieles (1).»

En el primer cánón de este concilio se manda que la Pascua se celebre en todas partes á un tiempo y en el dia indicado por el Papa; porque era costumbre que indicase cada año el dia en que ha-

(1) *Epist. synod. Arleat. ad Sylvan*, t. I, Conc. Latb. pág. 1125.

bia de celebrarse por medio de una circular á los obispos, que desde Natividad ó la Epifanía la anunciaban á sus pueblos respectivos, fijando en consecuencia el principio de la cuaresma. En los siguientes cánones se prescribe á los clérigos, y en especial á los presbíteros y diáconos, que residan en el lugar donde han sido ordenados, so pena de destitución. Se prohibe á los diáconos ejercer sus funciones en algunos puntos; y á los obispos el usar los derechos de otro y ordenar á otros obispos; no juntándose tres ó la menos. Pronúnciase excomunión contra los clérigos culpados del delito de usura, contra los fieles que hallándose obligados al servicio militar le abandonen durante la paz de la Iglesia, contra los cómicos y conductores de carros en el circo, si no abandonan estas profesiones. Priva asimismo el concilio de la comunión, pero solo temporalmente, á las doncellas cristianas que se casen con paganos. Mediante á que subsistía todavía la costumbre de rebautizar en muchos distritos del Africa, prohíbe el concilio peñerar este sacramento, administrado por los hereges, si se averigua que lo hicieron según la forma ordinaria. También quiere que se tengan por legítimas las órdenes conferidas por los obispos *traditores*; pero decretando la pena de destitución contra aquellos á quienes se justifique que entregaron las Santas Escrituras, ó que denunciaron á sus hermanos, con tal que se haga esta prueba con documentos auténticos. En cuanto á los que intentaren falsas acusaciones, manda el concilio no se les admita á la comunión mas que en el artefacto de la muerte. Tales son los principales reglamentos del concilio de Arlés, los mas antiguos cánones de disciplina que se conocen de la Iglesia galicana. Solo se hallan las firmas de treinta y tres obispos con los apoderados de doce ansutes; pero si se juzga por el modo con que en este concilio hablan los padres, debe creerse que fué mucho mas concurrido, y con efecto, se ve por una carta del emperador Constantino que habia convocado á él obispos de infinitas provincias (1).

Difeso que por este mismo tiempo se celebraron los concilios de Ancira y Neocesarea, que son igualmente célebres por sus cánones en punto á disciplina. Ancira era la capital de la Galacia, y tenia por obispo á Marcelo, que hizo tanto ruido en adelante. Halláronse en él obispos del Asia Menor, del Ponto, de la Armenia y de la Siria; y como hacia poco que habia cesado la persecucion en estas provincias, fué uno de los principales objetos del concilio arreglar la penitencia que se debia aplicar á los fieles que hubiesen incurrido en la idolatría. También se hicieron reglamentos para la penitencia de los otros crimenes, y en algunos puntos se mitigó algo el rigor de la antigua disciplina. Se permitió asimismo á los obispos que usasen mas indulgencia con los penitentes, según sus disposiciones. Entre los cánones de este concilio, relativos á diferentes ob-

(1) *Epist. Const. ad Crete*, apud Euseb. *Hist. lib. X*, cap. V.

jetos, no se debe olvidar el que dispone que si los diáconos al tiempo de ordenarse hubieren declarado que no renunciaban al matrimonio, no sean excludidos del ministerio por haberse casado en adelante; pero que sean depuestos si se casan sin haber hecho aquella protesta. Por este reglamento se ve que la continencia se imponia generalmente á los que recibian los sagrados órdenes; y que si se dispensaba á algunos de esta obligacion, solo era por excepciones particulares, y cuando el obispo juzgaba oportuno derogar la regla en caso de necesidad y por utilidad de la Iglesia. Por otro cánón se prohibia á los *corepiscopos* á obispos del campo ordenar sacerdotes ó diáconos, y á los sacerdotes de la ciudad ejercer ningunas funciones en las parroquias sin permiso del obispo por escrito (1).

El concilio de Neocesarea hizo tambien varios reglamentos concernientes á los deberes de los clérigos. Manda que sean depuestos los que tuvieren el atrevimiento de casarse, y ademas, somete á la penitencia pública á los que resultaren culpados de fornicacion y de adulterio. Prohíbe que se ordene de presbíteros á los que no hayan cumplido la edad de treinta años, y que se admita al sacerdocio á los cristianos que agnardaren á caer enfermos para pedir el bautismo, salvo si hubiese en este segundo caso razones legítimas para usar de dispensa. Prohíbe tambien á los clérigos rurales ejercer sus funciones en la Iglesia de la ciudad, á menos que el obispo y los presbíteros de ésta estén ausentes; y entonces se concederá este honor con preferencia á los *corepiscopos*. Establece que no haya en cada ciudad, por grande que sea, mas que siete diáconos, á fin de conformarse á su primera institucion. Esta regla se ha observado siempre en Roma y en las principales Iglesias. Otros cánones son concernientes á la penitencia, y es de observar que se impone á los que se casan mas de una vez, porque aunque se permitian las segundas nupcias, se miraban como una debilidad; y por esta razon se prohibia á los eclesiásticos la concurrencia al banquete que se daba en esta ocasion. Se cree que Vital, patriarca de Antioquia, presidió los dos concilios de Ancira y de Neocesarea; en efecto, se halla su nombre á la cabeza de todas las firmas, y esta circunstancia hizo que se celebraron antes del año 319, pues que en el mismo Vital. Es probable que en estos primeros tiempos de la libertad

(1) Esta es la primera vez que se hace mención de los *corepiscopos*, cuya institucion, sin embargo, parece mucho mas antigua. Este término significa propriamente obispo del campo y se cree que en general eran unos presbíteros á quienes el obispo conferia su autoridad para la administracion de un distrito rural, dependiente de su diócesis; pero algunas veces estaban revestidos del carácter episcopal, como se ve por las disposiciones del concilio de Nicea, que requiere se reciban con el título y funciones de *corepiscopo* ó de presbítero á los obispos novatianos que volviesen á incorporarse en la Iglesia. Sin embargo, en todo caso no eran mas que vicarios del obispo; y como algunos procuraban extender su autoridad, veremos en adelante que otros concilios tuvieron que decretar nuevos reglamentos para mantenerlos en subordinacion.

de la Iglesia se celebrasen otros muchos concilios, de que no nos ha quedado memoria.

Entonces, ó poco antes, principiaron en el Oriente las órdenes monásticas y esas numerosas reuniones de cenobitas, que espacion un resplandor tan vivo en la Iglesia con la santidad de su vida. Desde el origen del cristianismo había habido fieles de ambos sexos, que viviendo retirados entregándose á la práctica de una austera mortificación, distribuyendo á los pobres sus bienes, y guardando continencia, observaron los consejos de perfeccion contenidos en el Evangelio. Dábanse el nombre de *ascetas*, como que se ejercitaban especialmente en la virtud. En lo demás, no se diferenciaban nada de los otros cristianos: eran indiferentemente eclesiásticos ó seculares, no tenían regla especial, ni habitación común, ni estaban sujetos á superiores particulares. Únicamente procuraban en cuanto les era posible, estar separados del mundo, en medio del cual vivían, permaneciendo habitualmente cerrados en su habitación, ocupándose en la oración, meditación y lectura, velando parte de la noche, ayunando á veces días seguidos, y añadiendo voluntarias austeridades á las abstinencias comunes prescritas por la Iglesia á todos los fieles. Algunos se retiraban al campo para entregarse con mas libertad á estos ejercicios, como hemos observado tratando de San Gregorio Taumaturgo y de algunos discípulos de San Marcos, que dieron el primer ejemplo de la vida solitaria en las inmediaciones de Alejandria. En lo sucesivo las persecuciones obligaron á los cristianos á que se dispersasen por los desiertos para librarse del furor de sus enemigos, y muchos se determinaron á concluir en ellos el resto de su vida, como se vió en San Pablo, primer ermitaño, cuyo nombre es conocido. Despues de la libertad de la Iglesia tomaron la misma resolución una multitud de cristianos para huir del contagio del mundo, cuyos vicios se iban insinuando insensiblemente entre los fieles. Unos se alojaban entre las grutas ó en cabanas que fabricaban junto á un arroyo y á poca distancia de donde había árboles, cuyo fruto, con yerbas y raíces, componia todo su alimento. Otros, llevando la austeridad mas adelante, andaban errantes por las soledades sin ningun abrigo ni habitación fija, y por esta razon los llamaron *anacoretas*. Desde luego atrajo su reputacion muchos discípulos, que iban á ponerse bajo su direccion para caminar con mas facilidad hacia la perfeccion siguiendo sus consejos y ejemplo. Así empezó entre los solitarios la vida común, y adquirieron el nombre de *cenobitas* los que la observaban. Desde entonces se establecieron reglas que debían seguir todos los miembros de la comunidad, y que modificadas mas adelante en ciertos puntos y aprobadas por la Iglesia, distinguieron las diferentes formas de la vida monástica.

San Antonio fué el primero y el mas célebre de los que atrajeron gran número de discípulos á los desiertos por su reputacion, y los

hicieron vivir en comunidad (1). Fué natural de un pueblo del alto Egipto, y nació por los años de 251, de padres cristianos, que nada omitieron para instruirle en la virtud. Ellos mismos se encargaron de su educacion, y aunque muy distinguidos por su nobleza y opulencia, no le enviaron á las escuelas públicas para que estudiase la lengua griega ó las ciencias humanas, temerosos de que el mal ejemplo le arrastrase al vicio. No supo, pues, mas idioma que el egipcio, que estaba aún en uso entre los naturales del pais, y sobre todo, entre la gente del campo. Pero como frecuentaba con sus padres las reuniones que se tenian en la iglesia, escuchaba con atencion la lectura y explicacion de los libros santos, y meditaba en ellos casi continuamente; adquirió muy pronto los conocimientos mas profundos en la ciencia de la religion. Cerca de veinte años tendria cuando perdió sus padres, y quedó encargado de sus bienes y de su hermana todavia muy jóven. Á los seis meses iba un día á la iglesia meditando en el camino sobre el ejemplo de los apóstoles que todo lo dejaron por servir á Jesucristo, y de los primeros fieles que vendian sus bienes para atender á las necesidades de sus hermanos. Atsorto en estos pensamientos entró en el mismo momento en que se leian aquellas palabras del Salvador dirigidas á un rico: "Si quieres ser perfecto, vé y vende lo que tienes, entrega á los pobres lo que te produzcan, y ven en mi seguimiento, y tendrás un tesoro en el cielo." Antonio aplicó este consejo para sí, dividió su patrimonio entre sus convecinos, vendió sus muebles, cuyo cuantioso importe distribuyó á los monesterios; y despues encargando á su hermana á unas vírgenes cristianas para que la educaran en su compañía, dejó su casa y fijó su morada fuera de la poblacion, cerca de un anciano que desde su juventud vivia apartado del mundo. En aquel retiro no tuvo otro cuidado que adelantar constantemente en el camino de la perfeccion. Cuando oia hablar de algunos solitarios, corria á visitarlos para aprovecharse de sus instrucciones y de sus ejemplos, oyéndolos con docilidad sus consejos, observando cuidadosamente su método de vida, y esforzándose para reunir en sí mismo todas las virtudes que van brillar particularmente en cada uno de ellos.

Para vencer su constancia, el demonio acósó su espíritu con mil pensamientos peligrosos, trayéndole siempre á la vista todos los placeres del mundo, las dificultades de su empresa, los combates que tendria que sufrir, y sobre todo, perturbando su imaginacion con impuras fantasmas, para encender en su corazón el fuego de las pasiones y deseos voluptuosos. Pero el solitario, aunque jóven, triunfó de todas estas tentaciones, redoblando su fervor, austeridad y penitencia: su lecho era una estera, y las mas veces la dura tierra; dormia poco, y aun pasaba noches enteras sin entregarse al sueño; no comia mas que una vez al día despues de puesto el sol, y aun

(1) San Adian. *Vid. Anton.*

solía pasar sin comer dos ó mas dias consecutivos; todo su alimento era un poco de pan con sal, y no bebía mas que agua, porque era ya uso establecido entre todos los solitarios abstenerse del vino y de la carne. Siempre estaba ocupado en la meditacion y en el rezo, sin olvidar por eso el trabajo manual, ya para no estar ocioso, ya para atender á sus necesidades y al socorro de los pobres. Buscando todavía mas profunda soledad, fué á ocultarse en un sepulcro lejano de toda habitacion. Estaba lleno el Egipto de estos monumentos, que contenian subterráneos mas ó menos extensos, donde se conservaban los cadáveres embalsamados. Allí vivió San Antonio separado de todo trato con los hombres, excepto el de un amigo que le llevaba pan de tiempo en tiempo. Acometiéronle de nuevo los demonios con todas sus astucias, y en diferentes ocasiones recibió golpes tan violentos, que no pudiendo tenerse en pié á causa del dolor, cayó al suelo sin conocimiento. Otra vez vió que todas las paredes de su habitacion se entreabrian por todas partes, y que se aparecían multitud de tigres, leones y otros monstruos, rugiendo y prontos á abalanzarse á él. El santo despreció todas estas fantasmas, y al punto penetró hasta donde estaba un rayo de luz, que las disipó enteramente; entonces exclamó Antonio: "¿Dónde estáis, Señor, y por qué no habeis venido al principio?" Y una voz celestial contestó: "Aquí mismo estaba; pero queria ser testigo de tu valor." Sintiéndose San Antonio mas fuerte que nunca, marchó al dia siguiente al gran desierto de la Tebaida: tendria á la sazón unos treinta y cinco años, y de ellos llevaba ya quince en el retiro. Habiendo encontrado en una montaña al E. del Nilo un palacio antiguo abandonado hacia muchos años, estableció allí su habitacion y vivió veinte años sin salir de ella, ni dejar que nadie le visitase. No abría la puerta de su celda, ni á los amigos que á veces le iban a ver, ni á los que le llevaban cada seis meses algunos panes, que se veían precisados á echar por encima de las paredes.

Al fin, habiéndose extendido su fama por todas partes, é instándole una multitud de personas deseadas á mudar su vida, para que las admitiese en su compañía, tuvo que ceder á sus continuos ruegos. Sus sermones y milagros inspiraron la misma resolucion á otro gran número de fieles; de modo que se vió á poco á la cabeza de una muchedumbre de discípulos, que estableció en diferentes monasterios, uno cerca de él en un sitio llamado Pisper, al E. del Nilo, otros al O. hacia la ciudad de Arsinoe. Visitábalos con frecuencia para animarlos é instruirlos; les descubria todos los artificios del demonio y los medios de triunfar de él; y sobre todo, les recomendaba el ayuno, la oracion, la limosna, la humildad, la señal de la cruz y un amor ardiente á Jესucristo, sin cesar de atentarlos con sus exhortaciones y ejemplos. La fundacion de los primeros monasterios se verificó hacia el año 305. Andando el tiempo y ejerciéndose con violencia la persecucion en Alejandría, San Antonio, impelió

del deseo del martirio, se presentó en la ciudad con muchos discípulos para dedicarse al servicio de los confesores que llegaban allí de todas partes. Los visitaba en las prisiones y en las minas, los animaba en los tribunales y los acompañaba hasta el lugar del suplicio. Viendo su firmeza el gobernador, prohibió á los monges la concurrencia á los tribunales y aun la permanencia en la ciudad. Pero Antonio creyó que no debía obedecer esta orden, y al siguiente dia de su publicacion se presentó al paso del magistrado, que sin embargo, no se atrevió á mandarle prender.

En cuanto cesó la persecucion, volvió á su monasterio, donde la fama de sus milagros atraia continuamente multitud de enfermos, que iban á solicitar su curacion. Para huir de estas importunidades que turbaban su soledad, se mantuvo primeramente encerrado bastante tiempo, y despues resolvió retirarse á la Tebaida alta, donde nadie le conocia; pero en el camino tuvo divina inspiracion para que penetrase mas adentro de aquel desierto por el lado del mar Rojo. Despues de haber caminado tres dias con sus noches en pos de unos sarracenos que vagaban por aquellos parages, llegó por fin á una elevadísima montaña, de donde manaban varias fuentes que reunidas formaban luego un cristalino arroyo, á que daban sombra varias palmeras y diferentes arbustos. Antonio se estableció en aquella montaña llamada entonces Colzim, y despues monte de San Antonio: distaba poco mas ó menos de una jornada del mar Rojo. Allí se mantuvo algun tiempo con el pan y las frutas que llevaban los sarracenos, hasta que algunos solitarios descubrieron el lugar de su retiro y cuidaron de enviarle provisiones. Pero para no serles gravoso les pidió algunos instrumentos de labranza con que pudiese cavar la tierra y sembrar trigo para su manutencion. Plantó tambien algunas viñas, y formó un jardincito en que cultivaba varias legumbres para obsequiar á las personas que iban á visitarle. Su celda ordinaria, era una pieza cuadrada, que no tenia mas longitud que la necesaria para estenderse al tiempo de dormir. En la cima de esta montaña habia otras dos celdas del mismo tamaño, cortadas en la Peña, á donde solía retirarse para huir de las muchas visitas y aun de la compañía de sus discípulos, porque un gran número de solitarios fueron á fijar su residencia junto á él, en cuanto descubrieron el lugar de su retiro. Esto era por el año 315, en que contaba ya 65 de edad.

A poco tiempo sus antiguos discípulos le pidieron con instancias que fuere á visitarlos al monasterio de Pisper. Pásose en camino con algunos compañeros, conduciendo en un camello las provisiones para atravesar el desierto; pero les faltó pronto el agua, á causa del excesivo calor, y en vano la buscaron por todas partes: no pudiendo ya caminar ni sostenerse, el santo, movido de compasion, se puso en oracion, y saltó de repente un raudal en el mismo sitio con que apagaron la sed y llenaron sus odres. Los monges de Pisper

le recibieron como á su padre, y Antonio disfrutó de la mayor alegría viendo que conservaban su antiguo fervor. Permaneció en su compañía unos cuantos dias, y visitó igualmente á su hermana que había envejecido en la virginidad y gobernaba un monasterio de doncellas que había fundado en el mismo distrito. Pero luego se restituyó Antonio á su montaña, donde continuó dirigiendo á los muchísimos solitarios que iban á fijarse allí para recibir sus lecciones. Como había obrado muchas veces curas maravillosas, acudían á él gran número de enfermos, ó recurrían á sus oraciones para obtener el mismo favor. También gozaba del don de profecía, de que tuvieron indisputables pruebas sus discípulos, porque muchas veces obligado de sus instancias, les hizo revelaciones que los sucesos no tardaron en vérificar (1). Era tan general su reputación, que hasta los filósofos paganos le visitaban por la curiosidad de conversar con él, e con la esperanza de confundirle sin dificultad, atendida su ignorancia. Pero salían atónitos de la sabiduría y solidez de sus discursos, de la luminosa explicación de las pruebas que daba de la religion, y sobre todo de las curaciones que hacia á presencia de ellos, solo con la invocación del santo nombre de Jesucristo, y haciendo la señal de la cruz sobre los dolientes. Su humildad no por eso se alteró con la gloria dimanada de estas gracias extraordinarias. Escuchaba gustoso las relaciones de sus menores hermanos, y confesaba sin tutor que á veces se había aprovechado de ellas. Tenía un profundo respeto á los obispos y sacerdotes: se inclinaba á su presencia, y si iba á verle algun diácono para recibir sus consueos, le decia lo que creia útil; pero en las oraciones le cedía la preeminencia. Nunca quiso tratar con los hereges, como no fuera para exhortarlos á que abandonasen sus errores. Mas adelante le veremos sostener con celo la fe de Nicea, escribir á Constantino en favor de San Atanasio, injustamente perseguido, y á pesar de sus muchos años, presentarse en Alejandría para oponerse á las intrigas de los arrianos.

Aunque San Antonio formó una multitud de discípulos y fundó muchos monasterios, no parece que les diese por escrita regla alguna para su gobierno. La primera que se conoce, es la de San Pacomio, que instituyó el célebre monasterio de Taberna, en la Tebaida alta. Habia nacido el santo en aquella provincia, hacia el año 292, de padres idólatras, que cuidaron de instruirle en las ciencias de los egipcios; pero desde su niñez mostró desprecio á las supersticiones paganas. Descubrió virtuosas inclinaciones, y en especial su amor á la castidad y á la abstinencia (2). A la edad de veinte años fué alistado en la milicia, y embarcado con otros llegó

(1) En la vida de San Antonio Abad, escrita por San Atanasio, se halla la relación de una percion de milagros y profecías, cuyas circunstancias no pueden caber en el plan de nuestra obra.

(2) *Vita Patr.* lib. I.

por la noche á una ciudad, en que ciertos habitantes, compadecidos de aquellos jóvenes que contra su voluntad iban á emprender tan penosa carrera, se apresuraron á proporcionarles algunos socorros. Pacomio quiso penetrar el motivo de tan admirable caridad, y supo que estos habitantes eran cristianos, y que á ejemplo del Hijo de Dios, escarmado para salvacion de los hombres, ejercitaban la beneficencia con todo el mundo, con la esperanza de otra vida donde serian recompensados: inmediatamente hizo voto de instruirse en semejante religion, en cuanto obtuviese su licencia, y de consagrarse enteramente al servicio de Dios. Concluida la guerra por la derrota y muerte de Maximino, se halló Pacomio en libertad de volver á su pais, donde fué inscripto en el número de los catecúmenos y bautizado á poco tiempo. En seguida se retiró al desierto en compañía de un anciano llamado Palemon, para emprender bajo su direccion la vida solitaria. Alguna dificultad medió para que Palemon le admitiese; pero reparando que no le arredraban las mayores austeridades, le dió al fin el hábito monástico. Muchos años vivieron juntos los dos solitarios, ocupados sin intermision en la meditacion, la oracion y el trabajo manual, empleando una parte de la noche en rezar los salmos, y sin tomar otro alimento que pan y yerbas silvestres, sazonadas con un poco de sal.

Un dia que estaba en oracion San Pacomio, en un lugar llamado Taberna, bastante distante de su celda, oyó una voz que le decia: "Pacomio, quédate en este sitio y funda un monasterio, porque vendrán muchas personas á sujetarse á tu direccion, y harás que observen la regla que yo te dé." Inmediatamente se apareció un ángel, y le entregó una tabla en que estaba escrita dicha regla. Habiendo muerto de allí á poco San Palemon, Pacomio, que tendria unos treinta años, vivió otros muchos solo ó con su hermano mayor Juan, que fué á reunirse con él para practicar los mismos ejercicios. Continuaba sin embargo, construyendo un monasterio bastante espacioso para contener gran número de discípulos, y no tardaron en acudir tantos atraídos de la fama de su santidad y milagros, que ya no bastó á contenerlos el monasterio de Taberna, y fué necesario levantar sucesivamente otros, donde se contaron hasta tres mil monges en pocos años. San Pacomio los visitaba á menudo, y los animaba á la observancia de la regla, tanto con sus exhortaciones como con su ejemplo. Nombró en cada monasterio un superior á quien dió el nombre de padre ó abad, y dividió los religiosos en secciones ó familias, compuestas de treinta á cuarenta individuos, que tenían un celador particular sometido al abad, como este lo estaba al superior general. Remitense ordinariamente los religiosos de todos los monasterios para celebrar juntos la fiesta de Pascua, y habia tambien una congregacion general hacia la mitad del estío.

El monasterio de Taberna estaba en la diócesis de Tentira ó

Denderah: otros se fundaron en las inmediaciones de Latópolis, de Dióspolis y en lugares de la Tebaida alta. Algunos monjes, reunidos ya en comunidad, se pusieron también bajo la dirección del mismo San Pacomio, que los nombró superiores escogidos entre sus discípulos; de manera que en vida del santo componían la congregación de Tabena diez monasterios, nueve de hombres y uno de mujeres. Era dirigido este último, situado á corta distancia de Tabena, del otro lado del Nilo, por una hermana de San Pacomio. Una vez fué ésta á verle á su monasterio; pero el santo abad contestó por medio de un religioso, que debía contentarse con saber que su hermano vivía y tenía salud, sin dar importancia á la materialidad de verle con los ojos corporales; y como al mismo tiempo la exhortase á dedicarse enteramente al servicio de Dios, movida de sus razones y de su ejemplo, resolvió abrazar como él la vida monástica. Al momento tuvo á su cargo multitud de doncellas, que eran asistidas por los religiosos en todas sus necesidades; pero con las precauciones necesarias para evitar hasta el menor inconveniente de semejantes relaciones: porque no podían los monjes ir al monasterio de las religiosas sino con algunos ancianos de acreditada virtud; debían estar siempre de vuelta á la hora de la comida, y bajo ningún pretexto podían comer ni beber en el monasterio de aquellas.

Recitábase en los monasterios de San Pacomio, personas de cualquier edad y hasta los niños; pero ninguno era admitido hasta haber dado suficientes pruebas de su vocación. Vestían los religiosos una túnica de lino con una piel blanca, que bajaba desde los hombros hasta las rodillas, en la cabeza llevaban un capuz de lana, en que á mas de la cruz se distinguía la marca del monasterio y seccion á que pertenecían. Cada uno de estas comía á diferente hora, y también se dedicaba á ocupaciones particulares, como labrar la tierra, hacer esteras, cestas, vestidos, ó ejercer otros oficios. Por la regla tenían que ayunar los miércoles y viernes; pero la mayor parte de los monjes ayunaban mas á menudo: á los enfermos se les daba todo lo que podía aliviarlos; y hasta vino y carne, de que los otros religiosos debían abstenerse rigorosamente fuera de este caso. Así el trabajo como la oración, se hacía en comunidad y á horas señaladas: rezaban á media noche, por la mañana antes de comer, al caer el día y antes de acostarse. El servicio divino se celebraba por los sacerdotes que se agregaban á la comunidad, ó por otros llamados de los pueblos inmediatos. Los religiosos debían guardar silencio, y se hablaban por señas cuando tenían que pedir alguna cosa. Solo se les permitía cantar salmos ó otras leyendas de la Sagrada Escritura mientras trabajaban. Nada tenían propio, ni conservaban en su celda mas que los objetos cuyo uso les era momentáneamente necesario.

Por mas brillantes que fuesen las virtudes de San Pacomio, y

siempre que recibía de Dios el don de los milagros y profecías, fué censurado por algunos enemigos envidiosos de su reputación, y tuvo que comparecer en una junta de obispos y monjes para dar cuenta de su conducta; mas se justificó fácilmente, rechazando unas acusaciones que no tenían otra causa que la malignidad de la envidia. A poco murió en su monasterio de Tabena en el año de 341, y á los cincuenta y siete de su edad. Además de la regla, tenemos de San Pacomio algunas cartas escritas á sus compañeros, y una colección de máximas ó consejos para la vida espiritual.

Habia igualmente en la Tebaida, fuera de los monasterios correspondientes á la congregación de Tabena, otros muchos menos célebres; pero que no dejaban de ser muy considerables. Entre otros debe citarse á un solitario llamado Apolonio, amigo de San Pacomio, que dirigía quinientos monjes. También tuvo el Egipto inferior sus anacoretas, algunos de los cuales reunieron los discípulos que deseaban militar á sus órdenes, y formaron comunidades numerosas. Así se fundaron todos aquellos monasterios, que hicieron tan famosos en adelante los desiertos de Nitria y Scetis al Occidente del Nilo, un poco mas abajo de la punta del Delta. Su fundador fué un solitario, llamado Ammon. Sus padres le habían obligado á casarse á la edad de veintidos años: pero él persuadió á su muger á guardar continencia, y despues de vivir así diez y ocho años, se retiró al monte de Nitria, donde llegó á ser el superior de muchísimos monjes. Murió de sesenta y dos años, célebre, tanto por sus virtudes, como por sus milagros. San Antonio Abad, de quien fué amigo, supo por divina revelación, el momento de su muerte, y vió que su alma voló al cielo. Siguió el ejemplo de Ammon su esposa, y por su parte gobernó multitud de vírgenes.

Por aquel propio tiempo instituyó San Hilarión la vida monástica en Palestina (1). Nació este santo de padres paganos, cerca de Gaza; pero la gracia de Dios vino á sacarle de las tinieblas, iluminándole con la fé, y le hizo conocer desde sus tiernos años la vanidad de la idolatría. En la escuela de Alejandría, á donde pasó para concluir sus estudios, prefería las reuniones de la iglesia á los espectáculos profanos, y deseando instruirse mas en la práctica de las virtudes cristianas, fué á ponerse bajo la dirección de San Antonio, cuyo nombre era célebre en todo el Egipto. Durante algunos meses estuvo estudiando estas máximas, y siguiendo el ejemplo de maestro tan consumado en los caminos de la perfección, y despues volvió á su país con algunos monjes para vivir en la soledad. Habían muerto sus padres, y dejádole bienes considerables: pero de ellos dió á sus hermanos y lo demas á los pobres, sin reservar nada para sí. Sucedió esto en el año 307, y á los quince de su edad. Aunque tan jóven y naturalmente delicado, se retiró á un

(1) Hieron. *Vit. Hilar.*
Tom. I.

desierto á orillas del mar y á poca distancia de Mayme, que servía de escondite á unas cuadrillas de ladrones muy temidas por aquellos contornos. No tardaron estos en descubrirle, y deseando asustarle, le preguntaron si tenía á los salteadores; mas él respondió sin detenerse: "El que nada posee no tiene por que temerlos." Pero pueden replicar ellos sobre de la vida. "Ya lo sé, contestó; así estoy siempre dispuesto á morir, y como no tengo nada que me ligue á este mundo, me es indiferente salir de él." Muchas tentaciones padeció en este desierto, pero las superó con la oración, el trabajo corporal y continuas austeridades: no tenía mas vestido que un cilicio con una túnica de piel que le había dado San Antonio, y una capa de segar. Su cama consistía en una estera de juncos tendida en el suelo: en todo el día no tomaba mas alimento que seis onzas de pan de cebada y algunas yerbas cocidas; y aun á veces pasaba tres ó cuatro días sin comer nada. Se ocupaba en labrar la tierra, ó hacia estillas de mimbres, á imitación de los monjes de Egipto, para proporcionar el sustento y socorrer á otros pobres.

Veintidos años vivió así San Hilarión, hasta que sus muchos milagros hicieron resplandecer su santidad y dieron á conocer su nombre en todas las provincias inmediatas. Uno de sus primeros milagros fué la curacion de los tres hijos de Elpidio, que despues llegó á ser prefecto del pretorio. Volvió Elpidio de visitar á San Antonio, y se hallaba en Gaza, donde asaltó á sus hijos una fiebre tan violenta, que los médicos los desaluciaron. Su madre, cristiana y llena de fé, se presentó á San Hilarión, y tanto le suplicó, que no pudo este negarse á ir con ella á dicha ciudad: apenas llegó, los niños quedaron sanos por la invocacion del nombre de Jesucristo. De allí á poco tiempo restituyó la vista á una muger que hacia diez años estaba ciega: curó igualmente á muchos endemoniados, y entre otros á un guarda del emperador Constanco, que fué desde muy lejos para que le librase el santo de los espíritus malignos. La fama de estos prodigios atrajo una multitud de personas, de las cuales unas iban á ver á Hilarión, y otras para abuzar la vida cremática bajo su direccion. De este modo por sí ó por sus discípulos, llegó á ser el fundador de muchos monasterios en la Palestina y en la Siria. Mas adelante, sabiendo por divina revelacion la muerte de San Antonio, y deseando acabar sus dias en una soledad desconocida, marchó al Egipto, donde pasó algunos años de allí partió para Sicilia, y despues se retiró á Dalmacia y últimamente á la isla de Chipre, donde murió de edad de ochenta años.

Extendiéronse las instituciones monásticas desde Palestina á las demas provincias del Oriente con la mayor rapidez: poblaron santos solitarios los desiertos de Idumea, de Arabia y de Mesopotamia, unos reunidos en comunidad, y otros como simples anacoretas, alimentándose con yerbas y raíces que comian sin condimento algu-

no, vagando por los montes, sin otra morada ni asilo que las cavernas ó el hueco de los árboles que hallaban en sus excursiones, orando sin cesar y pasando parte de la noche en cantar himnos sagrados. Dábaseles el nombre de solitarios *pacíficos* (digámoslo así), y reconocian por su fundador á un anacoreta famoso llamado Anón, que con sus dos discípulos Gadana y Azize, parece que dio el primer ejemplo de este género de vida en Mesopotamia y regiones comarcanas. En adelante veremos el progreso de estas instituciones, que se introdujeron algunos años despues en Occidente, cuando San Atanasio fué á Roma con algunos monjes en el reinado de Constantino, y enseñó las prácticas de la vida cenobítica.

Mientras que esta multitud de solitarios hacian brillar la santidad del cristianismo con sus virtudes y milagros, ilustres doctores trabajaban en difundir mas y mas la luz del Evangelio, combatiendo en sus escritos las vanas objeciones y las preocupaciones arraigadas de los paganos. Eusebio de Cesarea, que habia ya refutado durante la persecucion el libro de Hierocles, de que hablamos en su lugar, publicó, así que se consiguió la paz de la Iglesia, su grande obra de la Preparacion y Demostracion evangélica, de las que volveremos á tratar mas adelante. En Occidente, Lactancio se distinguió casi hacia el mismo tiempo, entre los mas célebres apologistas de la religion. Se cree que fué natural de Africa y discípulo de Arnobio, que profesaba las bellas letras en Sicca, en dicha provincia. Algunos escritos que publicó en su juventud, le granjearon una reputacion tan grande, que fué llamado á Nicomedia para enseñar la retórica. Allí permaneció los diez años que duró la persecucion, y muy luego Constantino le hizo ir á las Galias para confiarle la educacion de Crispo, su primogénito. En nada alteró este honroso destino su modestia, ni menos la sencillez de sus costumbres: siguió viviendo pobre y penitente en medio de la abundancia y de las delicias de la corte. No sabemos mas de las circunstancias de su vida, ni se puede fijar con certeza la época de su muerte, que al parecer ocurrió hacia el año 325.

La mas célebre y considerada obra de Lactancio, es el tratado de las *Instituciones divinas*, que está dividida en siete libros, y cada uno de estos lleva un título particular. El objeto del primero, es probar la unidad de Dios y el dogma de la Providencia. Combate en él las falsas deidades del paganismo, y aun vuelve al mismo asunto en el segundo libro, donde con mas extension demuestra lo absurdo de la idolatría, examinando su origen, desmintiendo los oráculos, los prodigios y todas las frivolos razones que se emiten para su defensa. El tercer libro se dirige especialmente contra las sectas de la filosofía pagana, á fin de probar que son impotentes para ilustrar al hombre sobre lo que mas le importa conocer. Expone en el cuarto los puntos fundamentales de la doctrina cristiana: en el quinto trata en particular de lo concerniente á la justi-

cia: en el sexto de los demás deberes de la moral y de la religión; en fin, en el séptimo examina la famosa cuestión del sumo bien, y demuestra que no se puede lograr su posesión sino en la otra vida; lo que le conduce insensiblemente á justificar la inmortalidad del alma, y á tratar diferentes cuestiones relativas al fin del mundo y al juicio final. Esta obra, proyectada por Lactancio al principio de la persecucion de Diocleciano, no se publicó, segun la general opinion, hasta el año 320.

El mismo Lactancio compuso otro libro intitulado: *De la obra de Dios*, para refutar los errores de los epicureos, y acaso tambien los de los gnósticos; porque su objeto es manifestar que Dios habia erizado al hombre; y que una providencia infinitamente sabia, dispone y arregla todas las cosas. El dogma de la Providencia forma tambien la materia del libro *De la colera divina*, donde demuestra Lactancio que Dios no puede permanecer indiferente á lo que toca á las criaturas, y que así como su bondad le inclina á recompensar la virtud, su justicia debe determinarle tambien á castigar á los malos: últimamente, se halla probada con hechos la misma verdad, en el libro titulado: *De la muerte de los perseguidores*, atribuido comunmente al mismo autor, que en efecto habia compuesto una obra muy análoga en su título. Otros escritos que publicó sobre asuntos menos importantes, no han llegado á nuestra noticia. Es Lactancio uno de los mas elocuentes escritores de la Iglesia latina; y algunos autores le han llamado el Cicerón cristiano, por la pureza, nobleza y elegancia de su estilo, y á la verdad que parece que reproduce la elocuencia aduente, brillante y armoniosa del orador romano. Refuta con la mayor energía los errores de la idolatría, y prueba con sólidos los principales dogmas del cristianismo; sin embargo, se le censura por haber insistido demasiado en consideraciones filosóficas poco fundadas ó no muy concluyentes: tambien sobre ciertos puntos se manifiesta poco instruido de la verdadera doctrina de la Iglesia, que sin duda estudió demasiado tarde, porque parece que nació pagano, y se ignora en qué época se hizo cristiano (1).

En Occidente se vieron por fortuna los cristianos en estado de no tener que luchar ya con los gentiles mas que con sus escritos, merced á la conversion de Constantino, y á la proteccion declarada que concedió á la Iglesia; pero en Oriente principió de nuevo Licinio

(1) Otra escritor, cuya vida es poco conocida, publicó hacia este tiempo una obra en varios idiomas contra el paganismo. Le llamaban Cononiano, y solo se sabe de él que nació pagano, y que se convirtió al cristianismo con la lectura de los libros santos. Su obra, que lleva el título de *Instrucciones*, puede dividirse en tres partes, una en que se prueba la falacidad de la idolatría, otra dirigida contra los judíos, y en fin, la última que contiene la exposicion de la doctrina y de la moral cristiana. En ella se ve como en la de Lactancio, el error de los milenaristas y la opinion emitida ya por otros autores antiguos, que los demonios son ángeles corrompidos por el amor á las mujeres.

otra persecucion contra ellos, hacia el año 319. Este principe, que emparejó desde luego con el emperador Constantino por el casamiento con su hermana, en cuanto se vió dueño del Asia, no guardó ya miramientos con él, y descubriendo demasiado la intencion de privarle de la corona, le puso en la precision de recurrir á las armas para defenderse. Venido en campal batalla junto á Cibales, en la Pannonia, el año de 314, pidió y obtuvo la paz, abandonando á Constantino varias provincias; pero al instante quiso recobrarlas, y buscando un pretexto para romper, se dedicó á perseguir á los cristianos, á fin de ofender á Constantino que los protegía. Tal vez querría tambien así atraerse á los paganos, que eran todavia muy numerosos en Occidente, é inducirlos á que se declarasen contra su rival y en su favor, mientras que él sabia por su parte, que no tenia que temer la sublevacion ni la desercion de los cristianos (1).

Principió prohibiendo á los obispos que renitiesen concilios, que visitasen las Iglesias antiguas, y que se correspondiesen unas con otras; despues echó de su palacio á todos los empleados cristianos, reduciendo á unos á la clase de esclavos, y desterrando á los otros, confiscando sus bienes, y hasta amenazándoles con la muerte. A poco, con fingida honestidad, prohibió á las mugeres que asistiesen con los hombres á los oficios é instrucciones de la Iglesia; despues mandó que los cristianos no se renitiesen en las ciudades, sino solamente á campo raso. Por último, decretó la privacion de empleos y dignidades contra todos los que se negasen á sacrificar en honor de los ídolos (2).

(1) Mil conjeturas se han hecho para determinar la proporción relativa entre los paganos y cristianos que habia en el imperio cuando se convirtió Constantino. Uno tan fijado en su cálculo de la población del número de los cristianos, otros en un doxazo solamente, y algunos incluyéndola han reducido á una vigésima parte; pero todas estas valuaciones son arbitrarias y sin apoyo en fundamento alguno. Semblante proporción, que variaba seguramente de una provincia á otra, no puede formarse con unos cuantos documentos parciales, relativos solo á ciertas ciudades en particular. Era necesario muchos mas elementos que los que nos quedan para enayar una valuación mas exacta, sino algo aproximada. Los que han fundado sus cálculos en datos incompletos, no han tomado en consideración el testimonio análogo de los escritores eclesiásticos, que desde San Justino y Tertuliano, hasta Eusebio y San Agustín, concuerdan todos en representar á los cristianos como una multitud innumerable; sin embargo de ser cosa clara que no bastan conjeturas para contradecir el testimonio positivo de escritores contemporáneos, que no dudaron en insistir sobre este hecho á presencia de los paganos, ni interesarse en demeritarlos. Precis es pues, considerar los inmensos progresos del cristianismo como un hecho que no admite duda ni contradicción, y que no pueden tergiversar todos los cálculos de una crítica aventurada. Mas los paganos no dejaban de componer todavia un partido considerable, especialmente en el Oriente, donde los vemos abroquelados con sus riquezas é influencia, hacer mas adelante muchas tentativas para recobrar el poder.

(2) Euseb. *Hist. lib. X, cap. VIII. Vit. Const. lib. I y II.—Socrat. *Hist. Eccles. lib. I.**

No llevando su objeto tal cúmulo de injustas medidas, hizo errar ó derribar las iglesias; y aunque aparentaba por política que desaprobaba el uso de los tormentos y los suplicios, seguros los gobernadores de que no le desagradarían, no temían imponerlos, principalmente á los obispos, de los cuales fueron condenados varios á muerte. Entre otros se cuenta á San Basilio, obispo de Amasia en el Ponto, y á San Blas, obispo de Selaste en Armenia: este último, después de haber sufrido diferentes tormentos, fué decapitado en compañía de dos niños y siete mugeres, que fueron denunciadas como cristianas porque repegaban las gotas de sangre de San Blas. En la misma Selaste sufrieron el martirio cuarenta soldados, que se han hecho célebres con el nombre de los cuarenta coronados. Habiéndoles intimado el gobernador la orden de sacrificar á los ídolos, y no pudiendo conseguirlo ni con promesas ni con amenazas, mandó que en una noche muy fría los echasen desnudos en un estanque de hielo, y que tirasen cerca un baño caliente para tentarlos así con la esperanza de su pronto alivio. Arrojaronse en el estanque llenos de júbilo, animándose mutuamente, y pidiendo á Dios todos juntos que los sostuviese, á fin de que ninguno se desanimara. Un soldado que los guardaba, observó con admiración que tenían cada uno en la cabeza una corona, y mayor fué su sorpresa al reparar que á uno le faltaba; pero no tardó en verle rendirse al dolor, y dirigirse á rastro al baño caliente, donde el infeliz espiró al punto. Conmovido de este espectáculo el soldado de guardia, exclamó que era cristiano, y ocupó el lugar del que había apostatado. Como á la mañana siguiente viviesen aún todos, los echaron en una hoguera y luego arrojaron al río sus cenizas; pero los cristianos recogieron algunos huesos, que llevaron á distintos parages, donde se edificaron iglesias en honra suya (1).

Indignó esta persecución á Constantino, á quien asistían motivos para quejarse por los demas procedimientos de Licinio, y el año 322 comenzó de nuevo la guerra entre ambos emperadores. Ninguna precaución olvidó Constantino de las que se habían al alcance de la prudencia humana; pero contaba mas con la divina protección, que procuró merecer con el ayuno y la oración. Los paganos hicieron en esta decisión sacrificios y instrucciones para alcanzar el favor de sus dioses; y como quisiesen obligar á los cristianos á tomar parte en ellos, prohibió el emperador estas violencias por medio de una ley, de que hemos hablado anteriormente. Constantino llevaba en su compañía algunos obispos, y hacia que se guardase el *Lábaro* en tienda separada, donde se retiraba para orar con ellos. Destinaronse eminentes soldados escogidos de su guardia, para que llevasen alternativamente aquella cruz, que los servía como de escudo en los combates. Un soldado de éstos la entregó á otro para

(1) Basíl. Homil. XX.—Ephren. Orat. XXVII.

huir, y en el mismo instante le atravesó una flecha el vientre y le dejó muerto. Al que llevaba el *Lábaro* le dispararon varias, pero ninguna le hirió, yendo á dar todas en el asta de la bandera. El mismo emperador refirió á Eusebio este prodigio (1).

Licinio por su parte estaba muy confiado en la multitud de sus tropas, en los oráculos y en las promesas de los augures y mágicos, que le presagiaban la victoria. Siempre estaba rodeado de adivinos, sacrificadores é intérpretes de sueños, y con ellos se ejercitaba en todas las supersticiones de la idolatría. Encontráronse los dos ejércitos junto á Andrinópolis, y vencido Licinio en un combate, donde perdió treinta y cuatro mil hombres, se puso en fuga y fué á encerrarse en Bizancio. Mas sabedor de que su flota había sido derrotada por la de Constantino, y temiendo ser sitiado simultáneamente por mar y por tierra, pasó el estrecho y se fué á reunir con otro ejército, que se componía de ciento treinta mil hombres. Dióse otra batalla cerca de Calcedonia, y de nuevo fué vencido Licinio con mas pérdida que la anterior. Persiguiólo Constantino, y sitiándole en Nicomedia, no le quedaba mas recurso que la clemencia del vencedor. Depuso la púrpura á los pies de éste, y no pidió mas que la vida. Le acogió con bondad Constantino, le sentó á su mesa, y le envió á Tesalónica con renta proporcionada. Pero como este ambicioso no podía vivir pacíficamente, el emperador le mandó quitar la vida al año siguiente (2).

Hallándose ya Constantino dueño único del imperio, mandó volver á todos los desterrados por la fé, y restituyó la libertad á los confesores detenidos en las cárceles, ó que trabajaban en las minas y en diferentes fábricas, en calidad de esclavos del fisco. Mandó que restituyesen los bienes confiscados, confirmó las donaciones de los maritimes, hizo volver á los herederos legítimos las sucesiones, y por último, entregar á las iglesias y á los particulares todas las cosas de que el fisco se apoderó. Declaró exentos de las cargas municipales á aquellos que estaban sujetos á las mismas por causa de religión, y dejó á eleccion de los que habian sido separados de la milicia por cristianos, que volviesen al servicio ó gozasen del retiro correspondiente, sin que esta degradación pudiese privarlos de los privilegios de su clase. Además de estas disposiciones particulares, promulgó al mismo tiempo otras dos leyes para favorecer los

(1) Vit. Const. lib. II, cap. VIII.

(2) Cuando entró en Bizancio el emperador Constantino, fueron los sofistas grupos á hacerle presente que introduciría una religion nueva, con mezcla de las costumbres antiguas de la Grecia y de Roma, y pidieron que se les permitiese la discusion sobre la doctrina cristiana con Alejandro, obispo de Bizancio, que aceptó la controversia por orden del emperador, aunque no estaba muy ejercitado en la dialéctica. En cuanto se eligió el que debía hablar, dijo Alejandro: "En nombre de Jesucristo te mando que calles." Inmediatamente quedó mudo sin poder articular ni una palabra, y no fué poco mi lagro, dice Fleury, hacer callar á un filósofo.

progresos de la religion. Dirigíase la primera contra las supersticiones del paganismo; y prohibía ejercer la adivinacion, levantar estátuas á los dioses, y ofrecerles sacrificios; lo que no debe entenderse probablemente mas que de las ceremonias practicadas fuera de los templos y por particulares; porque parece cierto que el culto público de la idolatría subsistió todavía mucho tiempo despues. Por la segunda ley mandaba Constantino restablecer las iglesias, ensanchar su recinto, edificar otras nuevas y mas magníficas, y tomar de su patrimonio los fondos necesarios para estos gastos. En fin, publicó otro solemne edicto, exhortando á todos los súbditos del imperio á que abrazasen la religion cristiana; declaró, sin embargo, que dejaba á cada uno la libertad de conciencia, y no aprobó la conducta de los que intentaban valerse de la autoridad ó de la fuerza para prohibir y suprimir las ceremonias del culto pagano. Mas á poco tiempo juzgó necesario mandar derribar ó cerrar varios templos que servían para vergonzosas prostituciones, como los de Venus, en un sitio llamado Alaced, y en la ciudad de Heliópolis en Fenicia, y algunos otros que por circunstancias particulares solo servían para mantener la supersticion, como los templos de Apolo y Esculapio en la Cilicia; el primero célebre por sus oráculos, y el segundo por las curaciones numerosas que se suponía obraba el idolo. Asimismo mandó quitar del templo de Serapis, en Egipto, la columna que servía para medir las inundaciones del Nilo, á fin de desengañar á los paganos, que atribuían á este dios las avenidas del rio y la fertilidad del país. Además, escogia, en cuanto le era posible, oficiales cristianos para el gobierno de las provincias, y exigía de los paganos que se abstuviesen de sacrificar en honor de los ídolos.

Son dignas de citarse, entre otras leyes de Constantino en favor de la religion, la del año 331, que prohibía las juntas de los herejes, aun en las casas particulares, y decretaba la confiscacion de sus iglesias en provecho de los católicos; y otras dos de los años siguientes para prohibir, primeramente á los judios, que circuncidaran á sus esclavos cristianos, ó de otro culto, y despues que poseyeran ningun esclavo cristiano; un edicto que declaraba infame la memoria de Porfirio, y condenaba al fuego sus escritos; y finalmente, la ley que permitía, á los que tenían pleitos, declinar la jurisdiccion civil, y apelar al juicio de los obispos, mandando que las sentencias de éstos tuviesen la misma fuerza que si emanaran del mismo emperador, y prescribiendo á los magistrados y á sus oficiales que las hiciesen ejecutar (1).

En el momento que Constantino vió afirmada su autoridad en el Oriente, se dedicó á remediar los males que afligían á la Iglesia

(1) Euseb. *Vit. Const.* lib. II, cap. XX y sig.—Lib. IV, capítulo XXVII.—Sozom. *Hist.* lib. I, cap. IX.

por la propagacion de la secta de los arrianos, que continuaban esparciendo sus impiedades con una audacia siempre creciente. Arrio, que dió nombre á esta secta, era natural de Libia, y por muchos años siguió el cisma de los melecianos; mas habiéndole abandonado despues para renouir á la Iglesia, fué ordenado de diácono por San Pedro, obispo de Alejandría, quien á pesar de esto, se vió obligado, de allí á poco á excomulgarle, porque aquel hipócrita, vuelto á sus primeras opiniones, le censuraba por excluir de su comunión á los partidarios de Melecio. Despues de la muerte de San Pedro, que fué martirizado en el año 311, San Aquilas, su sucesor, consintió en rehabilitar á Arrio, y se dejó engañar tan bien por ciertas señales de arrepentimiento, que le ordenó de presbítero, y le confió el cuidado de una iglesia principal de Alejandría, porque la extension de esta ciudad habia obligado á fundar hasta nueve, presididas cada una por un presbítero que explicaba á los fieles las Santas Escrituras. Habiendo muerto asimismo San Aquilas el año 313, fué elegido para sucederle San Alejandro, que habia merecido la estimacion general por sus virtudes y talento. Vivamente ofendido Arrio de esta preferencia que frustraba su ambicion, intentó vengarse en el electo, y no hallando cosa reprobable en sus costumbres, buscó la ocasion de impugnar su doctrina. En una asamblea de su clero dijo San Alejandro, hablando del Hijo de Dios, que era igual al Padre y de la misma sustancia que él; que en Dios no debía reconocerse mas que una sola esencia, ó una sola naturaleza, y que así habia unidad en la Trinidad. Arrio afirmó que esto equivalía á restablecer la heregía de Sabelio, y que la distincion de las divinas Personas sería puramente nominal, si se adoptaba la unidad de naturaleza. Pero como era imposible, por otra parte, admitir en la divinidad tres sustancias iguales y distintas, sin admitir tres dioses, se vió Arrio precisado á sostener que el Hijo no era eterno ni engendrado de la sustancia del Padre, sino sacado de la nada, y que por consiguiente, era del número de las criaturas, que habia tenido principio como todas las demas, de donde tambien deducía que no era propiamente Dios, ni Hijo de Dios por su naturaleza, sino solamente por adopcion (1).

Despues de haber acusado á San Alejandro de sabelianoismo, y con este pretexto negado la unidad de sustancia, Arrio no profesó desde luego abiertamente las repugnantes consecuencias de su propia doctrina; se contentó con extenderla y explicarla en conversaciones particulares, hasta ganarse un cierto número de partidarios. No le faltaban instruccion, destreza y actividad sobre todo. Era ya viejo, y mostraba mucho celo y virtud en la apariencia; su exterior era grave y compuesto, el semblante pálido, su vestido sencillo y sério, muy parecido al de los monjes; de manera, que todo

(1) Sozom. *Hist.* lib. I.—Socrat. *lib. I.*—Theodor. *Hist.* lib. I.—Epiphani. *Har.* LXIX.

anunciaba en su persona la mortificación. Además, su conversación era dulce y agradable, sus modales atractivos; tenía bastante sutileza de ingenio, y en una palabra, todo lo que es necesario para seducir. Luego que hizo algunos prosélitos entre los fieles, y aun se atrajo á algunos diáconos, no vaciló en predicar públicamente sus errores. San Alejandro trató al principio de atraerle con amonestaciones caritativas, y para ilustrarle propuso dos conferencias, donde le permitió exponer y defender su doctrina. Pero no produjeron ningún resultado para las miras del santo obispo, el cual tuvo que proceder á condenar á Arrio y sus secuaces. Viendo que continuaba el error propagándose, no solo en la ciudad de Alejandría, sino en las vecinas provincias, congregó un concilio compuesto de los obispos de Egipto, de la Tebaida y de la Libia, que concurrieron casi en número de ciento. Arrio fué llamado por los padres; pero como lejos de retractar sus errores, los expuso sin disfraz, sosteniendo que el Verbo no es Dios por su naturaleza, sino una criatura sacada de la nada, sujeta á mudanza y capaz de pecar como todos los demás, indignado el concilio con tantas blasfemias pronunció, por unanimidad, la excomunión de este herejarca y sus partidarios, contándose entre ellos dos obispos de Libia, Segundo de Tolemaida y Teonas de Marmárica. Celebróse este concilio hácia el año 320, y sucesivamente se congregaron otros varios en diferentes puntos para sofocar las divisiones que cundían por todas partes.

Viéndose Arrio condenado en todo el Egipto, se retiró á la Palestina, donde halló algunos protectores entre los obispos, entre otros, Eusebio, de Cesarea, Paulino, de Tiro, Patrículo, de Scitópolis, Accio, de Lidda y varios de Siria, de Cilicia y del Asia menor. Uno de los que tomaron con mas ardor la defensa de su doctrina, fué Eusebio, obispo de Nicomedia, que habia sido discípulo de Arrio bajo el magisterio de un Luciano, que muchos creen ser el célebre mártir de este nombre, y sacerdote en Antioquia. Este Eusebio, á quien luego veremos haciendo un gran papel en los sucesos del arrianismo, habia sido antes obispo de Berito, y después habia hecho que le trasladasen á Nicomedia, capital de Bitinia y residencia ordinaria de los emperadores del Oriente. Además de que participaba de los errores de Arrio, su ambicion le impelia á tomarle bajo su protección, por envidia al obispo de Alejandría, cuya autoridad queria contrapesar de este modo. Arrio le escribió exponiéndole su doctrina, y quejándose de su condenación; ponderó el número de obispos orientales que habian tomado su partido, y trató de ignorantes á sus adversarios, á pesar de hallarse entre estos los obispos de Antioquia y Jerusalem. Contestando Eusebio á esta carta, aprobó completamente sus errores, y al mismo tiempo escribió á Paulino de Tiro para instarle á que interviniese en favor de Arrio con el obispo de Alejandría. En esta carta dice expresamente:

te: "que el Hijo de Dios ha sido criado, y que no participa de la sustancia del Padre, antes es de naturaleza diferente, aunque hecho á semejanza suya (1)."

Subedor San Alejandro de la protección que Eusebio de Nicomedia dispensaba al herejarca Arrio, escribió una circular á todos los obispos para precaverlos de las relaciones falsas que podian hacerles los sectarios. En ella exponia las impiedades de Arrio, que llegó al punto de afirmar que el Verbo podia mudarse y caer como el demonio, y participando á los obispos la condenación decretada contra este herejarca por el concilio de Alejandría, los exhortaba á que no admitiesen en su comunión á los autores de tales blasfemias, á pesar de cuanto pudiese escribirles Eusebio ó otro del mismo partido. Todo el clero de Alejandría y de la Maronita firmó esta circular por disposición de su prelado, que escribió en particular al Papa San Silvestre, á Filogono, obispo de Antioquia, á Macario, de Jerusalem, á Eusebio, de Cesarea y á otros obispos de la Palestina y la Fenicia. También creyó conveniente componer un tratado, en que expuso minuciosamente los errores de Arrio, refutándolos y explicando la doctrina católica. Este escrito, que envió á todos los obispos para su aprobación, no es tal vez diverso de una carta dirigida, para el mismo objeto, al obispo de Bizancio, y que parece efectivamente copia de una circular. Después de quejarse Alejandro de las calumnias, de las intrigas sediciosas y del orgullo insostenible de los arrianos, refiere sus blasfemias y las refuta con diferentes pasajes de las Santas Escrituras: hace luego una larga profusion de fé, en la que da á la Santa Virgen el título de Madre de Dios, y concluye en estos términos: "Así, ninguno de vosotros reciba en su comunión á esos impostores, excomulgados por nuestros hermanos: nadie oiga sus discursos ni lea sus escritos. Condenadlos como nosotros, imitando á nuestros hermanos, que me han escrito después de haber firmado la memoria que os envío con sus cartas. Los hay de todo Egipto y de la Tebaida, de Libia y de Pentápolis, de Siria, Partia, Asia, Capadocia y de las provincias inmediatas. Espero recibirías ignielos de vosotros, porque después de otros varios remedios, he creído que este unánime consentimiento de los obispos acabaría de sanar á los que se han dejado engañar." Escribió San Alejandro otras muchas cartas para descubrir ó combatir las heregias: contábase hasta setenta; pero no nos quedan mas que las dos cuyo asunto hemos indicado.

No omitta Arrio por su parte diligencia alguna para acrecer su partido. Compuso muchas canciones populares sobre aires ya conocidos y sobre varios asuntos; pero siempre llenas de sus errores, á fin de insinuarlos así hasta á las personas mas ignorantes. Algunos fragmentos se conservan de la canción que intituló *Thalia*,

(1) Theodor. Hist. lib. I.

y se compuso con la música de las obscenas de Sotades. Se halla retirado Arrio con Eusebio de Nicomedia, que no cesaba de intrigar á su favor, y que deseando, sobre todo, lograr su rehabilitacion y que se le levantase la excomunion, escribió á San Alejandro muchas veces, é hizo que le pidiesen otros obispos esta gracia. El mismo Arrio, para manifestarse en la apariencia sumiso, escribió una carta á su obispo en forma de profesion de fé; pero lejos de retractarse de sus errores, ó disculparlos, tenia el impudente desear de atribuirlos á San Alejandro, y de apurmar, en cierto modo, que se vanagloriaba de haberlos aprendido de aquel (1).

Irritados Eusebio y los obispos de su partido de ver la inutilidad de todas sus gestiones, se reunieron en concilio en la Bitinia, y dando su aprobacion á la doctrina de Arrio, escribieron á los demas obispos para atestiguar su ortodoxia, y exhortarlos á comunicarse con él, y á instar al de Alejandria para que le rehabilitase. Mas como San Alejandro permanecia inflexible, Arrio pidió y alcanzó de Eusebio de Cesarea y de otros obispos, el permiso de establecer por sí ó los suyos, Iglesias particulares en Palestina, para congregar á los fieles de su secta. Solo se puso por condicion que permaneciesen sujetos al obispo de Alejandria, y continuasen pidiendo su comunión. Así se burlaban de la autoridad episcopal, y violaban todas las reglas canónicas; despreciando la excomunion pronunciada contra ellos por su obispo, y empuñándose en formar, á pesar suyo, parte de su Iglesia.

Estas pretensiones escandalosas, y las temerarias discusiones de multitud de personas ignorantes, y aun de mugeres, que disertaban con seguridad sobre los santos misterios, sirvieron á los paganos de objeto continuo de irrision y de insultantes sarcasmos, y no tuvieron reparo en representar en el teatro escenas del cristianismo, y aun ultrajar las estatuas del emperador que le habia abrazado. Aflijose este vivamente de tales divisiones, y se dedicó á ponerles remedio, para cuyo efecto envió á Egipto al célebre Osio en el año 324, con una carta en que vitupera á un tiempo á Alejandro y á Arrio, exhortándolos á la reconciliacion y al perdon de sus respectivos agravios, con el fin de no turbar mas la paz de la Iglesia con disputas de palabras ó cuestiones frívolas é ininteligibles (2).

Con facilidad se echan de ver en esta carta las ideas é inspiraciones artificiosas de Eusebio de Nicomedia, que habia logrado gran favor con el emperador Constantino, por mediacion de Constancia, hermana de éste. Como las disputas principiaron con motivo de las voces de sustancia y de hipostasis, cuya significacion no estaba todavía rigurosamente determinada, fácilmente persuadió Eusebio á Constantino, poco instruido en nuestros misterios, pues que no es-

(1) Athan. *De Synod.*—Ephiph. *Her. lib. LXIX.*

(2) *Euseb. Vit. Const. lib. II, cap. LXIV y sig.*

ta bautizado, de que las disensiones giraban únicamente sobre el uso ó significacion de estas palabras, y por consiguiente sobre cuestiones que no interesaban de ningun modo á la fé. Guardóse muy bien de añadir que explicando los términos á su modo, y sacando las consecuencias de sus explicaciones, enseñaba Arrio impiedades odiosas que introducián en el cristianismo la idolatria.

En quanto Osio llegó á la ciudad de Alejandria, convocó un numeroso concilio en el que se reconoció, según la doctrina católica, la unidad de sustancia ó de naturaleza en la Trinidad, explicando las palabras *esencia é hipostasis*, de manera que desapareciese todo equívoco, y se precaviesen todas las interpretaciones falsas, á fin de que no pudiesen los arrianos acusar de sabelianismo; pero como esta no era mas que un pretexto, se estrellaron en su obstinacion el celo y la habilidad de Osio. No fué mejor el resultado que obtuvo con respecto á la division que habia sobre la celebracion de la Pascua; cuestion que tambien llevaba encargo de terminar, porque cierto número de orientales se empeñaban en celebrarla á imitacion de los judíos, en el dia once de la luna, y no el domingo siguiente. El único resultado del concilio de Alejandria, fué obtener la sumision del presbítero Coluto, que gobernaba una iglesia en esta ciudad, y que se habia separado de San Alejandro con el pretexto de que no obraba contra Arrio con bastante firmeza. Habia usurpado las atribuciones episcopales, y llevado de la temeridad de sus empresas hasta ordenar presbíteros, que fueron depuestos por el concilio; pero admitidos á la comunión de la Iglesia en la categoría que antes tenían. No quedaron mas que un corto número de cismáticos obstinados, que en adelante intriguaron con los arrianos y herejes contra San Atanasio (1).

Vuelto Osio á la corte de Constantino, le hizo conocer el estado verdadero de las cosas, y desengañado por fin este príncipe con respecto al herearca Arrio, por el testimonio de aquel ilustre obispo y por una carta que recibió de San Alejandro en aquella sazón, resolvió, siguiendo los consejos de ambos obispos, convocar un concilio general para confirmar la doctrina católica con un juicio mas solemne, y cortar así mas fácilmente las divisiones que perturbaban la Iglesia. Se puso de acuerdo con el Papa San Silvestre (2), y di-

(1) Socr. *lib. I, cap. VIII, lib. III, cap. VII.*—August. *De heres. cap. LXX.*—Athanas. *Apol. cont. Arrian.*

(2) No se puede dudar de la intervencion del Papa San Silvestre en la convocacion del concilio de Nicea, aunque no conste expresamente de instituciones contemporáneas. En efecto, como corresponde á la Santa Sede incontestablemente el derecho de convocar los concilios generales, en virtud de la supremacia que goza sobre toda la Iglesia; no hay necesidad de enumerar positivamente el ejercicio de este derecho, y su misma evidencia sirve para explicar el silencio de los historiadores en esta parte. Ademas, se comprueba esta intervencion con el testimonio del sexto concilio general (Act. XVIII), y se halla otra prueba: manifiesta en la presencia de muchos obispos que de-

rigió respetuosas cartas á los obispos de todas partes, convidándolos á que prontamente concurriesen á la ciudad de Nicea, en Bitinia, que se había escogido para celebrar el concilio: el emperador les suministró, además de los carruages públicos, todos los medios de subsistencia para sus personas y comitiva, tanto durante el viaje, como mientras permanecieron en la ciudad.

Se hallaron reunidos en Nicea para el día señalado, trescientos diez y ocho obispos, entre los cuales había una porción de confesores ilustres, que llevaban señales de los tormentos sufridos por la fé en las últimas persecuciones. Otros se habían hecho célebres por su ciencia ó elocuencia, ó por la santidad de su vida y la fama de sus milagros. La mayor parte de los asistentes eran del Oriente y de las provincias contiguas. Uno solo hubo de las Galias, llamado Nicasio; pero no se sabe de qué diócesis. Del Africa no concurrió mas que Ceciliano, obispo de Cartago y metropolitano de la provincia. Tampoco se oió ninguno por parte de los donatistas, ya porque temiesen una nueva condenación, ó ya mas bien porque no hubiesen sido llamados, como que estaban separados de la Iglesia. Deben citarse algunos obispos de provincias que no pertenecian al imperio: á saber, Arostano, obispo de Armenia, Juan, obispo de Persia, y Teófilo, obispo de los godos. No pudo asistir el Papa San Silvestre por sus muchos años; pero envió en clase de legados á Vicente y Vito, presbíteros de la Iglesia romana, y el célebre Osio fué encargado de representar al Papa en el concilio, y presidir en su nombre (1). Entre un número tan considerable de

hubo concurrir á Nicea á virtud de otra convocatoria que la de Constantino, pues no eran súbditos de su imperio. Cuando los historiadores atribuyen al emperador esta convocatoria, es porque ciertamente tomó gran parte en ella, escribiendo á los obispos y facilitándoles los carruages públicos para su viaje. También los historiadores atribuyen á los emperadores la convocación del concilio de Sardica, y sin embargo, se sabe por testimonio auténtico de San Atanasio (*Epist. ad Solit.*) que el Papa Julio les había escrito para este fin de modo que fuesen por medio de los emperadores, pero con el consentimiento y autoridad del soberano Pontífice. Por lo demás, no puede negarse que enviando sus legados al concilio de Nicea, á lo menos el Papa ratificó su convocatoria.

(1) San Atanasio dice en muchos parages que Osio dirigió todos los concilios de su tiempo (*Epist. ad solit. Apolog. de Fugda.*), y su nombre se halla con efecto á la cabeza de todas las asunciones, en las actas del de Nicea, lo que no deja duda alguna de su presidencia en él, como presidió el de Sardica veintidos años después. Pues ¿con qué título un simple obispo de Córdoba, á no haber sido el representante del Sumo Pontífice, hubiera presidido á los obispos de la cristiandad, incluso los de Antioquia y Alejandria, que asistian personalmente, y que no eran menos distinguidos por su mérito que por la dignidad de sus asilas? Galasio de Cizico, que escribió la historia del concilio de Nicea, dice expresamente que Osio ocupaba, con los presbíteros Vito y Vicenzo, el lugar de Silvestre, obispo de Roma (lib. II, cap. V); y este testimonio de un autor griego no puede ser sospechoso. Finalmente, la práctica de los siglos siguientes viene en apoyo del mismo aserto, porque en todos

obispos, no había mas que veintidos que hubiesen abrazado la doctrina ó el partido de Arrio: los mas nombrados eran Eusebio, de Nicea, Eusebio, de Cesarea, Paulino, de Tiro, Theognis, de Nicea, y Maris, de Calcedonia; mas algunos de estos arrianos procuraban ocultar sus errores, ó disimularlos á lo menos en parte.

Habia en el concilio, además de los obispos, multitud de presbíteros, diáconos y otros ministros inferiores, y hasta simples legos versados en la dialéctica y en el estudio de la religion. Se les había convidado, no para tomar parte en las deliberaciones y decretos del concilio, sino para sostener la discusion y confundir las sutilezas de los hereges. Fueron tambien á Nicea algunos filósofos paganos, ya por curiosidad, ya para disputar con los obispos y fomentar disensiones; y se cuenta que uno que no cesaba de impugnar la fé cristiana, se convirtió repentinamente con la simple exposicion que hizo de ella un anciano, del número de los confesores, pero lego y poco instruido. Como hecha esta exposicion en vez de entrar en disputas instase al filósofo para que respondiera sinceramente si creía las verdades que acababa de oír, dijo el filósofo atónito: "Las creo;" y en el momento se hizo cristiano, exhortando á sus discípulos á que lo imitasen, y afirmando con juramento que se había sentido arrastrado por una inspiracion divina á dar esta respuesta y á convertirse (1).

Antes del día señalado para la primera sesion pública del concilio, tuvieron los obispos varias conferencias particulares, á quo asistió Arrio, citado por ellos. Expuso descaradamente todos sus errores, y no dudó afirmar que el Hijo de Dios fué sacado de la nada: que no existió siempre: que no es verdaderamente Dios, ni participa de la naturaleza del Padre; que está sujeto á mudanzas y es capaz de pecar como todas las criaturas; que Dios le creó, como á los demas, por un efecto de su libre voluntad, y para que le sirviese de ministro en la creacion del mundo; de modo que bien puede decirse que fué producido antes de todos los siglos; pero no de toda eternidad y sin principio. Añadió que el Hijo no conoce mas que imperfectamente al Padre, y según la medida de su limitada inteligencia; que no puede comprenderle, ni aun conocer á fondo su propia sustancia. Excitaron estas blasfemias la indignacion general; mas no por eso se privó al herejesarca y á sus secuaces de la libertad de explicarse y defender su doctrina impia, para poder combatir sus sofismas, destruir sus subterfugios, y exponer la verdad católica con mas brillante claridad. Uno de los que mas se distinguieron en estas discusiones, fué el diácono Atanasio que había acompañado al obispo de Alejandria al concilio. Combatió con tanta fuerza como

los concilios ecuménicos, cuyas actas tenemos, se encuentra á la cabeza la firma de los legados del Papa, y por lo comun lo han sido un obispo y dos presbíteros.

(1) Ruf. *Hist.*, lib. I.—Gelas. *Cir.*, lib. II, cap. XIII.

habilidad todas las sofisterías y sutilezas de los arrianos, y especialmente de Eusebio de Nicomedia, y esta disputa le hizo en adelante el objeto de un odio implacable de aquel partido.

Constantino había llegado hacia algún tiempo á Nicea, y algunos obispos le presentaron memorias que contenían quejas ó acusaciones contra otros obispos. Es probable que se tratase de agravios alegados por los arrianos contra obispos católicos. Mandó el emperador cerrar y sellar estos pliegos, prometiendo examinarlos despues: entre tanto se dedicó á reconciliar entre sí á los obispos quejosos con los acusados, y en el día señalado les presentó el paquete sellado, y le quemó delante de todos, exhortándoles de nuevo á la unión, y protestando con juramento que no había leído ninguna de aquellas memorias, porque las faltas de los obispos debían quedar ocultas. Añadió mas: que si viera á un obispo delinquir contra la castidad, él mismo le cubriría con su manto para evitar la publicidad y el escándalo (1).

El concilio celebró su primera sesión pública el 19 de Junio del año 325. Reunidos ya los obispos, Constantino se presentó en su seno rodeado de algunos oficiales cristianos como él, vestido con un manto de púrpura, reluciente de pedrería, atrayendo todas las miradas por la imponente magestad de su estatura y rostro; pero dejando ver en la modestia de su continente el respeto que le inspiraba tan augusta asamblea. Todos los obispos se levantaron para recibirle, y él acercándose á una silla de oro que se le había preparado, permaneció en pie hasta que aquellos le suplicaron que tomase asiento, despues de lo cual lo hicieron tambien los prelados, y uno de éstos la atrengó á nombre del concilio, felicitándole y dándole gracias por la protección que concedía á la Iglesia. Por su parte, Constantino manifestó el gozo que le causaban hallarse en tan santa asamblea, y sus ardientes deseos de verlo á todos unánimes y conformes en sus pareceres, y despues los invitó á principiar con toda libertad el examen de las cuestiones sobre que debían fallar.

Primeramente se trató de la doctrina de Arrio, quien al contestar á las preguntas que se le dirigieron, no disimuló su impiedad. Los que habían abrazado su partido, procuraban con artificiosas expresiones y sutilezas filosóficas, defender su doctrina, ó por lo menos encubrir la parte odiosa de ella; pero al instante se veían precisados á contradecirse á sí mismos, ó combatirse mutuamente, y tenían que avergonzarse de las blasfemias que dimanaban de sus principios. Los obispos católicos los instaban á que justificasen su doctrina con la autoridad de la Escritura, y de la tradición; y destruyendo sus vanos ratiocinios, explicaban por su parte la fé de la Iglesia, segun el testimonio de los libros santos y la unánime enseñanza de los antiguos doctores. El emperador con la mayor aten-

(1) Ruf. Hist., lib. I.—Theodor., lib. I.

ción y paciencia seguía las discusiones, que al principio fueron muy animadas; procuraba siempre conciliar los ánimos, y empleaba razones y súplicas para atraerlos á la unión. Como Eusebio de Nicomedia se manifestaba uno de los mas ardientes defensores de Arrio, se leyó una carta, donde explicaba su doctrina, y que manifestamente contenía la heregía. La lectura de este papel excitó tal indignación, que le rasgaron públicamente; cosa que llenó de confusión á Eusebio, y le hizo temer funestas consecuencias. Entre otras cosas decía, que si el Hijo no había sido criado, se deduciría que es consustancial al Padre. Este era en efecto el punto sobre que insistían principalmente los arrianos, y en su carta á Paulino de Tiro, se esforzaba Eusebio, como se ha visto, en demostrar que el Hijo no participa del Padre, y que no tiene la misma naturaleza. Tambien se rasgó con indignación una confesion de fé que habían dirigido los arrianos para presentarla al concilio; y los errores ó equivoco sentido de este documento excitaron un murmullo general (1).

Queriendo el concilio oponer á los impíos términos de que se valían los arrianos, un símbolo que expresara la fé católica con las palabras que la Escritura ó el uso de la Iglesia habían consagrado, dice que el Hijo nacido de Dios es tambien Dios; y como los arrianos, admitiendo estas expresiones, las explicaban en un sentido que podían aplicarse á los hombres, se les preguntó si reconocían que el Hijo es la virtud del Padre, su sabiduría y su eterna imagen; que le es en todo semejante, que es inmutable y subsiste siempre en él: en fin que es verdaderamente Dios. No se atrevieron á contradecir ni desechar estas expresiones, que en efecto son los propios términos de la Escritura; pero todas las trataron de interpretarlas en un sentido que pudiera hacerlas aplicables á las criaturas, pues segun los libros santos el hombre mismo es imagen de Dios: subsistimos en él: la Escritura habla de muchas virtudes celestiales, y puede ultimamente decirse, que el Hijo es verdadero Dios, supuesto que verdaderamente ha llegado á serlo. Entonces viendo el concilio el disimulo y la mala fé de los arrianos, juzgó necesario explicar claramente la eterna generación del Hijo, diciendo que es engendrado de la sustancia del Padre, y no producido de la nada; lo que le distingue esencialmente de todas las criaturas; y para encerrar toda la doctrina católica y el sentido de las Sagradas Escrituras en una palabra que no dejase lugar á duda alguna, se adoptó la voz que en griego equivale á *consustancial*, cuya precision debía cortar todas las sutilezas de los hereges. Con efecto, esta palabra significa la unidad de sustancia en la naturaleza divina: sirva para marcar claramente que el Hijo no solo es semejante é igual al Padre, sino que no tienen ambos mas que una misma y sola divi-

(1) Theod. lib. I.—Athanas. De decret. synod. Nic.

unidad; de forma que el Hijo subsiste siempre en el Padre, como el Padre en el Hijo, sin principio, sin mudanza, sin division, igualmente distintos y unidos en la identidad de una misma sustancia. Era esta expresion tanto mas conveniente y necesaria, cuanto que reunia todo el fondo de la cuestion entre arrianos y católicos, porque los primeros no querian reconocer de ninguna manera la identidad de naturaleza, y para sostener que el Hijo no es eterno ni increado, sino que fué sacado de la nada como las criaturas, no cesaban de repetir que no era posible pensar de otra manera sin verse precisados á sostener que es consustancial al Padre. Este era, como acabamos de decir, el inconveniente que habia notado sobre todo Eusebio en la carta que excitó los murmullos del concilio.

Viendo, pues, los arrianos que no les quedaba medio alguno para recurrir á sus acostumbradas sutilezas, rechazaron con desprecio la palabra *consustancial*, primero como que era nueva y no se leía en la Escritura, y despues como que daba una explicacion grosera y falsa de la generacion del Verbo, y argüian así: "La identidad de sustancia en el principio y en lo que preceda de él, no se puede concebir mas que de tres maneras: por division, por propagacion ó por emanacion; pero todo esto no es admisible sino en las sustancias materiales." Mas los católicos, rechazando estas miserables sofisterias, hicieron conocer al emperador mismo sin dificultad que los racionales sacados de ejemplos de las cosas sensibles no se podian aplicar á la generacion del Verbo divino: que esta se producía de una manera inefable y enteramente espiritual, de que ninguna cosa natural puede dar idea; y que no está sujeta á las leyes y condiciones que se observan en la produccion de los seres creados. Por otro lado demostraron que si no se halla la palabra *consustancial* en la Escritura, ésta expresa lo mismo con una porcion de locuciones y frases, cuyo sentido resume con la mayor exactitud: ademas de que los mismos arrianos usaban otras muchas expresiones que no estaban sacadas de la Escritura; pues que en ninguna parte se dice que el Hijo no haya existido siempre, ó que haya sido sacado de la nada por último; añadian que esta palabra no era nueva; y que la habian empleado muchos doctores de la antigüedad, y entre ellos San Dionisio, de Roma y San Dionisio, de Alejandria, para refutar las heregias que negaban la divinidad del Verbo. Eusebio de Cesarea tuvo que contentar en ello; sin embargo, quiso proponer una fórmula de fé en que no se hallaba la palabra *consustancial*; pero como se oedia á expresiones, cuyo sentido desfiguraban los arrianos aplicándolas á las criaturas; el concilio no la adoptó, y acaso sería la misma que públicamente se rasgó en él (1).

(1) Fleury, Bérault-Berzestel y otros autores, dicen que los arrianos declararon tambien contra la palabra *consustancial*, por haberla condenado el concilio de Antioquia, congregado contra Pablo Samostenio; pero lo que pa-

Despues de haberse concertado en los términos mas propios para expresar la fé católica, Osio redactó el símbolo concebido en estos términos: "Creemos en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador de todas las cosas visibles é invisibles (1), y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado y no criado, consustancial al Padre, y por quien se han hecho todas las cosas." El cual para nuestra salvacion bajó de los cielos, encarnó y se hizo hombre, fué crucificado y sepultado; que resucitó al tercero dia, subió al cielo, y vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos. Creemos tambien en el Espíritu Santo.

Deseoso el concilio de condenar expresamente las blasfemias de Arrio, añadió: "En cuanto á los que dicen: Hubo un tiempo en que el Hijo no existia; ó bien no existía antes de ser engendrado, fué sacado de la nada; ó los que afirman que el Hijo de Dios es de otra hipostasis ó de otra sustancia que el Padre: que es mudable y puede decaer; la santa Iglesia católica y apostólica los dice anatema (2)." Aquí se ve que el concilio de Nicea empleaba la palabra *hipostasis* en el sentido de *sustancia*; en adelante recibieron por el uso estas dos palabras, un significado completamente distinto.

El símbolo redactado por Osio, fué aprobado por todos los obispos, excepto unos pocos arrianos: primero hubo diez y siete que no le quisieron firmar; pero pronto se redujo este número á cinco; á saber, Eusebio, de Nicomedia, Teognis, de Nicea, Maris, de Calcadonia y los dos obispos de Libia, Segundo, de Tolemaida, y Teonas, de Marmarica, condenados ya con Arrio en el concilio de Alejandria. Eusebio de Cesarea, despues de haber impugnado la palabra *consustancial*, se decidió al fin, sea por conviccion ó por pufu-
bra, á aprobarla al dia siguiente. Eusebio de Nicomedia, Teognis y Maris tambien suscribieron, temiendo ser denuestos y desterrados, porque viendo el emperador tan grande unanimidad en los obispos, amenazó con el destierro á los que se resistieran á adherirse á la decision del concilio. Los dos obispos de Libia, Segundo y Teonas, fueron los únicos que obstinadamente persistieron en el partido de Arrio, y el concilio los condenó como á él. Hasta el último momento intrigó en su favor Eusebio de Nicomedia: empleó su cré-

rece cierto es, que no usaron de este pretexto hasta mucho despues. Los ya angea de San Basilio y San Atanasio, á que al parecer se contrae Fleury para apoyar su asercion, no tienen relacion con el concilio de Nicea, y en ellos se trata solamente de los semi-arrianos. Por otra parte dejamos sentado, hablando del concilio de Antioquia, que es al menos muy dudoso que fuese condenada en él la palabra *consustancial*.

(1) Se adoptaron estas palabras para condenar los errores de las sectas gnósticas, que admitian la eternidad de la materia, y que atribuian la formacion del mundo á unos genios inferiores al supremo Dios.

(2) Theod. lib. I, cap. XII.—Raf. Hist., lib. I.

dito con el emperador, é hizo que le hablaran otras personas, porque llegó á temer por sí mismo, y mas despues de la lectura de su carta. Por fin, no pudiendo ya sostener de ningún modo á su cliente, se resignó á firmar la profesion de fé del concilio; pero se dice que no quiso adherirse á la condenacion de Arrio, y que aun en la suscripcion del simbolo, juntado á la impiedad la hipocresia, halló modo de sustituir á la palabra adoptada, adiciéndole una letra, que significa *semejante en sustancia*, y que fúé despues adoptada por todo el partido (1). Extendióse asimismo el anatema pronunciado contra Arrio á otras personas condenadas anteriormente por el concilio de Alejandria, entre ellas al diácono Euzoyio, á quien veremos mas adelante elevado á la silla de Antioquia por los sectarios: últimamente fueron condenados tambien los escritos de Arrio, y particularmente su *Thalia*; y de su parte el emperador mandó por público edicto que se quemasen, y prohibió que nadie los conservase, so pena de la vida.

Concluido el asunto del arrianismo, se trató de la cuestion de la Pascua con el fin de establecer una disciplina uniforme á este respecto, porque parte de las Iglesias de Siria y Mesopotamia celebraban aun dicha fiesta el dia catore de la luna de Marzo, á ejemplo de los judíos, y esta diversidad de usos en un punto tan importante, presentaba inconvenientes demasiado graves para tolerarla mas tiempo, sin procurar ponerle término. Juzgó, pues, el concilio, que todas las Iglesias debian celebrar la Pascua en un mismo dia y en domingo, segun la práctica de la Iglesia romana, de Egipto, de Africa, de toda la Grecia y aun de la mayor parte del Oriente. Pero en esta materia se decretó en diferentes términos que acerca de la fé, pues para definir el dogma se usó de esta fórmula: "Cremos, y tal es la doctrina ó enseñanza de la Iglesia católica..." Y para establecer la disciplina se dijo: "Hemos resuelto," manifestando así que se trataba de un decreto para en adelante, mientras que respecto de la fé solo se comprobaba la tradición apostólica: el mismo San Atanasio ha notado esta diferencia. Se fijó, pues, la celebracion de la Pascua en el domingo siguiente al dia catore de la luna, ó en otros términos, despues del plenilunio que coincide con el equinoccio de primavera, ó que le sigue mas cerca; y este mismo equinoccio se fijó en el dia 21 de Marzo. Para hallar el dia primero de la luna, y por consiguiente el catore, mandó el concilio que se usara del ciclo de diez y nueve años, porque al cabo de este término las nuevas lunas vienen á caer en los mismos dias, poco mas ó menos (2).

Los obispos orientales que habian seguido hasta entonces un uso contrario, prometieron conformarse con la práctica universal; pero no dejó de haber, especialmente en Mesopotamia, algunos cristia-

(1) Philostorg. lib. I, cap. IX.

(2) Athan. *De Synod.*—Theodor. lib. I.

nos que continuaron obstinadamente apegados á la costumbre antigua, y se los dió el nombre de cuartodecimanos. Su jefe era un tal Audio, que por entonces se apartó de la Iglesia católica, alegando que ésta habia abandonado la tradicion por complacer á Constantino. Era Audio natural de Mesopotamia, donde se hizo conocido por su celo y austeridad de costumbres. Hacia profesion de decir atrevidamente la verdad, y de reprimir sin miramiento á aquellos cuya conducta le parecia vituperable. No perdonaaba á los clérigos, ni á los obispos cuando se apartaban de las reglas establecidas, ó los veia vivir con lujo mundano, y descuidar las virtudes propias de su estado. Esta áspera libertad acompañada de un genio adusto que le arrastraba con frecuencia mas allá de los límites de la verdad y de la prudencia, le atrajo multitud de enemigos, de quienes sufría cada dia desprecios, insultos y malos tratamientos, porque llegaron á golpearle varias veces á él y á sus partidarios. En fin, se apartó de la comunicacion de la Iglesia, y fué consagrado obispo por otro que se empezó como él, en celebrar la Pascua en el mismo dia que los judíos. Sabiendo Constantino que Audio convertido en jefe de secta, desviaba á los fieles de la unidad de la Iglesia, creyó que debia desterrarle á Scythia permaneciendo allí muchos años, y aun se internó en el país de los godos, donde convirtió al cristianismo muchas gentes y formó varios monasterios. Profesaban sus sectarios una moral muy severa, y todos vivian del producto de su trabajo manual. En lo demas se convirtieron muy pronto en verdaderos antropomorfistas, y dieron á Dios un cuerpo de figura humana, tomando muy á la letra ciertos pasajes de las Santas Escrituras, en que por metáfora se le atribuyen ojos, manos ó piés, y sobre todo lo que se dice del hombre que está hecho á imagen de Dios (1).

El concilio de Nicea tomó tambien medidas para cortar el cisma de los melecianos que hacia veinte años dividia á los fieles de Egipto, y robustecian el partido de los arrianos, intrigando con ellos contra los católicos. Ya hemos visto que Melecio, obispo de Licópolis, en la Tebaida, despues de haber sido destituido por San Pedro de Alejandria, no habia hecho caso de esta sentenencia, y declarándose desde entonces independiente, habia arrastrado hacia su cisma algunos prosélitos: de allí á poco tiempo usurpó las funciones de metropolitano en el Egipto alto, y consagró muchos obispos. Usando de indulgencia el concilio con respecto á él, y por el bien de la paz, no tuvo por conveniente deponerle; pero permitiéndole permanecer en su ciudad de Licópolis, y con el título de obispo, le prohibió salir de ella para ejercer funcion alguna en el campo, ni en ninguna otra ciudad. En cuanto á los obispos que habia ordenado, se decretó que despues de rehabilitados por medio de una imposicion de

(1) Epifan. *Her.* LXX, cum nota Petar.

mano mas santa (lo que probablemente debe entenderse de la que se concedia á los penitentes), les seria licito conservar sus titulos y ejercer sus funciones, aunque quedando subordinados á los que habian sido ordenados por el obispo de Alejandria. Se les prohibió principalmente designar sus sucesores, hacer ninguna nueva eleccion, y admitir á nadie á órdenes, sin consentimiento del obispo católico. Se reservaba á los que no habian tomado parte en el cisma el presidir las elecciones y recibir á los que juzgasen dignos de entrar en el clero conforme á las antiguas reglas; sin embargo, por otra gracia concedida á los melocianos, se decidió que pudieran ser elegidos para ocupar nuevas sillas, con tal que su eleccion fuese regularmente hecha y confirmada por el obispo de Alejandria (1).

Los atentados de los melocianos dieron ocasion al concilio para que confirmase por autentica disposicion la jurisdiccion que el uso habia atribuido á los metropolitanos y á los obispos de las sillas principales. El cánón cuarto de este concilio dice, que la ordenacion de los obispos debe hacerse en cuanto sea posible por todos los de la provincia, y en todo caso por tres á lo menos, que hayan obtenido de los ausentes el consentimiento por escrito, y principalmente la aprobacion del metropolitano, á quien pertenece confirmar la eleccion. El cánón sexto confirma la misma disposicion concerniente á la autoridad del metropolitano, señalando que la particular oposicion de algunos obispos no debe perjudicar á una eleccion hecha conforme á la regla y por pluralidad de votos. En cuanto á los obispos de sillas principales, el mismo cánón reconoce y confirma su autoridad en estos términos: "Que en el Egipto, Libia y Pentápolis se observen las costumbres anteriormente establecidas, de modo que el obispo de Alejandria extienda su jurisdiccion á todas aquellas provincias, á ejemplo de lo que en Roma se practica, y que igualmente en Antioquia y en las otras provincias cada Iglesia conserve sus privilegios. Aquí se ve que una costumbre antigua habia consagrado ya los derechos y autoridad especial de algunos obispos superiores á los metropolitanos, que en adelante fueron conocidos con el nombre de patriarcas ó de primados. En Oriente, eran los obispos de Alejandria y de Antioquia; el de Cesarea en Capadocia; el de Efeso en el Asia menor, y el de Heraclen en la Tracia. En Occidente, el obispo de Cartago extendia su jurisdiccion al Africa proconsular, á la Mauritania, y á la Numidia. El obispo de Roma, ademas de la incontestable supremacia que tenia sobre toda la Iglesia en virtud de su derecho divino, ejercia una jurisdiccion particular y análoga á la de los metropolitanos en algunas provincias cuyos obispos ordenaba, y ademas una jurisdiccion patriarcal que se extendia á todo el Occidente. Únicamente de esta jurisdiccion particular determinada por el uso, se trata en el cánón del concilio Ni

(1) Theod. Hist. lib. I, cap. VIII.

ceno, y no de la autoridad divina que al Papa pertenece como gefe de la Iglesia. En cuanto al obispo de Jerusalem, cuya autoridad patriarcal se estableció después, se limita el concilio á confirmarle los honores de que estaba en posesion; pero sin perjuicio de la dignidad del metropolitano. Estos honores no podian consistir en otra cosa que en un derecho de precedencia á los otros obispos, tal vez con una exencion de la jurisdiccion metropolitana: en efecto, se ha visto que San Narciso de Jerusalem habia presidido un concilio de la Palestina, juntamente con el obispo de Cesarea.

Como varios obispos no habian tenido reparo en comunicar con Arrio, y permitirle el ejercicio de sus funciones, á pesar de la excomunion decretada contra él; juzgó necesario el concilio confirmar por su cánón quinto la antigua regla que prohibia á un obispo admitir á los clérigos ó seglares excomulgados por otro; mas previniendo el caso de que la excomunion pudiese lanzarse sin causa suficiente, decidió que se pudiera apelar al concilio provincial, donde la causa se examinaria detenidamente, y seria confirmada la sentencia si se juzgaba legitima. En consecuencia, decretó que se convocasen dos concilios anuales para resolver sobre semejantes cuestiones, uno antes de la cuaresma y otro hacia el otaño. En este caso no se puede observar que se habla de la cuaresma como de un tiempo observado por toda la Iglesia, y conocido ya con el nombre de cuarentena.

Las pretensiones de algunos diáconos obligaron al concilio á tomar algunas medidas para reprimir su ambicion. Como administraban los bienes de la Iglesia, y estaban encargados de distribuir á los pobres las limosnas ordinarias, y al clero sus retribuciones y pensiones; este cargo les daba grande consideracion, y muchos querian prevalecer de ella para igualarse á los presbíteros ó hacérselos superiores. Con este motivo dió el concilio un reglamento concebido en estos términos: "Habiéndose representado al concilio que en algunos parages los diáconos dan á los sacerdotes la Sagrada Eucaristia, aunque ni la regla ni la costumbre permitan á los que no pueden ofrecer el sacrificio, administrar el cuerpo de Jesucristo á aquellos que le ofrecen; y habiéndose sabido tambien que algunos diáconos se atreven á tomar la Eucaristia aun antes que los obispos; manda el concilio que se extingan estos abusos, y que los diáconos se contengan en los limites de sus funciones, como ministros de los obispos é inferiores á los presbíteros; que reciban la Eucaristia en su lugar después de los presbíteros; y de mano del obispo ó del presbítero; y que tampoco se proponen á sentarse entre los presbíteros contra la costumbre y los cánones. Y si algunos contravinieren á este reglamento, queden entredichos del diaconado." Sabido es que los diáconos fueron instituidos para servir en la sagrada mesa, y que desde el tiempo de San Justino repartian el pan y el vino del sacrificio á cada uno de los asistentes. En adelante no dieron mas que

ciudad. Se ve que los novacianos debían retractar por escrito sus errores, que consistían en condenar las segundas nupcias y la penitencia concedida á los apóstatas. Eran rehabilitados en la Iglesia como los meletianos por la imposición de las manos, que se empleaba para la reconciliación de los hereges, tanto como para la de los penitentes. Aecio, obispo novaciano, que se hallaba en este concilio, no vaciló en adherirse al símbolo y á la determinación del día de la Cena, declarando que éste era la fe y la tradición apostólica. Preguntándole despues Constantino por qué se obstinaba en continuar separado de la Iglesia, dijo que en su opinion no era lícito recibir á la participación de los santos misterios á los que habian cometido despues de bautizarse, algunos de los pecados que la Santa Escritura llama dignos de muerte: que convenia, si, excitarlos á la penitencia; pero que la Iglesia no tenía facultades para perdonarles; á lo que el emperador le replicó: "Pues, Aecio, tomad una escalera y subid solo al cielo."

El cánon XIX, que se refiere á los paulianistas, es decir, á los discípulos de Pablo Samosateno, decide que los que vuelvan de esta secta á la Iglesia deben ser bautizados; que si algunos tenían título de clérigos en ella y eran de costumbres irreprehensibles, despues de bautizados puedan ser ordenados de nuevo por los obispos católicos; pero si se los juzga indignos de este puesto queden en clase de seglares. La misma regla debía guardarse con las diaconisas. Como éstas desempeñaban respecto de las mugeres ciertas funciones análogas á las de los diaconos, eran consagradas á Dios por la imposición de las manos, y este título les daba una categoría particular en la Iglesia. Estaban encargadas de visitar á los pobres y de instruir á las mugeres catecúmenas: también cuidaban de mantener el orden en la Iglesia por lo que hace á las mugeres; y sobre todo, en el bautismo de éstas debían prestar su ministerio para todo aquello que la decencia no permitía al obispo hacer por sí mismo. Así se explica la disposición del concilio de Nicea para conservar esta clase. Por lo demás, mandando rebautizar á los paulianistas, porque alteraban la forma del bautismo, el concilio no aplicó la misma disposición á los novacianos, cuyas ordenaciones y cuyo bautismo reconoció como legítimos, con lo que quedaba suficientemente condenado, según hemos dicho, el error de los donatistas que negaban la validez de los sacramentos conferidos por los hereges.

Ultimamente, el concilio de Nicea dió algunos reglamentos sobre otros varios puntos de disciplina, para corregir abusos ó establecer la uniformidad en todas partes. Prohibió la traslación de los obispos de unas sillas á otras, y aun extendió esta determinación á todos los clérigos en general, mandando que volviesen á sus Iglesias los que las hubieran abandonado, y que fuesen excomulgados los que no obedeciesen. Prohibió conferir el sacramento del orden, ó

conservar el ejercicio de sus funciones á los que hubiesen tenido la temeridad de hacerse eunuocos, pero permitiendo conservar el título á los que hubiesen sido humillados así por los bárbaros ó por otra causa involuntaria. Por fin, ordenó que se observase en todas partes la antigua costumbre de rezar de pie los domingos y durante el tiempo pascual. Comprendiéronse todos estos reglamentos en veinte cánones, y son los únicos que nos han quedado del concilio de Nicea, ó á lo menos los que se han reconocido como auténticos, aunque los cristianos de Oriente le atribuyen otros muchos que contienen su antigua disciplina, y que se conocen con el nombre de cánones arábigos del concilio de Nicea; pero la mayor parte de ellos se han hecho en concilios posteriores.

Antes de separarse el concilio escribió una carta sinodal á todas las Iglesias, y en especial á las de Egipto, para hacerles saber sus decisiones. El emperador escribió por su parte dos cartas con el mismo fin, una dirigida á las Iglesias en general y la otra á la de Alejandría. Despues de hablar del cuidado con que se han examinado todas las cuestiones, y de la unanimidad que ha reinado entre los Padres, exhorta á todos los fieles á que reciban con sumisión las determinaciones del concilio. "Mas de trescientos obispos, dice, han convenido en la misma fe, que es indudablemente la de la ley divina. Solo Ario ha sido convencido de haber sembrado impiedades inspiradas por el demonio. Recibamos, pues, la fe que Dios Todopoderoso nos ha enseñado, porque la decision de trescientos obispos debe considerarse como el juicio del Hijo de Dios, y como un oráculo dictado por el Espíritu Santo que ha manifestado por el órgano de aquellos su voluntad." Tal era la fe de los cristianos sobre la asistencia divina prometida á la Iglesia para asegurar la infalibilidad de sus decisiones. Constantino publicó al mismo tiempo un edicto condenando los escritos de Ario, y mandando que á sus sectarios se diese el nombre de porfirianos, ya como que renovaban las blasfemias de Porfirio contra la divinidad de Jesucristo, ó ya como que introducían la idolatría en el cristianismo, poniendo en la clase de las criaturas al Hijo de Dios que los fieles honraban con un culto de adoración. Compuso también, con motivo de una carta que le habia escrito Ario quejándose de su condenación, un tratado bastante largo que esparció por todas las provincias, y contiene la refutación de las impiedades de este herejiacono (1).

Acabóse el concilio el 25 de Aecio, habiendo durado poco mas de dos meses; se celebró la conclusion y feliz resultado con una magnífica fiesta, en la que Eusebio de Cesarea pronunció un panegírico del emperador en presencia de los obispos. Luego les dió Constantino un banquete en su palacio, hizo presentes á todos, sa-

(1) Euseb. *Vit. Const.*, lib. III.—Theodor. lib. I, cap. VIII y siguientes.—Eoz. lib. I, cap. IX.—Gelas. *Cir. lib. III.*

ludó á cada uno por su nombre, los exhortó á la unió y se encomendó á sus oraciones. Con esta ocasion señaló al clero, á las doncellas y á las viudas, pensiones anuales ó distribuciones de trigay que continuaron satisfaciéndose hasta el reinado de Juliano. Tal fué el fin del concilio de Nicea, cuya memoria celebran todaví los cristianos orientales con igual solemnidad que la fiesta de los santos.

Los obispos de las sillas principales quedaron encargados de la publicacion de los decretos del concilio en las provincias de su dependencia. Osto, con los presbíteros Vito y Vicente, legados del Papa, los enviaron á Italia, España y las Galias, y se romieron varios concilios en Roma y en el Occidente, en los que recibieron la aprobacion del supremo Pontífice y de todos los obispos. Cecliano, obispo de Cartago, fué comisionado para promulgarlos en el Africa proconsular, en la Numidia y en la Mauritania; el de Alejandria en el Egipto, la Libia y provincias adyacentes; el de Jerusalen con Ensebio de Cesarea en la Palestina, la Fenicia y la Arabia; el de Antioquia en la Siria, la Sicilia y la Mesopotamia; Jmon, obispo persa, en Persia y la India; el obispo de Cesarea de Capadocia en esta provincia, en el Pontó, en la Galacia, la Paflagonia y las dos Armenia; el de Laodicea en las dos Frigias; el de Cirico con los de Smirna y de Troas en las otras provincias del Asia menor; el de Tesalónica en la Macedonia, la Grecia y la Iliria; en fin, los obispos de Sardica y Marcianópolis en la Dacia, la Mesia y países comarcianos. Por esta enumeracion se puede inferir cual era la subordinacion de las Iglesias (1).

Ensebio de Cesarea escribió en particular una carta á su Iglesia, en donde existian probablemente algunos partidarios de Arrio, poco dispuestos á someterse á las decisiones del concilio. En ella confiesa expresamente la divinidad de Jesucristo, y protesta que habiendo recibido esta creencia de los obispos sus predecesores, jamas ha dejado de profesarla, y la conservará hasta la muerte. Declara que no ha tenido dificultad en admitir la palabra consubstancial, porque se ha explicado de una manera que excluye toda idea de cuerpo ó de division, y que por otra parte la han empleado algunos doctores antiguos, entre los cuales cita nominalmente á San Dionisio de Alejandria. Añade asimismo que todos han suscrito el símbolo dispuesto en el concilio despues del mas maduro examen, y que con la misma unanimidad han propuesto el anatema que se halla al fin; porque proscribire unos términos que no se hallan en las Santas Escrituras, y que eran la causa de todo el desorden.

Eusebio, de Nicomedia, y Teognis, de Nicea, no tardaron en manifestar que conservaban sus errores, y solo por temor habian firmado el símbolo del concilio. Habiendo mandado el emperador que

(1) Gelas. Ciz. lib. II, cap. XXXV.



UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

®

S^t ALEJANDRO, PATRIARCA DE ALEJANDRIA.

fuesen desterrados de Alejandría unos arrianos turbulentos y obstinados, dichos obispos no tuvieron dificultad en comunicar con ellos y protegerlos abiertamente, y aun se dice que habiendo logrado sobornar al depositario de las actas del concilio, borraron de ellas sus firmas, y que enseñaron públicamente que el Verbo no es consustancial al Padre. Irritado Constantino hizo convocar un concilio en que fueron depuestos y nombrados en su lugar otros obispos: despues los confinó á las Galias á fines del año 325. Escibió por entonces á la Iglesia de Nicomedia una extensa carta, en que asienta primero la divinidad del Verbo, y cuenta despues todas las intrigas de Eusebio, á quien acusa hasta de haber sido cómplice de Licinio en la persecucion que este príncipe habia decretado contra los cristianos.

En quanto regresó San Alejandro á Egipto, aceleró la ejecucion de las decisiones del concilio con respecto á los melecianos. Dispuso que Melecio le pasase un estado nominal de todos los obispos que habia ordenado, como tambien de los sacerdotes y diáconos que seguian su partido en el territorio de Alejandría, porque temiendo que aquel ambicioso obispo ordenase clandestinamente á otros y les confriese nuevos títulos, queria tener un medio seguro y fácil de contenerse de su arrojé. Melecio remitió la lista, que comprendia vaintinueve obispos, y restituyó las Iglesias cuya superioridad habia usurpado; pero á pesar de la prohibicion del concilio, no dejó de designar su sucesor á la hora de su muerte, que ocurrió de allí á poco, por lo que continuó la division. Algunos obispos de su partido se resistieron tambien á someterse, y fueron diputados cerca de Constantino tres de ellos para pedir que se les permitiese tener sus iglesias y celebrar sus juntas aparte. Lejos de consentir en ello el emperador, expidió nuevas órdenes para asegurar la ejecucion de las medidas tomadas por el concilio; pero no por eso dejaron aquellos de persistir con tenacidad en el cisma.

Murió San Alejandro unos cinco meses despues de su regreso á Alejandría en 17 de Abril del año 326, dejando una memoria universalmente grata á la Iglesia. Los Padres de Nicea, en su carta sinodal, elogian igualmente su celo y su moderacion, y esto prueba bastante la injusticia del cargo que le hace Sócrates, de haber obrado contra Arrio con demasiada acrimonia y violencia. Esta acusacion, ademas de estar ya refutada por los hechos, se halla contradicha tambien con el testimonio de otros historiadores contemporáneos, que concuerdan en alabar la dulzura de carácter de San Alejandro y su amor á la paz (1). Antes de morir manifestó un deseo extraordinario de que le sucediese el diácono Atanasio; y como éste habia huido y escondido por humildad, le llamó muchas veces por su nombre, y añadió en tono profético: "Atanasio; tú has creido que la fuga te libraria de la carga del episcopado; pero no te

(1) Ruf. lib. I, cap. I.—Theod. Hist. lib. I, cap. I.—Sozom. lib. I, cap. XV.

escaparás." Con efecto, mirro Alejandro, y reunidos los obispos de Egipto para la elección de un patriarca, todo el pueblo católico pidió á San Atanasio por aclamación, y fué electo por el voto unánime de los obispos, y al fin ordenado despues de una larga resistencia por su parte en 27 de Diciembre de 326. Era jóven aún, y ocupó la silla de Alejandria cuarenta y seis años. No sabemos cuándo nació ni casi nada de su familia. Sus felices disposiciones le habian hecho notable desde sus tiernos años á San Alejandro, que cuidó de su educacion, y en adelante le empleó como secretario suyo; luego le ascendió al diaconado, y no tardó en encargarle las funciones de arcediano. Acompañó Atanasio al santo patriarca al concilio de Nicea, donde se distinguió por su celo y persuasiva elocuencia, por la solidez de su juicio, por su penetracion y por la extension de sus conocimientos. Aunque apenas tenia entonces treinta años, tomó un partido muy grande en todos los actos de aquella augusta asamblea, y como habia acreditado ya anteriormente tanta habilidad y tanto celo en combatir las impiedades de Arrio, fué considerado desde luego como uno de las mas firmes apoyos de la doctrina católica. No febe, pues, extrañarse el inextinguible encamizamiento con que le persiguieron sin descanso los arrianos hasta la muerte.

Entró la multitud de santos obispos que asistieron al concilio de Nicea, y que resplandecian en su mayor parte, segun hemos dicho, por su talento ó sus virtudes, hay algunos que presentan en su vida particulares circunstancias que no debemos omitir. Ya hemos nombrado al célebre confesor Pafnocio, obispo en la Tebaida, á quien reventaron el ojo derecho y desjarretaron del lado izquierdo en la persecucion de Maximino. Habia sido discípulo de San Antonio en el monasterio de Pisper, y obrado varias curas milagrosas; su eminente mérito le elevó á la silla episcopal. Durante el concilio, Constantino conversaba muchos ratos con él y besaba respetuosamente la cicatriz que le quedó del martirio. Potamon, obispo de Heraclea sobre el Nilo, habia perdido tambien un ojo por la fe; á Pablos, obispo de Necessara sobre el Eufrates, le habian quemado las dos manos con un hierro hecho áscita, durante la persecucion de Licinio (1).

Espiridion, obispo de Tremitusta en la isla de Chipre, era admirable por la sencillez de sus costumbres, al mismo tiempo que por sus milagros y por su respeto á las tradiciones eclesiásticas. Reducido á proporcionarse con el ejercicio pastoril lo necesario para su manutencion y el socorro de los pobres, vivió en una ocasion que habiéndose introducido unos ladrones en el aprisco, quedaron atados con ligaduras invisibles. Con su palabra los libertó y les regaló un carnero, contentándose con decirles con el mayor agrado,

(1) Theodor. lib. I.—Ruf. lib. 1.

para que conociesen su pecado: "Mejor fuera que le hubiéssis pedido." En una junta de los obispos de Chipre, uno de ellos, muy distinguido por su elocuencia y versadísimo en las bellas letras, tuvo encargo de predicar, y citó aquel pasaje del Evangelio en que Jesucristo dice al paralítico: "Coge tu camilla, y anda." Mas en lugar de usar las palabras de la Escritura, substituyó otra que le pareció mas noble. Espiridion lo llevó á mal, y levantándose á presencia de todos, dijo al predicador: "¿Eres acaso superior al que ha dicho camilla; para que te avergüences de usar sus palabras?" Tambien se refiere de este obispo un rasgo singular de hospitalidad. En tiempo de cuaresma, en que acostumbraba pasar algunos dias seguidos sin tomar alimento, hospedó á un viajero exánime del cansancio. No tenia el santo obispo pan, ni harina, ni otra cosa que darle, mas que carne salada (dispuesta así para su conservacion) y se resolvió á prepararla para su huésped; mas como éste, á pesar de su excesiva necesidad, repugnaba el comerla, San Espiridion se sentó á la mesa y empezó á comer el primero para animarle á que le imitase, juzgando con razon, que hay casos en que las leyes de pura disciplina reclaman ó toleran ciertas dispensas, legitimadas por las leyes mas imperiosas de la caridad.

Santiago, obispo de Nisibe en la Mesopotamia, se habia hecho aun mas célebre por la fama de sus milagros y santidad. Mucho tiempo habia llevado la vida solitaria en una montaña desierta, permaneciendo en un bosque expuesto á las inclemencias del cielo durante tres estaciones del año; solamente en el rigoroso invierno se retiraba á una caverna; pero no usaba jamas lumbre. Alimentábase de frutas y yerbas silvestres, y su vestido se reducía á una túnica y á una capa de un tejido ordinario de pelo de cabra. Obligado á aceptar el obispado, no moderó en nada sus austeridades, y supo hermanar con la vida contemplativa la vigilancia pastoral, la instruccion de los fieles, la correccion de los pecadores, el cuidado de los pobres y todas las tareas de su ministerio. Extendió asimismo su sollicitud á las nuevas Iglesias que se estaban fundando en el reino de los persas; y con los milagros que obró en un viaje de visita, se afirmó la fe de los cristianos, y se lograron muchas conversiones. Un dia fueron unos vagamundos á pedirle para entrar á un compañero que estaba tendido como muerto en el camino por donde pasaba el obispo. Este les dió limosna, y se puso en oracion para rogar á Dios perdonase los pecados de aquel infeliz, que á poco murió. Cuando sus cómplices se acercaron á él, de allí á un momento, para que se levantasen, conocieron aterrados que estaba verdaderamente muerto. Corrieron, pues, á toda prisa á buscar al santo, se echaron á sus piés, confesaron la superchería, y manifestaron el mas vivo arrepentimiento. Compadecióse el obispo, y resucitó con sus oraciones al que las mismas habian hecho morir para escarmiento de aquellos impostores. Tambien se atri-

buyó á las oraciones de Santiago la repentina muerte de Arrio, á quien veremos muy pronto castigado por la divina justicia en medio del triunfo que sus partidarios le habían preparado. Pero lo que mas contribuyó á la celebridad del nombre y del culto de este santo, fué la milagrosa libertad de Nisibe, sitiada por Sapor, rey de los persas, en el año 250. Desde aquel momento fué considerado por los cristianos como una salvaguardia segura de esta ciudad, donde le mandó enterrar el emperador Constancio, segun la orden de Constantino, á fin de que sus reliquias sirviesen para protegerla contra los bárbaros (1). Santiago dejó escritas muchas obras en siríaco, y la mayor parte de moral. Combatió tambien los vanos sistemas de los hereges y las conjeturas temerarias de algunos cristianos sobre el fin del mundo y el advenimiento del Anticristo (2).

Leoncio, obispo de Cesarea en Capadocia, se habia señalado por su valor, durante las persecuciones, y por su celo en la propagacion de la fé y en la conservacion de la disciplina. Asistió á los concilios de Ancira y de Neocesarea, cuyos principales reglamentos hemos referido. Habia instruido y animado á muchos mártires, y cuando iba al concilio de Nicea, enseñó la doctrina y misterios de la fé á Gregorio, que luego fué obispo de Nazianzo, y padre del famoso orador de este nombre. Fervencia Gregorio á la secta de los hipostáticos, llamados así porque hacian profesion de adorar al Altísimo, al propio tiempo que daban culto al fuego y á la luz, juntando á éstas otras observancias judaicas. Su muger, que era cristiana y de maravillosa virtud, contribuyó mucho á su conversion. Algunes años después de su bautismo fué nombrado obispo de Nazianzo, cuya silla ocupó cuarenta y cinco, aunque tuviese entonces cerca de cincuenta.

Después de trabajar en restablecer la paz y union de la Iglesia, con la convocacion del concilio de Nicea, tomó sucesivamente Constantino otras muchas medidas para reprimir las heregias y contribuir á los progresos del cristianismo. Por la ley del año 326 declaró que las inmunidades de que gozaban los eclesiásticos, no debian extenderse á los hereges ni cismáticos; pero temiendo que estas inmunidades diesen ocasion á varios abusos, habia mandado, poco tiempo antes, que no se eligiesen mas clérigos que los necesarios para ocupar las vacantes, y que se escogieran con preferencia entre los pobres, á fin de que los ricos no eligiesen la carrera eclesiástica, con la esperanza de libertarse de las cargas municipales que les estaban impuestas. Ya hemos dicho que por otra ley del año 331 prohibió á todos los hereges tener reuniones religiosas, ni en edificios públicos, ni aun en las casas particulares. Igualmente

(1) Esta era una derogacion de la costumbre establecida entonces en el imperio, de sepultar fuera de las ciudades.

(2) Theod. lib. I.—Philostorg. lib. III.—Gennad. n. I.—Véase á Aezmann. *Bibliothec. orient.* L. I.

le mandó se buscasen sus libros para destruirlos, y con esta diligencia se averiguó que algunos se dedicaban á la magia. Estas leyes determinaron á muchos sectarios á volver al seno de la Iglesia católica, sea de buena fé, ó por hipocrisia; y como los que permanecieron obstinados no tenian ya la misma libertad para propagar sus errores, no tardaron mucho en extinguirse la mayor parte de las sectas antiguas (1).

Del mismo modo se aplicó Constantino á arruinar la idolatría por todos los medios que estaban á su alcance: sin prohibir por eso el ejercicio público del culto pagano, para no dar lugar á turbulencias y sediciones. Hizo derribar muchos templos consagrados á vergonzosas disoluciones, ó que servian para mantener la supersticion con fingidos oráculos, cuyo culpable secreto descubrió poniendo de manifiesto los ardidés empleados para engañar la credulidad de los pueblos. Así, se hallaron en el templo de Apolo, en Cilicia, osamentas y cabezas de muertos que habian servido para operaciones mágicas, é ídolos inecus por dentro para ocultar á los sacerdotes que hablaban en nombre del dios. Sacó de los santuarios los ídolos mas respetados de piedra ó de madera, que se creia habian bajado del cielo, y los mandó exponer en las plazas públicas con las estátuas de bronce y otros objetos de la supersticion, para que los examinasen los curiosos profanos y después los despreciasen, como era consiguiente. En cuanto á las estátuas de oro y plata, hizo recogerlas para acuñar moneda con ellas. Confió la ejecucion de estas medidas á ciertos cristianos de su palacio, que iban secretamente á las provincias, y sin emplear la violencia, triunfaban con facilidad de la resistencia de los sacrificadores, los cuales, abandonados por su mayor parte de la multitud, no se atrevian á oponerse á las intenciones del emperador.

Constantino, con el despojo de los templos paganos, edificó muchas iglesias, que dotó magníficamente, y distribuyó á los pobres abundantes limosnas, fuera de las dádivas que hizo á algunos oficiales suyos, en recompensa de sus servicios. Santa Helena, madre del emperador, le auxiliaba con un celo admirable en sus obras de caridad y en todas sus piadosas empresas. Aunque anciana de ochenta años, emprendió el viage á Jerusalem para descubrir el santo sepulcro, y echar los cimientos de una iglesia que el emperador su hijo habia dispuesto construir con el título de la *Resurreccion*. Nada omitieron los paganos para profanar el sepulcro del Salvador y borrar hasta el menor vestigio de un monumento tan grato á la memoria de los fieles. Habian erigido la gruta, cubriéndola de una cantidad enorme de escombros y de tierra acareada, y después habian erigido un templo á Júpiter, y colocado un ídolo de Venus en

(1) Euseb. *Vit. Constant.* lib. III, cap. LXIV.—Sozom. libro II, capítulo XXXII.

el mismo sitio, para desviar de allí las adoraciones de los cristianos. Principió Santa Helena á hacer, haciendo derribar el templo y levantar la gruesa capa de tierra sobrepueta, hasta que se descubriese la gruta del santo sepulcro, cerca del cual se hallaron tres cruces enterradas á grande profundidad. No pudiendo fácilmente distinguirse cuál de las tres era la del Salvador, porque la inscripción estaba desprendida de ella; San Macario, obispo de Jerusalem, las hizo trasladar á la casa de una señora de noble condición, que se hallaba en el último trance á resultas de una enfermedad rebelde y temida por incurable. Se le aplicó cada una de las cruces, haciendo, entre tanto, oración: al contacto de las dos primeras no conoció la enferma alivio alguno; pero apenas la tocó la tercera, cuando quedó completamente curada. Cuenta varios autores que esta prueba se repitió con un cadáver, que recobró la vida con las mismas circunstancias. Santa Helena envió una parte de esta cruz á Constantino, y lo demás quedó en Jerusalem, encerrado en una magnífica urna de plata. El santo madero se exponía á la adoración de los fieles una vez al año, el viernes santo; pero fuera de este día no se manifestaba mas que en algún caso raro, cuando el obispo juzgaba conveniente otorgar este favor á personas piadosas que habían hecho expresamente la peregrinación (1).

Después del descubrimiento del santo sepulcro y de la verdadera cruz, hizo Santa Helena principiar la construcción de la iglesia, bajo un plan que correspondiese á las intenciones de Constantino, porque éste había encomendado á Macario que nada economizase para que aquella igualara, y aun excediera en belleza y magnificencia, á todos los edificios de las demás ciudades. Por una gran puerta que caía á la espaciosa plaza del mercado, se entraba á un vestibulo, y desde él al primer patio, rodeado de casas, con una galería interior por ambos lados; luego se pasaba á otro patio enlucado de mármol y con espaciosa galerías al rededor, excepto por la parte del Levante, donde estaba la iglesia. El cuerpo de ésta era de una extensión y altura prodigiosas: las paredes estaban cubiertas, por el exterior, de piedras pulimentadas y unidas con arte maravilloso, y la parte interior embudida de mármoles de diferentes colores; el techo, cubierto de plomo por fuera, estaba revestido interiormente de un artesonado de escultura, todo dorado y de un brillo deslumbrador. A cada lado del templo había dos galerías, inferior y superior, cortadas en toda la longitud del edificio, y cuyas bóvedas, relucientes de puro oro, estaban sostenidas por columnas ó pilastras ricamente adornadas. Se entraba á la iglesia por tres puertas que miraban al Oriente, y al testero se veía el santuario en forma de semicírculo, y rodeado de doce columnas, en honor de los

(1) Euseb. *Vit. Constant.* lib. III.—Theodor. lib. I, cap. XVIII.—Sozom. lib. II, cap. I.—Ruf. lib. I.—Ciril. Hieros. *Epist. ad Constantium.*

doce apóstoles, con capiteles adornados de grandes copas de plata. En el centro de este semicírculo se hallaba el altar. La gruta del santo sepulcro, contigua á la iglesia, estaba revestida exteriormente de magníficas columnas y adornos riquísimos. En los edificios que rodeaban el patio principal, se hallaba el bautisterio, y había salas destinadas á diferentes usos. Muchos años se gastaron en construir esta iglesia, que cuidó Constantino de proveer de cantidad innumerable de vasos de oro y plata, algunos enriquecidos de pedrería. Aquel soberbio edificio ha sido arruinado y reedificado varias veces; pero sin recobrar su primitiva magnificencia. En el año 614 le quemaron los persas; en 1009 le derribaron los musulmanes, y so levantó de nuevo unos treinta años después.

Al rededor de la iglesia fundada por Constantino, se levantaron á poco otros edificios, que en cierto modo componían una nueva ciudad al lado de la antigua y fuera del primitivo recinto. Entonces tomó otra vez el nombre de Jerusalem, y perdió el de Elia que la impusiera el emperador Adriano doscientos años antes. Desde esta época no cesó de ser frecuentada por piadosos cristianos, que de todas las partes del mundo iban en peregrinación á los santos lugares. Aun tenemos el itinerario ó viage de un autor desconocido que pasó allá desde Burdeos en el año 333, y describió los lugares que había visitado, acompañando á su relación las tradiciones populares que pudo recoger sobre las circunstancias de algunos hechos referidos en las Santas Escrituras. Perpetuáronse estas peregrinaciones aun después que cayeron los santos lugares en poder de los musulmanes; y habiendo obtenido Carlo Magno del califa Aaron Ráschid, las llaves del santo sepulcro, con la facultad de disponer de él según su voluntad, encomendó la guardia de la iglesia á sacerdotes latinos, é hizo construir un hospicio para recibir á los peregrinos (1). Pero después de muerto Aaron, no subsistieron las cosas en este estado, y el yugo de los musulmanes oprimió de nuevo á los cristianos que habitaban los santos lugares, ó que emprendían esta peregrinación (2).

(1) Egiard. *Vit. Car. magn.* cap. XVI.

(2) Entonces probablemente, para consolar la pérdida de los fieles, quiso Dios glorificar el sepulcro del Salvador con la repetición anual de un milagro, cuyo principio no es muy conocido; pero que atestiguan una multitud de escritores de la edad media. En cada año, el día del sábado santo, antes de principiar la misa, las siete lámparas que estaban apagadas según costumbre, se encendían repentinamente con fuego bajado del cielo. Fueron testigos de este prodigio los cruzados, cuando se apoderaron de Jerusalem, en el año 1099, al mando de Godofredo de Bouillon, y no cesó de reproducirse durante algunos siglos y con toda regularidad, aunque los musulmanes, que le atribuyen á los artífices de los cristianos, tomasen varias veces todas las precauciones imaginables para hacer este fraude absolutamente imposible. Pueden consultarse sobre este asunto, la *Descripción de la tierra santa*, por Quaresmio, y la obra de Gretzer, *De horto sancta crucis.*

Santa Helena, durante su viaje á Palestina, dejó por todas partes muestras de su piedad y caridad, dando á los pobres dinero, vestidos ó otras limosnas, poniendo en libertad á los presos y á los condenados al trabajo de las minas, concediendo su proteccion á todos los infelices, y no negando á nadie las gracias que estaban á su alcance. Honró, sobre todo, á las vírgenes consagradas á Dios, llevando su humildad hasta el punto de servirles con sus propias manos. Por lo demás, esta emperatriz desde su conversion, habia pasado la vida en un continuo ejercicio de todas las virtudes, ocupada sin cesar en la oracion, en cuidar de los pobres, en adornar las iglesias y en otras buenas obras. A pesar de su alta dignidad y del título de augusta que su hijo le dió, asistía á los oficios de la iglesia con un sencillo y modesto traje, y siempre confundida entre los demás fieles. Despues de haber permanecido algun tiempo en Palestina, volvió á Roma en el año 326, y allí murió en el mes de Agosto del mismo, en los brazos del emperador su hijo, que recibió con el mayor respeto sus últimas consejos, y que la honró con unos funerales magníficos.

Ademas de la iglesia del santo sepulcro, dispuso Constantino se edificase otra junto á Jerusalem, en el monte de las Olivas, en memoria de la ascension del Salvador, y otra tambien en Bethlehem, para honrar el estable santificado con el nacimiento de Jesucristo. Por sus órdenes se construyó otra junto á la encina de Mambre, á diez leguas de Jerusalem. Este lugar, famoso por la hospitalidad que el patriarca Abraham habia ejercido en él con tres ángeles, llegó á ser para los pueblos de la Palestina objeto de una veneracion, que dió origen á muchas prácticas supersticiosas. Celebrábase allí todos los años por el estío, una fiesta famosa y una feria, á la que acudian multitud de mercaderes de los contornos. Durante esta fiesta, cada cual ejercia su culto á su modo: los judios honraban la memoria de su patriarca: los cristianos la aparicion del Hijo de Dios, que algunos creian se habia manifestado bajo la figura de uno de los tres ángeles; últimamente, los paganos honraban á éstos como dioses ó genios tutelares, y habian erigido ídolos en un altar para ofrecerles sacrificios. Todos confundidos se acampaban por falta de habitaciones para tanta gente; y aunque asistian un gran número de mugeres, aseguran que la santidad del lugar impedia que se cometiese ningun desorden. Informado el emperador de aquellas supersticiones, por su negra Entropía, que andaba peregrinando por la tierra santa, dispuso que el conde de aquella provincia hiciese derribar los ídolos y altar de los paganos, y que en el mismo sitio se construyese una suntuosa iglesia; y en una carta dirigida á San Macario, obispo de Jerusalem, y á otros obispos de la Palestina, para darles conocimiento de su determinacion, les reprehendió suavemente porque habian tolerado semejante profanacion; añadiendo que si en adelante pasaba algun acto contrario á las dis-

posiciones que habia tomado, deseaba que se le avisase sin tardanza para castigar á los culpados.

Por esta misma época encargó á un judio convertido, llamado José, la construccion de otras varias iglesias en diferentes parages de la Palestina, donde hasta entonces no las habia habido. Era este judio natural de Tiberíades, ordinaria residencia de un gefe de la nacion, que tomaba el título de patriarca (1); y como ocupaba uno de los primeros puestos cerca de éste, no habia abrazado el cristianismo, sino despues de haber resistido mucho tiempo á los impulsos de la divina gracia. Habiendo llamado el patriarca á la huera de la muerte á un obispo con un pretexto oculto, pero en realidad para pedirle el bautismo, José, que estuvo observando todas las ceremonias por las hendiduras de la puerta, principió á reflexionar seriamente, y se aumentaron sus inquietudes con la lectura del Evangelio, que halló en el tesoro del patriarca. El mismo Salvador se le apareció en sueños, y le dijo: "Creé en mí; yo soy Jesus, á quien tus padres crucificaron." A poco tiempo enfermó José peligrosamente, y de nuevo se le apareció Jesucristo para exhortarle á creer, ofreciéndole su curacion. La misma aparicion tuvo en otra enfermedad, de que sanó igualmente segun la promesa del Salvador, y por efecto de su palabra. Últimamente quiso probar de otra manera el poder del nombre de Jesucristo, invocándole al mismo tiempo que hacia la señal de la cruz sobre un enérgico, que al momento quedó libre del demonio y curado de su frenesí. Este milagro hizo grande impresion en la ciudad, y aunque acabó de iluminar á José y convencer su entendimiento, no produjo mucho efecto sobre su corazon ni pudo triunfar de su dureza. Las ventajosas anexas al empleo que desempeñaba entre los judios, parece que ponian un grande obstáculo á su conversion. Para vencer su resistencia, fueron necesarias las pruebas y tribulaciones que le envió la Providencia despues de tantos prodigios infructuosos. Habiéndole sorprendido un dia los judios leyendo el Evangelio, se precipitaron furiosos sobre él, le maltrataron, le arrojaron al suelo, y le llevaron á la rastra á la sinagoga, donde fué cruelmente azotado. Otra vez habiéndole encontrado en un camino de Cilicia, le echaron al rio Sidno, donde creyeron que se habia ahogado; pero por milagro salió tambien de este peligro, y entonces fué cuando se decidió á pedir el bautismo. Presentóse inmediatamente á Constantino, y le contó toda su historia. Informado el emperador de la clase y mé-

(1) Despues de la destruccion de Jerusalem, los judios dispersos en el imperio, habian elegido un gefe de su nacion, que llamaban patriarca, y residia en Tiberíades, ciudad enteramente poblada de judios, donde tenian una celebre escuela. Se fueron perpetuando estos patriarcas hasta el reinado de Teolozio el jóven, que les suprimió por una ley, hácia el año 430. Residia otro patriarca en Babilonia para los judios que vivian fuera del imperio. Los patriarcas de Babilonia subsistieron hasta el siglo XII.

rito del judío, le confirió el título de conde, y á su instancia expidió letras patentes, por las que le comisionaba para erigir iglesias en Tiberiades, en Cafarnaum, en Nazaret y en otras varias ciudades habitadas por judíos, que jamás habían permitido hasta entonces que se estableciesen cristianos en ellas. Muchos inconvenientes halló José en su empresa; pero no obstante, logró desempeñar su comisión. Vivió bastante tiempo después, y fijó su residencia en Scitópolis, donde recibió mas adelante á San Eusebio de Vercelli, desterrado á esta ciudad por el emperador Constancio, el año 355 (1).

En las otras provincias dispuso tambien Constantino que se fundasen gran número de iglesias ó oratorios mas ó menos espaciosos, segun la importancia de las poblaciones; pero siempre con extraordinaria magnificencia. La que mandó edificar en Antioquia, capital del Oriente, era de prodigiosa altura, de forma octágona y adornada tan ricamente, que la llamaban la iglesia de oro. Había á su redor varias salas ó capillas destinadas á diferentes usos, y que formaban un vasto recinto en torno de la basilica. La de Nicomedia, ordinaria residencia de los emperadores en Oriente, no era menos notable por su magestad imponente y la riqueza de sus adornos. En Roma solo se cuentan ocho iglesias construidas por su órden: la primera fué edificada en el palacio de Letran, y llamada por aquella causa basilica Constantina; tambien se nombra del Salvador, y mas comunmente de San Juan de Letran, por su magnífico baptisterio, donde estaba, segun costumbre, la imagen de San Juan Bautista; es la principal iglesia de Roma, y la imagen de San Juan Bautista para las mayores solemnidades. El emperador dotó á esta iglesia con casas y tierras, que producian una renta anual de cerca de cuatrocientos mil reales. Hizo levantar la de San Pedro en el Vaticano, en lugar de un templo de Apolo, para honrar el sepulcro del principe de los apóstoles; otra iglesia con la invocacion de San Pablo en el lugar de su martirio: la de Santa Cruz, llamada así porque colocó en ella la parte de la verdadera cruz que su madre le habia enviado desde Jerusalem; la de Santa Ines, con su baptisterio; la de San Lorenzo, fuera de la ciudad, y en el sitio donde fué sepultado este ilustre mártir; la de los santos mártires Pedro y Marcelino, donde se enterró á Santa Helena. Todas estas y otras iglesias que edificó en el resto de la Italia, fueron ricamente dotadas; y es de advertir que la de San Pedro, por ejemplo, tenia tierras y casas propias hasta en Antioquia y Egipto; pero para hacer todas estas larguezas, ni agotaba el tesoro público, ni tomaba fondos del Estado, sino que empleaba, ademas de las rentas de los templos que mandaba derribar, los bienes anteriormente confiscados á los mártires, cuyos herederos no parecian (2).

(1) Epifan. *Herex*. XXX.

(2) Eusebio nos ha dejado la descripción de una iglesia edificada en la ciudad de Tiro al fin de las persecuciones. Es la primera cuya forma como

Sin embargo, este celo ardiente de Constantino en favor del cristianismo, le hizo odioso al senado y al pueblo romano, cuya mayor parte eran idólatras todavia. En el año 326 habia vuelto del Oriente á esta ciudad, y un dia en que segun la costumbre debia subir al Capitolio para una fiesta gentílica, no lo quiso hacer, buliéndose públicamente de aquella ceremonia. Procuraron los paganos vengarse de él con sarcasmos, y disgustado de la residencia en Roma, determinó edificar en Oriente una ciudad, que fuese como la segunda capital del imperio. Después de reconocer muchos parages, se decidió por la antigua Bizancio, situada entre el Asia y la Europa, sobre el estrecho que une el Ponto Euxino y la Propóntido. Este lugar, entre dos mares, en templado clima, sobre colinas que se internan en el estrecho y quedan así rodeadas de mar por tres partes, le pareció que ofrecia la más ventajosa situacion que podia desearse. La ciudad de Bizancio, construida en aquella costa por un antiguo rey de Tracia, que le dió su nombre, fué arruinada por el emperador Severo, que le privó del título de metrópoli, reduciéndola á un simple pueblo, dependiente de la ciudad de Hircles. Constantino la tomó á Licinio, y algunos han supuesto que quiso reedificarla como un monumento de la victoria. En el año de 325, se empezó á trabajar en ella, y su dedicacion se hizo cuatro

comos, pero como muy pronto hallamos otras edificadas en diferentes países por un plan semejante, no cabe duda que esta forma se adoptaría para las iglesias mas antiguas. Estaba todo el edificio separado de los lugares profanos, y encerrado en un grande recinto, con muros y un pórtico que miraba al Oriente, y se veia á larga distancia á causa de su elevacion. Entrábase por un vestibulo á un gran patio cuadrado, rodeado de cuatro galerias sostenidas por columnas, y cerradas con celosías de madera. Allí se daban las primeras instrucciones á los catecúmenos. En medio del patio, frente á la entrada de la iglesia, habia frentes abasolantes. El pórtico de la misma vuelta hacia el Oriente, presentaba tres vestibulos con sus puertas: la una en medio para entrar en la nave principal, y otras dos mas pequeñas daban á las galerias ó lados laterales, sobre los que habia ventanas cerradas con celosías de madera. Lo interior de la basilica estaba adornado con una riqueza y trabajo admirables: el pavimento era de bellisimas mármoles, y sostenido por elevadissimas columnas. En el fondo detras del altar, se veian las sillas dispuestas en semicírculo para los sacerdotes, y en medio un trono mas elevado para el obispo. Una balaustrada adornada de excelentes esculturas, separaba el santuario de la nave, donde habia bancos colosales ordenadamente para el pueblo. Por ambos lados de la iglesia, y hacia la parte exterior, habia grandes salas que comunicaban con lo interior, y servían para la enseñanza y otros usos. Entre ellas debe contarse el baptisterio, regularmente construido en forma circular ó octágono, con una pila en medio, á la que se bajaba por algunos escalones para entrar en el agua: esta pila estaba dividida con un tabique de alto á bajo, para separar los hombres de las mugeres. Las paredes de los baptisterios estaban adornadas con la imagen de San Juan Bautista, y otras pinturas simbólicas. Otra sala servia para sacristía ó sincois, donde se conservaban los vasos sagrados, los libros santos, los ornamentos y el tesoro de la iglesia. Otras finalmente, se destinaban para las audiencias del obispo y los juntas eclesiásticas.

años después, en 1.º de Mayo de 330 con una solemne fiesta, que luego se repetía anualmente. El recinto de los nuevos muros, sería como de tres cuartos de legua, pero los emperadores siguientes lo agrandaron considerablemente. Constantino quiso poner á esta ciudad el nombre de nueva Roma; mas no tardó en tomar el de su fundador, y en lo sucesivo todos la llamaron Constantinopla. Habíase dividido como la Roma antigua, en catorce regiones ó cuarteles, con edificios públicos muy parecidos: contenía dos palacios suntuosos para el emperador, muchas plazas con galerías cubiertas al rededor, un hipódromo ó circo para la carrera de caballos, estadios ó cosos para la carrera á pié, un anfiteatro para el combate de las fieras, varios teatros, baños y graneros públicos, ateneo, pretorio, y otros muchos edificios para los tribunales y oficinas de la administración. Nada omitió Constantino á fin de atraer á ella nuevos habitantes. Estableció senado y todas las magistraturas de la Roma antigua; concedió los mismos privilegios á los habitantes de la nueva; mandó que todos los granos que cada año se sacaban de Egipto, se enviasen á Constantinopla en adelante, reservando solo para Roma los que proveían el Africa proconsular y las inmediatas provincias: últimamente, á todos los que edificasen en la nueva ciudad, concedió cierta cantidad de pan para ellos y sus familias, perpetuamente.

Mas como su principal intento era oponer á Roma idólatra una ciudad enteramente cristiana, proscribió absolutamente el ejercicio del culto pagano; arrasó los templos ó los trasformó en iglesias; destruyó los altares destinados á la inmolacion de las victimas; y no dejó ídolos mas que en las plazas públicas ó en sitios profanos, como por via de adorno; hizo tambien que llevasen desde las provincias los mas célebres ó venerados, para exponerlos así al desprecio ó á la irrisión del público. Sobre todo, fué su voluntad que la ciudad nueva brillase por la magnificencia de sus iglesias. La principal fué dedicada á la sabiduría eterna, con el nombre de Santa Sofia, que aun conserva en el día de hoy. Otra mandó construir cerca del palacio imperial, en honor de los doce apóstoles. Tenía la forma de cruz, y estaba embutida de mármol de diferentes colores, desde el pavimento hasta la cornisa, que estaba revestida de un arceson dorado; el techo de cobre tambien dorado, destimbraba de puro brillante. La cúpula tenía al rededor una barandilla del mismo metal y respaldado de oro; al rededor de la basílica, situada en medio de un gran patio rodeada de galerías, se hallaban los edificios para bantisterio, diaconía, con otras salas y habitaciones para el clero. En esta iglesia hizo preparar Constantino su sepulcro, en medio de otros doce que habia erigido en memoria de los santos apóstoles, deseando, segun Eusebio, participar despues de su muerte de las oraciones que se dirigiesen á aquellos, porque estaba firmemen-

te persuadido de que serian útiles para su alma (1). En adelante fué tambien esta iglesia sepultura de los emperadores y de los patriarcas de Constantinopla. Ademas de otras muchas iglesias y gran número de oratorios, que mandó construir en la ciudad y sus inmediaciones, hizo que se colocasen en todos los sitios públicos monumentos religiosos. En las fuentes se veian las imágenes del buen Pastor y de Daniel en medio de los leones. En la sala principal de palacio, el techo estaba adornado de una cruz de piedras preciosas engastadas en oro. Presentaba el vestibulo un cuadro que representaba al emperador con su familia: tenía el primero sobre la cabeza una cruz, y bajo los piés un enorme dragon, atravesado con un dardo y precipitado en el mar. En fin, quiso dar él mismo los libros de las Santas Escrituras á las iglesias que habia construido, y escribió á Eusebio de Cesarea para que mandase á los mejores copiantes transcribir cincuenta ejemplares, con toda la limpieza y correccion posibles, y se los remitiese con uno de sus diáconos.

Estos numerosos testimonios de la piedad de Constantino produjeron en poco tiempo una multitud de conversiones entre los habitantes antiguos y modernos de la ciudad. Iguales y tan rápidos progresos hacia el cristianismo en las provincias: todos los dias una porcion de paganos abrazaban la fé, algunos con la esperanza de alcanzar el favor imperial; pero la mayor parte atraídos con las lecciones y ejemplos de los santos obispos, de los solitarios y de los cristianos de todas clases, con la excelencia de la doctrina evangélica, con los milagros que presenciaban, y en fin, con los escritos que manifestaban tan claramente la inutilidad, la extravagancia y la infamia de las supersticiones paganas. Ciudades enteras se convertian; derribaban sus templos ó los trasformaban en iglesias cristianas; los habitantes de Mayuma, que era el puerto de Gaza en Palestina, todos de una vez abjuraron la idolatría, por la que hasta entonces habian mostrado mucho celo; y el emperador, para acreditar su gozo, erigió en ciudad aquel puerto, y la llamó Constanca, porque era el nombre de un hijo suyo. Por igual razon dió el de Constantina á una ciudad de Fenicia.

El cristianismo se extendió tambien por aquella época entre algunas naciones bárbaras. Ya los godos y otros pueblos cercanos al Danubio y al Ponto Euxino, habian recibido la luz de la fé, instruidos por los cautivos que arrebataron cuando invadieron el imperio en el rémado de Galieno. Movidos algunos bárbaros de las virtudes y milagros de algunos obispos que se hallaban entre aquellos, habian abrazado la fé, y no tardaron en formarse iglesias dirigidas por los mismos obispos. Una victoria señalada que alcan-

(1) Euseb. *Vit. Constant.* lib. IV, cap. LX. Donde se halla una prueba muy auténtica de la tradicion cristiana, sobre el culto de los santos y las oraciones en sufragio de los difuntos.

zaron los sármatas de los godos en el año 332 con el auxilio de los romanos, fué considerada por dichos pueblos como un efecto de la particular protección con que Dios favorecía á Constantino; y gran número de los que hasta entonces habian perseverado en la idolatría, se decidieron á pedir el bautismo. La Armenia, á donde llevó el Evangelio el apóstol San Bartolomé, se habia hecho casi toda cristiana al fin del tercer siglo, por el celo de San Gregorio, llamado el iluminador. Convertido el rey Tiridates á vista de un milagro obrado en su casa, habia persuadido á sus súbditos á que renunciasen las supersticiones de la idolatría, y su adhesión al cristianismo se manifestó á poco con tal aparato, que el tirano Maximino, furioso por perseguir, les declaró la guerra con este motivo. De mucho tiempo atras existian Iglesias en el reino de Persia, donde algunos apóstoles predicaron la fé, y desde el siglo II su habia establecido una silla episcopal en Seleucia, una de las capitales del reino. El obispo de ella envió al concilio de Nicea dos diputados, y Juan, obispo tambien de Persia, asistió á él personalmente. La vida monástica, introducida poco tiempo antes en aquel imperio, contribuyó singularmente á los progresos del cristianismo. Multitud de monjes trabajaban con celo en la conversión de los idólatras, y algunos se vieron obligados por elección de los pueblos á tomar sobre sí el cargo del episcopado (1). Hasta estas Iglesias extranjeras alcanzó la protección de Constantino. Habléndole enviado el rey Sapor una embajada por los años de 332 para proponerle un tratado de alianza, le ajustó inmediatamente, y le remitió presentes magníficos y una carta en que le recomendaba los cristianos. En ella hace notar las ventajas de la verdadera religion y el castigo de los perseguidores, principalmente de Valeriano, á quien los mismos persas habian hecho sufrir tan crueles humillaciones.

En la Etiopia creció prodigiosamente el número de los cristianos por aquellos tiempos, en virtud de las tareas apostólicas de San Frumencio, á quien veneran los abisinios como su apóstol, aunque antes de su misión ya les habia llevado el eunuco de la reina Candaca la luz del Evangelio. Mérope, filósofo de Tiro, emprendió por curiosidad el viaje de Etiopia, llevando en su compañía á dos jóvenes parientes suyos, Frumencio y Edeso, cuya educación estaba á su cargo. Como los etíopes estaban entonces en guerra con los romanos, asesinaron al filósofo y á todos sus compañeros de viaje; y hallando debajo de un árbol á los dos niños que estaban repasando su lección, les perdieron á causa de sus pocos años y los presentaron al rey. Nombró éste á Edeso su copero, y secretario á Frumencio, que anunciaba mas talento. Siempre les manifestó gran afecto, y cuando iba á morir les concedió la libertad. Mas la reina

(1) Véase á Assemani, *Disert. acerca de los nestorianos*, t. IV de su Biblioteca Oriental.

que quedó encargada de gobernar el reino durante la menor edad de su hijo, les hizo muchas instancias, principalmente á Frumencio, que habia dado pruebas de gran capacidad, para que compartiesen con ella aquel cargo. Viéndose, pues, éste al frente del gobierno, usó de su poder é influencia para proteger á los cristianos que llegaban al reino, edificando iglesias para ellos, exhortándolos á practicar públicamente su religion, y dándoles el mismo ejemplo de una piedad profunda. Cuando llegó el rey á su mayor edad, volvió Edeso á Tiro con sus padres; mas Frumencio partió para Alejandría á dar parte al obispo del estado en que se hallaba la religion en la Etiopia, y estrecharle á fin de que enviase un obispo para cuidar de las Iglesias ya establecidas. Admirado San Atanasio, que ocupaba la silla de Alejandría, del celo y subiduría de Frumencio, le ordenó obispo y le determinó á volver á Etiopia para continuar la obra que tan felizmente habia comenzado. El santo misionero llevó consigo varios eclesiásticos y se estableció en Auxumé, capital del reino, donde con su predicacion y milagros se lograron multitud de conversiones en poco tiempo. Rufino, que cuenta esta historia, la supo de boca de Edeso, que en Tiro, su patria, fué ordenado de presbítero.

El mismo autor nos comunica el modo no menos admirable con que se introdujo el cristianismo al mismo tiempo entre los liberos, que habitaban entre el Ponto Euxino y el mar Caspio. Tenian entre otros cautivos una ranger cristiana, cuya virtud, junta á una rara hermosura, no tardó en excitar la admiracion de aquellos. Marsuillados de su reserva, de su modestia y fidelidad, y viendo, sobre todo, que ayunaba con frecuencia y pasaba muchas noches en oracion, desearon averiguar cuál era el motivo de este género de vida; y se aumentó su asombro cuando supieron que la cautiva vivia así para honrar á Jesucristo, nombre para ellos desconocido. Como no tenían médicos, cuando enfermaba un niño habia la costumbre de llevarle por las casas para preguntar si alguno sabia un remedio de aquella dolencia. Una mujer, despues de haber practicado inútilmente esta diligencia, se dirigió á la cautiva, quien le dijo que no conocia remedio alguno humano; pero que el Dios á quien ella adoraba, podia dar la salud á los mas desesperados enfermos; y luego habiendo puesto al niño en su cama invocó sobre él el nombre de Jesucristo, y le devolvió á la madre completamente sano. La fama de este milagro se divulgó por todas partes y llegó á oídos de la reina, que hallándose tambien acometida de una enfermedad violenta, hizo que la llevaran á presencia de la cristiana y recobró la salud del mismo modo. Quiso el rey manifestar su gratitud á la cautiva enviándole algunos regalos; pero la reina le manifestó que aquella despreciaba todas las cosas de la tierra, y no tenia otro deseo que el de ver á todas las criaturas adorar al Dios, cuyo poder invocaba para hacer tan prodigiosas curaciones. Desde entonces le ins-

tó muchas veces á que abrazase el cristianismo sin poderlo conseguir, pero habiéndose extraviado un día el rey en una cacería, y hallándose en un bosque, solo y expuesto á todo género de peligros, en medio de una profunda oscuridad, hizo interiormente voto de adorar al Dios de la cautiva, si se dignaba de sacarle del apuro en que se hallaba. Al instante vió aparecer la luz y se salvó; y apenas volvió á su palacio, envió á buscar á la cristiana para que le enseñase cómo debía servir á Jesucristo. Dióle ésta las primeras instrucciones, le encargó que mandase edificar una iglesia, y que enviara una embajada á Constantino pidiéndole predicadores evangélicos. Sorprendido agradablemente el religioso emperador de esta petición, envió sin tardanza un obispo y varios sacerdotes, cuyos afanes fueron apoyados por el celo del rey y de la reina, quienes despues de haber comenzado á instruir por sí mismos á sus súbditos, no omitieron ningún medio para persuadirles que se convirtieran. Rufino había sabido todas estas circunstancias por Bacurio, que había sido rey de aquella nación, y que despues llegó entre los romanos á ser conde de los domésticos y duque de Palestina en el reinado de Teodosio.

Mientras que se difundian así las luces de la fé por todas partes, y hacia la Iglesia diariamente conquistas en lo exterior, desgarraban su seno los sectarios, cuya audacia, siempre en aumento, no conocia ya límites. Constantino prohibió las reuniones de hereges por una ley del año 331, que contribuyó singularmente, como hemos dicho, á la extincion de las antiguas sectas; pero los donatistas no haciendo ningún caso de la ley, emplearon la violencia para sostenerse, y se entregaron á todos los excesos de un inconcebible fanatismo. Despues de muerto Mayorino á quien hicieron obispo de Cartago, nombraron para sucederle hacia el año de 329 á otro Donato, diferente del de Casas Negras, y que por su talento gozó de una influencia prodigiosa en la secta. Reunía á un ingenio y erudicion grandes, cierta elocuencia, bastante claridad en las ideas, penetracion, habilidad, y mas que todo, una audacia y actividad nada comunes: era irreprensible en sus costumbres, y afectaba mucho celo por la religion; en fin, lleno de amor propio y despreciador de los demas, logró al punto hacerse el jefe ó mas bien el oráculo de la secta, cuyos principios defendió en sus escritos, la sujetó á todos sus caprichos, dirigió todos sus movimientos, y supo inspirar á sus partidarios el orgullo y el fanatismo de que estaba animado. A vuelta de algunos prestigios hizo creer que tenia don de milagros, y no queriendo reconocer superior en la tierra, y despreciando á los magistrados y al mismo emperador, habitó á los donatistas á mirarse, por decirlo así, como unos seres privilegiados, que poseian la verdad y la santidad, que parecian haber nacido mas bien para mandar que para obedecer, y sobre todo, que no debian hacer caso alguno de las leyes ni de los edictos publicados contra ellos por sobe-

ranos sujetos al error. En consecuencia de esta doctrina, un crecido número de sectarios abandonaron sus ocupaciones, se reunieron y tomaron las armas para embestir á los católicos, y con pretexto de defender la justicia y la verdad, se entregaban sin escrúpulo á la rapina y á las mas horribles tropelías. Se llamaban combatientes ó soldados de Jesucristo, y los demas les daban el nombre de *circuncisiones*, porque continuamente andaban rondando al rededor de las casas para cometer sus desórdenes. Saqueaban los lugares y aldeas; relevaban á los deudores de las obligaciones que tenian contraidas, amenazando de muerte á los acreedores que quisieran usar de su derecho; abrian las cárceles para librar á los malhechores; daban la emancipacion á los esclavos, y se divertian en hacellos subir á los carros y ocupar el lugar de los amos, obligando á éstos á bajar y correr delante de los esclavos para servirles de comitiva. No habia seguridad ni en los caminos ni en las casas. Armados los sectarios de enormes garrotes, se arrojaban con furor sobre los católicos y los mataban á palos, cantando devotamente religiosos cánticos. Sus jefes se llamaban capitanes de los santos, y los obispos donatistas hacian que los escoltaran estos furiosos para apoderarse de las iglesias y echar de ellas á los católicos. Pero no pudiendo á poco tiempo contenerlos ni dirigirlos, ellos mismos se vieron precisados á implorar el auxilio de la autoridad pública para reprimir sus atentados. Se enviaron tropas contra ellos, y fueron muertos gran número de sectarios. Muchos de estos fanáticos corrian al encuentro de los soldados para que les dieran la muerte; otros se la daban á sí propios, precipitándose desde un parage elevado para arrojarse á las llamas, y la secta no se avergonzaba de honorarios como si fueran mártires (1).

Los arrianos por su parte continuaban intrigando, y llegaron á conseguir el apoyo de Constantino, á quien hacia crédito la rectitud de su carácter, y á quien á consecuencia de su mismo celo por la paz de la Iglesia engañaron aquellos sectarios. Desde la muerte de Santa Helena habia depositado toda su confianza en su hermana Constancia, viuda de Lisinio. Dirigia á esta un sacerdote adicto secretamente á la secta de Arrio, y que tuvo cuidado de confirmarla en las disposiciones favorables que manifestaba hacia esta princesa, no desperdició ocasion alguna de las que le ofrecian las frecuentes visitas de su hermano, para mirar por los intereses de la secta que ella habia abrazado. Juró por su fraternal ternura á que conservase á su lado al santo sacerdote que la dirigia, y á que siguiera los consejos del mismo, encaminados á su salvacion. "A punto ya de partir de este mundo, añadió Constancia, nada me importan los asuntos terrenos; pero inquieta por tí, temo que los pade-

(1) Opat lib. III.—August. Adv. Crescent.; Adv. Parmen., &c.

cimientos de los inocentes perseguidos atraigan la cólera del cielo sobre tu persona y Estados." Este discurso de una hermana querida y moribunda produjo su efecto. Entregóse Constantino á los consejos del sacerdote arriano que le habia sido recomenado, y está á fuerza de repetir que Arrio era injustamente castigado y víctima de la envidia que inspiraba su mérito, obligó al emperador á levantarle el destierro hácia el año 328, despues que presentó una confesion de fé, en que se hallaba maravlosamente disimulado el fondo de sus errores con expresiones equívocas. Eusebio de Nicomedia y los obispos Maris y Theognis escribieron tambien una carta de retractacion donde hacian profesion de admitir la doctrina del concilio de Nicea, añadiendo, que si no habian suscrito al anatema contra Arrio porque tenían testimonios de su inocencia, sin embargo, no vacilaban para purgarse de toda sospecha de heregia, en adherirse ahora plena y enteramente á todo cuanto el concilio habia decidido. Despues de esta poco sincera retractacion, fueron tambien llamados por Constantino á gobernar sus Iglesias, y al volver á ellas expulsaron á los obispos ordenados en lugar suyo (1).

En cuanto fueron repuestos en sus sillas, empezaron á intrigar secretamente para fortalecer su partido y veugarse de los obispos, que con mas vigor se habian declarado contra ellos. Sobre todo, estaban irritados con San Eustasio de Antioquia y San Atanasio, y su odio, unido al deseo de colocar á los obispos arrianos en las principales sillas, hizo que tomasen la resolución y buscasen los medios de despojarlos á los dos. Empezaron por San Eustasio, cuya condenacion les pareció mas fácil, porque podian acusarle delante de unos jueces dispuestos la mayor parte á conyugar á sus miras. Habia sido primeramente obispo de Beraa en Siria y confesor de la fé en las últimas persecuciones, y su eminente mérita le encumbró á la silla de Antioquia por los años de 324. Fué de los primeros que se declararon contra la heregia de Arrio, y no cesó de combatirla con un celo infatigable. No contento con velar sobre su rebaño, cuidaba de enviar á otras Iglesias hombres capaces de instruir á los fieles, y de precaverlos de la seducion de los hereges. Constantemente se negó á recibir en el clero á los que mostraban alguna inclinacion á las novedades, entre otros, á Esteban y Leoncio el eunuco, que fueron mas adelante obispos de Antioquia por influjo de los arrianos. Para defender la fé de Nicea publicó muchos escritos, que los antiguos citaban con los mayores elogios. Ultimamente, no temió impugnar á Eusebio, de Cesarea, Patrístico, de Scitopolis, Paulino, de Tiro y otros obispos de la Palestina, justamente sospechosos de que conservaban opiniones poco ortodoxas sobre la consustancialidad del Verbo. Todo esto era mas que suficiente para que los sectarios determinasen su perdicion. A la cabeza de la faccion

(1) Soer, lib. I, cap. XIV.—Sozom. lib. II, cap. VI.

se habia puesto Eusebio de Nicomedia, que se encargó de dirigirla. Este hombre ambicioso, perverso, hipócrita é intrigante, no tardó en ganarse nuevamente el favor de Constantino, afectando mucho celo por la fé católica. Con el pretexto de visitar el santo sepulcro, fué á Jerusalem con Theognis de Nicea; para ponerse de acuerdo con los obispos de la secta. Acompañáronle éstos a su regreso hasta Antioquia, como para honrarle; y habiéndose reunido allí en concilio con otros obispos ortodoxos que nada sospechaban de sus proyectos, introdujeron una muger pública ganada á fuerza de dinero, para acusar á San Eustasio de haber tenido de ella un niño que llevaba en sus brazos. No pudo esta muger dar prueba alguna, ni producir un solo testigo; y habiendo caido mas adelante enferma de peligro, confesó la infeliz el motivo que la habia movido á calumniar al santo obispo. Pero los enenigos de éste no dejaron de condenarle y depoulerle como si hubiera sido convicto: solamente para colorear esta deposicion, se alegó tambien la vaga acusacion de sabellianismo, porque este era el crimen que acostumbraban los arrianos imputar á los defensores de la consustancialidad del Verbo para alucinar toeano á sus propios errores. Los obispos católicos instaron vivamente á San Eustasio para que no se conformase con tan injusta condenacion, y el pueblo mismo manifestó su indignacion con violentas conmociones, tanto que se estivo á pique de apelar á las armas. Viendo esta oposicion Eusebio y Theognis, acudieron con toda urgencia á Constantino reclamando su autoridad; y no contentos con sostener que Eustasio era realmente culpado del crimen que le imputaban, le achacaron la sedicion que acababa de estallar, y además le acusaron de que en otro tiempo habia faltado al respeto debido á Santa Helena. Engañado el emperador con estas calumnias, hizo comparecer al santo obispo y le confinó á Macedonia, donde murió en el año 338: ordinariamente se fija su destitucion en el de 331. Nos quedan algunos fragmentos de sus escritos contra los arrianos, y un tratado sobre la pitonisa consultada por Saul.

En cuanto Constantino tuvo noticia de la fermentacion que reinaba entre el pueblo de Antioquia, envió á uno de sus oficiales para sosegar los ánimos, y escribió á los habitantes repetidas cartas, exhortándolos á la paz. Los obispos arrianos que habian quedado en esta ciudad, trataron entonces de dar un sucesor á San Eustasio, y pusieron en su lugar á Paulino de Tiro que á poco murió. Despues eligieron á Eulalio, luego á Eufronio, que murieron igualmente al cabo de algunos meses. Por su mérito y reputacion fué elegido Eusebio de Cesarea para ocupar esta silla; mas no tuvo por conveniente aceptarla, y esta renuncia le concilió mas y mas la estimacion y aprecio de Constantino, que alabó mucho su celo por la disciplina en una carta que con este motivo le escribió, y en otras dos dirigidas al pueblo de Antioquia y á los obispos, exhortándolos á que hiciesen nueva eleccion. Fué, pues, electo Placilio ó Flacilio,

que ocupó aquella silla unos doce años; pero la mayor parte de los católicos se negaron á comunicarse con estos obispos arrianos, y persistiendo adictos á la doctrina y persona de San Eustasio, continuaron mucho tiempo con el nombre de eustasianos, según veremos, celebrando sus reuniones en casas particulares (1).

Depusieron asimismo los arrianos con el falso pretexto de sabellianismo, á otros dos santos obispos, Asclepas, de Gaza, cuya inocencia era tan evidente que no pudo menos de reconocerla Eusebio de Cesarea, y Eutropio, de Andrinópolis, que se atrajo el odio de la secta por su celo en precaver á los fieles de las impiedades de los sectarios, y en particular de las de Eusebio de Nicomedia. Animados con estos primeros triunfos, dirigieron después sus tiros contra San Atanasio. Le habían escrito pimeramente instándole á que admitiese á Arrio en la comunión de la Iglesia, y no pudiendo conseguirlo, hicieron que le escribiera el mismo emperador, el cual le amenazó con la destitucion y el destierro si se resistia. El santo obispo respondió con firmeza, que no podia admitir en la Iglesia católica á un herejico legitimamente condenado y excomulgado por un concilio, á causa de sus blasfemias contra la divinidad de Jesucristo. Entonces creyó Eusebio de Nicomedia, que debia dirigirse á los melecianos para tratar de acuerdo comun la ruina de Atanasio. Por mucho tiempo habian combatido éstos las impiedades de Arrio; pero ganados con las promesas de Eusebio, y tan enemigos como él de San Atanasio, no vacilaron en unir sus intereses para oprimir al santo patriarca. Después de buscar en vano cargos reales contra él, discutieron estos tres capitulos de acusacion: pimeramente, que habia impuesto á los egipcios un tributo de túnica de lienzo para la Iglesia de Alejandria, y habia principiado á exigirlos por ellos mismos: en segundo lugar, que habia proporcionado dinero á un rebelde llamado Filomenes; y en tercero, que habia autorizado ó aprobado al menos á uno de sus clérigos llamado Macario, á quien acusaban ellos, de que habia roto un cáliz, y derribado un altar en una iglesia de la Mareotis. Constantino mandó comparecer á San Atanasio, y después de reconocida la falsedad de las acusaciones, le envió á su Iglesia con una carta para los habitantes de Alejandria, en la que declaraba la inocencia del santo, y le manifestaba tanta estimacion como indignacion contra sus calumniadores (2).

No se arredraron por esto sus enemigos, y de allí á poco renovaron contra el presbítero Macario la acusacion de haber quebrado un cáliz, y profanado los santos misterios en la Mareotis. Era éste un distrito del Egipto, compuesto de varios pueblos grandes, go-

bernado cada uno por un presbítero y un diácono que dependian inmediatamente del obispo de Alejandria. En una aldea dependiente de uno de dichos pueblos, y tan pequeña que no podia tener Iglesia propia, vivia un tal Isquiras, hombre de costumbres devotísimas, conocido por tal, y que á pesar de esto ambicionó entrar en el clero y logró que le ordenara de sacerdote Colluto el cismático, de quien hemos hablado anteriormente. Cuando quedó éste reducido á su categoria de simple presbítero, y declaradas nulas las órdenes que habia conferido, fué depuesto Isquiras, y por algun tiempo permaneció en el estado laical. Mas luego se le antojó ejercer las funciones sacerdotales, aunque no tenia mas que siete personas en su comunión. Visitando San Atanasio las Iglesias de la Mareotis, envió á Macario en compania de otro sacerdote para que notificase á Isquiras que compareciese á su presencia; pero habiéndole hallado enfermo en cama, se contentaron con intimarle que se abstuviese de tomar el título de presbítero, ó de ejercer ninguna funcion sacerdotal; y al mismo tiempo encargaron á su padre, que no era de la comunión del hijo, que no omitiera medio alguno para estorbárselo. Determinóse, pues, Isquiras en cuanto sanó recogerse á los melecianos, y éstos, de acuerdo con los eusebianos, resolvieron publicar que llegado Macario en el momento de la celebracion de los santos misterios, habia roto el cáliz, derribado el altar, quemado los sagrados libros, y cometido otras muchas profanaciones. Emplearon hasta la violencia para que Isquiras se prestase á sostener esta calumnia que presentaron á Constantino como uno de los primeros cargos. El emperador, después de un maduro examen, le rechazó con el desprecio é indignacion que merecia, y el mismo Isquiras estrechado por las representaciones de sus parientes y los remordimientos de su conciencia, se decidió entonces á desmentir la calumnia, y entregó á San Atanasio, delante de varios sacerdotes, una declaracion escrita de su puño, en que confesaba que no habia publicado semejantes falsedades, sino por instigacion de tres obispos melecianos. Pero como el santo obispo no juzgase conveniente admitirle al punto en la comunión de la Iglesia, después de una culpa que merecia larga penitencia; no tardó Isquiras en renovar sus calumnias, y dió á los melecianos pretexto para reproducirlas.

Mas á fin de corroborar esta acusacion con otra mas grave y menos robada, discutieron tener escondido por algun tiempo á un tal Arecio, obispo meleciano de Hipsoles en la Tebaida, y echaron la voz que San Atanasio le habia matado, y cortádole la mano derecha para servirse de ella en sus operaciones mágicas. Para prueba para servirse de ella en sus operaciones mágicas. Para prueba enseñaban una mano consumida que llevaban en una caja, y con fingidas lágrimas pedian que á lo menos les entregasen el cuerpo del obispo, para que no se viese privado del honor de la sepultura. Después de haber divulgado por todas partes esta calumnia

(1) Athan. *Ad solit.*—Chrysost. in Eust.—Theodor. lib. I, cap. XXI—Sozom. lib. II, cap. XIX. &c.

(2) Athan. *Apolog.* II.—Soz. lib. I, cap. XXVII.

en las reuniones del pueblo y ante los magistrados, la llevaron á oídos del emperador, sin olvidar su antigua fábula de las profanaciones cometidas en la Marcotis. El principal denunciador fué Juan Areat, jefe del partido meleciano.

No se detuvo Constantino en la antigua acusacion examinada ya suficientemente, y en cuanto al asunto de Arsenio encargó á su hermano Dalmacio que se informase, y éste escribió á San Atanasio que estuviera pronto á comparecer para defenderse. El santo patriarca, que hasta entonces habia despreciado tal calumnia, escribió á todos los obispos de Egipto, y mandó hacer diligencias por todas partes para averiguar el paradero de Arsenio. Por fin, un diácono descubrió que se hallaba oculto en un monasterio que tenian en la Tebaida los melecianos; pero habiéndolo sabido oportunamente el superior de él, hizo embarcar á toda prisa á Arsenio en el Nilo para trasladarle al Egipto interior. No habiéndole hallado el diácono en el monasterio, se apoderó del superior y de otro monje, y los condujo á Alejandría. Allí fueron presentados al duque que mandaba las tropas de aquella provincia, y confesaron que vivia Arsenio, y que habia estado oculto en su monasterio. Poco despues fué hallado en Tiro, en una casa donde se refugió despues que salió de Egipto. Al principio negaba que él fuese Arsenio, pero fué reconocido jurídicamente por el obispo de aquella ciudad que hacia mucho le conocia. Informó San Atanasio á Constantino de todos estos pormenores, y el emperador le respondió con una carta honorífica que le exhortaba leyesse públicamente, y que concluia amenazando castigar á los melecianos con todo el rigor de las leyes si continuaban sus imposturas. Por miedo á estas amenazas se mantuvieron estos sectarios tranquilos por algun tiempo, y aun muchos se reconciliaron con San Atanasio. De este número fué Arsenio, que le escribió en union con su clero, pidiéndole los admitiesen en su comunión, y despues le estuvo uniano como á su metropolitano. El mismo Juan, jefe de los melecianos, creyó que tambien debia abrazar la comunión del santo patriarca, y se lo participó á Constantino, que le manifestó la mas viva satisfaccion. Pero el ambicioso obispo no perseveró mucho tiempo en esta unianion, al parecer poco sincera (1).

Aprovechó San Atanasio esta tregua para visitar las iglesias de la Tebaida, y entonces fué cuando San Pacomio, saliéndole á recibir con todos sus religiosos, se ocultó entre la multitud, y se contentó con verle desde lejos, porque habia sabido que Serapion, obispo de Tentira, estaba dispuesto á nombrarle superior general de todos los monasterios de su diócesis. Entre tanto, los eusebianos no perdian de vista su empresa, y para lograrla con mas seguridad,

juzgaron conveniente variar el plan de ataque. Ganaron nuevamente á unos cuantos melecianos que no podian sufrir el celo ni la autoridad de San Atanasio, y los iniciaron á renovar contra este prelado sus quejas y acusaciones, imputándole vagamente crímenes enormes; pero sin articular ninguno. De este modo querian suscitar contra él las sospechas suficientes para tener un pretexto de persuadir á Constantino que abriera nuevas informaciones y un proceso canónico, y entonces con el crédito que ellos tenian en la corte, esperaban alcanzar que se eligiesen de entre los obispos de su partido los jueces que habian de entender en la causa. Con efecto, apretando que estaban animados de gran celo por la paz de la Iglesia, y que deploraban las divisiones que la perturbaban en el Egipto, persuadieron fácilmente al emperador, que para terminar estos disturbios hiciese comparecer á San Atanasio y á sus acusadores ante un concilio de obispos del Oriente, y lograron convocarle en Cesarea en la Palestina el año 334. Pero San Atanasio no quiso concurrir á él á pesar de las instancias y amenazas que le hicieron, ya porque no reconocia en estos obispos el derecho de juzgarle, ya porque sabia que la mayor parte, y entre otros Eusebio de Cesarea, eran sus personales enemigos. De aquí tomaron los eusebianos ocasion de representarle como un orgulloso, á quien la desobediencia á las órdenes del emperador hacia justamente sospechoso de las violencias de que le acusaban. Dominado Constantino de estas ideas desventajosas, convocó al año siguiente otro concilio en Tiro, al que llamó á todos los obispos que los eusebianos tuvieron buen cuidado de señalarle. Reuniéronse unos sesenta, y de ellos los mas célebres eran Placido, de Antioquia, que debia presidir como patriarca del Oriente, los dos Eusebios, Patrónio, de Síctopolis, Theognis, de Nicea, Maris, de Calcedonia, Jorge, de Laodicea, dos obispos de Pannonia, y Ursacio, de Singidon, y Valente, de Mursa, á quien luego vemos figurando entre los jefes de este partido. A peticion de los eusebianos fué enviado el conde Diemisio para evitar tumultos, y solo empleó su autoridad para apoyar las miras de los sectarios. Numeró poteros en vez de diáconos para introducir á los que habian de asistir al concilio. Concurria á las sesiones cercado de oficiales y soldados: mandaba á los obispos, y dirigia las deliberaciones.

San Atanasio se resistió mucho tiempo á comparecer ante semejante asamblea; pero habiéndole amenazado por escrito Constantino que le mandaria llevar á la fuerza, se decidió al fin á partir con cuarenta y nueve obispos del Egipto, entre los cuales se contaban los ilustres confesores Potamon y Pafnucio. Cuando se presentó en el concilio, no le hicieron honor alguno, ni le recibieron cortesmente; antes le tuvieron en pie como á un reo delante de sus jueces. San Potamon no pudo contener su indignacion á vista de este desacato, y dirigiéndose á Eusebio de Cesarea, en alta voz le di-

(1) Athan. Apolog. II.—Theod. lib. I. cap. XXVIII.—Sozom. lib. II.—Socr. lib. I.—Ruf. &c.

jo: "Pues qué! Eusebio, ¿estáis vos sentido para juzgar al virtuoso Atanasio, á quien se obliga á permanecer en *prisión*? ¿Cómo hay valor para sufrir tal indignidad? ¿Os acordáis haber estado preso conmigo en tiempo de la persecución? Yo perdí un ojo, y vos estais sin señal alguna y con todas vuestras miembros. ¿Cómo pudisteis salir tan sano sin hacer traicion a vuestra fé? Eusebio, lleno de enojo se levantó, también y salió de la asamblea, sin cuidar de justificarse. Pasó por su parte se dirigió á Máximo, de Jerusalem, y cogiéndole de la mano, le dijo: "Ya que llevamos ambos las mismas cicatrices, y habeis perdido como yo un ojo por el nombre de Jesucristo, no puedo tolerar veais aquí sentido en la junta de los iníquos." Y haciendo que le siguiese, le informó de todas las circunstancias que hasta entonces le habian ocurrido, y le atrajo de esta manera para siempre á la causa de San Atanasio. Los demas obispos de Egipto insistieron con energia en que fueran separados del número de los jueces los que se habian declarado abiertamente contra su patriarca, y recusaron en particular á los dos Eusebios, á Maris, Theognis, Ursacio y Valente, y á otros muy conocidos como arrianos; pero no se tomó en consideracion su recusacion (1).

Los enemigos de San Atanasio combatieron su eleccion, afirmando con toda desvergüenza que solo era obra de siete obispos, á pesar de la oposicion de todos los demas. Aconsejaronle de haber empleado toda clase de violencias, y cometido crueldades dignas de un tirano con los que no querian reconocer su autoridad, de haber mandado encerrar á unos, apalear ó azotar á otros, haber dado tormento á varios con diferentes suplicios, y aun de haberse propasado á vias de hecho contra ciertos obispos para obligarlos á entrar en su comunión. Se leyó tambien una declaracion escrita, en que se afirmaba que el pueblo de Alejandria no podia resolverse á concurrir á las reuniones de la iglesia por causa del obispo. Pero esta y las demas acusaciones emanaban únicamente de los arrianos, de los melicianos y de los colutitanos.

Todavía se echó mano de calumnias más infames, y se le acusó de haber estuproado violentamente á una doncella consagrada á Dios. En efecto, los eusebianos hicieron comparecer en la asamblea á una mujer, que se quejaba con un aire de abatimiento de que habiendo hospedado en su casa al obispo Atanasio, éste habia abusado de ella á pesar de toda su resistencia. Advertido secretamente San Atanasio, se habia concertado con uno de sus clérigos que tomó la palabra para rechazar la acusacion, como si le hubiera tocado personalmente. Al punto aquella mujer impudente, alargando la mano hácia el sacerdote, le señalaba con el dedo, y exclama

(1) Athan. *Apolog.* II.—*Ref. lib. I.*—*Theod. lib. I.*—*Socr. lib. I.*—*Sozom. lib. II.*

con el mayor atrevimiento: "Si, tú mismo eres el que me violaste;" y declara mendacamente todas las circunstancias del delito. Semillante equivocacion hizo reír á carcajadas á la mayor parte de los concurrentes, y llenó de confusión á los calumniadores. Pero no se desconcertaron, y echaron ignominiosamente á aquella infeliz, como si ellos mismos hubieran sido engañados; pero sin permitir que fuera presa, como lo requeria expresamente San Atanasio para descubrir los autores de tan atroz invencion.

Entonces se reprodujeron las antiguas calumnias, y se tuvo el descaro de renovar otra vez la del asesinato de Arsenio, aunque estaba refutada de un modo tan patente. Conociendo San Atanasio la audacia de sus enemigos, habia dispuesto que por precaucion fuese secretamente este obispo, á quien los eusebianos creian muy distante; y cuando los acusadores abrieron la caja y enseñaron la mano descarnada, apremiándole para que se justificara, si es que tenia algo que alegar en su defensa, les preguntó en tono tranquilo si alguno de ellos conocia á Arsenio. Contestaron varios, que le conocian perfectamente. Entonces mandó á un criado suyo que introdujera á Arsenio, y mostrándole á sus acusadores atónitos, dijo al conde: "Ahí tenéis á Arsenio con sus dos manos: á vosotros toca ahora averiguar de dónde procede la otra que se os presenta." Exclamaron entonces los arrianos que Atanasio era un mágico que con sus prestigios fascinaba la vista. Juan, jefe de los melicianos, viendo confundida su impostura, se aprovechó del tumulto para fogarse; pero los demas se arrojaron sobre San Atanasio, y le hubieran hecho pedazos, si los oficiales del emperador no le hubiesen acercado de sus manos. En lo sucesivo los arrianos para lavarse de esta calumnia, publicaron que un obispo habia prendido fuego á la casa de Arsenio por orden de San Atanasio, y que despues de haberle azotado cruelmente, le encerró en un cuartel, de donde le habia costado mucho trabajo escaparse; lo que debió hacer suponer que habia muerto.

Llegó por último la imputacion de la fractura del cáliz en casa de Isquiras; pero para refutarla no necesitó San Atanasio sino referir sencillamente los hechos. Manifestó que Isquiras no era sacerdote: que jamas habia tenido iglesia; que cuando fué Macario á buscarle a su casa, estaba en la cama; que ademas, no siendo domingo aquel dia, no habia habido celebracion de los santos misterios; y que finalmente el mismo habia desmentido por escrito su calumnia. Sin embargo, los eusebianos no quisieron abandonar esta acusacion; y como Isquiras no habia podido darle prueba alguna, persiguieron al conde Dionisio que disputase unos comisiones á la Marcotis, con pretexto de averiguar la verdad en el mismo lugar de la contienda. En vano representaron San Atanasio y los obispos de Egipto, que eran inútiles semejantes informaciones sobre un hecho suficientemente aclarado: pidieron, sin conse-

guió tampoco, que á lo menos se eligiesen los comisarios por rotacion general; pero los eusebianos, que solo daban oidos á su odio, y eran dueños del concilio, lograron se nombrase con secreto á Ursacio y Valente con Maris y Theognis y otros dos, tan enemigos de San Atanasio, como adictos á los intereses del partido. Protestaron por escrito los obispos de Egipto contra este nombramiento, y aun el mismo corde Diocisio apoyó su protesta, para que no fuese tan patente la opresion; mas nada de esto tuvo efecto; y salieron los comisarios con escolta militar, y precedidos de algunos melicianos que iban á prepararlo, todo para conseguir las pruebas que necesitaban. En este estado tomó San Atanasio la resolucion de retirarse, y recurrir al mismo emperador, despues de haber protestado contra unos procedimientos tan evidentemente contrarios á todas las reglas de justicia.

Llegados que fueron los comisarios á la ciudad de Alejandria, hicieron que el prefecto de Egipto los acompañase á la Mareotis, y cuidando de alejar á los sacerdotes católicos que pretendian concurrir á las informaciones, como que estaban perfectamente enterados de los hechos, se contentaron con examinar á los arrianos, melicianos, judíos ó paganos; mas á pesar de todos los medios de seduccion, de las amenazas y de los malos tratamientos que emplearon, no pudieron conseguir declaraciones enteramente conformes con sus miras; de modo que no se atrevieron á publicar las informaciones que habian adquirido. El clero de Alejandria y los sacerdotes de la Mareotis protestaron por escrito contra estos irregulares procedimientos, quejándose de no haber sido oidos ó llamados á lo menos para estar presentes á las informaciones, y dirigieron sus protestas al concilio y á los comisarios.

Cuando estos regresaron, pronunciaron los eusebianos sentencia de deposicion contra San Atanasio, prohibiéndole vivir en Alejandria bajo el pretexto de que su presencia excitaria nuevos tumultos. Al mismo tiempo comunicaron esta sentencia á Constantino, y escribieron á todos los obispos para advertirles que no recibiesen á Atanasio en su comunión, sin avergonzarse de alegar como motivos de la destitucion de aquel la fractura del cáliz en casa de Isquiras, y aun la muerte de Arsenio. Habian prestado los melicianos muchos servicios á los arrianos para que no lograsen recompensas. El concilio ábulo los admitió en su comunión, y los mantuvo en el goce de sus títulos y funciones, como á personas injustamente perseguidas. Tambien se dió á Isquiras el título de obispo aunque no tenia rrebo, y los eusebianos escribieron al emperador, rogándole que mandase levantar una iglesia para aquel, en el pueblo de la Mareotis. Ya iban á tratar de restablecer á Arrio en la comunión de la Iglesia, cuando recibieron cartas de Constantino, en que les instaba para que se trasladaran á Jerusalem con motivo

de la dedicacion del templo del santo sepulcro acabado de construir (1).

Salieron, pues, inmediatamente de Tiro, y al llegar á Jerusalem hallaron gran número de obispos que habia convidado el emperador, de todas las provincias del Oriente para que fuese mas augusta la ceremonia. Como la mayor parte de ellos eran afectos al partido de los eusebianos, juzgaron éstos la ocasion favorable para celebrar otro concilio y completar su obra con la rehabilitacion de Arrio. Aunque habia vneito este herejarsca del destierro, tenia todavía sobre sí la excomunion fulminada por el obispo de Alejandria y el concilio de Nicea. Viendo al fin que sus partidarios habian recobrado otra vez el favor, y que era poderosísima su influencia, fué á Constantinopla con el diácono Euzoyo, y presentó al emperador una profesion de fé equívoca, en que se contentaba con declarar que creia en Jesucristo Hijo de Dios; producido por él antes de todos los siglos, Dios Verbo; por quien todo se ha hecho; pero sin emplear la palabra consustancial ni otra equivalente; que fuese capaz de excluir las impías interpretaciones de que él se habia servido para ocultar sus errores con las expresiones mismas de la Escritura. Sin embargo, Constantino se dió por satisfecho con esta profesion de fé; y creyendo que Arrio habia adoptado sinceramente la doctrina católica, le envió ante el concilio de Jerusalem con una carta, en que pedía á los obispos que le examinasen y juzgasen en su favor, si les parecia ortodoxo. Determinados ya con anticipacion los eusebianos, se apresuraron á recibir en su comunión al herejarsca y á todos sus sectarces, y escribieron una carta sinodal á la Iglesia de Alejandria y á todas las del mundo, comunicándoles esta resolucion. Al mismo tiempo pensaron en deponer á Marcelo de Ancira, metropolitano de la Galacia, que se habia negado á suscribir á la condenacion de San Atanasio y á asistir al concilio de Jerusalem, por no tomar parte en la recepcion de Arrio. Mas despues de haberle citado para que compareciese ante ellos, se vieron obligados á separarse por repetidas órdenes de Constantino para ir á dar cuenta de la sentencia que pronunciaron contra San Atanasio.

Desde Tiro se dirigió el santo patriarca á Constantinopla para quejarse de la injusticia y violencia de sus enemigos; y al entrar el emperador á caballo en la ciudad, se le presentó aquel pidiendo públicamente que se le oyese en justicia. Sorprendido Constantino de su vista, y mas de su pretension, se negó á oírle, y manifestó que no queria tratar con un hombre legítimamente condenado por un concilio. Entonces le dijo con un valeroso atrevimiento San Atanasio: "El Señor nos juzgará á vos y á mí, y le dareis cuenta de vuestra alianza con los que me oprimen por medio de calum-

(1) Athan. Apolog. II.—Theod. lib. I.—Soer., Sozom. &c.

nias? Añadió que no pedía gracia ninguna, sino solamente justicia, y que sus deseos se limitaban á que el emperador oyese su justificación delante de sus acusadores. Era demasiado justa esta petición para que no la admitiese Constantino; y así, envió á llamar inmediatamente á los obispos del concilio de Tiro, para informarse de cuanto habia pasado. Se guardaron muy bien de acudir todos, aunque la orden lo decía expresamente, y solo comisionaron á seis de los más hábiles, á saber: los dos Eusebios, Theognis, Patrículo, Ursacio y Valente, habiendo hallado pretextos para alejar á los demás, que volvieron á sus Iglesias. Estos diputados no tomaron en boca ni la fractura del cáliz, ni la muerte de Arsenio, ó á lo menos tocaron ligeramente estos hechos; pero inventaron una nueva calumnia que les pareció más á propósito para sus fines. Como sabian que Constantino era celosísimo de la grandeza de su ciudad nueva, acusaron á San Atanasio de que habia estorbado la remesa de granos que se dirigia á Constantinopla desde Alejandria. El emperador, no dando oído mas que á su indignacion, y no creyendo capaces á unos obispos de inventar calumnia semejante, juzgó que hacia un favor al santo patriarca en desterrarlo solamente y no condenarle á muerte. Intelectaron los eusebianos nombrar otro obispo de Alejandria en lugar de él; pero no lo consintió Constantino. Llegó San Atanasio á Tréveris, en las Galias, á donde habia sido confinado, á principios de Febrero del año 336, y fué recibido con todas las muestras de afecto por Constantino el jóven, que mandaba la provincia (1).

Los eusebianos lograron que se reuniera á poco tiempo un concilio en Constantinopla, para proseguir la causa, principiada en Jerusalem, contra Marcelo de Ancira. Le acusaban de enseñar el sabellianismo en un libro que habia escrito contra Asterio, sofista pagano, que convertido al cristianismo, habia abrazado el partido de los arrianos, y compuesto una obra para defender su doctrina. Acaso no estaba Marcelo enteramente inocente del error que se le imputaba; pero su verdadero delito, á los ojos de los sectarios, era el haber sostenido con calor la causa de San Atanasio, y manifestado mucho celo contra las impiedades de Arrio y las intrigas de los eusebianos. Habiéndole intimado éstos inútilmente que retractase las heregias que suponian haber hallado en su libro, le depusieron por fin, y eligieron en su lugar á Basilio, cuyo distinguido talento hacia que se le mirase como un auxiliar pederoso para su partido. Luego redactaron una exposicion de fé, que ramitieron á los obispos de Oriente, para explicarles en qué sentido se habia aprobado la palabra consubstancial; porque no atreviéndose á combatir abiertamente el simbolo de Nicea, á lo que se mostraba adhevido el emperador, trataban al menos de eludirle con capciosas interpretaciones.

(1) Athan. Apol.—Socr., Theod. &c.

Pero el negocio importante de los eusebianos y el principal objeto de su concilio era la rehabilitacion de Arrio; á quien robusaban siempre admitir los católicos en su comunión, á pesar de la sentencia pronunciada á su favor en el conciliábulo de Jerusalem. Escudado con la carta sinodal que atestiguaba su ortodoxia, se presentó inmediatamente en Alejandria, esperando aprovecharse de la ausencia de San Atanasio para volver á la Iglesia. Pero los católicos se resistieron fuertemente, y como él tenia multitud de partidarios, promovió disturbios que obligaron á Constantino á llamarle á Constantinopla, cuyo obispo San Alejandro, ya que no pudo estorbarlo, declaró formalmente que jamas recibiria á Arrio en su Iglesia. Despues de haberle solicitado y estrechado inútilmente los eusebianos, amenazaron al santo obispo que le depondrian tambien á él, conseguirian su destierro, y colocarian en su silla á otro obispo que consintiese en recibir á Arrio; pero el santo obispo, aunque de edad de mas de ochenta años, no se dejó vencer ni por ruegos, ni por amenazas.

Santiago de Nisibe, que entonces se hallaba en Constantinopla, aconsejó á los fieles que implorasen la asistencia divina por medio de un ayuno de siete dias, acompañado de fervientes oraciones. Como se sabia que poseia este prelado el don de milagros y el de profecía, se apresuraron á seguir su consejo. Dió el ejemplo á su pueblo San Alejandro, y dejando obrar á los eusebianos, se encerró solo en la iglesia, se postó al pie del altar, pegado el rostro en tierra, y pasó muchos dias y noches conjurando al Señor que apartase el peligro que amenazaba á la fé. En efecto, los eusebianos se agitaron de mil maneras para conseguir su empresa; y despues de haber persuadido al emperador que Arrio profesaba la doctrina católica, fijaron el siguiente domingo para admitir por sí mismos á este herejiarca en la Iglesia. Queriendo Constantino asegurarse todavia mas de la ortodoxia de Arrio, le llamó el sábado á su palacio, y le pidió su profesion de fé por escrito. No tuvo Arrio dificultad en dársela. Estaba concebida con tal artificio, que en ella no se advertia la heregia, porque para hablar de la divinidad del Verbo, no usaba mas que las expresiones de la Escritura, cuyo sentido propio corrompian los arrianos con la sutileza de sus interpretaciones. No titubó en jurar que nunca habia tenido otra creencia; y el emperador, engañado con este juramento, envió á llamar á San Alejandro, y le mandó que recibiese á Arrio. Hizo el santo obispo todas las esfuerzos posibles para desengañar á Constantino; pero observando que no lograba más que irritarle, se retiró, y de nuevo se encerró en su iglesia, redoblando sus lágrimas y oraciones. A la salida de palacio acompañaron los eusebianos al herejiarca, y le llevaron por toda la ciudad con aire de triunfo; y habiendo encontrado en el camino á San Alejandro que salia tambien de palacio, le intimaron otra vez recibiese inmediatamente á Arrio, y como lo

rehusase, le declararon que al día siguiente le restablecerían en la comunión de la Iglesia, á pesar suyo. Lleno de jactancia y de orgullo el hereje, parecía como que insultaba á sus adversarios con la insolencia de sus discursos. Pero hallándose al caer el día, junto á la plaza de Constantino, sintió de repente un paroxismo extraordinario que parecía causado del temor ó del remordimiento; y dejando á los que le acompañaban para ir á un sitio oculto á satisfacer una necesidad natural, murió súbitamente en medio de dolores horribos, después de haber arrojado en grande abundancia sangre y una parte de sus entrañas. Este trágico fin abismó á los arianos en la consternación, y algunos se convirtieron. No pudo menos Constantino de reconocer en este suceso los efectos de la divina venganza, y no dudando ya que Arrio había sido verdaderamente hereje y pecador, se adhirió más que nunca á la fé de Nicea. Pero seducido por la piedad aparente y los artificios de los eusebianos, los mantuvo en su confianza, y no desechó la prevención que tenía contra San Atanasio. Con todo, es probable que esta circunstancia fué causa de que no consistiese en que se le diera un sucesor (1).

En cuanto supieron los fieles de Alejandría el destierro de su patriarca, manifestaron sin reboso su profundo dolor, y en todas las iglesias se hacían sin cesar públicas rogativas para conseguir su pronto regreso. San Antonio, tan afligido como ellos, quiso apoyar también sus votos, y aprovechar al efecto la influencia que le daba su reputación. El emperador Constantino respetando sus virtudes le habia escrito, en unión con sus dos hijos, Constancio y Constante, una carta en que le trataba de padre, y le exigía una respuesta que sirviese para su edificación. Cuando el santo anacoreta la recibió, dijo á sus discípulos: "No os admireis de que un emperador nos escriba: es un mortal como nosotros; admiraos más bien de que el mismo Dios se haya dignado de dar una ley á los hombres, y hablarles por su propio Hijo." San Antonio no quería ni aun abrir la carta, ni menos contestar; pero habiéndole hecho presente los monjes que era digno de mas consideración un príncipe tan coloso por el cristianismo, consintió en dar contestación, recomendando á los emperadores la humanidad, la justicia, el alivio de los pobres, el desprecio de las cosas presentes, y el amor á los bienes eternos. Estos testimonios de afecto y estimación que habia recibido de Constantino, le determinaron á escribirle pidiendo la vuelta de San Atanasio, y rogándole que no diese crédito á las calumnias de los melecianos. Pero el emperador le respondió, que no le era posible despreciar la sentencia dada por un concilio demasiado numeroso para que se le sospechara de parcialidad; y por otra parte, que

(1) Athan. *Epistola ad Serapion*.—*Socr.* lib. I, cap. XXXVII.—*Sozom.* lib. II, cap. XXX.

Atanasio era insolente, soberbio y seditioso, porque este era el cargo en que mas insistían los eusebianos. En el mismo sentido escribió al pueblo de Alejandría, acusándole de loco y turbulento, y recomendando á los eclesiásticos y á las vírgenes que se mantuviesen quietos. Sin embargo, desterró á Juan, gefe de los melecianos, y á poco, reconociendo al fin la inocencia de San Atanasio, se decidió á alzarle el destierro; pero le sorprendió la muerte antes que pudiese poner en ejecución su designio.

Tenia Constantino entonces sesenta y cinco años, y habia gozado hasta allí de robusta salud. Habiendo repartido el gobierno del imperio entre sus tres hijos, se preparaba para hacer la guerra á los persas que reclamaban con altanería algunas provincias sometidas en otro tiempo á su dominación, y conquistadas por los romanos mucho tiempo hacia. Llamó á varios obispos para que le acompañasen en esta expedición, y dispuso una especie de iglesia portátil en una tienda ricamente adornada, para celebrar en ella los sagrados misterios. Era la primavera del año 337, y llegada la fiesta de la Pascua, Constantino, según su costumbre, pasó la noche en oración con los fieles, y señaló su piedad con el acrecentamiento de buenas obras. Pero á poco tiempo cayó enfermo de peligro; aconsejaronle los médicos el uso de baños calientes, y probó primeramente los de Constantinopla, que no produjeron efecto alguno, por lo cual hizo que le trasladaran á las aguas de Helenópolis, cerca de Nicomedia. Allí, viendo que su mal aumentaba de día en día, tuvo devoción de visitar la iglesia del mártir San Luciano, y pasó mucho tiempo orando. Como conociese que su fin se acercaba, pidió y recibió el bautismo con muestras de ejemplar humildad y de la mas viva fé; confesó sus pecados postrado de rodillas, para ser recibido por medio de la imposición de las manos, en la categoría de los catecúmenos que se llamaban competentes; después de lo cual le administraron el bautismo, la confirmación y la Eucaristía, según el uso comun, y se desnudó de la púrpura para vestir la túnica blanca como todos los recién bautizados. Dió en seguida gracias á Dios; consoló á sus oficiales, y les hizo jurar que nada entenderian contra sus hijos, ni contra la Iglesia. Arregló en su testamento la division del imperio entre sus tres hijos, y mandó que se alzase el destierro á San Atanasio, á pesar de todos los esfuerzos de Eusebio de Nicomedia para disuadirle. Finalmente, espiró el 22 de Mayo del año 337, día de Pascua de Pentecostes; su cuerpo fué llevado á Constantinopla, y enterrado en la iglesia de los santos apóstoles.

Con justicia se venera en la Iglesia la memoria de Constantino, á pesar de los defectos que se le pueden achacar, y que los enemigos de la Iglesia han solido á menudo, exagerar. Desde la juventud resplandecieron en él una grande afabilidad, una dulzura y una beneficencia que le ganaban todos los corazones, y mas que todo

una pureza de costumbres y un amor á la castidad, que han sido elogiados hasta de los mismos paganos. Luego que fué dueño del imperio, nada omitió para reformar los desórdenes, mantener la paz, y procurar con empeño la felicidad de sus súbditos. Cuando iba de viage, se informaba de las necesidades públicas y particulares, y á veces se le vió derramar lágrimas por los males que no podía remediar. Mandó publicar por todos sus Estados una orden convidando á las personas de todas clases y condiciones para hacerle saber todos los motivos de queja á que pudiera dar lugar la conducta de los gobernadores, y prometía recompensar á los que le desengañasen. Incitábase sus cortesanos para que castigara con rigor á unos sediciosos, que habían ultrajado y desfigurado sus estatuas: se echó la mano al rostro, y les respondió sonriéndose, que no hallaba en él herida alguna. Ya hemos visto todo lo que hizo para favorecer los progresos del cristianismo, su respeto á los ministros de la religion, sus leyes en favor de la Iglesia, su celo por la conversion de los idólatras, y su adhesion á la fé católica. Es cierto que en sus últimos años se dejó sorprender por los enseñanos, cuyas culpables maquinaciones apoyó por desgracia; pero no le pudieron ganar sino disimulando sus errores, y mientras vivió no se atrevieron á contradecir abiertamente la fé de Nicea. Entre otros cargos mas ó menos fundados se le ha tachado en especial, de haber condenado con demasiada facilidad á su hijo Crispo, tenido en su primera muger llamada Minervina. Este príncipe jóven que daba las mayores esperanzas, fué acusado por la emperatriz Fausta de que habia atentado á su pudor, y tomado algunas medidas para quitar la vida á Constantino; y la atrocidad del crimen, unida á la confianza que al parecer merecia la acusadora, hizo tan grande impresion en el ánimo del emperador, que no vaciló un momento en decretar la muerte de su hijo. Habiendo conocido después las imposturas de Fausta que fué convicta además del delito de adulterio, la mandó encerrar en un baño caliente, donde murió sofocada. Hay que advertir, sin embargo, que algunos críticos desechan como sospechosa esta narracion, en la que no fijan exactamente ni tiempo, ni lugar, ni otras varias circunstancias de un acontecimiento tan grave, omitido por Eusebio, y formalmente desmentido por Evagrio. Por lo demas, es innegable que Constantino dió á menudo pruebas de sobrada credulidad y debilidad; pero la rectitud de sus intenciones, lo difícil de las circunstancias, y muchas virtudes y calidades eminentes que le merecieron el título de grande, deben hacer que se olviden el corto número de faltas que el bautismo por otra parte habrá lavado sin duda.

El último dia de Diciembre de 335 murió el Papa San Silvestre, cuyo pontificado habia durado cerca de veintidos años, y á los diez y ocho dias fué nombrado para sucederle, el presbítero Marco, natural de Roma, que no ocupó la cátedra apostólica mas

que unos ocho meses. A él se atribuye un antiguo reglamento, en que se prescribe que los Papas fuesen en adelante consagrados por el obispo de Ostia, y que este prelado llevase para esta ceremonia el *pallio*, que es un ornamento pontifical, que después se concedió á todos los arzobispos. Muerto Marco, estuvo vacante la Santa Sede cuatro meses, y fué electo al principio del año 337, Julio, tambien romano. No tardaremos en verle distinguirse por su celo y luces, defendiendo á la Iglesia de los embates de los arrianos.

LIBRO VIII.

DESDE LA MUERTE DE CONSTANTINO HASTA EL REINADO DE JULIANO.

DE 337 A 361.

Muerto Constantino, se dividió el imperio entre sus tres hijos, según las disposiciones de su testamento. El mayor, que se llamaba lo mismo que el padre, tuvo el gobierno de las Galias, España y todas las provincias del lado de acá de los Alpes: el más joven, llamado Constante, gobernó la Italia, Africa é Siria; en fin, el otro, llamado Constancio, le tocó el Oriente, es decir, el Asia y el Egipto. Dos sobrinos de Constantino, llamados Dalmacio y Anniballiano, alcanzaron el gobierno de algunas provincias, uno con título de César y el otro con el de rey; pero no duró mucho tiempo esta primera partición, porque en una sublevación militar, cuya causa no se conoce, perecieron de allí á poco Dalmacio y Anniballiano con otros varios parientes y gran número de oficiales, que habían gozado y acaso abusado de su confianza. A los pocos años, es decir, el de 340, habiendo declarado Constantino la guerra á Constante, fué derrotado cerca de Aquilea, perdiendo la vida en el combate. Por esta victoria quedó Constante dueño de todo el Occidente, que gobernó hasta el año 350. Siempre se manifestó, así como su hermano Constantino, sinceramente adicto á la fé de Nicea; y la protección que concedió á los católicos, sirvió para contener algún tiempo las perversas disposiciones de Constancio, entregado sin reserva á la influencia de los arrianos.

Habia dejado el emperador Constantino su testamento en manos del clérigo arriano que su hermana Constancia le había recomendado, y le mandó al tiempo de morir que no le entregase á nadie sino á aquella en persona. Esta prueba de gran confianza proporcionó al intrigante el medio de introducirse y acreditarse en palacio, y se aprovechó de esta influencia para esparcir sus errores entre los cortesanos. Unas veces aparentaba deplorar las divisiones que turbaban la paz de la Iglesia, echando la culpa á la funesta introducción de una palabra nueva que no se hallaba en la Escritura; otras ponderaba las virtudes y ciencia de los eusebianos, mientras que pintaba como ignorantes ó espíritus turbulentos á los contrarios; y con estas repetidas insinuaciones consiguió inspirar las preocupaciones más perjudiciales á los católicos, y debilitar poco á poco el respeto debido á las decisiones del concilio de Nicea. En palacio todos disputaban, las mugeres, los eunucos y hasta los guardias: pronto cundió el mal por la ciudad y por las provincias, donde el

ejemplo y el apoyo de la corte dejaban á los arrianos en libertad de manifestar públicamente sus opiniones, porque la emperatriz y el eunuco Eusebio, prefecto de la cámara imperial, habían abrazado abiertamente la heregia; y Constancio, rodeado de tantos elementos de seducción, no tardó en declararse también en favor de una secta que contaba á su devoción tantos partidarios en el imperio (1).

Llenos de esperanzas los eusebianos, prosiguieron su plan de apoderarse de las principales sillas para afianzar más el triunfo de su doctrina. La muerte de San Alejandro, obispo de Constantinopla, ocurrida poco después de la de Constantino, parecía ofrecerles una ocasión favorable para colocar un obispo de su partido en la ciudad imperial. Con efecto, apoyaron con todo su poder la elección del diacono Macedonio, que junta há á cierto exterior de piedad, una grande habilidad en los negocios, y aun causaron algunas turbulencias por sus intrigas y movimientos. Sin embargo, vencieron los católicos, y nombraron á Pablo, recomendado por San Alejandro, y que había sido desterrado por la fé en tiempo del gran Constantino á resultas de las persecuciones de los arrianos. Pero como se había hecho esta elección en ausencia del emperador Constancio y contra sus ideas, se dejó seducir por la facción de los eusebianos, y dispuso la reunión de un concilio para deponer á Pablo y nombrar en su lugar á Eusebio de Nicomedia, que fué trasladado dos veces contra las reglas de la Iglesia. Desde entonces dominaron los arrianos en Constantinopla hasta el reinado de Teodosio, es decir, casi el espacio de cuarenta años.

Como su principal intento era impedir el regreso de San Atanasio á su silla de Alejandría, determinaron que se nombrase otro obispo para ocuparla. A este efecto invocaron la autoridad de Constancio, que por el pronto no quería consentir en ello, ya fuese por política y por no ofender á los demás emperadores, ya tal vez porque no estuviese aún entregado enteramente á los intereses de la secta. Respondió que el solo no podía decidir sobre un asunto que concernía á todo el mundo cristiano, y que era conveniente que el obispo de Roma tomase conocimiento en él; pero continuamente sitiado por los enemigos del santo patriarca, y preocupado luego con sus imputaciones calumniosas, se prestó por último á sus malos designios. Juntáronse, pues, en Antioquia, á donde habían acompañado al emperador, y ordenaron obispo de Alejandría á un tal Pisito, que había sido uno de los primeros discípulos de Ario; mas no lograron ponerle en posesión de esta silla. En efecto, en el año 338 Constantino el joven envió á San Atanasio á su Iglesia, y escribió al pueblo de Alejandría una carta en que decía que Constantino su padre, había desterrado al santo obispo á las Galias para librarle del furor de sus enemigos, y que tenía intención de llamarle, cuando la

(1) Socr. lib. II.—Sozom. lib. III.—Theod. lib. II.

muerte atajó sus designios. El mismo Constanancio había tomado parte en este acto de justicia, ó á lo menos no se había atrevido á oponerse á él. San Atanasio salió de Tréveris en el mes de Junio, despues de dos años y cuatro meses de destierro, y fué recibido como en triunfo y con todas las demostraciones del gozo mas vivo por todo el clero y fieles de su diócesis. Asclepas, de Gaza, Marcalo, de Aneira, y otros obispos expulsados por los eusebianos, fueron repuestos tambien en sus sillas por las órdenes y mediante la firmeza de los emperadores de Occidente.

Quejaronse los arianos en alta voz de la reposicion de San Atanasio, como de una infraccion de las reglas de la disciplina eclesiástica, alegando que solo otro concilio podia invalidar la sentencia pronunciada por el de Tiro contra aquel obispo. En consecuencia, escribieron á los tres emperadores imputando á aquel otros varios crímenes, ademas de la violacion supuesta de los cánones. Acusaban al santo de haber causado con su regreso sediciones y disturbios, de haber cometido con este motivo, violencias de todas clases y aun homicidios, de haber saqueado las iglesias de Alejandria, y de haber distraido en provecho suyo el importe de las limosnas que el emperador Constantino había destinado para la manutencion de las vírgenes, viudas y clero; y aun lograron una carta de Constanancio que apoyaba este último artículo de acusacion. Pero todas estas calumnias no hicieron mella en el ánimo de Constante, ni en el de Constantino, aun cuando los arianos habían tenido diputados para sostenerlas: tampoco hallaron mejor acogida en el Papa Julio, cerca del cual habían diputado á un presbítero y dos diáconos con instrucciones para acusar á los obispos repuestos, y suplicarle diese letras de comunión á Pisto, elegido por la faccion para el obispado de Alejandria. San Atanasio se justificó por escrito y envió á algunos clérigos de su parte que honraron de confusion á sus contrarios, porque hicieron conocer al Papa que Pisto, ademas de ser ariano, había recibido las órdenes de manos de Segundo, obispo que fué de Tolemaida, excomulgado por el concilio de Nicea. No se atrevieron á negar estos hechos los comisionados eusebianos; pero rogaron al Papa que convocase un concilio é hiciese comparecer ante él á San Atanasio y á sus acusadores, declarando que estos traerian las pruebas. Accedió el Papa á esta peticion, y escribió en consecuencia al obispo de Alejandria y á los principales eusebianos que se presentasen en Roma el día señalado para la apertura del concilio. San Atanasio accedió prontísimo; pero en vano esperó por espacio de diez y ocho meses la llegada de sus contrarios (1).

Ente tanto los obispos de Egipto, viendo la encarnizada persecucion que sufría su santo patriarca, se reunieron en concilio en la ciudad de Alejandria, en número de unos ciento, y escribieron en

defensa de aquel una carta sinodal en forma de apología, que dirigieron á todas las Iglesias, y en particular al Papa Julio. Despues de refutar desde luego las recientes acusaciones inventadas por los eusebianos contra San Atanasio, recordaban todas las persecuciones que había tenido que sufrir de parte de los heroges, las calumnias de los meletianos, las violencias decretadas en la Marea; y la irregularidad de los procedimientos decretados en la Marea; y discurriendo sucesivamente sobre todos los hechos, probaron con documentos auténticos la falsedad de las imputaciones: sin cesar reproducidas por los enemigos del santo obispo: hicieron ver que tenían su origen en el odio que se había atraído por oponerse con celo á las impiedades de Arrio, porque era fácil de conocer que los eusebianos obraban por este solo motivo, supuesto que habiendo sostenido ellos mismos por escrito estas impiedades, tomaban la defensa de los arianos, los recibían en su comunión, les daban obispos, y no cesaban de sublevarlos contra la Iglesia universal. Para destruir la impostura de los eusebianos sobre la ordenacion de San Atanasio, certificaron que habían asistido la mayor parte de ellos á su eleccion, y que ésta se había hecho por el unánime consentimiento del pueblo y del clero. Ademas, hicieron notar cuán mal sentaban imputaciones por este estilo en boca de Eusebio, que por su ambicion había pasado desde la silla episcopal de Berito á la de Nicomedia, y que con desprecio de los sagrados cánones acababa de usurpar por cábala la silla de Constantinopla. Concluyeron declarando que si se hallaban los nombres de algunos obispos del Egipto entre los acusadores de San Atanasio, eran meletianos cismáticos y sediciosos, que no reparaban en ningun crimen con tal de satisfacer sus pasiones. Este concilio de Alejandria se celebró en el año 339. Otros varios obispos escribieron al mismo tiempo al Papa Julio en favor de San Atanasio.

Llegado á Roma el santo patriarca, le recibió el Papa con todas las muestras de afecto y estimacion que merecía su celo por la fé. Iba acompañado de algunos solitarios, cuyo ejemplo contribuyó mucho á propagar ó á acreditar en Occidente las practicas y reglas de la vida monástica. Despues de haber esperado muchísimo tiempo á sus acusadores, creyó que podía regresar á su Iglesia de Alejandria; pero las violencias de Gregorio, obispo intruso, á quien habían nombrado los arianos durante aquel intervalo, le obligaron á ir pronto á salir de la ciudad y volver á Roma para solicitar la vista y sententia de su causa. Como los contrarios no comparecian, les escribió el Papa instándoles para que asistieran al concilio reclamado por sus diputados, sin acusacion si no se presentaban. Rescibieron esta carta en Antioquia, donde se habían reunido para condenar segunda vez á San Atanasio, y determinar por sí solos en un asunto, cuyo resultado previan que no correspondiera á sus de-

(1) Athan. Apol. II.—*Epist. ad Solit.*

seos, si se sometía á la resolución de un concilio donde no hubiese soldados ni oficiales imperiales que coartaran la libertad de los votantes.

Habiase acabado de construir la iglesia de Antioquia que principió diez años antes el gran Constantino, y quiso Constantino que su dedicación se hiciese con solemnidad en el quinto de su reinado, es decir, el de 341. Por complacerle se reunieron muchos obispos de las provincias del Oriente, del Asia menor y de la Tracia. Cuéntanse noventa y siete, unos arrianos, y católicos otros, sin que sepamos precisamente en qué proporción; pero ninguno hubo de Italia ni del resto de Occidente, ni tampoco quien representase al Papa Julio, aunque los cánones, dice el historiador Sócrates, prohibían expresamente promulgar ley alguna, ni determinar nada sobre los asuntos generales de la Iglesia, sin el consentimiento del obispo de Roma (1). Aprovecharon los eusebianos la ocasión para ejecutar sus designios, celebrando un concilio á que asistió Constantino en persona. Como concocian la necesidad de aparecer conformes con los obispos ortodoxos, trataron ante todo de purgarse de la sospecha de herejía para conservar su comunión: á este efecto redactaron una profesión de fé, en que declaraban que no habiendo tenido jamás otra doctrina que la que se ha enseñado desde los principios, creían que el Hijo único de Dios, subsistía antes de todos los siglos, y coexistía con el Padre que le engendró; pero sin usar de la palabra consustancial, ni expresar claramente si creían ó no que el Verbo era eterno é igual al Padre. Después de esta declaración dieron á entender que era inútil tratar mas de una herejía condenada ya y desechada unánimemente; añadiendo que mas conveniente era proscribir por una sentencia solemne el error de Sabello que se imputaba á Marcelo de Ancyra. Propusieron para condenar esta herejía una fórmula de fé, que se atribuía al mártir San Luciano, y que fué á probada por todos los obispos; marcaba muy claramente la distinción de las tres divinas Personas, expresando que tienen su *subsistencia* propia y su realidad personal, ó en otros términos, que son tres en hipóstasis. No era tan precisa la fórmula sobre la consustancialidad del Verbo; pero no dejaba de explicarla bastante con términos equivalentes, pues en ella se decía que el Verbo es Dios de Dios, perfecto de perfecto, que es la vida, la sabiduría, la luz, y en fin, la imagen inmutable é inalterable de la divinidad y de la sustancia del Padre. Sin embargo, lo prolijo de esta fórmula movió á un obispo á proponer otra mas corta, en que se confesaba igualmente la divinidad del Verbo, declarando que es Dios perfecto de Dios perfecto, engendrado del Padre ante todos los siglos, y subsistente hipostáticamente en Dios, es decir, con una personalidad distinta. Se aprobó tambien esta segunda fórmula

(1) Socr. lib. II, cap. VIII y XVII.—Sozom. lib. III, esp. X.

y fué suscrita por todos los obispos, hasta por los eusebianos, que no atreviéndose á profesar abiertamente los errores de Ario, se contentaban por el pronto con acostumbrar á los pueblos á la supresión de la palabra *consustancial*.

Atribuyense á este concilio de Antioquia varios cánones de disciplina que han sido recibidos por toda la Iglesia (1), son veintinueve, algunos de los cuales no hacen mas que confirmar los reglamentos del de Nicea. El primero renueva la prohibición de celebrar la Pascua en otro día que el domingo, pena de excomunión para los seglares, y ademas de destitución para los eclesiásticos; el segundo prohíbe comunicar con los excomulgados; los tres siguientes fulminan diferentes penas contra los clérigos que abandonaren sus iglesias para pasar á otras, que celebren juntas aparte, ó que desprecien las sentencias pronunciadas contra ellas. Por el sexto se establece que solo el obispo propio ó un concilio pueda rehabilitar á un excomulgado; el sétimo prohíbe admitir en las asambleas de la Iglesia á ningún forastero, como no traiga testimonios de comunión, que con arreglo al canon octavo no pueden ser libradas por los presbíteros de las aldeas, excepto las que se dirigen á los obispos inmediatos. Otros cánones son concernientes á la jurisdicción y ordenación de los obispos; se les prohíbe pasar de su diócesis á otra para dar órdenes ó ejercer en ella ninguna función, á menos que sean llamados; se requiere que sean elegidos y ordenados por los obispos de la provincia reunidos en concilio con el metropolitano; que no puedan ser trasladados bajo ningún pretexto de una silla á otra, ni nombrar su sucesor, ni finalmente, establecerse en una Iglesia vacante sin la autorización del concilio, aun cuando los haya pedido y elegido el pueblo. Se permite á los *corepiscopos* ordenar lectores, exorcistas y subdiaconos; pero se les prohíbe la ordenación de los diaconos y presbíteros. En seguida se proscriben la reunión de dos concilios al año; se establecen reglas para la administración ó inversión de los bienes eclesiásticos; y se manda que el obispo sea juzgado y castigado por el concilio de la provincia si dispone de aquellos sin consentimiento de su clero, ó los distrae para beneficio suyo, en vez de contentarse con lo indispensable para sus necesidades; se veda á los obispos y á todos los clérigos, pena de excomunión y deposición, ir á la corte sin el consentimiento por escrito de los obispos de la provincia, y en particular del metropolitano; últimamente, se dispone que el obispo, presbítero ó diacono depuestos que hubieren recurrido al emperador, en lugar de apelar á un concilio mas numeroso, no sean oídos en su defensa, ni conserven la esperanza de ser rehabilitados.

Esta última disposición contenida en el canon duodécimo, y la

(1) Con todo, algunos autores creen que parte de estos cánones deben referirse á otro concilio reunido anteriormente por San Rustasio.

del cuarto que talmina la misma pena contra el obispo, sacerdote ó diácono que no hayan cesado de ejercer sus funciones después de haber sido depuestos, dieron ocasión á los eusebianos para renovar su persecucion contra San Atanasio, so pretexto de que habiendo sido depuesto en el concilio de Tiro, se habia quejado á Constantino el grande y que habia vuelto despues á su Iglesia sin que otro concilio le hubiera habilitado. Continuaron, pues, reuniéndose en número de cuarenta luego que se marcharon los obispos católicos, y reproduciéndose contra aquel todas las calumnias, resolvieron darle sucesor. Eusebio de Nicomedia propuso para esta plaza eminente á un hombre distinguido por su nacimiento y su talento, llamado como él Eusebio, y que fué despues obispo de Emissa, cerca del monte Libano (1). Pero conociendo esto el afecto que el pueblo de Alejandria tenia á su obispo, no quiso aceptar, y entonces fué elegido un tal Gregorio, natural de Capadocia, que habia estudiado algun tiempo en Alejandria, donde recibió mil testimonios de benevolencia y amistad de San Atanasio. Luego que le ordenaron los eusebianos contra todas las reglas para una Iglesia que no le reclamaba, y sobre la que no tenian jurisdiccion alguna, recurrieron á la autoridad imperial para ponerle en posesion á mano armada. A su instancia encargó Constancio esta comision á Filagro, antiguo prefecto de Egipto, que se habia ya distinguido por sus violencias contra los católicos, cuando se hicieron las informaciones en la Maroitis. Así que llegó en compaña de Gregorio, y publicó la orden del emperador para instalar al nuevo obispo, el pueblo católico dejó ver su disgusto en quejas y murmuraciones, protestó contra un nombramiento que violaba todas las reglas canónicas, y acudió en tropel á las iglesias para impedir la entrada. El prefecto Filagro, viendo tal oposicion, ganó á los judíos, á los paganos, á los hereges, y á los jóvenes relajados y á lo mas vil del populacho, y armada esta multitud de espadas ó palos, corrió al punto á invadir las iglesias donde se habian reunido los fieles. Cometieron en ellas profanaciones y excesos increíbles: sobre todo, se encarnizó su furor contra los eclesiásticos, los monges y las vírgenes; los herian con sus armas, y varios quedaron muertos en el acto, ó murieron de allí á poco de resultas de las heridas. Otros fueron pisoteados y despachurrados en aquel tumulto: los mas, cubiertos de heridas, eran arrastrados á los calabos.

(1) Era este Eusebio natural de Mesopotamia, y habia sido discípulo de Eusebio de Cesarea. El pueblo de Emesa no le quiso admitir porque tenia fama de astrólogo. Pero Flauilio de Antioquia logró poco tiempo despues ponerle en posesion. Sin embargo, sus relaciones con los arrianos no estorbaban que mas adelante le acusaran de ebullianismo; lo que parece acreditar que no adoptaba sus errores. Habia compuesto varios libros escritos con elegancia contra los judíos, los paganos y novicianos, y algunas homilias sobre los Evangelios. Pero de todas estas obras no quedan mas que cortisimos fragmentos. Las homilias que se han publicado con su nombre, no son suyas.

zos. Las vírgenes y viudas consagradas á Dios estuvieron expuestas á los mayores ultrajes: las sagradas formas fueron arrebatadas y arrojadas á un lodazal por los paganos, que celebraron sacrificios en el altar, blasfemando de Jesucristo y cantando himnos en honor de sus dioses. Quemaron todos los libros sagrados que pudieron hallar, y bajando desnudos al bantisterio, cometieron allí infamias que el pudor no permite referir. Entre otras, una iglesia fué enteramente devastada: robaron los muebles, los vasos y los tesoros que encerraba: lleváronse hasta las puertas y balcones, y despues la quemaron juntamente con el bautisterio (1).

Ademas de estos desórdenes del populacho, Gregorio y Filagro ejercieron por sí mismos otras violencias no menos odiosas: quitaron á los ministros de la Iglesia y á las vírgenes las distrincciones que les pertenecian: pusieron en prisiones ó condenaron á destierro á multitud de personas de todos estados; otras fueron públicamente azotadas y vendidas como esclavos, ó adjudicadas al fisco en calidad de tales. Estas persecuciones principadas durante la cuaresma, no se suspendieron ni por el luto del viernes santo, ni por la solemnidad de la Pascua; y aun en estos mismos dias fueron azotadas y encarceladas muchas personas. Despues de haber arrebatado á los católicos todas las iglesias, no se les permitia ni aun reunirse en las casas particulares. Se buscaba á los sacerdotes con tanto rigor, que los enfermos en peligro de muerte no podian recibir los sacramentos y consuelos de la religion; pero mas querian verse privados de ellos que comunicar con los hereges solicitando su ministerio. Gregorio hizo despues una visita general del Egipto, siempre acompañado del prefecto de Filagro y de Balacio, que traia el título de duque ó comandante general de las tropas. En todas partes persiguieron del mismo modo á los católicos, maltratando á los obispos, clérigos y monges que no querian comunicar con ellos, condenando á unos al destierro, y arrastrando á otros cargados de cadenas á las cárceles. El santo obispo Potamon, que ya habia perdido un ojo por la fé cuando la persecucion de los tiranos genites, fué tan duramente maltratado, que murió á poco con la gloria de haber sufrido dos martirios.

Habian alcanzado los arrianos una orden de Constancio para quitar la vida á San Atanasio, y á varios de sus clérigos; pero el santo obispo tuvo tiempo de huir antes que se apoderasen de la iglesia en que se habia refugiado. Dirigieron al emperador una memoria atestada de atroces calumnias y firmada por los principales de la secta, por el prefecto y aun por sacerdotes idólatras. Por su parte escribió el santo patriarca una carta á todos los obispos católicos para informarlos de lo que habia pasado, refiriéndoles todas las violencias de Gregorio, haciéndoles notar todas las irregularidades

(1) Athan. *Epist. ad orthod.*—Apol. II.

de su ordenación, y rogándoles con instancia que no admitiesen sus cartas y que les negasen su comunión, como se la habían negado ya á Pisto, que los eusebianos habían dado anteriormente por obispo á los arrianos.

Obligado San Atanasio á salir de Alejandría, pasó á Roma, á donde el Papa Julio, como dejamos dicho, llamó inmediatamente á los eusebianos; pero éstos, que aun permanecían reunidos en Antioquía, detuvieron hasta que pasase el término prescrito, á los presbíteros que el Papa comisionó para llevar sus letras, y luego discurrieron mil pretextos para excusar su presentación. Cuando se convocó el Papa de que no acudirían, reunió un concilio de unos treinta obispos, en que se examinó con el mayor cuidado la causa de San Atanasio. Ya aparecía sospechosa la acusación de los eusebianos en el hecho de negarse á concurrir á un concilio que sus mismos diputados habían pedido; y el testimonio unánime de los obispos de Egipto, confirmado además con documentos auténticos, destruyó completamente las calumnias inventadas contra el santo patriarca. Fue, pues, declarado inocente á una voz, y confirmado en la comunión de la Iglesia como obispo legítimo.

Otros muchos obispos arrojados de sus sillas por la facción de los arrianos habían acudido también á Roma para someter sus causas al fallo del Papa y hacer que su autoridad los rehabilitase; porque la dignidad y prerrogativas de su silla le daban el derecho de vigilar sobre todas las Iglesias: estos son los propios términos de los historiadores Sócrates y Sozomeno, autores griegos, y por consiguiente no sospechosos de adular á la Iglesia romana (1). Citase entre estos obispos á Asclepas, de Gaza; á Lúcio, de Andrinópolis, y á Marcelo, de Ancria. Como este último era acusado de sabelitanismo, entregó al Papa por instanciamiento del mismo una profesión de fé, en la que después de quejarse de que sus enemigos no se hubieran presentado en el espacio de quince meses en Roma, los acusa de que persistían en sus antiguos errores; de que no reconocían la eternidad del Verbo, y de que le atribuían una *hipostasis* diferente de la del Padre; luego añade que por su parte cree en un solo Dios y en su Hijo único, siempre coexistente con el Padre, cuya virtud y sabiduría es, así como el verdadero Verbo, que es engendrado sin principio, que no ha sido creado, y que es inseparable del Padre. El concilio se manifestó satisfecho con esta profesión de fé, y decretó la reposición de Marcelo, de Ancria, y de los otros obispos injustamente depuestos. Escribió el Papa á los eusebianos para notificarles esta sentencia, y responder con ella á las excusas livianas que habían alegado para no comparecer. Repúndoles primeramente la animosidad, la presunción y la altanería indelicada que se notaba en su carta: hace ver la injusticia de sus quejas con motivo de la

convocación de un nuevo concilio, recordándoles que sus mismos diputados lo habían solicitado, y que la regla establecida en el concilio de Nicea autorizaba las apelaciones legítimas y la revisión de las sentencias eclesiásticas, para ofrecer á los acusados seguridades contra los efectos de la negligencia ó la pasión. Les expone todo lo que había algún tiempo se estaba haciendo por intrigas suyas en favor de los arrianos, para acreditar cómo despreciaban ellos mismos la decisión de los concilios y el fallo pronunciado por toda la Iglesia contra los hereges. Pasando luego á los motivos que habían determinado al concilio á sentenciar en favor de San Atanasio y de Marcelo, de Ancria, insiste en los numerosos testimonios que comprobaban su inocencia: discute los cargos que se les achacaban, y no deja de notar todas las irregularidades, todas las pruebas de injusticia y de violencia que tan visiblemente resaltaban en los procedimientos y sentencia de los eusebianos: censura sobre todo fuertemente la ordenación de Gregorio, hecha contra todas las reglas de la Iglesia, porque después que el Papa había convocado un concilio, no debía nadie prevenir el juicio de este, ni había necesidad de ordenar en Antioquía un obispo para la Iglesia de Alejandría sin la participación de los obispos de Egipto, y menos darle escolta militar para ponerle en posesión á pesar de la opinión del clero y de todo el pueblo católico. Por último, añade el Papa: "Si Atanasio y Marcelo eran culpados, lo que debía hacerse fué escribimos á todos y someter su causa á nuestra decisión; porque no se trataba de Iglesias comunes, sino de aquellas que los apóstoles gobernaron personalmente. ¿Por qué no se nos escribía principalmente tocante á la ciudad de Alejandría? ¿No sabéis que la costumbre era dirigirse primero á nos, y que la decisión debía salir de aquí? Ahora, después de haber hecho cuanto se ha querido sin nuestra participación, se pretende que lo aprobemos sin conocimiento de causa. No son estas las reglas que nos enseñaron los apóstoles, y nos transmitió la tradición de nuestros padres. Os declaro lo que hemos aprendido del bienaventurado apóstol Pedro; y es cosa tan universalmente sabida, que jamás hubiera creído necesario escribirla, á no ser por lo que ha sucedido." Aquí se ve un testimonio notable de la tradición de la Iglesia sobre la antoñidad de la Santa Sede, y también se encuentra una prueba de ella en la apelación de los obispos depuestos y en la decisión dada á su favor; decisión que Sócrates y Sozomeno atribuyen, no á la autoridad del concilio de Roma, sino á la del mismo Papa. Celebróse este concilio en el año 341 ó 342.

Sin embargo, como los eusebianos continuaban sus atentados, y Pablo de Constantinopla acababa de ser expulsado segunda vez de su silla, el Papa participó al emperador Constante las violencias de aquellos contra los católicos, y este príncipe transmitió las quejas á su hermano Constantino, rogándole que le enviase tres obispos para dar cuenta de la deposición de Pablo y de San Atanasio. No se

(1) Socr. lib. II, cap. XV.—Sozom. lib. III, cap. VIII.

atrevió Constantio á negarle esta satisfacción; y envió cuatro obispos que pasaron á Occidente como diputados del concilio de Antioquia para sostener su fallo y defender á los orientales. San Maximino de Tréveris no quiso comunicar con ellos, y ellos por su parte rehusaron admitir á San Atanasio en su comunión, y tener con él ninguna conferencia; alegando que su condenación, pronunciada por dos concilios, no podía ponerse en cuestión. Habiéndoles padido su profesión de fe, presentaron una cuarta fórmula compuesta por los eusebianos en Antioquia algun tiempo despues de las tres de que hemos hablado antes, y que como ellas no contenia mas que expresiones en apariencia católicas; pero omitiendo siempre la palabra consustancial. Esta omisión hizo creer á Constante que los obispos de Alejandria y de Constantinopla eran perseguidos especialmente por su adhesión á la fe de Nicea; y convencido de que los crímenes de que se los acusaba no eran mas que un medio para disfrazar la verdadera causa de este ódio encarnizado, se manifestó cada día mas dispuesto á protegerlos contra sus enemigos (1).

Habia sabido San Antonio por revelación, mas de un año antes de la intrusión de Gregorio, los desórdenes que los arrianos debían cometer con este motivo en la Iglesia de Alejandria. Habiéndose quedado un día mucho tiempo en contemplación, entró como en éxtasis, y comenzó á temblar exhalando profundos suspiros. Preguntáronle sus discípulos la causa, y les contestó llorando: "La cólera de Dios va á caer sobre la Iglesia, que va á ser entregada á hombres semejantes á los brutos. He visto la santa mesa rodeada de animales, que á patadas derribaban lo que habia encima de ella, y una voz exclamaba: "Mi altar será profanado." Con todo, á fin de consolar á sus discípulos, añadió el santo: "No os desaniméis, hijos míos: la Iglesia recobrará su belleza y esplendor ordinarios, y véreis reintegrados en sus puestos á los oprimidos, vencida la impiedad y predicada libremente la fe católica. Mientras tanto, no os dejéis contagiar por los arrianos: su doctrina no es la de los apóstoles, sino la de los demonios."

Interin Gregorio ejercía sus violencias contra los católicos, habiendo sabido San Antonio que el duque Balacio mandaba azotar con varas á las vírgenes y á los solitarios para satisfacer las pasiones del obispo intruso, le escribió en estos términos: "Estoy viendo caer sobre tí la cólera de Dios. Deja, pues, de perseguir á los cristianos, no ven que te sorprenda aquella, porque te amenaza de cerca." Balacio despreció este aviso, arrojó al suelo la carta, maltrató á los que la llevaron, y les encargó dieran á Antonio esta respuesta: "Una vez que tú tienes cuidado de los monjes, no tardaré yo en irte á buscar tambien." Apenas pasaron cinco dias, cuando se cumplió la

(1) Athan. *De Synod.*—*Sacr. Sozom.*

predicción del santo. Viajando el general con el vicario de Egipto, Nestorio, montados ambos en caballos mansísimos, al cabo de un rato comenzaron éstos á retozar, y el de Nestorio se abalanzó repentinamente sobre Balacio, y le despedazó los muslos á bocados. Al instante le volvieron á Alejandria, donde murió á las setenta y dos horas. Este suceso aumentó el respeto que se tenía á San Antonio, y los magistrados y el pueblo se apresuraban á ir á pedirle consejo. Daba á todos saludables advertencias; pero no salia jamas de su celda sin repugnancia, diciendo á los que le importunaban para que se presentase mas, que así como el pez muere estando mucho tiempo fuera del agua, así los monjes se relajau cuando viven en medio del mundo (1).

Tenia entonces San Antonio noventa años, y queriendo el demonio, que de tantos modos le habia tentado, tentarle tambien por el orgullo, le sugirió el pensamiento que no habia en el desierto otro monje mas perfecto que él. Pero hallándose dormido una noche, le reveló Dios que un poco mas allá de su morada habia un solitario de mas consumada virtud, y le mandó que fuese á visitarle. El santo se puso en camino sin saber á dónde iba, confiado en la dirección de la Providencia; y al tercer día á la madrugada, llegó á la cueva en que San Pablo, primer ermitaño, vivia retirado hacia cerca de noventa años. Este, al oír ruido, cerró la puerta, y no la abrió hasta el medio día, despues de haberle estado suplicando San Antonio que le recibiese, y protestado que no se marcharia sin verle. Al punto se abrazaron y se saludaron por sus nombres, aunque no habian oído jamas hablar el uno del otro. Hicieron oracion juntos, y luego dijo San Pablo á Antonio: "Aquí tienes al que has buscado con tanta fatiga: no ves mas que un cuerpo consumido por la vejez, y que no tardará en convertirse en polvo. Pero dime, ¿qué hace ahora el género humano? ¿Cómo se gobierna el mundo? ¿Hay todavía adoradores de los demonios?" Mientras estaban hablando vieron un cuervo posado en las ramas de un árbol, que tomando suavemente el vuelo, les puso delante un pan y se marchó. San Pablo dijo: "Admira la bondad del Señor que nos ha enviado nuestro alimento: hace sesenta años que recibo diariamente por este medio la mitad de un pan: hoy, con motivo de tu visita, ha doblado Jesucristo la ración." Dadas á Dios gracias, y habiendo comido al lado de una fuente, pasaron la noche en oracion. En cuanto vino el día, principió San Pablo la conversacion con estas palabras: "Hermano mio, ya hacia bastante tiempo que sabia yo que vivias en este desierto, y Dios me habia prometido que te conoceria. Como he llegado mi última hora, te ha enviado para enterrar mi cuerpo: te ruego, pues, que vayas á buscar para amortajarme, la capa que te dió el obispo Atansio." San Antonio, sumergido en la tris-

(1) Athan. *Vit. Anton.*
Tom. I.

teza, marchó á su monasterio, y hallando en el camino á dos discípulos suyos que le preguntaron la causa de tan larga ausencia, les respondió: «¿Qué desgraciado pecador soy! ¿Cuán injustamente llevo el nombre de monje! He visto á Elias, he visto á Juan en el desierto.» Y sin hacer más explicaciones ni tomar alimento alguno, sacó de su celda la capa, y apresuradamente se puso en camino, pensando siempre en San Pablo, y temiendo no hallarle ya vivo. Así fué: al siguiente día apenas había caminado algunas horas, le vió subir al cielo en medio de ángeles; y cuando llegó á la gruta, viendo que no respiraba, abrazó el cadáver llorando, le sacó fuera, le envolvió y cantó himnos y salmos según la costumbre de la Iglesia. Hallábase apurado para abrir la sepultura, cuando vió acudir dos leones que se arrimaron al cuerpo, le acariciaron, cavaron después la tierra con sus uñas, y desaparecieron. Entonces San Antonio enterró el cadáver, y al siguiente día se retiró, llevándose la túnica que el mismo San Pablo se había hecho con ojas de palmera entrelazadas. En adelante siempre vistió San Antonio esta túnica en las grandes solemnidades, y especialmente en los días de Pasena y de Pentecostes (1).

El partido de los arrianos había perdido hacia poco tiempo sus principales geles. Eusebio de Nicomedia, que tanto había contribuido por sus intrigas é influencia á que triunfase aquel en una parte del Oriente, murió de edad avanzada, casi á poco de concluirse el concilio de Antioquia. El pueblo católico de Constantinopla se aprovechó de esta circunstancia para reponer á Pablo en su silla, de que había sido despojado injustamente. Pero los arrianos hicieron ordenar á Maccedonio en otra iglesia; y encendiéndose los ánimas por ambas partes, se peleó por algunos días, pareciendo bastantes personas en la refrega. Informado Constancio de estos desórdenes, envió á un oficial para que echara á Pablo de su Iglesia; y como el pueblo opusiese fuerte resistencia á esta medida, y el oficial tratara de emplear la fuerza para llevarla á cabo, irritada la multitud le acometió furiosamente, quemó su casa, le mató y le arrastró por las calles de la ciudad. Este nuevo motin determinó á Constancio á pasar en persona á Constantinopla, donde cediendo á los ruegos del senado y del pueblo, se contentó, para castigar á los habitantes, con rebajar la mitad del trigo que gratuitamente se les concedía. Mas destruyó de la ciudad á Pablo, aunque sin confirmar la elección de Maccedonio, hecha sin su consentimiento, y que había sido también la causa de aquellas sangrientas reyertas. Le dejó solamente una Iglesia particular, y se volvió en seguida á Antioquia, donde aun estaban reunidos la mayor parte de los eusebianos (2).

(1) Hieron. *Vit. Panii*.

(2) Socr. lib. II, cap. XII.—Sozom. lib. II, cap. VII.

Eusebio de Cesares había muerto antes del concilio de Antioquia; y hacía el año 340. No se sabe positivamente ni el tiempo ni el lugar de su nacimiento; pero se cree que era originario de Cesarea en Palestina, donde pasó al menos la mayor parte de su juventud. Ordenóle presbítero de esta Iglesia, el obispo Agapio, y se unió en estrecha amistad con el mártir San Pánfilo, cuyo nombre tomó también. Durante la persecucion de Diocleciano, hizo varios viajes por la Palestina, el Egipto y hasta la Tebaida, donde fué testigo de los combates de algunos mártires. También el fué encarcelado por la fé; y aunque se haya sospechado que debió su libertad á la apostasía, esta acusacion no se funda en ningún dato positivo. Cuando llegó á ser obispo de Cesarea, tomó parte activa en todas las intrigas de los arrianos. Asistió al concilio de Antioquia contra San Eustasio, y al de Tiro contra San Atanasio, y fué uno de los diputados enviados á Constantino para sostener la sentencia de este último concilio. Entonces fué cuando pronunció en honor del citado emperador un largo panegirico, que aun poseemos. Hallóse en el concilio de Constantinopla contra Marcelo, de Ancira, y la faccion de los eusebianos le encargó de refutar los escritos de este obispo, acusado de haber enseñado los errores del sabelianismo (1).

Había compuesto gran número de obras, cuya mayor parte no han llegado á nuestras manos; pero las que restan, son suficientes para atestiguar su mucha erudicion. Ademas del tratado contra Hierocles, donde demuestra la inverosimilitud y las contradicciones de la historia de Apolonio Tiane, cuyos supuestos milagros se contraponian á los de Jesucristo, emprendió Eusebio en defensa de la religion su grande tratado, que ofrece la polémica mas sabia y victoriosa que nos ha quedado de la antigüedad contra los judíos y los paganos. Divídese esta obra en dos partes: una se llama Preparacion, y la otra Demonstracion evangélica. El objeto de la Preparacion, es hacer ver que los cristianos tuvieron razon de preferir á la filosofia de los griegos y á las fábulas de los paganos, la doctrina revelada en las Santas Escrituras. Después de una ligera exposicion de las pruebas que confirman la verdad de la religion cristiana, emplea Eusebio los seis primeros libros en combatir todas las formas y sistemas de la idolatria. Enumera las diferentes opiniones de los filósofos sobre el origen del mundo: describe los misterios y ceremonias del paganismo, y dá á conocer la mitología fabulosa de las naciones mas célebres, apoyándose en el testimonio de sus propios autores, cuyas palabras cita textualmente. Después pondera todas las extravagancias de estas fábulas y misterios, y para echar por tierra el sistema de los filósofos neoplatónicos, que trataban de justificarlas con explicaciones alegóricas, hace ver que toda la religion de los paganos descansaba en su mitología, tomada

(1) Véase el P. Cellier, *Hist. de los aut. eccl. tom. IV.*

materialmente, y que aun adoptando las alegorías de los físicos siempre sería una prosera idolatría el adorar con el nombre de dioses y diosas los astros, los elementos y la materia. Como estos filósofos, al paso que reconocían un Dios supremo y único, ponían á sus órdenes unos genios inferiores, encargados del gobierno del mundo, á los que solamente se dirigen los sacrificios, oraciones y homenajes del culto exterior, Eusebio hace resaltar los absurdos y contradicciones de esta doctrina, manifestando que desnaturaliza enteramente la religion, y fundándose en la confesion del mismo Porfirio, que enseñaba que los genios malos eran los únicos que exigian los sacrificios sangrientos. Dedicase sobre todo, á destruir el argumento que sacaban los paganos de las predicciones de sus oráculos: prueba que deben ser atribuidos por la mayor parte á la superchería de los sacerdotes paganos; y por toda clase de medios mina los fundamentos de la adivinacion en general, que pinta como una invencion y un engaño del demonio: luego examina menudamente los oráculos mas célebres, para demostrar su ilusion; y por fin, impugna los delirios de la astrología y la doctrina del destino, tan difundidos entre los paganos.

Despues de esta refutacion de la idolatría, expone Eusebio en los nueve libros siguientes, los principales fundamentos de la religion seguida por los patriarcas y por todos los justos, desde el principio del mundo hasta Moisés, y hace ver su santidad, comparando la santidad de sus dogmas y la perfeccion de su moral, con las absurdas fábulas y misterios infames del paganismo. Viniendo en seguida á la ley que los judíos recibieron, explica sus disposiciones mas importantes: prueba su excelencia por las virtudes que manda practicar y han practicado gran número de los que la han abrazado: refiere los testimonios de diferentes autores, que siendo paganos, han hecho su elogio, ó cuyas relaciones se hallaban acordes con las de la Biblia sobre el diluvio, la torre de Babel, la confusion de lenguas ó otros puntos de la historia santa: luego, contestando á la imputacion que hacian los griegos á los cristianos de haber recibido su religion de los bárbaros, demuestra que los griegos mismos han sacado de esta fuente todos sus conocimientos; y despues de citar en prueba de ello la confesion de sus propios autores, expone detenidamente los principales puntos de la doctrina de Platon, para hacer ver su conformidad con los dogmas contenidos en las Santas Escrituras. Pero al mismo tiempo nota los errores de este filósofo, y los de los autores mas célebres, la divergencia en sus opiniones, sus variaciones, sus dudas, sus disputas interminables sobre las mas importantes cuestiones; de donde concluye que no puede ser suficiente la filosofia para ilustrar á los hombres acerca de sus deberes, y que los cristianos han tenido razon de abrazar una doctrina fundada en la autoridad de la divina palabra, y transmitida por una tradicion que sube hasta el principio del mundo.

En la Demostracion evangelica se propuso Eusebio por objeto, demostrar con argumentos mas directos, la divinidad del cristianismo, y probar contra los judíos, que los cristianos no debieron atenerse á la ley de Moises, escrita para un pueblo particular, que estaba encerrado en un pais poco estenso, en vez de que la ley de Eusebio se dirige á todas las naciones. Manifiesta que Dios habia prometido una nueva alianza, que debia extenderse hasta los gentiles; y despues de haber demostrado que todas las profecias se han cumplido en la persona de Jesucristo, prueba su divinidad por la excelencia de su doctrina, por la santidad de su vida, y por el esplendor de sus milagros. Todas las consideraciones que expone sobre este punto son de tal fuerza y evidencia, que nada dejan que desear. Confirma la sinceridad del testimonio de los apóstoles por todos los caracteres que señalan su buena fé; por su constancia en predicar el Evangelio, arrojando los peligros, los tormentos y la muerte, y en fin, por la absoluta imposibilidad de que hubiesen concebido el proyecto de enganar al mundo, sobre hechos públicos, ó que lo hubiesen logrado.

Hace ver igualmente por todas las circunstancias de los milagros de Jesucristo y con otras muchas razones, cuán absurdo sería quererlos atribuir á magia. Expone despues la doctrina cristiana sobre la naturaleza del Verbo divino, sobre las causas, accidentes, naturaleza y efectos de la Encarnacion. Finalmente, entra en una explicacion individual de todas las profecias concernientes al Mesias, el tiempo de su nacimiento y las particularidades de su vida y passion. No conservamos mas que algunos fragmentos de los diez últimos libros que contenian probablemente la explicacion de las profecias sobre la sepultura, la resurreccion y ascension de Jesucristo, sobre la fundacion de su Iglesia, y la conversion de los gentiles.

Otra obra de Eusebio no menos importante, y la que mas ha contribuido á darle celebridad, es su Historia eclesiástica, dividida en diez libros. Principia con la predicacion del Evangelio, y alcanza hasta el fin de las persecuciones. Aunque se le censuran algunas inexactitudes mas ó menos graves, aunque haya algo de confusion en el orden ó data de los hechos, y por otra parte se echen menos algunos mas pormenores sobre el conjunto de los sucesos; no por eso deja de ser infinitamente preciosa, ya porque se compone en gran parte de pasages tomados de autores cuyas obras se han perdido, ya porque es la historia mas antigua y auténtica que nos queda de los primeros siglos de la Iglesia. La que Helgesipo habia publicado, no ha llegado á nosotros; Sócrates, Sozomeno y Teodoro principieron las suyas donde acabó la de Eusebio; y Niceforo Callisto, que en el siglo XIV aprendió escribir una nueva historia de la Iglesia desde el origen del cristianismo, recargó su obra con multitud de narraciones fabulosas ó tradiciones populares, que no

tienen ninguna autenticidad. Por lo demas, la Historia eclesiástica de Eusebio, así como sus otras obras, es mas estimable por el fondo que por la forma. El estilo, en sentir de Focio, carece de numerosidad y elevacion: puede añadirse que ordinariamente es pesado, polijo y lleno á veces de una fraseología declamatoria, que sabe un poco el enfasis oriental. Rufino tradujo al latin esta obra, añadiéndole dos libros que contienen la continuacion de la historia hasta la muerte de Teodosio. La vida de Constantino, publicada en cuatro libros por Eusebio, puede considerarse tambien como una continuacion de su Historia eclesiástica, á la cual se junta ademas como un complemento necesario, la obra del mismo autor sobre los mártires de Palestina.

Igualmente habia publicado Eusebio una Historia universal, en que prescataba de una manera compendiosa todos los acontecimientos notables en todas las naciones desde el principio del mundo hasta el reinado de Constantino. Se dividió en dos partes: la primera tenia por título Cronología, y la segunda Crónica. El objeto principal era fijar la época en que vivió Moisés, y manifestar que era mas antiguo que todos los poetas griegos, y aun anterior á todos los héroes y dioses del paganismo, á fin de responder de este modo á las preocupaciones de los paganos sobre la antigüedad de su religion. En la primera parte exponia Eusebio separadamente la historia y cronología particular de todos los pueblos, y en la segunda, que empezaba en la vocacion de Abraham, y que era como una tabla ó un compendio sinóptico de la primera, reunia todas estas cronologías comparadas, para que presentadas así, el lector pudiera abrazar de una ojeada los principales sucesos que habian ocurrido en una misma época en todos los países. San Jerónimo habia traducido esta obra, continuándola hasta el reinado de Teodosio, y haciendo en ella otras varias adiciones, principalmente sobre la historia romana; pero no nos queda mas que la segunda parte de esta version latina, es decir, la Crónica con algunos trozos sueltos de la primera. En cuanto al texto griego de toda la obra entera, se ha perdido igualmente, salvo algunos fragmentos bastante largos que se hallan en Jorge Sincello ó en otros autores, y que Saenger recogió.

Las demas obras que nos quedan de Eusebio, son los libros que escribió contra Marcelo de Ancyra, el tratado sobre los lugares que se citan en la Sagrada Escritura, los comentarios sobre los salmos y sobre Isaías, publicados por Montfaucon, el discurso en alabanza de Constantino, una traduccion latina del primer libro de la apolojía de Orígenes, y finalmente, fragmentos mas ó menos considerables de otras escrituras que no han llegado enteros á nuestras manos.

Si ha merecido unánimes elogios la erudicion de Eusebio, su conducta en las cuestiones del arrianismo ha dejado una especie de

berro en su memoria, y justifica demasiado las dudas que sobre su ortodoxia se han suscitado por desgracia. Han procurado algunos autores probar con diferentes pasajes de sus escritos, que habia profesado constantemente, ó á lo menos despues del concilio de Nicea, la doctrina católica sobre la divinidad del Verbo; y con efecto, en el quinto libro de la Demostracion evangélica, escrita por los años de 313, dice expresamente, que el Hijo no fué sacado de la nada como las demas criaturas: que no ha sido producido en tiempo determinado, sino que subsiste antes de todos los tiempos, coexistiendo con el Padre como engendrado de su sustancia. En los libros contra Marcelo de Ancyra condena tambien á los que se atrevian á decir que el Verbo es una criatura sacada de la nada; lo que prueba evidentemente que estaba muy lejos de admitir ó de aprobar todas las impiedades de Arrio. Sin embargo, en las mismas obras se hallan otras proposiciones que no pueden explicarse en sentido ortodoxo. Por ejemplo, afirma Eusebio que el Padre y el Hijo no son iguales en dignidad; que se diferencian en este concepto lo mismo que una copia de su original; que el Padre subsiste antes de la generacion del Verbo; y que lo ha engendrado por un efecto libre de su voluntad, para que fuese una especie de mediador ó de potencia média entre Dios y las criaturas. Acusa á Marcelo de sabelianismo por haber dicho que Dios y su Verbo eran una misma cosa, y no quiere tampoco que pueda decirse que el Dios supremo ha encarnado. Por último, en una carta á Eufrazio, citada por San Atanasio, no habia dudado afirmar claramente que el Hijo no es verdadero Dios. De todos estos pasages, en la apariencia contradictorios, deba deducirse que Eusebio no era precisamente arriano hasta el punto de negar en un todo la divinidad del Verbo, y colocarle en el número de las criaturas; pero que admitia, sin embargo, los errores de aquellos que en lo sucesivo se llamaron semi-arrianos, los cuales al paso que reconocian que el Hijo es engendrado de la sustancia del Padre y anterior de todos los tiempos, es decir, antes de la produccion de ninguna criatura, se negaban con todo á admitir su eternidad, y le miraban como subordinado é inferior al Padre.

Efectivamente, la herejía de Arrio habia suscitado una cuestion complexa, que permitia una gran divergencia de opiniones, y que desde su origen produjo el gérmen de las divisiones que mas adelante veremos manifestarse entre sus partidarios. Negando la divinidad de Jesucristo contra la constante y unánime tradicion de los cristianos, no tardó aquel herejía en verse obligado, para adquirir sectarios, á disimular con una pacion de sutilezas y equívocos, una impiedad tan monstruosa, y así logró que se interesaran por él, á mas de algunos arrianos declarados, varios obispos que solo admitian en parte sus errores, ó que acaso los desecharan absolutamente. Como Sabelio habia negado la distincion real de las

Personas divinas, Arrio comenzó declarándose antagonista de esta heregía, sin dejar jamás de acusar como incurso en ella, á todos los que impugnaban su propia doctrina. La adopción de la palabra consustancial sirvió luego de pretexto á sus partidarios para renovar esta acusación, porque ellos proponían, á pesar de todas las explicaciones de los católicos, que esta voz expresaba ó hacía suponer la identidad de las Personas divinas. Por su parte adoptaron, como para fijar mejor la personalidad real del Padre y del Hijo, la palabra *hipóstasis* ó *subsistencia*, cuya significación, hasta entonces, indeterminada, podía igualmente referirse á la sustancia ó á la persona, y esta palabra, usada ya por Arrio, llegó á ser célebre en las discusiones á que su heregía dió lugar. Para no incurrir en el sabellianismo era menester, según los arrianos, reconocer varias hipóstasis en la Trinidad, y es uno de los puntos que Eusebio toma á su cargo probar contra Marcelo de Ancira. Pero en su lenguaje esta expresión significaba varias sustancias diferentes; cosa que la hizo sospechosa por mucho tiempo á los ojos de los católicos, y debió moverlos al principio á sostener la unidad de hipóstasis, hasta que el uso producido por la continuación de discusiones, redujo al fin á esta palabra á no expresar más que la personalidad. Según la doctrina de Arrio, el Hijo tenía una hipóstasis diferente del Padre, en el sentido de que subsistía fuera de éste, como una simple criatura escada de la nada. Según los principios de Eusebio y de otros muchos semi-arrianos, el Verbo era engendrado de la sustancia del Padre, y subsistía como su Hijo y su imagen, de modo que él tenía también una hipóstasis propia; pero con caracteres que marcaban su inferioridad; aunque sin embargo la calidad de Hijo la hiciese participante de la divina naturaleza, y le separase completamente de las criaturas. Finalmente, otros admitiendo varias hipóstasis, acaso sin conocer bien el valor de esta palabra, confiaban al mismo tiempo la absoluta igualdad del Padre y del Hijo, y no discordaban de los católicos sino en negarse á usar la palabra consustancial, cuya significación les parecía equívoca. Se ve, pues, cómo Eusebio se aleja á un tiempo de los arrianos y de los católicos en cuanto á la naturaleza del Verbo; pero estaba acorde con los primeros en otro punto, que era una consecuencia de la doctrina de aquellos y de la suya, porque sostenía como ellos, que el Verbo era producido por un acto libre de la voluntad del Padre; y con efecto se concibe que Eusebio no hubiera podido reconocer en la naturaleza divina una generación necesaria, aunque voluntaria, sin convenir al mismo tiempo con los católicos, no solamente en que el Verbo era Dios, sino en que el Padre no había existido jamás sin producirle. Últimamente, parece cierto que negaba con los arrianos la divinidad del Espíritu Santo, aunque tuvo menos ocasiones de explicarse sobre este error, que solo mucho más adelante expusieron de una manera muy explícita los últimos sectarios del arrianismo.

Poco después de la muerte de Eusebio, otro escritor, de quien solo sabemos que se llamó Julio Firmico Materno, combatió en el Occidente la idolatría por medio de una obra elegante y llena de erudición, cuyo título es: *Del error de las religiones profanas*. Explica en ella el origen de los dioses del paganismó, y critica con vehemencia los absurdos y las infamias de su historia y culto. Exhorta muchas veces á los emperadores á que empleen su autoridad para abolir enteramente estas extravagantes supersticiones, para destruir los ídolos, para despojar sus templos y reunir al tesoro imperial los bienes de los Pontífices (1).

Los hijos de Constantino, herederos del celo de su padre, confirmaron con nuevas leyes prohibitivas, las que había sido aplicado para vedar los sacrificios de los paganos. Se halla expresa esta prohibición en una ley de Constancio, promulgada el año 311, y un rescripto de Constante dirigido en el siguiente al prefecto de Roma, supone la existencia de aquella; porque al mandar que se conserven los templos situados fuera de la ciudad, como que debían servir al pueblo para los espectáculos y juegos de circo, declara al mismo tiempo que debe abolirse toda superstición. Han supuesto algunos autores que estas leyes y las de Constantino sobre el mismo asunto, no se referían más que á los sacrificios secretos ó hechos por personas particulares; pero sus expresiones son demasiado generales para permitir semejante restricción; y si algunos monumentos comprueban que continuaron practicándose públicamente las ceremonias paganas, solo debe concluirse de ahí, que las citadas leyes no se observaron.

Contribuyó por entonces el emperador Constancio á establecer el cristianismo entre los heremitas ó antiguos sabios, que ocupaban la extremidad de la Arabia feliz hácia el Océano. Su religión era una mezcla de idolatría y judaísmo. Aseguraban ser descendientes de Abraham, y practicaban la circuncisión á los ocho días del nacimiento; pero adoraban los astros y algunas divinidades particulares. Constancio envió embajadores con magníficos presentes para pedir la facultad de construir en aquel país algunas iglesias para el uso de los mercaderes romanos y de los habitantes que voluntariamente se convirtiesen. El jefe de la embajada fué un indio llamado Teófilo, que enviado en rehén desde que era joven, al

(1) Debemos hacer aquí mención de un escritor que vivió casi en la misma época, y que se ha hecho notable, como el primer poeta cristiano, cuyas obras han llegado á nuestros tiempos. Lámose: Venio Aquilino Juvenio, y era descendiente de una de las mas ilustres familias de España. San Gerónimo dice que era presbítero; pero nada nos sabemos de su vida. Compuso hácia el fin del reinado de Constantino, un poema, dividido en cuatro libros, en el que refiere la vida de Jesucristo, trasladando casi palabra por palabra, el texto de los Evangelios. Este poema en versos exámetros, se ha impreso muchas veces.

gran Constantino, no solo había recibido la fé cristiana, sino que había abrazado la vida monástica. Eusebio de Nicomedia le había ordenado de diácono, y los arrianos le confirieron el título de obispo para esta misión, que tuvo un completo y feliz éxito. El príncipe de los homéotas se convirtió con parte de sus súbditos, y mandó edificar á su costa tres iglesias, una en Dabar, capital del país, otra en la ciudad de Aden para los comerciantes romanos, y la tercera en el golfo Pérsico (1).

Cada día se aumentaba el número de los cristianos en la Persia con la predicacion y milagros de algunos santos obispos y de una multitud de solitarios. Irritaban en extremo estos progresos á los magos ó gefes de la religion de los persas, los cuales se valieron de su influencia para levantar contra la Iglesia una de las mas violentas persecuciones que ha sufrido jamas. La guerra que hacia entonces el emperador Constantio á los persas, fué para ellos una ocasion y un medio de concitar el odio contra los cristianos, representándolos como adictos á los intereses de los romanos, cuya religion profesaban. Particularmente envidaron á San Simeon, arzobispo de las ciudades reales de Seleucia y Ctesiphonte (2), de que mantenia inteligencia con el emperador, y le descubria los negocios de Persia. Persuadido el rey Sapor con estas calumnias, principió por agobiar á los cristianos con excesivos impuestos, cuyo importe hizo recaudar con un rigor inhumano. Mandó despues derribar las iglesias, confiscar sus riquezas, quemar todos los monasterios y degollar á todos los sacerdotes y á los otros individuos del clero. Los magos que habian provocado estas medidas, fueron tambien muchos en número en el reino de los persas, se entregaron con un ardor increíble á la demolicion de las iglesias y á la pesquisa de los cristianos. Principió esta persecucion en el año 343, y siguió todo el tiempo que reinó Sapor, es decir, hasta el año 380.

Hizo comparecer el rey á su presencia á San Simeon cargado de cadenas, y le mandó que adorase al sol, prometiéndole grandes recompensas si obedecia, y amenazándole de lo contrario que le quitaria la vida á él y á todos los cristianos. Como el santo se mostrase inflexible, Sapor le hizo encarcelar, con la esperanza de que una larga y rigorosa reclusion le obligaria á mudar de parecer. Al pasar echó de ver el santo obispo al emvico Ustazadio, que habia sidoayo del rey, y que ocupaba uno de los primeros destinos de la corte. Este emvico era cristiano; pero habia cometido la vileza de

(1) Philostorg. *Hist.* lib. III, cap. IV.

(2) Eataban situadas estas dos ciudades en las dos orillas opuestas del Tigris, á una legua de distancia una de otra. Ambas tenian la categoria de capitales, y los reyes de Persia residian alternativamente en ellas. Los dos estaban sometidas á un solo obispo, que era el metropolitano de toda la Persia.

adorar al sol para conservar sus bienes. Reprendióle agriamente San Simeon esta apostasia, y al instante Ustazadio, conociendo la enormidad de su culpa, se puso un vestido de luto, se sentó á la puerta de palacio, y manifestó su dolor con lágrimas y sollozos. Mandó el rey que se presentase, y le preguntó si habia sucedido en su casa alguna desgracia. «No, respondió; pero ¡ojá! que me hubiesen acontecido todas las calamidades, antes que haber cometido el crimen que causa mi dolor y mis remordimientos. Soy indigno de vivir y de ver el sol, que fingi, por complaceros, que adoraba.» Sorprendido é irritado Sapor, de tan repentina mudanza, que atribuia á los maleficios de los cristianos, se valió sucesivamente de caricias y amenazas para vencer á aquel anciano, á quien conservaba un tierno afecto. Mas conociendo que todo era infructuoso, mandó por último que le decapitaran. Para reparar Ustazadio el escándalo de su apostasia, pidió por favor que un pregonero publicase en los lugares acostumbrados, que no era sentenciado por ningún crimen contra el rey, sino solamente por ser cristiano, y no haber querido renegar de su Dios. Consintió en ello Sapor con tanto mas gusto, cuanto que esperaba que con este ejemplo de severidad lograria intimidar á los cristianos.

Al día siguiente, viernes santo, hizo el rey comparecer de nuevo á San Simeon, y no pudiendo atraerle de ninguna manera, le sentenció á ser degollado con mas de otros cien eclesiásticos, entre los que habia sacerdotes y obispos. Cuando los llevaban al suplicio, les salió al encuentro el gefe de los magos, y les ofreció el perdón si renunciaban á Jesucristo y adoraban al sol; pero todos desecharon con horror esta proposicion. Interin les cortaban la cabeza, San Simeon, puesto de pié en medio de ellos, los exhortaba á sufrir generosamente la muerte con la esperanza de una vida gloriosa; y por último le decapitaron á él con dos clérigos de su Iglesia llamados Abdecalas y Ananias. Pareciendo que este último manifestaba miedo en el acto del suplicio, el capataz de los trabajadores, llamado Psiquis, no titubeó en decirle: «Padre mio, animaos, cerrad los ojos un momento, é iréis á gozar de la luz celestial.» Apenas pronunció estas palabras, cuando le prendieron y presentaron al rey. Confesó que era cristiano, y defendió su religion con valerosa firmeza; por lo cual se recurrió para atormentarle á la mas refinada y bárbara crueldad. Tambien fué delatada y sentenciada á muerte su hija, que habia consagrado á Dios su virginidad.

Al año siguiente, y en el mismo día de viernes santo, se publicó en toda la Persia un edicto que hacia extensiva á todos los cristianos la pena de muerte, anteriormente decretada contra los eclesiásticos. Una multitud infinita de personas de toda edad, sexo y condicion, fueron sacrificadas entonces por la fé; porque los magos entraban en todas las casas y hacian pesquisas rigorosísimas para descubrir á todos los que se ocultaban. En esta matanza envolvie-

ron á varios oficiales que ocupaban en la corte puestos distinguidos, San Sadoth, sucesor de San Simeon, no tardó en ser preso con su clero y cierto número de solitarios y vírgenes, entre todos ciento veintiocho personas. Cinco meses los tuvieron en un horrible calabozo, de donde los sacaban de tiempo en tiempo para atormentarlos, apretándolos con cuerdas ó entre vigas; pero como se manifestaban insensibles, tanto á las promesas con que los halagaban, como á la violencia de los tormentos, los condenaron á ser decapitados.

Aumentóse tambien el odio á los cristianos con motivo de una enfermedad que acometió por entonces á la reina. Había esta princesa abrazado la religion de los judíos, los cuales acusaron á las dos hermanas de San Simeon, de que la habian maldiciado con sus sortilegios, para vengar la muerte de su hermano. Por esta absurda calumnia fueron entregadas al jefe de los magos para que les formara causa. La una llamada Ferbnta, que habia consagrado á Dios su virginidad, era tan hermosa, que el mago se prendió de ella, y le envió decir al día siguiente que si quería casarse con él, sería perdonada por mediacion suya, así como su hermana. Pero la santa respondió indignada que era esposa de Jesucristo, y no temia la muerte, que la reuniria con su hermano. Habiendo ambas rehusado esta gracia, que se les ofrecia con la condicion de adorar al sol, fueron serradas por medio del cuerpo, y se colgó cada mitad á un lado de la cañe, por donde pasó luego la reina, como para vencer el sortilegio: porque era una costumbre antigua en el Oriente, practicar ciertas purificaciones, pasando así por medio de las victimas divididas en dos mitades.

Con todo, observando Sapor que diariamente morian una multitud de súbditos suyos, que preferian el martirio á la apostasia; y habiendo sentido sobre todo la pérdida de un eminente suyo de los mas hábiles y fieles, llamado Azades, se decidió al fin á limitar la pena de muerte á los eclesiásticos, monges y vírgenes. Pero esta ley restrictiva hizo que se redoblase el furor contra los que quedaban sujetos á la proscripción. El Adiabenes, situado en la frontera de los romanos, y casi todo cristiano, fué el principal teatro de las mas horribles crueldades. Los obispos, sacerdotes y religiosos de uno y otro sexo, sufrían todo género de tormentos. Azolábanles con correijas; les apretaban los miembros con cuerdas ó palos nudosos, hasta hacer eruir los huesos; rompianles los dientes y las quijadas á pedradas; y luego que estaban cubiertos de heridas, volvian á encerrarlos en horros calabozos, para que allí muriesen de hambre. Durante esta persecucion sucumbieron veintiseis obispos. Entre los demas mártires se habian conservado los nombres de diez y seis mil, hombres y mugeres, y los restantes fueron tan-

los, que nunca se pudieron saber sus nombres, por mucho cuidado que tomasen los cristianos de Persia y de Siria (1).

Otras pruebas no menos funestas tenia que sufrir la Iglesia en el imperio romano por los artificios y violencias de los arrianos. A los tres años de haber enviado la diputacion á Constante, es decir, en el de 343, se juntaron varios obispos de aquel partido en Antioquia, para extender otra nueva exposicion de fé, y justificar su doctrina con los occidentales, que los acusaban de heregia. Esta fórmula no contenia en la aparéncia mas que expresiones católicas. Reconociase en ella que Jesucristo es verdaderamente Dios por su naturaleza, y semejante al Padre en todas cosas. Se condenaba á los que se atrevian á decir que el Hijo fué sacado de la nada, ó de otra hipóstasis y no de Dios, y que hubo un tiempo en que no existia; pero como en todas las fórmulas precedentes se guardaban bien de emplear las palabras *sustancia* ó *consustancial*, y segun la costumbre de los arrianos, se aparentaba una fuerte oposicion al sabelianismo, condenando determinadamente á Marcelo, de Ancira, á quien se imputaba esta heregia, y á Fotino, que con efecto acababa de renovarla.

Los orientales enviaron esta profesión de fé á Occidentales por medio de algunos obispos, que la presentaron á un concilio congregado entouces en Milán por disposicion de Constante, para procurar el remedio á las turbulencias de la Iglesia. Asistia en persona el emperador, y habia mandado concurrir á San Atanasio. El concilio se negó á suscribir la fórmula de los orientales, declarando que se atenia simplemente á la fé de Nicca; al contrario, instó á los diputados para que condenasen la heregia de Arrio; pero se resistieron y salieron furiosos de la asamblea (2).

El emperador Constante, que habia solicitado ya repetidas veces de su hermano la rehabilitacion de San Atanasio y de Pablo de Constantinopla, tomó al fin el partido de escribirle para la convocacion de un concilio general de los obispos de Oriente y Occidente. Contribuyeron mucho para inspirarle esta resolución el Papa Julio, San Maximino de Tréveris y el célebre Osio. No se atrevió Constante á negar su consentimiento, y convinieron congregarla en Sardica (Italia), sobre la frontera de ambos imperios, al principio del año 347. No están acordes los autores sobre el número de obispos que asistieron á él; pero es cierto que lo menos eran cerca de descientos. Entre los mas ilustres por su mérito ó por la dignidad de sus sillas se nota á Osio, de Córdoba, Protógenes, de Sardica, Verisimo de Leon (Francia), Maximino, de Tréveris, San Protas-

(1) La relacion de esta persecucion se halla en Sosomano. (*Hist. eccles. lib. II*); y pueden verse mas pormenores sobre este asunto en la *Biblioteca oriental* de José Simon Assemaní, tom. I y III, y en el *Martirolog. Pers. y las actas de los mártires de Oriente*, publicadas por Ervoldo Assemaní.

(2) Athan. de Synod.—Soer. lib. II.—Soerom. lib. III.

sio, de Milán y Grato, de Cartago. No pudiendo concurrir el Papa Julio, envió como legados suyos á los presbíteros Archidamo y Filoxeno, encargados con Osio de presidir en su nombre.

Los obispos de Oriente que fueron á Sardica, serian unos ochenta, casi todos adictos al partido de los eusebianos. Eran los principales Esteban, de Antioquia, Acacio, de Cesarea (Palestina), Maris, de Calcedonia, Basilio, de Ancira, Ursacio, de Singidon, Valente, de Mursa y el famoso Isiquitas, á quien la secta nombró obispo de la Mareotis en recompensa de sus calumnias. Temian, y con razon, la sentencia de un concilio, donde no podrian dominar por la violencia; y por este motivo dejaron muchos de concurrir. Pero no queriendo aparentar que desconfiaban de su causa, como contaban con el crédito y proteccion de dos condes encargados de apoyarles en nombre de Constancio, y como por otra parte se figuraban que San Atanasio no se atreveria á comparecer en la presencia de tantos acusadores, resolvieron concurrir á Sardica; pero decididos á no tomar parte en el concilio, si no sucedian las cosas á su gusto, y buscar un pretexto para retirarse. Las noticias que fueron recibiendo por el camino, acabaron por inclinarlos á esta última resolución, porque supieron que no solamente se presentaban San Atanasio y los demás obispos depuestos, con toda confianza para justificarse ante el concilio, sino que además se levantaban una porcion de quejas contra ellos mismos, y que se verian precisados á contestar á los cargos de ciertos acusadores, que iban con las pruebas en la mano á denunciar sus violencias. Los obispos y sacerdotes que habian sido desterrados por ellos, se personaban con sus parientes y amigos, que aun no habian vuelto del destierro, ó á pedir justicia para vengar á los que habian perdido la vida. Citábanse muchos obispos, y entre otros Teódule, de Trajanópolis, precisados á fugarse para librarse de la sentencia de muerte que por las calumnias de sus perseguidores se habia fulminado contra ellos; algunos enseñaban las heridas que habian recibido; otros alegaban que casi se los habia reducido á morir de hambre; cabildos enteros habian enviado diputados para denunciar los atentados de toda especie cometidos contra eclesiásticos ó simples fieles, á fin de forzarlos á comunicar con los arrianos (1).

Estas noticias pusieron á los eusebianos en la mayor perplejidad: tuvieron muchas conferencias, y acordaron al cabo que pasarían á Sardica; pero solamente para que constase su presentacion, y para protestar contra las resoluciones del concilio. Al mismo tiempo emplearon todas las precauciones, y hasta las amenazas y la violencia para conservar en su faccion á todos los orientales, como se supo

(1) Athan. *Apol. Epist. ad Solit.*—Hilar. *Fragm.*—Theod. *lib. II.*—Sozom. *lib. III.*

por el testimonio de dos obispos de la Palestina, Macario y Asteric, que tuvieron el valor suficiente para separarse de ellos. Llegados á Sardica se mantuvieron cerrados en el palacio en que los alojaron, sin permitir á ninguno de los orientales que asistiese al concilio, ni aun entrase en la Iglesia en que se celebraba. Daban por excusa que no podian tomar parte en una asamblea que comunicaba con Atanasio, Marcelo, de Ancira, y otros obispos legitimamente condenados; pedian ante todas cosas que el concilio apartase de su comunión á aquel; como les era absolutamente necesario un pretexto, insistieron muchos dias en la misma pretension; pero fué desechada como no admisible despues de la sentencia del concilio de Roma, y se les instó de viva voz y por escrito para que compareciesen á exponer sus razones, haciéndoles presente que ellos mismos se condenarian si se negaban á justificar sus acusaciones, á exhibir las pruebas, y á ser confrontados con unos adversarios que nada deseaban mas que ser juzgados en presencia suya. Entonces recurrieron á otro efugio. Dijeron que sin agraviar á los Padres que concurrieron á los concilios celebrados en el Oriente, no podian revisarse sus sentencias en uno de Occidente, y que además esta revision en aquella circunstancia, no era posible por haber muerto la mayor parte de los testigos y acusadores. El Papa Julio habia refutado ya el primer punto de esta pretension, y hécholas conocer que no podia defenderse despues de haberse resuelto ellos á concurrir á Sardica, cuyo concilio tuvo por principal objeto examinar de nuevo la causa de los obispos depuestos. En cuanto al segundo punto no era mas fundado que el otro, supuesto que ellos habian llevado consigo cinco de los obispos diputados por el concilio de Tiro, para que hiciesen las informaciones en la Mareotis. Así se contentaron con pedir que se enviasen obispos á los lugares de los sucesos para que procedieran á nuevas informaciones, y verificasen los hechos alegados contra San Atanasio. Pero tampoco se conformó el concilio con esta solicitud, que no propendia mas que á eludir la resolucion con dilaciones inútiles, una vez que se hallaban presentes todos los testigos necesarios; se tenian á la vista los antecedentes, y no podia esperarse la adquisicion de mas auténticas deposiciones en un país donde el crédito de los eusebianos y el apoyo del poder temporal les daban medios seguros para seducir é intimidar á los testigos y violentar la justicia. Nada emitió Osio para decidirlas á que expusieran sus quejas, ya delante del concilio, ya ante él solo, no cesando de repetirles que la causa se examinaría y juzgaría con la mas rigurosa imparcialidad, y ofreciéndoles llevarse consigo á San Atanasio á España, si no consentian en admitirlo á su comunión aun cuando fuese declarado inocente.

Pusáronse así muchos dias en infructuosas negociaciones, hasta que por último, no teniendo ya los eusebianos otras razones que alegar, manifestaron que se veian en la precision de marchar de or-

don de Constancio, para ir á celebrar una victoria que habia alcanzado de los persas. El concilio se burló de este pretexto impertinente, y les escribió que se presentasen á responder de las calumnias y otros crímenes de que eran acusados, ó que su fuga los haria juzgar culpados y probaria la inocencia de aquellos á quienes habian perseguido. Pero no desistieron por eso de su resolución: marcharon precipitadamente de noche, y se retiraron á Filippolis en la Tracia.

Después de su partida trató el concilio de los negocios que tenia que ventilar. Algunos Padres propusieron que se compusiese otra nueva profesión de fé; pero se desechó la proposición, y declaró el concilio que era preciso atenerse al símbolo de Nicea, para no dar lugar á creer que le juzgaban defestioso. Aunque la inocencia de San Atanasio parecia bien clara en el hecho de huir sus enemigos; no dejaron de discutirse con interrumpida atención todos los cargos alegados contra él; y hallándose reconocido que eran falsos en vista de documentos fe hechos ó testimonios irrecusables, fué confirmado solemnemente en la comunión de la Iglesia. Marcelo, de Ancira y Asclepas, de Gaza, fueron declarados asimismo inocentes, después de un maduro exámen de los documentos que servian para justificarlos (1).

El concilio pasó después á examinar las quejas que de todas partes se habian levantado contra los eusebianos; ya no podia quedar duda alguna en cuanto á sus calumnias y violencias. Ademas, era evidente que habian formado el designio de hacer triunfar al erianismo, supuesto que recibian en su comunión á arrianos deterninadamente excomulgados en el concilio de Nicea; los elevaban hasta al sacerdocio y al episcopado, y no llevaban otro objeto en todos sus atentados, que obligar á los fieles á comunicar con estos hereges. Pronuncióse, pues, sentencia condenatoria contra ocho de los principales gefes de esta faccion, que fueron depuestos del episcopado, y privados de la comunión de los fieles. Los tres usurpado-

(1) A pesar de esta rehabilitacion, la ortodoxia de Marcelo, de Ancira, que es muy sospechosa, y la ortodoxia de los orientales le imputaron siempre la tacha de herejico. San Basilio, San Juan Crisostomo y otros muchos le han acusado de que profetaba realmente los errores de Fofino, su discípulo; y aun aparece de los fragmentos de San Hilario, que fué condenado por San Atanasio casi inmediatamente después del concilio de Nicea. Pero este último hecho parece á lo menos muy dudoso, pues que San Atanasio en su epístola á los apocritarios, y en su apología compuesta hácia el año 358 contaba todavía á Marcelo, de Ancira, entre los obispos ortodoxos; lo que supone que si habia tenido dudas acerca de su doctrina, se habian disipado entonces plenamente. Si como fuere, el concilio de Sardica juzgó á Marcelo, examinando sus libros, como el Papa Julio le habia abuelto en vista de su profesión de fé manifiestamente católica; y aunque este obispo hubiese acudido en efecto sus opiniones heterodoxas, nada podria concluirse contra estas sentencias que no recaian sobre errores secretos ó formalmente retractados.

res de las sillas de San Atanasio, Marcelo y Asclepas, á saber, Gregorio, obispo intruso de Alejandría; Basilio, de Ancira y Quinciano, de Gaza, fueron igualmente depuestos y excomulgados. Se prohibió escribirles ni recibir sus cartas, y quedaron privados de ejercer sus funciones los ordenados por ellos. Estas diversas sentencias fueron notificadas en varias cartas sinodales: una de ellas dirigida á todos los obispos, contiene una relacion extensa de cuanto habia pasado en el concilio, y les exhorta á aprobar con sus firmas los decretos de aquel; otra escrita al Papa Julio en particular se limita á participar en pocas palabras las decisiones tomadas, añadiendo que sabria los pormenores por sus legados ó por las mismas actas, y rogándole que informase á los obispos de Italia, de Sicilia y de Cerdeña. La tercera dirigida á los emperadores, contenia tambien la exposicion de cuanto habia ocurrido, y en ella se les suplicaba que pusiesen término á las persecuciones de los arrianos, y que prohibiesen á los magistrados intervenir con su autoridad en las cuestiones eclesiásticas. Por último, se escribieron otras cartas á las Iglesias cuyos obispos habian sido rehabilitados, á fin de exhortar á los fieles á que se separaran de los usurpadores ordenados por los eusebianos; mas de trescientos obispos firmaron estas resoluciones en las copias que se les enviaron.

Terminados así los negocios particulares que se habian sometido á su exámen, el concilio hizo muchos reglamentos de disciplina que no tardaron en recibirse así en Oriente como en Occidente, y que se citaron por mucha tiempo con el nombre de concilio de Nicea, como continuation del cual se miró en cierto modo el de Sardica, porque no habia tenido otro objeto que confirmar las doctrinas del primero. Compónense éstos reglamentos de veinte cánones: en los dos primeros se prohibe á los obispos pasar de una silla á otra, so pena de excomunion, y sin que puedan alegar como disculpa que fueron llamados por cartas ó por eleccion de los pueblos, porque es fácil conseguir dichas cartas sobornando á los fieles. Se añade que si alguno resultare culpable de estos artificios, será privado de la comunión; aun en el artículo de la muerte; lo que debe entenderse de la reconciliacion solemne de que hemos hablado varias veces. Otros cánones confirman ó explican las reglas establecidas sobre la ordenacion de los obispos, su jurisdiccion y los deberes de la residencia. Se prohibe elegir para obispos á los fieles recién bautizados, ó á los que no hayan ejercido mucho tiempo las funciones de lector, de diácono ó de presbítero, y establecer sillas episcopales en pueblos pequeños para no degradar la dignidad. Prohíbese á los obispos, so pena de ser depuestos, que hagan viajes á la corte, á no tener una orden expresa del emperador, ó mediar una grave necesidad; y se autoriza á los obispos de las ciudades sitas en los caminos reales, para que cuando vean pasar á otro obispo, se informen á dónde va y con qué objeto; tambien se les prohibe pasar mas de tres semanas

fuera de su diócesis sin causa legítima; y esta regla se extendió hasta los sacerdotes y diáconos. Ultimamente, se permite á los presbíteros y diáconos excomulgados por su obispo apelar al concilio de la provincia; añadiendo que la sentencia de aquel deberá subsistir provisionalmente, y que antes de la revisión nadie podrá comunicar con ellos.

Peró los cánones más importantes son los concernientes al enjuiciamiento de los obispos, por lo que nos parece que debemos ponerlos textualmente para añadir algunas observaciones. El tercer canon termina con una proposición de Osio, concebida así: "Si un obispo condenado por cualquiera causa, está tan seguro de su derecho, que quiere ser de nuevo juzgado en un concilio; honremos, si lo hallais por conveniente, la memoria de San Pedro, de modo que los que hayan examinado la causa escriban al obispo de Roma, y si este juzga oportuno rever la causa, elija los jueces: si cree que no ha lugar á la revisión, se atenderá á lo que haya decidido." Todo el concilio aprobó esta proposición. Algunos autores heterodoxos han querido ver en este canon el origen de las apelaciones á Roma; y la fórmula condicional, "si lo hallais por conveniente," les parece que demuestra que se trata de un nuevo derecho subordinado al beneplácito del concilio, y no de una prerogativa inherente á la primacía del soberano Pontífice. Pero es evidente que ni en el fondo ni en la forma de la proposición de Osio, hay la menor apariencia de fundamento á la inducción que quiere sacarse de ella, porque por una parte no se trata de ningún modo de apelación intentada ante la Santa Sede: por un obispo sentenciado, sino de un paso que deban dar los mismos jueces para honrar al sumo Pontífice, sometiéndole la causa aun antes que se la lleven en apelación, es decir, que si un obispo pide la revisión de su sentencia, en vez de apelar á otro concilio y ante jueces nombrados por el metropolitano en las inmediatas provincias; deberá dirigirse al Papa para que falle por sí solo, á nombre otros jueces, lo que evidentemente no tiene conexión alguna con una apelación interpuesta ante el Papa por el sentenciado. Por otra parte, las palabras, "si lo tenéis por conveniente," son una fórmula usada en los concilios aun respecto de las proposiciones menos sujetas á controversia.

El cuarto canon prescribe que si un obispo, depuesto por sentencia de los obispos limítrofes, declara que desea que se revea su causa en Roma, no deberá ordenarse obispo que le suceda, hasta que el Papa le haya fallado en apelación. Ultimamente el canon sétimo está concebido en estos términos: "Cuando un obispo depuesto por el concilio de la provincia haya apelado y llevado su causa ante el obispo de Roma; si el Papa tiene á bien que sea examinada de nuevo, se dignará de escribir á los obispos de la provincia inmediata, para que procedan á instruir y fallar la causa con el mayor cuidado posible; y si el obispo depuesto le persuade que envíe un pres-

bítero cerca de su persona, el Papa podrá en este punto hacer lo que tenga por conveniente. Estará en sus facultades enviar comisarios que juzguen en virtud de su autoridad con los obispos, ó decidie que éstos procedan solos á terminar la causa." Aquí se ve formalmente reconocida la autoridad del soberano Pontífice, y es manifiesto que semejantes disposiciones no se dirigen á crear nuevas prerogativas, sino á sostener y confirmar el derecho que esencialmente pertenece al Papa, porque muchos obispos que asistían al concilio, habían intentado ya anteriormente apelaciones á la Santa Sede, y el Papa Julio despues de haber empleado su autoridad para rehabilitar á San Atanasio, proclamó este derecho incontestable y constantemente reconocido por todos los cristianos.

Los eusebianos que se habían retirado de Sardica, se juntaron en Filipoópolis en Tracia para celebrar un concilio particular, que querían hacer pasar por el único legítimo. Allí publicaron una larga carta sinodal que espacieron por todas partes, con fecha en Sardica, para que así tuviese mas autoridad. Renovaban en ella sus calumnias contra San Atanasio y los demas obispos depuestos por ellos; los acusaban de que introducían la division y perturbaban la Iglesia entera con el fin de mantenerse en sus dignidades: se quejaban de que los occidentales, despreciando las sentencias de los concilios celebrados en el Oriente, hubiesen concedido su comunión á obispos cargados de crímenes; y con este pretexto tuvieron la increíble temeridad de excomulgar á los mas celosos defensores de la fé católica, á Osio, á San Maximino, de Tréveris, y hasta al mismo Papa Julio. Terminaban la carta con otra nueva profesion de fé, en que omitían, como era su costumbre, la palabra consustancial pero condenando, sin embargo, á los que decían que el Hijo fué hecho de la nada, ó que es de otra sustancia diferente de la del Padre. Dirigieron esta sinodal á todos los obispos, y entre ellos á Donato, obispo cismático de Cartago, para atraerle al partido de los arrianos; no por eso dejaron los donatistas de conservar la verdadera doctrina sobre la consustancialidad del Verbo (1).

Este criminal atentado de los ensebianos causó por algun tiempo una grande division entre las Iglesias de Oriente y Occidente. Los obispos de esta última, unidos al soberano Pontífice, permanecian adictos invariablemente á la fé de Nicea, y no querían comunicar con los que se apartaban de ella. Al contrario, en Oriente el partido de los arrianos sostenido por el emperador, continuaba dominando, menos á la verdad por el número de sus adictos que por la violencia. Muchos obispos y gran parte de los fieles, y en especial los monges y las vírgenes, conservaban pura la doctrina católica; profesaban el símbolo de Nicea sin restriccion, y se manifiesta

(1) Hilar. Frozem.—Sozom. lib. III.—August. Contr. Crescon. lib. III. cap. XXXIV.

ban unidos en creencia y comunión con San Atanasio y los occidentales: otros que en sustancia tenían la misma doctrina, solo repugnaban la palabra consustancial, y no se obstinaban en impugnarla sino porque se habían comprometido á no admitirla desde el principio. Últimamente, algunos persuadidos de los perjuicios de las disputas, se adherían á un partido ó á otro, según los atraía el crédito ó la amistad; y así es como los ensebianos, cuya mayor parte eran al parecer tolerados todavía por la iglesia, hallaban el medio de hacer que cierto número de católicos abrazasen sus intereses, cuidando de disipular sus errores con expresiones que podían admitir en cierto modo un sentido ortodoxo (1).

Después de la condenación de sus gefes principales en el concilio de Sardica, redoblaron los ensebianos sus violencias contra los que se refusaban á comunicarse con ellos. A diez personas cortaron la cabeza por esta razon en la ciudad de Andrinópolis, y al obispo le cargaron de cadenas que le sujetaban por el cuello y las manos, y así le enviaron al destierro, en que murió de sus padecimientos. Los dos obispos de Arabia, Asterio y Macario, que los habían abandonado en Sardica, fueron desterrados despues de experimentar todo género de malos tratamientos; otros muchos tuvieron que sufrir iguales persecuciones. Como el intento principal de los ensebianos era impedir á San Atanasio el regreso á su Iglesia, determinaron á Constantio á que mandase guardar los puertos y las entradas de las ciudades, y aun le hicieron escribir á los magistrados de Alejandria que si se le hallaba en la ciudad ó sus inmediaciones, seria permitido cortarle la cabeza (2).

Entre tanto, quiso el emperador Constante que se observase lo dispuesto en el concilio de Sardica, y repuso á los obispos injustamente depuestos. Así, escribió á su hermano Constantio una carta llena de firmeza, en que declaraba que si era necesario, él mismo iria á repararlos á la cabeza de su ejército; y comisionó para llevarla de su parte y de la del concilio á dos obispos, Vicente, de Capua, y Eufratas, de Colonia; con un oficial llamado Salieno. La noticia de que iba aquella diputación, alarmó á los arrianos, y sobre todo, á Esteban, obispo de Antioquia, uno de los depuestos en el concilio de Sardica. Para impedir sus efectos trató de manchar la reputación de los dos obispos; y en cuanto llegaron á Antioquia, por la primavera del año 348, se dirigió Esteban á un joven libertino, llamado Onagrio, para que introdujese en el aposento de aquellos á una prostituta, á quien facilitó la entrada un criado de la casa. Despertando Eufratas al ruido que causó al entrar, apenas hubo oido voz de muger, hizo una exclamacion de sorpresa y de terror é invocó el nombre de Jesucristo. Asombrada tambien la ramera, y

viendo á un anciano, que parecia obispo, comenzó á dar gritos y se quejó de que la habían engañado. Entoncez acudió Onagrio con muchos de sus compañeros de desórdenes, y esforzándose en vano para hacerla callar, decían á voces que habían hallado á los obispos con una muger pública; todos los de la casa acudieron al ruido y se apresuraron á cerrar las puertas. Onagrio se escapó; pero rindieron á este cómplice y á la cortesana. Al siguiente dia acudieron los obispos, acompañados de Salieno, para pedir justicia contra esta infamia. El emperador Constantio mandó que se diese tormento á los presos para que descubriesen el autor y cómplices de la trama. Tambien fué aprehendido Onagrio y comparció la tercera de la cortesana; y por las deposiciones de todos se justificó que esta intriga odiosa se había urdido por órden de Esteban. Se le puso, pues, á disposicion de los obispos que se hallaban reunidos en Antioquia, y no pudieron menos de deponerle y excomulgarle. A pesar de esto, los arrianos tuvieron todavía bastante crédito para nombrar en su lugar á Leoncio, á quien no había querido San Eustaquio admitir en su clero, y que elevado posteriormente al sacerdocio, se había hecho irregular, constrándose á sí mismo á fin de poder habitar con una muger de quien no queria separarse (1).

Luzimado Constantio con las amenazas de su hermano, consultó á los principales ensebianos, que no dudaron aconsejarle que accediese á los deseos de éste para evitar la guerra civil, cuyo éxito podia ser funesto á su partido en ocasion en que todas las fuerzas del Oriente estaban empleadas contra los persas. Fuero, pues, repuestos en sus sillas, San Pablo, de Constantinopla, y Asclepas de Gaza; y Constantio escribió sucesivamente tres cartas á San Atanasio para asegurarle que podia volver á su Iglesia con toda confianza. El santo patriarca, que conocia muy bien al disimulo y el odio de sus enemigos, no creyó prudente apresurar su regreso, mientras Gregorio vivió. Pero muerto éste al comenzar el año 349, no vaciló San Atanasio en marchar allá. En todo el tránsito recibió las muestras de union y amistad de los obispos, y en particular del Pape Julio, que escribió á la Iglesia de Alejandria una carta de felicitacion por esta ocurrencia. Habiendo pasado á Antioquia para ver á Constantio, no quiso comunicarse con Leoncio, y se unió á los eustatianos que celebraban sus juntas en casas particulares. El emperador, sin embargo, le recibió con todas las señales de un sincero afecto: le recomendó al clero y pueblo de Alejandria; mandó anular todos los procedimientos, cartas y otras actas que existian contra él y contra sus parciales en los archivos públicos; y le prometió, por último, hasta con juramento, que jamas daria crédito á las calumnias de sus enemigos. Mas como al mismo tiempo le pidióese que dejara una iglesia en Alejandria para los que no perío-

(1) Soer. lib. II, cap. XX.—Sozom. lib. III, cap. XIII.

(2) Athan. *Epist. ad Solit.*

(1) Athan. *Ad Solit.*—Theod. lib. II.

nejian á su comunión; el santo obispo, á fin de salir del apuro, respondió que consentiría en ello, si se concedía de la misma manera á los de su comunión otra iglesia en Antioquia. Los arrianos no quisieron admitir esta condición, y Constancio abandonó su intento.

Continuando San Atanasio su viage por Siria, llegó á Jerusalem, donde San Máximo y otros quince obispos de la Palestina se reunieron en concilio y abrazaron su comunión. Al fin entró en la ciudad de Alejandria en el año 349, despues de ocho de ausencia, y fué recibido con increíble alegría. Todos se deshacían en acciones de gracias, corrían en tropel á las iglesias para oír sus instrucciones, y rivalizaban sobre todo en celo y docilidad para ponerlas en práctica. Parecia cada casa un templo destinado á la oracion, y animados los fieles de una santa emulacion, se ejercitaban á porfia en obras de caridad y en actos de todas las virtudes cristianas. Los obispos de Egipto y de la Libia, íntimamente adheridos á su santo patriarca, acudieron en gran número á la metrópoli, y todos solícitos firmaron los decretos del concilio de Sardica. Otra multitud de obispos de todos los países le escribían diariamente para asegurarle que continuaban en su comunión. Aun muchos de sus enemigos buscaban su amistad, disculpándose con la violencia de los arrianos, y retractando lo que habían hecho ó escrito contra él. Ursacio y Valente entre otros, viendo que San Atanasio había sido repuesto honoríficamente, aparentaron al menos que se reconciliaban con él; y en una carta declararon que abrazaban su comunión, y se retractaron por escrito de todas las calumnias que le habían imputado (1).

Poco despues del concilio de Sardica se congregó otro en Milán contra Fotino, obispo de Sirmio, que renovaba los errores de Sabelio y de Pablo de Samosata. Era natural de Ancrea en Galacia, discípulo del obispo Marcelo, á quien los arrianos acusaban de los mismos errores. Por su talento había llegado á ocupar la silla metropolitana de la Hirie; y su vanidad, junta á la corrupción de sus costumbres, le arrastró á la manía de dogmatizar; negó la distincion de las divinas Personas, y afirmó que Jesucristo era puro hombre, que había tenido principio en Maria, y que no era propiamente Hijo de Dios, ni estaba personalmente unido á la divinidad. Ya los obispos orientales habían condenado á este herejia en el concilio celebrado en Antioquia el año 345. Los occidentales le depusieron y excomulgaron la primera vez el año 347, en el concilio de Milán, y la segunda el de 349, en otro concilio congregado, según unos, en la misma ciudad, y según otros en Roma. Pero quedaron sin efecto estas condenaciones, y no se le pudo expulsar de su silla hasta dos años despues.

(1) Athan. Apol. II.—Sozom. lib. III.

Tambien intentó el emperador Constante poner coto á las divisiones que turbaban la Iglesia de Africa. En el año 347 envió á esta provincia á Pablo y Macario, oficiales de categoria, encargados de repartir limosnas, y de trabajar por extinguir el cisma. Todo cuanto estuvo á su alcance hicieron los obispos donatistas para oponerse al buen suceso de aquellos. Donato, de Cartago, se desató en injurias contra el emperador, y prohibió en todas partes recibir sus dádivas. Otro Donato, obispo cismático de Bagai, excitó á los circunceliones á tomar las armas, de manera que Pablo y Macario, no hallando otro medio de poner en seguro sus personas y los tesoros que llevaban, se dirigieron al conde de Africa para pedir una fuerte escolta de tropa. Sin embargo, no dejaron de acometerle los circunceliones, y en muchas ciudades fué preciso pelear. Murieron muchos obispos donatistas, y otros se vieron precisados á huir con su clero. Entonces se reunieron á la Iglesia católica una multitud de sus partidarios. Donato, de Bagai, desesperado, se arrojó en un pozo: un tal Márculo se precipitó de una Peña; y la secta les honró como á mártires (1).

Reunieronse los obispos católicos en diferentes provincias para corregir los abusos originados por el cisma; y Grato, obispo de Cartago, congregó con el mismo objeto un concilio de todos los obispos de Africa hácia el año 348 ó 349. Cuéntase por el primer concilio de Cartago, aunque haya habido otros antes, porque es el mas antiguo de que se conservan cánones. Como el error capital de los donatistas consistía en considerar nulos los sacramentos conferidos fuera de su secta; se principió por prohibir que se reiterase el bautismo, administrado en nombre de las tres divinas Personas. Tambien se prohibió honrar como mártires á los que se suicidaban; y despues se hicieron varios reglamentos reducidos en su mayor parte á confirmar algunos decretos de concilios anteriores sobre disciplina. Solo es digno de notarse el cánón que exige que sean tres los obispos para juzgar á un diácono, seis para un presbítero y doce para un obispo.

Así triunfaba generalmente la Iglesia en todas partes por el celo de Constante, cuando este príncipe, despojado del imperio por conjuracion de sus principales oficiales, fué condenado á morir en 27 de Febrero del año 250. Proclamado emperador Magnencio en Autun, se hizo inmediatamente dueño de las Galias, del Africa y de Italia. No obstante que profesaba el cristianismo, por interesadas miras quiso honseñar á los infieles y revocó las leyes de Constantino sobre prohibicion de los sacrificios secretos. De allí á poco tiempo Vetranion visitó la púrpura en la Pannonia, y Nepesiano en Roma. Pero éste último pereció al cabo de veintiocho dias, y no tardó Vetranion en ser despojado por Constancio. Se hallaba

(1) Optat. Miler. lib. III.

está haciendo la guerra á las persas, cuando supo la muerte de su hermano: al punto atendió á la custodia segura de las plazas de Siria, y se puso en camino para el Occidente. Sapor emprendió inmediatamente el sitio de Nisibe en la Mesopotamia, con un ejército considerable; pero esta ciudad, á punto ya de ser tomada, se libertó por las oraciones de Santiago, su ilustre obispo. Sabiendo que Sapor, irritado de la duración del sitio, blasfemaba é insultaba al Dios de los cristianos, se presentó en las murallas á ruegos de su diácono San Efen, y conjuró al Señor para que hiciese ostentación de su poder á vista de los idólatras, disipando aquel ejército por medio de los animales mas pequeños. Al instante cayeron sobre los enemigos nubes de mosquitos que se introducían por las trompas de los elefantes, por los ojos, las orejas y las narices de los caballos, los cuales no pudiendo contenerse ya, rompan las riendas y ponían en el mayor desorden y confusión las filas de los infantes. Forzoso le fué á Sapor reconocer la mano de Dios, y levantando el sitio, se retiró vergonzosamente. Poca despues de este suceso, murió Santiago de Nisibe, el año 350 (1).

Por la misma época, la ciudad de Jerusalem fué testigo de otro milagro que no debemos omitir. El día 7 de Mayo del año 351, apareció en el cielo una cruz luminosa, que deslumbraba con su resplandor y se extendía desde el Calvario hasta el monte de las Olivas, en una longitud de unos tres cuartos de legua, y ancia á proporción. Dejose ver á las nueve de la mañana, y duró muchas horas á la vista de una inmensa poblacion que acudia de tropel á las iglesias, alabando á Jesucristo y confesando su divinidad. Esparciose con prontitud la noticia de este prodigio por todas partes, y se convirtieron, en consecuencia, multitud de judíos y de paganos (2).

Llegado que hubo á la Pannonia el emperador Constancio, gauó al ejército de Vetranio, y así le despojó de la púrpura sin combate, el 25 de Diciembre del año 350. Luego dió el título de César á su primo hermano Galo, y enviándole al Oriente contra las persas, continuó en sus preparativos para acometer á Magnencio que por su parte se adelantaba con numerosas tropas. Despues de algunas negociaciones sin éxito, se trabó batalla el 28 de Setiembre de 351, junto á Mursa, en la Pannonia: disputóse la victoria mucho tiempo; pero al fin quedó por Constancio. No se había atrevido á ponerse á la cabeza de su ejército, y durante la accion había estado en una iglesia orando con algunas personas, entre las cuales se hallaba el obispo arriano Valente, que había tomado todas las disposiciones para saber el primero el resultado de la batalla. Instruido, pues, secretamente de que los enemigos cejaban y

(1) Theodor. lib. II, cap. XXX—Philostorg. lib. III, cap. XXIII.

(2) Sozom. lib. IV, cap. IV.—Ciril. Hierosol. *Epist. ad Const.*

empezaban á huir, fué á participarlo á Constancio, añadiendo con descarada impudencia que lo había sabido por revelacion. Persuadióse el crédulo emperador que la victoria se debía á las oraciones del obispo, y redobló mas su adhesion y celo por el arrianismo. Magnencio derrotado repasó los Alpes y levantó nuevo ejército en las Galias; pero segunda vez fué vencido en el año 353, y se mató de desesperacion, habiendo reinado tres años y algunos meses (1).

Quedó Constancio entonces único dueño del imperio, y en el mismo año publicó un edicto prohibiendo los sacrificios nocturnos que Magnencio había permitido: en el año 357 promulgó dos leyes que abolian todas las prácticas de la magia, y prohibían consultar á los adivinos so pena de muerte: por último, al siguiente mandó que los mágicos despues de sufrir el tormento, fuesen condenados al suplicio de la cruz. No contentándose con destruir indirectamente la idolatría por medio de estas leyes contra el arte adivinatoria, cuyas prácticas supersticiosas formaban parte del culto pagano, publicó otros dos edictos, uno en el año 353 y otro en el de 356, mandando cerrar los templos en todas partes, y prohibiendo enteramente los sacrificios, pena de la vida y de confiscacion de bienes. Aunque estas dos últimas leyes están inserias en el código tendosiano, algunos eruditos modernos niegan su autenticidad, porque aun en época posterior á su publicacion se hallan hechos y monumentos que praxtan el ejercicio público del culto pagano, á lo menos en el Occidente; pero fácilmente se concibe lo frívolo de esta razon, que podría servir para desearchar igualmente otras muchas leyes que han sido mejor observadas.

Muerto Magnencio, el reinado de Constancio no fué mas que una dilatada serie de persecuciones contra los católicos, y desde entonces los arrianos, seguros de su apoyo, no pusieron límites á sus violencias. No habían aguardado á esta época para deshacerse de San Pablo, de Constantinopla, que había sido desterrado muchas veces, y había vuelto á su Iglesia con la proteccion de Constante. Mas luego que murió éste, hallándose aún Constancio en Antioquia, dió orden á Filipo, prefecto del pretorio, de que echase de su silla á Pablo, y colocase en su lugar á Macedonio. Como el pueblo católico manifestaba el mayor afecto al santo obispo, fué necesario usar de maña y ocultar las órdenes del emperador. Pidió el prefecto á San Pablo que fuese á verle para un asunto importante, y al punto hizo embarcarlo en un bajel que estaba pronto para llevarle al lugar de su destierro. Pero cuando llegó el caso de poner á Macedonio en posesion de la Iglesia episcopal, corrió el pueblo á oponerse á su entrada, y echándose los soldados sobre él con espada en mano, quedaron muertos á estocadas ó solocadas entre la muchedumbre mas de tres mil personas. San Pablo, cargado de

(1) Sulpic. *Ser. Hist.* lib. II.
Tom. I

cadena, fué conducido á Cucuca en los desiertos del monte Tandro, y encerrado en una estrecha prisión, donde sus enemigos le ahogaron á fines del año 250 (1).

En el mismo, habiendo escrito algunos obispos de Occidente á los orientales para informarlos de la condenacion de Fotino, éstos en su respuesta unieron al nombre de este hereje el de Marcelo, de Ancira, y aun publicaron que San Atanasio habia condenado al último, apenas concluido el concilio de Sardica: de esta manera esperaban debilitar la autoridad de dicho concilio, y hacer sospechosa la senténcia que habia pronunciado en favor del mismo San Atanasio. Con efecto, este santo patriarca era siempre el principal objeto del odio de los arrianos, que de nuevo principiaron á perseguirle con sus calumnias; pero Constancio no tuvo aún por conveniente inquietarle y porturbar una provincia tan importante como el Egipto, en ocasion en que sus propios intereses le traian bastante apurado. Al contrario, le pareció que debia escribirle para tranquilizarle, y envió órdenes terminantes al duque de Egipto, prohibiéndole que se intentase nada contra aquest (2).

Como Fotino se mantenia en su Iglesia por el afecto que le manifestaba el pueblo, Constancio, á fin de verle nuevamente condenado, reunió en el año 351 un concilio en Sirmio, en la Pannonia, donde esperaba los resultados de la guerra. En él se pronunció contra este hereje senténcia de destitucion; pero prometiéndole su rehabilitacion si queria retractar sus errores. Negóse á ello, y el emperador le envió á un destierro, donde permaneció hasta su muerte. Publicó una obra en griego y latin para defender sus doctrinas, y dejó un corto número de partidarios que se perpetuaron por algun tiempo en la Hiria. El concilio de Sirmio se compuso de veintidos obispos, la mayor parte orientales, y casi todos del partido arriano: los mas conocidos son Basilio, de Ancira; Teodoro, de Heraclia; Narciso, de Neonias; Silvano, de Tarsó; y Márcos, de Aretusa. Redactó una nueva fórmula de fé, compuesta casi enteramente con las palabras de las Santas Escrituras, y que no tiene otra cosa notable que la afectada omission de la voz *consustancial*. Añadieron-se en él veintisiete anatemas contra diferentes errores, particularmente contra los de Fotino, que negaba, como hemos dicho, la distincion de las divinas Personas, y afirmaba que Jesucristo no era mas que un puro hombre. Tambien se condena en dichos anatemas, á los que dicen que el Padre, el Hijo y el Espiritu Santo son tres dioses. En lo concerniente al arrianismo, se condena expresamente á los que dicen que el Hijo fué sacado de la nada, ó que hubo un tiempo en que no existia: que es de otra sustancia y no Dios: que fué hecho por la voluntad de Dios, como las criaturas: ó

(1) Socr. lib. II.—Sozom. lib. III.
(2) Hilar. *Fragm.*—Athanas. *Ad Solit.*

por último, que su divinidad ha experimentado alguna alteracion ó alguna disminucion. Pero al mismo tiempo parece que se asienta su inferioridad, cuando se dice: "Nosotros no igualamos el Hijo al Padre, y le concebimos como subordinado á este." Sin embargo, es posible que con estas palabras se quiere denotar, no una diferencia de naturaleza, sino una relacion de origen, y expresar simplemente que el Hijo procede del Padre, y que no es otro Dios sin principio y no engendrado, sino un mismo Dios con el Padre, que le comunica la naturaleza divina por generacion. Y en efecto, esta es al parecer el sentido que resulta de lo que precede y sigue; de manera, que si debe considerarse esta primera fórmula de Sirmio como insuficiente, porque no expresa el dogma católico con los términos que la Iglesia habia juzgado necesarios para cortar las sutilezas heréticas, se puede decir, sin embargo, que no contiene nada que no admita un sentido ortodoxo: así ha juzgado el mismo San Hilario (1).

Algun tiempo despues, Leoncio, de Antioquia, Acacio, de Cesarea, en Palestina, Teodoro, de Heraclia, y los otros arrianos depuestos en el concilio de Sardica, viendo el crédito que con su impostura habia obtenido Valente, se unieron á él, y todos juntos acudieron al emperador Constancio, para representarle que la reposicion de San Atanasio arruinaba á su partido: que él no habia casado de combatir la doctrina del arrianismo, y que por todas partes esparcia escritos contra ellos, que se hallaban á punto de ser abandonados de todo el mundo, tratados públicamente como hereges, y puestos en la categoria de los maniqueos; tacha que recaeria sobre el mismo emperador, que se habia declarado protector suyo. Añadieron la odiosa calumnia de que San Atanasio, despues de haber procurado irritar contra él al emperador Constante, se habia apresurado á reconocer al usurpador Magnencio por medio de una carta, cuya copia decian tener en su poder. Estos discursos produjeron su efecto en el ánimo débil y crédulo de Constancio, que desde entonces olvidó todas las promesas que habia hecho al santo patriarca, y puso por obra todos los medios para obligar á los obispos á que se apartasen de su comunión.

Habiendo entrado este príncipe en Italia con tales disposiciones, en la primavera del año 352, pareció á los arrianos favorable la ocasion para arrancar al Papa la condenacion de San Atanasio. Escribieron, pues, contra él, é hicieron que al mismo tiempo escribiesen los melicianos unas cartas en que le acusaban de muchos crímenes, y entre otros, de haber conferido órdenes en ciudades donde no tenia jurisdiccion. Estas cartas fueron entregadas al Papa Liberio, que acababa de suceder á Julio en 22 de Mayo del propio año. Muy luego recibió otras que ochenta obispos de Egipto le es-

(1) Hilar. *De Synod.*—Socr. lib. II, cap. XXX.

criban en defensa de su santo patriarca. Juntó el Papa un concilio para examinar este negocio, y habiéndose convenido de la inocencia de San Atanasio, no le quiso condenar. Pero como veía amenazada la fé por la influencia siempre creciente de los arrianos, creyó que debía pedir al emperador la convocación de un concilio en Aquileya, y á este fin dispuso á Vicente, de Capua, y á otro obispo de la Campania.

Los dos legados fueron á buscar á Constancio á las Galias, á donde había pasado después de la muerte de Magnencio, hácia fines del año 353. Dominado el emperador por Valente y los otros arrianos que iban en su comitiva, acataba de congregar un concilio en Arlés para que condenase á San Atanasio, y á fin de asegurar el logro de su intento, había publicado un edicto, en que imponía la pena de destierro á los que se negasen á firmar esta condenación. Los católicos pedían que se tratase primeramente de lo que pertenecía á la fé, y luego pasarían á deliberar sobre las acusaciones personales; y Vicente, de Capua, llegó hasta prometer por escrito, y por el bien de la paz, que se conformaría con los deseos del emperador si se quería antes condenar la heregía de Arrio. Pero Valente y los orientales desecharon esta proposición, y á fuerza de amenazas y malos tratamientos, arrancaron al fin al legado Vicente la condenación del santo doctor. Su ejemplo llevó tras sí á la mayoría de los demás obispos; sin embargo, no tardó aquel en reparar el escándalo de esta carta. San Paulino, de Tréveris, que constantemente se opuso, fué desterrado á Frigia, donde murió después de cinco años de padecimientos, en el 358 (1).

Vivamente allegido el Papa Liberio de la debilidad de su legado, se apresuró á desaprobár públicamente su conducta, exhortando á los obispos á que no se dejasen abatir por las violencias que se ejerciesen contra ellos. También escribió al emperador para pedirle con las mayores instancias la convocación de un concilio, haciéndola presente que no se trataba solo de la causa de San Atanasio, sino de la fé católica, visiblemente comprometida con la oposición manifiesta á condenar la heregía de Arrio. Euvrás esta carta con Lucifer de Caller, metropolitano de Cerdeña é islas adyacentes, prelado que se había hecho ya ilustre en la Iglesia por la pureza de su vida, sus luces, su firmeza y su celo en defensa de la fé; acompañábanle en calidad de legados, un sacerdote y un diácono. El Papa escribió al mismo tiempo á San Eusebio, de Vercelli, y á Fortunatiano, de Aquileya, rogándoles que uniesen sus esfuerzos á los suyos, y apoyasen con sus representaciones, las gestiones que hacía con el emperador. San Eusebio era natural de Cerdeña, y después de haberse ordenado de lector en Roma, había fijado su residencia en Vercelli, para cuyo obispado fué elegido por su mérito eminente

te. Fué el primero que en Occidente reunió las prácticas de la vida monástica á la clerical, habiendo congregado en comunidad á sus eclesiásticos, y viviendo con ellos en los ejercicios regulares del ayuno, de la oración y del trabajo.

Rindióse Constancio á los deseos del Papa, y prometió reunir al año siguiente un concilio en Milán, á donde no concurrieron mas que unos pocos obispos orientales; pero justamente eran los mas arrojados fautores del arrianismo: los occidentales pasaban de trescientos. Previendo San Eusebio, de Vercelli, cuál sería el resultado, no consintió en presentarse en el concilio, sino en fuerza de las urgentes instancias de los obispos, del emperador, y sobre todo de los legados del Papa. Cuando llegó, no le permitieron por espacio de diez dias, entrar en la iglesia donde se celebraba el concilio. Después le mandaron comparecer, y le instaron para que firmase la condenación de San Atanasio. Se negó á ello, pudiendo que primero suscribiesen todos los obispos el símbolo de Nicea. Entonces San Dionisio, obispo de Milán y discípulo de Eusebio, tomó al instante un ejemplar de este símbolo, y el primero se puso en ademán de suscribirle; pero Valente, de Mirra, le arrancó el papel y la pluma de las manos; y como se acaloraba la contesación, el pueblo comenzó á gritar que era necesario expulsar á los arrianos. Temiendo el emperador las resultas de este tumulto, trasladó el concilio á su palacio, y quiso obligar á los Padres á que suscribiesen un edicto en forma de carta, donde la impiedad del arrianismo se manifestaba sin rebozo alguno. Suponia que esta profesión de fé le había sido revelada en un sueño, y que era bien clara la ortodoxia de su creencia, cuando el cielo se declaraba en su favor concediéndole tantas victorias. Juzgaron conveniente los arrianos leer esta fórmula al pueblo, que la desechó horrorizado. Entonces se volvió á tratar de la condenación de San Atanasio, y el emperador mandó que todos los obispos la suscribiesen. Lucifer, Eusebio y Dionisio, le representaron en vano que estaba justificada la inocencia del santo patriarca, con la misma retractación de sus acusadores, y que por otra parte, las reglas de la Iglesia no permitían condenar á un ausente. "Yo soy su acusador, replicó Constancio, sobre mi palabra no puedo quedáros duda alguna, y lo que yo quiero debe servirlos de regla: obedeced, ó seréis desterrados." Los obispos católicos protestaron con firmeza contra semejante tiranía, y le suplicaron que no oprimiese la Iglesia, abusando de un poder de que solo era depositario, y del que temía que dar cuenta en el tribunal de Dios. Pero esta valerosa representación solo sirvió para ponerle furioso: sacó la espada contra ellos, y mandó que los llevaran al suplicio; pero mirando repetidamente de pavor, se contentó con enviarlos desterrados. La mayor parte de los obispos suscribieron, por miedo ó por sorpresa, la sentencia que tan imperiosamente se

(1) Athan. *Ad Solit.*—*Sulp. Sever.* lib. II. *Pr. Joann.* III. c. III.

les exigía. Este fué el resultado del conciliábulo tenido en la primavera del año 358 (1).

San Dionisio, de Milán, confinado en la Capadocia, alcanzó con sus oraciones morir prontamente, para no sobrevivir á la desolación de su Iglesia, porque el emperador puso en su lugar á un arriano llamado Auxencio, que habia sido ordenado presbítere por Gregorio, obispo intruso de Alejandría, y que estaba mucho más versado en los negocios é intereses mercantiles, que en la ciencia de la religion. Ni siquiera entendia la lengua del pueblo que estaba encargado de gobernar, y su apego á la heregia le hacia tan odioso, que fué necesario introducirle en la iglesia á mano armada.

Lucifer de Caller, desterrado á Germánica, en Siria, fué encerrado en una oscura prision, en que nadie podia entrar á verle. San Eusebio, relegado á Scitópolis, en Palestina, tuvo primeramente permiso para recibir á los sacerdotes y diáconos, que le llevaban el ordinario alimento. Pero luego los arrianos le estrecharon la prision y le maltrataron de todos modos. Arrojárse sobre él con furor, le arrastraron por el suelo, le tuvieron muchos dias sin comer, y encerraron en la cárcel á los que le servian ó iban á visitarle. Las circunstancias de este inicuo trato, se hallan en una carta que escribió á la Iglesia de Vercelli y á las inmediatas, para darles gracias por los socorros que le habian enviado con toda solitud. Luego fué desterrado á la Tebaida, como tambien Lucifer.

Lo que más ardientemente deseaba el emperador Constancio, era que la condenacion de San Atanasio fuese confirmada con la autoridad que reside principalmente en el obispo de Roma (2). Envio, pues, para ganar al Papa, al eunuco Eusebio con varios regalos y cartas amanzadoras; pero todo fué inútil. Liberio respondió que no podia condenar sin orle, á un obispo absuelto por sentencia de varios concilios, y repuesto por la autoridad de la Iglesia romana; que si el emperador deseaba la paz de la Iglesia, debía principiar por expulsar á los arrianos que lo rodeaban, mantener intacta la fe de Nicea, y convocar un concilio en que la violencia de las armas no sofocase la libertad de los obispos. Constancio tomó entonces el partido de arestar al soberano Pontífice; y para esto escribió al gobernador de Roma, que prendió á aquel una noche, y le condujo á Milán, donde estaba la corte.

En cuanto llegó, le hizo comparecer el emperador ante su consejo, y movió todos los resortes posibles para vencerle. Le manifestó que todo el mundo habia condenado á Atanasio; que un concilio le habia destituido y excomulgado; que no podia revocarse esta sen-

(1) Sozom. lib. IV.—Athanas. *Ad Solit.*—Sulp. Sev. lib. II.

(2) Son expresiones terminantes de Amiano Marcelino (lib. XV, cap. VII). Conócese por este testimonio de Amiano Marcelino, que era contemporáneo, cuán manifiesta y auténtica era la tradicion general de los cristianos, acerca de la autoridad de la Santa Sede.

tencia, confirmada por la adhesion de casi todos los obispos: que ademas, él tenia quejas personales de Atanasio, quien habia procurado que le declarase la guerra su hermano el emperador Constancio; y que no daba mas importancia á la derrota de Magnencio, que á la expulsion de aquel obispo sedicioso, el cual estaba sembrando el desorden y la division en todo el imperio hacia muchísimo tiempo. El Papa contestó que no era conforme ni á la equidad ni á las reglas de la Iglesia, el condenar á un obispo sin haber oido su defensa: que los que habian condenado á San Atanasio, eran sus enemigos personales; y que los demas que habian suscrito esta sentencia, habian sido forzados con la violencia y las amenazas, ó seducidos con la esperanza de los favores imperiales: que la falsedad de las acusaciones que se le imputaban, estaba demasadamente demostrada con la retractacion de sus enemigos: que el emperador no debía emplear á los obispos para vengar sus personales agravios: que primero era preciso hacer firmar el simbolo de Nicea, llamar á los obispos desterrados, y dejarles en completa libertad; y que entonces se podria examinar, segun las reglas canónicas, la causa personal de San Atanasio. Viendo el emperador la inflexible firmeza del Papa, le dió tres dias de término para tomar su resolucion, y despues le desterró á Berea, en Tracia. La faccion de los arrianos trató al instante de darle un sucesor, y eligió á Félix, arcediano de la Iglesia romana. Pero se vieron precisados á ordenarle en palacio, por no haber podido conseguir entrar en ninguna iglesia, porque los fieles se mostraban invariablemente afectos al Papa Liberio, y el clero habia jurado no recibir obispo alguno en su lugar en tanto que viviese. El mismo Félix, aunque ordenado por los arrianos y en comunicacion con ellos, no se apartó jamás de la fé de Nicea. Sucedió el destierro de Liberio en 355, y duró cerca de tres años (1).

No menos deseaba Constancio poder ganar á Ostio, cuya autoridad contribuia á retener gran número de obispos. Le mandó, pues, ir á Milán, y le instó con la mayor eficacia que condenase á San Atanasio y entrase en comunicacion con los arrianos. Pero todos los artificios y medios de seduccion no produjeron ningun efecto: Ostio rechazó tales proposiciones con tanta entereza, y tomó con tal vigor la defensa de la fé católica y de la inocencia perseguida, que el emperador, movido de sus razones, le permitió regresar á su Iglesia. Una especie de pudor le impidió por el pronto perseguir á un anciano centenario, que por espacio de sesenta años habia ejercido el episcopado, que habia merecido el título de confesor durante las persecuciones de los paganos, que habia contribuido á la conversion de Constantino y gozado de toda su confianza, que habia sido el alma de los concilios, y que se habia hecho ilustre en toda la

(1) Athanas. *Ad Solit.*—Theodor. lib. II.

Iglesia por la pureza de su vida y de su doctrina, así como por su celo, prudencia y habilidad. Pero lograron muy luego los cortesanos vencer estos escrúpulos del emperador: continuamente le estaban diciendo que Oso, no obstante con resistir á su voluntad, inspiraba á los demás obispos los mismos sentimientos; que no tenía exhortarlos en sus cartas á morir antes que suscribir la condenación de Atanasio; que habiendo compuesto él mismo el símbolo de Nicea, siempre se había manifestado uno de sus más celosos defensores: que en todas partes trataba de hereges á los que desechaban la palabra *consustancial*, que el logro de todos sus intentos le había inspirado una presunción insuperable; y que así, para hacer un escarmiento, era necesario tomar al fin el partido de reprimir y castigar su insolencia.

Persuadido el emperador con estas reflexiones, escribió á Oso muchas cartas, en que mezclaba los alagos con las amenazas, y el obispo dió una respuesta, que es un modelo de la magnanimidad episcopal: "Por primera vez confesé á Jesucristo durante la persecución de vuestro abuelo Maximiano; si queréis seguir sus huellas, me hallaréis todavía pronto para sufrir cualquiera género de padecimientos, antes que hacer traición á la fe y condenar á un inocente. Os declaro más: que renuncio á vuestra comunión si continuáis escribiéndome en ese tono amenazador. Dejad de escuchar á calumniadores, y no intentéis dominar la fe por medio de la violencia. Acordaos que sois mortal, y tened los juicios de Dios. No os mezcléis en los negocios eclesiásticos: no tratéis de darnos órdenes en este punto, sino seguid, al contrario, nuestros consejos. Dios os confió el gobierno del imperio; á nosotros el de la Iglesia; y así como se opone al órden de Dios el que atentare á vuestro poder, así vos no podéis sin cometer un crimen, usurpar la autoridad que pertenece á la Iglesia." No le hizo mucha fuerza á Constancio esta carta: obligó á Oso á que se le presentase segunda vez, y le retuvo un año entero en Sirmio, donde se emplearon contra este venerable anciano todo género de ultrajes y malos tratamientos para rendirle. Fue azotado con varas y atormentado cruelmente, hasta que por último arrastrando la debilidad del cuerpo al espíritu y amainando su valor, consintió en comunicarse con los arrianos, pero sin querer condenar á San Atanasio (1).

(1) Imputa formalmente San Hilario á Oso que suscribió la segunda fórmula de Sirmio, en la que se descubre claramente el arrianismo puro (*De Synod.*); y se puede ver por el testimonio de San Epifanio (*Her. LXXIII, núm. 14*) que los arrianos procuraban prevalecerse de la autoridad de Oso, enseñando cartas que llevaban su nombre, y que contenían su heregia. Pero San Atanasio refiere solamente (*Ad Solit.*) que este ilustre anciano, vendido por los tormentos, consintió en comunicar con Ursacio y Valentio; y no dice que suscribiese con alguno contra la fe. Sulpicio Severo no puede menos de manifestar su dudar, aunque habla de ello como de una voz que así

Con esta caída consintió el permiso de volver á su Iglesia, donde murió en el mismo año 357, después de haber reparado en lo posible el escándalo de su culpa, porque protestó en auténtica forma, y por vía de testamento, contra la violencia que se le había hecho. Anatematizó la doctrina de Arrio, y exhortó á todo el mundo á desecharla (1).

Al mismo tiempo eran generalmente perseguidos los católicos en todas las provincias, porque el emperador había enviado oficiales á todas partes, con la comisión de exigir firmas condenando á San Atanasio, y había dado órdenes para obligar á comunicar con los arrianos, so pena de destierro para los obispos, y de castigo corporal y confiscación de bienes para los seglares. Los magistrados eran conminados con multas, si descuidaban la ejecución de estos decretos; y los que ostentaban poco celo, eran denunciados al emperador por ciertos clérigos que habían enviado los gafos de la secta. Citábase á los obispos ante los tribunales para notificarles, que ó firmaran ó dejaran sus Iglesias. Muchos cedieron por cobardía y se apartaron de la comunión de San Atanasio: los que resistieron fueron víctimas de las más odiosas vejaciones: se forjaban calumnias contra ellos para tener un pretexto de perderlos: eran enviados al emperador, que los colmaba de ultrajes, los encarcelaba ó los desterraba á largas distancias y á parajes inhabitables; algunos fueron puestos en el tormento; entre otros se cita á Máximo, obispo de Nápoles, que luego fué desterrado y murió en el destierro. En lugar de estos obispos expulsados de sus Iglesias, se nombraron al instante arrianos, las más veces desconocidos ó cargados de crímenes, y que era preciso proteger con fuerza armada. Los fieles que no querían comunicar con ellos, sufrían la confiscación, la prisión, el destierro ú otras penas aun más rigorosas. Por lo demás, los obispos desterrados recibían en todas partes las mayores muestras de respeto, eran honrados como confesores de Jesucristo, socorridos en sus necesidades, y recibían diputaciones de enai todas las provincias, en tanto que los arrianos eran aborrecidos como verdugos (2).

Macedonio, obispo arriano de Constantinopla, se hizo odioso hasta á su partido, por sus crueldades. Habiendo logrado que el emperador diese un edicto en que condenaba al destierro á los defensores de la consustancialidad del Verbo, y mandaba al mismo tiempo demoler sus iglesias; hizo publicar esta órden en todos los pue-

corria de público. Ex meo, creíble que los arrianos, después de haber obligado á Oso á comunicar con ellos, se aprovecharon de su debilidad para enflaquearlo, acuciándole de haber abrazado sus errores, y que falsificaron también algunos documentos para apoyar esta impostura. En efecto, no es muy probable que hubiera Oso aprobado la heregia, mientras que se resistía á la condenación de San Atanasio.

(1) Athan. *Ad Solit.*—August. *Contr. Parmen.* lib. I, cap. IV.
(2) Athan. *Ad Solit.*—Sulp. Sev. lib. II.

blos, y cometió increíbles violencias para ejecutarla. Además del destierro y la prisión, empleaba la tortura contra los católicos, y los hacía marcar en la frente con un hierro hecho áscua, azotarlos con varas, y atormentarlos tan bárbaramente, que murieron muchos de sus resultados. Los novacianos que creían también en la consustancialidad del Verbo, sufrieron los mismos tormentos. Sabiendo Macedonio que había en Paflagonia gran número de estos, envió cuatro compañías de soldados para forzarlos á recibir la doctrina de Arrio; pero ellos tomaron las armas para defenderse, y casi todos los soldados perecieron. Este descalabro indispuso al emperador contra Macedonio, que acabó de irritarle, ocasionando una sangrienta asonada en Constantinopla, por su obstinacion en querer trasladar el cuerpo de Constantino de una iglesia á otra, á pesar de la oposicion de parte del pueblo (1).

Durante esta persecucion general se distinguieron los obispos de las Galias por su firmeza. Saturnino, obispo de Arlés, que habia abrazado el arrianismo, hizo todos los esfuerzos para atraerlos á su herejía, y no dejó de ganar á algunos; pero el mayor número se resistieron denodadamente sostenidos con el ejemplo de San Hilario, obispo de Poitiers, á quien se puede apellidar el Atanasio del Occidente. Nació en la misma ciudad de una de las familias más ilustres de las Galias; se dedicó con ardor en su juventud al estudio de las humanidades; é hizo rápidos progresos en la filosofía y la elocuencia. Educado en las tinieblas del paganismo, la rectitud de su corazon y la penetracion de su entendimiento le hicieron conocer bien pronto la extravagancia de la idolatría; y convencido con sus propias reflexiones de la unidad de Dios, acabó de ilustrarse con la lectura de los libros santos, iniciándose en las sublimes verdades del cristianismo. Cuando recibió el bautismo, siendo solo un simple seglar, se hizo admirable por la pureza de sus costumbres, por su apartamiento del mundo y por su celo en favor de la fé. Tan eminente mérito le atrajo, aunque se hallaba casado, los votos unánimes del clero y del pueblo para ocupar la silla de Poitiers, que habia vacado hácia el año 353. Inmediatamente que supo las violencias de los arrianos en el concilio de Milán, determinó, en union y de conformidad con los obispos de las Galias, apartarse de la comunión de Saturnino, Ursacio y Valente. Representó en seguida con santa libertad y energía al emperador, sin faltar á los debidos miramientos, quejándose de la persecucion que se ejercía contra los católicos; y no tardó mucho en ser comprendido en sus rigores. Saturnino y sus partidarios convocaron un concilio en Béziers el año 356, al que hicieron comparecer á San Hilario y los obispos ortodoxos. En vano solicitó el santo doctor que se tratase primero en él de la doctrina, ofreciendo que los convencería de sus errores

(1) Soer. lib. II.—Sozom. lib. IV.

contra la fé; no quisieron los sectarios permitir siquiera que se le oyese, y escribieron al emperador contra él: de resultas fué desterrado á la Frigia con Rodano, obispo de Tolosa (Francia) (1). En este destierro concluyó su obra sobre la Trinidad, en la que se halla la doctrina católica demostrada con una solidez y elocuencia admirables. Divídese este tratado en doce libros: el primero es una especie de introduccion que contiene reflexiones sobre la necesidad de la fé, con una sumaria exposicion de las materias que se discuten en los siguientes libros. En el segundo, prueba San Hilario la distincion de las divinas Personas, y expone las nociones generales que nos suministra la fé sobre el misterio de la Trinidad. El resto de la obra se invierte en probar la divinidad y consustancialidad del Verbo, en refutar los errores de los ebionitas, de Fotino, de Sabelio y de los arrianos; y sobre todo, en explicar los pasajes de las Santas Escrituras, de que abusaban estos últimos herejes para sostener sus impiedades.

Después de haber ejercido tantas violencias para obtener la condenacion de San Atanasio, le acometieron los arrianos personalmente, y no les arredró crimen alguno, por enorme que fuese, para deshacerse de él á toda costa, considerándole como un enemigo muy temible. Ya habia intentado Constancio en 353 separarle de su Iglesia con artificios, escribiéndole que se presentase en Italia, donde gustaria verle, y dando este permiso como un favor que habia solicitado el santo. Mas éste contestó al oficial comisionado, que no habiendo pensado jamás pedir esta gracia, esperaría á que se convirtiese la invitacion en una orden terminante. Siguiéronse dos años sin que nadie le inquietase; y aprovechó esta tregua en fortificar á los fieles católicos contra las persecuciones que prevenía. Queiriendo, además, confundir á sus enemigos con la autoridad de San Antonio Abad, cuyo nombre hacia mucho era venerado en todo el Egipto, suplicó á este ilustre solitario que fuese á la ciudad de Alejandria en socorro de la fé que peligraba. Supo después que los arrianos se proponian circular otra nueva fórmula de fé para recoger firmas en su apoyo, y escribió una carta á todos los obispos de Egipto y de Libia, previniéndoles lo conveniente contra esta tentativa, y demostrando que los sectarios con la multitud y frecuencia de sus profesiones, solo se proponian conseguir el elvicio del simbolo de Nicea, y ocultar con equívocas expresiones las impiedades de Arrio. También en este intervalo publicó su grande apología, que regularmente se tiene por la segunda; y se dirigía á probar que su causa no debía ser examinada, despues que fué juzgada solemnemente y en vista de testimonios irrecusables por los concilios de Alejandria, Roma y Sardica. Para esto hace relacion de los documentos auténticos que contenian la historia de aquellos diferentes juicios,

(1) Sulp. Sever. lib. II.—Fortun. Vit. Hilari.

y de los instrumentos con que se había justificado su inocencia. Apenas concluido el concilio de Milán, el emperador Constantino mandó al gobernador de Egipto que quitase á San Atanasio las distribuciones de trigo que Constantino dejó señaladas á las Iglesias; y que obligase á todo el mundo á comunicar con los arrianos. Envio al mismo tiempo, y para asegurar la ejecución de sus órdenes, á ciertos oficiales, que trataran de obligar al santo patriarca á que saliese de Alejandría; pero manifestó el pueblo tan enérgica oposición, que no se atrevieron á continuar en su proyecto. Entonces se acercaron tropas mandadas por el duque Siriano, que sin exhibir la orden del emperador, insistió con mas urgencia en que se ausentase San Atanasio, y se disponia ya para sacarle á la fuerza. Hallándose reunidos los fieles en una iglesia de la ciudad para velar, empleando la noche en oración, porque al día siguiente debian celebrarse los santos misterios, acudió el duque á la cabeza de cinco mil soldados: sitióla, rompiéron las puertas y se arrojaron con espada en mano y dando grandes alaridos, como lo hubieran hecho en una plaza fuerte tomada por asalto. Murieron de resultas á flechazos y estocadas muchas personas, y otras fueron atropelladas ó sofocadas por las turbas. La soldadesca se excedió en ultrajes y violencias contra los eclesiásticos y las vírgenes: de estas fueron decapitadas unas, y otras puestas desnudas, quedaron sujetas á toda la barbarie y mofa de los ejecutores, mas insuportables para ellas que la muerte. En cierto modo entregaron al saqueo la iglesia, destruyeron todas las puertas, penetraron en los mas secretos lugares, todo lo registraron, y no se avergonzaban de llevar cada uno de los invasores cuanto hallaba á la mano. Entre tanto, San Atanasio, contra quien se dirigia toda esta alarma, olvidándose de si mismo, para pensar únicamente en su pueblo, permanecía quieto en su silla, exhortando á los fieles á que se retirasen. El clero y los monges la rodearon, y cuando vieron que los soldados se acercaban al santuario, pidieron al santo patriarca que huyese, y al fin pidieron llevarle en su compañía. De tal modo se vió oprimido por la multitud que cayó desfallecido, y fué necesario conducirlo como un muerto lo que acaso impidió que le conociesen, y sirvió para facilitar su evasión. Desde entonces fué ya preciso que se ocultase por espacio de seis años largos para escapar del furor de sus contrarios. Esta sacrilega irrupcion tuvo lugar en 9 de Febrero del año 356. Los fieles colgaron en el templo las flechas, espadas y demas armas que hallaron en él, como irrecusable prueba de las odiosas violencias que se habían cometido. Al mismo tiempo hicieron dos protestas auténticas, quitándose de estos excesos, y denunciándolos á la indignación de todos los cristianos.

Pero lejos de que hiciesen impresion alguna estas protestas en los ánimos de los perseguidores, solo sirvieron para atraer nuevas violencias. No contento el emperador con aprobar todo lo que se había

hecho, escribió á los habitantes de Alejandría para mandarles que permitiesen á San Atanasio, su pena de incurrir en su indignacion. Los paganos, animados con esta orden, y con las amenazas del conde Herachio, se juntaron con los arrianos y acudieron en tropel á la iglesia episcopal, armados de palos y piedras, á fin de arrojar de allí á los católicos reunidos para la celebracion de los santos misterios. No hallando en éi mas que una porcion de doncellas y mugeres, tuvieron la bajeza de golpearlas brutalmente y maltratarlas en todos sentidos, insultándolas con frases indecentes é infames; y habiéndolas desalojado por último, arrancaron la cátedra, el altar, los bancos y todos los utensilios de la iglesia, y los quemaron en la plaza principal, profiriendo, al tiempo de ejecutarlo, blasfemias y sacrilegos insultos. Obligados, ademas, por las instancias de Herachio, firmaron con los arrianos, los melecianos y otros hereges una acta, por la que prometian recibir el obispo que el emperador juzgase conveniente enviarles.

En efecto, los arrianos acababan de ordenar en Antioquia un obispo de Alejandría, para que reemplazase á San Atanasio. Llamábase Jorge de Capadocia, y era hijo de un batanero, sin mas mérito que estar enteramente vendido á la secta. Despues de haber sido por mucho tiempo un petardista, obtuvo un empleo cortísimo en Constantinopla en el ramo de víveres del ejército; mas se le quitaron pronto, y tuvo que huir para no ser castigado por sus estafas. Era hombre sin talento, sin educacion y sin la menor instruccion, grosero, turbulento, avaro y naturalmente cruel: había abrazado el cristianismo solo para medrar, y no cuidaba siquiera de disimular sus defectos con exteriores apariencias de piedad. Esta sacrilega intrusion ocurrió en la encarnacion de 356, y se siguieron á ella sangrientas persecuciones contra los católicos. Quitáronles todas las iglesias, y como ellos desobedaban mejor renunciar en el campo junto á los cementerios, que comunicar con los arrianos; se enviaron soldados para echarlos de allí, y cogidos unos cuantos, fueron golpeados tan cruelmente que muchos perecieron. Los que no murieron se retiraron á los desiertos por órden superior. Entraban los sublevados en las casas con pretexto de buscar á San Atanasio, y era para robar impunemente todo lo mas precioso que encontraban. Sacaban de su morada á las vírgenes, las insultaban en las calles, las encerraban en las cárceles y las desnudaban para despedazarlas el cuerpo con varas ó con garfios. A los eclesiásticos y aun á los simples fieles les causaban iguales aflicciones y tormentos. Un subdiácono llamado Entique, despues de acerbillado á azotes, fué desterrado inmediatamente, y en el camino murió de resultas de sus heridas. A muchas personas de distincion, porque se interesaban en su favor, les aplicaron la misma pena varias veces, y las sepultaron luego en calabozos, donde los arrianos habrian consentido que acabasen su vida por la privacion del alimento, si el pueblo no se hubiera obsti-

nado en pedir su soltura. Como los pobres y las viudas no podían habitar en los edificios contiguos á las iglesias, porque se las habían ocupado á los fieles católicos, trataron éstos de proporcionarles prontamente otros asilos y proveer á sus necesidades, y los arrianos tuvieron la insolencia de oponerse á esta obra de caridad. Echaron á los pobres á puntapiés, y acusaron á los que los socorrian. Esta conducta excitó la indignación de los mismos paganos. Por otro lado, Jorge no tardó en ser objeto del odio y desprecio general. Su insaciable avaricia le inducía á traficar en todo: empleaba el importe de sus rentas en comprar á los cortesanos: se apropiaba las herencias de los particulares: acusaba al emperador á los que le desagradaban, y aun se le atribuye con algun fundamento que sugirió á este el proyecto de grayar con un nuevo tributo las casas de Alejandria; en una palabra, todos los medios le parecían buenos para juntar dinero y acreditarse. Así es que el pueblo le aborrecía tanto, que un día fué á la iglesia á matarle. Huyó Jorge, y acudió á quejarse al emperador que mandó reponerle en su silla á la fuerza. Salió á recorrer la Siria y el Egipto para fortificar su partido, y llevaba en su compañía al sofista Aecio y á Eunomio su discípulo, que desde luego se distinguieron entre los primeros gefes de la secta arriana por su indecible impiedad (1).

Extendióse la persecucion por todo el Egipto y la Libia, donde los católicos tuvieron que sufrir las mismas crueldades que en Alejandria. Eran echados los obispos de sus Iglesias, y otros fueron desterrados á larga distancia en los desiertos. Hacíanles marchar precipitadamente, sin miramiento á los enfermos ni á los ancianos; así fué que muchos murieron en los caminos, ó apenas llegaban á sus destinos. Casi todos los obispos del Egipto sufrieron esta prueba con admirable firmeza. En su lugar colocaban á jóvenes viciosos que apenas eran catecúmenos, que lograban las órdenes á fuerza de dinero para gozar de los honores y privilegios del episcopado, sin tener las virtudes ni calidades que se requieren; y como los pueblos no querían admitirlos como á intrusos, ni comunicar con ellos, todo se hacía á fuero de guerra, enviando soldados para dar posesion á los obispos intrusos: todos los católicos eran desterrados y sus bienes secuestrados: los prendian, y á veces los azotaban, en términos que muchos sucumbian á este ignominioso tormento.

A pesar de esto, San Atanasio, retirado en el desierto despues de su fuga de Alejandria, trataba de visitar al emperador para desengañarle. Ya se hallaba en camino, cuando le refirieron los horrores y violencias que se habían ejercido en Occidente, y los que continuaban en Egipto con pretexto de buscarla. Supo igualmente que el emperador había escrito dos cartas, una al pueblo de Alejandria, en la que amenazaba con el mayor rigor y aun con la muerte á los

(1) Athan. *Ad Solit.*: Apol. ad Const.—Amm. lib. XXII.

que perseverasen adictos al partido de Atanasio, y otra á los príncipes de Auxuma en Etiopia, dándoles órdenes para que con la mayor brevedad enviasen á Frumencio, obispo de aquella ciudad, á fin de que instruyese á Jorge y le ordenase de nuevo; porque el objeto era obligarle á entrar en la comunión de los arrianos, y que San Atanasio quedase sin el recurso de hallar abrigo entre los bárbaros. Conociendo este por las dos cartas, que su vida no estaba muy segura si caía en manos de sus enemigos, desistió del proyectado viaje. Volvió al desierto y aprovechó su fuga visitando los monasterios de Egipto y de la Tebaida. Sospechando los arrianos que estaría escondido en el monasterio de Tabena, dispusieron que le buscasen unos soldados, que hicieron las pesquisas mas minuciosas para descubrirle; mas no queriendo el santo exponer á los mongas á nuevas molestias, se retiró mas lejos y se ocultó en una soledad, conocida solamente de un cristiano que le llevaba las cosas necesarias. Durante su retiro escribió una apologia dirigida á Constancio, en que se justifica de todas las calumnias inventadas por sus enemigos, y principalmente de haber intentado denigrarle en el ánimo de Constancio, de haber escrito al tirano Magnencio, de haber celebrado los divinos oficios en la iglesia mayor de Alejandria antes que se hubiese hecho su dedicacion, y finalmente, de haberse negado á concurrir á la corte, á pesar de habérselo intimidado el emperador. Escribió al mismo tiempo discursos consolatorios para las vírgenes perseguidas por los arrianos, y dos cartas á los solitarios, una en que los exhorta á no comunicar con los arrianos, y otra que contiene la historia de sus persecuciones. Ultimamente, se vió precisado á componer otra apologia para justificar su fuga que los arrianos no se avergonzaban de pintar como un acto de cobardía.

Al llegar San Atanasio, quien á pesar de su avanzada edad no había vacilado en marchar dos años antes á Alejandria para fortalecer á los católicos contra la seduccion de los arrianos, siendo recibido por todos los fieles, y hasta por los mismos paganos, con extraordinaria veneracion. Habia vivido despues, segun su costumbre, los monasterios establecidos bajo su direccion. Pero de regreso ya en su soledad, cayó enfermo al cabo de pocos meses, y sintiéndose próximo á la muerte, llamó á sus dos discípulos Macario y Amatas, que le servían hacia quince años, les dirigió algunas exhortaciones, les encargó sepultasen su cadáver y no permitieran que fuera llevado á Egipto, para que no le conservaran en las casas, como era uso entre los naturales, y despues de darles el último adios, espiró dulcemente el día 17 de Enero del año 356, á los 105 de edad.

Entre los discípulos mas ilustres de San Antonio, se cita principalmente á Macario, de quien acabamos de hablar, y que llegó á ser superior del monasterio de Pisper, donde se dice que gobernó

hasta cinco mil monjes: otro Macario, de quien trataremos mas adelante, y que vivió en los desiertos del Egipto bajo, donde se hizo célebre por sus milagros: el confesor San Pafnucio, que asistió al concilio de Nicea; y en fin, Crano que sirvió de intérprete á San Antonio para traducir en griego lo que el santo decía en el idioma egipcio. Este fué sacerdote en el monasterio de Nitria, y vivió mas de 110 años.

Supo San Hilario, por revelación divina, la muerte de San Antonio, y como llevaba con impaciencia que le distrajeran las muchas gentes que iban á visitarle, atraidas de sus milagros, resolvió dejar la Palestina y retirarse al Egipto. No tan pronto manifestó este designio, cuando multitud de personas de todas clases se reunieron para detenerle. Pero protestó enérgicamente que no tomaría alimento alguno si se oponían á su intento, y en efecto, estuvo algunos días sin comer: así tuvieron que dejarle partir. Pásose en camino con muchos discípulos suyos, y después de haber visitado á algunos obispos de Egipto, desterrados por los arrianos, se dirigió á la montaña de San Antonio para celebrar el aniversario de su muerte. Moró muchos años en Egipto, y luego se retiró á Sicilia, donde le siguió á poco su nombradía, y buscando un sitio en que pudiese vivir desconocido, se embarcó para Dalmacia. Pero la fama de sus milagros no tardó en divulgarle por todo el país, de manera que se vió precisado tambien á abandonarle para librarse de las importunas visitas de la muchedumbre. Desde allí pasó á la isla de Chipre, donde un gran número de hombres y mugeres poseidos del demonio le fueron á buscar para que los curase. Permanció dos años en una soledad algo distante del mar, y en ella murió hacia el año 370 y á los 80 de su edad. Sus discípulos consiguieron trasladar secretamente su cuerpo á Palestina.

En tanto que el emperador se ocupaba en Occidente en hacer la guerra á los obispos, atacó el César Galo algunas ventajas sobre los persas, y al instante se hizo sospechoso á Constanccio, que le mandó sentenciar á muerte hacia fines del año 354, porque le acusaban de que aspiraba al imperio. Su hermano Juliano, protegido de la emperatriz Eusebia, recibió al siguiente año el título de César, y fué enviado á las Galias para contener á los bárbaros. Habiendo Constanccio provisto así á la seguridad de las fronteras amenazadas, permanció algun tiempo mas en Milán, y después pasó á Roma en la primavera del año 367. Quiso destruir la idolatría con un acto de vigor, y mandó que quitasen del senado el altar de la victoria, ante el cual acostumbraban los paganos prestar juramento. Después que resistió en Roma un mes, regresó á Milán y de allí á Sirmio, donde estuvo cerca de dos años.

Apenas llegó á esta ciudad, cuando Valente, Ursacio y otros obispos arrianos se juntaron para redactar otra nueva fórmula de fé, en la que no disimularon su impiedad, porque proscribiendo

igualmente la palabra *consustancial* y la de semejante en sustancia con el pretexto de que no se hallan en la Sagrada Escritura, no tubieron que declarar ademas que el Padre es mayor que el Hijo en dignidad, en gloria y en magestad. A esta fórmula de Sirmio se sospechó que habia suscrito Oslio, para que le alzaran el destierro; y aun corrieron voces que él mismo la habia compuesto con Potamio, obispos de Lisboa, partidario decidido de los arrianos. Se quiso que la firmasen todos los obispos del Occidente; pero los mas la desecharon con indignacion. Los de las Galias se reunieron en concilio al principio del año 358, para condenarla. San Febades, obispo de Agen, la refutó en una obra que se conserva, y en que explana la doctrina de la Iglesia sobre los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion, con mucha claridad y precision segun las palabras de las Santas Escrituras. Una gran parte de los obispos del Oriente desecharon tambien dicha fórmula, que sirvió para hacer estallar las sordas divisiones que existian entre los sectarios.

En efecto, como ya hemos observado, desde el principio del arrianismo hubo disidencias bien manifiestas entre los que se coligaban para impugnar la doctrina de la Iglesia. Unos, admitiendo sin restriccion las impiedades de Arrio, enseñaban claramente que el Hijo de Dios no es mas que una pura criatura sacada de la nada: otros no tenían dificultad en reconocer que el Hijo no ha sido criado, y que es engendrado de la sustancia del Padre; confesaban al mismo tiempo que es semejante al Padre en sustancia; pero no querian admitir que fuese consustancial. Los primeros eran designados con el nombre de arrianos, y los otros con el de semi-arrianos. La mayor parte de los eusebianos pertenecian á este último partido, que siempre fué el mas numeroso. Unos y otros trabajaban acordes para proscribir la doctrina del *consustancial* á los que la sostenian. Permancieron unidos en tanto que la secta creyó que necesitaban guardar algunas consideraciones, y los arrianos puros, mitigando sus impiedades, suscribían fórmulas de fé redactadas con arte por los eusebianos para disimular el veneno de la herejía. Pero cuando en vista de la declarada proteccion de Constanccio, y de la persecucion que ejercia contra los católicos, pudieron creer los sectarios que su triunfo estaba asegurado, dejando de violentarse ambos partidos manifestaron sus mútuas disensiones. Los arrianos desecharon sin rodeos no solo el término de *consustancial*, sino tambien el de *semejante en sustancia*, y no vacilaron en profesar abiertamente que la naturaleza del Hijo difiere esencialmente de la del Padre; lo que hizo se les diese el nombre de anomeos de la palabra griega, *diferente*. El partido de los semi-arrianos se subdividió tambien en muchas y muy diversas fracciones. Unos permanecieron fieles á la doctrina de los eusebianos, insistieron en sostener que el Hijo es semejante en sustancia; pero no igual al Padre; porque ellos le suponian principio, y no le atribuian mas que un poder in-

ferior y subordinado. Otros se contentaron con decir que el Hijo es semejante al Padre, sin añadir en sustancia: usando solo del término, *semejante*, dando á esta voz vaga todas las interpretaciones que juzgaban convenientes; de manera que algunas veces la entendían como una simple conformidad de voluntad, lo que hacia confundirlos con los anomeos. Finalmente, la mayor parte desechando la palabra *consustancial*, enseñaban expresamente que el Hijo no solo es semejante al Padre en sustancia, sino que es igual á él en todo. Estaban, pues, en realidad acordes con los católicos en el fondo de la doctrina, y si persistían en combatir la palabra *consustancial*, era porque en su entendimiento implicaba la identidad de persona, tanto como la de sustancia; pues á pesar de todas las explicaciones que se habían dado para fijar su sentido, no podían ellos renunciar á la costumbre de interpretar aquella voz conforme á la significación que tenía al parecer la palabra griega en las Categorías de Aristóteles. Por eso San Atanasio y San Hilario procurando ilustrarlos, no dudaban considerarlos como ortodoxos, y para atraerlos, desvaneciendo sus preocupaciones, creyó San Basilio que debía insistir en la admisión de tres hipóstasis consustanciales, designando con la palabra *hipóstasis* ó *subsistencia*, la personalidad real de las Personas divinas. En la serie de esta historia se verá cómo se diseñan claramente estos diferentes partidos, y se condenan los unos á los otros.

Ocupaba entonces la silla de Antioquia Eudoxio de Germanicia, que acababa de suceder al único Leonio, y que como él profesaba los errores del arrianismo, aunque con menos reserva y disimulo. Apenas tuvo conocimiento de la fórmula compuesta en Sirmio, cuando reunió á algunos obispos, y entre ellos á Acacio, de Cesarea, en Palestina, y á Uranio, de Tiro; y después de haber condenado la voz *consustancial*, como las de semejante en sustancia, escribieron á Ursacio, Valente y Germanio, de Sirmio, felicitándolos porque habían atraído á los occidentales á la verdadera doctrina. Así abrazaron abiertamente el partido de los anomeos, y se declararon también los protectores de Acacio y de Eumonio, que había ya mucho tiempo que esparcían estas mismas impiedades, y que se hicieron tan célebres en la secta, que algunas veces se dió á esta el nombre de aquellos. El primero, natural de Antioquia, había sido algún tiempo esclavo, después latonero, luego charlatan ó médico; y últimamente habiéndose aplicado á la filosofía, se adhirió á las opiniones de Aristóteles, y mostró tanta audacia en las disputas sobre la religión, que el pueblo le conocía por el sobrenombre de ateo. Se jactaba de que comprendía la naturaleza divina, y de que conocía á Dios tan perfectamente, como él se conoce á sí mismo. Por su sistema se reducía la religión á este conocimiento puramente especulativo, y no hacia ningún caso de las buenas obras, despreciando el ayuno, la oración y hasta la observancia de los mandamientos

de Dios. Leonio de Antioquia le ordenó de diacono; pero pronto se vió obligado á prohibirle el ejercicio de sus funciones por las murmuraciones del pueblo. Eudoxio que había sido discípulo suyo, quiso rehabilitarle; pero encontró tal oposición que no pudo conseguirlo. Eumonio, hijo de padres pobres, y natural de Capadocia, ejerció en su juventud algunos oficios oscuros para ganar la vida; mas como conociese que tenía alguna disposición para los estudios, se dirigió á Acacio para aprender con él la filosofía, y abrazó todas sus impiedades. Profesaba como aquel la inutilidad de las buenas obras, y trataba de netos indiferentes las mas infames acciones. También se jactaba á ejemplo de su maestro de que comprendía enteramente la naturaleza divina, y por consecuencia de esta pretension extravagante no se avergonzaban estos dos sectarios de querer decidir con sutilezas filosóficas lo que debía creerse sobre el misterio de la Trinidad. Para probar que la sustancia del Hijo se diferenciaba esencialmente de la del Padre, se apoyaban en este miserable sofisma: que la *invascibilidad* pertenece necesariamente á la esencia divina, y que por consiguiente el Hijo que es engendrado, debe tener una naturaleza ó una esencia diferente. San Basilio, San Gregorio Niceno y San Juan Crisóstomo, combatieron en sus escritos los errores de los eunomianos, y sobre todo demostraron cuán absurdo es querer explicar los misterios de la divina naturaleza con razonamientos humanos, cuando no tenemos mas que una idea tan imperfecta de la sustancia en general, y cuando no comprendemos siquiera la naturaleza de las cosas mas sencillas que existen á nuestra vista (1).

La decision del conciliábulo de Antioquia y la protección que Eudoxio concedía á los anomeos, sobresaltaron á algunos obispos del Oriente, los cuales se reunieron en concilio en Ancira por la primavera del año 358, y compusieron una larga profesion de fé, acompañada de una carta sinodal y de diez y ocho anatemas contra los que enseñan que el Hijo es una criatura, ó que no es semejante en sustancia al Padre. Enviaron después comisionado cerca del emperador; á Basilio, de Ancira, con otros tres diputados, para pedirle que sostuviera en todas partes los decretos de los concilios anteriores que habían enseñado la misma doctrina. Llegaron los diputados en el momento que Constancio acababa de entregar á Eudoxio una carta enteramente favorable á Eudoxio; pero á instancia de ellos escribió otra en sentido absolutamente contrario, dirigida á la Iglesia de aquella ciudad, de donde mandó á poco que saliera Eudoxio, y condenó á un destierro á Acacio con muchos partidarios suyos. Basilio al mismo tiempo convocó á los obispos que se hallaban en Sirmio, y después que condenaron la segunda fórmula, redactada poco antes por los arrianos puros,

(1) Greg. Nys. *Contr. Eunom.*—Theodor. lib. II.—Philostarg. lib. III.

hicieron una coleccion de todas las profesiones de fé, propuestas con anterioridad por los eusebianos, añadiendo la del concilio de Ancira, con unas explicaciones en que se declaraba expresamente, que el Hijo es semejante en todo al Padre; y firmaron este escrito todos los obispos. Ursacio y Valente, cuya fé dependia de las circunstancias, no tuvieron suscribir como los demas. En esta exposicion de la fé no se empleo la palabra *consustancial*; pero sin embargo, se expresó la doctrina católica en términos equivalentes, porque condenando por una parte á los que afirmaban que el Hijo es otro Dios que el Padre, y reconociendo por otra que en todas cosas le es semejante, se admitia evidentemente que el Padre y el Hijo no tienen mas que una sola y misma naturaleza. Por esta razon no tuvo dificultad San Hilario en interpretar en sentido ortodoxo las diversas fórmulas de esta coleccion en su tratado de los sí-nodos, que compuso por este mismo tiempo y envió á los obispos de las Galias para darles conocimiento de la fé de los Orientales (1).

Dícese que hallándose á la sazón en Sirmio el Papa Liberio, suscribió á esta profesion de fé, despues de haber firmado ya anteriormente la primera fórmula redactada en la misma ciudad y la condenacion de San Atanasio; y que mediante esta concesion, quedó en libertad de volver á su Iglesia. Efectivamente volvió en el mes de Agosto del año 358, y fué recibido con todas las demostraciones de la mas viva alegría. El anti papa Félix fué arrojado de la ciudad, y como intentase entrar otra vez en ella, y continuar en el ejercicio de sus funciones, los fieles le obligaron á salir de nuevo. A vista de este alarido del clero y del pueblo al Papa Liberio apenas puede creerse que este comprase con una debilidad el permiso de volver á Roma. Sabese de cierto que los fieles no querian encotrarse en la Iglesia con Félix, porque comunicaba con los arrianos, aunque desechaba sus orones; y el odio que aquellos le tenían era tan grande, que ocasionó una violenta sediccion. No es, pues, de suponer que recibiesen con tan afectuosa alegría al Papa Liberio á su regreso, si se le hubiera podido ochar en cara su transaccion con los hereges. Sabese tambien que en lo sucesivo siempre se manifestó sumamente adherido á la fé de Nicea, y que no prometió el perdón á los obispos que prevaricaron en Rimini, sino con la condicion de romper toda comunion con los arrianos. Mas no es probable que se hubiera atrevido á obrar con tanta firmeza respecto de aquellos obispos, si hubiera sido culpable de una falta semejante sin haber hecho á lo menos una pública retractacion; lo que no parece que hiciese. Luego se puede creer, como resulta claramente al parecer del testimonio de Sócrates y de Teodoreto, que el emperador se vió obligado, á su pesar, á enviar á Roma al Papa Liberio,

(1) Philostorg. lib. IV.—Eppiph. *Har.* LXXIII.

para asegurar la sublevacion popular, y que despues para disimular esta necesidad se esparció la voz de que habia suscrito á lo que el emperador le prescribia. Por lo menos es cierto que los arrianos no temieron publicar con el nombre de Liberio cartas suplicatas, que daban á entender que él habia condenado á San Atanasio desde el principio de su pontificado; no obstante que aparece visiblemente todo lo contrario en la que escribió á Constancio, pidiendo la convocacion de un concilio antes que se celebrase el de Milán. Por lo demas, aunque realmente hubiese incurrido en los actos de flaqueza que se le achacan, sería posible, no justificarlos completamente, pero disculparlos al menos hasta cierto punto por el motivo y por las circunstancias, porque en el estado de las cosas y en la disposicion de los ánimos, tal vez juzgara licita esta condescendencia para procurar la paz de la Iglesia, alargando la mano á unos hombres que se declaraban abiertamente contra el arrianismo, y que al parecer volvian á abrazar la doctrina católica. Sobre todo es injusta la acusacion de que habia aprobado la heregia, supuesto que es cierto que las fórmulas que se dice fueron firmadas por él, no contienen nada contrario á la fé; y ademias, por otra parte protestó expresamente que excomulgaba á los que decian que el Hijo no es semejante al Padre en sustancia y en todas cosas (1).

Entre tanto como las divisiones se hacian de cada vez mas patentes, tuvo por conveniente el emperador convocar un concilio de los principales obispos de cada provincia en Nicomedia; mas destruida esta ciudad por un temblor de tierra, señaló la de Nicea y dió orden á los obispos para que se reuniesen en ella por la primavera del año 359; pero luego dejándose dominar con su ordinaria incostancia por la influencia de los anomeos que comenzaban á recobrar valimiento, convocó dos concilios distintos, uno en Rimini para los obispos de Occidente, y otro en Selencia para los de Oriente, y dispuso que despues de deliberar sobre las materias sujetas á discusion le enviasen diputados para someterle sus decisiones, constituyéndose así el juez supremo de la fé y de las causas eclesiásticas.

Habian solicitado los anomeos la convocacion de dos concilios en lugar de uno, con la esperanza de hacer que prevaleciese su opinion en Oriente, donde eran bastante numerosos, y tambien pensaron en preparar los medios de evitar una condenacion de parte de los occidentales. Además lograron que el emperador mandase á estos que no hicieran ninguna declaracion contra los orientales, y al propio tiempo algunos obispos de este partido compusieron en Sirmio otra nueva fórmula de fé equívoca; en la que se desechaba expresamente la palabra sustancia, por no hallarse en la Escritura, y ser una ocasion de escándalo; pero reconociendo sin embargo,

(1) Socrat. lib. II.—Sozom. lib. IV.—Theodor. lib. II.—Sulp. Sev. lib. II.—Philostorg. lib. IV.

que el Hijo es semejante en todo al Padre; lo que al parecer ofrecia á primera vista un sentido ortodoxo, sin excluir por esto las sutilezas y las interpretaciones impías de los sectarios, porque podian siempre afirmar, según su costumbre, que el Hijo habia sido creado por el Padre para ser su perfecta imagen, el depositario de todo su poder, y el ministro de su voluntad; de manera que le era en todo semejante por cualidades y prerogativas comunicadas, sin ser igual á él en sustancia. Al suscribir Valente esta fórmula, queria contentarse con expresar que el Hijo es semejante al Padre, sin añadir en todas las cosas, y fué necesaria una orden del emperador para obligarle á que añadiese dichas palabras. Al contrario Basilio, de Ancira, que se hallaba tambien en Sirmio, previendo los sentidos siniestros que podrian dárselo, protestó en la suscripcion que creia al Hijo semejante al Padre, no solo en cuanto á la voluntad, sino en cuanto á la hipóstasis, en cuanto á la naturaleza y en todas cosas; añadiendo que tenia por excomulgado á cualquiera que pensase de otra manera. Firmada esta fórmula en el mes de Mayo de 359, se puso en manos de Valente que la llevó al concilio de Rimini (1).

Los obispos de Occidente concuerrieron á él de todas las provincias hasta el número de cuatrocientos, entre los que se hallaban unos ochenta arrianos que se vieron obligados á reunirse aparte en un oratorio particular, porque los católicos congregados en la iglesia no quisieron comunicarse con ellos. Ursacio, Valente y los demás jefes de la secta, para justificarse ante el concilio, presentaron su última fórmula de Sirmio, exponiendo que debia ser bastante, y que era mejor hablar sencillamente de Dios que no introducir palabras nuevas, tomadas de las sutilezas de la dialéctica, y solamente propias para mantener disensiones. Pero los católicos respondieron, que no habia que tratar de una nueva exposicion de fé; que era preciso atenerse á la que se hizo en el concilio Niceno, conforme á la tradicion apostólica; y por último, que hallándose probado con varios pasajes de las Santas Escrituras el término de *sustancia* con la significacion que se le daba, debia conservarse según el uso general de la Iglesia. En consecuencia, propusieron condenar las impiedades de Arrio, y suscribir lisa y llanamente el simbolo de Nicea, sin añadir ni quitar nada. Se extendió un decreto conforme á estas proposiciones, y como los arrianos no quisieron firmarle, los condenó el concilio por herejes, y excomulgó *nominiatim* á Ursacio, Valente y otros varios. En seguida envió en diputacion al emperador á diez obispos, con una carta en que le informaban de estas decisiones, y le rogaban las tomase en consideracion. Mas los arrianos enviaron tambien por su parte otros diez diputados, en cuyo número se hallaban Ursacio y Valente; y habiéndose éstos adelantado, merced á su diligencia, á los católicos, previnieron de

(1) Athan. De Synod.—Epiph. Her. LXXIII.

tal modo el ánimo de Constancio contra ellos, que ni aun quiso darles audiencia. No podia tolerar que se hubiese desechado la última fórmula de Sirmio, que se redactó en su presencia; y escribió una carta muy seca á los Padres del concilio, manifestándoles que los negocios públicos no le dejaban tiempo para escuchar á sus diputados. No se engañaron los obispos en cuanto á la verdadera causa de esta afectada dilacion: respondieron que estaban resueltos á no separarse de lo que habian decidido sus predecesores tocante á la fé, y suplicaron que se les permitiera volver á sus Iglesias.

Con todo, los diputados católicos, que al principio habian manifestado bastante firmeza, se prestaron á entrar en conferencia con los arrianos, y dejándose seducir con sus artificios; á intimidar con sus amenazas, firmaron una fórmula de fé, que poco mas ó menos era la misma de Sirmio, con la diferencia que se contentaban con reconocer que el Hijo era semejante al Padre, según las Santas Escrituras, sin añadir, en todas cosas. Llegaron hasta el extremo de extender una acta, en que anulando lo hecho en Rimini, recibian en su comunión á Valente y sus secuaces, y declaraban que habian reconocido la pureza de su fé al conferenciar con ellos. Esta acta y esta fórmula fueron firmadas en una ciudad pequeña de la Tracia llamada Nicea, donde se hallaba entonces el emperador que iba al Oriente para hacer la guerra á los persas. A propósito se escogió esta ciudad para engañar á los fieles que la confundian con Nicea de Bitinia. Volvieron despues los diputados á Rimini, donde entraron triunfantes los arrianos. El emperador escribió á los obispos ordenándoles que suprimieran la palabra *sustancia*, y al mismo tiempo mandó á Tauro, prefecto del pretorio en Italia, que no los dejara partir sin que hubiesen firmado antes la fórmula acordada en Nicea de Tracia, y que enviase confinados á los que se resistieran, cuando su número se hallase reducido á quince. Conservaron á los obispos estas órdenes. Al principio se habian negado á tratar con los legados prevaricadores, aunque éstos procuraban disculparse con la violencia que sufrieron; pero luego ellos mismos cedieron tambien á la debilidad, al fastidio y á los malos tratamientos con que los acosaban; y se decidieron á firmar, menos sin duda por apego á esta doctrina, que por amor á la paz, porque les hicieron entender que la supresion de la palabra *sustancia*, que fué la ocasion de tantas turbulencias, no podia de modo alguno comprometer la fé, y serviria para reunir la Iglesia de Oriente con la de Occidente. Como solo quedaron firmes veinte obispos, entre ellos San Febedes de Agen, el prefecto Tauro hizo lo posible para convencerlos, y aun prometieron Ursacio y Valente añadir á la fórmula todas las explicaciones que se juzgasen necesarias. Con efecto, no se detuvieron en pronunciar anatema contra aquellos que dijese que el Hijo no es Dios, engendrado del Padre, antes de todos los siglos: que no es semejante al Padre, según las Escrituras; que

no es eterno con el Padre: que fué sacado de la nada; ó que hubo un tiempo en que el Hijo no existía. Después de esta expresa condenación de las blasfemias de Arrio, pudiendo creer la fe católica suficientemente afianzada, San Febedes y otros que se habían resistido hasta entonces, se determinaron á firmar una fórmula que al parecer no ofrecía peligro alguno. Pero Valente había tenido cuidado de reservar un subterfugio al error con un anatema equivoco, cuya tenacidad digna de condenacion no se percibía. Se dirigía contra los que dijese que el Hijo es criatura como son las otras criaturas. Los católicos entendían que el Hijo no ha sido criado, en vez de que los sectarios querían decir que solamente es una criatura mas perfecta que las demas. Antes de separarse el concilio, envió diputados al emperador, y entre ellos se hallaban Ursacio, Valente y los principales gages arrianos. Pasaron á Constantinopla, donde hallaron á los del concilio de Seleucia (1).

Los obispos de Oriente se habían reunido en esta última ciudad en número de ciento y sesenta, pertenecientes á tres diferentes partidos. Entre ellos se contaban cerca de cuarenta arrianos, siendo los principales Eudoxio, de Antioquia, Jorge, de Alejandría, Ursacio, de Tiro, Patrofilo, de Scitópolis, y sobre todo, Acacio, de Cesarea en Palestina, á quien su talento y reputacion daban grande influencia. Este era el gage de los arrianos disfrazados, que no atreviéndose á adoptar abiertamente el lenguaje de los anomeos, se contentaban con decir que el Hijo es semejante al Padre, sin añadir en su afirmacion lo que les permitía, como se ha visto, reducirle á la categoria de las demas criaturas, limitando esta semejanza á unas cuantas cualidades con que Dios ha estampado en él su imagen. Componíase el partido de los semi-arrianos, de ciento y cinco obispos, de los cuales muchos, aunque desechaban la palabra consustancial, no dejaban de admitir la doctrina católica. Los principales eran, Basilio, de Ancira, Silvano, de Tarsos, Eustasio, de Sebaste, Eleusio, de Cizio, Jorge, de Laodicea, y Macedonio, de Constantinopla. Últimamente se contaba un número de obispos, la mayor parte egipcios, invariablemente adheridos á la fe de Nicea. El gobernador de la Frigia envió á San Hilario á este concilio, alzándose el destierro. Recibieronle los obispos con distincion, y en cuanto expuso su creencia para disipar las sospechas de sabelianismo que acañaban á los occidentales, fué admitido en la comunión del concilio.

Se pasó la mayor parte de la primera sesion en discutir si principiarian por la cuestion de fe ó por la vista de las causas personales. La mayoría queria que antes de todo se oyesen las acusaciones intentadas contra muchos obispos, y las quejas de otros que habían sido depuestos por los arrianos; pero éstos, apoyados por el

(1) Athan. *De Synod.*—Sulp. Sev. lib. II.—Ruf. Theodor. &c.

conde Leonas, á quien había encargado el emperador de asistir al concilio, lograron que se decidiera que primero se discutiesen los asuntos concernientes á la fe, y propusieron la suscripcion de la fórmula de Sirmio, en que estaba suprimida la voz *substancia*. La mayoría de los obispos desecharon la propuesta, porque no les era posible oír sin horrorizarse las impías blasfemias con que se esforzaban los arrianos en sostenerlas. En fin, despues de repetidas contestaciones, Silvano, de Tarsos, exclamó, que era necesario atenderse á la fórmula de Antioquia, llamada de la dedicacion; y tratándose ya de leerla, se retiraron los acacianos. Juntáronse los demas para firmar la fórmula en ausencia de aquellos, y al dia tercero, habiendo el conde Leonas reunido los obispos de ambos partidos, presentó á nombre de los ausentes, una fórmula conforme á la de Sirmio, en la que se omitian igualmente las palabras consustancial, semejante en substancia y de semejante; porque para disfrazar sus impiedades no tenían dificultad en reconocer expresamente que el Hijo es semejante al Padre, como que es su imagen, segun la Escritura; pero luego explicaban esta semejanza, reduciéndola á una sencilla conformidad de voluntad. Se disputó sobre este punto por espacio de dos dias sin resultado alguno, y cuando vieron que despues de cuatro sesiones nada se adelantaba, se negaron el conde de Leonas y los acacianos á continuar asistiendo al concilio. Recordáronles repetidas veces los otros obispos este deber; pero no hicieron caso: los citaron en seguida para que compareciesen y se defendieran á vista de las acusaciones pendientes contra ellos; y finalmente tomaron el partido de pronunciar sentencia de deposicion contra Acacio, Eudoxio, de Antioquia, Jorge, de Alejandría y otros muchos de los principales arrianos. Despues repusieron á San Cirilo, de Jerusalem, que había sido depuesto algun tiempo antes por los acacianos; pero todas estas sentencias no tuvieron cumplimiento (1).

En efecto, como el emperador había mandado que le sometiesen las decisiones acordadas por cada concilio; Acacio y Eudoxio, anticipándose á los diputados del de Seleucia, se constituyeron en Constantinopla, donde ganaron á los cesarianos, y con facilidad previnieron el ánimo del emperador contra una asamblea que se había resistido á firmar la fórmula hecha en presencia de aquel, y que mereció su aprobacion. El veránul Constancio recibió muy mal á los diputados, y en particular reconocio á Basilio, de Ancira, de ser el autor del trastorno de las Iglesias. Sin embargo, no pudo menos de indignarse cuando oyó leer una profesion de fe llena de blasfemias que le dijeron había adoptado Eudoxio, y sabiendo que Acacio era el autor, le echó con ignominia del palacio, mandó á los obispos que le condenasen, y le envió á un destierro. El mis-

(1) Athan. *De Synod.*—Socr. lib. II.
Tom. I.

mo Eudoxio se vió obligado á firmar esta sentencia para no verse envuelto en la misma desgracia. En esta ocasion llegaron los diputados de Rimini que se juntaron inmediatamente con los acaciaños, cuyos errores sostenian, y así por su número como por sus intrigas, aseguraron la preponderancia de este partido. El emperador se decidió á mandar que firmasen todos la fórmula de Rimini, y habiendo prevalecido así los acaciaños, juntaron un concilio en Constantinopla al principio del año 360 para anular lo que se habia hecho en el de Seleucia. San Hilario, que habia seguido á los diputados orientales, presentó entonces una memoria á Constanancio para exponer los peligros en que la fé estaba, y pedirle que le oyesse en una conferencia con los arrianos. Pero éstos no se atraviaron á medirse con tan terrible adversario, y persuadieron al emperador que le despachase á las Galias, como á un hombre capaz de trastornar todo el Oriente. Habiendo condenado despues á Acacio en virtud de las órdenes de Constanancio, desfogaron su venganza personal, depositando á algunos obispos de los que se habian manifestado más hostiles á sus doctrinas erróneas, entre otros á Basilio, de Ancira, Eustasio, de Sebaste, Macedonio, de Constantinopla, Eleusio, de Cizico, y San Cirilo, de Jerusalem. Fueron tambien desterrados, y no se tardó en nombrar sus sucesores. Apoderóse Eudoxio de la silla de Constantinopla, en cuya iglesia ofició por primera vez para la dedicacion de Santa Sofia, que se concluyó por entonces, á los treinta y cuatro años de haber echado Constantino los primeros fundamentos. Al impío Eunomio le pusieron en Cizico, prometiéndole que pronto seria llamado Acacio del destierro. Pero como no pudo contenerse en hacer alarde de sus impiadades, se vió Eudoxio en la necesidad de proceder á su destincion por orden formal del emperador. Ultimamente, el conciliábulo de Constantinopla envió á todas las provincias la fórmula de Rimini que en él se aceptó, y el emperador dió sus órdenes para que se confiasen á los obispos que se negasen á suscribirla. No se perdonó medio alguno para seducirlos y violentarlos, y muchos cedieron al fin, unos por flaqueza, y por sorpresa otros.

Sin embargo, el escándalo de esta apostasía se ha exagerado mucho por los sectarios, que han tomado á la letra las hiperboles de algunos autores antiguos. San Atanasio, en carta que escribió al emperador Joviano cerca de tres años despues de este conciliábulo, aseguraba expresamente que todas las Iglesias del universo aprobaban la fé de Nicea, y que la oposicion de un corto número de disidentes no podia prevalecer contra este consentimiento general. Es seguramente cierto que los obispos que concurrieron á los concilios de Rimini y Seleucia, no eran más que una mínima parte de los que contenia entonces la cristiandad, pues se cuentan hasta dos mil sillars episcopales mencionadas en los escritores eclesiásticos, ademas de otras muchas de que no hay noticia. En cuanto á los

que cedieron en adelante á los órdenes de Constanancio, no se puede dudar tampoco que su número era incomparablemente menor que el de los que permanecieron constantes, porque sabemos por la asseveracion de Sulpicio Severo y otros historiadores, que en todas las provincias hubo concilios para anular lo que se hizo en Rimini, y condenar á los obispos que en el tomaron parte. No se temió tampoco pedir en forma su deposicion, y esto hubiera sido evidentemente tan imposible como peligroso si no hubieran sido más numerosos los ortodoxos. Es necesario observar ademas, que las firmas se fueron poniendo sucesivamente, y á las más se siguió una pronta retractacion: de modo que disminuia la desercion por una parte con el arrepentimiento, y de otra aumentaba por efecto de la violencia. Por último, no debe olvidarse que el Papa Liberio rehusó constantemente su adhesion á las actas del concilio de Rimini, que se apresuró á anular por solemne sentencia, y de este modo la autoridad del soberano Pontífice concurrió con la mayoría de los obispos para mantener la eua féza católica en todo su esplendor (1).

Pero aun cuando el número de obispos provaricadores hubiera sido más considerable aún, no habria fundamento para presentar su caida como que menoscababa en lo más mínimo la infalibilidad de la Iglesia, porque la fórmula que suscribieron nada contenia contrario á la fé. Declarábase en ella expresamente que Jesucristo, Hijo único de Dios, fué engendrado por el Padre antes de todos los siglos y antes de todos los tiempos imaginables: que nada anterior puede concebir el pensamiento humano: que es Dios de Dios; y que no fué sacado de la nada: que es solo engendrado de Dios, y que es semejante al Padre segun las Escrituras; de manera, que omitiendo la palabra sustancia, habian creído hallar en esta fórmula la expresion suficiente de la doctrina católica sobre la divinidad del Verbo, y en cuanto supieron que los arrianos procuraban extraviar el sentido de aquella can odiosa interpretacion, se apresuraron casi todos á protestar contra esta indigna maldad. Su falta, pues, consistió en autorizar la supresion de una palabra que la Iglesia habia adoptado para evitar todas las sutilezas y todas las equivocaciones; pero no puede acusárselos de que aprobaron la heregia (2).

En cuanto San Hilario volvió del destierro, tuvo varios concilios en que los obispos que se habian dejado sorprender en Rimini, reconocieron su falta y ratificaron la fé de Nicea. Aun conservamos la carta sinodal de uno de ellos, celebrado en Paris, en la que declaran los obispos que sostienen la palabra consustancial, y que miran como excomulgados á Ursacio, Valente y otros gefes del arrianismo. Esta carta es respuesta á algunos obispos del Oriente, que

(1) *Sicilic. Epist. ad Episc. Turrog.*—*Dama. Epist. ad episc. Illyr. ap. Theodor. lib. II.*

(2) Hieron. *Dialog. contra Lucifer.*

les habían escrito para apoyarse en la autoridad de los occidentales contra los anomeos. El santo doctor compuso por aquel mismo tiempo un escrito contra Constancio, en el que le reprendió con entereza y sin miramiento alguno, sus violencias, sus artificios, sus variaciones y su temeridad no menos ignorante que presuntuosa (1). Igualmente escribió contra los arrianos una especie de memorias para la historia de los concilios de Rimini y de Selencia; pero solo han quedado algunos fragmentos, y se conoce fácilmente que se han ingerido documentos apócrifos en ellos.

En su retiro, San Atanasio trabajaba por su parte para fortalecer á los católicos de Egipto contra los artificios de los sectarios, y escribió su tratado sobre los sínodos de Rimini y de Selencia, para exponer las razones que habían hecho necesario el uso de la palabra consustancial, y demostrar que su omisión no significaba otra cosa que el intento de arruinar la fé de Nicea. A poco tiempo de la anterior, escribió otra obra para probar la divinidad del Espíritu Santo, contra la heregia adoptada entonces abiertamente por los semi-arrianos. Refuta allí sus objeciones, y prueba la verdad católica con muchos pasajes de la Escritura, y sobre todo, con la tradición de la Iglesia, que siempre ha creído y enseñado el dogma de tres Personas en Dios. Dignó este escrito á Serapion, que le había exhortado á emprenderle, y después otras dos cartas sobre el mismo asunto (2).

La heregia que negaba la divinidad del Espíritu Santo, se hallaba comprendida desde su origen entre las impiedades del arrianismo; pero estuvo poco en boga hasta entonces, y no apareció sino accidentalmente, por decirlo así, entre las disensiones sobre la consustancialidad del Verbo. El que principió á propagarla en clase de heregia distinta de aquella, fué Macedonio, obispo de Constantinopla. En efecto, después que le depusieron los acaecinos, estuvo constantemente separado de su partido, sosteniendo que el Hijo es semejante al Padre en sustancia y en todas las cosas; y aun se di-

(1) Los tráficos atentados de Constancio y su manía de dogmatizar, fueron impugñados con la misma energía en muchos escritos que Lucifer de Cesárea publicó poco tiempo antes contra este príncipe perseguidor. El primero, dividido en dos libros, se escribió para defender á San Atanasio; otro, titulado *De los príncipes apóstata*, contiene la refutación del razonamiento absurdo de Constancio, que alegaba la prosperidad de su reinado, como una prueba de su ortodoxia. El objeto del tercero está indicado suficientemente en su título: "No es lícito comunicar con los hereges." Lo mismo sucede con el cuarto: "No se puede guardar contemplación con los que peoran contra Dios." Lucifer tuvo valor para enviar un ejemplar de estos escritos al emperador, y para manifestarle que no temía sus amenazas y poder, como prueba otra obra con este título: "Es necesario morir por el Hijo de Dios."

(2) Creese que este fué San Serapion, obispo de Throun, en Egipto, que fué el amigo de San Atanasio y de San Antonio, y el que alcanzó una gran reputación por su eflorescencia. Aun tenemos la traducción de un tratado que había compuesto este santo obispo contra los maniqueos.

ce que no tuvo dificultad de admitir como los católicos; el término de consustancial; pero enseñaba expresamente que el Espíritu Santo no era mas que una criatura como los ángeles, aunque de un orden mas elevado. Eustasio de Sebaste y algunos otros obispos depuestos en Constantinopla, adoptaron este error, que se extendió con especialidad en la Tracia y en la Bitinia.

Paso Constancio á Antioquia el año 360, para apresarse á la guerra contra los persas, y á la primavera del siguiente, reunió en esta ciudad un concilio numeroso para que confirmara la fórmula de Rimini, y condenara igualmente los términos de consustancial y de semejante. Ante todas cosas, se dispuso en él nombrar un obispo en lugar de Eudoxio, que fué trasladado á Constantinopla. Todos los partidos se conformaron en la elección de Melecio, natural de Miltene, en la Armenia menor, y de una ilustre y opulenta familia. Los arrianos le creían adicto á su secta, porque después de la deposición de Eustasio, de Sebaste, consintió en sucederle. Acacio y algunos semi-arrianos que sabían indicios de unirse á los católicos, esperaban que con la dulzura y amabilidad de su carácter, reuniría á su partido toda la Iglesia de Antioquia. En fin, los católicos, que conocían la pureza de su fé y la austeridad de sus costumbres, consintieron gustosos en su nombramiento. En cuanto llegó á su silla, todos se apresuraron á visitarle, y en el discurso que pronunció para tomar posesion de aquella, no dejó á los oyentes duda alguna de su ortodoxia; porque absteniéndose de las vices sustancia y consustancial, se explicó claramente sobre la eternidad y la divinidad del Verbo. Eudoxio y los arrianos hicieron todos sus esfuerzos para obligarle á retractarse; mas no habiéndolo podido lograr, le depusieron é hicieron desterrar á Miltene, un mes después de su elección: en su lugar eligieron sin demora á Euzoyo, uno de los primeros discípulos de Arrio, y degradado del diaconado por San Alejandro, su obispo, á muy poco de haber recibido este orden. Ningun católico quiso comunicar con él; de modo, que la Iglesia de Antioquia se dividió en tres partidos, arrianos, eustasianos, y otro que comprendía los de los católicos, que habiendo reconocido la autoridad de varios patriarcas nombrados para los arrianos, se apartaron para continuar fieles á San Melecio. Euzoyo y algunos obispos de su partido, hicieron otra nueva fórmula de fé, en que exponían abiertamente la impta doctrina de los anomeos, declarando que el Hijo había sido formado de la nada. Pero se levantaron contra ellos tantas y tan enérgicas quejas, que se vieron precisados á abandonar aquella fórmula, y volver á profesar la de Rimini y de Constantinopla (1).

En este intermedio supo Constancio en el Oriente, que el César

(1) Ruf. lib. I.—Theod. lib. II.—Eph. Her. LXXIII.

Juliano había sido proclamado augusto por el ejército de las Galias. Era sobrino de Constantino, y había sido perdonado por su corta edad en la matanza que siguió á la muerte de aquel príncipe: cuidó Constantino de su educación, y le dió maestros cristianos que le instruyeron en todas las ciencias, pero principalmente en el cumplimiento de la religion. Siguió según tiempo las escuelas públicas, bajo la direccion de un empuco de Escitia, llamado Mardonio, y despues fué enviado con su hermano Galo á un palacio real de la Capadocia, donde continuó sus estudios. Uno y otro emprendieron la carrera eclesiástica en calidad de lectores, cuyas funciones ejercieron. Cuando á Galo le hicieron despues César, volvió Juliano á Constantinopla, donde estudió la retórica con el sofista Ecébo, que profesaba el cristianismo. A poco tiempo pasó á Nicomedia y á otras ciudades del Asia menor, para contraer relaciones con algunos sofistas paganos, que pasaban por hábiles en los secretos de la magia. En Pérgamo quiso ver al filósofo Eclesio, discípulo de Jamblico, é infatuado cómo él en todos los delirios de los neoplatónicos. Despues se unió con Crisanto y con Máximo, de Efeso, discípulos ambos del mismo Eclesio, y aunque no se atrevia aún á ostentar su apostasia, comenzó desde entonces á alentar las esperanzas y los deseos de los paganos. Máximo, aprovechándose del entusiasmo de Juliano por la adivinacion, tuvo cuidado de prometerle el imperio para halagar su ambicion, al mismo tiempo que halagaba su loca curiosidad, iniciándole en los supuestos secretos de su arte. A la muerte de Galo, fué preso Juliano de orden de Constantio; pero recobró la libertad al cabo de algunos meses, y pasó á las escuelas de Atenas, donde hizo conocimiento con San Basilio y San Gregorio Naziancano. No tardó en ser llamado para que marchara á las Galias con el título de César, hácia fines del año 355. Las ventajitas que alcanzó contra los bárbaros, le conciliaron la estimacion y el aprecio de los soldados, y su ejército le proclamó augusto el año 360. Constantio, despues de algunas negociaciones inútiles, se puso en marcha para combatirle; pero cayó enfermo en Oficia, y reducido al último trance en pocos dias, recibió el bautismo de mano de Euzayo, y murió así en la heresia el 3 de Noviembre del año 361, á la edad de cuarenta y cinco. Juliano por su parte se había adelantado á la Pannonia, donde se detuvo algun tiempo para reunir sus fuerzas; y entonces fué cuando renunció abiertamente el cristianismo. Ocupado estaba en consultar á los arsepiques, y no sin alguna inquietud, cuando fueron á anunciarle la muerte de Constantio. Inmediatamente aclaró su marcha á Constantinopla, donde fué reconocido su autoridad de todo el Oriente.

LIBRO IX.

DESDE EL ADVENIMIENTO DE JULIANO AL IMPERIO HASTA EL REINADO DE TEODOSIO.

DE 361 A 379.

DURANTE Juliano del imperio, se abandonó á los caprichos de su genio extravagante, y afectando seguir en el trono el método de vida de un filósofo, mostró en su gobierno mas bien las rarezas y pequenezes de un sofista, que las miras sábias de un príncipe ilustrado. Primeramente hizo algunas reformas en el palacio imperial, de donde echó á una porcion de empucos, maestresalas, barberos, perfumadores y otros empleados análogos, introducidos por la mollicie asiática y mantenidos con un lujo exorbitante. Estableció un tribunal en Calcedonia para examinar la conducta de los que habían dirigido los negocios en tiempo de Constantio, y se usó con ellos de una severidad que pareció á veces extremada á los mismos aduladores de Juliano. Los dos consules Taurio y Florencio fueron encausados, y desterrado á Vercelli el primero, que había debido el consulado únicamente á sus violencias contra el concilio de Rimini. Eusebio, prefecto de la cámara imperial, aquel empuco apasionado que tanto abusara de su poder para sostener á los arrianos, fué sentenciado á muerte, como tambien Ursulo, conde de las dádivas, que no había contribuido poco al engrandecimiento de Juliano; lo que hizo tan odioso su castigo, que se vió este príncipe obligado á desaprobarle. Una multitud de cristianos fueron envueltos en estas pesquisas con diversos pretextos; pero principalmente por habersa enriquecido con los despojos de los ídolos.

Despues de estas medidas dictadas en gran parte por la vanidad, Juliano, sustituyendo un abuso á otro, llenó el palacio de sofistas, de mágicos, de adivinos y de charlatanés de todas clases. Rodéante con especialidad los filósofos de la escuela neoplatónica, á quienes distribuyó gobiernos ó cargos á la inmediacion de su persona, y en los que depositó toda su confianza siguiendo todas sus insinuaciones. Apresuróse á llamar á la corte á Máximo y Crisanto, dos de los principales gefes de dicha escuela, bien conocidos uno y otro por su apago fanático á todas las prácticas supersticiosas de la magia. El último no tuvo por conveniente acudir al llamamiento de Juliano, el cual por lo tanto le nombró supremo Pontífice de Lidia. Pero la ambicion de Máximo no pudo resistir al atractivo seductor del poder y de los honores, y ganándose la intimidad del emperador, y convertido en su confidente y consejero, le estrechó en tales términos y llegó á dominar tanto su ánimo, que parecia ser el

Juliano había sido proclamado augusto por el ejército de las Galias. Era sobrino de Constantino, y había sido perdonado por su corta edad en la matanza que siguió á la muerte de aquel príncipe: cuidó Constantino de su educación, y le dió maestros cristianos que le instruyeron en todas las ciencias, pero principalmente en el cumplimiento de la religion. Siguió según tiempo las escuelas públicas, bajo la direccion de un empuco de Escitia, llamado Mardonio, y despues fué enviado con su hermano Galo á un palacio real de la Capadocia, donde continuó sus estudios. Uno y otro emprendieron la carrera eclesiástica en calidad de lectores, cuyas funciones ejercieron. Cuando á Galo le hicieron despues César, volvió Juliano á Constantinopla, donde estudió la retórica con el sofista Ecébo, que profesaba el cristianismo. A poco tiempo pasó á Nicomedia y á otras ciudades del Asia menor, para contraer relaciones con algunos sofistas paganos, que pasaban por hábiles en los secretos de la magia. En Pérgamo quiso ver al filósofo Eclesio, discípulo de Jamblico, é infatuado cómo él en todos los delirios de los neoplatónicos. Despues se unió con Crisanto y con Máximo, de Efeso, discípulos ambos del mismo Eclesio, y aunque no se atrevia aún á ostentar su apostasia, comenzó desde entonces á alentar las esperanzas y los deseos de los paganos. Máximo, aprovechándose del entusiasmo de Juliano por la adivinacion, tuvo cuidado de prometerle el imperio para halagar su ambicion, al mismo tiempo que halagaba su loca curiosidad, iniciándole en los supuestos secretos de su arte. A la muerte de Galo, fué preso Juliano de orden de Constantio; pero recobró la libertad al cabo de algunos meses, y pasó á las escuelas de Atenas, donde hizo conocimiento con San Basilio y San Gregorio Naziancano. No tardó en ser llamado para que marchara á las Galias con el título de César, hácia fines del año 355. Las ventajitas que alcanzó contra los bárbaros, le conciliaron la estimacion y el aprecio de los soldados, y su ejército le proclamó augusto el año 360. Constantio, despues de algunas negociaciones inútiles, se puso en marcha para combatirle; pero cayó enfermo en Oficia, y reducido al último trance en pocos dias, recibió el bautismo de mano de Euzayo, y murió así en la heresia el 3 de Noviembre del año 361, á la edad de cuarenta y cinco. Juliano por su parte se había adelantado á la Pannonia, donde se detuvo algun tiempo para reunir sus fuerzas; y entonces fué cuando renunció abiertamente el cristianismo. Ocupado estaba en consultar á los arsepiques, y no sin alguna inquietud, cuando fueron á anunciarle la muerte de Constantio. Inmediatamente aclaró su marcha á Constantinopla, donde fué reconocido su autoridad de todo el Oriente.

LIBRO IX.

DESDE EL ADVENIMIENTO DE JULIANO AL IMPERIO HASTA EL REINADO DE TEODOSIO.

DE 361 A 379.

DURANTE Juliano del imperio, se abandonó á los caprichos de su genio extravagante, y afectando seguir en el trono el método de vida de un filósofo, mostró en su gobierno mas bien las rarezas y pequenezes de un sofista, que las miras sábias de un príncipe ilustrado. Primeramente hizo algunas reformas en el palacio imperial, de donde echó á una porcion de emucos, maestresalas, barberos, perfumadores y otros empleados análogos, introducidos por la mollicie asiática y mantenidos con un lujo exorbitante. Estableció un tribunal en Calcedonia para examinar la conducta de los que habían dirigido los negocios en tiempo de Constantio, y se usó con ellos de una severidad que pareció á veces extremada á los mismos aduladores de Juliano. Los dos consules Taurio y Florencio fueron encausados, y desterrado á Vercelli el primero, que había debido el consulado únicamente á sus violencias contra el concilio de Rimini. Eusebio, prefecto de la cámara imperial, aquel empuco apasionado que tanto abusara de su poder para sostener á los arrianos, fué sentenciado á muerte, como tambien Ursulo, conde de las dádivas, que no había contribuido poco al engrandecimiento de Juliano; lo que hizo tan odioso su castigo, que se vió este príncipe obligado á desaprobarle. Una multitud de cristianos fueron envueltos en estas pesquisas con diversos pretextos; pero principalmente por habersa enriquecido con los despojos de los ídolos.

Despues de estas medidas dictadas en gran parte por la vanidad, Juliano, sustituyendo un abuso á otro, llenó el palacio de sofistas, de mágicos, de adivinos y de charlatanés de todas clases. Rodéante con especialidad los filósofos de la escuela neoplatónica, á quienes distribuyó gobiernos ó cargos á la inmediacion de su persona, y en los que depositó toda su confianza siguiendo todas sus insinuciones. Apresuróse á llamar á la corte á Máximo y Crisanto, dos de los principales gefes de dicha escuela, bien conocidos uno y otro por su apago fanático á todas las prácticas supersticiosas de la magia. El último no tuvo por conveniente acudir al llamamiento de Juliano, el cual por lo tanto le nombró supremo Pontífice de Lidia. Pero la ambicion de Máximo no pudo resistir al atractivo seductor del poder y de los honores, y ganándose la intimidad del emperador, y convertido en su confidente y consejero, le estrechó en tales términos y llegó á dominar tanto su ánimo, que parecia ser el

único que gobernaba el imperio; á su influencia deben atribuirse parte de las medidas odiosas ó ridículas que habremos de notar en el reinado de Juliano (1).

Este príncipe educado en la religion cristiana, habia mostrado casi desde la niñez una especie de inclinacion irreflexiva á las supersticiones del paganismo, y los ejemplos, las lecciones y las astru-tas lecciones de los sofistas, con quienes tuvo frecuente trato durante sus estudios en la Grecia y en el Asia, mantuvieron y fortalecieron aquella disposicion; tal vez nacida de su aversion á Constantio. La política acabó de determinarle; y al tiempo de marchar contra este emperador, quiso, declarándose en favor de la idolatría, asegurar el apoyo del partido pagano, poderoso aún por su influencia y riquezas, sobre todo en Occidente, porque una gran parte del senado y de la aristocracia romana se obstinaba en desechar el cristianismo como una innovacion peligrosa, y miraba la salvacion del imperio como inherente á la conservación de las antiguas ceremonias y al culto de los dioses de Roma. Mucho tiempo hacia que este partido habia puesto los ojos en Juliano, y le habia saludado anticipadamente como al restaurador de los templos. Queriendo el emperador llenar las esperanzas que habia infundido, no perdonó medio para reanimar el paganismo moribundo. Pero por la pequenez y la extravagancia de los medios que usó, por su apego pueril á supersticiones ridículas que parte de los paganos desprecian también, en fin, por su infatuacion en favor de las prácticas de la magia y de la exaltacion antitica de los sofistas de Oriente, contribuyó mas bien á mostrar la decadencia y la vanidad de la idolatría, que á restituirle una influencia definitivamente perdida.

Comenzó por publicar unos edictos, mandando abrir y reparar los templos, devolverles los bienes confiscados, restaurar los ídolos anteriormente derribados, instituir Pontífices en los lugares donde no los habia, y por último, restablecer en todas partes los sacrificios y demás ceremonias del culto pagano. Escribió á los concejos de las ciudades, exhortándolos al culto de los dioses, prometiendo favorecer á los que se distinguieran por su celo, y manifestando de todos los modos posibles su indignacion hácia las poblaciones cristianas, porque en sus vias rehusaba entrar en ellas, y no recibia á sus diputados, ni oia sus quejas. Para dar él mismo el ejemplo, hizo erigir un ídolo de la Fortuna en el palacio de Constantinopla, y sacrificó públicamente en honor de él, como si fuera el genio de la ciudad de donde Constantino habia desterrado la idolatría. Tal era su fervor supersticioso, que no se desdibaja de llenar con minuciosa exactitud hasta las funciones de los últimos sacrificadores y de los ministros subalternos. Conducia la leña á los altares, encendía & conservaba el fuego, degollaba las víctimas, y metia las manos en

(1) Amm. Marcell. lib. XXII.—Euseb. *Vit. Max.*

sus entrañas: sacrificaba por el mismo mas leve, y á veces hasta cien bueyes en un solo dia: finalmente, se le veia rodeado de auguros, de hierofantas y de adivinos, y así pasaba dias y noches enteras en consultar á los dioses. Honraba con particular acatamiento á las divindades egipcias Serapis, Isis y Anubis, y al dios persa Mithra, cuyo culto místico en el mas alto grado agradaba sobremanera á su imaginacion entusiasta. Hizose instituir Pontífice de este dios, y en sus discursos se proclamó con ridicula exaltacion el asesor del rey sol. Ofrecíale diariamente victimas por la mañana, y por la tarde le dirigia sus plegarias en una capilla que habia mandado construir cerca de su habitacion. Esta predileccion por las divinidades orientales provenia de su afición á las ideas de la escuela neoplatónica (1).

A pesar de su ardiente celo por el paganismo, Juliano le pareció al pronto una grandísima tolerancia, y quiso, al parecer, dejar á los cristianos en absoluta libertad para seguir su religion. "Por los dioses, escribia, no quiero que se quite la vida á los galileos, ni se los maltrate de ningun modo: he resuelto usar de dulzura y de humanidad para con todos los galileos, y no consentir que ninguno de ellos sea violentado en ninguna parte, arrastrado al templo, ó forzado con malos tratamientos á hacer algo contrario á su conciencia." —"Figurábase yo, dice en otra carta, que los gefes de los galileos confesarían que me tienen mas que agradecer que á mí predecesor. Muchos de ellos fueron desterrados, perseguidos y encarcelados de orden de aquel; yo al contrario, les he levantado el destierro, y restituido todos los bienes confiscados. No toleramos que se arrojare á nadie á los altares, y hasta declaramos terminantemente que si alguno quiere de buen grado participar de nuestros sacrificios, debe antes purificarse con expiaciones para hacerse propicio á los dioses (2)." El mismo habia intentado borrar su bautismo por medio de taurobolos, lustraciones y otras ceremonias que el paganismo habia consagrado como prácticas de regeneracion.

Esta tolerancia de Juliano no era únicamente el efecto de la moderacion filosófica de que queria en valerse. Si temia el nombre de tirano, y gustaba de hacer contrastar la dulzura de su gobierno con las medidas odiosas y vejatorias de Constantio, á fin de ganarse así el afecto de los pueblos; tenia tambien otros motivos para contemplar á los cristianos, porque era su número tan considerable, que no se podía embestir abiertamente con ellos sin introducir el desorden y la confusion en el imperio. Además les envidiaba la gloria del martirio, sabiendo por la experiencia pasada que no temian ni los tormentos, ni la muerte, y que cuanto mas crueles eran

(1) Amm. Marcell. lib. XXII.—Sozom. lib. V.—Laban. *Orat. X. &c.*

(2) Julian. *Epiat. VII. XLIII y LII.*

las persecuciones, mas contribuian á fortalecer el cristianismo (1). Por eso se le veia seguir casi siempre su sistema de afectada moderacion, cuando no encontraba un pretexto ageno de la religion para colorar ciertas medidas violentas. Un dia que estaba sacrificando al idolo de la Fortuna, se llegó á él Maris, obispo de Calcedonia, y le reprendió públicamente su apostasia: Juliano se contentó con responderle en tono burlon: "Bien se conoce que estás ciego; y el galileo á quien adoras, no te restituirá la vista."—"Doy gracias á Dios, replicó el obispo, de no ver á un apóstata que blasfema de él." Juliano hizo que no oia esta réplica.

Con todo, este príncipe declaró á la Iglesia una guerra mas peligrosa y fúnebra que una persecucion abierta. Se dedicó á fomentar las diversiones entre los cristianos, protegiendo todas las sectas para debilitar y menoscabar la religion con el efecto natural de las disputas sobre la fé. Por este motivo, tanto como para desacreditar las violencias del último reinado, llamó á los obispos desterrados; y habiendo hecho presentarse á algunos en su corte, les declaró que podian enseñar sus doctrinas con entera libertad. San Melecio, de Antioquia, San Eusebio, de Vereali, Lucifer, de Caler y los otros obispos católicos volvieron á sus Iglesias, y se vieron en estado de combatir con ventaja la influencia de los arrianos, que no contaban ya con el apoyo del poder temporal para sostener sus intrigas. Pero otras sectas casi extinguidas ó debilitadas considerablemente se aprovecharon de las disposiciones de Juliano para tratar de levantarse, porque su alinico era no solo sostenerlas contra los católicos, sino tambien contra los demas hereges. Escribió al herejiarca Fotino alabándole porque negaba la divinidad de Jesucristo. Condenó al obispo de Cizico á reedificar en el término de dos meses la iglesia de los novacianos, que habia derribado bajo el reinado de Constantino. Mandó poner á los arrianos habian maltratado á los valentinianos en Etesa, dispuso que se quitaran á los primeros los bienes que pertenecian á su iglesia, queriendo, segun daban, facilitarles la práctica de su ley, y hacerlos pobres, á fin de que adquiriendo la necesidad, pudiesen con mas seguridad alcanzar el reino de los cielos." Así se hurlaba de la doctrina del Evangelio, y añadia la irrisión á las vejaciones mas odiosas (2).

No tardó en extender esta confiscacion á las otras iglesias, cuyos tesoros, muebles preciosos y vasos de oro ó de plata hacia arrebatár á la fuerza; despues impuso á los cristianos un tributo particular, siempre con el pretexto burlesco de hacerles practicar la pobreza evangelica; y porque les está recomendado que huyan de los honores, y sufran con paciencia las injurias, los declaró inhábiles para

(1) Liban. *Orat. X.*(2) Jul. *Epist. ad Ezebol.*—Sozom. lib. V.

obtener empleos; y si se le ha de creer á Sozomeno, les prohibió toda accion ante los tribunales hasta para defenderse. Revocó todos los privilegios é inmunidades que Constantino y sus hijos habian decretado á favor de los clérigos: suprimió las distribuciones del trigo que se les concedia, así como á las doncellas y á las viudas inscritas en los registros de las iglesias; y hasta mandó la restitucion de lo pasado, que se recaudó con extremado rigor. Condenó á los cristianos á reedificar á sus expensas los templos que habian sido demolidos, y á restituir hasta las menores cosas que provenian del despojo de los ídolos; y so pretexto de ejecutar esta orden, se les despojaba á veces de sus propios bienes; se encarcelaba á los obispos y sacerdotes, se los atormentaba cruelísimamente, y algunos eran condenados á muerte (1).

Al mismo tiempo que Juliano hostigaba á los cristianos con estas medidas vejatorias, empleaba todos los medios de seduccion, los halagos, las promesas, las recompensas, las sollicitaciones y hasta las mas bajas lisonjas para hacerlos apóstata. Así logró ganarse á muchísimos, principalmente oficiales y cortesanos, cuya mayor parte, sin otra ley que la voluntad del príncipe, ni mas Dios que la fortuna, se apresuraban á sacrificar á los ídolos para conservar su empleo ó conseguir ascensos. Apuro todos sus esfuerzos para atraerse á San Basilio y á San Gregorio Nazianzeno, cuyo mérito habia conocido en las aulas; pero estos despreciaron altamente las ofertas del apóstata, así como las amenazas que les hizo cuando supo su repulsa. San Gregorio exhortó tambien á su hermano Cesareo á dejar la corte, donde servia con el título de médico del emperador, que habia recibido de Constantino juntamente con la dignidad de senador. Juliano, que le estimaba por su mérito y por la consideracion de que gozaba, le conservó su título, y trató á poco de vencer su fe con artificiosas embestidas; pero Cesareo triunfó de esta prueba peligrosa, y protestó enérgicamente que era cristiano y lo seria siempre. Al fin para evitar el peligro y calmar la zozobra de sus parientes, tomó el partido de abandonar la corte con todas las ventajas de su puesto (2).

Buscando todos los medios de ridiculizar á los cristianos, Juliano afectaba por desprecio llamarlos galileos, y hasta llegó á mandar por una ley que se les diera este nombre. Tambien quiso prohibirles el estudio de las ciencias y de las letras profanas, vedándoles expresamente la lectura de los oradores, de los poetas y de los filósofos, y á sus hijos la asistencia á las escuelas en que se explicaban dichos autores, suponiendo que no se debía permitir mas que á los que seguian la religion de los griegos, aplicarse al estudio de su idioma y ciencias; y que los galileos debian contener-

(1) Soer. lib. III.—Chysoat. *Orat. XL.*—Greg. Naz. *Orat. III.*—Liban. *Epist. DCCXXX.*(2) Greg. Nazianz. *Orat. X, Epist. XVII.*

tarse con saber sus Evangelios y creer sin raciocinar. Luego revocó la prohibición de asistir á las escuelas; pero cuidó de tomar medidas al mismo tiempo para que solo los paganos las regentasen. En efecto, publicó un decreto prohibiendo á los cristianos enseñar la gramática, la retórica, la filosofía, la medicina ó cualquier otra ciencia; y á fin de asegurar su ejecución, ordenó que todos los profesores fueran examinados y elegidos por los ayuntamientos, y que su nombramiento llevase el beneplácito imperial. La razón que daba era que no es lícito proponer á la juventud como objeto de estudio, unos autores cuyas opiniones se condenan en los puntos mas importantes. Pero el verdadero motivo era la baja envidia de los sofistas paganos, que no pedían tolerar que sus escuelas estuvieran tan desiertas, al paso que acudían oyentes en tropel á las de los cristianos; fuera de que Juliano esperaba así atraer á la juventud al culto de los ídolos, ó privar á los cristianos de las ventajas que reportaban de los estudios profanos para impugnar el paganismo. Esta medida determinó á los Apolinarios á componer diferentes obras en prosa y en verso sobre asuntos religiosos, á imitación de los autores paganos. Pero la ley de Juliano duró tan poco, que sus obras fueron inútiles y cayeron de allí á poco tiempo en el olvido (1).

La mayor parte de los profesores cristianos prefirieron abandonar la cátedra antes que su religión. Admiróse sobre todo la fevalerosa de Proereso y de Victorino. El primero era un célebre filósofo de Atenas, que no titubó en dejar voluntariamente su escuela, sin cuando le exceptuó de la ley general Juliano su discípulo. Victorino, natural de Africa, profesaba hacia mucho tiempo la retórica en Roma, con un aplauso sin ejemplo. Habían sido discípulos suyos los senadores mas ilustres, y se le había erigido una estatua en la plaza de Trajano. Habiendo vivido en la idolatría hasta la vejez, se habia convertido poco antes, sin que le detuviera el temor de ofender á los poderosos amigos que tenia entre la aristocracia romana, y mostró la misma firmeza cuando la ley de Juliano le forzó á optar entre el título de profesor y la calidad de cristiano. Entre los que tuvieron la cobardía de apostatar, se cita á Ecébolo, sofista de Constantinopla, menos famoso por su talento que por su veledad. En tiempo de Constancio parecia cristiano fervoroso; bajo el imperio de Juliano se hizo idólatra, y luego se mostró penitente hasta al empujamiento.

No atreviéndose el emperador á prohibir abiertamente las reuniones de los cristianos, hizo todos los esfuerzos imaginables para impedirlos en cuanto vió afirmado su poder. Buscaba pretextos para echar de las ciudades á los obispos y sacerdotes; y cuando

(1) Sozom. lib. V.—Theod. lib. III.—Greg. Naz. Orat. III.—Amm. lib. XXV, Orat. X, Epist. XVII.

no hallaba otros, los acusaba de promover disturbios y de incitar á los pueblos á la sedición. Expulsó á Eleusio de Cirro, por haber arruinado unos templos, construido algunos hospitales y monasterios, y exhortado á los paganos á abandonar la idolatría. Escribió á los habitantes de Bostro que echaran á Tito, su obispo, como á su delator, porque en respuesta á una carta de Juliano, habia dicho que los cristianos, á pesar de su número, se contentaban con sus exhortaciones; lo que propendia, según el emperador, á acusar á los habitantes de ser inclinados de suyo á la sedición. A veces se enviaban soldados para cerrar ó demoler iglesias, y San Gregorio, padre del Nazianceno, tuvo que resistir á un atentado de esta clase, haciéndolo con tanto celo y energía, que el capitán se vió precisado á retirarse sin haber podido conseguir su intento.

No menos aborrecia Juliano á los monges que á los obispos y sacerdotes. Los colmaba de injurias en sus escritos, y hacia alistar á la fuerza á aquellos á quienes su edad no inutilizaba para el servicio de las armas. Habiendo sido arrebatado un discípulo de San Apolonio en los desiertos de la Tebaida, el santo se fué con algunos otros á consolar á aquel en la cárcel, y el centurion dió orden de detenerlos en calidad de presos, con el designio de alistarlos á todos. Pero en medio de la noche un ángel radiante de luz se apareció de repente en la cárcel, cuyas puertas abrió, y al mismo tiempo se sintió en la ciudad un terremoto que destruyó la casa del centurion, pereciendo varios de sus criados. Estos milagros determinaron á los guardias y al centurion mismo á poner en libertad á los solitarios. Cuarenta años hacia que San Apolonio vivia en el desierto, y se hizo célebre por otros muchos milagros, que atraeron á unos quinientos monges á quienes dirigió (1).

Por mucho que despreciase Juliano á los cristianos, conocia las ventajas que la pureza de sus costumbres, la excelencia de sus máximas y el esplendor de sus virtudes les daban. Quiso, pues, imitarlos y reformar en cierta manera el paganismo por el modelo de las instituciones monásticas. En una carta escrita á Arsacio, Pontífice de Galacia, despues de quejarse de que el helenismo ó la idolatría hacia pocos progresos, añade: "Lo que ha contribuido mas que todo á propagar la impiedad, es la hospitalidad, el cuidado de las sepulturas, la conducta arreglada y la vida pura que los enemigos de los dioses llevan por afectación. Nosotros debemos practicar todo esto con verdad. Cuidad de que los sacrificadores sirvan á los dioses con toda su familia sin consentir á ningún galileo; advertidles que no deben ir al teatro, ni beber en las tabernas, ni ejercer ningún oficio vil ó infame, y privad de sus funciones á los que no se conformen con estas reglas. Estableced hospitales en cada ciudad para admitir á los forasteros indigentes.

(1) Ref. Vit. Patr. cap. VII.—Pallad. Hist. laus. Tom. I.

He dado orden de que se distribuyan todos los años para este gasto trigo y vino en gran cantidad; pero invitad tambien á los heleenistas á que contribuyan por su parte á esta obra, porque seria vergonzoso dejar sin auxilio á los pobres, mientras que ninguna de las mendigas, y los galileos, mantienen á mas de sus pobres á los nuestros. En otra carta vuelve á hablar del mismo asunto, añadiendo otras muchas recomendaciones, copiadas visiblemente de la disciplina de la Iglesia. Quiere que en la eleccion de los Pontífices, en vez de atender al nacimiento ó á la riqueza, sirvan de regla sus virtudes y su beneficencia; que se distinguan por la pureza de su vida, absteniéndose, no solo de las acciones vergonzosas, sino tambien de proferir ó escuchar palabras deshonestas, ó chocar carreras, ó injuriosas, de leer libros obscenos, de asistir á los espectáculos teatrales, y de tener trato con comediantes, bailarines ó otras personas sospechosas. Tambien quiso fundar monasterios ó casas de retiro para hombres y para las doncellas que, desechan consagrarse á la meditación, y escuelas públicas en que se cuidase de explicar al pueblo los misterios del paganismo y las reglas de las costumbres, á imitacion de lo que se practicaba en las iglesias de los cristianos. Pero no tuvo tiempo de poner por obra estos proyectos ridiculos, y debiera haber conocido su extravagancia á vista del escaso resultado de su celo; porque él mismo confiesa en una carta, que no encuentra apenas una persona que no sacrificie con disgusto; que son pocos los que lo hacen de buen grado, y no saben las reglas de los sacrificios (1).

El principal afán de Juliano fué desterrar el cristianismo de sus ejércitos, y pervinió á una multitud de soldados, ya por sí, ya por medio de los oficiales de mas categoria. Llegó á dar una ley excluyendo de la milicia á todos los que se negasen á sacrificar, pero no se atrevió á acelerar la ejecucion de ella por no debilitar demasiado su ejército en ocasion de emprender la guerra contra los persas. Recurrió, pues, á la astucia para arrastar á los soldados á la idolatría; y habiendo resuelto distribuir los premios por su propia mano, segun costumbre, hizo poner al lado de su trono un altar, un brasero é incienso, y ordenó que cada soldado echase incienso en la lumbré antes de recibir su gratificacion. Algunos renunciaron el lazo, y le evitaron renunciando los dones del emperador; otros sucumbieron por miedo ó por avaricia; pero la mayor parte no sospecharon que hubiese malicia en aquella ceremonia. Como despues se quisiese hacerles conocer que habian renunciado al cristianismo de aquel modo, se horrorizaron, y comenzaron á gritar públicamente: "Nosotros somos cristianos, sépalo todo el mundo; no hemos renunciado á Jesucristo; nos han

(1) Jol. Epist. IV, XLVIII y XLIX.—Greg. Naz. Orat. III.—Sozom. lib. V, cap. XVI.

engañado con astucia; pero si nuestra mano ha pecado, nuestro corazón no ha tenido parte en ello." Algunos tuvieron valor de ir hasta palacio para arrojar el dinero que acababan de recibir. El emperador se encolerizó tanto que les mandó cortar la cabeza; é inmediatamente fueron conducidos al lugar del suplicio. Ya habia levantado el verdugo el hacha para descargar sobre el mas joven, llamado Romano, cuando llegó una orden del emperador revocando la pena de muerte. "Ah! exclamó el soldado penetrado de dolor, con que Romano no era digno de llevar el nombre de mártir." Fueron deserrados á los confines del imperio con prohibicion de habitar en las ciudades. Algunos de los principales oficiales mostraron la misma adhesion á su fe; debiendo citarse entre otros á Jovialio y Valentiniano, que despues llegaron á ser emperadores. El último mandaba una compañía de guardias; un dia que por su empleo estaba obligado á acompañar al emperador al templo de la Fortuna, recibió una gota de agua lustral en su capa, y fué tal su indignacion, que llegó á poner la mano al Pontífice que hacia las asperusiones, y rasgó la parte manchada de la capa. Juliano, irritado vivamente, le desterró so pretexto de que no tenia en buen estado su compañía, porque no queria proporcionalrle la gloria de padecer por Jesucristo (1).

Sin embargo, á pesar de esta benignidad aparente, el emperador por sí dió el martirio á muchos, y otra multitud fueron sentenciados á muerte en todas las provincias por orden de los gobernadores y demás magistrados, siempre seguros de que Juliano aprobaria sus violencias, ó cuando mas los condenaria flopemente. Despues de ocho meses de residencia en Constantinopla, y comenzados los preparativos de la guerra contra los persas, se puso en marcha hacia Siria en la primavera del año 362. Al llegar á Gafam quiso ir á Pessinunte para sacrificar á la madre de los dioses, y cuando á los tormentos y á la muerte á un cristiano joven, á quien se acusaba de haber derribado el altar de la misma provincia. El mas lustre, fué un sacerdote de Ancira, llamado Basilio como el obispo; pero de muy diferente creencia. En tiempo de Constantio se habia mostrado el mas firme apoyo de los católicos; y en el de Juliano no cesó de precaveros por medio de sus exhortaciones del peligro de la idolatría. Los paganos le aborrecian por su celo, le encarcelaron, y le aplicaron dos veces los mas crueles tormentos; despues le presentaron á Juliano, que le puso en manos de un soldado para que de nuevo le atormentase. Matéronle por la espalda puntas de fierro hechas áscua, y espiró en medio de los horribros dolores de este suplicio.

La ciudad de Cesarea en Capadocia se habia grangeado el odio

(1) Theodor. lib. III.—Sozom. lib. VI.

de Juliano por su adhesión al cristianismo, y sobre todo por la reciente demolición del templo de la Fortuna, único que había quedado en pie hasta entonces. Para castigarla le quitó el título de ciudad y el nombre de Cesarea; despojó á las iglesias de cuantos bienes poseían, muebles é inmuebles; alistó á todos los clérigos en la milicia, y les dió los empleos mas despreciables; sujetó á la contribución de los aldeanos á todos los seglares con sus mugeres é hijos, y los amenazó con los efectos mas terribles de su cólera si pronto no reedificaban el templo destruido. En cuanto á los que habían tomado parte en la demolición, unos fueron condenados á muerte y otros á destierro (1).

Al cabo llegó Juliano á Antioquía á fines de Julio, y permaneció allí hasta la primavera siguiente. No tardó en cobrar aversión á aquella ciudad casi toda cristiana, cuyos habitantes le ridiculizaban con burlas continuas por su porte desaliñado, por la suciedad de su barba y por la extravagancia de sus supersticiones. Corría incansablemente de un templo á otro para hacer sacrificios; saluaba cada día el nacimiento y el ocaso del sol con la sangre de las víctimas, y las inmolaba tambien de noche en honor de los que él llamaba demonios nocturnos. Mandaba buscar aves raras, terrestres y acuáticas, para ofrecerlas á sus dioses, y manifestaba públicamente que estimaba el título de Pontífice tanto como el de emperador. Quería sacrificar y despedazar el mismo las víctimas, y muchas veces se le veía con las manos y los vestidos ensangrentados. Los adivinos, los mágicos y los charlatanes, mas despreciables eran recibidos por él con mas distinción que los primeros magistrados: de pronto los trasformaba en hierofantas venerables, y se ocupaba con ellos en examinar curiosamente las entrañas de las víctimas, y en observar el canto ó el vuelo de las aves. No se alochornaba de presentarse en las calles rodeado de infames bufones, de hombres afeitados, de mugeres prostituidas, cuyas vergonzosas indecencias é innobles groserías limitaba por fanatismo, por honrar así á Venus, á Cibele y á otras divinidades de esta clase (2).

Juliano tomó el partido de responder á las burlas de los habitantes de Antioquía con una sátira intitulada: *Misopogón* ó *el enemigo de la barba*, en la que con ironías á veces inspidas procura burlarse de los defectos y vicios de aquellos, echándoles en cara, entre otras cosas, que se prosternaban ante los sepulcros, y allí hacían plegarias para verse libres de él; lo que es un testimonio muy auténtico del culto de los mártires. Pero antes ostentó su indignación y trató de vengarse de una manera menos filosófica: amenazó á la

(1) Sozom. lib. V.—Greg. Naz. Orat. III.

(2) Liban. Orat. X.—Greg. Naz. Orat. IV.—Chrysost. Orat. II. in sanct. Babyl.—Ann. lib. XXV.

ciudad con toda clase de malos tratamientos, y sobre todo, no perdonó medio alguno para atormentar á los cristianos. Mandó echar en todas las fuentes licores ofrecidos á los dioses, á fin de contaminar así las aguas, y ademas, hacia rociar con esta todos los comestibles que se vendían en el mercado, para que no pudieran los fieles comer ni beber, sin participar de sus libaciones en algún modo. Dos oficiales de su guardia, Maximino y Juventino, fueron puestos en el tormento y sentenciados á muerte, por haber soltado algunas quejas con este motivo. Otros dos, Maximiliano y Bonozo, abandonados de su legión, fueron tambien atormentados cruelmente, y decapitados al fin por no haber querido consentir en sustituir al Lábaro que se llevaba desde el tiempo de Constantino, las banderas adornadas de ídolos segun había mandado Juliano.

Apenas llegó á Antioquía, pasó al pueblo de Dafne para celebrar la fiesta de Apolo. Esperaba encontrar en el aparato de los sacrificios toda la magnificencia que su entusiasmo supersticioso juzgaba convenir á la solemnidad de aquella fiesta. Pero quedó tan sorprendido como indignado al ver que no había en el templo ni víctimas, ni incienso, ni aun una torta para ofrenda. Preguntó al Pontífice qué iba á sacrificar, y este respondió: "Nada; aquí traigo un ganso de mi casa par ofrecerle al dios." Juliano reprendió severamente al sacerdote, que se mostró mas inclinado á reírse que á aprovecharse de aquel extravagante ímpetu de celo. Durante la misma fiesta tuvo tambien el emperador la pesadumbre de ver que hasta en la familia del sacrificador se descubría el desprecio de los ídolos. Un hijo de este Pontífice, despues de haber ejercido algunas funciones el primer día, se escapó de Dafne, fué á buscar á una diaconisa que le había exhortado muchas veces á hacerse cristiano, y le rogó que le proporcionase los medios de conseguirlo. Condójele esta á San Melecio, que le ocultó en su casa para instruirle. Habiendo logrado el padre descubrir su paradero, le maltrató con bárbara crueldad sin poder vencer su firmeza, y luego le encerró estrechamente en su habitación para evitar que tuviese ninguna comunicacion con los cristianos. Pero invocando aquel confesor jóven el nombre de Jesucristo, quedó milagrosamente libre, y pudo escaparse á la Palestina con San Cirilo; despues tuvo la dicha de convertir á su mismo padre, muerto Juliano.

Habia en el pueblo de Dafne una fuente con el nombre de Castalia como la de Delfos, á la que se atribuía igualmente la virtud de revelar lo futuro. Estaba situada lo mismo que el templo de Apolo en un bosque sagrado de mas de tres leguas de circunferencia, todo plantado de mitos, de cipreses, de laureles y de otros árboles olorosos. Allí, segun los psганos, fué convertida en laurel la musa Dafne que huía de Apolo. Esta fábula amorosa, unida á lo delicioso del sitio, había hecho de aquel lugar un asilo de la disolución. El César Galieno, para purificarle, había mandado llevar á Antio.

qua las reliquias de San Bahalás, y desde entonces habia enmudecido el oráculo. En vano hizo sacrificios y libaciones Juliano que trató de consultarle; no pudo conseguir otra respuesta, sino que no podía hablar á causa de los restos que habia allí cerca. El emperador mandó á los cristianos que se llevarán inmediatamente las reliquias del santo, y las trasportaron á Antioquia al parage donde antes yacían. La pompa religiosa de esta ceremonia y el canto de los Salmos que condecoran la adoracion de los faldos, irritaron tanto á Juliano, que resolvió castigar á los cristianos. No habiendo podido disuadirle Salustio, prefecto del Imperio de Oriente, hizo prender á muchos, y empezó por aplicar al tormento á un joven llamado Teodoro. Aunque el santo confesor estuvo sufriendo las crueldades de los verdugos desde la mañana á la noche, no cesó de repetir con una voz vigorosa el mismo salmo que la Iglesia habia cantado por lo cual el prefecto, resentido de este heroico valor, mandó á Juliano que la continuacion de las persecuciones solo serviria para cubrirle de infamez (1).

De allí á pocos dias se prendió fuego en el templo de Dialis y se abrasó todo el techo con los adornos y decoraciones interiores; la estatua de Apolo, que era de madera dorada, quedó reducida á cenizas. Habiéndolo sabido el emperador, mandó dar tormento á los ministros del templo y hasta al mismo sacrificador para descubrir los autores del incendio, que quería imputar absolutamente á los cristianos; pero todas las declaraciones conprehension que habia comenzado el incendio por la parte superior del edificio; y los habitantes de los alrededores declararon que habian visto bajar el fuego del cielo. Sin embargo, obstinándose Juliano en imputárselo á los cristianos, mandó coger y llevar á su asero los vasos sagrados de la Iglesia mayor de Antioquia, que se cerró despues con todas las demas. Los eclesiasticos se vieron precisados á fugarse, y el presbitero Teodoro, que tuvo valor de quedarse, fue condenado á muerte despues de sufrir largos tormentos.

La execucion de estas medidas se habia encargado al conde Juliano, tio del emperador y apóstata como él, cometido horribles profanaciones en la Iglesia, y quiso insultar los misterios de los cristianos con imbesiles indecencias; pero no tardó en ser castigado por sus sacrilegios. Al dia siguiente sintió violentos dolores en las entrañas, y haciendo rápidos progresos la enfermedad, se corrompió prontamente todas las partes del abdomen, y se cubrió de una enorme cantidad de granos. Empleáronse todos los remedios sin poder aliar el mal, ni disminuir la infección, que se habia hecho insoportable; los conductos naturales se obstruyeron en terminos que los excrementos salían por la boca; la diuresis se extendió á todas partes, y así murió miserablemente á los cuarenta dias

(1) Ruf. lib. 1. Theodor. lib. III.

de los mas atroces padecimientos. Félix, otro apóstata y cómplice de sus profanaciones, habia recibido pocos dias antes el castigo de las blasfemias que habia profesado murió de repente arrojando sangre por la boca. Dios ostentó su justicia contra otros apóstatas por medio de castigos semejantes. Un presbitero de Antioquia llamado Teoctetes, que se quedó ciego, y estaba comido de gusanos espiró en un acceso de finura después de haberse la lengua con los dientes á Hevra, obispo se le abrió una úlcera tan aserosa, que no encontró asilo donde refugiarse, y pereció abandonado de todo el mundo en medio de la calle (1).

Juliano quiso aparentar que no habia tenido parte en las violencias que se hicieron al respecto de la Iglesia de Antioquia; y se hizo jó de que amañado la vida al presbitero Teodoro, se habia dado ocasion á los cristianos de escribir contra él. Pero si manifestaba exteriormente algun modo de sereno, satisfacia en secreto. Mandó matar de noche á un gran número de personas, y arrojárselas en el mar de Oriente para ocultar al público su muerte. Tambien se hallaron en los lugares mas secretos de pátios en los pozos y en los soterranios, los cuerpos de muchos cristianos asesinados por la señal, y los de varios años de antefes, que se arrojaron á lo que se cree, para operaciones mágicas (2).

La presencia de Juliano en Oriente resultó el celo de los paganos en todas las poblaciones. Los de Aratusa en Siria se entregaron á las mas horribles crueldades contra el obispo Mártir, para obligarle á reedificar un templo que habia mandado derribar en el reinado de Constante. Lo agravaron de los insultos por las calles sin miramiento á su oficialidad, lo azotaron hasta hacer correr la sangre por anastrotas las piernas con cuerdas, le cortaron las orejas, le pasaron el cuerpo con las puntas de los puñales; finalmente, le unieron con miel para exponerle á las picaduras de los insectos; pero él sufrió todos estos tormentos con un valor heroico. En Heliópolis, ciudad de la Fenicia, mataron los paganos al diácono Cirilo por haber hecho pedazos algunos ídolos en el mercado de Comstantina. Llegó al fuor de aquellos hasta el punto de abrir el vientro para arrancarle el hígado y comérselo. Pero no tardó en caer la justicia divina sobre aquellos monstruos. Se les cayeron todos los dientes á un tiempo, se les pudrió la lengua y perdieron la vista. En la misma ciudad unas vírgenes cristianas fueron expuestas á las injurias y á los insultos del pueblo; despues les abrieron el vientro, les echaron cebada en él, e hicieron que unos cerdos la comieran con las entrafas. La misma refinada crueldad se ejerció con sacerdotes y con vírgenes en Acalon y en Gaza. Los habitantes de esta última ciudad se apoderaron de tres hermanos cristianos, Dasebio,

(1) Theodor. lib. III. Sozom. lib. V.

(2) Gregor. Nazianz. Orat. III.

Nestabio y Zenon: los arrastraron de los piés por las calles, comiéndolo todos los excesos de una brutalidad feroz: después les rompieron la cabeza, quemaron sus cuerpos, y mezclaron los huesos con los de los animales que se arrojaban al muladar. El gobernador redujo á prision á los autores principales de estas barbaries; pero Juliano le castigó con destierro. "Es un delito tan grande, decia en esta ocasion, aun cuando un amigo de los dioses hubiera muerto á diez millos!" Entonces se vieron obligados los cristianos en todo el pais á abandonar las ciudades y los pueblos, para librarse del furor de sus enemigos. A solicitud de los habitantes de Gaza, habia Juliano condenado á muerte á San Hilario y á Hesiquio, su discípulo más querido. Buscaronle por todo el Egipto donde á la sazón se hallaba, pero la Providencia le libró de sus pesquisas.

Los paganos de Sebaste en Palestina abrieron el sepulcro de San Juan Bautista, quemaron sus huesos mezclándolos con los de diversos animales, y echaron las cenizas al viento. Sin embargo, algunos monges hallaron medio de salvar una parte de estas preciosas reliquias, y las enviaron á San Atanasio, que las escondió á presencia de algunos testigos en el santuario de una iglesia de Alejandria. Otras impiedades semejantes se cometieron en otras muchas ciudades, donde los idolátras, excitados por las órdenes de Juliano, arruinaron los sepuleros y los oratorios de los mártires, quemaron las iglesias ó las consagraron al culto de sus falsos dioses. Habia en Paneaces, en las fronteras de la Fenicia y de la Palestina, una estatua de Jesucristo erigida por la muger á quien el Señor cuó de su propio flujo de sangre. Juliano mandó derribarla y poner en su lugar su propia estatua. Pero á poco tiempo la hirió un rayo que rompió la cabeza, y así mutilada subsistió por más de sesenta años (1).

En casi todas las provincias, los cristianos tuvieron que sufrir de parte de los paganos las violencias á veces mortíferas que inspiraba el fanatismo animado con la certeza de la impunidad. Eran ultrajados con insultos, con burlas, con blasfemias; y como muchos, cediendo á la indignacion, respondian con injurias y echaban en cara á los idolátras lo absurdo de su culto, éstos, arrogantes con la proteccion del emperador y de los magistrados, pasaban pronto á vias de hecho y cometian brutalidades repugnantes que casi siempre disimulaba la autoridad, cuando no hacia recaer la responsabilidad sobre los mismos cristianos; porque el emperador tenia buen cuidado de confiar los empleos civiles y militares á los enemigos más encarnizados de aquellos. Los gobernadores y los otros magistrados no tenian reparo en maltratarlos de todas maneras, en exigirles gruesas cantidades de dinero, ó en ponerlos en el tormento; y si los cristianos se quejaban al emperador, éste les respondia con su ironía ordinaria: "El padecer es vuestra herencia: eso es lo que Dios

os prescribe." En Dorostro de Tracia, unos soldados arrojaron al fuego á Emiliano, porque habia derribado un altar. El gobernador de Mira en Frigia hizo atormentar mucho tiempo y asar en unas patillas á tres cristianos llamados Macedonio, Teófilo y Taciano, que habian roto algunos ídolos, y que prefirieron espirar en tan horrible suplicio antes que consentir en sacrificar. Tambien en Roma hubo muchos mártires hasta de las clases más distinguidas. Pueden citarse como los más célebres Santa Biviana, virgen, así como su madre Dafrosa, y su padre Flaviano, que se dice fué prefecto, y sobre todo, los dos hermanos Juan y Pablo que habian desempeñado igualmente elevados cargos, y cuyos nombres se han insertado en el cánon de la misa. En las Galias, un soldado cristiano de nombre Victorio, padeció diversos tormentos por la fé, y por último, le cortaron la cabeza. Habiéndosele caido las cadenas por sí mientras le llevaban al suplicio, nadie se atrevió á ponérselas otra vez; y quedó en libertad. Mas adelante fué nombrado obispo de Ruan, y trabajó con fruto en propagar la fé en las regiones circunvecinas.

A consecuencia de las quejas de los idolátras, Juliano llamó á Antioquia á Artemio, duque de Egipto, que habia contribuido á despojar los templos en el reinado de Constancio, y por este supuesto crimen le condenó á ser decapitado. Así que llegó á Alejandria la nueva de su muerte, los paganos se dejaron llevar de su furor y odio fanático. El falso patriarca Jorge era era odioso hacia mucho tiempo por su avaricia, por sus exacciones y por su tiranía, y acababa de exasperarlos hasta el último punto, exponiendo al público para inspirar horror á estas crueles supersticiones, las cabezas de hombres y de niños que se habian encontrado en una caverna secreta destinada á las operaciones mágicas, á la evocacion de las almas y á los otros misterios abominables del culto de Mithra. Irritados de esta ofensa se precipitaron sobre Jorge, le arrancaron de su iglesia, le arrastraron por la ciudad injuriándole y maltratándole por espacio de un dia entero, y luego le quemaron con el conde Diadoro y Draconio, director de la moneda. Aquel populacho sedicioso quitó la vida al mismo tiempo á una multitud de cristianos más. Unos fueron muertos á escotadas, á pedradas ó á palos; otros fueron ahorcados, y varios crucificados por desprecio á la cruz. Habiendo sabido Juliano estos bárbaros excesos, aparentó que queria castigarlos; pero se dejó aplacar facilmente; y se contentó con escribir al pueblo de Alejandria una carta mistada de ridiculas declamaciones bajo la forma de cargos.

Muerto Jorge volvió San Atanasio á Alejandria, y fué recibido como en triunfo por una multitud innumerable que salió á su encuentro, y que manifestó su júbilo con iluminaciones, festines públicos y toda clase de regocijos. Poco después celebró con algunos obispos de Egipto un concilio, á que asistieron San Eusebio, de Vercelli y dos diáconos diputados por Lucifer, de Caller. Este concilio

(1) Sozom. lib. V.—Theodor. lib. III.

lio poco numeroso, pero compuesto todo de confesores, tomó algunas medidas para remediar los disturbios causados por el arrianismo. Se juzgó que convenia ser indulgentes con los obispos que por sorpresa ó por violencia habian suscrito la fórmula de Rimini. Y como es constante, dice San Gerónimo, que no habian sido jamas hereges, se determinó que obtuviesen el perdón y conservasen sus sillas, condeñando el error y renunciando á la comunión de los arrianos. En quanto á los partidarios declarados de la heregia, se conyuro tambien en perdonar los á abjurar su impiedad; pero sin conservarles, ni en el ejercicio de sus funciones, ni en su categoría eclesiástica. Tratós, despues de la doctrina, y condeñados que fueron los que negaban la divinidad del Espíritu Santo, se provocaron explicaciones sobre la palabra *hípostasis*, cuya ambigüedad daba margen á algunas divisiones entre los católicos. En efecto, unos usaron esta voz como sinónima de sustancia, no reconociendo en la Trinidad mas que una sola hipóstasis, es decir, una sola naturaleza, común é idéntica para las tres Personas; y ya se ha visto que el concilio de Nicea la habia usado en este sentido; otros admitian tres hipóstasis en la Trinidad, porque entendian solamente por esta palabra lo que subsiste en realidad, y querian excluir así el error de Sabellio, que no reconocia en la Trinidad mas que una sola Persona designada con tres nombres diferentes. Las explicaciones que se dieron de una y otra parte, sirvieron para demostrar que á pesar de la diversidad de exposiciones se estaba de acuerdo en quanto al fondo de la doctrina, y se condenaron unanimemente las impiedades de Ario, de Sabellio, de Pablo de Samosata, de los *gustíticos* y de los maniqueos. Tambien se trató del misterio de la Encarnación con motivo de los errores de Apolinaris, que comenzaban á difundirse; y al decir que Jesucristo es á un tiempo verdadero Dios y hombre perfecto, y que de consiguiente tomó, no solo un cuerpo, sino una alma humana; se explicó esta doctrina con una claridad admirable, y se confirmó con la autoridad de la Escritura y de la tradición; de modo que se confundió de antemano la heregia de Nestorio. Las decisiones de este concilio fueron aprobadas en casi todas las provincias, y señaladamente por la Iglesia romana. Aun tenemos una carta del Papa Liberio, dirigida á los obispos de Italia, que decreta, admitir á los que habian caído en Rimini; con tal que hiciesen profesión de la fé de Nicea, y condenasen á los gefes del arrianismo (1).

El concilio de Alejandría deseaba sobre todo restablecer la unión entre los católicos de Antioquia; y escribió para este efecto una carta que llevó San Eusebio, de Yverelli; pero al llegar á dicha ciudad, encontró un nuevo obstáculo para la reconciliación de los partidos. Lucifer, de Caller, que de vuelta del destierro, se habia di-

(1) Hist. Frag.—Hieron. Advers. Lucif.

rigido allí, trató de reunir á los eustatianos y á los melecianos bajo un solo obispo, y no pudiendo persuadir á los primeros á que reconocieran á San Melecio, les dió por obispo al presbítero Paulino, que de mucho tiempo atras era su gefe. Así, la division se hizo mas irremediable que antes. San Eusebio, para no confirmarla con su declaración, se abstuvo de inclinarse á uno ó á otro partido. Pero disgustado Lucifer de que no hubiese aprobado la elección de Paulino, se separó de la comunión de Eusebio, desechó los decretos del concilio de Alejandría, y no quiso ni comunicar con los obispos que se habian dejado sorprender de los arrianos, ni aun continuar unido con los que consentian en admitirlos despues de dada una satisfacción conveniente. Causó pues, un cisma con este motivo, y halló algunos sectaces que se llamaron luciferianos. De Antioquia, donde residió bastante tiempo, regresó á su Iglesia de Caller, en Cerdeña, donde murió el año 370. San Eusebio por su parte recorrió algunas Iglesias de Oriente, trabajando para afirmarias en la fé católica, y de allí á poco volvió á Italia, donde encontró á San Hilario ocupado en reconciliar á los obispos que habian firmado la fórmula de Rimini. Unióse á él, y no tardó en restablecerse la paz en aquella provincia mediante el concurso de sus esfuerzos. Así se ve por una carta que los obispos de Italia escribieron intúncos á los de la Iliria para informarlos de que todos estaban acordes en la profesión del símbolo de Nicea, y para felicitarlos por haber vuelto á las mismas opiniones.

San Atanasio no pudo permanecer mucho tiempo en su Iglesia. Irritados los paganos del celo que mostraba contra la idolatría, le denunciaron á Juliano, el cual dió orden de desterrarlo de Alejandría. En vano dirigieron los cristianos una exposicion al emperador pidiéndole les dejase su obispo; respondieron con desprecio que si persistian en su apego á unas quimeras extravagantes, podian elegir otro gefe menos turbulento que Atanasio, y tan capaz como él de mantenerlos en su locura. Al mismo tiempo escribió al prefecto de Egipto, que ejecutara la orden que le habia comunicado. Al punto se enviaron tropas para embuscar la Iglesia episcopal, y apoderarse de San Atanasio; pero logró salvarse, y gracias á su prudencia y al celo de los fieles, tuvo la dicha de eludir las pesquisas de los emisarios que le buscaban para quitarle la vida. En la Iglesia episcopal fué quemada por los judíos y los paganos.

Los cristianos de Africa no sólo temian que sufran las vejaciones de los idolátras, sino que estaban expuestos ademas á todas las violencias de los donatistas, que habian conseguido el permiso de Juliano para volver á sus Iglesias, y que al ir á tomar posesión de ellas á mano armada, cometieron en muchos parages excesos tan odiosos, que los magistrados se vieron obligados á quejarse al emperador. Aquellos fanáticos mataron ó hirieron á una multitud de personas, hasta niños; hicieron abortar á mugeres en cinta; violaron

virgenes, y mirando como profano cuanto los católicos habían consagrado, rompian los altares y los cálices, y arrojaban á los perros las sagradas hostias.

Los semi-arianos, aprovechándose de la libertad que Juliano dejaba á todas las sectas, congregaron varios concilios en que condenaron á los scacianos, y desecharon la fórmula de Rimini para atenerse á la de Antioquía, que habían confirmado en Seleucia. Los arrianes puros por su parte se declararon mas abiertamente de lo que se habían atrevido á hacer en tiempo de Constancio. Elevaron al episcopado al impio Acacio, y en un concilio celebrado en Antioquía, anuláron la sentencia condenatoria que el de Constantinopla había fulminado contra aquel jefe del partido.

Juliano, por un efecto de su odio á los cristianos, protegió á los judíos, é intentó reedificar el templo para desmentir las profecías. Encargó la intendencia de la obra á uno de sus oficiales de mas confianza; y los judíos, alentados por él, concurren de todas partes á Jerusalem, á fin de concurrir con su trabajo y sus ofrendas á aquella empresa. Insultaban á los cristianos, y los amenazaban con insolencia, como si hubieran estado seguros de ver restablecido al fin su reino. Pero el santo patriarca Cirilo, que por entonces habia vuelto del destierro, miraba tranquilo aquella tentativa impotente, y consolaba á los fieles, asegurándoles que no tardarian en ver el cumplimiento infalible de las profecías. En efecto, luego que se desmontó el terreno y se excavaron los cimientos, sobrevino de noche un terremoto que arrojó las piedras á larga distancia y destruyó los edificios inmediatos, entre otros, unas galerías donde se retiraban los judíos destinados al trabajo: todos los que se hallaban allí, quedaron muertos entre las ruinas, ó cuando menos estropeados. Los torbellinos de viento se llevaron la arena, la cal y los otros materiales de que se habia hecho grandísimos acopios; y un fuego subterráneo consumió todos los instrumentos que estaban encerrados en un edificio contiguo. Al dia siguiente, cuando los judíos acudieron á ver y reparar el desorden de la noche, unos globos de fuego que salian de los cimientos y corrían hacia todos lados, abrasaron á los que se aproximaban. Repitióse el mismo fenómeno muchas veces al dia. A la noche inmediata todos los judíos descubrieron en sus vestidos unas cruces que no podían borrar. También se vió en el aire una cruz resplandeciente de luz. Sin embargo, los judíos obstinados, no dejaron de volver varias veces al trabajo; pero siempre fueron rechazados por aquel fuego maligno; de modo que muchos de ellos y muchos paganos, confesaron la divinidad de Jesucristo y pidieron el bautismo. Este prodigio es atestiguado, no solo por todos los historiadores eclesiásticos, por San Gregorio Nazianceno, San Juan Crisóstomo y San Ambrosio, escritores contemporáneos, sino también por Ammiano Marcelino, historiador pagano y coetáneo, cortesano y admirador de Ju-

liano; de modo que seria difícil hallar un hecho histórico apoyado en pruebas mas incontestables (1).

No contento el emperador con perseguir á los cristianos con su autoridad, quiso también impugnarlos con sus escritos, y publicó contra ellos una obra, de la que quedan extractos bastante largos en la refutación que hizo de ella San Cirilo de Alejandría. Encuéntrese en este escrito testimonios y confesiones á favor de la religion, tanto mas preciosos, cuanto que infunden menos sospechas. Juliano se ve obligado á reconocer expresamente la realidad de los milagros de Jesucristo, aunque se esfuerza en ridiculizarlos. Testifica también que los cristianos habían admitido desde el principio la divinidad de Jesucristo: que daban á la Santa Virgen el título de Madre de Dios: que tributaban culto á los mártires; y que para honrar la cruz, hacían la señal de ella en la frente, y la representaban en la fachada de sus casas.

También quedan varias cartas de Juliano y varios discursos sobre diferentes asuntos, donde se exponen todos los delirios de la filosofía neoplatónica, con la declamación de un retórico y la vanidad de un sofista. Su obra mejor escrita, es el *Discurso sobre los Césares*, que contiene la sátira de los emperadores precedentes; pero en él se encuentran las calumnias mas absurdas contra los cristianos, y una repugnante afectación para denigrar la memoria de Constantino.

Entre tanto, Juliano se preparaba para hacerle la guerra á los persas, y á fin de tener propicios á los dioses, multiplicaba los sacrificios, las libaciones, los votos, las ofrendas y todas las prácticas de la superstición mas extravagante. Sobre todo, prometió abolir el culto cristiano; condenar á los obispos y á los monjes á las penas mas severas, y profanar las iglesias colocando en ellas el ídolo de Venus. Habia consultado los oráculos mas famosos, entre otros, los de Delfos, de Delos, de Dodona; y sus respuestas le prometían unánimemente la victoria. Preguntaba á los adivinos, á los augures y á los artífices: procuraba indagar lo futuro por medio de operaciones mágicas; y después de su muerte se adquirió la prueba de que no escrupulizaba sacrificar víctimas humanas con este objeto; porque además de un gran número de cadáveres y de arcas llenas de calaveras, que se encontraron en los subterráneos del palacio de Antioquía, se descubrió en la ciudad de Carres, en la Mesopotamia, un testimonio nada equivoco de aquellas prácticas abominables. Después de haber sacrificado en el templo de la luna, mandó cerrar las puertas con candado, y poner guardias para que nadie pudiese entrar hasta su vuelta. Cuando á su muerte se abrió el tem-

(1) Amm. lib. XXIII.—Sozom. lib. II.—Theodor. lib. III.—Ruf. lib. I.—Philost. lib. VII.—Greg. Nazianz. Orat. IV.—Chrysost. Orat. ad. jud.—Ambr. Epist. ad Theodor.

plo, se halló á una muger cogida de los cabellos, con las manos extendidas y el vientre abierto.

En la primavera del año 363, se puso en marcha Juliano, á pesar de algunos presagios sinistros que continuaron durante su viaje y que asustaron á los augures. Pero los sofistas mágicos que le rodeaban, discurrían medios de tranquilizarle con sus explicaciones; y parecía tan confiado en la protección de los dioses y en las promesas de los oráculos, que no quiso admitir los auxilios que varias naciones extranjeras le ofrecían al paso. Al principio consiguió algunas ventajas sobre los persas, les tomó algunas ciudades, avanzó hasta Ctesifonte, y orgulloso con estos primeros triunfos, desechó condiciones de paz muy ventajosas que le propusieron. Sin embargo, su ejército carecía de víveres, y era hostigado continuamente por el enemigo. Una de estas acometidas imprevistas, obligó á Juliano á precipitarse á la vanguardia; y como iba sin coraza, un dardo disparado por un ginete persa, le hirió debajo del brazo, y pasando los costados le penetró hasta el hígado. Inmediatamente le retiraron de allí; pero sintiéndose un poco aliviado después de puesto el primer aparato, quiso volver al combate: sin embargo, tuvo que retirarse porque se desangraba. Murió á la noche siguiente, el 26 de Junio, á los treinta y dos años de edad, y uno y cerca de nueve meses de reinado, contando desde la muerte de Constantino. Se refiere que antes de morir cogió una porción de sangre de la herida, y la arrojó al cielo exclamando: "Venciste, galileo." Otros dicen que tiró la sangre al sol, echándole en cara que había protegido á los persas. Los paganos, por el contrario, refieren que murió tranquilamente conversando con sus amigos acerca de la nobleza del alma, y consolándose con la esperanza que tenía de reunirse á los astros (1).

Varias personas supieron por revelación la muerte del príncipe apostata. San Julian Sabas, famoso solitario del Oshocenas, oraba vertiendo copiosas lágrimas en su monasterio, á mas de veinte jornadas del campamento del emperador; de pronto recobró su serenidad, y con semblante tranquilo dijo á sus discípulos que acababa de espirar el enemigo de la Iglesia. De allí á unos días se supo que Juliano había muerto en el mismo instante que anunciara el santo. Didimo el ciego, celebre doctor de la Iglesia de Alejandría, después de haber pasado el día en oración y sin tomar ningún alimento, oyó durante la noche unas voces que le anunciaban la muerte de Juliano. Apuntó el día y la hora que se le señalaba con precisión, y todas las circunstancias se verificaron exactamente. También se consideró como una especie de predicción, el dicho ingenioso de un gramático cristiano de Antioquia, en respuesta á la burla impía de Libanio. Preguntándole éste cierto día por mofa: ¿Qué

(1) Ann. lib. XXV.—Theodor. lib. III.

hace ahora el hijo del carpintero!—Está haciendo un ataúd, le respondió el gramático.

El cuerpo de Juliano fué conducido á Tarso, en Cilicia, donde había elegido sepultura. Los paganos, según su costumbre, colocaron á aquel príncipe en el número de los dioses, y le consagraron un templo cerca de su sepulcro. Varias ciudades pusieron un bruto entre los ídolos, y le hicieron plegarias. La alegría de los cristianos fué manifiesta en todo el imperio. El pueblo de Antioquia con especialidad, ostentó la suya con el mas vivo entusiasmo, por medio de acciones de gracias en las iglesias, banquetes y festos extraordinarios. En medio de este regocijo público, compuso San Gregorio Nazianceno dos admirables discursos sobre la muerte de Juliano, en que trazando un cuadro vivísimo de la persecucion ejercida por aquel, demuestra su injusticia y hace resaltar la extravagancia del plan que había formado de aniquilar el cristianismo. Al mismo tiempo exhorta á los fieles á no usar de represalias contra los paganos, cuyas vejaciones habían tenido que sufrir, sino ánes bien á esforzarse por hacerlos mejores, dándoles ejemplo de moderación y de humanidad.

Inmediatamente que murió Juliano, se reunieron los príncipes oficiales del ejército para la elección de emperador, y se le ha de creer á Amiliano Marcelino, todos los votos se fijaron unánimemente en Salustio, prefecto del pretorio de Oriente; pero renunció la púrpura con pretexto de su mucha edad, y sin duda á causa de la peligrosa situación en que se encontraba el ejército. Entonces se confirió la diadema del imperio á Joviano, comandante de las guardias imperiales, é hijo del conde Varoniano, que gozaba de una consideración merecida por sus eminentes servicios. Joviano había dado grandes pruebas de valor y de capacidad; no tenía mas que treinta y dos años, y su firmeza, su prudencia, la nobleza de su porte, la franqueza y bondad de su carácter, le habían conciliado la estimación general. Pero sobre todo, era recomendable por su constancia en la fe. Así es que el día de su inauguración, apenas fué revestido de la púrpura y saludado con los títulos de César y de augusto, declaró á las tropas en su arenga, que no podía mandar á unos soldados que se habían hecho paganos, si persistían en su apostasia; porque semejante ejército, faltó de la protección divina, no tardaría en ser víctima de los enemigos. Levantóse de todas partes este clamor: "Mandareis á cristianos; el reinado de la superstición ha sido demasiado corto para que borra á de nuestros corazones las instrucciones del gran Constantino y de sus hijos." Esta respuesta llenó de alegría al nuevo emperador, que tomó el mando del ejército; y después de algunos días de marcha, el rey de los persas contra toda esperanza, le ofreció la paz. Hallábase los romanos sin víveres en un país devastado, y sin poder resistir mucho tiempo á la superioridad de fuerzas y á las continuas embestidas del enemi-

go. Joviano tuvo á dicha ajustar una tregua de treinta años, aun á costa de varias plazas fuertes y de cinco provincias sobre el Tígris.

Libre de este riesgo, fijó al punto su atención y solicitud sobre el estado de la religion. Anuló todos los edictos que habia publicado Juliano contra los cristianos, y restableció en su vigor todos los privilegios concedidos por Constantino y sus hijos á la Iglesia. Levantó el destierro á los obispos; escribió á los gobernadores de las provincias para que abrieran de nuevo las iglesias cerradas en diferentes puntos; estableció las distribuciones de trigo en favor de los eclesiásticos, de las doncellas y de los pobres; pero solamente por una tercera parte; en razón á la escasez de las circunstancias; en fin, promulgó una ley imponiendo pena de muerte á los que arrebatasen á las vírgenes consagradas al Señor.

Como tenía á San Atanasio por el principal defensor de la fé, le escribió para que le enviase instrucciones claras y exactas sobre el objeto de las disputas renovadas incessantemente por los hereges. El santo patriarca, advertido de la muerte de Juliano por la revelacion de Didimo, salió al instante de su retiro para ejercer otra vez sus funciones, y se apresuró á congregiar un concilio de los obispos del Egipto, de la Tebaida de la Libia, y en su nombre respondió á la carta del emperador. Le exhortó á que se adhiera invariablemente al símbolo de Nicea, representándole que la fé de este concilio se apoyaba en una tradicion constante y universal: que la profesaban todas las Iglesias en España, en las Galias, en Italia, en la Grecia, en Africa, en el Asia menor, y en el Oriente, á excepcion de unas cuantas, inficionadas de la heregia de los arrianos; y que las actas de dichas Iglesias, así como sus cartas, daban una prueba auténtica de su creencia. Añadió despues el símbolo de Nicea, con una corta explicacion, en que ponía de manifesto los errores enseñados por los arrianos. La carta de San Atanasio inspiró al emperador el deseo de conocerle personalmente, y á invitacion suya pasó el santo patriarca á verle á Antioquia, donde su presencia podia ser útil á la religion.

En efecto, los sectarios salian solícitos al encuentro del nuevo emperador, y se agitaban mucho para atraerle á su partido. Los semi-arrianos, que comenzaban entonces á tomar el nombre de macedonianos, le enviaron una exposicion para que se les diesen las iglesias de Seleucia; pero el emperador no les respondió, contentándose con decir que detestaba las disputas. Peor aún recibió á los arrianos de Alejandria, que fueron con su gefe Lúcio á renovar las acusaciones contra San Atanasio. Tal era su obstinacion, que insistieron hasta tres veces, aunque el emperador apenas queria oírlos; y como se quejaban de que Atanasio los trataba de novadores y de hereges: "Esto es su deber, respondió Joviano, como el de todos los que enseñan la verdadera doctrina."

Por este mismo tiempo congregó San Melecio, obispo de Antioquia, un concilio de veintisiete obispos, entre los que se hallaron algunos arrianos, uno de ellos Acacio, de Cesarea, que creian deber unirse á los católicos, ya por conviccion, ya porque veian al emperador abiertamente declarado contra el arrianismo. Adoptaron el símbolo de Nicea con la palabra consustancial, y el concilio le insertó en la carta sinodal que escribió á Joviano, declarando que la palabra sustancia no debia entenderse en el sentido ordinario de la lengua griega; lo que sin duda á suñia para apartar la idea de la confusion de las Personas divinas; pero como empleaba tambien el término semejante en sustancia, y no decia nada de la divinidad del Espíritu Santo, esta exposicion de fé, aunque en la realidad católica, fué censurada por los eustatianos, porque favorecia á los semi-arrianos. Tenemos aún un escrito compuesto para impugnarla, con este titulo: *Refutacion de la hipocresia de Melecio y de Eusebio de Samosata*. Por otro lado, Paulino, gefe de los eustatianos, fué acusado de profesar los errores de Sabelio y de Apolinario; y para justificarse suscribió una formula extendida de mano de San Atanasio, en la que se condenan expresamente aquellos errores. San Atanasio queria tambien comunicar con el partido de San Melecio; pero cedió á los consejos de algunas personas prevenidas, que le desviaron de su propósito.

No tardó en volver á Egipto el santo patriarca, y aprovechó la tranquilidad de que entonces gozaba, para visitar las iglesias de la Tebaida alta. Por todas partes recibió las muestras mas tiernas del respeto y del afecto que sus virtudes inspiraban á los fieles. Los obispos y los eclesiásticos de todos órdenes, formaban á su rededor una comitiva numerosa: los pueblos salian en tropel á su encuentro con antorchas y hacías, ya para obsequiarle, ya para iluminar el camino; porque el ardoroso calor del clima le obligaba á veces á viajar de noche. Los monges de la congregacion de Taberna se le presentaron á millares cantando himnos; y San Teodoro, su superior, con quien estaba unido San Atanasio en estrecha amistad, quiso tener la brieda de su cabalgadura para testificarle su veneracion.

El emperador Joviano partió de Antioquia á fines del año 363, y al llegar á Dadastanos, en los confines de la Bitinia, recibió una diputacion que le enviaba el senado de Constantinopla para felicitarle. Era su gefe Temistio, célebre sofista pagano, que afectó sobre todo en su discurso alabar la tolerancia de este príncipe y la ley que habia dado para establecer la libertad de conciencia; porque la conducta de los paganos en el reinado precedente debia hacerles temer que Joviano quisiese reprimir sus supersticiones; pero su repentino fallecimiento no le dejó tiempo para ello. Se le halló muerto en su cama el 17 de Febrero, habiendo imperado unos ocho meses.

El ejército le dió por sucesor á Valentiano, que vistió la púrpura en Nicea el 26 de Febrero. Esta eleccion fué una nueva protes-

ta contra las locas tentativas de Juliano para restablecer la idolatría; porque ya se ha visto que bajo el reinado del apóstata fué desterrado Valentiniano por la fé. Era hijo del conde Graciano, que siendo de mediano origen, había subido por su mérito á la dignidad de prefecto del pretorio; y aunque Valentiniano no era mas que simple tribuno de los legionarios, se había dado á conocer venturosamente por la precisión y penetración de su entendimiento, por la firmeza de su carácter y por su valor acreditado. Las necesidades del imperio y el voto de los soldados le determinaron á tomar un colega; y deliberando sobre la elección, le dió Dagalaifo, comandante de la caballería: — Si amais á vuestros parientes, aquí tenéis á vuestro hermano; si amais el estado, fijad los ojos en otro. A pesar de esta advertencia eligió á su hermano Valente, y le dió la púrpura un mes después de su propia elección. En la división del imperio se quedó Valentiniano con el Occidente y con la principal autoridad, y dejó á Valente el Oriente menos molestado por los bárbaros.

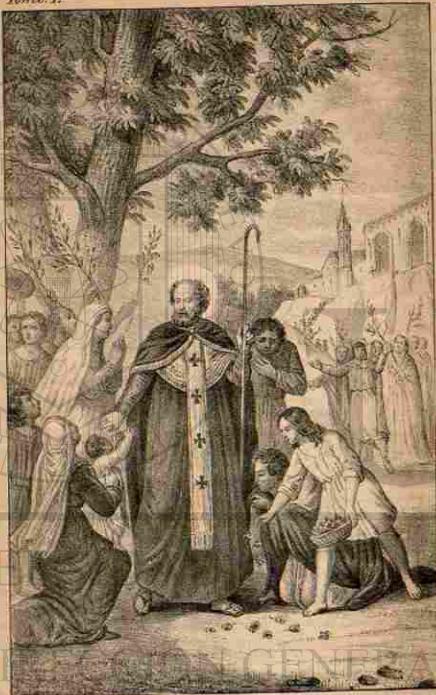
Aunque Valentiniano había dado pruebas patentes de su adhesión al cristianismo, no puso ninguna traba al ejercicio del culto pagano, y permitió expresamente á todos seguir la religion que quisieran. Hasta concedió algunos privilegios á los Pontífices idólatras, porque los eximió de las cargas municipales, y les otorgó los honores de que gozaban los que tenían el título de conde. Se propuso como máxima no intervenir en los asuntos puramente religiosos; pero de levó hasta el extremo de la indiferencia, y aunque personalmente se adhería á la fé de Nicea, no tomó ninguna medida enérgica para oponerse á la persecucion que Valente ejercía en Oriente contra los católicos. Sin embargo, promulgó muchas leyes en favor del cristianismo: levantó la prohibición que Juliano había impuesto á los cristianos de regentar escuelas; eximió de la capitulacion á las vírgenes y á las viudas consagradas á Dios; prohibió á los ministros de justicia que entablaran ningún procedimiento contra los cristianos en domingo; finalmente, recibió para reunidos al patrimonio imperial, los bienes que Juliano había mandado resutuir á los templos, y renovó las leyes de Constancio y de Constantino contra los sacrificios nocturnos y las prácticas secretas de la magia y del arte divinatoria.

Después de pasar algunas semanas en Constantinopla, Valentiniano fué á establecer su residencia en Milán, y apenas había llegado, cuando el obispo arriano Auxencio le dió quejas de San Hilario, á quien acusaba de perturbar su Iglesia; porque en efecto, el santo doctor, agotados en vano todos los esfuerzos para atraer á aquel obispo á la fé de Nicea, había determinado á una gran parte de los fieles á separarse de su comunión. El emperador se dejó engañar con una profesion de fé equívoca, y prohibió á cualquiera persona que hiciera á Auxencio ninguna imputacion de herejía; pero en virtud de las representaciones de San Hilario, ordenó que



UNIVERSIDAD DE LEÓN
FACULTAD DE CIENCIAS
BIBLIOTECA DE LEÓN
UNIVERSIDAD DE LEÓN
FACULTAD DE CIENCIAS
BIBLIOTECA DE LEÓN

®

S.^o HILARIO, OBISPO DE POITIERS.

se celebrase una conferencia en presencia de diez obispos y de algunos empleados de su servidumbre. El santo doctor instó con tal energía á Auxencio, que éste se vió obligado á reconocer á Jesucristo verdadero Dios, y consustancial al Padre. Sin embargo halló un medio de eludir la precision de esta confesion con un artificio de lenguaje en un escrito que entregó al emperador, concebido de tal suerte, que podía significar que Jesucristo era verdadero Dios, ó solamente que era verdadero Hijo. Además, no se hallaba la palabra sustancia, y contenia una adhesion expresa á las actas del concilio de Rimini. A pesar de eso, Valentimano no vaciló en interpretar este escrito en un sentido ortodoxo; porque queria mas que todo poder, fin á estas discusiones sin verse reducido á expulsar á Auxencio de su silla; y como San Hilario no cesaba de repetir, que la fé era vendida, le mandó salir de Milán. Obedeció el santo obispo; pero publicó un libro contra Auxencio para descubrir su maldad y precaver á los fieles de la seduccion. En este escrito deplora la confianza que muchos cristianos ponian al parecer en la proteccion de los hombres y de las potestades de la tierra; hace notar las términos equívocos y la insubstancia de la profesión de fé entregada por Auxencio al emperador; y concluye exhortando á los católicos á que no consideren la Iglesia circunscrita á las murallas de un edificio material, sino que celebren sus reuniones en los lugares mas retirados, antes que comunicar con los arrianos.

La publicacion de este escrito es el último acto conocido de la vida de San Hilario, que murió en Poitiers hacia el año 368. Además del tratado de la Trinidad, el de los Símbolos y las otras obras de que hemos hablado, nos quedan aún de este ilustre doctor unos comentarios sobre San Mateo, y sobre gran parte de los Salmos; También habia compuesto otros comentarios sobre el libro de Job sobre el Cántico de los Cánticos, y algunos otros escritos que se han perdido. Las obras de San Hilario se distinguen en general por el calor y energia del estilo, por la fuerza y elevacion de los pensamientos, por una dialéctica vigorosa y por una elocuencia persuasiva.

San Eusebio, de Verceci, el compañero de sus últimos combates contra el arrianismo, no le sobrevivió mucho tiempo. Se cree que el año 370 terminó una carrera llena de afanes apostólicos y de persecuciones por la fé. Habia traducido los comentarios de Eusebio de Cesarea sobre los Salmos, haciendo algunas supresiones; pero esta traduccion no ha llegado hasta nosotros. Solo nos queda de él la carta que escribía á su Iglesia desde el destierro, y otra dirigida á Gregorio, obispo de Elvira, felicitándole porque no se habia abatido con la caída de Osto y de los obispos que desbarataron en Rimini. Este Gregorio atrazó en lo sucesivo el cisma de los Luciferianos.

Entre muchos discipulos formados en la escuela de San Hilario,

se distingue sobre todo el ilustre San Martín, que fué la gloria de la Iglesia galicana. Había nacido en la Pannonia, de padres idólatras; pero á la edad de diez años entró en la clase de catecúmeno. Mas adelante fué alistado contra su voluntad en el servicio militar; y la licencia de los campamentos no le quitó practicar todas las virtudes. Un día de invierno tan rigoroso que muchos se morían de frío, encontró á la puerta de Amiens á un pobre casi desnudo, que imploraba en vano la compasión de los pasajeros. Como Martín no llevaba más que las armas y el uniforme, sacó la espada, cortó la mitad de la capa, y se la dió al mendigo para que se cubriera. Poco tiempo despues pidió el bautismo, y así que consiguió la licencia, fué á ponerse bajo la dirección del santo obispo de Poitiers, que le admitió casi al punto en su clero. Esto era por el año 356: San Martín tenía unos cuarenta de edad. En seguida pasó al lugar de su naturaleza para trabajar en la conversion de sus padres, y durante el destierro de San Hilario, quiso establecerse cerca de Milán para llevar la vida monástica; pero el obispo arriano Auxencio, despues de haberle perseguido mucho tiempo, le echó al cabo del país. Cuando supo San Martín el regreso de San Hilario, corrió presuroso á reunirse á él, y edificó en un lugar llamado Ligugé, á dos leguas de Poitiers, el primer monasterio cuya fundacion se conoce en las Galias. Allí se retiró con varias discípulos, y no tardó en hacerse célebre por ruidosos milagros. En particular se cita la resurreccion de dos muertos que recobraron la vida por sus oraciones. Al mismo tiempo trabajaba en convertir á los idólatras que eran todavía muchos en las aldeas, y continuó ejerciendo con infatigable celo este penoso apostolado aun despues de haber sido elevado á la silla de Tours algunos años mas adelante (1).

San Lidorio, obispo de esta ciudad, murió el año 371, y los fieles pensaron en San Martín para que le sucediera: para hacerle ir á Tours fingió uno de los ciudadanos que su muger estaba mala, y fué á suplicarle postrado á sus piés que acudiese á curarla. Los habitantes salieron en tropel á recibirle y le condujeron á la iglesia, donde fué elegido por aclamacion, á pesar de la oposicion de un corto número de personas que juzgaban de él nada mas que por su exterior desaliñado y por la pobreza de sus vestidos. Elevado San Martín al episcopado, no quiso renunciar los hábitos y los ejercicios de la vida monástica. Mandó construir una celda cerca de la iglesia, y despues, para estar todavía menos distraído, escogió un retiro en un desierto entre el Loira y una montaña escarpada, á una media legua de la ciudad. Allí hizo edificar una celda de madera, y en poco tiempo fueron á ponerse bajo su dirección hasta ochenta monjes, todos los cuales tenían celdas separadas, y abiertas las mas

(1) Sulp. Ser. Vit. Sancti Martini.

en la montaña. Reunfábase para la oracion, y comían juntos á la caída de la tarde. No poseían nada propio, y no se les permitía comprar ni vender. No ejercían otro oficio que el de copiar libros, y aun en eso no se ocupaban sino los mas jóvenes; los de mas edad se dedicaban únicamente á la oracion. Tales fueron los principios del célebre monasterio conocido con el nombre de Marmoulier.

San Martín á poco tiempo de su ordenacion, se vió precisado á marchar á la corte de Valentiniano por algunos negocios: el emperador, prevenido contra él por la emperatriz Justina que era arriana, determinó negarle la entrada en su palacio. Habiéndose presentado varias veces inútilmente Martín, pasó seis dias en el ayuno y la oracion: al sétimo se le apareció un ángel y le dijo que se presentase en palacio con seguridad. Fué en efecto el obispo y halló libre la entrada; penetró hasta donde estaba el emperador, el cual al verle manifestó su indignacion, y no se dignó de levantarse en obsequio de aquel. Mas no tardó en tenerlo que hacer por fuerza, porque su silla apareció cubierta de llamas. Mudado de repente Valentiniano con este milagro, corrió á abrazar á Martín, le concedió cuanto pedía, y le tuvo á su mesa todo el tiempo que permaneció en la corte.

San Martín recorrió varias veces su diócesis para combatir las supersticiones de la idolatria en los pueblos y en los campos; y hasta hizo excursiones apostólicas á las otras provincias de las Galias: en todas partes sus discursos y milagros produjeron muchas conversiones. Yendo un día á Chartres, pasó por un pueblo todo pagano, y mientras estaba predicando el Evangelio á los habitantes, fué una muger á pedirle, toda deshecha en lágrimas, que resucitara á su hijo que acababa de espirar. Cogió el obispo el cadáver del niño entre sus brazos, y despues de una corta oracion se le restituyó vivo á su madre. Una multitud de idólatras le aplicaron al punto que los inscribiera en el número de los cristianos. Este es el tercer muerto que San Martín resucitó.

Trabajaba con sus propias manos, y á veces con riesgo de su vida, en demoler los templos y en cortar los árboles que la supersticion había consagrado. Un día que quería derribar un pino añoso contiguo á un templo, los idólatras se opusieron, como no consintiese en ser atado en el parage donde debería caer el árbol. Aceptó la condicion, y cuando el árbol comenzaba á caer hacia él, hizo la señal de la cruz y le derribó al otro lado con gran asombro de los idólatras que pidieron á toda prisá el bautismo. Muchas veces fué acometido por paganos furiosos que trataron de quitarle la vida; pero se libró milagrosamente de todos los peligros á que su celo le exponía. Los pormenores de estos milagros se hallan en la historia de su vida escrita por Sulpicio Severo, su discípulo.

Otros misioneros ejercían tambien su celo en extirpar la idolatria en las Galias. San Marcelino predicó la fé con el mayor fruto en

las provincias vecinas á los Alpes, y particularmente en Embrun, cuyo primer obispo fué. Dos discípulos suyos, San Domingo y San Vicente, produjeron numerosas conversiones en Digne, donde se erigió asimismo una silla episcopal que ocuparon uno tras de otro. Se fijó igualmente hacia esta época la fundación de las Iglesias de Angers, de Rennes, de Bayeux y otras muchas donde antes no se hallaban obispos; lo que induce á creer naturalmente que el número de los cristianos se aumentó entonces de una manera considerable.

Mientras que la fe se propagaba así en el Occidente entre los paganos, varios santos obispos e ilustres doctores trabajaban en defenderla de los embates de los sarracenos en el Oriente. Entre ellos se distinguen sobre todo San Basilio y San Gregorio Nazianceno, que por sus virtudes, por su ingenio y sus obras alcanzaron una reputación tan brillante. Basilio nació el año 329 en Cesarea, metrópoli de la Capadocia; su madre fué Santa Emmelia, y su abuela Santa Maerina, á cuyo lado se educó. Dos hermanos suyos, Gregorio de Nisa y Pedro de Sebaste, se cuentan en el número de los santos, como también su hermana Maerina. Después de haber recibido en el seno de su familia los primeros elementos de las letras humanas, juntamente con altas lecciones de piedad, frecuentó las escuelas de Cesarea, luego pasó á oír las explicaciones del sofista Libanio en Constantinopla, y finalmente, fué á Atenas: allí le recibió San Gregorio Nazianceno, con quien estaba unido ya con una intimidad que no se entibió jamás. Gregorio había nacido el año 328, en un pueblecillo de la misma provincia, y había estudiado sucesivamente en Cesarea de Capadocia, en Cesarea de Palestina y en Alejandría. Mientras residieron en Atenas, la union de los dos amigos se santificó con la conformidad de las mismas inclinaciones y la práctica de las mismas virtudes. Huyendo de las locuras de sus compañeros, y sin frecuentar otros lugares que la iglesia cristiana y las escuelas, se aplicaban de concierto al estudio profundo de las letras santas, al mismo tiempo que se perfeccionaban en las ciencias humanas. Contaban entre sus discípulos al príncipe Juliano, que profesaba todavía exteriormente el cristianismo; pero que por su inconstancia y falsedad, por su porte extravagante y desordenado, inspiraba desde entonces á Gregorio siniestros presentimientos. «¿Qué monstruo cria el imperio romano! decía á Basilio, cuando veía pasar á Juliano; ¡quiera Dios que yo sea falso profeta!»

De vuelta á Cesarea, después que concluyó sus estudios, abrazó Basilio la carrera del foro; pero sus propias reflexiones y las de su hermana mayor Maerina le disgustaron muy pronto de todas las ocupaciones mundanas; pidió el bautismo el año de 357, y no pensó en otra cosa que en vivir según las máximas más perfectas del Evangelio. Para tener una guía en la ejecución de este designio, visitó á los santos solitarios de Egipto, de Palestina y de Siria; y después,

lleno su espíritu de estos ejemplos, se retiró á la provincia de Ponto, cerca del río Iris y de la ciudad de Iborn, donde su hermana Maerina había fundado hacia algun tiempo un monasterio de doncellas que gobernaba con su madre. Basilio llevaba la esperanza de que no tardaría su amigo Gregorio en seguirle á aquella soledad. En efecto, éste, luego que recibió el bautismo a su regreso de Atenas, renunció por su parte á las esperanzas del mundo para seguir únicamente la senda de la perfección cristiana. La meditación de los libros santos, la oración y el trabajo ocupaban los días y una parte de las noches. Pero los asuntos domésticos y los cuidados que la edad avanzada de sus padres le imponía, le obligaron á diferir la época de su retiro.

Basilio abrazó con ardor todas las prácticas de la vida monástica: no tenía otro lecho que la tierra, ni mas vestido que una túnica y una capa, ni tomaba otro alimento que pan, agua, sal y algunas legumbres. De noche llevaba un cilicio; no se bañaba jamás, y no encendía lumbré. Con estas austeridades pronto se alteró su constitución naturalmente delicada, y desde entonces quedó sujeto á tan graves y tan frecuentes achaques, que su vida no fué en realidad mas que una larga serie de padecimientos. Escribió varias cartas á San Gregorio, que al cabo fué á reunirse con él. Ya se habían puesto bajo su dirección cierto número de discípulos movidos de sus ejemplos. Todos juntos se dedicaron con una emulación santa á la oración que hacían en comunidad, á las faenas corporales, disputándose las mas penosas, al estudio de los libros santos y de los antiguos intérpretes, sobre todo de Orígenes, de que el santo formó un extracto con el nombre de Filecalia. El brillo de las virtudes de San Basilio y la caridad que ostentó en una época de hambre, vendiendo todos sus bienes para repartirlos á los pobres, atraieron muy pronto la atención de todo el país hacia aquella soledad, y se agregaron multitud de nuevos discípulos á los primeros. Para recibirlos, fundó San Basilio un monasterio algo distante del de su hermana, y luego que los hubo fortalecido en la práctica de una vida regular, comenzó, según refiere Rufino, á recorrer las ciudades y pueblos del Ponto, exhortando á los cristianos á dejarlo todo por Dios, á edificar monasterios, y á santificar aquellas pudoras moradas con una vida toda de penitencia y de caridad. Así mudó el aspecto de toda la provincia. Sozomeno y San Gregorio Niseno confirman la relación de Rufino; el primero habla efectivamente del gran número de monasterios que fundó San Basilio en el Ponto, y el segundo de la extraordinaria concurrencia de los pueblos que acudían á él de todas partes (1).

San Basilio compuso para sus discípulos una colección de máximas sacadas de la Santa Escritura, presentándoles circunstancia-

(1) Ruf. lib. II.—Sozom. lib. VI.—Greg. Nys. in Basil.

damente lo que debían hacer ó evitar para agradar á Dios. Después escribió sus *Constituciones monásticas y sus reglas* divididas en dos partes: la una contiene cincuenta y cinco artículos, en donde se explican á fondo los principios generales de la vida espiritual: la otra que entra en los pormenores de las acciones, contiene trescientos trece artículos; pero mucho mas cortos que los primeros. Rufino de Aquileya tradujo en latin las reglas de San Basilio, que el cardenal Bessarion compendió y redujo despues á veintitres artículos. Algunos autores, segun el testimonio de Sozomeno, atribuyen dichas reglas á Eustatio, de Sebaste, que habia fundado ya un poco antes algunos monasterios en las provincias inmediatas. Pero el testimonio de Rufino, el de Focio y la autoridad del quinto concilio general, no dejan duda de que realmente son de San Basilio. Así echó los primeros cimientos de la orden religiosa que lleva su nombre, y que tomó en lo sucesivo tan prodigioso incremento. También escribió para instruccion de sus discípulos algunas otras obras, que con las referidas antes, se designan bajo el título general de *Aseclíticas*. San Pedro, despues obispo de Sebaste, y el mas jóven de sus hermanos, fué á buscarle á la soledad, y gobernó despues de él el monasterio.

San Gregorio tuvo que separarse pronto de su amigo, porque le llamó su padre, obispo de Nazianzo, que necesitaba de su ayuda, y pensaba en elevarle al sacerdocio. Como temia sobremanera esta distincion, su padre resolvió no advertirselo, y ordenarle á pesar de su resistencia en un dia festivo durante la celebracion de los santos misterios. Al punto le encomendó el cargo de la predicacion y la instruccion de los catecúmenos. Pero ofendido de aquella especie de violencia en que habia tomado parte el pueblo, Gregorio se volvió á su retiro con San Basilio á principios del año 362. Sin embargo, regresó á Nazianzo para la Pascua; y habiendo pronunciado algunos discursos delante del pueblo, desvaneció la funesta impresion que su ausencia habia producido en el ánimo de algunos. Despues tuvo el consuelo de reconciliar con su padre á los monges de su diócesis y á una parte de los católicos, que se habian separado de la comunión de aquel porque habia tenido la debilidad de suscribir la fórmula de Rimini, aunque siempre hubiese sido adicto á la fe católica.

También San Basilio volvió á Cesarea algunos meses despues de la ordenacion de Gregorio para asistir á Dianeo, obispo de dicha ciudad, en sus últimos momentos, y tuvo la misma suerte que su amigo. Eusebio, sucesor de Dianeo, empujó cuanto le importaba unir mas estrechamente á su Iglesia á un hombre de tantas luces y experiencia; pero que solo llevaba el título de lector en el clero. Elevó, pues, á Basilio al sacerdocio á pesar de resistirse el santo, que recibió á la sazón los mismos consuelos de Gregorio Nazianceno, que éste recibiera poco antes de su amigo. Inmediata-

mente comenzó Basilio el ejercicio de sus funciones, instruyendo al pueblo; y lo hizo con tanto lucimiento, que á pesar de su modestia la Iglesia de Cesarea le honraba lo mismo que al obispo. Sea que Eusebio lo llevase á despecho, ó sea por otra causa ignorada, no tardaron en desavenirse él y Basilio: los monges, así como la mayor parte del pueblo, se decidieron por el último, que teniendo un cisma se retiró de nuevo á la soledad del Punto, á donde le acompañó San Gregorio Nazianceno. Pero salió de allí al cabo de tres años para ir á Cesarea en socorro de la fe amenazada con los atentados de Valente (1).

Este emperador, arrastrado al partido de los anomeos por las sugerencias de su muger y por las intrigas de Eudoxio, de Constantinopla, comenzó á ejercer una persecucion violenta contra los católicos, envolviendo tambien en ella á los semi-arianos. Muchos de éstos, reunidos en concilio en Lampsaco por la primavera del año 365, habian desechado la fórmula de Rimini, confirmado la de Antioquia ó de Seleucia, y decretado la reposicion de los obispos desistidos en Constantinopla por los anomeos. En seguida enviaron diputados á Valente para informarle de estas decisiones; pero los exhortó á que se reunieran al partido de Eudoxio; y como se resistiesen, los desterró. La rebelion de Procopio que vistió la púrpura á fines de este año, puso tregua á estas disputas; y contuvo por algunos meses la mala disposicion de Valente. En cuanto se terminó la guerra civil, mandó comparecer ante una junta de obispos anomeos á Eleusio, de Cizico, uno de los gefes del partido semi-ariano, y con amenazas le forzó á comunicarse con ellos. Pero apenas volvió este obispo á su diócesis, reparó aquella debilidad con señales patentes de arrepentimiento. Valente persiguió tambien en Constantinopla á todos los que no participaban de sus errores: echó de la ciudad á los gefes de los católicos y de los semi-arianos; prohibió sus reuniones, é hizo cerrar al mismo tiempo las iglesias de los novacianos que profesaban la consustancialidad del Verbo.

El resultado de estas violencias fué que un gran número de obispos semi-arianos se incorporaron á la Iglesia católica. Poco tiempo despues del concilio de Lampsaco, celebraron otros varios en diferentes lugares del Asia menor, y en ellos convinieron recurrir al emperador Valentiniano y al Papa Liberio. Para este efecto diputaron á Eustatio, de Sebaste, Silvano, de Tarsos, y Teófilo, obispo de Castabala, con orden de abrazar la comunión y la fe romana sin suscitar ninguna disputa sobre la palabra consustancial. No hallando ya en Italia estos diputados al emperador Valentiniano, se dirigieron solamente al Papa, que manifestó al principio algunas dudas acerca de su ortodoxia; pero como protestaran que hacia mucho tiempo que habian condenado las impiedades de Arrio, y confesado

(1) Sozom. lib. VI.—Greg. Naz. Orat. XX.

al Hijo semejante al Padre en todas cosas, los admitió en su comunión después de exigirles una profesión de fe por escrito, en que adoptaron sin restricción el símbolo de Nicea. Afijieron al fin estas palabras, que eran un reconocimiento formal de la autoridad del supremo Pontífice sobre todas las Iglesias: "Si alguno quiere intentar una acusación contra nosotros ó contra los que nos han enviado, que se presente con letras de vuestra Santidad ante los obispos ortodoxos, para someterse como nosotros al fallo de los que vuestra Santidad hubiere designado." El Papa les entregó en seguida una carta dirigida determinadamente á sesenta y cuatro obispos semi-arianos, y en general á todos los obispos ortodoxos del Oriente, manifestándoles la alegría que la pureza de su fe y su unión con los occidentales le causaba: al mismo tiempo les participaba que casi todos los que habían suscrito por sorpresa ó por violencia la fórmula de Rimini, la han condenado luego solemnemente, y han vuelto á entrar en la comunión de la Iglesia romana (1).

Este fué el último acto importante del pontificado de Liberio, que murió el 24 de Setiembre del año 366, después de haber ocupado catorce la Santa Sede, dejando una memoria venerada, porque la debilidad pasajera y además muy dudosa que se le imputa, no pudo empañar la gloria del celo y del valor que ostentó luego en defensa de la fe. En su lugar fué elegido Dámaso, español de nacimiento, y diácono de la Iglesia romana: tenía sesenta años, y era recomendable por sus luces, sus virtudes y su adhesión á la santa doctrina. Otro diácono por nombre Ursino, envidioso de esta preferencia, excitó una intriga contra él, y sostenido por algunos facciosos logró ordenarse obispo de Roma contra todas las reglas. Esta usurpación dió lugar á riñas sangrientas, en que perdieron la vida ciento treinta y siete personas, y fueron heridas un gran número. Los partidarios de Dámaso, que eran los mas y de lo mejor de la ciudad, triunfaron al fin, y Ursino fué desterrado de Roma. Al año siguiente fué llamado de su destierro; pero habiendo excitado nuevos disturbios con sus intrigas, el emperador se vió obligado á desterrarle á las Galias. El prefecto de Roma mandó quitar á los cismáticos la Iglesia de que se habían apoderado; y mas adelante se les prohibió por un rescripto imperial, que se reunieran en la ciudad ni en sus inmediaciones. Con todo, no se extinguó el cisma, y luego se verá cómo la facción de Ursino persiguió al Papa Dámaso con las mas odiosas calumnias (2).

(1) Soez. lib. IV.—Sozom. lib. VI.

(2) Al referir Ammiano Marcellino la historia de este cisma (lib. XXVII) añade que el pontificado proporcionó á los que le obtienen, un empleo seguro donde se enriquecen con las ofrendas de las llamas romanas. "No salen, dice, mas que en trenes magníficos: se presentan soberbiamente vestidos, y la delicadeza de su mesa competiría con las de los reyes." Fácilmente se conoce la malignidad del escritor pagano en estas expresiones exageradas;

Los diputados orientales, provistos de las cartas de comunión del Papa Liberio, pasaron á Sicilia, á Iliria y á otras varias provincias del Occidente, donde recibieron cartas semejantes. De vuelta á Oriente las entregaron á un concilio que se congregó en Tiana, y que las envió á todas las Iglesias; haciendo notar que el número de los obispos que las habían escrito, era mucho mas considerable que los de Rimini. Exhortábalos, pues, el concilio á entrar en su comunión, y al propio convidaba á todos los obispos de Oriente á reunirse en Tarso de Cilicia antes de terminar la primavera, para dar fin á todas las divisiones, confirmando solemnemente la fe de Nicea; pero treinta y cuatro obispos del Asia, reunidos en la Caria, persistieron en desechar la palabra consustancial, ateniéndose á la fórmula de Antioquia y de Seleucia, que se atribuía al mártir San Luciano. Por otra parte, Valente, previendo que la congregación del concilio convocado en Tarso daría el último golpe al arrianismo, escribió á los obispos cartas amenazadoras con prohibición de congregarse, y ordenó expulsar de sus Iglesias á los que habían sido desterrados ó depuestos en el reinado de Constancio, y habían recobrado sus sillas bajo el de Juliano.

En virtud de esta orden, el prefecto de Egipto intentó quitar las Iglesias á San Atanasio y echarle de Alejandría. Pero los católicos, después de inñites reclamaciones, se reunieron tumultuariamente en gran número, y se agitaron en términos que era inminente una sedición. Así el prefecto se vió obligado á disimular por algunos días, y luego que se sosegaron los ánimos, penetró de noche en la Iglesia donde residía el santo patriarca, é hizo buscarle por todas partes para echarle fuera antes que se pudiera saber. San Atanasio había salido aquella misma noche de Alejandría, y se refugió al panteón de sus padres; allí permaneció cuatro meses, al cabo de los cuales dió Valente orden de llamarle, fuese para aplacar al pueblo de Alejandría, fuese por no irritar al emperador Valentiniano y sublevar todo el Occidente. Desde entonces dejó de ser molestado el santo patriarca, y vivió tranquilamente en su Iglesia hasta el fin de sus días.

Valente se disponía á la sazón á marchar contra los godos que asolaban la Tracia, y antes de exponerse á los riesgos de la guerra, pidió el bautismo que recibió de manos de Eudocio, obispo de Constantinopla. Este herege le hizo jurar al tiempo de la ceremonia, que permanecería fielmente adicto á su doctrina, y que perseguiría á todos los de opinión contraria. De allí á poco tiempo, hallándo-

pero reducidos á su justo valor, próchan que ya entonces los Papas estaban rodeados de cierto brillo exterior que podía tentar la ambición. Además se cita este dicho de Pretexato, prefecto de Roma; al Papa Dámaso: "Cedeme vuestra puseo, é inmediatamente me hare cristiano." Por lo demas, aquel historiador en el mismo lugar dá testimonio de la vida sencilla, modesta y frugal de los obispos de provincia.

se en la Paunonia, el obispo de Mursa, arriano declarado, le pidió y alcanzó el perdón de Eunomio, condenado á destierro como cómplice en la conjuración de Procopio; y el emperador hasta manifestó deseos de ver al famoso sectario. Pero Eudoxio le disuadió, temeroso de que disminuyese su propio crédito, y mas aún por el ójio que había concebido mucho tiempo antes contra Eunomio, porque éste después de la muerte de Constancio, se había declarado contra Eudoxio hasta el punto de haber ordenado á otro obispo de Constantinopla de acuerdo con Acio (1).

Dos años duró la expedición contra los godos, y probablemente en este intervalo se celebró el concilio de Laodicea en Frigia, donde se promulgaron sesenta cánones de disciplina, célebres en la antigüedad. Se prohibió elevar al sacerdocio á los recién bautizados, dar órdenes en presencia de los catecúmenos, dejar al pueblo la elección de los obispos, y establecerlos en los pueblos y aldeas. Se hicieron diversos reglamentos tocante á las ceremonias de la Iglesia y las funciones de los diferentes ministros. Así se prohibe á los subdiáconos y á los clérigos inferiores tocar los vasos sagrados, llevar estola, y hasta entrar en la diácona. No se permite mas que á los presbíteros la entrada en el santuario para comulgar. Se veda á los obispos y á los sacerdotes celebrar el santo sacrificio en sus casas, y á los diáconos sentarse delante del presbítero sin su permiso. Otras disposiciones hay concernientes al oficio de los cantores, de los exorcistas, de los lectores y de los ostiarios. En las reuniones de la iglesia después del sermón del obispo, se deberán rezar las oraciones de los catecúmenos, luego las de los penitentes con la imposición de las manos, y cuando hayan salido estos, las de los fieles, á las que seguirá el ósculo de paz, el sacrificio y la comunión. Por la cuaresma no se deberá celebrar el sacrificio, ni hacer la conmemoración de los mártires mas que el sábado y el domingo. Se prohibe á todos los clérigos prestar á usura, entrar en las tabernas y asistir á los bailes y espectáculos. También se veda el baile á todos los fieles, las comilonas en las hosterías, y holgar el sábado á ejemplo de los judíos, ó asistir á reuniones ilícitas para tributar un culto secreto á los ángeles; lo que se refiere á ciertas sectas de gnósticos que adoraban á los ángeles con exclusion de Dios, mirándole como demasiado elevado para que pudiesen llegar hasta él los homenajes de los hombres. Queda prohibido que los fieles comuniquen con los hereges en la oración, ó que contraigan matrimonio con ellos. Seria demasiado prolijo citar todas las demas disposiciones de este concilio, cuyos cánones son sesenta. El último contiene un catálogo de los libros santos, así como hoy le poseemos, salvo los libro de Judith, de Tobías, de la Sabiduría, del Eclesiástico, de los Macabeos y del Apocalipsis, cuya autenticidad miraban aún como dudosa algunas Iglesias particulares.

(1) Philostorg. lib. VIII.—Theod. lib. IV.

Valente, después de haber conseguido muchos triunfos considerables, redujo á los godos á pedir la paz que les concedió el año 369. Al regresar á Constantinopla, y de paso por Tom, capital de la Escitia, sujeta á los romanos, quiso obligar al obispo San Bretannion á comunicar con los arrianos. Fué á la iglesia episcopal un día festivo para asistir á la celebración de los santos misterios con los sectarios que le acompañaban; pero el obispo, después de protestar su inviolable adhesión á la fé de Nicea, salió de la iglesia para celebrar los divinos oficios en otra. Siguióle todo el pueblo, de modo que se quedó solo Valente con su escolta. Irritado de esta afrenta, mandó prender á Bretannion y le envió desterrado; mas como importaba á la quietud del imperio no dar ningún motivo de descontento á la nación de los escitas, cuyo único obispo era Bretannion, no tardó el emperador en levantarle el destierro (1).

A principios del año 370, Valente partió para Antioquia á fin de vigilar mas de cerca las operaciones de la guerra contra los persas, que se había encendido de nuevo tres años antes. Casi al punto de su partida ocurrió la muerte de Eudoxio, obispo de Constantinopla, y los arrianos nombraron al instante á Domencilo, de Berea, para que le sucediese. Atribúese á éste el haber determinado la caída imputada al Papa Liberio; así es que su elección indignó tanto á una parte del pueblo, que en lugar de las aclamaciones ordinarias se oyeron gritos insultantes aun durante la ceremonia de la ordenación. Los católicos eligieron por obispo á Evagro, y le hicieron consagrar; pero apenas lo supo el emperador, le envió desterrado, y así murió de allí á poco tiempo. En esta ocasion los arrianos ejercieron todo género de violencias contra los católicos: á muchos los hicieron comparecer ante los tribunales, que los condenaron á prisión ó á crecidas multas; á otros los maltrataron con una brutalidad que indigna, y á varios les quitaron la vida. El mas célebre de estos mártires, cuya memoria celebra la Iglesia el 3 de Julio, es San Bulo-gio. Para solicitar la represión de estas violencias pasó una diputación de ochenta eclesiásticos á Nicomedia, donde se había detenido el emperador. Pero en vez de administrarle justicia los hizo embarcar como para enviarlos desterrados, y dió órdenes secretas para que en alta mar se prendiese fuego al buque que los conducía, y perecieran todos. Esta orden bárbara fué ejecutada por los marinos, que se salvaron en una lancha (2).

Prosiguiendo Valente su viage, pasó á Galacia, donde casi no hallaron resistencia alguna sus esfuerzos en favor del arrianismo. Después se dirigió á la Capadocia con la esperanza de que el metropolitano Basabio, separado entonces de San Basilio, se dejaria seducir fácilmente. Pero á la vista de este peligro, San Gregorio

(1) Theodor. lib. IV.—Sozom. lib. VI.

(2) Theodor. lib. IV.—Socr. lib. IV.

Nazianceno empleó toda su influencia para hacer que cesara la división que turbaba la Iglesia de Cesarea. Logró desvanecer las prevenciones de Eusebio, y determinó á Basilio á abandonar la soledad para socorrer á los católicos. Valente y los obispos arrianos de su comitiva encontraron al santo presbítero en Cesarea, y no omitieron ningún medio para atraerle: halagos, promesas, amenazas, todo fué inútil. Despreciando tanto valor como elocuencia para defender la fé, exhortó con autoridad á Valente y á los que le acompañaban, á reconocer sus errores y á suspender la persecucion. Estas enérgicas exhortaciones, determinaron al emperador á retirarse, sin llevar mas adelante sus atentados contra una Iglesia donde los arrianos contaban con populosimos partidarios (1).

Después de este brillante triunfo, San Basilio se aplicó cada vez mas á auxiliar al obispo Eusebio, y su union llegó á ser tan estrecha, que parecia borrada hasta la memoria de su desavenencia. Eusebio, ordenado apenas se bautizó, no tenia ni la instruccion, ni la experiencia necesarias para gobernarse en unos tiempos tan difíciles, y conoció la necesidad de recurrir á las luces del santo doctor. Hecho ya éste su consejero, no se separaba de él, y le sugería las órdenes que contenia dar, y luego las ejecutaba con modestia; de modo que sabia respetar la delicadeza del obispo, y aparecer siempre en una dependencia conteniente, aunque en realidad tenia la principal autoridad. La actividad de su celo bastaba para todo: habiaba á los magistrados, terminaba las disputas entre los fieles, cuidaba de los pobres, atendia á la hospitalidad, dirigia á las vírgenes y á los monges, y se encargaba tambien del ministerio de la predicacion. San Gregorio Nazianceno, á quien debemos estos pormenores, añade que arreglaba asimismo el orden de las oraciones y de las ceremonias; lo que parece aludir á la liturgia que se ha atribuido siempre á San Basilio, y que las Iglesias orientales observan todavía con algunas modificaciones. La caridad del santo sacerdote brilló en todo su esplendor durante una hambre horrible que asoló las provincias del Asia menor el año 370. Los que tenían mantenimientos, se aprovechaban de la misera universal para venderlos á un precio exorbitante. Pero las elocuentes exhortaciones de San Basilio movieron los corazones é hicieron abrir los graneros de los ricos: él mismo mandaba llevar á la plaza pública calderas llenas de carne y de legumbres, que repartia á los pobres con ayuda de sus amigos y sirvientes (2).

(1) Varios críticos hábiles ponen este acontecimiento antes de la guerra contra los godos, y su opinion tiene algun fundamento. Pero hay tanta incertidumbre y oscuridad en la cronología relativa á la historia de San Basilio, que hemos creído que debíamos, siguiendo á Fleury y al P. Pagi, referir este hecho á la época indicada por Sozomeno, porque es cierto que transcurrió poco tiempo entre el regreso de San Basilio y su elevacion al episcopado.

(2) Gregor. Nazianz. Orat. XX.—Sozom. lib. IV.

Tales eran los servicios eminentes que San Basilio estaba haciendo á la Iglesia de Cesarea el mismo año en que murió Eusebio, después de un episcopado en que se señaló por su gloriosa resistencia á las persecuciones de Juliano y de Valente. La silla que con esta muerte quedaba vacante, fué el blanco de todas las ambiciones. Era una de las principales del Oriente, porque comprendia en los límites de su jurisdiccion mas de la mitad del Asia menor. Los obispos de toda la provincia, convocados por letras del celo metropolitano, concurren á Cesarea para proceder á la eleccion.

Evidentemente San Basilio era el mas digno de todos los votos; pero los magnates del pais, que habian experimentado mas de una vez su firmeza apostólica, procuraban desaharle. Tenian á su favor á los herejes y hasta cierto número de obispos. San Gregorio, el padre, que lo era de Nazianzo, ya que no podía concurrir á causa de estar enfermo, escribió enérgicamente en favor de San Basilio é instó á San Eusebio, de Sarnosata, á que pasara á Cesarea para apoyar la eleccion del santo doctor. Eusebio fué con efecto, y su presencia sirvió de mucho. Sin embargo, la intriga multiplicaba sus esfuerzos y se seria de todos los pretextos para excluir á San Basilio, á quien se echaba en cara hasta la debilidad de su complexion; sobre lo cual preguntaba el obispo de Nazianzo en una segunda carta que escribió acerca del mismo asunto, si la Iglesia de Cesarea necesitaba de un atleta y no de un obispo. Por fin, faltaba un voto para que la eleccion de Basilio fuese canónica. Con esta noticia el obispo de Nazianzo, casi en el último trance, salta de la cama, hace que le lleven á Cesarea, y va con riesgo de su vida á completar el número de votos requerido. Este acto de celo le restituyó la salud como por milagro.

Consagrado obispo de Cesarea San Basilio, trabajó por ganarse con su dulzura y modestia á los que se habian opuesto á su eleccion, y en poco tiempo no hubo en el clero y en el pueblo mas que un solo sentimiento de admiracion hacia sus virtudes y talento. No omitió ningún medio para aumentar la piedad entre los fieles; exhortábelos al ayuno, á las vigiliás, á la oracion en comunidad, á la meditacion de las Santas Escrituras; y como se reunian muchas veces en la iglesia para pasar una buena parte de la noche, introdujo la costumbre de rezar ó de cantar los Salmos á coros, á fin de que se cabiesen menos. Este uso de salmodiar alternativamente subia al origen del cristianismo, y estaba extendido por todo el Egipto y por la mayor parte del Oriente; pero algunas Iglesias no le habian adoptado aún, y hasta tuvo que justificar San Basilio esta innovacion en una carta dirigida á la Iglesia de Neocesarea. Algunos años mas adelante estableció San Ambrosio la misma práctica en Milán, de donde se propagó en seguida á todo el Occidente.

Lleno San Basilio de una tierna y activa caridad, se aplicaba á aliviar todas las desgracias. Consolaba con sus discursos ó sus car-

tas á las viudas y personas afligidas, visitaba á los pobres, atendía con solicitud á sus negocios ó á sus necesidades, los protegía ante los grandes y poderosos, y cuidaba de que los bienes dados para su sostenimiento no pudiesen distraerse de su objeto. Finalmente, mandó construir cerca de Cesarea un vasto hospital para recibir á los que no tenían asilo, á los forasteros, y á todos los que necesitaban de auxilios, particularmente á los leprosos, que antes discurrían por la ciudad. Agregó á él un monasterio para que sirviera de retiro á los monjes que vivían á su lado bajo su disciplina. Una sobrina suya gobernaba en Cesarea misma un monasterio de vírgenes, á quienes dirigía con sus instrucciones, y se ve por una carta escrita á una religiosa, llamada Teodora, que no se desdenaba de entrar en los mas pequeños pormenores para explicarles las prácticas y las reglas de la vida ascética. Su clero imitaba el ejemplo de los monjes, y la mayor parte de sus eclesiásticos vivían en la pobreza y con el trabajo de sus manos. Así es que tomaba todas las precauciones para no admitir á órdenes sino á las personas mas dignas. Como muchos se adscribían al clero solo por librarse del servicio militar, y los *corepiscopos* dejaban á los presbíteros de los pueblos la elección de los ministros inferiores, se apresuró á restablecer en su vigor la antigua disciplina. Escribió á los *corepiscopos* que le enviaran el catálogo de los ministros de cada pueblo con notas sobre cada uno de ellos; que observaran cuidadosamente sus costumbres; que se informaran de cuál habia sido su conducta desde su juventud; que pusieran en la clase de los legos á los que resultasen indignos; que examinaran con la misma escrupulosa atención á los que se presentasen en lo sucesivo; y que no admitiesen á ninguno sin su consentimiento. Habiendo sabido que un sacerdote de setenta años tenía á su servicio una persona del otro sexo, le ordenó que la despidiese, añadiendo que si la conservaba á su lado, quedaria privado de ejercer sus funciones, y si intentaba ejercerlas, seria excomulgado con todos los que se atreviesen á comunicarse con él. Un señor llamado Nectario, le recomendó un eclesiástico para un curato, y San Basilio le manifestó que á pesar de todos sus deseos de complacerle, no podia acceder á sus instancias; y que estando obligado á elegir á los sujetos mas dignos, debia tambien para conocerlos seguir las reglas establecidas por los cánones; á fin de no incurrir en la responsabilidad imputada á los que se separan de ellos.

San Basilio extendía al mismo tiempo su solicitud hácia las otras Iglesias, mostrando sobre todo el mayor celo para poner un término á las divisiones que turbaban hácia tanto tiempo el Oriente. Para este efecto resolvió invocar la intervencion del Papa y de los occidentales, con la esperanza de que la autoridad de tantos obispos unidos á la Santa Sede serviria para confundir á los arrianos, ó los obligaria por lo menos á suspender sus violencias. Deseaba atraer tam-

bien á los occidentales al reconocimiento de San Melecio como obispo de Antioquia, á fin de reunir así los católicos divididos en Oriente por el cisma de esta Iglesia. Escribió á San Atanasio solicitándole su mediacion, y rogándole que diputara algunas personas al Occidente y que trabajara él mismo en la reunion de los ánimos, para lo cual era conveniente que admitiesen su comunión á Melecio y á otros obispos igualmente adictos á la fe ortodoxa. Doroteo, discípulo del partido de Melecio, llevó las cartas de San Basilio, y fué recibido con bondad por San Atanasio, que le dió por adjunto á Pedro, uno de sus clérigos, para que llevara la respuesta y contribuyese á restablecer la union con las medidas mas propias. San Basilio, puesto de acuerdo con Melecio, escribió una carta al Papa Dámaso para reclamar su apoyo en favor de los católicos, y la entregó al diácono Doroteo con otra para San Atanasio, donde se encuentra un testimonio auténtico de la fe de los orientales respecto de la autoridad del Sumo Pontífice. "Nos ha parecido conveniente, dice el santo doctor, escribir al obispo de Roma para que tenga conocimiento de lo que pasa aqui y de su decision. Como es difícil que envíe pronto diputados en nombre de un concilio, es preciso que obre por su propia autoridad, y comisione hombres de su eleccion para corregir con dulzura, pero con firmeza, á los que no marchan por el camino recto." Añade que los diputados deberán traer consigo las actas de todo cuanto se ha hecho para anular la fórmula de Rimini, y que será igualmente necesario que condenen el error de Marcelo, de Ancira. "Porque no se ve, dice, que se hayan declarado jamas contra él, aunque pueda hacérselos un cargo de que le admitieron en otro tiempo á la comunión por ignorancia de sus verdaderos sentimientos." No es extraño que San Basilio se expresase así respecto de Marcelo, de Ancira, cuya doctrina estaba muy desacreditada entre los orientales, y que le era sospechoso ademas porque no admitia mas que una sola hipótesis. Nótese en otra carta de San Basilio que condenaba á Paulino de Antioquia por este motivo, acusándole de que profesaba los errores de Marcelo, de Ancira. El diácono Doroteo marchó á Roma despues de ponerse de acuerdo con San Atanasio; pero su viage no tuvo el resultado que se esperaba, á lo menos en lo concerniente á Melecio. Sin embargo, vemos por diversos concilios celebrados hácia la misma época, que los occidentales desearon acudir en auxilio de las Iglesias de Oriente.

Habiendo congregado el Papa Dámaso en Roma, por el año 370, un concilio numeroso en que fueron excomulgados Ursacio y Valente, notificó esta sentencia en una carta sinodal á los obispos de Egipto, y sin duda á todos los demas, para levantar á los que habian caído en el arrianismo. San Atanasio, luego que recibió esta carta, reunió por su parte un concilio en Alejandría, en cuyo nombre escribió á las Iglesias de Africa para confirmarias en la fe

de Nicea, y al Papa Dámaso para hacerle conocer al obispo arriano Auxencio, y manifestar su admiración de que no se le hubiese excomulgado al mismo tiempo que á Valente y Ursacio. Los obispos de Venecia y de la Galia hicieron representaciones semejantes, y al fin Auxencio y sus parciales fueron excomulgados en un nuevo concilio de noventa y tres prelados, celebrado en Roma al año siguiente. Este concilio dirigió á los obispos de Siria una carta sinodal en que probaba la fe de Nicea, y en particular la divinidad del Espíritu Santo, por el consentimiento unánime de casi todas las Iglesias, esforzándose sobre todo en demostrar que no podía nada prevalecer de lo que se había hecho en Rínimi por sorpresa ó por violencia, y exhortándolos á que adiosmismos manifestaran su ortodoxia con una declaración solemne. Reunieronse, pues, de allí á poco tiempo, destituyeron á algunos obispos inficionados del arrianismo, y condenaron esta herejía, así como las de los macedonianos y sabelianos, por un decreto que enviaron á los obispos de la provincia de Asia. Valentiniano acompañó con él un rescripto, en que exhortaba á estos últimos á abrazar la fe de los occidentales, y á no abusar de la autoridad de su hermano para suscitar persecuciones contra los católicos. El decreto de los obispos de Siria y la carta sinodal del concilio de Roma, fueron enviados también á los obispos de Capadocia y de las provincias de Oriente, y entregados á San Basilio á principios del año 372 por dos diáconos llamados Sabino y Doroteo, comisionados al efecto.

San Basilio se los comunicó inmediatamente á San Melecio, á San Eusebio, de Samosata, y á los otros obispos, que en número de ciento cuarenta y seis aprobaron las decisiones del concilio de Roma. Al mismo tiempo escribieron por medio del diácono Sabino una carta á los occidentales para pintarles la triste situación de las Iglesias de Oriente, y conjurarles á que enviasen en su auxilio una diputación numerosa que pudiese tener la autoridad de un concilio, y que fuese mas capaz de remediar eficazmente sus males. San Basilio escribió varias cartas particulares para el mismo objeto.

Como los occidentales no se daban prisa á enviar la diputación que se les pedía, los obispos de Oriente resolvieron escribirles de nuevo al año siguiente, reiterando la misma pretension y reclamando por su medio la protección de Valentiniano. Pero antes que se despachasen sus cartas, supo San Basilio por Evagrío, presbítero de Antioquia, que volvía entonces de Occidente, que allí se mostraban poco satisfechos de las cartas anteriores. Sintiólo vivamente, y se quejó de los occidentales con amargas expresiones, que pueden explicarse por la profunda pesadumbre que debía causarles en tales circunstancias una disidencia funesta, mucho mas no pretendido, por la distancia á que se hallaba, conocer y juzgar perfectamente los motivos. Poco inclinado parecia á hacer nuevas gestiones, aunque Evagrío le exhortaba y le manifestaba en qué sentido se debía es-

eribir; sin embargo, á virtud de las representaciones de San Eusebio, de Samosata, convido con él y con los otros obispos en enviar por la primavera del año 374 al presbítero Doroteo á Occidente con las cartas que ya había preparadas, y con otras nuevas, para exponer mas circunstanciadamente los estragos del arrianismo y las violencias ejercidas contra los católicos. Hacíase notar con especialidad que estas persecuciones impedían enviar obispos á Roma para concertarse con los occidentales como éstos deseaban. Esta gestión de los orientales no produjo mas fruto que las anteriores, y solo les proporcionó algunas cartas de consuelo que estaban muy lejos de corresponder á las miras de San Basilio, porque parecia que reconocían á Paulino como único obispo legítimo de Antioquia; y en efecto, no tardó el Papa Dámaso en declararse abiertamente á su favor y contra Melecio.

Aunque no nos queda mas que parte de las cartas que unos y otros se escribieron, bastan para dejar entrever las causas por qué fueron infructuosas todas las solicitudes de los orientales. Sábese en efecto que el cisma que dividía á la Iglesia de Antioquia, no dependía únicamente de cuestiones personales, sino de disidencias de opiniones muy manifiestas. El partido de Paulino, para desviarse igualmente de la doctrina y del lenguaje admitido por los arrianos, no queria reconocer mas que una sola hipóstasis en la Trinidad, y se servía de otra palabra griega para expresar la distinción de las tres Personas. El partido de Melecio, por el contrario, viendo que los sabelianos abusaban de esta última expresión, queria denotar mas claramente la realidad subsistente de las Personas divinas, y admitía con consecuencia tres hipóstasis. El concilio de Alejandria, celebrado despues de la muerte de Constancio, había tratado de reunir los ánimos á pesar de esta diferencia de lenguaje, que no establecia ninguna diversidad de creencia en cuanto al fondo de la doctrina; pero no pudo conseguirlo. El partido de Paulino acusaba á los melecianos de arrianismo, y éstos por su parte imputaban á aquel los errores de Sabelio. Esta division no se había concentrado en la Iglesia de Antioquia; San Basilio y la mayor parte de los orientales juzgaban necesario reconocer tres hipóstasis y expresar claramente con estas palabras la distinción real de las Personas divinas, á fin de quitar así á los arrianos el pretexto de que se valian para calumniar y perseguir á los católicos, negándoles de sabelinismo. Por otro lado, los occidentales se mostraban muy prevenidos contra estas expresiones, porque los arrianos las habían consagrado para marcar una diferencia de naturaleza entre las Personas divinas, y miraban ademas el término de hipóstasis como sinónimo del de sustancia. Fuera de eso tenían prevenciones mas ó menos fundadas contra muchos de los obispos orientales, que por mucho tiempo parecia que habían hecho causa comun con los arrianos, particularmente contra San Melecio, á quien

habían consagrado ellos, y contra San Eusebio, de Samosata, que sin adoptar sus errores, había pertenecido primitivamente á su comunión. Estas circunstancias, unidas á la adopción de los términos de tres hipóstasis, formaban una preocupación funesta contra San Melecio y San Eusebio, de Samosata; y no es extraño que los occidentales manifestasen el deseo de conferenciar con ellos para cerciorarse de su doctrina antes de declararse en su favor. Pero como San Basilio y casi todos los católicos de Oriente, habían abrazado la comunión de dichos santos porque conocían mejor la pureza de su fé, creían también que debían insistir en exhortar á los occidentales á que tomasen el mismo partido; y el principal objeto de sus gestiones era en cierto modo que se reconociese á Melecio, por que comprendían perfectamente que no podía condenársele ó tenerle por sospechoso, sin condenar al mismo tiempo en la apariencia á todo el Oriente que estaba unido con él. Sin embargo, esta misma condición impedía á los occidentales intervenir con mas eficacia en favor de las Iglesias de Oriente, y proporcionar á éstas, por medio de relaciones mas íntimas y frecuentes, á lo menos el apoyo moral, cuya necesidad conocían para defenderse con mas autoridad de los perseguidores arrianos.

Al fin en el año 372 llegó Valente á Antioquía, despues de haber ejercido todo género de violencias contra los obispos católicos del Asia menor; no tardó en expulsar á San Melecio, que desterrado por la tercera vez, se retiró á su patria cerca de Nicópolis en la Armenia, desde donde pudo mantener una correspondencia seguida con San Basilio. Con Paulino, obispo de los eustatianos, tuvieron miramiento sin duda por la poca importancia de su rebaño. Los católicos de la comunión de San Melecio, privados de sus Iglesias, se reunieron á pasar del rigor de la estación á campo raso y en cuevas, y despues en las orillas del Orontes y en el campo de los ejercicios militares. En todas partes los persiguieron los soldados, y mataron y ahogaron á muchos. Alentaban su valor los presbíteros Flaviano y Diodoro, que aun siendo simples seglares, habían ostentado ya su celo por la fé en el reinado de Constancio: uno llegó á ser mas adelante obispo de Antioquía, y el otro de Tarso. Otros dos presbíteros, Juan y Esteban, que también fueron obispos en lo sucesivo, auxiliaban á los susodichos. Un monje, ilustre por sus virtudes y milagros, no contribuyó menos eficazmente á afirmar á los católicos perseguidos. Llamábase San Afrates; era natural de Persia e hijo de padres nobles, y despues de abrazar el cristianismo habia abandonado su país y retirádose á Edeesa, y luego á Antioquía. A pesar de su lenguaje medio griego y medio bárbaro, estaba dotado de una elocuencia natural que desafiaba la habilidad de los mas afamados retóricos; así es que los grandes y los plebeyos buscaban á porfía su conversacion. Un dia vió Valente desde una galería de su palacio que dominaba el camino público, á un anciano

no vestido miserablemente y que caminaba con precipitación. Dijéronle que era el solitario Afrates, que iba á toda prisa á la reunión de los católicos. "¿A dónde vas?" le gritó el emperador. "Voy á rogar por la prosperidad de nuestro reinado," respondió Afrates. "No te obliga tu regla, replicó Valente, á orar en secreto en tu celda?—Si señor, repuso el santo anciano, cuando la Iglesia está en paz; pero en el dia del peligro todo cristiano debe pelear por la salvacion común. La doncella que vive encerrada en la casa de su padre, ¿se está quieta cuando la ve arder? Deja su retiro y corre á llevar agua á donde quiera que se ven llamas; eso es lo que yo hago hoy. Habiéis prendido fuego á la casa de Dios, y nosotros corremos todos á apagarle." Este lenguaje epérgico tapó la boca á Valente. Solo uno de sus eunucos profirió mil imprecaciones contra el solitario; pero de allí á pocos instantes como fuese á cerciorarse si estaba caliente el baño del emperador, el vapor le causó vértigos, y cayó en el agua hirviendo, donde pereció. La noticia de este suceso se esparció por toda la ciudad, y asustado Valente no se atrevió á desterrar á Afrates como habia resuelto (1).

San Julian Sabas, monje del Oshroenes, fué también á Antioquía, mientras residía allí Valente, para desmentir á los hereges que se jactaban de estar en su comunión. Habia cuarenta años que vivia en el desierto, sin mas habitación que una cueva, comiendo una vez á la semana y solamente pan negro ó higos secos; solia pasar á veces muchos dias seguidos expuesto á las inclemencias del cielo y ocupado en la oración y en la contemplación. Era San Julian el anacoreta mas célebre de la Siria, y la fama de su santidad y de sus milagros le habia atraído una multitud de discípulos. Cuando llegó á Antioquía se alojó cerca de la ciudad, al pie de una montaña, en una cueva donde se decía que San Pablo se escondiera en otro tiempo; pero al punto le acometió una violenta calentura, y como se alligieran los católicos, les dijo el santo: "No temas nada: si mi salud es necesaria, Dios me la restituirá." En efecto, despues de haber orado un rato, se declaró un sudor abundante, y desapareció la calentura. Desde entonces San Julian se presentó en público todos los dias, rodeado de los fieles con quienes confesaba la fé de Nicea, al paso que confirmaba sus discursos con prodigios. Entre otros, curó á la puerta de palacio á un mendigo paralítico de mucho tiempo atras, y á un señor llamado Julian como él, de cuya salud se desasparaba. Estas curaciones milagrosas que Teodoroto refiere por declaración de testigos oculares, cubiertas de confusión á los hereges, é hicieron fuerte impresion en el mismo emperador; pero en nada cambiaron sus inclinaciones.

No tardó en extenderse la persecución á toda la Siria, la Palestina y las provincias inmediatas. Los obispos católicos fueron ar-

(1) Theodor. lib. IV. — Sozom. VI. *de eccl. hist. lib. VI. c. 17.*
Tom. I. 53

rojados de sus sillas y condenados á destierro, é invadidas por los arrianos sus Iglesias. San Cirilo, de Jerusalem, repuesto en tiempo de Juliano, habia sido ya expulsado de su Iglesia en virtud de las órdenes que Valente habia dado algunos años antes contra los obispos desterrados por Constancio. San Basilio, obispo de Edessa en la Mesopotamia, fué confinado primero á la Fenicia, despues á Oxirrinco en Egipto, y por último al extremo de la Tebaida. En su lugar se puso un obispo arriano que se apoderó de todas las iglesias; pero los fieles, huyendo de la comunión de este intruso, celebraban sus juntas en el campo. Valente cuando fué á Edesa se irritó tanto, que llegó hasta á maltratar de obra al prefecto Modesto por no haber estorbado estas reuniones, y le mandó inmediatamente que las deshiciera á la fuerza. Modesto dió aviso secreto á los católicos, que no por eso dejaron de concurrir solícitos al lugar de sus juntas. Marchó, pues, contra ellos á la cabeza de numerosas tropas. En el camino encontró á una mujer, que con un niño de la mano corría á reunirse con los católicos; y como le manifestase que iba á dispersarlos, y que tenia óden de no perdonar á ninguno, le respondió ella: "Ya lo sé, por eso me apresuro, por no perder esta ocasión de padecer el martirio, y quiero que este niño participe de la misma gloria." El prefecto volvió á palacio, y dió á entender al emperador, que era preciso ó dejar en paz á los católicos, ó resolverse á degollarlos á todos. Valente le ordenó que reuniera á los presbíteros y diáconos católicos; que los exhortara á comunicarse con el obispo arriano, y si no cedían, los desterrara á los confines del imperio. Todos se resistieron con valerosa firmeza, y en efecto fueron desterrados ochenta, que partieron juntos, pero los separaron á causa de los obsequios que los pueblos les hacían al paso. Los dos principales, Eulogio y Protógenes, fueron relegados á Antinópolis, ciudad reducida de la Tebaida, en donde convirtieron á una multitud de idólatras (1).

Sin embargo, el Egipto se habia preservado de esta persecucion general, y San Atanasio, aprovechando la tranquilidad que disfrutaba despues de tantas agitaciones, estaba visitando su rebaño; animaba á los fieles en la fé con sus instrucciones; relaba por la observancia de la disciplina; refutaba á los hereges en sus escritos, y se aplicaba con nuevo y mas ardiente celo á utilizar en bien de la Iglesia los últimos momentos de su gloriosa carrera. Escribió una carta circular á los obispos de la Siria y de las demas provincias del Oriente, para exhortarlos á que permanecieran firmes en medio de las persecuciones, declarándoles que trabajaba por su parte en mantener la pureza de la fé y de las costumbres en Egipto. Insistia mas particularmente sobre la divinidad del Espíritu Santo, á causa de la heregía de los macedonianos que hacia progresos en

(1) Theodor. lib. VI.—Sozom. lib. VI.



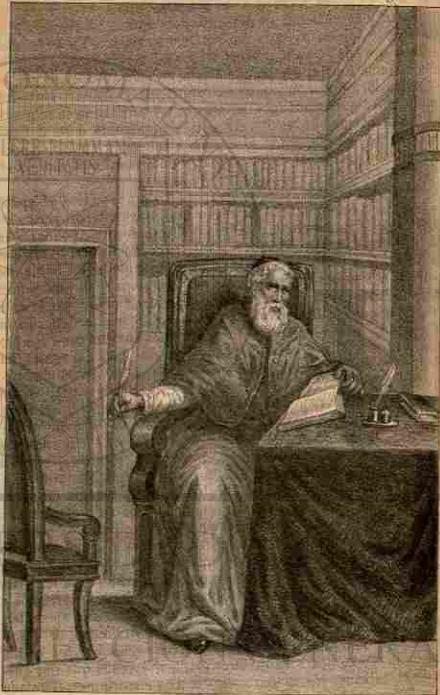
JANIL

UNIV

OMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS





ST. ATANASIO PATRIARCA DE ALEJANDRIA

el Asia. También invitaba á los obispos á que se escribieran mutuamente, y se pusieran de acuerdo para aplicar un remedio á los males de la Iglesia, agitada con tantos disturbios. Ya se ha visto cómo se desvelaba para apoyar el celo y los esfuerzos de San Basilio. Hacia mucho tiempo que estaba en correspondencia con este ilustre doctor, y le mostraba su estimación y afecto. Habiendo sabido que algunos monjes de Cesarea censuraban la indulgencia del santo obispo, no vació en salir abiertamente á su defensa. Escribió que Basilio en la gloria de la Iglesia, y que no se podía bendecir lo bastante al Señor por haber dado un obispo tan grande á la Capadocia.

Hacia esta misma época escribió su carta á Epicteto, obispo de Corinto, para impugnar las heregias que se levantaban acerca del misterio de la Encarnación. Algunos discípulos de Apolinario habían enseñado en esta ciudad que el cuerpo de Jesucristo era consustancial á la divinidad, y que por consiguiente no se había formado en el seno de la Virgen, sino que era eterno y de una naturaleza diferente del cuerpo humano. Otras personas, dando en el extremo contrario, sostenían que Cristo, hijo de María, debía distinguirse de la persona del Verbo, que era puro hombre como los profetas, é hijo de Dios solamente por adopción. Estas disputas habían dado margen á una conferencia, cuyas actas envió el obispo Epicteto á San Atanasio. Respondióle éste en una carta, en que expone la doctrina católica con una energía y una precisión admirable. Prueba la realidad de la Encarnación, la divinidad de Jesucristo y la distinción de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en la persona del Verbo encarnado; de modo que refuta de antemano los errores enseñados mas adelante por Nestorio y Eutiques. Compuso otros varios escritos contra la heregia de Apolinario; pero sin nombrarle, porque este herejarca no profesaba aún abiertamente los errores propagados por sus discípulos.

Al fin San Atanasio murió pacíficamente en Alejandria el año 373, después de cuarenta y seis de un episcopado ilustrado con una serie continua de afanes apostólicos y de combates por la fe. Hemos dado ya á conocer sus principales obras contra los arrianos y contra los otros hereges, su tratado de los sinodos, sus apologetas, sus cartas á los solitarios, sus escritos sobre la divinidad del Espíritu Santo, y una multitud de cartas escritas á los obispos en defensa de la fe católica. Entre otros muchos escritos que nos quedan de él, debemos mencionar como los mas importantes, el tratado contra los paganos y un discurso sobre la Encarnación, obras compuestas en su juventud; sin embargo de lo cual, se exponen con mucha energía y erudición las penebas de la divinidad del cristianismo; otro tratado sobre la Encarnación contra los errores de Apolinario, cuatro discursos contra los arrianos, el libro sobre los decretos de Nicea, la apologeta de San Dionisio de Alejandria, la vida de

San Antonio y un comentario sobre una parte de los Salmos, que hace sentir mucho la pérdida de las otras obras de este género que habia compuesto. Se han publicado tambien bajo el nombre de San Atanasio una porcion de escritos supuestos. El simbolo que se le atribuye, sin duda porque expresa con la exactitud mas rigurosa la doctrina católica sobre la Trinidad y la Encarnacion, se cree generalmente que es de Vigilio de Tapsa, obispo africano del siglo VI, que tomaba el nombre de los amigos Padres de la Iglesia, para dar mas autoridad á sus escritos. En las obras de San Atanasio se echa de ver una dialéctica fuerte y vigorosa, una grande precision de ideas y un profundo conocimiento de los misterios de la religion. Su estilo se resiente á veces de la agitacion de su vida, é indica ciertas desordenadas que denotan la precipitacion con que se compusieron aquellas; pero no deja por eso de abundar en bellezas que bastan para compensar el corto número de imperfecciones. Es claro, fácil, noble, fluente, variado y siempre proporcionado á la naturaleza del asunto: reme la sencillez y la brillantez, la fuerza, la vehemencia, la sublimidad; en una palabra, todas las cualidades eminentes que constituyen á un gran escritor.

Consulado San Atanasio, antes de espirar, acerca de la eleccion de su sucesor, designó á Pedro, el fiel compañero de sus trabajos y de sus peligros, igualmente recomendable por su talento, sus virtudes y su experiencia. El clero y los fieles aplaudieron esta eleccion con unánimes aclamaciones. Muchos de los obispos inmediatos se reunieron para asistir á la ceremonia de su consagracion; y los monjes abandonaron sus soledades con el objeto de concurrir tambien y tomar parte en el regocijo comun. El nuevo patriarca escribió, segun la costumbre, al sumo Pontífice y á los obispos de las sillas principales; y conservamos aún la respuesta que le dió San Basilio. El Papa Damaso se apresuró á enviarle letras de comunión por medio de un diácono.

Entre tanto, los arrianos cuyas esperanzas se habian reanimado con la muerte de Atanasio, escribieron á Valente, que por entonces se hallaba en Antioquia, y dió orden á Paladio, prefecto de Egipto, de arrojar á Pedro de su silla. El prefecto, que era pagano, se encaminó á la iglesia episcopal con una tropa de judíos y de idólatras, y mandó á Pedro salir si no queria que le echasen á la fuerza. Retiróse el patriarca, y al instante aquella multitud de infieles se precipitaron en la iglesia y cometieron las profanaciones mas horribles. Hicieron que un filitrico lleno de aceites y vestido á manera de las bacantes, ejecutase bailes infames sobre el altar: otro completamente desnudo, subió á la cátedra episcopal como para predicar, y elogiando los vicios mas vergonzosos, profirió todo género de blasfemias y de expresiones deshonestas entre los aplausos de la plebe. Llévose la obscenidad hasta el punto de desnudar á algunas doncellas y pasearlas así por las calles. El patriarca Pedro escribió una

carta á los obispos católicos, señalando á su indignacion aquellas violencias odiosas, y se retiró á Roma donde residió cinco años.

En su lugar pusieron los arrianos en la silla de Alejandria á un tal Lúcio, de quien ya hemos hablado, y á quien habian pedido para obispo mucho tiempo hacia. Fué desde Antioquia acompañado del obispo arriano Euzoyo y del conde Magno, que llevaba el encargo de instalarle con una escolta de soldados. En el acto de ponerle en posesion de la Iglesia, gritaban los paganos á su presencia; "¡Bien venido seas, obispo que no reconocéis á Jesucristo; el gran Serapix que os trae aqui, os colma de sus beneficios!" El conde Magno desplegó toda su crueldad para obligar á los católicos á que comunicaran con Lúcio. Mandó azotar con varas á diez y nueve sacerdotes ó diáconos, algunos de los cuales tenian mas de ochenta años: despues hizo que los embarcaran para el destierro sin darles tiempo para tomar las cosas mas necesarias, ni avargonzarse de apremiarlos el mismo con espada en mano. Otras veintitres personas, la mayor parte monjes, fueron azotadas y condenadas á las minas por haber dado señales de enternecerse á vista de aquel espectáculo. No se pedonó al diácono que habia llevado á Pedro las letras de comunión al Papa Damaso. Los verdugos le arrastraron por las calles de la ciudad, hiriéndole con varas y cuerdas de plomo; y despues se le envió á trabajar á las minas. Hasta los niños eran puestos en el tormento: muchos murieron en él, y ni siquiera se permitió á sus padres enterrarlos: al contrario, eran sentenciados á muerte los que parecia que condenaban con sus lágrimas aquellas violencias. Poco tiempo despues cuando volvió Euzoyo á Antioquia, escribió Valente al prefecto de Egipto que castigase sin consideracion á los que profesaban la fe de Nicea, y condenase á destierro á todos los que Lúcio le indicara. Entences se generalizó mas la persecucion: se atormentó de todos modos á los católicos de Alejandria; y las otras ciudades de la provincia experimentaron á poco las mismas violencias. Se arrojó de sus sillas, y se confinó á los lugares mas agrestes ó á poblaciones de infieles á un gran número de santos obispos, célebres algunos por sus padecimientos en defensa de la fe bajo el reinado de Constancio (1).

Lúcio se encarnizaba sobre todo con los monjes, porque no ignoraba que su autoridad y su ejemplo contribuian poderosamente á mantener entre los fieles la aversion al arrianismo. El mismo los persiguió en lo interior de los desiertos al frente de sus soldados para dispersarlos á la fuerza, ó vencerlos si podia con malos tratamientos; pero como estos rigores no hicieron titubear su constante fe, acusóse al duque de Egipto que dasterrase á los principales de ellos, y sobre todo á los abades que los gobernaban. Entre los que entonces fueron condenados al destierro, se cita como los mas céle-

(1) Theodor. lib. IV.—Sozom. lib. VI.

bres á San Pambon, de quien hablaremos pronto, á San Isidoro y á los dos Macarios. San Isidoro se había retirado desde jóven al monte de Nitria, á quince ó diez y seis leguas de Alejandría. Aquella soledad encerraba hasta cinco mil monjes, distribuidos en cincuenta edificios que contenian gran número de celdas: allí vivian los unos solos, los otros juntos. No tardó en distinguirse S. Isidoro por su fervor y por sus brillantes virtudes entre aquella multitud de piadosos solitarios. Le honró San Atanasio con su amistad, y le llevó consigo á Roma. En lo sucesivo ascendió al sacerdocio, y tuvo bajo su direccion el hospital de Alejandría. De los dos Macarios, el uno por sobrenombre el egipcio, fué el primero que habitó el desierto de Scetú, donde reunió muy pronto multitud de discípulos. Desde luego mostró una prudencia tan consumada, que le apellidaban el jóven anciano. Obró muchos milagros, entre los cuales puede notarse principalmente la resurreccion de tres muertos. El otro Macario, llamado de Alejandría, porque era natural de esta ciudad, fué algun tiempo discípulo de San Antonio, y despues se retiró al monasterio de las Cellas, á tres ó cuatro leguas de Nitria. Llamábase así aquel lugar, porque los monjes que le habitaban vivian en unas celdas distantes unas de otras, de modo que no podian ni verse ni hablarse: solo se reunian en la iglesia los sábados y domingos. Macario de Alejandría fué ordenado sacerdote, y hecho superior de este monasterio; y jugó tambien á ser célebre por sus milagros y austeridades. Se oienta que por espacio de siete años no comió vianda alguna caliente, y que por espacio de tres su alimento diario se componia de tres ó cuatro onzas de pan mojado en agua. Para vencer el sueño pasaba hasta veinte dias con sus noches al raso, expuesto al ardor del sol de Egipto y al frio de las noches, tan fuerte en aquel pais, que la regla de San Pacomio permite encender lumbre. En cuaresma no comia mas que el domingo, y solo algunas hojas de col, aunque constantemente estaba de pié durante los cuarenta dias de penitencia, orando y trabajando sin variar de postura. Un día que manifestó deseos de comer nyas, se las enviaron muy buenas, y él mandó llevarlas á uno de sus hermanos que estaba malo: este las ofreció á otro, y este tercero se las dió á otro, y así sucesivamente hasta el último monje, que las devolvió á Macario sin saber que venian de él (1). Estos rasgos de admirable simplicidad eran comunes entre los monjes.

San Isidoro y los dos Macarios fueron deportados á una isla donde no habia mas que peñascos. Cuando tocaron en la orilla, la hija del sacrificador, poseida del demonio, corrió á la barca gritando:

(1) Entre las antiguas reglas monásticas, hay una atribuida á un San Macario, que se cree es el de Alejandría. Tambien han llegado hasta nuestros dias algunas obras ascéticas y gran número de homilias con el nombre de Macario; pero no se sabe de cierto quién es su autor, aunque se atribuyen generalmente á San Macario el egipcio.

“Siervos de Dios, vuestro poder es invencible. ¿Quién intentaría resistiros? Vosotros venís á echarnos de esta isla donde viviamos desconocidos: no nos queda otro arbitrio que cederos el puesto.” Al punto cayó la jóven al suelo sin movimiento; acercárense á ella los monjes, la levantaron, y le restituyeron su cabal salud. Su padre y todos los que habían acudido á los gritos, se echaron á los piés de los santos confesores, pidiendo que los instruyeran en su creencia. Fueron bautizados despues de las pruebas necesarias, así como los otros habitantes de la isla, y su templo se convirtió en iglesia. No tardó en saberse este acontecimiento en Alejandría, y el pueblo acudió en tropel á solicitar de Lúcio la libertad de los monjes. Temiendo éste una sedicion, dió en secreto la órdén de dejarlos volver á sus celdas (1).

En los confines de la Palestina y de la Arabia, vivia otro solitario llamado Moisés, cuya reputacion llegó á oídos de la princesa Mavia, reina de los sarracenos. Estos pueblos estaban en guerra con los romanos hacia mucho tiempo, y Valente, cuyo imperio era bastante inquietado por las otras fronteras, se vió obligado á pedir la paz. La reina de aquellos, que era cristiana, estipuló entre las cláusulas del tratado, que se le diera á Moisés por obispo de su nacion. Condujeron al solitario á Alejandría, para que Lúcio le ordenara; pero cuando se presentó este intruso á hacer la ceremonia, le dijo Moisés á presencia de los magistrados y del pueblo reunido: “Deteneos: confieso que no soy digno del título de obispo; pero si se quiere que acepte esa honra, protesto á la faz del cielo y de la tierra, que no consentiré jamas en recibirla por la imposicion de vuestras manos, teñidas con la sangre de los mártires.” Quiso Lúcio justificarse, y respondió que no se le debía condenar así antes de saber cuál era su fé. “No necesito saberlo de vuestra boca, repuso Moisés: los obispos, los sacerdotes y los diaconos desterrados, condenados á las minas, arrojados á las fieras ó á las hogueras, no me dejan ninguna duda en esta parte.” Protestó de nuevo que no consentiría, en que Lúcio le ordenara; y como era menester guardar miramiento con la reina de los sarracenos; hubo que llevarle á los obispos católicos confinados en las montañas. De ellos recibió la imposicion de las manos, y fué á tomar posesion de su ministerio. La mayor parte de los sarracenos eran todavía idolátras, aunque los milagros de San Hilarión y de algunos otros solitarios de la Palestina, hubiesen convertido ya á cierto número de ellos al cristianismo. Pero las instrucciones de San Moisés, sus virtudes brillantes y los prodigios que obró, no tardaron en producir una multitud de conversiones. Sus sucesores llevaron como él el título de obispos de los sarracenos á obispos de las tiendas, porque aquellos

(1) Ruf. *Vit. Patr.*—Pallad. *Hist. Luce.*

pueblos solían andar errantes y acamparse en tiendas en los vastos desiertos de la Arabia.

Valente comenzó á manifestar su odio contra los monjes, en una ley publicada á principios del año 373, en que se mandaba arrancarlos de las soledades para obligarlos á desempeñar los cargos municipales, so pena de perder sus bienes. Tres años mas adelante promulgó otra ley para sujetarlos al servicio de las armas. Estas medidas dieron margen á increíbles violencias: los monjes de Egipto se vieron reducidos á abandonar sus monasterios para dispersarse por los lugares mas ásperos é incultos: gran número de ellos fueron asesinados por los tribunos y soldados que iban á atizarlos. Los de la Siria y provincias comarcanas huyeron igualmente para librarse del furor de sus enemigos, que devastaron las celidas, y quemaron las obras hechas (1).

Durante esta persecucion, Santa Melania, descendiente de una ilustre familia de Roma, y nieta del ednsil Marcelino, consoló y socorrió á los monjes del Oriente. Habiendo perdido á su marido y dos hijos á la edad de veintidos años, se embarcó para Egipto á fin de visitar aquellos monasterios. Luego que arribó á Alejandria, fué á ver á San Isidoro, muy conocido en Roma, el cual la condujo al monasterio de Nitria, gobernado por San Pambon. Habia sido éste discípulo de San Antonio, y héchose famoso por sus brillantes virtudes. Ayunaba todos los dias hasta la caída de la tarde, y juntaba siempre el trabajo manual á la contemplacion y á la oracion. Santa Melania le halló ocupado en hacer esteras de hojas de palmera entrelazadas, y le regaló diferentes alhajas de plata del valor de trescientas libras romanas. El solitario, sin dejar su obra, le dió gracias con estas palabras: "Dios os lo pague," y dirigiéndose en seguida á un discípulo suyo, le dijo: "Toma esa limosna, y repártela á los monasterios de la Libia, que son mas pobres que los del Egipto." Viendo Santa Melania que al parecer no reparaba ni aun en la riqueza del presente, añadió: "Padre, conviene que sepaís que son trescientas libras de plata." Mas el santo, sin interrumpir el trabajo ni mirarla, replicó: "Hija mia, aquel á quien ofrecéis vuestras dones, no necesita que le manifestéis su valor, porque pesa las montañas y el universo en su balanza, y ve con los mismos ojos el óbolo del pobre, que las ricas ofrendas de los poderosos de la tierra." San Pambon mostró toda su vida el mismo amor al trabajo y el mismo despendimiento. Al morir dejó por herencia un canasto de mimbres que acababa de hacer. No llevaba mas que hábitos usados, como la mayor parte de los solitarios, porque no quería que un monge gastase vestidos que excitasen en nadie la tentacion de quitárselos.

Después de haber gastado Santa Melania unos seis meses en vi-

(1) Ruf. lib. II.—Oroa. VII.

sitar á los solitarios de Nitria y de las inmediaciones, volvió á Alejandria, donde vió tambien á Didimo el ciego, cuyos vastos conocimientos eran la admiracion de su siglo. Ya hacia algunos años que la santa estaba en el Oriente, cuando comenzó la persecucion de los arrianos á los monjes. Empleó aquella su crédito y riquezas, que eran cuantiosísimas, en aliviar á los confesores: mantuvo hasta cinco mil por muchos dias: acompañó á los ciento y doce que fueron confinados á la Palestina, y quiso por sí misma atender á todas sus necesidades. Como los custodiaban rigorosamente, se ponía ella un vestido de esclava, é iba á la caída del dia á llevarles las cosas precisas. Advirtiéronsele al gobernador, y le mandó prender sin conocerla. Ella le dijo inmediatamente su nombre y clase, añadiendo que le informaba no por temor, sino para evitar que por ignorancia incurriese en una desgracia que le fuese fatal. Asustado el gobernador, le pidió pardon, le tributó todos los honores debidos á su categoria, y le dió las mas amplias facultades para ver y socorrer á los solitarios desterrados. Melania fijó despues en residencia en Jerusalem, y allí permaneció veinticinco años ejerciendo la hospitalidad con los peregrinos que concurrían á la ciudad santa de todas partes, y principalmente con los eclesiásticos, los monges y las vírgenes (1).

Habiendo logrado Valente que sucumbiesen parte de los obispos de Oriente, y arrojado de sus sillas á todos los que habian permanecido inflexibles, resolvió acometer al fin á San Basilio, con quien habia tenido hasta entonces miramiento. Fue, pues, á Capadocia, en que se sepa precisamente en qué época, y envió delante al prefecto Modesto, mandándole que obligara al santo obispo á comunicarse con los arrianos, ó en otro caso le echase de la ciudad. Modesto era el principal instrumento de su furor en el curso de la persecucion. Bautizado por los arrianos en tiempo de Constancio, que le hizo conde de Oriente, habia profesado el paganismo bajo el imperio de Juliano, de quien recibió el título de prefecto de Constantinopla, y á fuerza de halagar las pasiones de Valente, obtuvo la dignidad de prefecto del pretorio y el consulado. Luego que llegó á Cesarea, mandó comparecer á San Basilio á su tribunal, y llamándole secamente por su nombre, le dijo: "Basilio, ¿quién te hace tan temerario para resistir tú solo á la autoridad soberana? ¿por qué te niegas á abrazar la religion del emperador, cuando todos los demas han sido obligados á someterse á ella?—Porque me lo prohibe, respondió Basilio, el soberano del emperador y el mio, y sera un crimen adorar al que yo considerase como una simple criatura. —¿Con que vos despreciais, repuso Modesto, y tendreis á deshonra estar en comunion con nosotros?—Basilio le respondió: Yo honro vuestra dignidad; pero el respeto debido á las potestades de la tier-

(1) Pallad. Hist. Laus. cap. CXXVII.

ra, no ha de prevalecer sobre el que se debe á Dios. En cuanto á vuestra comunión, no tiene mas mérito á mis ojos, que la de vuestro último sirviente; porque lo que distingue á los cristianos, es la fe, no las grandezas del siglo." Entouces levantándose de su asiento el prefecto, le dijo encolerizado: "¿No temes irritarme y sentir los efectos de mi poder?—¿Qué ha de temer yo, replicó Basilio, ni en qué podeis hacerme daño?—Confiscar tus bienes, respondió el prefecto, condenarte al desierto, á los tormentos y hasta á la muerte. —Hacedme otras amenazas si podeis, repuso el santo obispo: nada de esos capax de aterrarme. El que no tiene nada, no teme la confiscación: estos miserables vestidos y unos cuantos libros, componen toda mi riqueza. Si me desterrais, en todas partes encontraré mi patria, porque no estoy apegado á ningún lugar. El debilitamiento de mi cuerpo me preservará de los dolores del tormento: no tengo mas que un soplo de vida que el primer golpe me arrancará. En cuanto á la muerte, es el objeto de mis mas caras esperanzas, pues que debe reunirme á Dios; para el cual solo vivo, y hacia quien aspiro tantos años hace." Al esconchar Modesto este lenguaje noble y firme, no pudo disimular su asombro. "Nadie, dijo, me habia hablado jamás con tanto atrevimiento.—Es que sin duda, respondió Basilio, no habeis encontrado jamás un obispo."

Viendo el prefecto que eran inútiles las amenazas, trató de seducir á San Basilio con la pintura de las ventajas que sucaria, así para su Iglesia como para él mismo, si se unia con la corte, añadiendo que no se trataba mas que de suprimir una sola palabra en el simbolo. Pero el santo obispo declaró que lejos de consentir en ello, ni aun toleraria que se invirtiese el orden de las palabras en el simbolo. Entouces Modesto le despidió, y despues de algunas otras tentativas igualmente infructuosas, pasó con toda diligencia á ver al emperador. "Señor, somos vencidos, dijo al acercarse á él: ni las amenazas ni las promesas harán titubear á este obispo." El emperador prohibió que se echara mano de la violencia contra San Basilio. Sin embargo, porque no parecia que se cedia en un todo, quiso á lo menos obligarle á abtazar exteriormente su comunión, y concurrió á la iglesia el día de la Epifanía, rodeado de sus guardias y confundiendo entre los fieles. Pero cuando vió el recogimiento del pueblo y de los sacerdotes, la magestad, de las cerimonias y á San Basilio de pie delante del altar, con el cuerpo inmóvil y el espíritu unido á Dios, como si no hubiera sucedido nada extraordinario, aquel espectáculo hizo tan viva impresion en el emperador, que quedó profundamente turbado. Llegó despues á ofrecer según costumbre, la ofrenda que habia preparado; y viendo que nadie se presentaba á recibirla, por no ser motejado del santo obispo, se aumentó la turbacion del emperador, hasta el punto de ser necesario que un sacerdote le sostuviera. Sin embargo, San Basilio creyó que debia aceptar su ofrenda, y permitirle asistir á las ce-

remomas con el pueblo; pero no le admitió á la participacion de los santos misterios (1).

El emperador volvió otro día á la iglesia, y se adelantó hasta la diaconia, donde tuvo una larga conversacion con San Basilio tocante á las materias de la fe, como lo deseaba mucho tiempo habia. El santo obispo habló con tanta elocuencia y autoridad, según el testimonio de San Gregorio Nazianzeno, que se hallaba presente, que Valente y su comitiva quedaron penetrados de admiracion. Antojóse á un maestrafa del emperador tomar parte en la conversacion, y dejó escapar un barbarismo: llamábase Demostenes; y San Basilio le advirtió sonriéndose, que el lustre de semejante nombre obligaba por lo menos á respetar la lengua. Irritado el maestrafa se desató en inectivas y amenazas; entouces el santo le exhortó á que dispusiera el servicio de la mesa, y dejara á los obispos la enafricanza de la teología. A resultas de esta conferencia se mostró el emperador mejor dispuesto hacia los católicos, y hasta dió unas tierras excelentes para un hospital de leprosos que San Basilio mandaba construir.

Los arrianos sin embargo, consiguieron á fuerza de importunaciones, una orden para desterrar á San Basilio en dos ocasiones diferentes. Pero la noche en que iba á ejecutarse la primera, enganchados ya los caballos, y despidiéndose resignado San Basilio de sus amigos, un sueño horrible y unos dolores punzantes despertaron á la emperatriz Domicia: al mismo tiempo su hijo Galates, todavía niño, fué acometido de una calentura violenta que le redujo al último trance en pocos instantes. Advertido el emperador, temió que la colera de Dios descargase sobre su familia, é inmediatamente envió á llamar á San Basilio, que le prometió la curacion del príncipe, con la condition de que fuese instruido en la fe católica. San Efrein dice que Valente consintió: que San Basilio se puso en oracion, y que el niño sanó; pero que murió despues, por haber hecho el emperador que le bautizasen los arrianos contra lo prometido. Según otros historiadores, al parecer mas acordes con San Gregorio Nazianzeno, el emperador relajó la condition puesta por San Basilio, el cual se retiró, y el niño bautizado por los arrianos murió en la misma noche. Sea como quiera, se revocó la orden de destierro; pero de nuevo se decretó esta pena contra el santo obispo, porque no duró mucho la impresion que aquel suceso hiciera en Valente. Ya estaba extendido el decreto: no faltaba mas que la firma, y tres veces se rompió la pluma en la mano del emperador: aterrado éste entouces, rasgó el papel, y dejó por fin en paz á San Basilio. De allí á algun tiempo, habiendo caido enfermo el mismo prefecto Modesto, se encomendó á las oraciones del santo que alcanzó la salud de aquel. Desde entouces Modesto guardó á Basi-

(1) Theodor. lib. IV.—Greg. Naz. Orat. XX.

lio un profundo respeto, y se glorio de mantener relaciones con él. El santo obispo de Cesarea tuvo que sufrir otra persecucion del prefecto del Ponto, llamado Eusebio, y tio de la emperatriz. Un asesor de este magistrado queria casarse por fuerza con una viuda noble, y esta se habia refugiado en la iglesia. Como San Basilio se negaba á entregarla, mandó Eusebio registrar su habitacion para ofender su virtud: luego le hizo comparecer en su tribunal, y se encolarizó en términos que dió áden de que le despedazasen el cuerpo con garfos. Pero no tardó en acudir en tropel el pueblo de Cesarea, echando mano de todas armas hombres y mugeres, y buscando al prefecto para hacerle pedazos. Este tuvo que recurrir al mismo San Basilio, que usando de toda su autoridad, logró, aunque con trabajo, calmar los ánimos.

Las violencias de un tal Demóstenes, vicario del prefecto del pretorio, perturbaron algun tiempo despues las Iglesias de Capadocia y de las provincias comarcanas. Habiendo congregado un conciliábulo de herejes en Ancira, hacia fines del año 375, mandó desmitir al obispo de aquella ciudad, y le substituyó un arriano: despues decretó la prision de San Gregorio, obispo de Nisa y hermano de San Basilio. Aculabale de haber distraido una suma de dinero, aunque San Gregorio justificaba haberla empleado su predecesor, y aun que los tesoreros de su Iglesia estaban prontos á dar cuenta de ella. Pero la verdadera causa de la persecucion era su celo por la fé, que le habia expuesto ya á varias aconitidas de los arrianos. Logró con la fuga librarse de los soldados encargados de prenderle, y en su lugar se puso á un esclavo enteramente devoto de los sectarios. En seguida llegó Demóstenes á Cesarea, donde mandó imponer á los eclesiásticos, á pesar de sus privilegios, todas las cargas y obligaciones municipales. Del mismo modo trató á los de Sebaste, unidos con San Basilio en comunión, y separados del obispo Eustasio, que manifestaba entonces el mayor celo por el arrianismo. Los herejes protegidos por Demóstenes, consiguieron poner obispos de su partido en muchas ciudades. Ordenaron para la de Nicópolis, despues de la muerte de Teodoro, á un presbítero de dicha Iglesia que se habia dejado ganar por ellos; pero como la mayor parte de los fieles se negaban á comunicarse con él, fueron maltratados de tantos modos y con tanta brutalidad, que muchos de ellos, y principalmente los eclesiásticos, se vieron precisados á huir. San Basilio acudió soloito á consolarlos y á fortalecerlos con sus cartas. También él fué amenazado, y los arrianos manifestaban intenciones de celebrar un concilio para deponerle; pero no se atrevieron á llevar adelante su proyecto. Participó todas estas circunstancias á San Eusebio, de Samosata, á quien el emperador habia expulsado de su Iglesia unos dos años antes.

San Eusebio tenia mas de un titulo al odio de los arrianos. Se habia resistido valerosamente á los enviados del emperador Cons-

tancio, que despues de la destitucion de San Melecio, de Antioquia, queria obligarle á entregar el acta de eleccion que obraba en su poder. Habia contribuido con su influencia á la eleccion de San Basilio; y no contento con mantener la pureza de la fé entre sus ovas, recorría con diversos disfraces la Siria, la Fenicia y la Palestina para socorrer las necesidades de las Iglesias privadas de sus pastores. Establecía sacerdotes y diaconos católicos y hasta obispos cuando se encontraba con otros prelados ortodoxos, ya obrase en nombre de San Melecio, cuya jurisdiccion patriarcal se extendia á aquellas provincias, ya autorizasen su cooperacion los que estaban investidos de las facultades ordinarias. Valente le intimó la orden de destierro á mediados del año 374. Habiendo llegado á Samosata el oficial portador de esta óden, le recomendó Eusebio que ocultase su encargo si no queria que el pueblo le arrojase al agua; y luego que el santo obispo celebró el oficio de la tarde como de ordinario, se embarcó por la noche y bajó el Eufrates hasta Zeugma, ciudad situada á veinticuatro leguas de Samosata, á orilla del rio. En cuanto corrió la voz de su partida, los fieles consternados se embarcaron atropelladamente, y fueron á Zeugma para volverle á su Iglesia. A pesar de sus instancias, persistió el obispo en la resolucion de obedecer las órdenes del emperador, exhortó á los que le habian seguido á combatir generosamente por la fé, y tomó el camino de la Tracia. Pasó por Capadocia, donde no pudo ver ni á San Gregorio Nazianceno, ni á San Basilio; pero durante su destierro mantuvo una correspondencia seguida con uno y otro. San Basilio le remitía igualmente las cartas que iban de Samosata, y cuidó de aquella Iglesia desolada, en cuanto pudo.

Los arrianos reemplazaron á San Eusebio con Eunomio, hombre dulce y modesto, que viendo que el pueblo entero se negaba no solo á reunirse en la iglesia, de que él habia tomado posesion, sino hasta á verle y hablarle, abandonó al instante la ciudad para no volver mas. Lúcio, arriano violento y furioso, que le sucedió, no fué mejor recibido; pero no dejó por eso de residir en Samosata, de donde desterró á muchos eclesiásticos, entre otros, al presbítero Antiocho, sobrino de San Eusebio. Cuando volvió el santo obispo del destierro despues de la muerte de Valente, se dedicó como antes á proveer de pastores las Iglesias que no los tenían, y el ejercicio de este celo fué el que le ocasionó la muerte. Queriendo poner un obispo en Dolica, ciudad corta de la Siria, una muger arriana le arrojó al tiempo de entrar, una leja, y le rompió la cabeza. A los pocos dias murió en el año 379. Fué su sucesor Antiocho su sobrino (1).

(1) Acerca de los principios de San Eusebio, de Samosata, no se encuentra nada ni en Teodoro, ni en las demas historiadores. Pero Beraul-Bercastel ha encontrado un medio de escribir su historia, aplicando á San Eusebio algunos pormenores copiados de Fleury, que conciernen á Acacio, puesto por el santo en el obispado de Berea.

Los combates de los arrianos no fueron las únicas pruebas que turbaron la quietud de San Basilio, y pusieron obstáculos á su ministerio pastoral. Tuvo que defender su doctrina y su conducta de las frecuentes acusaciones de la ignorancia y de la envidia, y los derechos de su silla de los atentados ambiciosos de un sufragáneo. Algunos obispos de los que se habían opuesto á su eleccion, ya por celos, ya por afición á la heregia, conservaban siempre contra él una animosidad secreta, y no ansiaban mas que hallar un pretexto para suscitarle sinsabores y dificultades. Estas disposiciones malevolas estallaron con motivo de la division de la Capadocia en dos provincias, que se efectuó en el año 371, á pesar de las representaciones de San Basilio. Cesarea quedó de capital de la primera provincia, y Tiana de la segunda. Antimo, obispo de esta última ciudad, alegó que las circunscripciones eclesiásticas debían variarse de una manera análoga; y en consecuencia tomó el título de metropolitano de la segunda provincia, y se dispuso á ejercer sus funciones. En vano quiso San Basilio mantener la integridad de su jurisdiccion. Antimo ganó á algunos obispos, que negándose á asistir á los concilios de Cesarea, concurrieron á los de Tiana; destituyó á los presbíteros y demas eclesiásticos á quienes no pudo atraer; se apropió las rentas que la Iglesia de Cesarea poseía en las inmediaciones, y hasta robó un día los bagages de San Basilio que había encontrado en el camino. Este, para reparar los males que causaban tales divisiones á la Iglesia, erigió ciertos obispados nuevos; y entonces fué cuando ordenó á San Gregorio Nazianzeno, ocupado había mucho tiempo en aliviar á su padre en las funciones del santo ministerio (1).

La silla que San Basilio destinaba á su amigo, cuyo mérito únicamente y cuya humildad conocia, fué la de Sasimo, pueblo pequeño situado en el confin de las dos provincias: el obispo de Tiana reclamaba esta jurisdiccion. San Gregorio, despues de oponer una viva resistencia, consintió en ordenarse; pero supo á poco que Antimo se había apoderado de la Iglesia de Sasimo; y no queriendo entrar en contestaciones que repugnaban á su carácter, se negó á ir á tomar posesion de la silla disputada. Antimo ofreció dejársela si consentia en reconocerle por su metropolitano, y hasta pasó á Nazianzo para ganar á Gregorio, y le convocó mas adelante á su sínodo; pero en vano. San Basilio por su parte no logró tampoco comprometerle de nuevo en la contienda. Con este motivo se escribieron los dos amigos cartas bastantes enérgicas, y Gregorio, para poner término á todas las disputas, se retiró á la soledad, donde se dedicó al servicio y á la instruccion de los enfermos en un hospital. San Basilio se opuso todavía por algun tiempo con todo su poder á las pretensiones de Antimo; pero mas adelante creyó que

(1) Greg. Naz. *Epist.* XXXIII. *Orat.* XX.

debía ceder por el bien de la paz, y consentir en un convenio, de cuyas resultas conservó Antimo el título y la autoridad de metropolitano.

No permaneció San Gregorio mucho tiempo en la soledad: su padre, despues de exhortarle inútilmente á que pasase al obispado de Sasimo, le determinó á volver á su lado para aliviarle en el gobierno de la Iglesia de Nazianzo. De allí á poco murió el santo viejo á principio del año 374, y á los ciento ó cerca de edad: la Iglesia venera su memoria, así como la de su esposa Santa Nona, cuya muerte ocurrió inmediatamente. San Gregorio dijo la oracion fúnebre de su padre en presencia de San Basilio, que fué á Nazianzo para consolarle. Dos años antes había perdido á su hermano San Cesarea, á quien el emperador Joviano había llamado á la corte, y que elerado por Valente al cargo de eustor de la Bitinia, se había separado de los negocios mundanos para consagrarse enteramente á Dios, despues de haberse salvado como por milagro de un temblor de tierra que destruyó la ciudad de Nicomedia el año 368. A la muerte de San Cesarea se siguió con corto intervalo la de Santa Gorgonia, su hermana, que se había hecho admirable en el estado del matrimonio por su piedad, por su modestia y por sus obras de mortificacion y de caridad. San Gregorio dijo tambien la oracion fúnebre del uno y de la otra. Estrechado con vivas instancias por los fieles de Nazianzo, consintió, muerte su padre, en continuar gobernando aquella Iglesia; pero sin llegar á ser su obispo titular, y únicamente mientras era nombrado el propietario. Por fin, viendo al año siguiente que no se daban prisa á nombrarle, se retiró á Seleucia en la Isauria, donde permaneció hasta despues de la muerte de Valente.

Aunque San Basilio miraba con grado aversion á los hereges, y no cesaba de combatir con celo por la defensa de la fé, tuvo el sentimiento de que cierto número de católicos, y aun algunos obispos, concebiesen ligeramente sospechas contra la pureza de su doctrina. La condescendencia de que creía deber usar con los hereges para contemporizar con su debilidad y atraerlos mas fácilmente á la Iglesia, fué uno de los pretextos de que se valió la calumnia contra él. Se le acusaba de que no obligaba á los macedonianos mas que á suscribir el símbolo de Nicea, y á reconocer expresamente que el Espíritu Santo no es una criatura, sin existirles que le diesen el nombre de Dios. Sin embargo, la fé de San Basilio sobre este punto era notoria; sus escritos y discursos no podian dejar la menor duda; y aunque ordinariamente se abstenia de usar de esta expresion, confesaba la divinidad del Espíritu Santo en términos equivalentes, y la confirmaba ademas con pruebas tan poderosas, que los hereges no hallaban que responder. Pero juzgaba que en el estado de confusion y desorden en que se encontraban entonces las Iglesias de Orient, podia disimularse en cuanto á las palabras, con tal que

se salvase el sentido; y que era prudente para conciliar los ánimos usar todos los miramientos que no menoscababan la pureza de la fe. San Gregorio, de Nazianzo, cuya posición era menos elevada, y que no estaba tan expuesto al furor de los arrianos, no usaba de la misma reserva que San Basilio, y esta diferencia daba al parecer fundamento á las marmatrazaciones contra el santo obispo. Algunos monjes con especialidad se declararon abiertamente contra él, acusándole de haber abandonado la fe, ó á lo menos de que la comprometía con su cobardía. Pero San Basilio contentándose con recordar para su justificación todas las pruebas que había dado de su ortodoxia, no se desvió de la línea de conducta que creía útil para el bien de la Iglesia. El mismo San Atanasio aprobó esta discreción, y San Gregorio Nazianzeno no omitió medio alguno para desvanecer las prevenciones que aquella había suscitado en algunos ánimos.

Las relaciones de San Basilio con Eustasio de Sebaste contribuyeron también á excitar la desconfianza y las quejas de muchos católicos. Ya se ha visto que este obispo, adherido mucho tiempo al partido de los arrianos, había suscripto al fin el símbolo de Nicea con otros macedonianos en Roma, y en el concilio de Tiana; y como afectaba grande austeridad de costumbres, y había contribuido á extender las prácticas de la vida ascética en la Armenia y en las provincias comarcanas, San Basilio, engañado con estas apariencias, se había unido á él durante su retiro en la soledad del Ponto; y desde entonces no había concebido ninguna duda acerca de la sinceridad de su conversión. Sin embargo, la fe de Eustasio no dejaba de ser sospechosa á muchos obispos, señaladamente á Teodoro, de Nicópolis, metropolitano de Sebaste, que conocía mejor que San Basilio el carácter inconstante y artificioso de su sufragáneo. Habiendo sabido el santo doctor los errores que se imputaban á Eustasio, quiso conferenciar con él para conocer con mas exactitud su doctrina, y consiguió que le diera explicaciones enteramente ortodoxas. Pero informado Teodoro de esta conferencia, no tardó en acusar á Eustasio de hipocresía, y rehusó comunicarse con San Basilio. Este creyó que debía entonces exigir á Eustasio una profesión de fe por escrito, y le hizo firmar una declaración convenida con Teodoro, en la que se aprobaba el símbolo de Nicea sin restricción, y se condenaban formalmente los errores de los arrianos, de los macedonianos y de los sabelianos. Después convocó un concilio de los obispos de la Capadocia y de la Armenia, á fin de reunirlos á todos en una misma comunión; pero Eustasio no asistió, y como sus frivolas excusas descubrieron su doblez, conoció San Basilio y confesó que había sido engañado.

Pronto se quitó Eustasio enteramente la máscara: renunció á la comunión de San Basilio, y hasta publicó un escrito contra él, acusándole de haber arrancado por sorpresa la confesion de fe que le

había hecho firmar, burlándose de su adhesión al dogma de la consustancialidad, y no titubensió en imputarle los errores de Apolinario, á causa de una carta de mera urbanidad que San Basilio había escrito al último cuando ambos eran segiores, y Apolinario no se había dado á conocer aun más que por su brillante talento. El santo doctor no creyó necesario responder á este escrito, contentándose con condenar en sus discursos y en sus cartas á los obispos los errores de que se le censaba. Esta ruptura ocurrió el año 373; y desde entonces una parte del clero y de los fieles de Sebaste se separaron de Eustasio para agregarse á la comunión de San Basilio. Eustasio se unió después á los arrianos, y tomó parte en las violencias que ejercieron por la autoridad de Demóstenes.

Sin embargo, cuandian cada vez mas las estumnias y las sospechas contra San Basilio. Unas veces se le acusaba de que admitia tres dioses, porque admitia tres hipóstasis en la Trinidad, y reconocia la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo; otras veces de que enseñaba la heresia de Sabelio, porque no admitia mas que una sola esencia común á las tres Personas. Los obispos del Ponto, prevenidos contra él por Eustasio, se separaron de su comunión hacia el año 375; pero les escribió una carta humildísima en que ofrecia justificarse ante ellos á presencia de sus adversarios, y consiguió despues desvanecer sus prevenciones en una conferencia que solicitó. Hacía mucho tiempo que la Iglesia de Neocesarea se había declarado contra él, y la censuraba agramente porque había introducido en su diócesis el uso de la salmodia y las vigiliassolemnas, había fundado monasterios, y admitia tres hipóstasis. El santo obispo dirigió varias cartas al clero de dicha ciudad respondiendo á sus cargos, justificando las vigiliass y la vida monástica con el ejemplo de Egipto y de todo el Oriente, clamando con energía contra los que destruian la distincion de las Personas divinas por no admitir mas que una hipóstasis, y procurado sobre todo, manifestar que los que se separaban, solo á sí mismos se perjudicaban haciendo cisma con la Iglesia universal; cuya comunión conservaba él.

En fin, al año siguiente, despues de tres de silencio respecto de las calumnias de Eustasio, viendo San Basilio que este se unia abiertamente con los arrianos, creyó que debía justificarse con una apologia dirigida á todos los fieles, donde demuestra que si Eustasio y sus discípulos habían podido engañarle en otro tiempo por la afectada austeridad de su vida, no había participado jamas de sus errores; que había juzgado de la pureza de su fe por las declaraciones ortodoxas de aquel obispo, cuya hipocresía no se atrevia entonces á sospechar; y que tocante á los errores de Apolinario, de que Eustasio le acusaba á él, los había combatido tantas veces que debía despreciar tan odiosa calumnia. Escribió tambien varias cartas para defender su doctrina: una de ellas dirigida á la Iglesia de Evasia basta para demostrar la exageracion de algunos sectarios moder-

á la iglesia para mantener el órden, é hizo todos sus esfuerzos para conciliar. Descendió de una ilustre familia, y habia nacido hácia el año 340, en las Galias, donde su padre, llamado como él, era prefecto del pretorio. Refiérese que encima de su cuna se vió volar un enjambre de abejas, como para presagiar la dulzura de su elocuencia. Después de haber estudiado en Roma con aplauso, se presentó con brillantez en el foro, y desempeñó los empleos públicos. El prefecto de Italia al enviarle á Milán, le dijo: "Vé á gobernar, no como juez, sino como obispo." Esta expresion fué una especie de pronóstico. Mientras que Ambrosio exhortaba al pueblo á la concordia, un muchacho comenzó á gritar por tres veces: "Ambrosio obispo;" y al punto repusieron esta aclamacion todos los asistentes católicos y arrianos, y eligieron á Ambrosio por unánime consentimiento. Sin embargo, era todavía catecúmeno, y esta eleccion inopinada, le causó tanta sorpresa como tristeza. Empleó todos los medios imaginables para excusarse de admitir una dignidad cuyos peligros y deberes le hacian temblar: aparentó una severidad que rayaba en crueldad: contra su costumbre mandó poner públicamente en el tormento á algunos acusados: su humildad, poco ilustrada aún, le indujo á introducir en su casa mugeres de mala vida, para desacreditar sus costumbres; pero el pueblo no se dejó engañar, y clamaba: "Nosotros cargamos con la responsabilidad de vuestros pecados." Ambrosio quiso fugarse, y salió de noche para marchar á Paríis; pero despues de haber andado mucho, y cuando creía que estaba muy distante, se encontró por la mañana á las puertas de Milán. El pueblo le condujo á su morada y le puso guardia mientras llegaba la respuesta del emperador, á quien se habia pedido el consentimiento. Contento Valentiano con esta eleccion, que era un testimonio patente dado al mérito de sus oficiales, concedió con toda presteza su consentimiento, y mandó al vicario de Italia que tomase sus medidas para asegurar la ordenacion de Ambrosio. Este se habia escapado segunda vez, y ocultándose en casa de Leoncio, amigo suyo; pero habiendo fijado edictos el vicario de Italia, en que intimaba expresamente y bajo las mas severas penas, que el que estaba donde estaba oculto Ambrosio, lo revelase; Leoncio no tuvo por conveniente contravenir á la orden. Fue, pues, conducido Ambrosio á Milán, y al fin se rindió, á tan evidentes señales de la voluntad divina. Quiso que le bautizase un obispo católico, y fué consagrado á los ocho dias, á fines del año 374. Pero para conformarse en cuanto era posible con las reglas eclesiásticas, ejerció en este corto intervalo las diferentes funciones de los órdenes inferiores. Todos los obispos del Occidente y del Oriente, aplaudieron su ordenacion.

No tardó Ambrosio en justificar la eleccion del pueblo con el esplendor de sus virtudes. Distribuyó á la Iglesia y á los pobres todo el dinero que poseia: tambien hizo donacion de todos sus bienes

raices á su Iglesia, reservando solamente el usufructo á su hermana Marcelina, que vivía en Roma, y que mucho tiempo antes habia hecho voto de virginidad en manos del Papa Liberio. Descargó el cuidado de sus negocios en su hermano Sátiro, que habia ido á reunirse con él en Milán, y se dedicó enteramente á las funciones de su ministerio. Se aplicó con un trabajo asiduo al estudio de la religion, consagrando todas las horas de ócio y aun una parte de la noche á la lectura de las Escrituras Santas y de los mas hábiles intérpretes, principalmente de Orígenes y de San Basilio, cuyos pensamientos reproduce á veces en sus escritos. Celebraba todos los dias el santo sacrificio, predicaba todos los domingos á su pueblo, socorria las necesidades de los pobres, consolaba á los afligidos, y se distinguia, sobre todo, por su celo y por su caridad para con los pecadores. Siempre que alguno iba á confesar sus pecados con él para recibir la penitencia, vertía el obispo tantas lágrimas, que obligaba á llorar al mismo penitente, y al ver su dolor, hubiera dicho cualquiera que él tambien habia pecado; pero solo á Dios hablaba de las faltas que se le habian confesado. Asi se expresa Paulino, presbítero de Milán, que fué su secretario, y escribió despues su vida. En este testimonio se vé una prueba bien auténtica del sigilo de la confesion.

La humildad que movió á San Ambrosio á difamarse él mismo para rehuzar el episcopado, era entonces tan comun, que un concilio celebrado el mismo año de 374 en Valencis, ciudad de las Galias, se vió en la necesidad de condenar semejantes imprudencias. Decidióse en él, que los que se acusaran en lo de alguna falta, serian en efecto juzgados indignos de las funciones eclesiásticas; y se aplicó esta disposicion á un obispo electo de Frejus, aunque todo el mundo estaba persuadido de que no era culpable de los delitos de que se acusaba. Debe notarse tambien otro cánón de este concilio, que ordena que no se concelela la comunion sino en el artículo de la muerte, á los que se hubiesen manchado con actos de idolatría; lo que puede hacer creer que estos escándalos eran bastante frecuentes en algunos parages, y veremos con efecto que los emperadores tuvieron á poco que promulgar leyes para reprimilos.

Las intrigas de los partidarios de Ursino y de otros muchos sectarios que turbaban entonces la Iglesia romana, dieron margen para que el emperador Valentiano mandase por un rescripto, dirigiendo al prefecto de Roma hácia aquella misma época, que los que celebrasen juntas cismáticas, fuesen desterrados á cien millas, ó sean unas treinta leguas, de la capital. Prevenia ademas, que no pudiesen conservar sus Iglesias los que hubiesen sido condenados por los obispos católicos, ni solicitar del emperador la revision de su proceso. Por una ley promulgada el año anterior contra los donatistas, se declaraba indigno de los privilegios del sacerdocio, al que fuese convencido de haber sido rebautizado. Por otra del año 372,

había prohibido Valente las juntas de los maniqueos, so pena de confiscación de los lugares en que se celebraran, y de severos castigos contra sus doctores (1).

Aunque el emperador Valentiniano no creyó que debía condenar el ejercicio del culto pagano, no dejó de dar un golpe mortal á la idolatría con una ley que publicó al principio de su reinado contra los sacrificios nocturnos y las prácticas de la magia, porque esta ley combatía la mayor parte de las supersticiones que los paganos habían tomado del Oriente, y que en cierto modo constituían ya la esencia de su religion. El prefecto de Roma ejerció entonces una persecucion violenta contra los mágicos y adivinos, que se extendió hasta á los augures y arápidos, muchos de los cuales perdieron la vida. Multitud de personas fueron perseguidas y condenadas á muerte como culpables de maleficios y de envenenamientos por medio de secretos funestos, ó por haberse dedicado al ejercicio ó al estudio del arte mágico. En estas persecuciones fueron envueltos algunos senadores, y el senado tuvo que enviar una diputacion á Valentiniano, quejándose de que los hubiesen puesto en el tormento, á pesar de los privilegios de su clase.

Algunos años mas adelante tomó Valente medidas semejantes en el Oriente. Había dejado á los paganos, como su hermano, una completa libertad para ejercer su culto, y durante su reinado se los vió en efecto sacrificar públicamente á los ídolos, conservar el fuego encendido en los altares, inmolando víctimas y celebrar banquetes solemnes delante de los templos. Hasta consentió durante su permanencia en Antioquia la celebracion de las bacanales con todas las infames orgías de aquel culto extravagante. Fomentó estas disposiciones un discurso que el sofista Temistio le dirigió el año 373 en favor de la libertad de cultos: en él trató este filósofo, aunque pagano, de apacarle respecto de los católicos. Sin embargo, los terrores políticos de Valente le determinaron por entonces á decretar las persecuciones mas rigorosas contra los mágicos y adivinos. Un tal Paladio, hombre oscuro y dedicado al estudio de la magia,

(1) Entre las leyes de Valentiniano concernientes á la religion, se halla una dirigida al Papa Dámaso el año 370, en que se prohibe á los clérigos y á los monges que frecuenten las casas de las viudas y de las huérfanas, y se declara ademas, que no podrian recibir nada de las mugeres con quienes tuviesen estas relaciones, so pretexto de religion, ni por donacion, ni por testamento, ni por interposición persona, como ni fuesen los herederos naturales de dichas mugeres, por derecho de parentesco. Es de creer que esta ley, que se leyó en las iglesias de Roma, fué solicitada por el mismo Papa Dámaso. Se ve por el testimonio de San Gerónimo, que algunos eclesiásticos, con el pretexto de dirigir la conciencia de las damas romanas, les hacian continuamente la corte para aprovecharse de sus riquezas inmensas, y elama con energia contra este abuso: "No me quejo, dice, de la ley que humilla á los clérigos, obligándolos á ser desinteresados: me quejo de la avaricia de los que han hecho necesaria esta ley."

fué puesto en el tormento por una causa bastante leve. Debilitado con los dolores, denunció á algunas personas por haber descubierto mediante ciertas operaciones mágicas el nombre del sucesor de Valente. En virtud de esta denuncia fueron puestos en el tormento Hilario y Patricio, y declararon que habían procurado averiguar aquel nombre con los secretos de su arte, y que habiendo hallado las dos primeras sílabas *Theod*, no habían buscado mas, persuadiéndose á que el destino designaba á Teodoro, secretario imperial, hacia el cual se inclinaban todos los votos. Enfurecido Valente, mandó quitar la vida con diferentes suplicios á todas las personas que próxima ó remotamente estaban complicadas en este suceso. Dicese que sus sospechas le llevaron hasta el extremo de hacer perecer sin otro motivo á varios personajes distinguidos, cuyo único crimen era llevar su nombre que comenzaba por las dos sílabas fatales. Los filósofos de la escuela neoplatónica eran tan conocidos por su afición á la magia, que necesariamente habian de ser envueltos en la persecucion. Máximo, el confidente de Juliano, y el principal autor de su apostasia, fué acusado de haber hecho algunas predicciones siniestras, y le cortaron la cabeza. Fué tan grande el terror de los filósofos, que no se atrevian á aparecer en público, y se vieron obligados á renunciar todos los signos exteriores de su profesion. Se hizo tambien una severa pesquisa de los libros de magia ó de astrología, y los que pesaban bibliotecas quemaron á toda prisa todas las obras sospechosas, entre las cuales se confundieron muchas que trataban solamente de ciencias (1).

Murió el emperador Valentiniano en la Iliria hacia fines del año 375, á resnitas, segun se dice, de un ataque de apoplejia que le ocasionó un arrebato de cólera contra los diputados de los cuados, que habían asediado aquella provincia. Reinó cerca de doce años. Los gefes del ejército declararon augusto á Valentiniano, segundo hijo del emperador difunto, que tenia cuatro ó cinco años nada mas. Graciano, el primogénito, había recibido ya el mismo título ocho años, y aunque no se había esperado su consentimiento para asociarse al hijo Valentiniano, no dejó de reconocerle inmediatamente y de cederle la Italia, el Africa y la Iliria por patrimonio suyo; pero él conservó la principal autoridad en todo el Occidente.

Desde el principio de su reinado publicó una ley renovando la prohibición de que se reuniesen los paganos, ya en las poblaciones ya en el campo, so pena de confiscación de los lugares donde hubiesen erigido altares. Por otra ley ordenó que las causas eclesiásticas concernientes á la religion, fuesen juzgadas por los concilios de cada provincia ó por otros mas numerosos, segun la importancia de las materias, y que solo las causas criminales se llevasen ante los jueces laicos. De allí á algun tiempo dió una ley para prohibir

(1) Ann. lib. XXIX.—Soer. lib. IV.

bir en particular las juntas de los donatistas, y quitarles las iglesias de que se habían apoderado en África á favor de las turbulencias ocasionadas por la rebelion de un príncipe de Mauritania que se habia declarado su protector.

Unos pocos donatistas se habian establecido en Roma, donde tenían un obispo que empleaba todos los medios para ganar prosélitos, hasta dar dinero á los pobres para que consintiesen en ser bautizados otra vez. Contábase igualmente algunos luciferianos que tenían su obispo; y estos diferentes sectarios subsistian á pesar de las leyes imperiales publicadas contra ellos, y de las medidas tomadas en consecuencia para estorbar sus reuniones. Por otra parte, algunos obispos condenados por sentencia del Papa, ó que tenían con razon serlo, despreciaban las leyes canónicas y se sostenian á la fuerza en sus Iglesias, ganando al popalacho é intimidando á los magistrados. Finalmente, los clérigos ordenados por el anti-papa Ursino, no cesaban de intrigar para adquirir partidarios é introducir el desórden en la Iglesia romana. Este anti-papa, desterrado á las Galias por Valentiniano, habia conseguido permiso de salir del lugar de su destierro, con la condicion de no volver á Roma, ni á sus alrededores. Fijó entonces su residencia en Milán, donde se unió con los arrianos para robustecer su partido, y sostenerlos á ellos mismos contra el celo de San Ambrosio. En cuanto Graciano fué dueño del imperio, Ursino hizo todo lo posible para sorprenderle; pero en vez de lograrlo, fué bien pronto confinado á Colonia, donde no por eso dejó de importunar al emperador con sus calumnias. Un miserable á quien ganaron sus partidarios, no tuvo reparo en entablar una acusacion jurídica contra el Papa Dámaso. La causa fué llevada ante los tribunales civiles, porque se cree que se trataba de una acusacion de adulterio; pero no habiendo podido el calumniador presentar ninguna prueba, fué desterrado, y quedó solemnemente reconocida la inocencia del Papa.

Estos desórdenes dieron lugar á un concilio que se celebró en Roma hácia fines del año 378, y al que asistieron un gran número de obispos de todas las partes de Italia. A peticion del Papa se examinaron las calumnias dirigidas contra él, y el concilio, después de haber proclamado su inocencia, escribió una carta sinodal á Graciano, invocando su autoridad contra los atentados de los sectarios. Los obispos le dan las gracias por las medidas que ha dictado en bien de la Iglesia, mandando que las causas eclesiásticas no se lleven ante los tribunales civiles, y que las de los obispos sean juzgadas soberanamente por la autoridad del Papa. En seguida expone las reglas que han creído necesario establecer para la sustentacion y fallo de dichas causas, y le piden que facilite la ejecucion de aquellas reglas por la intervencion de los magistrados. El emperador accedió á sus deseos; y por un rescripto dirigido al vicario de Roma y conforme con los términos de la carta sinodal, decretó

que todo el que intentase mantenerse en su Iglesia contra una sentencia del Papa ó de los obispos católicos, ó que citado rehusase comparecer, fuese conducido á Roma por diligencia de los prefectos del pretorio ó de sus vicarios: que si el contumaz se hallaba en las provincias lejanas, se remitiera la causa al metropolitano; ó si él lo era, compareciese en Roma, ó ante los jueces nombrados por el Papa, ó en fin, ante un concilio de quince obispos comarcanos.

El Papa Dámaso habia congregado el año anterior otro concilio en Roma, para condenar los errores de Apolinario, que se le habian denunciado en la última carta de San Basilio y de los orientales. Este herejarca era hijo de otro Apolinario, natural de Alejandría, que fué á enseñar las bellas letras á Berito y después á Laodicea en la Siria, donde se ordenó sacerdote. Ya se ha visto que uno y otro publicaron varias obras de literatura y de poesía sobre asuntos sacados de la Escritura durante la persecucion de Juliano. Apolinario, el hijo, dotado de un talento admirable, hizo progresos rápidos en todas las ciencias, y no tardó en adquirir la instruccion necesaria para profesar públicamente la retórica. Fué admitido en el clero en calidad de lector, y en lo sucesivo llegó á ser obispo de Laodicea. El esplendor y la variedad de su talento, su erudicion prodigiosa y la regularidad de sus costumbres, le conciliaron la estima y el afecto de los mas ilustres doctores de su siglo, particularmente de San Atanasio, de San Epifanio y de San Basilio. Publicó infinito número de obras sobre la Santa Escritura y sobre otras materias que le granjearon una reputacion extraordinaria. Escribió contra los arrianos, contra Eunomio, contra los maniqueos y contra Orígenes, y compuso en defensa de la religion contra Porfirio, un gran tratado dividido en treinta libros, que dicen a ventajaba en vigor y en belleza á cuanto habia escrito anteriormente Eusebio y otros antiguos sobre el mismo asunto. De todas estas obras no nos queda mas que una traduccion de los Salmos en verso y algunos fragmentos citados por los autores que han impugnado su heregia.

Apolinario se distinguió, como acabamos de decir, por sus escritos contra el arrianismo; pero él cayó en un error en cierto modo opuesto; y mientras que los arrianos negaban la divinidad de Jesucristo, él negó al contrario su humanidad. Afirmó que Jesucristo no habia tomado el alma humana: que solo tenía un cuerpo dotado de un principio de vida orgánica; y que la divinidad ocupaba el lugar del alma racional. Sostenía tambien que el cuerpo de Jesucristo era de una naturaleza diferente del cuerpo humano, y que no se habia formado en el seno de la Virgen; de manera que ésta no merecia el título de Madre de Dios. Apolinario enseñaba que Jesucristo habia traído el cuerpo del cielo; pero no es fácil de decidir si le creia eterno y consustancial á la divinidad, como lo afirmaban algunos discípulos suyos, ó si admitía solamente con otros un cuer-

po sutil y aéreo que se había disuelto despues de la resurreccion. En todo caso se seguia evidentemente de sus principios, que Jesucristo no habia sido hombre mas que en la apariencia, y que por consiguiente no se podia admitir la realidad de su pasion y muerte, á no sostener con algunos apolinaristas que la misma divinidad habia padecido.

Los errores de Apolinario fueron condenados primero sin hacer mencion de su persona, porque se le profesaba una estimacion tan grande, que habia dudas de que fuera culpable de las impiedades propagadas por sus discipulos. Comenzó á hacerse sospechoso hácia el año 373, y no tardó mucho en declararse abiertamente gefe de la secta que tomó su nombre. Dió obispos á sus partidarios en muchas ciudades, señaladamente en Antioquia, Alejandria y Constantinopla. El que puso en Antioquia fué un presbítero llamado Vital, que se había separado del partido de Melecio, y que se jactaba de estar en comunión con el Papa Dámaso. El concilio de Roma, al condenar los errores de Apolinario, le destituyó á él con los obispos que había instituido. Pero este herejia no dejó de sostenerse, y sus errores, á pesar de haber sido condenados varias veces, se perpetuaron en Oriente hasta que produjeron al fin la herejía de Eutiques (1).

La Iglesia había sufrido hacia algunos años una larga y violenta persecucion entre los godos. Esta nacion, dividida en dos grandes tribus, obedecía á dos gefes que todavía eran paganos, así como una gran parte de sus vasallos. Uno y otro quitaron la vida á multitud de cristianos con diversos suplicios. Muchos fueron abrasados en sus chozas, por haberse negado á adorar un ídolo que se llevaba por las aldeas. Otras veces enviaban oficiales á los pueblos para forzar á los habitantes á comer carnes ofrecidas á los ídolos; y los que se resistían eran casi siempre condenados á muerte. Era fin, despues de haber sacrificado así á mucha gente, viendo que era invencible la constancia de los cristianos, y que seria preciso derramar demasiada sangre, se contentaron con hacerles padecer largos tormentos, y expulsar luego del país á todos los que pudieran des- cubrirse.

De allí á algun tiempo, acometidos y estrechados los godos por los hunos, pidieron á Valente permiso para pasar el Danubio y establecerse en la Tracia, con la condicion de servir en los ejércitos romanos. A este efecto diputaron á su obispo Ulifia, que gozaba entre ellos de gran reputacion (2). Llegado á Constantinopla, se

(1) Theodor. lib. V.—Eppiph. *Her.* LXXXVII.

(2) Ulifia se hizo célebre por una version de la Biblia en lengua gótica: aun tenemos los Evangelios y una parte de la Biblia en lengua gótica. Este es el monumento mas antiguo que nos queda de la literatura germánica, y un documento precioso para la historia de las lenguas del Norte. Tambien se le atribuyó á Ulifia la invencion de los caracteres góticos; pero es un error que se ha reparado muchas veces.

dejó seducir por los arrianos, abrazó sus errores, y prometió que su pueblo lo abrazaria. La autoridad que se había grangeado por su talento, su celo y sus padecimientos entre los paganos, hacia que los cristianos de su nacion le escuchasen como un oráculo, y muy luego les persuadió cuanto quiso. Así se inficionaron los godos de la herejía de Arrio, y por su truto con los géticos, los vándalos y los borgoñones, la comunicaron á la mayor parte de los pueblos bárbaros, que invadieron mas adelante el imperio de Occidente (1).

Ulifia salió bien de su embajada, y Valente otorgó á los godos el permiso para establecerse en la Tracia; pero fueron vejados de tantos modos por la avaricia de los oficiales romanos, que se unieron con los hunos y los otros bárbaros para invadir el imperio. Derrotaron varias veces á los generales de Valente, y llevaron la desolacion hasta las puertas de Constantinopla. Luego que lo supo Valente, ajustó á toda prisa un tratado con los persas para acudir á la defensa de las fronteras de la Tracia. Al partir de Antioquia, dió orden de que cesara la persecucion contra los católicos, de que se levantara el destierro á los obispos y sacerdotes, y volvieron á sus monasterios los monges condenados á las minas. Las tropas que había enviado de vanguardia bajo las órdenes del conde Trajano, no pudieron hacer frente á la prodigiosa multitud de los bárbaros; y cuando llegó á Constantinopla quitó el mando á aquel general, haciéndole mil cargos y acusándole hasta de cobardía. Pero Trajano, católico celoso, le respondió: "Señor, yo no soy el que he perdido la victoria: vos la habeis proporcionado á los enemigos, irritando al cielo con la persecucion de los verdaderos cristianos."

Valente marchó de Constantinopla al frente de su ejército el 11 de Junio del año 378. Al verle pasar el monge Isaac, cuya celda estaba próxima, le gritó: "¿A dónde vais, señor, despues de haber hecho tanto tiempo la guerra al Hijo de Dios? El ha levantado los bárbaros contra vos: dad una reparacion á la gloria de aquel, si no, perecereis con vuestro ejército." El emperador mandó prenderle, y le dijo: "Pronto volveré yo á castigarle de muerte para confundir tu falsa profecía." Consintió en ello, repuso Isaac esforzando la voz, si los acontecimientos me desmenten."

Valente se adelantó hasta Andrinópolis con tal confianza, que no quiso aguardar los socorros que Graciano le enviaba. Tambien desechó las proposiciones de avenimiento que los bárbaros le hicieron, y les presentó la batalla el 9 de Agosto. Los romanos fueron completamente derrotados, y el mismo emperador perdió la vida. Habiendo recibido una herida hizo que le condujeran á una choza, y los enemigos la quemaron sin saber que él estaba allí; de modo, que ni aun se pudo encontrar su cadáver. Como no dejaba hijos,

(1) Theodor. lib. IV.—Socr. lib. IV.—Sozom. VI.

recayó todo el imperio en sus dos sobrinos, y toda la autoridad en Graciano.

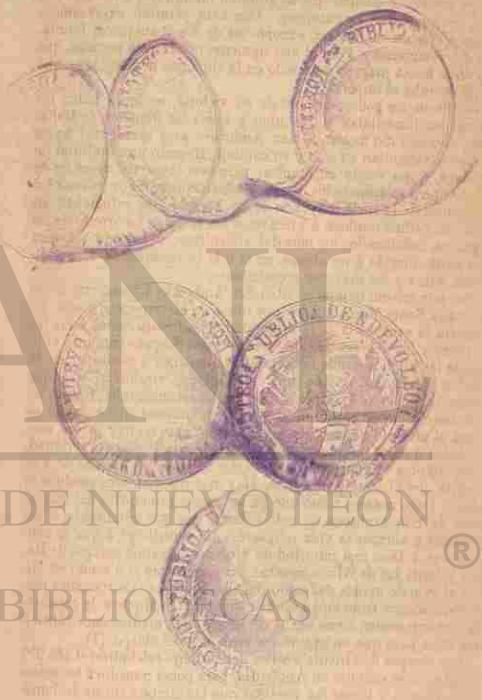
Este príncipe renovó el orden levantando el destierro á los obispos, y prescribió además que se quitaran las Iglesias á los arrianos y se restituyeran á los católicos. Con todo, permitió expresamente las juntas de los hereses, excepto las de los maniqueos, fetinianos y eunomianos. Pero al año siguiente revocó este permiso, que sin duda había juzgado necesario en la situación deplorable en que se encontraba el imperio.

En efecto, los godos, después de su victoria, asolaron todas las provincias inmediatas al Danubio y hasta las fronteras de Italia. Esta invasión dió motivo á San Ambrosio para manifestar hasta dónde se extendían su celo y su caridad. Rescató una multitud de cautivos, y no vaciló en emplear para este objeto los vasos de su Iglesia; pero solamente los que no estaban consagrados. Como los habitantes de la Iliria, huyendo de los bárbaros, se refugiaban en Italia, se dedicó también á precaver á los fieles de los errores de los fugitivos, inficionados los mas del arrianismo; y todavía tenemos una carta dirigida á un obispo, en la que le recomienda una vigilancia suma y las mayores precauciones.

Por este mismo tiempo escribió San Ambrosio, á instancias de su hermana Santa Marcelina, los tres libros de las vírgenes, donde demuestra la excelencia de la virginidad, y da instrucciones sobre las virtudes y los deberes de este estado. Poco despues compuso el libro de las viudas, donde exhorta á las cristianas á continuar en la viudez, y luego un tratado muy corto sobre la virginidad, en el que responde á los que le criticaban porque la recomendaba. Refuta todas las objeciones contra el celibato, y manifiesta que en vano se alega el pretexto de la poblacion, supuesto que no hay países mas poblados que los en que mas estimada es la virginidad. "Averiguad, dice, cuántas vírgenes consagran todos los años las Iglesias de Alejandria, del Oriente y de Africa. Hay mas que hombres produce el país." Debe notarse como uno de los rasgos principales del episcopado de San Ambrosio, el celo ardiente con que estimulaba á las mugeres á abrazar la vida religiosa. Así contribuyó á que se consagrasen á Dios una multitud de vírgenes en varios parages de Italia; y hasta las de Africa pasaban los mares para ir á tomar en Milán el velo de manos del santo prelado. Pero sus exhortaciones produjeron menos fruto en su ciudad episcopal. Muchos le censuraban abiertamente, como acaba de verse, y las madres encerraban á sus hijas para que no oyeran los sermones del obispo. (1).

Los obispos de Oriente vnellos del destierro celebraron el año 379 un numeroso concilio en Antioquia, para poner remedio á los males de la Iglesia, y tomar las medidas que las circunstancias reclama-

(1) Ambr. *De virgín.* lib. I.





S.º BASILIO EL GRANDE OBISPO DE CESAREA

han despues de una persecucion tan larga. En el se suscribió la decision del concilio de Roma contra la heregia de Apolinario; igualmente se condenaron los errores de Fotino, de los macedonianos y de los arrisnos. Es probable que tambien se discurrieron medios para extinguir el cisma de Antioquia; y se sabe positivamente que San Melecio á su regreso ofreció á Paulino gobernar la Iglesia en común; pero éste no consintió en la propuesta. Sin embargo, parece que hubo un acuerdo entre les dos, por el cual se avinieron á no dar sucesor al obispo que muriera el primero.

San Basilio habia terminado poco antes su gloriosa carrera. Murió el primer dia del año 379, y fué tal la afluencia de gente en sus funerales, que muchas personas se ahogaron: cada cual procuraba tocar la orla de sus vestiduras ó el féretro en que estaba colocado el cadáver. Los sollozos interrumpian el canto de los Salmos: hasta los paganos y los judíos le echaban menos. San Gregorio de Nisa, San Anfiloco y San Gregorio Nazianceno hicieron su panegirico, y tambien ha quedado un discurso compuesto en su alabanza por San Efrein.

San Basilio alcanzó de sus contemporáneos el renombre de Magno, que la posteridad le ha confirmado, y le mereció igualmente por su carácter y por su ingenio. En las muchas obras que ha dejado, se admiran unos conocimientos extensos y variados, un estilo claro, preciso y armonioso, grande energia de pensamientos y de expresiones, una dialéctica vigorosa, y una elocuencia noble y persuasiva que le ha colocado entre los mas insignes oradores. Parte de sus escritos se han perdido, y se le han atribuido otros que no son suyos. Ademas de las obras ascéticas de que hemos hablado, nos quedan de este ilustre doctor un comentario sobre los diez y seis primeros capitulos de Isaías, varias homilias sobre los Salmos y otras muchas sobre diferentes puntos de dogma ó de moral; cinco libros contra Eranomis; uno sobre el Espíritu Santo, otro sobre la fé, dos sobre el bautismo y mas de trescientas cartas sobre diversos asuntos.

Las nueve homilias sobre el principio del Génesis ó los seis dias de la creacion, son la mas perfecta de sus obras: abundan en pensamientos sublimes, en reflexiones sábias é instructivas, en descripciones admirables y en todos los adornos de la mas elevada elocuencia. El santo doctor explica en ellas á la letra las palabras de la Escritura, resuelve varias dificultades relativas á la narracion de Moisés, y junta á todas estas circunstancias las pinturas mas pomposas de la grandeza de Dios, del poder infinito del Criador, de la riqueza y de la maravillosa hermosura de sus obras. Las homilias sobre los Salmos ofrecen al corazón en un estilo mas sencillo toda la ternura y uncion que la piedad inspira. Entre las otras homilias, algunas de las cuales combaten las heregias sobre la Trinidad y la Encarnacion, citaremos en particular la que contiene unas adver-

tencias á los jóvenes sobre la lectura de los autores profanos, y otro cuyo objeto es conciliar la existencia del mal en la tierra con el dogma de la Providencia.

En el libro contra Eunomio destruye San Basilio todas las objeciones de aquel herege contra la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo, y confirma el dogma católico en este punto con las pruebas mas sólidas, presentadas con una fuerza, una claridad y una profundidad admirables. Prueba tambien en particular la divinidad del Espíritu Santo en el tratado que escribió sobre este objeto á instancias de San Anfiloco. Esta obra contiene un pasage notable acerca de la autoridad de la tradicion. Despues de haber dicho que entre los dogmas conservados en la Iglesia, unos provienen de la Santa Escritura, y otros de la tradicion apostólica que los ha trasmitido por la enseñanza secreta; añade que estas dos fuentes tienen la misma autoridad en la religion, y que nadie disconviene en esta parte, por poco versado que esté en la ciencia eclesiástica: luego prueba este principio con diferentes ejemplos. "Si intentáramos, dice, desecher las escrituras no escritas, daríamos golpes mortales al Evangelio, y reduciríamos la predicación á palabras á veces ininteligibles. ¿Quién nos ha enseñado por escrito marcar con la señal de la cruz á los catecúmenos, ó volverlos de cara al Oriente cuando oramos? ¿En qué lugar de la Escritura hallamos las oraciones que acompañan á la consagración del pan eucarístico y del cáliz de bendición? Porque nosotros no nos contentamos con lo que se lee en San Pablo ó en el Evangelio, sino que antes y despues de estas palabras añadimos otras que hemos recibido por tradicion, y que tienen una gran virtud para el sacramento. Nosotros bendecimos el agua del bautismo, el óleo de la unción, y sumergimos tres veces en el agua al que ha de ser bautizado, y le obligamos á renunciar al demonio y á sus ángeles: ¿dónde nos enseña la Escritura estas ceremonias y otras semejantes? ¿No son unas tradiciones secretas, que nuestros padres han conservado en un religioso silencio para ocultarlas á la curiosidad profana? ¿Había necesidad de poner por escrito lo que no era licito manifestar ó explicar á los que no estaban bautizados?" Aquí se vé una prueba incontestable de que en los primeros siglos se ocultaba con el secreto mas profundo lo que mira á la fé y á la forma de los sacramentos, y este uso explica el silencio ó las expresiones vagas y encubiertas que se observan en los autores antiguos. San Basilio se dedica despues á manifestar con muchos testimonios la tradicion constante de todas las Iglesias respecto del uso de cantar, como hoy se hace, Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; lo que indicaba claramente la fé de los primeros cristianos acerca de la igualdad de las Personas divinas.

Las cartas de San Basilio son quizá lo mas interesante que hay en sus obras: están escritas con una nobleza y una pureza notables, y se encuentran en ellas una porcion de datos preciosos para la his-

toria de la Iglesia. Ademas de las que hemos dado ya á conocer debemos señalar las tres epístolas canónicas dirigidas á San Anfiloco, obispo de Iconio, que estaba unido á San Basilio con la mas estrecha amistad. Contienen ochenta y cinco cánones de disciplina muy célebres en la antigüedad. Los mas de ellos son concernientes al homicidio y á las faltas cometidas en el matrimonio. Establecen reglas para la penitencia pública de ciertos crímenes, ó deciden algunas dificultades relativas á dichas materias ó á otras cuestiones de moral. El homicidio voluntario queda sujeto á veinte años de penitencia. La impuesta al adulterio es de quince años para los hombres; pero las mugeres solo quedan privadas de la comunión, y no se las sujeta á la penitencia pública por no exponerlas á ser castigadas de muerte. Los matrimonios incestuosos se castigan como el adulterio; y en una carta escrita sobre este punto á Diodoro, presbítero de Antioquia, dice San Basilio que la costumbre que tiene fuerza de ley, es separar so pena de excomunión á los que han contraído estos enlaces prohibidos; lo que da un testimonio auténtico del poder de la Iglesia sobre los matrimonios. En cuanto á la simple fornicación, la penitencia es de cuatro años. Los eclesiásticos que olvidaban la pureza de su estado, quedaban reducidos á la clase de legos sin esperanza de recuperar sus funciones; pero el uso ordinario era no sujetarlos á la penitencia pública. Respecto de las vírgenes que habian caído despues de profesar, la penitencia era solo de un año; pero San Basilio quiere que en lo sucesivo se las someta á la de los adúlteros. Aunque los monges hacían tácitamente profesion de continencia, no se comprometían con un voto público: el santo doctor encarga que se los obligue á hacerle, y que se imponga la pena de los fornicadores á los que lo violen. Debemos notar tambien la severa penitencia impuesta á los apóstatas: un canon prescribe que se los deje toda su vida en el grado de *legos gentes*, y que solo en el artículo de la muerte se los admita á la comunión.

Tambien tenemos una carta de San Basilio á Casario, monje muy preciso de la antigua disciplina, que no puede omitirse: "Es bueno, dice, tomar todos los dias el cuerpo y la sangre de Jeshu Cristo. Nuestra costumbre es comulgar cuatro veces á la semana, domingo, miércoles, viernes y sábado, ademas de las fiestas de los mártires. Pero que en tiempo de persecucion debe uno comulgar por su propia mano á falta de sacerdote ó de diácono, no hay necesidad de proarlo, supuesto que es una práctica antigua y constante. Sabido es que los solitarios en lo interior de los desiertos guardan la comunión consigo, y comulgan ellos mismos. En Alejandría y en lo demas del Egipto la mayor parte de los legos guardan tambien la comunión en su casa." Como la costumbre era entonces que el sacerdote pusiese la comunión en la mano de los fieles, añade el santo doctor, que se recita siempre por el ministerio del sacerdote, ya

se comulgue en la iglesia inmediatamente despues de recibir la hostia, ya se reciban varias para llevarselas y comulgar diferentes veces.

Santa Macrina, hermana de San Basilio, murió cerca de un año despues que él. Su hermano San Gregorio de Nisa habia estado casi ocho años sin verla á causa de las persecuciones que habia sufrido. Por fin, despues del concilio de Antioquia pasó al monasterio que aquella gobernaba, y la encontró enferma con una violenta calentura; pero era tal su austeridad, que no tenia mas cama que una tabla sobre el suelo. Al dia siguiente de la llegada de San Gregorio se aumentó la calentura, y á la caída de la tarde espiró Macrina en el acto de concluir su oracion. Pasóse la noche cantando Salmos; y al romper el dia, San Gregorio con el obispo diocesano y dos sacerdotes de su clero, llevó el cuerpo á la iglesia de los Cuarenta Mártires, que habia elegido la difunta para su sepultura. Un gentío inmenso acompañaba la procesion fúnebre; y los diáconos y otros ministros precedían al cuerpo con cirios encendidas. Mientras duró la ceremonia, que se acabó á la caída del sol, no se cesó de cantar Salmos. Despues de recitadas las oraciones de costumbre, se colocó el cadáver de la Santa, segun su voluntad, cerca de Santa Emmelia, su madre, que habia muerto diez años antes.

A poco tiempo un concilio comisionó á San Gregorio de Nisa para que marchara á la Arabia para trabajar en la reforma de algunos desórdenes. Quiso visitar de paso los santos lugares, ya para cumplir un voto, ya para procurar extinguir ciertas disensiones que perturbaban la Iglesia de Jerusalem. Pero quedó profundamente alligido al ver las costumbres corrompidas de los habitantes; y así procuró despues disuadir de este viage á algunos solitarios de la Capadocia, haciéndoles conocer los inconvenientes que traía. Sin embargo, es fácil de ver por las mismas razones que emplea, que su intencion no es censurar las peregrinaciones en general.

Fijase hácia la misma época la muerte de San Efrein, célebre doctor de la Iglesia. Era natural de Nisibe en la Mesopotamia, é hijo de padres pobres; pero que no omitieron ningún medio para instruirle desde luego en la virtud. Sin embargo, comió algunas faltas de irreflexion en la juventud; mas no tardó en reconocerlas, y se retiró á la soledad, donde se ejerció en la práctica de las mayores austeridades, velando una buena parte de la noche, pasando muchos dias seguidos sin comer, y ocupado constantemente en la oracion y en la contemplacion. Permaneció mucho tiempo bajo la direccion de un santo anacoreta llamado Julian, y despues fué discípulo de Santiago, obispo de Nisibe, á cuyo lado se hallaba cuando el santo libró la ciudad sitiada por los persas. Nominado diácono de la Iglesia de Edesa, tuvo el cargo de la predicacion, y desempeñó este ministerio con tanto fruto como celo. Continuó sin embargo viviendo en el retiro, y moraba habitualmente en un monasterio cerca de la ciudad, donde muy pronto tuvo un gran nú-

mero de discípulos. Una vision le determinó á pasar á Cesarea para ver á San Basilio, y al entrar en la iglesia le chocaron tanto el recogimiento de los fieles, el órden y la pompa de las ceremonias, y sobre todo las elocuentes instrucciones del santo obispo, que no pudo menos de hacer su elogio en alta voz. Apenas supo San Basilio su nombre, arrebatado tambien de admiracion por las virtudes del santo diácono, cuya reputacion se habia extendido tanto, le abrazó, estuvo conversando con él mucho tiempo, y se unió con él en íntima amistad. San Efrein pasó el último año de su vida en una continua ocupacion de celo y de caridad. El hambre desolaba entonces la ciudad de Edesa: salió Efrein de su celda, exhortó enérgicamente á los ricos á socorrer á los pobres, y se encargó de distribuir por sí las limosnas. Al morir pronunció un discurso que se llama su testamento, en que prohibe se le tributen los honores que á los santos; que se guarden sus hábitos como reliquias; y que se le entierre debajo del altar ó en otro parage de la iglesia. Encomienda con instancias que se hagan por él limosnas, oraciones y la oblation del santo sacrificio, principalmente á los treinta dias de su muerte.

Aunque San Efrein habia estudiado poco, no dejó de adquirir un profundo conocimiento de la religion por medio de la meditacion y lectura de obras santas. Compuso una multitud de obras tan estimadas, que segun el testimonio de San Gerónimo se leian públicamente en la Iglesia despues de la Santa Escritura. Habia hecho unos comentarios sobre toda la Biblia, algunos tratados contra los arrianos, los novacianos y los otros herejes de su tiempo, un libro acerca del Espíritu Santo, varios tratados de moral y una multitud de discursos y homilias sobre diversos asuntos. Tambien se dedicó con mucho provecho á la poesia, y compuso varios himnos ó cánticos que los fieles se apresuraron á aprender y cantar en las iglesias ó mientras trabajaban. Todas estas obras se escribieron en lengua siríaca; pero las mas fueron traducidas en griego en vida suya. No nos queda sino parte de ellas, en que se comprenden gran número de sermones, de homilias y de panegíricos, varios himnos y muchos tratados ascéticos, que contienen instrucciones para los simples fieles ó para los solitarios. Nos enseña que los monjes de la Siria se ocupaban en hacer esteras, estas, cuerdas y telas, ó en copiar libros. Los unos eran anacoretas y vivian dispersos por los desiertos sin morada fija; algunos estaban encerrados en celdas, y otros vivian en comunidad. San Gerónimo testifica que las obras de San Efrein estaban llenas de fuego, de nobleza y de elocuencia. Debieron perder una parte de sus bellezas en las traducciones; pero todavia se encuentra en ellas el brillo de una imaginacion viva, gran riqueza de pensamientos y sobre todo una uncion tierna que penetra los corazones (1).

(1) Sazom. lib. III.—Greg. Naz. Vit. Ephren.

También murió por este mismo tiempo San Optato, obispo de Milevia en la Numidia. Nada se sabe de sus hechos; pero fué muy célebre por una obra que escribió contra los donatistas en el reinado de Valentiniano, y por los elogios que le dieron los santos Padres del siglo siguiente, entre otros San Agustín y San Fulgencio. Su obra se divide en seis libros, á los que se ha añadido otro que no parece suyo. San Optato lo compuso para responder á un escrito de Parmeniano, sucesor de Donato, contra los católicos. Expona la historia de los donatistas, el origen de su cisma y las violencias que habian cometido; y destruyendo sucesivamente todas las razones falsas que alegaban en favor de su secta, asienta con este motivo principios que sirven para combatir á todos los que despedazan la unidad de la Iglesia. Se notan en el libro sexto con motivo de los sacrilegios cometidos entre los donatistas, muchos pasajes, que ofrecen la prueba mas incontestable de la fé de los primeros cristianos sobre la presencia real en la Eucaristía.

El emperador Graciano continuaba protegiendo á la Iglesia de los atentados de los sectarios, y prestó todavía á la religion un servicio mas señalado elevando á Teodosio á la dignidad imperial. Era este de una familia ilustre de España; y aunque jóven habia adquirido ya un mérito eminente en la milicia. Mandaba en la Mesia, cuando supo que su padre habia sido condenado á muerte por sospechas infundadas. Entonces se retiró al lugar de su naturaleza; pero Graciano le llamó á poco tiempo, y le encargó que rechazara á los godos que continuaban asolando las fronteras del imperio. Los triunfos que alcanzó á la cabeza de su débil ejército, determinaron al emperador á elegirle por colega; y esta eleccion fué recibida con aplauso universal. Teodosio vistió la púrpura imperial en Sirnio el 19 de Enero del año 379. Tocáronle para gobernar todas las provincias del Oriente con la Tracia y una parte de la Italia. El resto de ésta, la Italia y el Africa quedaron reservadas para Valentiniano el jóven, y Graciano retuvo solamente las Galias, la España y la Gran Bretaña.

FIN DEL TOMO I.



TABLA CRONOLÓGICA

de los Papas, emperadores y escritores eclesiásticos, de los principales concilios, de los hereges ó sectarios y de las persecuciones de la Iglesia, hasta el año 379.

PAPAS.

NOMBRES.	DATA DE SU ELECCION.	DATA DE SU MUERTE.
San PEDRO estableció su silla en Roma.		29 Junio 67
San Lino.		67 78
San Anacleto.		78 91
San Clemente.		91 100
San Evaristo.		100 109
San Alejandro.		3 Mayo 119
San Sixto I.	7 Junio 119	127
San Telesforo.		2 Enero 139
San Iliginio.		11 Enero 142
San Pio I.	9 Abril 142	11 Julio 157
San Aniceto.		17 Abril 168
San Sotero.		168 177
San Eleuterio.		177 193
San Victor.		193 202
San Cefermo.		20 Diciembre 218
San Calixto I.		14 Octubre 222
San Urbano.		25 Mayo 230
San Ponciano.	22 Julio 230	28 Setiembre 233
San Antero.	21 Noviembre 235	3 Enero 236
San Fabian.	10 Enero 236	20 Enero 250
San Cornelio.	4 Junio 251	14 Setiembre 252
San Lúcio I.	25 Setiembre 252	4 Marzo 253
San Estéban I.		2 Agosto 255
San Sixto II.	24 Agosto 257	6 Agosto 258
San Dionisio.	22 Julio 259	26 Diciembre 269
San Félix I.	29 Diciembre 269	22 Diciembre 274
San Eutiquiano.	6 Enero 275	8 Diciembre 283
San Cayo.	17 Diciembre 283	22 Abril 296
San Marcelino.	30 Junio 296	24 Octubre 304
San Marcelo I.	19 Mayo 308	15 Enero 310
San Eusebio.	20 Mayo 310	26 Setiembre 310
San Melquiades.	2 Julio 311	10 Enero 314

También murió por este mismo tiempo San Optato, obispo de Milevia en la Numidia. Nada se sabe de sus hechos; pero fué muy célebre por una obra que escribió contra los donatistas en el reinado de Valentiniano, y por los elogios que le dieron los santos Padres del siglo siguiente, entre otros San Agustín y San Fulgencio. Su obra se divide en seis libros, á los que se ha añadido otro que no parece suyo. San Optato lo compuso para responder á un escrito de Parmeniano, sucesor de Donato, contra los católicos. Expone la historia de los donatistas, el origen de su cisma y las violencias que habian cometido; y destruyendo sucesivamente todas las razones falsas que alegaban en favor de su secta, asienta con este motivo principios que sirven para combatir á todos los que despedazan la unidad de la Iglesia. Se notan en el libro sexto con motivo de los sacrilegios cometidos entre los donatistas, muchos pasajes, que ofrecen la prueba mas incontestable de la fé de los primeros cristianos sobre la presencia real en la Eucaristía.

El emperador Graciano continuaba protegiendo á la Iglesia de los atentados de los sectarios, y prestó todavía á la religion un servicio mas señalado elevando á Teodosio á la dignidad imperial. Era este de una familia ilustre de España; y aunque jóven habia adquirido ya un mérito eminente en la milicia. Mandaba en la Mesia, cuando supo que su padre habia sido condenado á muerte por sospechas infundadas. Entonces se retiró al lugar de su naturaleza; pero Graciano le llamó á poco tiempo, y le encargó que rechazara á los godos que continuaban asolando las fronteras del imperio. Los triunfos que alcanzó á la cabeza de su débil ejército, determinaron al emperador á elegirle por colega; y esta eleccion fué recibida con aplauso universal. Teodosio vistió la púrpura imperial en Sirnio el 19 de Enero del año 379. Tocáronle para gobernar todas las provincias del Oriente con la Tracia y una parte de la Italia. El resto de ésta, la Italia y el Africa quedaron reservadas para Valentiniano el jóven, y Graciano retuvo solamente las Galias, la España y la Gran Bretaña.

FIN DEL TOMO I.



TABLA CRONOLÓGICA

de los Papas, emperadores y escritores eclesiásticos, de los principales concilios, de los hereges ó sectarios y de las persecuciones de la Iglesia, hasta el año 379.

PAPAS.

NOMBRES.	DATA DE SU ELECCION.	DATA DE SU MUERTE.
San PEDRO estableció su silla en Roma.		29 Junio 67
San Lino.	42	78
San Anacleto.	67	91
San Clemente.	78	100
San Evaristo.	91	109
San Alejandro.	100	26 Octubre 109
San Sixto I.	109	3 Mayo 119
San Telesforo.	7 Junio 119	127
San Ilgino.	127	2 Enero 139
San Pio I.	139	11 Enero 142
San Aniceto.	9 Abril 142	11 Julio 157
San Sotero.	157	17 Abril 168
San Eleuterio.	168	177
San Victor.	177	193
San Cefermo.	193	202
San Calixto I.	202	20 Diciembre 218
San Urbano.	219	14 Octubre 222
San Ponciano.	222	25 Mayo 230
San Antero.	230	28 Setiembre 233
San Fabian.	21 Noviembre 235	3 Enero 236
San Cornelio.	10 Enero 236	20 Enero 250
San Lúcio I.	4 Junio 251	14 Setiembre 252
San Estéban I.	25 Setiembre 252	4 Marzo 253
San Sixto II.	253	2 Agosto 255
San Dionisio.	24 Agosto 257	6 Agosto 258
San Félix I.	22 Julio 259	26 Diciembre 269
San Eutiquiano.	29 Diciembre 269	22 Diciembre 274
San Cayo.	6 Enero 275	8 Diciembre 283
San Marcelino.	17 Diciembre 283	22 Abril 296
San Marcelo I.	30 Junio 296	24 Octubre 304
San Eusebio.	19 Mayo 308	15 Enero 310
San Melquiades.	20 Mayo 310	26 Setiembre 310
	2 Julio 311	10 Enero 314

NOMBRES.	DATA DE SU ELECCION.	DATA DE SU MUERTE.
San Silvestre.	31 Enero 314	31 Diciembre 335
San Márcos.	18 Enero 336	7 Octubre 336
San Julio I.	6 Febrero 337	12 Abril 352
Liberio.	22 Mayo 352	24 Setiembre 366
San Dámaso.	1.º Octubre 366	10 Diciembre 384

EMPERADORES.

Muertos en	Muertos en
Augusto..... 14	Filipo..... 249
Tiberio..... 37	Decio..... 251
Calígula..... 41	Galo..... 253
Claudio..... 54	Valeriano, aprisionado en..... 260
Nerón..... 68	Galiano..... 268
Galba..... 69	Claudio II..... 270
Othón..... 69	Aureliano..... 275
Vitelio..... 69	Tácito..... 276
Vespasiano..... 79	Proba..... 282
Tito..... 81	Caro..... 283
Domiciano..... 96	Numeriano..... 284
Nerva..... 98	Diocleciano y Maximiano abdicaron en..... 305
Trajano..... 117	Constantino..... 306
Adriano..... 138	Severo..... 307
Antonino..... 161	Galerio..... 311
Marco Aurelio..... 180	Maxencio..... 312
Cómodo..... 192	Maximino..... 313
Pertinax..... 193	Licinio, en Oriente..... 324
Severo..... 211	Constantino..... 337
Caracalla..... 217	Constantino II.) En Occi- 349
Maccino..... 218	Constantina.....) cidente. 350
Heliogabalo..... 232	Constantino..... 350
Alejandro..... 233	Juliano el apóstata..... 363
Maximino..... 233	Joviano..... 364
Pupiano y Balbino..... 238	
Gordiano..... 244	

EMPERADORES DE OCCIDENTE.	EMPERADORES DE ORIENTE.
Valentiniano I, muerto el año..... 375	Valente, muerto el año..... 378

ESCRITORES ECLESIASTICOS.

Muertos en	Muertos en
San Clemente, Papa..... 100	San Pedro Alejandrino..... 311
Hermas, autor del libro del Pastor. <i>Se ignora</i> "	San Metodio..... 312
San Ignacio..... 107	San Papias..... 150
San Policarpo..... 166	Cuadrato, apologista..... "
San Justino..... 167	Hegesipo, primer historiador de la Iglesia..... 181
Athenógoras..... "	Apolinario, obispo de Hierápolis..... "
San Teófilo, obispo de Antioquia..... 181	Artístides, apologista..... "
Hermias, autor de un corto libro, que tiene por objeto ridiculizar los absurdos de la filosofía pagana. <i>Nada se sabe de su vida</i> 203	Meliton, id..... "
San Ireneo..... 203	San Dionisio, obispo de Corinto..... "
Clemente, de Alejandria..... 217	Rhodon..... "
Minucio Félix..... "	Cayo, sacerdote romano..... "
Julio Africano..... 245	Lactancio..... "
Tertulino, hacia el año..... 245	San Alejandro de Alejandria..... 326
Ammonio..... 250	Eusebio de Cesarea..... 340
San Hipólito..... 250	Julio Firmico Materno..... 358
Orígenes..... 253	Juvenco..... 367
San Cipriano..... 253	Oscio, de Córdoba..... 367
San Dionisio, de Alejandria..... 264	San Fedades, de Agui..... 370
San Gregorio Taumaturgo..... 270	Eusebio, de Emesa..... 373
San Anatólio, obispo de Laodicea..... 290	San Serapion, obispo de Tinnis..... 379
Arquelao, autor de una conferencia con los maniqueos..... "	Los dos Apolinarios..... 379
Arnobio..... "	San Basilio..... 379
San Pánfilo..... 309	San Eufrem..... 379
	San Optato de Milevis..... 379

Estos son los escritores eclesiásticos, (salvo tal cual) cuyas obras hemos visto. Hemos dado el catálogo bastante exacto de los escritos de cada uno, y designado su objeto en el curso de esta historia. Parecería aquí inútil reproducir los pormenores de ellas, que tendríamos que dejar incompletos, á no dar muchísima extensión á esta tabla.

Hay una obra, con el título de Epístola de San Bernabé, de cuya autenticidad se duda, aunque el mayor número de los críticos la miran como verdaderamente dictada por este apóstol. Divide-se en dos partes: una concerniente al dogma, y la otra á la moral. El principal objeto de la primera parte, es demostrar contra los judíos la divinidad del cristianismo. La segunda encierra las mas bellas máximas de la moral cristiana. Muchos autores antiguos citan esta epístola como dirigida por San Bernabé; pero por varias cosas que contiene, se puede con razon dudar que sea realmente suya; una de ellas es la opinion antiguamente admitida entre los judíos de que el mundo no duraria mas de seis mil años.

Con el nombre de San Dionisio Areopagita se han publicado muchas obras, que todos los críticos reconocen en el día que fueron supuestas en el siglo quinto. Con efecto, ademas de no hacerse cargo de ellas ni Eusebio, ni otro alguno de los antiguos escritores que han hablado del santo obispo, se hallan en ellas una porcion de puntos, que solo pudo exponer un autor muy posterior al tiempo de los apóstoles, porque se tratan cuestiones, se refieren usos, y se emplean expresiones casi desconocidas en los tres primeros siglos. Habla de la Iglesia, como si se hallara en un estado floreciente y pacífico, sin decir nada de las persecuciones, ni de los mártires. En otros pasajes alega la tradicion de los obispos, calificándola de antigua. En fin, cita autores que escribieron despues de su muerte, y aun cierto pasaje de los Stromas de Clemente, de Alejandria. Estas supuestas obras, son: 1.º un libro de la celestial gerarquía; 2.º otro de la gerarquía eclesiástica; 3.º otro de los nombres divinos; 4.º un tratado de la teología mística; 5.º finalmente, diez cartas sobre diversas materias. Todas estas obras gozaron de gran celebridad en la edad media, y han sido citadas frecuentemente sobre todo por los autores que han escrito de teología mística. El mismo Santo Tomás las juzgó dignas de servirle de texto en algunos de sus comentarios.

Otros varios escritores del I y II siglo, hemos dado á conocer, de cuyas obras nada ha quedado, ó solo corto número de fragmentos, que trae Eusebio, ó otros autores mas recientes.

Tambien se debe colocar entre los escritores eclesiásticos á los Papas Julio, Liberio y Dámaso, á causa de las cartas importantes que de cada uno nos queda sobre los negocios de la Iglesia. Las cartas ó las reglas de San Antonio, de San Pacomio y de los Macarios, han hecho que igualmente se les dé el mismo título.

Al hablar de los escritos que nos restan de San Eftem, hemos

omitido algunos tratados contra los herejes y sus comentarios sobre la Sagrada Escritura, que son una de las partes mas importantes de sus obras, publicadas por Assemani. Tampoco hemos hablado de algunas obras ascéticas que se conservan de Evagrio del Ponto.

PRINCIPALES CONCILIOS.

Concilio de Jerusalem por los apóstoles, hácia el año	51	Concilio de Elvira, hácia el año de	305
Concilio de Roma, de Leon de Francia, de Cesarea &c. para fiar la celebracion de la Pascua, hácia el año	196	Contiene 81 cánones sobre diferentes puntos de disciplina	
Dos concilios de Alejandria contra Orígenes	231	Concilio en Alejandria contra los macedonianos	306
Concilio de Bostra en Arabia contra Berilo, hácia el año	242	Concilio de Roma sobre la cuestion de los donatistas	313
Otro Concilio en Arabia, tenido poco despues contra los herejes llamados arabigos	"	Concilio de Arlés para el mismo objeto	314
Diversos concilios tenidos en Cartago por San Cipriano, contra los cismáticos, sobre la penitencia, año 251 y siguientes	"	Concilio de Ancira tocante á la disciplina	314
Concilio en Roma contra Novaciano	251	Concilio de Neocesarea	315
Tres concilios de Cartago sobre el bautismo de los herejes	254 al 256	Concilio de Alejandria contra Arrio	321
Concilio en Roma sobre el mismo objeto contra los que repetian el bautismo	256	Otro concilio en la misma ciudad	321
Dos concilios en Antioquia contra Paulo Samosatenos	264 y 269	Concilio general de Nicea	325
		Concilio de Alejandria para la justificacion de San Atanasio	338
		Concilio de Antioquia tocante á la disciplina	341
		Concilio de Sardica	347
		Concilio de Milán contra los errores de Fotino	347
		Concilio de Roma contra el mismo herege	349
		Concilio de Cartago sobre la disciplina	349

Concilios de Rímíni y de Seleucia.....	359	en tiempo del Papa Damaso contra los arrianos, los macedonanos y los apelinaristas... de 372 á 377
Concilio de París.....	360	
Concilio de Alejandría.....	362	Concilio de Antioquia contra los mismos hereges.. 379
Concilios de Laodicea sobre la disciplina.....	366	
Diversos concilios en Roma		

Por mucho tiempo se atribuyeron á diferentes Papas de los primeros siglos algunas decretales, que en el día todos reconocen haberse supuesto por un falsario en el siglo IX. Antes de esta época eran desconocidas: todas están escritas por el mismo estilo y llenas de anacronismos: citan la Sagrada Escritura segun la vulgata de San Jerónimo, y últimamente tratan muchas cuestiones suscitadas mucho despues de la época en que se supone que fueron escritas. Dionisio, el exiguo, que compuso al principio del siglo VI una coleccion de las decretales de los Papas, no cita ninguna anterior al Papa Siricio, electo en 384.

Tampoco tienen ningun carácter de autenticidad los reglamentos publicados con el título de *Cánones de los apóstoles*, ni son otra cosa que una coleccion de leyes ó costumbres, establecidas en diversos tiempos por los concilios ó obispos de los tres primeros siglos, y algunas mucho tiempo despues de los apóstoles. Con todo, los cincuenta cánones con que principia, fueron copiados por el citado Dionisio en su coleccion, y desde entonces se recibieron como autorizados por la Iglesia de Occidente, porque fueron aprobados por los Soberanos Pontífices. Por otra parte, se hallan en ellos muchas reglas de disciplina, que constantemente se han observada. Se pueden señalar entre los mas notables, los que disponen que para consagrar á un obispo, se reúnan siempre tres, ó á lo menos dos: que no puedan ser admitidos á las órdenes sagradas los bigamos, es decir, los que hayan contraido matrimonio en segundas nupcias despues de haber sido bautizados: que entre los clérigos solo puedan casarse los de órdenes menores: que los fieles lleven á sus obispos y párrocos las primicias de sus cosechas, y que estas las distribuyan entre los demas eclesiásticos proporcionalmente. Que los obispos, sacerdotes y diáconos se abstengan enteramente de todos los actos puramente seculares, so pena de ser depuestos de sus dignidades y funciones: que se evite todo trato con los excomulgados: últimamente, que se castigue severamente á los clérigos que se dediquen á juegos de suerte, y á llevar usuras, ó se entreguen á la embriaguez ó á cualquiera clase de crímenes.

PRINCIPALES SECTARIOS.

Simon Mago, comenzó á publicar sus errores hácia el año.....	40	Sabelio.....	256
Los cerinthios, nazarenos, ebionitas y nicolaítas, del año.....	50 al 70	Pablo Samosateno.....	263
Manandro, discípulo de Simon Mago, hácia el año.....	74	Los maniqueos.....	277
Los milenarios, hácia el fin del primer siglo.....	102	Los melocianos, cuyo cisma habia comensado hácia el año.....	306
Los elcesaitas ó osenios hácia el año.....	110 á 120	Los donatistas.....	311
Saturnino, Basílides y Carpócrates, desde el año de.....	130	Los arrianos.....	319
Adamitas.....	140	Los eusebianos ó semi-arrianos.....	328
Valentin.....	145	Los cuartodecimanos, tratados como hereges desde que fueron condenados por el concilio de Nicea.....	328
Marcion.....	150	Andeo, gefe de los antropomorfitas y de los cuarto-decimanos.....	345
Ofites, setinos y otras sectas de gnósticos, hácia el año.....	170	Fotino.....	358
Los marcosianos.....	171	Aegio y Eunomio, gefes de los anomeos.....	358
Taciano, gefe de los encratitas.....	171	Macedonio.....	360
Bardesanes.....	172	Los arrianos hácia el año.....	370
Montano.....	191	Apolinario.....	375
Los teodosianos.....	200	Los antidocetrianitas.....	377
Los melquisedecianos.....	200	Los coeliritanos, hereges de Arabia, que miraban como una divinidad á la Madre de Dios.....	377
Praxeas.....	245		
Noeto, hácia el año.....	252		
Novaciano.....	252		

PERSECUCIONES.

1. = Por Nerón: principió el año 64, y continuó en diferentes parajes y con mas ó menos violencia, hasta el de 68.
2. = Por Domiciano, principiada en 95 y aplacada á lo menos en Roma al fin de 96.
3. = Por Trajano: comenzó hácia el año 100: parece que duró

todo su reinado, aunque mixigada en los últimos años, y continuó con varios intervalos en los reinados de Adriano y Antonino.

4.º La de Marco Aurelio: comenzada en 161, suspendida hácia el de 174, y tres años mas tarde renovada hasta el de 181.

5.º Reinado Severo desde el año 200 hasta fin del de 211.

6.º Por Maximino desde 235 hasta 238.

7.º En el reinado de Decio en 250, muy violenta durante un año, moderada un poco pasado aquel, y continuada por Galo hasta 253.

8.º En tiempo de Valeriano desde 267 hasta 268.

9.º Por Aureliano: principió en 273 y continuó aun despues de su fallecimiento hasta mediados del año 275.

10. Por Diocleciano: comenzó en Occidente el año 286: crecia ó se minoraba alternativamente: generalizada despues en 303, suavizada en Occidente por los años 305; pero continuada en Oriente con varias interrupciones hasta 312.

11. Por Elitrio en Oriente desde el año 319 al 323.

12. En Persia bajo el reinado de Sapor, desde el año 343 al 350. Fue sangrienta sobre todo en los dos primeros años.

13. Por Constantio contra los católicos, que se hizo violenta en especial despues de la muerte de Constante, es decir, desde el año 351 al 360.

14. Por Juliano el apóstata desde el año 361 al 363.

15. Por Valente contra los católicos en Oriente desde el año 366 al 377.



TABLA

de las principales materias contenidas en este tomo.

LIBRO I.

Desde la Ascension de Jesucristo hasta la muerte de los apóstoles San Pedro y San Pablo.

Ascension de Jesucristo, página 1.—Venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles: id.—Primera predicacion de San Pedro, que convirtió tres mil judios: 2.—Prodigiosa curación de un cojo y conversión de cinco mil judios: 3.—Persecucion del Sanhedrin contra San Pedro y San Juan, id.—Costumbres de los fieles de Jerusalem: 4.—Castigo de Ananias y de Saphira: 5.—Secta de los essenos, id.—Conducen á los apóstoles delante del Sanhedrin: 6.—Eleccion de los siete diáconos, marido de San Esteban: 7.—Persecucion de los fieles: 8.—Predicase el Evangelio en Samaria: 9.—Hecogía de Simon Mago: 10.—Bautizase el eunuco de Canduce: 11.—Conversion de Saulo: 12.—Milagros de San Pedro: 13.—Bautismo del centurion: 14.—Dispútese los apóstoles para predicar la fe en todas las naciones: 15.—Evangelio de San Mateo: 17.—Muerte de Tiberto, de Pilato y de Herodes Antipas: 18.—Vejanías de los judios en el reinado de Caligula: 19.—Reciben los fieles el nombre de cristianos en Antioquia: 22.—Herodes Agripa manda decapitar á Santiago el mayor, id.—Prision y sotura milagrosa de San Pedro: 23.—Muerte de Agripa, id.—San Pedro establece en Roma su silla, id.—Evangelio de San Marcos: 24.—Carta primera de San Pablo: 25.—San Marcos predica en Egipto y funda la Iglesia de Alejandria, id.—Apostolado de San Pablo y San Bernabé, sus predicaciones en la isla de Chipre y en el Asia menor: 26.—Concilio de Jerusalem: 29.—San Pablo llama á Timoteo para su cauditor: 32.—Sermon á los filipenses, id.—Id. á los de Tesalónica: 34.—A los atenienses: 35.—A los corintios: 36.—Sus cartas á los de Tesalónica: 38.—Evangelio de San Lucas: 39.—San Pablo predica á los de Efeso, id.—Primera carta á los corintios: 42.—Epistola á los galatas: 43.—Segunda carta á los corintios: 45.—Carta á los romanos: 46.—Viaje de San Pablo para volver á Judea: 48.—Su prision en Jerusalem: comparece en el tribunal de los judios: 50.—Conspiran los saduceos contra San Pablo: 52.—Comparece ante el gobernador Félix: 53.—Ante Festo: 54.—Ante Agripa, id.—Enviado á Roma: 55.—Carta á los filipenses: 59.—Otra á Filemon: id.—A los colosenses: 63.—A los de Efeso: 61.—A los hebreos, id.—Martirio de Santiago el menor: 62.—Carta de Santiago: 64.—Primera carta de San Pablo á Timoteo: 66.—Otra á Tito: 67.—Persecucion de Neron, id.—Prision de San Pedro y San Pablo: 70.—Segunda carta de San Pedro, id.—Segunda de San Pablo á Timoteo: 71.—Martirio de San Pedro y San Pablo: 72.

LIBRO II.

Desde la muerte de los apóstoles San Pedro y San Pablo, hasta la destruccion de la nacion judaica en 137.

Visitadas en el estado político de los judios desde la muerte de Herodes hasta Neron: 74.—Principio la secta de los zeladores: 75.—Convulsiones en Judea, id.—Bandas de ladrones y asesinos: 78.—Impostores que se proclamaban Mesias, id.—Facciones entre los judios: 80.—Presagios terribles, id.—Rebelion de los judios contra los romanos: 82.—Amenazan á los judios en muchos parages: 83.—Cestio Galo huye de los rebeldes: 84.—Encárgase Vespasiano

de la guerra con la Judea, 85.—Muerte de Nerón, 87.—Prodigios atribuidos á Vespasiano, 88.—Divisiones y desordenes en Jerusalen, 89.—Tito pone sitio á la ciudad, 91.—Desastros hambre, 93.—Crueledad de los romanos con los judíos, 95.—Incendio del templo, 96.—Rendición y destrucción de la ciudad, 97.—Fin de las sectas judaicas, 99.—Heréjia de los nazarenos, id.—De los ebionitas, 100.—De los corintios, 101.—De Menandro, 102.—De los nicolaítas, id.—Historia de Apolonia de Tiana, 103.—San Clemente Papa, 106.—Hernán, autor del libro del *Pastor*, 111.—Persecucion por Domiciano, 112.—San Juan Evangelista metido en una tina de aceite hirviendo, 113.—Apocalipsis, id.—Diferentes mártires, 114.—Evangelio de San Juan, 115.—Cartas de id. id.—Su muerte, 116.—Persecucion por Trajano, 117.—Carta y martirio sobre los cristianos, id.—Martirio de San Simón, 119.—Cartas y martirio de San Ignacio, 121.—Terribles crueldades de los judíos, 125.—Heréjia de los elebsaitas, 126.—De Saturnino, 127.—De Berilides, id.—De Carpócrates, 128.—De los adúlteros, 129.—Principio común á todas las sectas de los gnósticos, id.—Calumnias contra los cristianos, 131.—Diferentes mártires por Adriano, id.—Apología de Quadrato y Aristides, 132.—Rescripto de Adriano en favor de los cristianos, 134.—Escritos de Celso contra el cristianismo, 136.—Error de los milenaristas, 136.—Rebellen de los judíos y total ruina de su nacion, 137.

LIBRO III.

Desde la destrucción de la nacion judaica hasta el fin del siglo segundo.

Heréjia de los valentinianos, 130.—Principales discipulos de Valentin, 143.—Secta de los óites, seúnos y cainitas, 144.—Heréjia de Cerdon y de Marcion, 145.—Divídese la secta de los marcionitas, 146.—Conversion de San Justino, 148.—Su gran apología de los cristianos, 149.—Rescripto del emperador Antonino en favor de los cristianos, 150.—Heréjia, primer historiador de la Iglesia, 154.—Persecucion de la Iglesia por Marco Aurelio, 155.—Martirio de San Policarpo, 156.—Santa Felicitas y sus hijos, 159.—Segunda apología de San Justino, 160.—Santa Felicitas y sus hijos, 163.—Diferentes obras suyas, 163.—San Meliton, apologeta, 164.—Milagro de la legion fulminante, 165.—Heréjia de los montañeses, 166.—De Taciano, 169.—De Bardesana, 170.—Atenagoras, apologeta, 172.—Mártires de Lem (de Francia), id.—San Potino, 174.—Otros mártires, id.—San Soteriano, 179.—San Dositaeo, obispo de Corinto, 181.—San Teófilo de Alejandria, sus obras, id.—Obras de San Ireneo, 182.—Otros escritores eclesiásticos, 185.—Escuela cristiana en Alejandria, 186.—San Pantenen, 187.—Clemente de Alejandria, sus obras, id.—Heréjia de Hermogenes, 192.—De los teodotistas y areteochitas, 193.—De los melquisedonios, 194.—De Praxeas, 195.—San Victor Papa, id.—Consilios para señalar el tiempo de la celebracion de la Pascua, id.

LIBRO IV.

Desde el principio del siglo III hasta la persecucion de Decio en el año 250.

Progreso del cristianismo, 199.—Persecucion de Severo, 201.—Diferentes mártires en Cartago, id.—Santa Felicitas y Santa Perpetua, 202.—Mártires de Alejandria, 208.—Santa Potamiana, id.—San Ireneo y otros mártires de las Galias, 209.—Terribles su apología de los cristianos, 210.—Munio Felix su dialogo en favor de la religion, 211.—San Alejandro y San Nuciano, obispos de Jerusalem, 225.—Munio Felix su dialogo en favor de la religion, 227.—Cayo escrito contra los montañeses, 231.—San Ceferio y San Calixto, papa, 232.—Helioabalo, emperador, 233.—Le sucede Alejandro, y protege á los cristianos, 234.—Prime-

ras iglesias edificadas, 235.—La manarria de los pernis, sustituye en Oriente á la de los pernis, 236.—Principio de Origenes, id.—Se pone al frente de la escuela cristiana de Alejandria, 237.—Su condenacion por el obispo Demetrio, 240.—Julio Africanos, 242.—San Hippólito: sus obras, 243.—Heréjia de Noeto, 244.—Ammoneo, de Alejandria, 246.—Persecucion de Maximino, 247.—Continuacion de la vida de Origenes, 250.—Juicios diversos de que ha sido objeto, 253.—Sus tareas respecto de la Biblia: hexaplos y tetraplos, 254.—Sus homilias y comentarios, 256.—Otras obras de Origenes, 257.—Su tratado contra Celso, 260.—Exposicion de su doctrina y de sus errores, 265.—Principio de San Gregorio Taurinense, 268.—Su episcopado, 270.—Sus milagros, 271.—San Alejandro el Carbonero, 273.—Mision á las Galias, 275.—San Dioniso, primer obispo de Paris, 277.—Principio de varias Iglesias en las Galias, 278.—Mártires de Alejandria, 273.—Escuela neoplatónica, 280.—Plotino, filósofo, 281.—Sistema imaginado por la escuela neoplatónica para la defensa de la idolatría, 283.—Los paganos se dedican á imitar los dogmas y las ceremonias cristianas, 284.

LIBRO V.

Desde la persecucion de Decio hasta el reinado de Diocleciano.

Relajacion entre los cristianos, 285.—Persecucion de Decio, 294.—Caida de un gran número de cristianos, 295.—San Pablo, primer ermitaño, 297.—Martirio de San Fabian y de otros varios en Roma y en Italia, id.—Santa Agueda, 298.—Mártires y confesores de Cartago, id.—De Alejandria, 302.—Retiro de San Dioniso, obispo de esta ciudad, 303.—Retiro de San Gregorio Taurinense, 304.—Martirio de San Habiba y de otros muchos en el Oriente, 305.—Confesion y martirio de San Plinio, 309.—Confesion de Accicio, 313.—Principio de San Cipriano, 315.—Su episcopado, 318.—Su retiro durante la persecucion, 319.—Carta que escribe á su Iglesia, id.—Beglas de la penitencia publica, 324.—Cartas de San Cipriano contra los rivales que se introducion en la Iglesia de Cartago sobre esta materia, 329.—Cisma de Novato y Felisiano, 333.—Concilio de Cartago para decidir la cuestion de los apóstata, 334.—San Cornelio papa, 336.—Gloria y heréjia de Novaciano, id.—Concilio de Roma con este motivo, 340.—Carta de San Cipriano á Antimiano, 341.—Cato de San Dinsic de Alejandria, 342.—Intriga de Felisiano en Roma, 245.—Segundo concilio de Cartago, 347.—Martirio de San Cornelio, 349.—De San Hippólito, id.—Crueldad de los cristianos durante la peste, 359.—Conversion de Neocesarea, id.—Fin de San Gregorio Taurinense, 351.—Diferentes cuestiones de San Cipriano, id.—Tercer concilio de Cartago, 352.—Disputa sobre el bautismo de los heréjicos, 354.—Persecucion de Valeriano, 360.—Desierto de San Dioniso, de Alejandria, 361.—Desierto y martirio de San Cipriano, 362.—Sus obras, 364.—Diferentes mártires en Africa, id.—En España, 365.—Martirio de San Lorenzo, 366.—Otros mártires, 367.—Misioneros enviados á las Galias, 369.—San Felix de Nola, 370.—Calumnias públicas invasiones de los bárbaros, 373.—San Dioniso Papa, 374.—Ejercitos de San Dinsic de Alejandria, su muerte, 375.—Heréjia de Sabelio, id.—Heréjia y condenacion de Pablo de Samenta, 377.—Persecuciones de Aureliano, 380.—Heréjia de los maniqueos, 382.—Leyes publicadas contra ellos, 385.—Escritores eclesiásticos, id.

LIBRO VI.

Desde el advenimiento de Diocleciano al imperio hasta la conversion de Constantino.

Carácter de Diocleciano y de sus colegas, 387.—Persecuciones particulares, 388.—Mártires de la legion tebana, 389.—Diferentes mártires en las Ga-

las, 300.—Persecución en la Gran Bretaña, 391.—Dioleciano ordena que se obligue á los soldados á practicar la idolatría, 392.—Principio de la persecución general, 393.—Ciudad de Galerio, 394.—Mártires en Egipto, 395.—Es diversos parages del Oriente, id.—San Romano, 396.—San Teodoro el monje, 396.—Los santos Teodoro, Pobo y Andronico, id.—Santa Julia y su hijo, 400.—Estado de la Iglesia en las Galias, id.—Mártires en Italia, 401.—San Sebastian, 402.—Mártires en España, id.—San Vicente, 403.—Mártires en Africa, id.—En la Siria y en la Tracia, 404.—Abdicación de Dioleciano y de Maximiano, 405.—Constantino proclamado emperador, 406.—Tiranía de Galerio, id.—Maxencio proclamado emperador en Roma, 407.—Perfidia y suplicio de Maximiano, id.—Escritos de Hierocles contra el cristianismo, 408.—Arnobio: sus libros en defensa de la religión, id.—Concilio de Rimini, 409.—Celibato del clero, 410.—Cena de los melocianos en Egipto, 411.—San Pedro de Alejandria, id.—La persecución continua en Oriente, 412.—Mártires de la Palestina, 413.—San Páfilo, id.—Horrible enfermedad de Galerio, 413.—Publica un edicto en favor de los cristianos, id.—Su muerte, 416.—Maximino suspende la persecución, id.—Vuelve á comenzar, id.—Actas sumarias de Pilato, 417.—Mártirio de San Luciano, id.—San Melodio, 418.—Hambre y peste en Oriente, id.—Maxencio concede la libertad á los cristianos de Africa, 419.—Aparicion de la cruz á Constantino el Labero, 420.—Constantino abraza el cristianismo, id.—Derrota de Maxencio, 421.—Edicto de Constantino y de Licinio en favor del cristianismo, id.—Derrota y muerte de Maximiano, 423.—Fin de Dioleciano, id.

LIBRO VII.

Desde la conversión de Constantino hasta su muerte.

Estado feliz de la Iglesia, 425.—Celo religioso de Constantino, id.—Leyes en favor de la Iglesia, 426.—Leyes contra la adivinanza, 427.—Principio del ciclo de las indulgencias, 428.—Origen del culto de los donatistas, 429.—Su recurso al emperador, 430.—Concilio de Roma para examinar sus enseñanzas contra Caeciliano, 431.—Justificación de Félix de Aptosa, id.—Concilio de Arlés contra los donatistas, 432.—Apelan al emperador y son enviados en Milán, 433.—Destierro de Silvano, obispo donatista de Circa, 434.—Órgano del concilio de Arlés, 435.—Concilio de Arezzo *corporeis*, 436.—Concilio de Neocaesara, 437.—Origen de las instituciones monásticas, 438.—San Antonio Abad, id.—Funda los primeros monasterios, 440.—San Pacomio, 442.—Monasterio de la congregación de Tabenna, 443.—San Amón, monasterio de Nízia, 445.—San Hilario, id.—Monjes y ascetas de Oriente, 443.—Obras de Luciano, 447.—Persecución de Licinio, 448.—Mártirio de los cuarenta coronados, 450.—Guerra de Constantino á Licinio, id.—Leyes de Constantino en favor de la religión, 451.—Principio del arrianismo, 452.—Quelchío de Nicomedia praxite á Arrio, 454.—Cartas de San Alejandro, obispo de Alejandria, 455.—Los arrianos son recibidos en Palestina, 456.—Concilio de Alejandria, 457.—Convención del concilio de Nicea, id.—Impiedad de Arrio, 459.—Primera sesión del concilio, subterfugio de los arrianos, 460.—Sintabo de Nicea, 461.—Decisión concerniente al día de la Pascha, 464.—Hereges eucarotodiscanos, id.—Condenación de los melocianos, 465.—Jurisdicción de las sillas principales, 466.—Cánones del concilio de Nicea tocante á la disciplina, 470.—Sube el hantismo de los hereges, id.—Fin del concilio, 471.—Los principales metropolitanos promulgan sus decretos, 472.—Destierro de Eusebio de Nicomedia, id.—Muerte de San Alejandro: elección de San Atanasio, 473.—San Espiridion, obispo de Chigore, 474.—Santiago de Nisibe, 475.—Celo de Constantino contra la idolatría, 477.—Santa Helena, id.—Descubrimiento de la verdadera cruz, 478.—Iglesias del santo sepulcro, id.—Otras iglesias edifi-

cadas por Constantino, 480.—Conversión del conde José, 481.—Iglesias edificadas en Roma, 482.—Fundación de Constantinopla, 483.—Progreso del cristianismo, 485.—San Firmucio, obispo de los abasinos, 486.—Conversión de los iberos, 487.—Violencias de los donatistas, 488.—Intriga de los arrianos: separación de Eusebio de Nicomedia, 489.—Destitución de San Eustacio, de Antioquia, y de algunos otros obispos católicos, 490.—Calumnias contra San Atanasio, 492.—Conciliábulo de Tiro donde se depusero por los arrianos, 495.—Otro conciliábulo de los arrianos en Jerusalén, 496.—San Atanasio es desterrado á Tréveris, 500.—Conciliábulo de Constantinopla donde se depuso Marcelo, de Anira, id.—Muerie de Arrio, 502.—Carta de San Antonio en favor de San Atanasio, id.—Bautismo y muerte de Constantino, 503.—Muerte del Papa San Silvestre, 504.

LIBRO VIII.

Desde la muerte de Constantino hasta el reinado de Juliano.

División del imperio entre los hijos de Constantino, 505.—Constancio se deja seducir por los arrianos, 507.—San Atanasio vuelve á Alejandria, 508.—Es calumniado nuevamente por los arrianos y vuelto á Roma, id.—Concilio de Alejandria, 509.—Concilio de Antioquia y fórmula de fe compuesta por los eusebianos, 510.—Cánones de este concilio, 511.—Intrusión de Gregorio en la silla de Alejandria, y violencias contra los católicos, 512.—Concilio de Roma y carta del Papa Julio en favor de San Atanasio, 514.—Celo del emperador Constante por la fe católica, 516.—Predicaciones de San Antonio, id.—Muerte de San Pablo, primer ermitaño, 518.—Muerte de Eusebio de Nicomedia: turbulencias en Constantinopla, id.—Muerte de Eusebio de Cesarea, 519.—Sus escritos, id.—Lo que debe juzgarse de su fe, 522.—Obra de Firmico Materno contra la idolatría, 523.—Leyes prohibiendo los sacrificios paganos, id.—Conversión de los homaritas á salvos, id.—Persecución contra los cristianos en el imperio de los persas, 526.—Nueva fórmula de fe compuesta en Antioquia por los arrianos, 529.—Convención del concilio de Sardica, id.—Sentencia en favor de San Atanasio, de Marcelo, de Anira, y de Aeclepio, de Guza, 532.—Cánones del concilio de Sardica, 533.—Conciliábulo de Filopópolis, 535.—Violencias de los arrianos, 536.—Diputados enviados á Oriente por el concilio de Sardica y el emperador Constante, id.—Rehabilitación de los obispos católicos, id.—San Atanasio regresa á Alejandria, 538.—Concilio de Milán contra Fotino, id.—Concilio de Carthago, 539.—Muerte del emperador Constante, id.—Noble libertad por los oraciones de Santiago, 540.—Constancio queda dueño único del imperio, 541.—Destierro y muerte de San Pablo, obispo de Constantinopla, id.—Concilio de Sirmo contra Fotino: fórmula de fe redactada por los semi-arrianos, 543.—Nuevas calumnias contra San Atanasio, 543.—Concilio de Milán: destierro de San Eusebio de Verceoli, de San Dionisio, de Milán, y de Lucifero, de Caller, 545.—Destierro del Papa Liberio, 546.—Persecución contra Oisio: su carta á Constancio: su caída, su arreprehimiento y muerte, 547.—Violencias contra los católicos, 548.—Principio de San Hilario, de Poitiers: su destierro, 550.—San Atanasio obligado á huir, 552.—Persecución en Egipto contra los católicos, 553.—Intrusión de Jorge en la silla de Alejandria, id.—Muerte de San Antonio, 555.—Muerte de San Hilario, 556.—Segunda fórmula de Sirmo, id.—San Bedada, de Agen, 557.—División entre los arrianos, id.—Aecio y Eumonio, gefes de los arrianos, 558.—Ambrosio de los semi-arrianos en Sirmo, 559.—Tercera fórmula de Liberio á Roma: lo que debe creerse de su caída, 560.—Regresso fórmula de Sirmo, 561.—Concilio de Rimini, 562.—Concilio de Seleucia, 564.—Conciliábulo de los arrianos en Constantinopla, 566.—Observaciones sobre los concilios de Rimini y de Seleucia, 567.—Concilio de Paris, id.—Diversos as-

ritos de San Hilario, de San Atanasio y de Lucifer, de Caller, 568.—Macedonia combate la divinidad del Espíritu Santo, id.—Melecio elevado a la silla de Alejandria, 569.—Juliano proclamado emperador, 570.—Muerte de Constantino, id.

LIBRO IX.

Desde el advenimiento de Juliano al imperio hasta el reinado de Teodosio.

Juliano hace algunas reformas en el gobierno, 571.—Se roíen de los filósofos neoplatónicos y restitúese la idolatría, id.—Superstición ridicula de Juliano, 572.—Medios que emplea para combatir el cristianismo, 574.—Prohíbe á los cristianos la enseñanza y el estudio de las ciencias, 575.—San Apolonia solitario, 577.—Juliano quiere imitar á los circuncisos, id.—Sus esfuerzos para armar á los soldados á la apostasía, 578.—Mártires en Galacia y en la Capadocia, 579.—Juliano en Antioquia: compone una sátira contra los habitantes, 580.—Murió de muchos cristianos, 581.—Conversion del hijo de su crucificador, id.—Reliquias de San Babilas, 582.—Templo de Dafne quemado, id.—Castigo de varios apóstatas, id.—Crueldades de Juliano, 583.—Mártires en Siria y en Palestina, id.—Cristianos asesinados en Alejandria, 583.—Regreso de San Atanasio: concilio de Alejandria, id.—Ordenacion de Penitas en Antioquia: exema de Lucifer, de Caller: su muerte, 587.—San Atanasio expulsado por Juliano, id.—Vanos esfuerzos para reconstruir el templo de Jerusalem, 588.—Juliano escribe contra los cristianos, 589.—Expedición contra los persas, id.—Muerte de Juliano, 591.—Jorjano emperador, 591.—Su celo por la religion: escribe á San Atanasio, 592.—Concilio celebrado por San Melecio en Antioquia, 593.—Muerte de Joviano, id.—Valentiniano y Valente emperadores, 594.—Conferencia entre San Hilario y Auxencio, de Milán, 595.—Muerte de San Hilario: sus escritos, id.—Principios de San Martin, 596.—Sus planes para la conversion de los idólatras, 597.—Principios de San Basilio y de San Gregorio Nazianceno, 598.—Obras ascéticas de San Basilio, 600.—Persecucion de Valente contra los católicos, 601.—Los semi-arianos abrazan la fe de la Iglesia romana, id.—Eleccion del Papa Damaso: Usano antipapa, 602.—Concilio de Tinas, 603.—Concilio de Laodicea: cánones sobre la disciplina, 604.—San Basilio, obispo de la escina, 605.—Mártires en Constantinopla, id.—Celo de San Basilio: llega á ser obispo de Cesarea, 606.—Origen del canto á dos voces, id.—San Basilio reclama la intervencion del Papa y de los occidentales con motivo de los diatribas de Oriente, 608.—Concilio de Roran, 609.—Divisiones entre los orientales y los occidentales con motivo del caso de Anselmo, 610.—San Afrasio solitario, 612.—San Julian Sabas, 613.—Obispos católicos arrojados de sus iglesias, id.—Ultimos trabajos de San Atanasio: su muerte: sus escritos, 614.—Violencias de los arianos en Alejandria y en todo Egipto, 616.—San Isidoro y los dos santos Macarios, 618.—San Moisés solitario llega á ser obispo de las sarracenos, 619.—Santa Melania, 620.—San Basilio resiste al prefecto Modesto y á Valente, 621.—San Gregorio de Nisa perseguido, 624.—San Eusebio, de Samosata, id.—San Gregorio Nazianceno rechaza el cargo, 626.—Se espieren sospechas sobre la ortodoxia de San Basilio, 627.—Concilio de Gerge, 630.—San Ambrosio obispo de Milán, 631.—Persecuciones contra los advenos y los magicos, 634.—Muerte de Valentiniano: leyes de Graciano en favor de la Iglesia, 635.—Concilio de Roma contra los errores de Apolinario, 637.—Los godos abrazan el arrianismo, 638.—Sus estragos en la Tracia, id.—Muerte de Valente, 639.—Muerte de San Basilio: sus escritos, 641.—Su epistola canónica, 643.—Muerte de Santa Macrina, 644.—San Efrein: su muerte: sus escritos, id.—San Optato de Milevia, 646.

ANM
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECAS

